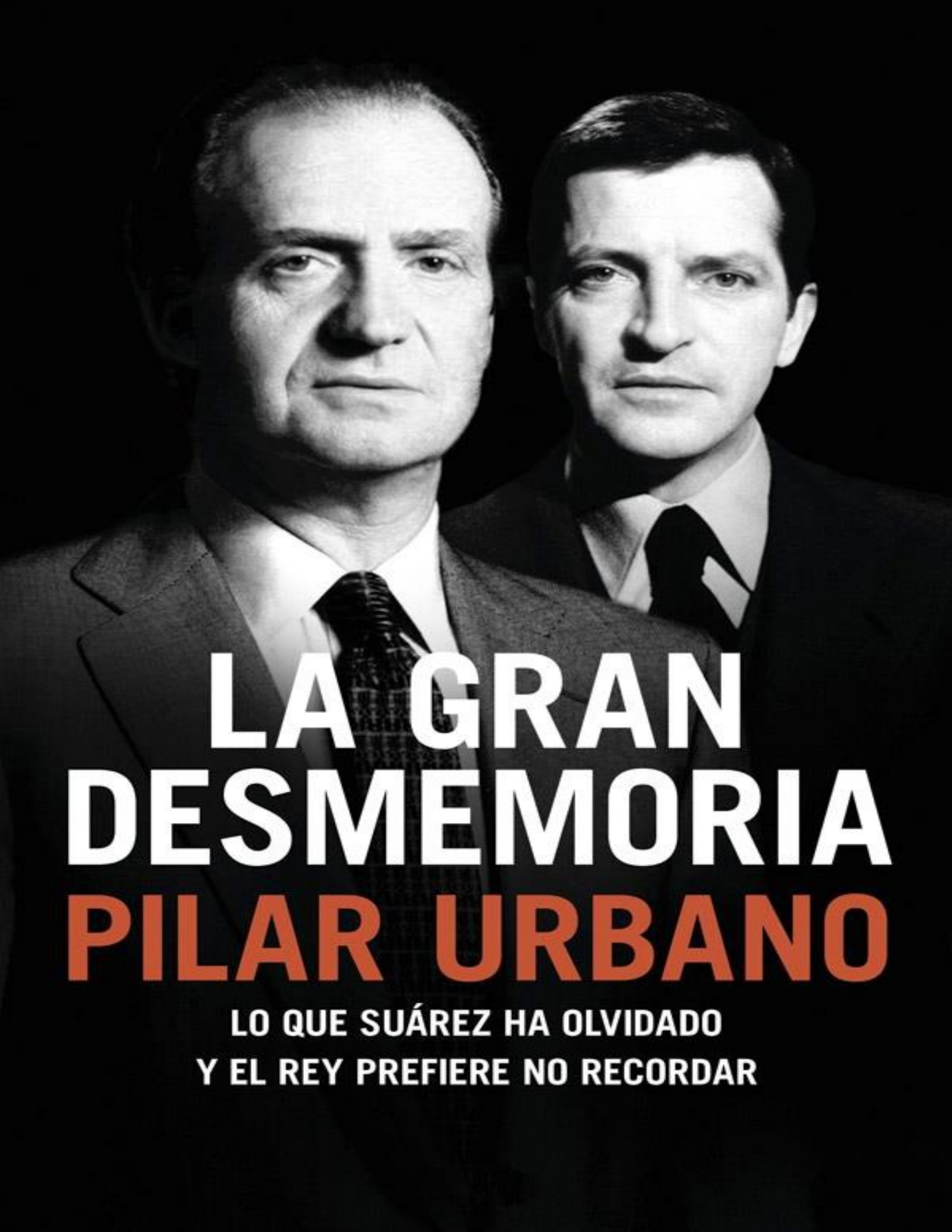


LA GRAN DESMEMORIA

PILAR URBANO

LO QUE SUÁREZ HA OLVIDADO
Y EL REY PREFIERE NO RECORDAR

Tras el éxito rotundo de *El precio del trono*, Pilar Urbano hace un valiente ejercicio de investigación para acabar con mitos y medias verdades que han desfigurado nuestra reciente historia. Con documentos inéditos y testigos que al fin cuentan lo que nunca habían contado, Urbano averigua cómo actuó el Rey en la Transición. La autora sale al encuentro de las dudas y sospechas del hombre de la calle: si el Rey fue verdaderamente «el motor del cambio» o si el temor al Ejército y al búnker le aconsejaron pisar el freno; por qué el monarca se ausentó en París mientras Suárez legalizaba el Partido Comunista; desde cuándo y hasta dónde estuvo el Rey informado de la Operación Armada; cuál fue el auténtico motivo de la dimisión de Suárez; el juicio militar del 23-F, un simulacro consentido para tapar la trama conspirativa de diputados y empresarios dispuestos a gobernar bajo un general. Pilar Urbano introduce al lector en las estancias del poder, permitiéndole asistir a escenas electrizantes y escuchar en toda su crudeza los diálogos de los protagonistas tal como fueron. «Discrepo, dice la autora, de Camus cuando afirma que “la verdad tiene dos caras, una de las cuales debe permanecer oculta”. Mi servicio al ciudadano es justamente lo contrario: descubrir aquellos tramos de la historia que se nos venían ocultando y reclamaban luz».

Pilar Urbano

La gran desmemoria

Deseo expresar mi sincera gratitud a quienes me han ayudado en la investigación de este libro: Ana María Montes, viuda de José Mario Armero, y su hijo Mario, Jaime Carvajal, Jaime Lamo de Espinosa, Rodolfo Martín Villa, Landelino Lavilla, Fernando Castedo, Jesús Picatoste, Antxon Sarasqueta, Aurelio Delgado, Francisco Laína, Antonio Navalón, Pablo Castellano, José Luis Cortina, Guillermo Velarde Pinacho, José Lara Alén, Pierre-Paul Gregoire, y los dibujantes Peridis y Máximo.

Mi agradecimiento póstumo a los que, en su día, me facilitaron valiosas confidencias: Eduardo Navarro, Sabino Fernández Campo, Pío Cabanillas, José María Cuevas, Torcuato Fernández-Miranda, Agustín Rodríguez Sahagún, Fernando Abril Martorell, Ignacio Gómez-Acebo y Santiago Carrillo.

Tengo una deuda especial con Adolfo García Ortega, que, como editor, ha sido un rodrigón seguro a lo largo de mi tarea. Asimismo, con Ana Bustelo, Irene García Virgili, Esther Llompart y el equipo de Planeta, cuyos trabajos ocultos y eficaces han hecho posible el prodigio impreso de este libro.

CAPÍTULO 1
Una corona de plomo

«¡He echado a Arias!»

Primero de julio de 1976. Palacio Real de Madrid. Había amanecido con el cielo encapotado y plomizo. A las once menos cuarto ya estaba el Rey en la cámara regia, flanqueado por el jefe de su Casa, Nicolás Cotoner, marqués de Mondéjar, los generales Emilio Sánchez Galiano y Alfonso Armada, el ministro de Exteriores, José María de Areilza, algunos diplomáticos del ministerio y el veterano introductor de embajadores Antonio Villacieros. Todos embutidos en sus impresionantes uniformes, macramé de alamares y entorchados. Aunque no todos: Areilza vestía chaqué. Era la ceremonia de entrega de credenciales, que solía celebrarse en jueves. Se sucedieron los legados de Argentina, Iraq y Camerún.

El Rey mantuvo con cada uno de ellos una conversación a solas en la saleta del Nuncio. Protocolo y cortesía. Entre embajador y embajador, le preguntó al ministro Areilza algunos asuntos que le interesaban.

—¿Qué hay de mi viaje oficial a París? ¿Qué diablos le pasa ahora a Giscard…?

—Denieu, el embajador, me ha dicho que son celos, *qu'il est jaloux comme un tigre*, un ataque de cuernos. A Giscard le sentó como un tiro que fuésemos a Estados Unidos antes que a Francia. Y después, no ha digerido el éxito de vuestro discurso ante los congresistas y los senadores.

—Pero el presidente Giscard, ¿qué dice?

—Dice que en las horas difíciles de vuestra exaltación al trono, él se presentó aquí y animó a venir a varios mandatarios europeos; en cambio, los americanos enviaron a Rockefeller, el segundo de Ford…

Hablaban junto a uno de los ventanales de la cámara regia.

El Rey miró el reloj en su muñeca.

—¿Qué embajador falta?

—El de Sudán.

—Pues ahí está.

En ese momento llegaban a la plaza de la Armería los carruajes donde venían el embajador y el séquito de su misión. Vieron evolucionar la carroza *París*, de dos caballos, con un cochero y dos lacayos; y la berlina *Gala*, tirada por seis caballos, con su guarnición de palafreneros, lacayos, cochero y postillón. Una compañía de la Guardia Real, gastadores y banda de música,

tocó algo parecido al himno nacional sudanés.

—¿Sabes, José María…? —El tono del Rey había cambiado, ahora era grave—. Esto no puede seguir así… Entre unos y otros, la reforma está empantanada, hay desfonde general, Europa nos mira, América nos mira, y es mucho lo que nos jugamos. A veces, el oficio de rey es incómodo. Yo tenía que…

Juan Carlos se detuvo, como si dudase entre seguir y no seguir. Areilza se giró hacia él, sin decir nada.

—Yo tenía que tomar una decisión nada fácil. Llevo tiempo dándole vueltas. Y la he tomado. La llevaré a cabo antes de lo que se piensa, de golpe y sorprendiendo a todos. No hay más remedio… Ya estás advertido.

—Pero, señor, no acierto a…

—Ya está aquí el de Sudán. Ahora te callas y esperas.

La audiencia con el legado sudanés fue breve. En su país se estaban librando combates entre las tropas nacionales y los mercenarios, y barbotaba un golpe de Estado contra el presidente Jaafar Nimeiri. La diplomacia aconsejaba no entrar en la cuestión.

Al terminar, Areilza se quedó rezagado, como a la espera, pero el Rey le dijo que podía irse:

—A la una y cuarto he citado a Carlos Arias para despachar con él aquí. Como mañana hay Consejo de Ministros…

Poco después, Arias y Areilza se cruzaron en la puerta del Príncipe.

Desde la sala del Nuncio, en pie y con uniforme de gala azul marino, el Rey vio venir a Arias por entre los alabarderos de la cámara regia.

Pasaron al despacho que usaba Alfonso XIII. Un cuarto pequeño, rancio y modesto. Se sentaron mesa de por medio.

—Bueno, Carlos, te extrañará que te haga venir aquí cuando siempre despachamos en Zarzuela. —El Rey parecía agobiado, titubeaba al elegir las palabras—. Ante todo, como español y como Rey, quiero darte las gracias por los servicios que has prestado, y no es una frase hecha. Es verdad. Has aguantado firme en dos trances muy fuertes, el asesinato de Carrero y la muerte de Franco. No han sido tiempos de rositas…

Arias detectó enseguida que aquellos elogios sonaban a despedida. El monarca tenía algo que decir y le resultaba embarazoso. Pero no iba a ser él quien se lo facilitase.

—Hemos discrepado en muchas cosas, unas de forma, otras de fondo… No ha habido entre nosotros el suficiente entendimiento… Pero bueno, Carlos, yo eso lo pasaría a segundo término. Lo importante es que llevamos siete meses de «nueva era», siete meses de reinado, y la reforma que me propusiste no ha ilusionado, no ha tenido buena acogida social, y políticamente ha embarrancado ya en la primera fase… Esto no marcha. Y la gente cruje si se le ofrecen cosas que luego no se hacen. No hay sector donde no hayamos tenido paros, huelgas, protestas, encierros… El problema económico alcanza ya cotas más que alarmantes… Hombre, yo no pienso que tú seas el responsable de todo…

—Por supuesto —atajó Arias—, como presidente del Gobierno soy responsable de todo. Pero los ministros están también para algo. Garrigues ha reculado a la hora de defender su reforma del

Código Penal… ¿El paro? Hay un ministro de Trabajo y otro de Obras Públicas y otro de Industria… En cuanto a Villar Mir, es una lumbrera económica, un hombre muy capaz, y dice que tiene un plan, pero no lo aplica, va a su aire, y mucho me temo que en ese aire anda perdido.

—En el jalón importantísimo de integrar a los grupos políticos de la oposición no se ha avanzado nada. Al revés, se ha conseguido lo que parecía imposible: que los que eran enemigos irreconciliables se unan, y que se unan contra el Gobierno, contra las Cortes, contra el sistema… La Platajunta no es ni más ni menos que lo que yo quería evitar, «vosotros contra nosotros». Liberales, democristianos, socialistas, comunistas, catalanistas, vascos… ¡Mira que es difícil juntar a esa gente! ¡Pues se han juntado! Hartos de esperar, hartos de creer sin ver. Ellos estaban dispuestos a poner siquiera un gramo de confianza en mí, como algo nuevo; pero enchufan la tele y ¿de quién oyen hablar? De Franco… Esto tenía que ser un proyecto común para todos los españoles; pero más de la mitad se sienten marginados, desatendidos…, perseguidos.

—¿Perseguidos? En este país no se persigue a nadie que cumpla la ley.

Sin perder el tono cortés, Arias había empezado a ponerse respondón. El Rey no quería discutir con él, ni alzar la voz, ni arrancarle una renuncia forzosa. Le entró por otro flanco:

—Hay desunión en el Gobierno. Críticas, envidias, desconfianzas de unos hacia otros… También hacia ti. Y eso traba la marcha, enreda, no deja que el mecanismo funcione.

Arias le miraba con los ojos muy redondos, fijos, sin pestañear, como si estuviese oyendo algo absurdo, increíble. El Rey cargó el acento:

—Carlos, yo todo esto lo sé porque me llega, y no tengo los servicios de información que tienes tú; así que, antes que a mí, todas estas historias te habrán llegado a ti. No es cosa de un día ni de dos, es un runrún continuo, molesto. Tú mismo hace tiempo que estás de mal humor, huraño, disgustado.

—Yo nunca he dicho que esté disgustado.

—Posiblemente estás cansado. Y es comprensible…

—Yo no estoy cansado. Ahora, si Su Majestad, o si otros están cansados de mí…

—En fin, Carlos, esto no es un arrebato. Lo he pensado mucho, mucho, mucho… Sé que eres un patriota y con una experiencia enorme de gobierno que no puedo permitirme el lujo de desaprovechar. Sinceramente, me gustaría poder contar con tu consejo, consultarte, que subas a Zarzuela cada vez que quieras decirme algo, sin esperar a que yo te llame…

La dimisión estaba servida.

Un abrazo fuerte y «vete pensando el nombre, porque quiero darte un marquesado».

En menos de veinticinco minutos se sustanció la renuncia. Podía habérsela exigido, sin ambages. Ley en mano, tenía esa potestad; pero ni quería ejercer de caudillo ni el panorama político estaba para andarse con bravatas. Eran tiempos de tacto y de tino.

Villacieros acompañó a Arias Navarro por el amplio corredor. El Rey hizo un gesto con la mano a Mondéjar y a Armada para que le dejaran solo y volvió al despacho de Alfonso XIII. Bebió un par de sorbos del zumo de naranja ya dispuesto. Sin sentarse, descolgó el teléfono y marcó.

—¿Torcuato? ¡Ya…! Bien, mejor de lo que yo esperaba… Sí, ha intentado resistirse, pero muy apagado… No, poco rato, unos veinte minutos… Me ha parecido que él ya se lo olía, ¡pero

ha sido un palo, eh…! Bueno, yo me vuelvo ahora a Zarzuela y allí espero tu llamada esta tarde.

De un trago apuró el resto del zumo y volvió a marcar otro número. Esta vez, el de su amigo de siempre, Jaime Carvajal y Urquijo:

—Jaime, ¡por fin…! ¡Lo he conseguido!

—Por fin, ¿qué…? ¿Qué ha conseguido, Majestad?

—¡Acabo de echar a Arias!… Todo planificado al milímetro: como yo tenía que recibir a los embajadores que presentaban credenciales, le cité anoche aquí, en Palacio, hacia el final de la mañana.

—¿Ha sido muy forzado?

—Hombre, no era un trago fácil. Le he hecho ver que así no podíamos seguir. Sin cargar las tintas, pero ¡zas, zas, zas!, con claridad… Me ha presentado su dimisión; bueno, a su manera, y, sin más, le he dicho que muchas gracias por los servicios prestados y que voy a hacerle marqués.

—¡Esto es fantástico! Punto final y, a partir de ahora, ya se puede empezar un proceso democrático de verdad.

«Pensé que no tendrías pelotas»

Sí, era el punto final de una época, y tenía que ser el principio de otra.

En secreto y sin dejar nada al azar, Juan Carlos había amarrado todos los nudos con Torcuato Fernández-Miranda, presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, de modo que la dimisión de Carlos Arias Navarro como presidente del Gobierno fuese por sorpresa y el mismo día que iba a reunirse el Consejo del Reino. Eso era importante: el mismo día y con un margen de tiempo mínimo para que nadie iniciara maniobras de obstrucción.

La ley establecía que, en el caso de destitución o renuncia del presidente del Gobierno, el Consejo del Reino emitiese un dictamen preceptivo, aunque no vinculante. Era una formalidad heredada como reliquia del viejo régimen, pero el Rey quería ser exquisitamente «legal». Por eso, desde tres días antes, Torcuato había convocado a los consejeros del Reino en «sesión rutinaria», a las cuatro de la tarde. Calcularon que en torno a las dos habría concluido la ceremonia de credenciales de los embajadores en el Palacio Real, que solía ser un jueves.

Tripulando él mismo el helicóptero, Juan Carlos llegó a La Zarzuela a punto para comer. Dijo que tomaría el café en su despacho y pidió que le pusieran con el Instituto Barraquer, en Barcelona. Don Juan de Borbón llevaba once días allí, convaleciente por un desprendimiento de retina en el ojo izquierdo.

—Hola, papá… ¡Esto ya está! Lo de Arias… No digas nada a Pi, ni a Margot, ni a nadie, porque hasta que Torcuato me traiga el «oído el Consejo del Reino», y yo acepte, no será oficial, pero lo gordo ya está hecho.

—Me alegro. Me alegro. Y me alegro… Desde marzo estaba yo en un ay, por eso te decía: «Juanito, venga, suelta lastre, o se va todo a hacer puñetas».

—¡Menudo trago!

—Llegué a pensar si no tendrías pelotas para dar este paso.

Hablaron distendidamente. Ya al final Don Juan le preguntó cómo había reaccionado

Alfonso Armada.

—Aún no le he visto. Me imagino que ni a Alfonso ni a nadie de esta casa le va a gustar la salida de Arias. Como en todo este tiempo yo no podía contarles nada, no saben de la misa la media… Bueno, Sofi sí, y Nicolás también.

—Ahora lo importante es que los consejeros del Reino elijan pronto la terna de sucesores, sin agotar el plazo. La interinidad no es buena. Empiezan a moverse los grupitos de intereses, los cabildeos, las presiones…

—La jugada de Torcuato es «secreto, sorpresa y rapidez», como un golpe de mano.

—¿Qué plazo hay para hacer la terna?

—Tope máximo, seis días. Pero Torcuato tiene bien sujetas las riendas y ha hablado uno a uno con los doce consejeros. Y me ha dicho que está todo bajo control. Por decirlo con sus palabras: «Todo controlado o controlable».

—Juanito, yo sé que estás muy solo y encima no puedes elegir de quién fiarte. ¡Gajes de estar ahí arriba! Tendrás que acostumbrarte…

«Gajes de estar ahí arriba» era una de las mil maneras que usaba Don Juan para no decir «gajes de ser rey». Juan Carlos dio un quiebro a la conversación:

—Bueno, papá, ¿y tú cómo estás?

—¿Yo? ¡Hecho un toro! El ojo evoluciona fenomenal. Y las constantes y todo eso, de libro. Pero éstos pretenden tenerme hospitalizado cinco días más. Y a mí me jode vivo estar aquí encerrado oliendo a clínica y aburrido como una momia… Quiero irme y seguir la convalecencia embarcado en el *Giralda* y costeando por aquí cerca. Además, el yodo marino es muy bueno para los ojos, y no este aire acondicionado…

—Aquí tenemos un calorazo de bochorno, y con la crisis abierta y lo que venga, me parece que hasta agosto no nos iremos a Marivent… Te dejo, papi, un beso. Voy a aprovechar que no oigo a nadie en la piscina, y me pego un buen chapuzón[1].

El Rey está desnudo

En la piscina, Juan Carlos se lanzó de cabeza con ímpetu. Oyó el chasquido de su cuerpo rompiendo el agua azulísima. Al emerger casi a mitad del largo, tuvo la sensación de haber dejado atrás siete meses y un día de óxido y estrés, siete meses y un día jugándose la corona sin parapetos ni salvaguardas. Tomó una bocanada de aire, alzó el codo derecho y empezó a nadar a crol braceando con brío y levantando espuma al batir los pies. No sacó la cabeza para respirar hasta que llegó al tope de la piscina. Hizo el viraje muy rápido, se encorvó sobre sí mismo, empujó la pared con los pies, tomó impulso y volvió a nadar con furia. Peleaba contra el agua. Un largo, otro, otro… Sus manos, cortando el agua de canto, parecían aspas de hélice vertiginosas. Y un ritmo punzante en las sienes: «Lo he conseguido…, lo he conseguido…, siete meses tragando quina, sin atreverme…, un rey acobardado…, ¡pero, joder, al fin lo he conseguido!»

Sentía la terca soledad del nadador de fondo y a la vez una extraña inundación de triunfo, como si el agua que desplazaba en cada brazada fuera un fardo viscoso de historia, de mala

historia, que iba dejando atrás.

Salió de la piscina. Se sacudió el agua haciendo vibrar todo su cuerpo. Unas cuantas respiraciones profundas. Estaba en forma. Se vistió sin secarse, la camisa por fuera y chancleando volvió a su despacho. Abrió el estuche de los cigarros Hoyo de Monterrey Doble Corona. Prendió uno con parsimonia. Saboreó el aroma, la suavidad sensual del humo. Se tumbó en el sofá. Necesitaba recordar. De principio a fin. Todo. La historia de un hombre ha de ser recordada, pero no por los historiadores, sino por él mismo, que es quien la sabe de verdad. Un hombre es él y su historia. Buena o mala, su historia es su vida, con sus raspaduras y sus muescas, y no debe olvidarla.

Juan Carlos no sólo era el sucesor del Generalísimo Franco, sino también su «heredero». Y, como si de un patrimonio personal se tratara, a su muerte recibió todos los poderes del testador. Todos, excepto las «prerrogativas» por las que el General hacía y deshacía leyes sin contar con nadie. Aun así, su posición inicial parecía fuerte: pero era muy precaria. Todos esos poderes estaban fundados sobre una legalidad espuria, viciada en su origen y viciada en su ejercicio. Era el legado de un dictador. Si quería que «su» Monarquía durase más de un cuarto de hora, debía desembarazarse cuanto antes de la investidura heredada del muerto. El carisma del muerto podía eclipsarle. El manto del muerto podía aplastarle.

Pero si se quitaba el manto, ¿qué quedaba de él? Por sí mismo, carecía de la legitimidad dinástica, que pertenecía a Don Juan. Carecía de la legitimidad carismática, que fue la marca intransferible de Franco. Carecía de la legitimidad popular, pues no contaba ni con la devoción de los hombres del régimen ni con la estima de la oposición. Ésa era la instantánea de Juan Carlos en el momento de su llegada al trono. Cualquier observador perspicaz hubiese podido decir, como el niño de la fábula de Andersen: «El Rey está desnudo».

Alfombra roja para el pueblo

Años antes de empezar a reinar, Juan Carlos tenía claro que había que cancelar la dictadura y pasar a una democracia plena. Él deseaba hacerlo de un modo pacífico y legal. Ésa fue, erre que erre, la lección de Torcuato Fernández-Miranda, su maestro político desde 1969. Sin vacíos de poder, sin dejar al descubierto los andamiajes franquistas. Y sobre todo, sin vuelta a la tortilla. «No quiero que, por llegar yo —decía—, la democracia sea que los vencedores se conviertan en vencidos, o viceversa».

Muerto Franco, se abrían dos caminos: ruptura o reforma. Los rupturistas querían liquidar el armatoste estatal de inmediato, la dictadura al basurero, y edificar con una nueva planta. Podía ser rápido, como una demolición, aunque con riesgos imprevisibles, porque ni el búnker político ni el estamento militar estaban dispuestos a ceder sus privilegios de situación, dominio y mando.

El Rey, en cambio, prefería una reforma serena. Un paso a paso atemperado, sin acrobacias temerarias. Un cambio cauteloso, pero total. No un maquillaje de fachada, sino una cirugía jurídica de legra y bisturí, hasta lograr el vaciado completo.

Torcuato se lo había explicado cien veces. Las Leyes Fundamentales no sólo eran

modificables, sino derogables. Bastaba tirar de un extremo del hilo con el que todo había quedado «atado y bien atado». Ese extremo del hilo estaba ahí. Ese protocolo de derogación de todo el cartonaje fundamental estaba ahí. Ese cheque para el finiquito del sistema estaba ahí. No en las remotas islas Caimán en una cuenta cifrada; ni en una caja fuerte en la mansarda del Pazo de Meirás; ni entre los legajos secretos de Franco, sino agazapado en las propias Leyes Fundamentales: en la última línea del artículo 10 de la Ley de Sucesión, «la ley que hizo al Rey». Ahí estaba la llave maestra para descerrajar todos los cerrojos. Sólo faltaba atreverse a usarla. ¿Acaso los juristas y los legisladores no leían sus leyes? Pues ahí estaba: tras desplegar el apabullante catálogo de las grandes leyes de la nación, declaraba que todas ellas eran modificables y derogables. Y decía cómo hacerlo. El futuro no podía estar preso[2].

Ya siendo príncipe, Juan Carlos había asimilado la enseñanza de Torcuato Fernández-Miranda, «reformar desde dentro, sin rupturas, yendo de la ley a la ley». Pero sólo las viejas Cortes franquistas —o al menos dos tercios de los procuradores— podían dar el salvoconducto a una ley reformadora, que fuese refrendada por el pueblo. Por tanto, no convenía enfrentarse a las Cortes, sino conquistarlas. Y la ley reformadora que aprobasen no debía ser una apostilla, ni un simple decreto ley, sino una nueva Ley Fundamental capaz de derogarlas todas. En definitiva, por la vía suave, la demolición desde dentro. Sólo hacía falta eso: un cartucho dinamitero para la voladura del régimen, sus instituciones, sus leyes, sus símbolos. Pero un cartucho de dinamita legal.

Ésa tenía que ser la primera tarea de la Monarquía. No alfombra roja al Rey, sino alfombra roja al pueblo.

Si el Rey patrocinaba la operación, podría integrar a todos los españoles, a los de derechas y a los de izquierdas, a los centralistas y a los periféricos, a los instalados y a los exiliados. Todos, porque a partir de ahí el monarca se despojaría de su soberanía traspasándosela al pueblo, que en adelante sería «soberano».

Cuando Franco agonizaba, Juan Carlos ya le había ofrecido a Torcuato el puesto que quisiera: «¿Presidente del Gobierno o presidente de las Cortes y el Consejo del Reino?» Torcuato le dijo: «Con sinceridad, como político que soy, me tienta y me gusta más el Gobierno; pero en las circunstancias que vamos a encarar pienso que podré serviros mejor desde las Cortes y el Consejo del Reino». Y así lo convinieron. Desde la doble presidencia de las Cortes y del Consejo del Reino, trabajaría con los procuradores y los consejeros nacionales, el núcleo duro franquista, los resistentes a cualquier mudanza que mermara su poder. Tenía que cambiar, si no sus mentalidades, al menos sus actitudes, y disponerlos a aceptar el desguace del sistema. Su extinción. Literalmente, un suicidio político colectivo, que pasaría a la historia como «el harakiri del búnker».

Pero no se había conseguido. Lo que debía ser una operación simple y exacta, entre unos y otros la complicaron. Hasta quienes no querían cambiar nada acabaron toqueteándolo todo… para que todo siguiera igual.

Habría que intentarlo de nuevo.

La lección aprendida era tan de cajón que daba vergüenza decirla: Franco había muerto y estaba generosamente enterrado; pero el franquismo no era una piadosa nostalgia, un funeral con

himnos en Cuelgamuros. El franquismo era una presencia viva, imponente, poderosa, amurallada, inexpugnable y almenada de poder. Exactamente, era el poder. Y contra ese poder había que luchar.

Dio una última calada al Hoyo de Monterrey. Cerró los ojos. Le empezaba a invadir la somnolencia. Quería seguir pensando, sin resentimientos, sin echar culpas. Recordar, sólo recordar… Al fin y al cabo estaba acostumbrado, su vida nunca fue fácil: a golpe de obstáculos en el camino, los obstáculos llegaron a ser su camino. Le pesaban los párpados. La vida seguía. Lentamente, sucumbió a la siesta. Duermevela racheado con recuerdos todavía muy recientes…

Los doblones del rey, calderilla

El 22 de noviembre del año anterior, tras jurar en las Cortes, Juan Carlos había visitado la capilla ardiente de Franco, y de ahí marchó a El Pardo a dar el pésame a la viuda. La reina Sofía iba con él. Encontraron a doña Carmen abatida, llorosa, con arritmias, tensión alta y gran zozobra. Ella, siempre de ordeno y mando, siempre dominando la escena, estaba reducida como una anciana frágil y asustada. Después de besarle la mano, Juan Carlos alzó la cabeza. Y al mirarla de frente vio en sus ojos lo que nunca había visto: miedo.

—Carmen, no tienen ustedes que temer nada de nada. —Le cogió las dos manos con afecto y se las retuvo un rato—. He tomado como un deber, que me sale del alma, asegurar por todos los medios que no les moleste nadie, ¿me oye?, ¡nadie! Ya se lo dije un día en La Paz, y se lo repito ahora que estoy a la cabeza del Estado: impediré que se haga un memorial de agravios contra ustedes y contra cualquier persona del régimen. No quiero que los españoles se empantanen otra vez en revanchas y venganzas personales. Van a estar tan seguros como lo han estado siempre… Y usted puede quedarse aquí, en El Pardo, todo el tiempo que quiera. Yo no pienso usar este palacio[3]

A los dos días, el 24 de noviembre, presidió su primer Consejo de Ministros como Rey —todavía con el equipo de Arias— y firmó unos reales decretos confiriendo a Carmen Polo el señorío de Meirás, con grandeza de España, y el ducado de Franco a su hija Carmencita. Franco encabezaría a perpetuidad los escalafones de Tierra, Mar y Aire, con el grado de capitán general y Generalísimo, y el título de Caudillo de España que él acuñó y usó. A la viuda le concedía una pensión vitalicia «por la integridad de los haberes que correspondería percibir al extinto, en su calidad de capitán general de cada uno de los tres ejércitos». También se expidieron pasaportes diplomáticos a los marqueses de Villaverde y a su yerno Alfonso de Borbón, duque de Cádiz, con la imponderable ventaja que esos documentos suponían para el libre tránsito de bienes y capitales[4]

En ese mismo acto, una decisión largo tiempo meditada, su primer ejercicio de gracia: el indulto general por su llegada al trono. Pero lo que debía ser su primera largueza, se convirtió en su primer disgusto: Arias no aceptó la remisión de condenas con la generosidad que el Rey deseaba, y lo aprobado fue una amnistía recortada y cicatera, que se aplicó a menos de un tercio de la población reclusa. De los 5226 beneficiados, la mayoría eran delincuentes comunes. No se indultó a ningún encausado por delitos de terrorismo y conexos. Y de los 1805 presos políticos

que había, siguieron en prisión 1400, el 77,5 por ciento. La clemencia de que se ufanaba el real decreto no alcanzó ni al 6 por ciento de los españoles encarcelados «a causa de sus ideas».

La esperada amnistía quedó como bengala de artificio. Los doblones del rey, apenas fueron calderilla. Pero lo que realmente quitaba fuerza y textura al indulto era que ciertos actos políticos como asistir a reuniones no autorizadas, repartir propaganda o realizar pintadas, que no entrañaban daños materiales contra personas y bienes, continuaban siendo delito. El monarca firmó porque «menos da una piedra», pero el descontento estaba servido. Juan Carlos desarrollaría el primer tramo de su reinado con el fragor de fondo de una reclamación cada vez más apremiante: ¡libertad, amnistía!, ¡libertad, amnistía! Y a poco tardar, ¡libertad, amnistía, y estatutos de autonomía!

Arias: «Franco me nombró, y contra eso no puede ni el Rey»

Carlos Arias era presidente del Gobierno desde que Franco le nombró, el 3 de enero de 1974, tras el asesinato del almirante Carrero. Muerto Franco y proclamado Juan Carlos rey y jefe del Estado, el Gobierno debía cesar en bloque y en el acto. Sin embargo, allí nadie devolvió su cartera, nadie movió un dedo, y Arias ni se inmutó.

Los únicos gestos gubernamentales se limitaron a los funerales, las banderas a media hasta y los quince días de luto oficial.

El 28 de noviembre, Arias subió a La Zarzuela para su primer despacho con el Rey. Talones juntos, cabeza inclinada, le presentó sus respetos y luego, en tono medio desenfadado medio protocolario, susurró:

—Bueno, Señor, ya sabe que puede contar conmigo para servir a España y al Rey.

No era una frase de dimisión, sino de ofrecimiento. Juan Carlos puso cara de no haber oído bien. Lo hacía a veces. Desde niño tenía un tímpano perforado; y esa breve demora le servía de truco para pensar una respuesta. Entonces, Arias agregó:

—El Caudillo —siempre se refería así a Franco— me designó como presidente por cinco años, es lo legal, y apenas han transcurrido dos. Entiendo que seguir es mi derecho, pero ante todo es mi deber de lealtad.

En otras ocasiones lo diría como un desplante retador: «Yo estoy atornillado a este sillón cinco años, por ley, y aún no he gastado ni la mitad»; y también: «A mí me pertenecen todavía dos años y medio de presidente, y contra eso no puede ni el Rey».

No pensaba dimitir. Al Rey no le sorprendió, conocía al personaje.

—Bien, Carlos, pero vamos a darle una formalidad. Preséntame la dimisión oficial y hazla pública, para que se ponga en marcha el mecanismo del Consejo del Reino, y yo pueda confirmarte en el cargo.

—¡Pero cómo…! —Arias había enarcado las cejas con asombro máximo—. ¡Menudo lío reunir al Consejo del Reino, con Rodríguez de Valcárcel en suspenso y su presidencia vacante!

—Lío ninguno. Está Lora-Tamayo de suplente. Y es lo correcto. Aunque su consejo no sea vinculante, es preceptivo, yo debo «oír» al Consejo del Reino.

—No necesariamente. —Arias empezaba a mostrar resistencia—. El dictamen del Consejo

del Reino está indicado para los supuestos de cese o destitución del presidente del Gobierno. Y me parece que no es mi caso… Si alguien aquí es el albacea, si alguien aquí simboliza la continuidad…

—Carlos, ya te he dicho que mi idea es confirmarte en el cargo; pero no como una inercia de continuidad, ni como un derecho tuyo, sino como una decisión mía. Así tendría más fuerza y más significado. Entiende que, estrenando el reinado, importa mucho hacer ver que las cosas no siguen porque Franco las puso en marcha y ruedan solas, sino que de verdad empezamos algo nuevo.

El Rey percibió cómo a Arias se le ensombrecía la expresión, se le agrió el gesto y en un instante pasó de la desenvoltura al recelo. Era un Arias oscuro que conocía de años atrás. Prefirió no insistir. Juan Carlos no era un buen lector de libros, pero sí un buen lector de rostros. Un conocedor de hombres. Con habilidad cambió de tercio y le llevó a otro terreno donde se sintiera más seguro:

—¡Qué bien que hayas mencionado que está vacante la presidencia del Consejo del Reino y de las Cortes! Voy a pedirte ya un primer favor… Absoluto secreto, y que quede entre nosotros. —Hizo una pausa y bajó el tono de voz—. Quiero que ahí esté Torcuato. Para las tareas que se avecinan, desde ese puesto me será muy útil. Pero, por mucho que yo quiera, si su nombre no figura en la terna que me presenten los consejeros, no puedo designarle… Necesito que te muevas en ese sentido. Tú te los conoces a todos, te aprecian, te escuchan, tu criterio les influye. En cambio, Torcuato no tiene amistades en ese ambiente. No es un hombre muy social, sale poco, no alterna, no caza…, y, si no se le conoce bien, hasta cae antipático. Ya me entiendes, Carlos, creo que para las reformas que vienen Torcuato es oro molido; pero yo no voy a decir a mis consejeros qué nombres me tienen que aconsejar…

Con el encargo regio, Arias se tranquilizó. Llevaba tiempo con la comezón interior de que Torcuato Fernández-Miranda podía ser el favorito del Rey, pero para la presidencia del Gobierno. Así que encaramar a Torcuato al alto sitial de las Cortes era una manera muy elegante de prestar un servicio al monarca y librarse de su adversario. Se aplicaría a fondo.

—Cuente con ello, Majestad —remató con altanería—, lo que yo decido se hace[5].

Al despedirse, el Rey le apremió:

—Entérate bien, Carlos, porque me parece que los consejeros se reunirán para lo de la terna el 1, lunes, y hoy es viernes. Vamos pillados de tiempo. Y en cuanto a lo tuyo, aunque no entremos en el trámite del «oído el Consejo del Reino», quiero que informes públicamente de que has puesto tu cargo a mi disposición… Además, tú así quedas mejor doblemente, porque haces el gesto digno de irte y soy yo el que te llamo.

El Consejo del Reino se reunió el 1 de diciembre en la sesión más larga de su historia. Eran las once de la noche cuando el presidente en funciones, Manuel Lora-Tamayo, regresaba a su domicilio en Toledo.

A las once y diez telefoneó al Rey:

—Majestad, perdone la hora, pero acabo de llegar a mi casa de Toledo. No he querido pernoctar en Madrid. Luego le explico.

—¿Hay terna ya?

—Sí, Señor, pero ha costado lo suyo. Los nombres son Licinio de la Fuente, Emilio Lamo de Espinosa y Torcuato Fernández-Miranda.

Aguardó a que el Rey tomase papel y bolígrafo, y le leyó los votos adjudicados a cada uno.

El Rey, ya tranquilo porque estaba el nombre de Torcuato, le preguntó cómo había sido la sesión:

—Pues, la verdad, me he venido a dormir a Toledo porque me he negado a estar colgado al teléfono hasta las tantas, esquivando presiones. No puede imaginarse las escaramuzas de boicot que ha habido para que Torcuato no figurase. He conseguido pararlas porque alguien me puso en guardia. Yo soy un científico, no soy político, a mí estos sabandijismos se me escapan…

—Pero ¿qué ha pasado, don Manuel?

—Este mediodía, en la pausa del almuerzo de los consejeros, uno de ellos, el ministro Alejandro Fernández Sordo, recibió una llamada telefónica. Él fue quien me dio la alerta: «Oye, que me ha llamado un ministro «importante» pidiéndome que hable con los consejeros representantes de los sindicatos para que cambien el voto ya previsto, que tachen a Torcuato y a los otros dos, y ofrezcan una terna con los tres vicepresidentes del Gobierno todavía en ejercicio: José García Hernández, Rafael Cabello de Alba y Fernando Suárez González». Fernández Sordo se portó como un caballero, y gracias a ese aviso pude abortar la maniobra; pero vamos, estaba en marcha[6].

Al día siguiente a las siete de la tarde, Lora-Tamayo y Enrique de la Mata Gorostizaga entregaron la terna al Rey. Juan Carlos firmó en el acto el nombramiento de Torcuato.

—Esta pieza es esencial —les dijo—. ¡No hagamos esperar a las linotipias!

Esa misma noche se imprimía el real decreto en el *Boletín Oficial del Estado*. A la mañana siguiente, Torcuato juraba el cargo en La Zarzuela y por la tarde tomaba posesión en el salón de Pasos Perdidos de las Cortes.

Torcuato no era un demócrata «gran reserva» y sin descorchar, sino que procedía del régimen. Había sido preceptor del príncipe Juan Carlos, pero también ministro del Movimiento —guerrera blanca y camisa azul mahón—, y vicepresidente del Gobierno de Carrero. Pero tenía una mente lúcida de jurista y militaba por hacer realidad un sistema de libertades y una democracia de partidos sin exclusiones. Para él, la democracia no era algo «inevitable», sino «necesario y deseable». Y el pasado no podía ser un cepo que le impidiera avanzar.

Así lo dijo en su toma de posesión:

Somos lo que Dios y nuestros padres han puesto en nosotros. Somos lo que la propia psicología, biología y personalidad nos aporta. Pero somos, sobre todo, lo que hacemos. Me siento absolutamente responsable de todo mi pasado. Soy fiel a él. Pero no me ata, porque el servicio a la patria y al Rey es una empresa de futuro. La clave de mi comportamiento será servir a España en la persona del Rey. Tiempo habrá para las palabras, las ideas y las acciones[7].

No era retórica hueca, sino palabras muy intencionadas: un mensaje a los procuradores y consejeros, hombres que como él venían del pasado, pero no por ello debían sentirse «atados» sino encarados a una «empresa de futuro».

Carlos Arias había cumplido la primera parte de la encomienda del Rey: desplegó su influencia sobre los consejeros del Reino en favor de Torcuato. En cambio, desdeñó la segunda parte: no anunció ni oficializó su renuncia.

Pasaban los días y el Rey estaba desconcertado. Llamó a Torcuato:

—Mira, Arias ha decidido hacer lo que le da la gana. Yo no puedo aceptar que oficialmente no me presente la dimisión. Y por otra parte, una cosa es que él siga y otra que mantenga a su Gobierno. ¡Ni soñarlo! Dile de mi parte que oficialice la renuncia, como habíamos quedado, y luego, cuando yo le haya confirmado, que venga a Zarzuela a ver conmigo el nuevo equipo. Empieza una etapa nueva y quiero mover el banquillo.

Torcuato transmitió el recado a Arias.

—Carlos, ¿a qué jugáis el Rey y tú? ¿Al ratón y al gato? Ni él te pide la dimisión, ni tú se la presentas… Mira, el Rey quiere que sigas, pero debe quedar todo oficialmente claro. Tú no eres el jefe del Gobierno de Franco, sino del Rey. Y no continúas porque Franco te nombró, sino porque el Rey te confirma.

Su respuesta fue confusa, envolvente. En cambio, aceptó sin condiciones que el Rey quisiera intervenir en la formación del Gobierno nuevo[8].

Al día siguiente, 5 de diciembre, poco antes de las dos de la tarde, el Rey llamó por teléfono a Arias, en Castellana 3. Presidía en ese momento la última reunión con su gabinete en funciones. Salió de la sala de Consejos, fue a su despacho y desde allí habló con el Rey.

—¿Qué pasa, Carlos? No veo que hayas oficializado tu dimisión.

—¡Vaya, por Dios! Lo siento, se me había olvidado…

—¡Pero bueno, si es lo que hablamos! —El Rey hacía esfuerzos para reprimir su enfado—. Carlos, al margen de que yo no te acepte la dimisión, tú tienes que presentármela. Si no dimites, no me das pie para que yo haga el gesto libre de confirmarte. ¡Es de cajón!

De vuelta en la sala de Consejos, comentó a sus ministros:

—Era el Rey, para confirmarme oficialmente en la presidencia[9].

A algunos ministros les dio otra versión:

—Yo, muerto el Caudillo, no quería continuar al frente del Gobierno. Pensé dimitir. Pero el Rey me encareció que no le abandonase en estos momentos, y he tenido que reconsiderar mis deseos personales[10].

El dedo en la llaga

El Rey aguantó el trágala de mantener a Arias. «La primera, en la frente». Su idea era bien distinta: cortar amarras con el pasado y marcar un cambio de personajes en la escena desde el momento inaugural. Había chequeado los currículos de hombres como José María López de Letona, Juan Miguel Villar Mir, José Ángel Sánchez Asiain, Pedro Gamero del Castillo, conocedores del mundo de la empresa y capaces de afrontar con solvencia la crisis económica que atravesaba España. Que el Gobierno se volcara en sanear la economía, mientras Torcuato al frente de las Cortes faenaba en la reforma del sistema. Pero la actitud coriácea de Arias era un test palmario de cómo respiraba la clase política afincada en el poder. Y desistió de hacer gestos

provocativos de autoridad, siendo un recién llegado y sin pisar todavía pavimento firme.

Optimista, por su gen Borbón, Juan Carlos pronto vio la ventaja de arrancar con un presidente heredado: «El primer tramo será peliagudo; pero como yo no le he nombrado, si se equivoca…, se equivoca él, no yo»[11].

La reacción de su amigo Jaime Carvajal fue una nota madrugadora pero contrastada con las opiniones de varias personas. Entre otras cosas, le decía en ella:

La confirmación del actual presidente del Gobierno es una decisión que no habrá satisfecho a la opinión pública, por el desgaste que Carlos Arias ha acumulado en sus dos últimos años de gobernante. Y no sólo ha decepcionado a muchos, sino que, a los ojos de esa opinión pública, lo más grave es la manera como se ha producido.

Es preocupante porque deteriora la autoridad de la Corona, que debe ser intangible, y aparece ya a los pocos días del inicio del reinado mediatizada por unos grupos políticos de escasa o nula representatividad […].

Que el punto de partida del nuevo Gobierno se plasme en «el espíritu del 12 de febrero», pasado y desprestigiado, es un error. Se debería partir del 22 de noviembre, fecha de la proclamación del Rey. Si no es así, se da una mala imagen de continuismo[12].

Carvajal había puesto el dedo en la llaga.

Juan Carlos leyó la nota varias veces. No era difícil calibrar los daños de imagen que podía acarrearle el haberse arrugado ante Arias y los supuestos núcleos de poder que él pudiera movilizar. Aunque de primeras le abofeteasen la cara, le venían bien esos golpes de aire del exterior que Jaime le enviaba de vez en cuando. Voz fresca y libre de la calle, para descongestionar la atmósfera tendenciosa que tenía en su propia Casa. En La Zarzuela, casi todo el mundo aplaudía la continuidad de Arias; en cambio, miraban oblicuamente el ascendiente profesoral de Torcuato sobre el Rey.

El monarca descolgó el teléfono y se puso en comunicación con Washington, París y Bonn. Necesitaba explicar a Henry Kissinger, a Valéry Giscard d'Estaing y a Walter Scheell por qué continuaba Arias. Hacerles ver que aunque Franco había muerto el franquismo estaba vivo, y no como una nostalgia, sino como un afincamiento en el poder:

—Los hombres de Franco, militares y civiles, son los que ocupan los altos cargos de la Administración y gestionan las grandes empresas públicas. Tienen los mandos.

Esto no parecía preocupar demasiado al secretario de Estado americano; sí en cambio al francés y al alemán:

—Vivimos un momento difícil, por no decir peligroso —les dijo—. La maquinaria franquista sigue en su sitio y dispone de un enorme poder. No ha habido todavía una renovación de las Cortes, y son una emanación del régimen del General. Lo mismo el Consejo del Reino. Ahí están los ultras más puros y duros del franquismo. También hay, naturalmente, hombres que me son fieles y con los que cuento para comenzar con suavidad el cambio. Pero… son una minoría. Por suerte, he logrado colocar al frente de esas dos instituciones al único hombre capaz de influir en ellas y marcarles una ruta: Torcuato Fernández-Miranda. Me es leal y quiere la democracia[13].

En ese ejercicio de sinceridad les confesó también:

—Durante un tiempo, yo mismo tendré que moverme haciendo equilibrios: no decepcionar a

la izquierda, que sé que está expectante; y no irritar a la extrema derecha, que sé que está vigilante. Los hechos serán suficientes. Algunas veces presidiré el Consejo de Ministros para informarme de lo que sucede, pero habitualmente no pienso hacerlo para no gastarme en las inevitables disputas.

A Kissinger, que quería reanudar la negociación del tratado de las bases americanas en España y presentarse en Madrid el 15 de diciembre, Juan Carlos le disuadió:

—Será mejor demorarlo, doctor, porque aún no está constituido el nuevo Gobierno. De ese modo, usted podrá hablar ya con quien vaya a ser mi ministro de Exteriores.

Como colofón, el Rey hizo una misma petición a cada uno de los tres grandes:

—Necesito que confíen en mí y me mantengan abierto el crédito político en esta nueva era.

Sólo para eso había descolgado el teléfono[14].

El Rey «hace» el Gobierno de Arias

El primer Gobierno de la Monarquía juró de luto. Fue en la mañana lluviosa del 13 de diciembre. Banderas a media asta, chaqués con corbata negra, uniformes militares sin condecoraciones y brazaletes negros de crespón. Al Rey se le veía serio, ensimismado. La mirada inconcreta. De sien a sien, atravesándole la frente, una arruga precoz pero bien delineada como un tatuaje tenue de incertidumbre y temor.

La mesilla del juramento con sus faldas de terciopelo granate, el reclinatorio, el crucifijo de marfil, los viejos Evangelios, todo como antes, incluso el texto de la jura en letra grande con la capitular miniada: «Si así lo hacéis que Dios os lo premie, y si no que os lo demande».

Luego, la foto de grupo, blanco y negro, en las escalerillas de La Zarzuela, mirando todos a ninguna parte. En el centro de los veinte hombres, el Rey, de capitán general[15]. Durante mucho tiempo, un Juan Carlos alto, caqui y fajín rojo, sería la metáfora de la Corona.

Hasta llegar a esa instantánea, durante varios días hubo trasiego de visitantes, peregrinajes políticos hacia dos puntos de Madrid: La Zarzuela donde recibía el Rey, y La Chiripa, en Casaquemada, junto a El Pardo, donde vivía Arias.

Mientras Arias componía su nuevo equipo, el Rey revisaba con Torcuato la galería de personalidades que pudiera dar un contenido sólido, solvente, y una imagen atractiva, nueva, con carga de futuro. Habló a solas con algunos. No era una elección, sino un tanteo para sugerir sus nombres, en caso de que Arias no encontrara al titular adecuado de tal o cual cartera. Pero no siempre fue bien recibido ese traspunte regio. Cuando intentó que entrasen Pío Cabanillas y el general Manuel Díez-Alegría, Arias torció el gesto al oír esos dos nombres, y el Rey desistió. Más adelante comentaría: «Arias tiene enfilado a Díez-Alegría, y tampoco traga a Pío Cabanillas, que fue ministro suyo y le cesó por el destape en las revistas y por ponerse una barretina»[16].

El 2 de diciembre, Juan Carlos recibió en La Zarzuela a Pedro Cortina Mauri, todavía ministro de Exteriores, que le llevaba la Declaración de Madrid sobre el Sahara, rubricada por los representantes de España, Marruecos y Mauritania. El Rey aprovechó esa audiencia para tomar el

pulso a varios temas de interés que seguían pendientes: «Los americanos tienen prisa en renovar lo del uso de las bases y firmar el tratado, pero ¿se ha fijado ya el monto de sus contraprestaciones, en dinero y en material militar?»; «En el asunto del Sahara, no olvido, Pedro, aquella frase tuya tan gráfica: "No podemos abandonar a los saharauis como si fueran una piara de camellos"; es importante que mantengamos una línea con la Yema'a[17], tanto en la descolonización como en la nueva administración del territorio»; y «¿En qué punto se ha estancado la renegociación del Concordato con la Santa Sede?, ¿es culpa nuestra o de ellos?».

Cortina Mauri respondió como pudo a aquel intenso repaso de cuestiones abiertas. Al salir del despacho no llevaba consigo ni medio indicio que le permitiera adivinar si continuaría o no al frente de la diplomacia. Para ese puesto, Juan Carlos ya estaba pensando en otra persona.

Aun respetando que el «autor» del gabinete debía ser Arias, el Rey le dio tres nombres concretos para que figurasen en el primer Gobierno de Su Majestad: José María de Areilza, Manuel Fraga Iribarne y Antonio Garrigues Díaz-Cañabate.

—No tengo compromiso con ninguno de ellos, pero son tres primeras espadas en nuestra clase política: inteligentes, cultos, brillantes currículos, viajados, con mundo, con idiomas, los tres han sido embajadores en plazas *first class*[18]. Y, sobre todo, son hombres de talante abierto, que apuestan por la democracia y que aportarán al equipo un plus de prestigio. Tú verás en qué carteras te pueden ser más útiles. Mi «cupo» son estos tres. Los demás, caras nuevas.

Lo que el Rey no le dijo a Arias fue que cualquiera de ellos le daba mil vueltas. Y tampoco que, además de la excelencia, tenía otras razones para haberlos señalado. Con Garrigues, aparte de por su agenda de contactos y la formidable circulación internacional del «clan Garrigues», el Rey tenía una deuda que nunca olvidó: siendo Antonio embajador en Washington, les abrió las puertas de la Casa Blanca por primera vez, a él y a la princesa Sofía, en su viaje de novios, en 1962, «cuando no éramos nadie», para ser recibidos por el glamouroso John F. Kennedy, lo cual entonces, en el franquismo de espuela y bota alta, era una pica en Flandes.

A Fraga, torrencial, le prefería atareado dentro que enfadado fuera. Además, Fraga, recién regresado del «exilio junto al Támesis» —como él decía— era en aquella hora la «esperanza blanca» del tardofranquismo. No era franquista, ni falangista, ni democristiano, ni tecnócrata de cuello duro, y menos aún izquierdista… Por no ser, no era ni monárquico. El Rey le tenía bien calado. Por convicción, por devoción y por ambición, Fraga era un buen fraguista.

En cuanto a Areilza, guardaba el Rey cierta prevención. «Sirvió a Franco. Sirvió a mi padre. Ahora me sirve a mí. Traicionó a Franco. Traicionó a mi padre. Y quizá me traicione a mí. Pero, entre tanto, se pateará Europa y será el mejor *marchand* de nuestra democracia».

Arias veta a Gutiérrez Mellado

Por indicación del monarca, Arias mantuvo las presencias militares en el Gobierno. Le interesaba tener satisfecho al estamento castrense. Si podía contar con su lealtad, las cosas serían más fáciles.

—Voy a hablar con el ministro del Ejército, Coloma Gallegos, porque con los militares, para tirar de uno o de otro, hay que ver el grado, la antigüedad… Ya sabes, un teniente general no se

cuadra ante un general de división por muy ministro que sea.

Lo hizo. De militar a militar, le habló en directo:

—Coloma, quiero que Tierra, Mar y Aire mantengan su propio ministro en el Gobierno. Incluso he pensado potenciar el peso militar creando un cuarto puesto: un vicepresidente para Asuntos de la Defensa, que será ministro sin cartera. Pero convendría renovar el cartel, porque los tres ministros militares lleváis ya mucho tiempo. Eso sí, vamos a hacerlo sin pisar callos, eh.

Y mesa de por medio, cada uno con su escalilla delante, se enfrascaron en álgebras de escalafón.

El desalojo de Francisco Coloma Gallegos fue más que fácil, ya que el propio ministro quería dejar la poltrona por motivos personales: sesentón y viudo, se casaba al mes siguiente con la marquesa de Seoane, Mercedes Picón.

Barajaron unos posibles cambios entre capitanes generales.

Félix Álvarez-Arenas sería el nuevo ministro del Ejército. Mariano Cuadra Medina se había mantenido ya en seis gobiernos de Franco como ministro del Aire, le relevaría Carlos Franco Iribarnegaray. En cambio, no resultó posible remover a Gabriel Pita da Veiga, ministro de Marina permanente también desde los tiempos de Carrero.

Fue en esa fase cuando el Rey propuso para la vicepresidencia de la Defensa dos nombres de militares liberales. Cualquiera de ellos le garantizaba una actitud positiva hacia la reforma del régimen: Manuel Díez-Alegría y Manuel Gutiérrez Mellado. Arias rechazó a los dos. Al primero, sin explicaciones. Al segundo, aduciendo una cuestión de grado: le faltaban unos meses para ascender a teniente general, y no se habría visto bien un ascenso a dedo saltándose el turno.

Con todo, el trámite para el nombramiento de Gutiérrez Mellado se puso en marcha. Circuló la noticia y hasta se dio por hecho. Pero, inopinadamente, en los últimos días hubo un cambio: el vicepresidente para Asuntos de la Defensa sería el teniente general Fernando de Santiago y Díaz de Mendívil.

Cuando Areilza preguntó al presidente Arias por qué Gutiérrez Mellado fue primero sí y luego no, recibió una explicación oscura: «Tan confusa —anotó Areilza en su *Diario*— que no acabo de entenderla; porque metió también en juego los nombres de los generales Valenzuela, Vega Rodríguez y Fernández-Vallespín…»[19]

Ciertamente, se trataba de tres tenientes generales con mayor antigüedad que Gutiérrez Mellado. Para que no se sintieran preteridos, Arias aplicó a su manera el consejo del Rey: «No pisar callos».

Por algún comentario de comisura, esos que Arias dejaba caer sin casi despegar los labios, Juan Carlos entendió que Gutiérrez Mellado no era bien visto entre el generalato que combatió en la guerra civil. ¿Razón? El Guti no había luchado en el frente, sino en la inteligencia subrepticia de los servicios de espionaje. Infiltrado en las retaguardias republicanas, bajo la falsa identidad de Teodosio Paredes Laína[20], captaba y transmitía información militar para el Ejército sublevado. Pero su nombre les rechinaba por algo más reciente: un par de conferencias y discursos en 1971 y 1974, en los que Gutiérrez Mellado postulaba una reforma de gran calado para redimensionar y modernizar los obsoletos ejércitos de Franco, y defendía para todos los españoles el Estado de derecho[21].

Juan Carlos se había pasado toda su vida elaborando paciencia a base de protegerse como los galápagos. Desde que era un muchacho tuvo que bandearse entre la corte de Estoril y la corte de El Pardo, la obediencia a Don Juan y el sometimiento a Franco. Se resabió en el arte de meter la cabeza bajo la carcasa y aguantar, disimular, esperar. Con el Guti iba a esperar. Hacía tiempo que le tenía en «la despensa».

Estando Franco en su larga agonía, Juan Carlos recibió en La Zarzuela a Michael Vermehren, el corresponsal de la televisión oficial de Alemania. Tomando café, solos y sin cámaras, le avanzó su intención firme de imprimir al país «un cambio del sistema político hacia la democracia, pero sin enfrentamientos ni fracturas». Y ya le habló de Gutiérrez Mellado como «un militar en quien pienso para que haga la reforma de las Fuerzas Armadas»[22].

Suárez, ministro con la venia del Rey

En la combinación de ministros civiles, Arias parecía desorientado. Quizá porque no había pensado cambiar su Gobierno, improvisaba a última hora. Y sin duda porque carecía de un programa de acción, no buscaba a los ministros más idóneos. Estando la economía española en una fosa depresiva, le daba igual adjudicar el paquete de vicepresidencia económica más Hacienda a un hombre de letras que a un hombre de gestión empresarial. Se planteó la opción entre Federico Silva Muñoz, democristiano preconciliar y ex ministro de Franco, y Juan Miguel Villar Mir, un demócrata a secas, con más afición a la ingeniería que a la política. Silva era letrado del Consejo de Estado y baluarte de la banca más reaccionaria: el Banco Español de Crédito (Banesto), motejado como el «Búnker Español de Crédito», que reclamaba para Silva Muñoz los mandos de la Hacienda pública. Villar Mir tenía un dúplex de cátedras, y con treinta y pocos años presidía ya los Altos Hornos de Vizcaya y los del Mediterráneo. Lo suyo era espabilar los números.

En el tira y afloja de condiciones para ser ministro, Silva decidió salir del parchís sin explicar por qué. Al Rey le pareció bien por dos razones. Una, Silva era un tardofranquista con derroteros de falangista, no habría dado juego de apertura. Y dos, no quería que el Gobierno incubara pugnas entre «familias políticas» y «grupos confesionales», y Silva era un miembro destacado de la Acción Católica Nacional de Propagandistas. Con todo, que Silva no entrase en el corro entrañaba el incalculable riesgo de tener en contra al Banesto: un emporio de influencia sobre miles y miles de clientes y ahorradores en toda la España rural.

Esos días, en una de sus conversaciones con Arias, el Rey le comentó que «convendría abrirse a los más, para integrar en el proyecto a los más», y sin entrar en matices políticos apuntó hacia la geografía: «¿Por qué no metes a un catalán?»

Aquella misma tarde, después de su partida de golf en el Club de Campo, Antonio Carro, cerebro gris de Carlos Arias, telefoneó al gobernador civil de Barcelona, Rodolfo Martín Villa:

—Rodolfo, el presidente pide nombres de catalanes para el nuevo Gobierno.

—¿Así, a bote pronto…? Se me ocurren varios: Andrés Ribera i Rovira, Juan Antonio Samaranch, Carlos Güell de Sentmenat, Claudio Boada, Carlos Ferrer Salat…

A los dos días, Arias le citó en Madrid:

—Me interesaría —le dijo— contar con algún catalán representativo… Háblame de Claudio Boada, que es el que más me suena.

En esa conversación, Martín Villa llevó varios nombres más, entre ellos, Francisco Lozano Vicente, que entraría «como catalán» con la cartera de Vivienda.

Arias quiso conocer la opinión de Martín Villa sobre el Gobierno con que debería iniciarse la Monarquía.

—De cara a un régimen nuevo —dijo Martín Villa—, antes o después deberán desaparecer dos ministerios: Movimiento y Relaciones Sindicales.

—A ver, a ver, explíqueme eso. —Arias se había quedado perplejo. En Martín Villa veía a un hombre procedente del «azulismo» y del Sindicato Universitario. Falange joven, pero Falange.

Aún más perplejo se quedó Martín Villa cuando, a los pocos días, se le comunicó que Arias no sólo mantenía esos dos ministerios, sino que ponía al frente a los dos miembros más jóvenes y reformistas de su nuevo equipo: Adolfo Suárez y el propio Martín Villa.

Alejandro Fernández Sordo, el ministro de Relaciones Sindicales que cesaba, fue quien recomendó a Rodolfo Martín Villa para esa cartera:

—Hombre del Movimiento, sí, pero cuando estalló la guerra él todavía estaba mamando. Podríamos decir que está a la izquierda de la derecha. Conoce bien el mundo sindical. Leonés. Católico sin beaterías. Es ingeniero industrial: dos más dos, cuatro. O sea, sin imaginación para crear problemas y con mente práctica para dar soluciones. Fíchale, Carlos. No lo dudes[23].

La inclusión de Adolfo Suárez fue una jugada hábil de Torcuato Fernández-Miranda, que quería tener a un hombre de su confianza en el Consejo de Ministros. Con el visto bueno del Rey, Torcuato se desplazó uno de esos días hasta La Chiripa, la casa de Arias.

—¿Cómo llevas el crucigrama?

—Ultimándolo. Estoy con dos carteras, Movimiento y Trabajo, y dos personas, Pepe Solís y Fernando Suárez… Al final, creo que dejaré a Fernando en su cartera de Trabajo.

—Son muy valiosos los dos, pero están más vistos que la Tani. ¿Por qué no llamas a Adolfo Suárez para el Movimiento?

—¿Y qué hago con Solís?

—Pues da una larga cambiada: cesa a Fernando Suárez en Trabajo y pon ahí a Solís. Y dale el Movimiento a Adolfo.

Torcuato sabía que Arias no se llevaba bien con Fernando Suárez, por su altivez y su prepotencia. En cierto modo, andaba buscando una fórmula digna para prescindir de él.

—¿Una larga cambiada…? ¡No es mala idea! Pero dejar caer a Fernando así como así… Es ministro y vicepresidente, puede agarrar un cabreo de mil pares de…

—Le buscaremos un premio de consolación… El Rey podría nombrarle procurador de designación real.

—¿Existe eso?

—Podría existir[24].

Sin embargo, al Rey le importaba más la salida de ciertos ministros de marcada entretela franquista que las personas llamadas a sustituirlos. Era preciso diluir la foto estática de continuidad que Arias generaba con su sola presencia. Y lo consiguió con indicaciones

indirectas.

Igual que a Franco, a Carlos Arias los cambios le producían vértigo. En sus cuatro remodelaciones de Gobierno anteriores, introdujo tan escasas novedades que mantuvo fijos a doce ministros, como si fueran piezas machihembradas con la estructura. Sus crisis se reducían a uno o dos que salían y uno o dos que entraban. Pero en esta ocasión el Rey le había pedido abiertamente caras nuevas, cambio de imagen, cartel de estreno.

Al fin, se fueron Pedro Cortina Mauri, Luis Rodríguez de Miguel, Tomás Allende y García-Báxter, Cruz Martínez Esteruelas, Joaquín Gutiérrez Cano, Fernando Suárez González, Alejandro Fernández Sordo, y los dos políticos que ejercían mayor influencia sobre Arias: José García Hernández y Antonio Carro. Aunque alejados del Gobierno, siguieron siendo sus mentores más próximos, más constantes y más influyentes. Sus consejeros en el *green* de golf.

El Rey, entre Führers, Mussolinis y demás comparsas

Veinte coches oficiales salieron a la vez de La Zarzuela. Frenando motores en las revueltas de la cuesta abajo, hasta pasar el postillón y la cancela de la Guardia Real, pero en cuanto llegaron al camino asfaltado entre los árboles aceleraron todos. Estampida. Los ciervos de Somontes huían aterrados. Los ministros tenían que cambiarse a toda prisa el chaqué por el traje oscuro para la toma de posesión en Presidencia, Castellana 3.

Evidentemente, el camino es arduo, pero es honroso —dijo Arias Navarro en el discurso inicial de su mandato—. Se nos llama, se nos congrega, para perseverar y continuar la gigantesca obra de Francisco Franco, perfeccionándola y adecuándola a las exigencias de cada momento, pero siempre bajo el signo de ese encendido, de ese inextinguible amor a España que fue su último grito de despedida.

Los nuevos ministros cruzaron miradas. Sí, habían oído bien, «continuar la obra de Franco». Aunque era la toma de posesión del primer Gobierno de la Monarquía, el presidente Arias mencionó tres veces a Franco y sólo una al Rey. En adelante, esas dosis indicarían la proporción de sus lealtades. El discurso fue más un lamento por el equipo saliente que una salutación al gabinete entrante. En realidad, Arias había dejado caer a «sus» ministros sin mover un dedo; con la misma pasividad con que aceptó al nuevo equipo que le impusieron. Lo importante era seguir él.

Paradójicamente, se refirió a la tarea que tenía por delante con expresiones de agobio —«la pesada carga», «el camino arduo», «la grave obligación que se pone sobre mis hombros»…—. Ilusión, cero. ¿Horizonte? «Sigo perseverando firmemente en los propósitos que expuse el 12 de febrero». La rendija de una apertura mínima y abstracta que prometió en 1974, estando Franco en el poder.

Aquel mismo día de la jura, 13 de diciembre, Areilza visitó al Rey por la tarde. Le recibió con expresiva cordialidad, cogiéndole de las dos manos y hablándole de su larga y difícil espera de tantos años, a la sombra de Franco.

—¡Al fin…! Vine a España con diez años y voy a cumplir treinta y ocho tacos, ¡fíjate si he

tenido que esperar! También tú has esperado lo tuyo…

—Pero todo llega, Majestad.

—Ha sido más fácil que Arias dejara irse a los suyos, a los que han salido, que os aceptara a todos los nuevos… Yo he tenido que imponerme, eh. No te cuento las resistencias hasta formar el Gobierno. Pero ya está. Sois un buen plantel y debéis engranaros entre vosotros como equipo. Id despacio, pero… con firmeza, con decisión. Para todo lo que haya de verse en las Cortes, me apoyo en la fidelidad y la flexibilidad de Torcuato en el doble puesto que tiene…

El Rey estaba contento y conversador. En otro momento confesó:

—José María, no quiero que se quede resentido ninguno de los ministros que han salido; ni que se sienta marginado ninguno de los que han estado en el bombo, pero al final no han entrado… Decidles que vengan, que las puertas de esta casa están abiertas, y yo estoy aquí para escuchar sus ideas, sus frustraciones…

—Majestad, convendría buscar alguna encomienda interesante para Pío Cabanillas y para el teniente general Díez-Alegría, que se han quedado en el andén…

—Sí, sí, sí… Son dos hombres valiosos y hay que poner a trabajar a los que valen. Por cierto, cuando empieces con los destinos y nombramientos de Exteriores, mira a ver, ofrécele una embajada buena a mi primo Alfonso, el duque de Cádiz.

—¿En Europa?

—Mejor un poquito más lejos… Hispanoamérica. Pero… ¿aceptará? —Juan Carlos subió las cejas, se encogió de hombros, y así estuvo varios segundos, como si esperase que la pregunta la respondiera el aire[25].

Muerto y sepultado Franco, en la vida política española se presentaban dos caminos: continuidad o cambio. La continuidad era tan indeseable como imposible. Ni siquiera el General creía en un franquismo sin Franco. Ah, pero tenía unos fortísimos seguidores: el poder político, el económico, el sindical, el militar. El poder, encastillado en la resistencia. El búnker.

El Rey quería cambio. Y la inmensa mayoría silenciosa, silenciada, también quería cambio. Podía hacerse rompiendo con lo anterior o reformándolo. Durante los siete meses del Gobierno Arias pugnaron entre sí las tres opciones —continuismo, ruptura y reforma—, neutralizándose mutuamente en un *impasse* estéril.

Los ministros se habían embarcado para una singladura de gran apariencia, «el primer Gobierno de la Monarquía», pero zarparon sin carta de navegación, sin concierto de equipo, sin reparto de funciones…, y al poco tiempo se dieron cuenta de que tampoco tenían timonel. Arias no dirigía. Arias no lideraba.

En las breves conversaciones que los seleccionados para ser ministros tuvieron con Arias, antes de aceptar, el presidente no les expuso un programa conjunto, un plan de Gobierno o unas tareas sectoriales concretas. Más bien, como si les mostrase el cuadrilátero de un ring, les acotó un terreno, unos topes de libertad. «Las cuatro coordenadas de actuación del nuevo Gobierno, como límite del campo político, van a ser: unidad nacional, lealtad a la Monarquía, anticomunismo y orden público. Dentro de eso, habrá juego enteramente libre para las opiniones políticas»[26].

El Rey era la única figura de estreno en el cartel. Su papel, de momento, consistía en «no

hacer nada, pero hacerlo bien». Los procuradores pululaban por las Cortes debatiendo temas de ayer. Los consejeros nacionales del Movimiento seguían desgranando prosa florida ceremonial, disfrazados de Führers y Mussolinis. Y el paisanaje español, con su paciente reloj a la espera.

«No un pequeño caudillo, sino un gran Rey»

Encarado ante una pequeña agenda de anillas, el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, Torcuato Fernández-Miranda, reflexionaba sobre esa perplejidad colectiva:

¿Y ahora qué hay que hacer?

No lo sé, pero hay que plantear y pensar.

No un pequeño caudillo, sino un gran Rey.

No romper, ir de una situación a otra, desde la ley.

No ruptura, reforma desde la Ley de Sucesión. 2/3 y referéndum.

Integrar a la izquierda.

En medio de la incertidumbre general, Torcuato —cabeza fría y nervios embridados— sabía cuál era su tarea: «Ir de la ley a la ley». Hacer un pasadizo legal, un salvoconducto en regla, que permitiera pasar de las leyes totalitarias de Franco a la Constitución democrática del Rey. Pero las Cortes franquistas no habían sido disueltas, sino prorrogadas. Por tanto, las viejas Cortes tendrían que derogar sus viejas leyes y abrir la puerta a las nuevas. Y eso requeriría engrasar los oxidados mecanismos de las Cortes y disponerlas para que en ellas, desde ellas, se hiciera la reforma. No existía otra instancia.

Si el Gobierno eligió la reforma, tiene que contar con las Cortes. Tiene que trabajarlas, integrarlas en la reforma. El desacuerdo Cortes-Gobierno es suicida.

Asediaba el problema desde dentro, desde la fontanería. Había que amaestrar a las Cortes y sólo él podía hacerlo. Pero ¿cómo? Quizá se acordó de Romanones: «Hagan ustedes las leyes, y déjenme a mí los reglamentos». Y a eso se aplicó, al anotar:

Uno de los primeros temas sobre el que tengo que volver: reformar «desde» el reglamento.

Reformar el procedimiento de reuniones del pleno [de las] Cortes.

¿Cómo? Dar vueltas a esto.

Votación Consejo [del] Reino. Funcionamiento periódico, cada quince días.

Sus garabatos de agenda no eran relatos literarios sino taquigrafía veloz de lo que alguien importante le decía al otro lado del teléfono, o el trazo para memorizar una tarea, o el acta escueta de una observación.

Fernández-Miranda no era un hombre locuaz ni redundante, sino tan parco en el decir que a veces resultaba enigmático. Por eso sorprende que en esos soliloquios por escrito, a la vuelta de varias páginas, varios días, varias reflexiones, reitere unos pocos enunciados, como si los subrayase con rotulador grueso:

No un pequeño caudillo, sino un gran Rey.

Reforma desde la Ley de Sucesión. 2/3 y referéndum.

Integrar a la izquierda.

Eran las líneas «fijas» de su pensamiento. Y, desde su primer apunte, la fórmula hábil, la

ecuación de oro: «Reforma desde la Ley de Sucesión. 2/3 y referéndum».

Ya en el arranque del Gobierno de Arias, el 13 o el 14 de diciembre, dejó una alerta interesante:

Examinar las relaciones del Rey con Carlos Arias, que a la larga me parecen inviables.

Torcuato desvelaba ahí que no era sólo el presidente de las Cortes, sino el hombre del Rey[27].

El vendedor de humo

Como titular de Asuntos Exteriores, Areilza se empleó en una gira intensa y sin tregua por todas las cancillerías comunitarias, como marchante de un producto aún inexistente: la democracia española. Vendía promesas, vendía humo… y lo hacía con gran entusiasmo. Pero cuando, al regresar de sus viajes, iba a Castellana 3 a informar a Arias, se le desfondaba el ánimo.

Me escucha distraído, como pensando en otra cosa. Suena el teléfono varias veces. Habla Arias de forma enérgica, de represión, de hacer frente, de dureza contra el enemigo… Increpa a la prensa[28].

Arias tenía la atención en otra parte. Desde los primeros días de enero, la conflictividad social se había disparado como nunca. Un trazo definidor del Gobierno de Arias sería el aumento de las convocatorias de mítines, manifestaciones y huelgas obreras, reprimidas todas ellas policialmente. Sólo en los tres primeros meses de 1976 se declararon 17 731 huelgas, seis veces más que en todo el año 1975, que había sido el más agitado del franquismo. Traducido a cifras de paro laboral: en 1975, viviendo Franco, se perdieron 14,5 millones de horas de trabajo. En 1976, más de diez veces más: 150 millones de horas.

Aquellos días de enero, cuando Arias daba órdenes tajantes por teléfono, y Areilza no conseguía embelesarle con su marketing europeo, en Madrid había paros simultáneos en el Metro, en Teléfonos, en Correos; y por el resto de la geografía, huelgas masivas en el sector metalúrgico y de la construcción. Era el rechazo a las medidas de contención salarial impuestas por el ministro Villar Mir. Y en otro registro, en el de cariz político, las poblaciones urbanas de Bilbao, Burgos, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Pamplona y otras capitales se manifestaban en la calle reclamando una amnistía total que vaciara las cárceles.

Con todo, esa fuerte presión desde abajo, la «acción democrática nacional» impulsada desde Comisiones Obreras (CC.OO). y el Partido Comunista (PCE), no logró cuajar en una gran huelga general, «la GHG», que hubiese paralizado el país, forzando al Gobierno a plegarse o a ser derrocado pacíficamente. Y no se consiguió porque los obreros movilizados no relacionaban directamente sus huelgas y sus reivindicaciones salariales con un cambio político de alcance mucho mayor; y porque las clases medias trabajadoras se mantuvieron rezagadas y al margen de la movida social[29].

El Gobierno, sin embargo, calibró el peligro de la «presión desde abajo» y la impopularidad de un estado continuo de protestas callejeras. De ahí que la espiral de represión fuese cada vez más contundente.

Bastantes tormentas tenía Arias en el patio interior como para interesarse por la gira europea del elegante vendedor de humo.

En contraste con el desinterés de Arias por los temas de exteriores, el Rey animaba a Areilza a abrirse «sin prejuicios y sin tabúes».

La España que heredaba de Franco estaba excluida, marginada. «Hay que abrir puertas —le decía al ministro—, normalizar relaciones con todos, salir del gueto». Iba señalando:

—Yugoslavia, Rumania, la Unión Soviética… Estas dos últimas a la vez, para no tomar partido en las luchas entre ellos.

—¿Israel?

—Tendremos problemas y suspicacias con los países árabes, pero me parece bien que empecemos a dar pasos. Somos los únicos en Europa que no reconocen el Estado de Israel. El presidente Efraim Katzir me envió un mensaje de saludo muy expresivo a través de Max Mazim.

—México…

—Yo creo que ellos deben dar el primer paso. Saben que aquí ha cambiado el régimen, y no hay razón para que sigan manteniendo que lo legal es la Segunda República.

—Eso es una antigualla de la época de Lázaro Cárdenas, que ya ni tiene sentido, ni ellos la quieren. Lo que pasa es que este Luis Echeverría es un elemento de cuidado… Mejor, cuando acabe su sexenio, que será en noviembre.

—Ahora hay que centrarse en Europa, pero luego tenemos que «hacer las Américas». Iremos hablando… Perdona que salte a otro tema: hay que resolver el contencioso con la Santa Sede. Franco se las tuvo ahí muy tiesas, y el asunto se estancó, se agrió y se fue pudriendo. No sé qué te dirá Arias, pero él estuvo en el meollo de alguno de los problemas.

—Arias no ve Roma con simpatía. Lo de monseñor Añoveros se le atragantó[30].

—Mi deseo es tener una buena relación con la Santa Sede. El Concordato está viejo y hay que renovarlo. ¿Cuál es el nudo de la discusión? ¿El privilegio de terna para las vacantes de obispos? Bueno, pues es un privilegio concedido a mis antepasados los Reyes Católicos, y no al jefe del Estado, sino a la Corona española.

—De hecho, la República renunció al privilegio.

—Así que algo tengo yo que decir en eso: el Rey de España quiere renunciar. ¿Más claro? Sólo en casos muy, muy especiales habría que conservar el control de los nombramientos. Como hizo la Francia de De Gaulle después de la guerra mundial. Mejor dicho, como pretendía hacer…, que ésa es otra historia.

Siguieron hablando de esa y otras cuestiones.

—¿Gibraltar?

—Un paisano tuyo y predecesor en el ministerio, Castiella, estaba obsesionado con el «asunto Gibraltar», era su monotema, tanto que la Reina, entonces princesa Sofía, en plan de guasa le llamaba «el ministro del Asunto Exterior»…

—Lo mejor que se puede hacer con Gibraltar es no hacer nada; y entre tanto, marear la perdiz.

—Importa mucho no dar la sensación de que ahora cambiamos de política por el parentesco

de familia entre las dos casas reales. Que todo siga igual. Mira, en una conversación privada con Felipe, el duque de Edimburgo, me dijo con toda confianza: «¿Por qué demonios no te pones en contacto con la gente de Gibraltar y avanzas allí en algo para llegar a un acuerdo? Nosotros estamos hasta la coronilla de toda esta historia, que además nos sale carísima».

—Me lo creo a ojos cerrados. —Areilza disfrutaba con ese intercambio de confidencias—. Y aún más caro nos saldría a nosotros recuperar ese Peñón y sus monos… En cuanto tuviéramos los dos polos del control del Estrecho, Hassan II no tardaría un minuto en intentar meterse en Ceuta y en Melilla.

Él a su vez le contó al Rey que el embajador inglés, Charles D. Wiggin, le había facilitado un apunte sobre Gibraltar bastante coincidente con lo que había dicho Felipe de Edimburgo: «Ni uno solo de los ministros del actual gabinete británico deja de comprender las razones que asisten a España en la secular disputa de Gibraltar. Tampoco ignoran el hecho de que la Roca ha dejado de ser una pieza clave en la defensa nacional». Wiggin le desveló también la existencia de «un memorando clasificado "confidencial" que contiene las líneas maestras para lograr un arreglo del problema con España».

—Cuando volvamos a tomar el té Wiggin y yo —concluyó Areilza—, le preguntaré simplemente «*How much?*»[31]

Operación Dédalo

Areilza, por ser el jefe de la diplomacia, despachaba frecuentemente con el Rey. No siempre hablaban de cuestiones exteriores. De vez en cuando, Don Juan Carlos sacaba el tema de la renuncia de Don Juan. Quería que fuese cuanto antes. Lo llamaban en clave *Operación Dédalo*. Habían barajado y descartado escenarios: las Cortes, el Palacio Real, El Escorial…, «aunque a mi padre le gustaría ese lugar, de donde vienen los Austrias y los Borbones, las dinastías españolas». El Rey prefería que la renuncia se hiciera «como un pacto de familia, y sin ningún intermediario para el resultado final». Y en un sitio lo más parecido a ninguna parte, un gran navío militar fondeado en aguas territoriales españolas: el portaaviones *Dédalo*.

Desde diciembre, Antonio Fontán viajó varias veces a Estoril llevando a Don Juan algunas sugerencias concretas apuntadas por el Rey:

—Solemnidad protocolaria del acto, para recibir yo de mi padre la investidura de legitimidad, la jefatura de la dinastía, de la Orden del Toisón de Oro y de la grandeza de España. El Conde de Barcelona podría conservar ese título soberano de modo vitalicio, es lo único que me ha pedido, con tratamiento de Alteza Real, y ser almirante honorario de la Armada. Viviría en España, con residencia y dotación presupuestaria, y en el protocolo oficial tendría el estatus de padre del Rey[32]

No tardaban en llegarle al Rey noticias indirectas de la reacción de su padre. El emisario solía ser Antonio Fontán, y en alguna ocasión Joaquín Muñoz Peirats. Pero no era un asunto que lo hablase con cualquiera.

Don Juan estaba dispuesto a dar el paso definitivo y a que fuera pronto. Pero en los últimos días recibió tanto «empujón oficioso» que… se repuchó. No sólo se lo pidió doña María; también

le telefonearon para lo mismo algunos miembros destacados de casas reinantes europeas. Don Juan suponía que todas esas insistencias las movía su propio hijo.

A pesar de todo —era uno de los mensajes que llegó al Rey—, su decisión es firme en el sentido de ceder a Don Juan Carlos la investidura de la legitimidad. Y dentro de poco tiempo. Tiene ya redactado un borrador del documento, que ha cotejado con otros gestos parecidos habidos en sus ascendientes reyes, y espera que el acto sea público, breve, pero solemne.

Y se apuntaba una pregunta de protocolo:

¿Convendría que, una vez negociado el asunto, el Gobierno enviase a algún ministro a Estoril para pedirle oficialmente a Don Juan este último acto de generosidad y patriotismo? ¿O debe mantenerse como «pacto de familia» sin intervenciones políticas oficiales?

La prisa de Don Juan Carlos se debía a su deseo de hacer coincidir la renuncia de su padre con su fiesta de cumpleaños, el 5 de enero, y celebrarlo en el Palacio Real, en la recepción solemne de su primera Pascua Militar como Rey.

El último recado de Don Juan frenaba esas impaciencias dando la razón de su demora: «El Conde de Barcelona piensa que el Rey debe comprometerse antes en un programa de reformas, quizá algo parecido al del "memorial Fraga". Quiere ver que se inicia en serio una apertura democrática. Y eso es lo que podrá desencadenar la "operación renuncia"»[33].

Fraga: un reformador con paraguas y bombín

Fraga y Areilza eran los únicos ministros que desde el primer momento se propusieron ir a una democratización del sistema. Intercambiaban papeles con esbozos, se reunían para discutirlos… En sustancia, uno y otro pretendían elaborar unas leyes de parcheo, unos salvoconductos que permitieran ciertas libertades básicas a los ciudadanos, y reformar algunas piezas del aparataje político franquista, pero el Gobierno y las Cortes conservarían la iniciativa constituyente. No les importaba demasiado que ese formato fuese el de una carta otorgada, una Constitución fabricada desde los órganos del viejo régimen, cuando lo que la nueva etapa exigía era algo tan distinto, tan simple y tan revolucionario como «constituir al pueblo en constituyente». De abajo arriba, y no al revés.

Muy madrugador, en los primeros días de enero Manuel Fraga desenfundó ante sus colegas de Gobierno un memorial titulado *La reforma constitucional: justificación y líneas generales*, con el que pretendía tomar la iniciativa política, presentándose así como el único político de la situación con una fórmula «reformista» concebida para evitar a toda costa la ruptura.

Fraga era la estrella política del momento, la esperanza blanca, el reformista intrépido llegado de Londres o, como él solía decir «del exilio de Belgravia», la embajada española entre Hyde Park, Buckingham y Victoria Station.

El memorial de Fraga era una mixtura que tomaba de lo viejo y de lo nuevo: una Cámara Baja elegida por sufragio universal, aunque por los cauces falangistas de «familia, sindicato y municipio» a los que se podrían añadir las asociaciones —que no partidos— políticos; y un Senado corporativo, estamental, designado, no elegido, en el que empotrarían a los miembros del Consejo Nacional del Movimiento. El presidente del Gobierno seguiría siendo nombrado por el

Rey, entre una terna presentada por el Consejo del Reino, que también se mantendría. No veía necesario desmontar el sindicato vertical y único. Sin darse cuenta, en ese punto coincidía con los comunistas, que rechazaban la pluralidad sindical y preferían un sindicato único para controlarlo, incluso asumirlo íntegro desde CC.OO., el sindicato del PCE.

Curiosamente, Fraga, que no era de extracción ni devoción monárquica, producía a toda hora textos sobre la regencia, la mayoría de edad del príncipe heredero, los matrimonios regios… Deseaba apuntalar la Monarquía y estaba seguro de que «un referéndum organizado y controlado desde el poder se ganaría, dando así al Rey el respaldo popular que precisa para validarse». Es claro que un referéndum dirigido y controlado desde el poder se ganaría, como se ganaban en tiempos de Franco cuando «votaba» el 101 por ciento del censo, pero no le daría al Rey ni un gramo de legitimación popular.

El Rey: «Sácales dinero a los americanos, como gesto hacia mí»

El Rey no confiaba en Arias, ni en su voluntad de acometer en serio la reforma política, ni en su empeño por afirmar la Monarquía desde el inicio de su andadura. No obstante, forzado por las circunstancias, decidió darle su oportunidad de juego y cancha libre para que desarrollara sus planes de Gobierno. El decurso de los meses demostraría que Arias no tenía otros planes que durar, resistir y oponerse al cambio.

Sin interferir en las competencias del Gobierno, el Rey había perfilado la agenda de sus primeros pasos como jefe del Estado. Deseaba que el viaje a Estados Unidos fuese el punto inicial de sus visitas oficiales al extranjero. Pero ese viaje no convenía realizarlo mientras estuviesen pendientes las negociaciones del tratado bilateral y el acuerdo sobre las bases americanas en España. Por tanto, hasta mayo o junio recorrería el territorio nacional en una *tournée* de contactos directos con los españoles: tocar pueblo, conocerlos y darse a conocer. Una batalla de conquista pacífica. Los españoles le conocían como «el príncipe de Franco»; ahora necesitaba ganárselos como Rey y recibir de ellos la legitimidad popular. Una asignatura pendiente e indemorable. Empezaría por Cataluña.

Otra urgencia en su agenda era hacer ver cuanto antes a las Fuerzas Armadas que no estaban acéfalas, que tenían un jefe supremo, y ese jefe era él.

También entre sus prioridades tenía el Rey una reunión con el Consejo del Reino. En teoría, debía ser su cinturón pretoriano de consejeros, pero en la realidad no era así. Salvo dos o tres, el resto eran hombres afectos al franquismo y renuentes a cambiar el régimen. El Consejo del Reino era un órgano superfluo y formalista, acostumbrado a sestear durante años, y que Franco empleó como se emplea el lacre, para sellar lo ya decidido, ya escrito y ya firmado.

Se necesitaba el dictamen del Consejo del Reino para disolver o prorrogar la legislatura de las Cortes; para destituir al presidente del Gobierno, y para que presentasen al jefe del Estado una terna de tres posibles candidatos a ocupar ese cargo. Sus consejos eran unos formulismos preceptivos aunque no vinculantes, pero si el Rey los desoía se podría generar una colisión institucional. De modo que, aun siendo un órgano de dignidad y «circunstancias», a malas podía convertirse en llave encasquillada que impidiera abrir la puerta.

El Rey sabía que en dos momentos no muy lejanos tendría que recurrir al Consejo del Reino: para «oírlo» el día que decidiera prescindir de Arias; y a continuación, para que fabricase la terna de posibles presidentes del Gobierno. Llegada esa ocasión, la llave debía estar bien lubricada.

Atento, pues, a esos primeros pasos que él mismo se había establecido, cuando Arias le dijo que había convocado la Junta de Defensa Nacional en Presidencia del Gobierno, le dijo: «No, no, cítalos aquí, en Zarzuela, porque voy a presidirla yo».

El tema del día era el acuerdo sobre las bases militares, los contenidos del tratado con Estados Unidos que debía firmarse el 23 de ese mismo mes. Los altos mandos militares, pese a ser los beneficiarios del toma y daca con los americanos, se mostraban críticos y recelosos. Casi todos desenfundaron sus folios y los fueron declamando con vehemencia o leyéndolos atropelladamente para que todo entrara y nada quedase por decir. Tenían la mala experiencia, se dijo allí, «del gato escaldado»: «Toman a España por un hangar de alquiler y un taller de reparación para sus buques y sus aviones, o una dársena para sus peligrosísimos submarinos nucleares»; «A cambio, nos dan la chatarra que ellos no usan, o si son equipos nuevos nos los suministran por piezas, sin munición, sin formalidad en las fechas de entrega, cuando les da la gana»; «El tratado queda muy bien en el papel, pero no tiene un valor real: las cláusulas de seguridad son un camelo, porque Estados Unidos no moverá un dedo si a nosotros nos ataca el moro en Ceuta, Melilla o Canarias»; «Las contrapartidas son imaginarias, y los créditos tienen unas condiciones que nos atan las manos para desarrollar nuestro propio armamento nuclear; van en letra pequeña, pero van»; «Las ayudas civiles son menores que las que obteníamos antes»; «Las fechas de desnuclearización y salida de sus submarinos no son reales, no se conseguirán»; «Habría que reducir drásticamente esos vuelos de sus cisternas de suministro de combustible por encima de nuestro territorio». Decían unos, decían otros…

El Rey escuchaba muy atento, sin mover un músculo. De vez en cuando tomaba alguna nota. Pero se mantuvo estatuario. No quería expresar acuerdo o desacuerdo con lo que allí se manifestaba; sólo oír las opiniones de la cúpula militar.

El tratado iba quedando hecho trizas sobre el tapete adamascado de la mesa de consejos, y aún faltaban algunas opiniones *in voce*, sin folios, de argumentos que en caliente y «con la venia de Su Majestad» proponían «independencia», «neutralidad», «tener nuestra propia fuerza disuasoria», «cerrar las bases y que empiecen a valorarnos», «recordemos el papelón que nos hicieron jugar en Ifni o, más reciente, cómo estamos saliendo de Sahara»…

—En lo que respecta al contenido defensivo militar —dijo el general De Santiago, como resumiendo las posiciones expuestas—, las ventajas para las Fuerzas Armadas no se ven por ninguna parte. Este acuerdo no nos asimila a la OTAN. Seguimos fuera del club. Nosotros los ayudaremos a ellos, pero ellos a nosotros, no. Dicho esto, no parece que por parte militar se vea la necesidad de vincularnos, y nada menos que con un tratado entre dos Estados, a no ser que haya un interés político…

Eran las mismas posiciones que Carrero Blanco defendió tozudamente ante Henry Kissinger el 19 de diciembre de 1973. Al día siguiente reventaba dentro de su vehículo oficial, por el impacto de una carga de C4, explosivo estadounidense de uso exclusivo militar, activada por Euskadi Ta Askatasuna (ETA).

Arias Navarro, su sucesor en la presidencia del Gobierno, inició inmediatamente la negociación con Estados Unidos. Hasta el momento presente. Dos años de discusiones y regateos, con cara de perro. Franco, enfilando su corredor de la muerte, y el futuro de España en suspense. Al fin, el tratado estaba listo para la firma. Y ahora los generales salían por ese registro… Arias miró al Rey y pidió la palabra:

—Señores, pregunta el vicepresidente De Santiago si detrás de este tratado hay algún interés político. ¡Pues claro que lo hay! Más que un interés, una opción. Como nos ha dicho hace un momento el ministro de Exteriores, este tratado es parte de un todo, y en el contexto político y defensivo de hoy, España tiene que optar por Occidente sin vacilación. No nos podemos costear la neutralidad. Y… no vamos a alinearnos con el bloque soviético. En cuanto a las contrapartidas de las que algunos aquí desconfían, les recordaré que el Caudillo no sólo aprobó el anterior acuerdo marco, muy inferior a este tratado, sino que dijo al ministro Pedro Cortina, que era el negociador: «No se vengan de ahí —Franco en persona los llamó por teléfono a Nueva York— con las manos vacías. En último término, si no consiguen ustedes lo que quieren, firmen lo que les pongan delante. Pero el acuerdo lo necesitamos».

La mención a Franco fue como un abracadabra que zanjó la discusión[34].

El Rey les ofreció después un refrigerio y charló distendidamente con los ministros militares y con los jefes de los estados mayores.

Sabía que en el Ejército había dos capas generacionales: una, de coroneles hacia arriba, el generalato, un Ejército franquista, chapado a la antigua, cargado de medallería y reacio al cambio; y otra, de tenientes coroneles hacia abajo, la oficialidad que pedía modernización militar, apertura social y democracia política. Él tendría que estar con unos y otros. A los de arriba, recibirlos en audiencia, escucharlos, comprenderlos, y no permitir que por hache o por be les saltasen el escalafón. A los jóvenes, fajárselos en maniobras y ejercicios tácticos, abrirles un porvenir en contacto con oficiales europeos y americanos. Su preocupación era una posible fractura dentro del Ejército si se radicalizaban las dos tendencias: el inmovilismo de los veteranos y la exigencia de apertura por parte de los capitanes y los comandantes jóvenes.

Hizo un aparte con Areilza, que estaba indignado con cuanto había escuchado allí. Al día siguiente viajaba a Bonn, Luxemburgo y París para llamar a las puertas de los países comunitarios, consciente de que nuestro dificilísimo acceso a la Comunidad Económica Europea (CEE) pasaba por dos antesalas ineludibles: una *desfranquistización* del sistema con garantías democráticas, y eso como previo al posible ingreso en la OTAN.

—Ya has oído a éstos —le dijo el Rey—, así que hay que batirse el cobre para sacar más ventajas económicas en las contrapartidas. Por lo demás, en el Ejército hay más UMD de la que os pensáis… Interprétalo como quieras[35].

El Rey y Areilza no precisaban ser muy explícitos entre sí: estaban al cabo de la calle de la «dependencia» de España respecto a Estados Unidos para asentar la Corona y la democracia. El ministro de Exteriores aprovechó ese breve aparte para contarle al Rey algo que Kissinger le había dicho pocos días antes en París, desayunando en la Rue du Faubourg Saint-Honoré: «Quiero que sepa que no estarán bajo la presión de Estados Unidos. Ustedes saben que tiene que haber cierta evolución, y lo están haciendo. Si algún estadounidense los presiona, si es del

Departamento de Estado, díganmelo; y si no es del Departamento de Estado, ignórenle».

—Y cuando hablamos del tratado, de las ayudas que se consignaban en dinero, le dije que «por cuestión de imagen», deberían sumar en total mil millones de dólares, y no los 675 millones previstos. Le sugerí que hinchasen la cifra incluyendo otras partidas ajenas al acuerdo, de aquí y de allá, por ejemplo de los créditos del Export-Import Bank.

—¿Qué te contestó?

—Kissinger me dijo que, por no sobresaltar al Congreso ni suscitar envidias en otros países aliados que en estas fechas están negociando convenios, él prefería manejar públicamente la cifra de ochocientos millones de dólares, aunque bajo cuerda… Discutimos un rato ese punto. Yo insistí en la cifra redonda de los mil millones de dólares, y le subrayé: «Por contentar a los militares españoles, que son reacios al acuerdo».

—¿Y cómo quedasteis?

—Le hice entender que aquí habrá democracia si los militares nos garantizan la estabilidad política interna. También le remaché la necesidad de fijar unas fechas tope para la retirada de sus ingenios nucleares de la base de Rota. Hablé casi una hora. Él tomó notas y al final me dijo: «Aquí hay unas cosas que dependen de mí; otras, de Defensa; y otras, del Congreso. Pero yo asumo la tarea de que se acepte todo del mejor modo posible».

—Bueno, José María, ahora cuando venga y volváis a sentaros, tú céntrate en las contrapartidas del tratado. Aprieta ahí para sacar más ventajas. Y dile a Kissinger que, hombre…, que hagan ese gesto como un apoyo público de los americanos al empeño democratizador de la Corona, y también… como signo de confianza en mí[36].

Kissinger: «¿Cuánto manda el Rey?»

El Boeing oficial 707-VC137, fuselaje azul y oro, aterrizó en Barajas el 24 de enero, sábado. El ministro de Exteriores, Areilza, al pie de la escalerilla, recibió a su homólogo americano Henry Kissinger, que llegaba con su séquito de asesores y ayudantes para la firma del tratado. Con el presidente Arias, en Castellana 3, la conversación fue insulsa, sonrisas de protocolo y traducciones mediocres. De ahí, a La Zarzuela. Con el Rey, un diálogo cordial, desenvuelto, extenso y en inglés. Almorzaron en el jardín, y aunque era invierno la atmósfera estaba diáfanamente azul. Después del café, Don Juan Carlos invitó a Kissinger a dar un paseo. Se alejaron los dos solos charlando por entre los árboles que rodean La Zarzuela.

—Sire, en estos primeros tiempos, vaya usted con cuidado —Kissinger le habló al Rey, en el rol de un gurú político—. Que no le apresuren. Consolide poco a poco la Corona, que es lo más importante…

—Aquí la oposición, las oposiciones, porque son varias, me piden más amnistía. Ya di una al inicio del reinado. Europa también insiste en que abramos la mano enseguida.

—No, no, no dé la amnistía. Resérvese esa baza. ¿Mi consejo? Un proceso de apertura, pero lento. Lo lento que ustedes necesiten para poder controlarlo.

—Estoy de acuerdo —respondió el Rey.

El monarca volvió a exponerle cara a cara lo que ya le dijo por teléfono cuando le explicó su

necesidad de mantener a Arias.

—Arias no entusiasmará a los que quieren un cambio drástico y rápido, pero tranquilizará al *establishment*, políticos, empresarios, banqueros, militares…

El Rey explicó al secretario de Estado cuál era su sitio y su papel en el nuevo sistema político:

—Todavía no tenemos una Constitución, pero yo quiero funcionar ya como un monarca constitucional: un Rey con un aura arbitral, neutral, no en una nube, no al margen, pero sí fuera de las disputas y las tendencias políticas. Rey de todos en general, pero de nadie en particular. Sin camarillas de privilegiados. Un equipo mínimo. Con patente de Rey que viene de ayer, pero de Rey que trae el futuro.

—Pero a usted le obligan las leyes franquistas… No han sido liquidadas, ésa es la cuestión.

—Sí, no es sencillo: tengo que moverme en el laberinto de las Leyes Fundamentales y de las instituciones de Franco; pero situándome por encima de los políticos… Nadie me ha dicho cuál es mi sitio, ni hay precedente cercano que me sirva, pero yo lo sé: lo mío es dedicarme sólo a esa «alta política» que ni se ve, ni se oye, ni queda escrita en ninguna parte.

En el coche, de vuelta a Madrid, Kissinger recostado en el asiento de atrás, junto a Areilza, no perdió un segundo en su bombardeo de preguntas.

—¿Qué capacidad de acción política tiene el Rey? ¿Puede dirigir la política saltándose al Gobierno?

—Bueno, en estos momentos él es el depositario de todos los poderes de Franco. Él tiene el mando… Si quisiera, podría ser un monarca absoluto, como lo fueron sus antecesores, y como lo fue Franco.

—Pero ¿él quiere eso?, ¿o tiene el propósito de convertirse algún día en un rey constitucional, a la europea?

—Don Juan Carlos quiere entregar todos los poderes al pueblo. Ésa será su legitimación popular… Ahora es la criatura de Franco, el rey que Franco fabricó ahí. —Con el dedo pulgar por encima del hombro, Areilza señalaba por la luneta trasera hacia El Pardo—. Ése es el quid de la reforma que se pretende…

—Sí, lo sé, lo sé. Dar libertades y dar poder. Pero… en este momento ¿Juan Carlos tiene tantos poderes como tenía el general Franco?

—Ummm… No tiene su autoridad, ni su carisma; pero sobre el papel tiene el mismo poder que tenía Franco. Para ir a Sahara, ¿recuerda?, no necesitó consultar a Franco.

—No estaba consultable —Kissinger se llevó las manos a la cara, a los brazos, al pecho, sugiriendo una red de tubos, cables, electrodos y mascarillas. Reprimió una risotada y continuó su inquisitoria—: ¿El Ejército le respeta? ¿Le obedecerá? ¿Cuánto podrá mandar el Rey?

Areilza, aprovechando ese puntilloso interés del americano, derivó hacia el motivo de su visita: le contó que los mandos militares eran los que más pegas oponían al tratado, al uso de las bases, a la permanencia de submarinos nucleares, a las operaciones de abastecimiento con aviones nodriza en vuelo, y, sobre todo, que miraban con lupa cada dólar y cada equipo bélico de las contraprestaciones…

La interrupción fue útil. Kissinger dejó de barrenar en lo militar y giró hacia el repertorio político:

—¿Cuál es su *timing* en las reformas? El Rey… ¿va a ir deprisa o despacio?

—*As fast as he can in the circumstances*… Lo más deprisa que pueda, dentro de… la lentitud.

Con alta dosis de cinismo, le confesó a Areilza su opinión sobre las reformas:

—Hay que anunciarlas. ¿Qué se pierde? Siempre son mejores los anuncios de reformas que las reformas en sí mismas. Después, una vez hechas y aplicadas, la gente empieza a quejarse de las consecuencias que acarrean… y a pedir más y más. En política, es mejor prometer que dar. No hagan caso a las exigencias de los gobernantes europeos. Se han convertido en los exclusivos expendedores de certificados de demócratas… No les hagan caso más que en lo que realmente les convenga a ustedes para que entren en la Comunidad y luego en la Alianza Atlántica…

Una vez en el palacio de Viana, Kissinger recordó que había estado allí un par de veces. Un camarero con guantes blancos les sirvió unas bebidas. Aún faltaban unos minutos para que entrasen en el magnífico salón de Embajadores los equipos paritarios para la firma del tratado. En tono confidencial comentó su preocupación por Europa:

—En Francia hay peligro de comunismo. En Portugal, resaca. Grecia y Chipre, una incógnita cada mes. Y en Italia… más que peligro. ¡Y pensar que hace unos años financiamos y apoyamos nosotros mismos el *centro-sinistra*!

»Por favor, señor ministro, no caigan en la mitomanía de los profesores dogmáticos que lo quieren ensayar todo. Hagan cambios, reformen, den libertades… Pero el calendario lo fijan ustedes. Y mantengan la fortaleza y la autoridad del Estado por encima de todo. Democraticen el régimen, claro, pero sin demasiado afán, sin exigencias ni prisas. Sobre todo, no vayan por el camino de Portugal. ¡Vayan despacio! *Go slowly!*[37]

Aquella tarde se firmó el Tratado de Amistad y Cooperación Hispano-Norteamericano, a falta de que el Senado aprobase las partidas presupuestarias.

A la mañana siguiente, también en Viana, un desayuno a tres: Kissinger, Fraga y Areilza que, como anfitrión, se esmeró en que fuese un perfecto *american breakfast*.

Kissinger quería saberlo todo y empalmaba una pregunta con otra. Fraga exponía su plan de reformas, su «memorial», que él, adelantándose a los tiempos, titulaba ya «la nueva Constitución». Habló de partidos, de ley electoral, de un calendario… Era un diálogo rápido y chispeante, los tres en un inglés apaleado: la Iglesia española, el Ejército, los personajes de la derecha, el centro… ¡los centros!, las izquierdas, el comunismo, las huelgas, las multinacionales…

A Kissinger le extrañó que, en el proyecto de Fraga, la Cámara Baja que debía salir de las urnas no eligiera al futuro presidente del Gobierno, sino que fuese designado por el Rey, a partir de una terna que le presentara el Consejo del Reino.

—¿Y eso? ¿Por qué van a mantener en esa importante cuestión los usos del viejo régimen?

—Pero el Rey —respondió Fraga—, al designar al nuevo presidente, tendrá en cuenta la terna y también los resultados electorales…

—Pues esa elección, no hecha directamente por el pueblo, puede plantear serios problemas.

Si las elecciones no arrojan un resultado inequívoco, si nadie tiene una mayoría suficiente y hay diversas posibilidades de formar coalición entre partidos medianos y pequeños…, le quedaría al Rey la patata caliente. ¡Peligroso!

—Ya, pero «mi» ley electoral —dijo Fraga— evitará precisamente la proliferación de partidos políticos. Lo he estudiado mucho. En «mi» opinión, sólo deberá haber cuatro: uno de la derecha neofranquista; otro de centro, en el que militaríamos políticos como Areilza y yo; y otros dos en posiciones más izquierdistas: la democracia cristiana y el socialismo. El Partido Comunista quedará excluido del juego democrático: no respetan la democracia, obedecen directrices soviéticas, sus normas internas son dictatoriales y allí donde mandan desaparece la libertad.

—Totalmente de acuerdo con su anticomunismo —subrayó Kissinger—; pero ¿están ustedes seguros de que el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) concurrirá a unas elecciones en las que el comunismo esté prohibido? ¿No se sentirán un socialismo «amarillo», plegado al juego oficial?

—Almorcé con Felipe González y varios dirigentes del PSOE hace un mes —respondió Fraga—, el día en que se hacía público el nuevo Gobierno. Y allí quedó claro que, frente al privilegio de la clandestinidad del PCE, ellos prefieren el privilegio del monopolio de la izquierda, ¡que no es poca cosa!, y que tendrán un comportamiento responsable. Así ocurrió en Alemania al término de la guerra mundial. Y así continúan.

En los postres, Kissinger reflexionó en voz alta:

—En un país como España, que está saliendo de un liderazgo férreo y con todos los poderes en unas solas manos, ¿cuál será el papel del monarca…? Ustedes dicen que será un rey «constitucional moderno» y yo lo imagino como un venerable adorno. Yo preferiría un jefe del Estado fuerte, no decorativo, y con la gran ventaja de la continuidad.

—Ah, no, no —se apresuró a aclarar Fraga—. El Rey será el jefe supremo de las Fuerzas Armadas. Una relación y un vínculo indispensable para asegurar que los ejércitos serán leales y estarán a sus órdenes.

Antes de levantarse de la mesa, apurando su zumo de naranja, Kissinger lanzó un último consejo:

—No es fácil poner en marcha un sistema de partidos, después de cuarenta años de prohibición… Sólo hay un medio de que eso funcione: disciplina implacable. Ya conocen la figura del hombre látigo, el capataz que marca la dirección del voto a los diputados de su grupo parlamentario. Algo similar…

Después de aquel desayuno, Fraga anotaba en sus memorias: «Kissinger lo pregunta todo y lo entiende casi todo. Le damos seguridades de que la Transición será pacífica y la reforma irá adelante»[38].

«¿Carmen? Soy el Rey»

Carmen Díez de Rivera era una joven y guapa aristócrata, intelectual, «progre», con ideas de izquierdas y una fijación antifascista, natural en la juventud urbana de su generación, pero que en

ella era más potente porque arrancaba de un drama familiar.

Carmen era una mujer con una herida. Una herida profunda que no empañó el brillo de su mirada, pero marcó su vida. Una herida que no dejó cicatriz, porque nunca cicatrizó.

Criada y educada en la alta sociedad madrileña, como hija de los marqueses de Llanzol, a los dieciocho años descubrió que su padre biológico no era Francisco de Paula Díez de Rivera, el marqués, sino Ramón Serrano Suñer, *el Cuñadísimo* de Franco, casado con Zita Polo, falangista medular, ministro de Exteriores y factótum político durante la fabricación del régimen. Fascinado por Hitler y Mussolini, Serrano Suñer introdujo en España buena carga de la ideología nazi y del populismo fascista, además del atrezo paramilitar de uniformes, insignias, himnos, saludos brazo alzado, culto al líder, arquitectura colosal, afirmación de la raza…

Carmen Díez de Rivera se había enamorado de Ramón, un hijo de Serrano Suñer. Y él de ella. Querían casarse. Tuvieron que decirle la verdad a quemarropa: «No puedes. Ramón es tu hermano». A partir de ese instante, Carmen echó cerrojos a su corazón. Abandonó la casa familiar, se fue a África, intentó refugiarse en un convento… No era lo suyo. Volvió a España y buscó trabajo. En su currículo de niña bien de piel fina, una licenciatura, varios idiomas, viajes por el extranjero, cierta despensa cultural, agenda social de alto *standing* y un apellido de abolengo. Amiga de Don Juan Carlos y doña Sofía, desde que eran príncipes de España, por recomendación suya, entró a trabajar en Televisión Española como secretaria de Adolfo Suárez, recién nombrado director general. Noviembre de 1969.

Carmen tenía veintisiete años, ojos verdes, una belleza sin maquillajes que llamaba la atención y una soltura tan audaz como su *politesse* le permitía. Ya en la entrevista de prueba con quien iba a ser su jefe, mirando el retrato de Franco que presidía el despacho, le soltó: «¿Y cómo alguien tan joven como usted puede ser fascista?» Después Suárez le comentó a un colaborador de su confianza: «Me han puesto de secretaria una marquesita monísima, pero un poquito… impertinente»[39]. Carmen trabajó más de diez años junto a Suárez —en sus diarios lo mencionaba como «el señorito»—, discutiendo con él casi a diario, pero estimulándole en sus atrevimientos de apertura política durante la Transición.

También siguió su relación de amistad con los Reyes. Se conocieron años atrás por un contracuñado de doña Pi, la hermana de Don Juan Carlos. Y se cayeron bien. Muchos días, hacia el final de la tarde, el Rey la llamaba por teléfono, se tumbaba en un sofá, encendía un cigarrillo parsimoniosamente, y le comentaba mil quisicosas de la jornada política. Carmen era para el Rey una especie de frontón de izquierdas, un frontón respondón que devolvía las bolas o las dejaba caer cuando llegaban mal dadas. No era una intelectual de *la gauche divine… à la chaise-longue*. Carmen era, a su manera, una activista de despacho, persuadida de que la dictadura —cualquier dictadura— era un abuso, un atropello humano, un expolio del bien más irrenunciable: la libertad. Y que, muerto Franco, sólo las mentes estropeadas, sólo las almas enfermas de ambición podían seguir aferradas a esa ceguera voluntaria.

El Rey escuchaba sus reflexiones… Y volvía a encender otro cigarrillo, para disipar el vértigo. Luego, de madrugada, Carmen escribía algunas líneas en su diario.

El 24 de enero de 1976, el Rey le contó su conversación con Kissinger. Al día siguiente ella lo apuntó en su diario agregando una puyita irónica:

Kissinger le ha aconsejado que no dé la amnistía, y que el proceso sea lento, muy lento. The King está de acuerdo: «El proceso debe ser lento y controlado…» Claro, al fin y al cabo, el Rey y todo el Gobierno proceden de la dictadura, eran los alevines del franquismo. Se han creído a ciegas lo del «peligro comunista» y van a marcar un ritmo que no tiene nada que ver con el del pueblo español. El pueblo tiene mucha prisa[40].

El pueblo tenía prisa y Europa pedía más marcha, más velocidad, más signos creíbles de cambio real. Alemanes, ingleses, suecos, daneses… rompían lanzas a favor del PSOE. A Areilza, en sus viajes de marketing de la democracia, le preguntaban si el Gobierno iba a organizar su propio partido de centro; también le pedían parecer sobre los dirigentes de la oposición. Al laborista inglés Harold Wilson y al sindicalista danés Andersen les interesaba saber cuál de los líderes del socialismo español tenía más posibilidades de ganar el voto popular: Enrique Tierno, Rodolfo Llopis o Felipe González. «¿Quién diría usted que es el mejor de esos tres para ganarse el voto?»[41]

El Gobierno alemán alzaba el grito si en España no trataban bien al PSOE. La tutela de la Internacional Socialista sobre el PSOE era evidente. Aunque todavía no muy correspondida por la dirección del PSOE. Ya antes del Congreso de Toulouse en 1972, Felipe González y la Federación Sevillana que él lideraba no sólo estaban por el «OTAN no y bases fuera», sino que habían propuesto que el PSOE no se integrara en la Internacional Socialista, a la que juzgaban excesivamente vinculada a los intereses norteamericanos y atlantistas. Constaba en acta. En fechas más próximas, en la primavera de 1976, varios dirigentes del PSOE, Juan Antonio Yáñez, Felipe González, Miguel Boyer y Alfonso Guerra, acompañados por Enrique del Moral, presidente de la Fundación Aena, viajaron a Moscú, estuvieron en el Kremlin, visitaron el buque histórico *Aurora*, tocados con gorros de astracán. El pretexto del viaje era recuperar los archivos del PSOE. Y la sustancia política, firmar un documento por el que se comprometían a no ampliar el bloque de la OTAN cuando el PSOE alcanzara el poder[42].

«Democracia a la española»

Habían transcurrido dos meses desde que se estrenó el primer Gobierno de la Monarquía, el de Arias. Las Cortes vivían su segunda prórroga de legislatura, una dada por Franco y otra por el Rey. El presidente Arias no sentía ninguna necesidad de anunciar su programa ante las Cortes. Consciente o inconscientemente, abonaba la imagen de una vaga continuidad. Al fin, el 28 de enero, subió a la tribuna del hemiciclo y leyó su discurso programático. Promesas reformistas de un paso adelante y cinco atrás. Advirtió, nada más empezar, que se tomaría todo el margen de prórroga de la legislatura[43], «para no reformar con aventurerismo ni con frivolidad», o «con afanes injustificadamente constituyentes».

No era un discurso de horizontes abiertos ni de iniciativas estimulantes, sino de límites, de frenos, de cautelas, de exclusiones, de ilícitos, de enemigos al acecho. Cada promesa de apertura se ofrecía amenazada por una severa cortapisa —«pero no consentiremos…», «pero no toleraremos…», «pero no admitiremos…», «pero no abriremos la puerta a…»—. Volvía a dibujar un mapa dividido entre españoles con visado y españoles proscritos; españoles patriotas y

españoles traidores. Reafirmó la vigencia del Movimiento Nacional como «empresa, comunión y participación». Ensalzó la bondad y perennidad de las Leyes Fundamentales como «Constitución abierta», que lo sería «a lo largo de los tiempos». Eludió mencionar la palabra *partidos* —«no seré tan ingenuo como para tenderme yo mismo esa trampa»—, y se quedó en el anuncio medroso de una tolerancia a las «asociaciones» y «grupos políticos». En fin, concedió que habría democracia, «pero no copiada de las democracias de por ahí», sino «democracia española». Cualquier español que hubiese conocido la democracia orgánica, la Plata Meneses y el oro alemán, sabía que la democracia, la plata y el oro cuando son auténticos no necesitan apellidos.

Una prosa barroca y antigua, con el continuo martilleo del «peso de la ley», el «orden», la «energía», la «vigilancia», la «conservación del legado de Franco»…

Ante tan decepcionante «hipótesis de reforma», Fraga saltó para rebatirle, convocando a los corresponsales extranjeros: «Reformar quiere decir formar de nuevo. Y es algo que se hace no por imposición de un lado u otro, sino por un consenso mayoritario. Reformar supone, pues, cambios reales, no ficticios».

Aunque no se moviera una hoja de papel y el ritmo fuese de marasmo, había cuatro proyectos o amagos de reforma circulando por los despachos y discutiéndose en sobremesas de almuerzos y cenas. Fraga, Areilza, Arias y Suárez tenían sus bocetos. Sólo Torcuato tenía la fórmula.

Para agilizar las reformas, Torcuato puso en marcha un raro instrumento: una comisión mixta, paritaria, integrada por miembros del Gobierno y miembros del Consejo Nacional o Cámara Alta. Raro engendro: el ejecutivo legislando y el legislativo ejecutando. Juntos y al alimón. Era, y pronto se vería, un «objeto imposible»: ministros reformistas intentando cambiar lo que los consejeros inmovilistas querían conservar.

Pero allí a nadie le echaban para atrás los contrasentidos de la situación heredada. Adolfo Suárez estaba entusiasmado con ese invento «con tal que produzca algo válido». Y Torcuato, burlón, rezongaba: «Todo vale, ¿eh?, todo vale». Claro que el propio Suárez era un producto funcional del sistema: secretario general del partido único, el Movimiento; y a la vez, ministro, procurador de las Cortes y consejero nacional, es decir, miembro de las dos Cámaras legislativas y del Gobierno; y miembro nato del Consejo de Estado. Todo, menos deán catedralicio.

El 11 de febrero se reunió esa comisión mixta por vez primera en un piso alto del antiguo edificio del Senado. ¿Orden del día? Trazar un plan de trabajo que debía centrarse en tres grandes reformas: Ley de las Cortes, Ley de Sucesión y Ley de Asociación Política. Fue entonces cuando Arias Navarro les soltó un discurso que ni los más reaccionarios esperaban. Tras declararse «mandatario de Franco y guardián de su testamento», durante media hora galopó sin riendas en una intempestiva confidencia, entre llorosa y jupiterina. Empezó rememorando sus sentimientos de orfandad durante el entierro de Franco y en el funeral en la cripta del Valle de los Caídos, y pasó a vaticinar «lo que temí que ocurriría tras su muerte, porque los enemigos de España pululan [con] plena impunidad y hay que acabar con ellos…» Y «ellos» eran Santiago Carrillo, Rodolfo Llopis, Felipe González…, a los que excomulgó de la convivencia política.

Dijo que cierta prensa le había acusado «de haber hecho un discurso decepcionante en las Cortes y de querer simplemente continuar el franquismo con un retoque de fachada sin cambiar nada esencial». Hizo una pausa, miró despacio a los ministros y consejeros sentados alrededor de

la gran mesa, y entonces declaró lo asombroso: «Pues bien, ¡sí, es cierto! ¡Yo lo que deseo es continuar el franquismo! Y mientras esté aquí y actúe en la vida pública, no seré sino un estricto continuador del franquismo en todos sus aspectos. ¡Y lucharé contra los enemigos de España que han comenzado a asomar su cabeza y son una minoría agazapada y clandestina!»

Adolfo Suárez con el mentón apoyado sobre el nudo de su corbata, la mirada en un punto del suelo, como si fuera a taladrarlo, estuvo así todo el tiempo que duró el soliloquio de Arias. Manuel Fraga, las manos entrelazadas sobre la mesa y girando sus pulgares igual que un molinete, cada vez a más velocidad. Torcuato, como si hubiera dejado allí sentado su cuerpo, su cabeza de águila repeinada, y él se hubiese ausentado. José Antonio Girón, exultante y respirando con sonoridad. Areilza pálido, todo él hecho un rictus. Por la noche se desahogó en su *Diario*: «Se me cayó el alma a los pies. O el Rey hace algo, o la Corona se va al garete»[44].

Tramoya del viaje del Rey a Cataluña

A finales de enero, el general Armada visitó en Barcelona al gobernador civil, Salvador Sánchez-Terán:

—Don Juan Carlos va a comenzar una serie de viajes oficiales por España, y tiene gran interés en que su primera salida como Rey sea a Cataluña. Lo ha meditado mucho y es un empeño rotundo. Así que aquí estoy para que veamos la parrilla de lugares, actos, alojamiento, trayectos, discursos. El Rey quiere recorrer las cuatro provincias, palmo a palmo, *pam a pam*…, pero que no sea un viaje de inauguraciones al estilo de Franco, ni de arengas de balcón, sino moviéndose «a ras de pueblo», así me lo ha dicho, estando con la gente… Él busca el contacto humano, hablar a los catalanes y que ellos le hablen, que le conozcan y le vean cercano. Vendrá también la Reina.

—¿Para cuándo tenéis pensado que sea?

—A mediados de febrero, del 16 al 22. Un estancia larga, toda la semana.

—Y… ¿no podría ser más adelante, hacia abril o mayo?

—¿Qué pasa? —Armada puso cara de extrañeza—. ¿Tenéis algo aquí en febrero?

—No, pero es que no es el mejor momento. Estamos padeciendo un mes de enero muy conflictivo: huelgas, encierros, manifestaciones, policía en la calle zurrando… Y esto tiene pinta de seguir.

—Media España está así… y, como bien dices, con pinta de seguir.

—Pero aquí hay mucho obrero fabril, mucho universitario politizado y mucho catalanismo. Todo eso junto es un cóctel molotov. El eslogan de *«Llibertat, amnistia i Estatut d'Autonomia»*, que ya lo grita todo el mundo, ha salido de aquí. Lejos de mí poner pegas, al contrario; pero, pensando en el primer pie a tierra del Rey, no es lo mejor venir con un ambiente cargado, electrizado y a la que salta…

Armada revisó su agenda de bolsillo.

—Huecos de una mañana o de una tarde, sí; pero de cinco o seis días en blanco, no, nada. —Pasaba rápido las hojas, se las sabía de memoria—. Tenemos ya pillado todo el semestre. Y nos pondríamos ya en junio…

—A primeros de junio sería un buen momento —insistía Sánchez-Terán.

—No es posible —Armada hablaba sin dejar de mirar las hojillas de la agenda—. La primera semana la tiene ya hipotecada y fuera de España… Confidencialmente: será su primer viaje oficial al extranjero, a Estados Unidos. Y no cabe moverlo. Además, un rey no debe esconderse de los problemas, sino dar la cara.

A partir de ese momento, se pusieron a diseñar la vista.

—El Rey preferiría no alojarse en el palacio de Pedralbes, sino en el palacete Albéniz. Aunque sea más modesto tiene menos resonancias del régimen anterior. Ha pensado en un primer acto solemne en el Tinell.

—Buen sitio: ahí los Reyes Católicos recibieron a Colón…

—Exacto. Ahí dará el Rey el discurso clave. La idea sería mostrar cómo la cultura griega, fenicia, cartaginesa, que nos entraba por estas costas, fue cristalizando en Cataluña, y hacer un trazado de la historia medieval, los condes de Barcelona, Urgell, Girona, Solsona, Empúries, Besalú y tantos otros, que se unen a la de la Corona de Aragón, Jaume el Conqueridor, Pere el Gran, Alfons el Magnànim… hasta llegar a Carlos III. Es decir, sin dar una lección de historia, pero sí de alguna manera, la historia de España vista y entendida desde Cataluña, no desde Castilla. ¿Quién podría hacer ese discurso?

—Ah, pero ¿no está hecho ya? Todo eso que has dicho, aquí oficialmente nunca se ha dicho, y gustará.

—Ésa es la idea en píldora. Hay que darle una estructura, una buena prosa… Alguien que tenga sensibilidad para tocar la fibra de lo catalán.

—Hay gente muy preparada aquí. Así, a bote pronto, me sale Martín de Riquer.

Martín de Riquer y Morera, conde de Casa Dávalos, era un catedrático de literatura románica, historiador de «lo catalán», académico, hombre ilustre e ilustrado.

—Plantéaselo. La idea del Rey no es soltar un discurso de juegos florales y elogios a Cataluña, sino convocar a los catalanes, integrarlos, decirles que la Corona cuenta con ellos, sabiendo quiénes son, cómo son, y valorando como una riqueza sus señas de identidad.

»Si Martín de Riquer se compromete, dile que muy discretamente redacte buena parte del discurso en catalán. No sé si lo hará, depende de si le coge el tono y la dicción, pero al Rey le gustaría hablar a los catalanes en su lengua; y no sólo la típica estrofita de un poeta, sino un fragmento largo.

Siguieron esbozando el contenido de la visita. A Sánchez-Terán le sorprendió ver que el Rey sabía muy bien lo que quería hacer durante su estancia catalana.

—Los Reyes quieren subir a Montserrat —dijo Armada— y el domingo antes de regresar, oír misa en la Merced, así contentan a las dos patronas.

Armada recordó que Juan Carlos ya estuvo en Montserrat cuando era un joven tenientillo, en noviembre de 1961. El abad de entonces, Aureli Maria Escarré, hombre muy crítico con el régimen y etiquetado por Franco como «un liberalón, separatista, amigo de los rojos», consideró al Príncipe como una artesanía de Franco, la voz de su amo, y no tuvo el menor interés en mantener con él una conversación privada. Incluso le invitó a comer en el refectorio con todos los monjes, con uno que leía en un pequeño púlpito, y todos en silencio.

—Yo aconsejaría —sugirió el gobernador— que antes de visitar al abad Cassià Maria Just, reciba al cardenal Jubany, que es la primera autoridad eclesiástica de Cataluña.

—Que no se me olvide lo más importante, aparte de los recorridos por las comarcas, los pueblos o las barriadas que acordéis, o sea, el cuerpo a cuerpo con la gente, y alguna fiesta popular que haya esos días, el Rey presidirá aquí un Consejo de Ministros. Vendrá el Gobierno en pleno, el viernes 20, y tratarán asuntos específicos de Cataluña.

Armada le dio a entender a Sánchez-Terán que la tramoya del viaje, en lo que fuesen actuaciones del Rey, no debía pasar por los despachos del Gobierno. El presidente, porque es el presidente; Exteriores, por protocolo; cada ministro querrá mojar en lo suyo; Fraga, amarrando los temas de seguridad, etcétera.

—Para cualquier consulta, llamas a la Casa: a mí o a Santiago Martínez Caro[45].

El Rey en Montserrat: «Recen por la amnistía»

A los pocos días, Sánchez-Terán tenía un buen dossier de itinerarios, propuestas para la cobertura de prensa, radio y televisión, medidas de seguridad, logística de aforos e invitaciones, protocolos… Y algunas dudas. Las repuestas de La Zarzuela fueron rápidas.

Se informó al Rey de que el abad de Montserrat los invitaba a visitar la abadía y a almorzar en el refectorio monacal con los monjes, pero… hablando. Monseñor Cassià quería oficiar la liturgia en castellano y en catalán. El Rey dijo: «Si acostumbran hacerlo así, que lo hagan»; y, en la oración de los fieles, deseaba hacer una referencia a la amnistía. Exactamente: «Pidamos por la reconciliación, la amnistía, los presos políticos y el pleno reconocimiento de los derechos de nuestro pueblo».

—Que lo diga, que lo diga —contestó el Rey—. Está en su casa. Además, me viene bien que recen por eso… Al fin y al cabo, a quien le va a tocar darla es a mí.

El Rey le hizo saber a Sánchez-Terán que le interesaría tener un encuentro con políticos catalanes de la oposición. Unos días antes del viaje, Terán se reunió en casa de Pere Duran i Farell con los dirigentes del Consell de Forces Polítiques: Jordi Pujol, Ramon Trias Fargas, Heribert Barrera y Josep Pallach. Ellos también querían sentarse a hablar con Don Juan Carlos. Pero no representaban a toda la gama de la oposición catalana. Y preguntaron si podrían ir a ver al Rey el socialista Joan Reventós, el comunista del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) Antoni Gutiérrez, y el del PCE Gregorio López Raimundo.

El problema era doble: por una parte, algunos de ellos se exponían a ser detenidos al entrar o al salir, porque estaban en la clandestinidad; y por otra, no estando legalizados sus partidos, la reunión con el Rey tendría que ser secreta. ¿Ocultándosela al Gobierno?

Entre ellos acordaron que fuese una comisión: Pujol, Trias, Pallach, Barrera y Andreu i Abelló. Ya estaba todo aceptado, también por Armada y Fraga, como responsable de Gobernación, cuando el jefe de los servicios de inteligencia en Barcelona trasladó a Sánchez-Terán un informe: «En Cataluña, el Ejército vería mal que el Rey recibiese a un republicano tan significado como Andreu i Abelló, que además de ser fundador de Esquerra Republicana (ER), colaboró con la República como presidente del Tribunal de Casación. Lo tienen entre ceja y

ceja».

En medio de esas dudas y esas cábalas, llegó también el toque del Gobierno: «No parece oportuno que el Rey en Cataluña sobrepase los contactos políticos que el Gobierno de Arias Navarro todavía no ha iniciado. Sería como desautorizar el ritmo político de su propio Gobierno».

El Rey se dio por enterado. A pesar de lo cual, le dijo a Sánchez-Terán:

—De mi parte, les has hecho saber que tengo interés y deseo de estar con ellos, ¿no? Bueno, pues como tú eres el gobernador, conoces la situación y sabes cómo está el patio, yo haré lo que tú veas conveniente… Lo que no quiero es que ellos se sientan desairados, ni que piensen que yo me he arrugado, porque no es verdad. Si acaso, les explicas cómo ha sido todo. Si me dices que prescindamos, lo dejamos estar.

—Pues, le diré lo que pienso: me parece que Su Majestad es más abierto y más audaz que sus servidores. Pero quizá tengan razón. En política, las cosas tienen su tiempo y por lo visto aún no ha llegado la hora de ciertos contactos públicos del Rey.

El capitán general Borbón y Borbón *parla català*

El primer acto oficial fue en el salón del Tinell. Con sus altas bóvedas del mejor gótico mediterráneo era ya un escenario cargado de historia y solemnidad. El Rey, de gala militar, fue exponiendo el valor de las acumuladas aportaciones de Cataluña, con su perfilada identidad, en la formación del carácter español y de la historia de España. Manifestó su cariño por Cataluña, que le venía de familia. Afirmó que la Monarquía estaba para servir al pueblo, y que ése era el sentido de su existencia.

Yo quisiera convocaros hoy a todos a una tarea de ilusión y de entusiasmo. Una empresa colectiva que se asiente en la participación de todos en los asuntos públicos, base de una democracia auténtica orientada al bien común.

Aquí comenzó a hablar en catalán. Una sorpresa totalmente inesperada:

> Catalunya pot aportar a aquesta gran tasca comuna una contribució essencial i que no té preu. L'afecció dels catalans a la llibertat és llegendària, i sovint ha estat fins i tot heroica. El català és amic de les coses concretes i, per això, és també realista, ordenat i treballador.

El público del Tinell —y quienes contemplaban el acto en sus casas frente al televisor— iban quedando impresionados. Era patente el sentido del gesto: el joven Rey les daba a entender que con él comenzaba una época diferente. Hacía cuarenta años que esa lengua había sido prohibida, postergada, infravalorada, y de pronto, sin esperarlo y sin aviso, los catalanes oían al jefe del Estado hablarles en su idioma… El Rey lo hacía suyo.

El primer aplauso rompió con lo de «la pasión de los catalanes por la libertad es legendaria y a menudo ha sido heroica».

Terminó con los vítores de rigor, en catalán: *«Visca Catalunya! Visca Espanya!»*, y el salón del Tinell restalló en una ovación sólida, larga, emocionada.

El Rey había roto la barrera, había traspasado el cristal, había tocado la fibra íntima.

Fue un gran impacto, por lo que suponía de reconocimiento y respeto de algo tan entrañable como la lengua madre, y porque mostraba un nuevo estilo, una comunicación interpersonal directa y concreta. El Rey tenía que «legitimarse» ante todos los pueblos de España, y había escogido empezar por el catalán. Aquellas quince líneas eran un primer paso.

Un prestigioso cronista catalán, Carlos Sentís, expresó lo novedoso del hecho:

A pesar de los intentos de Cambó, Alfonso XIII no se decidió a hablar en catalán. En cuanto a los presidentes de la Segunda República, tanto los que se turnaron en la jefatura del Gobierno como en la del Estado, cuando en distintas fechas nos visitaron, no dijeron en catalán ni esta boca es mía. Don Juan Carlos, pues, ha derribado un tabú[46].

Durante los preparativos de la gira, Armada le había dicho al gobernador Sánchez-Terán que el Rey no pretendía un *show*, ni un triunfalismo de farsa, sino palpar en persona cómo le acogía o le rechazaba el pueblo.

—Estupendo —respondió rápido el gobernador—. A mí tampoco me gusta el sistema de contratar multitudes de comparsas, al estilo franquista, llevándolos en autocares de acá para allá con bolsa de comida gratis y veinte duros de propina para que llenen huecos y hagan de aplaudidores. Si Su Majestad quiere la espontaneidad natural, dejemos que la gente responda libremente.

Y así discurrió el programa. La comitiva de los Reyes iba recorriendo los pueblos de la ruta, y la gente salía de sus casas y se echaba a las calles. Monistrol, Sant Vicenç de Castellet, Sallent, Balsareny, Navàs, Puig-Reig, Gironella, Oliana, Manresa… Se inauguró una presa, La Baells, un embalse clave para regar el Alto Llobregat y abastecer de agua a Barcelona y su comarca. Y un momento emotivo, cuando se desviaron de la ruta para abrazar y consolar a las viudas y a las madres de los veintisiete mineros que murieron el 3 de noviembre de 1975 por una explosión de grisú en las minas de Fígols.

Los alcaldes habían engalanado con guirnaldas y banderolas los accesos a cada localidad, pero la gente colgó también sus pancartas: «Amnistía», «Viva el Rey», «Democracia», *«Estatut»*, «Viva la Reina»…

En otro lugar, el Orfeón Catalán al terminar un recital interpretó el *Cant de la senyera*, y fueron los Reyes quienes iniciaron el gesto de ponerse en pie para escucharlo. Una actitud de reconocimiento y respeto que los allí presentes agradecieron profundamente, y a la mañana siguiente tuvo su resaltado en la prensa.

No hacía falta montar la engañifa del público artificial. La radio, la televisión, los periódicos catalanes, desde los más conservadores hasta los más críticos, eran los que provocaban el interés y la animación del público. Durante los seis días que duró la visita, el impacto en prensa fue imponente: portadas, titulares a toda plana, amplios despliegues en el interior, editoriales, artículos de plumas relevantes. Los Reyes eran «la noticia». Y eso se fue traduciendo en una respuesta de afluencia masiva de gente en las calles. *In crescendo* y con entusiasmo.

Arias: «¿Este niñato se cree que el Gobierno es un circo?»

El presidente Arias y los ministros Fraga y Valdés se alojaron la primera noche del viaje de los Reyes en el Gobierno Civil de Barcelona, como huéspedes de Sánchez-Terán.

En la sobremesa, después de cenar, Arias Navarro hizo algunos comentarios críticos sobre la decisión de Don Juan Carlos de celebrar en Barcelona el Consejo de Ministros del viernes:

—Pero ¿este chico qué piensa…? ¿Cree que puede hacernos viajar de un lado para otro, como si fuéramos un circo? Yo entiendo que es joven, que es un niñato, pero… ¿no se da cuenta de que el Gobierno es una cosa muy seria? No se puede ir teniendo Consejos de Ministros un día aquí y otro día allá… Porque ahora es en Barcelona, pero también quiere otro en Sevilla…

Palabras malhumoradas que se quedaron flotando en el *fumoir* sin respuesta ni réplica de nadie, aunque con azoramiento de todos[47]. Reflejaban su falta de respeto y de sintonía con el Rey. Más adelante, con los ecos en prensa de la acogida de Cataluña al Rey, empezarían los celos. Y se acentuarían con las valoraciones en el balance final, cuando todos los periódicos catalanes —desde los más conservadores como *La Vanguardia* o *El Noticiero Universal*, hasta los más críticos y menos obsequiosos, como *El Correo Catalán*, *Diario de Barcelona* y *Mundo Diario*— veían en el Rey a «un actor político más activo que su propio Gobierno», y comparaban la actitud de «escucha cercana, atenta y comprensiva de Don Juan Carlos hacia lo que pide este pueblo» y «su ánimo abierto, acogedor y liberal» con «la ambigüedad de un Gobierno que no alcanza a definir una política de reforma que conduzca a la democracia», y subrayaban la incógnita sobre «un Gobierno que sigue con sus pasos demasiado cortos y demasiado lentos»[48].

El segundo día de estancia de los Reyes hubo un suceso difícil: la Policía Municipal y los Bomberos de Barcelona se declararon en huelga y se encerraron en el ayuntamiento. Eran nacionalistas y querían hacerse notar para exponer sus reivindicaciones políticas. Sánchez-Terán informó a Fraga, que había regresado ya a Madrid y dio orden de que se les militarizara:

—Hay que ser duro. Esos tíos tienen que enterarse de quién manda aquí. Bueno, Salvador, tendré el teléfono al alcance de la mano, pero lo dejo en vuestras manos.

Se transmitió a los encerrados la orden de que desalojaran. No quisieron.

—Se les va a permitir que salgan por las buenas y se vayan a sus puestos o a sus casas los que no estén de servicio. Y si no salen voluntariamente, echaremos botes de humo.

—Pues, ¿a qué esperáis? ¡Humo! ¡O freídnos a tiros!

Querían provocar enfrentamientos y tiros, sabiendo que estaba el Rey en la ciudad.

Salieron ya de madrugada, después de una larga noche de negociación, de llamadas telefónicas y de tensión.

A la mañana siguiente, el Rey, con expresión seria y pasando del tuteo del día anterior al usted:

—Gobernador, ¿era necesario militarizarlos?

—¿Necesario…? No, necesario no era; pero nos facilitó el desalojo sin recurrir al uso de las armas.

—¿Quién dio la orden?

—Yo, Majestad. Asumí y transmití la orden que me dio Fraga, mi ministro.

Sánchez-Terán había expuesto sus reservas a que el Rey visitara Cornellà y la zona obrera del Bajo Llobregat. Estaban muy recientes la huelga general y las tensiones laborales, con duros enfrentamientos entre los trabajadores y la Guardia Civil. Pero el Rey aceptó sin dudarlo: «Es ahí adonde tengo que ir. No he venido a hacer turismo».

Y se organizó una sesión de todos los alcaldes de la comarca con el Rey, en el ayuntamiento de Cornellà, para tratar de sus problemas. Llegado el día, los alcaldes se presentaron allí y uno a uno fueron exponiendo al Rey las necesidades de su municipio. Hablaron con claridad, con realismo, incluso con crudeza. Y de esa reunión surgió el Plan de Urgencia Social del Bajo Llobregat. Era la tarde del sábado. La Plaza Mayor de Cornellà estaba abarrotada de gente. En otros pueblos los Reyes habían bajado del coche para dar la mano a cada vecino. Pero allí había tal multitud que era imposible. Entonces, aunque no quería hacer discursos de tribuna, ni había micrófono preparado, se asomó al balcón y dijo unas palabras improvisadas, tal como le salieron:

—Hemos venido la Reina y yo al Baix Llobregat a conoceros y a que nos conozcáis. Quiero que sepáis que el Rey siente como propios los problemas del mundo del trabajo. Y esto no son palabras fáciles. España constituye una Monarquía social, y es mi deber que sea así… Estad seguros de que se os reconocerán y se pondrán en aplicación todos vuestros derechos como ciudadanos y como trabajadores.

Durante la gira, el Rey se reunía con alcaldes, agricultores, ganaderos, comerciantes, representantes sindicales, autoridades civiles y militares, viendo con ellos los problemas y necesidades de su comarca: Priorat, Baix Empordà, La Segarra… En sus alocuciones, Don Juan Carlos seguía mezclando el castellano y el catalán. En ningún momento se refirió al régimen anterior y, aún más difícil entonces, no mencionó a Franco.

Cada jornada, iba con los Reyes el ministro al que concernían los asuntos de la zona que se visitaba. En Lleida los acompañó el ministro de Agricultura, Virgilio Oñate. En Tarragona, el de Industria, Carlos Pérez de Bricio. En Girona, los ministros del Ejército, Álvarez-Arenas, y de la Vivienda, Lozano Vicente.

El viernes 20 se reunió el Consejo de Ministros en el palacete Albéniz, donde se alojaban los Reyes y el *staff* de su Casa. Tuvo un claro acento y contenido catalán, en su vertiente económica y social, y en la estrictamente política: se anunciaron importantes y multimillonarias inversiones en autopistas, viviendas, instalaciones deportivas y actuaciones agrarias. La decisión política más importante, a propuesta del ministro de la Gobernación, fue crear una comisión para dotar de un régimen administrativo especial a las provincias de Barcelona, Tarragona, Lleida y Girona. Era una medida de gran trascendencia política, germen de lo que más adelante sería la autonomía catalana, y reflejaba la preocupación del Rey por el tema regional. También se aprobó en ese Consejo de Ministros la reforma del artículo 54 de la Ley del Registro Civil vigente, la de 1957, para que los españoles de cualquier región pudieran inscribirse o cambiar sus nombres a su lengua vernácula.

Pero «las cosas de palacio van despacio», y uno era el impulso regio y otro el ritmo del Gobierno. Aún transcurriría un año hasta que entrara en vigor esa disposición de los Jordis, los Miquels, los Narcís, las Carmes y los Ferrans… En cuanto a las cartas especiales para las provincias catalanas, en junio todavía las anunciaba Fraga como promesa de «su» reforma.

Una de las noches, los Reyes fueron al Liceo. Cita de rigor. Una ópera de Richard Wagner, *Los maestros cantores de Núremberg*. Cuatro horas y media de representación. Al Rey nunca le gustó la ópera, y aquellos días llevaba un tute maratoniano sin apenas dormir más de cinco horas. Se le vio bostezar varias veces en la penumbra del palco. Al terminar, le dijo en voz baja a Sánchez-Terán:

—Salvador, nunca en mi vida te perdonaré esta… faena, por decirlo finamente. Me has traído a la ópera más larga de la temporada… ¿Qué digo de la temporada? ¡¡¡De la historia!!!

Al término de la visita, *El Correo Catalán*, en su editorial «Lecciones de un viaje» reflexionaba sobre lo ocurrido esas jornadas:

Se dice de Cataluña que es un pueblo con fama de sentimental, pero reservado. Como sentimental, sólo sale de su reserva si se siente reconocido. En estos días, por los gestos y por el estilo sencillo de Don Juan Carlos, las gentes de las tierras catalanas se han sentido reconocidas, es decir, conocidas en su identidad tantas veces y tanto tiempo negada. Y la respuesta ha sido una afectuosa y sincera reacción sentimental. Cataluña ha salido de su reserva.

En *Diario de Barcelona*, el colectivo Seny Nou hacía este balance de la relación establecida entre el Rey y el pueblo catalán:

Ha predominado la sencillez, la espontaneidad, la autenticidad, sin engolamientos hinchados, sin paternalismos artificiales, sin sonrisas prefabricadas. Entre el pueblo y el Rey, todo ha sido natural, desenfadado, transparente, fácil.

Para *Mundo Diario*, los catalanes habían visto en los gestos y actitudes del Rey una cercanía humana y una comprensión de sus peculiaridades como pueblo: «Este pueblo —concluía— ha encontrado en Su Majestad a un notable abogado para el reconocimiento de sus identidades».

Tenía que producirse una corriente entre la Corona y el pueblo catalán. Un reconocimiento mutuo y una mutua aceptación. Y todo eso se dio.

Al volver a Madrid, conversando una tarde con el embajador Stabler, Don Juan Carlos le dijo que estaba «bastante satisfecho» de su viaje a Cataluña y de sus contactos populares, «a pesar del gran enfado de Arias y de que mis frases en catalán hayan preocupado a ciertos ministros». Y que quería ir enseguida como Rey a otras regiones, incluido el País Vasco. Percibía que la acogida del pueblo a su persona era más afectuosa y expresiva de lo que él había esperado[49].

Clarinazo del Rey: «Puedo recurrir al pueblo»

Los contactos con el generalato y la oficialidad militar, y el cuerpo a cuerpo con los españoles visitándolos en sus pueblos eran dos de los trazos gruesos en la agenda del Rey. Inmediatamente enfiló el tercero: potenciar el Consejo del Reino y, manteniéndolo quieto en la recámara, ganar su apoyo para la Corona.

Después de darle vueltas, viendo pros y contras con Torcuato Fernández-Miranda, el 2 de marzo convocó en La Zarzuela al Consejo del Reino. Era la primera vez, y sería la única. ¿Con qué finalidad? ¿Una recepción de cortesía? ¿Un acto ornamental? Algo más. El Rey quiso crear la ocasión y el ámbito adecuado para lanzar un mensaje a las instituciones políticas: a las Cortes,

al Consejo Nacional y al Gobierno. Un mensaje de advertencia: su oposición a la reforma, su actitud obstructiva, podía superarla el Rey apelando al pueblo; es decir, ejerciendo su potestad de convocar un referéndum nacional. Una vía posible, aunque peligrosa, pues de hecho supondría que el Rey se movería en un vacío político, sin Gobierno y sin Cortes. Sin red. Pero él confiaba en que la simple amenaza sirviese de «aviso para navegantes». Con todo, podía hacerlo con el concurso del Consejo del Reino.

Aquel discurso imprevisto —pero nada improvisado— puso de manifiesto que la voluntad del Rey no podía ser suplantada ni mediatizada. Y los primeros que le oyeron, sentados alrededor de la mesa con el monarca, fueron los propios consejeros del Reino, inmovilistas en su mayoría. A éstos el monarca les dijo que los necesitaba para que su voluntad no fuese simplemente «la voluntad personal del Rey», sino «la voluntad institucional de la Corona»: el Rey, con el Consejo del Rey, como suprema autoridad y centro decisorio del Estado.

Si bien lo que importaba era la megafonía exterior: dejar clara la independencia del Rey frente al Gobierno; y advertir de que el Rey, de acuerdo con el Consejo del Reino, podía desbloquear cualquier atasco en el proceso de democratización, acudiendo a la consulta popular[50].

No era un discurso para la galería, sino para los altos dirigentes políticos. Y éstos lo captaron con toda nitidez.

«Ya hemos disparado más de dos mil tiros. Cambio»

En Vitoria, en la empresa Forjas Alavesas, había comenzado el 9 de enero un conflicto laboral de reivindicaciones, paros, despidos y huelgas, que se propagó y fue inmediatamente secundado con la misma actitud huelguista por la mayoría de las plantillas en otras factorías siderometalúrgicas[51]. El 26 de enero ya estaban en huelga indefinida unos seis mil trabajadores de talleres y fábricas del País Vasco.

Durante los dos meses que se prolongó el desencuentro con los directivos, los trabajadores celebraban sus asambleas en iglesias y parroquias, acogiéndose a la inviolabilidad de los templos católicos. Hubo unas doscientas cincuenta reuniones, sin que se produjera un solo incidente de violencia o de alteración del orden. En España, los trabajadores no tenían ni el derecho de manifestar su protesta, ni el derecho de huelga, ni el derecho de reunión… Esas actuaciones, lejos de ser derechos, eran delitos. Por tanto, si se atrevían debían atenerse a las consecuencias.

El 3 de marzo de 1976, Miércoles de Ceniza, fue un miércoles de plomo. El grueso de la plantilla de Forjas Alavesas y otros trabajadores de la zona se reunieron en el templo de San Francisco de Asís, en el barrio obrero de Zaramaga. A las cinco de la tarde, la Policía Armada acordonó el lugar y cercó la iglesia con un imponente dispositivo de tanquetas, *jeeps*, coches zeta, furgones y un tropel de policías y agentes antidisturbios. Por megafonía, ordenaron «el desalojo inmediato del recinto, por las buenas o a palo limpio».

Los obreros encerrados se negaron a abandonar el local. La Policía rompió las vidrieras y fue lanzando al interior baterías continuas de botes de humo y gases lacrimógenos, para forzarlos a salir. Dentro del templo había unas cuatro mil personas, hombres y mujeres. Se creó una

situación de desconcierto, problemas respiratorios, gritos, pánico. Los que salían de la iglesia eran apaleados o recibían pelotazos de goma. Después la Policía disparó fuego raso real. Todo estaba rodeado.

La transcripción de las conversaciones entre las patrullas que actuaron en la carga, dentro y fuera del templo, según las grabaciones de la banda de radio de la Policía, permite hacerse una idea de la dureza de la represión, que uno de los agentes no dudó en calificar de «masacre»:

—Charlie a J-1. En la iglesia de San Francisco es donde más gente hay. ¿Qué hacemos?

—Si hay gente, ¡a por ellos! ¡Vamos a por ellos!

—Charlie a J-1. Oye, no interesa que se vayan de ahí, porque se nos escapan de la iglesia.

—Por fuera ya está todo rodeado de personal. Cambio.

—Desalojen la iglesia como sea. Cambio.

—No podemos desalojar, porque… ¡está repleta de tíos…, repleta de tíos! Por fuera, rodeados de personal. ¡Vamos a tener que emplear las armas! Cambio.

—Gasead la iglesia. Cambio.

—Mándenos refuerzos, si no, no hacemos nada; vamos a tener que emplear las armas de fuego. Cambio.

—Interesa que vengan los Charlies, porque estamos rodeados de gente y al salir de la iglesia aquí va a ser un pataleo.

—Intento comunicar, pero nadie contesta. Deben de estar en la iglesia peleándose como leones.

—Ya tenemos dos camiones de municiones, o sea que… ya tenemos la fuerza… ¡a actuar, y a mansalva…! ¡Y sin duda[s] de ninguna clase! Cambio.

—¡J-3 para J-1! ¡J-3 para J-1! Manden fuerza para aquí. Ya hemos disparado más de dos mil tiros.

—¿Cómo está por ahí el asunto?

—¡Te puedes figurar, después de tirar más de mil tiros y romper la iglesia de San Francisco! ¡Te puedes imaginar cómo está la calle y cómo está todo…!

—¡Muchas gracias, eh! ¡Buen servicio! Dile a Salinas que hemos contribuido a la paliza más grande de la historia. Cambio.

—Aquí ha habido una masacre. Cambio.

—De acuerdo, de acuerdo. Cambio.

—Muy bien; pero desde luego… una masacre, eh. Cambio.

El saldo de sangre tras la actuación de las fuerzas del orden fue de cinco obreros muertos y más de cien heridos, de los que quedó registro en los hospitales y centros sanitarios donde ingresaron o fueron atendidos: 42 de ellos por impacto de bala, el resto por golpes, cortes y contusiones.

A lo largo de la tarde y de la noche, la Policía Armada rastreó la zona y detuvo a unas ciento cincuenta personas en la barriada de Zaramaga y en el centro de Vitoria. En el curso de esas detenciones siguieron produciéndose heridos.

Al amanecer del día siguiente, el cantautor Lluís Llach componía *Campanades a morts*, un canto y un llanto por las víctimas.

Arias Navarro quería declarar el estado de excepción. Suárez, Osorio y Martín Villa le disuadieron. Fraga, el ministro responsable de las fuerzas de orden público, estaba en Bonn dando una conferencia sobre el futuro democrático de España. Ironías de la vida. Le dijeron: «Manolo, sigue tu programa y no regreses precipitadamente, por no dar ahí una impresión de urgencia y gravedad». Suárez le sustituyó en sus funciones.

El capitán general de Burgos, Mateo Prada Canillas, exigía también el estado de excepción. Había impuesto, de hecho, la ley marcial, ordenando a los jefes militares de Vitoria que sus unidades «intervinieran a la menor resistencia». Suárez aplacó al general:

—General, anule usted esa orden. Volver a usar la fuerza es lo último que cabría hacer. Hay muertos, hay heridos, hay sangre… La gente está indignada y se ha echado a la calle. ¡No se les debe provocar más! ¡Sería una catástrofe!

Se hizo con el control de la situación. Y lo primero que dispuso fue relevar a los mandos por otros oficiales que tuviesen los nervios calmados y la cabeza fría. Con autoridad y con serenidad, consiguió templar la galerna.

A los dos días de aquellos sucesos, el Rey acudió al velatorio de Antonio Iturmendi, ex presidente de las Cortes. En la casa familiar estaba el ministro Alfonso Osorio, yerno del difunto. El Rey le preguntó en voz baja:

—¿Qué tal Suárez en lo de Vitoria? ¿Estuvo tan bien como dicen?

—Estuvo… ¡mejor que bien!, Majestad. Aquello era tremendo. Y Adolfo tuvo arrestos, tuvo sangre fría y tuvo… lo que hay que tener para mandar.

Fraga y Martín Villa visitaron a los heridos en el hospital de Vitoria. No fueron bien recibidos. «¿A qué vienen ustedes…, a rematarlos?», les espetó uno de los familiares.

En solidaridad con las víctimas de Vitoria, se organizaron huelgas, jornadas de paro, manifestaciones y actos de protesta en diversas localidades. Un clamor en marcha. La intervención policial volvió a ocasionar enfrentamientos y daños personales: decenas de heridos y dos muertos más, uno en Basauri (Bizkaia) y otro en Tarragona[52]. En Pamplona se convocó una huelga general que duró varios días y a la que respondieron trescientos mil trabajadores. Al ser ilegales las huelgas, cada convocatoria provocaba la presencia «disuasoria» de la Policía. Y la espiral consiguiente: cargas represivas, enfrentamientos, violencia, víctimas.

Fraga pacta con los generales

ETA redobló sus ataques. Euskadi exigía la legalización de la ikurriña. Hubo un vuelco de jóvenes obreros que se afiliaron a ETA. Fraga «declaró la guerra» al terrorismo *abertzale* intensificando la presencia policial por las calles del País Vasco, controles en las carreteras, entradas domiciliarias, registros y detenciones. Empezaron a resurgir los grupos ultras, violentos y armados. No pocos de ellos, ex legionarios, ex policías y sicarios mafiosos contratados.

A los cinco días de los hechos luctuosos de Vitoria, Fraga almorzó con los cuatro ministros militares. Les expuso su memorial de reforma «razonable, templada, asumible». La reforma tendría unos tiempos, unas reglas de juego y, por tanto, unos límites y unas exclusiones: separatistas fuera, terroristas fuera y comunistas fuera. Justo ésas eran las condiciones de los

militares para avalarle, siempre que se les garantizase la unidad nacional y que el Rey estaría en la cúspide del Estado.

En un abrir y cerrar de ojos, Fraga había pasado de dialogar con la oposición a pactar con los militares. Les pedía su respaldo para llegar a la presidencia. Las Fuerzas Armadas y las del orden público apoyarían su candidatura «en el inevitable relevo de Arias» al frente del Gobierno, garantizarían el nuevo orden constitucional que resultase y serían bastiones de lealtad a la Corona. La unidad nacional sería el dogma de los dogmas. Ése era el acuerdo no escrito, un «pacto de caballeros» a la británica manera.

Si el pacto funcionaba, las tres partes implicadas obtendrían un beneficio. Los militares verían conjuradas las tres bichas que más odiaban, Fraga satisfaría su ambición política, y el Rey tendría apaciguado y monarquizado al Ejército. De otra parte, la democracia con límites y controles, sin prisas ni atropellos, que Fraga defendía era la misma que Estados Unidos venía aconsejando al Rey desde antes de su ascenso al trono: el *go slowly* recomendado por Kissinger.

¿Tomaba Fraga esa iniciativa por su cuenta? Una reunión no oficial, no de Gobierno, con asistencia de dos vicepresidentes y tres ministros no se improvisa de un día para otro, ni se produce sin el visto bueno del presidente. Es obvio que Arias no fue consultado sobre aquel encuentro, cuya finalidad era precisamente la previsión del escenario político después de su salida. Pero no cabe dudar de que el Rey lo supo con antelación y, si no lo alentó, tampoco lo desalentó.

Por entonces Fraga era una baza sólida del Rey. Lucía la aureola *british* de embajador «enviado lejos por Franco». Era dialogante con los opositores socialdemócratas, liberales, democristianos y socialistas. Tenía chance con la prensa nacional y extranjera. Llevaba bajo el brazo el memorial de su proyecto de Constitución. Hablaba con autoridad y se le escuchaba con respeto… Incluso había tenido la suerte de estar fuera de España cuando la masacre de Vitoria.

No habían comenzado todavía sus detenciones, sus cargas policiales, sus furias represoras.

El lunes anterior al almuerzo de Fraga con los cuatro tenientes generales del Gobierno, exactamente el 1 de marzo, el Rey recibía al embajador americano Wells Stabler. Y de buenas a primeras le confió: «No tengo más remedio que continuar con Arias, aunque es evidente que no tiene liderazgo sobre su equipo de Gobierno, es indeciso, la reforma prometida va demasiado lenta». Se quejó también del vicepresidente de Economía y Hacienda: «Villar Mir no ha sabido diseñar un programa para sacarnos del bache económico». Y a continuación afirmó: «En cambio, me siento cada vez más cómodo con Fraga, y convencido de su apoyo leal a la Monarquía».

Fuese por una pregunta del americano, fuese por asociación de ideas del propio monarca, lo cierto es que en el memorando sobre esa conversación que el embajador Stabler envió a Washington aquella noche, tras el elogio a Fraga, el Rey negaba «que el generalato estuviese presionando a Fraga, aunque algunos mandos militares son muy reacios a los cambios políticos». Y tras punto y seguido, decía: «Me preocupa una posible división dentro del Ejército porque, frente al inmovilismo de los veteranos, los oficiales más jóvenes sí quieren apertura»[53].

Esas revelaciones privadas del Rey con el embajador americano se producían en el contexto de los rumores provocados por una conferencia del teniente general De Santiago en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (Ceseden), a últimos de febrero, en la que definió

las Fuerzas Armadas como «el bastión contra la subversión que amenaza a España». El memorando que Stabler envió a Washington se centraba precisamente en esa conferencia del vicepresidente militar y en las reacciones políticas que había provocado[54].

Por tanto, no parece inconexo que, a los pocos días de estar el Rey con el embajador, comenzaran los contactos entre Fraga y la cúpula militar. Contactos que se intensificarían a lo largo de los meses, y con una evidente correlación entre el aquietamiento en los cuarteles y la democracia bien embridada, que el propio Fraga se encargaba de garantizar.

El Rey: «Arias no se fía ni de mí»

En los primeros días de marzo, Areilza despachó dos veces con el Rey. Lo encontró con mala cara y disgustado, y quejoso del presidente Arias y de los medios de comunicación. «Dice que no se utilizan bien los inmensos recursos que tiene siempre el poder —anotó después en su *Diario* —. Este hombre ha envejecido en experiencia, en amargura y en escepticismo no sé cuántos años en unos días».

En el encuentro del día siguiente, 10 de marzo, el monarca volvió a mostrarse preocupado:

—Veo a Arias con miedo, agarrotado, sin impulso, sin atreverse a hacer reformas… ¿Por qué vacila? Me estoy planteando cambiar al presidente, dejando intacto el Gobierno.

Como el despacho de Areilza era sobre dossieres de viajes suyos al extranjero y combinaciones diplomáticas para cubrir embajadas, se enfrascaron en esa materia; pero el ministro notaba que el tema que bullía en el cerebro del Rey era otro. Y lo expresaba con preguntas de las que no esperaba respuesta, como en un monólogo:

—¿Qué le pasa a Arias? ¿A quién teme? Recela, pero ¿de quién? ¿Por qué no se lanza de una vez y define su programa ante la opinión pública? ¿Le ocurre algo…, le atormenta algo?

—No lo sé, Señor. Yo también le noto raro, hermético, metido en sí mismo; pero no sé qué puede estar pasando por su cabeza. Con los ministros, salvo con Valdés, no se sincera. Y al margen del Gobierno, con Antonio Carro, su consejero íntimo.

—¡Pero si no se fía ni siquiera de mí! De puertas adentro, está todo parado. Y de puertas afuera, las calles hirviendo. Hay que salir de este atolladero. Pienso y pienso… ¿qué se puede hacer? ¿Arroparle entre todos? Voy a invitarlos a cenar a él y a Luz un día de éstos, a ver… ¿Se puede cambiar al presidente del Gobierno en estas circunstancias? ¿No sería peligroso…?

El Rey hablaba recorriendo el despacho de un extremo a otro. De pronto se detuvo, miró a Areilza como si cayese en la cuenta de que estaba allí, y le lanzó una pregunta inesperada:

—¿Tú has hablado de esto con Torcuato?

—No. Pero voy a verle mañana.

—Pues háblale, háblale con entera claridad, porque lo espera[55].

Al día siguiente, 11 de marzo, Areilza visitó a Torcuato en las Cortes, y le planteó sin dar rodeos la cuestión:

—El Rey quiere cambiar al presidente. Sólo al presidente. No ir a una crisis total, sino dejando intacto al Gobierno.

—Pero el Consejo del Reino es muy de Arias… y quizá se resista a dar la venia.

—No se pueden demorar más las reformas… Y el Consejo del Reino atenderá a esa razón y aprobará la terna que haga falta. Ten en cuenta que en cuanto el Rey lo convocó el otro día en Zarzuela, su discurso fue una clara advertencia de que, si él se veía mediatizado ante un asunto de interés nacional, podía apelar directamente al pueblo sin necesidad de contar con el Gobierno ni con las Cortes.

Areilza escuchó con gran interés, pero sin entender por qué, primero el Rey y luego Torcuato, le exponían palmariamente un plan de sustitución del presidente, que como ministro le sobrepasaba, y en ambos casos con la coletilla «dejando intacto el Gobierno». ¿Por qué se lo decían a él, sin ni siquiera requerir su opinión? ¿Qué operación se traían entre manos? Intentó descifrar el enigma. No lo consiguió. En su libreta aquella noche escribió: «¡Extraña entrevista, con un supremo valor entendido en el trasfondo!»[56]

Como el viernes 19 de marzo era la festividad de San José, el Consejo de Ministros se adelantó un día. Había pocos temas de fuste: el envío a las Cortes del proyecto de reforma de algunos puntos del Código Penal, la desmilitarización de los carteros al haber terminado las huelgas de Correos y Telégrafos, el destino de Gutiérrez Mellado como capitán general de la VII Región, el salario mínimo fijado en 345 pesetas, la subida del precio de la leche condensada… Y poco más. En el bloc de sobremesa que cada ministro tenía delante junto al servicio de agua, Areilza fue garabateando el transcurso de la reunión:

Empezamos a las nueve. Dado el escaso contenido, parece que va a ir deprisa y que terminará antes de comer.

A las diez comienzan los enganches.

A las once estamos embarrancados.

A las doce se discute más.

A la una, largo y aburrido debate.

A las dos, crispaciones, tensiones, agarradas verbales.

A las tres menos cuarto, tentempié.

A las tres y media, suma y sigue. Hablo brevemente. Me interrumpe Fraga, que hoy está disparatado y agresivo con todo el mundo. ¿Qué le pasa a este hombre?

A las siete termina el Consejo. Un Gobierno atascado, reunido durante diez horas y sin resolver nada.

Tenía razón el Rey: «De puertas adentro, todo parado».

Arias y su mujer van a La Zarzuela, invitados a cenar por los Reyes. Estoy casi seguro de que no hablarán de nada sustancial. La comedia de los equívocos sigue su curso[57].

A los pocos días, el presidente Arias quiso hablar con Areilza. Estaba seco, malhumorado, correoso:

—Las medidas económicas de Villar Mir llevan más de dos semanas en las Cortes, desde el día 7, y han presentado montañas de enmiendas parciales y a la totalidad. Ha encallado. ¡Y estamos jugando con las cosas de comer! Si el día de la votación nos tumban ese proyecto, esto ya es la guerra. ¡Lo nunca visto: una ruptura frontal entre las Cortes y el Gobierno! Y como así no se puede seguir, no me quedará otro remedio que plantear al Rey la cuestión de confianza.

—¿Para…?

—¿Para…? Para gobernar por decreto ley.

—¿A golpe de decretazo? ¿Y has pensado cómo reaccionarán las Cortes?

—¡Ja! Es que el primer decreto ley sería obviamente disolver las Cortes.

—Pues sería una buena solución, disolverlas cuanto antes y que dejen de obstruir[58].

¿No se percataban de que esa «buena solución» crearía un vacío político de vértigo? El Gobierno hubiese quedado en manos del Rey, y el Rey en manos del Gobierno. Y el país, sin Cortes, sin partidos legalizados ni organizados para acudir a unas elecciones libres y elegir nuevas Cámaras.

Justamente para evitar esa tentación absolutista de gobernar por decreto ley, Torcuato Fernández-Miranda decidió poner en marcha en las Cortes el procedimiento de urgencia.

Un amigo avisa al Rey: «No tardará la bandera republicana»

El 27 de marzo, la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia redactaron un borrador de acuerdo que suponía la unión —que no fusión— de las distintas oposiciones en un órgano conjunto operativo, Coordinación Democrática, que en la prensa y en la calle tomó enseguida el nombre de Platajunta[59].

El manifiesto común se dirigía «a los pueblos de España». Denunciaba como perturbadora la política reformista del Gobierno y ofrecía a la sociedad española «una real alternativa de poder, capaz de transformar por la vía pacífica el Estado actual en un Estado democrático».

Aunque en esa Platajunta se sentaban grupos muy diversos de toda la horquilla política, el núcleo duro eran los socialistas y los comunistas: la unión que más temía el Gobierno. Fraga lo interpretó como una reedición del Frente Popular ante la que había que actuar con un férreo contraataque, empezando por restringir la libertad de prensa:

—¡Hasta aquí hemos llegado! —dijo a sus colegas de Gobierno—. ¡Se acabó la tolerancia y el autorizarles reuniones y congresos![60]

Al día siguiente, Areilza recibió en su casa a Fermín Zelada, Pío Cabanillas, Eduardo Rojas, conde de Montarco, Antonio de Senillosa, y a su yerno, el abogado Joaquín Garrigues Walker. «Si Fraga se lanza en tromba —se dijo allí—, además de suicidarse políticamente crearía una situación desastrosa con dos frentes antagónicos, que nos llevaría a la dictadura militar, primero, y a la República después»[61].

Areilza intentó que por parte de la Platajunta no hubiese rueda de prensa ni provocaciones dialécticas, para que Fraga no procediera a detener a ninguno de los implicados —había dado órdenes de hacerlo—. Se colgó al teléfono y uno por uno fue llamando a Ruiz-Giménez, a Josep Andreu i Abelló, a Julio de Jáuregui, a Raúl Morodo, a Chueca Goitia, a Enrique Tierno… No localizó a Felipe González, que estaba en Caracas. La respuesta de todos fue que «era posible el diálogo, la negociación». Areilza se preguntaba «pero ¿cuándo se ha negociado?, ¿quién ha negociado?, ¿quién está dispuesto o es capaz de negociar? La culpa es de las dos partes, como ocurre siempre que hay dos partes»[62].

En un análisis más frío, menos ofuscado por las preocupantes aristas de la noticia, se podía

deducir que la coexistencia dentro de esa Arca de Noé llamada Platajunta no sería muy duradera como oposición compacta que gestionase la ruptura. Por heterogénea, era más fácil que cada uno de los elementos tratase de allegar su propio pacto con el Gobierno que una unión estable capaz de desembocar en la ruptura.

Sin embargo, las respuestas primarias no se hicieron esperar. Mientras, Blas Piñar decía «prefiero morir en un búnker que vivir en una cloaca», Fraga reaccionaba con la misma vehemencia, pero dando órdenes policiales represivas. Acusó a los socialistas de «resucitar la política del Frente Popular» y encarceló a destacados miembros del PCE. El día en que se presentaba en Madrid la Platajunta, la Policía irrumpió en el bufete del notario Antonio García-Trevijano, donde ya estaban los periodistas españoles y extranjeros convocados para una rueda de prensa. Los grises disolvieron la reunión, confiscaron el documento informativo que se iba a repartir y detuvieron a los organizadores: Antonio García-Trevijano, Luis Solana, Raúl Morodo, Marcelino Camacho, Javier Álvarez Dorronsoro y Nazario Aguado[63].

García-Trevijano y los tres militantes comunistas —Camacho, Dorronsoro y Aguado— permanecieron un mes en la cárcel de Carabanchel. Se les imputaba un delito «contra la forma de Gobierno», castigado con penas de veinte a treinta años de prisión. Era una reacción hiperbólica que recordaba tristemente los años marengos del régimen anterior. A la semana siguiente, el 3 de abril, Fraga ordenaba nuevas detenciones: el cineasta Juan Antonio Bardem, el economista Ramón Tamames y el ingeniero Eugenio Triana. Treinta y seis días de prisión preventiva, no ya por llevar las pancartas de una manifestación proamnistía, sino por ser comunistas. Eran tiempos oscuros. Vitriolo contra la brizna de esperanza que hubiese podido representar el joven Rey. Un mes más tarde, Adolfo Suárez lo definiría ante el hemiciclo franquista como «la dramatización de la política» y «la ceguera voluntaria ante la realidad social».

Dentro y fuera de España se produjeron reacciones políticas de desconcierto y decepción: cundía la sospecha de que las promesas de reforma eran el envoltorio engañoso de la nada. Europa, estupefacta. La oposición interior, escamada, esquinada y hostil.

Jaime Carvajal y Urquijo seguía enviando notas e informaciones a su amigo el Rey, bocanadas del aire de la calle. En abril, después de hablar con dirigentes de izquierdas, le hizo llegar una advertencia seria: «Necesidad de integrar a la oposición en el juego político, pues se siente totalmente ajena al proceso, no considerada ni atendida».

Y unas letras de aviso sobre el alcance final que podría llegar a tener la Platajunta si el Gobierno seguía insensible a las demandas de democracia real: «Si el proceso de reforma desde el *establishment* se demora, no tardará en hacer su aparición la bandera republicana».

Por su parte, Areilza, en su rol de ministro de Exteriores, protestó ante el embajador de Alemania porque el PSOE había incumplido su compromiso de no pactar con los comunistas. Compromiso que Felipe González y otros dirigentes socialistas españoles transmitieron meses antes a sus correligionarios alemanes del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD). Y en esa creencia, el Gobierno español propiciaba una muelle patente de inmunidad al PSOE y promesas serias de inserción legal.

Fraga: «¡Son comunistas y no los suelto!»

El mismo día de las detenciones de los de la Platajunta, comenzaban los Reyes un viaje oficial por Andalucía. En Sevilla se celebraría el correspondiente Consejo de Ministros presidido por el Rey.

El 1 de abril, Areilza y Suárez cenaron juntos en Sevilla. Los dos se mostraron muy preocupados. Comentaron que el Gobierno carecía de una política coherente, que tenía poca imagen y que la que tenía era mala, así como que Arias era cada vez más el gran ausente.

A Suárez le inquietaban las detenciones de dirigentes políticos:

—Eso va a radicalizar incluso a los moderados de la oposición. Y a mí, como a ti, nos toca hablar con ellos…

—¿Me lo vas a contar? Yo en Madrid los invito a cenar, y vienen porque son mis amigos, les pido calma y tal…; pero fuera, en Bruselas, en Ámsterdam, en Bonn…, casi tengo que hincarme de rodillas deshaciéndome en explicaciones.

—Yo empiezo a ver imposible, no ya una negociación, ni siquiera el diálogo con esta gente, con Fraga, con Arias, con De Santiago… En serio, José María, hemos llegado a un punto en que el cambio de Gobierno es inevitable. Y si queremos proteger a la Monarquía, debe hacerse cuanto antes. Cada día que pasa es óxido…

—Estos viajes de los Reyes están bien. Sí, y vienen bien para la imagen de la Monarquía; pero a ti y a mí no pueden engañarnos. —Areilza hacía bailar el Drambuie que tomaba en copa balón mientras se escuchaba a sí mismo—. Los Reyes bajan del coche, se mezclan con la gente que los saluda, les coge las manos, los abraza, los aclama… El baño de multitudes, sin que puedan dar un paso, apretujados por el gentío. El Rey hace discursos simpáticos y paternales para ganarse a las masas. Al día siguiente los periódicos lo magnifican todo… Muy bien. Pero ¿qué hace el Gobierno? ¡Vivir de gorra! El Rey hace el gasto, el Rey caldea el ambiente, y ese entusiasmo popular es el oxígeno del que vive el Gobierno.

—¿Qué podemos hacer? —zanjó Suárez.

—Decírselo al Rey.

—Yo ya se lo he dicho. Díselo tú, que eres un ministro del «cupo de los importantes». —Y palió la ironía con una sonrisa encantadora[64].

El viernes 2 amaneció límpido y luminoso en Sevilla. Los Reyes habían pernoctado en los Reales Alcázares. Temprano, Don Juan Carlos pidió a Galbís, su ayudante de campo, que localizara a Rafael Manzano, el arquitecto mantenedor del palacio. Quería saber dónde sería el Consejo, si cabrían veintiuna personas en torno a esa mesa y qué ministros habían llegado ya. Manzano fue nombrando a los que él había visto entrar en los Alcázares. El Rey le interrumpió: «¿No ha llegado Adolfo Suárez? Mira, bájate a la puerta, por favor, y cuando llegue tráemelo aquí. Pero no le pases por la zona de consejos, prefiero que no le vea nadie».

Por un discreto acceso lateral, la escalera de Damas, Suárez fue conducido al despacho del Rey[65]. El monarca quería una información objetiva y precisa de los últimos sucesos ocurridos estando él fuera de Madrid. Como abulense escueto y de mente práctica, Suárez era pintiparado

para exponer los hechos sin florearlos con literatura. Con el Rey solía hacerlo. De paso, advirtió al monarca del efecto bumerán que podrían tener esos ímpetus de Fraga.

—Pues dilo, Adolfo, dilo bien claro, cuando estemos en la sesión del Consejo. ¿Valentía conmigo? Me parece muy bien, pero valentía también delante de ellos…

Los Reales Alcázares relucientes, bien cuidados, tapices espléndidos, claraboyas multicolores, zócalos de azulejos mudéjares, muebles señoriales. La sala Carlos V donde se celebraría el Consejo era una cámara de altísimo techo, los muros revestidos por un inmenso tapiz del siglo XVIII de la serie Túnez: Carlos V en su batalla naval de la toma de La Goleta. La mesa redonda, forrada de seda adamascada roja. No había micrófonos.

El Rey saludó al Gobierno y enseguida cedió el turno de palabra a los ministros sin atenerse al orden en que estaban sentados. Exponían con brevedad. Un Consejo ágil, rápido, sustantivo. «El Rey preside mucho mejor que Arias», comentarían luego. Fraga informó tajante sobre las últimas detenciones y encarcelamientos: García-Trevijano, Sánchez Montero, Camacho, Dorronsoro, Aguado y otros varios.

—Sé que el 1 de mayo es un día propicio y se preparan actuaciones subversivas. Así que he decidido que estas personas pasen ese día a la sombra… Unos días más tarde los soltaré y saldrán a la luz, pero antes del 1 de mayo no los suelto.

—Están detenidos —intervino el ministro de Justicia, Antonio Garrigues— desde el 28 de marzo. Si no se les suelta hasta el 1 o el 2 de mayo, esas personas habrán pasado treinta y seis días en la cárcel sin haber comparecido ante el juez…

—¡Son comunistas y, por consiguiente, no los suelto!

Se produjo un silencio tenso. El Rey frunció el ceño y con la mano hizo un gesto a Garrigues para que continuase lo que estaba diciendo.

—Yo debo advertir que esas detenciones en prisión preventiva no ordenada por la autoridad judicial y sin que los detenidos ejerzan su derecho al *habeas corpus* puede entrañar serios riesgos. Y en este sentido informo aquí de las llamadas que he recibido ya del decanato de la abogacía.

Areilza había pedido la palabra y el Rey se la dio:

—Por el mismo asunto, quiero hacer constar las repercusiones que en cuestión de horas se han producido en Europa, en la cumbre de jefes de Gobierno, reunidos ayer en Luxemburgo. Me pidieron que, sin perjuicio de que el proceso siguiera adelante, el Gobierno reconsiderase lo de la prisión incondicional. Y también a raíz de las detenciones, el presidente del Parlamento Europeo ha enviado un telegrama de protesta que obra en poder de nuestro presidente, el señor Arias…

Todos los ministros miraron a Arias, sentado a la derecha del Rey; y justo en ese momento, Arias sintió un inusitado interés por el tapiz de La Goleta.

—Por lo demás —continuó Areilza—, tres europarlamentarios liberales que se encontraban en Madrid me expresaron su consternación y me anunciaron que harían llegar esa misma queja a Su Majestad el Rey. Por tanto, señores, me permito recordarles que lo que hacemos aquí no se queda aquí: fuera nos ven, nos analizan y nos juzgan.

Fraga y Adolfo Suárez pidieron la palabra a la vez. Como Fraga ya había hablado, el Rey le

pasó el turno a Suárez.

—Brevemente, deseo poner de manifiesto la complicación política que puede producirse, no sólo fuera, sino aquí en el interior; la exasperación de los seguidores de esos dirigentes detenidos y de los grupos que los respaldan; y cómo esas medidas policiales entorpecen i-no-por-tu-na-men-te los intentos de diálogo que intentamos mantener con la oposición.

—Majestad, por alusiones, y porque se está haciendo aquí un debate monográfico sobre un tema de mi competencia…

Fraga acaparó de nuevo el discurso. Lanzó algunos dicterios contra «los comunistas, los terroristas, los separatistas y todos los enemigos de España» y concluyó:

—En el ejercicio de mi responsabilidad sobre el orden público, sé bien lo que hago, y estas personas seguirán en la cárcel hasta que pase el 1 de mayo… Y conste que entre ellos hay algún amigo mío.

Al terminar la reunión pasaron a tomar un refrigerio en el antecomedor de la planta baja. En dos paños de pared flanqueando la puerta había un par de óleos de don Sebastián de Llanos Valdés, discípulo de Zurbarán. Por los temas representados no podían considerarse bodegones, por mucho que estuvieran en la sala de aperitivos: cada uno de ellos mostraba una cabeza cortada, puesta sobre una bandeja: la de san Pablo y la de Juan el Bautista.

El Rey miró ambos cuadros y, pasándose el dedo por el gaznate, le hizo un guiño a Suárez… [66]

Miedo a que el obrerismo llegue a las Cortes

Al día siguiente, Areilza invitó a Fraga a almorzar en San Miguel, su casa de Aravaca. Intentó alertarle del coste exterior de las detenciones y del perjuicio que podían acarrear a la Monarquía en su estreno como nuevo régimen de libertades. Fraga parecía estar por encima de esos argumentos.

—Mira, José María —le confesó—, ayer en Sevilla aludí a las fuerzas de orden público, pero en realidad se trata de las Fuerzas Armadas. El Ejército no se moverá ni intentará nada en tanto se le garantice orden público, antiterrorismo y absoluta exclusión del Partido Comunista. Por consiguiente, necesito sacudir de vez en cuando al Partido Comunista y meter en la cárcel a sus dirigentes. Ayer a Sánchez Montero, hoy a Camacho… Mientras ese tono se mantenga, el Ejército no se opondrá a la reforma.

—Pero, Manolo, piensa en las complicaciones que pueden surgir en la opinión internacional si esas represiones se prolongan… Nos miran con mil ojos. Tú no los oyes, pero a mí sus protestas me llegan en directo, a la cara.

—¡No me importa! Son reacciones pasajeras a las que ya estamos acostumbrados. ¡Desengáñate! Ni Europa ni la Comunidad te van a dar nunca nada porque soltemos a Marcelino Camacho. —Fraga seguía en sus trece—. Hasta después del 1 de mayo no suelto a ninguno, pase lo que pase.

—¿Y no temes las repercusiones interiores? Como nos recordó Suárez, detrás de esos detenidos hay unas formaciones políticas.

—¡Ningún miedo, mi querido amigo! Estando estos tíos en la cárcel, no ocurrirá nada. Sé lo que piensan, sé lo que dicen y sé lo que van a hacer. Los servicios de información me lo cuentan todo. Hasta el Primero de Mayo son míos. Luego, os los cedo.

Es un planteamiento realista y brutal —reflexionaba Areilza ante su cuaderno—. Pero ¿es verdadero? ¿Se puede deducir que existe un pacto entre él y las Fuerzas Armadas en esa dirección? Tengo la impresión de que lo que Fraga ha pactado, a su manera, es el apoyo militar a su candidatura, en el caso probable de que Arias renuncie. Y que las detenciones son otras tantas «buenas notas» de conducta que trata de obtener para reforzar su posición ante esa eventualidad.

Sin demorarse, Areilza escribió al presidente Arias y al Rey poniéndolos en guardia[67].

El 7 de abril, en la comisión mixta Gobierno-Consejo Nacional copresidida por Arias y por Fernández-Miranda se estudió la reforma de las Cortes. La opción era un bicameralismo, pero manteniendo el Consejo Nacional del Movimiento incrustado en el Senado porque, como dijo uno de los ministros, «ni se puede barrer de un plumazo, ni hay dónde meterlo».

Entre los reunidos se detectaba cierta prevención a que el obrerismo, como «clase trabajadora», tuviera una representatividad sindical con carga política y con escaño en las nuevas Cortes. Lo traducían como un favor al socialismo y una cesión al comunismo enmascarado. También era patente la resistencia al sufragio universal e igualitario: «No es verdad —se dijo allí — que todos los votos valgan lo mismo».

El destilado final de las intervenciones era una rendición de culto a los principios del Movimiento, como si fueran las Tablas de la Ley en el Sinaí. Más allá de una nostalgia, el franquismo seguía vivo y activo entre los hombres que debían acometer la tarea de su liquidación. Y en vez de tratar el modo de darle un entierro discreto, hablaban de «la necesidad», «la conveniencia», incluso «el deber» de mimarlo, de ganárselo día a día, de calmarlo, de pactar con él, de incorporarlo[68].

En el siguiente Consejo de Ministros, volvieron sobre la reforma de las Cortes. Fraga expuso su propuesta de participación política, siguiendo los tres carriles falangistas: familia, municipio y sindicato. Y vagamente aludió a un cuarto cauce: las asociaciones. Luego explicó frondosamente su proyecto electoral. A hurtadillas, miraba al general De Santiago, que tomaba notas en silencio. Al fin, como corolario de su exposición y engolando la voz, dijo:

—Con esta Ley Electoral, por muchas vueltas que se den, nunca habrá peligro de que las izquierdas manden en España. Dicho de otro modo, las izquierdas no tendrán ninguna alternativa real de poder, dado el gran número de cerrojos que las demás Leyes Fundamentales dejan en pie para impedirlo.

El gobierno dividido, frenado por su propio presidente

Areilza subió a La Zarzuela el 8 de abril. Tuvo que esperar un rato porque estaba allí el periodista Arnaud de Borchgrave entrevistando al Rey para una televisión y una revista de Estados Unidos. Al salir, De Borchgrave le comentó al ministro su impresión: «En un par de meses, la imagen de la Monarquía ha sufrido un deterioro muy serio en el exterior».

Tenía razón. El Gobierno estaba dividido, frenado por su propio presidente, obstruido desde las Cortes y atrapado en un contrasentido: pretendía consensuar una apertura democrática con los franquistas que la rechazaban, y no con los demócratas que la reclamaban.

El auténtico impulso político no estaba ni en las Cortes ni en el Gobierno: estaba en la calle, y en la prensa cuando lograba burlar la censura. La política oficial había ignorado al pueblo, y el pueblo le había vuelto la espalda. Lo peor que podía ocurrir.

Areilza encontró al Rey ausente y preocupado. Sobre las detenciones de Fraga y «sus presos», a los que seguía teniendo encerrados, el Rey no entró en el tema, se limitó a hacer una observación superficial sobre el carácter de Fraga: «¡Esa vehemencia, esa irritabilidad…!» Y luego, chasqueando los labios:

—En el Consejo de Ministros de Sevilla, cuando se trató este asunto de las detenciones, yo hubiera deseado un debate amplio y a fondo. Era el momento, ¿no? Pero Garrigues se quedó a medio camino…

Areilza le expuso lo que había hablado con Suárez cenando en Sevilla. Ahí ya el Rey saltó, con expresión contrariada:

—¡Ya sé que la situación va mal, y que es urgente atajarla! ¿Os dais cuenta ahora? Yo hace tiempo que estoy convencido de que con Arias al frente no hay solución. No sabe por dónde va, ni adónde quiere ir a parar… ¡Lo malo es que no va él solo! Pero cada dos por tres me recuerda que legalmente le quedan dos años y medio de mandato y que piensa seguir. Además, está lleno de celos, de sospechas… No se fía de nadie, ¡ni de mí! En el Consejo de Sevilla, al terminar de hablar tú, me pasó una nota en la que ponía «Areilza cree que cuenta con la confianza de Vuestra Majestad». O sea, que está celoso de sus ministros, y tratando de dividir mi conciencia… ¿Tú no has hablado de esto con Torcuato? ¡Pues háblalo!

Cuando aquella noche Areilza redactaba su visita al Rey y esa invitación final a hablar con Torcuato, anotó su perplejidad:

¡Qué extraño es todo! O el Rey está preparando una gran jugada borbónica para cambiar el Gobierno a su aire, o se siente seguro en el búnker con sus militares y sus ultras. ¿Será posible? ¿Querrá suicidarse la Monarquía a tan corto plazo?[69]

Más bien, el monarca estaba haciendo pruebas y sondeos entre los posibles sucesores. Areilza recogió al vuelo el sugerente «pues háblalo» y, desde Roma, donde estaba en viaje oficial, concertó un encuentro a toda prisa con el presidente de las Cortes: «Torcuato, yo regreso a Madrid mañana, 15. Estoy citado con Su Majestad por la tarde, y creo que debería verte antes, si no te importa, aunque sea Jueves Santo». Torcuato le recibió a las doce de la mañana en su casa de la calle General Oráa.

Areilza inició con un preámbulo diplomático, espigando algunas impresiones de su entrevista con Pablo VI, «que se queja de ofensas muy dolorosas por parte de los gobiernos de Franco», del ambiente curial vaticanista, de que «curiosamente, en Roma no quieren Estados confesionales»… Enseguida entraron en materia. Areilza aceptó un Martini seco y Torcuato, un zumo de naranja.

—El Gobierno da la impresión de que se mantiene —empezó Areilza—. Quizá podría durar así algún tiempo; pero flota, flota a la deriva, sin dirección. No hay un criterio definido. Ni es un

Gobierno del Rey ni es un Gobierno de Arias… Es un Gobierno sin unidad, dividido…

—Desde mi percepción —dijo Fernández-Miranda—, de cara a la gente, está dando una imagen confusa, incoherente. Y hacia dentro, no está colaborando con los demás órganos institucionales.

De las generalidades pasaron a llamar a las cosas por su nombre.

—Carlos Arias no puede seguir —disparó Torcuato—. Metería a la Monarquía en un callejón sin otra salida que un Gobierno militar, con Fraga o sin Fraga.

Torcuato sagazmente llevaba el juego al terreno de Areilza, para observar su reacción.

—Habría que echarle valor y enfrentarse a la situación —Areilza respondió como en una nebulosa.

—«Habría que», no: ¡hay que! El Rey tiene que asumir la responsabilidad de hacer ese cambio.

—¿Puede hacerlo…? ¿Le daría su plácet el Consejo del Reino?

—Puede hacerlo en cualquier momento. Y si el Consejo del Reino se negara, hay otros caminos para legalizar su situación. Todos los mensajes de ánimo que le hagamos llegar al Rey pueden ser muy eficaces. Pero el actor ha de ser él.

—¿Y… el Rey tiene ya en cartera algún sucesor? —Areilza simulaba indiferencia—. ¿O lo deja al albur de la terna que le confeccionen?

—Hay buena despensa de posibles presidentes. Y, justo tú, sabes que… —Torcuato, con intención, dejó la frase en el aire—. Pero el planteamiento de buscar primero al sucesor y provocar después la crisis me parece equivocado. El primer paso ha de ser producir la vacante. Despedir a Arias. Inmediatamente se pondrá en marcha el mecanismo del Consejo del Reino. Como hay diez días de plazo, en ese tiempo se producirán reacciones, cambios de impresiones entre los consejeros, y surgirán varias candidaturas para ofrecérselas al Rey. Hombre, claro, sin obligarle con una terna cerrada.

Areilza quería averiguar si Torcuato se postulaba también como candidato:

—Carlos Arias cree que estás jugándole por debajo para provocar su caída y ocupar su puesto. Lo hace saber así a sus colaboradores más cercanos.

—Se lo inventa.

—A mí me han llegado ondas por Pío Cabanillas —insistió Areilza—, que lo ha oído en el grupito de Valdés, Carro, Valverde, Jáudenes, incluso Gabi Cisneros. Sus pretorianos.

—Mira, un intento de esa naturaleza, que yo aspirase a la presidencia del Gobierno, sería funesto para la Monarquía, para la seriedad del sistema, para el cambio de régimen que nos proponemos… Y para mí: la gente me vería, con razón, como el valido del Rey o como el Rasputín de La Zarzuela. Sería mi tumba política.

Torcuato expuso una serie de razones para desintoxicar a Areilza:

—Primero, eso ya quedó descartado entre el Rey y yo en noviembre del año pasado, poco después de la muerte de Franco. Su Majestad me ofreció el puesto que yo quisiera: presidir el Gobierno o presidir las Cortes y el Consejo del Reino. Y le advertí: «Majestad, si me nombráis presidente de las Cortes, será irreversible. Ya nunca podré ser presidente del Gobierno, porque ni debo ni quiero dar pábulo a que piensen que acepto ahora las Cortes para desde ahí descabalar a

Arias y sustituirle. Quiero que veáis que es irreversible». El Rey me dijo: «No lo veo así». Y yo le insistí: «Señor, sólo os ruego que recordéis esto que os digo: me pongáis donde me pongáis, será irreversible». «Torcuato —volvió a decirme el Rey—, no lo entiendo así, pero… lo recordaré». Y en efecto, hace apenas una semana, a principios de este mes, yo mismo se lo recordé.

—¿Te propuso que sustituyeras a Arias en el Gobierno?

—No exactamente. Pero adelantándome a que me lo plantease, le di dos argumentos prácticos y uno moral. El moral: «En conciencia, Señor, no me permito acariciar sueños que perturben mi conducta. Si yo cultivase la ambición de encabezar un Gobierno, trataría de hacer méritos agradándoos y evitándoos malos ratos. Pues no. Mi única fuerza para decir al Rey lo que creo que debo decirle en cada ocasión es que el Rey no pueda dudar de mi libertad interior, de que estoy libre de toda ambición política y que no obro por mi conveniencia». Si no, siempre le quedaría la duda de si utilizo mis habilidades y mi cercanía al Rey en mi propio provecho.

»Los argumentos prácticos que le di son bien simples. Uno: sería vestir a un santo desnudando a otro. Se abriría automáticamente el proceso de cubrir mi vacante en la doble presidencia, Cortes y Consejo del Reino. Y el Rey se encontraría otra vez en la búsqueda del hombre idóneo, porque en la etapa que viene ésas serán dos instituciones clave para hacer la reforma, yendo de la legalidad actual a la legalidad nueva.

»El otro argumento práctico fue que, en democracia, hay que contar con la voluntad del pueblo. El líder tiene que gustar a la gente, ser popular, caer simpático, tener buena imagen. Y yo no soy esa persona, yo no provoco entusiasmos… A veces, ¡ni se me entiende!

Areilza había quedado totalmente convencido, pero Torcuato le regaló una información aún más gratificante:

—Arias recela de mí, como te han contado; pero Fraga recela de ti. Te teme, José María, te tiene celos, piensa que eres su rival más peligroso. Así que ándate con cuidado, porque le gustaría deshacerse pronto de «ese peligro».

—Manolo Fraga no se fía de nadie. Sólo de sí mismo. Es un egocéntrico exaltado. —Areilza entraba al trapo—. Su pacto con los generales de la derecha lo está viendo todo el mundo. Y ese arrimo al búnker militar le desprestigia como el reformista liberal que pretende ser.

Había transcurrido una hora. Torcuato aplastó la punta de su tercer o cuarto cigarrillo y Areilza apuró el último sorbo de su Martini. Volvieron al tema con que iniciaron la conversación:

—Arias prepara un discurso para darlo por televisión —dijo Torcuato—. Más confusión, más algarabía en la atmósfera…, más «democracia a la española».

—Y más «espíritu del 12 de febrero», porque no tiene otra cosa en el caletre.

—Pastel de liebre sin liebre. El Rey tiene que decidirse cuanto antes.

—Sin esperar al discurso de Arias.

—Ojalá. Y una vez eliminado ese obstáculo, será el momento de que surja la persona para la sustitución, y a partir de ahí establecer un programa de verdad[70].

«El Rey: «Yo con la Iglesia no quiero conflicto»

Fernández-Miranda había dado esperanzas a Areilza. Difuminadas pero suficientes, y con astucia le había «desvelado» exactamente lo contrario de lo que pensaba hacer.

Por la tarde, aunque era la fiesta de Jueves Santo, el Rey esperaba a Areilza en La Zarzuela para que le informara de sus gestiones en Roma.

—Majestad, Arias boicotea la renovación del Concordato con la Santa Sede. Propone cancelar el vigente porque se ha quedado obsoleto. En eso tiene razón y los de Roma están conformes, pero les da vértigo que dejemos un vacío legal hasta que haya un nuevo tratado, que es lo que quiere Arias. Y en la Secretaría de Estado desconfían de nosotros, esperan un gesto…

—Pero ya te dije que deseo devolverles el derecho de terna para los nombramientos de obispos y que provean con quien ellos quieran las siete u ocho diócesis que están sin obispo.

—Arias se niega en redondo.

—Pues convéncele. Mira, cuando Pablo VI estuvo a punto de venir a España, a Compostela, Franco a última hora se negó a que viniese porque sabía que le iba a pedir la renuncia a los privilegios, y no quería cederlos de ninguna manera, dijera lo que dijese el Concilio Vaticano II. Pero yo con la Iglesia quiero concordia, no quiero conflicto.

—Luego está el tema de la Seguridad Social del clero, sobre todo de los curas ancianos y de los que viven de pena en pueblecitos de por ahí, atendiendo varias parroquias a la vez.

—Por supuesto, eso hay que dárselo. El cardenal primado, don Marcelo, me dijo que son veinte mil curas rurales con un sueldo de hambre: les pagan la tercera parte de lo que gana un peón de albañil.

—A mí me enseñó los listados y las nóminas. Pero Arias se agarra a que hay ochocientos curas enloquecidos que andan por los barrios obreros predicando la revolución marxista. Ah, y lo de las homilías politizadas, los encierros en templos…

—José María, mano izquierda: con la Iglesia, un ten con ten; ni negarlo todo ni cederlo todo. Ni Estado confesional ni Estado ateo. A la hora de un acuerdo nuevo, hay que pensar que aquí el 90 por ciento de los curas son conservadores y partidarios del Estado confesional y del Concordato que los protege. Fíjate, pienso si no sería bueno sondear lo que opinan nuestros curas y no actuar a ciegas… ¿En qué punto había dejado Pedro Cortina la negociación cuando tú llegaste?

—Cortina no movió un papel. No he encontrado rastro alguno, ni en los dossieres de Exteriores ni en mis conversaciones con el nuncio Dadaglio. Para mí que Arias le dijo que no diera un paso y no hizo nada.

—¡Es todo surrealista!

—Lo más surrealista, señor, ahora que estoy conociendo el tema de cerca, es que el catoliquísimo Franco se las hizo pasar muy duras a Roma. Porque una cosa era la fachada, las procesiones, el palio, los funerales de tres capas…, y otra la relación con el Vaticano. Mala, malísima, desde hace mucho tiempo. Franco disponía de los obispos como si fueran tenientes coroneles de sus regimientos. Cuando las penas de muerte de los juicios de Burgos, ni contestó a

la petición de Pablo VI. Vamos, ¡ni se puso al teléfono! Y Arias ya estaba en el machito.

—Sí, eso lo he vivido yo. Pero deja a Franco en paz… y dime cómo está el tema.

—Yo no sé qué hay en la cabeza de Arias, pero sí sé lo que veo en su rostro: se le oscurecen los ojos súbitamente, en cuanto le menciono al cardenal Tarancón o al nuncio Dadaglio. Su fobia al Vaticano, su inquina contra Pablo VI, Villot, Casaroli, Benelli… Es el antivaticanismo de una derecha integrista y beata, que odia al papa Montini porque está convencida, como lo estaba Franco, de que hay infiltraciones comunistas y masónicas en la alta curia. Y eso en Arias cristaliza con su solera anticlerical azañista. El haber sido un joven pasante en el bufete de Azaña le marcó mucho más de lo que él cree[71].

El Rey concentró su mirada en Areilza con interés. Le llamaba la atención esa radiografía psicológica de Arias que el ministro le presentaba. Areilza fue a más:

—El otro día, antes de salir para Roma fui a despedirme de Arias, y me dijo cosas de este tipo: «Bueno, ¡a ver cómo toreas a esa gente del Vaticano, sin soltar prenda y sin comprometer nada!», «Con esa gentuza no hay posibilidad ninguna de llegar a un acuerdo, odian a España». Y en otro despacho sobre este asunto, llegó a reconocer: «No te oculto mi repugnancia visceral por tratar con el Vaticano, por tener que entenderme con esos señores. ¡Bastante calvario ha sido para los católicos españoles soportar a Pablo VI…!»

El Rey pasaba del asombro al pasmo.

—Oye, yo no soy un beato, pero eso es tremendo… Y me cuadra, me cuadra.

—El reverso de la moneda ha sido la audiencia con Pablo VI. Yo iba con el cliché del papa diplomático, del papa intelectual…

—¿Y?

—Y me encontré a un hombre que lleva el reloj a la hora en que estamos. Me dijo que le daba lo mismo un concordato o un acuerdo o cualquier otra fórmula; pero que el tratado actual no sirve porque es una antigualla superada por los hechos, las necesidades, las mentalidades, tanto en la Iglesia como en la sociedad española. Literalmente me dijo: «Señor ministro, nuestra relación no sirve para hoy, hay que ponerla al día de la vida». Y cuando ya me despedía cogiéndome las dos manos y con un tono de voz cálido y una mirada muy expresiva, casi febril, me dijo: «Confíe usted en la Santa Sede. No se arrepentirá. Estamos de su lado. Queremos que España lleve a cabo su Transición en orden y sin violencia. Nos interesa sumamente la línea de apertura que usted y sus amigos representan. Y conocemos bien las dificultades y los obstáculos que tendrán que superar»[72].

—¿Se lo has contado a Arias?

—Todavía no le he visto, he llegado esta mañana; pero me imagino que sólo le importará lo que hayan dicho Casaroli y Benelli. Del papa no le diré más que está abierto a cualquier fórmula, que sigue de cerca y con interés nuestra Transición… Y punto.

El Rey, «entre caimanes y cocodrilos»

Del contencioso vaticano, Areilza derivó a la cuestión que más le importaba: la caída de Arias. Le comentó que había estado con Torcuato, «tal como Su Majestad me dijo», y que ambos

veían indemorable el cambio en la presidencia.

—Yo estaría dispuesto a pedirle que se fuera —dijo el Rey—. Ahora bien, ¿qué hará el Consejo del Reino a continuación? Arias controla a la mayoría de los consejeros. Pero vamos a ponernos en que Torcuato les da buenos argumentos y aceptan que yo le destituya. El paso siguiente es que los consejeros me ofrezcan una terna donde esté el hombre capaz de fajarse de verdad con la reforma. Y a fecha de hoy, el Consejo del Reino no tragaría ni tu nombre ni el de Fraga. «No los votarían», me ha dicho Torcuato.

El Rey siguió hablando:

—¡Esto es demencial!, ¡esto es luchar contra los elementos! A veces tengo la sensación de que estoy en medio de la corriente de un río, y me agarro a lo que creo que es un tronco, ¡y va y es un caimán, o un cocodrilo!

Areilza ya no escuchaba todo ese safari imaginario del Rey. Se había quedado con el alfilerazo de que «el Consejo del Reino no tragaría ni tu nombre ni el de Fraga». Procuró permanecer impávido, aunque el Rey hubiese pinchado el globo de sus ilusiones. Pero lo que le escamaba era el doble juego de Torcuato. ¿Por qué, cuando estuvo por la mañana en su casa, no le dijo ni media palabra sobre el veto del Consejo del Reino hacia su persona? Areilza ya sabía que todo se muñía y se decidía entre esa especie de duunvirato en la penumbra conformado por el Rey y por Torcuato, pero… ¿qué se traían entre manos?

—Dame algún nombre, José María —le estaba diciendo el Rey.

—¿Algún nombre…?

—Para sustituir a Arias.

—Pues… el teniente general Gutiérrez Mellado.

Lo dijo con la rapidez con que un prestidigitador se saca un inesperado pañuelo de la bocamanga. El Rey enarcó las cejas y abrió mucho los ojos, sorprendido.

—Majestad, todo será trabajar en vano mientras no se llegue a un acuerdo con las Fuerzas Armadas. Pero no con entreguismo, como está haciendo Fraga, sino con argumentos que les hagan entrar de lleno en la operación reforma. Y Gutiérrez Mellado es un militar apolítico, un militar químicamente puro, pero entiende bien de qué se trata. Y creo que se lanzaría a la tarea, si le dieran esa oportunidad.

»El búnker político, el de las Cortes, puede incordiar más o menos, pero su fuerza se acaba en su escaño. Aquí el auténtico búnker con capacidad de oponerse frontalmente es el de los generales «azules» y el de los «no azules», que siguen estando a las órdenes de Franco. Yo los llamo «los costaleros». Están ocultos debajo del paso. No se les ve, pero son los que hacen que el paso avance, o se detenga o recule. Hay que hablar con los costaleros, uno a uno. Los otros búnkeres no pueden nada. No hay más.

Y aunque ni el Rey ni Areilza lo mencionaran, ambos sabían que el capataz de los costaleros era un teniente general en activo y en la cúspide del Gobierno: el vicepresidente De Santiago y Díaz de Mendívil.

—¡Ya me gustaría a mí poder contar con Gutiérrez Mellado! Mira, cuando Arias estaba haciendo su gabinete, saqué el nombre de Díez-Alegría. Vi que torcía el gesto y no insistí. A continuación, no sé si por agradarme o por qué, él mismo propuso a Gutiérrez Mellado como

vicepresidente para la Defensa. Pues se lo tumbaron los dos búnkeres, el civil y el militar. Más aún, me hicieron llegar un dossier poniéndole a caldo…

—Me imagino la letanía: rojo, espía, liberal, masón…

—Lo que más subrayaban en el dossier era su actitud «demasiado tolerante y comprensiva con los oficiales de la UMD».

—Ése es el sambenito que le cuelgan los que quieren quemar su imagen. Es una insidia y es una falsedad[73].

—Te agradezco la sugerencia de Gutiérrez Mellado, aunque creo que tampoco pasaría el filtro del Consejo del Reino. De todos modos, lo pensaré, lo rumiaré estos días.

Si el Rey pretendía saber con qué políticos tenía Areilza más confianza o más intereses, el ministro le había salido por un registro inesperado: un militar apolítico y sin posibilidad de figurar en la terna. Sagacidad diplomática para echar balones fuera[74].

Tretas borbónicas para confundir

Areilza, conde consorte de Motrico, era un político avezado, perito en giros y mudanzas como los girasoles. En los chistes fáciles le llamaban «el hombre del pantalón gris, porque va con todas las chaquetas». Sumamente perspicaz para detectar el sol naciente y el sol poniente, tenía un fino radar de orientación. Heliotropía. Sin embargo, en ese cuarto de hora andaba despistado. El Rey le hacía confidencias, Torcuato le dejaba ver al trasluz el próximo acto de la función, incluso le decía «cuídate de Fraga», «yo pienso en ti»; pero luego uno y otro se olvidaban de él. Su pregunta recurrente en esos días era «¿qué se traen entre manos?».

Pasada una semana, supo que aquel mismo Jueves Santo otros dos ministros habían estado también con el Rey. Francisco Lozano Vicente y Carlos Pérez de Bricio. Vivienda e Industria. Dos burotecnócratas eficientes, mates, sin glamour, pero con buena entrada en La Zarzuela. El Rey hacía sus tanteos, preguntaba, deslizaba un nombre, sonsacaba una noticia, ponía cara de ingenuo, se hacía de nuevas, masajeaba la ambición de sus visitantes, les vertía una dosis de esperanza, y al final, como hizo con Areilza, pinchaba el globo:

—¿Sabéis? —les dijo a Lozano y a Pérez de Bricio—, un posible candidato, que sería un pepinazo, un hombre revelación… ¡Adolfo Suárez! Ando dándole vueltas… Pero no digáis nada, por favor, que no lo sabe ni él. Bueno…, si veis a Torcuato, preguntadle a ver qué opina.

Zorrerías del monarca, porque Suárez en aquellas fechas era uno más en la pasarela. Tretas borbónicas, como la de pedir al término de una audiencia privada, lo mismo a un político que a un militar o a un empresario, «dime nombres de posibles presidentes del Gobierno». No lo hacía para que le espabilaran la memoria onomástica, ni para chequear con quién se sentirían mejor gobernados, sino para que serpenteara el rumor de que «el Rey anda buscando sustituto para Arias».

Lo que hizo con Areilza lo hizo también con otros. Gonzalo Fernández de la Mora, ex ministro de Franco y afincado en una derecha ideológica sin retorno, ante esa invitación del Rey, empezó a desgranar una mazorca de nombres ilustres: Antonio María de Oriol, Federico Silva, Gregorio López Bravo, Laureano López Rodó, Torcuato Fernández-Miranda… El Rey le

escuchaba. Sólo añadió dos apostillas: «Laureano, muy buena cabeza y muy buen corazón, pero… tiene plomo franquista en el ala» y «Torcuato, sí, ¡un gran elemento!».

Poco después, Gonzalo visitó a Torcuato. Salió en la conversación la difícil relación que puede darse entre padres e hijos, maestros y alumnos, cuando el joven se encumbra por encima del mayor. Torcuato citó a san Pablo: «Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan los ánimos…»[75] Y luego, entre irónico y socarrón, añadió: «Creo que, hasta el momento, tengo la plena confianza de mi discípulo, el Rey».

—La tienes, Torcuato. Acabo de comprobarlo en La Zarzuela. He estado allí. Y supongo que serás tú el que sustituya a Arias.

—De ningún modo. Hay que ver a más largo plazo. Ahora la fórmula ideal es que yo siga siendo presidente de las Cortes y del Consejo del Reino.

—Y una vez cesado Arias, ¿quién es tu candidato para presidir el Gobierno?

—Alguien que haga lo que yo le diga.

—A ver, a ver… Explícame eso.

—No te esfuerces, Gonzalo, porque no lo vas a adivinar[76].

Don Juan: «Juanito, o te desenganchas de Arias o esto no chuta»

El desacuerdo político y la falta de sintonía humana entre Arias y el Rey eran patentes e indisimulables desde principios de marzo. Dentro y fuera de La Zarzuela. Incluso en las cancillerías extranjeras se avistaba un cambio en la presidencia del Gobierno a corto o medio plazo.

El 3 de marzo, el embajador francés en Madrid, Jean-François Deniau, buen amigo del Rey, comentaba a su colega estadounidense Wells Stabler: «Yo creo que el Rey debería implicarse más a fondo en la apertura política, aprovechar sus poderes para impulsar al Gobierno y marcarle la dirección». El americano, que llevaba más tiempo en España y conocía mejor el paisanaje, no lo veía así: «Me parece más prudente que el Rey se mantenga a distancia, para evitar que el muy posible fallo de Arias le arrastre a él también»[77].

La pasividad de Arias recibía severas críticas en la prensa internacional. *Time* ya había valorado muy a la baja el programa que el jefe del Gobierno ofreció al iniciar su mandato: «Bit of Democracy» («Una pizca de democracia»), era el titular del 9 de febrero. Por su parte, *The New York Times* le asestaba un serretazo tras otro en sus evaluaciones periódicas por «la lentitud y el incumplimiento de las reformas anunciadas», acusándole de «perder un tiempo precioso, mientras crece peligrosamente la polarización entre los españoles». El 21 de enero, titulaba con un tremendo «Involución en España: España retrocede». Y en la primera semana de marzo, otro duro diagnóstico: «Demasiado lento en España»[78].

El lunes 8 de marzo, Don Juan de Borbón hizo un viaje rápido y de incógnito Lisboa-Madrid-Lisboa en el mismo día. No se fiaba del teléfono y quería hablar con su hijo cara a cara. Un consejo, un bocinazo de alerta: «Juanito, o te desenganchas de Arias o esto no chuta… Y es la Corona, la Corona de España, lo que te estás jugando».

Torcuato: «Suárez, ¿ambición o codicia?»

Aquel 8 de marzo en que Don Juan dio un toque de alerta a su hijo y Fraga pactó con los generales, ocurrió otro suceso que iba a abrochar entre dos personajes una relación de alto interés político para el fututo inmediato. El matrimonio Adolfo Suárez y Amparo Illana había invitado a cenar en su casa de San Martín de Porres a Torcuato Fernández-Miranda y a Carmen Lozana, su mujer.

Años atrás, Torcuato y Adolfo tuvieron una fricción, pero se reencontraron y se hicieron amigos cuando ambos habían sido apartados a un extraño limbo, extramuros de la vida política. Tras la muerte de Carrero, Arias despidió a Torcuato de la vicepresidencia del Gobierno y como generoso destino le encomendó un puesto de no hacer nada, con secretaria, teléfono y sueldo en el Banco de Crédito Local (BCL). También Adolfo, al morir en accidente su padrino político, Herrero Tejedor, fue relegado por Arias al rincón oscuro de la Delegación del Gobierno en Telefónica. En aquel tiempo de «exilio interior» —1974 y 1975—, Adolfo Suárez visitó con frecuencia a Fernández-Miranda en su despacho del BCL. Uno y otro podían considerarse material desechado por Carlos Arias, pero ninguno de los dos se sentía políticamente amortizado; antes bien, sabían que lo verdaderamente importante de sus vidas estaba por hacer.

En los últimos meses del deterioro físico de Franco, con Juan Carlos en el rol de «jefe interino», Torcuato fue un discreto asiduo de La Zarzuela. El Príncipe y él dibujaban ya los mapas del futuro. Por su parte, Adolfo Suárez, cribando nombres en los ficheros del Movimiento Nacional, organizaba lo que el día de mañana podría ser un partido político de centro, la Unión del Pueblo Español (UDPE). Un cajón de sastre con nombre de feria del campo.

Al fin, la llegada de Juan Carlos al trono recuperó a algunos actores en el nuevo escenario. Juan Carlos colocó a Torcuato, y Torcuato colocó a Adolfo. Se alzó el telón, se encendieron las candilejas, el público contuvo el aliento… y aguardó expectante a que comenzara la acción, la *performance*, la metamorfosis que anunciaba el programa de mano. Pero pasaron días, semanas y meses sin que nada nuevo ocurriese. En escena, unos rostros antiguos seguían declamando palabras antiguas. *Nihil novum sub sole*.

De todo esto hablaron los Fernández-Miranda y los Suárez durante la cena. Lo que los políticos en su jerga exprés llamaban «la situación». Luego, Adolfo y Torcuato hicieron un aparte de fumadores empedernidos, con sus pitillos y sus cafés.

—Arias ya es insostenible. —Adolfo se mostraba enfadado y terminante—. Por no decir que es un incapaz o que juega a la contra, prefiero pensar que está enfermo. En todo caso, hay que ir a la sustitución. Y el único posible eres tú.

—Yo no puedo ser presidente del Gobierno. Sería largo de explicar, pero, créeme, mi sitio es donde estoy.

—No hay otro, Torcuato, tienes que ser tú.

—Y ¿por qué no tú? —Fue una finta deliberada de Torcuato para provocar la reacción de Suárez.

Después la plasmó en su cuaderno:

Me impresionó Adolfo. Ni por cortesía dijo «¡hombre, no!». Se calló. Lo aceptó como

posible. Se hizo rápidamente a esa idea. Pero lo que me impresionó fue su mirada, como si al fondo de ella estallara el sueño de una ambición. Pensé mucho en esa reacción y me acordé de una vieja frase de Laín: «Dios te dé sobra de ambición y falta de codicia». Como si el fondo de aquella mirada fuera turbio y hubiera en ella una desmesurada codicia de poder. Nada fue claro, pero sí desazonante[79].

A pesar de esa duda —¿codicia o ambición?—, a Torcuato le agradaba Suárez. Veía en él al hombre que buscaba para atreverse con el cambio. Tenía recias convicciones morales, pero ninguna ideología política, ni mucho menos un plan reformista preconcebido. Suárez apostaba con fuerza por los derechos humanos. Quería libertades ciudadanas, justicia social, participación política abierta a todos, pluralidad de partidos y de sindicatos, elecciones con sufragio universal secreto y directo. ¿Una sola Cámara? ¿Un Congreso y un Senado? No se mataría por eso. Le parecía que el Senado podría servir como estancia de segunda lectura para templar los textos que llegaran del Congreso, pero poco a poco se convertiría en un venerable adorno. ¿Monarquía o República? Suárez era accidentalista, posibilista, de familia republicana, pero con un gran afecto personal por Juan Carlos desde que se hicieron amigos en 1968. Secretario general del Movimiento, sin haber sido jamás falangista, ni «flecha» en campamentos de juventudes. No le importaban las filigranas jurídicas ni los purismos legales en que Torcuato ponía tanto empeño «para pasar de la ley a ley». Pero sí se impacientaba porque algo despuntase, algo viera la luz de una vez.

El Rey: «A Adolfo aún le veo verde»

Llegó un momento en que la mala relación entre Arias y el monarca chirriaba de manera alarmante. Aun guardando las formas, se notaba hasta en los actos públicos. Y *ad intra*, los ministros, ante decisiones complejas de sus competencias, preferían puentear a Arias y subir a La Zarzuela. Torcuato le planteó al Rey que había que buscar ya un nuevo presidente. A partir de marzo, ése fue el tema de sus conversaciones.

El perfil de la persona que se buscaba requería estos rasgos:

—Lealtad manifiesta al proyecto de la Corona, que era alcanzar una democracia plena, desde el respeto a la legalidad.

—Carencia de un proyecto político propio.

—Gran capacidad de diálogo. Mejor aún, de seducción[80].

La dificultad de fondo era la existencia real de dos Españas. Y el problema, su integración en un proyecto común, sin que los vencidos pasaran a ser vencedores y sin que los vencedores siguieran conservando los resortes del poder y el «derecho de admisión» sobre qué españoles sí y qué españoles no podían participar en el nuevo juego político.

Había que convencer a las clases medias y altas de la sociedad posfranquista de que la democracia no pondría en riesgo su estatus, ni sus propiedades, ni sus intereses. Y había que integrar a la izquierda, a toda la izquierda, incluidos los comunistas si asumían las reglas democráticas como instrumento para la conquista legítima del poder. Pero para ello, a la izquierda se le tenían que dar garantías de que el plan de reforma del régimen era sincero y era

posible. Y, como certeramente preveía Torcuato, esa persuasión ambidextra iba a requerir la habilidad casi mágica del encantador de serpientes.

Reformar las Leyes Fundamentales sería sólo un primer paso. Después habría que derogarlas y entregar al pueblo la soberanía para que él eligiese libremente a sus representantes en unas Cortes de nueva planta, que serían constituyentes. Y para que la Constitución que ahí se fabricara fuese aceptada por todos, no podía ser una Constitución de derechas ni una Constitución de izquierdas, como no podía haber una Monarquía de derechas o una Monarquía de izquierdas. Ése era el proyecto. Faltaba fichar al gestor.

Durante algún tiempo, el Rey y el presidente de las Cortes barajaron una colección de nombres, escrutando el historial y la capacidad humana y política de cada uno. Un día de abril, el Rey sacó un trocito de papel y le dijo a Torcuato:

—Después de mucho expurgo, éstos son los siete posibles sustitutos que yo veo, y por este orden: Areilza, Fraga, López de Letona, Pérez de Bricio, Federico Silva, López Bravo y Adolfo Suárez. He incluido a Adolfo por tu teoría de que un presidente abierto y disponible es mejor que un presidente cerrado en sus propias ideas; pero yo le encuentro todavía muy verde… ¡y sabes que le quiero mucho![81]

¿Un pacto con el Rey?

Hablando del nuevo presidente del Gobierno que respondiera a ese retrato robot de hombre «disponible» y «abierto a las ideas directivas», Torcuato le dijo al Rey:

—Eso tendría que concretarse en un pacto.

—¿Un pacto?

—Un pacto «ante» el Rey, no «con» el Rey.

—Pero ¿un pacto de quién con quién?

—Del presidente de las Cortes y del presidente del Gobierno, los dos ante Vuestra Majestad.

—¿Un pacto formal, expreso, entre los tres…? ¡Eso sería peligroso para mí!

—Sí. El proyecto democratizador es una empresa de la Corona —explicó Torcuato—; lo patrocina y arbitra la Corona. No es un invento mío ni del presidente equis del Gobierno. El Rey está detrás. Por tanto, el compromiso de reformar, y de reformar legalmente transformando la soberanía absoluta en soberanía popular, ha de contraerse con el Rey que, en cierto modo, se pondría en manos de dos hombres, el presidente de las Cortes y el presidente del Gobierno.

—Pero ¿y si os equivocáis? ¿Y si os peleáis? ¿Y si fracasáis? Eso se volvería inmediatamente contra mí.

Torcuato se quedó callado, abstraído en las volutas del humo de su enésimo cigarrillo. Juan Carlos se levantó, dio varias zancadas por el despacho, arriba y abajo. Luego volvió donde Torcuato:

—Mira, lo que hay que hacer es buscar de una puñetera vez a la persona «dirigible», realmente abierta, y llevar a cabo el proyecto, pero ¡nada de pactos previos!

—La persona «disponible» —corrigió Torcuato. El Rey no se había dado ni cuenta de su lapsus mental.

—¡Nada de pactos! —insistió Juan Carlos—. El pacto lo acabamos de hacer tú y yo. Y basta.

Luego, con tono de ocurrencia astuta:

—Se me ocurre una cosa: esa idea del «pacto ante el Rey» deberías usarla para probar a nuestros candidatos… ¡Sí, para eso es colosal! Pero cuidado, eh, con habilidad, sin decir nada, o diciendo muy poco, del contenido[82].

No se buscaba, pues, un arquitecto que hiciera los planos de la reforma, sino un maestro de obra que la ejecutase «siguiendo las directivas», un político «sin proyecto propio», «abierto, receptivo y leal», aunque supiera «nada o muy poco» de la tarea que le iban a encomendar. Con esas expresiones perfilaba Fernández-Miranda el biotipo del sucesor. ¿Un muñeco obediente? ¿Una marioneta de guiñol? El lapsus del Rey: una persona «dirigible».

Torcuato hizo la prueba del algodón —la idea colosal del pacto ante el Rey— con varios políticos de la lista de los preferidos por el monarca: Fraga, Areilza, Silva Muñoz, Suárez, Pérez de Bricio… Y tomó nota de sus reacciones. No ofrecía ni prometía nada. Simplemente, exploraba el territorio para detectar en cada candidato si estaba o no dispuesto a guardar en un cajón su proyecto, el que tuviera, y asumir como propio el de la Corona. Era una precaución elemental para que el Rey no se equivocara al elegir al hombre. En esa elección se jugaban cosas tan serias como la democracia y la Monarquía. De ahí que la idea de «disponibilidad» se convirtiera muy pronto en un factor clave para la selección[83].

Por entonces, Fernández-Miranda, pensó mucho en la situación política que se estaba creando y que le resultaba inaceptable. De noche, sobre el papel, volcaba sus reflexiones:

Arias sueña con una democracia amaestrada, sin saber lo que realmente quiere. Lo único que sabe es que quiere «otra cosa», pero conservando lo que hay. Teme y descalifica a la izquierda, de la que no tiene ideas claras. En suma: quiere una Monarquía administrada por ellos, la continuidad administrada por ellos, una situación posfranquista administrada por ellos[84].

El Rey era consciente de ese querer y no querer de Arias. Pero tenía a su lado, en La Zarzuela, un entusiasta defensor de Arias, Alfonso Armada, que insistía en la conveniencia de mantenerle en el cargo de presidente hasta que se agotara el plazo legal de su mandato. Esa presión tan doméstica y tan continua coartaba al Rey, le quitaba libertad interior para afrontar el problema.

Torcuato observaba también a Fraga y escribía:

Es evidente que aspira a presidir su propio Gobierno; y que, dentro de la natural y legítima ambición política, prevalece en él la idea de servicio al bien común.

Con lo que Torcuato no estaba de acuerdo era con el «método Fraga» de reforma. Entre otras cosas, Fraga pensaba que las Leyes Fundamentales eran intocables, y por tanto había que «ampliar la base de participación, pero conservando el legado». Disentía también de su rechazo a integrar a los comunistas en el sistema.

El Rey tiene miedo

A mediados de abril, el Rey se sinceró con Torcuato no sólo desde un registro político; se mostró ante su antiguo preceptor como un rey novato, inseguro, impotente y asustado.

—No sé cómo tratar a Arias. He intentado que haya confianza, pero no lo he conseguido. No oye. En realidad, no me deja hablar. No quiere escuchar, o no sabe escuchar… Y me da la sensación de que no necesita contar conmigo. Él cree que está absolutamente asegurado en su cargo, que es presidente por cinco años, y que yo no puedo más que mantenerle. A veces, debe de sentirse más fuerte que yo… y, en el fondo, no me acepta como Rey. No me informa. Viene aquí y habla y habla y habla, pero lo único que dice es que gracias a él «las cosas se mantienen»; que sin él «todo sería un caos». Lo dice así: «Sin mí, el poder estaría arrojado a la calle». Torcuato, en todos estos meses me he esforzado por establecer una relación de confianza, he usado cordialidad, buena cara, simpatía… Y me he dado cuenta de que con él es peor, es contraproducente.

—Vuestra Majestad debe pedirle la dimisión, no queda otra salida.

—Estoy de acuerdo, ¡pero no sé cómo hacerlo…! Continuamente me repite que él es presidente porque así lo quiso el Caudillo; que él pensaba dejarlo, pero he sido yo quien le ha comprometido en esta tarea… y ahora piensa llevarla a cabo hasta el final. «Pero sepa —me dice como haciéndome un favor— que si sigo es porque Vuestra Majestad me lo ha pedido». Es muy hábil, habilísimo, para plantearme la «cuestión de confianza» de medio lado, nunca de frente, dándola por hecha… Y, la verdad, yo no sé cómo abordarle. ¡No sé cómo hacerlo! Todo esto me tiene tenso y en vilo ya hace tiempo. Sólo puedo decírtelo a ti: no sé cómo plantearle que deseo su dimisión.

Torcuato le escuchaba en silencio. Había sacado un cigarrillo, pero desistió de encenderlo por no romper el hilo del soliloquio del Rey.

—Todos los ministros me dicen que es necesaria la dimisión, que seguir con Arias es ya insostenible. Pero vuelvo a lo mismo: ¿cómo lo hago? Supongamos que él me contesta que no, que no la presenta; y que, si yo pienso que eso es lo conveniente, que le dé el cese, pero que él voluntariamente no dimite… ¿crees que puedo meter al Consejo del Reino en una decisión como ésa? Armada me dice que sería un error grave y que complicaría más las cosas.

—Tenéis que pedirle la dimisión de un modo claro, directo y preciso, dejándole sin salida.

—¿Y si se niega?

—Entonces, sería un desacato y habría causa para que interviniera el Consejo del Reino.

—Pero, bien mirado, no hay desacato, porque la dimisión tiene que ser a iniciativa suya, no impuesta por mí.

—No, claro —admitió Torcuato—, no se trata exactamente de desacato. Ésa no es la palabra; pero, en el contexto de toda su actitud, es algo muy parecido, porque él nunca solicitó formalmente vuestra confianza para seguir. Fue todo confuso, todo vago.

—Como todo lo suyo.

Juan Carlos se recostó en el respaldo de su sillón. Torcuato encendió el cigarrillo que tenía apagado entre los dedos desde hacía un rato.

—Así están las cosas —continuó el Rey—. Soy el primer convencido de que Carlos no debe seguir. El problema es cómo se plantea… ¡Todo esto me cabrea! Tú dices que tengo que planteársela por la directa y con claridad. Vale, pero… diciendo ¿qué?

—Yo le diría algo así: «Carlos, tu labor ha llegado al fin de sus posibilidades. La situación

requiere otro enfoque, otro ritmo y, por tanto, otro presidente del Gobierno. Espero de tu patriotismo que me presentes la dimisión. Lo siento, pero es necesario. Lo he pensado mucho, le he dado muchas vueltas, pero es necesario». Y no salir de ese planteamiento. Cuando él diga esto y lo otro, no entrar a discutirle: «Lo comprendo, Carlos, pero es necesario». Y, por mucho que diga y contradiga, mantenerse firme: «Sí, pero es necesario».

—No es fácil. Me imagino la escena, y no es nada fácil, Torcuato. Es como si me hubiera metido en un laberinto en el que él acaba evadiéndose del tema… Voy a ponerme en lo peor: el cese. ¿Qué posibilidad hay de contar con el Consejo del Reino para cesarle?

—Repasemos el artículo 15 de la Ley Orgánica del Estado.

El Rey se levantó rápido, fue como una flecha hasta un anaquel de la librería y cogió el tomo de las Leyes Fundamentales. Lo abrió por las páginas de la Ley Orgánica del Estado, título III, «El Gobierno de la nación», y leyó de pie:

Artículo 15. El Presidente del Gobierno cesará en su cargo:

a) Por expirar el término de su mandato.

b) A petición propia, una vez aceptada su dimisión por el jefe del Estado, oído el Consejo del Reino.

c) Por decisión del jefe del Estado, de acuerdo con el Consejo del Reino.

d) A propuesta del Consejo del Reino, por incapacidad apreciada…

—Exacto —dijo Torcuato—. En el supuesto de la dimisión a petición propia, basta el «oído» del Consejo del Reino. No es un dictamen vinculante. Basta con que el Consejo se dé por enterado. Pero la destitución o el cese por decisión del jefe del Estado requiere que el Consejo del Reino esté de acuerdo.

—¿Y tendría ese acuerdo?

—Sí, si yo puedo contar lo que sé.

El Rey se quedó pensativo. Ponderaba los inconvenientes de una destitución a la brava, informando a los consejeros de un suma y sigue de desaires, actitudes esquinadas, intemperancias, críticas sobre el Rey a sus espaldas…

—Pero ¿puedes contarlo? ¿Sería prudente contarlo? Me parece que es mejor conseguir que dimita.

—Tenéis razón, Señor. Salvo dos, tres quizá, los demás consejeros están por Arias. ¿Se puede conseguir un resultado al precio de declarar las extorsiones morales del primer ministro y la debilidad del Rey? Si lo prioritario es apoderarse de los resortes del Estado, ¿cómo hacerlo después de semejante confesión?[85]

Fernández-Miranda salió de la entrevista muy preocupado. Veía que Arias, mucho más ladino de lo que parecía, le había ganado la delantera al Rey.

Torcuato llegó a la conclusión de que el Rey necesitaba estímulos: confianza en sí mismo, fortaleza y valentía para dar el paso y encararse a Arias. Y se propuso ayudarle[86].

Para cambiar el régimen desde dentro era imprescindible que el control de los resortes del Estado cambiase de manos, y eso pasaba inexorablemente por el cese de Arias y el nombramiento de un presidente de absoluta lealtad a la Corona.

Aconsejaría al Rey sin abrumarle. Debía convencerle de que él, y sólo él, podía situar a su

jefe de Gobierno ante un hecho consumado sin vuelta de hoja. Y una vez en ese punto, forzar su dimisión. Sería la respuesta al pulso aquel de noviembre de 1975. «Carlos, ahora sí puedes dejarme solo, ahora sí te acepto la dimisión». Era necesario cambiar las tornas, que Arias se sintiera desbordado e incapaz de manejar al Rey.

«El otro día le grité a la Reina… y se me echó a llorar»

El 19 de abril por la tarde el presidente de las Cortes volvió al palacio de La Zarzuela. Fue una entrevista larga, dos horas, hasta que se hizo de noche. Juan Carlos llevaba una indumentaria *sport*, jersey golf burdeos y pantalón beis. Nada más sentarse en uno de los butacones, empezó a apremiar a Torcuato.

—Hay que encontrar de una vez al sustituto.

—Señor, antes que nada debe producirse la vacante.

—¿Así, sin más, en el vacío?

—El propio vacío activará los mecanismos mentales en los consejeros del Reino que han de elaborar la terna de candidatos. Pero la primera pieza es la salida de Arias, y ésa tiene que moverla Vuestra Majestad.

Torcuato vio al Rey agobiado ante el reto pendiente, con el mismo temor con que le había dejado cuatro días antes. No se atrevía a dar el paso y decírselo a Arias. Buscaba subterfugios, segundos caminos:

—¿Por qué no va por delante alguien de confianza, alguien de la Casa, Mondéjar, Armada, y preparan el terreno? Así cuando yo le cite, él viene ya sabiendo a qué viene y es menos violento para los dos.

—Pero ¿cómo va a prestarse a eso Armada, si es él quien no quiere que Arias cese?

El Rey no contestó. Sentado como estaba, se inclinó hacia delante, hundió la cabeza entre sus manos y así se quedó un momento. Luego, rompió en un desahogo fuerte, humano, no con el jurista presidente de las Cortes, sino con su preceptor y consejero, el único hombre de quien se podía fiar plenamente:

—Estoy con una tensión terrible, y con mal humor, y con una irritación por dentro que va a más y a más… Llevo dos semanas sin pegar ojo. Mi médico dice que es tensión nerviosa, y que sólo me vio así cuando fui a El Aaiún, el 2 de noviembre del año pasado, a parar lo de la Marcha Verde… El otro día le grité a la Reina delante de Mondéjar y Armada. Y es que los nervios me dominan. Subí, le pedí perdón a la Reina, y se echó a llorar. No duermo. Por las noches me paseo todo el palacio de un lado a otro, parezco un fantasma…

—Majestad, esa tensión seguirá mientras no hagáis el parto de lo que lleváis dentro.

—¡Si es que además la Casa se me opone! Tú mismo me lo acabas de decir. Y me lo dicen amigos como Jaime Carvajal y Paddy Gómez-Acebo. Éste incluso me lo suelta a lo bruto, como lo piensa: «Tienes a los inmovilistas dentro de tu casa: Valenzuela, Armada, Fuertes de Villavicencio, Sánchez Galiano, Blanc, Martínez Caro…» No quiero aumentar vuestras diferencias, pero Armada el otro día, rebatiendo lo que tú me aconsejas de darle puerta a Arias, me dijo: «Torcuato será un gran profesor, pero de político, nada, cero. Como político es un

incapaz». Y no era la primera vez.

—Es posible que Armada tenga razón.

—Pero bueno, Torcuato, ¿a qué juegas?

Torcuato no pretendía desconcertar al Rey, sino diluir la cuestión por el momento, sin presionar, sin insistir. En definitiva, era una decisión que tenía que tomar el Rey, y nadie más que él. Se le podía ayudar a ver la conveniencia de hacerlo, pero ni marcarle el camino ni forzarle la mano.

—¿Por qué me dices ahora que es posible que Armada tenga razón?

—No me refiero a la opinión que Armada tenga sobre mí —aclaró Torcuato—. Yo podría contestar «Armada será un buen general, pero como político, cero»; pero el tema no somos ni Armada ni yo… Majestad, tiempo al tiempo. Recordad lo de Fernando el Católico: «Yo y el tiempo, contra tres». Ahora estáis tenso, nervioso, irritado… y no conviene decidir desde la irritación.

—Pero ¡no creas que no me atrevo, eh!

—¿Y qué os importa, señor, lo que yo crea? Dad tiempo al tiempo. Cargaos de razón para cuando llegue el momento de actuar…

De noche, al transcribir los puntos importantes de esa conversación con el Rey, Torcuato anotó:

Ha estado conmigo más confidente que nunca. Cuando le dije que «tiempo al tiempo», vi clara la distensión y el descanso. Él se considera muy definido ante mí y temía mi insistencia. Hice todo lo contrario. No debía acorralarle. Hubiese sido vejarle. Los de la Casa, sobre todo Armada, ya le acorralan y aumentan su tensión nerviosa. No le dan descanso, pero impiden su decisión. ¿Qué sentido tiene que yo insista? Aumentaría su agobio inútilmente. ¿Por qué voy a ser terco en un tema que sólo vale si él ve que ése es el tema? Sería dar la razón a Armada, cuando le dice: «Lo que pasa es que Torcuato le tiene mucha antipatía a Arias». Meditar en Armada. Un sujeto [que hay que] tener en cuenta[87].

Porque no se atrevía al cara a cara, el 8 de ese mismo mes había disparado un proyectil de grueso calibre contra Arias, pero valiéndose de un «segundo camino», el periodista Arnaud de Borchgrave del semanario *Newsweek*. En un par de semanas, el presidente sabría lo que el monarca opinaba de él. Eso sí, se enteraría «en diferido», nada de cuerpo a cuerpo, a través de un reportaje en papel cuché. Íntimamente, Juan Carlos esperaba que Arias respondiera a ese guantelazo con una reacción de pundonor agraviado.

¿Qué paralizaba a Juan Carlos? ¿Por qué tenía miedo? Quizá una excesiva prudencia política. Calibraba el alto riesgo de cesar a un hombre como Arias, que le había amenazado y que no dudaría en extorsionarle con grabaciones obtenidas subrepticiamente; un hombre que había encontrado el talismán y el sentido de su vida en ser albacea de Franco y relicario de su ideología; un hombre que dominaba los aparatos de la seguridad del Estado y se ufanaba de tener consigo a los mandos militares, al *establishment* político y a la banca más reaccionaria.

Juan Carlos sabía que la «democracia a la española» de Arias —apalancada en el Movimiento— era incompatible con una democracia de partidos y una aceptación en Europa; y que su continuidad arruinaba día a día el crédito de la Corona. Pero ¿y si fuera cierto su poder de

desestabilización, su execrable discurso de «o yo o el caos»?

Temía que un despido obligado de Arias desencadenara una insumisión, un desafío desde el búnker civil y quizá un conato de rebelión en el estamento militar, para quienes el Rey era todavía un epígono aprendiz del Generalísimo. No estaba seguro de poder controlar las reacciones del cese. Ni hasta dónde podía tensar el arco sin que se quebrara la paz civil. Veía en juego la estabilidad social, la conquista de la democracia y la seguridad de la Corona.

Si el cálculo de sus posibilidades de defensa es lo que inquieta al soberano y le impide dormir, en ese insomnio y en esa exasperación estaba Juan Carlos, el Rey que no dormía, que gritaba a la Reina y que vagaba de noche por palacio con una tensión insoportable.

Arias había logrado ponerlo ante una angustiosa elección: ¿arriesgar la Corona por conseguir la democracia, o renunciar a la democracia por asegurarse la Corona?

«Al Rey ni se le obliga ni se le acorrala»

Al día siguiente, Adolfo Suárez telefoneó al presidente de las Cortes para interesarse por la sustitución de Arias.

—¿Qué noticias hay, Torcuato?

—El Rey está indeciso y muy presionado, da vueltas y vueltas a las consecuencias. Tú le conoces: su prudencia, su sentido común… Hay que aplazar el asunto.

—¿Aplazar? —En la voz de Suárez había un punto de disconformidad—. Si el Rey no se decide, habrá que obligarle.

—Al Rey ni se le obliga ni se le acorrala —respondió Torcuato, tajante.

—Torcuato, no me malinterpretes. Tú sabes perfectamente lo que hay que hacer. Yo, como tú, sólo deseo servir al Rey; pero se está perdiendo un tiempo de oro y no están las cosas como para «aplazar». Además, esta esterilidad, este no hacer nada, a quien de verdad perjudica es al Rey.

—El Rey lo sabe de sobra. Pero decirle a Arias «váyase usted» es cosa suya y no se le puede acogotar con prisas.

—Yo sólo te digo que Arias ha llegado a ser insufrible para todos los que le padecemos de cerca.

—Y yo sólo te digo que aplazar no es abandonar.

No le gustó a Torcuato la impaciencia de Adolfo. En sus prisas veía ansia.

Por entonces, el Rey lanzaba sus globos sonda, diciendo sin decir: «Yo lo que oigo aquí es que todos veis a Arias en su recta final», «Habrá que proveer la sucesión para cuando llegue el momento», «Llevo tiempo pensando en varios de vosotros»… Esas frases dejadas caer habían abierto la feria de las conjeturas. Al terminar los Consejos de Ministros, el copetín era como un zoco de baratijas. Se juntaban tres o cuatro en corrillos prietos, casi tocándose entre sí con las puntas de los zapatos, y empezaba el cotilleo donde cada cual intentaba averiguar qué sabía el otro, quién tenía noticias recientes de La Zarzuela, cuántos días llevaba el presidente sin despachar con el Rey… En uno de esos dimes y diretes alguien soltó:

—Hace muy pocos días, en un cóctel en casa de Federico Silva se dijo que el próximo

presidente del Gobierno va a ser Adolfo Suárez.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo oíste tú?

—No, pero lo sé de buenísima fuente.

Adolfo no estaba en ese corrillo, pero el chisme le llegó enseguida.

A la semana siguiente, Pérez de Bricio le contó que Lozano Vicente y él habían ido a La Zarzuela el Jueves Santo, citados por el Rey.

—Nos preguntó por temas sectoriales de Industria y Vivienda; pero lo que realmente le interesaba era que le contásemos impresiones personales desde dentro del Gobierno. Nos dijo que viéramos a Torcuato. Y, bueno, lo que me resultó totalmente novedoso: qué tú podrías ser un buen candidato a la presidencia, sustituyendo a Arias.

—Pero ¿qué cosas dices? —Suárez saltó, decidido a negar la mayor—. ¿Eso lo dijo el Rey? ¡Pues os metió un camelo!

—No, no. Estábamos hablando de que Arias está en la cuerda floja y…

—¡Cosas del Rey! Soltó lo primero que le cruzó por la cabeza… ¡Ni caso!

En cuanto se quedó solo, Adolfo telefoneó a Torcuato. Le transmitió lo que Pérez de Bricio acababa de contarle, y se quejó con enfado de que el Rey insinuara esas cosas:

—Con Carlos me he hecho el loco, y lo he negado todo; pero estoy aterrado con ligerezas de esta índole…

¿Por qué le aterra la ligereza? —se preguntaba luego Fernández-Miranda—. ¿Porque el rumor llegue a Arias o… porque estropee sus sueños?[88]

Torcuato estaba cada vez más seguro de que Adolfo Suárez era la persona idónea, pero aún tenía que vencer las reticencias del Rey y despejar él sus propias dudas. Pensaba que Adolfo tenía instinto político, era tenaz, trabajador, austero, un hombre hecho a sí mismo. Agradable, simpático, guapo, seductor aunque sin golferías ni frivolidades. Culturalmente desnutrido, pero ávido de saber, aprendía por olfato: «Es como una esponja —decía de él Torcuato—. Lo absorbe todo rápido, lo elabora, lo asimila y luego sabe mostrarlo como si fuera suyo»[89].

Sólo le preocupaba su ambición.

Sigo creyendo que Adolfo Suárez ofrece ventajas para la operación, pero no me gusta la facilidad con que acepta esa posibilidad. […] ¿Cuánto habrá en él de legítima ambición y cuánto de codicia de poder? ¿Cuánto de afán de servicio y cuánto de crudo deseo de mandar?

Al Rey, en cambio, lo que le detenía de Suárez como sucesor era que le veía «verde, inmaduro, sin fogueo». Y su origen: «Llevó camisa azul y es el ministro del Movimiento». Juan Carlos no tenía una inteligencia adiestrada en la deducción lógica, pero sí un instinto de lince para conocer a los hombres al primer golpe de vista y prever los hechos con antelación. «Yo sé verlas venir», decía a veces. Se imaginaba la reacción de la prensa progre ante la opción de Adolfo Suárez. Como si estuviera leyendo en una bola de cristal el artículo que Paco Umbral clavaría en *El País* en cuanto saltase la noticia:

Había que liquidar el posfranquismo, cambiar la cosa, a ver si me entiendes. Y entonces va y ponen a un falangista. […] El sábado España ha pegado el gran salto adelante, hacia atrás, de su historia[90].

Y ese olfato le frenaba. Arias era un presidente heredado. Pero al próximo lo designaría él, sería su apuesta, su oferta al pueblo. Uno puede equivocarse al elegir; pero lo que no puede es elegir la equivocación.

Se habla de organizar la «guerra sucia»: licencia para matar

En el aperitivo informal, tras el Consejo de Ministros del 23 de abril, coincidieron en un pequeño grupo el general De Santiago, y los ministros Fraga, Garrigues y Areilza. Salió el tema de los presos de ETA. Las redadas eran continuas.

—Me pregunto —planteó el ministro de Justicia, Garrigues— si el secuestro y asesinato del industrial Ángel Berazadi debería ir por la vía del Tribunal de Orden Público o por la jurisdicción militar.

—¡Por lo militar, no! ¡Por lo militar, ni hablar! —irrumpió con vehemencia el teniente general De Santiago—. No quiero más «procesos de Burgos»… Por culpa de los abogados defensores y de la prensa, se vuelven contra el prestigio de la justicia militar, y al final aquello se convierte en un juicio al Ejército.

—Siento discrepar, vicepresidente, pero los terroristas deben ser juzgados por lo militar —Fraga engulló de un bocado su canapé, y se dispuso a razonar su opinión—. Estoy muy satisfecho de que exista la vía de la jurisdicción militar para los terroristas, porque eso permite tratar e interrogar a los ciento cincuenta detenidos vascos, presuntos etarras, como se merecen.

—Pero algunos de esos detenidos —dijo Garrigues— están heridos y necesitan atención médica…

—Pues también es bueno, mi querido Antonio, que si hay etarras heridos pasen a un hospital militar y sean tratados como prisioneros de guerra. —Fraga tenía a punto todas las respuestas—. ¡Si quieren guerra, la tendrán! ¡Ya la tienen! Con jurisdicción militar y pena de muerte, yo acabo con el problema vasco de aquí a un año, cueste lo que cueste…

Areilza y Garrigues le escuchaban atónitos. Fraga picoteó algunas frivolidades saladas, se limpió los labios con un puñado de servilletas de papel y continuó su soflama:

—En esto, y sin que sirva de precedente, comparto la tesis de Arias… en esto sólo, eh, ¡ja, ja, ja, ja!: «Es todo el norte el que se nos subleva, y hay que sujetarlo por la fuerza». Ellos, y no nosotros, han buscado una situación de guerra. Por eso digo que la tendrán. Para empezar, yo he pedido a los ricos del País Vasco que me apoyen con dinero para organizar un servicio civil de información. Es una medida indispensable.

Ante tan tremenda declaración, se hizo un silencio vidrioso. Era el salvoconducto oficial para los BVE, AAA, Triple A, ATE, ANE, GAE y otros grupos sin siglas pero de la misma cantera de pistoleros mafiosos, contratados por la iniciativa «civil» de quien pudiera pagarlos, y con licencia gubernativa para matar[91]. Ninguno de los ministros que estaban en ese corro abrió la boca. Fue el general De Santiago quien hizo un quiebro desde otro bisel:

—El terrorismo es terrorismo porque aterroriza. Y aterroriza porque se difunden sus acciones, sus amenazas, su fuerza criminal… Esa misma difusión es lo que a los terroristas les da notoriedad y alas. Por tanto, reclamo sanciones duras contra la prensa que informa sobre ETA.

—Estoy contigo —Fraga habló de nuevo—. Y si Martín-Gamero no cierra los periódicos, yo aplicaré la Ley de Orden Público a los periodistas y los meteré en la cárcel… ¡Y no pasará nada! Como no pasó nada cuando, tras un consejo de guerra, se encarceló al periodista Huertas Clavería. ¿Os acordáis? Por cierto, nada que ver con el terrorismo. Clavería había ofendido a los militares diciendo que unas cuantas viudas de guerra regentaban los putiferios de Barcelona[92].

¿Qué pretendía el general De Santiago? ¿La automordaza en las redacciones? ¿El pacto de silencio entre los directores? ¿Una rara *omertá*, impuesta no desde los grupos criminales, sino desde la ley?

Romper el nudo

Fue un golpe de mano de Torcuato Fernández-Miranda el que rompió el nudo. En ejercicio de su autoridad, el *Boletín Oficial de las Cortes* publicó el 23 de abril la creación del «procedimiento de urgencia»[93]. Establecía unos topes de tiempo para enmendar y debatir los proyectos de ley, potenciando el papel rector del presidente de las Cortes.

Más allá de la urgencia, su finalidad era anular el poder de los procuradores que, desde la comisión de Leyes Fundamentales, retrasaban, incluso impedían, que cualquier proyecto con visos reformistas llegase al pleno. Había que ganarle la batalla al tiempo. Torcuato se adelantaba a un futuro ya muy próximo en el que se necesitarían pasadizos, atajos y trámites abreviados, para desmontar pieza a pieza, sin voladuras ni cataclismos, el «inexpugnable» armazón legal del régimen[94].

Al terminar el Consejo de Ministros —cascada de nombramientos y poco más—, Arias subió inmediatamente a La Zarzuela y expresó ante el Rey su perplejidad por la *torcuatada* del procedimiento de urgencia.

—¿A qué viene esa urgencia? ¿Se quema la casa? ¿Se muere alguien…?

El Rey aprovechó para darle su parecer:

—Hombre, Carlos, urgencia sí hay. Llevamos ya casi cinco meses y, sin duda por el afán de reformar todo el aparato de leyes a la vez, se están demorando demasiado las cosas. Yo iría a un planteamiento menos complejo, más simple. Pienso que, en esta primera fase, convendría sacar del paquete la Ley de Sucesión. ¿Qué necesidad hay de plantear ahora quién ha de ser regente cuando yo muera, o la mayoría de edad del Príncipe heredero, o incluir a las mujeres en los derechos sucesorios…?

—Pues yo sí creo que justo en esa ley, que es la que define España como Reino, importa hacer las reformas precisas cuanto antes y someterlas a referéndum. Lo de que el Príncipe no pueda reinar hasta tener los treinta años cumplidos me parece arriesgadísimo.

—Yo no digo que esos cambios no sean razonables; lo que sí digo es que ahora no son lo prioritario.

Siguieron hablando. Arias se quejó de las actitudes de algunos ministros. El Rey le animó a contar más con ellos:

—Sois un equipo, y tú eres el patrón. Es bueno para ti y para ellos que de vez en cuando los llames y los recibas uno a uno para oírlos y que te cuenten lo que llevan entre manos, que noten

que te solidarizas con lo suyo, una gestión, un decreto, un viaje… El despacho de tú a tú es como un papel secante. Tú te empapas de sus problemas o sus quejas, y eso no pasa de ahí, se queda entre el ministro y tú. A éste o al otro le quitas la tentación de ir con cuentos al de al lado, y consigues que haya más unidad en el Gobierno.

Como si oyese llover, Arias volvía receloso al asunto que le preocupaba: el procedimiento de urgencia.

—Lo que Torcuato ha inventado es una artimaña para esquivar la comisión mixta Presidencia-Consejo Nacional y quitársenos de en medio.

—Carlos, de todo esto, yo sólo he hablado ahora contigo y el otro día muy por encima con Torcuato, ¿por qué no hablas con él?[95]

El Rey en *Newsweek*: «Arias es el abanderado del búnker»

Aquella tarde, Arias trepidaba de indignación contra el Rey. Aunque se cuidó de no respirar por esa herida, desde la víspera había circulado entre la crema política y empresarial un artículo de Arnaud de Borchgrave en el semanario estadounidense *Newsweek* con frases no entrecomilladas, pero atribuibles al Rey de España. Y la prensa ya se hacía eco de «rumores sobre la dimisión de Arias Navarro».

Bajo el título «Juan Carlos mira hacia delante» («Juan Carlos Looks Ahead»), el rotativo americano afirmaba:

El nuevo jefe del Estado español está gravemente preocupado por la resistencia de los derechistas al cambio político. Cree que ha llegado la hora del cambio, pero el primer ministro Carlos Arias, un remanente en el poder desde los días de Francisco Franco, ha demostrado más inmovilidad que movilidad. En opinión del Rey, Arias es un desastre sin paliativos[96], que se ha convertido en el estandarte del poderoso grupo de los leales a Franco, conocidos como «el búnker». […] De esta forma, se ha producido un conflicto casi total entre Arias y Torcuato Fernández-Miranda, el profesor de derecho elegido por Juan Carlos para presidir las Cortes y acelerar la reforma política. Desde que accedió al trono, el Rey ha hecho todo lo posible para convencer a Arias, pero se encuentra con que el presidente contesta «sí, Majestad» y luego no hace nada o incluso hace lo contrario de lo que el Rey quiere. Pero, a menos que Arias decida dimitir, poco puede hacer Juan Carlos para sustituirlo[97].

Las opiniones del Rey no aparecían entre comillas, pero Arnaud de Borchgrave había estado en La Zarzuela el 8 de abril, y allí habló largo rato con el monarca para preparar su artículo. No era la primera vez que conversaba a solas con Juan Carlos. Ya lo hizo en otro momento estratégico, cuando el entonces Príncipe de España quería dejar traslucir sus opiniones y sus planes políticos. De Borchgrave utilizó la técnica sajona del reportaje a partir de una entrevista al personaje central, recogiendo lo que dijo aunque sin ponerlo en su boca, pactando previamente el *off the record*, y un añadido de ingredientes ambientales para describir el entorno del protagonista, la situación del país… De Borchgrave era un corresponsal, nacido en Suiza, que trabajaba en Estados Unidos. Se podía presumir de él que intercambiaba información con agentes de la CIA. Quizá por ello, disponía de una interesante agenda de accesos vips. En 1974, entró en

contacto con el príncipe Juan Carlos a través de un amigo común: el rey Hussein de Jordania. En esta última ocasión, abril de 1976, el organizador de la entrevista fue un íntimo del Rey, Manuel Prado y Colón de Carvajal, de quien en Washington, en la Secretaría de Estado, tenían un manojo de números de teléfono. El encuentro Borbón-De Borchgrave tenía como objetivo extender la alfombra roja para el inmediato viaje de Juan Carlos a Estados Unidos, su primera visita de Estado como Rey. En cuanto al contenido del artículo, la almendra del mensaje era una apuesta rotunda del Rey por la democracia, y un señalamiento nítido de que la única razón de la tardanza era la losa del régimen heredado, nada fácil de remover.

«Para pasar pacíficamente de un sistema de dictadura a uno de democracia —le dijo el Rey a De Borchgrave— no hay una fórmula mágica». Y en la misma conversación «sin comillas», le avanzó que eso lo expondría en su discurso del Capitolio, durante su estancia en Washington a principios de junio.

Arias, enfurecido, había ordenado al ministro de Información «un tajante mentís oficial». Martín-Gamero cubrió el trámite con el lábil argumento de que «no les vamos a pedir una rectificación porque no hay necesidad de salir al paso de todas las informaciones falsas que a diario se difunden»[98].

La Zarzuela tampoco desmintió a *Newsweek*, antes bien, confirmó que De Borchgrave «fue recibido por el Rey y trajo con él un equipo de televisión preparando el próximo viaje de Su Majestad a Estados Unidos». Por quitar hierro, agregaron que «no se trataba de unas declaraciones sensu stricto, sino de una charla en privado; pero los periodistas americanos trabajan así, hablan con varias fuentes, toman de aquí y de allá, y luego lo mezclan todo».

Arias Navarro abroncó a Martín-Gamero por la futilidad de su desmentido.

—Presidente —argüía el ministro—, no puedo decir que no hubo tal entrevista, o que el Rey no dijo eso, porque ¿y si lo dijo…? Tendría que ser Mondéjar quien lo desmintiera con un comunicado de la Casa de Su Majestad. Y no lo han hecho. Estamos ante un hecho consumado: el *Newsweek* tira una millonada de ejemplares, que están en todos los quioscos del mundo desde el día 19, que fue su fecha de salida.

Era evidente que el Rey había hablado por boca de ganso, utilizando «segundos caminos» para que Arias se enterase. Y La Zarzuela mantenía lo publicado por De Borchgrave. Pero al presidente le importaba más hacer una escabechina que «leer al mensajero del Rey». Para aplacarle, se secuestró la edición de *Cambio 16*, cuyo editorial transcribía fragmentos del artículo de De Borchgrave y subrayaba la mala sintonía entre el Rey y el presidente del Gobierno. La revista reaccionó reeditando el ejemplar y sustituyendo el texto censurado por otro en el que ponía al presidente Arias cara a la pared:

Como en este país no se puede criticar a fondo la actuación política del señor Arias Navarro, aquí había un editorial que ya no está, y que planteaba con serenidad problemas políticos graves de esta hora. […] Conflictos al más alto nivel nos llegan en susurros anglosajones. El semanario norteamericano *Newsweek* daba cuenta la semana pasada de opiniones, atribuidas al rey Juan Carlos I, sobre el presidente del Gobierno español. Y *Newsweek* no ha sido secuestrado. Se diría que la censura funciona mejor en español. Si sabe inglés, compre *Newsweek*[99].

Arias: «Aquí, el popular soy yo, no el Rey»

El lunes 26, a las diez y media de la mañana, el Rey telefoneó a Torcuato, que acaba de llegar a su despacho de las Cortes:

—Torcuato, ¿te ha llamado Arias?

—Sí, hace media hora, pero no hablé con él porque yo aún no había llegado aquí.

—Pues me alegro de que todavía no hayas hablado. Quiero que sepas que el viernes vino a verme y le dije que te llamase, que tú no eras partidario de someter la Ley de Sucesión a referéndum en bloque con otras leyes… Y que convenía simplificar y agilizar la reforma. Intenté tirarle un cable, pero no sirvió de nada. Estuvo muy reservado, muy extraño.

A última hora de la mañana, Arias llamó a Fernández-Miranda por el teléfono directo. No fue una conversación fácil ni fluida. Estuvo terco, agrio, con unos silencios densos, incómodos, que de vez en cuando hacían pensar a Torcuato que Arias no estaba ya al otro lado de la línea:

—El Rey hace muy mal en recibir a los ministros —Arias sentaba su tesis—. Todo lo que hay que decir y hacer está ya en mi discurso del 12 de febrero. No hay otra política. Y en cuanto a la Ley de Sucesión, que dice el Rey que no vaya ahora, ¿a quién corresponde la responsabilidad de lo que pueda ocurrir, si no se somete a reforma y referéndum? A mí no, eh, yo no la acepto.

—Pero es que traer aquí de golpe tres Leyes Fundamentales puede producir un auténtico atasco.

—¿Tan seguro estás de que no le pase nada al Rey hasta que Felipe tenga treinta años? Y te advierto una cosa, entre cuestionar la Monarquía y asegurar el Estado, para mí no hay duda: asegurar el Estado.

—Carlos, atiende: una reforma de todo a la vez complica más que aclara.

—La política la hago yo, mientras sea presidente —respondió con acidez—. Y dile al Rey que cuidado con los malos consejeros, eh… Sin mí, el poder estaría arrojado a la calle.

—Carlos, creo que estás complicando las cosas.

—¡Que no las compliquen el Rey y los suyos! —Su tono era de enfado—. Él lo que tiene que hacer es confiar más en mí y no recibir consejo de todos.

—El Rey es libre de elegir a sus consejeros, que por cierto yo no sé quiénes son. Y luego tiene el, digamos, «poder de audiencia», para recibir información de primera mano. No me parece mal que el Rey escuche a cuantos más, mejor.

—Bueno, tú háblale al Rey, y dile lo que te he dicho. Si tú o él tenéis algo que decirme, decídmelo hoy, porque yo grabo mañana[100].

Arias necesitaba detener las críticas que su pasividad y sus promesas al ralentí venían generando en la opinión pública y dentro del Gobierno; pero quería hacerlo en persona, sin intermediarios, dirigiéndose a los españoles desde la televisión, que él consideraba su gran plataforma. Le parecía inútil hablar en las Cortes. «De esa gente nada puede esperarse. Mi arma es la televisión: hablarle al pueblo, que es el que está conmigo de verdad». «Aquí, el popular soy yo, no el Rey», solía decir. Pero como su *speech* televisivo iba a ser una afirmación de autoridad y una respuesta arrogante a la descalificación que el Rey le había lanzado desde *Newsweek*, no

pensaba someterlo a consulta previa de cortesía ni ante el Rey ni ante los vicepresidentes de su gabinete.

La comparecencia de Arias en Televisión Española (TVE) estaba anunciada para el 28 de abril a las nueve y media de la noche. La víspera, el Rey llamó por teléfono al presidente Gerald Ford. No pudo hablar con él en ese momento. Atendió la llamada el teniente general Brent Scowcroft, adjunto al presidente, y tomó nota de cuanto dijo el rey Juan Carlos. Inmediatamente, pasó un recado urgente a James E. Connor, secretario personal de Ford, recomendando «que el presidente telefonee enseguida al Rey de España». Se puso a la máquina y redactó una minuta con lo que Juan Carlos acababa de decirle:

El Rey desea trasladar al presidente su sospecha de que el esperado discurso que Arias Navarro va a emitir mañana, 28, por televisión a todo el país, será ambiguo y decepcionante en su contenido relativo a la democratización. Por tanto, teme que dimitan los ministros más aperturistas, y que eso haga peligrar la aprobación del tratado por el Senado de Estados Unidos. Por otra parte, Arias, bajo la presión de los elementos más reaccionarios e inmovilistas, se niega no ya a dialogar sino a reunirse siquiera con líderes de la oposición democrática más moderada. Si todos estos temores se confirman, el paso siguiente será que el Rey tenga que pedirle la dimisión.

Brent Scowcroft pergeñó también la respuesta que Ford debía dar.

El presidente americano devolvió la llamada al Rey y en tono muy expresivo le transmitió su «pleno apoyo, personal y presidencial, por sus esfuerzos para llevar a España hacia una mayor democratización» y «mi promesa de que haré cuanto esté en mi mano para que el Tratado de Amistad y Cooperación se ratifique cuanto antes». La conversación duró cinco minutos[101]

El 28 por la tarde, los ministros Areilza y Garrigues acudieron a una cita con Fraga, en su despacho de la calle Amador de los Ríos: «Aquí hablaremos tranquilos y sin moros en la costa». Como jefe de las fuerzas policiales, Fraga tenía su torre de mando bien blindada contra pinchazos y grabaciones.

Garrigues había ido a La Zarzuela «a tratar unos temas relativos a las tres Leyes Fundamentales que Arias quiere enviar a las Cortes, para que se entretengan unos cuantos meses más mareando la perdiz».

—El Rey está indignado y no lo disimula —les comentó Garrigues—, porque el presidente no le ha consultado ni media palabra sobre lo que va a decir esta noche. Me enseñó el texto, lo tenía encima de la mesa. Arias se lo envió ayer a última hora, con una simple tarjeta de visita, pasadas las ocho de la tarde lo entregó el motorista en Zarzuela. Igual que a nosotros… O sea, los técnicos de Televisión lo han conocido antes que el Rey y antes que el Gobierno.

Según dedujo Garrigues, escuchando al monarca, la crisis estaba planteada.

—Al margen de lo que piense el presidente, me ha parecido entender que el Rey cuenta con hacer crisis de Gobierno. Otra cosa es que, por sentido de responsabilidad, todavía no mueva las piezas para que Arias le presente la dimisión. Y también, que intente resolverlo al menor costo posible: que salga Arias y continúe el gabinete.

—Es cierto —dijo Fraga— que esta situación no puede seguir arrastrándose más allá del mes

de mayo.

Y los tres pesos pesados del Gobierno estaban de acuerdo[102].

Sin duda, los tres se sentían bien seguros en sus puestos.

Un *Watergate* dinástico

Aunque desde que se destapó el tema *Newsweek* los rumores de dimisión de Arias fueron la comidilla de todos los cenáculos, al presidente ni se le había pasado por la mente recoger el guante de la provocación con un gesto dimisionario. Su dignidad era suya y estaba incólume.

En vista de que Arias oficialmente no se daba por aludido, el Rey quiso que se enterase por activa o por pasiva de que la filosofía del artículo americano era auténtica: se había convertido en un serio problema. Y parapetándose en segundos y terceros, fue ventilando su juicio sobre el presidente con varias personas a quienes recibió en esas fechas. Ya se encargarían ellos de propagarlo por los despachos influyentes y los salones de pasos perdidos.

En efecto, incluso al ministro Areilza, que viajaba sin pausa por Europa, en cuanto fondeó tres días seguidos en el palacete de Viana, le llegaron las voces y los ecos de lo que respiraba el Rey.

Primero fue su colega Pérez de Bricio:

—He subido a ver al Rey. De lo del *Newsweek,* callado, ni palabra. Me ha dado a entender que estamos en un trance bastante delicado para el futuro del país y de la Corona, y que con Arias en el poder no hay solución. ¡Tiene tela…! Arias ha conseguido la cuadratura del círculo: que la oposición esté de uñas porque no ve cambios, y que Girón dimita de un portazo porque cree que todos los fundamentos van a ser dinamitados.

—¿Te ha dicho qué piensa hacer?

—Tú conoces bien al Rey, José María. Es astuto. Insinúa, pero no dice. ¿Mi impresión? Está hasta las narices y deseando que este hombre se vaya, pero no se atreve a quitarle… por un montón de motivos psicológicos.

—¿Motivos psicológicos…?

—Miedo. —Pérez de Bricio bajó el tono de voz—. Arias tiene una baza para mantenerse en el cargo. Sólo una baza, muy miserable pero muy poderosa porque ha logrado que el Rey se sienta amenazado. No sé de qué modo, Arias le ha hecho saber que dispone de cintas magnetofónicas con conversaciones grabadas de cuando Juan Carlos era príncipe. Al parecer, hay comentarios y juicios tremendos sobre Franco, sobre Don Juan… Sería un *Watergate* dinástico.

—Lo más siniestro de Arias —dijo Areilza— es su pasión por el espionaje y por los informes de los servicios secretos. No es cosa de ahora, eh, le viene de sus tiempos de director general de Seguridad y luego como ministro del Interior… Ésa era la mercancía de chismes con que engatusaba a doña Carmen.

Cierto. En sus años de «príncipe becario» de Franco, y más aún cuando fue designado sucesor a título de rey, Juan Carlos vivió con un cerco de espionaje microfónico, telefónico, postal y fotográfico. Se vigilaban sus conversaciones, sus salidas, sus entradas, sus visitas, sus

diversiones. Oficialmente era un príncipe «bajo protección», pero en realidad era un príncipe «bajo sospecha».

—Pues habrá que deshacer esos «servicios» algún día —dijo Pérez de Bricio—, si no queremos que nos devoren a todos en una guerra absurda de chantajes, denuncias y delaciones como ocurre en todas las dictaduras.

—Hace unos cuantos días me decía eso mismo Gutiérrez Mellado aquí, en este despacho: «Areilza, hay que liquidar los servicios de información, los civiles y los militares, porque están trufados de *ultraísmo* político. Es un escándalo, Blas Piñar y sus amigos han perforado servicios enteros infiltrando topos suyos». Se reía echándole buen humor, pero luego ya en serio me advirtió que esas dosis continuas de filosofías ultras estaban envenenando al Ejército. Y él conoce por dentro al Alto Estado Mayor, o sea, que no hablaba a humo de pajas[103].

El eco siguiente le llegó a Areilza por el periodista berlinés Peter Galliner, presidente del Instituto Internacional de Prensa, que acababa de estar con el Rey:

—Hemos hablado de la prensa y de la censura. Le he dicho algo elemental, axiomático: no puede haber democracia donde no hay un periodismo libre, libre y responsable; y que en España hace falta quitarle los grilletes a la libertad de expresión, o no podrán ir ustedes a una auténtica reforma política.

—¿Y qué le ha dicho Su Majestad?

—Él está plenamente de acuerdo, y lo quiere. Le avergüenza que se secuestren revistas y periódicos… Me ha confesado que «el problema se llama Arias», pero que tiene «gran dificultad para resolverlo»[104].

Construir el futuro con los escombros del pasado

28 de abril. Sentado detrás de su mesa de despacho, el presidente Arias daba una imagen de empaque autoritario y de distancia entre él y el público. La cámara enfocó, en un lugar destacado de la estancia, un caballete revestido de terciopelo dorado sobre el que se exhibía un gran retrato al óleo de Franco, ataviado con la gran gala de Generalísimo y almirante de Castilla.

Empezó refiriéndose al trasiego de rumores que circulaban en torno a su persona y a sus relaciones con el Gobierno:

Algunos se han aventurado a hablar de crisis de confianza, de disensiones en el seno del Gobierno, enfermedades imaginarias, cansancio, agotamiento… Porque existe un estado general de ansiedad y confusionismo, es necesaria una reafirmación de firmeza ante los renovados embates de la subversión. […] Pues bien, cuando la confusión se hace más espesa y la subversión es más osada, he creído llegado el momento de dirigirme a vosotros para deciros que creo en la absoluta necesidad de la reforma. Y aquí y ahora quiero dejar constancia de que la reforma ha comenzado ya.

En ese punto fue meridiano. Rotundo y ufanándose de ello, definió su línea política como una «continuidad entre mi programa del 12 de febrero de 1974, ratificado el 28 de enero de 1976». Ahí podía haber concluido, toda vez que no hubo nada nuevo. Era el galimatías de unas «reformas conservadoras y continuistas», ya que «sólo se reforma lo que se desea conservar; no

hay reforma sin continuidad; continuidad y reforma son conceptos que se exigen recíprocamente». Y según esa filosofía lampedusiana del «conviene que algo cambie, para que todo siga igual», anunció unos cambios legales de revoque de fachada, permaneciendo inalterados los principios del Movimiento y las Leyes Fundamentales. Una mezcolanza que ni él mismo supo explicar. Así, cuando se refirió a una ley electoral nueva en la que se mantenían los cauces de participación del falangismo —familia, municipio, sindicato—, pero ampliados con representaciones provinciales y asociativas… Otro mapa caótico, en la misma línea de «cambiar conservando», el engendro que presentaba como Senado: bajo esa palabra venerable, un cajón de sastre con senadores no elegidos sino designados por las corporaciones, los consejeros nacionales y los «cuarenta de Ayete» del viejo régimen, más otro cupo de «senadores regios», éstos elegidos a dedo del Rey.

Una vez más, ofrecía el objetivo absurdo de construir un futuro con los escombros del pasado.

Se afincaba Arias en la «incuestionable legitimidad de origen de la Monarquía en la persona de Juan Carlos I» por haberla recibido de Franco. Y justo ése era el primer punto cuestionado en aquel tiempo. Juan Carlos carecía de la legitimidad dinástica, que seguía en manos de su padre. Tampoco poseía la legitimidad democrática, pues el sistema político seguía siendo dictatorial en sus instituciones y en sus leyes. Es más, la apremiante tarea de Don Juan Carlos era obtener para su Corona la única legitimación aceptable, la legitimación popular, propiciando un Estado de derecho y alejándose él máximamente de cuanto pudiera recordar su pecado de origen: la placenta franquista.

Sin embargo, el empeño tozudo de Arias era asociar a Juan Carlos con el Generalísimo, con ocasión y sin ella. Incontables ditirambos a Franco, «su obra», «su herencia», «su guía experta y segura», «su talento legislador», «el engrandecimiento que logró para España», «su capitanía que nos llevó a las más limpias victorias», espolvoreando su alocución… No dudó en interpretar las «ininterrumpidas, multitudinarias, emocionadas y emocionantes visitas que el pueblo español hace a la tumba del Caudillo» como «signo clarísimo de la voluntad de un pueblo que quiere permanecer fiel al recuerdo y a la herencia de Franco». Y cualquier mención al Rey la enjaretó con otra mención a Franco, en una obstinada adhesión al pasado, que contradecía toda su retórica de «adaptación a los nuevos tiempos», como si fuese posible avanzar a parte alguna mirando el retrovisor.

Si el contenido del mensaje era decepcionante, aún peor era el tono: agresivo, amenazador, con la lírica autoritaria del ordeno y mando y prohíbo, y reiterados señalamientos hacia «los enemigos», «separatistas, violentos y comunistas», que quedaban expulsados de la vida nacional.

Quiero advertir que sabemos —con voz policíaca y el dedo índice alzado en ademán intimidatorio— que el comunismo internacional no ha olvidado su derrota en nuestro suelo y busca afanosamente el momento de su destino. Sabemos que detrás de la reconciliación que dice promover se encuentra un insaciable rencor, y que esa libertad tan falsamente proclamada es la antesala de la tiranía.

Con esa misma visión ofuscada abordó la cuestión social. Admitió que por protestas y huelgas obreras se habían perdido cincuenta millones de horas de trabajo en dos meses —la

cuenta total ascendería a los ciento cincuenta millones de horas—, pero no las relacionó con reclamaciones salariales y quejas laborales, sino que las atribuyó a «planes minuciosamente previstos, con consignas dadas desde fuera para crear un clima de confusión y temor —«lo tenemos plenamente comprobado»—, bajo la presión de quienes cobran grandes sumas por llevar a los trabajadores a la pobreza y a la desesperación».

Un catalán moderado y sensato, Miquel Roca i Junyent, concluía así su artículo en *Cuadernos para el Diálogo*: «Si al principio decíamos "Arias y la reforma", nuestras propias palabras nos conducen a decir "Arias o la reforma"»[105].

Pocos días después, Areilza visitaba al Rey para darle cuenta de las dificultades que como ministro de Exteriores tenía con Arias:

—Viajo mañana a Rabat y tengo audiencia con el rey Hassan, pero Arias no me recibe. Me hicieron una entrevista en TVE y allí la tienen, muerta de risa, porque «el presidente ha dicho que no se emita». Intento mantenerle al día de mis contactos con los dirigentes de los países comunitarios… Hoy, sin ir más lejos, me ha llamado un diputado socialdemócrata alemán, Fellermeier, para decirme que en el Gobierno y en el SPD no están ya ni impacientes: están escépticos porque ven suspendida sine díe nuestra prometida democracia. No se la creen. Cuando le digo a Arias que necesitamos dar señales fiables de que el cambio va en serio, me escucha distraído, sin atención, como Sinuhé el Egipcio: «Tus palabras son zumbido de moscas en mis oídos…» Luego está el asunto del Concordato con la Santa Sede. La diplomacia vaticana es delicada, de guante blanco. Y, la verdad, ha llegado un momento en que no sé si le importa un bledo o si lo entorpece adrede…

El Rey iba reaccionando con sorpresa: «Pero ¿qué me dices?»; luego con asombro: «¡No puede ser!»; al final, casi llevándose las manos a la cabeza: «¡Es inaudito!» Y Areilza continuaba su retahíla de quejumbres.

—Mira, José María, no te hagas mala sangre. Todo eso es una maniobra deliberada y clarísima. Arias te ve como a un rival y quiere que te pongas nervioso y le presentes la dimisión.

—Pues por mí, cuando quiera.

—¡De ninguna manera! ¡Te lo prohíbo!

—Es que, señor, tal como están las cosas y mirando al mañana, puede ser mejor que algunos nos vayamos de momento a la reserva…

Lo último que podía querer el Rey era una crisis a destiempo, dejando en hilvanes su viaje a Estados Unidos y, sobre todo, brindándole a Arias el balón de oxígeno de remodelar el Gobierno y con eso tirar adelante medio año más.

—¡Ni hablar, ni hablar! Espera y aguanta. ¡También yo espero y aguanto![106]

«Espera y aguanta…» Regresando aquella tarde de La Zarzuela a su casa de Aravaca, Areilza se sentía, más que confortado por el Rey, hondamente persuadido de que volvía a tener muchas papeletas para ser «el elegido».

Vuelven los republicanos

A finales de abril regresaron a España algunos ilustres republicanos que durante cuarenta

años habían permanecido ausentes, en un exilio voluntario, hasta no ver indicios de un cambio político.

Max Aub, Ramón J. Sender y Severo Ochoa habían vuelto poco antes; pero en la remesa de 1976 llegaron el historiador Claudio Sánchez-Albornoz, el lingüista Salvador de Madariaga, el jurista y político José María Gil-Robles y el químico Francisco Giral, socialista como su padre, José Giral. España los acogió con grandes despliegues en la prensa y homenajes incesantes en diversos foros de la cultura. Volvían cargados de años y experiencia, con prestigiosos currículos faenados en el exterior; pero, sobre todo, volvían con un deseo desbordante de perdón y reconciliación entre los españoles. El retorno de esos republicanos represaliados por la dictadura significaba un respaldo de valor al nuevo régimen de Juan Carlos I, y el Rey mostró interés en recibirlos uno a uno.

A sus noventa años, Salvador de Madariaga pronunció el discurso de ingreso en la Academia de la Lengua y ocupó el sillón M, que le aguardaba desde 1936. Entre Oxford y Locarno, había transcurrido su «larga noche» de extrañamiento. Abanderado liberal, defensor de Don Juan y organizador del Congreso Europeo de 1962 que Franco calificó de traición y Contubernio de Múnich, Madariaga fue a saludar al Rey.

Lo primero que le dijo, y no como disculpa, sino como información, fue:

—Yo serví en la República porque me nombraron embajador en Washington… sin consultarme. Pero pienso que, siendo válidas la Monarquía y la República como formas de Gobierno, ya es hora de que aquí se abandone esa discusión. Los dos intentos históricos han demostrado que en España, por nuestra idiosincrasia, la República no conviene al pueblo.

Después, expuso sus preocupaciones sobre el futuro político de España tal como la veía, «mirándola con amor, pero desde fuera», con sus *dilemmi cornuti*. De una parte, «la tensión entre el separatismo intransigente y el centralismo intolerante», que a juicio suyo reclamaba acertar en el equilibrio. De otra, el hecho palpable de «una extensa infiltración marxista entre los jóvenes españoles, como consecuencia funesta de que durante tantos años les hayan prohibido conocer y vivir otras ideologías». Y, paradójicamente, «no habiendo en España ideologías vivas, la proliferación repentina de grupúsculos políticos que, en mi opinión, sólo son opiniones de los líderes: somos muy individualistas, reacios a las grandes uniones».

Y no lo había dicho todo. «Otra paradoja más: la fascinación clandestina que este país siente hacia los comunistas, cuando en realidad lleva cuarenta años viviendo a expensas de los yanquis…, y así seguirá». En ese punto, el diagnóstico de Madariaga fue muy severo: «Estoy firmemente convencido de que con los comunistas no se puede ni se debe ir a ninguna parte. No creo en nada de lo que dicen Marchais, o Berlinguer, o Carrillo, o Tamames… ¡Qué voy a creerme yo los propósitos de enmienda ni la conversión de esos eurocomunistas! El comunismo occidental depende de Moscú. Y ahí están sus libelos, sus teorías para la toma del poder».

Junto a esa implacable condena, extraña en el talante de apertura que cabía suponerle como presidente honorario de la Internacional Liberal, fustigó también la tutela americana: «Mi temor es que Estados Unidos, con su tosco egoísmo, ahora que ha muerto Franco, prefiera tener en Madrid otro dictador sumiso a sus despliegues militares estratégicos. Pensarán que Fraga les servirá bien y, en último término, apoyarán al búnker porque les inspira más confianza que la

democracia»[107].

Aunque eran predicciones muy pesimistas, el Rey no las desdeñó como ideas de un anciano crepuscular; las escuchó como las inquietudes razonables de un erudito, español hasta la médula, un luchador comprometido con las libertades, que acababa de recibir en Aquisgrán el Premio Carlomagno, la mayor distinción de Europa.

Antes de despedirse, Madariaga deseó al Rey «éxito para que en España arraigue la Monarquía, porque es la materia prima esencial si se quiere ir a una democracia. Hay algo que está bien claro: el general Franco era un dictador al que se le habían entregado todos los poderes; pero usted, Don Juan Carlos, ni es omnipotente ni es dictatorial».

«En nombre de toda la izquierda, que el Rey avale la reforma»

El 3 de mayo, el Rey recibió a José María Gil-Robles, a Joaquín Ruiz-Giménez y a Fernando Álvarez de Miranda, tres democristianos con quienes Arias se negaba a dialogar «porque el Caudillo tampoco lo habría hecho». Juan Carlos había conocido a Gil-Robles en Estoril, siendo él un chiquillo y Gil-Robles un miembro relevante del consejo privado de Don Juan que acudía con frecuencia a Villa Giralda. Para él, era y seguía siendo «don José María». Monárquico, ministro en la República, exiliado en Portugal durante el mandato de Franco, tenía la versatilidad suficiente como para poner su experiencia al servicio del joven Rey en la nueva hora de España. No llegaba con teorías sapienciales, sino aprestando soluciones para la empantanada democracia:

—Majestad, traigo la autorización de toda la izquierda española para exponerle unas condiciones mínimas que bastarían a la oposición democrática para acudir a la consulta popular que se convoque en su momento…

—¿Ha dicho usted «de toda la izquierda española»?

—Sí, Majestad, yo no represento a ninguno, pero tengo la venia de todos para lo que voy a decir hoy aquí. Por muy duros y altivos que se muestren unos y otros, lo cierto es que todas las fuerzas de la oposición, incluidos los comunistas, quieren negociar, quieren pactar, quieren llegar a un acuerdo digno que les permita entrar en el juego con su propia identidad. La guerra, el destierro, la proscripción durante tantos años…, se ha sufrido tanto, se ha pasado tan mal, que nadie quiere revoluciones, ni violencias, ni líos.

Una semana antes, Areilza habló ampliamente con Gil-Robles y en cuanto pudo informó al Rey. No obstante, el Rey se hacía de nuevas escuchando al veterano político.

—Majestad, éste es un momento increíblemente oportuno para jugar a fondo la carta de la Monarquía.

—Bueno, en eso estamos, ¿no?

—No. A tenor de lo que yo escuché hace pocos días al presidente Arias por televisión o de lo que esta misma mañana he leído de Fraga en *Europa*, un suplemento que lee todo el mundo porque lo dan *The Times*, *Le Monde*, *La Stampa* y *Die Welt*, lo que ellos dos llaman «reformas de la Constitución» va para largo, si es que llega a puerto, pues el trámite es muy complejo, muy incierto y… muy impuesto. En definitiva, todo se cocinaría entre el Gobierno Arias-Fraga y las Cortes del general Franco. ¿Quién va a aceptar eso, Majestad?

—¿Y ustedes qué proponen?

—Que la reforma la haga el Rey.

—Pero yo necesito de un Gobierno y de unas Cortes, si no estaríamos en el absolutismo…

—Lo que quiero decir es que la patrocine y la avale el Rey. Un plebiscito directo preguntando al pueblo simple y llanamente si autoriza al Rey a llevar a cabo «las reformas necesarias para el tránsito democrático». Con eso sería suficiente para que la oposición apoyase la consulta. La oposición está dispuesta a confiar en Su Majestad. Por eso dije lo de jugar la carta de la Monarquía. De no ser así, dejándolo todo en manos de este Gobierno y de estas Cortes, la oposición no querría participar.

Calló Gil-Robles. Sus dos acompañantes, que al principio intercalaron algunas frases, callaron también. Don Juan Carlos había escuchado muy atento. Los cuatro que estaban allí en aquel saloncito de La Zarzuela sabían que el Rey podía sacudirse a las Cortes y al Gobierno y, de acuerdo con el Consejo del Reino, recurrir al pueblo en referéndum. No estaban proponiéndole ni una sobreactuación ni una tropelía ilegal. Pero sí una procelosa audacia.

El Rey entornó los ojos, como mirando a su interlocutor por entre las pestañas, y se quedó pensativo. Hubo un largo silencio.

Con toda su vida ya a la espalda y cicatrices de mil batallas políticas, Gil-Robles no iba a dejar aquello a medias. Se lanzó. La verdad, en canal:

—Señor, tiene usted que impedir que ese proyecto de reforma llegue a las Cortes. Uno, porque la oposición no lo aceptará. Dos, porque las Cortes lo destrozarán. Y tres, porque se montará un escándalo insuperable.

—¿Y…? Concrete algo más, don José María.

—A juicio mío, Su Majestad tendría que cambiar el Gobierno. ¡Al derrumbadero, con todos sus atroces proyectos de reforma! Y una ocasión pintiparada para hacerlo sería a la vuelta de su viaje a Estados Unidos.

El Rey entornó los ojos de nuevo, pero esta vez al mirar a Gil-Robles intentaba adivinar si lo de «a la vuelta de Estados Unidos» era una idea genuina suya, o si se la habrían suministrado Areilza o… el propio Don Juan. En todo caso, era una buena idea.

Nada más despedir a sus visitantes, el Rey descolgó el teléfono y pidió al ayudante de campo:

—El suplemento *Europa*, las declaraciones de Fraga; pero entero, no los recortes del «canelo».

Fraga, en esa entrevista, anunciaba el próximo envío a las Cortes de dos viejas Leyes Fundamentales, la de Cortes y la Orgánica del Estado, para ser reformadas, y una batería de leyes nuevas de rango menor que regularían los derechos de reunión, manifestación, asociación, libertad sindical y el sistema electoral. Como si las Cortes fuesen una imponente máquina recicladora capaz de engullir las reglas rígidas de una dictadura y devolverlas travestidas en normas hábiles para una democracia.

Advertía también Fraga de que el ritmo sería «paso a paso, sin precipitación», calculaba «año y medio de acción reformadora», y prometía «partidos políticos perfectamente organizados», si

bien con tres claras exclusiones: «Separatistas, terroristas y comunistas, tres grupos de individuos que no serán tolerados». A terroristas y a separatistas los condenaba a estar «fuera de la ley a título definitivo». Con los comunistas era más condescendiente: «Quedarán al margen en toda la primera fase porque son totalitarios, antidemocráticos y maquiavélicos; se benefician de la ayuda extranjera y no constituyen ninguna ayuda para España, más bien son un obstáculo en su evolución». Dejó entrever que el PCE tal vez podría participar en un período posterior. Y a una pregunta sobre «la fuerte oposición que representa Coordinación Democrática», la Platajunta, replicó con vehemente desprecio: «No hay fuerte oposición más que sobre el papel. Se trata de un grupo de políticos frustrados que sueñan con la conquista inmediata del poder. Yo no los tomo en serio y me sorprendería que encontrasen una mayoría de españoles para apoyarlos»[108].

Con miope visión a corta y a larga distancia, Fraga descalificaba a los líderes de las dieciocho formaciones políticas que integraban la Platajunta. Recién constituido, ese organismo sentaba en torno a su mesa las diversas ideologías y agrupaciones de la plural oposición: socialdemócratas, democristianos, liberales, socialistas, comunistas, carlistas, movimientos revolucionarios, organizaciones del trabajo, sindicatos de fuerte afiliación como UGT y CC.OO., representantes de los nacionalismos vasco, catalán, gallego, valenciano, andaluz, balear y canario, aparte de un plantel significativo de personalidades independientes del mundo del derecho y de la cultura. Ese variopinto conjunto —dijera Fraga lo que dijese— sumaba amplios apoyos ciudadanos que coincidían en tres reivindicaciones básicas: amnistía, libertad de asociación política y elecciones a Cortes constituyentes.

Pero lo que se volvió contra Fraga como un bumerán fue que, en aquellas declaraciones, circuladas por la Europa comunitaria donde España intentaba ser admitida, el ministro reformador desenfundase intempestivamente el rencor guerracivilista: «No titubearé en prohibir el Partido Comunista. He dado algunas razones y voy a dar otras: durante la guerra civil, que conocieron nuestros mayores, quedó definida la imagen del Partido Comunista, y hay quienes se acuerdan de su “justicia”, sus ejecuciones y sus torturas»[109].

Arias: «El Rey no dice más que tonterías»

Las palabras de Juan Carlos en *Newsweek* habían sido una «imprudencia calculada» para provocar en Arias una caballerosa dimisión; o, cuanto menos, que se percatara del descontento del Rey y cambiase su actitud. Pero Arias no respondió así. Su recurso a la televisión fue un modo altanero de despacharse a gusto diciendo él la última palabra. Claro que, donde hay jerarquía, la última palabra la tiene el de arriba. Y así iba a ser.

El Rey no se atrevía a provocar en Arias un acto de insumisión e indisciplina si le obligaba a dimitir. Tampoco quería arriesgarse a plantear al Consejo del Reino su decisión personal de destituirle y que los consejeros no lo estimaran procedente. Todo eso lo había tratado con Torcuato Fernández-Miranda. El Consejo —como todos los artificios legales inventados por Franco— no era vinculante; pero desoírlo podía crear un serio conflicto institucional entre la Corona, el Consejo del Reino y el presidente del Consejo de Ministros. Impensable.

El Consejo del Reino era la aduana. En tal coyuntura, y por no dar a los consejeros

informaciones humillantes para el Rey, por cuanto había tenido que tolerar amenazas, chantajes psicológicos, desobediencias y desaires de su jefe de Gobierno, Torcuato fue confeccionando un cuerpo de informe diferente: un compendio de las quejas, las extrañezas y las tensiones que, respecto al presidente, le exponían los ministros.

Aquel flujo de confidencias a puerta cerrada era de por sí un hecho políticamente anómalo. Torcuato no era ni el jefe de los ministros, ni su confidente, ni su psicólogo; sin embargo, muchos de ellos reconocían en él una autoridad moral, una rectitud de juicio y una discreción que los animaba a acudir a su despacho para desahogar allí sus disgustos con el presidente Arias. Por lo demás, antes que al presidente de las Cortes, en Torcuato veían al hombre de confianza del Rey.

A lo largo del mes de abril, Torcuato había anotado indicios del deterioro de la relación entre los ministros y Arias, y entre Arias y el Rey. Ese material de retazos podría servir como argumentario ante los consejeros del Reino:

Arias está en una posición cada vez más insufrible. Su engreimiento y, paradójicamente, su gran inseguridad, hacen que le aumente día a día la irritación. De otra parte, el aislamiento: ni un solo ministro, excepto Valdés, está con él. Inestable y variable, con reacciones apresuradas y siempre distintas. […] Los ministros acusan esa inestabilidad. Arias critica con enfado a un ministro hablando con otros; y a éstos, a su vez, cuando ellos no están presentes. […] Los ministros nunca saben a qué atenerse. Le temen y cada vez le quieren menos. Casi todos buscan seguir en sus puestos pero cambiando a Arias. Esto es disparatado, y los efectos desoladores: es un Gobierno epiléptico.

No dirige, no marca un rumbo, no lidera.

Desconfía, y esa desconfianza le hace agresivo. Incluso frente al Rey: «Estoy atornillado en este sillón por ley, y contra eso el Rey no puede nada», ha dicho a más de un ministro. Tiene celos de los viajes del Rey.

Afirma [Arias] con frecuencia: «El búnker es mi enemigo». ¿Y quién es para Arias el búnker? Todas las instituciones que no son él: las Cortes, el Consejo del Reino, el Rey mismo. «¡Pero a ése le puedo!», dice con frecuencia en sus momentos de irritación, que al parecer aumentan. Cuando un ministro —Suárez— le dijo «pero Torcuato se está portando muy bien», él contestó «¡a saber qué buscará ese pájaro!».

«No se puede hacer nada —dice y repite— sin dirigir la prensa, que está abandonada a todas las influencias, menos a la del Gobierno».

Los ministros hablan de «la neurosis de Carlitos», de «su envaramiento insoportable»…

La preocupación creciente de Arias es afirmarse y hacer crisis para lograr «un Gobierno que sea realmente mío»[110].

Ese *background* era la baza de reserva que Torcuato guardaba por si, llegado el momento de prescindir de Arias, el Consejo del Reino dudase de que hubiera razones para un cese o una destitución.

No obstante, el 5 de mayo Adolfo Suárez le facilitó una información más concreta y elaborada. Y con testigos ministros, dispuestos a certificarla.

Ese día, al final de la mañana, Suárez y Osorio se habían entrevistado con Arias en

Castellana 3. Horas más tarde, Suárez transmitía a Torcuato la impresión que ambos ministros habían sacado de aquel encuentro.

Arias estaba muy enfadado y muy dolido con el Rey. Los ministros le comentaron que no era bueno para nadie que él actuase a su aire. Le señalaron como ejemplos notorios que, cuando se dirigió a las Cortes y, más recientemente, al hablar ante las cámaras de televisión, no tuvo el gesto de enviar sus discursos a La Zarzuela con antelación suficiente para que el Rey pudiera sugerirle algún cambio si lo estimaba oportuno.

—¡Pues claro que no le enseño mis discursos! —respondió Arias con mal tono—. ¡Tampoco él me enseña a mí los suyos! Y tengo que desayunarme el sapo de una revista americana que me encuentro sobre la mesa.

Suárez insistió en la desunión personal y funcional entre el jefe del Gobierno y el jefe del Estado:

—Presidente, no es normal que no cuentes para nada con el Rey y que apenas hables con él.

—¿Hablar yo con el Rey? ¿De qué…? Pero ¿cómo voy a hablar con él, si es como si paseara con un niño de cinco años? A los cinco minutos no podría con mi aburrimiento. —Ante el estupor de Osorio y Suárez, redobló la carga de desprecio, con aspavientos—. ¡El Rey! ¡Oh, el Rey…! ¡El Rey no dice más que tonterías! —Y continuó en esa línea de reproches resentidos—: Decís que yo voy a mi aire, ¡pues anda que él! Recibió a Gil-Robles y a otros dos del Contubernio de Múnich. Y a Madariaga, que fue quien urdió todo lo de Múnich. Se los envió Areilza, que lo sé muy bien. Yo hice saber que me negaba a hablar con ellos porque eran enemigos declarados del Caudillo… Bueno, pues el Rey estuvo con cada uno más de una hora… ¿A qué juega? Explicádmelo vosotros…

—El Rey juega a integrar bajo la Corona a los más posibles —dijo Suárez.

—Y te recuerdo, presidente —añadió Osorio—, que esos que han estado con el Rey uno es liberal y los otros tres democristianos, ni terroristas, ni separatistas ni comunistas con cuernos y rabo.

—Decís que no cuento con el Rey… ¡Pero si es él quien me puentea! Llama directamente a los gobernadores civiles y les da órdenes… Y esto, Adolfo, tú tienes que saberlo porque están bajo tu jurisdicción.

No fue una conversación agradable. Osorio trataba de amainar el enfado de Arias, y Suárez en más de un momento hizo ademán de cortarle en seco porque las palabras y el tono eran ofensivos. Contándoselo a Torcuato, Suárez concretó sus percepciones:

Arias ha ido acumulando irritación hasta un punto extremo. Cualquier referencia suya al Rey es peyorativa. Su animadversión, absoluta. El distanciamiento, total. En el fondo de esa crispación, está inseguro y se autoafirma amenazando. Dice de pronto: «¿Se ha olvidado de sus miedos cuando la muerte del Caudillo? Que yo tenía que decirle: "¡Tranquilo…!" Cualquier día, me canso y me voy. Sin mí, todo se vendría abajo. Pero este hombre no se da cuenta, no agradece los enormes servicios que le presté entonces y los que le estoy prestando ahora»[111].

Juan Carlos da a Felipe un «Principado de Asturias» que no posee

El 18 de mayo, los Reyes iniciaron un viaje oficial a Asturias visitando a la Santina en la cueva de Covadonga. No faltaron las gaitas, el orvallo, las brumas, el descenso a una mina y las alusiones a la Reconquista. Tampoco faltó el entusiasmo popular en los pueblos por donde pasaba la comitiva: Cangas de Onís, Infiesto, Nava, Siero… En Oviedo, el presidente de la Diputación, Juan Luis de la Vallina, pidió al Rey que «restableciera el título de Príncipe de Asturias en la persona del infante Felipe, como heredero de la Corona, enlazando así con la tradición multisecular que desde Enrique III en 1388 se ha mantenido a lo largo de nuestra historia».

En el mismo acto, y ante los presidentes del Gobierno y de las Cortes, el Rey aceptó la petición: «Las glorias y la lealtad de este Principado merecen que nuestro hijo Felipe lleve este título como un auténtico honor que, no lo dudéis, ostentará con orgullo». Y agregó: «Se le dará forma legal en breve plazo»[112].

No fue tan breve. Aún habrían de transcurrir ocho meses hasta hacerse efectiva la legalización de ese título. Sería a partir del 21 de enero de 1977, estando ya Adolfo Suárez al frente del nuevo Gobierno, y previo acuerdo del Consejo de Ministros, cuando Felipe de Borbón y Grecia pudiera ostentar el título de Príncipe de Asturias, y las demás dignidades y títulos de uso tradicional del heredero de la Corona española[113].

Cabría decir que, según las leyes internas de la Monarquía, en aquel acto de Oviedo, el Rey forzaba los tiempos, adelantaba los acontecimientos. Más: jugaba de farol, porque él no podía disponer del Principado de Asturias en favor de su hijo. Necesariamente tuvo que recordar una escena poco grata ocurrida en el verano de 1969.

Cuando aceptó ser designado sucesor de Franco «a título de Rey», al no poder usar el título de Príncipe de Asturias, porque el Caudillo se lo prohibía, aceptó el inexistente «Principado de España», un recurso inventado dos días antes por la princesa Sofía. El mismo día de la jura como sucesor, ante las Cortes españolas y de rodillas junto a Franco, ya de noche, Don Juan le telefoneó. Estaba muy dolido. «Tenía que hacerlo, eres mi hijo. Desde un bar del Alentejo te he visto jurar. Puedes imaginar todo lo que ha pasado por mi cabeza». Fue una conversación de felicitaciones secas y reproches ácidos. «Tú lo sabías y me lo ocultaste». «Papá, te juro que…» «¡No jures! Ya has jurado hoy bastante». Antes de despedirse, Don Juan le espetó: «Ah, oye, ese título de Príncipe de España no sé quién te lo habrá dado, pero no es lo nuestro, así que ¡venga la placa!» Juan Carlos tuvo que devolverle la Cruz del Principado de Asturias, insignia y título del heredero de la Casa de Borbón, que Don Juan guardó: «Ya se la daré en su día al chiquito»[114]

Aunque Juan Carlos era el Rey legal, no tenía la legitimidad dinástica, esencial en la Monarquía, pues Franco y sus Cortes, al proclamarle sucesor en 1969, habían dado un salto en la línea de la continuidad hereditaria. Ese esguince espurio chirriaba en sucesos como el de Oviedo, en los que se entreveía una perturbadora «diarquía»: un Rey de hecho, en primer plano, y un Rey de derecho, en la penumbra. Que Juan Carlos dispusiera del título de Príncipe de Asturias para su hijo Felipe creaba un conflicto de legitimidades, ya que era Don Juan quien seguía poseyendo los derechos dinásticos y, como jefe de la Casa Real española, sólo él podía conceder dignidades propias del orden sucesorio. Sin embargo, ante este evento, la clase política, el estamento militar y hasta el «cuarto poder», observador crítico y de suyo insolente, coincidieron al no hurgar en

una herida que todavía escocía entre el padre y el hijo. No hubo un solo comentario incómodo, ni una alusión atrevida. Incluso, se dio por supuesto que la escena en la Diputación de Oviedo contaba con el beneplácito del Conde de Barcelona, y que esa anuencia vaticinaba ya la declinación de sus derechos al trono por parte de Don Juan.

Se non è vero, è ben trovato, pero lo cierto fue que al día siguiente de regresar de Asturias los Reyes, se dio cita en La Zarzuela toda la familia real. En la cabecera de la mesa, Don Juan, como padre y jefe de la dinastía. Se hablaba de cosas triviales y de cosas serias, de la reciente operación de varices de Don Juan y de la aprobación por el Senado norteamericano del tratado con España, que renqueaba desde los tiempos del almirante Carrero.

A la hora del café, los cigarros habanos y el güisqui de malta, padre e hijo hablaron del cómo y el cuándo de la renuncia. Don Juan había encomendado a Antonio Fontán un proyecto de protocolo y formato del acto, y le había presentado dos escenarios posibles: el Palacio Real o el monasterio de El Escorial, coincidiendo con el retorno y enterramiento de los restos de Don Alfonso XIII, que haría más patente la secuencia histórica y la noción de continuidad de la dinastía[115]. Alguien había sugerido también que el acto podría realizarse en un espacio abierto y en el mar, por la condición marinera del Conde de Barcelona, y se estudió la idea del portaaviones *Dédalo* o de algún otro navío de la Armada española, si previamente se le concedía a Don Juan el almirantazgo honorario. Pero lo importante no era la escenografía ni el ceremonial, sino la nitidez del hecho: el traspaso de los derechos al trono y la entrega de la legitimidad dinástica, que hasta ese momento pertenecían a Don Juan.

Juan Carlos daba muestras de premura, no así su padre. Se trataba de salvaguardar la Monarquía. Que si la figura de Juan Carlos se empañaba a causa del contumaz inmovilismo de Arias, o se desprestigiaba por no dar paso a la democracia, no se fuera al traste la Corona, que hubiese una baza de reserva sin estrenar. Sólo por esa razón de disponibilidad, Don Juan se resistía a declinar sus derechos mientras no estuviesen asentadas en España las bases de una verdadera democracia.

—Y tú sabes —Don Juan solía zanjar así este tipo de conversaciones— que desde hace muchos años no tengo el menor deseo de reinar.

La inapetencia hacia el trono era un sentimiento hondamente enraizado en Don Juan. En los años cincuenta y sesenta quería irse a Argentina, comprar una hacienda y dedicarse a ser granjero. Años después, cuando en junio de 1974 los de la Junta Democrática le pedían que —sin descender a la arena de las contiendas— arbitrase una propuesta de Gobierno provisional cuya única misión consistiría en legalizar en España todos los partidos y consultar al pueblo sobre la forma de gobierno, les confesó a los que habían acudido a Estoril a planteárselo: «No, yo no puedo encabezar eso, porque sería *politiquear*. Pero además, es que ¡ni siquiera estoy seguro de querer ser rey!»[116]

En algún recodo de la conversación, Juan Carlos le contó a su padre, con unas rápidas pinceladas, la propuesta de Gil-Robles «en nombre de toda la izquierda»… «Arias [y] Fraga al derrumbadero, y haga usted la reforma, Majestad». Incluso, el apunte de «hacerlo al regreso de Estados Unidos». Don Juan, totalmente de acuerdo con su antiguo consejero, volvió a instar a su hijo con palabras casi idénticas a las que le dijo meses atrás:

—Juanito, o te desembarazas de Arias o esto se va a hacer gárgaras.

Días después, un emisario del rey Juan Carlos almorzó con el embajador Wells Stabler y otros miembros de la legación de Estados Unidos en Madrid. Eran los preparativos del viaje oficial de los Reyes a Washington y Nueva York. Aprovechando esa visita y los agasajos que la Administración Ford había programado para dar un visible respaldo a la Corona española, el Rey iba a forzar la destitución de Arias. Pero seguía temiendo un duro coletazo del búnker, y solicitaba bajo cuerda la ayuda de sus amigos americanos. Los diplomáticos estadounidenses se mostraron conformes en ayudar cuanto fuera preciso, pero a condición de que no se viera su sombra detrás: la caída de Arias no debía parecer ni de lejos una injerencia de Washington[117].

La lista de pedidos del Rey a la Casa Blanca

Desde que Kissinger y Areilza suscribieron el acuerdo entre Estados Unidos y España, elevado al rango de tratado bilateral, empezaron los preparativos del viaje de los Reyes[118]. Su primera visita oficial al exterior. Se hizo coincidir con los fastos del bicentenario de la independencia de Estados Unidos. Durante varios meses trabajaron sin desmayo el embajador Wells Stabler y el diplomático español Juan Durán-Loriga[119]. El Rey, que esperaba mucho de ese viaje, en el orden político y en el económico, fue ambicioso al maquetar el programa.

Pidió pronunciar su discurso en el Capitolio y en sesión conjunta de congresistas y senadores, lo cual no se resolvió así como así, pues era inusual.

Pidió que la cena de gala en la Casa Blanca fuese respondida por el matrimonio Ford y su séquito asistiendo a otra cena en la embajada de España, algo también fuera de la costumbre presidencial[120].

Pidió enjundiosos encuentros con los «peces gordos», los *big shots* de las finanzas, los fondos de inversión y las empresas de Estados Unidos, con el *lobby* judío y con lo más *top* de los medios de comunicación…

Pidió que en la letra del tratado constase que el monto final de créditos y prestaciones por parte de Estados Unidos a España alcanzaba los mil millones de dólares. Asimismo, que España no se obligaba a adherirse al Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP). Este punto era celosamente defendido por los mandos militares españoles como una baza de independencia defensiva.

La lista de pedidos era larga, y a casi todo se le dio satisfacción.

Antes de viajar, el Rey recibió al embajador Stabler en La Zarzuela. Stabler le informó de algo que Juan Carlos desconocía: en la recta final, al debatirse el tratado en el Senado, algunos senadores habían puesto pegas y condiciones, dificultades de poca monta, pero que podrían demorar su tramitación. En vista de ello, el presidente Ford, de modo excepcional, hizo uso de su agenda de amistades parlamentarias, descolgó el teléfono y llamó a los senadores más influyentes del Partido Republicano y del Demócrata, y les dijo que tenía un «gran interés personal» en la pronta aprobación de ese tratado[121]. Esto ocurría el 17 de mayo. Al día siguiente, el Comité de Relaciones Exteriores del Senado recomendó la aceptación del tratado, que se ratificó el 21 de junio en sesión plenaria de la Cámara Alta por 84 votos a favor y sólo 11

en contra.

En esa misma conversación, el Rey mostró a Stabler un borrador del discurso que pensaba pronunciar en el Capitolio. El embajador le sugirió eliminar fronda histórica, ir al grano de su apuesta pública por la democracia y dirigirse al auditorio en inglés[122].

El Rey encareció a Stabler que «extremando la discreción» gestionase «una conversación privada con el doctor Kissinger allí en Washington, a solas él y yo sin que mi ministro Areilza esté presente»[123]. Este dato puso a Stabler y a Kissinger en la pista de que el futuro jefe del Gobierno no sería Areilza.

Adelantándose unas fechas a la llegada de los Reyes, Kissinger remitió al presidente Ford un análisis puesto al día de la evolución política española, en el que subrayaba la postura de la Administración Ford respecto a esa visita:

Nuestro propósito es demostrar que apoyamos plenamente al Rey —decía el texto de Kissinger— como la mejor esperanza para una evolución democrática con estabilidad, que protegerá nuestros intereses en España. […]

Juan Carlos entiende que, para que su Monarquía pueda sobrevivir, él no debe ser un actor más del proceso político, ni rehén de ninguna facción, pero tampoco convertirse en una mera figura de adorno. Avanzar por un camino tan angosto requiere habilidad, determinación y nervios de acero, y todavía no hay pruebas suficientes para saber si el Rey tiene estas cualidades.

Esa última frase dejaba en suspenso nada menos que la capacidad del Rey para abrirse paso como monarca y para conseguir la democracia.

Kissinger conocía a Juan Carlos desde hacía más de ocho años. Ya en 1968 por orden suya —desde el Departamento de Estado y para los análisis del Comité de Dirección del Club Bilderberg— se hacían seguimientos sobre la preparación e idoneidad del entonces Príncipe. Y, ciertamente, en diversas ocasiones Kissinger había expresado sus dudas acerca del temple y la firmeza de carácter del joven Borbón.

En su escrito de vísperas de la visita, Kissinger informaba a Ford de que «se han producido muchas críticas, nacionales y extranjeras, por el enfoque demasiado cauteloso adoptado por el presidente Arias, y quizá haya desaprovechado algunas oportunidades para afirmar su liderazgo en los primeros días y semanas posteriores a la muerte de Franco». A pesar de ello, el balance de Kissinger sobre la gobernanza de Arias Navarro era positivo. Personalmente, un Arias lento, casi inmóvil, le tranquilizaba. En su opinión, Arias era «un hombre bastante decente, y probablemente muy bueno para la etapa de transición». «En la práctica —resumía—, el Gobierno ha logrado trazar un camino intermedio, evitando a los ultrarreaccionarios, contrarios a cualquier cambio significativo, pero sin ceder ante la oposición izquierdista, que reclama una ruptura total con el pasado».

No se le escapaba a Kissinger el interés de Juan Carlos en esa visita, y así se lo exponía al presidente: «Uno de los propósitos de este viaje es reforzar la confianza del Rey en sí mismo, para la adopción de ciertas decisiones […] y que le confirmemos nuestro apoyo, con lo cual él verá acrecentada su influencia»[124].

A las nueve y veinte de la mañana del 2 de junio, una hora antes de que los Reyes llegasen a la Casa Blanca, mientras en los jardines de la Puerta Sur extendían las alfombras rojas sobre el

césped y ultimaban detalles ornamentales para el acto de bienvenida, Kissinger pasó un momento al Despacho Oval. Quería situar a Ford en el atípico entramado político de España, que había cambiado su forma de Estado, pero conservaba las instituciones y las leyes del régimen de Franco; no había una nueva Constitución, y resultaba difícil saber dónde empezaban y dónde terminaban los poderes del Rey, si los tenía todos o si era un decorativo remate en la cima. Sin privarse de un comentario confianzudo —«¡A ver cómo sale éste, porque todos sus antepasados Borbones lo han jodido todo durante trescientos años!»—, dibujó con dos plumazos la perplejidad en que se podía encontrar el presidente Ford o cualquiera que intentase resolver asuntos de alta política con Juan Carlos:

—Areilza, el ministro de Exteriores, ve al Rey como a un monarca constitucional que, a efectos decisorios, ni pincha ni corta; en cambio, el Rey se ve a sí mismo como si fuera Giscard.

—Bien, pero en esta visita no vamos a discutir ningún negocio de Estado —Ford era un jugador de béisbol poco dado a las anfibologías—, ¿cómo debemos actuar?

—Yo creo que hay que tratar al Rey como si tuviera toda la autoridad y toda la potestad, aunque eso ponga muy nervioso a su ministro de Exteriores.

Y de ahí pasó a ofrecer al presidente un resumen de la situación política española en aquellos momentos:

—Todo el mundo, es decir, toda Europa y las fuerzas de oposición dentro y fuera de España, están presionando al Gobierno de Arias para que avance más rápido hacia la democracia. Desde hace dos siglos, los españoles han fluctuado entre el autoritarismo y la anarquía. Carecen de tradición democrática. Esto es así, ¡no la han tenido nunca! Ahora la quieren, pero… ¿sabrán usarla? No les convienen las prisas hasta que hayan desarrollado una fuerza de centro. Necesitan más tiempo y menos presión.

—Lo que ocurre es que el Rey viene a destapar el frasco y a anunciar la nueva democracia. Quiere hacerlo justamente aquí —replicó Ford—. Y no voy a decirle «cierre usted el frasco». Él tiene serias dificultades en su país y espera de nosotros que le alentemos en ese camino…

—Presidente, yo le preguntaría por sus planes y le sugeriría que avanzase lo suficientemente rápido como para dar repuesta a los que presionan; pero no tan rápido que pierda el control[125].

El Rey a Ford: «No caeré en el error de mi abuelo Alfonso XIII»

Una vistosa ceremonia de recepción, el Rey y el presidente Ford revistaron las tropas uniformadas de gala. Himnos nacionales, banderas, discursos. Luego pasaron al Despacho Oval. Los acompañaban Kissinger, Areilza, los embajadores de ambos países, Wells Stabler y Jaime Alba, y el siempre presente consejero de seguridad Brent Scowcroft. Juan Carlos recordó que ya había estado en aquel despacho, siendo todavía príncipe, en tiempos de Nixon. Ford rompió el envaramiento inicial con un comentario sobre el tiempo, mirando por los ventanales hacia el cielo gris cubierto: «Ha habido suerte con el tiempo. Cuando vino el emperador de Japón, llovió a cántaros y tuvimos que meternos dentro». Luego, le avanzó al Rey: «Me parece que va a tener usted una acogida muy cálida en el Capitolio, le esperan con ganas». Y Juan Carlos agradeció ese foro excepcional: «Ya sé que es un honor que no se dispensa a nadie, o a casi nadie, y lo

aprecio en su valor».

Fue un *tour d'horizon* relajado sobre diversos temas de actualidad: las próximas elecciones en Italia, la situación política de Portugal, la invasión del Líbano por Siria, que acababa de ocurrir y donde había ya más de treinta mil muertos.

Kissinger, siempre con información privilegiada y de última hora, sorprendió a los visitantes con una buena noticia:

—Estamos tratando muy estrechamente con los saudíes y nos han asegurado que no van a subir el precio del petróleo ni van a reducir las cuotas de exportación.

—¡Eso sería una bendición! —El Rey, muy expresivo—. Pero ¿es seguro?

—Sí, es seguro, y podemos dar cuenta de ello.

Enseguida abordaron el tema estrella: el establecimiento de la democracia en España.

Ford preguntó, directo:

—Me gustaría escucharle sobre la evolución política en España, desde que usted llegó al poder.

—Allí ningún grupo político quiere un cambio brusco. Por eso está yendo todo poco a poco, muy poco a poco, aunque sin demasiados problemas. Despacio, pero suavemente. —El Rey movía su mano izquierda como imitando el deslizamiento sinuoso de un pez y empleó la expresión *slowly but smoothly*—. Hemos tenido momentos conflictivos, muy difíciles, sobre todo en febrero.

Ford y Kissinger asentían, estaban al tanto de la racha de huelgas, protestas, manifestaciones callejeras y cargas policiales.

—Y la prensa no nos ayudó nada —remató el Rey.

—Nunca lo hace —dijo Ford.

—Yo trato de no impacientarme; aunque, a decir verdad, creo que todo podría haber ido un poco más deprisa. Pero, bueno, lo peor ya ha pasado y las cosas están marchando. No es fácil. De no haber más que un partido único, se ha pasado a que de pronto haya ciento cincuenta minipartidos políticos.

—¡¿Ciento cincuenta?! —Ford creía haber oído mal.

—Sí, sí. —El Rey respondió en tono jocoso—: Posiblemente los miembros de algunos de ellos quepan todos en un taxi. Ahora están estudiando convocar elecciones en primavera… Sería la ocasión de que se unieran por afinidades ideológicas. Desde el Gobierno se habla con los líderes, animándolos a concentrar fuerzas entre ellos para formar partidos viables. Lo que yo no quiero es que en esta situación, tan nueva y tan desconocida, haya elecciones municipales antes que generales. Ése fue el gran error de mi abuelo Alfonso XIII, en 1931, y yo no pienso repetirlo[126].

Ford le comentó al Rey que él había hablado con mucha fuerza en favor de España, durante la última conferencia de Bruselas con los países de la OTAN.

—Sí, lo sé, lo sé; y desde entonces empezamos nosotros, aquí, mi ministro de Exteriores, a viajar y a hablar con los gobiernos de la Comunidad Europea, de cara a nuestra integración.

—Pero el proceso de adhesión aún puede durar muchos años —matizó Areilza.

—Les advierto —intervino Kissinger— que los holandeses les causarán problemas.

—No estoy de acuerdo, los conozco y no son tan malos —protestó Areilza.

Ignoraba Areilza en ese momento lo que Kissinger ya sabía y con antelación: dos días después, el Ministerio de Asuntos Exteriores holandés emitiría una nota de «tajante oposición a cualquier iniciativa de acercamiento de España a la Alianza Atlántica, pues no se da en ese país el nivel democrático que es condición esencial para aspirar al ingreso»[127].

—Los menos amistosos con nosotros son los suecos… Olof Palme —dijo el Rey.

—Yo no perdería el sueño por los suecos —contestó Kissinger— porque, entre otras cosas, ¿a ustedes qué les importan? No están en la Comunidad Europea.

Ford dirigió de nuevo la conversación hacia el Rey:

—Y ¿qué opina usted de Portugal? ¿Qué cree que ocurrirá allí?

—Me parece que con Ramalho Eanes irá todo mucho mejor. Tengo buena opinión de él. Confío…

—¿Carvalho sigue siendo una amenaza?

—No, no realmente. Portugal nos preocupa todavía; pero yo soy optimista, creo que aquello acabará bien.

—Lo ocurrido tras la Revolución de los Claveles debería ser una buena lección para su pueblo —dijo Ford—. Todo aquel caos de apenas hace un año.

Hubo varias alusiones al repunte del comunismo en Italia, en Francia, en Portugal. En uno de esos momentos, a Kissinger se le reavivó su personal inquina contra los comunistas y preguntó directamente a Don Juan Carlos:

—¿Tiene previsto ver a George Meany? —Se refería al poderoso presidente de la Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO). Tal vez no se acordaba Kissinger al recomendar un contacto con Meany, pero ya lo había sugerido en enero cuando estuvo en Madrid.

—Sí, tenemos concertado un encuentro mañana en la Blair House. Meany podría sernos de gran ayuda. Es anticomunista, y nuestro problema sindical es que allí los comunistas están muy bien organizados y, al desmontarse el sindicato vertical único, ellos podrían dominar la organización porque ya están *all right*. En definitiva, sería pasar de un monopolio a otro monopolio de signo contrario.

Ford se interesó por el estado de la economía española. Don Juan Carlos le dio algunos datos del plan de Villar Mir, y resumió señalando el problema: «Tenemos todavía demasiada inflación». Entonces, el presidente americano le explicó con mucho detalle cómo habían logrado ellos salir de la recesión; incluso se levantó, fue a su mesa escritorio, volvió con unos papeles y leyó estadísticas y cifras de producto interior bruto, empleo, deflación, exportaciones, importaciones.

—Salvo que el Congreso haga algo extraño —concluyó—, creo que caminamos hacia un desarrollo estable[128].

Fue una conversación ágil, algo caleidoscópica, saltando de un tema a otro sin profundizar en ninguno. Duró cincuenta y seis minutos. Quizá Areilza intervino más de lo debido. En la transcripción manual, se pueden contar hasta nueve intervenciones del ministro de Exteriores, frente a doce del Rey. Y aquella misma noche, entre la cena de gala y el concierto del violinista

Gil Morgensten, cuando se reunieron unos minutos en la sala Azul para fumar y tomar algún licor, el ministro Areilza volvió a adelantarse a responder en lugar del Rey, si Ford o Kissinger le planteaban alguna cuestión comprometida o sobre la que el monarca tenía sólo un conocimiento superficial. A Ford le pareció demasiado avasallador. Se lo dijo a Kissinger al día siguiente: «Me he quedado atónito con el comportamiento prepotente del ministro de Exteriores. Se anticipaba a contestar las preguntas que yo le hacía al Rey, le interrumpía»[129].

El Rey en el Capitolio: compromiso por la democracia

El momento cumbre de la visita del Rey era el discurso que iba a pronunciar en el gran salón de sesiones del Capitolio abarrotado de congresistas, senadores, periodistas y público cualificado. Copresidían el *speaker* del Congreso y el senador sénior. El ujier anunció: *«Mister speaker, the King of Spain»*. Y todos en pie, le recibieron con un caluroso aplauso. El Rey se apoyó en sus folios, pero casi había memorizado el texto. Lo dijo en un buen inglés, con limpia dicción, con énfasis en ciertas afirmaciones y mirando al público, sobre todo en los párrafos en los que se comprometía él y comprometía a la Corona en el establecimiento de una democracia plena en España, y anunciaba su determinación de que quedase abierto el campo legal para que los diversos grupos políticos pudieran turnarse en el poder. Fue interrumpido muchas veces por los aplausos. Las frases que inmediatamente circularon y se repitieron en los medios de comunicación estadounidenses fueron las que resumían su propósito democratizador:

La Monarquía española se ha comprometido desde el primer día a ser una institución abierta, en la que todos los ciudadanos tengan un sitio holgado para su participación política, sin discriminación de ninguna clase y sin presiones indebidas de grupos sectarios y extremistas. La Corona ampara a la totalidad del pueblo, y a todos y cada uno de los ciudadanos garantizando, a través del derecho y mediante el empleo de las libertades civiles, el imperio de la justicia. La Monarquía hará que, bajo los principios de la democracia, se mantengan en España la paz social y la estabilidad política, a la vez que se asegure el acceso ordenado al poder de las distintas alternativas de gobierno, según los deseos del pueblo libremente expresados[130].

Como jefe del Estado, hizo alguna referencia a la política exterior española:

España asume con decisión el papel que le corresponde en el concierto internacional. Situados en un lugar estratégico de primera magnitud, entre el Atlántico y el Mediterráneo, España es parte de Europa.

España está dispuesta a reforzar su relación con las Comunidades Europeas, con vistas a su eventual integración en ellas.

Aunque señaló la ubicación geoestratégica de España, evitó referirse a una futura adhesión a la OTAN, pese a que en aquel salón de plenos le escuchaban los senadores que días después votarían el tratado hispanoamericano, cuya entretela más recia y mejor remunerada era precisamente la de las prestaciones militares.

Al terminar el discurso, estalló una ovación fuerte, compacta, envolvente. Don Juan Carlos correspondía con saludos casi deportivos, pero conteniendo su emoción.

Ante un foro de máxima relevancia y en solemne sesión conjunta de congresistas y

senadores, el Rey de España había anunciado su programa político de apertura de puertas a un Estado social de derecho. Aquellos senadores y congresistas no eran sólo unos entusiastas aplaudidores, eran testigos del enorme compromiso de libertad que el joven Rey había querido formular allí, en Capitol Hill, icono de la democracia. Puestos en pie y con su ovación cerrada que no parecía tener final, le estaban diciendo «te tomamos la palabra».

Fue un éxito fulgurante. Más allá de las aclamaciones, trascendió a las primeras planas y editoriales de los periódicos estadounidenses de mayor tirada. Se acuñó la expresión «motor del cambio». Con aquellas palabras y en aquel lugar, al mismo tiempo que la Corona apostaba por el sistema de libertades y de participación sin exclusiones, descalificaba la política renuente de Arias y las resistencias de los franquistas anclados en el pasado. Algo nuevo rompía. Lo viejo tenía que terminar.

En Madrid, los consejeros nacionales vieron al Rey en el Capitolio y escucharon su discurso en directo por TVE, traducido en *off* por un locutor. Adolfo Suárez había hecho llevar un televisor a la sala de ponencias donde trabajaban. Mientras allá lejos Don Juan Carlos decía todo aquello, y los aplausos le interrumpían hasta cinco veces, en su país, las lumbreras políticas andaban enzarzadas en una discusión sobre el mantenimiento, sí o no, de los «cuarenta de Ayete», otra reliquia de Franco. Y justo en aquel momento iba ganando el sí. Los antípodas.

El Rey no esperó a llegar a España para contárselo a su amiga Carmen Díez de Rivera. Al día siguiente, desde la Blair House, la llamó por teléfono.

Eran las dos menos cuarto, hora española —escribió Carmen en su diario—. Juan Carlos estaba contento por los resultados positivos de su viaje. El *speaker* de la Cámara le había dado consejos y orientaciones muy útiles para su intervención. Es lógico que estuviera emocionado. Aprovechando la euforia, le aconsejé una vez más que había que legalizar el PCE. Me dijo que allí también se lo habían preguntado, pero él pasó del tema: «Me hice el sordo»[131].

La jornada del día 2 prosiguió con un almuerzo en el Senado, encuentros con diversos congresistas y senadores, y cena de gala en la Casa Blanca. Ciento setenta comensales, distribuidos en mesas redondas en el comedor de Estado y en el salón Rojo, lo más granado de las influencias políticas washingtonianas, con alguna curiosa excepción: el violonchelista Mstislav Rostropovich, un detalle con la reina Sofía, que le conoció en Grecia siendo una niña, aunque no le sentaron en su mesa, sino en la del Rey.

El jueves 3, desayuno informativo, *off the record*, de Don Juan Carlos con veinte periodistas norteamericanos. A continuación, en la Blair House, donde se alojaban los Reyes, una recepción social. El Rey tuvo un aparte con los presidentes de los dos grandes partidos norteamericanos y un grupo selecto de congresistas. Recibió también a una delegación del American Jewish Committee, encabezada por Bertram H. Gold. Un gesto que suscitó sorpresa e interés en medios políticos y periodísticos de Washington, ya que no existían relaciones diplomáticas entre Israel y España. Tuvo un mano a mano con el presidente del sindicato AFL-CIO, George Meany. Fue una voz más que le habló de «los peligros que acarrea cualquier colaboración con el comunismo» y le prometió: «Estaremos en contacto con quien ustedes nos digan, para ayudarlos a crear un sindicato plural y democrático»[132]. Oferta que no cayó en saco roto. A su regreso a Madrid, en cuanto tuvo un hueco, citó en La Zarzuela a Rodolfo Martín Villa, ministro de

Relaciones Sindicales, para que le informase del proyecto de reforma sindical.

Cínicos consejos de Kissinger a Areilza

Areilza desconocía que el Rey y Kissinger iban a tener un encuentro sin testigos ni actas; quizá por ello insistió en reunirse también a solas con el secretario de Estado. Kissinger le invitó a tomar café en su despacho de visitas, después del almuerzo en el Senado. No había entre ellos empatía, pero sí un recíproco interés exploratorio. Areilza trasladó después a su *Diario* unos apuntes de aquella conversación, que duró más de una hora:

Ahora son ustedes una pieza segura en el dispositivo general de Occidente —dijo—. Sin embargo, esa seguridad puede aflojarse con un alza de la izquierda que la lleve hasta el Gobierno. Ese riesgo lo corremos también en Italia y en Francia en los próximos años electorales. Y Gran Bretaña pasa por momentos económicos y sociales sumamente difíciles. No tenemos otro apoyo sólido que el de Alemania Federal. […]

No vamos a decirles nada si ustedes se empeñan en legalizar el Partido Comunista. Pero tampoco les vamos a poner mala cara si lo dejan sin legalizar unos años más… Sería más cómodo para ustedes. […]

Ah, y si ustedes encuentran dificultades en Europa —el americano leía el pensamiento de su homólogo español—, no se olviden del Mediterráneo y del norte de África, donde la solidez de su régimen y la consolidación del Reino de Marruecos son dos elementos de estabilidad en la zona más sensitiva: las bocas del Estrecho. […]

No vayan a las elecciones —seguía con sus consejos desde la cúspide— hasta que el Gobierno tenga un partido propio que les dé la seguridad de ganarlas. Mientras no logren eso, ganen tiempo[133].

Un par de días después, antes de salir de Washington, el Rey desayunó con Kissinger. Fue la única conversación que mantuvieron a solas. Don Juan Carlos le dijo que tenía intención de destituir a Arias Navarro, aunque buscaba el momento oportuno porque temía «una reacción brusca del búnker franquista». No le reveló la identidad del posible sucesor. Más bien le dejó entrever que había varios entre quienes elegir y él todavía dudaba entre unos y otros.

Kissinger no debió de mostrar un gran entusiasmo con esa noticia, pues para él Arias era un factor de tranquilidad que templaba a los franquistas, daba confianza a los militares, no abría la puerta a los comunistas y mantenía «un deseable ritmo lento» en la Transición.

Tampoco tenía especial simpatía por ninguno de los políticos españoles que conocía. La zigzagueante trayectoria política de Areilza no le inspiraba confianza, ni su afición democrática *parvenue*, de última hora. ¿Fraga? No le causó buena impresión cuando desayunaron en Madrid el pasado mes de enero. Fraga exhibió entonces su memorial político, su proyecto de reforma, y Kissinger le puso peros en todos los párrafos. Poco después, le comparó con el presidente de México, Luis Echeverría, a quien consideraba «un peligroso ególatra».

Es posible que, en ese *tête-à-tête* con el Rey, Kissinger no se privara de advertirle que en el plan de Fraga la figura del monarca quedaría ubicada en un pináculo del edificio de Estado, espléndidamente, pero sin más función que la de un símbolo presencial. Y que le habían llegado

indicios preocupantes de las prisas de Fraga por apartar al Rey del proceso político, so pretexto de que no se quemara en el día a día[134].

Así se lo dijo en diciembre de aquel mismo año a Manuel Prado y Colón de Carvajal, enviado a Washington como emisario oficioso del Rey[135].

El Rey, con los peces gordos de la City

El 4 de junio, comenzó el Rey su jornada en Nueva York con una rueda de prensa abierta a un centenar de periodistas, muchos de ellos españoles. Era la primera en su reinado. Después, Kurt Waldheim le ofreció un almuerzo en la sede de Naciones Unidas con ochenta comensales. Recibió en audiencias privadas a varios banqueros, entre otros al presidente del Chase Manhattan Bank, David Rockefeller; a la plana mayor del Council on Foreign Relations (CFR), George Ball, Cyrus Vance y Zbigniew Brzezinski, los estrategas de la política —sería más exacto decir de la *Realpolitik*— exterior de Estados Unidos. El CFR, junto con The Trilateral y el Club Bilderberg, formaban el triple tanque de ideas del «gobierno mundial en la sombra». El Rey era consciente de que en todos esos contactos estaba siendo examinado en sus palabras y escrutado en sus silencios. El plato fuerte del día sería la reunión en las torres del Waldorf con el Consejo de Empresarios estadounidenses, la Cámara de Comercio Hispano-Norteamericana y el Instituto Español. «Allí estaban en carne y hueso todos los peces gordos de la City —escribiría luego Areilza en su diario de cabecera—. Largo, animado y picante coloquio sobre la situación económica española. El Rey se despacha muy bien»[136].

Por la noche, a la cena de gala en los salones del Waldorf Astoria se apuntaron hasta 2300 comensales, enorme parterre de fracs con su camelia en el ojal: hombres de negocios, financieros, empresarios y *lobbistas*, que no podían faltar. Era la gran cita en la capital del dólar.

Pero cuando los Reyes estaban en sus habitaciones arreglándose para bajar a la cena, Areilza recibió una llamada urgente de Madrid con dos malas noticias a la vez. Una: por orden de Fraga, habían detenido a Rafael Calvo Serer, que acababa de regresar de París a Madrid. Leyó el discurso del Rey en el Capitolio y «creyó» que en España se habían abierto las puertas a la libertad de pensamiento. Lo creyó tan de veras que tomó el primer vuelo donde encontró plaza. Su ilusión fue guillotinada en la aduana de Barajas. De ahí, a la cárcel de Carabanchel.

La otra noticia era del mismo jaez, pero a iniciativa del presidente Arias: en el Consejo de Ministros de ese mismo viernes, había anunciado el secuestro del último número de *Cambio 16* y el cierre de la revista por cuatro meses. Y Martín-Gamero había recibido orden de tramitar la suspensión. ¿Motivo? La portada, en clave de humor, reproducía un dibujo del monarca caracterizado como Fred Astaire bailando sobre el *skyline* de Manhattan, y el titular «Un rey en Nueva York»[137].

Areilza pasó una nota al Rey: «Un contratiempo de Madrid que urge neutralizar». Hablaron. Le puso al tanto de lo que estaba ocurriendo. En un primer momento, al Rey le entró la risa. Después vio el alcance que podía tener el asunto.

—Majestad, hay que detener esa decisión, aquí caería como un chaparrón aguafiestas, y nos invalidaría todo lo conseguido en esta visita.

A golpe de teléfono y jugando contrarreloj, porque en Madrid eran casi las dos de la tarde, y los semanarios se distribuían a los quioscos en las primeras horas de la tarde del viernes, se avisó a Juan Tomás de Salas, editor de *Cambio16*, para que se pusiera en contacto con Katharine Graham, la dueña de *The Washington Post.* Se conocían. Graham habló con su amigo Kissinger, y Kissinger hizo llegar una protesta al Gobierno español[138].

Solucionado el asunto, el Rey le dijo a Mondéjar:

—El lunes 7 tengo en agenda a Torcuato y a Arias, ¿no? Pues que citen a Martín-Gamero en algún momento de ese mismo día.

Don Juan Carlos se empleó a fondo en la cena del «gran capital». Fue un discurso económico para infundir confianza inversora. Sin arabescos retóricos, y después de afirmar que «nuestro pueblo no está anclado en el ayer ni soñando glorias pasadas, sino juvenilmente interesado en el porvenir, en el desarrollo y en la prosperidad con justicia para todos», habló en términos de porcentajes y macrocifras. Les recordó que España, en los últimos quince años, de 1960 a 1975, había experimentado un formidable desarrollo económico y social del que se podía hablar con las cuentas en la mano: la renta per cápita pasó de 292 dólares a 2127; la producción industrial había ascendido de 3,4 billones de dólares a 30,1 billones; el comercio exterior de productos industriales se había multiplicado por quince.

Después de esa panorámica boyante, centró la atención de los comensales en «una preocupante asimetría en nuestra relación bilateral: en el último año, 1975, la factura de las compras españolas en Estados Unidos fue de 2600 millones de dólares; en cambio, las ventas sumaron solamente 800 millones». Quizá la crisis del petróleo nos había golpeado a todos. Sin embargo, expuso el hecho contante de que cada vez era mayor el volumen de inversiones americanas en España: «En 1960 eran sólo el 12,2 por ciento del total de las inversiones extranjeras, en cambio ahora superan el 64,5 por ciento».

El quid de su mensaje era una petición de apoyo inversor y financiero. De modo que, tras manifestar que tanto él como su Gobierno estaban empeñados en la lucha contra la inflación y en reducir el desempleo y la deuda exterior, subrayó «la importancia del crédito y del capital extranjero», como complemento del ahorro nacional, y animó a considerar «las ventajas y garantías que ofrece una legislación sobre inversiones extranjeras tan liberal como la española»[139].

La eficacia de su discurso y de su presencia se comprobaría con una rapidez inusitada, en cuestión de días.

La última jornada neoyorquina, el sábado 5, fue menos compulsiva. En el Metropolitan Museum visitaron el pabellón Lehmann, donde lucían ocho Goyas cedidos por el Prado por la celebración del bicentenario. Entre los cuadros, un retrato de Carlos III, antepasado de Don Juan Carlos, que ayudó decisivamente a la independencia americana, y las dos majas. Areilza hizo un comentario propio de su pupila sensitiva: «Bajo la luz de Nueva York, las majas han perdido su erotismo. En el Prado incitan al pecado pero aquí tienen algo de… maniquíes publicitarios».

Ya a bordo del DC-8 *El Españoleto*, de vuelta a Madrid, el Rey hojeó la prensa americana de esos días. Le ilusionó un editorial de *The New York Times*, «A King for Democracy». Cuando dejó los periódicos, le comentó a Areilza:

—Con la enorme brecha que hemos abierto, hay que conseguir de Estados Unidos no un pequeño crédito, sino un apoyo fuerte. Además, no se puede ir al Tesoro americano a pedirlo, sino a la City. El dinero no está en Washington, está en Nueva York, está en Wall Street. Y si se han de autorizar sucursales americanas en Madrid, se hace y en paz. Voy a llamar a Villar Mir por teléfono nada más llegar, para decírselo.

En efecto, una semana después del regreso de los Reyes a España, salían hacia Washington y Nueva York el vicepresidente económico Villar Mir y sus asesores de Hacienda, Comercio, Industria y Agricultura. Al día siguiente era recibido por el presidente Ford, y se entrevistaba con Kissinger y con William E. Simon, secretario de Hacienda, y otros altos cargos. En Nueva York mantuvo reuniones intensas con las más fuertes entidades financieras, con el resultado de un extraordinario éxito para España[140].

El Rey volvió envalentonado y decidido «a hacer limpia»

En aquel viaje, el Rey se estrenó como «el mejor embajador de España».

Fue decisivo ese éxito. Aparte de la resonancia internacional y el impacto en España, el primer beneficio redundó en el propio Rey: salió de su inseguridad personal, tocando el hecho de que suscitaba simpatía, respeto, credibilidad y, sobre todo, el apoyo macizo de la capital del mundo al proyecto de libertades que él fue a anunciarles.

Volvió envalentonado, pisando firme, decidido a «hacer limpia en la casa», a cesar a Arias, a mojarse en la elección de un sucesor y a abandonar de una vez el aura gaseosamente arbitral en que Arias le había instalado.

Sin embargo, Areilza, el artífice de tan espectacular lanzamiento, sobreactuó en su tutela del monarca, se le vio prepotente y eso disgustó al propio Rey.

Había cuidado con inteligencia y esmero desde el discurso, que fue prosa suya, hasta el listado de comensales en cada una de las cenas y almuerzos a que asistió el monarca, las entrevistas, los actos y sus adecuados protocolos, pero quizá se sentía ya presidente del Gobierno in péctore, y excedió el plano secundario que corresponde a un ministro «de jornada», acaparando un protagonismo incómodo para el Rey.

Uno de sus colegas de gobierno, Rodolfo Martín Villa, aun no considerándose «un hombre muy perspicaz ni con una especial agudeza para detectar indicios sutiles», sí se extrañó por la actitud de Areilza al regresar de Estados Unidos:

Areilza volvía muy crecido. No se me olvida la escena en Barajas, el 6 de junio por la mañana. Siguiendo el uso tradicional franquista, acudimos a recibir a los Reyes, los tres consejeros del Reino que constituían el Consejo de Regencia, el Gobierno en pleno, los duques de Cádiz y varios miembros del cuerpo diplomático. En el *hall* interior del aeropuerto, frente a la sala de honor, estábamos alineados los ministros con nuestras esposas. Los Reyes pasaron, saludándonos uno a uno y una a una. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando vi que Areilza hacía lo mismo, dándonos la mano como si él no fuera un ministro más y, por tanto, uno más del séquito[141].

Pocos días después, Martín Villa acudía a La Zarzuela llamado por el Rey. Hablaron de la

reforma sindical y el Rey le apuntó la conveniencia de entrar en contacto con los grandes sindicatos europeos y americanos. Posiblemente le refirió algo de su conversación con Meany en Washington. En esa misma audiencia el ministro percibió «de un modo directo y notorio que las relaciones entre el Rey y Arias Navarro estaban o rotas o muy enrarecidas, y que pensaba prescindir de él». Diciendo sin decir, fue suficientemente explícito: «Necesitaré apoyarme en vosotros, en los ministros más jóvenes (Suárez, Osorio, Pérez de Bricio, Lozano, tú), si se produjesen reacciones de descontento entre los ultras». Ese despacho fue el 15 de junio.

También aquella tarde noté que el Rey estaba enfadado, molesto, yo diría que «cabreado», por algo de la conducta de Areilza con él en Estados Unidos. Como si Areilza se hubiera propasado en su papel dándoselas de experto, interviniendo en las respuestas del Rey, acaparando atención en vez de estar en segundo plano, o queriendo controlar demasiado la marcha de los actos… Desde luego, salí de allí persuadido de que Arias «caía», pero Areilza no era el candidato del Rey[142].

Don Juan no se fiaba de él. «Camaleónico y siempre al sol que más calienta: fue falangista con Franco. Después hizo sus contactos con Muñoz Grandes y Hitler para "licenciar" a Franco y ponerme a mí, por si les resultaba más "utilizable" en plena guerra mundial. Pretendió que yo hiciera el "gran gesto" de enrolarme en la División Azul. "Mira, Josemari —le contesté—, no me visto yo de nazi ni grito *Heil, Hitler*, así me den todos los tronos del mundo". También me traía a Lausana recados de Franco para que yo me instalara en España sine díe, con estatus de príncipe… a la espera. Ya me harté y le dije que como español y amigo viniese a verme cuando quisiera, pero como boca de ganso del General no le recibiría más. Luego dejó a Franco porque no le dio un alto cargo que él esperaba. Yo le hice jefe de mi secretariado político. Y antes incluso de disolver ese órgano, ya se puso a politiquear con mi hijo, hasta que le nombró ministro. ¿Cuál será la próxima estación?»[143]

Tampoco Torcuato le apadrinaba para el relevo de Arias: «Areilza tiene "su" proyecto, o "sus" proyectos alternativos, pero son "suyos"; y aquí lo que hace falta es un hombre sin proyecto, dúctil y obediente, que haga lo que yo diga».

El Rey, sin dudarlo, prefería a un presidente joven, de su generación. Hasta entonces, había vivido rodeado de hombres que combatieron en la guerra civil o la padecieron: Vegas Latapie, Franco, Carrero, Castañón de Mena, Pemán, Sainz Rodríguez, Fernández-Miranda, López Rodó, Mondéjar, Armada, Fernández de la Mora, Silva Muñoz, Arias Navarro, Areilza…, más la pléyade de catedráticos que le instruyeron en disciplinas civiles, más los aristócratas que Don Juan le ponía cerca cuando era un joven colegial en Miramar o un cadete en Zaragoza y en San Javier. Salvo los compañeros de pupitre y los amigos de jaranas, su entorno fue siempre vetusto. Viviendo Franco, comentó en varias ocasiones: «Cuando yo reine, tendré cerca gente joven porque me tocará hacerlo todo de nuevas, "sin telarañas", y la experiencia de mis mayores no me servirá de gran cosa».

Suárez: «Vamos escuchar la voz del pueblo, que la tiene»

El mismo día que el Rey daba su do de pecho en el Capitolio de Washington, Adolfo Suárez

encargaba a sus colaboradores del ministerio unos esquemas y unos esbozos para defender ante las Cortes la Ley del Derecho de Asociación Política, eufemismo con el que evitaban llamar partidos a los partidos. Se aplicaron a la tarea. Al día siguiente, Adolfo le pasó un texto a Carmen Díez de Rivera:

—No me gusta —dijo—, es flojo y contradictorio.

Siguieron trabajando sobre el papel Eduardo Navarro, Manuel Ortiz, Rafael Anson y Fernando Ónega, que fue quien al final le dio pulso y ritmo a la prosa.

Cuando Carmen lo leyó dijo: «¡Espléndido!» No le tocaba a Suárez sino a Fraga defender esa ley, pues se había elaborado en el Ministerio de Gobernación. Pero Arias apartó a Fraga. Empezaba a indigestársele su afán de protagonismo y candilejas.

Adolfo Suárez subió a la tribuna, bebió un sorbo de agua, miró al hemiciclo, sonrió levemente. Nunca se había visto allí eso de sonreír. Todos los que subían a aquel púlpito civil iban serios, circunspectos, con cara de padres de la patria cargados de razón. Suárez estaba pálido. Se había aprendido sus cuartillas y, más que declamar, las dijo. Sin altisonancias, ni pretensión de lucimiento. No era tribuno de oratoria solemne. En un medio tono enjuto, casi opaco. Ni mitin ni arenga, en el hablar normal con que se dicen las cosas entre gente razonable. Y es que ése era el mensaje: lo normal, lo que ocurre, lo real, lo que pasa en la calle, lo que pensamos, lo que queremos… El antidrama del hecho de ser libres.

No entró en la discusión de si galgos o podencos —«llámense o no partidos, existen, están presentes, influyen, sería ceguera ignorarlos»—, disparó con audacia y por elevación hacia «el deber del Estado» que, lejos de prohibirlos, «ha de ser neutral y garantizar su existencia». Otro sorbo de agua.

Sometamos a debate público nuestras diferencias, en una política de puertas abiertas, para que podamos encontrarnos en las coincidencias […]. Vamos a escuchar la voz real del pueblo, que la tiene y quizá sea muy diferente de cómo pensamos. Vamos a escucharla, dándole el altavoz de la asociación política, como primer paso. Arrinconemos a los intérpretes gratuitos de las aspiraciones del pueblo. Que las grandes mayorías silenciosas tomen la iniciativa, desde el reconocimiento de sus expresiones y de sus libertades cívicas… Eliminemos el riesgo de la falsificación, y hagamos que la sociedad pueda organizarse lícitamente para la denuncia, para el aplauso, para impulsar alternativas válidas […] y que la decisión corresponda a la voluntad popular. Pero eso no se conseguirá si no se hace posible la existencia legal de grandes bloques de opinión de los que surjan las mayorías reversibles, el respeto a las minorías, y el triunfo de la minoría más pequeña, que es el hombre.

Se le escuchaba en silencio y en muchos escaños con suspicacia, mandíbulas prietas, ceños fruncidos —«el camaradita secretario general del Movimiento nos la está clavando hasta la empuñadura»—. Entonces mencionó a Franco, y los suspicaces rompieron a aplaudir sin atender a lo que estaba diciendo: «Si hasta el 20 de noviembre de 1975 el pueblo español delegó su capacidad de decisión en Franco, ahora ya la Corona se define como el “poder compartido”, sin mixtificación ni intromisiones».

Una mirada en *travelling* por las bancadas, sabiendo que allí no había izquierdas ni derechas, y pasó a pedir el voto:

De vuestro voto depende que la palabra *pueblo* no se quede en una fórmula teórica. De vuestro voto depende que ese pueblo se pueda organizar por afinidad de ideas. De vuestro voto depende que demos hoy un paso importante hacia la democracia, bajo el signo de las libertades sociales […]. Este pueblo nuestro no nos pide milagros ni utopías. Nos pide que acomodemos el derecho a la realidad. Nos pide que hagamos posible la paz civil, desde el diálogo, con todo el pluralismo social […]. A todo eso os invito. Vamos a quitarle dramatismo a nuestra política. Vamos a elevar a la categoría política de normal lo que a nivel de calle es simplemente normal.

Y, consciente de que por vez primera en esa Cámara iban a sonar palabras del poeta castellano muerto en Colliure de pena, de asma y de pobreza, muerto de soledad, de exilio y de tristeza, Suárez pidió venia:

> *[…] Está el ayer alerto*
> *al mañana, mañana al infinito,*
> *hombres de España, ni el pasado ha muerto,*
> *no está el mañana —ni el ayer— escrito*[144].

«He dicho»[145].

Arrasó Suárez, y no por la ovación y los enardecidos bravos de los procuradores. Arrasó con los votos: a favor de la ley, 338; en contra, 91; abstenciones, catorce.

El procurador y teniente general Díez-Alegría comentaba después: «Aquí hay búnker y cerrojos, ya lo sé. Pero también hay otros talantes. Hace diez años, en estas Cortes no se hubiese podido decir nada de lo que acabamos de oír»[146].

Y Nicolás Franco Pasqual del Pobil: «¡Ya era hora de que en estas Cortes dejásemos de discutir sobre el sexo de los ángeles! Hoy, por fin he oído hablar aquí de lo que oigo hablar en la calle. Sólo con ese discurso de Suárez doy por amortizado mi escaño»[147].

Y un ujier, con voz de confidencia, a la periodista que le pedía su opinión: «Pues, que ya era hora de que el orador no subiera a la tribuna a reñirnos, a gritarnos, a asustarnos… Yo he entendido que, aunque no lo dijera, hablaba de partidos políticos».

Claro que no todos respiraban por las mismas branquias. «El régimen se desmantela, se liquidan las esencias del 18 de julio —afirmaba sin ambages el procurador Díaz Llanos—. Como malos hijos, nos estamos repartiendo la herencia antes de que el Movimiento muera: cuando aún agoniza»[148].

«Los partidos no me asustan, pero parten. No los quiero. Son malos para España». Así se expresaba en los pasillos Alejandro Rodríguez de Valcárcel, ex presidente de las Cortes. Y Girón emitía onomatopeyas de búfalo: «¡Ahora quieren partidos!, ¡buuuuuuffffff! Lo desvirtuarán todo, ¡buuuuuuffffff! Hemos perdido esta batalla, pero aún podremos ganar la guerra, y ¡daremos guerra!»[149]

La tarde anterior, Jesús Fueyo, falangista cerebral reconcentrado, director del Instituto de Estudios Políticos, hombre de pocas pero muy intencionadas palabras, cubileteaba taciturno con su vaso de güisqui en el bar de las Cortes. «El procurador —dijo— está meditando su voto». Al día siguiente, contra todo pronóstico, se levantó y desde su escaño dijo un «sí» que sonaba a peñascos. Alguien le preguntó: «¿Por qué "sí"?» «Porque el "no" no es una política». «¿Y el

“sí”? ¿Y su “sí”?» «El “sí” es una aventura. Y el mío quizá sea un suicidio»[150].

Pero su voto positivo no le nubló el razonamiento ético: «Hagamos normal en la ley lo que en la calle es normal; acomodemos el derecho a la realidad…» Peligrosa filosofía. Por ahí se llega al positivismo jurídico: lo normal ha de ser legal, y lo legal, por ser legal, es lícito, es válido, es bueno.

El Rey: «Adolfo, ¡has estado cojonudo, eres un todoterreno!»

El Rey había pasado la mañana del 8 de junio en Páramo de Masa presenciando unos ejercicios tácticos, con tres de los ministros militares. Desde Burgos felicitó a Suárez:

—Adolfo, ¡has estado cojonudo! ¡Por ahí, por ahí tenemos que ir! ¡Eres un todoterreno!

La clase política estaba impresionada y sorprendida con Suárez. Lo último que esperaban era que el secretario general del Movimiento hiciera un discurso a favor de liquidar el partido único y legalizar todos los demás. Un discurso sobrio y directo que convenció. Pero en aquellas Cortes había mucha oratoria. Y de filigrana. Lo importante no era declamar lo que los plumíferos de turno les escribían a sus señorías. Lo importante era ganar la votación de lo que se había defendido. Y Suárez la ganó abrumadoramente. A partir de aquel día, el país empezó a fijarse en él.

Los primeros y más sorprendidos fueron sus colegas de Gobierno, especialmente Areilza y Garrigues, que siempre le miraron por encima del hombro. Para ellos, Suárez era el «guapito del pueblo», el «chusquero de la política», el «si no falangista, sí empleado en esa casa», el «flecha», el «meritorio voluntarioso pero sin pedigrí». Y con peor intención, «el correveidile de Torcuato». Cuando alguna de esas lindezas le llegaban a Suárez, apretaba y alzaba el mentón, y decía al recadero: «Sé que soy de pueblo, de un pueblo donde no había biblioteca, ni orquesta ni banda de música para las fiestas, y empecé a usar el cubierto de pescado cuando estudiaba ya la carrera. He vivido en pensiones baratas, he sido maletero de estación y vendedor a domicilio. He tenido que trabajar para ayudar a mi familia. Sé lo que vale un peine. No tengo abolengo, ni sé idiomas. Soy un hombre hecho a sí mismo. Lo sé. No me descubren nada. Pero también sé que es más fácil viajar por Europa vendiendo humo que desmontar el Movimiento. Y esa china es la que me ha tocado a mí»[151].

Suárez había sacado adelante un importante derecho ciudadano, pero como en realidad se trataba de dar vía libre a los partidos, que estaban prohibidos, era preciso reformar el Código Penal justo en los artículos que tipificaban como delito las asociaciones políticas. Exactamente igual que los derechos de reunión y manifestación defendidos por Fraga. Y fue ahí donde se plantaron las Cortes.

Juan Sánchez-Cortés, consejero nacional, advirtió al ministro Osorio: «Alfonso, no sometáis a votación la reforma del Código Penal porque os la van a tumbar. Estos tíos están decididos a no darle paso. Ven detrás las orejas del Partido Comunista y se han cerrado en banda».

«Esto nos pasa —decía compungido el aristócrata falangista, y en sus tiempos pronazi, José Finat Escrivá de Romaní, conde de Mayalde— porque tanto hemos querido suprimir los partidos

políticos que hemos llegado a suprimir el nuestro; y ahora resulta que hay un solo partido en el país: el Partido Comunista»[152].

Era surrealista. El nudo del desacuerdo estaba en cómo definir el comunismo sin nombrarlo, pero de tal modo que quedase prohibido. La fórmula que se les ocurrió era excluir los «partidos totalitarios». Cierta periodista anotó en su crónica de Cortes la pregunta que hizo a dos conocidos procuradores: «En la prohibición de los partidos totalitarios ¿además del comunismo entra también el falangismo… o ahí también discriminarán ustedes?»[153]

El 9 de junio por la tarde, las Cortes bloquearon la reforma del Código Penal propuesta por el Gobierno. Y era el llavín. El ministro de Justicia, Antonio Garrigues, tuvo que retirar su proyecto. Al día siguiente, la comisión mixta Gobierno-Consejo Nacional dejaba en dique seco el paquete que pretendía reformar de una vez tres Leyes Fundamentales. Los hombres del régimen dominaban las instituciones legislativas, y ahí se atrincheró la intransigencia.

Adolfo Suárez se había empeñado en cambiar las leyes franquistas utilizando y no despreciando las antiguas instituciones. No quería herir ni provocar resentimientos entre los *apparatchiks* del Movimiento. Pensaba que, para incorporar a los «desterrados» de la oposición, no había por qué expulsar a los que mandaban en el cortijo. Creía posible pactar un proyecto común. Sin duda, porque era un pragmático sin equipaje ideológico, un posibilista. Y porque le importaban un bledo las filigranas jurídicas y los purismos legales de Torcuato. Su urgencia era empezar a desmontar el régimen. Sabía que bastaría quitar una pieza, cualquier pieza, para que todo el edificio se derruyese solo. A veces, entre cigarrillo y cigarrillo, y nervios y malas sorpresas, bromeaba con su equipo: «¿Os pensáis que la gente corre ilusionada hacia la democracia? Pues estáis muy equivocados: la gente corre, sí, pero huyendo del franquismo por miedo a que el edificio se les caiga encima»[154].

Conocía la fragilidad del aparato por dentro. Él también era un *apparatchik*.

El 12 de junio era evidente que la reforma había encallado. Suárez le dijo a Eduardo Navarro: «Voy a despachar con el Rey y a contarle en qué punto estamos, ¿te vienes conmigo?» En el coche, camino de La Zarzuela, Suárez iba muy malhumorado. «Yo a esto no le veo salida», era su ritornelo. Y se echaba las culpas a sí mismo, y «al equipo de cooperadores locos que me he buscado, empezando por ti, Eduardo». Al llegar, entró en palacio. Eduardo Navarro se quedó fuera viendo los árboles, unos rosales trepadores y pequeños grupos de ciervos a lo lejos, bajo las encinas.

Al cabo de una hora, salió Adolfo. Le había cambiado la expresión. Sonreía. Estaba distendido, parecía contento. Nada más arrellanarse en el asiento del coche encendió un pitillo, lanzó una bocanada de humo y dijo:

—Vas a tener razón, Eduardo: el engendro que hubiese salido del Consejo Nacional no se lo podía tragar nadie…

—Entonces, ¿qué?, ¿se van a arreglar las cosas…?

—¡Sí, claro que sí! El proyecto de reforma tiene que ir por otro camino.

En el despacho de Suárez con el Rey hablaron por teléfono con Torcuato. El presidente de las Cortes tranquilizó al Rey:

—Señor, no se preocupe. Desde el primer momento dije que la comisión mixta no era el

instrumento válido. Hemos perdido tiempo, pero no hemos perdido el punto de destino. Hay que ir a la reforma por otra instancia, con otro ritmo y, sobre todo, con otro talante: queriendo hacerla, no obstruirla[155].

El diario de Carmen Díez de Rivera en la última quincena de junio de 1976 contiene varias notas de sus conversaciones telefónicas con el Rey. Apuntes escuetos como siempre, pero muy reveladores del estado de ánimo del monarca. Casi un registro de su pulso humano y político en las fechas de la decisión final. Así, el domingo 13 de junio, un día después de haber estado Suárez en La Zarzuela, Carmen escribió, refiriéndose al Rey:

Necesita un secretario de prensa urgentemente. 8.15 noche, The King me habla de la crisis. Suárez candidato. Y me explica el cómo…[156]

Críptico, pero interesante, porque es la primera constancia de que el Rey ya pensaba en Suárez como sucesor, aunque todavía no estuviera seguro.

Carrusel de reformas

El lunes 14, Fernández-Miranda tomó la iniciativa. Se trataba de doblarle el pulso a las Cortes. Convocó a la comisión de justicia para el lunes 21 emplazándola a que, en cuatro días como máximo y siguiendo el trámite de urgencia, emitieran dictamen sobre la reforma del Código Penal.

El fracaso de la reforma exasperó los ánimos en la calle y dentro del Gobierno. Arreciaron las protestas de obreros, de estudiantes, de organizaciones vecinales, de gestoras proamnistía. En el Gobierno, el desnorte se manifestó como una rivalidad entre los ministros, que empezaron a competir entre sí con sus planes alternativos de reforma.

Fraga insistía con su memorial de Constitución, del que no renunciaba a un punto ni a una coma.

Areilza expuso a varios colegas —Martín Villa, Solís, Suárez— su plan consistente en «un pacto nacional entre el Gobierno y la oposición». Un pacto para hacer ¿qué? Un pacto ¿por cuánto tiempo? ¿Con qué oposición sí y con cuál no? ¿Quién arbitraría ese pacto? En cualquier caso, era todo lo contrario de lo que planteaba unos meses antes, cuando proponía disolver las Cortes y gobernar a golpe de decreto, a costa del Rey, que tras ese ejercicio absolutista hubiese quedado invalidado para los restos[157].

También Garrigues, por su lado, sugería romper el bloqueo Cortes-Gobierno con un referéndum patrocinado por el Rey, «que legalmente puede hacerlo, sin la venia de ninguna institución». Era la misma receta que apuntó Gil-Robles, «haga usted la reforma, Majestad». Un arma de doble filo porque convertía al Rey en actor y árbitro. Y el riesgo de quien convoca y apadrina un referéndum es que, si lo pierde, al día siguiente ha de hacer las maletas. Aunque sean las maletas de un rey.

Alfonso Osorio, con Sabino Fernández Campo y Jaime Basanta de la Peña, dos hombres de su *staff* de Presidencia, ideó un atajo: «legalizar» en España la Declaración de los Derechos Humanos, una convención internacional que por sí misma exigiría abrir las puertas a la

democracia con todo su correlato de derechos civiles.

De pronto, cada ministro tenía su fórmula mágica palpitándole bajo la camisa. Pero eran apaños, arreglos, remiendos en paño viejo. Ninguno de esos esbozos se atrevía a plantear la cuestión fundamental, la que en *Alicia al otro lado del espejo* plantea Humpty Dumpty, el personajillo sabelotodo: quién tiene el poder y quién debe tenerlo.

Y a partir de ahí, la transferencia del poder al pueblo, para que él fuese el constituyente que se diera a sí mismo sus propias leyes. La soberanía popular, hogaza de toda verdadera democracia.

17 de junio —escribe Carmen Díez de Rivera—. The King anda dándole vueltas a «la pelota» con el tema del número uno [Arias]. No sabe qué hacer. Armada le dice que si nombra a alguien capaz, le quitará imagen.

En el entorno próximo al Rey, el general Armada era el mayor rodrigón de Arias. Defendía su permanencia a capa y espada, porque veía en él al albacea de Franco y al guardián fiel de su obra. Pero ni el sibilino Nicolás Maquiavelo hubiese aconsejado a Lorenzo de Médicis que, puesto a nombrar a un jefe del Gobierno, nombrase a alguien incapaz… para que no le hiciera sombra ni le quitase imagen.

Ciertamente, aquel 17 de junio circuló entre los ministros la especie de que Arias se sentía en una posición frágil, veía venir una crisis de Gobierno que el Rey ya estaría cavilando, y pensaba adelantarse, provocando él mismo una crisis parcial del gabinete a base de hacer saltar otra pieza. Llevaba días incomodando y presionando al ministro de Información, Martín-Gamero, para que dimitiera. Si éste le presentaba la dimisión, el Rey no tendría otra salida que aceptársela. Con esa jugada, Arias le imponía al Rey su propia agenda, le decía una vez más «aquí mando yo», y aplazaba la verdadera crisis.

La estratagema se daba como algo cantado. Tanto que Fraga, sin perder un minuto, en cuanto supo que corrían malos vientos para Martín-Gamero, se presentó en La Zarzuela con tres candidaturas para la cartera de Información y Turismo. Tres amigos suyos, por supuesto: Manuel Jiménez Quílez, Jesús Aparicio Bernal y Jaime Delgado Martín. Al ver que el Rey le escuchaba serio y sin mostrar especial agrado por ninguno de los «recomendados», Fraga soltó con sorna otra posibilidad: «… O un tal Suárez, o así».

Días más tarde, el Rey lo comentó con Areilza: «No me gustaron los nombres, pero menos aún me gustó el gesto de Fraga». Aún no había ministro muerto y ya estaban buitreando alrededor.

«Soy el Rey de España para todo el mundo, menos para mi padre»

Don Juan de Borbón ingresó en el Instituto Barraquer de Barcelona el 19 de junio por un desprendimiento de retina del que sería intervenido tres días después. Le acompañaban su mujer, doña María, sus hijas Pilar y Margot, y sus yernos Luis Gómez-Acebo y Carlos Zurita. Juan Carlos al volver de Estados Unidos con el espaldarazo internacional, le había pedido a su madre que convenciera a Don Juan de que era un momento oportunísimo para el traspaso de sus derechos al trono: «Resulta que soy el Rey de España para todo el mundo menos para mi padre».

Durante esos días, Juan Carlos telefoneó varias veces a sus padres. Pero sobre la renuncia, no había respuesta. Por su parte, él hacía gestos que la gente podía traducir fácilmente como una confirmación de su jefatura de la dinastía. Así, el día 21, víspera de la operación quirúrgica de Don Juan, asistió en Segovia a las maniobras militares hispano-francesas, *Galia V*, y llevó consigo a su hijo Felipe, al que presentó como «mi heredero, el Príncipe de Asturias». Era el bautismo de armas del niño príncipe. Todos los periódicos nacionales y varios franceses reprodujeron la imagen.

En su diario, Carmen dejó constancia de una conversación con el Rey aquel mismo día. A juzgar por sus notas, ella le informó de un «tremendo artículo en *Le Nouvel Observateur* que trata de la tortura en España». Don Juan Carlos se sacudió las culpas de la acusación. «Carmen, ya sabes cuál es la filosofía práctica de Fraga con los terroristas y con los comunistas: ¡leña al mono!, y que los presos son suyos». Ella se indignó:

Filípica a Juan Carlos. No vale escudarse en Fraga. Le recordé el discurso de Azaña acusando a Alfonso XIII de complicidad con Primo de Rivera y su dictadura militar. ¡Todo menos seguir torturando! Siento obsesión por acercarle al país real.

Y en otro renglón, sobre las presiones para que el Conde de Barcelona renunciara:

Ni Juan Carlos ni su madre han convencido a Don Juan. The King responsabiliza [al] Gordito —Pedro Sainz-Rodríguez, en su argot[158].

El 22 de junio los Reyes se desplazaron a Barcelona en un viaje rápido, para estar en la clínica mientras el doctor Muiños operaba a Don Juan.

Aquel día, y el anterior y el siguiente, la comisión de justicia debatió en trámite de urgencia «la reforma de la reforma» del Código Penal. El Rey y Torcuato ya habían considerado que, si los inmovilistas seguían en la barricada, las reformas se harían por otro camino…

Fueron, en efecto, tres sesiones de debates bizantinos en los que con el antifaz de asociaciones o grupos se evitaba decir «partidos». Del mismo modo, con el texto aséptico de «serán ilegales las asociaciones que, sometidas a disciplina internacional, se propongan implantar un sistema totalitario», se apuntaba sin nombrarlo al PCE de obediencia soviética. Por ahí iba la discusión. Preguntaban los reformistas «¿por qué sólo han de ser ilegales los totalitarismos de disciplina internacional, y no los de patente nacional?». Y con insuperable cinismo respondía un procurador falangista: «¿Es que acaso hay totalitarismos en España?, ¿hay aquí nazismo?, ¿hay aquí fascismo?»

Los hombres del búnker demandaban más precisión, más concreción: «El Gobierno nos trae una redacción ambigua y miedosa. Hay un temor enorme a llamar a las cosas por su nombre: se ha de decir expresamente que serán ilegales todos los marxismos. O nombrar, sin pamplinas, la palabra que todos estamos pensando: el comunismo»[159].

Realmente, no era acertado el texto que proponía el ministro de Justicia, porque las ideologías o las actividades no pueden ser penalizadas por el Código Penal, si antes no han sido excluidas de la legalidad en la Constitución. De modo que, con el buen deseo de habilitar las asociaciones como cauces de participación política de cara al futuro, se estaba empezando la casa por el tejado.

Pero aún habían de ocurrir muchas cosas en tiempo récord, y ese dictamen de la comisión de

justicia no sería aprobado hasta el pleno de las Cortes del 14 de julio. Y con otro Gobierno en el banco azul.

Una anécdota expresiva del «pluralismo» con que sus señorías recibían ese tímido entreabrir las puertas al derecho cívico de la asociación política. A la hora de votar en el pleno, algunos procuradores no se limitaron al reglamentado sí, no, o abstención, sino que agregaron su particular remoquete. Así, Luis Peralta España, procurador por Málaga, puesto en pie: «Voto expresamente "no" al comunismo»; el combativo falangista Eduardo Ezquer Gabaldón, gritó: «¡No al vertedero de Europa!» Por contraste, Antonio Segovia Moreno se decantó por un entusiasta «Sí a todos los partidos democráticos». *Spain is different!*, como anunciaban los carteles turísticos con el toro de Osborne y el sol de Joan Miró.

El Rey dispara antes que los generales

El 22 de junio escribía Carmen con su habitual desparpajo:

The King sigue muy cavernícola. Fraga no ayuda. Si tuviese un presidente a su lado que le explicara y le ayudara democráticamente… Al paso que vamos, esto va a ser «la ruptura de los cavernícolas». Miedo a Marx. Miedo al Ejército. Miedo al búnker. Miedo al PCE. Miedo a la ruptura. Miedo a Arias… Tengo que seguir machacando[160].

Algo estaba sucediendo o a punto de suceder. Con otra sensibilidad, pero no con menos perspicacia, Areilza había detectado un extraño parón en la atmósfera política. El 23 de junio lo plasmó en su cuaderno:

Arias sombrío, hundido, con talante cerrado y malhumorado […]. Lo sorprendente es que también Torcuato parece flaquear y habla de aplazar la reforma a la vuelta del verano. A estas alturas, la decisión en el binomio de las alturas —Rey & Torcuato— es que no sea este Gobierno el que tripule la reforma[161].

No iban desencaminados los rumores de que Arias se sentía en una posición de perdedor, alejado del monarca y detectando que se tramaba su salida del Gobierno.

Aunque Don Juan Carlos ya había madurado la idea de sustituir a Arias —incluso se la avanzó a Kissinger, y el éxito americano le reafirmó en la necesidad de dar ese paso—, seguía rezagado, avizoraba el momento oportuno observando la pieza como el cazador que, ante un animal peligroso, no puede marrar el tiro porque se la juega.

Una circunstancia inesperada le forzó a decidirse.

A finales de junio, cuando ya se había dictaminado la reforma del Código Penal por trámite de urgencia y se iba a debatir en el pleno de las Cortes, le llegó al monarca una noticia confidencial de fuente A1, «bien informada y fidedigna»: el vicepresidente para Asuntos de la Defensa, teniente general De Santiago, tenía redactada una carta al Rey en la que le «exigía» la destitución del presidente Arias «por su debilidad ante la oposición» y «por su actitud acomodaticia en cuestiones como la legalización de los partidos, sin una explícita exclusión del Partido Comunista»[162].

¿Qué fue lo que soliviantó al general De Santiago? Se sumaron tres elementos en unos mismos días.

El primero, la reforma del Código Penal, en la que veía no sólo la venia a los partidos políticos, sino la legalización más o menos próxima del PCE, dado que el Gobierno deliberadamente no lo había querido prohibir, «y lo que no está prohibido está permitido».

Segundo, una conferencia de Salvador de Madariaga, en Barcelona, el 15 de junio, en la que tras declinar pronunciarse sobre quién llevaba razón en el alzamiento militar del 18 de julio de 1936, dijo que «un Ejército que no corresponde a la confianza que en él ha depositado la nación, y que no somete su fuerza al orden moral, deja de ser un Ejército digno de ese nombre», en clara referencia al Ejército sublevado que utilizó «las armas de la nación» para actuar contra «el Estado legal de esa nación». Y que, en todo caso, «una vez ganada la guerra, ya en 1940, al no devolver el Ejército español la soberanía al pueblo, dejaba de quedar legitimado y pasaba a ser un bando armado más». Como ese resumen textual fue publicado en diversos periódicos nacionales, el *ABC* entre otros, sin que desde el Gobierno se hubiese dado réplica a Madariaga, el alto mando militar se consideraba gravemente ultrajado[163].

Un último elemento que desbordó la paciencia del teniente general fue la información, acreditada por la firma de Marcel Niedergang, que lanzó *Le Monde* el 23 de junio y la prensa española reprodujo, dando noticia detallada de «contactos entre ministros del Gobierno español y dirigentes del Partido Comunista, al más alto nivel». Información que el general De Santiago estimó cierta, al no ser desmentida por el Gobierno[164].

El Rey se encontró en la tenaza de una elección forzosa. Si esa carta llegaba a sus manos, tenía que cesar en el acto al teniente general, exponiéndose a una reacción de «compañerismo indignado» en los otros ministros militares; solidaridad que podía propagarse al resto del generalato. Para evitarlo, debía tomar él la iniciativa y cesar a Arias antes de que la carta llegara a La Zarzuela. Puesto en tal brete, debió de calibrar que el miedo a Arias era mucho más superable que el miedo a una insubordinación de los mandos más reaccionarios del Ejército.

—Nicolás —dijo el Rey al jefe de su Casa—, quiero reunirme con Torcuato pero esta vez sin que haya registro de entrada, ni controles, ni soplones… ¿Nos invitas a tu finca de Aravaca?

Mondéjar, de quien el Rey decía «éste oye, calla o habla lo justito, y… se hace el Claudio», entendió que aunque Torcuato y Don Juan Carlos habían charlado a solas cientos de veces, desde los tiempos de Franco, por hache o por be aquel encuentro debía ser absolutamente secreto. Y aún más cuando el Rey le advirtió: «Por favor, no te olvides de llevar mi agenda».

Mondéjar no dijo media palabra a nadie del *staff* de La Zarzuela, ni siquiera a Alfonso Armada, que pasaba esos días en su Pazo de Rivadulla, en Pontevedra.

Una vez en La Escorzonera, el Rey y Fernández-Miranda repasaron el panorama y convinieron que había que dar el paso ya. Estaban de acuerdo en que quien más coincidía con el retrato robot de presidente del Gobierno capaz de afrontar y resolver el cambio era Adolfo Suárez[165].

No querían un presidente protagonista y ensoberbecido, sino disciplinado y dispuesto a ejecutar el proyecto previsto. Antes que la brillantez, preferían la lealtad. Eso eliminaba a Areilza y a Fraga. En Suárez veían a un hombre inteligente, con enorme energía política, con gran capacidad de seducción y por tanto de diálogo. Tres grandes ventajas de Suárez eran también su procedencia del régimen, que le permitía superar las presiones y desconfianzas de la extrema

derecha; su juventud, que le facilitaba un diálogo abierto y franco con la izquierda; y su permeabilidad, que le hacía idóneo para aceptar sin reticencias las órdenes de la Corona. Podía ser el presidente «leal, abierto y disponible» que buscaban[166].

Despejada esa incógnita de la ecuación, estudiaron la estrategia para que la caída de Arias fuese por sorpresa, sin estridencias y escrupulosamente legal. Ajustaron las agendas —la del Consejo del Reino, la del Gobierno y la del Rey— de modo que el «día D» coincidiera con una de las sesiones periódicas del Consejo del Reino, y todo funcionase con la precisión de un reloj.

Para entonces, los mecanismos institucionales estaban debidamente preparados, y los consejeros del Reino, dispuestos a aceptar la dimisión de Arias Navarro. Y si Arias se resistiera y el Rey hubiese de forzar su cese, Torcuato tenía una provisión de argumentos suficientemente convincentes para inclinar la voluntad de los consejeros. Era lo que el Rey llamaba «la tela de araña de Torcuato»:

Torcuato tejió pacientemente su tela de araña conversando en privado con los procuradores más reticentes al cambio. Lo mismo hizo con los miembros del Consejo. Tomó la costumbre de reunirse cada quince días con ellos. Al principio, los periodistas y la gente enterada decían «el Consejo del Reino se ha reunido, algo debe de pasar». Pero no pasaba nada… Poco a poco se acostumbraron a las «reuniones de rutina». Es lo que Torcuato quería: que cuando el Consejo del Reino se reuniera porque realmente «pasaba algo», a nadie le llamase la atención.

Un día me dijo Torcuato: «Majestad, en cuanto me digáis quién es el hombre que ha de sustituir a Arias Navarro, yo me comprometo a hacer que le voten». Había trabajado en silencio, argumentando a unos, convenciendo a otros… Le escuchaban y le respetaban, porque tenía una gran autoridad moral[167].

Así, con tenacidad y paciencia, Torcuato había lubricado los engranajes de las instituciones —hombres, en definitiva— para una revolución política que debía producirse sin llamaradas, sin humaredas, sin ruido: una revolución de terciopelo.

Carmen tiene la primicia: «El señorito será director de orquesta»

El 24 de junio, San Juan Bautista, la fiesta de la onomástica del Rey, se celebró por vez primera con una gran recepción de mil quinientos invitados en los jardines del Campo del Moro, los propios del Palacio Real. Ujieres, mayordomos, camareros de levita y calzón corto. Grandes bandejas, exquisito bufé a ambos lados de la alameda. Al fondo, los Reyes recibiendo el besamanos. Sonaba la música. Todo elegante y bien tenido. Rumores de crisis a media voz. «Arias, *kaput*». «Ya, pero ¿cuándo?» «Lo que aún no se sabe es quién…»

En los corrillos, bisbiseos maliciosos de política:

—No sé adónde vamos a parar…

—Como dijo el otro día Madrid del Cacho en las Cortes, «el banco del Gobierno ya no es el banco azul; es el banco ciclamen, una mezcla de azul y rojo».

—Mirad lo que os digo: a la próxima fiesta vendrán Isidoro y Carrillo… En bicicleta, pero vendrán.

—No, a la próxima fiesta Felipe y Carrillo vendrán en coche, y nosotros los recibiremos

encantados. Y a la otra, vendrán también… Y nosotros ya no vendremos.

De pronto, relámpagos y truenos. La tormenta descargó con tromba de agua. El *catering*, mojado. Las señoras, dando gritos y refugiándose bajo los árboles, los vestidos de gasa pegados al cuerpo y el rímel resbalándoles por las mejillas. Los caballeros, con sus uniformes de gala y sus fracs empapados. Se suspendió el concierto. Todo el mundo corría ridículamente. Quien pudo buscó cobijo en los salones del Palacio Real.

«Ésta es la venganza del Generalísimo», decía alguien con sorna.

De alguna manera, aquello era una escenificación, entre cómica y patética, del ocaso del régimen: consejeros nacionales, procuradores, gerifaltes de Falange, generales, embajadores, personajes y comparsas se retiraban por el foro, ajados y deslucidos. Se acabó la función. Mientras, el imponente decorado iba desmoronándose bajo el aguacero. Durante años creyeron que era un búnker de cemento, pero era sólo una ostentosa fachada de cartón.

Ese mismo día 24, Carmen Díez de Rivera tuvo la primicia y la plasmó en su diario:

San Juan. Creo que ya está hecho que «el señorito» sea director de orquesta.

25 de junio: llama Suárez, nervioso, con su dirección de orquesta.

Ritmo fuerte. Todo se acelera.

26 de junio por la tarde. Antepalco del estadio Vicente Calderón. Las autoridades tomaban un refrigerio, en el descanso del partido final de la Copa —llamada aún del Generalísimo—. El primer tiempo había terminado con un gol del Atlético de Madrid, marcado por Gárate de cabeza contra Junquera, el meta del Zaragoza. Presidía el Rey. Con él, la infanta Elena y el príncipe Felipe, hincha del Atleti. Estaban también en el palco el presidente Arias, el ministro Adolfo Suárez, los presidentes de los clubes de fútbol contendientes, José Ángel Zalba del Real Zaragoza y Vicente Calderón del Atlético de Madrid, y los presidentes del Real Madrid, Santiago Bernabéu, y del Fútbol Club Barcelona, Agustín Montal. El Rey bromeó con Zalba, que tenía treinta y cuatro años y era el presidente más joven de España: «Pero, hombre, ¿cómo te dejas ganar por estos veteranos?» Escampó la mirada alrededor: Bernabéu, ochenta y un años; Calderón, sesenta y tres; Arias Navarro, sesenta y ocho…

Llevaban racha de calor, y apetecía el Pommery Brut bien frío que le habían servido. Bebió otro sorbo y fue hacia donde estaba Suárez. Le cogió del brazo y ladeando la cabeza le dijo al oído una escuchita maliciosa:

—Adolfo, hacen falta presidentes jóvenes… ¡en todo!

—Lo malo es que… —Suárez rápido y en el mismo tono— los mayores no se dejan[168].

Una confidencia del Rey al jefe del Gobierno de la República

Sánchez-Albornoz fue uno de los desterrados que no volvieron para quedarse sino para ver su patria por última vez. Permaneció en España algo más de dos meses. El 30 de junio, víspera de su regreso a Buenos Aires, fue recibido en La Zarzuela. Él no era sólo un intelectual opuesto a la dictadura y represaliado por Franco. Sánchez-Albornoz era sobre todo un político: había sido jefe del Gobierno de la República española en el exilio. Eso daba mayor significado a su visita al Rey. Por romper el hielo cortés del encuentro, le dijo a Don Juan Carlos:

—Usted y yo tenemos algunas diferencias acerca de la forma de organizar el Estado, pero tenemos en común ¡tantas cosas y tan importantes…! Si Azcárate visitó a don Alfonso XIII en el Palacio Real, sin por ello dejar de ser republicano, bien podía yo venir a conversar con su nieto, también sin dejar de serlo[169]. Pienso, y así lo he dicho estos días en mis conferencias por España, que todos hemos de alentar al nuevo Rey si queremos avanzar por el camino de la democracia. Sé que no es fácil, ¡nada fácil!, pasar limpiamente de una dictadura férrea a un sistema democrático. —Y cruzó los dedos de ambas manos con expresividad.

En otro momento, disculpándose por su ignorancia de tratamientos y protocolos monárquicos, bromeó:

—Yo, como historiador, estoy muy acostumbrado a tratar reyes muertos; pero, la verdad, nunca hasta hoy había tratado a un rey vivo. —Y los dos a la vez soltaron una carcajada.

Durante la estancia de Sánchez-Albornoz en España, y entre los múltiples eventos de agasajo en su honor, se había producido un nubarrón desagradable: a mediados de mayo Fraga ordenó suspender una cena de homenaje organizada por antiguos miembros de Acción Republicana. Tras varias gestiones de mediación, Fraga consintió que se celebrara la cena pero sin discursos. A lo que don Claudio respondió negándose a asistir a «un banquete de mudos»[170].

El Rey tuvo noticia del inoportuno suceso y se disgustó. Aprovechando que la Reina atendía muy interesada a lo que le contaba el ministro de Cultura, Robles Piquer, hizo un aparte con Sánchez-Albornoz. De modo sucinto, le puso al corriente de cómo se resistían los oligarcas franquistas —políticos, militares, banqueros y altos cargos de empresas públicas— a perder su situación de dominio o a que hubiese un vuelco revolucionario, una «vuelta de la tortilla». Y que era ésa y sólo ésa la causa de que la reforma estuviera tardando en arrancar con el brío que la mayoría de los españoles demandaba.

Para aliviar el mal sabor de la prohibición de Fraga y dar a don Claudio una señal anticipada de que las cosas iban a tomar otro rumbo y otro impulso, el Rey le hizo una revelación de carácter reservado:

—Quede esto entre usted y yo, como una confidencia que nadie, ni siquiera el interesado, sabe todavía: hoy es el último día de Arias al frente del Gobierno.

Y así, con estricta reserva, se refirió Sánchez-Albornoz a su conversación con el monarca, cuando los periodistas le preguntaron:

—El Rey me ha tratado con gran amabilidad y afecto. Hemos hablado de lo divino y de lo humano, pero el contenido de mi entrevista con él es secreto. No me pregunten porque no diré nada sobre ello. Sólo que no debemos apremiarle con prisas: el Rey es consciente de que hay que desarrollar una labor paulatina, difícil, minuciosamente meditada. Y me voy contento porque lo he visto bien determinado a actuar con decisión y sin titubeos[171].

El Rey por teléfono a Carmen: «El día D es mañana»

En los últimos días de junio llegó al Consejo Nacional del Movimiento el informe con los puntos que el Gobierno pretendía modificar en dos Leyes Fundamentales. Los consejeros, convocados para uno de los interminables y estériles debates, plantearon inmediatamente una

actitud frontal de barricada corporativa. Percibían que se acercaba el fin, su propio fin.

—¿Qué va a pasar con el Consejo Nacional? ¿Y con el Movimiento? Estamos dando la impresión de que aceptamos por las buenas su desaparición —preguntaba aguerrida la falangista Mónica Plaza—. Yo no puedo aceptar la reforma que se nos propone sin que me den explicaciones más amplias.

A esa voz se unieron otras:

—Que nos den seguridades de que la estructura, los fines y las funciones del Movimiento continuarán… ¡o esto es una almoneda!

También en clave de exigencia, Diego Salas Pombo y Alejandro Rodríguez de Valcárcel se opusieron a aquellas reformas aisladas con un argumento que decían de «justicia histórica, equidad y gratitud social»; aunque en puridad era de mantenimiento de las clientelas:

—Se ha de garantizar la continuidad en sus tareas y empleos a cientos de miles de hombres y mujeres del Movimiento.

—Sí, porque esos militantes han servido con lealtad y generosidad a la mayor grandeza de España.

Y, tras el *primum vivere*, vino el *deinde filosofare*. Gonzalo Fernández de la Mora, ex ministro franquista, diplomático y autor de *El crepúsculo de las ideologías*[172], pidió la palabra para «razonar» la médula del inmovilismo:

—Los Principios Fundamentales del Movimiento —dijo— no son una ideología que pueda conocer un ocaso; son una doctrina, son la base dogmática inspiradora de nuestro ordenamiento político nacional, y eso es inmutable.

Esto ocurría el 30 de junio de 1976. A los consejeros nacionales de la «resistencia dogmática» se les había parado el reloj en la madrugada del 20-N de 1975, y no querían enterarse de que la función, su función, había terminado.

Muy pocas horas después, el Rey en persona dejaría caer el telón.

El diario de Carmen Díez de Rivera registraba, cosa extraña, dos anotaciones en una misma fecha:

30 de junio. De nuevo, duda. Le angustia lo de Snoopy [Arias, en nuestro argot]. No sabe bien cómo decírselo. Lleva tres días angustiado. Hablamos de las posibles reacciones: volver o llamar despechado; vender el favor al que crea su sucesor; o tomarlo bien. Entonces —me dice— le convidaría a comer. Recibe a Fernando Claudín.

30 de junio. A la una menos veinte de la madrugada, llama The King para decirme que el «día D» será mañana a la una y cuarto.

Arias: «Juan Carlos me ha *borboneado*, me ha echado»

A las dos y media del «día D», 1 de julio, mientras el Rey pilotaba su helicóptero del palacio de Oriente a La Zarzuela, Carlos Arias llegaba al restaurante Jockey. Subió al entresuelo. En un reservado le esperaban dos políticos muy amigos: José García Hernández, ex ministro y consejero del Reino, y Carlos Pinilla Turiño, delegado del Gobierno en Campsa, excombatiente y falangista hasta los tuétanos.

—Ayer, en el homenaje que me ofreció el personal de Presidencia —dijo Arias, haciendo tiempo a que el camarero sirviera los *hors d'oeuvre*—, me dio un no sé qué interior como de mal agüero. Era una premonición, era un aviso… Os lo voy a decir: estáis compartiendo mesa con el ex presidente del Gobierno. Todavía no lo saben los ministros, ni mi equipo, ni mi mujer. Sois los primeros.

—¿Qué ha pasado, Carlos?

—El señorito Juan Carlos me ha echado. Me ha *borboneado* como hizo su abuelo Alfonso XIII con Antonio Maura. La misma escena y en el mismo despachito: «Gracias por tu patriotismo, gracias por entender que es necesario», y un abrazo palmeándome la espalda… Alfonso XIII le preguntó a Maura: «¿Qué te parece Moret como sucesor?» A éste sólo le ha faltado preguntarme si prefiero a Areilza, a Fraga o a Silva.

El desahogo de Arias fue bastante ácido, y la comida ajetreada con llamadas telefónicas urgentes[173].

Cuando el Rey y Torcuato se reunieron en La Escorzonera, fijaron la fecha de la dimisión de modo que ese «día D» no hubiera Consejo de Ministros y sí en cambio sesión del Consejo del Reino, convocada previamente para las cuatro de la tarde. El ajuste minuto a minuto era importante.

A las cuatro, Torcuato Fernández-Miranda recibía a los consejeros en la sala Mariana Pineda del palacio de las Cortes. Iba a ser una reunión de rutina, pero Torcuato abrió el fuego dándoles la noticia:

—Señores, Su Majestad me ha informado, en torno a las dos de la tarde, de la renuncia del presidente Arias Navarro, por motivos personales. Aguarda nuestro dictamen para aceptarla.

A partir de ahí, el Consejo debía pronunciarse sobre esa dimisión.

La estrategia de Torcuato era que evacuasen su conformidad sin dar tiempo a maniobras de influencia para demorar o desestimar el cese. Una cautela necesaria, pues ya Pinilla y García Hernández, desde el comedor reservado de Jockey y utilizando también el radioteléfono del coche oficial de Arias, habían iniciado una ronda urgente de llamadas a varios consejeros del Reino para mediatizar su voto: José Antonio Girón, Dionisio Martín Sanz, Rafael Cabello de Alba y el propio García Hernández, acérrimos partidarios de que «después de Franco, las instituciones de Franco», acudieron a la reunión decididos a paralizar la dimisión aconsejando al Rey que ponderase con calma las razones y sinrazones de esa renuncia[174].

A Fernández-Miranda le bastó un par de capotazos para poner el toro en suerte. Recordó a los consejeros que se trataba de un formulismo inventado por el Caudillo y nunca utilizado, un precepto de cortesía, pero no una invitación a llevarle la mano al Rey. Lo cierto es que a las siete de la tarde salía hacia La Zarzuela para entregar al monarca el «dictamen positivo» del Consejo del Reino. Todo puntillosamente legal.

Encontró al Rey relajado y jovial, como si se hubiese quitado un pesado fardo de encima. Hacía mucho tiempo que no le veía así.

—¿Sabes qué hacía yo mientras tú y los consejeros escribíais una página miniada de la historia? Me he hecho veintitantos largos en la piscina. Me he fumado un puro, como un señor.

Me he pegado una siesta de esas que estás medio pensando, medio grogui, pero vuelves a coger el hilo y vuelves a pensar… Como diría mi padre, «he hecho arqueo». Y me he quedado a cero, Torcuato. Página en blanco. Y ahora… *begin the beguine*… Volver a empezar.

Arias, al Valle de los Caídos, para «hablar con el Caudillo»

Fue una tarde intensa. Por orden de Arias, Luis Jáudenes, del Ministerio de Presidencia, fue convocando a los miembros del Gobierno para un Consejo de Ministros extraordinario a las ocho, en Castellana 3. Sólo faltaría Osorio, de viaje en Málaga.

Areilza, que desde por la mañana en el Palacio Real andaba rumiando el acertijo del Rey —«una decisión difícil», «la pondré en ejecución de golpe, sorprendiendo a todos», «antes de lo que se piensa»—, descolgó el teléfono y empezó a llamar a sus colegas fingiendo bromas.

Al teniente general De Santiago le preguntó si iba a declarar el estado de guerra. A Villar Mir, si pensaba devaluar la peseta por sorpresa. A Fraga, si había decidido imponer el estado de excepción… Lo cual le convenció de que no había otra explicación para esa inesperada convocatoria que la dimisión de Arias. O el cese disfrazado de dimisión[175].

A las seis y veintiún minutos, Europa Press lanzaba el *scoop* con campanillas de teletipo: «Arias ha dimitido».

A esa misma hora, Arias recorría la imponente galería subterránea del Valle de los Caídos caminando hacia la tumba de Franco. Llegado allí, se arrodilló en un reclinatorio lateral y, con el rostro oculto entre las manos, estuvo largo rato «hablando con el Caudillo». Solía hacerlo cuando un problema le sobrepasaba. «La verdad es que no voy a rezar —comentó en cierta ocasión—, y Dios me lo tiene que perdonar. Voy porque necesito hablar con el Caudillo»[176].

El bochorno sofocante de todo el día descargó por fin en una tormenta de relámpagos y lluvia torrencial cuando los coches de los ministros llegaban al palacete de Castellana 3. A las ocho menos diez ya aguardaban todos en el salón de Consejos, presidido todavía por un gran retrato de Franco.

El presidente entró muy serio, con expresión adusta, forzando sonrisas y apretones de manos. Se sentaron. No se movía ni el aire. Ambiente tenso, miradas expectantes. Arias carraspeó y rompió el silencio:

—Señores ministros, las filtraciones son inevitables y quizá ya sepan ustedes por qué les he hecho venir no siendo día de Consejo… Oficialmente se me acaba de comunicar que, oído el dictamen del Consejo del Reino, Su Majestad ha aceptado mi dimisión, que le presenté este mediodía.

Hizo una pausa. Con buen tono y lenguaje medido, aunque trasluciendo cierto deje de amargura y alguna expresión de contrariedad, les explicó el gran suceso político, cuyas claves de comprensión, según dijo, a él mismo se le escapaban.

Ambiguamente dio a entender que no había dimitido por propia decisión sino por «impulso soberano». En su breve alocución manifestó que el primer sorprendido era él.

—Ayer, casi a la hora de cenar, me llamó al teléfono del coche un ayudante del Rey: quería que fuese a despachar con él hoy, a la una y cuarto, al Palacio Real. Pensé que sería algo muy

urgente para citarme así, con esas prisas y a deshora, no teniendo yo solicitada audiencia. Fui. Encontré al Rey un poco agobiado, con aire embarazoso, titubeando al intentar decirme para qué me llamaba… Enseguida vi que no era ningún asunto de Gobierno. Empezó agradeciéndome vagamente los servicios prestados y luego pasó a enumerar motivos de índole menor, discrepancias inconcretas… Decliné escuchar esa sarta de menudencias y causas pequeñas, y le dije: «Supongo, Majestad, que habrá otras razones, importantes y suficientes… Entiendo lo que quiere de mí y, antes que me lo pida, le ofrezco mi dimisión». Me la aceptó al instante.

Igual que en el almuerzo del Jockey, Arias volvió a evocar la escena de octubre de 1909 cuando Antonio Maura fue a pedir a Alfonso XIII que le renovara la confianza, y el monarca prefirió interpretar sus palabras como una dimisión, le agradeció el gesto y designó inmediatamente a Segismundo Moret para presidir el Consejo de Ministros.

—Por lo demás —continuó Arias—, el tono de la conversación fue de una corrección exquisita, por parte de ambos. El Rey me dijo que siguiera yendo a verle a La Zarzuela, ya que estimaba en mucho mis opiniones, lo cual en tales circunstancias me dejó algo perplejo.

Y terminó con unas palabras rápidas de agradecimiento y despedida. Se le notaba incómodo, cortante, con ganas de terminar. Luego se levantó y rodeando la mesa fue abrazando a cada uno de los ministros. Al llegar a Areilza, le tendió la mano fríamente dejándole con el abrazo en el aire[177].

«No perdamos de vista a Adolfo»

Adolfo Suárez le acompañó a su despacho:

—Presidente, no nos has dicho que el Rey va a darte el título de marqués…

Arias se encogió de hombros con un gesto equívoco, mitad modestia mitad displicencia.

—¿Y qué razones te ha dado para aceptar tu dimisión?

—¿Razones? Razones no me ha dado ninguna porque ni las tiene ni es capaz de inventárselas… Me ha dicho cuatro idioteces, nada… ¡Es un imbécil![178]

Los ministros se demoraron todavía un rato, charlando en pequeños grupos, desperdigados por el salón.

Suárez, lívido, se acercó a Martín Villa:

—¡Está con un cabreo sordo! Me ha hablado del Rey con una dureza y un desprecio… No era el momento de pararle los pies, pero le ha insultado…

—En la breve exposición que nos ha hecho —respondió Martín Villa—, aunque yo no soy muy de agudezas y florituras, en mi opinión le han faltado algunas palabras de elogio al Rey. Hombre, al fin y al cabo, este Gobierno que cesa, ¡que nos cesan!, es el primer Gobierno de la Monarquía.

—Espero que los cafres de Fuerza Nueva no monten ninguna reacción[179].

A Fraga y a Areilza se les veía rozagantes. Sonreían satisfechos. Quizá uno y otro suponían que había llegado la hora de su fortuna.

Apoyado en una consola, Areilza hablaba con Garrigues, su colega y consuegro:

—Esto estaba cantado. El Rey se ha cansado de aguantar. En mayo, cuando Arias vetó una

entrevista mía en televisión, torpedeaba mis gestiones con la Santa Sede y se negó a recibirme antes de mi viaje a Rabat, yo me harté y le dije al Rey: «Señor, me voy, dimito». El Rey me retuvo: «José María, te lo prohíbo. Espera y aguanta. Yo también aguanto». Mi suerte es que me he pasado estos siete meses prácticamente fuera, viajando como un *marchand* del producto *Spanish democracy*, y no he tenido que aguantar su rostro sombrío, sus actitudes torvas, su aire enigmático… Como dice Pío, «la esfinge sin secreto».

—Le han tocado épocas difíciles, inéditas, de cambios bruscos: la muerte de Carrero, el fin de la dictadura, el arranque de la Monarquía; pero la verdad es que como gobernante no ha estado a la altura, ha sido muy mediocre. —Garrigues, hombre justo, intentaba esquivar el juicio ad hóminem—. Repito, como gobernante. No ha liderado el equipo, no ha impulsado, no ha marcado una ruta.

—¡¿Acaso tenía ruta?! Su discurso del 28 de abril era un regreso al espíritu del 12 de febrero de dos años atrás. Y a la hora de tomar decisiones, se arrugaba. Su autoridad ha sido nula. Cero. Un vozarrón de Manolo Fraga, y se lo comía crudo.

—Es fuerte lo que te voy a decir, José María, pero creo que el gran fiasco de Arias es que se va del Gobierno sin conocer los problemas políticos, económicos y sociales de este país. Y no acaba de enterarse. Ha estado en gobiernos de Franco, de Carrero y del Rey…

—Sí, pero ¿cuál es su experiencia?, ¿a qué se ha dedicado toda su vida? ¡A lo policíaco, a lo represivo! Su obsesión por los servicios secretos. Coleccionar dossieres, chismes, grabaciones, cositingas comprometedoras de unos y de otros[180]. Pero eso ni es envergadura política ni es mente de estadista.

En otro ángulo del salón, Fraga hacía un análisis psicológico de la dimisión:

—Yo pienso que es enteramente un problema personal que venía acumulándose desde hace meses. Un problema de cansancio y de inconformidad con unos y con otros… El hombre tenía la sensación de que no se le atendía bastante… Con el Rey tampoco tenía buen *feeling*, y lo cierto es que llevamos demasiado tiempo en un *impasse* insoportable. Este desbloqueo será para bien. La reforma saldrá adelante y todo irá más deprisa. Por primera vez, ahora sí pasa algo y algo importante. Y no digo más. Mis queridos amigos, buenas noches, que duerman bien, yo lo haré a pierna suelta[181].

Carlos Pérez de Bricio, Rodolfo Martín Villa y algún otro cruzaron el paseo de la Castellana por los pasos de cebra hasta llegar al Ministerio de Comercio, en la acera de enfrente. Leopoldo Calvo-Sotelo los invitaba allí a unas cervezas. Hicieron quinielas sobre presidenciables: Fraga, Areilza, Silva, López de Letona, López Bravo… Los clásicos.

—Ummm… No perdamos de vista a Adolfo —dijo Leopoldo.

—¿Adolfo… Martín-Gamero?

—No. Adolfo Suárez[182].

CAPÍTULO 2 El Rey, jefe y rehén del Ejército

Cónclave laico para elegir a un presidente

Palacio de las Cortes. La tarde anterior, 1 de julio de 1976, el Consejo del Reino aceptó la dimisión del presidente Arias. En el mismo acto, Torcuato Fernández-Miranda convocó a los consejeros para el día siguiente. Y allí estaban. Quince —debían ser dieciséis, pero pocos días antes se había producido una baja—, más él en la presidencia, sentados alrededor de la gran mesa oval en la sala Mariana Pineda. Las dobles puertas, cerradas por dentro con llave. Lo más parecido a un cónclave laico del que debía salir una terna de candidatos, entre los cuales el Rey designaría al nuevo presidente del Gobierno[1].

No se podía perder ni un minuto. Arias no había dimitido por su gusto. Él mismo, en su dietario, escribió al pie de la fecha una palabra sin cáscaras: «Cese». Sin embargo, no era todavía un cadáver político. Tenía partidarios influyentes que podían muñir un sinfín de escaramuzas en favor suyo o de sus epígonos para retener el poder. El Gobierno seguía en funciones, con los ministros enfrentados en sus mutuas rivalidades, y peligrosamente presidido por el teniente general De Santiago, que acababa de demostrar una pugnaz inclinación a la injerencia política. No cabía dar al Ejército ni una brizna de argumentos que le permitieran esgrimir el «vacío de poder».

En cuanto al Rey, más que nunca debía mantenerse al margen de lo que en aquella sala se debatiera, y alejado del teléfono y de las visitas que pudieran presionarle. Por suerte, el general Armada, vehículo muy activo de ciertas presiones, estaba en Galicia preparando un próximo viaje oficial de los Reyes.

Era la hora del Consejo del Reino. Y era la hora crucial de Torcuato. Él había sido elevado a la presidencia desde el instante cero más uno del reinado de Juan Carlos para que, llegado el momento, esa institución fabricase una terna que incluyera al «hombre del Rey», sin que ninguno de los electores sospechase cuál de los tres propuestos era el candidato. Pero aquel Consejo no era un mecanismo de precisión, ni siquiera era predecible. Torcuato recorrió uno a uno los rostros que circunvalaban la mesa. Durante siete meses se había empeñado en conocer sus resortes ideológicos, sus intereses personales, sus reacciones psicológicas, sus filias, sus fobias, sus adscripciones a familias políticas…

Aquella tarde del viernes 2 volvía a mirarlos mientras escuchaba sus intervenciones. Cada uno iba pergeñando a su aire el perfil ideal —ellos decían «retrato robot», que entonces era una expresión más en boga— del presidente necesario para la situación. Repetían tópicos: «Autoridad, experiencia, prudencia, inteligencia, bien visto por el Ejército, aceptado por la

banca, anticomunista, fiel al 18 de julio, patriota…» No faltó alguna pedantería profesoral: «Con prudencia y sindéresis». Alguien dijo «joven, con capacidad física y buena salud», y Torcuato garabateó algo en su bloc. Otro añadió: «Dialogante, abierto, integrador», y Torcuato volvió a tomar nota. Eran las primeras puertas que se abrían a la figura de Adolfo Suárez. Pronto hubo una tercera: «Una persona que sepa gobernar, sí, pero apta para conectar con las tendencias del momento y ganar las elecciones». Lo dijo Miguel Primo de Rivera, uno de los consejeros más jóvenes y de los pocos que respiraban a favor del Rey[2]. Ese apunte sorprendió a los presentes. Quizá no habían pensado que en adelante el poder habría que conquistarlo en la calle y no en una mesa oval a puerta cerrada.

Entre los consejeros había un clérigo, Pedro Cantero Cuadrado, arzobispo de Zaragoza, miembro también del Consejo de Regencia por ser el prelado de mayor antigüedad. Con gran libertad de espíritu, planteó la cuestión de fondo sobre lo que allí se iba a realizar o, simplemente, a escenificar:

—¿Qué se pretende al hacernos elaborar una terna? ¿Que la terna contenga tres opciones diferentes o que confeccionemos una lista integrada por tres hermanos gemelos? Dicho de otro modo —y miró al presidente—, ¿hay algunas directrices o insinuaciones del «poder», como en tiempos de Franco, lo cual haría de esta reunión un paripé de discusión fingida o, por el contrario, los consejeros podemos ser libres al deliberar, salga lo que salga de nuestras votaciones?

—Monseñor Cantero, éstos no son ya los tiempos de Franco. Su pregunta afecta a la libertad de conciencia y es fundamental: no hay candidatos previos, no hay indicaciones de La Zarzuela; por tanto la decisión de este Consejo es libre[3].

Torcuato no había dicho la verdad, pero tampoco había mentido. Sí existía un candidato previo; pero conseguir que estuviera en la lista era un cometido suyo, y secreto. No quería imponérselo a los consejeros como «una directriz o un deseo del jefe del Estado». De modo que, a efectos de la libertad de acción que preocupaba al arzobispo, los consejeros podrían decidir sin cortapisas ni orientaciones.

El reto estaba en el tejado de Torcuato, todo iba a depender de su habilidad para la maniobra. No quería cambalaches bajo cuerda que comprometieran al monarca. En conversaciones separadas, les indicó que «por deferencia con el Rey y para ofrecerle variedad donde elegir, convendrá que cada familia política apueste también por alguien que no sea de los suyos». Pero no pasó de ahí la recomendación, ni sugirió nombre alguno[4]. Pretendía que la terna incluyese al candidato del Rey, claro, pero de un modo natural, sin forzar voluntades. Más aún, sin que los consejeros supieran, una vez elaborada la lista, cuál de aquellos tres nombres agradaría más a Don Juan Carlos. Tendría que desarrollar sagacidad, inteligencia, temple, expresión facial impenetrable y una estrategia que a todos desorientara y a todos satisficiera[5].

Para ello les propuso un procedimiento novedoso: jugar a la contra. Los consejeros, en lugar de pronunciarse votando a sus favoritos, deberían abatir a los adversarios. En definitiva, un juego de guerra sin sangre que consistía en derribar al contrario. Y la psicología masculina respondió.

«Lo que el Rey me ha pedido»

Cuando se despacharon a gusto dibujando el «retrato robot», Torcuato los invitó a que cada uno elaborase su propia terna, escrita y anónima. En una bandeja se recogieron todas las papeletas, con un mismo formato de papel. Resultó una lista de treinta y dos nombres[6]. Amplio elenco de candidatos. La crema política. Un simple cálculo indicaba que la mitad de esos nombres, dieciséis, había tenido dos proponentes. Torcuato no sólo presidía, dirigía el juego y también votaba.

—Recordándoles, señores, la responsabilidad histórica de su deliberación y la independencia absoluta con que pueden actuar, sin sentirse sometidos a ninguna presión que no sea la de su conciencia y la del bien de España, les propongo pasar a una serie de rondas de eliminación: de esos treinta y dos candidatos se han de desechar veintinueve.

A partir de ahí comenzó la criba. Se fue leyendo nombre por nombre y preguntando «¿se mantiene?, ¿se elimina?». Si ningún consejero apoyaba al nombrado, éste quedaba eliminado. Tras la primera ronda quedaron en pie diecinueve. Todavía eran muchos. Torcuato propuso otra criba eliminatoria, pero secreta. Quien obtuviera al menos ocho votos superaba esa selección[7].

Ya en la primera fase cayeron hombres de gran notoriedad, pero con escasos apoyos en el Consejo; entre ellos Fraga, Areilza, Castiella, Osorio, De Santiago, Ruiz-Giménez, Calvo-Sotelo, Barrera de Irimo, Galera Paniagua…[8]. Fraga y Areilza, figuras estelares del Gobierno de Arias, fueron abatidos con idénticos resultados: cinco votos a favor y once en contra.

Por ese sistema de «no mantener», fueron vetados los candidatos que suscitaban menos interés de los consejeros. Había un indicio claro, aquellos electores defendían a los hombres de sus familias políticas: tecnócratas, democristianos y movimientistas. Y cada consejero, en el trance de eliminar, no sólo abatía a sus adversarios, también barría del campo a los más débiles o menos estimados de su propio sector, para salvaguardar a los de mayor predicamento.

Las batidas eran cada vez más tensas, el cerco más estrecho y las piezas más apreciadas. Hubo un momento en que, casi por unanimidad, quedaban nueve nombres sobre la mesa: Gonzalo Fernández de la Mora, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, José García Hernández, Laureano López Rodó, Federico Silva Muñoz, Gregorio López Bravo, Adolfo Suárez, Alfonso Álvarez de Miranda y Carlos Pérez de Bricio.

Torcuato vio que, entre esos nueve nombres, había cuatro de aquella «lista de los siete del Rey» que Don Juan Carlos le entregó en abril: Silva, López Bravo, Suárez y Pérez de Bricio. También percibió que el juego de familias funcionaba. Tres tecnócratas: Fernández de la Mora, López Bravo y López Rodó; tres «azules»: Rodríguez de Valcárcel, García Hernández y Suárez; tres democristianos: Silva Muñoz, Álvarez de Miranda y Pérez de Bricio.

Alguien recordó allí lo que dijo monseñor Cantero: «No presentemos al Rey una lista con tres hermanos gemelos… sería un trágala». Y todos estuvieron de acuerdo en que «la terna debería tener coloración variada: un nombre de cada familia».

La última votación de ese día —ya de noche— tumbó a López Rodó, a García Hernández y a Pérez de Bricio. Sólo permanecían seis.

Los consejeros estaban relajados: cada uno había conseguido mantener a dos de su predio

político. Y no había ningún nombre «discordante»: todos procedían del régimen.

Torcuato les reiteró la necesidad del sigilo y de evitar contactos que pudieran presionarlos. Suspendió la sesión y los emplazó para la mañana siguiente a las nueve y media.

¿Por qué ideó Torcuato ese juego de prestidigitación para que al final saliera Adolfo Suárez de su chistera? Él sabía que Suárez no tenía camarillas ni amigos ni deudos en el Consejo del Reino. Era un joven valor en ciernes. No suscitaba adhesiones, aunque tampoco rechazos. No tenía adeptos, pero tampoco enemigos. Nadie le había puesto la proa, nadie le consideraba peligroso. Por eso «el Mago de Oz» decidió jugar esa baza como estrategia: que los consejeros propusieran libremente a todos los posibles. Contaba, eso sí, con un preacuerdo: Araluce Villar, De la Mata o Primo de Rivera le pondrían en sus primeras listas. A partir de ahí, la cacería: podría no ser el más votado, pero sí el menos vetado. Y hasta ese momento la táctica estaba dando resultado.

Pese a la recomendación de mantener el secreto, Luis Álvarez Molina, consejero por la Organización Sindical, no fue capaz de «no ponerse al teléfono» aquella noche, cuando le llamó Rodolfo Martín Villa, su ministro en funciones.

—No hemos terminado, Rodolfo. Intenso, distinto… El sistema no es votar, sino eliminar. Han caído Areilza, Fraga, López Rodó, Licinio… Como una escabechina de opositores. Ya sólo quedan seis candidatos, y no está ninguno de los clásicos. Seguimos mañana[9].

La última elección, el día 3 por la mañana, ofrecía menos emoción. Había dos candidatos de cada palo. Las diferencias ya no eran ideológicas, sino de matiz. Donde sí había una importante desproporción curricular y una acusada divergencia política era en el tándem de los «azules» o movimientistas: Alejandro Rodríguez de Valcárcel y Adolfo Suárez. En otras circunstancias, ni se hubiese planteado la comparación; pero en aquel momento se sabía que Rodríguez de Valcárcel estaba seriamente enfermo. Falleció antes de que transcurrieran cinco meses. La «opción Suárez» era algo así como la salutación del optimista, un valor joven, un relevo generacional. Y un plus a su favor: todavía era el ministro del Movimiento y consejero de los «cuarenta de Ayete» por su aplastante victoria sobre el marqués de Villaverde. En cualquier caso, los consejeros estaban persuadidos de que la presencia de Adolfo en la terna no era más que el tono jovial de un simpático comparsa.

Con todo, aún había que salvar un escollo. En la fase final, cada consejero votaba a tres de los candidatos supervivientes. Por los comentarios que pudo captar, Torcuato supo que Federico Silva iba a recibir un voto de cada miembro del Consejo. Esa unanimidad habría forzado al Rey a poner el dedo en su nombre. Era preciso pues que algún consejero desviase su voto hacia otro. Torcuato se lo explicó a Miguel Primo de Rivera: «Si en la terna Silva lleva dieciséis votos, tengan los que tengan los otros dos, sería una forma de dirigir al Rey diciéndole “todos queremos a Silva; los otros son acompañantes”; te pido, Miguel, que no votes a Federico». De ese modo, en la terna final figuraron Federico Silva con quince votos, Gregorio López Bravo con trece y Adolfo Suárez con doce[10]. A las tres menos diez de la tarde, Torcuato Fernández-Miranda salió de la sala Mariana Pineda llevando en el bolsillo la terna prodigiosa y el acta firmada por todos los consejeros. A los pocos periodistas que aguardaban junto a la puerta, les dijo:

—Hay terna y voy a llevarla ahora mismo a La Zarzuela… Estoy en condiciones de ofrecer

al Rey lo que el Rey me ha pedido[11].

Fuera de la sala Mariana Pineda, durante los días deliberantes, al menos tres hombres aguardaban con inquietud presintiendo cada uno que la elección podía recaer en él.

Fraga estaba seguro de que respaldarían su candidatura los dos consejeros militares, Salas Larrazábal y Fernández Vallespín, además de García Hernández y otros afines a Arias Navarro. Sin falsos alardes, Fraga se sabía apoyado por unos doscientos procuradores, y suponía que esa fuerza se reflejaría en los consejeros del Reino elegidos por las Cortes.

Areilza, por su parte, desde que Torcuato, en sus comentarios crípticos, provocando reacciones a base de amagar y no dar, le había dicho: «Cuídate de Fraga, te considera su adversario más peligroso… pero yo pienso en ti», empezó a organizar sus escuadrones de apoyo lo más lejos posible de Fraga. Fuera del régimen, intensificó sus contactos con líderes de la oposición, y dentro del régimen trató de captar a los azules. En abril, cenó con Adolfo Suárez en Sevilla y le expuso un bosquejo de su plan de reforma. Lo mismo hizo el 25 de junio en un almuerzo con los ministros Martín Villa y Solís. Para entonces ya había madurado y concretado su proyecto, y según Martín Villa «lo explicaba con la convicción de que muy pronto esas ideas tendrían cuerpo de ley». En su búsqueda de adhesiones, y por medio del procurador José Miguel Ortí Bordás, Areilza intentó abotonar un pacto con el representante más significado de la reacción, el falangista, excombatiente y franquista José Antonio Girón de Velasco, *el León de Fuengirola*. Pero esta vez los señuelos de la política no lograron hacer extraños compañeros de cama. Girón ni siquiera aceptó acudir al encuentro.

Así y todo, Areilza abrigaba serias esperanzas en que el designado sería él, porque se veía como «el hombre de la situación». El 2 de julio, mientras el Consejo del Reino elaboraba la terna, el conde de Motrico almorzó con Felipe González en casa de Francisco Fernández Ordóñez, en Puerta de Hierro y, dentro de la incertidumbre del momento, especularon sobre el inmediato futuro democrático de España. De alguna manera, también Felipe González trataba de orientarse ya hacia el posible nuevo sol.

Areilza había hecho incluso ofrecimientos de carteras. Marcelino Oreja, vasco como él, amigo y subsecretario de Exteriores, pasó con Areilza muchas horas de aquel 3 de julio, en el que toda la clase política estaba atenta a la *fumata bianca* del Consejo del Reino. A media mañana, coincidieron en el funeral de José Luis Ochoa, colega de Asuntos Consulares. Areilza le dijo: «Marcelino, vente a casa a comer».

En el coche, durante el trayecto hacia su casa, San Miguel, en Aravaca, Areilza le confió: «No sé, Marcelino, estoy ayuno de noticias, pero… tengo el pálpito de que voy a ser designado presidente del Gobierno. Si esto ocurre, quiero que seas el ministro de la Presidencia, el ministro de mi mayor cercanía y confianza. Exteriores se lo voy a ofrecer a Antonio Garrigues».

En San Miguel tuvo lugar una comida familiar, José María de Areilza y Mercedes, su mujer, con Oreja como único invitado. Y un menú sencillo: merluza a la romana, ensaladilla rusa y postre dulce. Estando a la mesa, alguien llamó por teléfono a Areilza. Regresó pronto y con expresión radiante. «Me dicen que ya hay terna: Silva, Adolfo Suárez y yo». Al poco, una segunda llamada. Areilza fue a atenderla, pero regresó con el semblante ensombrecido y el ceño adusto. «La terna es distinta: López Bravo, Silva y Suárez… Me dicen que hay un montón de

ternas, todas parecidas y todas diferentes, disparadas por las agencias y repicadas en las emisoras de radio, pero que ni Fraga ni yo estamos en ninguna de las últimas».

A la hora del café llegaron Pío Cabanillas y Leopoldo Calvo-Sotelo. Minutos después, Darío Valcárcel, periodista de *El País*, y Antonio de Senillosa… Alrededor de las seis, la agencia Cifra confirmó la terna auténtica, aunque sin especificar los votos obtenidos por cada candidato. Tampoco daban novedades de La Zarzuela. Hacía un rato que el teléfono había dejado de sonar. Pío dijo: «Aquí no hay noticias, me voy a ver si consigo enterarme de algo». Marcelino Oreja se marchó con él, porque no tenía allí su coche. Leopoldo Calvo-Sotelo se despidió también. Se presentó en casa de Alfonso Osorio, colega de Gobierno y muy amigo de Adolfo Suárez. Leopoldo ya lo había anticipado nada más dimitir Arias. «¡Ojo! No perdamos de vista a Adolfo»[12].

En cuestión de minutos, la casona de San Miguel se quedó vacía. Al salir el último visitante, Areilza le comentó a su mujer: «Las ratas huyen del barco».

Suárez: «Pero ¿cuándo piensa llamarme ese cabrón?»

Durante esas horas de espera, no faltaron intentos de presionar al Rey.

Enrique de la Mata, secretario del Consejo del Reino, dio un soplo a Federico Silva para confirmarle que iba en la terna. Pero, tal como se lo dijo, resultó una noticia más amarga que dulce:

—Federico, es seguro que estás en la terna; pero… también es seguro que el presidente no serás tú, sino Adolfo.

—¿Cómo lo sabes?

—Saberlo, no lo sé. Lo intuyo.

—¿Quién ha sido el más votado? —pregunto Silva.

—Tú.

—Y… ¿ya se ha pronunciado el Rey?

—No todavía, que yo sepa. Torcuato sigue en Zarzuela[13].

Silva se puso en acción sin perder un instante. Aprovechando las llamadas de enhorabuena que recibía, fue recabando información sobre los estados de ánimo entre los grandes derrotados: Fraga, Areilza, Garrigues… Se preparaba algo parecido a un plante, a un boicot descomunal, en caso de que el Rey designase a Suárez. A través de Alfonso Osorio logró que un amigo común, Camilo Mira, localizara en Galicia al general Armada y le transmitiese el siguiente mensaje avalado por Rafael Pérez Escolar, consejero del Banesto y titular de uno de los bufetes más importantes de Madrid en aquellos años: «Si el nuevo presidente del Gobierno es Adolfo Suárez, que no cuente con Fraga, ni con Areilza, ni con Garrigues, ni con Martín-Gamero, ni con Robles Piquer… Será una desbandada. Y un desaire bochornoso para el Rey».

El mensaje tenía fuerza no sólo porque el avalista fuese consejero del Banesto, sino porque detrás de Federico Silva, aparte de la Acción Católica Nacional de Propagandistas, estaba en bloque el Banesto con todo su poderío económico, su influencia social y su implantación rural.

La respuesta de Armada fue elíptica:

—A mí, todo lo sucedido desde la salida de Arias hasta la terna, todo, me ha sorprendido lejos de palacio «casualmente», en Galicia. Si la intención era mantenerme lejos, lejos permaneceré. —Tras unos instantes de silencio, como reaccionando, agregó—: Llama cuanto antes a Mondéjar y cuéntaselo. Si ha salido ya de Zarzuela, que lo localicen en el coche, lleva teléfono. A ver si aún se llega a tiempo.

El comunicante pudo hablar con Mondéjar, que iba ya camino de La Escorzonera:

—Pues mira —respondió Mondéjar—, dile a Pérez Escolar que lo más probable es que todos esos que se quieren ir se vayan, porque Torcuato ya ha estado en La Zarzuela, ha presentado la terna, hemos terminado la reunión y el Rey ha escogido a Adolfo Suárez[14].

Cuando las agencias empezaban a difundir el baile de las ternas y las especulaciones sobre la enigmática frase de Torcuato —«lo que el Rey me ha pedido»—, alguien desde La Zarzuela telefoneó al embajador norteamericano Wells Stabler para adelantarle «de parte de Su Majestad, que el señor Arias Navarro va a ser sustituido por un político a quien usted ya conoce y cuyo nombre le agradará, aunque por razones obvias no pueda desvelárselo todavía».

Pero a esas alturas de la jornada Stabler ya había hablado con Silva, con Areilza y con un colaborador de Fraga, y tenía datos suficientes para deducir que ninguno de ellos sería el designado. Con Gregorio López Bravo no había tenido relación profesional. En cambio, comenzó a tratar a Adolfo Suárez cuando, en el otoño de 1975, organizaba lo que podía ser el embrión de un gran partido de centro, la UDPE. Tuvieron dos conversaciones que, por su interesante carga programática de futuro, trasladó como memorandos a Washington, al Departamento de Estado[15]. Ya en aquellos informes, Stabler apuntaba que Adolfo Suárez era «un hombre joven, inteligente, seguro de sí mismo, inequívocamente reformista; y, aunque ha hecho su carrera política en el Movimiento, no es un falangista, sino un demócrata de centro con flexibilidad y pragmatismo».

Desde que dimitió Arias y mientras se resolvía la terna sucesoria, Adolfo Suárez estuvo «inquieto, desasosegado, con los nervios de punta, dando paseos cortos por el salón de su casa de San Martín de Porres 53, en Puerta de Hierro, fumando pitillo tras pitillo… en la incertidumbre del sí o el no, el todo o el nada», así lo recordaba Eduardo Navarro, que pasó muchos ratos con él en esos dos días. Eran ya vacaciones escolares de verano. Amparo Illana estaba en Ibiza con sus hijos, excepto Adolfito, el mayor, que se había quedado en Madrid. Suárez echaba de menos a su mujer. Como sabía que ella le tenía pánico al avión y prefería el barco y el coche, comentó: «Pase lo que pase, me nombren lo que me nombren, Amparo no llegará a tiempo». Pensarlo le ponía aún más tenso y enfadado. Y el teléfono sin parar… Amigos que felicitaban por adelantado, aunque no hubiera por qué. Periodistas que decían saber o que pretendían saber. De vez en cuando, se iba a casa de su vecino José Luis Graullera. Y allí seguía la retahíla de ternas «filtradas de buena fuente». En muchas no se mencionaba a Suárez.

«¡No, si a lo mejor «éste» va y me mete en el Ministerio de Gobernación y encima se cree que ha hecho la gran jugada!»

En distintos momentos, llamaron o se acercaron a casa de Suárez Fernando Abril Martorell e Ignacio García López, dos amigos en quienes confiaba a ciegas.

A Alfonso Osorio, la dimisión de Arias le sorprendió en Marbella, pero regresó a Madrid en

cuanto pudo para asistir al último Consejo de Ministros, presidido «en funciones» por el teniente general De Santiago. Aquel mismo viernes 2 acompañó a Adolfo a su casa y allí conversaron a solas largo rato.

—En la hipótesis de que yo fuese elegido presidente —decía Osorio, a sabiendas de que no tenía ni media papeleta en esa rifa—, tú serías mi vicepresidente.

—Lo mismo digo, a la recíproca —le contestaba Suárez, persuadido de que sus posibilidades eran muy fuertes.

Como los dos estaban de rodríguez, con las familias en la playa y un servicio reducido en la casa, improvisaron una cena informal, huevos fritos con salchichas, ketchup y mostaza. Acordaron que gobernarían «en tique». Leopoldo Calvo-Sotelo llamó un par de veces, empeñado en compartir con ellos «huevos y salchichas o lo que me deis». Intuía que estaban repartiéndose la piel del oso… y buscaba su porción. En cierto momento, le suplicaría a Osorio: «¡Hombre, habla con Adolfo, y no me dejéis fuera!»

Discurrían muy lentas las horas del «cónclave de la terna». A mediodía del sábado 3, Suárez le dijo a Eduardo Navarro: «Mira, como tengo que estar aquí por si… me llama, voy a ocupar este tiempo de espera absurda ordenando papeles, que falta me hace. Además, Adolfito vendrá a comer, así que no me quedo solo, vete a casa. Lo que sí quiero es que dejéis libre mi línea de teléfono».

Pasaron las cuatro, y las cinco… Suárez leía documentos en su gabinete de trabajo, unos los guardaba en carpetas, otros los rompía. Cigarrillos, cafés. De vez en cuando miraba el reloj: «Pero ¿cuándo piensa llamarme ese cabrón?»

«Estaba nervioso —recordaría su hijo Adolfo años después—, pero totalmente seguro de que el Rey iba a llamarle. No había ninguna sorpresa para él. Era algo previsto. El Rey se lo había dicho como un deseo suyo. Aquella tarde, y en otros momentos, oí decir a mi padre: “El Rey se la juega conmigo, pero no porque yo tenga que improvisar: sé lo que hay que hacer, y el Rey sabe que lo sé; se la juega conmigo porque hay demasiada gente con las escopetas cargadas y apuntando contra mí, que es una forma de apuntar contra él”».

Y estando solo, sonó el teléfono. Era el Rey.

—¿Qué estás haciendo?

—Pues mirando papeles, y poniendo un poco de orden en mi despacho.

—Pero… ¿dónde estás?

—Estoy en casa, señor. ¿Quiere algo de mí?

—No, sólo quería saber cómo estabas.

Y colgó.

Suárez se quedó desconcertado. Pensó seriamente que podía no haber sido elegido. Imaginó una operación de *borboneo* a última hora, cediendo a presiones en favor de Silva. Éste tenía el respaldo de la banca, de la Iglesia, del *establishment* franquista, del Consejo del Reino: de hecho, había sido el más votado.

A los dos minutos volvió a sonar el teléfono. De nuevo la voz del Rey:

—Adolfo, ¿puedes venir a verme ahora? Ven, te espero en palacio.

Suponiendo que podía haber periodistas fuera, en la calle, se puso unas gafas de sol y salió

por la rampa del garaje conduciendo él mismo el coche de su mujer, un SEAT 127 azul claro.

Ya en La Zarzuela, al subir al piso primero, vio que Torcuato Fernández-Miranda salía del despacho del Rey. Le había llevado el extracto de las actas del Consejo del Reino ya firmadas y probablemente le amplió algún detalle de las dos sesiones.

Al momento, un ayudante militar le indicó a Suárez:

—Su Majestad le espera.

Al entrar en el despacho no vio a nadie. Sin embargo, el Rey estaba allí, escondido detrás de la puerta, que él mismo cerró de golpe. Suárez se giró sobresaltado. Para contrarrestar el breve espasmo de susto, se tensó y se puso serio. El Rey, a la vez que le tendía las dos manos para saludarle, empezó a decir despacio, como escogiendo las palabras:

—Adolfo, siento haberte hecho venir a estas horas y con este calor. Verás… tengo que pedirte un favor, un favor muy grande…

Suárez se imaginó lo que vendría a continuación: «No te enfades por lo que te voy a decir…, las cosas se han complicado…, esta vez no va a poder ser, pero no te disgustes, tú eres joven…» Realmente, se le caía el alma a los pies, cuando oyó que el Rey sin alterar su tono de voz le decía:

—No es fácil lo que te voy a pedir, eh… ¿Aceptas ser el presidente del Gobierno?

—¡Joder! ¡La madre que te…!

—¡Todo llega!, ¡todo llega!

—¡Por fin! ¡He pensado de todo, viendo que no me llamabas…!

Se dieron un abrazo fuerte, prieto y muy palmeado. Todavía palmeándose las espaldas, y con el Rey riéndose, Suárez protestaba:

—¡Me has tenido en ascuas! Creí que ya no me ibas a llamar…[16]

Desde que se conocieron, justo ocho años antes, en julio de 1968, Suárez y el Rey se tuteaban a solas. Ante la gente guardaban las distancias y el trato de protocolo, cada cual en su sitio y en su papel.

Juan Carlos: «Adolfo, si me despisto, dame un tirón y bájame a la realidad»

Dos vehículos negros de cortesía y seguridad escoltaban al flamante presidente en el descenso entre la arboleda del recinto de La Zarzuela, seis kilómetros de camino asfaltado desde el palacio hasta el pabellón de la Guardia Real. Pero Suárez conducía su SEAT 127. En ruta, pensaba en todo y en nada. Iba contento y a la vez abrumado. Llamaría enseguida a Alfonso Osorio y a su equipo pretoriano: José Luis Graullera, Eduardo Navarro, Manuel Ortiz. Montarían el cuartel general en casa, en San Martín de Porres, y sin perder un segundo empezarían a confeccionar el Gobierno. Amparo ya estaba avisada y llegaría esa misma noche a Alicante en algún barco de Trasmediterránea…

Soltó una carcajada recordando la broma del Rey escondido detrás de la puerta… Llegó a decirle «¡uuuhhh!».

En *flashback* vertiginoso revivió retazos de escenas de tiempos pasados: invierno de 1968,

cuando él era gobernador civil de Segovia y los príncipes Juan Carlos y Sofía aparecieron por allí con los reyes de Grecia, Constantino y Ana María, derrocados y exiliados en Londres… Pero antes, Franco, el propio Franco, había propiciado ese encuentro.

Aquello fue como una escena de Berlanga en *Bienvenido, mister Marshall*. Franco inauguraba un tramo de ferrocarril de Madrid a Burgos. Viajaban con él, como séquito, una *troupe* de personalidades y el ministro de Obras Públicas, Silva Muñoz, ¡mira por dónde! Se detuvieron en Turrubuelo, cerca de Sepúlveda, las pancartas daban sonrojo: «Franco, gracias». «Caudillo, te necesitamos». Franco bajó del tren. La banda del pueblo tocó —atronó— el himno nacional. En el andén, todas las autoridades locales, rígidas y en hilera mientras Franco pasaba saludando uno a uno. Al llegar a él, le tendió la mano con tembleque parkinsoniano:

—¿Cómo le va a usted, Suárez?

—Pues…, no sé qué decirle, excelencia.

—¿Cómo que no sabe…? —Franco se detuvo mirando con extrañeza a aquel joven gobernador—. ¿Qué es lo que no sabe?

—Pues, la verdad, excelencia, no sé si los segovianos querrán seguir siendo siempre ciudadanos de segunda…

Sin inmutarse, pero sin dejar de mirar fijamente a Suárez, le dijo escuetamente:

—Venga a verme[17].

Eso era el 4 de julio de 1968. A Suárez le faltó tiempo para pedir audiencia en El Pardo. Tenía dos buenos conductos. López Rodó, ministro comisario del Plan de Desarrollo, y Carrero Blanco, ministro de la Presidencia. Fue, expuso al Caudillo la situación calamitosa, paupérrima, que había visto en muchos pueblos segovianos: sin agua corriente, sin tendido telefónico, sin alcantarillas, sin saneamientos, sin escuela, sin asfaltado…

—Y eso, ¿cómo cree usted que se puede arreglar?

—Eso se puede arreglar si vuecencia me deja usar su nombre.

—Explíquese.

No habían transcurrido dos semanas cuando Suárez obtenía una nota dirigida a Laureano López Rodó «recomendando» que Segovia fuese calificada como «provincia de acción especial». Y una dotación inicial de cien millones de pesetas, que en aquellos años eran muchas pesetas, para elevar la calidad de vida de aquellos ciudadanos de segunda.

Poco después mantuvo Suárez otra breve conversación con Franco, a propósito de presentarle el proyecto asociativo de la UDPE. Esta vez el provocador fue el General, y no se anduvo por las ramas:

—Y usted, Suárez, ¿qué piensa que pasará a la muerte de Franco? —Así, en tercera persona, como si él no fuese Franco.

—Sinceramente, excelencia, yo no creo que el franquismo sobreviva sin Franco.

—Cuando usted dice «el franquismo», ¿está queriendo decir el régimen?

—Sí, claro. Yo, al régimen de Franco, sin Franco, no le veo futuro.

—Pues tendrán que ir preparándose ustedes para hacer ese futuro… sin Franco.

Fue por entonces cuando el General sugirió al príncipe Juan Carlos que conociera a «un joven listo y muy audaz, Suárez, que está de gobernador en Segovia».

Se conocieron, sintonizaron, se cayeron bien. Hubo empatía. A Juan Carlos le gustaba de Adolfo su instinto político, su juventud en contraste con la gerontocracia franquista; su simpatía cautivadora; su lenguaje desenvuelto y no engolado; su actitud de apertura. Su ilusión por el futuro que a ellos les tocaba construir. Además, no le daba lecciones como Torcuato, ni le soltaba rollos como López Rodó. Fue surgiendo entre ellos una amistad de gran confianza. Hablaban en clave de futuro.

En una de aquellas conversaciones, Juan Carlos le preguntó:

—Adolfo, cuando muera Franco, ¿qué coño crees que habrá que hacer?

Suárez cogió un papelillo, una servilleta de parador, lo primero que tuvo a mano, y empezó a anotar esquemáticamente una serie de cosas que a la vez iba diciendo en voz alta:

—Hay que devolver la soberanía al pueblo. Eso en cristiano significa que el Rey tendrá que decir *bye bye* al poder absoluto… Hay que legalizar los partidos políticos. Hay que hacer unas elecciones libres y limpias. Hay que redactar una Constitución democrática, como las que tienen los demás países de Europa. Hay que hacer una reforma fiscal para que paguen más los que tienen más. Hay que suprimir las jurisdicciones especiales, los tribunales de excepción…

Era el tema que a los dos les importaba: cómo hacer el cambio de régimen, la apertura de las instituciones hacia la democracia, sin revolución, sin sangre, sin revanchas… y sin salirse de la legalidad. La idea ir «de la ley a la ley» pudo ser un chispazo de Torcuato, pero también la empleaban el Príncipe y Suárez. Uno y otro sabían que el nuevo Estado tenía que gestarse en la panza del Estado viejo, desmontando las Leyes Fundamentales pieza a pieza… y sin vivir ni un cuarto de hora a la intemperie de la legalidad.

Ciertamente, Suárez no era un jurista. Y ahí es donde Torcuato se hacía imprescindible.

—Adolfo —le decía Juan Carlos—, tú no dejes que me equivoque. Si alguna vez me despisto, zas, dame un tirón del brazo y bájame a la realidad[18].

Y no eran sólo chácharas futuristas, o apuntes a vuela pluma en una servilleta de papel. También informes. Un viernes de abril o mayo de 1975, Adolfo le preguntó a Fernando Herrero Tejedor —entonces ministro del Movimiento— si contaba con él para algún trabajo aquel fin de semana. Había entre los dos una gran confianza. Herrero, aunque era su superior, solía llamarle en broma «jefe»: «¡Eh, tú, jefecillo, que te gusta mucho mandar!» Y esa vez le contestó:

—No, gracias. Tengo que trabajar un asunto muy delicado y he de hacerlo solo.

—Pues me viene de perlas, porque yo también tengo entre manos otro trabajo delicado y… confidencial.

En la respuesta de Suárez percibió Herrero Tejedor un puntito de vanidad.

—¿No te lo habrá encargado el Rubio…?

—Pues sí, el Rubio.

—A ver si estamos en lo mismo…

Estaban en lo mismo, el Príncipe por entonces pedía a distintas personas que le esbozaran un proyecto de democratización, medidas jurídicas que adoptar para hacer el cambio político, demandas sociales, estados de opinión en diversos ambientes…[19]

En el retrovisor de su historia política, Suárez veía tres claras intervenciones del Príncipe en su favor, pero él rentabilizó las tres en beneficio del Príncipe. Una fue cuando Juan Carlos pidió

a Carrero que nombrasen a Suárez director de RTVE. El ministro del ramo, Alfredo Sánchez-Bella, se oponía. «Es lo único que el Príncipe me ha pedido en toda su vida», le argumentó Carrero[20]. Y desde RTVE, Suárez se dedicó *full time* a cuidar y a poner en valor la imagen pública del Príncipe, que hasta entonces era un oficial estirado, larguirucho, taciturno, con una sola ceja, la gorra caqui calada y siempre dos pasos detrás del Generalísimo.

Otra intervención del Príncipe fue que Herrero Tejedor se llevara a Adolfo consigo, como número dos en el Ministerio del Movimiento. Desde ese puesto, que controlaba todos los flujos y reflujos políticos del régimen, Suárez se aplicó a dialogar con los dirigentes de la oposición, a quienes Juan Carlos todavía no podía dirigirse: Enrique Tierno Galván, Raúl Morodo, Dionisio Ridruejo, Salvador de Madariaga, Gregorio López Raimundo, enlace de Santiago Carrillo, o Carlos Hugo de Borbón Parma… Intentó verse con Felipe González, aún *Isidoro*; pero la respuesta del líder socialista fue bastante despectiva: «Yo sólo hablo con el poder». Después, ponía al día al Príncipe sobre las actitudes y las exigencias de esos personajes, sin que Juan Carlos se arriesgase o se comprometiese en conversaciones directas con ellos. También desde ahí, Suárez enviaba a Don Juan Carlos informes políticos de lo que ocurría en presente y soluciones de futuro. Era una fuente de información que emitía desde la sala de calderas del régimen, y sin edulcorarle la realidad[21].

Por entonces, Adolfo alquiló una casa, La Chavea, en la Granja de San Ildefonso, y allí siguió viéndose con Juan Carlos, designado ya por Franco «sucesor a título de Rey».

La tercera intervención del Príncipe a favor de Suárez podía parecer anodina, porque no tocaba poder, pero era interesante: Juan Carlos le encareció a Solís que pusiera a Suárez al frente de la UDPE, que entonces no era sino un gran fichero político, pero que podría convertirse en una asociación de amplia base, orientada a sectores sociales muy heterogéneos entre los que podrían seleccionar a personas de cierto nivel cultural y buena ubicación social, gente de ideología aperturista y con inquietud por participar en los asuntos públicos. De cara al inmediato futuro, sería un fuerte respaldo para la Transición[22].

Y ahora, este brindis al sol, tirando de su naipe, una simple sota entre dos ases, en la prodigiosa terna de Torcuato. «Lo que el Rey me ha pedido». Eso… iba por él. Suárez respiró hondo. Se batiría el cobre.

Cuando el SEAT 127 azul claro llegó a San Martín de Porres 53, por la radio y la televisión ya se sabía la noticia de que el nuevo presidente del Gobierno había sido recibido por el Rey. Un tropel de fotógrafos y periodistas montaban guardia allí:

—¿Se siente usted un presidente legítimo? —le espetó un corresponsal extranjero.

—Soy presidente del Gobierno conforme a la legalidad vigente en mi país —respondió rápido Suárez—, pero sé que la legitimidad sólo la otorgan las urnas.

No era una repentización improvisada. Con esa respuesta, definía ya cuál iba a ser el horizonte de su actuación.

Al día siguiente, los periódicos nacionales fueron benévolos ante la noticia sobre Suárez. Ni agresivos ni entusiastas. Todos señalaban que, si teniendo Don Juan Carlos delante una terna de tronío, había elegido «al joven falangista Suárez», no había que darle más vueltas: ése era el

nombre que «el Rey había pedido». Y tanto titulares como editoriales se movían sobre tres apreciaciones: presidente «joven», «procedente del falangismo», «hombre del Rey».

Las censuras y los dicterios descargarían días después, cuando se conociera el nuevo gabinete. Entonces, sí: «El primer Gobierno franquista de la Monarquía», «El primer Gobierno franquista del posfranquismo», «Decepción», «Un Gobierno de penenes», «El apagón», «No es hora de bromas ni de piruetas», «Barrida toda una generación política», «Un Gobierno de verano», «¡Qué error, qué inmenso error!»… Esas erupciones viscerales eran tan irreflexivas que, antes de transcurrir un año, varios de sus autores serían ministros del presidente al que con esos y otros denuestos estaban recibiendo: chusquero, flecha, chisgarabís, un tal Suárez, sin pedigrí[23].

«¿Un franquista para traer la democracia?»

El domingo 4, el Rey apenas pudo separarse del teléfono.

Por varios embajadores acreditados en Madrid supo que la sustitución de Arias Navarro por «un hombre joven que llega decidido a instaurar la democracia» y que «por edad no pudo combatir en la guerra civil, y por familia no está vinculado a ninguno de los bandos enfrentados» había sido muy bien acogida en las cancillerías europeas y de modo especial en Washington.

En cambio, recibió dos llamadas bastante críticas que le sorprendieron. Una, de su amigo de siempre Jaime Carvajal y Urquijo:

—Ya vi anoche la tele y he leído hoy la prensa…

—¿Y qué te parece?

—Me parece, señor, que con esta elección se ha cargado la Monarquía…

Un silencio largo. Jaime oía respirar al Rey. Estaba en línea.

—Creo que te equivocas, Jaime. Conozco bien a Suárez. Le he tratado mucho desde hace un montón de años. No sólo no es ese falangista que dicen, sino que es un demócrata convencido, y un tipo listo, valiente y con la ambición que se necesita para meterse en el zafarrancho en que se va a meter. Tengo confianza en él. Lo hará bien. Espera, espera y ya verás…[24]

La segunda llamada era de otro hombre joven, Luis Solana, socialista que ya en los años sesenta, siendo un joven ejecutivo del Banco Urquijo, iba de incógnito a La Zarzuela, en moto y bajo la escafandra del casco, para charlar con Juan Carlos, el Príncipe vigilado. La reacción de Solana fue también muy derrotista:

—Un giro de tuerca al pasado… ¿Un franquista para traer la democracia? Además, un político de media talla, un espécimen de medio pelo…

El Rey le dio los mismos argumentos que a Carvajal, sin más explicaciones, y le pidió que confiara.

El tono de voz de Luis Solana, siempre animoso y alegre, denotaba frustración, decepción, disgusto. Entonces al Rey se le ocurrió una idea:

—Hablaré con Adolfo Suárez. Tú deja que pase todo el lío de formar el Gobierno y de las juras, y luego le llamas, os veis… y tírale de la lengua. Pero fíate de mí: sé a quién he elegido. No he improvisado. Os sorprenderá.

A los seis días de la jura del Gobierno, los dos jóvenes políticos tuvieron un encuentro a solas. Suárez le dijo: «Pregúntame lo que quieras, a tumba abierta». Solana le sometió a un tercer grado político, mientras tomaba algunas notas. En esas notas plasmó después cómo fue pasando de la prevención a la confianza, y del rechazo a una actitud esperanzada. Había detectado en Suárez una sintonía plena con los propósitos liberalizadores del Rey. En aquel mano a mano, Suárez manifestó a Solana que su Gobierno se consideraba «provisional»:

—Tenemos una tarea que hacer, muy difícil, pero muy concreta: legalizar los partidos, convocar elecciones, para que el pueblo se exprese libremente, y constituir unas Cortes democráticas que hagan la Constitución. Con vistas a legalizar todos los partidos, tanto yo como mis ministros estamos absolutamente dispuestos a iniciar contactos para negociar con la oposición.

—¿Todos los partidos? ¿Incluido el comunista? —preguntó Solana.

—Todos los partidos. Si el Partido Comunista se atiene a las normas de la legalidad como los demás, sería una injusticia dejarlos extramuros del sistema.

Y en ese tramo de la conversación, le advirtió cargando énfasis de gravedad a sus palabras:

—Tendremos que movernos con agilidad, pero con tacto y prudencia, porque el peligro militar existe. Es real[25].

A las dos semanas de ese mano a mano Suárez-Solana se produciría, también sin testigos, el primer encuentro de Adolfo Suárez con Felipe González.

Por la mañana y por la tarde del domingo 4 de julio, el Rey seguía adosado al teléfono. Alrededor de la una, llamó él a los no elegidos en la terna: Federico Silva Muñoz y Gregorio López Bravo. No era fácil «dorarles la píldora». Ambos tenían más votos que Suárez, más prestigio académico, más relevancia política, más historial de servicios… Sin embargo, el Rey había preferido a Suárez. No podía decirles la verdad: ninguno de ellos estaba dispuesto a hacer una democracia total, sin exclusiones; ninguno de ellos quería finiquitar el régimen de Franco y sus instituciones; ninguno de ellos hubiese admitido en el juego político al PCE. Así que les dio otra razón más salomónica. Siendo Federico Silva un dirigente de los católicos Propagandistas y Gregorio López Bravo un supernumerario del Opus Dei, el monarca se agarró a ese pretexto:

—Aunque yo sé que en vuestra actividad política vais por libre y no recibís directrices ni consignas, queráis o no, la gente os ve con un tinte confesional, y a cada uno de un sector muy concreto de la Iglesia. Eso me crea un dilema, porque si elijo a uno de vosotros, al que sea, doy la impresión de que me inclino por los Propagandistas o por los del Opus; y yo tengo que estar por encima de preferencias entre los sectores católicos. De otro modo, en vez de unir, dividiría.

Y supo confortarlos a la borbónica manera:

—Nunca había sufrido yo más dolor que en esta ocasión, al tener que elegir presidente del Gobierno entre tres amigos tan queridos.

Después, a uno y otro les dijo:

—El Gobierno de Suárez no durará más de ocho meses o un año, hasta que se haga la reforma y se celebren las elecciones. Como vamos a necesitar gente valiosa en la escena política, durante este tiempo no te comprometas demasiado, ni te gastes… Habrá mucho que hacer, y yo

quiero contar con tu colaboración[26].

Esa idea de la brevedad del Gobierno de Suárez la manejó el Rey hablando con muchos durante aquellos días. Sin duda, él mismo lo pensaba así, tenía un concepto utilitario y funcional de las personas: Suárez liquidaría el búnker desde dentro con la franquicia de quien es considerado «uno de ellos», y establecería acuerdos con la oposición con la patente de su juventud y su sincera voluntad democrática. Éste fue uno de los argumentos que empleó con Areilza. El conde de Motrico había encajado muy mal el golpe. Disimulaba con elegancia y *savoir faire*, pero en privado se le veía con un bajonazo de ánimo casi depresivo, remetido en su silencio y con la amarga sensación de que Torcuato y el Rey habían jugado con él.

Aún no había comenzado Suárez a combinar su gabinete cuando varios ministros del equipo saliente se adelantaron a declarar en público y en publicado que no deseaban gobernar con Suárez: Fraga, Areilza, Garrigues, Martín-Gamero, Robles Piquer… Una espantada afrentosa que el Rey, hablando con Suárez, tradujo por elevación. «Te dan la espalda a ti, pero sobre todo me la dan a mí, porque saben que tú eres mi apuesta». Y Suárez sentía el peso de una responsabilidad añadida: el Rey se la estaba jugando por él.

Osorio habló con Areilza para que permaneciera en el Gobierno. Le ofreció «la cartera que quieras y con galones de vicepresidente». Tras varias negativas, y con el parchís del gabinete prácticamente cerrado, a mediodía del miércoles 7 se descolgó con esta contraoferta: «Ser el vicepresidente único del Gobierno, sin que haya otra vicepresidencia, y con cuatro carteras de contenidos políticos que dependerían directamente de mí y cuyos titulares propondría yo». La desorbitada autoestima del conde rompió la cuerda. No hubo trato[27]. Pero todavía fue peor la reacción de Fraga, el otro «patanegra» político. Se encerró en el despacho de su casa y dijo «no estoy para nadie, llame quien llame, ¡para nadie!». Se acodó en su mesa de escritorio, redactó unas líneas al Rey en las que presentaba su irrevocable dimisión alegando su absoluta falta de fe en la capacidad del presidente Suárez para llevar adelante la empresa de la reforma. Y cursó una solicitud de reanudación de servicios en el cuerpo de letrados del Consejo de Estado.

Al Rey no le importaba que Areilza dejase el Gobierno. Incluso lo prefería, y así se lo dijo uno de esos días a Marcelino Oreja, que le sucedería en Exteriores. En cambio, le interesaba la continuidad de Fraga por su crédito entre las élites franquistas, por el grueso de procuradores que confiaba en él y por las garantías de orden que su autoritarismo ofrecía al estamento militar.

En cuanto entregaron al Rey la carta de Fraga, alargó el brazo hacia el teléfono y pidió que le pusieran al habla con él. Lo ocurrido a continuación fue patético. Respondió a la llamada Carmen Estévez, la mujer de Fraga. Fue presurosa al despacho de su marido, llamó a la puerta con los nudillos. «Manolo, abre, es el Rey… ¡Manolo, que es el Rey al teléfono…!» El domicilio de Fraga era un piso no muy grande, en un bloque de viviendas de profesores por la zona de Argüelles. El Rey al teléfono lo oía todo. Por supuesto, la respuesta a gritos del gran líder indignado. «¡He dado una orden: no estoy para nadie, y ese nadie incluye también al Rey!» Carmen se excusaba muy compungida: «Perdone, Majestad, este hombre, tiene esos prontos… Está muy disgustado, pero se le pasará…»

Don Juan Carlos, muy determinado, buscó otro cauce: llamó al banquero Emilio Botín padre: «Emilio —le explicó—, quiero transmitirle a Fraga un ofrecimiento de Adolfo Suárez para que

siga en el Gobierno; pero se ha encerrado, no se me pone al teléfono y su mujer llora como una Magdalena… Inténtalo tú, a ver». Botín hizo la gestión, y también fue inútil[28].

Al día siguiente, Leopoldo Calvo-Sotelo insistió de nuevo, en nombre de Suárez. Fraga estaba en su despacho de Gobernación embalando en cajas sus papeles y efectos personales. «Lo siento, mi querido amigo: la Monarquía me ha jubilado. No tengo más que decir».

Tal como acordaron entre los huevos fritos con salchichas, Alfonso Osorio se convirtió inmediatamente en «el vice» de Suárez. Tiempo atrás, el Rey le había dicho: «Alfonso, procura llevarte bien con Adolfo. Juntos podríais ser un tándem formidable». Ya en la noche del sábado 3, Adolfo le encomendó la elaboración de un Gobierno con una horquilla muy abierta a las diversas sensibilidades centristas.

—Mis amigos no son políticamente presentables…, proceden del Movimiento, no darían imagen de cambio político, ni de mano tendida para que se integre la izquierda. ¡Menuda pitada…! Haz tú la lista como te parezca. Hombre, en lo posible, no te limites a tus democristianos, aunque es un buen bancal. Llama a muchas puertas, toca muchos timbres, que mucha gente se sienta convocada. Aunque nos digan que no, luego lo contarán por ahí…

—¿Y cuáles son tus nombres? ¿Navarro, Graullera, Manolo Ortiz, Rafa Anson…?

—No. Yo sólo tengo un par de nombres que me gustaría que estuviesen: Fernando Abril e Ignacio García López. Ignacio no lo hará nada mal si le encomiendas el Movimiento, porque conoce sus tripas y le va a tocar liquidarlo[29].

Osorio, en efecto, tocó muchos timbres, habló con más de cuarenta políticos o personajes notorios del mundo académico, empresarial, judicial… Los síes fueron muchos y muy discretos. Los noes pocos, pero muy sonoros. Para el que iba a ser realmente el primer Gobierno del Rey fueron sondeados personajes de tan diversas ideologías como Miguel Boyer, Francisco Fernández Ordóñez, Antonio García López, Josep Pallach i Carolà, Ramon Trias Fargas, Eduardo García de Enterría, Enrique Fuentes Quintana, José Lladó Fernández-Urrutia, Luis Sánchez Agesta, Ricardo Díaz Hotchleiner, Federico Mayor Zaragoza, David Pérez Puga, José Luis Meilán, Ramón Entrena Cuesta, Rafael Pérez Escolar, Eduardo Peña Abizanda, Ángel Galíndez, Enrique Larroque, Enrique Sánchez de León, los hermanos Alberto y Ramiro Cercós, Carlos García Revilla, Fernando Álvarez de Miranda, Víctor Castro Sanmartín, Jaime Argüelles, José María López de Letona, Ángel Sánchez Asiaín, Manuel Ortiz Sánchez, Fernando Benzo Mestre, Jesús Sancho Rof, Fernando Suárez, Antonio Barrera de Irimo, Rafael Orbe Cano, Vicente Segrelles… Ciertamente, no a todos se les ofrecía una cartera, sino un cargo de segunda fila o simplemente una línea abierta a su colaboración. Y en ese listado había socialdemócratas, liberales, democristianos, socialistas, reformistas… Demócratas todos ellos[30].

El Rey se implicó también en la confección del Gobierno. En realidad, había empezado a hacerlo antes incluso de que Adolfo fuera presidente. Un día, cuando Arias Navarro estaba sin saberlo en su cuenta atrás, el monarca le pidió al ministro Francisco Lozano que tantease a Landelino Lavilla: «Es consejero de Estado, preside la Editorial Católica, es del Grupo Tácito y me han llegado buenas ondas de él. Pregúntale qué piensa de la Monarquía encarnada por mí; qué opina de Adolfo Suárez… y, como cosa tuya, mira a ver si le gustaría ser ministro de Justicia

en un Gobierno presidido por Adolfo».

La cuestión tenía su retranca. Al Rey le habían hablado elogiosamente de Lavilla, sí, pero sabía que pocos años atrás, a solicitud de Alfonso de Borbón y Dampierre, hizo un informe jurídico sobre sus derechos al trono.

Lozano y Lavilla se citaron en el restaurante Zalacaín el 25 de junio[31]. Enseguida entraron en materia política. Lavilla, como jurista estudioso, tenía ideas muy precisas sobre «cómo se debería dar el paso al sistema democrático, sin los destrozos de un elefante en una cacharrería». Lozano, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, retuvo sus palabras como si fuesen la fórmula de un explosivo para demoliciones silenciosas: «El expediente para derogar todo el tinglado legal del franquismo está en las mismas Leyes Fundamentales. Se trata de hacer una octava Ley Fundamental, con ese rango, que incrustada entre las otras disloque el conjunto y las cambie a todas por la vía pacífica de la derogación».

A pesar de su aspecto sereno, su hablar mesurado, sus ojos claros y su *seny* catalán, Landelino era un hombre con pértiga interior. Un hombre dispuesto al salto de audacia. Le habló de la generación a la que ellos pertenecían:

—Los del 36, de un bando o de otro, hicieron la guerra; nosotros no combatimos, éramos niños. Yo tenía dos años cuando estalló… Pero veinte años después, en 1956, éramos unos jóvenes que estábamos en la universidad, cuando el Gobierno de Franco depuraba catedráticos, cerraba facultades y nos echaba los grises a caballo. Esa hornada nuestra quería un cambio político, libertades cívicas, apertura amplia, democracia real. Y sabíamos que no nos lo iban a regalar. Tendríamos que hacerlo nosotros. Yo eso lo he sentido siempre como una responsabilidad generacional. Ahora, en 1976, han pasado otros veinte años. Ha llegado la hora de que aquellos estudiantillos pasemos a la acción, cada uno desde nuestro sitio profesional y social.

—¿Y tú crees que un tipo como Adolfo Suárez, por ejemplo, que es de nuestra generación, puede estar en la misma sintonía, tener necesidad de que la vida española cambie? ¿O a él y a otros como él les va bien que todo siga como está?

—Te aseguro que Adolfo piensa y siente esto mismo. Lo he hablado con él.

—¿Os conocéis? —No contaba Lozano con esa sorpresa.

—Nos hemos visto sólo un par de veces. En 1974, cuando Herrero Tejedor le nombró vicesecretario general del Movimiento, acudió al Consejo de Estado para tomar posesión de su plaza de consejero nato y le atendí yo. Fue nuestra primera conversación y hablamos ya del futuro político. Me sorprendió que un hombre del Movimiento estuviera ya en esa idea de cambiar la realidad política, y con gran entusiasmo. Por cierto, cuando ya nos despedíamos en aquellas escalinatas alfombradas, con una sonrisa encantadora me dijo: «Si yo fuera presidente, tú no estarías aquí haciendo dictámenes».

»Al cabo de un año, viviendo aún Franco, volvimos a encontrarnos por la calle Génova. Adolfo cruzó a la acera donde yo estaba y reanudamos aquella primera conversación. Le dije, como en un telegrama: «Lo que hay que hacer es una convocatoria de elecciones generales para que se forme la asamblea constituyente». Y me contestó: «Lo haremos, Landelino. Tú conmigo, en cuanto yo sea presidente del Gobierno». Y no con una sonrisa encantadora, sino muy serio.

De modo que cuando Osorio, en el trajín de componer el Gobierno, llamó a Landelino, compañero suyo del Grupo Tácito: «Oye, Lande, que el presidente querría verte», no necesitó explicar más. Desde aquel tanteo del Rey con «mando a distancia», Landelino ya era in péctore el futuro ministro de Justicia[32].

«Dicen que no encuentro ministros, pero hay cola de espera»

Por recomendación del monarca —y a Suárez le pareció bien— siguieron al frente de sus carteras Pérez de Bricio y Lozano Vicente.

El Rey impuso a Suárez la permanencia de los cuatro ministros militares. Un trágala. Pero también le alertó, «una cosa es la prudencia y la cortesía, y otra cosa es el temor reverencial. Tú haz lo que debes hacer y no dejes que te marquen el paso». Más aún, le recomendó que resolviera el Gobierno cuanto antes, para no prolongar la presidencia interina del teniente general De Santiago.

Antes de cerrar el cuadro del gabinete, y mientras Fraga seguía bramando, Suárez intentó la doble jugada de entregar Gobernación a un militar, lo cual tranquilizaría a los «duros»; pero a un militar de su total confianza que controlase cualquier subida de tensión de los otros ministros militares cuando empezaran a producirse cambios no gratos: Manuel Gutiérrez Mellado. Había ascendido ya a teniente general y acababa de ser nombrado jefe del Alto Estado Mayor. Le localizó por gabinete telefónico, justo cuando Gutiérrez Mellado viajaba de Valladolid a Madrid para incorporarse a su nuevo destino. Le hizo la propuesta.

—Gracias, presidente, pero me pillas cambiando de ciudad, de puesto, de despacho… Dame un tiempo para pensarlo.

—¿Cuánto? Vamos ya contrarreloj…

—No sé…, lo pienso en ruta y al llegar a Madrid te llamo.

Así lo hizo.

—Creo que, a efectos de controlar los cambios de humor o los subidones entre los de mi estamento, podré serte más útil desde el «Alto» que empotrado en el Gobierno. Por otra parte, las tareas policiales y de orden público de Gobernación no son lo mío. No me veo capacitado para ese ministerio[33].

Como Areilza seguía haciéndose de rogar y su demora colapsaba varias combinaciones, el Rey tiró por la calle de en medio:

—Adolfo, he tenido aquí a Marcelino Oreja. Le he sondeado y puedes ofrecerle Exteriores. Trabaja en esa casa desde que echó los dientes… Es diplomático de carrera, tiene oficio y se lo sabe todo de carrerilla. Cuando yo era Príncipe, venía a situarme en el plano internacional. No sé qué opinarás, pero tal como se han puesto las cosas, yo prefiero que Areilza no continúe.

Al final de la mañana del martes 6, Oreja fue al palacete de Castellana, sabiendo a qué iba.

—Adolfo, tres cuestiones previas. Primera: ¿quiénes vamos a estar en el Gobierno?

—Unos cuantos amigos tuyos, democristianos del Grupo Tácito y de la UDPE: Landelino Lavilla, Eduardo Carriles, Andrés Reguera Guajardo, Álvaro Rengifo, Alfonso Osorio… También Carlos Pérez de Bricio, Francisco Lozano Vicente, Rodolfo Martín Villa, Fernando

Abril, Ignacio García López, Leopoldo Calvo-Sotelo. Los cuatro militares siguen en sus mismos puestos. Y hay nombres pendientes aún de una combinación.

—¿No entra José Luis Álvarez?

—No sé quién es…

Marcelino hizo un panegírico del notario Álvarez, también del Grupo Tácito; pero notó que su propuesta llegaba ya tarde.

—Dicen los periódicos que no encuentro ministros, pero hay cola de espera —comentó Suárez en tono de broma—. Hasta el ilustre Pepe Solís ha dicho «yo estoy siempre a la orden».

—Segunda cuestión —siguió Marcelino—: ¿adónde vamos?

—A una democracia plena, sin exclusión alguna. ¿Y la tercera cuestión?

—Pues sí, yo me siento enormemente honrado con tu propuesta, pero no puedo aceptar sin el plácet de Areilza.

—Él ya no es tu ministro…

—Te explico mis razones. De una parte, Areilza ha sido un gran ministro de Exteriores, ha vendido fuera de España una mercancía inexistente, nuestra democracia, y la ha vendido muy bien. Yo estoy totalmente de acuerdo con el trazado de su política. De otra parte, él me nombró subsecretario. Entenderás que quiera consultar esta decisión con quien me ha dado su total confianza.

Oreja visitó a Areilza por la tarde. El conde de Motrico reaccionó un poco histriónicamente, llevándose las manos a la cabeza, consternado:

—Pero ¿el Rey y Torcuato, que han tramado toda esta operación, se dan cuenta de en qué manos dejan este país? Si la situación política ya venía siendo insostenible, ¡esto va a ser un desastre! No se podrá avanzar ni en apertura, ni en libertades, ni en diálogo exterior, ni en nada de nada… Lo malo, o lo bueno, es que no durará…

—José María, ¿qué respondo?

—Acepta. —Areilza seguía considerándose el señor de Santa Cruz—. A mí me interesa que Exteriores esté bien llevado, y que al menos ahí no demos bandazos.

Desde el local del Grupo Tácito, cerca del estadio Bernabéu, Marcelino telefoneó a Suárez: «Presidente, tienes mi sí para lo que hablamos esta mañana»[34].

El motivo que Areilza adujo para apartarse del Gobierno de Suárez fue «mantener intactas mis convicciones ideológicas». Ante tal deseo de pureza, la pregunta lógica era cómo logró mantener intactas e incontaminadas sus «convicciones» durante los siete meses que fue ministro de Arias Navarro.

Además, el hecho de que Fraga, Areilza, Martín-Gamero, Robles Piquer y Garrigues se desengancharan juntos de un todavía no nato Gobierno Suárez, negándose incluso a conocer su programa, era indicio de que no estaban en una política de fines, sino de medios y de personalismos. Y como primer decantado, ese desenganche en bloque hacía desaparecer, aun sin ellos pretenderlo, los puntillosos matices que hasta entonces parecían distinguirlos.

Torcuato Fernández-Miranda prefirió mantenerse al margen de la cocina donde se guisaban los relevos. Era su modo de actuar. Fuera de la escena, aunque con cierta presencia. La del espejo. Así lo veía, con su perspicaz miopía, Carlos Luis Álvarez, *Cándido*: «En el fondo del

espejo queda Torcuato, que es indeteriorable por naturaleza, pues más que él mismo es su propia imagen, reflejada en un espejo que le obedece». Pero, en varios casos, Suárez y Osorio le consultaron, y opinó. Por ejemplo, para cubrir la cartera de Educación, dio el nombre de Aurelio Menéndez, alumno y paisano suyo, catedrático de derecho mercantil y miembro del prestigioso bufete Uría Menéndez, que resultaría utilísimo en las tareas legislativas de la reforma y hombre puente en ciertos contactos con Santiago Carrillo.

Pío Cabanillas, secundado por Carlos Mendo y Darío Valcárcel, del flamante diario *El País*, próximos los tres a Areilza y a Fraga, hicieron llamadas a algunos ministrables disuadiéndolos de aceptar. Uno de los que, tras muchas dudas, sucumbió a esas influencias y optó por quedarse en el andén fue el catedrático de Hacienda Pública Enrique Fuentes Quintana. «Ya pasará otro tren», dijo. Y ciertamente, antes de un año pasó otro tren, y lo cogió… con billete de vicepresidente para Asuntos Económicos.

Con todo, entre el nombramiento de Suárez y el anuncio de la lista del Gobierno sólo transcurrieron sesenta horas.

Antes de dar a conocer a su equipo, y consciente de que era su nombramiento lo que había desconcertado a unos, irritado a otros y decepcionado al resto, Adolfo Suárez hizo algo muy suyo: agarrar el toro por los cuernos y dar la cara. ¿Ante quién? Ante el público en general, a quien quisiera encender el televisor o la radio a las nueve y media de la noche. ¿Escenario? El despacho del Ministerio del Movimiento ya no era su sede. El de Presidencia, en Castellana 3, no lo era todavía. Tampoco se trataba de ofrecer un programa de gobierno, sino de presentarse él mismo tal cual era, sin decorados ni artificios. Desde la sala de estar de su casa, pues. Un estilo rupturista para entonces:

Si gobernar es administrar unos bienes que son propiedad de todo el pueblo, es lógico que mi primer propósito sea la relación directa con todos… Estoy aquí para trabajar con todos y por todos. […] Vamos a acelerar la reforma política como una tarea urgente que nuestro tiempo exige. […] La meta última del Gobierno que voy a presidir es muy concreta: que los gobiernos del futuro sean el resultado de la libre voluntad de la mayoría de los españoles.

Era el anuncio del fin del areópago que constituía el Consejo del Reino a puerta cerrada y con las cartas marcadas. Y era sobre todo el anuncio de las urnas democráticas.

Parto de la evidencia de que España es una tarea común; de que la buena voluntad no es patrimonio exclusivo de determinados grupos; y de que el diálogo a rostro descubierto es el único instrumento de convivencia […]. Pertenezco por edad a una generación de españoles que sólo ha vivido la paz. Pertenezco por convicción y talante a una mayoría de ciudadanos que desea hablar un lenguaje moderado, de concordia y conciliación. Deseo que el orden y la libertad convivan en el mismo campo y mutuamente se completen […]. Si tuviera que señalar una aspiración en estos momentos, la concretaría en la fórmula clásica: gobernar con el consentimiento de los gobernados.

No lo dijo con palabras, pero sí con la expresión de su mirada: un consentimiento voluntario, no impuesto como hasta entonces, donde se consentía porque no se podía disentir. Se dirigía «a una mayoría de españoles a quienes nos apremia la urgencia de unas libertades cívicas y unos derechos que comienzan en una vida digna y terminan en la posibilidad de que el pueblo sea el

dueño de su propio destino».

Ese breve discurso en un tono sencillo, desencorsetado y sin asomo de autoritarismos, traspasó el cristal de los televisores. Llegó. A mucha gente anónima y sin voz les hizo atisbar algo nuevo, algo joven, algo que quizá podía ser «lo distinto».

Pero entre los no anónimos, entre los que tenían voz y megafonía, el Gobierno de Adolfo Suárez fue recibido con la peyorativa metáfora de «Gobierno de penenes». La alusión al bajo perfil jerárquico de los profesores no numerarios hizo fortuna y se convirtió en eslogan. Sin embargo, el palmarés de títulos académicos y experiencia profesional de aquellos veinte hombres era de una consistencia notable. A decir verdad, el único abogado raso era el presidente[35].

Con el paso del tiempo, y pese a las facilidades para adquirir estudios universitarios, licenciaturas y másteres en el extranjero, ni el mejor de los gobiernos de Felipe González o de José Luis Rodríguez Zapatero hubiese resistido una comparación curricular con aquel menospreciado equipo «penene» de Suárez. Por lo demás, era un Gobierno cuya virtualidad no estribaba tanto en la panoplia de títulos como en el corte generacional: exceptuando la obligada presencia de los cuatro ministros militares, los otros dieciséis eran hombres de esa nueva generación que no había hecho la guerra y no tenía alojada en el alma la metralla del rencor guerracivilista. Un Gobierno con más futuro que pasado y con el coraje necesario para hacer lo que los españoles esperaban desde hacía muchos años[36].

«O zumbamos o nos zumban»

Juraron su cargo el jueves 8 en el palacio de La Zarzuela, y al día siguiente volvieron para el primer Consejo de Ministros, que quiso presidir el Rey.

Por aquello de que la puntualidad es la cortesía de los reyes, Don Juan Carlos llegó el primero a la antesala. Pero enseguida, y también con bastante antelación, se presentó Marcelino Oreja. El Rey miró su reloj de pulsera y se alegró de que aún tuviesen unos minutos para tratar de un tema que le preocupaba:

—Marcelino, hay que arreglar lo del Concordato con la Iglesia. Y pronto. Supongo que Areilza te tendría al tanto. Yo estoy queriendo ceder el privilegio de la terna para los nombramientos de obispos; pero Carlos Arias no me ha dejado, me lo ha impedido. El titular del privilegio no era Franco, sino yo, por mis abuelos… desde los Reyes Católicos. Llevamos con esto desde los tiempos de Castiella, fíjate si ha llovido. Ya el último día que hablé con Areilza le dije: «El asunto de la Santa Sede lo voy a reiniciar yo, con una carta mía a Pablo VI anunciándole mi propósito de renunciar a ese derecho, que corresponde a la Corona». Mondéjar, como jefe de la Casa Real, llevaría la carta a Roma para entregarla en mano al papa. Y, una vez cumplido ese gesto mío, ya nuestro Gobierno y el de la Santa Sede os aplicáis al nuevo acuerdo. ¿Cómo lo ves?

En aquel momento entró Adolfo Suárez.

—Mira, Adolfo, estaba hablando con Marcelino de las relaciones con la Santa Sede y de mi renuncia al privilegio del fuero…

—¡Vaya, hombre, aún no hemos empezado y ya me están puenteando! —Suárez hizo un

guiño pícaro—. Conozco el asunto y estoy totalmente de acuerdo. Si te parece, Marcelino, en este mismo Consejo de Ministros te estrenas tú con ese tema y explicas lo que piensas que hay que hacer.

En efecto, cuatro días después, Mondéjar entregó a Pablo VI una carta del Rey, oficializando la renuncia al privilegio que Roma deseaba desde los tiempos del Concilio Vaticano II[37].

Comenzaba un nuevo ritmo de acción. Suárez, en sus conversaciones previas con cada fichaje, había marcado una estrategia común: «Actuaremos con realismo, sí, pero con rapidez y por sorpresa, para impedir la reacción obstruccionista del búnker. Lo sé por experiencia, o zumbamos o nos zumban».

El Rey, en sus palabras de saludo al Gobierno, destacó como un trazo positivo el relevo generacional: «Representáis la llegada de una nueva generación a la responsabilidad del Consejo de Ministros». Les impulsó a trabajar con brío y quemando etapas: «Comenzad enseguida vuestra tarea. Habéis de tomar decisiones importantes en el aspecto político y en el económico. Obrad sin miedo, ¡obrad sin miedo! Que éste sea un Gobierno fuerte en un Estado fuerte». Sin descender a detalles, aún prematuros, sí señaló el proceso del cambio que les encomendaba: «A las tareas normales que habréis de desarrollar, se suman hoy las de pulsar y conocer en profundidad las aspiraciones del pueblo español y canalizarlas por cauces de autenticidad y normalidad».

No desaprovechó la ocasión de abrir las expectativas a todos los ciudadanos: «A través de vosotros, quiero decir hoy a todos los españoles sin distingos ni exclusiones, que el Rey piensa en ellos, porque ellos forman la nación que personifico y son el pueblo al que sirvo».

Era un mensaje de imbricación de la Corona en los cambios políticos pendientes. Y, en esa línea de tutela, no se limitó a desear suerte al nuevo equipo; solicitó el concurso de los españoles: «Quiero pedirles que aporten su apoyo al Gobierno y que, cuando hayan de criticarlo, su crítica sea justa, constructiva y bien intencionada». Estaba en juego el gran objetivo común de decidir entre todos qué España se quería tener: «Hemos de hacer posible la participación clara y en paz de todos los ciudadanos en la tarea de determinar juntos nuestro futuro político».

El Rey los había animado a ganar tiempo —«comenzad enseguida vuestra tarea»—, y empezaron a gobernar con sentido de urgencia, sin perder un instante. Se creó la comisión de subsecretarios —una especie de gobierno en la sombra— para agilizar los trabajos de los ministros, desburocratizar, y que los Consejos de Ministros fuesen menos deliberantes y más resolutivos. Desde el primer día que se instaló en Castellana 3, Suárez le dijo a su asesora Carmen Díez de Rivera:

—No quiero ver en mi mesa más papeles que aquellos que ineludiblemente tenga que firmar yo. Aquí no estamos para gestionar burocracia, sino para hacer política.

Iba en serio.

Sin embargo, todas las mañanas a las nueve se reunía con Andrés Cassinello, el nuevo jefe de los servicios de inteligencia, para estar puntualmente informado de «lo peligroso, lo preocupante, lo raro…, siempre que tenga importancia». ¿Le habrían contado que así lo hacían los inquilinos de la Casa Blanca desde los tiempos de Harry S. Truman?

Suárez «echa» a dos embajadores

La primera felicitación que recibió Suárez por su nombramiento fue del presidente Gerald Ford. Al Rey le alegró, sin embargo su instinto le advirtió de que convenía tener un gesto con Giscard d'Estaing. Recordó la frase del embajador Deniau, que Areilza le había comentado en la última presentación de credenciales, a propósito del viaje del monarca a Estados Unidos y no a Francia: «Está celoso como un tigre». Y le dijo a Suárez: «Adolfo, sería bueno que hicieras una visita rápida a Giscard, la primera tuya como presidente, para cumplimentarle y asegurarle que esto ahora va en serio de verdad. Le anuncias formalmente mi deseo de ir en viaje de Estado, y a ver qué consigues en materia de vigilancia de etarras sobre los que nosotros les iríamos dando información».

El Rey llamó en directo a Giscard. A partir de ahí, por los vericuetos diplomáticos fijaron la cita para el 13 de ese mismo mes. Un viaje relámpago. Entrevista en Matignon con el primer ministro, Jacques Chirac. Dos horas. Suárez percibió cortesía y frialdad. Una vez allí, supo que no estaba prevista la audiencia con el presidente Giscard. Decepcionado, se desplazó a la mansión Wagram, sede de la embajada de España, en la avenida de George V. Una sesión de trabajo, una rueda de prensa, en la que le frieron a preguntas sobre la legalización del PCE y la amnistía, y a las cuatro de la tarde ya estaba en Madrid. Las manos vacías y una incómoda sensación de haber sido mirado por encima del hombro. Ante los periodistas franceses disimuló: «Me voy satisfecho, y esta visita no será la última, sino una más en las relaciones normales de dos países amigos».

Por exigencias del guión —cítricos, residuos nucleares y etarras, en una misma bolsa— tuvo que volver a París. Y decidió sacarse la espina del amor propio. Antes, se aseguró de que habría un encuentro a solas con Giscard. Llegó al palacio del Elíseo. El despacho de Giscard estaba al final de un largo corredor de altos muros con cuadros espléndidos a ambos lados. Suárez se percató de que dos elegantes ujieres flanqueaban la imponente puerta del despacho del presidente. Y vio a Giscard, estatuario, majestuoso, aguardando en el umbral. El francés pensaba esperar allí quieto a que Suárez recorriese la galería a buen paso hasta llegar a él. «¡Que te crees tú eso!», pensó. Y fue caminando, sí, pero deteniéndose a ver los cuadros a un lado y a otro, como si no hubiese advertido la presencia del presidente allá al fondo. Así, al ir parándose, forzó a que Giscard le saliese al encuentro a mitad de camino[38].

Tampoco esa vez hubo entendimiento ni resultados prácticos. Giscard se mostró altivo y frío con él. No le concedía importancia. Sólo quería una relación directa con Don Juan Carlos. Incluso pareció tomarle por su mensajero. De otra parte, Adolfo apenas chapurreaba el francés, no tenía soltura en la escena internacional y no dominaba un sinfín de usos de la alta sociedad. Se sintió acomplejado.

Estando Suárez un fin de semana en Ávila, en casa de Fernando Alcón, uno de sus mejores amigos, y en tertulia distendida con otras personas de toda confianza, se quejó de la falta de colaboración de Giscard en la lucha contra ETA —Francia seguía considerando a los etarras perseguidos políticos y los acogía con carta de asilados— y de su nulo apoyo a la aspiración española a entrar en la Comunidad Europea:

—Ninguna de mis entrevistas con el presidente Giscard —dijo Suárez— ha dado el menor resultado positivo. Cero. Nada. Es evidente que este hombre juega a la contra. Y no en mi contra, sino en contra de los intereses de España. ¿Por qué? No lo sé. Lo he hablado con el Rey. Y como no estoy dispuesto a que Giscard siga tomándonos el pelo, he decidido no volver a entrevistarme con él[39].

Sin embargo, pasado cierto tiempo, Don Juan Carlos le pidió que lo intentara una vez más. «Me contraría hasta los mismísimos… tuétanos, porque no aguanto la soberbia de ese señor —le respondió Suárez—, pero por si a la tercera va la vencida y por la envergadura de los temas que tratar, iré».

En efecto, Suárez, acompañado por el titular de Exteriores, Oreja, y otros cuatro ministros, celebraron una serie de conversaciones en Matignon con el primer ministro, que entonces ya era Raymond Barre, y con los ministros franceses homólogos. Más allá de la cobertura a ETA en el «santuario francés», abordaron la situación internacional de aquel momento, incluyendo la seguridad y el desarme, los problemas con el Magreb y las dificultades que Francia oponía a nuestra entrada en la Comunidad Europea. En ese jalón, Barre encendió una luz en el túnel: una fórmula con la que el sur comunitario, la Europa mediterránea, ganaría peso frente a la rica Europa nórdica sería gestionar el ingreso de España y Portugal en tándem. Lo cual, además, alejaría a Portugal de las veleidades comunistas. Se tardaría ocho años en recorrer el túnel, pero fue aquella luz de Barre la que hizo posible el ingreso del binomio ibérico en la Unión Europea en un mismo día.

En ese viaje sucedió también el famoso «episodio de la leche». Suárez insistió mucho en que la estancia de la delegación española durante días en París fuese calificada como viaje de trabajo, y también «de trabajo» los almuerzos en el Elíseo, en Matignon y en la embajada de España. En el menú del almuerzo que les ofreció el presidente Giscard figuraba un Château Latour de gran añada, que el propio Giscard elogió alardeando de la calidad de los caldos franceses. Cuando el sumiller fue a servirle a Suárez, éste hizo un gesto leve con la mano —«no, gracias»— para impedir el escanciado en la copa.

—¡Cómo! ¿No le gusta el Château Latour? —preguntó Giscard con cara de asombro—. ¿Prefiere otro vino?

—Gracias, presidente, no bebo vino.

—¿Y cuál es su bebida preferida? —Giscard, casi escandalizado.

—Soy de tierra de vinos, pero o tomo café o bebo leche.

Entonces, con aire impertinente, Giscard dijo al camarero que trajeran leche para el presidente español.

—No, no me traigan nada. Beberé agua —zanjó Suárez con cierta sequedad.

A pesar del incidente, las reuniones de trabajo discurrieron bien y con resultados más eficaces. En parafraseo facilón de Marcel Proust, fueron una recuperación del tiempo perdido[40].

No era un problema de empatía, de idiomas o de vinos lo que dificultaba las relaciones de Adolfo Suárez con ciertos países. Era una pura y simple cuestión de puenteo. Tanto el monarca saudí como el rey Hassan de Marruecos preferían ignorar al Gobierno español y entenderse «de hermano a hermano» con el rey Juan Carlos. Eran monarquías teocráticas absolutas, y bajo ese

paraguas podía comprenderse. Pero no así cuando quienes buscaban la interlocución directa con el Rey eran presidentes de Estados democráticos como el francés Giscard d'Estaing o el americano Gerald Ford. Para ellos era muy fácil descolgar el teléfono e implicar al Rey en asuntos de política exterior, ignorando o queriendo ignorar que interferían en competencias del Gobierno.

Los instrumentos que utilizaban tanto Giscard como Ford eran sus embajadores. El francés Jean-François Deniau —amigo de navegación de Don Juan Carlos— y el americano Wells Stabler habían tomado la costumbre de subir a La Zarzuela a despachar, a aconsejar, a asesorar, a informarse o a transmitir mensajes de sus presidentes. Ese puenteo comprometía al Rey y le sacaba de su papel constitucional, «superior y neutral».

Suárez cortó por lo sano esa desviación. No fue fácil, pero tenía algo de la tozudez de los *Toros de Guisando* y, al fin, a ambos embajadores les costó el cargo. Deniau cesó el 22 de noviembre de 1977. Stabler, el 4 de mayo de 1978[41].

«Quitarle al Rey todos sus poderes»

Hasta diciembre de 1978 en que estuvo hecha y refrendada la Constitución, el Rey era un monarca absoluto y tenía legalmente todos los poderes heredados de Franco. No habiendo una norma que le acotase el terreno de juego, era muy fácil que sucumbiera a la tentación de intervenir, de influir o de ser influido. Sólo el jefe del Gobierno podía mantener al Rey en su escaque del ajedrez. Por preservar la Corona, por proteger al propio Rey, evitándole compromisos y errores. Y para ir ubicándole ya en el aura constitucional donde el Rey es jefe supremo y símbolo nacional, que reina pero no gobierna.

Adolfo Suárez se lo dijo sin rodeos en la primera conversación que tuvieron la misma tarde del 3 de julio, cuando le nombró presidente: «Mi mayor servicio a la Monarquía será, paradójicamente, quitarle al Rey todos sus poderes… y librarle de responsabilidades que no le conciernan».

Y mientras confeccionaba el equipo de Gobierno, habló de eso mismo un par de veces con Landelino Lavilla. Como ministro de Justicia, tendría que ser el maestro de obra de la reforma política; pero antes, ya, sin apenas instalarse en su despacho, debutar en las Cortes con los cambios del Código Penal que el anterior Gobierno retiró por el rechazo de los procuradores.

«Ya en esos dos encuentros, los días 6 y 7 de julio, antes de jurar como ministro —recordaba Lavilla pasado el tiempo—, Adolfo y yo hablamos de la legalización del Partido Comunista». El Código Penal podía prohibir actuaciones, pero no podía calificar de ilícita una asociación por su historia, ni por su doctrina, ni por las conductas de sus militantes durante la guerra civil, que ya habían prescrito. Si el PCE presentaba unos estatutos cuyos fines fuesen instaurar la dictadura del proletariado o subvertir el Estado o dijesen que obedecían directrices del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), eso sí sería un ilícito penal. Por tanto, habría que ver qué reglamentos o qué ideario presentaban en su documentación. Si el PCE cumplía los requisitos legales, el Gobierno no podía cometer el ilícito de excluirlo del juego.

«También aquellos días, y posteriormente en ocasiones diversas, traté con Suárez sobre el

papel del Rey y sus poderes. Los tenía todos, pero nosotros no le dejamos ejercerlos. Nosotros le hicimos someterse al Gobierno. No por tener a un Rey cautivo, sino a un Rey protegido. Y para trabajar en nuestra misión, establecer una democracia real, sin interferencias ni temores ni cautelas que nos entorpecieran o nos desviasen. Adolfo y yo nos lo planteamos de cara: ¿qué papel corresponde al Rey? Los actos debidos. Y punto. ¿Discrecionalidad? Cero. Y en eso Suárez no se anduvo con contemplaciones»[42]. Como tampoco permitió que en los actos debidos del Rey se inmiscuyeran otros actores. A un alto cargo del Gobierno que le preguntó si para la amnistía se requería el dictamen del Consejo del Reino, le respondió tajante: «No. La amnistía la concede el Rey, que es quien tiene el derecho de gracia, y la refrenda el Gobierno».

El 13 de julio, Landelino Lavilla presentó ante el pleno de las Cortes la reforma del Código Penal. Se aprobó al día siguiente, en una sola sesión de cuatro horas. Cayeron así las prohibiciones que durante cuarenta años habían impedido los derechos de asociación, de reunión y de manifestación. Pero no sin vencer obstáculos. Un grueso de procuradores pretendía que se declarase ilícito «cualquier partido comunista con dependencia internacional o sin ella», y que se introdujera de modo explícito esa prohibición en el texto del Código Penal. Torcuato Fernández-Miranda, brujo maestro de los reglamentos, lo impidió aduciendo que no había procedimiento reglamentario «para someter a votación en el pleno esa propuesta *ex novo*, a la que no se le ha dado el cauce reglamentario, ni tiene las firmas requeridas, ni es una enmienda».

Como el obsesivo fantasma era que por cualquier gatera se colase el PCE con sus directivas del Kremlin, se consensuó una fórmula que declaraba ilícitas «las asociaciones que, sometidas a disciplina internacional, se propongan implantar un sistema totalitario». Eso tranquilizaba a quienes sospechaban que el PCE no era más que un caballo de Troya del comunismo soviético —entre los reticentes, el diario *ABC* se descolgó el mismo día del pleno con un editorial titulado sin antifaces «No al Partido Comunista»—; y a la vez quedaban abiertas las vías del Tribunal Supremo y del Gobierno para que decidieran la aceptación en los supuestos dudosos.

Aunque el resultado de la votación fue de 245 síes frente a 175 noes, era una victoria pírrica y preocupante: 141 procuradores no acudieron a votar. Pero ¿y si acudían en cualquier próximo proyecto de ley? En aquellas Cortes, reacias al cambio y mastodónticas —531 procuradores—, el Gobierno no contaba ni con la mayoría cualificada de dos tercios (354), ni con la mayoría simple (266). Ese hecho aritmético hizo que los ministros se repartieran cuotas de procuradores hostiles, para ejercer con cada uno de ellos una especie de proselitismo democrático o un *pressing* de supervivencia o un puesto de reacomodo, predisponiéndolos al hecho culminante: aprobar la reforma política que cambiaría el régimen suponía firmar el acta de defunción de aquellas mismas Cortes.

Algo similar ocurriría con las imponentes moles del Movimiento y de la Organización Sindical. Al ministro Ignacio García López le correspondió el desmontaje del Movimiento, que no era sólo quitar aquellas descomunales flechas rojas de la fachada del número 44 de la calle Alcalá, sino desmovilizar y disolver un sinfín de cuadros orgánicos, de personas en puestos de mando desde siempre, decenas de miles de funcionarios, cientos de sedes con una capilaridad que llegaba hasta el último municipio en todo el territorio. Los gobernadores civiles eran

delegados provinciales del Movimiento; los alcaldes, delegados locales del Movimiento, con acumulación de cargos y disponibilidad autónoma de sus medios materiales, sus plataformas de influencia, sus periódicos. En definitiva, su poder. Uno de los aciertos del Gobierno de Suárez fue encontrar reubicación con trabajo y sueldo a todas esas personas, antes de que fuesen desalojadas y despojadas de sus confortables estatus. Lo cual, por otra parte, evitaba que se volvieran contra la reforma.

Y todo eso se hizo con tacto, con seriedad, con grandes dosis de humanidad. Sin barrenos demoledores, sin derribos súbitos que aplastaran a los que estaban dentro. No fue una operación de artilleros, sino de juristas: un cuidadoso desguace, pieza a pieza, de varias Leyes Fundamentales. Más de veinte elementos legales cayeron en faeneras sesiones de la comisión de competencia legislativa, sin aspavientos ni ruido, pero con la fuerza expeditiva del decreto ley. Se asfaltaba así el camino político y legal que permitiría hacer la reforma, vehículo para transitar de la dictadura a la democracia.

Era una tarea imprescindible porque, cuando Adolfo Suárez se hizo cargo del Gobierno, el régimen estaba intacto, intactas las instituciones, intactas las leyes, intactas las prohibiciones y los modos de participar en la vida política. Estaba sobre todo intacta la titularidad del poder.

A los tres días de reformar el Código Penal, tras un Consejo de Ministros que comenzó el 16 de julio por la tarde y acabó a las tres y media de la madrugada del 17, el Gobierno lanzó su declaración programática.

En un lenguaje casi rupturista, diciendo las cosas claras y sin forzar lecturas entre líneas, el Gobierno expresaba su convicción de que «la soberanía reside en el pueblo» y su propósito de «instaurar un sistema político democrático, garantizando los derechos y libertades cívicas, la igualdad de oportunidades políticas para todos los grupos políticos, y la aceptación del pluralismo real». A tal fin, se comprometía a «reformar los textos legales para que se puedan ejercer las libertades políticas, sindicales y de expresión». Se disponía a iniciar y mantener «un diálogo con los grupos políticos afines y con la oposición, de modo que sus opiniones tengan reflejo en la obra de Gobierno», reconociendo «el servicio que prestan la crítica y la discrepancia civilizada». Los ciudadanos harían la nueva Constitución, y el Gobierno anunciaba que convocaría «elecciones generales antes del 30 de junio de 1977».

Reconocía como garantía última «la justicia independiente y la unidad jurisdiccional». Se proponía crear «instrumentos de representación y decisión para potenciar la autonomía y el desarrollo de las regiones».

Tras unas referencias de retórica tradicional a la autoridad, el respeto a la ley, la importancia de las Fuerzas Armadas en la defensa nacional y la continuidad en el trazado de su política exterior, el Gobierno apostaba de lleno por «la economía de libre mercado», enumerando hasta diez líneas de actuación para dinamizar la economía.

En diversos párrafos de su declaración, el Gobierno requería el trabajo y el concurso de todos, consciente de que eso implicaba «lograr una auténtica reconciliación nacional». Para ello, pedía al Rey «una amnistía de los delitos políticos y de opinión que no hubiesen lesionado o puesto en riesgo la vida o la integridad física de las personas».

No era un desiderátum ni una carta naíf a los Reyes Magos. Eran palabras mayores, y era un

compromiso del que, apenas cinco meses después, el Gobierno daba al pueblo una prueba tangible, convocándolo a referéndum para la reforma política.

Meses más tarde, al pedir el voto popular en las primeras elecciones generales, Adolfo Suárez pudo mostrar párrafo a párrafo que había hecho los deberes:

Creo modestamente que en esta nueva hora de España y al pedirles su voto —diría en su spot electoral televisivo el 13 de junio de 1977—, no traigo mis papeles en blanco ni soy una incógnita. Prometimos devolverle la soberanía al pueblo español, y mañana la ejerce. Prometimos normalizar nuestra vida política, gestionar la Transición en paz, construir la democracia desde la legalidad, y creemos que con las lógicas deficiencias lo hemos conseguido. Prometimos que todas las familias políticas pudieran tener un lugar en las Cortes, y el miércoles pueden lograrlo…

El Rey y Suárez se reparten la faena

Fueron tiempos de mucha acción. El Rey tenía que conseguir adhesiones a la Monarquía desplazándose por España para ganar adeptos a su persona, y asegurar a los militares que nada de cuanto se hiciera quebraría la unidad de España ni vulneraría las «esencias». Ciertamente, Suárez no mencionó a Franco en el discurso televisado —presentándose desde su casa—, ni en la declaración programática del nuevo Gobierno. Tampoco lo hizo el Rey al presidir el primer Consejo de Ministros. El paso de página era evidente. La nueva era había comenzado. Y el 18 de julio, coincidiendo con los cuarenta años de la sublevación militar de Franco y el inicio de la guerra civil, Don Juan Carlos concedió la amnistía a los delitos de intención política. Además, ya en 1969 habían prescrito todos los delitos cometidos durante la contienda. Sin embargo, hubo excombatientes franquistas, miembros veteranos del Ejército y población civil de la derecha tradicional que no acogieron bien ese gesto de concordia, de perdón, y de borrón y cuenta nueva. Produjo un especial malestar en algunos militares el que la amnistía incluyera a los oficiales miembros de la UMD, aunque para ellos fue una concesión cicatera porque se les exculpaba del delito de sedición, pero sin readmitirlos en el Ejército. Perdían su condición de militares.

Aquel verano, por «contentar al corro», el Rey procuró agradar al estamento castrense en sus actos públicos: durante el viaje oficial de varios días por Galicia, abrazó al apóstol Santiago; invitó a Pilar, la hermana de Franco, a su tribuna en Puentedeume; inauguró la avenida del Ejército, en A Coruña; entregó los despachos a los oficiales salientes, en la escuela naval de Marín, y presidió la jura de bandera de los nuevos infantes de Marina. A partir de entonces, lo hizo todos los años con las nuevas promociones militares de los tres ejércitos, en diversas ciudades españolas. Era la ocasión de departir con los jefes y charlar entre bromas y veras con la oficialidad joven. Le iba y mucho captar en el Ejército simpatías hacia su persona y lealtades a la Corona.

El Gobierno trabajó intensamente aquel verano, sin más alivio que algunos fines de semana, breves, porque en España regía el sistema laboral de semana inglesa: se trabajaba hasta las dos de la tarde del sábado, y no existían los puentes.

Suárez: «Felipe González me da largas»

El Rey y su familia tomaron vacaciones en agosto, en el palacio de Marivent, en Palma de Mallorca. Pero el monarca tuvo que combinar su afición náutica con audiencias, despachos y desplazamientos a Madrid. El 2 de agosto convocó y presidió en La Zarzuela la Junta de Defensa Nacional. Era la primera vez que Adolfo Suárez se reunía oficialmente con el alto *staff* de la Defensa: aparte de los cuatro ministros militares del Gobierno, el jefe del Alto Estado Mayor, Gutiérrez Mellado, y los jefes de Estado Mayor de los tres ejércitos, Tierra, Mar y Aire. Había hecho las milicias universitarias, pero, como le decía el Rey, «no conoces por dentro lo militar, ese mundo te es ajeno». Aun cuando no se abordasen temas netamente defensivos, de dotación y equipamiento, había suficientes novedades sobre las que cambiar impresiones: los créditos y condicionamientos prescritos en el flamante tratado hispanoamericano; el nuevo Gobierno y su declaración programática; las despenalizaciones del Código Penal ya reformado; la amnistía del 18 de julio de ese mismo año; el anuncio aún muy difuminado de una unidad jurisdiccional, que cabía traducir como el fin de los tribunales de excepción —el Tribunal de Orden Público—, o la restricción de la justicia militar…[43]

A los pocos días, el 11 de agosto, Don Juan Carlos regresó muy temprano a Madrid para resolver varias gestiones en una sola jornada. Por la mañana, se entrevistó con el jefe del Gobierno de Luxemburgo, Gaston Thorn, que pasaba sus vacaciones en su residencia privada de la Costa Brava. Esa conversación, de neto contenido comunitario, venía precedida por la que el ministro de Exteriores, Marcelino Oreja, había celebrado ya con Thorn dos semanas antes. Era el empeño de Suárez, «¿papel del Rey? Los actos debidos», para evitar que el monarca, al margen del Gobierno, tomara iniciativas políticas o aceptase las de otros, aun cuando su visitante fuera como en este caso un buen amigo de Don Juan Carlos. Y cuando tres días después, de vuelta ya en Palma, le anunciaron que Alexander Haig, secretario general de la OTAN y jefe de las Fuerzas Armadas estadounidenses en Europa, deseaba un encuentro con el monarca en Marivent, Adolfo Suárez recomendó al Rey que fuese una visita breve, sin contenido oficial, sin comunicado, y que la nota de prensa se despachara como «un saludo protocolario de cortesía, ya que el general Haig va a descansar unos días en un hotel de Palma». Uno y otro lo cumplieron estrictamente. Lo cual no fue óbice para que en los treinta minutos de conversación a solas, Haig presionara al Rey sobre el papel funcional de las bases militares españolas respecto a la seguridad del Mediterráneo: fondeadero de buques de la Sexta Flota americana y lugar de trasiego encubierto de la Quinta Escuadra soviética, y la conveniencia de cierta laxitud por parte de España en los plazos de evacuación de los submarinos nucleares estadounidenses. Eran años de guerra fría.

Por la tarde del 11 de agosto, el Rey recibió en La Zarzuela a Martín Villa, ministro de Gobernación, y a Calvo-Sotelo, de Comercio. Antes había despachado con el presidente Suárez. Entre otros asuntos, Suárez le informó de sus conversaciones con líderes de la oposición todavía ilegal. Tiró de agenda:

—El 12 de julio, entrevista con el pope de los democristianos, don José María Gil-Robles. El 13, con Chirac en París. El 14, con Luis Gómez Llorente, que es una especie de ideólogo puro

del PSOE. Los días 15 y 16, preparación y debate de la declaración programática del Gobierno. El 18, a vueltas con la amnistía política. El lunes 19, amainando quejas: unos, que «os habéis pasado», y otros que «os habéis quedado cortos». El 20, entrevistas separadas con el democristiano Fernando Álvarez de Miranda y con el socialdemócrata Antonio García López. Varios contactos de interés con personajes menos relevantes, aunque buenos enlaces. El 28, conversación con Joaquín Ruiz-Giménez, factótum de Izquierda Democrática y su tribuna crítica *Cuadernos para el Diálogo*. Éstos son los de «El apagón», que escribió Pedro Altares. El 3 de agosto, Raúl Morodo, del PSP. Hablaba por sí mismo, pero intentó saltarse pasos y que *el Viejo Profesor* Enrique Tierno viniera en directo aquí, a La Zarzuela.

»Entre tanto, Felipe González me da largas. Ya se había negado cuando yo era ministro del Movimiento: le parecía un contrasentido «dialogar con el mandamás del partido único». Y ahora no quería acudir a Castellana 3, porque consideraba que mi nombramiento de presidente a dedo podría ser todo lo legal que se quisiera, pero carecía de legitimidad de origen. Sin embargo, en cuanto supo que yo estaba hablando con los del PSP, se ve que eso le dio pellizco y se animó a que tuviéramos un encuentro. Puso sus condiciones: a solas y en secreto. Fue ayer, 10, por la noche. En casa de Joaquín Abril Martorell, el hermano de Fernando, que tiene un piso en la calle Profesor Waksman 14, cerca del Eurobuilding. Entregó las llaves y se quitó de en medio. Yo al llegar despedí al chófer y a los escoltas, y esperé arriba. Cuando Felipe llamó al timbre puso cara de asombro porque le abrí yo mismo: «¿No querías un encuentro secreto y discreto?»

Como el Rey interrogaba con los ojos, Suárez le hizo un gesto expresivo de que había ido bien. Sin dejar la agenda, siguió con su relación de visitas con opositores:

—Hoy, dos catalanes de ideologías y formaciones distintas: Jordi Pujol, de Convergència de Catalunya, y Josep Pallach, del Partit Socialista de Catalunya-Reagrupament, que acaban de unirse con Josep Verde i Aldea y Heribert Barrera. Tengo cita pendiente con Joan Reventós, del Partit Socialista de Catalunya-Congrés. Son todos socialistas, son todos catalanes, son todos republicanos… y no sé qué disputas tuvieron en el pasado, pero no van juntos. O se unen, o será peor para ellos.

—¿Con Felipe cómo has quedado?

—Probablemente volveremos a vernos el 2 de septiembre. Y el 4 con Enrique Tierno[44].

A grandes trazos, Suárez le refirió al Rey su mano a mano con González:

—Ha sido una entrevista muy abierta, con buena comunicación, con sintonía humana. A éstos, de fondo, les fastidia que la iniciativa y el control de la reforma esté en manos del Gobierno y que tengan que pasar por las Cortes franquistas, y pasar por nuestro aro para ser legalizados. Lo entiendo y se lo he dicho, pero… no hay otro camino, si se quieren hacer las cosas. Luego está otro tema, que no acaba de aflorar aunque les incordia: me parece que dentro del PSOE hay división o al menos no tienen muy clara la postura ante el Partido Comunista. Son partidarios de la legalización del PCE; y se sentirían más cómodos aceptándolo todo si el PCE estuviera también en el juego político legal. Les salvaría la cara, pero… en las urnas puede perjudicarlos. Ésa es su contradicción.

—Bueno, desde que se unieron todos en la Platajunta ya han hecho una masa común: o todos o ninguno…

—Sí, es una forma de presión; pero no creo que Felipe en este asunto vaya a ser demasiado beligerante[45].

—Y sobre la Monarquía, aparte de lo que digan de boca para afuera…

—Son republicanos por definición y por historia, pero si la Monarquía les garantiza una democracia auténtica, aceptarán la Monarquía, la bandera, el escudo, los símbolos… Por supuesto, la unidad de España. Si tuviera que dar dos trazos políticos de Felipe González, diría que me ha parecido españolista y patriota. Y esto, en un hombre joven de izquierdas, es importante.

»En la conversación de ayer, Felipe quería saber los contenidos de la reforma política, cómo será el bicameralismo, qué pasará con el Movimiento, el sistema electoral, la cuestión sindical, si las nuevas Cortes serán constituyentes… en esto insistió mucho. Buscaba las diferencias entre los proyectos que él conocía de Fraga y de Areilza y el que proponemos nosotros. Claro, lo que yo no podía decirle es que en este momento tengo diez o doce borradores sobre mi mesa. Y todavía no… Ah, me hizo dos preguntas comprometidas: qué seguridad numérica, más o menos cuantificada, tenía yo de que estas Cortes tragarían con una reforma que las llevaba al matadero, y si había controles de inteligencia suficientes para evitar que los militares lo mandaran todo a hacer puñetas.

—¿Qué le dijiste?

—Que justo ésas eran mis dos mayores preocupaciones; pero en todo caso son mi responsabilidad y entran en mi sueldo. En algún momento, y en plan desenfadado, le dije: «Hombre, Felipe, ya que el tema te inquieta, dile a tu gente que no cargue la mano y que extreme la prudencia».

Adolfo y Felipe gatean buscando micrófonos ocultos

Aquel verano, Henry Kissinger, el secretario de Estado norteamericano, no pudo seguir de cerca la evolución política española: toda su atención estaba centrada en las elecciones presidenciales americanas de noviembre de ese año, en las que Gerald Ford se jugaba la presidencia. No obstante, cada vez que tenía algún contacto con responsables políticos europeos, inquiría sobre los temas de España. Aprovechando un viaje a La Haya aquel mes de agosto, y quizá porque había tenido noticia del encuentro Suárez-González, le preguntó al primer ministro holandés, el socialista Den Uyl, si compartía la buena opinión de Willy Brandt sobre Felipe González. Den Uyl le dijo que sí, que estaba de acuerdo con Brandt, y lo mismo opinaba el austriaco Bruno Kreisky, «porque Felipe no es el joven idealista y radical que uno podría esperar; hablando con él notas que es un hombre reflexivo, políticamente moderado, y conoce los límites de la realidad».

Suárez y González se reencontraron el 2 de septiembre. La cita fue en el domicilio de Rafael Anson, director general de RTVE y hombre de confianza de Suárez. En la urbanización Las Lomas-El Bosque, a las afueras de Madrid. Con menos secretismo que la vez anterior: González llegó acompañado del socialista Luis Solana y, como chófer y guía, Manuel Ortiz, subsecretario de despacho del presidente del Gobierno. En la casa los esperaban Adolfo Suárez, Rodolfo

Martín Villa y el anfitrión. Ortiz y Anson se retiraron enseguida y dejaron el campo libre, eso sí, con un bufé bien abastecido de viandas, refrescos, infusiones y licores.

La conversación se encarriló hacia dos asuntos prácticos e inmediatos: la legalización del PSOE y la libertad para celebrar actos públicos, en concreto el XXVII Congreso del PSOE. Estaba convocado para diciembre. Por mucho que acelerase el Gobierno los trámites de legalización de los partidos, los socialistas tendrían que realizar su congreso de un modo muy raro: consentido, público, con prensa, con invitados de alto bordo internacional, pero desde la ilegalidad.

González arrimaba el ascua a su sardina, metía prisa para que legalizaran el PSOE, en cambio decía sin ambages que el PSOE histórico podía esperar[46]. Y Solana reforzaba la petición de Felipe:

—Es el PSOE renovado, y no el histórico, el que tiene el reconocimiento de la Internacional Socialista. Nosotros les hemos abierto las puertas para que se integren. Pero si se empeñan en ir solos, y encima los legalizáis, lo que conseguirán será confundir al elector y desperdigar votos. Ya con el PSP de Tierno y compañía tendremos confusión de sobra…

Felipe discutía con Martín Villa, como ministro de Gobernación, un tema de criterio, defendiendo «el fuero más que el huevo»:

—Nos permitís el registro legal como una concesión, un gesto generoso de buena voluntad del Gobierno; pero yo no estoy de acuerdo con ese planteamiento. ¿Esto va a ser en serio una democracia auténtica? Entonces, tenemos derecho a existir legalmente, sin necesidad de pasar por la ventanilla para que el Gobierno nos dé su aprobación formal. Si asociarse políticamente es un derecho, no hay que pedirlo como un favor[47].

Tenía razón. Y unos meses después, la Ley de Asociaciones, que era muy restrictiva, se reformuló como derecho de asociación política, y el protocolo de inscripción se flexibilizó permitiendo el registro oficial de más de cien partidos, entre ellos el PCE[48].

En cuanto a la vida legal del comunismo en España, no se oponían, pero tampoco lo defendían. ¿Para qué tener otra fuerza rival en la izquierda?

—Vosotros, el Gobierno, queréis legalizar el Partido Comunista como si fuese el test de garantía de que vais a una democracia fetén. En cambio, nuestros compañeros alemanes del SPD y los de la Internacional Socialista no tienen ningún interés, ninguno, en esa legalización. La República Federal Alemana no es menos democracia porque no haya Partido Comunista.

Así lo pensaban. O así les convenía.

En una reunión interna del PSOE —a finales de 1976 y antes de abril de 1977—, Nicolás Redondo pidió la palabra para protestar sobre este tema:

—No entiendo por qué no echamos una mano a los compañeros comunistas. Si al PCE no lo legalizan para las próximas elecciones, ellos se quedarán fuera como ilegales; y nosotros quedaremos dentro, pero… deslegitimados.

Le respondió el propio Felipe González:

—Compañero Nicolás, que los comunistas se ocupen de sus problemas y nosotros de los nuestros. Además, ¿cuándo los comunistas se han preocupado o cuándo han movido un dedo para que se legalizaran los partidos socialistas de los países del Este?[49]

Adolfo y Felipe siguieron reuniéndose. Había entre ellos sintonía personal y política. Buena química y confianza espontánea. En alguno de esos encuentros, a solas y en una casa prestada, a Felipe le entró la duda «de que pueda haber grillos o canarios o como se llamen los micrófonos ocultos, y nos estén escuchando los tuyos del Seced»[50]. Adolfo le propuso: «Registremos entre los dos todo el piso», y estuvieron un buen rato gateando, levantando alfombras, mirando por los radiadores y detrás de los cuadros, descorriendo cortinas hasta cerciorarse de que no había ningún chivato escondido.

Fue bien la primera reunión, la segunda, la tercera… todas —recordaba González tiempo después—. Aparte de su simpatía, su capacidad de comunicar en el tú a tú, es que te contaba la película de lo que pensaba hacer, y era totalmente creíble. Iba bien la relación, incluso cuando Adolfo se comprometía a hacer algo y luego no tenía margen de maniobra para hacerlo. Eso indignaba a muchos de mi partido. Ellos lo veían desde fuera y desconfiaban: «Te está metiendo goles»; pero yo me ponía en la piel de Suárez y tenía que comprenderlo[51].

Fernando Abril: «Yo soy el tío Gilito de la UGT»

La tolerancia del Gobierno hacia el PSOE y las ayudas materiales fueron evidentes. No estaban legalizados, pero funcionaban con patente de corso, recomendados por la Secretaría de Estado de Washington, por las democracias europeas y por la Internacional Socialista, que les adjudicó la Fundación Friedrich Ebert como nodriza financiera.

Había dos intereses en la decisión gubernamental de apoyar al PSOE y a la UGT, su sindicato. Uno, táctico y electoral, para que el PSOE frenase al PCE y evitara su victoria; y que el sindicato UGT se fortaleciera y creciera a expensas del sindicato comunista CC.OO. «En España, el peligro era el PCE —reconocería paladinamente Leopoldo Calvo-Sotelo, rememorando en 2007 los treinta años de la Transición, cuando él era ministro de Suárez—, y desde el Gobierno apoyamos decididamente al PSOE en todos los ámbitos, incluido el financiero: le dimos dinero al PSOE para que frenase al PCE». Y Fernando Abril, como vicepresidente del Gobierno, lo corroboraba: «Yo soy el tío Gilito de la UGT; a través del Banco Exterior de España avalamos los créditos que les daban sus compañeros del Deutscher Gewerkschaftsbund (DGB), el sindicato alemán, poniendo nosotros el dinero para potenciar a la UGT y que le comiera terreno a CC.OO., que entonces era verdaderamente el coco que nos asustaba».[52].

El Rey alertaba. «¡Mucho cuidado con las izquierdas! Una cosa es legalizarlas y otra cosa es financiarlas», y Suárez tuvo que convencerle de que políticamente era rentable ese fortalecimiento «amarillo» de la UGT para restar afiliación y votos a CC.OO.

Estaba muy reciente, y entre los gobernantes muy presente, la experiencia del 25 de abril de 1974 en Portugal, la Revolución de los Claveles. Con sus soldaditos cantando *Grândola, vila morena*, sonriendo, y con un clavel rojo en cada fusil. Un aviso de que las cosas podían ponerse calientes y empezar a moverse. Portugal, casi una colonia británica, cuarenta y dos años bajo la influencia de Inglaterra que sostuvo las dictaduras de Oliveira Salazar y de Marcelo Caetano (1968-1974)… Y en un solo día, sin disparar ni un tiro, el vuelco. Pero enseguida comenzaron

las divergencias entre los partidos y el riesgo de derrapar hacia otra dictadura, ésta comunista, con Álvaro Cunhal. Y en la España de 1976 ése era el coco. Mário Soares y Willy Brandt, alarmados, escribían cartas a Brezhnev para que embridase a los comunistas lusitanos, a la vez que Gerald Ford le aconsejaba al bisoño rey Juan Carlos que escarmentara en cabeza ajena.

El segundo interés del Gobierno español para apoyar al PSOE era estratégico y económico: la Comunidad Europea. En seis de los nueve países comunitarios gobernaban los partidos de la Internacional Socialista. Cada vez que Areilza, como ministro de Exteriores, y luego Oreja en el mismo rol, volvían de un periplo europeo, informaban al Rey de que el asunto más puntero y que más interés suscitaba en aquellos gobiernos era el futuro del PSOE, las posibilidades de juego del PSOE, las facilidades que se dispensaban al PSOE… Un *pressing* bastante descarado. Incluso en una de sus estancias en Luxemburgo, Areilza tuvo que escuchar con rostro impávido el mensaje de que «sería muy conveniente para España que mejorase sus relaciones con Israel, en previsión de la influencia que el Gobierno de Israel, socialista, pueda ejercer sobre sus correligionarios de la Internacional Socialista, especialmente sobre holandeses y daneses, para que obstaculicen el ingreso español en la Comunidad Europea». Advertencia que, por supuesto, Areilza trasladó al Rey. Y en algún periódico se escribió con atinada ironía: «Para la Internacional Socialista, Felipe González es el aduanero que chequeará si el pasaporte español es o no suficientemente democrático para ser admitidos en la Comunidad Europea».[53].

En diciembre de 1976, el PSOE, ilegal todavía, celebró en Madrid su XXVII Congreso con toda suerte de facilidades y tolerancias, con seguridad policial, «protegidos pero no vigilados», reconocieron ellos mismos. Asistieron los grandes líderes de la Internacional Socialista, entre ellos Willy Brandt, Olof Palme, François Mitterrand, Pietro Nenni, Michael Foot, Carlos Altamirano, y delegaciones de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y del Frente Polisario. Sólo hubo que disuadir a Mário Soares para que no acudiera, pues al ser el jefe del Gobierno de Portugal, su presencia hubiese significado que despreciaba la situación de ilegalidad del PSOE, al tiempo que exigía un recibimiento oficial, unas audiencias y unos protocolos.

Después de cuarenta años de clandestinidad, ese congreso fue la presentación pública del PSOE y de la joven ejecutiva surgida en Suresnes. El Gobierno de Suárez aprovechó su gran impacto mediático en Europa como señal de humo de que la democracia española iba por buen camino. Willy Brandt y el diputado Hans Matthöfer —el «hombre del maletín» que facilitaba las ayudas económicas a los compañeros socialistas españoles y portugueses— fueron recibidos por el Rey y por Adolfo Suárez, a petición del monarca. Los dos alemanes sacaron muy positivas impresiones de esas entrevistas y de la sinceridad con que el proceso democratizador se estaba llevando a cabo. Juan Carlos encareció a Brandt que siguiera influyendo en el PSOE para que se condujese en la línea moderada con que ya venía actuando. En cuanto a Suárez, aunque no mencionó la comisión de los Nueve, les dio a entender que estaba dispuesto a negociar con ellos. Suárez dijo que tanto el Rey como él eran partidarios de legalizar al PCE cuanto antes, pero la actitud hostil del Ejército era un fuerte obstáculo, «aunque —agregó— según las últimas encuestas hechas, entre los oficiales jóvenes y de mediana edad, de tenientes a comandantes que

no hicieron la guerra civil, la oposición al PCE ha disminuido bastante». Un argumento novedoso, aducido por Suárez en su charla con Brandt y Matthöfer, para justificar la legalización del PCE fue que, sin el concurso positivo de los comunistas y de su sindicato CC.OO., no sería posible afrontar la deteriorada situación económica que atravesaba España. Curiosamente, ese razonamiento se lo había hecho llegar el propio Carrillo, a través de Armero, por sus conversaciones de agosto en Niza y de septiembre en el Commodore de París. Y a Suárez le había hecho efecto[54].

De los encuentros entre el Gobierno y los líderes de la oposición, aparte del resultado concreto de diálogo y entendimiento que se obtuviera en cada uno, había siempre alguna deliberada filtración, de modo que la ciudadanía iba conociendo nombres y rostros hasta entonces ignorados, y acostumbrándose a que había que «hacer camino al andar» y hacerlo juntos, hombro con hombro. Era, en cierto modo, la asignatura de ciudadanía, la pedagogía cívica que impartieron día a día los medios de comunicación. Sacar de la oscuridad, del anonimato impuesto durante años de prohibición, a los próximos protagonistas de la acción política, mostrar el cartel de los nuevos actores, exponer sus ideas políticas y sociales. Todo ello suponía una imponderable aportación a la convivencia democrática y al logro formidable del consenso. Durante meses, muchos meses, todos esos líderes tuvieron plaza en periódicos y emisoras: tertulias, entrevistas, ruedas de prensa, almuerzos con periodistas.

Todos, excepto el gran excluido: el PCE, con su secretario general, Santiago Carrillo. Era el tabú. La náusea de la derecha reaccionaria todavía instalada en las instituciones. El enemigo a sangre y fuego en el imaginario colectivo del Ejército. El maligno imperdonable. La curva peligrosa donde podía derrapar la reforma. El desafío del Gobierno. Y el miedo del Rey. Sin embargo, el «quiero ser el Rey de todos los españoles» no podía hacer *apartheids* discriminatorios. Harían falta agallas y «una determinada determinación», pero había que intentarlo. Conocer sus pretensiones y sus actitudes. Exponerles los requisitos de la ley y saber si iban a cumplirlos.

Y no se trataba de un test de autenticidad democrática, sino de un acto de coherencia y de justicia: los comunistas eran tan españoles como los demás, por tanto, debían tener el mismo derecho que los demás a expresar pacífica y libremente sus ideas.

Al fin, Adolfo Suárez, se echó *pa'lante*.

Carrillo: «Si nos dejan fuera, les dificultaremos mucho, ¡mucho!, las cosas»

Los contactos venían de tiempo atrás. A decir verdad, los inició Juan Carlos, siendo Príncipe, en agosto de 1974, durante su primera y breve interinidad como jefe del Estado. Franco convalecía en el Pazo de Meirás. Juan Carlos le visitaba con cierta frecuencia. Y en una de sus estancias en el Pazo, coincidió con un sobrino carnal del Generalísimo y procurador en Cortes, Nicolás Franco Pasqual del Pobil. Se conocían, habían jugado juntos desde que eran niños en Estoril y en Lisboa. Ambos veían que la vida de Franco había entrado en el principio del fin.

Hablaron del futuro de España y Juan Carlos le pidió que se entrevistase con Santiago Carrillo «en París o donde resida». Le dio una pista: «Sé por mi padre que quien puede tener acceso a Carrillo es Pepe Mario Armero». Cierto. Pocos días antes, José Mario Armero, abogado con bufete internacional en Madrid, presidente de la agencia Europa Press, liberal y monárquico juanista, había visitado a Don Juan en el hotel Le Meurice de París y le contó que el día anterior había estado con Carrillo en el hotel Bristol. Los había presentado un amigo común, Teodulfo Lagunero, ingeniero, empresario y mecenas de Carrillo.

Armero organizó la cita aquel mismo agosto. Lagunero localizó a Carrillo en Livorno, en Italia: «Santiago, vuelve a París enseguida. Alguien muy importante quiere verte… Alguien muy importante de España. Por teléfono, no puedo decirte más».

Se reunieron en París, en Le Vert Galant, un pequeño restaurante de L'Île-de-France, Armero, Nicolás Franco, Lagunero y Carrillo. Comida y sobremesa, cuatro horas. La presencia de Armero tranquilizaba a Carrillo acerca de las intenciones de «un pariente carnal del dictador». Aunque Nicolás sólo explicó que estaba haciendo «un sondeo, una encuesta, entre dirigentes políticos de la oposición, respecto a los tiempos que vienen», que la había comenzado en 1973 y tenía ya más de setenta personajes entrevistados, se sobreentendía que actuaba por encargo del príncipe Juan Carlos. En concreto, aquel día quería conocer las intenciones del líder comunista y las de su partido de cara al futuro sin Franco.

Nicolás Franco no me dijo de un modo claro que viniera de parte del Príncipe —comentaba Carrillo más tarde—. Yo lo deduje, pero él no me lo dijo. Y con mucha razón. Si yo soy un tío que quiere marcarse un tanto en Europa en aquel momento y decir que el sobrino de Franco ha comido conmigo en París, enviado por Juan Carlos, la armo. Porque justo en aquellos tiempos había unas presiones familiares y políticas tremendas sobre Franco para que revocase la designación de Juan Carlos y nombrara sucesor a su primo, Alfonso de Borbón y Dampierre… De modo que si yo, sabiendo eso, soy un loco y lo suelto…, el Rey no es Rey. Está claro. El Rey se va por el vertedero. Por tanto, su mensaje no puedo atribuírselo al Príncipe[55].

[…] Nicolás me dio su visión del cambio, de la apertura que habría que hacer… Y me tiró de la lengua. Le interesaba saber qué pensaba yo, cuál sería nuestra actitud pública a la muerte de Franco. Me planteó directamente la disyuntiva Monarquía o República. Yo le dije: «Mire, yo soy partidario de una democracia; y en la situación a la que vamos, lo importante no es la forma de Estado sino el régimen: no se trata de discutir entre Monarquía o República, sino entre dictadura o democracia». Con sentido del humor le comenté que un sobrino de Mussolini era comunista, miembro del Partido Comunista de Italia, porque en el comunismo cabía el entendimiento con todos, incluso con los fascistas y con los familiares de Franco. Y que nosotros no íbamos a juzgar a quienes se habían criado en el sistema franquista… Era una declaración de intenciones por mi parte[56].

En efecto, no era una toma de contacto del Príncipe a través de terceros, sino algo más amplio y gaseoso: un trabajo de campo que, como servicio a Juan Carlos, acometió Nicolás Franco para ir pulsando opiniones de políticos, intelectuales, empresarios, sindicalistas, militares de todo el espectro ideológico, desde Blas Piñar hasta Santiago Carrillo, pasando por Felipe González, Girón o Tierno Galván. Según Nicolás Franco, «esa conversación empezó un poco

tensa, con desconfianza y expresiones despectivas de Carrillo hacia Franco, mi tío, y hacia el Príncipe, su sucesor; pero luego transcurrió templada y hasta cordial. Carrillo dijo que se comprometería a aceptar la Monarquía, si a su partido y a él se les aceptaba en el juego político, aunque creía que el Rey y la Monarquía no durarían ni tres meses»[57].

Al año siguiente, en agosto de 1975, también por iniciativa del Príncipe, se produjo el envío de un mensaje a Carrillo, con un contenido más concreto y personalizado. La ruta fue algo rocambolesca: Manuel Prado y Colón de Carvajal, íntimo amigo de Juan Carlos, utilizó la mediación de Domingo Dominguín, militante comunista, para trasladarse a Rumania y ser recibido por el presidente Nicolae Ceaucescu. Una vez allí, y aunque decía llevar «un mensaje personal del futuro Rey de España», los de la Securitate le cachearon y le descubrieron una minigrabadora sujeta a la pierna, por lo que pasó un par de días en un calabozo. Aclarado todo, transmitió el mensaje al dictador Ceaucescu:

Don Juan Carlos de Borbón, el futuro Rey de España, le pide transmita a su amigo y camarada Santiago Carrillo que su intención es, en cuanto acceda al trono, establecer una democracia plena, legalizando todos los partidos políticos, también el PCE. Aunque, por prudencia, habrá que medir los tiempos, y el PCE posiblemente tendrá que esperar un par de años hasta ser legalizado. Don Juan Carlos pide al señor Carrillo que confíe en él, que no fuerce los acontecimientos y tenga paciencia, porque cualquier precipitación puede ser perjudicial para el proceso de cambio. Si él está de acuerdo, todo saldrá bien. En caso contrario, si hay que contar con la oposición del PCE, las cosas pueden resultar mucho más complicadas, y ya son bastante difíciles.

Poco después, Carrillo hubo de viajar a Bucarest, llamado por Ceaucescu. Un intérprete rumano le transmitió el mensaje. La reacción inmediata de Carrillo ante Ceaucescu fue en argot castizo: «¡Ni hablar del peluquín! Tienen que legalizarnos a la vez que a los demás partidos, si no ¿quién en el mundo va a creerse que en España hay una democracia real y de verdad? Y si no lo hacen así, si nos dejan fuera, siendo la fuerza política que más ha luchado contra la dictadura, nosotros les dificultaremos mucho, ¡mucho!, las cosas». Luego, a la hora de redactar el texto que se debía trasladar a Juan Carlos, Carrillo atemperó bastante los términos. Al terminar de dictar, le preguntó al traductor quién era el español enviado por el Príncipe. El rumano sólo pudo describir al tipo: «No habrá muchos como él: ojos verdes, barba poblada y… manco del brazo izquierdo». Con esos rasgos, los camaradas de Madrid averiguaron que el emisario había sido Manuel Prado, un gran amigo del Príncipe.

La respuesta de Carrillo tardó varios meses en llegar a La Zarzuela. No había legación diplomática de Rumania en Madrid y toda conexión tenía que ser subrepticia. Entre tanto, Juan Carlos ya era jefe del Estado en funciones por segunda vez y con carácter irreversible. Franco agonizaba en La Paz. El mensaje que Juan Carlos recibió a través de un ministro de Ceaucescu fue: «Santiago Carrillo no moverá un dedo hasta que seáis Rey. Luego, habrá que concertar un plazo, no demasiado largo, para que vuestra promesa de legalización sea efectiva».

«Al oír eso —comentó más adelante el Rey—, respiré tranquilo por primera vez desde hacía tiempo. Carrillo me daba su palabra de que no lanzaría a su gente a la calle. Podríamos trabajar con calma y serenidad»[58].

El 7 de febrero de 1976 —con Juan Carlos en su primer trimestre de reinado con Arias en el Gobierno—, Santiago Carrillo cruzaba a España por La Junquera en el potente Mercedes de Teodulfo Lagunero para instalarse en Madrid en un chalé, también de Lagunero, en la calle de Leizarán, en la zona de El Viso. Allí permaneció muchos meses clandestinamente. Los militantes comunistas le habían dicho que le necesitaban cerca, para que sus directivas de gobierno fuesen inmediatas, rápidas y sobre el terreno. Eran tiempos de actividad intensa y muy hostil: manifestaciones de protesta en la calle, barricadas, paros laborales en cadena, huelgas y encierros de trabajadores, propiciados por CC.OO. y por el PCE, con las subsiguientes réplicas de cargas policiales, muertos, heridos, registros, detenciones de cuadros comunistas.

Ante aquel endurecimiento del ambiente y la ausencia total de una política balsámica e inteligente por parte del equipo Arias-Fraga-De Santiago, el Rey envió otro mensaje a Carrillo en marzo de ese mismo año, 1976, para que templara los ánimos de su gente. Aunque el líder comunista vivía ya en Madrid, la estafeta del correo fue de nuevo la residencia presidencial de Ceaucescu en Bucarest. Y allá tuvo que desplazarse Carrillo con un pasaporte falso a nombre del arquitecto Raymond Giscard.

Don Juan Carlos volvía a reiterarle su petición de calma y paciencia. Y le daba unas largas muy difusas: «En aquellas circunstancias, con tanto extremismo y tanta «lucha» en la calle, no veía fácil ni pronta la legalización del PCE. Su propuesta era que los comunistas participasen pacíficamente en el juego democrático concurriendo a las primeras elecciones como independientes. Y ya más adelante…» La respuesta de Carrillo fue un rotundo no. Se lo dijo allí a Ceaucescu y lo declaró públicamente en rueda de prensa, al pasar por París de regreso, el 2 de abril de 1976: «El PCE no comparecerá en las elecciones ni como un grupo independiente ni disfrazado de lagarterana. Queremos ser legalizados al mismo tiempo que los demás partidos. Si no, saldremos a la calle, que es de todos». Y respondiendo a una pregunta: «No tengo una gran esperanza en que el Rey pueda abrir el camino de la democracia en España. Diré más: no tengo ninguna esperanza».

A partir de esa negativa, Carrillo fijó la legalización del PCE como condición ineluctable para que el PCE aceptase la Monarquía. No habría otro trato.

No era un asunto del que el Rey pudiera desentenderse. Dada la resistencia de las Cortes y del Ejército, sólo cabía pensar que la legalización del PCE tendría que diferirse varios años. Para pulsar de un modo directo y fiable los estados de ánimo y la actitud combativa de los comunistas, evitando las intoxicaciones de los servicios militares de inteligencia, el monarca pensó que un buen vehículo de información podría ser el aristócrata y abogado comunista Jaime Sartorius, miembro con responsabilidades dentro del PCE. Un tío de Jaime Sartorius, el embajador Manuel Bermúdez de Castro, había sido secretario personal de Don Juan de Borbón. Sartorius —que en sus años de universitario le tenía tirria «soberana» a Juan Carlos y era de los que se iban del aula cuando el Príncipe llegaba—, cumplió su cometido de hombre puente tanto cuando el Rey como su partido se lo requirieron[59].

El 2 de junio de 1976, desde su escondite en el chalé de la calle Leizarán, Carrillo siguió por televisión muy atentamente el discurso de Don Juan Carlos en el Capitolio de Washington y su compromiso *urbi et orbi* de establecer la democracia en España. No quería concebir esperanzas

vanas, pero el joven Rey le pareció sincero en su apuesta aperturista. Le agradó. Luego sobrevino la destitución de Arias. Y no entendió muy bien el cambiazo por Suárez, «una cría del falangismo».

Un par de meses más tarde, el 2 de agosto, Carrillo se reunió con Areilza en París, en casa del arquitecto Ricardo Bofill, y allí el defenestrado ministro de Exteriores le ofreció su versión de los hechos. En opinión de Areilza, la tarea de Suárez se limitaría —y no era poco— a desmontar la «casa del régimen» que conocía ladrillo a ladrillo desde dentro, y una vez hecha la reforma el Rey le licenciaría. A partir de ese momento, y para gestionar la etapa constituyente, el conde de Motrico estaría disponible, listo y bien relacionado con los dirigentes europeos y americanos, y con los líderes de la plural oposición española con quienes no iba a dejar de relacionarse entre tanto. Ésa era su balconada de perspectiva.

Carrillo planteó a Areilza su «necesidad y derecho de tener pasaporte español». Areilza le contó que, «en un viaje aquí, a París, como ministro de Exteriores, respondiendo a un periodista, dije: “Santiago Carrillo tiene el mismo derecho a obtener su pasaporte que cualquier otro ciudadano español”. Bueno, pues la reacción en España fue tremebunda. El general Armada, indignado, le dijo al Rey “a Areilza hay que echarle del Gobierno a patadas, porque quiere meternos el comunismo en casa”. Y los cuatro ministros militares se me echaron encima, criticándome mi laxismo tolerante»[60].

No obstante, Areilza sugirió a Carrillo «telefonee usted a Miguel María de Lojendio, nuestro embajador aquí, pídale cita, y él se lo tramitará». Carrillo lo hizo a la mañana siguiente, y De Lojendio le recibió el 7 de agosto. Su petición le pareció razonable y por telegrama pidió instrucciones al Ministerio de Exteriores. En Madrid, el ministro Marcelino Oreja estimó que no se trataba de un pasaporte cualquiera de los que se tramitan burocráticamente en un consulado, y de hecho Carrillo no acudió a un consulado, sino a la embajada de España. Era una cuestión política. Y la llevó a la mesa del Consejo de Ministros. No sólo se denegó el pasaporte «que sería tanto como legalizar el Partido Comunista que Carrillo lidera», sino que el embajador De Lojendio fue destituido fulminantemente. Entre su conversación con Carrillo, su cese en el cargo, y el plácet y nombramiento del nuevo embajador, el marqués de Nerva, apenas transcurrieron tres días[61]. El embajador francés en Madrid, Jean-François Deniau, que tuvo que mediar en las gestiones «con carácter de urgencia» y en pleno agosto, ronroneaba: «¡Estos apasionados españoles…! ¿Otra vez arde París?», ironizando con el título de la novela de Larry Collins y Dominique Lapierre.

Línea caliente y clandestina entre Suárez y Carrillo

El episodio del pasaporte fue un campanazo nada beneficioso para la imagen de apertura que se proponía el nuevo Gobierno. Suárez y Osorio decidieron que convenía «tender una línea de diálogo con Carrillo y mantenerse al habla». Sabían por el Rey que José Mario Armero tenía «entrada» con Carrillo. Suárez le conocía desde hacía años, siendo él director general de RTVE, en casa de Enrique Thomas de Carranza, y desde entonces no habían perdido la buena relación; así que le encomendaron reunirse con Carrillo, con el pretexto de la posible tramitación del

pasaporte, y explorar a fondo sus planteamientos políticos, su concepto de España, su actitud hacia la Monarquía, sus condiciones para participar en el nuevo escenario político… Le autorizaron a decir que le enviaba el vicepresidente Osorio.

El encuentro fue el 28 de agosto, en Ville Cométe, una casa que tenía Teodulfo Lagunero a las afueras de Niza y frente al mar. Almuerzo y larga sobremesa. Rocío, la mujer de Teodulfo, los atendió y luego los dejó solos. Armero tomaba notas en un bloc de bolsillo con membrete del restaurante Darro, porque Carrillo dijo que no tenía inconveniente alguno en que su visitante «transmitiera todo lo hablado a la persona adecuada del Gobierno español». Mutuamente acordaron no dar publicidad al encuentro.

Carrillo se pronunció como contrario a las nacionalidades, incluso a los partidos nacionalistas o regionales, «porque es fundamental mantener la unidad del pueblo español […]. Hay soluciones naturales con concesiones a cierta descentralización, pero el regionalismo exagerado es síntoma de debilidad y entraña el riesgo de que las regiones pasen a estar bajo la influencia de pequeñas o grandes potencias extranjeras». Comentó que evitar esa fragmentación, que observaba incluso en los partidos, era una de las razones por las que quería estar en la Platajunta, y que lo había hablado «con Pujol, con Paz Andrade, con Jáuregui».

En la misma línea, dijo en otro momento: «Los trabajadores españoles no tienen más patria que España; y las nacionalidades son creaciones de las burguesías medias o altas».

Hizo un prolijo repaso de los problemas salariales, del paro, de los bajísimos precios agrícolas, y de la falta de gasto público para generar empleo y servicios. Muy rotundo, afirmó que el pacto social exigía un pacto político, «y hoy la única fuerza capaz de imponer el pacto reside en Comisiones. El ministro de Relaciones Sindicales no conseguirá nada si no se entiende con Comisiones Obreras».

Muy interesado en que «se pudiera llegar en paz a las Cortes constituyentes», remarcó «la necesidad de resolver antes los problemas laborales, o al menos paliarlos, para superar los conflictos y que el proceso político se desarrolle sin tensión ni gresca social».

En su criterio, «la etapa constituyente no requería un Gobierno provisional de coalición; bastaría con que en el actual Gobierno hubiese cuatro o cinco ministros representando a los partidos más fuertes de la oposición». En este punto, enfatizó con firmeza que «el Partido Comunista no acepta ser discriminado y quiere tener un representante en ese Gobierno. El PCE no puede quedarse en el gueto, porque fuera de España se pondría en duda la democratización, y dentro se condicionaría todo el proceso democrático». Rechazó con la misma fuerza «la idea de un representante simulado o la actuación a través de otro grupo político, porque la presencia de un comunista en el Gobierno es importante para el propio Gobierno y para los militares. Además, un ministro comunista es indispensable si de verdad se quiere llegar al acuerdo con los trabajadores».

En un par de ocasiones dijo que le gustaría «discutir el tema con los militares, pues, aunque vencieron al comunismo, tienen que comprender que el Partido Comunista es la fuerza más seria, más disciplinada y con mayor capacidad para cumplir los pactos».

A una pregunta de Armero sobre la estatalización y la programación de la economía, propia de los partidos marxistas, Carrillo respondió: «El Partido Comunista se opondría a cualquier

medida que pudiera desorganizar la vida política del país; es decir, sería contrario a cualquier programa de nacionalización, expropiación, intervención económica o cosa de ese estilo». Y por dejarlo más claro agregó: «El Gobierno que haya de cubrir la etapa electoral y la constituyente, o sea, el gabinete actual remodelado con presencia de los partidos, mantendría en su totalidad la actual política, también la exterior. Un Gobierno así ampliado, al ser representativo de todos, podría hacer el pacto político para la Constitución. Eso sí, la condición irrenunciable es que las nuevas Cortes sean constituyentes». Y en un tono de voz grave, añadió: «Es el único camino que tiene el Rey para convertirse en Rey constitucional. Si lo hubiera hecho así Alfonso XIII, no se habría jugado la Monarquía».

Llegados a ese renglón, Armero le preguntó si los comunistas querrían revisar la forma de Estado o aceptarían la Monarquía. Carrillo le contestó que el debate ya no era República o Monarquía, sino dictadura o democracia. «Desde el momento actual y hasta la formación de las Cortes constituyentes —afirmó—, el Partido Comunista no jugará a ser la oposición al Rey: su objetivo será implantar la democracia… Hombre, los comunistas no somos monárquicos, ni vamos a manifestarnos como tales; nuestra actuación ante la Corona dependerá de la conducta y de la eficacia del Rey».

Acerca del referéndum para la reforma, dijo que no lo consideraba fundamental: «No estoy en contra, pero dudo de su valor en el momento actual, sin partidos políticos y sin nueva Ley Electoral. Ahora bien, si hay referéndum, la pregunta adecuada sería ¿quiere el pueblo español ir a un período constituyente?, o una similar y bien clara».

Buena parte de la conversación versó sobre su pasaporte. Dio argumentos de necesidad política: «He de estar en España para las reuniones de la Platajunta»; de necesidad familiar: «Mi mujer y mis hijos se van a instalar en Madrid, los chicos van a seguir allí sus estudios»; y de coherencia del propio Gobierno: «Negarme el pasaporte sería negar la amnistía».

En cuanto a los problemas de seguridad de su presencia en España, dijo que estaba dispuesto a someterse a una serie de condiciones, de discreción, ser policialmente escoltado y controlado en todos sus actos, dar cuenta de sus movimientos y viajes… Comentó incluso el desairado papel en que quedaría el Gobierno si él continuaba entrando y saliendo con un pasaporte falso y no le detenían.

En su bloc, Armero había destacado algunas frases: «Hablar con los militares», «Ser controlado policialmente», «Ir a ver al Rey»…

Nada más regresar de Niza, Armero mecanografió sus notas: seis folios, 2034 palabras. Reunido con Suárez y Osorio, les entregó la transcripción de lo hablado y los informó del clima dialogante y de la actitud de Carrillo. Armero volvía contento. «Carrillo es consciente de que la fuerza sindical está en CC.OO. y no en la Unión Sindical Obrera (USO) ni en la UGT, que van a la caza de clientelas y haciendo demagogia. Y me repitió una frase que Gómez Llorente, del PSOE, le dijo hace poco a alguna autoridad: “Si no se pringa el Partido Comunista, no hay negociación posible”. O sea, tiene buenas antenas que le informan».

Como Osorio había puesto cara de espanto ante la propuesta de que hubiera un ministro comunista en el Gobierno de transición, Armero le señaló el párrafo donde Santiago sugería incluso dos nombres: Ramón Tamames, «catedrático de economía al que ya se le han ofrecido

cargos políticos en el franquismo», y Simón Sánchez Montero, que en su opinión «sería mejor para tratar con los trabajadores».

Aunque podía parecer provocador, Suárez no rechazó el interés de Carrillo por hablar con militares. Y barajó la idea de que el próximo enlace fuese Andrés Cassinello, militar vinculado a los servicios operativos del Seced[62]. Pero al fin optó por el perfil de Armero: un empresario civil apolítico y con mucho trasiego de viajes al exterior. Días después, le indicó que organizase otra cita. «Ahora ya puedes decirle que te envío yo. En adelante tú serás el único interlocutor por parte del Gobierno, y esta relación ha de ser estrictamente confidencial: nadie tiene que saber de su existencia». El nuevo encuentro fue una cena el 8 de septiembre en el hotel Commodore de París.

A partir de ahí comenzó un diálogo por persona interpuesta que se prolongaría hasta las elecciones de junio de 1977. Un flujo de mensajes, rápidos y ceñidos a la actualidad de cada momento, que se intensificó en los días previos y posteriores a la legalización del PCE, pero también en los azarosos días en que la Transición estuvo a punto de encallar por la violencia de unos y de otros. Entonces, entre Suárez y Carrillo hubo día y noche un «correo del zar» manteniendo esa línea caliente, con la que Suárez pedía «que no monten provocación en la calle: nada de pancartas, nada de bandera rojas, nada de puños en alto…, estamos en un punto de peligro grave». Y Carrillo domeñaba a sus bases.

Cuando más apremiante era ponerse en comunicación, más había que evitar las interferencias y el espionaje de los propios servicios policiales o militares. Suárez no debía hablar directamente con Carrillo. Hablaba por teléfono con Armero o personalmente con Aurelio Delgado, Lito, su cuñado y secretario personal; y éste, con Armero. De otra parte, como Carrillo no estaba localizable en París, porque vivía clandestinamente en Madrid, y eso no lo sabían ni Armero ni nadie del Gobierno, su intermediario era un camarada del PCE, Jaime Ballesteros. Una cadena compleja en apariencia, pero veloz en la transmisión: Suárez-Delgado-Armero-Ballesteros-Carrillo. Y por ahí circularon con urgencia y a cualquier hora de la madrugada las pulsaciones de un país donde el presente quería abrir las puertas del futuro, y se lo impedían las fuerzas del pasado. Durante las semanas trágicas que España vivió en el vórtice de un concurso irracional de violencia, cuando mataba ETA, mataba la Policía, mataban los pistoleros de la ultraderecha, los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (Grapo) secuestraban, el generalato amagaba con un golpe militar y la democracia hacía equilibrios sobre el filo del sable, esa línea caliente sostuvo el pabellón en pie frente a todos los trallazos[63].

«El Rey no podrá sacarse leyes de la manga, como hacía Franco»

El verano de 1976 no fue para el Gobierno de Suárez un verano con hamacas al sol. La reforma política, ese «ir de la ley a ley» que decía Torcuato Fernández-Miranda, requería una «ley puente» directa, clara, breve y sencilla, que cualquiera pudiese abarcar de un vistazo y comprender por entero. Suárez puso a pensar y a elaborar proyectos a las mejores seseras jurídicas de cada ministerio. Los «cabeza de huevo», acodados en sus mesas de despacho, emborronaban folios —no había ordenadores, a lo sumo máquinas de escribir eléctricas—

produciendo esbozos y maquetas. Entre el 9 y el 12 de agosto debían estar entregados esos trabajos. Hubo borradores de estilos tan distintos como sus autores: José Manuel Otero Novas, Miguel Herrero de Miñón y Eduardo Navarro, con aportaciones puntuales de José Miguel Ortí Bordás, Félix Hernández Gil, Aurelio Menéndez… También se pidió un boceto al catedrático Carlos Ollero.

Cuando Adolfo Suárez tuvo sobre su mesa todo ese material, a veces coincidente, a veces discordante, se quedó perplejo. Llamó al presidente de las Cortes, que estaba en Asturias. Dada la importancia del asunto y la premura, Torcuato se desplazó a Madrid, recogió todos los folios de propuestas y se recluyó dos días en Navacerrada, el 21 y 22 de agosto, para estudiarlos.

El lunes 23 fue a su despacho de las Cortes y le dio a Juan Sierra, su secretario, unos papeles manuscritos, garabateados y con tachaduras, para que los pasase a limpio. Y de ahí marchó a ver a Suárez a Castellana 3. Le entregó un folio escrito a máquina, a un espacio:

—Aquí tienes esto, que no tiene padre.

Era un modo críptico de decir que «esto», el alma jurídica de la reforma, era de muchos y de ninguno, tenía algo de todos y de nadie… Y también, una forma elegante de renuncia al *copyright*: «Yo, como presidente de las Cortes, no puedo, no debo, dirigir el debate y la votación de una ley de la que soy autor». En adelante, Torcuato la llamó «la expósita». De padre desconocido.

Encargué el diseño de ese proyecto a un reducido número de personas —explicó años más tarde Adolfo Suárez—. Torcuato Fernández-Miranda presentó una propuesta absolutamente válida, que coincidía con otras… Sobre todas ellas, el Gobierno elaboró el proyecto de Ley para la Reforma Política[64].

En el inmediato Consejo de Ministros, el 24 de agosto, Suárez entró llevando el folio de Torcuato en la mano. Sin revelar la paternidad, por respeto al anonimato que el autor había pedido, lo leyó. Los ministros dedujeron enseguida que aquel estilo sobrio, cortante y preciso, diciendo tanto de sustancia en tan breves párrafos sólo podía ser de Torcuato. Dirigiéndose a Landelino Lavilla, dijo: «El ministro de Justicia será el ponente».

Sí, yo fui el ponente —recordaba Lavilla años más tarde—. Ante todo, dije que no debía llamarse Ley «de» Reforma Política, sino Ley «para» la Reforma Política. Era una herramienta poderosa, pero una herramienta «para» reformar todo el tinglado de las Leyes Fundamentales. Una herramienta a la que íbamos a dar el rango de Ley Fundamental a fin de que no fuese una nueva ley impuesta, sino necesariamente refrendada o tumbada por el pueblo. No era una Constitución, sino el instrumento para que el pueblo la hiciera.

Nos reuníamos casi secretamente con Adolfo una especie de comité de ministros: Alfonso Osorio, Rodolfo Martín Villa, Ignacio García López y yo. Al terminar las discusiones y deliberaciones, yo recogía hasta el último papel. Aquel trabajo requería alta reserva.

La ley no podía contener más en menos líneas. Sólo cinco artículos. Y un preámbulo de filosofía, que ni siquiera sometimos a referéndum. Ya en el primer artículo, al afirmar «la democracia en el Estado español se basa en la supremacía de la ley, expresión de la voluntad soberana del pueblo», estábamos liquidando la soberanía absoluta, la nacional, la orgánica, y proponiendo la soberanía popular. Teníamos un país apresado, oprimido, por unas estructuras

políticas caducas que había que desmontar y tenían que caer, por eso a renglón seguido fijábamos la norma clave: «Los derechos fundamentales de la persona son inviolables y vinculan a todos los órganos del Estado». Es decir, la persona por encima y por delante del Estado.

Después: «La potestad de elaborar y aprobar las leyes reside en las Cortes. El Rey sanciona y promulga las leyes». Ya estábamos anunciando una Monarquía parlamentaria. Y un Rey sin prerrogativas, un Rey que no podría sacarse leyes de la manga, como hacía Franco. A continuación, sin disimulos, las Cortes franquistas serían licenciadas y vendrías otras: «Las Cortes se componen del Congreso de Diputados y del Senado. Los diputados serán elegidos por sufragio universal directo y secreto de los españoles mayores de edad. Los senadores serán también elegidos, en representación de las entidades territoriales». Ahí se decía que el Rey podría designar un cupo de senadores, no más de un quinto de los elegidos. Se daba al Rey la facultad de consultar directamente al pueblo en temas políticos de interés nacional, y el resultado del referéndum sería vinculante para todos los órganos del Estado.

Ya se indicaba que el Gobierno regularía las primeras elecciones generales, que el Congreso tendría trescientos cincuenta diputados y el Senado doscientos siete senadores. Se establecía el sistema proporcional para las elecciones al Congreso, y el mayoritario para el Senado…

Se mantenía por el momento el Consejo del Reino, pero con la Constitución quedaría obsoleto y caería también. En la última línea, la disposición final declaraba que «la presente ley tendrá rango de Ley Fundamental». Sería, pues, la octava Ley Fundamental, que las liquidaría a todas[65].

En definitiva, la Ley para la Reforma Política era una convocatoria de Cortes constituyentes.

Algunos interpretaron lo de los cuarenta senadores reales como una reliquia del régimen dictatorial y un cebo para aquellos «cuarenta de Ayete». Pero no se hizo con esa intención. No se trataba de conservar a los viejos consejeros nacionales franquistas, ni de premiar a nadie por los servicios prestados, la idea era muy distinta: que el Rey, con ese cupo suyo, incorporase a las tareas colegisladoras de la Constitución a personalidades independientes, de todo signo e ideología, y de diversos campos de la actividad profesional, para que sus aportaciones enriquecieran la Carta Magna y le dieran matices más plurales a su paso por el Senado, la Cámara «de la segunda lectura». Siempre con la idea de integrar a los más y a los más distintos. El Rey quería que en ese cupo hubiera intelectuales, empresarios, juristas, gente del exilio, castellanos, vascos, gallegos, catalanes… Sumar visiones de España[66].

Antes de hacer público su proyecto de Ley para la Reforma, el Gobierno consultó, tanteó, buscó acuerdos con la oposición, pues la filosofía de fondo era partir del máximo consenso posible a fin de llegar a unas reglas de juego aceptables por «la mayor mayoría». Cuando al profesor Carlos Ollero se le pidió un borrador fue a sabiendas de que él lo cotejaría con la plural oposición representada en la comisión de los Nueve.

El Rey: «Adolfo, en este asunto yo tengo algo que decir»

Una vez listo el proyecto reformista del Gobierno, Suárez subió con él a ver al Rey. Se lo entregó y lo comentaron.

—A partir de aquí, cambia todo. Esto no es una de aquellas promesas gaseosas que hacía Carlos Arias. Esto es ya una convocatoria de elecciones, para que el pueblo haga la nueva Constitución; un diseño de las Cámaras donde habrá de hacerse; y un «adelante» a los partidos. Ha llegado la hora de legalizarlos.

—¿Todos los partidos… a un tiempo? —preguntó el Rey—. ¿Todos ya?

—Todos los que quieran registrarse y cumplan los requisitos de legalidad, a tenor de la reforma última del Código Penal.

—Adolfo, en este asunto yo tengo algo que decir. El Ejército no nos creará problemas por darle paso al Partido Socialista; ahora bien, corremos el riesgo de que nos monten algo, y muy gordo, cuando se enteren de que tenemos intención de legalizar el Partido Comunista. Así que te pido que no hagas nada sin consultarme antes.

El Rey sabía que Suárez acababa de iniciar una relación con Santiago Carrillo a través de Armero. Y él mismo había intercambiado mensajes con Nicolás Franco y con el presidente Ceaucescu y el ministro Ionescu, «los rumanos», los llamaba.

—Hombre, yo tengo la palabra de Carrillo de que no moverá un dedo —dijo el Rey—. Tengo su palabra. Si legalizamos su partido, aceptará la Monarquía y la bandera roja y gualda…

—Si legalizamos su partido…, pero ¿y si no pasa el filtro del Registro o del Tribunal Supremo? Yo lo que intento averiguar es su situación actual de dependencia o independencia respecto al PCUS. Ellos dicen que se enfadaron con Brezhnev y rompieron en 1969, cuando la invasión de Checoslovaquia, y que de Moscú no reciben ni un rublo, ni un duro. Sin embargo, Dolores Ibárruri, *la Pasionaria,* sigue teniendo allí su dacha y vive allí con su familia…

El argumento que Don Juan Carlos repetía era:

—Adolfo, el mensaje que yo le hice llegar a Carrillo fue que tendría que esperar algún tiempo, un par de años al menos; y, aunque resistiéndose, me prometió que no se movería, que su gente no se echaría a la calle. No tengo por qué dudar de que cumplirá su palabra.

—En cambio, el mensaje reciente que yo tengo de él es que el PCE quiere ser legalizado cuando los demás, que no piensan «disfrazarse de lagarteranas» bajo otras siglas que no sean las suyas históricas, y que si no es así nos pondrán las cosas muy difíciles…

—Lo que quiero decirte, Adolfo, es que tenemos que obrar sin herir la susceptibilidad de los militares. No podemos darles la impresión de que maniobramos a sus espaldas. Conozco bien a los militares. Detestan las sorpresas, los subterfugios, las medias verdades…, y, por supuesto, no toleran la mentira. La verdad de cara, aunque les siente como un rayo, la encajan bien. Hay que hablarles, decirles lo que hay. Me gustaría hablarles yo mismo de este asunto, pero debes ser tú, como presidente del Gobierno, quien les ponga al corriente de nuestras intenciones.

—¿Explicarles la reforma política? Hummm, bueno, bien, darles una primicia…

—Una primicia, pero abriendo el melón y yendo al fondo… Yo creo que harías bien en reunir a los capitanes generales, incluso a los tenientes generales en activo, y decirles lo que me has dicho a mí hace un momento: «Señores, ha llegado la hora de legalizar a todos los partidos políticos, incluido el Partido Comunista». Probablemente pondrán el grito en el cielo. Entonces tú les explicas que no tendremos nada que temer de los comunistas a partir del momento en que actúen a cara descubierta; que nos interesa que los españoles se enteren de que el Partido

Comunista es un partido minoritario, y que lo único que haríamos sería aumentar su prestigio y su atractivo si lo mantuviéramos en la clandestinidad. Que es preferible que pasen por las urnas para saber de una vez cuántos votos tienen.

—Lo pensaré… No me hace mucha gracia ese encuentro. Como una deferencia, vale, pero ni de lejos quiero darles la impresión de que necesito su visto bueno para llevar adelante la política del Gobierno.

Adolfo Suárez contrastó con Gutiérrez Mellado la propuesta del Rey. El teniente general se ofreció a hacerlo él mismo, como jefe del Alto Estado Mayor:

—Uno de estos días van a reunirse aquí en Madrid los consejos superiores de las tres armas, aprovecho y, a modo de sesión informativa, lo despacho sin darle más vuelos al asunto.

—No, Manolo. Éste es el proyecto más importante del Gobierno y se ha de explicar en todo su alcance. Y, como presidente del Gobierno, me toca a mí coger el toro por los cuernos. Además, esta reforma desemboca en un cambio de régimen y es de todo punto necesario que las Fuerzas Armadas lo conozcan, porque su misión será defenderlo y garantizarlo. El Rey tiene razón, no es bueno sorprenderlos a quemarropa. Prefiero que nos veamos las caras, y salir al paso de lo que les preocupe o de lo que no entiendan[67].

A continuación, Suárez citó al vicepresidente De Santiago y Díaz de Mendívil, y le expuso su plan de explicar el proyecto de reforma política a todos los tenientes generales con mando, que coincidirían en Madrid el 8 de septiembre. No esperaba la respuesta desdeñosa que le espetó el vicepresidente de la Defensa:

—¿Y para qué esa reunión? Sobre todo, ¿para qué, cuando el guiso ya está hecho? Usted, presidente, ha trabajado días y días a puerta cerrada con un minigabinete de ministros, sin contar para nada con ninguno de los ministros militares, ni conmigo como vicepresidente. —De Santiago no ocultaba su reticencia.

—En ese reducido equipo técnico tampoco ha estado Marcelino Oreja —atajó Suárez—, porque ningún punto del proyecto afecta a la política exterior, como no afecta a la política defensiva.

—Yo en algún momento pensé: «¿Será que no nos considera miembros del Gobierno?» Pero luego me pareció muy bien ese tenernos al margen: los militares somos apolíticos y debemos seguir siéndolo. Nuestras lealtades y nuestros rechazos nunca responden a claves políticas, siempre nos movemos en clave patriótica.

Suárez captó el mensaje subliminal de De Santiago: «Las Fuerzas Armadas no quieren verse implicadas en una reforma política de la que muy probablemente discrepan y a la que no se pueden oponer». Y el bordón grave: «Siempre nos movemos en clave patriótica».

—Agradezco la deferencia, presidente, pero me parece mejor aplazar ese encuentro. —De Santiago declinaba la invitación—. Ya habrá ocasión para ver… el tráiler de la película.

Suárez se sintió provocado por el tono despectivo y la fingida cortesía del teniente general. Tensó las mandíbulas y dijo secamente:

—El miércoles 8, a las diez de la mañana, me reuniré aquí con todos los mandos de las tres armas. General, dé curso a los avisos. Muchas gracias. Puede usted retirarse[68].

No era Suárez un prepotente, ni hacía alardes innecesarios de autoridad. Lo suyo era más

bien el trato afable, la cordialidad, el buen humor, la sonrisa. Pero cuando había que dejar claro quién tenía el mando, y que el Gobierno estaba por encima del estamento militar, nunca se arredró.

En cierta ocasión, fue al cuartel general del Ejército del Aire y vio que, presidiendo el salón donde iban a celebrar un acto oficial, había un retrato de Franco de grandes dimensiones. Ordenó que lo retiraran:

—Esto no comienza hasta que no cuelguen ahí un retrato de Su Majestad el Rey.

Hubo unos momentos de vacilación y aturdimiento.

—Perdone, pero es que el retrato del Caudillo siempre ha estado ahí… Habría que pedir permiso al señor ministro…

—Es una orden mía y no hay que pedir permiso a nadie.

Era necesario ir rompiendo hábitos de décadas en las que el Ejército imponía su ordeno y mando sobre el poder civil[69].

En la misma línea, y para patentizar que las Fuerzas Armadas eran un instrumento y no un poder del Estado, su incidente con Milans del Bosch, capitán general de Valencia, cuando se celebró allí el Día de las Fuerzas Armadas.

Había una comida en Capitanía General. El anfitrión, Milans del Bosch, dispuso que en la mesa presidencial los generales antecedieran a los ministros. Suárez le indicó que cambiase el protocolo.

—El protocolo ha sido consultado con el Rey —replicó Milans del Bosch.

—General —le dijo Suárez sin elevar el tono de voz—, aquí el que gobierna soy yo, y le ordeno que haga salir de sus puestos a tantos generales como ministros deben incorporarse a la mesa.

Por la noche, en la recepción de gala ofrecida también en Capitanía, a Suárez le hicieron un vacío deliberado, bochornoso: ni un solo militar se acercó a saludarle. La inquina de Milans contra Suárez respondía a una cuestión de ascensos y cargos. Se sentía desplazado en Valencia, adonde le habían destinado, cuando lo que él quería era ser jefe del Estado Mayor del Ejército (JEME) en Madrid.

Al día siguiente, y para mostrar aún más su enfado, Milans del Bosch dijo que no iría al aeropuerto de Manises a despedir al presidente porque tenía un compromiso anterior. Suárez le hizo estar presente con hora y media de antelación. Y, una vez en la pista, le pidió novedades para tenerle un buen rato cuadrado ante él y con la mano junto a la sien en posición de saludo[70].

Suárez: «Ni mentí ni engañé a los militares»

A partir de las nueve y media de la mañana fueron llegando al palacete de Castellana 3, uno tras otro, en sus lustrosos vehículos negros con banderín oficial, hasta veintinueve tenientes generales y almirantes. Los jefes de las nueve regiones militares, de los tres departamentos marítimos y de las tres regiones aéreas; el vicepresidente de la Defensa y los ministros de Tierra, Mar y Aire; los jefes de los estados mayores de las tres armas; los diecisiete tenientes generales con mando en activo; el presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, los directores

generales de la Policía Armada y de la Guardia Civil, el director del Ceseden. Todos ellos acompañados por sus ayudantes de servicio. Literalmente, un plenario de la cúpula militar.

Suárez agradeció la asistencia de los generales y dijo que los había convocado para exponerles el contenido y alcance de la reforma política, «cuando el Gobierno todavía no había enviado el proyecto a las Cortes; es decir, está sobre mi mesa».

Luego, un párrafo breve para centrar el tema:

El Gobierno que presido por confianza de Su Majestad tiene un objetivo muy claro, que el Rey conoce y comparte: devolver la soberanía al pueblo español, instaurar los derechos y libertades ciudadanas y construir una democracia pluralista, es decir, de partidos con representación parlamentaria, en la que los españoles puedan convivir en paz, expresarse en libertad, asociarse y sindicarse en libertad; y, lo que es quizá más deseable: reconciliados unos con otros, poniendo fin a la división que nos dejó la guerra civil. Sólo así el Rey se convertirá en Rey de todos los españoles[71].

En el momento en que se disponía a explicar el primer artículo, uno de los tenientes generales que estaban más próximos a la gran mesa central sacó una grabadora y la puso sobre la mesa, mientras decía: «Lo que hoy vamos a oír aquí conviene que quede registrado, para que nadie haga después interpretaciones por libre».

Suárez reaccionó con ágiles reflejos. En lugar de enfadarse por la descortesía y decir «retire usted esa grabadora», se volvió hacia uno de sus ayudantes de campo: «Por favor, traigan otra para mí —dijo—, así también yo conservaré una copia»[72].

La soberanía popular, los derechos fundamentales de la persona, el sufragio universal, la bicameralidad y su formato, la provincia como circunscripción electoral…, ninguna de esas novedades parecía interesarles demasiado.

El ex ministro y capitán general de Cataluña, Coloma Gallegos, alzó la mano pidiendo la palabra. Abrió el fuego: «Yo quiero exponer aquí mis serias dudas sobre el rumbo que se pretende dar a la política de nuestra patria». La cuestión siguiente fue del mismo corte: «Me preocupa enormemente que ese propósito reformador del Gobierno, cuya aspiración según nos ha dicho el señor presidente es “una reconciliación que acabe con la división que dejó la guerra”, con lo que acabe de verdad sea con la convivencia que hemos tenido durante cuarenta años, y abra el portillo a los enemigos de España: el separatismo, el comunismo y el terrorismo». Otro teniente general hizo por fin la pregunta que todos querían hacer: «¿Es posible que uno de los partidos que el Gobierno se propone legalizar sea el Partido Comunista?»[73].

—Con el Código Penal recientemente reformado, en una mano y a la vista, y con los actuales estatutos del Partido Comunista de España en la otra mano y también a la vista, puedo asegurarles que nunca será legalizado un partido cuyos objetivos son la subversión del orden estatal constituido, la revolución marxista y que España dependa políticamente de las directrices de una potencia extranjera, la Unión Soviética. Mientras el PCE tenga esos fines, establecidos además estatutariamente, no podrá ser reconocido[74].

Esa afirmación de Suárez produjo un efecto balsámico en todos los presentes. Se aflojaron los tendones de los cuellos, bajaron los diafragmas, empezaron a aparecer sonrisas bajo los bigotes. El clima se había distendido. Desde su asiento algo esquinado, el capitán general de

Burgos, Mateo Prada Canillas, aquel que pedía el estado de excepción cuando los violentos sucesos de Vitoria, lanzó un espontáneo «¡viva la madre que te parió!».

—Sin embargo —insistió Suárez—, no son deseables las exclusiones ni las marginaciones. La democracia o se basa en la libertad de todos o no es democracia; por tanto, es necesario ir a la legalización de todos los partidos y de todos los sindicatos que acepten el orden democrático[75].

El ministro del Ejército, Félix Álvarez-Arenas, que acudió a la reunión serio y preocupado, regresó exultante: «¡Magnífico, el presidente ha estado magnífico, genial!», y otros tenientes generales al salir hicieron comentarios muy elogiosos a preguntas de los periodistas: «Me alegro de haber venido. Tengo una gran confianza». «Disculpen, se nos ha encarecido el secreto sobre lo hablado; pero sí puedo decirles que mi impresión es estupenda. Ha sido una charla muy interesante, y a mí y a todos se nos han aclarado muchas dudas».[76].

Cuando más adelante empezaron a tergiversar lo que Suárez había dicho y prendió la especie de que «el presidente no había sido claro, sino deliberadamente ambiguo, con intención de engañarnos», Suárez explicó al Rey y a quien quiso preguntarle:

Dije lo que en aquel momento era la verdadera realidad: los estatutos tradicionales y entonces vigentes del PCE no permitían su legalización. Había continuas referencias al «marxismo leninismo» al «internacionalismo proletario», al «derrocamiento del régimen burgués de capitalistas y terratenientes», a la «lucha contra el imperialismo». Otra cosa es que el PCE más adelante los cambiara[77].

Aquel mismo día, 8 de septiembre, en el hotel Commodore de París, José Mario Armero volvía a encontrarse con Santiago Carrillo, también en secreto, si bien esta vez ya en nombre del presidente Suárez y con un cuestionario muy elaborado, para obtener información concreta sobre los objetivos de lucha del PCE, sus relaciones actuales con el PCUS, sus fuentes de financiación, las actitudes que tendrían como colectivo ante la Corona, el Ejército, las instituciones del Estado… Extremos que los servicios españoles de inteligencia averiguarían y chequearían luego por otras vías.

Durante el almuerzo que siguió a la reunión con el generalato, Suárez percibió que quienes escuchaban atentos sus explicaciones entendieron cabalmente el alcance de la reforma y, les gustara o no, no se llamaron a engaño. Prueba de ello fue la reacción del vicepresidente De Santiago y Díaz de Mendívil. Radicalmente opuesto a la legalización del PCE y de los sindicatos de izquierdas, a los pocos días, el 21 de septiembre, sostuvo un diálogo tan tenso con el presidente que forzó su cese fulminante.

Aunque los tenientes generales asistentes a la reunión con Suárez se habían comprometido al secreto, uno de ellos informó *off the record* al general Armada, que no estuvo allí. Llevado de su celo oficioso como secretario del Rey, Armada redactó un «informe confidencial para Su Majestad». Era un juicio bastante negativo sobre la exposición de Suárez y su diálogo con los que Armada calificaba como «príncipes del Ejército». Al Rey le extrañó la discrepancia entre la versión de Armada y las que había recibido de Gutiérrez Mellado, de Álvarez-Arenas y del propio Suárez. Para salir de dudas, uno de esos días llamó a su despacho a Suárez y a Armada. Un careo improcedente y manco de tacto por parte del Rey que, además de provocar una desagradable discusión, aumentó la crispación, soterrada pero real, entre el presidente y el

secretario[78]. Armada expuso una vez más su tesis de que los militares se sentían irritados con las reformas anunciadas y que el malestar podía desbordarse con riesgo de involución. Era su alarma recurrente. Y, se diera o no se diera cuenta de ello, cada vez que la hacía sonar, al Rey le subía la tensión. Conseguía atemorizarle. Y el resultado inmediato era una llamada del monarca a Suárez y una recomendación de «prudencia, cuidado, freno». Exactamente, lo contrario a lo que la calle demandaba.

Suárez: «No olvide, general, que en España sigue en vigor la pena de muerte»

El 10 de septiembre, Adolfo Suárez anunció desde la televisión, su púlpito favorito, el envío de la Ley para la Reforma Política a las Cortes, donde se debatiría por trámite de urgencia. El día 11 se celebró en Cataluña la Diada, por vez primera desde el fin de la República. Se cantó *El segadors*, se blandieron *senyeres* y se gritó *Visca Catalunya!*, con mucha alegría y ningún mal incidente. El 20, se autorizaba la exhibición pública de la ikurriña.

Al día siguiente, en Consejo de Ministros, Enrique de la Mata, como titular de Relaciones Sindicales, informó de la inminente legalización de los sindicatos y de la libertad individual de afiliación sindical, hasta entonces obligatoria. Al terminar el Consejo, el teniente general De Santiago indicó a Suárez y a Osorio que quería hablar con ellos a solas. Pasaron al despacho del presidente. La expresión del teniente general era la de un hombre consternado.

—Acabo de decir en el Consejo que me opongo rotundamente a esa disposición que van ustedes a sacar, supongo que por vía de decreto ley. Van a darle ustedes patente legal a las centrales sindicales UGT, CNT y FAI, culpables de los desmanes cometidos en la zona roja, y se legaliza también a las Comisiones Obreras que no son otra cosa que la carcasa del Partido Comunista… ¿Se da usted cuenta de adónde nos están llevando con todo esto? Como vicepresidente de este Gobierno, le advierto que tenga usted cuidado con lo que hace…

—Ese «tenga usted cuidado», ¿es una amenaza? —preguntó Suárez con una voz casi metálica que contrastaba con el tono bronco y vehemente del teniente general.

—Es un aviso. Y se lo repito: presidente, tenga usted cuidado con lo que hace.

—General, tenga usted cuidado con lo que dice.

—Pero ¿es que no se da usted cuenta de que nos están entregando en manos de nuestros enemigos…?

—General. Desde este momento, queda usted destituido como vicepresidente del Gobierno.

—¡Se arrepentirá de esto! —De Santiago había pasado de la consternación a la ira—. ¡Se arrepentirá de esto y de todo lo que está haciendo! Y no olvide usted que en España ha habido más de un golpe de Estado militar.

Suárez se levantó para dar por concluida la conversación. Ya en pie, clavando la mirada en el vicepresidente, dijo:

—Y no olvide usted, general, que en España sigue en vigor la pena de muerte[79].

Osorio había asistido a la tremenda escena como un testigo de piedra. Cuando De Santiago dio taconazo y salió del despacho, estaba lívido. Se ofreció para apaciguar al teniente general:

—Por favor, Adolfo, esto es muy grave y puede traer cola. Si quieres, hablo con él y, con argumentos, con cierta persuasión… Ten en cuenta que este hombre tiene una influencia brutal entre los militares y entre los procuradores ultras, y nos pueden boicotear la reforma.

Pero Suárez estaba determinado de cuajo a hacer lo que tenía que hacer.

—Alfonso, no me asustan los generales que amenazan, no me gustan los que se pasan la vida removiendo el odio de la guerra civil y no me tranquiliza tenerlos codo con codo en mi misma mesa de Gobierno; así que… destituido queda, ¡y en buena hora!

El cese de De Santiago, que él explicó en una carta abierta y pública como «irrevocable dimisión, voluntaria, patriótica y en conciencia», generó en la prensa reaccionaria una enorme polvareda de protestas contra el Gobierno, y de adhesiones, homenajes y artículos laudatorios al general defenestrado. El más sonado de los artículos fue el del teniente general Carlos Iniesta Cano, «Una lección de honradez», a toda plana en *El Alcázar*. En ese texto se decía que difícilmente un militar podría cohonestar en conciencia su consagración al servicio de la patria con las políticas propugnadas por el Gobierno de entonces. De ahí que la decisión de De Santiago se evidenciara como un ejemplo que seguir. Con ello, se ponía en la picota a los tres ministros militares, Pita da Veiga, Álvarez-Arenas y Franco Iribarnegaray, que continuaban en el Gobierno. Y se clavaba un duro rejón a Gutiérrez Mellado, por plegarse a ser el sustituto del vicepresidente cesado. En adelante, al opinar sobre él, la prensa ultra y los militares le despojarían de su grado de teniente general, llamándole peyorativamente «el señor Gutiérrez», incluso «el Guti».

La animadversión contra Gutiérrez Mellado no sólo estaba en el búnker militar, ni sólo entre los generales que habían luchado en primera línea de fuego y que le menospreciaban por sus servicios de espionaje en la retaguardia; también dentro del Gobierno había provocado un sentimiento de agravio: el almirante Gabriel Pita da Veiga creyó que, por antigüedad y hoja de méritos, sería él el nuevo vicepresidente. Confundía un grado en la escaleta militar con un cargo político de designación.

En todo caso, Gutiérrez Mellado se incorporaba al Gobierno con tres importantes misiones: primera, limpiar y transformar los servicios de inteligencia; segunda, redistribuir el mapa de los mandos militares, con una estrategia de ascensos y destinos que «por elevación» ubicara en las plazas periféricas a los generales proclives al golpismo; y tercera, supeditar el poder militar al poder político, para lo cual sería necesario crear un único Ministerio de la Defensa, y éste a las órdenes del jefe del Gobierno. Todo ello, sabiéndose llamado «el señor Gutiérrez». El mismo Gutiérrez de quien Juan Carlos habló al periodista alemán de la ZDF, Michael Vermehren, cuando Franco estaba entubado y sedado en el hospital de La Paz. Le avanzó entonces que «para cambiar enteramente el sistema en lo político y en lo militar», tenía ya «unos planes pensados con bastante precisión», incluso con nombres de personas. Y le mencionó a dos desconocidos para Vermehren: «Adolfo Suárez. Este hombre va a serme muy útil. Tú lo verás. Y en el ámbito militar, pienso en el general Gutiérrez Mellado, que hará la reforma de las Fuerzas Armadas».

La destitución de De Santiago más las sanciones que el Gobierno les impuso a él y a Iniesta Cano por sus artículos, heroificaron a los «generales bravos», generaron capillitas y enrarecieron el clima militar entre los disconformes con la reforma democrática.

El Rey sabía que la reforma se vinculaba a su persona, como un trazado político que él propiciaba. Y también que, ayuno todavía de popularidad ciudadana, su único bastión era el Ejército, o no era nadie. Por eso, en cuanto se producía alguna tensión, acudía inmediatamente a suturar la brecha antes de que fuese a más. Siempre tenía a mano un acto castrense, ocasión de ponerse el uniforme y dar presencia, para atenuar el distanciamiento de los militares más reacios al cambio.

«A los militares les gustan los gestos —decía—, saber que tienen jefe y verle cerca en los momentos difíciles». Y así, cuando Milans del Bosch, en un arranque de enfado por la destitución de otros dos generales, decidió «pues me voy a mi casa y no vuelvo al despacho», en lugar de dar su visto bueno a la amonestación que procediera, le llamó, le calmó y le gratificó yendo a unas demostraciones artilleras en la División Acorazada (DAC) Brunete, su predio, compartiendo con él y sus hombres unos bocatas de ternera y pimientos. Todo por la patria. Fue precisamente en aquella visita a la DAC Brunete, cuando Milans del Bosch, acariciando el cañón de uno de sus carros de combate más potentes, le dijo al Rey: «Yo, con un zambombazo de este bicho, llegó por lo menos hasta la Puerta del Sol». A buen entendedor…

Todo sucedía entonces a renglón seguido. Los periódicos tenían que ampliar su edición de cierre para dar cabida a tanta noticia importante y de última hora. El 9 de octubre se presentó en el hotel Mindanao de Madrid la coalición política Alianza Popular (AP) que presidía y pilotaba Fraga secundado por media docena de ex ministros franquistas: Licinio de la Fuente, Federico Silva Muñoz, Gonzalo Fernández de la Mora, Enrique Thomas de Carranza, Cruz Martínez Esteruelas y Laureano López Rodó. Un cartel tan de postín como añejo y que, en lugar de agregarse al centro que pudiera formar Suárez, se posicionó en contra. La prensa los recibió con el mote de «los siete magníficos».

Al Rey no le agradó en absoluto que en lugar de sumar naciesen con ánimo de restar. Cuando aún se estaba pergeñando el invento, le preguntó a López Rodó: «Pero ¿qué haces tú en esa explosiva mezcla?» Y, sin disimular su pesimismo sobre el futuro panorama de enfrentamientos, le advirtió: «Yo, si las cosas se ponen mal, me voy, eh». Frase que no habría dicho si la hubiera pensado dos veces[80].

Recibió también a Fernández de la Mora, otro de «los magníficos» y le afeó que «sólo por ir a la contra del Gobierno» se hubiera asociado «al pelmazo de Silva Muñoz» y a Fraga, «a quien los años de embajador en Londres no le han quitado el pelo de la dehesa». Dos desahogos imprudentes que la memoria esponja de Fernández de la Mora volcaría años más tarde en su ácido libro de memorias *Río arriba*[81].

Pero todavía le aguardaban más sorpresas al Rey: en vísperas electorales, un respingo al enterarse de que «los magníficos» habían fichado como figura estelar para el Senado por Madrid a Carlos Arias Navarro, que seguía compareciendo lloroso y catastrofista de telonero en los mítines. Y con tal cartel y el engrase financiero del Banesto y del Santander, se postulaban como «la gran coalición de centro».

Martín Villa: «Menos acostarnos con ellos, lo hicimos todo»

Del 16 al 18 de noviembre, la reforma fue debatida en las Cortes, un desfiladero angosto y con vidrios de punta. Requería sumar el alto quórum de dos tercios, de una Ley Fundamental que, justo por tener ese rango, podría echarlas abajo todas.

Torcuato Fernández-Miranda sacó de la panoplia de recursos un arma corta, el trámite de urgencia, que marcaba plazos muy breves para debatir el proyecto en la fase de ponencia. Y, una vez debatido y enmendado el texto, impedía que esas enmiendas se votasen otra vez y por separado en el pleno. Había que votar el conjunto de la ley en bloque, a todo o nada. Era la ventaja y era el riesgo. Se quería evitar que, troceando el articulado y los matices de cada palabra, el resultado final fuese un adefesio demasiado diferente a la propuesta del Gobierno. Otro alfanje de Torcuato al aplicar el reglamento fue invitar a ausentarse del hemiciclo a quienes no quisieran votar, «porque las abstenciones se computarán como votos contrarios a la ley»[82].

Defendieron la ponencia Fernando Suárez, brillante y cartesiano, y Miguel Primo de Rivera, con un discurso apasionado y persuasivo. Ex ministro franquista el primero y sobrino del fundador de Falange el segundo, eran dos voces que no podían inspirar desconfianza. Eran de casa. Y lidiaron bien.

Pero los votos no se conquistaron desde la tribuna de oradores, sino entre bambalinas, conversaciones de pasillos, cenas tú a tú, toma y daca. No todo era argumentar y convencer. Ni todo era el heroísmo patriota de unos procuradores dispuestos al harakiri generoso por dar cabida a la otra España. Hubo un trabajo oscuro para vencer resistencias y ganar voluntades. «Menos acostarnos con ellos, lo hicimos todo», reconocería Martín Villa[83].

El problema de diecisiete procuradores sindicalistas que se oponían a la reforma se solucionó porque alguien tuvo la feliz idea de enviarlos, con gastos pagados, a un congreso sobre Seguridad Social, que se celebraba en Panamá. El lujoso crucero por el Caribe, a cargo de fondos reservados, tuvo lugar justo en los días que se votaba la reforma. Obviamente, aquellos diecisiete no pudieron asistir a la votación[84].

La chispa ocurrente debió de encenderse en la mente del ministro de Trabajo, Álvaro Rengifo, casi un mes antes, cuando el subsecretario de la Seguridad Social, Victorino Anguera, le comunicó que debía ir a Panamá a clausurar el IV Congreso Iberoamericano de Seguridad Social, y que desde allí preguntaban cuántos y quiénes serían los miembros de la delegación española[85]. Lo demás vino rodado.

Abril Martorell contaba que, para obtener el sí de los procuradores más resistentes, «se hizo de todo, como prometer apoyos en hipotéticas listas electorales futuras, incluso cargos y favores… que nunca se cumplieron»[86].

Con algunos, al parecer, se presionó insinuando la existencia de informes comprometedores, suministrados al Gobierno por los servicios de inteligencia, y sus archivos Jano: «Imagínate, con tantos años de Estado policíaco, ¡qué no sabrán esos hombres de lo que hay en las cloacas… o en las alcobas!, y en un momento, zas, te montan una escandalera por un asunto económico turbio o por ciertas aventuras extraconyugales…»[87]

El propio Adolfo Suárez le confesó un día a Emilio Attard: «Si yo no hubiese tenido a mano

unos cuantos escaños en el Senado para ofrecer a los que debían hacerse el harakiri, ¿cómo hubiera sacado adelante la Ley para la Reforma?»[88]

A otros se les devolvía su argumento más manido: «Hombre, llevas toda la vida sacando pecho con que estas Cortes son representativas, y que tú aquí no estás a dedo, sino que representas a tus vecinos de Huelva. Pues, entonces, ¿qué te preocupa? Preséntate por Huelva para las nuevas Cortes y ¡seguro que barres!»

Más arduo fue conseguir que Fraga y los 183 procuradores alineados con la flamante AP se inclinaran en favor de la reforma. Ahí no valían prebendas ni premios de consolación, pues Fraga y «sus magníficos» estaban persuadidos de que en las elecciones generales arrasarían. Todos sus cálculos eran sobre la base de que iban a ser la mayoría vencedora y gobernante. Así que sólo cabía discutir y negociar elementos del proyecto del Gobierno que se debatía.

El punto de fricción más enconado era el de la Ley Electoral. Para el Gobierno y para la oposición democrática no presente en las Cortes, el sistema proporcional era un principio innegociable. Fraga, en cambio, exigía el sistema mayoritario al estilo inglés. Pensaba en los minúsculos municipios rurales de voto conservador, y en las ventajas de estabilidad y alternancia en el poder que permite el bipartidismo, repartiendo el juego sólo entre dos grandes fuerzas, aun a costa de excluir a los partidos minoritarios. El día de urnas se llevaría una tremenda sorpresa, cuando la cuenta de sus escaños —nueve y sólo nueve— le hiciera entender, uno, que el aldeano sabe a quién quiere dar su voto; dos, que la gente quería cambio; y tres, que los pueblos tienen memoria.

Al cabo de muchas horas de discusión en pasillos y saletas con Cruz Martínez Esteruelas, Licinio de la Fuente y el propio Fraga, el Gobierno llegó a un posible acuerdo con el grupo AP: sistema mayoritario para el Senado y proporcional para el Congreso con unos dispositivos correctores que favorecerían a las fuerzas hegemónicas y triturarían a los pequeños partidos. Otro caramelo para Fraga fue dar a cada provincia dos escaños fijos de partida, lo cual premiaba a las provincias de escasa población. Sobre esto, al Gobierno le llegaba el comentario punzante de Alfonso Guerra desde un despachito de Jacometrezo, en Madrid: «Pero ¿quiénes van a votar, los ciudadanos o las hectáreas?»

En plena fase de tira y afloja se reunieron Suárez, Lavilla, Osorio y Martín Villa en el despacho del presidente de las Cortes, Fernández-Miranda. Todos con los nervios a flor de piel, porque los 183 votos que obedecían a Fraga eran necesarios para sumar los dos tercios. Convenía amarrar esos síes cuanto antes. Entonces, Suárez, pragmático y frío hasta en el fragor del combate, le dijo a Osorio: «Alfonso, llama a Carlos Ollero, dile en qué estamos y que pregunte a los socialistas a ver qué opinan; porque si después de hacer la reforma nos encontramos con que la oposición no entra en el juego, no habremos hecho otra cosa que escribir sobre el agua».

Osorio llamó a Ollero. La espera se les hizo eterna. Al cabo de un rato, Ollero devolvía la llamada: Felipe González y Alfonso Guerra estaban de acuerdo[89].

La fase deliberativa se cerraba con la intervención del ministro de Justicia. En el momento en que Landelino Lavilla se levantó para defender el proyecto de ley, Martín Villa, transmitiéndole bríos, le dijo: «¡Ánimo, Lande, que por lo menos sacamos 425 ayuntamientos!» Al final, en el cómputo de los votos, Lavilla no salía de su asombro por la exactitud con que Martín Villa había

predicho el resultado: fueron exactamente 425 los procuradores que votaron a favor.

Allí se había hablado mucho de legalidad, de legitimidad, de representación… y muy poco de credibilidad. Las últimas palabras de Landelino en su defensa de la ley fueron la mejor síntesis del espíritu de la reforma: «Que nadie hable en nombre de un pueblo que no ha hablado. Que nadie se arrogue representaciones si no las ha recibido. Que termine la confusión. Y que sea el pueblo español el que arbitre y haga la luz».

A las diez menos veinticinco de la noche del 18 de noviembre concluyó la votación, nominal y en pie. Luego, el recuento: 425 síes, 59 noes, 13 abstenciones. Cuando la voz de Torcuato decía «queda aprobada la Ley para la Reforma Política», uno de los cámaras de TVE captó en contrapicado la imagen de Adolfo Suárez en su escaño azul: se mordió el labio inferior como si quisiera notar que estaba despierto y no soñando, cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás, y entonces pudo leerse en sus labios un «¡por fin!» que le nacía de muy dentro.

El hemiciclo puesto en pie ovacionaba el resultado apabullante. El Gobierno aplaudía también, pero no a su obra, sino a aquellos procuradores que con su retirada daban paso a lo nuevo. Desde el banco azul, Adolfo Suárez se giró hacia la tribuna del presidente Fernández-Miranda, y a él le dedicó su aplauso más vibrante.

En cuarenta y ocho horas había quedado listo el expediente que liquidaba el régimen. Un breve texto de cinco artículos que ya desde el primero proclamaba la democracia, aun antes de que cuajara en una Constitución, al afirmar que «la democracia en el Estado español se basa en la supremacía de la ley, expresión de la voluntad soberana del pueblo». Un breve texto por el que el Gobierno se obligaba a hacer la reforma. Y un breve texto que en sus cinco artículos mencionaba cinco veces al Rey, y como Rey, no como un elemento ornamental de referencia respetable, sino al Rey en actos de Rey. Por tanto, de modo indirecto, aunque no encubierto sino expreso, también la Monarquía se sometía a plebiscito[90].

En ese recorrido funámbulo, «yendo de la ley a la ley, a través de la ley», lo que a Don Juan Carlos le importaba era que el cambio de régimen fuese pacífico y no convulsivo; que en el nuevo estado de cosas, los vencedores no pasaran a ser los vencidos; que el Movimiento, su organización, sus insignias, sus himnos y sus banderas desaparecieran, cayeran, sin armar ruido. Y sobre todo, no incurrir en perjurio. Ese haz de preocupaciones venía planteándoselo con insistencia a Torcuato desde que en julio de 1969, de rodillas junto a Franco y ante esas mismas Cortes, juró las Leyes Fundamentales y los Principios del Movimiento, para ser «sucesor a título de Rey»[91].

El referéndum fue convocado para el 15 de diciembre, bajo el eslogan «Habla, pueblo, habla». Se trataba del punto de arranque, y era absolutamente necesario un referéndum limpio, incuestionable. El Gobierno circuló órdenes por toda la geografía urbana y rural para que se extremasen las medidas de libertad y seguridad, y se garantizara la asepsia impidiendo o denunciando coacciones, fraudes, piquetes, intentos de pucherazo. La extrema derecha postulaba el no. Las fuerzas de izquierdas recomendaron la abstención activa, aunque sin imponerla.

Pero entre tanto ocurrirían muchas cosas. Así como la oposición democrática había entrado ya en una senda pactista, la oposición antidemocrática se iba radicalizando por días. Y con

violencia. El 20 de noviembre, aniversario de la muerte de Franco, el primer 20-N, se concentró en la plaza de Oriente una tumultuaria manifestación de indignados franquistas coreando gritos de «Juan Carlos, Sofía, el pueblo no se fía», «Suárez dimite, el pueblo no te admite», «Gobierno, atiende, España no se vende», sobre un hosco frondor de «¡Ejército al poder!».

Al mismo tiempo, en la basílica del Valle de los Caídos, los Reyes presidían un solemnísimo funeral de Estado en memoria del Generalísimo, con asistencia de todo el Gobierno, el Consejo del Reino y representación de las Cortes. En sitiales destacados, las familias de Franco, de José Calvo-Sotelo, de José Antonio Primo de Rivera y de Luis Carrero Blanco. Un retablo luctuoso de la historia que el régimen veneraba.

Todo discurrió bien y con serenidad en el interior de la imponente cripta. Pero fuera esperaba la bronca, los gritos, los *Cara al sol*, las banderas, los exaltados de Fuerza Nueva, boinas rojas, insignias, correajes y pistolas al cinto. El ministro Martín Villa dedicó aquella tarde y noche a controlar la situación a bordo de un helicóptero, sobrevolando el tramo de la plaza de Oriente al Valle de los Caídos. «No había sensación de peligro: había peligro», recordaba transcurridos muchos años[92].

Dos días después, el 22 de noviembre, el Rey quiso celebrar el primer año de su proclamación reuniéndose exclusivamente con los jefes de los estados mayores de Tierra, Mar y Aire. Ni Diputación de la Grandeza de España, ni instituciones del Estado, ni cuerpo diplomático, como le habían sugerido. Por su difícil doble vida desde chaval, entre el señor de Estoril y el General de El Pardo, Juan Carlos tenía muy aguzado cierto instinto de supervivencia para esos gestos ambidextros de equilibrio. Una inteligencia camaleónica para captar perturbaciones en la atmósfera y adaptarse a todos los terrenos.

El Rey prefiere ralentizar el cambio

El proceso de la reforma, incluido el éxito del referéndum, intentaron boicotearlo a sangre los enemigos de la democracia, radicales de los dos extremos: ETA, Grapo, Triple A, Guerrilleros de Cristo Rey, pistoleros de Fuerza Nueva… Unos y otros, nutridos bajo cuerda con información policial.

Los hechos se sucedían al ritmo de una secuencia trágica de cine negro, como si varios ingenios violentos se hubiesen concertado para entrar en acción desde distintos puntos a la vez, por sorpresa, y con una eficacia indefectible.

Día tras día, desde octubre de 1976 hasta febrero de 1977, el país experimentaba lo que sin exageración expresó Rosa Montero: «Era como vivir en un polvorín sin saber quién tenía las mechas»[93]. Tampoco exageraba Miguel Ángel Aguilar al evocarlo años después: «Vivíamos en un tobogán, en una montaña rusa, con el estómago en la boca, entre los terroristas y los golpistas, que pensaban “cuanto peor, mejor”. Ni la izquierda rompía con ETA ni los militares se reconciliaban con la idea de una Constitución por la que sentían todo el recelo del mundo. Era un mar de encabronamiento».[94].

4 de octubre. Cuando el Gobierno ha aprobado su proyecto de Ley para la Reforma, Cataluña ha podido celebrar la Diada prohibida durante cuarenta años y en el País Vasco vuelve a ondear

libremente la ikurriña, ETA asesina en la puerta de su casa a Juan María Araluce Villar, presidente de la Diputación de Gipuzkoa y consejero del Reino. En el mismo tiroteo, acribillan al chófer y a los tres policías escoltas. Fundido de cinco sangres.

11 de diciembre. Cuatro días antes del referéndum, los Grapo secuestran a Antonio María de Oriol y Urquijo, presidente del Consejo de Estado. Hay serias sospechas de que los Grapo son una excrecencia policial de extrema derecha. Así lo piensan Gutiérrez Mellado, Martín Villa y Sáenz de Santa María[95].

15 de diciembre. Referéndum sobre la reforma. Llovizna sobre Madrid. Torcuato, Suárez y el Rey madrugan, se enfundan sus gabardinas blancas, van a votar y siguen con inquietud el minuto a minuto de la jornada. Es «su obra» sometida a examen. Suárez no sabe qué es peor, si una alta tasa de abstención, de indiferencia, o un triunfo del no al cambio, del franquismo sin Franco. La víspera, Don Juan telefoneó a su hijo:

—Los Reyes no votan nunca.

—Esto es distinto, papá. No voto a ningún partido. Voto democracia… Es con lo que estoy comprometido.

Sin embargo, el Rey está confuso. Se lo confiesa al embajador de Estados Unidos, Wells Stabler. Después de comentar su conmoción por el secuestro de De Oriol, y confirmarle que Carrillo está en España, que usa disfraz para sus viajes, y que ha cenado el día 28 de noviembre en casa de Areilza con otros dirigentes políticos de la oposición, entre ellos Felipe González, el monarca intenta adivinar el efecto que estos hechos tendrán en el referéndum: quizá reduzcan las abstenciones, puede que como reacción se anime a votar sí la gente que está a favor de la reforma; aunque también es posible que aumente el no de los que consideran que el Gobierno es incapaz de solucionar estas dificultades… «Pero el Rey parece más tranquilo —escribe esa misma noche el embajador en su memorando a Washington— con un incremento de los votos del no que con un aumento de la abstención; es más, se inclina a pensar que habrá muchos votos negativos por parte del Ejército, veteranos y cuadros medios, lo cual permitiría al Gobierno explicar al país que sería más sensato no acelerar demasiado el programa reformista»[96]. Un testimonio elocuente de la tibieza —no siempre ha de llamarse prudencia al encogimiento de ánimo— con que, llegada la hora de la verdad, el Rey prefiere ralentizar el cambio. Sí, el cambio. Porque la Ley para la Reforma no es otra cosa que la ley que manda hacer el cambio.

Aunque la izquierda propugnaba con sordina la abstención, la afluencia ciudadana a las urnas fue altísima: el 77,4 por ciento del censo. Y el resultado, abrumador: el 94,2 por ciento a favor de la reforma; en contra, el 2,6 por ciento.

17 diciembre. Cuando no han pasado ni dos días desde que los españoles han dicho masivamente que quieren vivir de otra manera, varios centenares de guardias civiles y policías grises se echan a la calle a protestar —cosa insólita hasta entonces— en contra de la política del Gobierno. Insultan a los ministros y zarandean al general Chicharro, que intenta disolver a los manifestantes. No hay sanciones para los guardias y policías, pero sus mandos son destituidos[97]. El 22 de diciembre asumen sus cargos los nuevos responsables: Mariano Nicolás, director general de Seguridad; el general Antonio Ibáñez Freire, director de la Guardia Civil; y el general José Timón de Lara, inspector jefe de la Policía Armada.

Suárez: «¿Para qué diablos quiero yo a Carrillo detenido?»

La Policía necesita colgarse una medalla y lo consigue ese mismo día 22. Santiago Carrillo es detenido al salir de una reunión del PCE en la calle López de Hoyos. Carrillo vive en España desde el 7 de febrero, entrando, saliendo por la frontera, moviéndose impunemente en coche por diversos puntos del país, dejándose filmar en coche por delante de Neptuno y la Cibeles, ha dado una rueda de prensa clandestina en Madrid ante cincuenta periodistas españoles y extranjeros, y justo cuando el Gobierno está manteniendo con él unos contactos que no interesa interceptar, a Rodríguez Román, el director de Seguridad dimisionario, se le ocurre el golpe de eficacia.

Cuando a Adolfo Suárez le dan la noticia, no puede disimular su contrariedad:

—¡Vaya, hombre, justo ahora! ¡Mira que no han tenido días y meses para echarle el lazo…! [98].

No puede decir más, pero a José Mario Armero, que lleva las conversaciones, sí le dice, en cuanto le localiza por teléfono, en Barcelona:

—¿Para qué diablos quiero yo a Carrillo detenido en estos momentos? ¡Se nos puede ir todo a hacer puñetas! Lo deseable es que le ofrezcan un billete a París, y que él acepte. Ni tenemos cargos contra él para retenerle, ni podemos forzar su expulsión. Es un español y cometeríamos un delito. Hay que preguntarle al propio Carrillo qué quiere hacer.

—Pues tomo el primer avión a Madrid y voy directo a la comisaría a preguntarle.

—No, no vengas, Pepe. No te dejarían pasar. Ni eres su abogado, ni puedes decir que vas de mi parte.

Suárez compartimenta extremadamente sus informaciones. Cada ministro sabe lo que debe saber. Y Martín Villa, dueño en esos momentos del preso Carrillo, desconoce que el presidente tiene abierta una línea secreta de diálogo con él, que no debe ser estorbada.

Carrillo les ha creado un buen problema. Varios ministros intercambian criterios de urgencia: Osorio, Lavilla, Martín Villa, García López. En primer lugar, hay que proteger al detenido de las posibles vejaciones de algunos policías o del intento de linchamiento de los ultras, que ya se han ido concentrando en la Puerta del Sol, frente a la Dirección General de Seguridad. Deciden sacarle en un furgón celular y trasladarle a una comisaría nueva, en la calle Luna. Y una vez allí, que esté resguardado en la enfermería. Se encarga de esto el comisario Lorenzo Calatayud.

Mientras, los «cabeza de huevo» Eduardo Navarro, Ortí Bordás y Félix Hernández Gil elaboran un informe jurídico sobre la situación penal de Santiago Carrillo para ver qué se debe hacer con él. La nota dice:

Todos los delitos cometidos antes del 1 de abril de 1939 se declararon prescritos en vida de Franco, en 1969, con ocasión de los treinta años del final de la guerra civil, y porque había transcurrido el plazo penal. Por ese flanco no cabe imputar nada a Carrillo. De otra parte, el Código Penal español tipifica como delito «la deportación y el extrañamiento de un ciudadano no determinados judicialmente». Por tanto, el Gobierno delinquiría si extrañase a Carrillo sin causa justificada. En último lugar, todo el aparato del PCE está aguardando a ver qué hacemos con su líder; si nos equivocamos, se nos echarán al cuello y nos montarán la gris en las calles y en la prensa, desprestigiando nuestro proceso de reforma política.

Casi al pie de la letra lo que Carrillo había respondido al comisario Francisco de Asís Pastor cuando le hizo una oferta alternativa, que procedía del Gobierno:

—Si usted quiere, puede salir ahora de España: un avión y directo a París. Si no quiere irse, si se queda aquí, tendrá que atenerse a la legalidad: la cárcel de Carabanchel el tiempo que sea, hasta comparecer ante el juez… Elija.

Carrillo no gastó ni un segundo en pensar su respuesta, la tenía preparada desde hacía tiempo:

—Soy un ciudadano español. Nunca he renunciado a mi nacionalidad. Tengo derecho a estar en España. Y si estoy sin documentación legal es porque cuantas veces he solicitado mi pasaporte en la embajada y en el consulado de España en París, otras tantas me lo han negado. O ustedes presentan algún cargo delictivo penal contra mí o no pueden hacerme nada. Así que me quedo en España.

El comisario Pastor se volvió hacia el policía secretario de instrucción, que aguardaba ante la máquina de escribir, y le hizo seña de que tomase al dictado:

—¿Qué prefiere: ser puesto a disposición del Tribunal de Orden Público o ser expulsado de España? Hay un avión preparado.

—Prefiero ser puesto a disposición del Tribunal de Orden Público.

—¿Cuál es su intención al querer residir en España?

—Mi intención es obtener mi pasaporte español y la legalización de mi partido.

Carrillo era consciente de que aquella declaración suya ante el comisario pasaría a integrar las actas del sumario del juez que tuviera que interrogarle, así que aprovechó para hacer un alegato a favor del PCE.

—Señor comisario, deseo añadir que, a tenor del Código Penal tal y como ha sido recientemente reformado en las Cortes, el Partido Comunista de España no puede ser considerado fuera de la ley, pues no pertenece a ninguna organización internacional ni propugna un sistema totalitario.

Mientras Carrillo firmaba su declaración, Pastor le dijo a media voz:

—Acaba usted de legalizar su situación en España, y con muchas probabilidades puede dar también por legalizado el Partido Comunista en España[99].

El 23 de diciembre, conducido en un coche celular, Carrillo ingresa en la prisión de Carabanchel. Permanece ocho días en una habitación del hospital de la cárcel, no en una celda. A las dos de la tarde del 30 de diciembre, Rafael Gómez Chaparro, juez del Tribunal de Orden Público, decreta su libertad sin cargos.

El Rey siente que todo está en vilo

Pero la saga negra continúa. Cada vez más siniestra, cada vez con más sangre.

23 de enero. Manifestación preamnistía por la Gran Vía de Madrid y aledaños. En la calle de la Estrella, un pistolero ultraderechista, José Ignacio Fernández Guaza, mata de un tiro por la espalda al estudiante de diecinueve años Arturo Ruiz.

24 de enero. En la manifestación de protesta por el asesinato de Arturo Ruiz, muere la universitaria Mari Luz Nájera por una carga de la policía antidisturbios. Un bote de humo le destroza el cráneo.

24 de enero. Dos horas antes, los Grapo han secuestrado en su propio vehículo oficial al teniente general Emilio Villaescusa Quilis, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. ¿Qué pretenden? Es una provocación frontal a la cúpula militar para que se rebele y pase a la amenaza armada.

Los Grapo siguen reteniendo a Oriol y en ese mismo mes han asesinado a un policía y a dos guardias civiles. Varios mandos militares y algunos miembros de la Casa Real instan al Rey para que destituya «al botarate incapaz de Martín Villa». En el paquete de sus protestas van los dos secuestros, la «tomadura de pelo» de Carrillo y su puesta en libertad, el cese del general Campano, de la Guardia Civil, y el ascenso de Ibáñez Freire a teniente general saltándose el sagrado escalafón… También el Gobierno recibe presiones para que declare el estado de excepción. Suárez se niega. Sería el colapso de todos los esfuerzos hechos hasta entonces por abatir el muro.

Desde diciembre, por motivos de seguridad, Suárez se ha trasladado de Castellana 3 a La Moncloa, pero su familia sigue viviendo en el piso de San Martín de Porres. Teme por ellos, y le pide a su amigo y vecino José Luis Graullera que se los lleve con él a su casa. Carmen Díez de Rivera, que sigue trabajando con el presidente y jamás ha aceptado llevar escolta, toma la decisión de meter una pistola en su bolso cada vez que sale de casa[100].

24 de enero. Aún queda jornada para los agentes del odio. Pasadas las diez y media de la noche, timbrazos en un piso de abogados laboralistas de CC.OO. y militantes del PCE, en el 55 de la calle Atocha. Abren sin desconfiar, tenían trabajo que hacer y esperaban a un compañero. Entran tres individuos jóvenes. «¡Arriba esas manitas!, ¡más arriba esas manitas!» Uno, con un cuchillo de monte, se aplica rápido a cortar los cables de los teléfonos. Los otros dos abren fuego hasta vaciar sus cargadores. Las nueve personas que están en el despacho caen abatidas por los balazos. Cuatro heridos, cinco muertos. Suelo, mesas, dossieres, paredes, en un instante todo es un *graffiti* rojo brutal e irremediable. Sangre sin retorno, como todas las sangres derramadas[101].

Juan José Rosón, gobernador de Madrid, aconseja a Martín Villa que le dé el caso de Atocha al comisario Pastor para que lo investigue él, no Roberto Conesa. «Conesa sabrá dónde encontrar a Oriol y a Villaescusa; pero no tengo tan claro que sus agentes quieran detener a los asesinos de Atocha».[102].

En la secuencia trágica de cine negro, Atocha es el punto álgido de tensión. El clímax. Ahí pueden romperse los diques de contención, el esfuerzo de aguante entre las fuerzas opositoras.

Falta el canto de un papel de fumar para que estalle la revuelta popular en la calle. O el golpe de Estado militar. El país contiene el aliento. Hay miedo. Se intuye que algunos han decidido provocar el caos para que sea inevitable «la solución del hombre a caballo».

Suárez envía mensajes urgentes a Felipe González, a Enrique Tierno, a Paco Ordóñez, a José Mario Armero, y éste a Carrillo, a través de Jaime Ballesteros: «Que nadie ceda a la provocación. Serenidad. Nervios de acero. Aguantad quieta a vuestra gente». Sin declararlo, el Gobierno está en alerta máxima.

El gran desafío será en el entierro.

26 de enero. Primero se intenta que sea de tapadillo, furgones rápidos y cada muerto a su hoyo. «Ni hablar, habrá duelo y cortejo hasta el cementerio». Se negocia cada movimiento, cada paso, cada ramo de rosas rojas sobre los ataúdes. Se negocia dónde estará la capilla ardiente. El Tribunal Supremo les niega el recinto noble del Palacio de Justicia. Entonces, el decano Antonio Pedrol Rius abre las puertas del Colegio de Abogados a los féretros. Y allí se suceden los turnos de velatorio: jueces, fiscales, procuradores de tribunales, abogados, sindicalistas… Santiago Carrillo hace su turno de guardia, como uno más. Luego empiezan las conversaciones con Martín Villa y Lavilla para autorizar tramo a tramo el discurrir del entierro. «En furgones y rápido». «No, a hombros y lento». «Vale, a hombros sólo hasta Colón; luego, a los coches fúnebres, y ahí se acaba todo».

El Gobierno se pasa el día entero reunido en Consejo de Ministros. A Martín Villa le ha suministrado la Policía un *walkie-talkie* enorme para captar los sonidos de la calle. Mete un ruido ensordecedor. Harto ya, el almirante Pita da Veiga, sentado a su derecha, le dice: «¡Por favor, Rodolfo, manda ese trasto a hacer puñetas de una vez, que nos vas a volver locos!»

Carrillo garantiza «un servicio de orden de dos mil camaradas». Y Suárez, al habla con Armero, insiste: «Diles que sin banderas, sin pancartas, sin puños en alto, sin gritos, ¡que ni se les ocurra cantar *La Internacional*…!»

Pero más clamoroso es el silencio. El silencio masivo y compacto. La multitud imponente marchando en orden, despacio, con coronas funerarias, cruces blancas, un gran emblema de flores con la hoz y el martillo. Sólo se oye el viento de enero.

El Rey también siente que todo está en vilo. Quiere verlo. Pide su helicóptero y sobrevuela aquel mar de gente que avanza solemne como una procesión. Luego pierde de vista los furgones, pero la multitud sigue ahí abajo como una mancha densa que avanza hacia Cibeles, Neptuno, Atocha, el cementerio de La Almudena… Le impresiona la disciplina, el orden, la cantidad. La fuerza contenida. «¿Cuántos serán?» Ésa es su pregunta. Ése es su desvelo.

28 de enero. El mal suma y sigue. Ahora son los Grapo otra vez. Dos policías armados, de servicio en la Caja Postal de Ahorros del barrio de Campamento, en Madrid. Primero les disparan en la sien, luego los rematan en el suelo. Un par de horas más tarde, en otra Caja Postal de Ahorros, en la carretera de Andalucía, las víctimas son dos guardias civiles. Uno cae muerto en el acto; el otro, herido de gravedad. Antes de huir, los matarifes de los Grapo lanzan una granada contra un coche de la Benemérita que patrullaba por allí: otros dos heridos graves.

Adolfo Suárez habla por teléfono con su vicepresidente Alfonso Osorio, que está en Washington invitado al tradicional Desayuno de Oración. Le informa de los últimos sucesos, y le

suelta:

—Alguien está intentando provocar un golpe militar[103].

En la prensa del día siguiente aparecía una esquela insólita y escueta:

> José Lozano Sainz
> José María Martínez Morales
> Fernando Sánchez Hernández
> Miembros de las Fuerzas de Orden Público.
> Asesinados por los enemigos de la democracia y de la convivencia entre los españoles
> Comité Central del Partido Comunista de España

Había que trazar la raya de una vez y dejar claro quiénes querían la democracia y quiénes mataban por seguir con la dictadura.

Ese mismo sábado 29, en la explanada del hospital militar Gómez Ulla, cuando se va a celebrar el oficio fúnebre ante los cadáveres de los dos policías y el guardia civil asesinados, más de doscientos fuerzanovistas y su fundador Blas Piñar a la cabeza montan la bronca con gritos e insultos gruesos a Gutiérrez Mellado y a Martín Villa: «¡Ejército al poder!», «¡Gobierno traidor!», «¡Gobierno, dimisión!», «¡Gobierno asesino!», «¡Los ha matado el Gobierno!», «¡Que Franco levante la cabeza!», «¡Viva el 18 de julio!».

Multitud de mandos militares y policiales asisten al tumulto desconcertados, sin saber cómo reaccionar. Gutiérrez Mellado ordena:

—¡Firmes!

Luego, le dice al sacerdote que ha iniciado tres veces un responso:

—Páter, rece el padrenuestro.

Los gritos arrecian, cada vez más hostiles. Gutiérrez Mellado, con agallas y voz enérgica:

—¡Todo el que lleve uniforme y sepa rezar, que rece! ¡El que no, que guarde silencio!

—¡Por encima de la disciplina está el honor! —replica el capitán de navío Camilo Menéndez, subdirector de la Escuela de Guerra Naval y consuegro de Blas Piñar.

Aquello concluye con gritos como cuchillos, lanzados desde todas las esquinas de la explanada: «¡Menos democracia y más autoridad!», «¡Fuera los amigos de Carrillo!», «¡Muera Carrillo!»[104].

Por la noche, el presidente Suárez se dirige al pueblo español desde TVE. La acumulación de hechos trágicos y de atentados desestabilizadores ha atemorizado a la sociedad. La hora es grave. En poco más de un mes se han sucedido catorce asesinatos, varias personas heridas se debaten entre la vida y la muerte, y dos altísimas autoridades del Estado siguen en manos de sus secuestradores.

El Gobierno no ha cedido a la tentación autoritaria de imponer el estado de excepción. La gente espera, de quien puede darlas, unas palabras de serenidad y de estímulo. A la derecha conservadora hay que decirle que España ni se resquebraja ni está en venta. A la oposición democrática y a la gran mayoría de los ciudadanos que en el referéndum acaban de apostar por el cambio hay que asegurarles que el Gobierno no piensa claudicar del proyecto de reforma iniciado. Demacrado, serio, con profundas ojeras, pero con un tono firme y hasta contundente,

Suárez va a declarar que el proceso democrático no tiene vuelta atrás:

> Señoras, señores, buenas noches.
>
> Un mes y medio después de que ustedes hayan decidido con su voto libremente emitido su destino como nación, me veo en el deber de comparecer ante ustedes para comunicarles cuál es la actitud del Gobierno ante unos actos criminales cuya gravedad no quiero ocultar porque en definitiva tratan de anular la voz de nuestra sociedad.
>
> Somos conscientes de la importancia del desafío: se trata de hacer inviable nuestro camino hacia una convivencia civilizada, y se trata de la acción de pequeños grupos totalmente marginados, pero profesionales del crimen.
>
> Y ¿cuáles son los objetivos que tratan de alcanzar estos profesionales del terror? Atemorizar a la población; romper la confianza en el Gobierno, cualquiera que sea ese Gobierno; atacar las estructuras del Estado; provocar a las Fuerzas Armadas y a las de orden público; enturbiar la convivencia ciudadana, liquidar el proceso político en el que estamos inmersos, y conseguir que las fuerzas políticas del país se enfrenten entre sí violenta y radicalmente.
>
> Deseo que una cosa quede bien clara: de entreguismo a la subversión, nada.
>
> De actitudes tibias hacia las provocaciones, nada.
>
> De despreocuparnos ante los grandes temas que puedan rozar la unidad, la independencia o la seguridad de la patria, nada.
>
> Sin embargo, sí que decimos ¡y muy fuerte! que…
>
> De actitud y predisposición al diálogo pacífico, todo.
>
> De abrir el juego político para normalizar la vida ciudadana, todo.
>
> Del reconocimiento a la peculiaridad y personalidad de las regiones, todo.
>
> De hacer posible que las diversas opciones políticas puedan desarrollar sus legítimas aspiraciones al poder, absolutamente todo.
>
> Estén absolutamente seguros de que, pese a todas las dificultades, con su ayuda vamos a seguir por el camino que ustedes mismos nos han marcado, que es en definitiva el camino de toda España.
>
> Muchas gracias a todos y buenas noches[105].

El 11 de febrero, los hombres del comisario Conesa liberan a la vez a Oriol Urquijo y a Villaescusa Quilis. Sin condiciones, sin precio de canje. Sin tiros. Una *Operación Valencia* sospechosamente fácil para los captores y sospechosamente fácil para los libertadores[106].

En opinión de Alfonso Guerra, que con Fernando Abril Martorell inició gestiones de rescate de los dos secuestrados, «fue un extraño secuestro repleto de detalles todavía sin explicar, aunque ya entonces se rumoreó que el raro desenlace se debió a un Grapo llamado Pío Moa, que años después dedicaría sus esfuerzos a ofrecer una visión dulcificada de Franco y su régimen»[107]. También para el teniente general Sáenz de Santa María, «el grapo Pío Moa era un infiltrado de Conesa». Un anticomunista visceral, actuando bajo el seudónimo Verdú en una organización terrorista que se decía comunista renovada, disponía de muy buena información oficial y, casualmente, «acertaba» a golpear en puntos sensibles del Estado, justo siempre que el

Gobierno tenía previsto dar un paso importante hacia la democracia. «La Transición está llena de misterios —comentaba en su día el general—, y para mí éste de los Grapo es uno de ellos, aunque… quizá no lo sea tanto»[108].

Semanas después fueron detenidos los asesinos de Atocha, ultraderechistas muy significados, de las mesnadas de Blas Piñar y Mariano Sánchez Covisa. Nunca se averiguó la conexión entre quienes dieron las órdenes a Fuerza Nueva, a Guerrilleros de Cristo Rey y a los Grapo para actuar como lo hicieron en unas mismas fechas.

La secuencia de cine negro había concluido.

A partir de ese momento, el ministro Martín Villa se aplicó a la tarea de alejar poco a poco a los militares de los puestos de decisión que tradicionalmente venían ocupando en la Policía y en la Guardia Civil[109].

Desayuno de Oración: la Casa Blanca da el OK al PCE

Durante su estancia en Estados Unidos, invitado por la nueva Administración Carter, Alfonso Osorio padeció a distancia los sucesos traumáticos que ocurrían en España. Allí recibía alientos del presidente James Carter y del secretario de Estado Cyrus Vance y plácemes por la lección de serenidad que estaba dando la sociedad española. Aparte de los temas económicos y defensivos, a Osorio le sorprendió cierto matiz cuando Cyrus Vance se refería al proceso reformista de España: a diferencia de Kissinger, sugería al Gobierno español que «permitiesen el libre juego político a todos los partidos incluido el comunista»; y explicaba: «Los icebergs es mejor verlos. Si están sumergidos son más peligrosos, sobre todo de cara ya a las próximas elecciones». Así como Kissinger insistía en la conveniencia de mantener al PCE en la ilegalidad, Vance utilizaba términos bastante distintos al plantear la espinosa cuestión de la legalización. Siempre dejando clara «su neutralidad, su no interferencia y su claro apoyo al proceso democratizador emprendido por el Rey de España».

De hecho, un informe oficial sobre el eurocomunismo elaborado para Carter en febrero de 1977 reconocía que «Kissinger había exagerado sistemáticamente la importancia de la amenaza de los partidos comunistas europeos».

Otra novedad registrada por Osorio, el interés de Cyrus Vance por saber si Adolfo Suárez formaría un partido para presentarse a las elecciones ya anunciadas. Osorio no tuvo más remedio que declarar la verdad: «Eso ha de decidirlo el propio presidente y ni siquiera yo lo sé».

A su regreso, hablando de esto con Suárez y comentando los hechos ocurridos en España, como Osorio se mostrase reacio a legalizar el PCE, o al menos a «legalizarlo antes de tiempo», Suárez le lanzó una batería de preguntas, sin agresividad, serenamente, como si se las hiciera a sí mismo:

—Y si los comunistas van y un día ocupan la calle, no pacíficamente como en el entierro de los de Atocha, ¿qué hacemos?, ¿los disolvemos con botes de humo y grises a caballo? Y si insisten y no se dispersan, ¿qué?, ¿los ametrallamos? Y si se presentan en masa ante las comisarías alardeando de su militancia, ¿los detenemos a todos?, ¿por cuánto tiempo todos en el trullo…?[110]. Tendrías que haberlo visto. El silencio, la respiración contenida, la seriedad de

aquellos rostros, la obediencia en bloque a una directriz de sus jefes, que sé cuál era porque se la había hecho llegar a Carrillo… Te gustará o no te gustará, pero palpas que esa gente del Partido Comunista ni son niños bonitos ni son rufianes, son gente curtida, y tienen madurez y sentido común más que suficientes para ser legalizados.

El lunes 31 de enero, Carmen Díez de Rivera le dijo a Suárez, su jefe, «tengo unas gestiones que hacer, estaré unas horas fuera». No explicó más. Tenía un almuerzo en casa de un matrimonio de intelectuales, Alejandro Cribeiro y Carmen Unamuno, cerca del Rastro. Allí acudiría Santiago Carrillo.

Carmen, la marquesita roja, iba un poco de agitadora. Un día escandalizaba a media España invitando a Carrillo en un sarao barcelonés: «A ver, don Santiago, cuándo nos tomamos un chinchón». Y otro, a los postres de una cena con aristócratas y *jet* financiera, soltaba en presencia de los Reyes y de Don Juan: «¡Hay que legalizar el Partido Comunista!» Frase que no fue una *boutade*, ocurrencia suya, sino encomienda del rey Juan Carlos: «Quiero que vengas a una cena en casa de mi hermana Pilar y cuando todo el mundo pueda oírte sueltas esto…» Obedeció encantada: llevaba tiempo detrás de que Suárez y Carrillo hablaran sin intermediarios.

Y eso era, sin más, lo que Carrillo quería plantearle.

—Hay muchas cosas importantes que Suárez y yo debemos hablar. Hasta ahora, siempre ha sido a través de un enlace suyo y un intermediario mío. Nunca en directo. Nunca cara a cara, siempre con recados por teléfono, tomados a vuela pluma. Al enlace de Suárez, tú lo conoces…

—No, no que yo sepa.

—Es Pepe Mario Armero.

—¡Ah…! ¡Conque Pepe Mario…! —Carmen fue incapaz de disimular su sorpresa. Una vez más se daba cuenta de que Suárez, como todos los cautos desconfiados, compartimentaba su información.

—Armero está volcado en esto. Va, viene, llama, viaja…, descuidando sus propios asuntos, pero el presidente Suárez siempre está dándole excusas. Yo te pido, Carmen, que medies para que se haga el contacto directo de una vez.

—Después de la matanza de Atocha y los entierros, se ha podido comprobar el buen comportamiento de la sociedad española. Los ciudadanos no quieren líos, no quieren sustos mortales, quieren democracia en paz.

Carrillo le aseguró que el Partido Comunista no quería ser un «elemento perturbador», y que lo único que afectaría negativamente a la situación sería su no legalización.

—No sólo yo. También mis camaradas están cansados de esperar. Esto tiene que ir más deprisa. Nos quieren meter en el furgón de cola, mientras todos los demás partidos toman posiciones para ser legalizados en el primer pase. Y digo partidos por decir, pero algunos que se sientan a la mesa de los Nueve, con todos mis respetos por ejemplo al señor Satrústegui, me parece que se representan a sí mismos, quizá a sus parientes próximos, y pare usted de contar. La hora de los demás es también nuestra hora.

—Santiago, no sólo le comprendo, sino que estoy de acuerdo con lo de la lentitud. Mañana en cuanto vea al presidente le diré…

—Dile simplemente que hemos comido juntos y que quiero hacer lo mismo con él.

Al día siguiente Suárez fue informado. Escuchó con ceño adusto. No le gustaba que su jefa de gabinete actuara como una francotiradora y encima intentase marcarle un ritmo político.

—¿Dónde ha sido la comida? —fue su única pregunta.

Carmen respondió con un vago «en casa de unos amigos…, no los conoces». No quería comprometer a sus anfitriones[111].

Carrillo a Suárez: «Yo leo en sus ojos que usted me va a legalizar»

A los pocos días, Suárez citó en La Moncloa a José Mario Armero: «Venga, Pepe, prepara mi entrevista con Carrillo. Ultrasecreta. También para su plana mayor. Yo al Rey le informaré a toro pasado. Es un paso arriesgado y apecho yo solo con él».

Al Rey y a Torcuato Fernández-Miranda les dijo que estaba pensando en un posible encuentro muy discreto… pero no concretó fecha ni lugar, lo dejó en brumas.

Armero, con la complicidad de Ana María, su mujer, lo organizó todo. Sería en su chalé Santa Ana de Pozuelo. A los guardeses les darían un par de días de vacaciones para que los disfrutasen en la casa que los Armero tenían en Roquetas, Almería. Utilizarían sus vehículos particulares: el de Ana, con ella al volante, para recoger y llevar a Santiago Carrillo. El de Pepe Mario para trasladar a Suárez desde «un punto equis» hasta el chalé. Nadie seguiría ni escoltaría a Carrillo. De la seguridad del presidente se ocuparía él mismo, pero con un dispositivo policial mínimo para no llamar la atención de los vecinos.

Se acordó la fecha: el último domingo de febrero, 27. Ese día, los periodistas estarían pendientes de Suárez en Valencia, donde asistiría por la mañana a la proclamación de su hija Sonsoles como fallera mayor infantil. Era un elemento de distracción aconsejable.

Uno de esos días, Suárez le comentó a Osorio: «Felipe González y el PSOE están que trinan porque hayamos legalizado al PSOE histórico de Llopis. Amenazan con no ir a las elecciones… Pero he discurrido una maniobra audaz que, si saliera bien, sería eficacísima: les obligaría a ir y además les limitaría los resultados». No añadió más y dejó a Osorio con el enigma.

El sábado 26, víspera de su viaje a Valencia y de la cita con Carrillo, llamó a Osorio a su despacho y, en tanto que vicepresidente político, se lo comunicó.

—Adolfo, me dejas de piedra.

—Pues sigue como una piedra, porque no lo sabe nadie más que tú en el Gobierno, y nadie en seguridad, ni en mi gabinete… ¡Ni Amparo lo sabe!

—¿Ésa es la maniobra audaz y eficacísima? Adolfo, prométeme que en ese encuentro no vas a pactar la legalización del PCE.

Suárez sonrió desdramatizando y dijo algo así como que «en eso, la última palabra la tendría el Tribunal Supremo y, conociéndolos, aunque nosotros quisiéramos no nos caerá esa breva».

Por la noche, Osorio escribió en su diario de tapas verdes: «Me he quedado estupefacto»[112].

En el Mystère oficial, regresando de Valencia a las tres de la tarde del domingo 27, Suárez informó al nuevo director general de Seguridad, Mariano Nicolás, del plan que tendría en Madrid esa misma tarde.

—Un dispositivo de seguridad discreto, lo mínimo: tú y dos policías de toda tu confianza. Pero ni siquiera ellos deben saber con quién voy a encontrarme en Pozuelo.

Le entregó un folio mecanografiado con el plan que Armero le presentó días antes.

Sugiero que la reunión el próximo domingo día 27 se celebre en el chalé de mi propiedad Santa Ana, Camino Viejo de Majadahonda, n.º 29, en Pozuelo de Alarcón. En esta casa sólo vivimos en verano. Tiene unos guardas [a los] que se les dará vacaciones ese día. […] Mi mujer recogerá a Santiago Carrillo a la puerta de su casa y le llevará directamente a Santa Ana. Carrillo desconocerá hasta el momento de llegar el lugar de la reunión. Yo subiré al coche contigo y nos trasladaremos a Santa Ana. Prefiero acompañarte, pues la localización es difícil. Estaré en un bar situado en la carretera de Aravaca a Pozuelo. Exactamente a la puerta del bar Refresco San José, situado a la derecha de [la] carretera, junto al primer semáforo después de Aravaca, a unos cien metros antes de la estación de gasolina de Pozuelo. A esta carretera (Aravaca-Pozuelo) se llega saliendo por el llamado Camino de La Zarzuela, atravesando la autopista de La Coruña por el túnel subterráneo y tomando la dirección [a] Aravaca por la calle Pléyades, que es la continuación del túnel. Esta calle Pléyades llega a la calle-carretera Aravaca-Pozuelo de Alarcón, girando a la derecha. El bar Refresco San José está aproximadamente a un kilómetro.

Unos momentos antes de tu llegada a este bar, hablaré con Santa Ana ([con] mi mujer) para comprobar la llegada y normalidad del recorrido efectuado por el coche que ella conduce.

—Quédatelo para que sepáis el trayecto; pero ya he acordado con Armero que me llevará él desde Moncloa hasta su chalé.

Después de la comida y la sobremesa con Carmen Díez de Rivera, el 31 de enero, Carrillo entendió mejor las dificultades de Suárez para abrir el sistema al ritmo que él deseaba.

—Suárez está decidido a hacer el cambio democrático —le había dicho Carmen—, a legalizar todos los partidos políticos y a liberar a los presos; pero se encuentra muy presionado y teme fracasar. El control del Gobierno sobre las Fuerzas Armadas es muy relativo, pese a los esfuerzos del general Gutiérrez Mellado, que está por la labor. Los militares, sobre todo los cuadros medios y los altos mandos, no es que desconfíen del comunismo, es que ¡lo odian! Sigue siendo su gran enemigo. Han estado cuarenta años viviendo de la victoria, convencidos de que a los comunistas los derrotaron y los exterminaron para siempre… Y no soportan veros ahí otra vez, pretendiendo recuperar los escaños, los sindicatos, las alcaldías, incluso los ministerios. Es una idea que los subleva. Y Suárez ve que no es descartable un golpe de Estado militar a quemarropa. Las fuerzas de orden público son también franquistas. Entre las decenas de miles de policías, por los datos que manejan en Presidencia, yo cifro en unos doscientos los agentes en quienes se puede confiar porque quieren la democracia.

Con esos datos en su cabás mental iba Carrillo, el 27 de febrero a las cinco y media de la tarde, en el asiento del copiloto del SEAT 1600 azul, mientras Ana María Montes, la mujer de Armero, conducía hablando de cosas banales y casi más atenta al retrovisor que a la carretera. «No deben seguirnos», dijo un par de veces. Carrillo desconocía los caminos secundarios por donde Ana María le llevaba y el punto de destino, pero fue discreto y no preguntó. Prefería fiarse.

El chalé ya estaba caldeado. Ana había ido por la mañana a encender los radiadores y a preparar un piscolabis para sus invitados.

A las seis en punto, en un pequeño SEAT blanco, llegaron Adolfo Suárez y José Mario Armero. Conducía un policía de paisano. Ana pasó una bandeja con güisqui para Carrillo y café para Suárez, que es lo que habían pedido, y se retiró hacia la zona de la cocina, donde permaneció con el chófer policía las casi seis horas que duró la reunión. Armero se quedó en la sala de estar porque los dos interlocutores le insistieron. Más que un testigo, les tranquilizaba tener cerca a un amigo común.

—¡Cuántas horas de sueño he perdido por usted…! —Suárez le tendió la mano a Carrillo con una amplia sonrisa que rompía el hielo.

—Yo comprendo que corre usted cierto riesgo político al encontrarse hoy conmigo, y entiendo incluso que haya tenido que tomar muchas precauciones, no sólo al venir aquí, casi en clandestinidad, sino sobre todo dejando para el final el acuerdo con la oposición más aborrecida por los franquistas.

Ya sentados, y por entrar en materia de un modo cordial y modesto, Suárez empezó elogiando a su contrario:

—Usted y yo hemos estado jugando una partida de ajedrez en la que yo he tenido que mover mis piezas siguiendo las iniciativas que usted tomaba…

Decidieron hablar de Política —con P mayúscula— y abordaron la situación económica, que era bastante preocupante. Estaban de acuerdo en que si no se llegaba a un gran acuerdo nacional que desatascara la economía, de poco valdrían los pactos políticos. Carrillo ahí empeñó su palabra de que, lejos de poner palos en las ruedas del carro propiciando huelgas y protestas, arrimaría el hombro para ayudar al Gobierno en la salida económica del país. Fue un buen punto de partida en el entendimiento de aquellos dos hombres.

Luego entraron en temas del proceso político. Repasaron los contenidos de la Ley para la Reforma y el sistema electoral. Suárez le aseguró a Carrillo que las nuevas Cortes serían constituyentes, y le avanzó la intención del Gobierno de adelantar tres años la mayoría de edad, que pasaría de los veintiuno a los dieciocho años. «Con eso —explicó—, no sólo se incorporan tres levas de españolitos al nuevo sistema democrático, sino que se prima a los partidos de la oposición, porque la mayoría del voto joven está escorado a la izquierda»[113].

Comentaron las encuestas recientes no publicadas. Carrillo contó las que él tenía de inclinación de voto: «Nos atribuyen entre un 10 por ciento y un 15 por ciento». Pero las que a Suárez le importaban en aquel momento eran las de posicionamiento ante la legalización del PCE. En los militares mejoraba, aunque muy lentamente. Entre los civiles, los últimos sondeos habían dado un vuelco sorpresa: después de las recientes semanas trágicas y los asesinatos de Atocha, casi el doble de los encuestados se pronunciaban a favor de la legalización, un 45 por ciento, el 25 por ciento en contra y un 30 por ciento seguía indeciso o no quería contestar.

Por las conversaciones que el líder comunista había mantenido con Armero en Niza y en París, Suárez conocía bien su disposición y la de su partido respecto a la unidad de España, el rechazo a todo recurso a la violencia, la necesidad de superar de modo pacífico el conflicto vasco y la extinción de ETA, la aceptación de los símbolos nacionales, la renuncia al debate República

versus Monarquía y a un plebiscito sobre la forma de Estado. Obvió volver sobre ello.

Carrillo expuso la ruptura, «y bastante inamistosa», del PCE con el PCUS en 1969, a raíz de la invasión soviética de Checoslovaquia; la independencia económica, programática y de todo tipo respecto a Moscú; y la actual hostilidad del Kremlin hacia el eurocomunismo que Carrillo, junto con el italiano Enrico Berlinguer y el francés Georges Marchais, defendía.

—Por cierto —interrumpió Suárez— ya me han informado de que quieren ustedes celebrar en Madrid una cumbre o una conferencia eurocomunista… Mire, lo siento en el alma, pero no están las cosas como para andar provocando a los… «tupamaros» de Fuerza Nueva o de Cristo Rey. ¡No más sangre! Esa reunión deben aplazarla, dejarla…

—No, no puede ser. Ya está todo organizado. Pero además es que yo aquí en España soy ya un hombre que está en libertad. Un ciudadano con derecho a reunirse con unos invitados como Marchais y Berlinguer, dos figuras políticas notorias y respetadas en toda Europa. ¿Va a cerrarles usted la entrada a España a Marchais y a Berlinguer? Si hace usted eso, señor Suárez, la gente en Europa dirá que aquí no hay democratización que valga, que aquí siguen vigentes las prohibiciones franquistas, que todo esto es un camelo… De cara al mundo exterior, a su Gobierno le interesa que esa cumbre se celebre, y con megafonía. Si la prohibieran sería un escándalo.

»Y dejo a un lado las comparaciones, que son odiosas, pero podría preguntar ¿cómo es que un ciudadano tan español como yo, Felipe González Márquez, ha podido celebrar un congreso del PSOE con Brandt, Foot, Nenni, Palme, Mitterrand y otros invitados estelares, prensa, público, protección policial…, y a nosotros se nos niega? ¿A qué responde esa discriminación?

Suárez escuchó sin responder nada; pero al terminar la entrevista le dijo a Carrillo que autorizaba la cumbre eurocomunista. Y luego, con socarronería:

—Aunque no es menester que le suban volumen a la megafonía…, cuanta más sordina, más tranquilos todos.

El tema candente era el de la legalización del PCE. En esas fechas ya estaban registrados todos los partidos y Carrillo mostró su impaciencia.

Por enésima vez en el rato que llevaban charlando, Suárez ofreció tabaco a Carrillo, y por enésima vez caían en la cuenta de que fumaban marcas distintas. Adolfo se fumó aquella tarde una cajetilla entera de cigarrillos Canarios, y Santiago dos de Peter Stuyvesant, rubio con filtro.

—Santiago —Suárez se había inclinado hacia Carrillo buscando una comunicación más próxima y directa, y por vez primera le llamó por su nombre—, el Rey quiere legalizar el PCE; yo quiero legalizar el PCE; pero tenemos enormes dificultades entre la clase política, las clientelas del Movimiento, gente con mucho peso e influencia en el mundo financiero… Y el Ejército. En España, el Ejército no es piramidal: hay mucha cumbre, mucho generalato sesentón. De teniente coronel para arriba, la mentalidad es de hombres que hicieron una guerra muy cruenta y derrotaron al comunismo. Ésa fue su gran hazaña de juventud, su gran victoria, de la que han vivido y todavía viven. Ellos consideran que legalizar el PCE y entregarle de nuevo la fe de vida con todos los derechos civiles y políticos es una afrenta, una revancha de la historia, que se resisten a aceptar. No piensa así la oficialidad joven, pero no son ellos los que tienen el mando de las armas. Ellos admiten la legalización de los socialistas, que además son caras nuevas,

jóvenes, no les traen recuerdos de la guerra civil; y pasan también por los nacionalistas vascos y catalanes. Sin embargo, el comunismo es para ellos una bicha infernal, un enemigo… Por ahí no tragan.

—Sin embargo, es necesario. Existimos. Somos españoles. Tenemos derecho a asociarnos libremente gracias a su Gobierno. Somos los que más hemos luchado contra la dictadura; no se nos puede excluir de la democracia.

Hicieron una pausa fumando en silencio.

—Acaba de decirme, presidente, que usted quiere y que el Rey quiere. ¿Entonces…? ¿Es que hay dos poderes y dos autoridades? ¿No puede el Rey mandar sobre las Fuerzas Armadas, siendo su jefe supremo?

Listísimo y agudo, Carrillo estaba tocando el nervio sensible: el papel del Rey, la autoridad del Rey, la capacidad de maniobra del Rey. ¿Era el Rey un verdadero jefe de los ejércitos, o era su vistoso mascarón de proa, pero… su rehén?

Los dos hombres se miraron en silencio y entre nubes de humo. Tal vez estaban pensando lo mismo.

—Es difícil el papel del Rey —dijo Adolfo. Quizá no pensaba añadir nada. Más bocanadas. Más humo. Otro sorbo de café. Al cabo de unos segundos, continuó—: Como dice Landelino, «el Rey, sólo actos debidos, y punto». Es la única manera de que llegue a ser un Rey constitucional. Un Rey que no gobierna, que no da órdenes… y mucho menos, políticas. Legalizar o no el PCE es una decisión política. Es a mi Gobierno, es a mí, a quien toca apechar con ella. ¡Dejemos al Rey que salvaguarde su corona! Yo, en cambio, puedo jugarme la presidencia… y no pasaría nada. Un político en el cargo ha de asumir riesgos, ha de jugársela. Pero ¿es necesario poner al país en ese borde del acantilado? ¿No pueden ustedes aguardar a que maduren las condiciones? ¿No pueden ustedes ir a las elecciones como independientes?

—No. Rotundamente, no. —Carrillo se incorporó en su asiento. Erguido, al fondo de sus lentes, gruesas como culos de vaso, chispeaban los dos puntitos negros de sus ojos—. Yo le he escuchado y le he creído. Por favor, presidente, haga usted ahora el mismo ejercicio: escúcheme y créame. No hablo de farol, sino muy en serio, señor Suárez, no aceptaremos un trato discriminatorio, habiendo sido el partido que más ha luchado por la democracia. Nadie en Europa creerá en un auténtico cambio democrático si los comunistas quedamos marginados, prohibidos, fuera del juego político. No somos una pandillita de *amateurs*, tenemos ya las listas para todas las circunscripciones, el programa electoral a punto, los estatutos redactados y en limpio. Y estamos decididos a hacer que las elecciones sean un fracaso si se nos discrimina. Para empezar, antes que disfrazarnos de «lagarteranas independientes», montaríamos nuestras mesas con urnas y papeletas del PCE a las puertas de todos los colegios electorales. Ahí se verían nuestros votos y nuestra penetración política y social. Además, convocaríamos a la prensa y a la televisión de toda Europa para denunciar el fiasco. Sintiéndolo mucho, presidente, le hundiríamos el tinglado.

Esas palabras podían sonar a amenaza de gánster, pero no había en ellas arrogancia, sino afán de persuasión y alegato de autodefensa. Carrillo era la imagen del viejo luchador dispuesto a morir en el intento, algo así como el pescador curtido de *El viejo y el mar*, exhausto ya, pero sin

dejar su pelea, cuerpo a cuerpo, contra el escualo.

—Además —de repente había cambiado el tono de su voz, de grave y oscuro a inocente y risueño—, yo leo en sus ojos que usted me va a legalizar…

—¡No, no, no…! ¿Cuándo le he dicho yo que le vaya a legalizar?

—Me lo ha dicho sin decirlo, porque usted ha captado que nuestra legalización significa que nosotros nos comprometemos también con el éxito de la reforma y que esta aportación, más el esfuerzo en el pacto económico nacional, más la opinión pública internacional que el PCE es capaz de movilizar… es una suma importante dada la influencia y la disciplina de mi partido.

—Haré todo lo que esté en mi mano. Buscaré una fórmula *ad hoc*. No sé cuál todavía… Es fundamental que presenten ustedes unos estatutos veraces que sean irrefutables por el Supremo. A través de Pepe Mario, le tendré al corriente —y como si saliera de pronto de una burbuja de concentración, continuó—: ¡Atiza! —Había mirado la hora en su reloj—. ¡Pero si son las once y media de la noche! ¡Y fuera está jarreando![114].

Suárez: «He cambiado todas las cañerías sin dejar de dar agua cada día»

Suárez dio noticia a Osorio de que el encuentro se había producido, pero no entró en detalles: «Una conversación general de tanteo, vernos las caras, romper el hielo. Yo le he escuchado. Él me ha escuchado… He sacado la impresión de que están en una línea sensata, de aceptaciones más que de imposiciones, porque no tienen otra salida. Con el PCUS ni quieren estar ni los readmitirían, lo del eurocomunismo es un invento de cuatro gatos que no va a ninguna parte: su única vía de existencia es ser legalizados como un partido más, entrar en el corro y no sacar los pies del tiesto».

En cambio, al Rey sí le informó con más hondura sobre la actitud razonable, moderada y de cooperación nacional que había percibido en Carrillo. Centró su interés en romper el mito del agitador revolucionario de la lucha de clases, y en la conveniencia de tenerlos disciplinados y dentro del sistema, y no levantiscos y fastidiando fuera. Y además de eso, anular de un plumazo la aureola atractiva de la clandestinidad.

La reacción del monarca fue muy comedida, con reservas. Ni se oponía ni mostraba entusiasmo. Como siempre en su vida, Juan Carlos se encontraba entre dos frentes opuestos. A favor, el reclamo internacional por la democracia plena. En contra, la amenaza del sable y del búnker financiero. A favor, las palabras de Don Juan: «Estoy dispuesto a volcarme en convencer a la oposición para que acepten la alternativa democrática del Gobierno de Suárez»; «Ser Rey de todos, quiere decir “de todos”, sin restricciones ni medias tintas»[115]. En contra, y con más frecuencia, las de Alfonso Armada: «A Suárez hay que echarle a patadas, porque quiere meternos en casa el comunismo».

Carmen Díez de Rivera, que en cuanto tenía ocasión le insistía al Rey en que había que legalizar el PCE, notaba sus dudas y cautelas: «Enseguida me nombraba el Ejército. Y yo le recordaba lo que había aprendido de mi padre legal, Díez de Rivera: “Con los militares lo que hay que hacer es mandarles”. Pero el Rey tenía mucho miedo al Ejército. Seguía decantándose

por la democracia, aunque con ese miedo al Ejército. A mí el Ejército no me parecía una cosa tan tremenda; sin embargo ellos habían sido educados en el terror al comunismo». Esta percepción, Carmen la comentaba desenfadadamente con Suárez en sus conversaciones de despacho[116].

Antes que con Osorio y con el Rey, y por mera coincidencia escénica, Suárez habló con Torcuato Fernández-Miranda de su encuentro con Santiago Carrillo. Fue al día siguiente, el lunes 28 por la mañana en el monasterio de El Escorial. Estaban los dos junto al patio de los Profetas, aguardando la llegada de los Reyes para el funeral por Alfonso XIII. Ceremonia de gala. Frac con banda y condecoraciones. Las cámaras captaron de lejos las imágenes sin voz de aquella conversación. Suárez explicaba a Torcuato algo importante. Gestos enérgicos con la mano derecha, afirmando sus argumentos. Torcuato, con gabán y bufanda blanca, fumaba sin mirarle, impávido, como si no le oyera o le disgustara lo que oía. Suárez enfatizaba empeñado en convencer. La actitud de Torcuato era altiva, desdeñosa. La cámara no los soltó en una larga toma, y al presidente del Congreso no se le vio articular ni una palabra. ¿Qué ocurría?

Torcuato supo con antelación que Adolfo quería tener un encuentro a solas con Carrillo. Le dijo que eso era «un disparate, una arriesgadísima temeridad, porque llegaría a saberse y lo echaría todo a perder», que podría «acarrear consecuencias quizá irremediables para el Gobierno, para la reforma y para la Corona». Incluso se ofreció a ir él a esa entrevista, en algún lugar discreto del extranjero[117].

Desde hacía tres meses, entre Fernández-Miranda y Suárez había empezado a instalarse la distancia, el frío, la falta de consultas… las aventuras en solitario del hombre «que no tiene un proyecto y hará lo que yo le diga». O eso sentía Torcuato desde que se aprobó con resultado arrasante la Ley para la Reforma. Le hubiese gustado hablar con los líderes de la oposición, un mano a mano de lucimiento intelectual con Gil-Robles, con Tierno, con Ruiz-Giménez, o participar en la comisión negociadora de los Nueve. Pero Adolfo no contó con él.

Sin embargo, en la mente de Suárez estaba muy vivo y perentorio el rol arbitral que el presidente de las Cortes tendría que jugar ante la batería de medidas fuertes que el Gobierno iba a adoptar por decreto ley, y cuya ágora de debate sería la comisión de competencia legislativa, el gran «invento» de Torcuato para soslayar las sesiones plenarias, sin vulnerar la ley y reformando sólo el reglamento de las Cortes. Artesanía legislativa que afectaría una tras otra a las siete Leyes Fundamentales[118].

Utilizando el decreto ley, una herramienta expeditiva típica de dictaduras, el Gobierno iba a allanar el camino hacia la democracia, desmontando las piezas más duras y empotradas en el edificio del viejo régimen. Podía parecer una paradoja: a la democracia, por decreto ley o por disposición gubernativa. Pero con un importante protocolo previo: cada uno de esos pasos fue consensuado con la plural oposición, cuajada como comisión de los Nueve, y con los sindicatos aún ilegales.

Era un juego difícil porque requería atenciones simultáneas: escuchar las demandas de la oposición democrática, pero sin soliviantar a los procuradores franquistas, que aún seguían en sus escaños; arrebatarle una a una las banderas a la izquierda; y gobernar sin parar los motores. Suárez lo expresó con una parábola muy gráfica y doméstica: «He tenido que cambiar todas las cañerías sin dejar de dar agua cada día».

Día tras día, el mazo del decreto ley repuso en sus cátedras a los docentes depuestos por Franco, desmanteló el sindicato vertical, suprimió el Tribunal de Orden Público, legalizó el juego, devolvió sus fueros a la «provincias vascas traidoras», reguló la objeción de conciencia, el derecho a la huelga, prohibió a los militares participar en la política, creó la Junta de Jefes de Estado Mayor (JUJEM), sometiendo el mando militar al poder político, amplió las anteriores amnistías… Zancadas en la marcha sin vuelta atrás hacia la democracia[119].

Un decreto ley de 8 de febrero modificó el registro de los partidos políticos: en adelante, bastaría la mera inscripción, sin previa autorización administrativa. Era el derecho asociativo que Felipe González reclamaba a Adolfo Suárez en su primer encuentro de agosto de 1976.

A partir de ese momento empezaron a legalizarse todos los partidos políticos. Quedaban pendientes el PCE y nueve o diez organizaciones comunistas. Pero la puerta ya estaba abierta.

De cara a los comicios del 15 de junio, la actividad interna de todos los partidos estaba centrada ya en buscar a sus candidatos y preparar sus campañas, pero faltaban todavía las normas electorales. Se consensuaron con todo el espectro político y se anunciaron por real decreto ley el 18 de marzo. Circunscripción, la provincia. Listas bloqueadas y cerradas. Sistema proporcional. Correctivo, el sistema D'Hont, que repartía los restos de votos en beneficio de las listas más votadas. Prima de escaños a las provincias con menos población… No eran la décima maravilla del mundo, pero reorganizaron el mapa político, disolvieron la «sopa de letras», estimularon las fusiones entre los partidos afines, favorecieron las presencias nacionalistas en el Parlamento, que se revelarían muy influyentes a la hora de abrochar pactos de legislatura; y, en fin, con esos bueyes se labraron las elecciones de 1977, de 1979 y de 1982.

Si por decreto ley el 30 de marzo se había liquidado el sindicato vertical, también por decreto ley el 1 de abril desaparecía la Secretaría General del Movimiento, el partido único, cuya ideología había empapado la vida nacional española, exigiendo la «adhesión» como requisito formal para cualquier trámite administrativo, desde el carné de conducir hasta la matrícula escolar o la sindicación obligatoria en la universidad.

En la noche del 7 al 8 de abril, unos operarios retiraron de la fachada de Alcalá 44 la monumental insignia roja del yugo y las flechas de Falange, símbolo imponente no ya de «Ysabel y Fernando», sino del espíritu del 18 de julio.

También en abril se promulgó el derecho a la libertad de expresión e información. Las cortapisas de la Ley Fraga pasaron a la historia. Sólo quedaban tres tabúes intocables, tres elementos blindados: la unidad de España, la Corona y las Fuerzas Armadas. La publicación cuyas noticias o comentarios sobre alguno de ellos fuesen más osados de lo conveniente se exponía al secuestro administrativo.

Y antes de terminar ese mes, España ratificó dos pactos internacionales: el de derechos civiles y políticos, y el de derechos económicos sociales y culturales. Eran los dos convenios más importantes en materia de derechos humanos. Desde 1966, España había rehusado suscribirlos.

Por último, una «caricia» a la Guardia Civil por decreto ley del 2 de junio: de una tacada, mil cabos primeros fueron ascendidos a sargentos. La medida tenía tanto de estímulo al instituto benemérito como de impulso a su rejuvenecimiento generacional: esos mil nuevos sargentos empujarían en el escalafón.

Hasta diez días antes de las elecciones generales, el Gobierno siguió con su tarea de desmontar el régimen y devolver derechos a los ciudadanos. Todo, consensuado con la oposición y legalizado en las Cortes. Una Transición silenciosa, poco historiada, pero eficacísima. Gracias a esta albañilería de interior, los futuros «padres constituyentes» no tendrían que transitar sobre cascotes y material de derribo, sino que podrían edificar de planta desde el primer día la nueva «Casa España».

Josep Melià, entonces joven procurador del grupo de los rebeldes y algo más tarde un lujo inteligente en la recámara monclovita de Suárez, evocaba aquellos tiempos en los que el *BOE* era más apasionante que *Por Favor* o *Hermano Lobo*: «Vivíamos en la fascinación de lo nuevo. El país era joven y por tanto belicoso. En la calle, una gran agitación social. Los periódicos traían cada mañana noticias del estallido de una bomba, real o informativa. Día a día, un cambio importante, una novedad que modificaba la escena política»[120].

Adolfo Suárez observaba aquella excitación de unos y de otros, porque todo el mundo corría, bullía, se movía, todos trataban de situarse para lo que estaba a punto de empezar. Uno de aquellos días, riéndose, le comentó a Carmen Díez de Rivera: «Se equivocan los que creen que toda la gente corre ilusionada hacia la democracia. Yo veo a muchos que lo que hacen es huir del franquismo a todo meter, por miedo a que el edificio se les caiga encima»[121].

El Partido Comunista gira ciento ochenta grados

—¡Al Rey no podemos ponerle en un brete tan fuerte como éste, y menos aún con lo que está en juego! —Landelino Lavilla, con voz insólitamente enérgica y un punto de cólera que oscurecía sus ojos azules.

—Pero la ley todavía vigente dice que los conflictos entre jurisdicciones ha de dirimirlos el jefe del Estado —apuntó Martín Villa.

—Lo sé y me da igual, ¡que diga misa!

Lavilla se dirigió entonces a Suárez. Estaban los tres solos en el despacho de Presidencia, en La Moncloa, el martes 29 de marzo por la tarde.

—Este asunto lo han toqueteado demasiadas manos, con buenísima intención, no lo dudo, pero nos lo han puesto a punto de naufragio. Presidente, mientras yo sea ministro de Justicia, al Rey no se le meterá a dirimir… nada menos que la legalización del Partido Comunista. Lo afrontaremos nosotros.

—¿Y podemos? Quiero decir, Landelino, como Gobierno, ¿podemos obtener el respaldo jurídico que el Tribunal Supremo nos niega?

—¡Claro que podemos, presidente! Tú, Rodolfo, me mandas toda la documentación, de Gobernación a Justicia, y yo la traslado al fiscal del Reino con orden de que reúna con urgencia a la Junta de Fiscales. En dos días estudian el expediente y, con toda seguridad, dan un informe positivo, porque los estatutos que el PCE ha presentado son absolutamente inocuos, no se les puede oponer un pero. A continuación, el fiscal del Reino emitirá su dictamen «oída la Junta de Fiscales». Y rompemos el nudo de una vez[122].

Llevaban mes y medio con esta espinosa historia de la legalización del PCE, en un rifirrafe

sordo que enfrentaba a los magistrados de la Sala Cuarta del Supremo y a los ministros de Gobernación, Justicia, Secretaría General del Movimiento, que ya había pasado a llamarse Secretaría del Gobierno, y al vicepresidente Osorio.

El 11 de febrero —es decir, dieciséis días antes del encuentro secreto entre Suárez y Carrillo en Pozuelo—, los comunistas habían presentado sus estatutos en el Registro de Asociaciones Políticas, ubicado en el Ministerio de Gobernación. Ya estaban registrados todos los partidos, media docena de formaciones socialistas, otra media docena de grupos falangistas, varios partidos democristianos, socialdemócratas, liberales, vascos, catalanes, gallegos, andaluces… «bajo el principio de libertad y con garantía judicial». Todo eran facilidades en la ventanilla. Pero si el Ministerio de Gobernación presumía ilicitud penal en la asociación que pretendía registrarse, debía remitir ese expediente a la Sala de lo Contencioso del Tribunal Supremo.

Los estatutos presentados por el PCE no decían ni remotamente que sus fines fuesen instaurar la dictadura del proletariado o la revolución marxista, ni que obedeciera directrices del PCUS, o tuviese algún tipo de afinidad o dependencia con los objetivos de la Internacional soviética, lo cual sería un ilícito penal. Por el contrario, declaraban como «fines esenciales del PCE, la contribución democrática a la determinación de la política española, con objeto de conseguir la plena democratización del sistema político»; aducían «su plena independencia nacional en la búsqueda de una vía a la democracia socialista que tenga en cuenta las peculiaridades del país», y se marcaban como objetivos «la reconciliación nacional que asiente las bases de una convivencia pacífica entre los españoles y el establecimiento de una democracia auténticamente representativa». Sin embargo, se analizaron con mil ojos. El riguroso jurista y subsecretario de Orden Público, Félix Hernández Gil, redactó un informe escrupulosamente desconfiado, pues vino a decir «esto es lo que afirman ahora, pero antes no eran así», y se retrotrajo a los antecedentes históricos punibles del PCE en los tiempos de su clandestinidad, que ya habían sido juzgados y condenados por las severas leyes franquistas. No cabía calificar de ilícita una asociación por su historia, ni por su doctrina, ni por las conductas delictivas de sus militantes durante la guerra civil, que ya habían prescrito. Además, las sucesivas amnistías habían dejado al partido y a sus miembros como recién salidos de un baño de detergente.

Con todo, los estatutos del PCE, acompañados de ese informe —que parecía una recomendación al «túmbenlo, señorías»— fueron remitidos al Supremo. Políticamente, era la astuta jugada con que el Gobierno pasaba la patata caliente a los señores togados: que resuelvan ellos.

Transcurrían los días y el informe sesteaba en el Supremo. Había tres elementos que hacían inoportuna tanta dilación. Uno: además del PCE, aguardaban el visto bueno otras formaciones de izquierdas, del tipo Movimiento Comunista, Partido del Trabajo, Juventudes Maoístas, Joven Guardia Roja, Liga Comunista Revolucionaria… Dos: la fecha de convocatoria electoral estaba próxima y esas organizaciones, en principio, tenían derecho a participar y a prepararse. Y tres: al Gobierno le convenía que el PCE entrara en el juego político y no se quedase «fuera de la muralla». Tan interesante era que el PSOE moderase al PCE como que el PCE restase votos al PSOE.

El Supremo podía decir «no hay ilícito, regístrese» o «sí lo hay, recháce se». Aunque también

cabía que el Supremo esquivara el bulto diciendo «no es mi competencia decidir si la inscripción de tal partido es o no es legal». El Gobierno había considerado las tres posibles respuestas. Y tenía sus fórmulas para cada supuesto.

Pero se dramatizó la cuestión porque el 24 de marzo, dos días antes de reunirse la Sala Cuarta para estudiar esos expedientes, falleció el presidente de esa sala, José María Sánchez Cordero. La sala sin presidente no podía fallar, y además respecto al «caso PCE» había un empate de cinco a cinco magistrados. Landelino Lavilla, llamó a Valentín Silva Melero, presidente del Supremo, y le dijo:

—Valentín, preside tú, o proponme un candidato y yo le nombro.

—No, deja, deja, yo no. Nombra tú a quien estimes idóneo, como ministro de Justicia te corresponde hacerlo.

El mismo día del entierro de Sánchez Cordero, Lavilla nombró presidente de la Sala Cuarta a Juan Becerril, hombre liberal y monárquico de tradición, que ya presidía la Sala Sexta y se iba a jubilar pronto. Por tanto, no se trataba de promocionar a un amigo. El decreto salió el sábado 26 en el *BOE*.

El lunes 28 por la noche, el presidente del Supremo convocó con urgencia un pleno para la mañana siguiente, que negó el plácet al nombramiento hecho por el Gobierno. Era una decisión insólita. No se había dado en toda la historia del Supremo[123]. Con ese revés sobre la mesa, se reunieron Suárez, Lavilla y Martín Villa aquel mismo día por la tarde. El rechazo del plácet creaba un conflicto de jurisdicciones entre el Gobierno y el Tribunal Supremo que, según la ley en vigor, debía dirimir el jefe del Estado.

«¡Cuidado, no nos juguemos la Corona!»

Y aún faltaba el segundo mandoble de los magistrados, el que desarbolaría el paraguas bajo el que el Gobierno pretendía guarecerse para la legalización del PCE.

La idea de endosar el asunto a la Sala de lo Contencioso del Tribunal Supremo partió de dos miembros del Gobierno: Alfonso Osorio y Eduardo Carriles. Pero el Supremo se negó a admitir ese paquete explosivo, aduciendo que no era de su competencia.

El viernes 1 de abril, Sebastián Martín-Retortillo, catedrático de derecho administrativo, había invitado a cenar en casa a su ministro, Aurelio Menéndez, a Martín Villa y al magistrado Jerónimo Arozamena, presidente de la Sala de lo Contencioso-Administrativo en la recién creada Audiencia Nacional. Antes de pasar al comedor, comentaron informalmente el suceso que los círculos bien informados conocían desde por la mañana: «El Supremo os ha devuelto el manso al corral».

Aurelio Menéndez y Martín-Retortillo, aunque con fastidio por ser miembros del Gobierno, entendían como catedráticos de derecho que la Sala Cuarta del Supremo declinara pronunciarse sobre la inscripción del PCE en el Registro de Asociaciones, alegando no tener competencia.

—Es una decisión política, administrativa, que compete al Gobierno. Y es lo que vienen a decirnos: la responsabilidad de dar luz verde en el Registro de Asociaciones a tal o cual partido es de ustedes, no nuestra.

El magistrado Arozamena, sin entrar en pormenores, deslizó una advertencia:

—Cuando recibáis el texto del Supremo, leedlo bien porque es posible que en la misma resolución os estén indicando una fórmula, una vía.

A la mañana siguiente —entones, en las entidades públicas se trabajaba los sábados hasta las dos de la tarde—, Martín Villa telefoneó a Martín-Retortillo, que se adelantó a la pregunta:

—Sé para qué me llamas, ministro. Quieres que te diga la fórmula, la vía…

—Pues sí, he estado dándole vueltas toda la noche, pero yo soy ingeniero industrial…[124]

Por su parte, Landelino Lavilla, con todo el arsenal de jurisprudencia y talento jurídico del Ministerio de Justicia, había llegado a la misma solución: el Supremo, al devolver el expediente al Gobierno, le indicaba que por su menester de jueces ellos sólo intervendrían si en los estatutos del PCE, o en el propio hecho de la inscripción, hubiere delito. En otras palabras: asegúrense ustedes de que no hay delito y procedan. Por tanto, el único modo de salir de dudas sobre la licitud o ilicitud del PCE era remitir la documentación al fiscal del Reino y que éste, oída la Junta de Fiscales, emitiera un dictamen.

Sin que fuese tema de debate, en diferentes Consejos de Ministros se informó del contenido de los estatutos del PCE, de su envío al Supremo, de la larga espera, del indeseable conflicto entre jurisdicciones y, en fin, de la sentencia devolutoria porque no les incumbía. De modo que, sucesivamente, todos los ministros estaban al tanto del proceso de legalización del PCE como iniciativa del Gobierno.

El 3 de abril, Domingo de Ramos, comenzó la diáspora vacacional de Semana Santa. También los ministros se ausentaron. Suárez les preguntó a algunos dónde pensaban estar, para que dejaran en gabinete telegráfico sus datos de localización.

El 5, Martes Santo, por orden de Suárez fueron convocados a una reunión urgente los vicepresidentes Gutiérrez Mellado y Osorio; Landelino Lavilla, ministro de Justicia; Ignacio García López, secretario general del Gobierno, ya no del Movimiento; y Rodolfo Martín Villa como titular de Gobernación.

Martín Villa estaba con su familia en Extremadura, invitado por el ministro de Comercio, José Lladó, en su finca Los Chiqueros, junto al embalse de Puerto Peña. Por la distancia y la prisa, pidió un helicóptero de la Guardia Civil de Badajoz que le llevó a Madrid. Landelino Lavilla estaba bastante más cerca, en Manzanares el Real.

Ya en La Moncloa, Suárez les puso al corriente:

—La Sala de lo Contencioso del Supremo nos ha devuelto el expediente sobre la legalización del PCE. Argumenta que no es competencia suya, sino del Gobierno. Pero esto nos ha retrasado enormemente. Nos pillamos los dedos si no pisamos el acelerador, porque las elecciones del 15 de junio hay que convocarlas dentro de diez días, el 15. Sesenta días justos. Los estatutos del PCE parecen en regla. Se nota que han hecho un esfuerzo interno, acallando a los prosoviéticos que tienen dentro, y están dispuestos a pasar por el aro. Si el PCE no es admitido ahora, os puedo asegurar que no tendremos la fiesta en paz: ni las elecciones serán pacíficas, ni se considerarán libres, ni tendrán el menor crédito democrático en el resto del mundo. Y los mismos comunistas se encargarán de propalarlo. Por todo esto, y porque es de justicia, la legalización ha de hacerse ya.

—Pido la palabra. —Osorio había levantado su bolígrafo de oro—. Si el Supremo se lava las manos y nos deja, perdonad, con el culo al aire, necesitaremos un dictamen oficial, de peso, de autoridad, que respalde la decisión del Gobierno. ¿Razón? Si el día 11, al recibir los estatutos del PCE, los remitimos al Supremo porque presumíamos una posible ilicitud penal, ¿cómo justificamos ahora que de la noche a la mañana ha desaparecido esa presunción? Si tuviéramos otro aval jurídico institucional afirmando que no hay nada contrario a la ley en esos estatutos, o un dictamen positivo del Consejo de Estado, los militares aun tapándose las narices acatarían la legalización. Por sentido de la disciplina, la acatarían. Conozco el paño, soy coronel jurídico del Aire.

—Desde hace días, y por no andar improvisando —intervino Lavilla—, se ha pensado ya en remitir el expediente a la Junta de Fiscales para que lo estudie. Es presumible un dictamen favorable a la inscripción del PCE en el Registro. Hablaré con el fiscal del Reino, Eleuterio González Zapatero, y a ver si puede ponerlos a trabajar hoy mismo, y a su palabra nos atendremos. En este caso, el recurso al fiscal es la vía correcta para el Gobierno y un aval de peso, como tú dices, Alfonso.

—¿Cuánto estimas que puedan tardar? —preguntó Suárez.

—Si se les dice que con tampón de urgencia, en un par de días lo pueden tener listo. Es un texto breve[125].

—¡Cuidado, no nos juguemos la Corona! —Osorio, más que poner pegas, quería seguridades —. A todo esto, ¿qué opina el Rey?

—Está de acuerdo, porque cree que no hay otra solución —respondió Suárez con algo de sequedad[126].

El presidente pidió a algunos de los reunidos que permanecieran en Madrid «a la espera mientras esto se encarrila, y cada uno atento a su propia responsabilidad».

Al teniente general Gutiérrez Mellado le dijo de modo taxativo: «Manolo, quiero que te encargues tú de informar a cada uno de los ministros militares».

A Martín Villa: «Ponte de acuerdo con Landelino para todo el papeleo, y dile a Félix Hernández Gil que no se vaya de vacaciones». Y también: «Convendrá que Santiago Carrillo se ausente de España, o al menos de Madrid, en los próximos días»[127].

Carrillo recibió el recado por dos correos: su amigo Juan José Rosón, gobernador de Madrid, y José Mario Armero. A partir del Jueves Santo estuvo con su familia en Ville Comète, la casa de Teodulfo Lagunero y Rocío en Cannes.

Antes de despedir al minigabinete, Suárez tomó aparte a Osorio:

—Alfonso, para tu tranquilidad, no nos jugamos la Corona: la Corona va a estar protegida y asegurada a todo riesgo, porque yo asumo personalmente ante el país y ante la historia la total responsabilidad de este acto, salga bien o salga mal. Y como me has preguntado qué opina el Rey, seré más explícito, aunque creo que no te revelo nada que no sepas: dadas las circunstancias, el Rey está convencido de la necesidad de legalizar el PCE, y en eso coincide con su padre. Los dos saben que si el PCE no entra ahora, puede trastornarse todo el proyecto de llegar a una democracia por el camino del pacto. Y tú, ¿qué plan de vacaciones tienes?

—Pensábamos irnos a Almería, pero tal como están las cosas…

—Pues vete, vete a Almería. Quizá cuando el Rey y tú y la gente regreséis, el problema esté resuelto[128].

No le dijo más. También al Rey iba a recomendarle una estratégica ausencia de España. En efecto, los Reyes se marcharon a Francia en visita privada el 7, Jueves Santo[129]. El domingo 10, cuando la operación había concluido, el monarca estaba ya de regreso en La Zarzuela.

Suárez: «Que los del PCE se hagan invisibles. Tengo problemas militares»

El 5, Martes Santo, a las diez de la mañana, antes de reunirse con los ministros, Suárez había telefoneado a Armero.

—Pepe, voy a decirte las condiciones que tienes que negociar con «tus amigos», en caso de que lo suyo se legalice. El día que ocurra, nada de algaradas ni de manifestaciones por las calles. Ni banderas rojas, ni cantos, ni puños en alto… Que lo celebren en sus casas. Y cuando sea, ya te avisaremos, Santiago tiene que hacer una declaración diciendo que yo no soy comunista, ni simpatizante comunista, sino anticomunista.

Y por la noche, a las doce, Armero le informa de los contactos que ha tenido con los dirigentes del PCE. Todo conforme. Suárez le insiste: «Diles a tus amigos que en estos días se hagan invisibles, que estén como muertos… Tengo dificultades con los militares»[130].

Todo había tomado un ritmo brioso. Adolfo pisaba el acelerador.

El fiscal Eleuterio González reunió a toda prisa a los fiscales que aún seguían en Madrid y acometieron su tarea[131]. Estudiaron el expediente durante los días 5 y 6, Martes y Miércoles Santo.

«El 7, Jueves Santo, los subsecretarios Hernández Gil y Mendizábal, junto al magistrado Arozamena, al que hicimos venir desde Reinosa, con un temporalazo de lluvias, ya tenían la minuta preparada y a la espera para cuando tuvieran el níhil óbstat a la legalización —recordaba años después Landelino Lavilla, con su característica exactitud—. Habíamos salvado el pulso. El tema discurría por su debido carril, y yo me volví a mi casa de Manzanares el Real»[132].

El 6, Miércoles Santo, de la Casa del Rey pidieron información al Gobierno y Adolfo Suárez encargó a Martín Villa: «Sube a Zarzuela y pon al Rey al corriente».

Transcurridos treinta y seis años, Martín Villa recordaba con pasmosa nitidez aquel despacho, mesa de por medio, con el Rey. Tenía clara la directriz de Suárez: «No vas a recibir instrucciones ni a pedir criterio, sino a dar información». Lo que no sabía era por qué iba él y no Suárez. Punto interesante que en aquel momento era un repliegue, uno de los muchos enigmas de esos días; pero, transcurrido bastante tiempo, el repliegue abriría sus costuras. En la historia no hay misterios; sólo cosas que se ocultan y cosas que se ignoran.

El miércoles 6 subí a Zarzuela para informar al Rey. Le expuse de un modo concreto, oficial y objetivo, como si se tratase de un tema neutro, el proceso de la legalización del PCE en sede judicial. Le expliqué que el Supremo nos había devuelto el expediente por no considerarlo de su competencia, al tratarse de un asunto político. Ellos sólo podían intervenir cuando se vulneraba una ley. Le dije que el ministro de Justicia lo había trasladado al fiscal del Reino, y que justo en

ese momento estaba en fase de estudio en la Fiscalía. El Rey me escuchó con atención, pero sin preguntarme nada. Le dije claramente que el PCE se iba a registrar, y por tanto a quedar legalizado en cuanto nos dieran luz verde los fiscales, pues se trataba de una decisión política del Gobierno.

A renglón seguido, le informé de lo que era mi terreno y mi responsabilidad como ministro de la Gobernación: la previsión de reacciones en el estamento militar, entre la clase política, en la sociedad civil, en la calle… Le expuse los posibles escenarios más extremos y conflictivos que podrían darse: el rechazo duro de la ultraderecha y la euforia excesiva de los comunistas. Le dije que habíamos tomado nuestras medidas y controlábamos la situación. Incluso le di a entender que, por si algunas unidades militares intentaran dar una respuesta levantisca, desde hacía algo más de una semana se les había menguado muy a la baja el suministro de combustible.

Fue un despacho aséptico, que se hubiera podido retransmitir por radio o televisión porque mi información pasó por el Rey… a la manera que un rayo de sol pasa por un cristal sin romperlo ni mancharlo. Es decir, deliberadamente, ni yo pedí al Rey su parecer, ni él me lo dio. Procuré hablar yo todo el rato, sin preguntar ni hacer pausas de silencios, de modo que el Rey no tuviera que decir nada. Hablé yo más que el Rey. Es a lo que había ido. ¿Preguntarle al Rey qué opinaba? ¡Hombre…, uno puede ser imprudente, pero no idiota! Lo correcto y lo que convenía en aquellos momentos era que el Rey no opinase, que el Rey no se mojase. No interesaba involucrar al Rey en una decisión que tenía alto riesgo y podía salir mal.

Por supuesto, el Rey podía estar intranquilo y temeroso, como lo estábamos nosotros, el Gobierno; pero ni vacilante ni sorprendido. La legalización del PCE no le pillaba de sopetón. A esas alturas, el Rey estaba perfectamente al corriente de lo que se tramitaba. Y hubiese sido inimaginable hacerlo sin su consentimiento. Otra cosa es que todos cuidásemos, y mucho, no poner en riesgo ni la figura ni la persona del Rey. Si aquello se desmadraba, o si se producía algo gordo, que la Corona no quedara afectada.

La verdad, no recuerdo haber recibido palabras o gestos del Rey dándonos aliento para que legalizáramos a los comunistas. Podía resultarle un hueso duro de roer, pero era obvio que estaba conforme. Aunque nunca le escuché una opinión sobre ello. En cambio, en los días negros, cuando la democracia estuvo a punto de irse a…, cuando golpeaban los de ETA o los de los Grapo, o nos empalmaban las huelgas y las broncas callejeras, entonces sí recibí llamadas de ánimo del Rey; y no sólo del Rey, también de la Reina. Incluso de noche[133].

Después de informar a Su Majestad, Martín Villa se volvió a Badajoz, a Los Chiqueros, hasta nueva orden. Osorio se había marchado a Almería; Landelino Lavilla, a Manzanares el Real; Marcelino Oreja estaba localizado en El Escorial; Gutiérrez Mellado se iría el fin de semana a Canarias. Incluso el gobernador civil de Madrid, Juan José Rosón, responsable directo del orden público en la ciudad, se fue a una de las Islas Baleares. Y el Rey, a cierto lugar de Francia que sólo el presidente conocía.

De retén, Adolfo Suárez en La Moncloa.

A las seis de la tarde, Aurelio Delgado, Lito, telefoneó a Armero. «Me dice el jefe que puedes irte con tu familia a Almería, a Roquetas, porque ni el Jueves ni el Viernes Santo se hará nada. En cambio, te sugiere que estés de vuelta el sábado 9, por la mañana»[134].

Gutiérrez Mellado informa a los tres ministros militares

Cumpliendo la orden del presidente Suárez, el miércoles 6, Gutiérrez Mellado habló por separado con cada uno de sus colegas militares del Gobierno, Pita da Veiga, Álvarez-Arenas y Franco Iribarnegaray. Les puso al tanto del curso jurídico y administrativo que estaba siguiendo el trámite para legalizar el PCE y, subsiguientemente, las otras asociaciones izquierdistas. Intríngulis de magistrados y peritajes fiscales, pero nada que pudiera sorprenderlos, pues desde mediados de febrero en algunos Consejos de Ministros ya se había expuesto el tema.

Acerca de esta información anterior existe, entre otros testimonios, el del teniente general Miguel Íñiguez del Moral, que en 1977 era oficial del gabinete del vicepresidente Gutiérrez Mellado y uno de los hombres de su máxima confianza:

A los ministros militares no se les ocultó la medida, sino que se les comunicó varios días antes. Desde luego, antes de la Semana Santa estaban al corriente de que el Gobierno tenía intención de legalizar al Partido Comunista. Hubo un informe escrito, en el que se argumentaban las razones para actuar así, que se pasó a todos los ministros. El informe decía que la intención del Gobierno era legalizar al PCE, y que se legalizaría si el fiscal del Reino no se oponía… En aquellos días, Gutiérrez Mellado se reunió personalmente con los tres ministros militares y se lo explicó. No estoy seguro, pero creo que a esa reunión asistió también el presidente Suárez. No estoy seguro… La noticia se les dio ahí ya claramente. Además, dada la inesperada aceleración que se produjo por los aspectos legales del asunto, en los días siguientes, antes de que llegase al Gobierno el informe del fiscal del Reino, sabiendo ya que iba a ser favorable, se les volvió a avisar para que estuviesen advertidos. Y quien lo hizo, quien los avisó, fue el propio teniente general Gutiérrez Mellado[135].

El teniente general Íñiguez del Moral aún subrayó otro elemento, que le parecía prueba clave de que ningún ministro militar fue engañado ni sorprendido por una actuación hecha a sus espaldas, como diría después el almirante Pita da Veiga:

Desde la vicepresidencia del Gobierno se obró con tiempo suficiente para que los tres ministros se enterasen. Eso fue evidente. De hecho, los otros dos ministros —el del Ejército y el del Aire— no dijeron en ningún momento que se les había traicionado, ni que se les había ocultado nada. El único, Pita da Veiga… Y no puedo pensar que los tenientes generales Álvarez-Arenas o Franco Iribarnegaray tuvieran menos talla ética o moral que el almirante Pita… Si ellos se hubiesen sentido traicionados, o pensaran que se les había escamoteado la debida información, estoy seguro de que habrían dimitido también. No lo hicieron porque sabían con adelanto, y no por la prensa, que iban a ser legalizados los comunistas[136].

Un testigo presencial de la llamada telefónica de Gutiérrez Mellado a los tres ministros militares fue el general Ángel de Lossada y Aymerich, entonces teniente coronel destinado en el gabinete del vicepresidente de la Defensa. El Miércoles Santo, día 6, Lossada se encontraba en el despacho de Gutiérrez Mellado:

Sonó un teléfono, que el vicepresidente sólo utilizaba para hablar con el Rey o con el presidente Suárez. Hice ademán de retirarme al saber de quién podía ser la llamada, pero él me hizo señas para que no me marchara. Lo que el presidente Suárez le comunicó al teniente general

fue que le habían avisado de la Junta de Fiscales diciendo que no iban a poner ninguna traba a la legalización del PCE. Y debió de pedirle también que llamara a los ministros militares, porque inmediatamente, en cuanto colgó a Suárez, Gutiérrez Mellado llamó, delante de mí, uno tras otro a los tres ministros militares, incluido Pita da Veiga. Les comunicó, de parte del presidente, la próxima legalización del Partido Comunista. Y a cada uno le advirtió: «El presidente me ha dicho además que, si tenéis alguna pregunta o alguna objeción que hacerle, o algún escrúpulo de conciencia, estará toda la mañana en su despacho, que le llaméis o pidáis audiencia y vayáis a verle, porque no se va de vacaciones». Ninguno fue a verle. Me consta. Ninguno de los ministros habló con el jefe del Gobierno ni ese día ni los siguientes[137].

En esa comunicación por teléfono, de despacho a despacho, al exponer Gutiérrez Mellado que se estaba pendiente «de la respuesta de una autoridad judicial», Pita le preguntó: «¿Qué autoridad?», y Mellado respondió: «Pues, la verdad, no lo sé, pero es precisamente una de las soluciones que ha dado el presidente, llámale y habla con él».[138].

La relación entre Gutiérrez Mellado y Pita da Veiga no era cordial, sino tirante, pues Pita se consideraba postergado por Suárez desde que, para sustituir a De Santiago en la vicepresidencia de la Defensa, escogió al Guti y no a él, que tenía más antigüedad y una hoja de servicios más brillante.

La alusión a «algún escrúpulo de conciencia» era un intento de salir al paso a alguna dificultad moral que pudiera surgirle al almirante Pita, pues hablando con Suárez no hacía mucho de la eventualidad de esa legalización le comentó: «A mí, personalmente, me plantearía graves problemas de conciencia»[139].

¿Qué fue lo que Gutiérrez Mellado no les dijo? Lo que él tampoco sabía: cuándo evacuarían su dictamen los fiscales y cuándo se produciría la legalización. El día, la hora. El mismo Gutiérrez Mellado se enteró en Canarias.

Unas cartas del Rey desconocidas

Tras esa comunicación con Gutiérrez Mellado, Pita da Veiga no fue a ver al presidente Suárez, sino que pidió audiencia urgente con el Rey.

Poco después, un motorista de la Guardia Real llegaba a La Moncloa con una carta para entregar en mano al presidente. De puño y letra y con firma del Rey, su tenor —no literal— venía a decir:

Adolfo:

Acaba de salir de mi despacho el almirante Pita da Veiga. Me ha confirmado que finalmente vas a legalizar el Partido Comunista. El almirante me ha comunicado también su decisión de dimitir inmediatamente como ministro.

Asimismo, me ha hecho ver las consecuencias tan negativas para España que tendría tu iniciativa, máxime cuando el PSOE estaba dispuesto a acudir a las elecciones aun sin estar legalizado el PCE.

Tú verás, pero una crisis militar puede hacer imposible la celebración de las elecciones. Y desde luego, este hecho comprometería gravemente la continuidad de la Monarquía en España.

Juan Carlos R[140].

Esa carta podía explicar por qué fue Rodolfo Martín Villa quien subió a La Zarzuela, y no Adolfo Suárez. El relato plano y objetivo del ministro, sin dar opción a que el Rey opinase, era un modo hábil de evitar, no ya una seria discusión entre el monarca y el presidente, sino que todo el proceso de legalización se detuviera o se cancelara por el dichoso «miedo al Ejército», con el serio peligro de descabalar los acuerdos conseguidos en la hoja de ruta de una «reforma pactada» y sin exclusiones.

Además, y dando por cierta la misiva o el sentido de su contenido, quedaba patente que el liderazgo del Rey ante sus ejércitos era bastante precario. Cualquier queja, cualquier amenaza de insumisión le provocaba el temor de jugarse la Corona y le hacía vacilar. Volvían a tomar cuerpo dos fuertes interrogantes: ¿qué estimaba más, la democracia o el trono? ¿Era el jefe supremo de las Fuerzas Armadas o no podía mantenerlas a raya, aun contrariándolas, porque era su rehén?

El 7, Jueves Santo, Suárez telefoneó a Armero, que estaba en Roquetas:

—Por favor, Pepe, ¡diles a ésos que controlen a sus militantes! Han detenido a tres del PCE en el Aberri Eguna de Vitoria. Que no se metan en líos, que extremen sus actuaciones. Como te dije: que se hagan los muertos. Hay serios problemas y ellos deben saberlo: me preocupa la actitud del Ejército cuando demos la noticia de la legalización[141].

El 8, Viernes Santo, Suárez hizo volver a Marcelino Oreja de El Escorial. En su despacho de La Moncloa, le adelantó la noticia encareciéndole que la guardara en absoluto secreto, pero que tuviese preparado un telegrama: «Lo circularás a nuestras embajadas y consulados en cuanto podamos comunicar la decisión». Oreja redactó el texto y cuando fue oficial la noticia, el sábado 9 de abril, ordenó transmitirlo a todos los embajadores y cónsules españoles en misiones extranjeras[142].

El 9, sábado, estuvo listo el dictamen del fiscal del Reino. Veinticuatro líneas en las que se declaraba que «analizada la documentación […], no se desprende ningún dato ni contiene ninguna manifestación que determine la incriminación del citado partido en cualquiera de las formas de asociación ilícita que define y castiga el artículo 172 del Código Penal en su reciente redacción».

Curiosamente, se daba la paradoja de que quien, con esa celeridad y sin oponer obstáculos para abrir las puertas al PCE, era el fiscal Eleuterio González Zapatero, la misma persona que hacía año y medio, el 23 de agosto de 1975, redactaba como fiscal del Tribunal Supremo el decreto ley sobre antiterrorismo, autorizando «los consejos de guerra sumarísimos contra civiles por acciones armadas contra el régimen», considerando «terrorista» a «cualquier organización comunista, anarquista o irredentista». En unas ocasiones, cambian los hombres; y en otras, las «obediencias».

Cuando poco después Armero, muy extrañado, le preguntó a Suárez que cómo había podido autorizarlo el fiscal Eleuterio, que fue el autor de la ley de antiterrorismo, Suárez le respondió: «Me ha costado tres horas convencerle»[143].

Sin perder un minuto, Landelino regresó de Manzanares el Real; Martín Villa, en helicóptero de nuevo, viajó desde la finca Los Chiqueros; el magistrado Joaquín Arozamena, sorteando un temporal de lluvias, llegó desde Reinosa. En el Ministerio de Gobernación los esperaban ya los

subsecretarios Félix Hernández Gil y Rafael Mendizábal. Allí redactaron la resolución definitiva que permitía inscribir al PCE en el Registro. Eran las doce del mediodía. Por prisa o por despiste, a Martín Villa se le olvidó el «detalle» de estampar su firma al pie de la línea final del documento[144].

Suárez cuadra a Armada

Una de las tareas que despachó aquel día Martín Villa fue disponer la publicación de la noticia. Como el ministro de Información Andrés Reguera estaba ausente, habló por teléfono con Sabino Fernández Campo, que entonces era el subsecretario. Al indicarle el hecho de la legalización, y cómo y cuándo se debía informar de él, le sorprendió el tono duro e inquisitivo de Sabino:

—Pero ¿el presidente ha informado a los altos mandos militares de que lo que les dijo el 8 de septiembre ha cambiado o está a punto de cambiar?

—No tengo ni idea. En todo caso, lo que han cambiado son los estatutos del Partido Comunista. Se ajustan a la ley. Y tanto el fiscal del Reino como la Junta de Fiscales han dado el visto bueno a su registro legal. No han visto en ellos nada ilícito.

—Y los ministros militares, ¿qué dicen de esto? —Sabino seguía con su interrogatorio al ministro, en tono muy alarmado—. ¿Lo saben los mandos militares, o se van a enterar por la radio y la tele…? ¿Vosotros habéis calculado cómo pueden reaccionar las Fuerzas Armadas?

Sin perder su cachaza habitual, Martín Villa le dijo a Sabino que esperase un momento, mientras se informaba. Salió de su despacho y desde otro teléfono llamó a Gutiérrez Mellado, que seguía en Canarias.

—Rodolfo, dile a Sabino que yo mismo informé a los tres ministros militares el miércoles 6.

—Sabino —Martín Villa, de nuevo al teléfono—, lo de los militares está resuelto. Desde el Miércoles Santo lo saben, cada uno de ellos en directo y por el conducto reglamentario.

—Rodolfo, un hecho de este calibre no se puede comunicar de golpe, por sorpresa, en plena Semana Santa…

—Bueno, mira, Sabino, yo puedo comprender que, como general que eres del cuerpo de Intervenciones, te preocupes; pero yo ahora no estoy llamándote por tu condición militar sino porque tu ministro está fuera y a ti, como subsecretario de Información, te compete ordenar que en la Agencia EFE, en Radio Nacional y en Televisión Española se dé la noticia debidamente[145].

Armero viajó de noche desde Almería y a las ocho de la mañana ya estaba en Madrid. Era lo acordado con Suárez. Llamó a La Moncloa. Lito le dijo: «Adolfo ha hecho una escapada a Ávila para ver a sus padres y volverá a eso de las doce, porque hasta entonces no tendremos nada que comunicar. Te llamaremos nosotros».

A las seis y media de la tarde, Suárez se puso al habla con Armero:

—Hasta las ocho no se dará el comunicado. Pero tú adelántaselo ya a Carrillo, para que afloje los nervios. Dile que es una decisión oficial del Ministerio de Gobernación atendiendo el

dictamen del fiscal del Reino, y de éste después de oír a la Junta de Fiscales. Insístele en que su gente modere la euforia, tanto aquí en Madrid como en los departamentos marítimos, que no se echen a la calle agitando banderas rojas… Y que él haga unas declaraciones sosegadas, respetuosas y, esto recálcaselo bien, sin darme las gracias ni elogiarme. Sería… el abrazo del oso.

Desde la casa del cineasta Basilio Martín Patino, Armero da la noticia a Carrillo, que como tiene ya redactado un borrador de su declaración, se lo lee a Pepe Mario. Deciden que Europa Press dé esas palabras como dichas desde París, que es donde oficialmente debería estar, y no en Cannes.

A las siete menos cuarto de la tarde, sonó el teléfono en el pequeño apartamento de Carmen Díez de Rivera, en la calle López de Hoyos. Era el Rey.

—Acaban de legalizar el Partido Comunista.

—¡Por fin!

Nada más colgar, Carmen llamó a Adolfo Suárez. Quería felicitarle, pero se quedó un poco cortada porque le pareció detectar un tono de alerta y contrariedad en la voz del presidente.

—¿Quién te lo ha contado?

—Su Majestad, el rey Juan Carlos I[146].

¿Cómo no iba a responder Suárez con un tono de alerta y contrariedad, si el Rey, ausente de España por su seguridad personal, y a quien él acababa de dar novedades, empezaba ya saltándose la cláusula de noticia embargada hasta las ocho, para alardear ante la bella marquesita?

Al día siguiente, Domingo de Resurrección, el Rey ya estaba de regreso, y se reunieron con él en La Zarzuela Adolfo Suárez, Mondéjar y Armada. Suárez comentó algo de los entresijos del proceso. Y aunque el Rey había estado bien informado del qué, el cómo y el cuándo, por su forma de escuchar y callar mientras Suárez hablaba, pudo parecer que estaba enterándose en ese momento, a toro pasado, de la decisión del presidente de legalizar el PCE. Armada se arrogó entonces un papel que en modo alguno le correspondía y empezó a reconvenir a Suárez por el hecho y por el modo de la legalización: la «nocturnidad», el «oportunismo de aprovechar la ausencia de la clase política dirigente y de los mandos militares», la «inusitada e innecesaria velocidad con que se había anunciado la medida», «de sopetón y por sorpresa», la «impresión de engaño que sentirían ahora los tenientes generales, a quienes aseguró en septiembre que el comunismo nunca sería legalizado en España». Y remató su filípica acusando al presidente de «poner en gravísimo peligro la Corona».

Ante esa diatriba injusta e improcedente, y también ante el silencio consentidor del Rey, Suárez saltó enfurecido y encarándose al monarca le hizo saber con energía que no estaba dispuesto a tolerar que el secretario del Rey desafiara su autoridad[147].

Suárez ya conocía la influencia amedrentadora y reaccionaria de Armada sobre el Rey. Su desagrado cuando fue designado presidente del Gobierno. Las críticas que hacía a sus espaldas tras cada nuevo movimiento de reforma y apertura. Tras la reunión de septiembre con el generalato, tuvo que sufrir la humillación de un careo provocado por el Rey para confrontar el

relato del presidente del Gobierno con la versión «de segunda mano» que le transmitió el secretario. Sabía que recientemente había dicho a otros oficiales generales «a Suárez hay que echarle a patadas…». En su cronómetro interior, la cuenta atrás de Armada en La Zarzuela acababa de ponerse en marcha.

Un almirante varado en el 36

El ministro de Marina, almirante Gabriel Pita da Veiga, fue el primero que puso el grito en el cielo, asegurando que se había enterado mientras veía el telediario en su casa. Al parecer tuvo muy insistentes presiones de sus compañeros de almirantazgo, que se sentían sorprendidos, engañados, traicionados…, instándole a tener el coraje y el honor que pocos meses antes tuvo el teniente general De Santiago.

Pero no era cierto lo que alegaba el almirante Pita: había tenido la misma información que sus colegas del Gobierno, más el plus que les suministró el presidente a los tres ministros militares, más el aviso de inmediatez hecho cuatro días antes de la legalización por Gutiérrez Mellado. Su audiencia urgente con el Rey aquel mismo día 6 era toda una prueba: podía estar disconforme, pero no desinformado. Si se trataba de una objeción de conciencia, muy respetable, debió decirlo antes o después, sin culpar a otros de un inexistente engaño.

El lunes 11, el almirante Pita telefoneó al presidente Suárez para despedirse. A primera hora de la mañana le había enviado ya una carta formalizando su dimisión.

En esa despedida de mera cortesía, Pita da Veiga reiteró sus argumentos:

—Presidente, en repetidas ocasiones he comunicado al Gobierno que presides que, en las presentes circunstancias, la Armada española no considera oportuna ni deseable la legalización del Partido Comunista. Esa medida se ha tomado sin debatirla ni adoptarla en Consejo de Ministros. En cualquier caso, sin mi consentimiento. Fui sorprendido por la noticia viendo Televisión Española en la noche del Sábado Santo. Todo ello me demuestra que no cuento con tu confianza. Así las cosas, la única opción que mi dignidad me permite es dimitir. Y, dada la gravedad del motivo, dimitir de modo irrevocable.

»Una última cuestión, presidente, dimito después de consultarlo con mis compañeros de la Armada, sí, pero sin presión de ningún tipo. Y quédate tranquilo: no voy a hacer declaraciones ni dar ningún tipo de espectacularidad a mi decisión[148].

Pita da Veiga habló luego con sus compañeros, los ministros del Aire y de Tierra, y les comunicó su gesto. La noticia tuvo un fortísimo impacto en los ambientes militares y periodísticos. Se presentía el inicio de un terremoto. En las Cortes, los procuradores Torcuato Luca de Tena y el general Galera Paniagua devolvieron sus actas. Varios ministros civiles, capitaneados por Carrilles, el titular de Hacienda, con gran enojo «porque todo se ha guisado a nuestras espaldas, como si fuéramos ministros comparsas», hicieron también un amago dimisionario. Pero Alfonso Osorio los disuadió: «Yo entiendo vuestro cabreo; pero era una operación delicada y de riesgo. Estuvieron los que tenían algo que hacer en el reparto de faena… Si os vais, no sólo le hacéis la pirula a Suárez. En estos momentos, con las primeras elecciones generales a la puerta, que el Gobierno se desguazara ocasionaría un daño irreparable a la

Monarquía».

El ministro Álvarez-Arenas recibió un aluvión de llamadas, protestas indignadas de compañeros generales instándole a plantarse y a secundar a Pita. Dudó. Estuvo pensándolo durante tres días. Le expuso a Su Majestad sus «fuertes reservas para continuar en el cargo». Luego supo que en la reunión del Consejo Superior del Ejército se había preguntado uno por uno a los tenientes generales presentes: «¿Tú aceptas tomar el relevo y ocupar su lugar?», y todos fueron respondiendo sin ambages que no querían estar en ese Gobierno. Eso y su lealtad monárquica le decidieron a continuar.

Cuando el ministro del Aire, Carlos Franco Iribarnegaray, regresó de Burgos a Madrid después de sus vacaciones, no detectó un especial ambiente de hostilidad ni de descontento entre sus compañeros. Los aviadores, al parecer, eran más abiertos de talante, o tenían «más horas de vuelo por las alturas». Habló con el Rey y aceptó que, políticamente, era conveniente que el PCE tuviese patente legal[149].

En cambio, la dimisión de Pita se estaba convirtiendo en un problema serio, a medida que, día tras día, el Gobierno sólo encontraba rechazos de los almirantes a los que ofrecía la cartera de Marina. Llegó un momento en que Suárez se planteó asumirla él mismo. Entre Gutiérrez Mellado y él fueron haciendo el rastreo.

Tal vez por desdramatizar el trance, un «fontanero» de La Moncloa bastante guasón, cada vez que establecía línea con algún almirante ministrable, mientras aguardaba la conexión telefónica tarareaba por lo bajinis «La Marina te llama», «Avon llama a tu puerta»…

Sin embargo, el panorama no era para andar con bromas. La amenaza de subversión militar parecía cada vez más real. Tanto el Rey como Suárez estaban profundamente preocupados. El Rey se pasó la mayor parte del domingo y del lunes al teléfono calmando y atajando amenazas de indisciplina. Afirmaba su autoridad como jefe supremo, pero desplegando sus innegables dotes persuasivas.

El argumento más comúnmente blandido por los tenientes generales que en esas horas hablaron con el Rey era: «El presidente nos engañó el 8 de septiembre, diciéndonos lo contrario de lo que ahora ha hecho» y, por tanto, «ante tal falta de seriedad, le retiramos nuestra confianza». Otros le dijeron que «España está cambiando a pasos agigantados, pero en un sentido que no nos gusta, que nos preocupa». El Rey sugirió a Suárez que convocara de nuevo a la cúpula militar y se justificase ante ellos.

Suárez saca la cinta que grabó el 8 de septiembre

Suárez se reunió con el generalato el 11 de abril[150]. Su alocución tuvo tres partes. Explicó, fría y asépticamente, pros y contras, ventajas y riesgos, de que el PCE estuviera o no estuviera legalizado. Y derivada de ahí, la conveniencia política de «tener el iceberg a la vista y no oculto, controlado y no clandestino», «los fantasmas asustan, pero si pasan por las urnas, se conoce cuánto miden, cuántos son, y se acaban los temores irreales». Después, expuso la fluidez cambiante de la situación política; las semanas trágicas, convulsas, vividas en este país; y el comportamiento irreprochable y maduro de los comunistas en bloque, de modo que, lo que podía

resultar impensable siete meses atrás, el 8 de septiembre, ahora era una demanda social cuantificada y mayoritaria. En ese punto, Suárez leyó las sucesivas oleadas de los sondeos oficiales, cuyas últimas cifras daban que más del doble de españoles eran partidarios de la legalización del PCE. Dejó caer que también era «aceleradamente creciente el número de oficiales militares que se posicionaban a favor de que el PCE fuese uno más de los partidos legales».

Luego les habló de las condiciones que el Gobierno había impuesto a los dirigentes comunistas para autorizarlos a participar legalmente en el juego democrático; los cambios diametrales en sus estatutos, a los que el peritaje de la Junta de Fiscales no había podido imputar presunción alguna de ilicitud. Se detuvo en las fases del proceso jurídico y administrativo hasta aceptar la inscripción registral del PCE, haciéndoles esperar dos meses: del 11 de febrero al 9 de abril. «No ha sido llegar y besar el santo».

Finalmente, los invitó a «escuchar la cinta magnetofónica que aquel 8 de septiembre un teniente general grabó, y yo también». Así volvieron a oír lo que Suárez dijo realmente, al margen de lo que cada quien hubiese podido interpretar.

—No mentí, no engañé, no dije algo diferente de lo que era real en aquel momento —explicó al terminar la audición—. Con el Código Penal en una mano y con los estatutos del Partido Comunista en la otra, su legalización era inviable. ¡Entonces era inviable! ¿Cambió algo después? Sí. Pero no por nuestra parte, sino por la suya. Ellos hicieron unos cambios radicales en sus objetivos, en sus fines, en su planteamiento de acción política y social. Había cambiado, pues, la realidad.

Todo razonado, todo con apoyo de datos y documentos, todo expuesto desde la lógica política. Suárez apelaba al raciocinio; pero aquellos generales le oían desde la pasión: el comunismo era un enemigo perverso, que creían derrotado y exterminado para siempre. No lo querían en España. Y si el precio de la democracia era el comunismo campando por nuestras calles, no querían democracia.

Todavía, un último intento de Suárez: rozar la fibra ética, el bordón de la conciencia moral de aquellos jefes militares. Si quieres la paz, prepara la guerra. *Si vis pacem, para bellum*. Pero… *si vis pacem*.

Creo que he hecho lo que debía hacer en justicia. Si había que legalizar a los partidos políticos, se legalizaban todos, todos los que cumplieran los requisitos establecidos por ley. La ley, o es ley para todos o es arbitrismo.

He legalizado el Partido Comunista porque en estos momentos me parece clave desde el punto de vista nacional y desde el internacional. Pero, ante todo, porque es de justicia que nos olvidemos de los traumas de la guerra civil; y que el Partido Comunista, inmerso en un Estado democrático, tenga la oportunidad de jugar el papel que le corresponda según los votos que obtenga en las elecciones.

Hubiera sido una injusticia tremenda dejarlos fuera del sistema democrático. Una injusticia política, legal y moral. Y la antinomia reformaruptura no podría solventarse en paz. *Si vis pacem*… «Si quieres la paz», ésa es la premisa. Si no, volveríamos a romper y a dividir España en… no sé cuántas partes. Subsistirían ¿durante cuántos años más? Las viejas heridas, los

rencores, los odios… Los vencedores de la guerra seguirían negando el pan y la sal a los vencidos. Los vencidos seguirían reivindicando unos juicios depuradores y una petición de cuentas. ¡Intolerable! Me niego. Creo, sinceramente lo creo, que estamos en el momento de zanjar todo eso, evitando una nueva ruptura radical[151].

Fue un ejercicio inútil. Adolfo Suárez hablaba mirando al futuro. Los generales se habían detenido en el pasado. Desde aquel momento, Suárez supo que él, su persona, era ya otra bestia negra en la diana de los veteranos militares.

El diario de Ana María Montes recogía estas anotaciones de Armero, su marido:

A las diez me llama el presidente. Ha tenido que negociar con los militares hasta las cinco de la mañana. A pesar de la calma, la situación es peligrosa. Él no se ha acostado y está muy preocupado. Me dice que pida al PCE la máxima prudencia y que trate de evitar reacciones contrarias.

Le preocupan especialmente los lugares de departamentos marítimos; supongo que hay algo especial promovido por la Marina.

Hablamos del viaje de Santiago Carrillo de París a Madrid. Adolfo me dice claramente que hay peligro de atentado contra la persona de S. C. Que no venga en tren y que arreglen un cambio en la hora y lugar de llegada, para que sean distintos de los que la radio y la prensa anuncian. Se preparan dos billetes vuelo París-Barcelona a nombre de[l señor y la señora] Solares, pero Pilar Brabo me dice que ya no da tiempo de cambiar el viaje.

El presidente decide que un coche o una furgoneta de Iberia los esperará en Barajas, al pie del avión que llega a las diez de la noche de París, y sacarán a Carrillo y a su mujer por otra puerta lateral del aeropuerto donde no hay gente ni periodistas.

Noche, muy tarde, hablo con el presidente. Le informo de que todo ha salido bien. Él dice que «las cosas están muy difíciles, muy difíciles, pues una parte de los militares —la Marina— no acaba de ceder»[152].

Los generales exigen al Rey que repudie a Suárez

En los días siguientes, 12 y 13 de abril, continuaron las reuniones entre los militares de máximo rango.

El capitán general de la I Región, Federico Gómez de Salazar, convocó en Capitanía General a los mandos de sus unidades para conocer sus opiniones sobre los hechos. Se expresaron con contundencia. Pedían «por pundonor, la dimisión del ministro del Ejército». Varios dijeron: «Se nos ha traicionado y no podemos ser leales a este Gobierno». Se criticó ásperamente «toda esta política de reformas, que está tirando abajo el sistema anterior». Se señaló «para más inri, el terrorismo de ETA». Una voz sonora fue la de Jaime Milans del Bosch, jefe de la Acorazada Brunete: «El señor Suárez ha quebrantado su palabra de honor. Y yo no acepto a un jefe sin honor. Además, advierto que en España se están reproduciendo los actos que desembocaron en la revolución de 1936».

Las exposiciones fueron de ese tenor. Gómez de Salazar escuchó y tomó notas. Aquella misma tarde debía asistir a una sesión especial del Consejo Superior del Ejército y quería

informar sobre el registro de las opiniones de sus mandos[153].

Aunque el convocante era el ministro del Ejército Álvarez-Arenas, ocupó su lugar el jefe del Estado Mayor del Ejército, José Vega Rodríguez, excusando la ausencia del ministro «por encontrarse indispuesto». Entre los presentes cundió el rumor de que «habrá dimitido o piensa hacerlo». Alguien planteó en voz alta:

—El nombre técnico de la indisposición del señor ministro, ¿puede ser «dimisión»?

Tras un silencio expectante, otro de los generales dijo:

—No me duelen prendas en decir aquí que yo le he aconsejado que dimita. Y no he sido el único.

«Yo también se lo he dicho», «yo también»… sonaron distintas voces.

Vega Rodríguez tomó la palabra:

—El almirante Gabriel Pita ha dimitido como ministro, pero ha dejado un agujero que el Gobierno no sabe cómo rellenar. No encuentran ni un solo almirante en activo que quiera sustituirle en el cargo —y, dirigiéndose al que no le dolían prendas le preguntó—: Si Félix dimite, ¿tú estás dispuesto a asumir su puesto?

—¿Yo…? ¡Ni loco!

Comenzó entonces un extraño juego de ruleta rusa, en el que unos a otros se pasaban no un revólver, sino una pregunta: «¿Tú quieres ser ministro?» Y uno tras otro fueron diciendo que no.

Con tal abstruso ritual fuenteovejunista, y en ausencia del interesado, se desechó la dimisión del ministro del Ejército. Confundían aquellos excelentísimos señores la potestad política de «nombrar o separar a sus ministros», incumbencia personal e indelegable del presidente del Gobierno, con un destino militar decidido en grupo y como en una rifa[154].

El ambiente era de alta tensión. Todos se sentían «corporativamente ultrajados» y «personalmente indignados». Hubo un ensañamiento de críticas feroces a Suárez y a Gutiérrez Mellado. «Con exceso de adjetivos y descalificaciones no reproducibles —diría el propio Suárez más adelante—. El argumento a fortiori era «el engaño», «la traición», «el hacer las cosas mal y de qué modo», «en Sábado Santo, arriba la hoz y el martillo, y abajo las flechas y el haz…», «oigan, esto no, esto no es gobernar para todos los españoles; esto es, lisa y llanamente, pasarse al otro bando».

El desahogo de todas aquellas guerreras alicatadas de medallería y cruces meritorias quería plasmarse en «exigir al Rey que haga una declaración de repudio al presidente del Gobierno y al vicepresidente de la Defensa».

¿Exigir al Rey? Vega Rodríguez intentó frenar la visceralidad. El repudio político no se contemplaba ni en las leyes de Franco. ¿Se habían detenido a pensar sus excelencias que, si el Rey echara a los leones al presidente del Gobierno y al vicepresidente de la Defensa, estaría desmarcándose de su actuación e indicando así que la legalización del PCE se hizo contra su voluntad o sin su conocimiento, con lo cual la autoridad del monarca quedaba totalmente desacreditada? ¿Habían reflexionado un instante siquiera que si el Rey consintiera en esos repudios, en esas descalificaciones, forzaría automáticamente las dimisiones en cadena de los ministros Osorio, Martín Villa, Lavilla y García López, como cooperadores y coautores directos de toda la tramitación? ¿Se percataban de que con tan insólito acto regio quedarían repudiados

igualmente el fiscal del Reino y la Junta de Fiscales, cuyos dictámenes fueron determinantes para el registro del PCE? Y, una vez consumada toda esa aberración regia, ¿qué procedería hacer con el legalizado Partido Comunista? ¿Deslegalizarlo y decir «ustedes perdonen, vuelvan a las alcantarillas»?

Toda aquella ofuscación parecía demencial, inconcebible en los más eximios generales, casi todos ellos con fajín azul de Estado Mayor; pero era la fotografía exacta de una marejada de gran calado.

Vega Rodríguez, ayudado por el nuevo director de la Guardia Civil, Ibáñez Freire, consiguió aplacar las furias y las salidas de tono, rebajar la crispación y que al fin «la exigencia de repudio regio» se encauzara hacia la redacción de una nota.

El primer texto que escribieron era vejatorio y amenazante. Impublicable. Se logró que ese escrito fuese sólo de circulación interna, aunque alguien «privadamente» lo hizo llegar al Rey. Un segundo texto, del mismo corte pero desescamado y suavizado, fue de dominio público dos días más tarde[155].

El núcleo de la nota oficial, firmada por el ministro Félix Álvarez-Arenas, dando cuenta de la cumbre máxima, decía:

El Consejo Superior consideró que la legalización del Partido Comunista de España es un hecho consumado que admite disciplinadamente; pero, consciente de su responsabilidad y sujeto al mandato de las leyes, expresa la profunda y unánime repulsa del Ejército ante dicha legalización y acto administrativo, llevado a efecto unilateralmente, dada la gran trascendencia política de tal decisión.

Expresaba también «la profunda preocupación del Consejo Superior, con relación a instancias tan fundamentales cuales son la unidad de la patria, el honor y respeto a su bandera, la solidez y permanencia de la Corona, y el prestigio y dignidad de las Fuerzas Armadas […], exigiendo al Gobierno firmeza y energía» en la adopción de «cuantas disposiciones y medidas sean necesarias para garantizar los principios reseñados».

Concluía con una seria advertencia, cuya dislocada sintaxis no aminoraba un ápice de su «ardor guerrero»: «El Ejército se compromete a, con todos los medios a su alcance, cumplir ardorosamente con sus deberes para con la patria y la Corona»[156].

Al día siguiente, 14 de abril, el teniente general Vega Rodríguez subió a La Zarzuela para informar al Rey de lo sucedido en el Consejo Superior del Ejército: le describió la crispación, el fraseo feroz, el mar de fondo militar y le entregó la nota oficial.

Carrillo: «Camaradas, hay que apoyar al Gobierno y al Rey»

Era el 14 de abril, aniversario de la proclamación de la Segunda República. Una fecha muy especial para los republicanos. El PCE había decidido celebrar ese día su primera reunión de comité central ya en la legalidad, después de cuarenta años. Lugar: una sala amplia del Meliá Castilla, calle de Capitán Haya, en Madrid. Al capitán de la Policía Armada que mandaba la patrulla de protección le dio un ataque de ira histérica: «¡Pero ¿a quién coño estoy yo protegiendo aquí?!», tiró su gorra al suelo y empezó a pisotearla. Hubo que llevárselo de allí y

enviar a otro oficial para reemplazarle.

A las doce del mediodía, Suárez telefoneó a Armero:

—Pepe, la cosa está que arde. Habla ahora mismo con «tus amigos», y que, en esa gran reunión que están teniendo, resuelvan de la mejor manera posible el tema de la bandera, que es un problema que excita al Ejército; el tema de…

—¿Qué bandera? ¿La de ellos o la española?

—¡La roja, hombre! Lo que excita a los militares es volver a ver la bandera roja con la hoz y el martillo. No digo que la escondan, pero que no la exhiban… Y ¡ni una sola bandera republicana! Lo tomarían como una provocación. Encaréceles de mi parte que hagan unas declaraciones sobre…, ¿puedes apuntar?, unidad de España, Monarquía y condena del terrorismo. Es lo que preocupa al Ejército. Que acepten explícita y claramente todo eso. Gracias, Pepe, tenme al corriente.

Armero hizo sus gestiones con Jaime Ballesteros, miembro del comité central del PCE. Se citaron a las dos en el bar del Meliá Castilla, donde continuaba la reunión del partido. Inmediatamente, Armero llamó a La Moncloa, habló con Aurelio Delgado, Lito, y le dictó una nota de lo tratado con Jaime Ballesteros:

Se hará una declaración por Santiago ante la prensa en la que el PCE se pronuncie sobre:

1. Bandera. El partido reconoce que la bandera española es la bandera roja y gualda.

2. Unidad. El partido, al tiempo que defiende la personalidad de los distintos pueblos de España, se pronuncia claramente por la unidad de España.

3. Monarquía. Si la Monarquía garantiza el establecimiento de la democracia, el partido acepta la forma monárquica. La cuestión, como venimos diciendo desde hace años, no es Monarquía o República, sino dictadura o democracia.

4. Violencia. Ante ataques violentos al proceso de cambio democrático que está viviendo este país, el PCE se enfrentará enérgicamente a esos intentos. El PCE reitera que usará sólo procedimientos pacíficos y democráticos[157].

Juan José Rosón hizo llegar a Carrillo los dos textos del Consejo Superior del Ejército, la nota oficial expresando «la repulsa» y el borrador oficioso que exigía al Rey «el repudio» del presidente y del vicepresidente del Gobierno. Carrillo habló con el núcleo ejecutivo del partido, los que estaban más cerca de él en la tribuna presidencial.

Nos percatamos —comentó después Carrillo— de que el poder político era bastante más débil de lo que pensábamos. Ni el Gobierno ni la Corona pudieron impedir que el alto mando de las Fuerzas Armadas se reuniera, redactase y diera a conocer esas declaraciones de repulsa y de repudio. La situación era grave. En aquel momento había dos poderes, si no más… Los mandos más elevados del Ejército se atrevían a desautorizar al Gobierno designado por el Rey, advirtiendo inequívocamente de hasta dónde podían llegar los límites del cambio, y hasta dónde no. A partir de ahí, la opinión pública quedaba avisada de que quienes tenían en sus manos la fuerza material, la fuerza de las armas, seguían todavía en guerra con los comunistas.

El escrito que nos hizo llegar Rosón dejaba entrever la posibilidad de un golpe de Estado y la losa de plomo que con esa reprobación militar caía sobre nuestro partido.

Cambié impresiones con los camaradas sentados más cerca de mí. Yo ya había hecho mi

informe ante el comité central, pero pensé que debía intervenir en aquel momento, para dar argumentos a Suárez y al Rey, y ayudarlos desde el Partido Comunista a resistir la presión ultra de los mandos del Ejército.

Pedí la palabra. Me levanté. Saqué del bolsillo los dos folios que Rosón nos había enviado. Quería advertirles seriamente de la tensión militar que sin desearlo habíamos provocado, y de lo que estaba en juego:

«Camaradas: nos encontramos en la reunión más difícil que hayamos tenido hasta hoy, desde la guerra. En estas horas, no digo en estos días, digo en estas horas, puede decidirse si se va hacia la democracia o si se entra en una involución gravísima, que afectaría no sólo al partido y a todas las fuerzas democráticas de la oposición, sino también a las reformistas e institucionales. Creo que no dramatizo, camaradas. Digo lo que hay en este minuto».

Necesitábamos un golpe de efecto, que causara una impresión profunda en el país y disminuyese el efecto de la repulsa militar. Y ese golpe de efecto fue adoptar y exhibir la bandera nacional roja y gualda. Había sido tradicionalmente de la Monarquía y del franquismo, pero también de la Primera República, con Figueras, Pi i Margall, Salmerón y Castelar. Decidimos que en adelante la bandera española estaría en todos los actos y en los locales del partido, junto a la nuestra roja con la hoz y el martillo. Aquella misma noche, alguien consiguió o compró una muy grande y la pusimos ya en la tribuna, para que se viera bien en la rueda de prensa, al término del comité central[158].

Ese gesto de sensatez fue muy estimado en la oposición y en los sectores reformistas. Sin duda, al PSOE le produjo un gran alivio que los comunistas fuesen los primeros en dar ese paso. Como decía Carrillo con maliciosa sorna: «Les libramos del apuro de hacerlo ellos antes: la bandera, la unidad de España, la Monarquía, el rechazo de la violencia… Demasiado trago para un partido como el suyo, con cuadros jóvenes y todavía inmaduro»[159].

Almirante, se busca

En la búsqueda de un almirante, Gutiérrez Mellado se acordó de Pascual Pery Junquera. Muy buena hoja de servicios en guerra y en paz, medalla naval individual y marino de gran prestigio; por motivos personales acababa de pedir el pase a la reserva voluntaria sin tener la edad, y era el presidente de la Compañía Trasmediterránea. Le llamó. Escueto y directo:

—Pascual, sinceramente ¿tú qué opinas del reconocimiento legal del Partido Comunista?

—Ya veo la que se ha *armao*…

—Y tú, ¿qué opinas?

—Que lo lamento muchísimo, pero considero que era de todo punto inevitable.

—Me gustaría hablar contigo… ¿Podrías venir esta tarde a las cuatro y media a La Moncloa?[160].

Tras una larga conversación con Gutiérrez Mellado, Pery entiende la gravedad del momento, renuncia a sus planes privados «más tranquilos y mejor remunerados» y acepta la cartera. Jura al día siguiente, en La Zarzuela, y el Rey, al abrazarle, le dice: «¡Muchas gracias, Pascual!»

Después de la ceremonia, el Rey estuvo charlando, muy sereno, con las autoridades invitadas

al acto. Al ver la expresión taciturna de Alfonso Osorio, intuyendo que estaba quejoso por la legalización del PCE, se le acercó:

—¡Ánimo, Alfonso…!

—Señor, es que empieza a no gustarme cómo se hacen en el Gobierno algunas cosas…

—Anda y ve a llorarle en el hombro a tu amigo, el otro Alfonso. —En clara alusión a Armada.

El Rey fue siempre un buen conocedor de hombres, y estos dos en ciertas cosas eran… tal para cual.

La vida política no se detuvo. Al contrario. Suárez inició en ese momento su arrancada. El mismo día que juraba el almirante Pery, el Gobierno, ya con él a bordo, convocó para el 15 de junio las primeras elecciones generales en libertad.

También el 15 de abril, por iniciativa del socialdemócrata Luis González Seara, presidente de *Cambio 16*, todos los periódicos españoles publicaron un editorial conjunto, «No frustrar una esperanza», en apoyo al Gobierno y a la democracia germinal. Sólo se autoexcluyeron *El Alcázar*, *El Imparcial* y *Fuerza Nueva*, afanados en jalear a los militares reaccionarios, en lanzar dicterios contra «el Rey traidor», «el Rey perjuro», «el señor Gutiérrez»… y en dar alas a organizaciones de paja, de extrema derecha, como la Unión Patriótica Militar, las Juntas Patrióticas, el Movimiento Patriótico Militar… que aquellos días surgieron de repente y pululaban por salas de banderas, cuarteles y residencias de oficiales buzoneando panfletos antidemócratas y antimonárquicos.

En Lausana, durante una cena con Don Juan de Borbón, se comentaron los hechos de la última semana. Entre los comensales, monárquicos de diversas sensibilidades, estaba José Mario Armero. Don Juan le llamó un momento aparte, interesado en conocer la intrahistoria del editorial conjunto, «porque, chico, ¡mira que es raro que tantos directores de periódicos de toda España se pongan de acuerdo en algo, y algo tan importante!».

En ese rato a solas, alabó Don Juan la actuación de Suárez: «Cuando le veas, dile que estoy de acuerdo con lo que ha hecho, comparto su punto de vista, y me pareció muy inteligente lo del *sabadazo*, que es como llaman en México a tomar decisiones importantes el Sábado de Gloria»[161].

El Rey, entre tanto, intensificó sus relaciones castrenses. Audiencias militares todos los lunes. Entregas de despachos, juras de bandera, maniobras y ejercicios tácticos. El 14 de mayo, clausuró el curso en la Escuela de Estado Mayor, impuso los fajines y pronunció un discurso sobre las tareas y los valores de las Fuerzas Armadas en el que subrayó su identificación personal con los intereses militares.

El 28 de mayo, su hijo Felipe, Príncipe de Asturias, que entonces tenía nueve años, fue nombrado miembro del Regimiento Inmemorial del Rey. Por primera vez el niño Príncipe vestía el uniforme de soldado con botas y quepis. Luego, los Reyes, el Príncipe y el Gobierno en pleno presenciaron un imponente desfile de la División Acorazada Brunete. Más de diez mil hombres, tanques, carros blindados y otros vehículos artilleros, a las órdenes del general Milans del Bosch.

Se cuidó el Rey de que su hijo, al despedirse, saludase militarmente al presidente Suárez.

—Felipe, tienes que cuadrarte con la mano en la sien.

—¿Por qué no le doy la mano, si no es militar…?

—Porque es el presidente del Gobierno, y en él termina la cadena de mandos militares, ¡fíjate si te tienes que cuadrar!

Una explicación borbónica… mirando al tendido.

Al día siguiente, presidió en la avenida de la Castellana la gran parada militar de gala. Era el primer año que la Fiesta de las Fuerzas Armadas sustituía al tradicional Desfile de la Victoria.

Pero no todo fueron protocolos respetuosos y aguas mansas. En algún momento, el Rey tuvo que dar un golpe sobre su mesa de despacho y ponerse serio. Así se lo contó el propio Don Juan Carlos a Laureano López Rodó.

Recibió al capitán general de cierta región, que aprovechó la audiencia para dar rienda suelta a sus críticas por las reformas políticas que se estaban produciendo, «y las más importantes, por ley o por real decreto ley, con la firma de Su Majestad».

El Rey le respondió por un registro inesperado:

—Me han dicho, y mis fuentes suelen ser buenas, que en varios regimientos de su región militar han retirado de los despachos mi retrato y mi primer mensaje a las Fueras Armadas, que tenían enmarcado y colgado. ¿Qué puede decirme sobre eso?

—La verdad, señor, no sé nada de ese asunto… Hay muchos cuarteles y muchos despachos en mi región, como para controlar…

—Pues procure informarse bien de cuanto ocurre en sus cuarteles y ocúpese de que se mantenga la disciplina en todas las unidades que tiene bajo su mando[162].

En los días previos a la legalización del PCE, llegaron al Rey alarmantes avisos de que «el Partido Comunista no podría ser legalizado, pues aunque los asesinatos y torturas cometidos por las «hordas rojas» antes y durante la guerra civil, hasta 1939, habían prescrito en 1969, sobre Carrillo pesaba la masacre de Paracuellos, crimen de lesa humanidad, genocidio contra un colectivo humano en razón de sus ideas y creencias; y esos delitos nunca prescriben».

Calibrando la posibilidad de que hubiera que llevar a Carrillo a los tribunales, como le decían los contrarios a que «un PCE con las manos manchadas de sangre sea admitido legalmente en las instituciones», el Rey lo habló con Suárez.

Para no dar un paso en falso, se encomendó un diagnóstico sobre el caso al catedrático Antonio Hernández Gil, que no estaba involucrado ni con los partidos políticos ni con el Gobierno. La respuesta de Hernández Gil fue escueta y concreta:

Cuando se produjeron los fusilamientos de Paracuellos, en nuestro ordenamiento jurídico penal no existían las figuras delictivas de crimen contra la humanidad ni la de genocidio. Se tipificaron penalmente a raíz de los Juicios de Núremberg, por la Carta de Londres de 8 de agosto de 1945, y se aplicaron a la plana mayor del nacionalsocialismo alemán. Esta resolución fue adoptada por la Asamblea General de Naciones Unidas en su resolución 260 A-III, de 9 de diciembre de 1948, que entró en vigor en 1951.

En derecho, no cabe imputar tipos penales retroactivamente. Por tanto, ese caso debe ser sobreseído[163].

El Rey: «Adolfo, si te matan, ¿a quién pongo de presidente?»

Entre diciembre de 1976 y enero de 1977, cuando el país era como el territorio comanche en una guerra no declarada, Andrés Cassinello y sus operativos del CESID intentaban convencer a Suárez de que en Castellana 3 corría peligro, sobre todo en el trayecto, siempre idéntico, entre Castellana y San Martín de Porres. Le mostraron fotos de su coche oficial yendo o volviendo por su ruta diaria, y en los arcenes de la carretera, a ambos lados, un paquete, una bolsa de El Corte Inglés. «No contienen nada, papeles o botes vacíos. Los hemos puesto nosotros. Pero podrían contener una bomba que explotase al pasar tu vehículo, si los hubiesen colocado "los malos"… ¿No te das cuenta, presidente, de que eres un objetivo desestabilizador imponente?» Le enseñaron también una serie de fotografías en las que se le veía a él trabajando ante su mesa de despacho, hablando por teléfono, paseando arriba y abajo, tomadas con teleobjetivo desde la azotea del hotel Fénix, situado al otro lado de la Castellana, frente por frente. Verse en la diana del visor le convenció. Ese mismo mes se trasladó al palacete de La Moncloa.

Un buen día, todavía en la mudanza, Suárez le comentaba al Rey, en un tono desenfadado:

—Dice Carmen que Moncloa es una cursilada de estuco y purpurina, que parece un decorado de teleserie, que no hay libros. —Juan Carlos le oía sin prestar gran atención. Suárez seguía—: Y a Alfonso Osorio no le ha gustado nada que me lleve a Moncloa al Guti y no a él… En plan borde, me preguntó hace dos días: «¿Qué buscas, Adolfo, seguridad… o prestigio?»

De pronto, el Rey soltó una pregunta a quemarropa:

—Adolfo, si a ti te matan, ¿a quién pongo de presidente?

Esa pregunta le impresionó infinitamente más que las fotos y las monsergas de los del CESID. Fue como un golpe de amargura en la garganta. Más tarde, dándole vueltas, entendió que era obvio que un monarca tuviera hombres de repuesto, no cabía improvisar ante la muerte súbita, el atentado… y menos cuando se vivía en la cornisa y de cara al abismo, como entonces. Pero lo que a Adolfo le afectó fue el tono indiferente, funcional, frío, muy frío, con que Juan Carlos le pedía ya la ficha del sustituto. A jefe muerto, jefe puesto. El muerto al hoyo. «No, no es que me *borbonee*, es que es Borbón hasta las cachas. Y para él, todos somos piezas recambiables en su tablero de ajedrez. La fidelidad, la lealtad, el estar disponibles…, eso es cosa nuestra. Ellos están exentos».

La contratuerca de esa idea vino pocos días después.

Estaban Torcuato y Adolfo con el Rey, en La Zarzuela.

—Llevo algún tiempo —dijo Suárez— pensando que va a ser necesario crear un gran partido de Gobierno, es decir, una plataforma fuerte, capaz de ganar con holgura las elecciones generales.

—Eso no es competencia tuya —contestó Torcuato rápido, seco y con cierta altivez.

—¿Por qué? —inquirió Suárez.

—Tiene razón Torcuato —intervino el Rey—. Hemos ganado la reforma. Bien. Hemos hecho diana en lo que el pueblo quería. Ahora lo que toca es conducir a los partidos hasta las elecciones y garantizar desde un Gobierno neutral que se celebren con paz, con libertad, sin follón, con orden… Y ésa es tu tarea, Adolfo.

—Tú no puedes ser presidente y presidenciable —remachó Torcuato—. Serías juez y parte. ¿Cómo garantizarías la asepsia y la neutralidad?

—Pues me descuelgo del Gobierno en el período preelectoral. Lo importante es el día después de las elecciones.

Daba a entender que lo crucial era gestionar desde el Gobierno el correcto desarrollo de la reforma, la fase constituyente.

—Perdona, Adolfo —Torcuato hablaba en clave profesoral—, tu misión no es el día después.

—¿No? Y todo lo hecho hasta ahora, que es preparar el terreno para que se pueda edificar la Constitución, ¿en manos de quién lo dejamos? ¿De Fraga, sus «magníficos» y sus «tupamaros», que nos harían volver a las cavernas? ¿O dejamos que Felipe y sus socialistas nos apliquen el programa máximo del XXVII Congreso, marxista hasta los tuétanos?

El Rey había escuchado muy serio la parrafada de Suárez. La había asimilado. Sin embargo, la idea de que Adolfo se desenganchara del Gobierno en el momento cenital le desconcertaba:

—Adolfo, vive el día de hoy, que tiene su tela, y despreocúpate del día después. Tu tarea es la que vienes haciendo, construir el puente para que este país pase de la dictadura a la democracia. Y eso culmina en las elecciones generales. Tú has sido y eres un «presidente puente».

—Pero es que yo no quiero quedarme en esta orilla viendo cómo cruzan todos los demás. Yo debo…, creo, sí, creo que debo cruzar también el puente.

Siguieron con la discusión.

—Necesitarías un partido… y eso no se improvisa —argumentaba Torcuato—. ¿Te lo vas a sacar de la manga? Y tener un partido supone tomar parte, entrar en la liza, combatir a los adversarios… ¡Se acabó la neutralidad!

—Puedo no tener partido, sino partidarios, votantes de un gran centro plural y ambivalente. He de estudiarlo.

—Haz lo que quieras, Adolfo; pero en mi opinión, tu papel y el mío concluyen con la convocatoria de elecciones libres.

El Rey remachó con énfasis:

—Tu función ha sido crucial, importantísima, Adolfo; pero tienes que saber decir punto final.

—Me parece tan importante estar, y estar con influencia, en los trabajos de la Constitución —concluyó Suárez con expresión endurecida— que, para desentenderme y decir «adiós muy buenas, hasta aquí llegó mi encargo», necesitaría que eso del punto final se me dijera por escrito… En fin, Señor, una orden, una carta, y que luego nadie me recrimine la falta de previsión.

En la mente de Suárez se quedaron grabadas las palabras del Rey «tú has sido y eres un “presidente puente”… Tienes que saber decir punto final». Para Juan Carlos de Borbón y Borbón y Borbón y Mil Leches, como él mismo decía señalando el interminable pedigrí de sus borbornísimos genes, los hombres eran piezas funcionales, soldaditos de plomo en fila recta, servidores con misión tasada y fecha de caducidad.

El 19 de abril, Suárez despidió en Barajas a los Reyes que partían en viaje oficial a Alemania por cinco días. Estando el Rey en Bonn, le llamó por teléfono al anochecer y, después de darle

las novedades oficiales, le soltó su decisión:

—Lo he pensado bien. Me presento. Iré como independiente. Sin un partido propio, pero respaldado por una gran coalición, una amalgama de centro, para ganar y gobernar, no para hacer cucamonas en la oposición… No haré campaña. Ah, tengo el informe de unos buenos juristas: el presidente puede ser candidato; sólo los ministros son incompatibles[164].

Sabía que el Rey no era partidario de que quienes habían desmontado el viejo régimen permanecieran en el juego. Prefería mover el banquillo y que saltaran al césped personajes nuevos. Sin embargo, lo de la opción drástica que Adolfo le pintó entre los tupamaros del búnker y los alevines marxistas del PSOE había calado en el ánimo de Don Juan Carlos. Tanto, que se convenció de la ventaja de un brindis al sol por Suárez.

Torcuato Fernández-Miranda desaprobaba la decisión de Suárez de seguir en la política activa. Eso, junto a una suma de discrepancias respecto a la legalización del PCE, más celotipias sobre el *copyright* de la reforma, y alguna desatención de Suárez diciendo que no podía ponerse al teléfono al menos en dos ocasiones cuando él, su mentor y propulsor político, a quien siempre había estado plegado, le llamó, fue lo que, sin percatarse Suárez, los fue distanciando hasta la desavenencia.

Suárez no hace campaña, pero es la cara del telediario

El 3 de mayo, Adolfo Suárez compareció ante las cámaras de televisión para anunciar que se presentaba a las elecciones como independiente, dentro de una opción de centro. Explicó su decisión por la necesidad de que la gran masa de ciudadanos de un centro pluralísimo estuviera representada en las nuevas Cortes. Aseguró que se dedicaría plenamente a la tarea de gobernar, sin participar en la campaña; que ningún miembro del Gobierno sería candidato; que él personalmente renunciaba a los privilegios, recursos y medios del poder y, por supuesto, al apoyo de la Corona. Aprovechó el largo espacio de su intervención para explicar cómo y por qué se había legalizado el PCE y la conveniencia de que no hubiera fuerzas activas clandestinas ni enemigos invisibles.

Lo que no dijo en aquellos treinta y tres minutos de *speech* era cómo iba a empastar una coalición de centro, elaborar listas de candidaturas, preparar un programa, poner en marcha la maquinaria publicitaria del marketing electoral, inventar un nombre… En fin, fletar un portaaviones. No podía decirlo porque estaba todo por hacer.

Se decidió que ningún ministro fuese como candidato elegible, ni a diputado ni a senador. Sólo Leopoldo Calvo-Sotelo, que aceptó el encargo de descolgarse del Gobierno para ser el mánager del invento. «La Empresa» llamaban entre ellos al partido, la unión, la amalgama, lo que fuera a resultar, que aún no tenía nombre.

Desde la sede de Explosivos Río Tinto, la Casa Verde, en la calle Serrano, sin más mobiliario que una mesa redonda color tabaco, varias sillas y una batería de teléfonos, Leopoldo fue citando uno a uno a todos los demócratas de centro: liberales, democristianos, socialdemócratas, populistas, reformistas… Muchos de ellos eran ramas de un mismo árbol, pero todos con el prurito de la distinción. Sus jefes de filas se decían líderes —y no les faltaba madera—, aunque

apenas imantaban docena y media de seguidores cada uno. Empezó el reparto de puestos en las listas… «¡Hay globitos para todos!» Todos querían el puesto uno o el dos, pero del siete para atrás, ni hablar. Pasaron por el fielato Joaquín Garrigues Walker, Ignacio Camuñas, José Luis Álvarez, Antonio Fontán, Francisco Fernández Ordóñez, Pío Cabanillas, Fernando Álvarez de Miranda… Y quienes se resistieron a entrar, como Ruiz-Giménez, Gil-Robles o Cantarero del Castillo, se pulverizaron en las urnas el 15-J. La ley D'Hont era jupiterina con los Llaneros Solitarios[165].

Martín Villa pidió a Eduardo Navarro un listado de posibles nombres para «La Empresa» con vocablos equivalentes a centro, centrismo, democracia, unión, social, político… De ahí salió la Unión de Centro Democrático, UCD, con el donut naranja y verde como logotipo, que no decía nada, pero pretendía sugerir el centro del centro.

El núcleo de su mensaje era éste:

UCD no ofrece utopías. Somos un equipo de hombres y mujeres con experiencia política y de gobierno, capaces de dirigir los intereses de la nación y de ser una vía segura a la democracia.

A nuestra derecha hay partidos y coaliciones con un talante político poco propicio al diálogo y que propugnan reformas absolutamente insuficientes.

A nuestra izquierda, los partidos importantes ofrecen unos objetivos moderados a corto plazo, pero no ocultan que su meta es lograr una sociedad inspirada por la ideología marxista.

Los grandes bancos —Santander, Central y Banesto— apoyaban a la AP de Fraga. El PSOE tenía sus fuentes en la Fundación Friedrich Ebert y el presidente venezolano Carlos Andrés Pérez. Del respaldo financiero para la UCD hubo de encargarse Suárez con ayuda de Alfonso Osorio. El 4 de mayo se celebró una cena en casa del banquero Ignacio Coca, en la calle Monte Esquinza de Madrid. Por sugerencia del Rey acudieron varios banqueros, para conocer personalmente a tres biotipos de líderes del partido «institucional» de centroderecha que todavía estaba por crear: Miguel Primo de Rivera, Alfonso Osorio y Adolfo Suárez. Suárez les expuso cómo querían que fuese la Constitución futura, «que debería ser de consenso y a gusto de todos, aunque no satisficiera a nadie; por tanto, poniendo todos y cediendo todos»[166].

La banca, más que asustada, estaba perpleja, inquieta —explicaba poco después Abril Martorell, aunque no asistió a aquella cena—. No sabían qué vendría a continuación, ni cuáles serían las consecuencias finales de la democracia. La «democracia a la española» de Arias Navarro había sido un fiasco, un naufragio. Eso lo tenían muy claro. Les parecía que Suárez iba muy deprisa, aunque reconocían que todo eso había que hacerlo.

A Suárez, si ganaba, si gobernaba, ¿qué podían pedirle? Que tripulase la nave con buena mano y los llevara a alguna costa segura. La banca siempre pide seguridad. No era momento de poner pegas, ni plantear exigencias, ni calcular módulos de crecimiento, o coeficientes de caja… Adolfo les dijo que nosotros éramos más societarios que estatalistas. Que aquí había que hacer unos cambios políticos y una revolución burguesa, social, no una revolución de Estado.

Por lo que me contaron los comensales, Suárez estuvo brillante, simpático, directo. Los cautivó, les gustó. Por supuesto, pasó la gorra… pero poco y a fondo perdido. No hubo un *do ut des*, ni un pacto, ni mucho menos un contubernio. ¿Las peticiones de la banca y de los empresarios? Ésas vendrían después, mientras hacíamos la Constitución. Pero, curiosamente,

presionaron y pidieron más los que no habían dado un duro ni a la UCD ni al PSOE[167].

Entre tanto, Adolfo Suárez seguía al pie del cañón en La Moncloa, sin hacer campaña, pero con la visibilidad notoria del gobernante en la cresta de la ola y siendo cada día noticia en el telediario. Además, con el plus de dos viajes de relumbrón al exterior en la última semana de abril: invitado por el presidente López Portillo, a México, país con el que España no tenía relaciones desde 1939; y a Washington, donde le recibió el presidente James Carter. Para el electorado centrista, la foto de Carter pasando el brazo sobre los hombros de Suárez y llamándole «mi amigón» fue más impactante que diez mítines.

En esa breve estancia estadounidense, Suárez tuvo también una interesante conversación con el vicepresidente Walter Mondale.

La continuaron unas semanas después, el 17 y 18 de mayo, en Madrid. Suárez no sólo aprovechó cada fogonazo de flash que captara un abrazo o un gesto amistoso entre ambos, cada frase de elogio al proceso de democratización emprendido por su Gobierno, o la afirmación de que «España y su democracia podían contar con Estados Unidos con toda la amplitud que desearan», sino también que Mondale, de acuerdo con Carter, le hizo llegar —a través de un interlocutor español, amigo común— «nuestra ayuda económica, cuando usted quiera y como usted quiera; pero no deseamos decirlo para evitar que se hable de colonialismo americano»[168].

Más adelante, el Rey en persona se mojaría pidiendo ayudas fuertes a sus «hermanos» monarcas: al sha Reza Pahlevi y al príncipe Fahd bin Abdelaziz, heredero saudí, para las elecciones siguientes.

El Rey: «Felipe, ¿para ser socialista hay que ser republicano?»

En aquellos días, Jaime Carvajal habló un momento con Don Juan Carlos y, con la amistad y la confianza que se tenían desde niños, le deslizó una reflexión crítica: «Se percibe una identificación muy grande entre el Rey y Suárez y, por reflejo, entre el Rey y la UCD. De nada sirve consolidar la UCD, si eso hace peligrar la imagen de neutralidad de la Corona»[169].

El Rey no dejaba caer en saco roto un consejo certero, y menos si era bienintencionado. En su agenda de audiencias a líderes políticos —hacía poco había estado en La Zarzuela Enrique Tierno Galván— anotó para el 20 de mayo recibir a Felipe González. Desde hacía meses, González le había comentado a Carmen Díez de Rivera: «Dile a Don Juan Carlos que ya tengo comprada una corbata de seda». En privado, por gestión de Luis Solana, Felipe González y el Rey ya se habían entrevistado, aunque nunca en La Zarzuela. En esta ocasión preelectoral, con el PSOE recién legalizado, le acompañó Javier Solana.

En el partido habían discutido la conveniencia de plantear o no en ese primer contacto oficial la cuestión del republicanismo histórico del PSOE. Pero el Rey sorprende a los dos visitantes adelantándose con esta pregunta en apariencia naíf:

—A ver, decidme, ¿para ser socialista es imprescindible ser republicano? O, dicho de otro modo, ¿un socialista nunca puede estar a favor de la Monarquía?

—Bueno, la verdad por su orden es justo al revés. —Felipe, con una sonrisa maliciosa, labios carnosos, dientes blanquísimos y ojos brillantes como el azabache—. En España, la Monarquía

ha sido siempre contraria y hostil al socialismo. Para Alfonso XIII, ni existíamos… Pero voy a contarle una anécdota, más bien un suceso histórico, que explicará mejor nuestra actitud. La conozco porque me la contó mi correligionario Olof Palme, el primer ministro sueco. Los socialistas de Suecia, la Socialdemokraterna, eran republicanos desde su fundación. Cuando ganaron las elecciones, en 1921, el rey Gustavo V habló con el nuevo primer ministro socialdemócrata, Karl Hjalmar Branting, o hubo un cruce de mensajes entre ellos, inquiriendo cuál iba a ser su actuación respecto a la Corona. Hjalmar Branting le respondió: «Nosotros somos republicanos, pero respetaremos la Monarquía en la medida en que no nos impida gobernar de acuerdo con nuestro programa, el Estado de bienestar para todos los ciudadanos, que es el que hemos prometido en las elecciones. Si el rey nos respeta, nosotros nunca pondremos en cuestión al rey». Pero como el programa de la Socialdemokraterna incluía la instauración de la República, el rey Gustavo le propuso un «pacto de caballeros» por el que Hjalmar Branting se comprometería a respetar la Corona durante un año, sólo un año, si ésta respetaba la voluntad popular. Transcurrido el año, Branting no volvió a plantear el asunto. Por cierto, una de las razones que adujo Gustavo V a favor de la Monarquía era que al pueblo le resultaba «bastante más barata que la República, pues se ahorraban los gastos electorales cada cuatro o cinco años».

Entonces el rey Juan Carlos soltó una carcajada, por lo tosco del argumento. Entre Felipe González y el Rey hubo un clic de sintonía desde el primer momento, por carácter, por tendencia a la campechanía, al trato sin almidón ni envaramiento, por sentido del humor, por *bonvivantismo* y por edad: Juan Carlos tenía entonces treinta y nueve años, y Felipe, treinta y cinco.

El Rey, preocupado por si el PSOE ganaba… antes de tiempo

El Rey seguía los sondeos preelectorales, leía crónicas de los mítines y las declaraciones en titulares de los líderes moviéndose de un sitio a otro en sus campañas. El tono era competitivo, pero no agresivo. Apenas veía noticias de la UCD, y sí muchas y con tirón atractivo de Felipe González, y unos pósteres idílicos que habían colgado por todas partes en los que parecía que, cuando gobernase el PSOE, la vida sería un paraíso de armonía en suaves colores. En apenas diez días de mayo, antes del chupinazo de la campaña electoral, los socialistas habían celebrado doscientos quince mítines, más una multitudinaria «fiesta por la libertad» arropados por François Mitterrand, Bettino Craxi y Mário Soares, y sobre todo por más de cien mil partidarios entusiastas. Empezó a preocuparle una victoria socialista antes de tiempo, pues ni el PSOE estaba maduro para gobernar, ni la España del *establishment* para aceptarlos.

Una mañana de mayo recibió en el Palacio Real, entre otras audiencias, a una comisión de jefes provinciales de Tráfico. Los acompañaba el subsecretario Eduardo Navarro, conocido como *el Gris-Cerebro-Gris* de Suárez. Al terminar la breve recepción y los saludos, el Rey le dijo a Navarro: «Espérame un momento en aquella salita». Acudió el Rey. Se sentaron en un mismo sofá. Era la primera vez que hablaban, pero el Rey le preguntó sin rodeos:

—Eduardo, ¿tú qué crees que puede pasar aquí? Me refiero a las elecciones, claro.

—¿Le digo lo que pienso, señor? Yo creo que los socialistas pueden ganar por goleada… Es

de cajón. Los de la UCD lo han centrado todo en la imagen de Suárez. Su foto en el póster. Pero nosotros, él, los ministros, estamos en el día a día de la reforma política y en la gestión de gobierno, y no nos permiten hacer propaganda y mítines y política de partido, ni tampoco tenemos tiempo. En cambio, los otros partidos no hacen otra cosa.

—¿Qué solución le ves?

—Pues, o nos ponemos a trabajar todas las circunscripciones, yendo adonde está la gente que nos ha de votar, o los socialistas arrasan. Es lo que pienso: nos ganan por goleada.

—Eduardo, esto que me has dicho a mí, díselo tal cual a tu amigo…

En cuanto Navarro llegó a su despacho en La Moncloa, sonó el teléfono interior directo del presidente. Al otro lado del hilo, Suárez tronante:

—¿Qué coño le has dicho al Rey…? Eduardo, ¡¡¡no metas al Rey en política!!! Cuéntame a mí lo que tengas que contarme, y deja al Rey al margen, que las paredes oyen, y luego la gente malinterpreta…

Ya estaba «informado» por el propio Rey.

—Adolfo, no le he dicho nada que tú no sepas: que estamos muy confiados, pero los socialistas nos pueden ganar. Y tú lo sabes, porque te lo he repetido mil veces.

—Mira, a esos que tanto os preocupan —Suárez hablaba ya más sereno y como pisando fuerte— habrá que ayudarlos hasta… en Sevilla. Sí, sí, hasta en la patria chica de su líder. Y lo haremos, porque el PSOE es un eje primordial de todo este invento. La democracia hay que fundamentarla sobre cimientos sólidos, no sobre cuatro mondadientes. Y uno de esos partidos sólidos es —o tiene que llegar a ser— el PSOE. Y nosotros mismos los ayudaremos.

Años después, Eduardo Navarro comentaba: «Oyendo aquella parrafada de Adolfo, me percaté de que, fuese por generosidad o por conveniencia, el Gobierno de Suárez se esforzó por favorecer que el PSOE resurgiese. El PSOE no tenía entonces la fuerza inicial del PCE, ni su organización de militantes y cuadros; pero como fuerza de izquierda moderada era más tranquilizadora ante los poderes fácticos en el momento clave de acometer el cambio de régimen político»[170].

«El cero a la izquierda más importante de España»

En Monarquía, la ley es la herencia. Y herencia dentro de la dinastía. Juan Carlos no había recibido la Corona de manos de su padre, Don Juan, sino del general Franco, que se arrogó una potestad impropia: fabricó su propia Ley de Sucesión, estableció las condiciones para los candidatos y pretendientes, y se atribuyó la capacidad de elegir y designar a quien hubiera de sucederle a título de Rey. «El Generalísimo ha reinventado la Monarquía gótica, la de los reyes godos», le dijo Don Juan en 1947, reciclando en sorna su tremendo enfado. Y todo ello lo hizo, además, prevaricando, ya que despojaba de sus derechos a Juan de Borbón y Battenberg, Juan III, a quien su padre Alfonso XIII había constituido en su legítimo heredero con un manifiesto de abdicación dado en Roma el 15 de enero de 1941.

Juan Carlos era Rey de España desde que le proclamaron las Cortes, el 22 de noviembre de 1975, con Franco todavía insepulto. Desde ese momento era rey legal, pero ilegítimo. La patente,

la cédula de legitimidad sólo podía dársela quien la tenía: Don Juan, que usaba el título de Conde de Barcelona por ser «título exclusivo de rey».

Don Juan lo había hablado, y mucho, con su hijo: «Hasta no ver bien afirmada la Monarquía en tu persona y el país encarrilado hacia una verdadera democracia, yo me reservaré como baza sin estrenar, para que la Corona española no se pierda». Ése era el pacto de familia. Un naipe en el tablero del franquismo y otro en el del exilio y la oposición. Y en ese empeño se había mantenido Don Juan desde 1941.

En agosto de 1976, conversando Don Juan en Valldemosa con Jaime Carvajal y Urquijo, le dijo con una sinceridad ingenua, muy suya: «¿Sabes? Estoy contento porque el Rey, mi hijo, me ha reconocido el valor de que yo haya mantenido en todos estos años mi independencia política respecto al régimen de Franco». En esa misma charla le hizo un par de confidencias: «El Gobierno de Suárez lleva poco más de un mes, pero están haciéndolo muy bien. En mi opinión, es el mejor Gobierno que ha tenido España en mucho tiempo». Y después: «Me preocupan dos personas de La Zarzuela: Alfonso Armada y Santiago Martínez Caro[171], por la capacidad de maniobra y de influencia que tienen allí… Armada, por sus ideas arcaicas y el otro, por su mangoneo. He intentado evitar la salida de José Joaquín Puig de la Bellacasa, porque me tranquilizaba que estuviera allí, cerca de mi hijo».

Volvió Don Juan al tema monárquico: «En marzo estuve en Madrid y le aconsejé a mi hijo que sustituyera cuanto antes a Arias Navarro. Noté que quería y no podía. ¿Ves? Lo que te he dicho de la influencia de Armada… Ah, también le hablé de arreglar los trámites de mi renuncia. Pero, de acuerdo con él, hemos decidido retrasarlo»[172].

Con agudeza decía Santiago Carrillo que Don Juan ni gobernaba ni reinaba, pero era «el cero a la izquierda más importante de España».

Apoyada masivamente por el pueblo la Ley para la Reforma y aprobada con holgura por las Cortes franquistas, legalizados todos los partidos, desguazadas sin derrumbamiento las leyes y las estructuras oficiales del régimen de Franco, concedidas tres importantes amnistías y convocadas las elecciones democráticas para configurar unas Cortes generales que confeccionasen una nueva Constitución, Don Juan estimó llegado el momento de dejar de ser «baza en reserva» y legitimar de iure la corona que su hijo venía ciñendo de facto. No se trataba de abdicar, pues no reinaba, sino de renunciar a sus derechos y cederlos a su hijo. Lo que Alfonso XIII hizo con él, en su habitación del Gran Hotel de Roma, meses antes de morir. La herencia dinástica, de padres a hijos, según la tradición. Un acto sencillo, pero lleno de sentido.

Don Juan hubiese deseado una ceremonia egregia, solemne y pública. Sus consejeros añadían la exigencia de la monumentalidad. Se encargaron maquetas: en el salón del Trono del Palacio Real; ante las nuevas Cortes; a bordo del portaaviones *Dédalo,* vistiendo Don Juan el uniforme de almirante honorario de la Armada; en El Escorial y ante el féretro con los restos de Alfonso XIII repatriados desde Roma… Una tras otra, fueron desechadas por Torcuato Fernández-Miranda, por Adolfo Suárez y por el propio Juan Carlos. Ninguno de los tres quería dar tanta trompetería al hecho de la «legitimidad pendiente», que podría poner en revisión todo lo actuado y sancionado hasta el presente bajo la firma de «Juan Carlos, rey». Tampoco había en España un

sentimiento cordial hacia la Monarquía. Y el puñado de monárquicos de rancia devoción, los juanistas, los que durante el franquismo costearon la corte pobretona de Estoril, no eran partidarios de esa renuncia.

Torcuato proponía que simplemente «renunciara a sus derechos con una carta enviada desde Estoril»[173]. Bastaría un «documento redactado ante notario, que incluso podía ser leído en su ausencia, inscrito en el Registro Civil de la Familia Real, y publicado después».

No le gustaba a Torcuato que hubiera un acto oficial de la renuncia de Don Juan, por restringido que fuese. Era como decirle que toda su tarea de instauración monárquica, «yendo de la ley a la ley», había bordeado con pericia las leyes franquistas, pero ignorando las ancestrales leyes de la Monarquía. Por tanto, una orfebrería jurídica espuria. Suárez estaba en las mismas. Entre los dos impidieron la solemnidad que Don Juan pretendía, y la ceremonia de cesión se redujo a un acto de formato familiar, íntimo, de sala de estar, en La Zarzuela, sin más presencia oficial que la imprescindible: Landelino Lavilla, ministro de Justicia, en su calidad fehaciente de notario mayor del Reino.

Don Juan, que pasaba largas temporadas en La Moraleja, huésped de Luis de Ussía, conde de los Gaitanes, le dijo unos días antes:

—Como veo que quieren hacerlo todo tan casero y tan de tapadillo, voy a ponerle yo algo de simbolismo. Me voy con María a Estoril, cogemos un avión y «regresamos del exilio a la patria». Así al menos vendrán los Reyes a recibirnos a Barajas… Porque estaría bueno que para renunciar tuviera que irme en un taxi desde La Moraleja.

Y así lo hicieron.

Una anécdota de última hora fue que Don Juan pensaba viajar el 13 de mayo para no ir directamente del aeropuerto a La Zarzuela, pero le avisaron de que el día 13 en un avión de Aeroflot, procedente de Moscú, regresaba «también» del exilio Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*, la mítica presidenta del PCE. A Don Juan le hizo mucha gracia la coincidencia, soltó una risotada y pidió que retrasaran su vuelo un día: «¡Tampoco es cosa de que nos reunamos en el aeropuerto todos los desterrados!»

Aparte de los Reyes, los Condes de Barcelona y la familia del Rey, sólo asistieron los jefes de las Casas del Rey y de Don Juan, Mondéjar y Alburquerque; el duque del Infantado, por la Diputación de la Grandeza; Amalín López-Dóriga, viuda de Ybarra, dama y amiga de la Condesa de Barcelona; José María Pemán, último presidente del consejo privado de Don Juan, y como *pool* de prensa, seis presidentes de agencias informativas[174].

El discurso, sobre un borrador que entregó Don Juan, lo pasó a limpio Vicente Noguera, marqués de Cáceres, en el barco del marqués de Mondéjar, amarrado junto al *Giralda*, en el puerto de Palma, en una máquina de escribir que alguien les prestó. Al día siguiente por la tarde, ya en La Zarzuela, lo revisaron el Rey y Torcuato, que metió pluma para hacer algunas precisiones jurídicas. Don Juan lo aceptó sin poner pegas porque no le habían modificado nada sustancial. Aunque sí se suprimió un párrafo.

Fue un texto que Don Juan leyó rápido, con su voz rota ya de mucho viento de mar, mucho tabaco y mucho güisquecito. Unas cuartillas cargadas de historia sufrida, pero sin lamento. Relató la escena en que su padre el rey Alfonso XIII renunció a sus derechos al trono de España

«para que por ley histórica de sucesión a la Corona quede automáticamente designado, sin discusión posible en cuanto a la legitimidad, mi hijo el príncipe Don Juan».

Cuando llegó la hora de su muerte, con plena conciencia de sus actos, invocando el santo nombre de Dios, pidiendo perdón y perdonando a todos, estando yo de rodillas junto a su lecho, me dio el último mandato: «Majestad: sobre todo, España». Yo tenía veintisiete años.

Antes de entregar a su hijo la legitimidad dinástica que hasta entonces no había tenido, Don Juan le transmitió una valiosa carta de navegación para un Rey que quería serlo de un pueblo soberano:

El Rey tiene que serlo para todos los españoles […], la institución monárquica ha de adecuarse a las realidades sociales que los tiempos demandan; el Rey ha de ejercer un poder arbitral por encima de los partidos políticos y las clases sociales sin distinciones; la Monarquía debe ser un Estado de derecho en el que gobernantes y gobernados estén sometidos a las leyes dictadas por los organismos legislativos que auténticamente representen al pueblo español; el Rey ha de respetar el ejercicio y la práctica de las otras religiones, dentro de un régimen de libertad de cultos; y, finalmente, España, por su historia y por su presente, tiene derecho a participar de modo destacado en el concierto de naciones del mundo civilizado.

Después de afirmar que veía consolidada la Monarquía en la persona de su hijo y heredero, declaró, ahí sí con más énfasis:

Creo llegado el momento de entregarle el legado histórico que heredé y, en consecuencia, ofrezco a mi patria la renuncia de los derechos históricos de la Monarquía española, sus títulos, privilegios y la jefatura de la familia y Casa Real de España, que recibí de mi padre, el rey Alfonso XIII, deseando conservar para mí, y usar como hasta ahora, el título de Conde de Barcelona.

En virtud de esta mi renuncia, sucede en la plenitud de los derechos dinásticos como Rey de España a mi padre el Rey Alfonso XIII, mi hijo y heredero el Rey Don Juan Carlos I. ¡Majestad, por España, todo por España!

Dio un taconazo marcial, seco. Inclinó la cabeza ante su hijo. Y, girado hacia los testigos, lanzó dos vítores: «¡Viva España! ¡Viva el Rey!»

Eran las dos menos veinte de la tarde.

Como notario mayor, Landelino Lavilla redactó y firmó el acta. «Hice tres copias: una para la Casa del Rey, otra para Don Juan y otra para el Gobierno; no hice para las Cortes porque eran todavía las de Franco»[175].

Suárez: «Rey sólo puede haber uno»

Al terminar el acto, el general Armada se acercó a José Mario Armero, invitado como presidente de la agencia Europa Press: «¿Puede acompañarme? He de entregarle algo». Le llevó a un despacho. Allí estaba el Rey solo. Le abrazó y le dio las gracias «por todo lo que has hecho y por lo que estás haciendo… Ayer, cuando Adolfo te hablaba por teléfono, él estaba conmigo».

Comentaron el acto:

—He conseguido quitar un párrafo del discurso de mi padre… Apenas unas líneas, pero de

alguna manera no consideraba conseguida la evolución total hacia la democracia. Y claro…

—Señor, una pregunta: ¿por qué no ha asistido el presidente Suárez?

—Lo acordamos así. El acto ya tenía su contenido fuerte de carácter dinástico. Pero tanto Adolfo, como Torcuato, como yo queríamos quitarle cualquier otro contenido político y constitucional. Y no volver a cuestionar si Monarquía instaurada o restaurada… Por eso el formato sencillo, familiar: el padre y el hijo. De manera deliberada hemos evitado que estuviesen el presidente de las Cortes y el presidente del Gobierno… Adolfo vendrá esta tarde a cumplimentar a Don Juan. Y Torcuato, mañana o pasado.

Después de una pausa, como retomando el hilo, el Rey volvió a hablar de Suárez. Para eso había hecho llamar a Armero. Elogió su coraje humano, su perspicacia política, su tenacidad, su audacia…

—¡Ya os dije que le iríais descubriendo! Al principio, fuisteis muchos los que me dijisteis que ese nombramiento era un disparate. Pero yo le conocía bien… Hay que apoyarle. Los militares ahora lo tienen *enfilao*. Pero no le achantan. Tiene temple. Oye, Pepe Mario, ayúdale todo lo que puedas[176].

Ése era el mensaje.

En aquellos mismos días, horas, la princesa Irene de Holanda, esposa de Carlos Hugo de Borbón-Parma, era detenida en la localidad navarra de Puente La Reina y conducida a la frontera francesa. ¿Casualidad? Tal vez. En todo caso, se quería dejar claro que el pretendiente Carlos Hugo no tenía línea directa ni indirecta con la Corona española.

En cuanto al Conde de Barcelona, quedó en el aire la promulgación de un estatuto de la Casa Real. Él insistía con interés porque no disponía de un estatus, de un lugar en el protocolo. Llegó a estar escrito, pero guardado en algún cajón de madera noble. En cualquier acto institucional, percibía que su presencia era un problema, no sabían dónde ubicarle. Poco a poco dejó de ir a recepciones y actos oficiales.

Suárez, por sentido práctico y por su encarnadura de hombre de la calle, se negó también al tratamiento protocolario de Rey y de Majestad, que Don Juan reclamaba, y a que se le llamara Juan III: «Con una Monarquía apenas implantada, sin arraigo ni solera, sólo falta que confundamos a la gente con la imagen de dos reyes a la vez —decía—. Rey sólo puede haber uno, y Majestad sólo una. Además, aquí no existe una conciencia monárquica tan madura como para distinguir el matiz entre legalidad y legitimidad».

El extraño poder de ETA sobre el PNV

Finales de marzo, pasadas las once de la noche, suena el teléfono en el piso familiar de Marcelino Oreja, en la calle de Núñez de Balboa. No es el teléfono oficial del Ministerio de Exteriores, ni el directo de Presidencia, sino el viejo rrrinnnggg-rrrinnnggg del fijo de casa.

—¿Marcelino? Soy Juanmari Bandrés, perdona la hora, pero…

—¿Qué ocurre? —Marcelino sobresaltado, porque una llamada de Bandrés a esa hora sólo podía ser para dar una mala noticia.

—Vengo de las cárceles —Bandrés era abogado de los presos de ETA, y su misión era

visitarlos por las prisiones de media España donde los tenían dispersos—, y traigo la impresión, mejor dicho, la información de que si no decidís excarcelar cuanto antes, ya, a los de ETA que aún quedan presos, los del Partido Nacionalista Vasco no participarán en las elecciones generales. Ni para el Congreso ni para el Senado. No irán. Cerrados en banda. Sé que este tema es de Gobernación, o de Justicia, o del presidente, y si te lo digo a ti es porque somos amigos y somos vascos.

—Pero ¿cómo que el PNV no irá a las elecciones…? Eso partiría por medio todo el plan de constituir unas Cortes constituyentes y hacer una democracia para todos. Sería un hachazo…

—Ya lo sé. Es muy grave. Los de ETA han presionado sobre los *burukides*[177] del PNV, y éstos están por plantarse y no ir al juego. Yo te aviso.

—Juanmari, ¿estás en Madrid?, ¿en tu teléfono de siempre? Pues aguarda unos minutos, a ver que…

Es muy tarde, pero es muy urgente. Marcelino Oreja telefonea inmediatamente a Adolfo Suárez. Le dice lo que hay.

—Venid, venid los dos para acá.

En secreto, el Gobierno de Suárez había iniciado conversaciones con ETA en noviembre de 1976, las interrumpió al mes siguiente, en diciembre, por el asesinato de Araluce Villar y sus escoltas, y el secuestro y asesinato de Ybarra. Se acababa de conceder una amnistía parcial el 14 de marzo. Estaban justamente en el tema de las excarcelaciones, para que los comicios generales del 15 de junio transcurriesen en un clima de paz; pero aún quedaban veintisiete etarras en la cárcel, no beneficiados por la amnistía. Y vuelta a las hostilidades.

Suárez los recibió vestido de andar por casa, con un cárdigan gris claro y sin corbata. Eran más de las doce.

—Presidente, yo no vengo mandado ni por unos ni por otros para negociar —dijo Bandrés nada más sentarse—. Lo único que quiero es, honradamente, informaros de lo que sé; y advertiros de que, si estos veintisiete de ETA no salen de la cárcel, os lo van a poner muy crudo. La normalización no será tan fácil como habíamos pensado… y deseado. Primero, porque desde la cárcel dirigirán acciones violentas para que sus comandos las ejecuten en el exterior. Y segundo, porque los nacionalistas vascos ni irán ni aceptarán las elecciones del 15 de junio… ¡Se iría todo al carajo!

El panorama se entenebrecía con ese nuevo obstáculo no previsto.

Al día siguiente, muy temprano, Suárez citó a Landelino Lavilla y le encargó que estudiase «la forma legal de poner a estos tíos en la calle, alguna modalidad de excarcelación, sin amnistías ni indultos… y además a toda mecha».

Lavilla ofreció una fórmula: el extrañamiento. «Si ellos, por escrito y firmado, admiten que se les saque de España, se les puede poner en la calle… pero fuera de nuestras fronteras, en otro país que los admita. Para más seguridad, el traslado debería hacerse en aviones militares».

No hacía falta decir que esos etarras, en cuanto hubiesen salido de España, se las ingeniarían para regresar por sus medios a sus pueblos de Euskadi Sur o Euskadi Norte, viviendo clandestinamente. Se trataba, pues, de negociar con los países de acogida.

Suárez llamó a Oreja, le dijo la fórmula y que los de ETA la aceptaban. Y le encargó buscar

países de acogida. Sin delegar en nadie del ministerio, fue hablando uno tras otro con los ministros de Exteriores de un montón de países. Nadie quería recibir un paquete de terroristas, y además en libertad. Sólo Omar Torrijos, el general dictador de Panamá, estaba dispuestísimo: «Mándemelos acá en un avión, y sin problemas».

Pero los etarras no querían que se les deportase a Latinoamérica. Bandrés, que hacía de intermediario, comunicó: «Me dicen que nada de cruzar el charco, ni de llevarlos lejos, porque su plan es volverse cada cual a su pueblo cuanto antes».

Marcelino, paciente, sin despegarse del teléfono, después de pedir «el gran favor» directamente al primer ministro belga, al presidente austriaco y al ministro de Exteriores noruego, logró que esos tres países los admitieran, «como un gesto en favor de la inicial democracia española».

Al fin, se resolvió todo en cuestión de horas[178].

Pero aparte de esos tres «lotes», había ya cinco etarras confinados en Noruega, alojados durante más de un mes en un buen hotel de Oslo. Entre ellos, Kepa Pérez Beotegi, *Wilson*, e Iñaki Mujica Arregui, *Ezkerra*, cerebros de la *Operación Ogro*, ETA & CIA ex aequo, la espectacular voladura del almirante Carrero Blanco con explosivo C4 militar americano. No habían sido juzgados, ni nunca lo fueron. Secreto de Estado o… de Estados. Las facturas de su estancia en Noruega se pasaban al cobro al Ministerio de Exteriores de España, y de ahí, con sello de registro de entrada y salida, al Ministerio de Gobernación. Para esos pagos siempre ha habido «fondos reservados»[179]. Y parece más creíble que fuesen éstos, Wilson y Ezkerra, los que tuvieran capacidad e influjo para presionar sobre el PNV, y no los otros veintisiete encarcelados en España[180].

Así y todo, como varios partidos *abertzales* declararon su intención de boicotear las elecciones del 15 de junio «si no se dejaba en libertad a todos los presos», y empezaron a verse barricadas, coches ardiendo y desórdenes en varias ciudades vascas, el Gobierno negoció con las dos ramas de ETA un cese de «hostilidades» y concedió una amnistía total el 20 de mayo, para dragar de minas el paso final hacia las urnas de la democracia.

Torcuato: «Majestad, yo sí sé cuándo hay que poner el punto final»

El 23 de mayo, a las once de la mañana, adelantándose un mes a la constitución de las nuevas Cortes que emanarían de las urnas del 15 de junio, Torcuato Fernández-Miranda presentó al Rey su dimisión como presidente de las Cortes franquistas y del Consejo del Reino. Al Rey le pilló por sorpresa. En un primer momento pensó que Torcuato acusaba una acumulación de disgustos: el acto de renuncia de Don Juan, al que se oponía, el haber prescindido de él para los contactos con la oposición, la legalización del PCE, el empeño de Adolfo por seguir en la política jugando a la vez en el Gobierno y en el tablero de los partidos políticos.

—Torcuato, cometes un error.

—Señor, se me encomendó una misión y la he cumplido. Aunque muchos estén convencidos de que mi nombramiento era por seis años, no me aferraré al sillón. Mi mandato queda

expresamente derogado en el instante en que se celebren las elecciones. Yo sí sé cuándo hay que poner el punto final.

—Piénsatelo unos días.

—El precio de haber sido presidente de las Cortes y «mago de los reglamentos», como decían, me ha convertido en prisionero de esos reglamentos: mi independencia de los partidos en liza no me permite entrar en listas, ni optar a un escaño del Congreso o del Senado. Y sin escaño, ¿cómo podría ser presidente del futuro Congreso? Me he quedado sin lugar bajo el sol.

—¡Ni hablar! Constituidas las nuevas Cortes, yo pensaba encomendarte la presidencia de las presidencias: la figura nueva de presidente de las Cortes constituyentes, por encima de los presidentes del Congreso y del Senado.

—Gracias, Majestad. Sería un papelón ornamental de «reina madre», un presidente florón, para moderar y conciliar conflictos entre Congreso y Senado. No me veo en ese papel. Se preguntarían con recelo a qué intereses sirvo o a qué directrices obedezco. Ya han empezado a compararme con Mazarino, con Richelieu, y con el conde duque de Olivares, como si fuera yo el valido del Rey. Personalmente me fastidia, pero no me afecta; en cambio, si permaneciera en el cargo, perjudicaría vuestra imagen porque confundiría el claro y nítido papel de la Corona[181].

Elecciones del 15-J: el pueblo pide cambio porque tiene memoria

La campaña electoral de junio de 1977 fue una fiesta de colores. Pósteres, pegatinas, banderolas, animadas movidas nocturnas para la pegada de carteles, mítines, verbenas y furgonetas con altavoces ensordecedores. Todo discurrió bien. Y con sorpresas porque, de verdad, el pueblo tuvo la palabra.

La ley electoral y el factor D'Hont favorecieron a los partidos más potentes, la UCD y el PSOE, y superdimensionaron la presencia parlamentaria de los pequeños partidos nacionalistas.

Al PCE, cuyos mítines fueron los más vistosos y masivos, le perjudicó, de una parte, el temor a los amenazantes sables; y de otra, la iconografía sepia de sus figuras en el escenario, que recordaban demasiado la odiosa guerra civil. No hubo modo de retirar discretamente a la Pasionaria, cuya vinculación soviética seguía siendo un vivo presente: «Mi corazón está en Moscú. Allí tengo enterrado a mi hijo Rubén. Allí, mi dacha y mis pocas cosas. Allí, mi hija y mis nietos…, altos, guapos, fuertes, vascos, ¡soviéticos!», decía con entusiasmo a una periodista[182].

En el otro extremo, la AP de Fraga y los «siete magníficos», ejemplares jurásicos que como ministros colaboraron estrechamente con el franquismo. Exactamente, la página que la mayoría de los españoles quería que pasara a la historia de irás y no volverás. Se ornaron, además, con personajes como Arias Navarro, cuyos mítines jeremíacos, profetizando los desastres que acarrearía «la democracia tal como la han engendrado», e invocando la resurrección de Franco, desplazó cientos de miles de votos hacia el centroderecha.

Los socialistas representaban un cambio juvenil con puño y rosa de diseño. Hicieron una campaña alegre, vivaracha, vistosa, cara. Tenían paganinis. Muy personalizada en Felipe González, el morenazo agitanado, ojos como chacales, pana y camisa de cuadros. El discurso

mitinero, desparpajado y exigente, sin nada que perder. Se llevaron de calle a la juventud ciudadana y rural, al proletariado con aspiraciones, y a casi todas las familias de izquierdas que perdieron la guerra civil, no se desperdigaron por el exilio, sino que se quedaron en España disimulando, como «los girasoles ciegos», y ahora podían sacar su alma socialista del *almario*.

En fin, la UCD hizo una campaña focalizada en el líder. Adolfo Suárez, subliminalmente identificado como «el hombre del Rey», «el protagonista de la reforma», «el gobernante moderno». Y en los carteles, la foto del guaperas, ojos mesopotámicos, raya al lado, y sonrisa de «ven y ven y ven». Captación descarada del voto femenino. ¿El mensaje de los mítines de sus comparsas? Un cóctel hecho en probeta con diversos sabores: liberales, reformistas, democristianos, socialdemócratas, populistas… Los «rabanitos», se los llamaba entonces: rojos por fuera, blancos por dentro y siempre cerca de la mantequilla.

Suárez no participó en ningún mitin por exigencias legales, sólo en el spot televisivo de la noche del 13 de junio, cierre de campaña y paso a la jornada de reflexión. Ese spot era su arma. Ensayaron días y días. El discurso lo redactó Manuel Ortiz. Fernando Ónega le dio el gancho periodístico. La realización fue cosa de Gustavo Pérez Puig. Cerraba la ronda de mensajes electorales. Le precedía una melodía con el eslogan «Vota centro, vota Suárez, vota libertad… La vía segura a la democracia». Inmediatamente, Adolfo Suárez en pantalla. Una primera parte del discurso, cinco o seis líneas, para glosar las ofertas cumplidas:

> Creo modestamente que, en esta nueva hora de España y al pedirles su voto, no traigo mis papeles en blanco, ni soy una incógnita. Prometimos devolverle la soberanía al pueblo español, y mañana la ejerce. Prometimos normalizar nuestra vida política, gestionar la Transición en paz, construir la democracia desde la legalidad, y creemos que con las lógicas deficiencias lo hemos conseguido. Prometimos que todas las familias políticas pudieran tener un lugar en las Cortes, y el miércoles pueden lograrlo.
>
> Y a partir de ahí, su compromiso. Un telegrama de lo que se proponía hacer. Siete renglones, pedaleados sobre la fórmula del «puedo prometer y prometo», que daba fuerza y ritmo a su mensaje. En primera persona de singular. Campaña, pues, en «yo mayor» y, con la ayuda de un «ustedes sostenido»:
>
> Pero, si ustedes nos dan su voto…
>
> Puedo prometer y prometo que nuestros actos de gobierno constituirán un conjunto escalonado de medidas racionales y objetivas, para la progresiva solución de nuestros problemas.
>
> Puedo prometer y prometo intentar elaborar una Constitución en colaboración con todos los grupos representados en las Cortes, cualquiera que sea su número de escaños.
>
> Puedo prometer y prometo, porque después de las elecciones ya existirán los instrumentos necesarios, dedicar todos los esfuerzos a lograr un entendimiento social que permita fijar las nuevas líneas básicas que ha de seguir la economía española en los próximos años.
>
> Puedo prometer y prometo que los hombres de Unión de Centro Democrático promoverán una reforma fiscal que garantice, de una vez por todas, que pague más quien más

tiene.

Puedo prometer y prometo un marco legal para institucionalizar cada región según sus propias características.

Puedo prometer y prometo que trabajaremos con honestidad, con limpieza, y de tal forma que todos ustedes puedan controlar las acciones de gobierno.

Puedo, en fin, prometer y prometo que el logro de una España para todos no se pondrá en peligro por las ambiciones de algunos y los privilegios de unos cuantos.

Hubo una participación altísima: el 78,83 por ciento (18 324 33 votos válidos).

Los resultados para el Congreso de las cuatro fuerzas más destacadas fueron: UCD, 165 escaños (6 310 391 votos); PSOE, 118 escaños (5 371 866 votos); PCE, 19 escaños (1 709 890 votos); AP, 16 escaños (1 504 771 votos).

En el Senado, la UCD barrió incomparablemente, obteniendo 113 escaños, y a una gran distancia la fuerza siguiente, el PSOE, con 47 escaños; AP, tres, etc.

La lección de las urnas de 1977 era palmaria: los españoles querían cambio, moderación, concordia, pasar página.

Tras conocer los resultados, la hecatombe de AP y el hundimiento del PCE, en uno de sus asertos más sensatos, Manuel Fraga dijo: «Este pueblo ha demostrado que tiene memoria».

Torcuato, sin lugar bajo el sol

La esfinge tenía su secreto. Y su ambición. Según Alfonso Armada, «su dimisión de las Cortes fue estratégica: Torcuato se reservaba, por si la UCD no obtenía los votos suficientes para gobernar en solitario y debía hacer pacto de legislatura o incluso coaligarse con AP. En ese supuesto, él podría presidir el Gobierno de esa coalición, ya que Suárez y Fraga entre sí no iban a entenderse»[183].

Ante el mapa político que dibujaron las elecciones generales del 15-J, Torcuato vio que había braceado a contracorriente de la realidad: la hecatombe de la derecha de Fraga y «los siete magníficos», con sólo dieciséis diputados; el PCE que, con diecinueve diputados, no era el fiero y temible león que pintaban; la sorprendente pujanza del PSOE, con 118 escaños, beneficiado, quién se lo iba a decir, por el correctivo del belga D'Hont que afanosamente buscó Miguel Herrero de Miñón con idea de barrer los restos para la derecha. En fin, la UCD, el partido probeta, con tan nulo pedigrí como Suárez, su fundador, alzándose vencedor con 165 escaños. Suárez no necesitaba a Fraga ni para que le abanicase. Como estratega y politólogo, Torcuato acusó el craso error en sus pronósticos. Y como político con ambiciones, debió de sentirse moralmente derrotado.

Al no tener siquiera escaño en las nuevas Cortes, el Rey le nombró senador real para la legislatura constituyente. Se adscribió al grupo de senadores de UCD, pero notaba soledad y ninguneo, su opinión no interesaba, incluso algunas veces resultó molesta. Así, cuando en los debates sobre el título VIII, la ordenación territorial de España, Torcuato manifestó su desacuerdo con las nacionalidades y anunció que iba a presentar varias enmiendas, ya que era un

senador adscrito al grupo de UCD, pero no pertenecía al partido. El portavoz Jiménez Blanco le hizo llegar un expeditivo recado de parte de Abril Martorell: «O te callas o te marchas». Y se marchó[184].

Los Suárez invitaban a cenar o almorzar a los Fernández-Miranda, hasta que un día Carmen Lozana, la mujer de Torcuato, se puso al teléfono y le dijo a Amparo Illana: «Mira, me cuesta decírtelo, pero debo ser sincera contigo: preferimos que no nos llaméis ni nos invitéis más… Han ocurrido muchas cosas que no se han hecho bien, y que ya no vale la pena revolver. De verdad, Amparo, es duro decir esto, pero no deseamos tener relación con vosotros».

Amparo y Adolfo Suárez se quedaron muy desconcertados. Hacía poco que Torcuato había dimitido como senador real.

Su vida era difícil. Teniendo cátedra en la Complutense, no podía dar clases porque los estudiantes le amenazaban, le abucheaban, organizaban tumultos y alborotos: le veían como a un «residuo del régimen anterior». Verdaderamente se había quedado sin papel en la escena y sin lugar bajo el sol.

El Rey pidió a algunas personas, entre ellas a Jaime Carvajal y Urquijo y a Alfonso Osorio, que le buscaran un puesto digno y remunerado —«para tener con qué»— en el sector bancario, pero que dio resultados positivos.

Eduardo Navarro le sugirió: «Torcuato, tú has sido la mente, la conciencia, la mano derecha y la mano izquierda del Rey, sin pedirle nunca nada, ¿por qué no vas a verle y le pides un puesto de trabajo donde sea, pero tú a él, en directo?» Torcuato chasqueó la lengua y le contestó con tristeza: «Porque, o me invita a cenar con mi mujer y otros matrimonios, y luego nos sentamos a ver una película, o si digo que quiero subir a verle, como antes, me recibe con la Reina, muy cariñoso y risueño; pero si me recibe con la Reina es porque no quiere que le plantee problemas»[185].

Juan Gich —que había sido delegado nacional de Deportes en la Secretaría General del Movimiento— y el notario Rafael Ruiz Gallardón le montaron un despachito privado donde pudiera hacer unos informes jurídicos, para justificar así un pequeño sueldo. En ese despacho le visitó Martín Villa, en 1980, cuando las relaciones entre Torcuato y Adolfo estaban ya, más que deterioradas, rotas. Andaba entonces el Gobierno faenando en el desarrollo autonómico. Rodolfo, a quien el tema le incumbía de lleno como ministro de Administración Territorial, le propuso a Torcuato que elaborase un estudio teórico, como catedrático y conocedor de la materia. Su respuesta fue inmediata y contundente: «No. Me niego en redondo a colaborar con cualquier cosa que haga Adolfo Suárez»[186].

Había sido mentor, formador, consejero y confidente de Juan Carlos príncipe y de Juan Carlos rey. Con lealtad *in actu*, sin el lealismo de quienes tienen obligado y agradecido al monarca y viven de su historial de servicios prestados. Pero los reyes de España, como la antigua Castilla, *facent a sus homes e los gastan*.

Una mañana de 1977 llamó el Rey por teléfono a Suárez, que en aquel momento estaba en su despacho de La Moncloa con el ministro Otero Novas.

—Adolfo, ¿puedes hablar ahora?, ¿estás con alguien?

—Señor, estoy con José Manuel Otero Novas redactando precisamente el documento de

justificación del título del ducado de Fernández-Miranda, para Torcuato.

—¡Pues soy brujo y adivino! Te llamo para eso. Voy a concederle también el toisón. A él y a Nicolás Mondéjar. En lo del ducado, yo quiero que se vaya con la frente muy alta, que se le ponga muy bien, porque es de justicia que se reconozcan y se elogien sus contribuciones…

—Una especie de diploma de honor para la historia…

—Que él se quede muy satisfecho; pero, a la vez, como una despedida definitiva de la política activa, que se aparte y se vaya a su casa, muy honrado y sin crear problemas.

Aquello sonaba terriblemente ingrato. Suárez había ido repitiendo en voz alta las palabras del monarca, así Otero Novas las oía y tomaba nota.

—El lema del ducado —ahora se notaba que el Rey leía— es muy bonito y muy apropiado para él, dice… *Semper et ubique fidelis*. «Fiel siempre y en todo lugar»[187].

En frase de Torcuato, que hizo fortuna y se acuñó para la historia de la Transición, «la reforma política fue como una obra de teatro que tuvo un empresario, el Rey; un autor, yo; y un actor, Suárez». Con esa obra de éxito ocurrió como con tantas otras, que el actor cobró vida independiente y acabó dando la espalda al autor.

El Rey pide dinero para el partido de Suárez

También el Rey hizo su lectura del 15-J. Le tranquilizó que los españoles buscaran el centro-derecha, el centro-izquierda y el centro-centro, pero le preocupó el brío inusitado del PSOE, y la corta distancia en votos, menos de un millón, respecto al partido del Gobierno. Y eso, sin ninguna experiencia de poder. Y sin poder. Hizo sus cuentas y «olfativamente» calculó que, en tres conversaciones y dos cenas, los socialistas de Tierno, con sus 816 588 votos, se trasvasaban al PSOE. Le dio escalofríos. «Más adelante, sí; pero todavía no es el momento». Hacía esas aritméticas viendo los periódicos del día 16.

A los dos días, con Manolo Prado y Colón de Carvajal a su vera, empezó a esbozar una carta dirigida al sha de Persia, Reza Pahlevi. Una regia carta sablazo, en previsión de los próximos comicios, los municipales de 1979.

Sabía que al sha le sobraba el dinero a borbotones. Recordaba la monumental esfera de oro macizo circundada por un aro de rubíes o esmeraldas. Lo que iba a pedirle, diez millones de dólares, serían para él como una propina. Y el argumento de la petición: una ayuda al partido de Adolfo Suárez, «el hombre de mi confianza, para asegurar la Monarquía española, recién establecida, porque siento ya sobre mi cabeza la espada de Damocles de un partido socialista pujante, cuyo ideario es republicano y marxista».

Escrita en francés, fechada el 22 de junio de 1977, datada en el palacio de La Zarzuela, sello real azul y pulcra mecanografía eléctrica, sólo llevaba manuscritos el encabezamiento y la firma:

> Mi querido hermano:
>
> Para empezar, quisiera decirte cuán inmensamente agradecido estoy porque hayas enviado a tu sobrino, el príncipe Shahram, a verme, facilitándome así una respuesta rápida a mi petición en un momento difícil para mi país.

Me gustaría a continuación informarte de la situación política en España y del desarrollo de las campañas de los partidos políticos, antes, durante y después de las elecciones (parlamentarias).

Cuarenta años de un régimen totalmente personal han hecho cosas, muchas cosas, que son buenas para el país, pero al mismo tiempo dejaron a España con muy deficientes estructuras políticas, tanto como para suponer un enorme riesgo para el fortalecimiento de la Monarquía. Después de los primeros meses de Gobierno de Arias, que yo estuve igualmente obligado a heredar, en julio de 1976 designé a un hombre más joven, con menos compromisos, a quien yo conocía bien y que gozaba de mi plena confianza: Adolfo Suárez.

Desde aquel momento prometí solemnemente seguir el camino de la democracia, esforzándome siempre en ir un paso por delante de los acontecimientos a fin de prevenir una situación como la de Portugal, que resultaría aún más nefasta en este país mío.

La legalización de diversos partidos políticos les permitió participar libremente en la campaña (electoral), elaborar su estrategia y emplear todos los medios de comunicación para su propaganda y la presentación de la imagen de sus líderes, al tiempo que se aseguraron un sólido soporte financiero. La derecha, asistida por la banca española; el socialismo, por Willy Brandt, Venezuela y otros países socialistas europeos; los comunistas, por sus medios habituales.

Entre tanto, el presidente Suárez, a quien yo confié firmemente la responsabilidad de gobierno, pudo participar en la campaña electoral sólo en los últimos ocho días, privado de las ventajas y oportunidades que expliqué ya anteriormente, y de las que se pudieron beneficiar los otros partidos políticos.

A pesar de todo, solo y con una organización apenas formada, financiado por préstamos a corto plazo de ciertos particulares, logró asegurar su victoria total y decisiva.

Al mismo tiempo, sin embargo, el partido socialista obtuvo un porcentaje de votos más alto de lo esperado, lo que supone una seria amenaza para la seguridad del país y para la estabilidad de la Monarquía, ya que fuentes fidedignas me han informado de que su partido es marxista. Cierta parte del electorado no es consciente de ello, y los votan en la creencia de que con el socialismo España recibirá ayuda de algunos grandes países europeos, como Alemania, o en su defecto, de países como Venezuela, para la reactivación de la economía española.

Por esa razón es imperativo que Adolfo Suárez reestructure y consolide la coalición política centrista, creando un partido político para él mismo, que sirva de soporte a la Monarquía y a la estabilidad de España.

Para lograrlo, el presidente Suárez claramente necesita más que nunca cualquier ayuda posible, ya sea de sus compatriotas o de países amigos que busquen preservar la civilización occidental y las monarquías establecidas.

Por esta razón, mi querido hermano, me tomo la libertad de pedir tu apoyo en nombre del partido político del presidente Suárez, ahora en difícil coyuntura; las elecciones municipales se celebrarán dentro de seis meses, y será entonces más que nunca cuando pondremos nuestro futuro en la balanza.

Por eso me tomo la libertad, con todos mis respetos, de someter a tu generosa consideración la posibilidad de conceder diez millones de dólares, como tu contribución personal al fortalecimiento de la Monarquía española.

En caso de que mi petición merezca tu aprobación, me tomo la libertad de recomendar la visita a Teherán de mi amigo personal Alexis Mardas, que tomará nota de tus instrucciones.

Con todo mi respeto y amistad.

Tu hermano,

JUAN CARLOS[188].

Según el ex ministro iraní Asadollah Alam, «el sha contestó a esta carta con prontitud, el 4 de julio de 1977. Su respuesta está cariñosamente redactada, pero muestra una mayor precaución que la del Rey de España. Así, en uno de sus párrafos dice: "En cuanto a la cuestión a la que aludió Su Majestad, transmitiré mis reflexiones oralmente"».

También por entonces —en 1976 y 1977— se hicieron viajes a Marruecos y a Arabia Saudí con el mismo fin: a instancias del rey Juan Carlos, y para «vender» en el exterior nuestro proyecto de democracia, afirmar la Corona y dotar de una mínima estructura material a la recién creada UCD, Manuel Prado habló con Adnan Kashogui para que «con la mayor delicadeza, pidiera una ayuda financiera al príncipe Fahd»[189]. Aparte de la injerencia del monarca —ingenua quizá, pero indebida en todo caso— para favorecer a una fuerza política de su país, y fuese cual fuese la proporción final del reparto de esos dineros, ya en la mera operación planeaba la sombra de una complicidad entre el Rey y su jefe de Gobierno. En las estancias del poder, la complicidad, cualquier complicidad, o traba o enfrenta. Hasta ese momento, el viaje de la historia lo habían hecho juntos. Y aún les aguardaba la épica más fuerte de ese apasionante viaje, con sus tramos luminosos y sus tramos peligrosamente oscuros.

CAPÍTULO 3 Suárez, el héroe maldito

No había *lobbies*, pero había *lobbistas*

Los periodistas arrumbaron sus sobadas agendas con los viejos teléfonos de ex ministros, procuradores y consejeros nacionales, que acababan de pasar a la historia. Enseguida se aprendieron el nuevo nomenclátor de ministros, diputados, senadores, dirigentes sindicales, sedes de partidos, empresarios gerifaltes de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), banqueros…

Hasta entonces, un Alfonso Escámez, un Emilio Botín, un José María Aguirre Gonzalo, un Luis Usera, un José Ángel Sánchez Asiaín, un Luis Valls eran entelequias invisibles para los periodistas. «El dinero no tiene color ni bandera —se decía— y el banquero no tiene rostro ni teléfono». Pero a partir de julio de 1977, en cuanto se puso en marcha aquel gran obrador del pan constitucional, las Cortes constituyentes, a esos mariscales del capital les faltó el tiempo para invitar a los periodistas y, entre jamón de Parma, cangrejo ruso y sorbitos de Dom Pérignon, intoxicarlos con sus pretensiones que, «por el bien de España», querían ver plasmadas en la Carta Magna. Médicos, catedráticos, farmacéuticos, comerciantes… y altos mandos militares, todos tenían algo que decir, «pero desgraciadamente no tenemos voz en el Parlamento». No había *lobbies*, pero había *lobbistas*. Y donde presionaban a fondo era entre diputados, ministros, subsecretarios y toda esa gama… O pedían audiencia al presidente del Gobierno, o al jefe de la Casa de Su Majestad, o al Rey en carne mortal.

Las Cortes constituyentes se inauguraron en un pleno conjunto de Congreso y Senado presidido por los Reyes, el 22 de julio de 1977. A las diez de la mañana empezaron a entrar tirios y troyanos, hititas y filisteos, socialistas, ucedistas, comunistas, gente que aún retenía algún poder del que tuvo en tiempos de Franco, y gente que llegaba oliendo a cárcel o con ropa comprada en el exilio.

En una mesita del bar de las Cortes compartían tinto y pincho de tortilla Justino Azcárate, Julián Marías, Camilo José Cela, Manuel de Irujo y el profesor Juan J. Linz. Más allá, Martín Villa reía divertido con lo que le contaban sus ex presos Camacho, Carrillo y Gallegos… El poeta Rafael Alberti dedicaba tarjetas con dibujos de barquitos y palomas. Dolores Ibárruri que, unos días antes, al constituirse las Cámaras, había presidido «la mesa de edad», comentaba su impresión: «Lo importante no era sentarme, sino sentirme». Arrellanado en un sillón de pasos perdidos, Felipe González se soplaba un largo veguero, regalo de Omar Torrijos, rodeado de preguntones a los que a veces respondía con una voluta olímpica de humo azul. Lo llamativo era el círculo de preguntones: Garrigues Walker, Fernández Ordóñez, Camuñas, Pío Cabanillas,

flamantes ministros todos… de Suárez. El diputado Juan de Dios Ramírez Heredia, gitano de dura crin, con su camisa de raso escandalosamente verde, decía «estoy orgulloso porque aquí represento a un partido, a un pueblo y a una etnia; pero *apurao* porque nadie me dijo que el protocolo de caballeros era traje oscuro, y me he puesto lo mejor del armario». Cuando miró a los tendidos se tranquilizó: sólo dos atuendos negros, el nuncio monseñor Dadaglio, en la tribuna de invitados, y Dolores Ibárruri, vestida de *Pasionaria*, riguroso luto, negros los pendientes, negra la redecilla del moño. El resto en aquel arca de Noé, diversidad, policromía. Había desaparecido el ciclorama monótono de procuradores con uniformes militares caquis, chaqués negros o vestuario fascista de chaquetas blancas y camisas azul de Mahón.

En los *speeches* desde la tribuna de oradores, todavía era más notoria la polifonía. Y eso que se trataba sólo de una ronda de salutación. Carrillo se refirió al Rey por su cargo político, «el jefe del Estado». Tierno, por el símbolo de la institución, «la Corona». Pujol le aludió con el tratamiento «Su Majestad». Felipe González ni le mencionó en su discurso de veintisiete holandesas. Quizá quería afirmar, sin perder un segundo, que «la soberanía está aquí, en los escaños donde los ciudadanos nos han puesto».

Por una vez, se equivocaba el Qohelet y en este país «todo era nuevo bajo el sol».

«Tengo que defender al Rey del Rey mismo»

Potenciado por los resultados del 15-J, Suárez empezó a recordarle al monarca cuáles eran los topes de su poder arbitral: «Arbitral, sí, pero no arbitrario».

Anticipándose a la Constitución, quería poner fin al instintivo *borboneo* y tasar las actuaciones regias fuera de programa, salidas o visitas al margen de la agenda oficial, amistades poco fiables, reuniones o viajes no consultados con su jefe de Gobierno. «Tengo que defender al Rey del Rey mismo», decía Suárez. Pero no resultaba fácil. El Rey era experto en montarse sus escapadas lúdicas sin dejar rastro, o en recibir de tapadillo al político Fulano, al general Mengano o al financiero Zutano… Y si Suárez se lo reprochaba, ya sabía la respuesta: «¡Yo en mi casa recibo a quien me sale de los cojones!»

Una de las primeras exigencias de Suárez en la nueva etapa fue que el Rey prescindiera de los servicios de su secretario general, Alfonso Armada.

Suárez desconfiaba políticamente de Alfonso Armada y de su influjo, «como un moscón permanente junto a la oreja del Rey». Armada era un hombre chapado a la antigua, reacio a los cambios, de mentalidad ultraconservadora y, como militar franquista, más que receloso, abiertamente contrario al cambio de régimen. El Rey tenía que estar continuamente neutralizando en su interior los mensajes negativos de Armada sobre las actuaciones de Suárez.

Delante del Rey se habían producido ya demasiadas discusiones en las que el secretario exponía ácidamente sus profundas divergencias con la política del Gobierno. Además, Armada, con puertas abiertas a toda la cúpula militar, emitía sus opiniones críticas como si fuese portavoz del estado de ánimo y del pensamiento del monarca. Había rechinado ante las amnistías, los partidos políticos, la legalización del PCE, la disolución del sindicato vertical… En cierta ocasión, Adolfo Suárez le dijo al Rey: «No me gusta ni me tranquiliza nada que Alfonso Armada

esté en Zarzuela, llevando nada menos que la Secretaría del Rey, y que prácticamente se pase aquí el día en tan continua proximidad al monarca». Pocos días después, Don Juan Carlos pensó que había encontrado una fórmula para templar el conflicto:

—Adolfo, he pensado sacar a Alfonso de mi Secretaría y nombrarle jefe del Cuarto Militar de la Casa Real, ¿qué te parece?

—No me parece. Me opongo.

—¡Pero bueno! ¿No voy a poder yo mover las piezas dentro de mi Casa? Ésa es una facultad que tienen y han tenido siempre los reyes en toda Monarquía reinante; incluso no reinante, en el exilio.

—Eso lo hacía Franco y lo hacían Alfonso XIII y sus predecesores; pero aquí nos encaminamos hacia otro modelo.

—Pues en el nuevo modelo —replicó el Rey—, yo quiero tener al menos la libertad de elegir, nombrar y separar al personal de mi Casa. Así que eso debe constar bien claro en la Constitución. ¡Es lo menos que se le deja a un ama de casa!

—Si en la nueva Constitución se incluye esa atribución para el Rey, yo seré el primero en aceptarla, pero ahora no es así. De modo que, tal como están las cosas, si se produjera ese nombramiento, yo me opondría. Y el Rey tendría que elegir entre Armada como jefe del Cuarto Militar y yo como presidente del Gobierno[1].

Don Juan Carlos no volvió a mencionar el asunto y Suárez aguardó a tener un pretexto sólido.

Un día en que Suárez esperaba en el antedespacho para ser recibido por el Rey, Armada protestó por la «rampante desmoralización y pérdida de valores» que él percibía y citó una ley del divorcio todavía inexistente. Era su criterio moral y tenía derecho a exponerlo; pero al hacerlo se encorajinó, y fue alzando la voz hasta el punto de que el Rey oyó la bronca y salió alarmado de su despacho.

Un hijo del secretario del Rey, Alfonso Armada y Díez de Rivera, se había presentado a las elecciones generales del 15-J como candidato al Congreso por Madrid en las listas de AP. Se detectaron varias cartas, escritas y firmadas por el general Armada en papel timbrado del palacio de La Zarzuela, postulando el voto para el partido de Fraga, en el que militaba su hijo. Cuando Suárez tuvo en su poder unas cuantas fotocopias de esas cartas, subió a ver al Rey. Llevaba en su portafolios un buen pretexto con el que podría exigir la salida de Armada. Hacía tiempo que quería alejarle del circuito de la influencia directa del Rey.

Ciertamente, no era correcto utilizar el papel con membrete de la Casa de Su Majestad para pedir un voto, o una docena de votos, a favor de AP, pero mucho menos correcto era utilizar al propio Rey para pedir diez millones de dólares al sha de Persia y cien millones más al príncipe Fahd de Arabia en beneficio de la UCD.

Suárez estaba indignado y pidió a Don Juan Carlos que llamase a Armada al despacho. A la vista de las fotocopias con su encabezamiento y su firma, Armada reconoció que él mismo las había escrito y enviado. Y tenso, ante el cerco de aquella acusación con pruebas, se defendió atacando. Aprovechó la ocasión para exponer su desacuerdo con «la línea con que se estaba llevando la gobernación del país desde hacía un año», fustigó la «torpe, inepta y fracasada lucha

contra el terrorismo»; su preocupación por los prometidos Estatutos de Cataluña y del País Vasco, que «vaticinan ya el despiece y la ruptura de España», y la posibilidad de que la Constitución, «por consolidar la Monarquía, establezca una alternancia en el poder, con lo que dentro de un par de años nos estarán gobernando los socialistas marxistas». Llegado a ese punto, Armada afirmó rotundo, dirigiéndose al Rey como único interlocutor:

—Señor, en mi jerarquía de valores, primero y por encima de todo está Dios; después, mi concepto personal de España como patria; luego, el Rey; y en cuarto o en quinto lugar, la Constitución.

Concluida la reunión, Suárez le dijo al Rey:

—Ha sido esclarecedor. Él lo ha dicho todo. También para mí lo primero es Dios; pero Armada es un golpista en potencia porque su «concepto personal de España» está por encima de la Constitución y por encima de la propia Corona. De modo que una distribución territorial de España, por ejemplo, que no cuadre con su concepto personal le situaría en contra de la Constitución, del Gobierno y del Rey… al que dice defender[2].

Pocos días después, el 11 de julio, Sabino Fernández Campo se incorporaba a la Casa del Rey «para hacer el rodaje», según la jerga de palacio. Iba recomendado por su amigo y compañero Armada, y solapándose con él hasta los reales decretos de 31 de octubre del mismo año 1977, por los que Armada cesaba y era nombrado Fernández Campo.

Al monarca le disgustó tomar esa decisión. Pero no podía elegir. Adolfo Suárez ya no era un presidente «por dedo regio designado y por dedo regio cesable»; desde el 15-J, su nombramiento se lo había dado el pueblo, y sólo el pueblo se lo podía quitar.

Con todo, el Rey no rompió su relación con Armada, un «fiel doméstico» que llevaba a su lado desde el otoño de 1965, cuando Don Juan Carlos no era siquiera Príncipe de España.

«Los siete sabios de Grecia»

Desde el 22 de agosto de 1977, la Acción Política, con mayúsculas, se desarrollaba en las Cortes. En una saleta rectangular con mesa oblonga central, donde a puerta cerrada y comprometidos a la confidencialidad, trabajaban siete diputados: los «padres constituyentes». Ellos elaborarían el borrador que después habría de debatirse en comisión, votarse en el pleno del Congreso y pasar a la fase de segunda lectura en el Senado; y por último, se daría al pueblo la palabra en referéndum.

Guardando proporcionalidad con los resultados electorales y buscando también que en esa ponencia estuviesen reflejadas las fuerzas minoritarias de la Cámara, se distribuyeron los puestos de modo que la UCD tuvo tres miembros: Miguel Herrero de Miñón, José Pedro Pérez-Llorca y Gabriel Cisneros. El PSOE, uno, Gregorio Peces-Barba, porque Guerra cedió el suyo a Miquel Roca i Junyent, de Convergència i Unió (CiU), como voz de los nacionalistas. El comunista del PSUC Jordi Solé Tura representaba al PCE. Y Manuel Fraga Iribarne, a AP. Fue un error no poner una silla más alrededor de esa mesa —o que la UCD, teniendo tres, no cediera una— en cuanto los nacionalistas vascos dijeron que no se sentían representados vicariamente por el ponente catalán Roca.

La confidencialidad no prohibía la comunicación de los ponentes con sus jefes de fila ante cualquier problema de transacción, ya fuese de forma o de contenido. Por tanto, Adolfo Suárez, Landelino Lavilla —su ministro perito en leyes—, Felipe González, Jordi Pujol y Santiago Carrillo estaban muy al tanto de lo que tras aquellas puertas cerradas se iba tejiendo. Fraga, por ser líder de su partido, era el que tenía una cancha autónoma de maniobra.

No era fácil la tarea, pero aquellos siete hombres se afanaron con empuje, con ilusión y con altura de miras: debían hacer, en nombre del pueblo, una Carta Magna válida para todos. No impuesta por ningún grupo de poder, ni atemorizada por ninguna amenaza. Preferían la ambigüedad de múltiples lecturas al sesgo en una única dirección. Buscaban el consenso. No era una palabra talismán, sino la aspiración, y el clima social y político de aquellos momentos.

La Constitución se construyó en el marco de un cambio de régimen, la Transición, en el que la superación del antagonismo derechas-izquierdas, el restañado de las heridas de la guerra y la posguerra, la reconciliación entre las dos Españas, el olvido voluntario de las nociones de «vencedores» y «vencidos» eran ya categorías irrenunciables. Los propios trabajos constituyentes se desarrollaban en paralelo a iniciativas que respondían a ese mismo espíritu: los Pactos de La Moncloa, la Ley de Amnistía, el restablecimiento de la Generalitat, con Tarradellas, el tótem gigantón que regresaba de su destierro en Saint-Martin-le-Beau «entrando por Madrid, para ver al Rey, pero a título de *molt honorable president*». Y no sólo eso, el consenso era casi un mandato popular emanado de las urnas del 15-J. El mensaje inequívoco que los electores habían enviado a sus elegidos era el de la moderación. Y en esa clave sonora debían trabajar los constituyentes[3].

Los «siete sabios de Grecia», como enseguida los bautizó la prensa, buscaban redacciones amplias, laxas, cuyas posteriores lecturas pudieran ahormarse a gobiernos de izquierdas o de derechas, sin traicionar el espíritu del legislador. Y no eran temas baladíes: la definición de España, las funciones del Rey, la misión de las Fuerzas Armadas y su subordinación al poder civil, la organización territorial armonizando las autonomías y la unidad nacional; el derecho a la vida; la abolición de la pena de muerte; la aconfesionalidad del Estado, junto al respeto por las creencias religiosas de la sociedad española y la cooperación con la Iglesia católica; el deber de defender la patria con las armas, aunque admitiendo la objeción de conciencia; el derecho a la propiedad y a la herencia, la economía libre de mercado, junto a cierta planificación estatal en orden al bien común…

Había palabras que generaban fantasmas. *Estado* era una de ellas. Hubo muchas conversaciones entre el centrista Herrero de Miñón, el comunista Solé Tura y el catalanista Roca i Junyent, para acercar posturas sobre los poderes y atributos del monarca, la definición de España, la descentralización en equilibrio con la unidad. Por fin, una noche se reunieron Pérez-Llorca, Herrero de Miñón, Roca y Pujol en el hotel Suecia, al lado del Congreso, y acordaron «paliar» la expresión *Estado español*, que figuraba en el borrador, uniéndola a la de *Monarquía española* o *Monarquía parlamentaria*, que eran las que el Rey le había sugerido a Pérez-Llorca[4].

—A los catalanes —decía Jordi Pujol— nos resulta políticamente menos incómodo lo de *Monarquía española*, ya que no se refiere de manera directa a España como Estado ni como

nación.

—Y para los nacionalistas, catalanes y vascos —confirmaba Roca—, la voz *Corona* o la voz *Reino* tienen una lectura que no rechina, que permite entender un conjunto de territorios dotados de identidad propia.

Así, contentando a los nacionalistas, se acuñaría en la Constitución que «la forma política del Estado español es la Monarquía parlamentaria». Por tanto, se definía el Estado como una Monarquía; y ésta, sometida al Parlamento[5].

El artículo 2 era pura trigonometría, porque debía engarzar «la indisoluble unidad de la nación española, patria común e indivisible de todos los españoles», donde lo «indisoluble» remachaba sobre lo «indivisible» con algo en apariencia tan dispar como «el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran, y la solidaridad entre todas ellas». Y gracias a ese cañamazo se pudieron recamar —dentro de la Constitución— los Estatutos de autonomía catalán y vasco. Un bordado habilidoso y sutil con hilos de mírame y no me toques, que sin embargo debía resistir sin quebrarse el paso de los años[6].

La noche más larga de la Constitución

Los artículos elaborados entre los ponentes iban pasando a la comisión constitucional. Pero una vez ahí, los textos se embarrancaban. Se producían debates tensos, farragosos, arriscados, y al final se aprobaban los artículos por la suma indefectible de los votos de UCD y AP, con evidente desfonde de catalanes, vascos, comunistas y socialistas que, sesión tras sesión, veían cómo los apisonaba ese rodillo mecánico de una UCD gobernante asociada a la derecha de Fraga. Ya era marzo y apenas habían aprobado veintitrés artículos, provocando más de tres mil enmiendas, y con una mal disimulada impresión de derechazo.

Suárez y Abril lo comentaban con preocupación: «El objetivo es una Constitución de consenso con la que todos se sientan más o menos cómodos, más o menos identificados… pero si sale sesgada no la aceptarán todos los demás».

El 6 de marzo, cuando están debatiendo «la libertad de los padres para fundar y dirigir centros de enseñanza privada», Gregorio Peces-Barba juega un audaz golpe de efecto: «Señores, considero poco útil mi presencia en esta ponencia. Solicito la venia del señor presidente para retirarme… definitivamente». Da un portazo y abandona. No volverá a la ponencia hasta un mes después.

Suárez intenta localizar a González, pero le dicen que está viajando por Estados Unidos y la Unión Soviética con un grupo de su partido.

Entre tanto, Guerra telefonea a Abril Martorell. Su tono es una mezcla de enfado y de fastidio:

—Fernando, esto no puede seguir así. Está saliendo no ya una Constitución de derechas, sino la Constitución más reaccionaria de Europa, y os la vais a comer vosotros solos, con la gente de Fraga. Nosotros no estamos tocando bola, ni la consideramos nuestra, ni estamos de acuerdo. Y vamos a votar en contra. Ésta no es la Constitución de consenso que el país espera…

Tenía razón. El asunto era real y muy serio.

Suárez averiguó que fueron Landelino Lavilla y Herrero de Miñón quienes, queriendo o sin querer, habían ido provocando ese escoraje a estribor. Y le pidió a Abril: «Fernando, desapodera a Lavilla y a Herrero, apártalos y encárgate tú».

Regresado Felipe González de su *tournée* «por las dos potencias que mandan en el planeta», el día 9 de marzo se reúne con Suárez, mano a mano, hora y media en el Congreso, en la sala rosa de ministros. Discuten las condiciones para que el PSOE vuelva a la ponencia: un giro de ciento ochenta grados y que tomen las riendas los respectivos números dos de sus partidos.

También interviene el Rey, porque la Constitución no avanza, y se está agriando el clima entre el Gobierno y su «verdadera oposición», así que los cita conjuntamente a ambos. Él es el primer interesado en que la Carta Magna «como una casa común, no sea la que cada uno se hubiese hecho de encargo, pero nos sirva a todos».

El 22 de mayo a las diez y cuarto de la noche, en un reservado del restaurante José Luis, frente a la grada norte del Bernabéu, se reúnen con los relojes quitados y con buenos cargamentos de tabaco Abril, Arias-Salgado, Gabi Cisneros y Pérez-Llorca, por parte de la UCD, y Guerra, Peces-Barba, Gómez Llorente y Múgica, por el PSOE.

No fue una cena fácil. Ni es trivial lo que garabatean en papeles que luego estrujan y tiran al suelo con furia. Cuando el *maître* ha renovado los ceniceros y ha dejado sólo los cafés y las copas de licor, lo que hay sobre la mesa es la pena de muerte, la libertad religiosa, la justicia militar, la extradición, el derecho a la huelga, la escuela laica, la supresión de los tribunales de honor, la mención a la Iglesia católica, el servicio militar obligatorio, la objeción de conciencia, el matrimonio civil, el divorcio, los derechos de los hijos naturales, la propiedad privada, los impuestos confiscatorios, la progresividad fiscal, mayoría de edad a los dieciocho años…

Fernando Abril ha bebido un trago largo de *jotabé,* se ha acodado sobre la mesa y con voz opaca de negociador duro, ha dicho:

—Nosotros no podemos firmar una Constitución con la que el día de mañana, cuando la izquierda llegue a gobernar, pueda darle la vuelta a la tortilla y liquidar las bases de una economía de mercado, que es la propia de cualquier democracia occidental. No podemos. Y como no podemos… eso tiene que quedar absolutamente definido, grabado, acuñado. Y advierto, como regla de juego, éste es un límite infranqueable.

No se da cuenta de que tiene un cigarrillo en el cenicero apenas prendido, pero enciende otro como para rellenar el denso silencio.

—Pido la palabra. —Alfonso Guerra está sentado frente por frente—. Aceptamos lo de la economía de mercado, pero agregando algún papel corrector del Estado. Una planificación indicativa… Sí, he dicho «planificación». ¡No hay que asustarse! Nosotros tampoco estamos aquí para avalar cualquier Constitución. Nosotros queremos una Constitución que nos permita hacer socialismo.

A las cuatro de la mañana bajaban las escaleras de José Luis. Iban como zumbados. Contentos pero derrengados. Con equilibrios inverosímiles, habían consensuado de una tacada veinticinco artículos, del 24 al 50. Habían abierto un camino por el que la Constitución podría marchar a una velocidad hasta entonces impensable. Y sobre todo, se había recuperado el norte: hacer una Constitución sin vencedores ni vencidos.

Siguieron viéndose y trabajando a altas horas. En El Escuadrón, en el despacho de Óscar Alzaga, en el de Peces-Barba, en casa de Abril. Fueron pasando todos: Carrillo, Arzalluz, Herrero de Miñón, Landelino Lavilla, Eduardo Martín Toval, Miquel Roca, Solé Tura… Aquello no eran pactos turbios, aquello era el arte político del consenso. Se avanzó. Y de las 1133 enmiendas, sólo se mantuvieron 187[7].

El *wikileaks* de la Constitución… y empiezan las presiones

Salvado el escollo, los trabajos iban viento en popa hasta que ocurrió algo insólito: la filtración a la prensa del borrador «secreto» con los veintinueve artículos ya elaborados en firme. El original del *scoop* lo tuvo *Cuadernos para el Diálogo*, publicación con la que estaba estrechamente vinculado Gregorio Peces-Barba, el ponente socialista. Para amortiguar el descarado mal efecto, lo compartieron al alimón con *El País* y *La Vanguardia*[8].

El efecto más pernicioso de esa filtración fue que desencadenó una riada de advertencias, críticas y presiones desde diversas instancias de poder. En España no existía el *lobby* como organización legal institucionalizada, pero sí existían los *lobbistas* y los traficantes de intereses. Unas llegan al Rey, otras al presidente del Gobierno, otras al de las Cortes…

Empresarios y banqueros se habían alarmado ante la palabra *planificación* en defensa de la productividad económica, y de otras cautelas o cortapisas estatales que se mencionaban junto a la libertad de empresa y la economía de mercado. Al vicepresidente del Gobierno, Fernando Abril Martorell, le llovían las protestas. «Decidme, ¿qué Gobierno —contestaba— no planifica o programa su política económica cada año, a la vista de las macrocifras que maneja? Pero esa palabra, *planificar*, a los socialistas y a los comunistas les produce tal regodeo que luego ceden en el servicio militar obligatorio o en que "todos tienen derecho a la vida", sin precisar si todos los nacidos o todos los concebidos»[9].

El presidente de los empresarios de Madrid, José Antonio Segurado, alardeaba sin rubor: «En la Constitución influíamos permanentemente a través de Fernando Abril. Cuando se redactaba el Estatuto de los Trabajadores, conseguimos que el PSOE defendiera nuestras tesis, las de los patronos. En cambio, el mayor gol que nos metieron, la reforma fiscal, quien lo chutó fue un ministro de Suárez: Paco Ordóñez»[10].

Era un flujo discreto pero intenso de «correos del zar» hacia el palacio de San Jerónimo. En defensa de la libertad empresarial, o de la abolición de la pena de muerte, o de la amplia gama de libertades ciudadanas, se batían el cobre los centristas liberales Pedro Schwartz y Chimo Muñoz Peyrats, con el equipo soterrado de Joaquín Garrigues Walker, Jiménez Blanco, Eduardo Merigó, Pedro López Jiménez.

Hubo momentos —reconocía Muñoz Peyrats— en que le decíamos a Miguel Herrero, que dentro de su acratismo era más liberal que otra cosa: «Miguel, cógete el texto del Consejo de Europa, y traduce y llévalo de chuleta a la ponencia». […]

En el seno de UCD no todos estaban a favor de abolir la pena de muerte, ni de la amnistía, ni de que no hubiera más delito político, sino que en adelante todo acto delictivo fuese delito común, o de la desaparición de la justicia militar incluso para el golpismo —recordaba

nítidamente Muñoz Peyrats—. En un principio, ponían pegas Landelino Lavilla, Herrero de Miñón, Pérez-Llorca, Emilio Attard… En cambio, Adolfo Suárez, Abril Martorell y Rafa Arias-Salgado les sacaban muchos cuerpos de ventaja en mentalidad liberal. Un domingo nos reunimos a comer en el Eurobuilding los parlamentarios de UCD para discutir sobre esto. Yo tomé la palabra y me quedé con la garganta seca: «Y si uno de ETA extorsiona o mata, al ser un delincuente común y no un activista político, no puede haber un país civilizado que le dé asilo». Suárez observaba las caras de todos y callaba. Al terminar me dijo escuetamente: «Chimo, te felicito»[11].

Y previendo las leyes que desarrollaría la Constitución, Javier Santamaría orquestó desde Petromed la presión del *lobby* petrolero sobre el Gobierno. Y el socialista Luis Solana, en defensa de los intereses del Banco Herrero, del que era asesor, transmitía «recados sobre coeficientes de caja» que luego «se apañarían» por la vía tributaria en la reforma fiscal. Y empresarios y comerciantes como Juan Garrigues Walker o Ramón Mendoza enviaban mensajes para conseguir licencias de importación y exportación de crudos, automóviles, camiones, *land rovers*…

También el Rey recibía presiones directas de empresarios y banqueros, al hilo de la Constitución. Luis Olarra, Emilio Botín, José María Aguirre Gonzalo. Y en mano, la información que le facilitaba Alfonso Escámez, senador de designación regia y banquero de su patrimonio personal, cuando se debatía el Estado de las autonomías, la definición de España como Estado social y democrático de derecho, la libertad sindical, el derecho a la huelga, la primacía del interés general en la economía y su planificación por el Estado… En una carta manuscrita del Rey a Suárez se hacía eco de su reciente conversación con el banquero Botín y con el empresario Olarra, senador real, que habían ido a La Zarzuela a manifestarle «sus inquietudes porque se está haciendo una Constitución contra España»[12].

Fueron incontables los intentos de torcer la mano a los constituyentes, unos llegaban a La Zarzuela; otros, a La Moncloa. Suárez se los pasaba a Abril:

Tuvimos que recortar, pacificar, consensuar desde la prohibición de asociación sindical para militares, jueces y funcionarios públicos, hasta los servicios mínimos en caso de huelga —explicaba Abril Martorell, poco tiempo después—; desde el *lock-out* en los conflictivos hasta las exigencias de los colegios profesionales, las demandas de los padres de familia en temas de enseñanza defendiendo su derecho a crear y dirigir colegios privados… El socialista Gómez-Llorente propugnaba con vehemencia la enseñanza pública, estatal, obligatoria y única, como un mastín que no suelta la presa. Y no digamos las discusiones, ¡torneos jurídicos! Entre Lavilla y Peces-Barba, porque los socialistas querían que el fiscal del Estado y la Junta de Fiscales no fuesen el Ministerio Fiscal, del Gobierno, sino que pertenecieran al poder judicial, y los actos del fiscal no los refrendase el ministro de Justicia, sino el presidente del Tribunal Supremo[13].

En cambio, ante la gran cuestión de la aconfesionalidad del Estado, «ninguna confesión tendrá carácter estatal», ni el papa Pablo VI ni la jerarquía de la Iglesia en España se pronunciaron. Así lo declaró uno de los siete ponentes de la Carta Magna, Miguel Herrero de Miñón: «Soy católico practicante. Trabajo de lleno en la Constitución. Pues bien, ni Tarancón, ni el nuncio Dadaglio, ni el obispo de mi diócesis, ¡ni mi párroco!…, absolutamente nadie me ha

dicho todavía una sola palabra sobre lo que yo podría hacer a favor de la Iglesia. Me siento con plena libertad para obrar según mi conciencia»[14].

Santiago Carrillo, como miembro de la comisión constitucional, siguió muy atento esos trabajos; pero ya antes, a través del comunista catalán Solé Tura, tenía un registro directo de lo que debatían los siete ponentes y en qué puntos se enzarzaban. Ante las reacciones que suscitó la palabra *nacionalidades,* interpretada tanto por la derecha de Fraga como por el estamento militar como «un atentado en la línea de flotación a la unidad nacional», Carrillo habló con el presidente Suárez. Le vio dubitativo. «Con lo rico que es el castellano —le dijo Suárez—, yo preferiría otra expresión que, significando lo mismo, no asustase tanto: autonomías, comunidades autónomas…» El día que «los siete sabios de Grecia» debían decidir, Suárez llamó a Carrillo por teléfono: «Santiago, te adelanto que los tres ponentes de la UCD, José Pedro, Miguel y Gaby, apoyarán el término *nacionalidades*. Pero no creas que ha sido fácil»[15].

El Ejército propone ser un poder del Estado

Los militares, a través del teniente general Vega Rodríguez, le hicieron llegar a Suárez un proyecto escrito sobre las Fuerzas Armadas para que se consagrasen en la Constitución como un poder militar autónomo[16]. De ese propósito supo también Abril Martorell: «Estaban muy influidos por el fenómeno portugués y eran partidarios de un poder militar que no dependiera del Gobierno y que tuviera en su cumbre al Rey»[17].

Confirma esa información Herrero de Miñón: «Adolfo Suárez me dijo que el teniente general Vega le entregó unos folios sobre el poder militar, tal como los altos mandos querían que figurase en la Constitución. La idea era un poder independiente del ejecutivo, del legislativo y del judicial. Un auténtico «cuarto poder», sólo que… con armas. Quizá fue redactado por el equipo de juristas que tenía, o seguía teniendo, Fernando de Santiago y Díaz de Mendívil, ex vicepresidente del Gobierno»[18].

El periodista Emilio Romero, hombre muy próximo a cenas y sobremesas con generales en activo, conoció el proyecto y el intento: «Hubo cierta presión del Ejército sobre el Gobierno, sobre el Rey y sobre determinados autores de la Constitución con idea de darle un poder más real al monarca, darle el mando supremo militar, que la Constitución se lo atribuye sólo simbólicamente, no de hecho. Ésa ha sido siempre la tentación del Ejército desde que hay democracia en España: generar un poder militar autónomo, independiente del Gobierno, y encabezado y mandado por el Rey»[19].

«Sobre el presidente Suárez —comentaba Santiago Carrillo— debieron de ejercerse presiones de todo género. Yo tuve la impresión, a lo largo de todo el debate constitucional, de que en éste participaba activamente un protagonista invisible: el Ejército. Nunca supe quién transmitía al Gobierno las opiniones del mando militar, ni por dónde le llegaban a Suárez; pero tenía la convicción de la presencia de ese factor invisible, demasiado opresiva a veces, mientras duraron los trabajos de la Constitución. Suárez me reconoció más de una vez que un sector del Ejército había seguido con la escopeta apuntando todo el período constituyente, y particularmente cuando se trataron los temas vasco y catalán»[20].

Arzalluz: «Queremos pactar sólo con el Rey»

Querían y no querían, pedían la luna, «su luna», pero tenían que dársela en el envoltorio que ellos mismos decidieran. Sobre sus derechos históricos y la soberanía originaria del pueblo vasco, no les bastaba como fórmula «la Constitución ampara y respeta»; debía decir «reconoce y garantiza». «Reconoce, sí —argüía Arzalluz—, porque no es algo que se nos dé aquí de nuevas, sino que lo tenemos desde tiempo inmemorial, en todo caso, preconstitucional». Rechazaban cualquier coletilla que dijese «en el marco de la Constitución». Y, a medida que obtenían, oponían reparos, pedían más: los fueros, los conciertos, la enseñanza, la Policía autónoma… Si duda, se habían percatado de que todo el mundo andaba de coronilla para conseguir que los vascos entraran en el gran consenso constituyente. Fueron días y días de propuestas aceptadas, rechazadas, vueltas a aceptar, vueltas a rechazar. Con tanto trasiego negociador, lograron que los socialistas Guerra, Benegas y Múgica se hicieran íntimos amigos de los ucedistas Abril Martorell, Herrero de Miñón y Pérez-Llorca. Los vascos habían logado convertir su problema en «el problema».

Para empezar, después de retirarse cuatro días a estudiar el proyecto en Amorebieta, Gipuzkoa, en enero de 1978, se presentaron en el Congreso con un paquete de ciento una enmiendas, al que llamaron solemnemente Pacto Foral con la Corona[21].

«Es una fórmula multisecular. Los vascos hemos vivido durante siglos en régimen de pacto con la Corona. Nunca atentamos ni atentaremos contra ese pacto: mi partido propone la renovación del Pacto Foral con la Corona y lo cumplirá cabalmente si llega a plasmarse», declaró Arzalluz en el pleno del Congreso de los Diputados el 5 abril de 1978, anunciando el paquete de sus ciento una enmiendas.

Suárez entendió que querían «rancho aparte» y «pacto en las alturas»; pero que venían a decirlo a Madrid y en el Congreso. Le interesó lograr un entendimiento sensato y realista. Al final del debate, se acercó a Arzalluz:

—Xabier, tenemos que hablar, sentarnos a estudiar ese texto, negociarlo y llegar a un acuerdo. Lo quiero seriamente.

—Me alegra oírte. Porque yo he venido aquí en busca de una Constitución donde quepamos todos, pero donde quepan también mi historia, mis derechos y mis fueros. A mi gente y a mí nos gustaría explicárselo al Rey. ¡Se trata de pactar con el Rey!

Sonaba a medieval y sonaba a absolutismo regio, pero…

Pocos días después, el 16 de ese mismo mes, la élite política vasca se encontraba con el Rey en Candanchú, en el Pirineo de Huesca. Carlos Garaikoetxea, Eli Galdós, Xabier Arzalluz y Mikel Unzueta hablaron con Don Juan Carlos de modo informal, en el despacho del jefe de monitores de Candanchú, la estación de esquí. Los *burukides* del PNV tenían allí una casa refugio de montaña con su cocina tradicional, el *txoko*. Don Juan Carlos ya había ido por allí algunas veces. Le expusieron pausadamente su punto de vista para integrar lo vasco en lo español: «No es el Estado el que se vacía, cediendo y transfiriendo competencias a las autonomías; son los pueblos, soberanos desde su origen, los que ceden parte de su soberanía para configurar y articular entre todos un Estado, cuya forma política ha de ser la Monarquía, la

Corona». Charlaron un par de horas. El Rey los escuchaba de buen grado. «Y entendiéndonos, eh, poniéndose en nuestro pellejo», comentaron ellos después. Tanto que les dijo: «Id dos de vosotros y explicadle todo esto a Don Juan como lo habéis hecho hoy conmigo. Y tú, Xabier, sigue hablando con Adolfo Suárez. ¡A ver si entre todos…!»

Mikel Unzueta y Federico Zabala viajaron a Estoril. Y se llevaron una impresión positiva de su conversación con el padre del Rey[22].

Ése era el clima. Y el deseo. Pero a la hora de escribirlo negro sobre blanco se fueron complicando las cosas.

Jornadas trepidantes las del 19 y 20 de julio. Recta final. Y todavía sin acuerdo con los vascos. Dos días antes, el Rey recibió al presidente del Congreso, Álvarez de Miranda: «Fernando, ¿qué os pasa?, ¿qué arreglo le ves a lo de los vascos?, ¿y qué registro tienes de abstenciones finales?… Se apela demasiado a la Corona, ¿es que no saben que yo ahí no puedo meter baza?» Estaba preocupado.

«Para nosotros —decía Arzalluz, con voz suave pero tan bien lanzada que al resonar en la Cámara imponía silencio— los fueros no son reliquias históricas, ni son un almacén de leyes caducas, sino un nivel de poder político, una disponibilidad propia, que en ningún momento pugnó ni desea pugnar con la unidad de la Corona». Y condicionó «la aceptación y el apoyo del PNV a la Corona, a que la Corona garantice los derechos históricos de los pueblos de España».

«Estábamos en muy buena disposición para encontrar una fórmula satisfactoria para ellos y correcta para todos los demás —diría después Peces-Barba—. Presionaban mucho, para obtener lo máximo. Y, una vez conseguido, lo descartaban como insuficiente»[23].

Además, entre el resto de las regiones se había disparado un súbito apetito autonomista, que el ministro Clavero Arévalo despachó con un «¿por qué no? ¡Café para todos!», y empezó la guerra de la emulación: «¿Que unos son diferentes? Pues seamos diferentes todos». El Rey y Suárez compartían preocupación: «¡Ojo con esta borrachera de democracia, que entre unos y otros nos desguazan España!»

Por poner un poco de cordura en esa peligrosa dinámica, Abril y Guerra pensaron incluso en resucitar para Cataluña, País Vasco y Galicia los Estatutos de autonomía de la República, y diseñar para el resto del Estado un modelo unitario, con cierta descentralización administrativa. Abril se lo expuso a Gutiérrez Mellado. «Me gusta la letra de esa copla, pero la música va a hacer demasiado ruido en los cuarteles», fue la respuesta del teniente general. El «ponente invisible», que Carrillo detectaba, podría cambiar la escopeta por un fusil MAS-49.

La negociación terca estribaba en que Arzalluz debía aceptar «la indisoluble unidad de España», renunciar a «la autodeterminación» y admitir que el Estatuto vasco y los fueros tenían que salir de la Constitución, y no extramuros, como un ovni histórico que aterrizara en el presente. Y ese forcejeo consumió muchas horas a puerta cerrada, Arzalluz y Abril Martorell, Marcos Vizcaya con Pérez-Llorca, Guerra y Benegas llevando y trayendo mensajes de unos y otros, y lubricando tensiones. Abril, consultando a La Moncloa. Miquel Roca, también en el juego, de hombre puente. Suárez y González, afanados buscando fórmulas para salir del atolladero. Un tropel de ministros al retortero: Cabanillas, Sánchez-Terán, Clavero, Garrigues Walker, Arias-Salgado, Cavero. Todas las líneas telefónicas ocupadas. Y entretanto, la JUJEM

reunida, y permitiendo que alguien filtrara que «de las cuatro horas, tres se han dedicado al tema vasco», «el almirante Arévalo Pelluz habló claro y fuerte… se llegó a decir que España estaba rota… y se contempló "militarmente" la posibilidad de una lesión a la unidad nacional». En cierto momento, al mediodía del 20 de julio, Abril había entregado una propuesta escrita —una más— del Gobierno al PNV. Al cabo de unos minutos, caras de satisfacción. «¡Lo aceptan! ¡Hay acuerdo!» Pero a los diez minutos, toque a rebato. Abril ha recibido consigna de retirar su propia propuesta. Se acabó el tira y afloja.

«El cerrojazo de Abril viene de muy alta fibra —dijo Guerra, que había ido a enterarse—, más allá de Suárez. Más allá y más arriba». Estaban ya en la cuenta atrás de las horas que faltaban para la votación final.

La cuestión vasca fue el problema más sensible, y el más grave, que los constituyentes no acertaron a resolver con un acuerdo digno y satisfactorio para ambas partes. A los nacionalistas vascos no les bastaba que la Constitución admitiera y regulase la iniciativa de cualquier región o provincia para constituirse en comunidad autónoma. Ellos querían, no la aceptación, no el respeto, sino el reconocimiento de sus derechos históricos y de sus fueros como algo indiscutible y preconstitucional, secularmente anterior a cuanto estableciera la Carta Magna. Y ese reconocimiento del «hecho histórico» no encontró lugar ni acomodo en la Constitución[24]. Como tampoco se encontró la octava silla para el representante vasco en la ponencia de los «padres constituyentes», evitando su exclusión y propiciando su integración. Es políticamente ilógico que se abstuvieran. Pero el síndrome no era lógico, sino psicológico. Venía de atrás. Llovía sobre charcos de antiguas afrentas. ¡Caben tantos malos recuerdos, tantos «si yo te contara», bajo una chapela! No se ha de olvidar que, por decreto ley firmado por Franco el 23 de junio de 1937, Gipuzkoa y Bizkaia fueron expoliadas de sus exenciones fiscales y consideradas «provincias traidoras» hasta que, cuarenta años más tarde, otro decreto ley del Gobierno de Suárez abolió aquel castigo.

Faltó una dosis de flexibilidad y sobró otra dosis similar de desconfianza.

En cuanto a los vascos, administrando hábilmente su «sí, pero…», no le hicieron ascos a la Carta Magna llegado el momento de construir el Estatuto de Guernica, en esa matriz que antes despreciaban.

El Rey quería «un derecho de veto, como mi prima Lilibeth»

Mientras la Constitución se debatía ya en comisión, en una mesa discreta del restaurante Medinaceli, cerca de la Carrera de San Jerónimo, almorzaban casi a diario el presidente de las Cortes, Antonio Hernández Gil; el letrado mayor del Congreso, Felipe de la Rica, consuegro de Sabino Fernández Campo; y Sabino. Era un seguimiento sobre el mantel de la marcha de los debates, los encuentros y desencuentros entre los diputados, las negociaciones entre el partido del Gobierno y los grupos opositores. Así el Rey podía contrastar esas noticias que le suministraba Sabino con la información que recibía de Suárez en sus despachos.

Algunas personas próximas al monarca, o senadores reales o funcionarios opinantes de la Casa Real, pensaban que, aun siendo indispensable un vaciamiento o expropiación de las

facultades y poderes para que el monarca fuese constitucional, y no un «caudillo coronado», podría convenir que se le dejase al Rey algún tipo de iniciativa, algún atributo suyo, propio y libre, no necesariamente refrendado por el Gobierno, como lo que recogía, por ejemplo, la Constitución de 1812, la Pepa, con ser la más liberal.

Sabino Fernández Campo oía a unos y a otros, tomaba nota y luego lo comentaba con el Rey:

—Sería bueno prever un trámite, para cuando el Rey disintiera abiertamente de una disposición legal sometida a su sanción; que no tuviera que firmarla a lo trágala, le gustase o no, o incluso contraviniendo su fuero de conciencia. Porque si el Rey ha de rubricar todo *BOE* de canto dorado que le pongan delante, su firma se convierte en una estampilla mecánica y obligada. Y, por obligada, no libre y no responsable política y moralmente. Eso supondría dejarle el derecho regio de «reconsideración»: un acto, un gesto, más atenuado que el veto, por el que el monarca pudiera devolver un proyecto de ley para que el Gobierno o el Parlamento lo reconsiderasen.

El Rey lo trató con Suárez y Lavilla.

—En las monarquías europeas reinantes —le dijeron— ya no existe esa facultad de devolución de una ley al Gobierno para su reconsideración.

—Pues mi prima Lilibeth —la reina Isabel de Inglaterra— y su hijo Carlos de Gales conservan ese privilegio.

—Pero no es bien visto por los ingleses, porque en el fondo es una auténtica fuerza disuasoria real. Esto a la reina no le gusta, la reina lo devuelve, el Gobierno ha de cambiarlo, o enfundárselo… Es una imposición. Además, Majestad, con demasiada frecuencia lo ejercen mirando más por sus intereses patrimoniales que por el bien general, o por conflictos de conciencia.

Otra propuesta que Sabino apuntó al Rey, y el Rey a Suárez, fue la de poder convocar al pueblo en referéndum y consultarle directamente sobre temas trascendentales para la nación, que surgieran de forma imprevisible, o se plantearan al margen de las promesas electorales o los acuerdos de los partidos políticos. Incluso, sobre medidas del Gobierno que dividieran la opinión popular y pudieran crispar la convivencia ciudadana.

—A mí me parece —razonaba el Rey— que, ante temas importantes que llegaran a enfrentar a los españoles, alguien imparcial y situado por encima del Gobierno y de los partidos tendría que poder pulsar la opinión nacional en referéndum. Y no hay más alguien que el Rey.

—Pero ¿en que rarísima hipótesis está pensando, señor? —le preguntaba Suárez.

—Por ejemplo, la participación del país en una guerra, decidida unilateralmente por el Gobierno, y no por las Cortes, basándose en equis razones. O una ley económica, o laboral, o moral, que se le imponga al ciudadano, contra sus intereses o contra sus creencias, y que no estuviera prevista en el programa electoral que el pueblo votó.

A Suárez no le gustó que el Rey pudiera actuar como «tercera vía» o como «instancia de apelación» entre los ciudadanos y su Gobierno. Descartó la propuesta.

En otro momento, Suárez y uno de los ponentes de la UCD trataban con el Rey el texto que iría al borrador sobre la libertad del monarca para nombrar y separar a los miembros de su Casa y administrar el presupuesto que cada año se le adjudicase. Le comentaron que Fraga «quería

amarrar demasiado: hasta el sueldo del Rey y los ascensos, destinos militares y pagas del Príncipe de Asturias cuando ya fuera mayor de edad».

El Rey sugirió que le gustaría tener la facultad de dirigirse a los españoles mediante mensajes especiales, en circunstancias serias y excepcionales, al margen de los discursos de Navidad y Pascua Militar. No obtuvo respuesta en el momento. Y no quiso volver sobre ello.

Supo que algunos monárquicos eran partidarios de crear un «consejo asesor de la Corona» para orientar al Rey cuando él lo estimase necesario. Ese consejo le facilitaría un bagaje jurisprudencial, eliminando a los consultores ocasionales y los oportunistas. Ahí coincidieron el Rey y los «siete sabios de Grecia»: podía convertirse en una camarilla de influyentes, un «gobierno en la sombra».

—Y además —oponía el Rey—, ¿los elijo yo, o me los dan ya elegidos? Y si sus consejos no me gustan, ¿cómo me los sacudo de encima?

Se desestimó la idea. El Rey era alérgico a tener un *staff* burocrático demasiado amplio, cortesanos ociosos pululando por su Casa, corsés pretorianos que estuvieran todo el tiempo marcándole horarios para reuniones formales. Prefería reunirse de cuando en cuando con sus amigos cazadores, regatistas, esquiadores, navegantes; con los compañeros militares de sus promociones de Zaragoza, San Javier y Marín, los del «curso probeta» de sus estudios en la universidad; con sus amigotes de farras… Pocos años después se formó el grupo de «los amigos secretos del Rey», sin gente del Gobierno ni grandes de España; simplemente amigos. Eran doce y se reunían a cenar cada mes en casa de uno, iban rotando. Sólo un político, Pío Cabanillas Gayas. Otros miembros del grupo eran Manuel de la Concha, Antonio Garrigues Walker, Juan Antonio Ruiz de Alda, Mariano Rubio, Plácido Arango, Paddy Gómez-Acebo, José María Entrecanales y Miguel Primo de Rivera.

El Rey: «Aquí me han *desplumao,* pero… ¡me han *legalizao*!»

Aunque antes de aprobarse la Constitución el Rey tenía todos los poderes heredados de Franco, sólo mostró firme interés, por tratarse de algo propio de su condición de Rey, en los artículos referentes a la jefatura del Estado, a la Corona. Llamó al presidente Suárez y a Pérez-Llorca, como ponente constitucional, y les dijo:

—Quiero tres cosas, y vosotros ya veréis en qué título o en qué artículo han de ir. La primera, que España se defina como una Monarquía parlamentaria. La segunda, que en la continuidad dinástica se introduzca la igualdad de derechos entre hombres y mujeres para reinar; o sea, que en España pueda haber reinas, que Franco las eliminó. Eso sí, manteniendo la prioridad, la prelación, de mi hijo Don Felipe, al que ya he investido Príncipe de Asturias, como excepción. Pero, después de él, ya no habrá discriminación de sexo, y el orden sucesorio de la Corona será por edad y parentesco directo. Una tercera cosa: en el escudo de España, con las columnas pero sin águila, y coronado, tienen que figurar las tres lises de la dinastía Borbón-Anjou[25].

Tardó un tiempo en definirse por ley el escudo nacional. No figuró en la Constitución, porque se precisaba un estudio de la Academia de la Historia y el trabajo de los dibujantes y peritos de heráldica. No estuvo definido hasta la Ley 33/1981. Tuvo su anécdota la cuestión de

las flores de lis. Aparte de los cuarteados con el castillo, el león rampante, las cadenas y las cuatro barras, y la granada debajo, en el centro debía llevar un escusón azul con tres lises.

Alfonso Guerra se lo había estudiado bien y decía: «Nada que oponer. Según el dictamen de la Academia, es casi, casi, el mismo escudo que rigió en España todo el siglo XIX y parte del XX, incluidas las repúblicas. El de la Primera República no llevaba el escusón, y la corona real se sustituyó por la corona cívica de laurel; y el de la Segunda República iba coronado con un tronco de castillo, pero sin el escusón ni las lises».

A la hora de redactar la ley, entre Guerra, Luis Solana y Alfonso Osorio lo solucionaron salomónicamente, aunque ninguno de los tres gobernaba: el apartado primero de la Ley 33/1981 describía todo el escudo nacional, incluida la corona cimera; y el apartado segundo agregaba que «en honor a la dinastía reinante, el escudo llevará el escusón con las tres flores de lis». Guerra, gastando sorna, dijo:

—Bueno… así el día que aquí haya una Tercera República no habrá que andar cambiando el escudo, con quitar el escusón, listo.

Cuando se lo contaron al Rey, contestó:

—¿Y qué más me da que lo del escusón se diga en el artículo primero o en el artículo segundo? A mí lo que me importa es que, mientras yo sea Rey, las tres flores de lis tienen que estar en el escudo porque son las de mi dinastía[26].

Fuera de eso, el Rey no insistió de modo especial en ningún punto de la Constitución. Incluso tuvo que enviar recado a varios senadores reales para que se abstuvieran de defender ciertas cuestiones, por no implicar a la Corona, ya que la gente los veía como una especie de *lobby* regio, y podían interpretar que el Rey pedía tal o cual cosa por boca de ganso.

Básicamente, la aceptación de la Monarquía estaba zanjada desde dos años antes, desde los encuentros secretos entre Felipe González y Adolfo Suárez en el piso de Joaquín Abril Martorell, en casa de Rafael Anson, o en el despacho de Servibank, que Luis Solana compartía con Pérez-Llorca en Castellana 8. Pero aquel acuerdo fue verbal, no se hizo público, quedó entre ellos. Y la cúpula socialista tras las reuniones en el parador de Sigüenza, elaborando sus propuestas de Constitución, declaró que el PSOE defendía la República como forma de Estado. Mantuvo la apariencia de su republicanismo durante los quince meses que duraron los trabajos constituyentes. Mentía, fingía… Necesitaba esa actitud testimonial porque tenía unos cuadros todavía muy escorados a la izquierda y unas bases de fuerte convicción republicana.

Esa incertidumbre fue bastante incómoda para el Rey y para Suárez porque se mantuvo hasta muy tarde. Hasta el discurso de Luis Gómez Llorente en la «sala verde» donde se reunía la comisión constitucional. Fue entonces, 11 de mayo de 1978, cuando expuso «el voto republicano del PSOE»: las razones para oponerse a la Monarquía en su esencia, como sistema fundado en un privilegio hereditario de cuna, sin elección de los ciudadanos, y rechazando que el niño nacido príncipe, por el hecho biológico de ser hijo del Rey, tuviera como herencia el derecho a ocupar en su día la jefatura del Estado.

El PSOE quería que en las actas de la historia constase que no había arriado su bandera ni mudado sus principios, sino que había sufrido una derrota en buena lid parlamentaria[27].

«Aquel voto particular socialista —explicaba tiempo después Gregorio Peces-Barba, convertido ya en asesor de confianza del Rey— propició una votación sobre la Monarquía, que luego se generalizó en las sucesivas votaciones en el Congreso y en el Senado y en el referéndum constitucional. Y sirvió para potenciar su legitimidad racional en un texto que además reconocía su legitimidad histórica».

Y Carrillo apostillaría: «Los diputados del PSOE de entonces eran como una asamblea de profesores progres. Atrapados en su izquierdismo declarativo, habían presentado un voto testimonial republicano y no sabían cómo retirarlo. Nosotros, dando el paso de aceptar la Monarquía constitucional parlamentaria, se lo facilitamos; si no, los socialistas no se habrían atrevido a transigir. Y quién sabe si, por empeñarnos en buscar la República, hubiéramos podido perder la democracia. Porque el Ejército habría intervenido en defensa de la Monarquía»[28].

Socialistas y comunistas, conscientes de que existía un poder fáctico militar, siquiera en estado latente, pero alerta y armado, concluyeron que al Ejército sólo podría tenerlo a raya un Rey militar que apostase por la democracia, como había hecho Juan Carlos. Y lo aceptaron «a condición de que se porte como un demócrata». Como un demócrata cuyo uniforme y rango de capitán general le daba la apariencia de tener las Fuerzas Armadas bajo su mando. Pero eso no era cierto. El artículo 62, en su apartado h, es una carcasa simbólica, supremamente honorífica, pero vacía. El Rey puede ser el escuchador, paño de lágrimas, pararrayos, psiquiatra y taza de tila de los inquietos y a veces indignados generales, pero no puede dar órdenes ni en el regimiento de la Guardia Real.

Al Rey le desconcertaba justamente esa paradoja de figurar sobre el papel como jefe supremo de las Fuerzas Armadas, pero sin poder dar órdenes porque quien las da es el presidente del Gobierno o, por delegación suya, el ministro de Defensa. Y tener, también sobre el papel, la facultad de declarar la guerra o la paz, artículo 63.3, sin ser él sino el Parlamento quien lo decida y autorice. Porque en la Constitución queda meridianamente claro que es al Gobierno al que corresponde «dirigir la política interior y exterior, la Administración civil y militar, y la defensa nacional». Como no queda bruma alguna respecto a la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil, y al carácter meramente simbólico del mando del Rey sobre los ejércitos.

Ése era el precio de ser monarca parlamentario y constitucional: tener autoridad, pero sin poderes. Reinar, pero sin gobernar. Estar muy arriba, pero como un símbolo. Ser árbitro y moderador de todos, pero sin pertenecer a nadie. Facultades ambiguas, desdibujadas, no definidas, que irían adquiriendo su perfil y su relieve con el ejercicio. Lo suyo consistiría, más que en un hacer, en un estar. Y ese «no hacer», hacerlo muy bien.

La Constitución se votó separadamente en ambas Cámaras.

Primero en el Congreso. Uno tras otro, los diputados fueron levantándose y pronunciando su voto. A favor, trescientos veinticinco. En contra, seis (los cinco de AP y el de Letamendía). Abstenciones, diez (siete del PNV y tres de AP). Ausencias, cinco. Con una misma palabra, «no», rechazaron la Constitución Francisco Letamendía, de Euskal Iraultzarako Alderdia-Herri Batasuna (EIA-HB), y Federico Silva, de AP. Silva dijo «no», porque «las nacionalidades ponen en peligro a la nación». Y Letamendía por todo lo contrario: «La nación no me asegura las

nacionalidades».

A su paso por el Senado, que funcionó como auténtica Cámara de segunda lectura, el texto se pulió, se completó, se mejoró. Y aun así, como había discrepancias entre algunos puntos del proyecto aprobado por el Congreso y del aprobado por el Senado, se sometió a una comisión mixta Congreso-Senado, que elaboró un texto aproximando las posturas más dispares, siempre en busca de una redacción conciliadora que favoreciera el encuentro. El texto definitivo fue votado y aprobado en ambas Cámaras el 31 de octubre de 1978. En el Congreso, de 345 votos emitidos, hubo 325 afirmativos; 6 en contra, y 14 abstenciones. En el Senado, de 239 asistentes, votaron a favor 226; en contra, 5, y se abstuvieron 8.

El 6 de diciembre de 1978, se sometió a referéndum. Con una participación del 58,97 por ciento del censo electoral, fue aprobada por el 87,78 por ciento de los votantes.

«La asumimos entera, de la cruz a la fecha —decía González después de una de las votaciones, comiéndose una pimpante lechuga bien cubierta de aceite y vinagre—; y no es que me vuelva loco de alegría, pero con esta Constitución podremos gobernar las izquierdas y las derechas»[29].

Con cara de guasa, pero con su calibre de ironía, decía el Rey en el palacio de las Cortes, minutos después de haber sancionado la Constitución: «¡Felicitadme, hombre! Porque éstos aquí me han *desplumao* de poderes, pero… ¡me han *legalizao*!»

Pocos días después, invitado por el Rey, asistió Adolfo Suárez a una cena en la que estaba también Don Juan. Hablaban, naturalmente, del éxito rotundo de la Constitución en el referéndum, destacando que «los vascos, mucho abstenerse, mucho abstenerse en público, pero fue a votar más de la mitad del país, el cincuenta y cinco y pico; y en cuanto les pusieron las urnas con cortinillas, el 69,12 por ciento votó a favor».

En ese contexto y sin disimular su satisfacción, Suárez le dijo a Don Juan:

—¿Ve, Señor? Han pasado tres años de la muerte de Franco, sólo tres años, y de todo lo que dijo que dejaba «atado y bien atado», ya no queda nada.

—Sí queda. —Don Juan alzó el mentón y su entera testa con aire retador.

—¿Qué?

—Tú y tú. —Y señaló al propio Suárez y a su hijo, el Rey[30].

En el alma de Don Juan, la pervivencia de Franco no se liquidaba pasando página. A él todavía le escocía. Era un corolario sensitivo, pero no cierto. Más afinado y en razón, el último trazo de Antonio Hernández Gil, que había sido presidente de aquellas Cortes constituyentes. Una vez concluidos los trabajos, dijo: «La Constitución, al derogar en su disposición final todo el aparato legal precedente, rompió cualquier hilo de continuidad o de continuismo con lo anterior. No hubo una ruptura política inicial, como punto de partida; pero sí hubo una ruptura jurídica final y por tanto incruenta. El legislador hizo el papel del cirujano, en lugar del revolucionario dinamitero»[31].

Ciertamente, la Constitución había roto —y sin hacer sangre— el hilo fuerte del «atado y bien atado».

Los Pactos de La Moncloa: los comunistas se ponen corbata

Las Cortes constituyentes trabajaban como en una campana neumática, aisladas de lo que ocurría alrededor. Pero fuera tronaba. La crisis económica que España arrastraba desde 1973 era ya gravísima y, sin catastrofismos, tanto el Gobierno como la oposición temían una deriva trágica. El aumento de los precios del petróleo. El déficit agudo de la balanza de pagos. La inflación superaba el 26 por ciento, y con previsiones al alza. La espiral precios-salarios, desbocada, y el dinero circulando a espuertas, sin reserva de divisas. Muchas empresas, entre ellas las del Instituto Nacional de Industria (INI), eran insostenibles. Había que hacer una reestructuración industrial a fondo, y nadie se atrevía. La hemorragia del desempleo aumentaba por días; y a la cifra de parados se añadía el regreso masivo de emigrantes que Europa, también afectada por la crisis energética, despedía y desalojaba. Desde los últimos años del franquismo se acusaba un flujo intenso de fuga de capitales. Desinversión, descapitalización, conflictividad laboral: paros, huelgas, protestas, despidos, cierres patronales… Los empresarios, acostumbrados a imponer su fuerza corporativa o a recurrir al intervencionismo estatal en la relación patrono-obrero, desconfiaban de un nuevo escenario político en el que tenían que «sentarse hasta entenderse» con los sindicatos de clase como interlocutores.

En ese sombrío panorama, además de tronar, con inclemente frecuencia caían rayos: ETA se encarnizaba con víctimas de uniforme: policías, guardias civiles, militares. Cada vez que el asesinado era un general, la prensa ultra cebaba de odio y de revancha al Ejército.

La UCD, más que un partido, era, como decía Martín Villa, «una gestora de la Transición, en beneficio de todos y sin agradecimiento de nadie», y se había dedicado primordialmente al gran reclamo social: desguazar la dictadura, asfaltar el camino de los derechos y las libertades, y poner en marcha la Constitución. Y ello, en un continuo ejercicio de negociación donde cada cesión a las demandas de la izquierda se traducía en una merma del electorado propio de centroderecha, enfrentándose a los sectores económicos, religiosos y militares más reacios al cambio.

Al formar su nuevo Gobierno tras las elecciones del 15-J de 1977, Suárez había fichado a una lumbrera de la economía, el profesor Enrique Fuentes Quintana, un eminente gurú que llegaba con su programa de medidas urgentes en la cartera. Le dio el rango de vicepresidente y toda la cancha de maniobra que requiriese. Fuentes le soltó sin ambages: «Presidente, no quiero aguar la fiesta de las libertades, pero España es un enfermo grave y necesita quirófano, intervenciones urgentes y un plan drástico de saneamiento». También le dijo «la profundidad de la crisis —embalsada y desatendida demasiados años ya— va a requerir una cura tan antipática, tan antipopular, que precisará el concurso de todas las fuerzas políticas, económicas y sociales. Es decir: remangarnos a trabajar todos, y repartirnos los costes entre todos. Es importante que Paco [Fernández] Ordóñez se ponga ya con la reforma fiscal».

Ese diagnóstico cristalizó en el cerebro de Suárez en una sola palabra: *pacto.* Sin perder un instante, citó en La Moncloa a Santiago Carrillo. Por aquellos días —otoño de 1977—, el líder comunista insistía públicamente en «la necesidad patriótica de un Gobierno de concentración».

Con otras palabras, lo de Fuentes Quintana. Carrillo contaba apenas con veinte escaños en el Congreso, pero tenía el gran sindicato CC.OO.

—Voy a hablarte claro, Santiago. En lugar de ese Gobierno de concentración, te propongo un gran pacto político-social. Tendrían que venir Felipe, Fraga, los catalanes, los vascos… Aunque no confío mucho en que los socialistas estén por colaborar. A Felipe le he hecho alguna que otra señal, pero no… Quizá empecemos tú y yo solos, pero ya se nos irán uniendo. Si no logramos un acuerdo básico, todo lo hecho hasta ahora por cambiar el sistema puede venirse por tierra.

Luego, sin mencionar a nadie, pero pensando probablemente en las exigencias de los socialistas, en las actitudes retro de ciertos líderes de AP y en la terquedad del PNV, Suárez le confesó:

—Me da la impresión de que se divierten jugando a lanzarse un frágil jarrón de porcelana china, que eso es la Transición, y yo me veo dando saltos increíbles para cogerlo en el aire y que no se rompa contra el suelo. ¿No se darán cuenta del riesgo?

—Pues, la verdad —le respondió Carrillo—, yo también me veo así muchas veces, dando algunos de esos saltos, y con sólo veinte diputados, porque me importa tanto como al que más que el jarrón de China no se haga añicos[32].

«El verdadero revolucionario —escribió Ortega— lo que tiene que hacer es dejar de pronunciar vocablos retóricos y ponerse a estudiar economía». Eso hicieron los camaradas de Santiago Carrillo. Se alarmaron seriamente por el desfonde económico de España, arrastrado y sin resolver desde la crisis del petróleo de 1973, y propusieron al Gobierno unos pactos a tres bandas: empresarios, sindicatos y partidos políticos. «Si no nos mojamos todos, nos hundimos todos». Dejaron de proferir «vocablos retóricos» desde las barricadas de la protesta, se pusieron sus corbatas, se arriesgaron a ser tildados de comunistas de salón, incluso a perder votos; sí, pero ayudaron a hacer posibles los Pactos de La Moncloa.

La patronal CEOE rechinó. El PSOE y la UGT se mostraron muy renuentes. No querían participar. «Eso es cosa de Carrillo, que busca una foto». Rafael Arias-Salgado, hombre de confianza de Suárez y de Abril, todavía se enojaba al recordarlo treinta años después:

Felipe González no ayudó nada, ¡pero nada! A los Pactos de La Moncloa hubo que llevarle a rastras. No quería colaborar. Le decía a Adolfo: «No, ahora te toca gobernar a ti». No quería mojarse ni comprometerse en un ajuste económico impopular, y menos en pleno proceso constituyente. Se negaba a asumir siquiera el desgaste de las medidas de ajuste derivadas de los pactos: «Ese desgaste —decía— que se cargue en la factura del Gobierno. Primero, porque es su turno y le corresponde. Y segundo, porque ellos son los mismos que ya estaban antes; y no es que destapen ahora y se enteren, sino que conocían perfectamente el estado de cosas».

Felipe puso todos los palos que pudo a las ruedas del carro de la Transición, no sólo a los Pactos de La Moncloa. Tanto fue así, que Adolfo Suárez llamó a Carrillo para hacer los pactos, aunque fuera pinzando y puenteando al PSOE. Sólo ante la amenaza de esa pinza, y viendo que los otros partidos estaban dispuestos, accedió[33].

El *copyright* de las medidas de ajuste pertenece al profesor Fuentes Quintana; pero quien operativamente sacó adelante los pactos fue Fernando Abril Martorell.

Se iniciaron el 8 de octubre. Participaron los dirigentes políticos de los partidos con representación parlamentaria, acompañados de sus asesores; los firmaron el 27 del mismo mes en el palacio de La Moncloa[34]. Después fueron ratificados por las Cortes.

Se pactaron y aplicaron unas medidas urgentes, y enseguida hubo buenos resultados. Se fijó un tipo de cambio realista para la peseta. La inflación bajó drásticamente en pocos meses: de una previsión del 40 por ciento, cerró el año con un 26,4 por ciento, y al año siguiente descendió al 16 por ciento. A los aumentos de sueldos, que hasta entonces alcanzaban el 35 por ciento y el 40 por ciento, se les fijó un tope del 20 por ciento. También hubo recuperación del equilibrio en la balanza por cuenta corriente con superávit al año siguiente. Las reservas de divisas pasaron de cuatro mil millones de dólares a diez mil millones a finales de 1978.

La reforma fiscal del ministro de Hacienda Francisco Fernández Ordóñez introdujo dos novedades desconocidas en España: el impuesto progresivo sobre la renta de las personas físicas —«que quien más gane más pague»— y el impuesto sobre el patrimonio[35].

El Gobierno y el Banco de España establecieron medidas de control financiero, para evitar quiebras bancarias y fuga de capitales al exterior.

Pero, por proteger a las empresas y a las sociedades inversoras, y estimular así el tirón de la economía, los Pactos de La Moncloa hicieron caer sobre los trabajadores el peso más duro de los efectos de la crisis: mil parados diarios en la calle. También se produjo el inesperado *shock* petrolífero de mayo de 1979, cuando el barril pasó de doce dólares a cuarenta y a sesenta dólares, que descompuso buena parte del plan de ajuste previsto y pactado. Y eso incidió en perjuicio del Gobierno de Suárez, no de los partidos de la oposición que suscribieron los acuerdos.

Con todo, los pactos no fueron sólo una «foto de familia». Fueron la vuelta de manivela que puso en marcha el consenso. Hicieron posible el clima de avenencia en la Constitución y, poco después, en el tercer gran pacto: el de las autonomías. La sociedad española —experta en luchas cainitas— empezó a ejercer el diálogo y la transigencia mirando por el bien común, y a superar sus atavismos históricos de insolidaridad y enfrentamiento. A partir de aquellos pactos se sentó el precedente de las «mesas de concertación» entre los agentes económicos y sociales para lograr entendimientos donde hubiera discordia.

Felipe: pacto secreto en Moscú

En sus primeros años de Gobierno, la atención de Adolfo Suárez estuvo centrada en sus retos internos: la reforma política, los pactos económicos y la paz social. Todo eso que él resumía con la parábola fontanera de «cambiar todas las cañerías sin dejar de dar agua cada día». De modo tácito o explícito, el Rey y él funcionaban como un equipo con las tareas repartidas: la política exterior se tejía entre el palacio de Santa Cruz y La Zarzuela. Acompañado del ministro Marcelino Oreja, el Rey representaba a España, yendo a donde conviniera ir. Sólo en asuntos conflictivos, o muy pegados al terreno de la política comercial o pesquera o defensiva o antiterrorista, intervenía Suárez. Pero en el estándar de los días, «Suárez parecía estar más atento a las llamadas telefónicas que le pasaban durante el Consejo de Ministros —o así lo veía Marcelino Oreja—, que a los temas que allí se discutían. En cambio, yo subía dos o tres veces al

mes a ver al Rey para exponerle el panorama internacional, porque le interesaba seguir al pespunte los acontecimientos mundiales»[36].

«Tú, Marcelino, despacha con el Rey —le había dicho Suárez, desde el primer momento—, ve, cuéntale lo que haya y tenle al día. Hombre, cuéntamelo también a mí y, a ser posible, antes».

Desde que Suárez empezó a gobernar, el Rey había girado por trece viajes de Estado, y para 1978 tenía ya en agenda otros diez más. En un solo año se establecieron relaciones diplomáticas plenas con todos los países del Este, incluida la Unión Soviética, con Angola, con varios países del Sudeste Asiático y con México, rotas desde el fin de la Segunda República. Pero había dos frentes «importantes e impacientes», el ingreso en la OTAN y las relaciones con el Estado de Israel, sobre los que Suárez no se pronunciaba. No era un silencio de duda, sino conveniencia política. «Tiempo habrá —decía—. Lo haremos cuando sea el momento oportuno». Y de ahí no le sacaban.

Sin embargo, a partir de diciembre de 1977 y hasta julio de 1978, a la vez que en Madrid se fabricaba la Constitución, se tejían los Pactos de La Moncloa, se encajaban los trallazos de ETA y las resacas de indignación militar, hubo problemas en el norte de África de los que Suárez no podía desentenderse porque afectaban a la integridad territorial de España: había quien discutía la españolidad del archipiélago Canario y quien propugnaba su africanidad y su independencia. Era una reivindicación inducida, artificial, ajena a la población canaria, a contrahistoria y a contraley, pero estaba creando dolores de cabeza al Gobierno.

La línea de la diplomacia española que se venía aplicando con los países del Magreb intentaba que todos se sintieran tratados por igual, considerados como buenos amigos. Madrid se mantenía exquisitamente al margen de sus problemas locales, respetando los pleitos que hubiera entre ellos. Era un juego de habilidosos equilibrios con Marruecos, Argelia, Mauritania y Libia, pues en esas zonas España tenía contenciosos irresueltos como el del Sahara, o territorios propios que salvaguardar, Ceuta, Melilla y Canarias. Sin duda, una ventaja en las relaciones españolas con el Magreb era el no haber reconocido a Israel.

Como consecuencia de salir del Sahara las guarniciones militares españolas, sin ceder a ningún país vecino una soberanía que España no tenía, y que sólo al pueblo saharaui pertenecía, comenzaron las presiones y los chantajes por parte de los dos Estados que ambicionaban aquel territorio: Argelia y Marruecos. Marruecos hostigaba con restricciones pesqueras, violaciones en el transporte rodado de sus cítricos, y reivindicando Ceuta y Melilla, casi como un ritual obligado cada año al llegar el ramadán. Argelia, alojando y entrenando marcialmente a etarras y financiando el Movimiento para la Independencia del Archipiélago Canario (MPAIAC), a cuyo dirigente Antonio Cubillo le facilitó una emisora de radio en Argel para que lanzara sus arengas independentistas sobre el archipiélago. Y no sólo eso. El presidente argelino, Huari Bumedian, y su ministro de Exteriores, Abdelaziz Buteflika, se habían propuesto llevar el tema de la independencia canaria al Consejo de Ministros de la Organización de la Unión Africana (OUA) que iba a celebrarse en febrero de 1978 en Adís Abeba, Etiopía; y si prosperaba, sancionarlo en la cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de la OUA, prevista para el 18 de julio del mismo año en Jartum, Sudán.

Un primer movimiento fue retirar al embajador de España en Argel, Gabriel Mañuecos,

después de haberle llamado a consultas, sin que en la otra parte se diera una buena reacción.

El rey Juan Carlos se preocupó muy seriamente. Trató con Suárez y Oreja los pasos posibles para cortocircuitar la estrategia argelina. Desde el Gobierno y desde el Congreso de los Diputados se organizó un despliegue de diplomacia intenso, urgente y casi frenético: Marcelino Oreja como ministro, con un nutrido equipo de diplomáticos; Ignacio Camuñas como presidente de la comisión de Exteriores, con diputados de todos los partidos parlamentarios. Se distribuyeron el mapa de los países africanos y empezaron a viajar a cada uno de ellos, hablando en persona y a solas, con los jefes de Estado y con los ministros de Exteriores. Había que explicarles que «Canarias es España desde los Reyes Católicos, tanto como pueda serlo Castilla o Granada». Era importante convencer a líderes con autoridad moral y sapiencial en el mundo africano como Léopold Senghor, Sékou Touré y Houphouet Boigny.

El Rey era informado de cada gestión, y envió a Don Juan a Trípoli con una carta suya personal para Gadafi. Felipe González viajó a Argel, habló con sus amigos del Frente de Liberación Nacional (FLN) y se entrevistó con el presidente Bumedian[37].

Dos semanas después, en marzo, Suárez organizó una visita gubernamental a las siete islas del archipiélago. Sacó pecho ante los legionarios de Fuerteventura gritando «¡Viva la Legión! ¡Viva el Rey! ¡Viva España!». Daba titulares. Después se incorporaron los máximos mandos de Tierra, Mar y Aire y celebraron allí una junta de jefes de Estado Mayor. Gesto ostensible de la soberanía española sobre el archipiélago, y golpe de efecto que entendieron cabalmente Argel y los países de la OUA.

Los viajes por el África subsahariana continuaban, pero sus dirigentes eran tan corteses y ceremoniosos como enigmáticos en sus respuestas. Cubillo seguía emitiendo soflamas desde la emisora argelina. Y la cita de Jartum estaba cada vez más próxima. Entre los contactos diplomáticos con gobiernos europeos capaces de influir en tales o cuales Estados africanos, las respuestas fueron positivas. Si bien, en algún caso, el titular de Exteriores de turno quiso compensar su mediación barriendo *pro domo sua*. Fue el caso de Francia, cuyo ministro Louis de Guiringaud, «al hilo de la conversación» planteó sin ningún rubor «la interesante operación de vender a España cincuenta aviones Mirage»[38].

Comenzaba marzo de 1978. El ministro Otero Novas estaba con Suárez en su despacho. Repasando los hechos y el estado de respuesta militar que tendría que plantearse España si en Jartum se decidiera la expropiación e invasión de Canarias, Suárez preguntó:

—¿Cuál ha sido hasta ahora la reacción de Estados Unidos? ¿Qué dice el nuevo embajador, Terence Todman?

—De modo oficial, no han dicho esta boca es mía —contestó Otero—. Quizá se acoge a la patente de que es nuevo en la plaza. Pero… ¿te digo lo que pienso, presidente, aunque sea una barbaridad? Existe el riesgo y la posibilidad de que, a la vista de que el Gobierno español no da muestras de querer ingresar en la OTAN, Estados Unidos fuerce nuestra «apatía». ¿Cómo? Aprovechando la operación que han montado otros. No sería la primera vez que la CIA echase una mano a lo que otros intentaban hacer…

—Para conseguir ¿qué?

—Fomentar el independentismo de Cubillo y su MPAIAC, comprar votos de los de la OUA

de cara a la cumbre de Jartum y conseguir un archipiélago independiente. De ese modo, en muy poco tiempo tendrían en Canarias una base USA, sufragada por USA y que sirviera contraprestaciones a USA.

Suárez escuchaba muy atento. Parecía pensar en ello por primera vez.

—Quizá, presidente, deberías hacer algún gesto hacia los americanos…

Aún no había terminado Otero la frase, y Suárez ya había extendido el brazo y tenía el teléfono en la mano.

—¿Marcelino…? Mira, me interesaría que hicieras unas declaraciones, no, mejor que te monten una rueda de prensa… diciendo lo que quieras y, como reflexión tuya, quiero que sueltes que no tenemos nada contra la Alianza Atlántica, ni contra Estados Unidos; que somos atlantistas y que en un futuro próximo estaremos alineados… Pero sin fijar fechas ni comprometer al Gobierno. Algo así como que ahora estamos en la fase de lograr consensos internos y que hemos de buscar el momento oportuno… Hazlo cuanto antes[39].

No necesitó rueda de prensa. A los dos días de esa petición de Suárez, Marcelino Oreja tenía una comparecencia en el Senado, programada para el 9 marzo, donde iba a explicar la gestión diplomática de la política exterior del Gobierno. En el amplio discurso de cuarenta y cinco folios que ya tenía preparado, engatilló diez o doce líneas para analizar públicamente y ante el pleno de la Cámara Alta los pros y contras de la entrada en la OTAN y unas cuantas generalidades sensatas, sin compromiso ni concreción. Pero tuvo amplio eco porque era la primera referencia oficial a la «convocatoria de un debate nacional sobre la posible inserción de España en el Tratado del Atlántico Norte». Indicó que «España tiene compromisos adquiridos con el sistema global de la defensa occidental» y que su retirada «podría suponer un grave factor de desestabilización en todo el continente». Siempre en términos de hipótesis gaseosa, añadió que «en la situación geoestratégica española, la neutralidad desarmada no pasa de ser una utopía».

En cambio, como los senadores socialistas le habían hecho preguntas muy insidiosas, les lanzó por sorpresa un arpón contundente revelando la existencia de un «comunicado conjunto» suscrito en Moscú hacía apenas tres meses, en diciembre, entre el PCUS y el PSOE, durante el reciente viaje de Felipe González, Alfonso Guerra, Miguel Boyer y otros miembros del Partido Socialista a la capital soviética; «acuerdo por el que el PSOE se ha comprometido a vetar la entrada de España en la OTAN y a la ampliación de los bloques». Los murmullos y protestas del banco socialista parecían desmentir al ministro, entonces Oreja completó la información mostrando recortes de la prensa oficial moscovita y de periódicos españoles, y aportando más nombres de la delegación viajera: «Aparte de los antedichos, Luis Yáñez, Emilio Menéndez del Valle, Helena Flores, José Miguel Bueno, Francisco Ramos, Miriam Solimán y Enrique del Moral, que quizá sólo los acompañaba como presidente de la Fundación Aena»[40].

Al día siguiente, 10 de marzo, este discurso era recogido por todas las agencias y periódicos. A los pocos días, a Cubillo le clausuraron el programa que emitía en Radio Argel. No hacía falta forzar ni incordiar a España, puesto que había voluntad de integración en la OTAN. Y el 5 de abril, Cubillo apareció acuchillado en una calle argelina. No murió. Pero ya no era útil. Estorbaba. El atentado lo ejecutó un tal José Luis Espinosa Pardo. Un sicario inexperto, posiblemente subarrendado por agentes de la CIA. Juegos sucios en las cloacas del poder.

La cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de la OUA, reunida en Jartum, en julio de 1978, no abordó siquiera el tema de la africanidad de Canarias. Prudentemente lo pospuso sine díe, quizá hasta la nueva cumbre que se celebraría en Monrovia.

Suárez «sube al ring» con Hassan II

Hassan II había solicitado con insistencia una invitación oficial para visitar España. El equilibrio diplomático que convenía mantener entre los países interesados por el Sahara desaconsejaba ese viaje para no crear suspicacias en los argelinos, los mauritanos y los polisarios. Después, crepitando la discusión sobre la africanidad de Canarias, tampoco se estimaba oportuno cursarle la invitación. Sin embargo, como Hassan se consideraba «el rey más amigo del Rey de España, y su hermano muy querido», se presentó en Madrid el 27 de enero de 1978 con todo su séquito, realas de perros y aperos de montería, pretextando que venía a cazar. Pero desde las vísperas y el mismo día de su llegada llovía sin cesar en media España. Inmediatamente, el rey Juan Carlos dispuso que fuese su huésped «fraternal» en La Zarzuela.

Al anochecer comenzó la cena. Además del rey Hassan y los Reyes anfitriones, asistieron el presidente Suárez, los ministros de Exteriores Bucetta y Oreja, y el marqués de Mondéjar. Fuera diluviaba. Juan Carlos le decía: «Hassan, esta vez en Madrid lo único que vas a cazar es un buen constipado… pero luego a mí no me eches la culpa».

Mientras cenaban, el rey Hassan y Adolfo Suárez pasaron revista a la política internacional y en particular al área mediterránea. Con un tono insolente y profesoral, que Hassan solía usar ante sus ministros y con los embajadores que le pedían audiencia, elogió «la solidez del régimen marroquí y la fuerza de su personal autoridad», en contraste con «la débil e incierta situación política interna española»; y refiriéndose a la «mal solucionada crisis del Sahara» dijo que la consideraba «un problema coyuntural que España y Marruecos deben resolver, de forma bilateral e internacional, ya que por encima de todo está nuestra mutua amistad; por tanto, debemos jugar con una complicidad inteligente que nunca trascienda al exterior».

El presidente Suárez escuchó la disertación de forma cortés. También el rey Juan Carlos, por elegancia con su huésped, callaba.

Hassan, en su monólogo no rebatido, se explayó criticando la reforma política iniciada en España, sobre todo por «el recorte de prerrogativas al monarca».

—No puedo comprender que se empeñen ustedes en expoliar al Rey de sus poderes y convertirle en un mero elemento simbólico —se dirigía a Suárez, señalándole unas veces con el dedo índice y otras con el tenedor, en son de protesta, defendiendo los intereses y atributos regios de Don Juan Carlos—. Por lo que he leído de la Constitución que están haciendo ustedes, no veo que se defiendan los poderes del monarca. Al Rey le dejan sin papel, no pinta nada, no manda, es un símbolo, un adorno, no tiene nada que hacer.

Cuando llevaba un buen rato con ese discurso, Adolfo Suárez se dijo a sí mismo «basta» y pidió la palabra:

—Desde el mayor respeto hacia su persona, estoy en absoluto desacuerdo con las opiniones que ha expuesto Su Majestad. Y con la venia —miró de soslayo a Don Juan Carlos y a doña

Sofía, por si oponían alguna objeción—, me voy a permitir rebatírselas… Vuestra Majestad desconoce lo que es una democracia porque no la tienen en su país. Ignora, por tanto, que en una Monarquía parlamentaria el Rey no tiene iniciativas legislativas ni poderes ejecutivos. ¿Que el papel del Rey es un símbolo? ¡Cierto! Un símbolo al que todos los españoles deben acatamiento, y no en razón de su carisma o de su poder o de sus virtudes, sino porque representa a la nación española, nos representa a todos. Es el jefe del Estado y el jefe supremo de las Fuerzas Armadas, pero no es el soberano. La soberanía no está en este palacio, Majestad, sino ahí fuera…, en el pueblo, en el pueblo representado en las Cortes.

Hassan dejó de mordisquear unas tiritas de hojaldre, se limpió las manos de modo ostentoso con la servilleta y, entre asombrado y divertido, dijo:

—¿Qué pasa?, ¿que usted quiere subir al ring conmigo?

—Donde quiera y cuando quiera, señor.

—Está bien… Me gustan los torneos. Pero esperemos a que la Reina se retire a descansar y entonces subiremos al ring.

—La Reina se retirará a sus habitaciones cuando lo considere oportuno —replicó Suárez, con una sonrisa galante—. Por mi parte, ofrezco a la Reina tribuna de preferencia para presenciar el combate.

En este tono comenzó la larga, educada y dura confrontación entre el Rey de Marruecos y el presidente Suárez en presencia de los Reyes de España y de sus ministros de Exteriores. En cierto momento, el monarca alauita fue un poco más allá de lo prudente:

—Dice usted que su Rey es jefe supremo de las Fuerzas Armadas. Pero ¿qué clase de jefe, si no tiene el mando?

—Así es. La política de defensa la dirige el Gobierno, y la cadena del mando militar culmina en el presidente del Gobierno.

—No me ha rebatido nada, señor presidente. Al contrario, me ha dado la razón en todo. Mi amigo el Rey de España no puede dar una orden de ataque o de defensa si lo viera conveniente. Yo sí.

—Repito, Majestad. Ustedes tienen una Monarquía absoluta, además de teocrática. Nosotros hemos querido tener, y nuestro Rey el primero, una Monarquía parlamentaria. Al Rey corresponde declarar la guerra, pero no decidirla.

—Póngase en esta hipótesis —Hassan había levantado su copa de agua a la altura de los ojos y, jugueteando, miraba a su interlocutor a través del cristal tallado—: usted sabe de sobra que Ceuta y Melilla no tienen defensa ante un ataque de las fuerzas marroquíes.

—Es posible que ante un ataque por sorpresa sea difícil la defensa inmediata de Ceuta y Melilla; pero… —Suárez endureció el gesto y su voz sonó implacable—, sepa Su Majestad que en esa hipótesis nuestros ejércitos procederían inmediatamente y en cuestión de escasísimos minutos al bombardeo de Rabat y de Casablanca. ¿Lo ha tenido en cuenta, señor?

—¡Ustedes no harían eso…! ¡Nunca harían eso!

—¡Claro que lo haríamos! Así está estipulado en nuestros planes estratégicos de defensa. Bombardearíamos las principales ciudades de Marruecos. Que yo recuerde son quince, ¿no? Aparte de Rabat y Casablanca, Tetuán, Tánger, Fez, Marrakech, Xauen, Nador, Larache,

Uarzazate, Meknes, Asilah, Esauira, Ifrane, Mulay Idrís…

—Se olvida usted de Volubilis…

—Volubilis la conservaríamos intacta: es una joya romana.

Suárez no hablaba a humo de pajas. Por si un día el monarca alauita enloqueciera, la réplica militar estaba diseñada desde hacía décadas y se actualizaba con la periodicidad que requería la modernización de los equipos bélicos. Su nombre secreto era *Operación Ballesta*. Se trataba de atacar Rabat al modo israelí, desplegando al instante todo caza que estuviera listo para salir a volar. Desde Zaragoza, Torrejón, Los Llanos, Morón y Las Palmas. Sin contar los que estuvieran en su fase de mantenimiento, unos ciento veinte aviones, más los Harrier de la Armada, aviones de ataque a tierra con capacidad de despegue y aterrizaje vertical, que cuadruplicaban cuando menos la fuerza aérea marroquí. Al iniciarse el contraataque, se pondrían en marcha los anfibios y el resto de la flota[41].

Durante el combate «en el ring», el rey Juan Carlos no intervino, calló. Pero su silencio y su expresión serena eran de aquiescencia. Hassan detectó el brío y el temple de Suárez: un hombre con carácter, capaz de enfadarse delante de dos reyes. Y, olfativo como era, entendió que el Rey respaldaba a su jefe de Gobierno.

Aquella noche, tomando ya las infusiones —que a Hassan le gustaban con hierbabuena, traída por él «de mi huerta»— el monarca alauita se comprometió a respetar la situación de Ceuta y Melilla mientras los ingleses siguieran en Gibraltar. «Lo que Marruecos nunca consentirá será que España tenga las dos llaves del Estrecho»[42].

Al día siguiente, reunidos Hassan II, su ministro de Exteriores Mohammed Bucetta y el español Marcelino Oreja, en el despacho del Rey en La Zarzuela, Hassan hizo un encomio de Suárez: «Te felicito, Juan Carlos. Tienes un gran primer ministro, un hombre con mucho coraje. A ver si me lo dejas unos días, que se venga allí a Rabat una semana y me explique más despacio cómo es vuestra democracia y cómo es ahora la Monarquía española». Era un gesto de recoger velas[43].

Operación Galaxia: «O con el Rey o contra el Rey»

A mediados de septiembre de 1977 se reunieron en una urbanización del pueblo valenciano de Játiva cinco tenientes generales y un almirante, todos ellos vestidos de paisano. Comensales de aquel almuerzo secreto fueron los generales De Santiago, Álvarez-Arenas, Coloma Gallegos, Milans del Bosch, Prada Canillas y el almirante Pita da Veiga.

Analizaron la situación política resultante de la reforma, la legalización del PCE, la debacle de la derecha de Fraga, los socialistas como gran fuerza llamando a la puerta, y el nuevo Gobierno de Suárez. Repasaron los ascensos y cambios de destino introducidos en el mando castrense por Gutiérrez Mellado, que para ellos seguía siendo el Guti. Y no faltó la denuncia «de la inadmisible política separatista, orquestada por unos políticos que vienen a hacer tabla rasa de la unidad de España defendida hasta la muerte, en guerra y en paz, mientras vivía Franco, y ahora consentida por un Gobierno entreguista y débil».

Allí se acordó proponer al Rey la inmediata dimisión de Suárez, disolver el Parlamento por

dos años como mínimo y formar un Gobierno de «salvación nacional», provisional, pero «con autoridad y firmeza en su gestión reconductora, apartidista, encabezado por un teniente general de prestigio», que contaría con el respaldo de las Fuerzas Armadas. Si el Rey no aceptaba esta propuesta, habría que ofrecerle la disyuntiva «o se hace con el Rey o se hace contra el Rey».

Después de la reunión de Játiva, el frente militar reacio al cambio se aglutinó, coincidiendo en sus motivos y estrategias con el frente civil de la extrema derecha, muy activa en aquel trimestre de otoño de 1977: Blas Piñar, Juan García Carrés, José Utrera Molina, Enrique Thomas de Carranza, Gonzalo Fernández de la Mora, José María de Oriol… se reunieron varias veces para perfilar «un plan de apoyo civil ante un previsible golpe militar». Plan que llega a tener su pomposo nombre: Los Cien Mil Hijos de San Luis. Queriendo emular a los voluntarios franceses que encabezó el duque de Angulema, a solicitud de Fernando VII, para luchar contra los liberales y restablecer en España el absolutismo. Cien mil civiles, procedentes del viejo sindicalismo, de la Confederación de Combatientes, del Movimiento y de Falange, además de las paramilicias de Fuerza Nueva y los Guerrilleros de Cristo Rey, serían una tupida red, diseminada en posiciones clave de ministerios, ayuntamientos en capitales de provincias, centrales telefónicas, emisoras de radio, periódicos y oficinas de Correos y Telégrafos… «para neutralizar a la izquierda, cuando la intervención militar se produzca»[44].

Se preparaba, por supuesto, un bando de pronunciamiento, al estilo decimonónico, y una acción de fuerza.

Pero esa reunión no era sino una más de las que los servicios de información de Gutiérrez Mellado tuvieron noticia. En aquellos días, meses, cualquier sábado se montaban cenas de compañeros militares en casa de uno o de otro, y a la segunda copa, después de llamar traidor a Suárez, y vendepatrias y masón a Gutiérrez Mellado, empezaba la tormenta de ideas «para darle un vuelco a la situación».

La contraofensiva se produjo desde La Moncloa, con tacto y por sorpresa: Gutiérrez Mellado se decidió a mover piezas en el tablero de ajedrez de los mandos militares. Ascensos y destinos de generales demócratas y leales al Rey. En una jugada repentina, ascendió a Gabeiras Montero y le convirtió en JEME, sustituyendo a Vega Rodríguez, a quien le había faltado temple de autoridad en el Consejo Superior del Ejército, donde se llegó a pedir que el Rey repudiara al presidente del Gobierno. A Quintana Lacaci le nombró capitán general de Madrid, I Región, en lugar de Gómez de Salazar, demasiado aficionado a celebrar con sus jefes y oficiales sesiones críticas en voz alta —«sondeos de opinión» los llamaba él— sobre cuestiones netamente políticas. A Pascual Galmés le encomendó el mando de la División Acorazada Brunete, auténtico cinturón artillero de Madrid y a dos pasos de La Zarzuela y de La Moncloa. Sabiendo de la presencia de Milans en la reunión conspirativa de Játiva, era prudente quitarle ese tentador juguete acorazado y enviarle a un destino honroso pero periférico: capitán general de Valencia, III Región.

La potencia artillera de la Brunete, las diversas brigadas que dependían de ella y su proximidad a la capital política hacían necesario un jefe con inteligencia y temple para el mando, pero inasequible a las solicitudes golpistas. De ahí que, de modo insólito, cambiara varias veces de jefatura en muy poco tiempo, tras Milans, Galmés; luego, Torres Rojas; y finalmente, Juste

Fernández. Gutiérrez Mellado, moviendo piezas en su tablero de ajedrez.

Aunque al recién creado CESID —reconversión de los antiguos servicios de inteligencia de Carrero Blanco— se le prohibía reglamentariamente investigar a las Fuerzas Armadas, Gutiérrez Mellado quiso visitar la sede central y hablar con los oficiales y jefes de esos servicios. Tuvo con ellos una extensa conversación, señalándoles con claridad meridiana cuáles debían ser las prioridades de sus observaciones y espionajes. Como vicepresidente y ministro de Defensa era a él a quien correspondía marcar esos objetivos:

—ETA es un gravísimo problema —les dijo—. ETA nos provoca un dolor tremendo cada vez que asesina a un compañero nuestro; pero ETA no va a tumbar al Estado español. El comunismo no va a tumbar al Estado español. El separatismo no va a tumbar al Estado español. —Todos le escuchaban sin pestañear y con los ojos abiertos como platos, por la sorpresa—. El verdadero peligro capaz de tumbar al Estado no viene de ahí. No se engañen ustedes. La única amenaza real que planea en estos momentos es la posibilidad de un golpe involucionista militar. Por tanto, exijo a este servicio un fuerte esfuerzo informativo en esa dirección. A eso he venido: a decirles que este centro debe implicarse muy directamente en detectar e investigar cualquier proyecto de golpe de Estado. ¿Queda claro?

Fue tajante. No dejó lugar a dudas. Había marcado, no ya el objetivo prioritario, sino «el objetivo». Pues bien, nada más irse, el director del CESID, general Bourgón, volvió a reunirlos y les dijo:

—De lo que acaba de marcar el vicepresidente, nadie debe hacer nada, a no ser que yo lo ordene. ¿Queda esto claro también?[45].

Aprobado el proyecto de Constitución por clamorosa mayoría en las dos Cámaras, el referéndum se había convocado para el 6 de diciembre de 1978. Pero un grupo de golpistas maquinaba impedir la consulta y echar atrás todo lo avanzado. El complot se llamó *Operación Galaxia*. Sus cerebros organizadores eran el teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero Molina y el capitán de la Policía Armada Ricardo Sáenz de Ynestrillas. Y su estrategia paranoide consistía en situar a «hombres duros», incondicionales del anterior sistema, en los estados mayores de las distintas capitanías generales. Más concreto aún: en las segundas secciones de esos estados mayores, que eran los filtros terminales donde se controlaba toda la información. Si fuera posible, en el corazón mismo del CESID, «el ojo de España». ¿Objetivo? Un pronunciamiento, como consigna detonante, que produciría por empatía la sucesiva adhesión de las nueve regiones militares, una vez provocado el vacío de poder, con un valioso rehén: el Gobierno. Fecha para el día D: el viernes 17 de noviembre de 1978, cuando el Consejo de Ministros estuviese reunido en La Moncloa y el Rey ausente, en México.

Durante varias semanas, el teniente coronel Tejero, y el capitán Sáenz de Ynestrillas venían celebrando reuniones secretas explicativas con grupos reducidos de oficiales en la cafetería madrileña Galaxia, del barrio de Argüelles, para lograr la adhesión de jefes y oficiales. Algunos aceptaron unirse al plan. Otros, los más, dudaron y aplazaron su decisión hasta que llegase el momento. Y no pocos consideraron descabellado el intento de asaltar La Moncloa y apresar al Gobierno; pero por compañerismo guardaron silencio ante sus mandos.

En cambio, dos de los oficiales a quienes se intentó captar denunciaron a sus superiores lo

que estaba en marcha. Uno de ellos, el teniente coronel Federico Quintero, de la División de Operaciones del Estado Mayor del Ejército, que no había asistido a la cita de *Galaxia*, pero había recibido la visita de Tejero en su domicilio, informó a su jefe inmediato, el general Luis Sáenz Larumbe, que no le concedió entidad al asunto: «Bah, fantasías disparatadas», dijo. Y ahí quedó el tema.

El otro, el comandante Manuel Vidal Francés, transmitió un informe escrito a su jefe en la Policía Armada, el general Timón de Lara, que sí se inquietó, sobre todo por los detalles y concreciones que aportó Vidal. Timón habló personalmente con el director del CESID, el general José María Bourgón. Actuaron con la mayor rapidez pues, de no ser una bravata, el golpe estaba programado para el día siguiente. En cuestión de horas, los servicios del CESID y los de información de la Guardia Civil, dirigidos por Andrés Cassinello, tuvieron a punto un texto «confidencial», inequívoco y preciso, que Timón entregó en mano al presidente Suárez. Gutiérrez Mellado estaba en un viaje oficial por la región militar de Sevilla. La operación fue yugulada a ras de tiempo.

Tejero e Ynestrillas se sometieron a la justicia militar por el delito de «conspiración y proposición para la rebelión militar». Presidía el consejo de guerra el general Juste Fernández. Pero el abogado defensor de Tejero, José María Stampa Braun, avezado penalista de minutas nada baratas, consiguió que todo quedase en «simples charlas de café». A pesar de que su detención fue el 16 de noviembre de 1978, no hubo veredicto hasta el 8 de mayo de 1980. Las sentencias fueron mínimas: siete meses y un día para Tejero, y seis meses y un día para Ynestrillas. Las cumplieron en régimen atenuado de arresto domiciliario, y dos meses después obtuvieron la libertad provisional. Ninguno de ellos perdió su condición militar, incluso Ynestrillas fue posteriormente ascendido a comandante. Champán en la celebración.

Años más tarde, no pocos de los procesados por el intento de golpe de Estado del 23-F, desde un general Torres Rojas hasta un capitán Abad, reconocieron haber visitado a Tejero y a Ynestrillas en el escaso tiempo que estuvieron en la prisión militar de Alcalá de Henares.

Pese a la investigación judicial que se practicó, *Galaxia* quedó como un secreto virgen bajo las guerreras de estos dos militares: entre los organizadores, y por encima de Tejero, había un coronel. No se supo su identidad. Tampoco las de los oficiales que comprometieron sus apoyos. Era el blindaje protector del «espíritu de cuerpo» que funciona con fuerza entre los militares.

Abortada la *Operación Galaxia*, el ministro de la Presidencia Otero Novas comentaba un día con Adolfo Suárez la posibilidad física de un asalto a La Moncloa, un palacete con escasa seguridad. Suárez le enseñó una pequeña pistola de bolsillo que tenía en su despacho. Y un encendedor de sobremesa que en realidad era una pistola.

—Si vienen a tomar La Moncloa o a llevárseme a mí, no creas que voy a levantar los brazos y a decir «me entrego». Yo planto cara a quien sea. O les disparo o me disparan; pero, si me sacan de aquí será contra mi voluntad y con los pies por delante[46]. Aunque la intentona de *Galaxia* era una bengala de alerta, no alteró la agenda del Rey ni la del presidente del Gobierno. Suárez había visitado al comandante comunista Fidel Castro, en Cuba. Y el Rey, al general golpista Jorge Videla en Argentina. Ambos viajes fueron criticados por la clase política; pero no por los empresarios ni por los financieros españoles, que estaban al cabo de la calle del volumen

comercial e inversor que España mantenía con uno y otro país desde los tiempos de Franco, sin mirar sus ideologías. Luego el Rey compensaba la estancia bonaerense con la visita a Dolores Rivas Cherif, viuda del presidente Azaña, en su casa de México, o recibiendo a David Rockefeller en Mallorca.

Infinitamente más difícil era compensar, o al menos balsamizar, la secuencia macabra de ETA y sus trallazos mortales: general Sánchez Ramos; teniente coronel Pérez Rodríguez; general Ortín Gil, gobernador de Madrid; teniente general Gómez Hortigüela, con sus ayudantes, los coroneles Ábalos y Laso…, cuyas honras fúnebres en los patios de armas se convertían en fieros motines militares donde los responsos eran interrumpidos por los gritos y los insultos al vicepresidente de la Defensa Gutiérrez Mellado: asesino, traidor, mentiroso, espía, rojo, chaquetero, masón… Y en dos ocasiones le zarandearon. Gutiérrez Mellado se sentía solo —los que vociferaban eran jefes y oficiales, que llevaban su mismo uniforme—, pero nunca se arredró. «Cuando el toro ataca en el campo —decía—, hay que estarse quieto si se quiere evitar la cornada. Yo sé que estoy ayudando a algo bueno para los españoles, para mi patria y para el Rey… Y los insultos ni me asustan ni me hacen pertrecharme en la trinchera: hay que saber estar y plantarle cara al aire cuando sopla frío y corta la piel y escuece. ¡Si sabré yo lo que escuece!» Y uno de los asesinados, el general Sánchez Ramos, era íntimo amigo suyo[47].

Suárez en cambio se indignaba. «Si un comandante grita, si un general se insubordina, se le manda a un castillo y punto». Y Gutiérrez Mellado con su rostro anguloso, sus gafas de concha, su aire intelectualoide, le calmaba: «¡Déjate de castillos, Adolfo! ¿Qué quieres? ¿Convertirlos en casinillos de golpistas? Mientras yo esté donde estoy, los tanques estarán en los cuarteles y no en las calles. Lo único que me quita el sueño es que algunos puedan provocar otro «treinta y seis». Lo he vivido y no quiero que tenga que vivirlo ningún español»[48].

Suárez al Rey: «El cuerpo me pide meterme en campaña»

Aprobada la Constitución el 31 de octubre de 1978, se abría un compás de espera hasta el referéndum, convocado para el 6 de diciembre. En los cenáculos del mundillo empresarial, político y periodístico se jugaba a las adivinanzas sobre lo que Adolfo Suárez haría «el día después». Una vez refrendada la Constitución, tenía treinta días para decidir si disolvía las Cortes constituyentes o si las mantenía, sometiéndose él a la votación de investidura.

Las crónicas y columnas de prensa de aquellos meses hacían cábalas en la inopia, y ni los ministros ni los barones de su partido sabían por cuál de los dos caminos tiraría «el jefe». Realmente, era el secreto mejor guardado de la temporada. Quizá porque ni el propio Suárez acababa de tenerlo despejado.

En agosto, el 7, Suárez y Abril Martorell tuvieron una larga conversación con el Rey a bordo del *Fortuna*; interrumpieron para cenar con sus respectivas esposas y continuaron despachando después, ya a solas, el Rey y Suárez. Es muy probable que en ese encuentro —y si no, en el siguiente, el 24 del mismo mes, en Marivent— el monarca le dijese a Suárez que prefería la disolución de las Cámaras y no su continuidad como Cortes constituyentes constituidas. Para Suárez y la UCD, seguir era un derecho y la seguridad del «pájaro en mano»: desde las

elecciones del 15-J de 1977 todavía le quedaban tres años de legislatura. Disolver era un riesgo, porque ¿y si convocaba elecciones y no las ganaba? Ni pájaro en mano ni ciento volando.

La razón aducida por el Rey era, de fondo, el temor casi supersticioso a que las elecciones municipales —que se habían pospuesto— se celebraran antes que las próximas generales; y que los grandes municipios y muchos pequeños sorprendieran con un fuerte vuelco en favor de la izquierda. El fantasma de 1931. En cambio, adelantando las generales, podrían lidiarse las municipales «desde el poder». A Suárez no le sorprendió el argumento del Rey, porque ya indirectamente le había enviado un recado parecido a través del ex ministro Gregorio López Bravo.

«Lo pensaré, lo pensaré… Y como me conoces bien —a solas, Suárez y el Rey seguían tuteándose—, sabes que lo que me pide el cuerpo es meterme en campaña, mitinear, salir a batirme el cobre pueblo a pueblo… y dejar claras algunas cosas, porque aquí hay mucho experto en esparcir confusión».

En octubre, del 19 al 21, se celebró el I Congreso Nacional de la UCD. Los partidos de «La Empresa» se disolvieron en la marmita de un potaje de centro que se definía mejor diciendo lo que no era: «Ni somos la tierra de nadie, ni la derecha camuflada, ni la izquierda vergonzante», en palabras de su líder Adolfo Suárez. Un magma sin ideología, sin historia, sin afecto, sin disciplina, cuyo único cemento de unión era el poder, y donde la tentación de transfuguismo planeaba entre socialdemócratas, reformistas, democristianos o liberales. «¡Estoy harto de tener que pactar con los míos —se desahogaba a veces Suárez— y darles cargos para no perderlos de vista! ¡Estoy de desleales hasta las narices, y los tengo bien cerca! ¡Habrá que coger una escoba y barrer *pa fuera*! ¿Es normal que por varios conductos me llegue la información de que cinco o seis ministros estarían dispuestos a gobernar con los socialistas?»[49]

Por entonces, Suárez ya iba calculando cuántos apoyos podría arañar entre los diputados catalanes, vascos, del grupo mixto, o del PCE para sacar adelante la investidura, si no en primera vuelta, en la segunda: tenía 166 escaños, le faltaban diez para la mayoría simple. Ofertas no le faltaban, pero siempre pidiendo «algo serio a cambio, y no una bagatela». Un escaño aragonés, dos del grupo mixto, unos pocos catalanes… No quería arrancar con los dedos pillados por tantos compromisos. En la hipótesis «pájaro en mano» de continuar la legislatura, sólo lo haría si dispusiera de una mayoría holgada para gobernar. Y a priori descartaba asociarse al grupo parlamentario de Fraga. Su pizarra ideal, de cara al desarrollo de la Constitución, la reforma fiscal y la puesta en práctica de los Pactos de La Moncloa, era empastar un gran acuerdo de Gobierno con el PSOE y el PCE. Lo intentó. Pero Felipe González estaba más que reticente, juvenilmente convencido de su *sex appeal* político y humano, del tirón *proleta dandy* de su pana, su cuero, su camisa de franela y su melena brillante. Y no se equivocaba: el socialismo como moda progre tenía pegada entre los nuevos votantes de dieciocho años. Conferenciando entre el público burgués del Club Siglo XXI, con los folios sobre el atril, pero sin mirarlos, para mejor hipnotizar al auditorio, aseguraba que, si había elecciones generales en marzo, tal vez fuese él quien se aposentara en La Moncloa, «aunque antes le daría unas cuantas manos de cal para quitarle ese aire desvaído y rancio que tiene».

En todo caso, ya habían decidido retrasar el XXVIII Congreso del PSOE hasta mayo de

1979. Necesitaban el éxito de «las municipales» para quitarse el maquillaje marxista. Y Felipe lo explicaba sin pelos en la lengua: «Nuestras bases ni han leído a Marx, ni falta que les hace». Un nuevo rostro socialdemócrata y unos poderes municipales eran los aperos con que el socialismo júnior pensaba labrar esa tierra de nadie —el 40 por ciento del «no sabe, no contesta» en la campaña de las elecciones legislativas—. Sólo que, si Adolfo Suárez decidía disolver Cámaras y convocar elecciones, también pensaba arar en esos acres de la indecisión.

En sus tanteos y dudas hamletianas, Suárez consultaba con algunos ministros, Abril, Lavilla, Garrigues Walker, Martín Villa; les pedía opinión, pros y contras… Y todos se sentían inteligencias escuchadas. Pero en septiembre llamó a Rafael Arias-Salgado y le dijo:

—Rafa, en absoluto secreto, desengánchate de la Constitución, de los trabajos del Congreso de la UCD y de todo: vuélcate en poner en marcha la maquinaria electoral del partido, candidaturas, haz también las listas municipales, eslóganes, propagandas, cuantificación y gestión del gasto, equipos de campaña… Voy a disolver y nos metemos en elecciones legislativas… ¡De hoz y coz! Encarga encuestas. No lo tenemos fácil. Me verás disimular y dar largas cambiadas, pero estoy decidido; así que… tú a lo tuyo. Si acaso, puedes hablarlo con Joaquín Abril, porque quizá le encargue que coordine la campaña[50].

Arias-Salgado se aplicó a elaborar 6300 candidaturas para las generales y las municipales que serían en marzo y abril de 1979. A concretar los mensajes. A buscar los dineros. Y ahí sí que era más difícil mantener el secreto:

No había entonces ninguna ley que prohibiera los donativos a los partidos, por particulares o fundaciones, desde España o desde el extranjero —precisaba, pasado el tiempo, Arias-Salgado —. Pedimos ayuda a la Confederación de Empresarios, la CEOE. Al frente estaban Carlos Ferrer Salat y José Antonio Segurado. Los teníamos de uñas por los Pactos de La Moncloa y la reforma fiscal, y por un préstamo de cien millones de pesetas nos exigieron un aval con las firmas personales de Adolfo Suárez, de Fernando Abril y la mía. En cuanto a la banca, no daba créditos directamente, sino canalizados a través de la CEOE. Conseguimos entre mil y mil doscientos millones de pesetas. Y ganamos unos mil cuatrocientos millones de pesetas, por cuotas de afiliados, financiaciones extra que algunos diputados notables consiguieron en sus provincias, más la asignación que daba el Estado por cada escaño obtenido. Del exterior tuvimos ayuda de la fundación liberal Friedrich Naumann y de los democristianos de Konrad Adenauer. Y quizá por alguna gestión y recomendación del Rey, obtuvimos ciertas cantidades del príncipe Fahd o de su hermano el rey Khalid de Arabia Saudita, y del sha Reza Pahlevi de Persia[51].

No obstante, Suárez seguía trabajando el otro escenario, la pizarra de la continuidad de la legislatura y el pacto con la izquierda.

Santiago Carrillo había dicho en público que la etapa que venía a continuación iba a ser más costosa y más difícil que la culminada: legislar cada artículo de la Constitución y poner en rodaje los Pactos de La Moncloa era pasar de la teoría a los hechos, del papel a la vida. Por tanto, no se podía despedir tan alegremente el consenso, pues, en su opinión, iba a ser muy necesaria «la unión que hace la fuerza»: un Gobierno de coalición, un Gobierno con mayoría absoluta. Llegó a formular la «conveniencia nacional» de ampliar el Gobierno de la UCD con los escaños del PSOE y los del PCE. Esto lo habló también con Adolfo Suárez:

—No sé si sabes ya lo que vas a hacer… En mi partido preferiríamos que las constituyentes siguieran funcionando para elaborar las leyes complementarias más importantes. ¿Me admites un consejo, Adolfo? Amplía tu Gobierno. Habéis trabajado mucho, habéis tenido guerra en todos los frentes, y acusáis cansancio, agotamiento…

—Cuando dices que amplíe, ¿piensas en que incorpore personas ajenas o en que pacte con partidos?

—En las dos cosas. Personas como Enrique Tierno, Raúl Morodo, Joaquín Ruiz-Giménez…, gente demócrata que te reportaría una aceptación popular mayor.

—Sí, pero esos independientes no me suman votos en la Cámara. No me resuelven la mayoría fuerte de los dos tercios. Eso ni con los catalanes y los vascos, ni con tus comunistas…

—Para lograr los 233 o 234 escaños, tendrías que ir a una alianza de Gobierno con el PSOE. O de legislatura: pactar un préstamo fijo de cuarenta y siete o cincuenta escaños socialistas más los veinte nuestros.

—¿Y qué piensa de esto Felipe? ¿Qué opinan los del PSOE? ¿Qué ministerio podría ofrecerles que les resultase atractivo, operativo, y no un despacho de adorno? —Suárez preguntaba fingiendo ignorancia; pero como Carrillo tenía ya más conchas que un galápago, le respondía con una sonrisa picarísima, adelantando su labio belfo para expeler una larga humareda Stuyvesant que guardaba en los pulmones:

—Hombre, lo sabes tan bien como yo… Y si no lo sabes, pregúntales y sales de dudas[52].

En ese *impasse*, la ejecutiva del PSOE, con Ramón Rubial y Felipe González en cabeza, pidió audiencia oficial y fue recibida por el Rey. El 12 de diciembre en La Zarzuela. No habían querido hacerlo antes, dijo Felipe al Rey, «por respeto a la historia de nuestro partido, que ha sido siempre republicano»; pero ahora ya sí podían y querían «venir a manifestar al Rey que respetamos una Constitución por la que hemos luchado durante muchos años». Hubo discursitos y hubo «Su Majestad departió luego informalmente…». Y tanto en lo uno como en lo otro, Felipe González dejó tres puntos claros. Primero: «Los socialistas de hoy no queremos que ocurra lo que con vuestro antepasado Alfonso XIII, que simplemente nos ignoró». Segundo: «Esta Constitución ha de ser aceptada y refrendada por todas las instituciones del Estado…, ¡por todas!» Don Juan Carlos entendió perfectamente que ahí se incluían las Fuerzas Armadas, los cuerpos y fuerzas de seguridad, el poder judicial, la Hacienda pública… y la propia Corona. Y tercero: «La consolidación del proceso democrático tiene que pasar por un calendario electoral que legitime a los que detentan el poder». Pedía la disolución de las Cámaras y elecciones. Y ello como condición imperativa —«tiene que»— para que los gobernantes adquiriesen la legitimidad.

Pisaban las alfombras de palacio por primera vez, pero las pisaban fuerte.

Muy pocos días después, Fernando Abril Martorell llamó a Carrillo: «Santiago, ¿por qué no te vienes, por qué no os venís a cenar a Castellana 3, y hablamos largo y tendido, ahora que tenemos algo más de calma?»

Acudieron, por el PCE, Jordi Solé Tura, Eugenio Triana, Ramón Tamames y Carrillo. Por parte del Gobierno los esperaban Fernando Abril, José Pedro Pérez-Llorca y Rafael Calvo Ortega. El ambiente era cordial, porque llevaban quince meses viéndose con frecuencia, discutiendo, haciendo las paces, gastando bromas… Había confianza, afecto y respeto por la

ideología del otro. Durante la cena contaron mil anécdotas serias y jocosas, comentaron la situación incierta que se presentaba, tanto en el terreno político como en el económico. Y cuando ya estaban en el café y los licores, Abril hizo un gesto muy suyo, que consistía en respingar la nariz, remontarse las gafas con la ayuda de un solo dedo hasta colocárselas en su sitio, resoplar con un «humm» nasal y grave que anunciaba algo, y a continuación soltó esta pregunta:

—¿Vosotros estaríais dispuestos a hacer un programa de gobierno con nosotros?

Los comensales comunistas se quedaron unos instantes con la taza de café a mitad de camino del plato a la boca y mirándose entre sí con caras de sorpresa sin saber si sería una *boutade* de las de Abril. Pero los tres ministros estaban muy serios y como expectantes.

—Fernando —dijo Santiago—, ¿estás hablando en serio?

—Totalmente.

—¿Estás queriendo decir un pacto de mayoría, un pacto de gobierno, sin elecciones, con las constituyentes constituidas?

—Exacto.

Desde su puesto en la mesa, Pérez-Llorca cabeceaba asintiendo.

—¿Te das cuenta de lo que diría la extrema derecha? ¡Y los militares! ¿Tú crees que el Ejército, que está ya medio sublevado desde nuestra legalización, toleraría que hubiese ministros comunistas? No lo hará… ¿Y has pensado en la reacción internacional: el señor Carter, el señor Giscard, el señor Schmidt…?

—Todo está pensado y calibrado… Y también están pensadas y calibradas las necesidades de este país en el orden laboral, sindical y empresarial; la masa dineraria circulante, el gasto público, el déficit de nuestra balanza de pagos, la progresividad tributaria tal como ha de funcionar, la inversión privada… Fórmulas tenemos… y bemoles también. Pero aquí las decisiones se toman dándole a la llavecita que cada quisque tiene en el escaño, y sumando síes verdes en el tablero electrónico. De ahí nuestra propuesta.

La sobremesa se prolongó, como todas las de Abril, con sobredosis de café y nicotina hasta las cuatro de la madrugada. Al despedirse, los comunistas dijeron que lo tratarían en la comisión permanente del PCE.

Al día siguiente, Carrillo tenía una cita ya convenida con Suárez en La Moncloa a las nueve de la mañana. Y allí se presentó. Le había dado vueltas al asunto y le rondaba la idea de que todo hubiera sido una iniciativa de Abril, tomada a la ligera, sin contar con el presidente del Gobierno.

—Anoche, cenando algunos de mi partido, y yo mismo, con tu vicepresidente y otros dos ministros, Fernando nos hizo la siguiente propuesta…, un pacto de mayoría, un pacto de gobierno de vosotros con nosotros. Y como la cosa me parece tan temeraria y tan… extemporánea, antes de considerarla con mis camaradas, he querido que me digas si tú también lo piensas o si ha sido una ocurrencia de Abril.

—Sabía que ibais a cenar y que os lo iba a plantear. Es cierto. Es verdad. Te lo confirmo. A ver, Santiago, ¿por qué no vamos a poder hacer un acuerdo? El PCE es un partido nacional, y con presencia parlamentaria; el PCE ha demostrado que es un partido democrático, tanto como el que más; el PCE se ha comprometido a acudir a unos Pactos de La Moncloa, y ha acudido, los ha trabajado y los ha suscrito; el PCE ha actuado con una sensatez y una disciplina ejemplares en

momentos durísimos… El PCE ha arrimado el hombro, como el primero, en los trabajos de la Constitución… ¿A quién diablos tenemos que pedirle permiso para fiarnos y entendernos entre nosotros?

Suárez insistió. Y quedaron en que un equipo del Gobierno y otro del PCE intercambiarían papeles.

—No creo que esto sea viable. Sinceramente, me gustaría que lo fuese; pero las circunstancias del país me dicen que no. De todos modos, Adolfo, te agradezco la confianza y te tomo la palabra. Por dos motivos: primero, si en un día futuro en el que el mapa político hubiera cambiado, la derecha pretendiera vetar la presencia del PCE en un Gobierno, esta negociación nos daría el mejor argumento para contestar a ese veto: «Miren ustedes, ya nos lo pidió una vez aquella derecha llamada UCD»; y segundo, porque si de lo que se trata ahora es de una maniobra para enfrentarnos con el PSOE, de cara a cualquier futuro pacto, por ejemplo en las municipales, yo voy a serte muy sincero, Adolfo: voy a informar al PSOE, a Felipe, de esta negociación que vamos a empezar y a proponerle que también ellos participen en el acuerdo. Entre otras cosas, porque pienso que sería mucho más eficaz que estuviéramos los tres partidos.

—Me parece muy bien.

¡Y tanto que le parecía muy bien! Esa proposición a Carrillo no era sino una estrategia de pinza ficticia como reclamo para atraer al PSOE.

Los comunistas —explicaba Carrillo tiempo después—, convencidos de que aquello difícilmente nos llevaría a parte alguna, acordamos seguir la corriente y ver hasta dónde llegaban las cosas. Se formó una ponencia que comenzó a elaborar un «programa común». Por nuestra parte, participaron Azcárate, Tamames y Solé Tura; y por UCD, Abril Martorell, Pérez-Llorca y Calvo Ortega. Íbamos con los oídos y los ojos muy abiertos, pasándoles papeles que por su contenido progresista pudiéramos hacer públicos si algún día fuese necesario. Notábamos, ciertamente, que no se abordaban los temas políticos, sino los económico-sociales que sustituyeran o continuasen los Pactos de La Moncloa. Y en ésas estábamos cuando, un buen día y sin explicación ninguna, las negociaciones quedaron interrumpidas, cesaron, y se produjo la disolución de las Cámaras y la convocatoria de elecciones. Eso fue el 29 de diciembre. ¿Tuvo de verdad Suárez un propósito, ante el acoso de la derecha, de dar participación al PSOE en el Gobierno, y la «pinza» con el PCE era un medio de presión para que el PSOE accediera? Suárez nunca me lo aclaró[53].

«Lo del programa común con el PCE sólo fue un flirteo ocasional, con más riesgos que utilidad —reconocería Rafael Arias-Salgado—. Una estrategia de Adolfo Suárez, por si lograba integrar al PSOE en una prolongación del consenso mientras durase la legislatura. Jugaba con los dos escenarios posibles. Y lo sé porque era yo quien preparaba las elecciones. Pero intentó esa vía del pacto con la izquierda. Es más que probable que el Rey, cuando supo que había negociación e intercambio de papeles con el PCE, le hiciera una seña: “Eh, ¿adónde vas, Adolfo? ¡No me irrites al personal militar, que no están las cosas para provocaciones!”»[54].

El discurso del miedo

El 29 de diciembre, Suárez reúne al Consejo de Ministros y luego a la ejecutiva de la UCD y los informa —lo hace con tal cortesía que parece una consulta— de la decisión de disolver las dos Cámaras y convocar las elecciones legislativas y municipales.

«Las elecciones del 15-J de 1977 quedan ya muy lejos para la gente. Incluso se ha dejado de hablar del "consenso" y se empieza a hablar del "desencanto" —dijo Suárez a los mandarines de su partido—. Parece políticamente lógico que, una vez elaborada y refrendada la Constitución, las Cortes constituyentes se disuelvan. Que el nuevo Gobierno salga de las urnas con la legitimación democrática que da una mayoría de votos. Que el pueblo se exprese y diga quién quiere que le represente en el Parlamento y quién quiere que le gobierne».

Desde las tres hasta las cinco de la tarde, estuvo con el Rey para que firmase el decreto de disolución de las Cortes generales.

Sonó el pistoletazo de salida, y empezó en toda España el fragor de la campaña electoral. Cuarenta y tres partidos, con megafonía de *jingles* a todo decibelio y cartelería a todo color. Y gargantas rotas en la jornada de reflexión. El PSOE jugó con dos pósteres: en uno, gran primer plano de Felipe González, blanco y negro, ojos soñadores y labios sensuales, contrastando con un lema autoritario: «Un Gobierno firme por una sociedad justa». El otro, compartido con Pablo Iglesias, también en blanco y negro, y eslogan del pedigrí de partido: «Cien años de honradez y firmeza». La UCD se centró en la figura de Adolfo Suárez, de perfil y hablando en las Cortes. Un lema escueto como un balance de resultados: «Dicho y hecho». Y un refuerzo reiterativo, mate, sin oferta de futuro: «UCD cumple».

Campaña de invierno. Locales cerrados. Las encuestas vaticinaban un 40 por ciento de abstención. Los candidatos buscaron la televisión y la radio. Felipe González retó a Adolfo Suárez a un debate a dos, abierto y en directo por TVE, «para discutir los programas e ideologías de ambos partidos con el fin de alcanzar una mayor clarificación electoral». Suárez respondió que «si el líder del PSOE quiere un debate conmigo, tendrá que ganárselo, porque lo que busca es un plus de publicidad y probar que en España hay un régimen bipartidista, cosa que está por ver». No hubo duelo al sol.

A Suárez le prepararon tres maquetas de discurso para el spot televisivo final. Uno casi oficial más en rol de presidente del Gobierno que de candidato. Otro sin *punching*. Y un tercero más combativo, que la prensa llamaría «el discurso del miedo», «el vapuleo a la ciudadanía indecisa»… Un zurriagazo a los que se habían embelesado con los carteles de José Ramón: colores suaves, paisajes agradables, escenas bucólicas de palomas y paraísos felices.

Los expertos de la campaña, a tenor de las encuestas, vieron que en la última oleada el PSOE había subido y la intención de voto permitía suponer un empate técnico. No se veía una diferencia clara. El resultado final era una incógnita. Los spots de cierre antes de la jornada de reflexión tendrían una audiencia en torno a los cuatro millones de espectadores. Por tanto, había que desencuadernar todos esos mensajes subliminales de ciudades Jauja y de bienestar gratuito, que no decían con qué dinero se iban a costear…

Entre Eduardo Navarro y Rafael Arias-Salgado confeccionaron el texto, que debía durar siete minutos. Lo que hicieron fue transcribir fragmentos del Programa Máximo del PSOE en su último Congreso, y ponerlo en boca de Suárez: «Señores, si gana el PSOE, harán esto, y esto, y

esto…» Simplemente, que fuera desvelando el contenido real del auténtico programa del PSOE, que era marxista, planificador de la economía, colectivista y con un fuerte ramalazo de revancha y «vuelta de la tortilla».

En su discurso, desde el despacho de La Moncloa, Suárez denunció la falsía de ciertas fuerzas políticas que en la liza electoral fingían ser lo que no eran:

Hicimos un centro fuerte para evitar que los extremos volvieran a enzarzarse en un conflicto visceral y radicalizado. Pero vemos con sorpresa que partidos importantes, por ganar el voto moderado de centro, aparentan ser ese centro. Es perfectamente respetable en una democracia la existencia de partidos de ideología marxista, pero no es correcto que traten de ocultarla en la campaña electoral. De que el desarrollo de la Constitución se haga desde la perspectiva del humanismo cristiano que inspira a UCD, o se acometa desde el materialismo de los partidos marxistas, depende que España sea un país occidental o que emprenda el camino hacia una sociedad colectivista. Hay que poner en duda la credibilidad de quienes, desde la izquierda, se presentan como moderados sin haber renunciado al radicalismo de sus formulaciones revolucionarias; o de quienes desde la derecha tampoco renuncian a sus nostalgias reaccionarias.

Ya en ese punto, aplicó la linterna sobre los partidos a los que quería desenmascarar:

Difícilmente podemos creer en la moderación de que hace gala el PSOE. El programa del XXVII Congreso del PSOE defiende el aborto libre y subvencionado por el contribuyente; la desaparición de cualquier enseñanza religiosa; propugna un camino que nos conduce hacia una economía colectivista y autogestionaria. Han planteado la disolución de lo que denominan «cuerpos represivos del Estado», exigiendo responsabilidades o aconsejando públicamente la negociación con ETA.

Y desde la otra perspectiva, ofertas también aparentemente moderadas parten del supuesto de que el pueblo español, en perenne minoría de edad, necesita de una constante tutela paternalista…

Esto no es una apelación al «voto del miedo», sino a la claridad.

Y concluyó parafraseando a Kennedy:

En esta hora, no te preguntes qué puede hacer tu país por ti; pregúntate qué puedes hacer tú por tu país, qué podemos hacer todos unidos por esta gran nación en marcha que es España.

La UCD obtuvo 168 escaños, ganó 2; el PSOE, 121 escaños, ganó 3; el PCE, 23 escaños, ganó 3 y creció en 300 000 votos. Coalición Democrática (CD), la nueva formación de Fraga, Osorio, Areilza…, obtuvo 10 escaños, perdió 6; y de los 10 obtenidos, sólo 5 eran de la AP de Fraga.

Para algunos analistas, Suárez, recurriendo al miedo al PSOE, había hecho una jugada sucia; para otros, una jugada maestra. Más que meter miedo en el cuerpo a los electores, lo que Suárez dijo fue que el PSOE era marxista en sus programas, aunque lo disimulara o negara en sus mítines, y que un prematuro Gobierno revolucionario de izquierda podría provocar un retroceso indeseable en la marcha de modernización democrática… Y por el otro extremo, lo que declaró fue que AP era reaccionaria y dictatorial, aunque se vistiera de moderada. Pero, sobre todo, movió el patio y llevó a votar a un millón de indolentes o indecisos.

Julio Feo, director de la campaña del PSOE, dijo: «Suárez ha triunfado agitando el espantajo

del marxismo». Diagnóstico objetivo. Y así lo vieron los gerifaltes de la Internacional Socialista cuando tuvieron el vídeo de Suárez en su spot final.

La UCD, impulsando y dirigiendo el proceso reformista, se jugó a su electorado natural de centroderecha, que no digirió la reforma fiscal, que gravaba más sobre quienes más tenían; ni la ley de divorcio; ni la legalización de anticonceptivos; ni la aconfesionalidad del Estado; ni el nuevo modelo de acceso a la educación, que potenciaba la enseñanza pública, condicionando las subvenciones a la enseñanza privada; ni el anuncio de la reforma militar; ni el Estado de las autonomías…, ni unos Pactos de La Moncloa en los que se partía de una paridad entre empresarios y trabajadores. Además, junto a la gestión de las reformas y de la Constitución, era el partido gobernante, y le tocó afrontar la crisis económica, el paro, las «movidas» militares y los asesinatos de ETA. Sin embargo, no sufrió desgaste, incluso creció dos escaños.

El PSOE tenía todas las de ganar: fue beneficiario y coprotagonista mediático de las reformas y de los Pactos de La Moncloa sin mancharse el armiño; capitalizó los cambios progresistas de la Constitución; obtuvo en su provecho la inclusión del voto juvenil de los dieciocho a los veintiún años; sumó a los partidos socialistas periféricos y absorbió al PSP de Tierno. Pese a ello, siguió siendo segunda fuerza, a cuarenta y cuatro escaños de distancia de la UCD.

El canciller Helmut Schmidt le confesó a Suárez, en un viaje rápido de éste a Bonn, un año después: «Según un estudio de los técnicos electorales del SPD, su intervención televisiva de cierre de campaña movilizó un millón de votos indecisos… Aquellos siete minutos le dieron a usted la victoria». Y en esa misma conversación, pasando al tuteo de más confianza: «¡Cuídate! ¡Ahora irán a por ti!»

Para los compañeros socialistas alemanes, Suárez era «el mayor capital político de la UCD». En consecuencia, aconsejaron a Felipe González un cambio de táctica: del ataque al partido, «un conglomerado de ideologías, un invento sin historia ni tradición, y una jaula de grillos», debían pasar al derribo de Adolfo Suárez. Centrarse en el líder, que era el activo principal y su única garantía de unidad. Más aún, Willy Brandt, desde su puesto de presidente de la Internacional Socialista y su experiencia personal, aconsejó a González: «Entrad a gobernar en coalición, desgajando, por ejemplo, a los socialdemócratas, a los liberales o a los democristianos de la UCD; entrad en el Gobierno con cualquier sector de la UCD. Tienen que veros gobernar de modo sosegado, profesional y ejemplar. Es la única manera de que os ganéis la confianza social. Y toquéis poder. Felipe, no te importe sentarte en un Gobierno en la silla del vicepresidente. Yo lo hice así. Y en las elecciones siguientes fui elegido canciller».

Y a esa estrategia se aplicaron, sin esperar a los «idus de marzo» de 1979.

Suárez no quería ni oír hablar de una *Große Koalition*, que «dejaría al país sin alternativa, mezclaría churras con merinas, y sería pan para hoy y hambre para mañana, como ocurrió en Italia». Pero los socialistas no querían esperar… Su juego político fue exactamente el derribo de Suárez. Era el modo infalible de descalabrar la UCD[55].

Arzalluz: «¿Investidura o embestidura?»

No hubo días de vino y rosas, ni tiempo de paladear las mieles del poder, ni un instante para

cerrar los ojos y disfrutar de la victoria. Desde que ganó las elecciones del 15-J de 1977, Adolfo Suárez tuvo que arrostrar una hostilidad creciente por días, que surgía inesperada y alevosa desde distintos ámbitos sociales, fuerzas políticas o élites influyentes de la vida nacional. Aunque quizá sea más justo decir que lo que irritaba del 15-J no era la victoria de Suárez, sino la fuerte irrupción del PSOE como segunda fuerza muy a la zaga de la UCD, y sobre todo, la debacle de la derecha que había pasado de ser dueña y señora de España durante cuarenta años a una presencia residual en el hemiciclo.

La fase de fabricación constitucional fue una especie de *airbag* que amortiguó las agresiones entre los políticos de signos contrarios. Nació, o renació de los escombros guerracivilistas, el concepto casi gremial de «clase política». Al margen y en contra de esa ilusionada tarea, los descontentos urdieron una intentona golpista, *Galaxia*, cuyo objetivo era asaltar La Moncloa y neutralizar a Suárez.

Ciertamente, él era el presidente del Gobierno, pero se le hacía culpable de todo lo malo que ocurría en el país: tanto de los asesinatos de ETA y los Grapo como del regreso masivo de emigrantes, que Europa vomitaba agobiada por su propia crisis energética e industrial. Se le achacaba que hubiese delincuencia callejera; y a la vez, que la policía intentara reprimir esa delincuencia. Que se hubiera puesto en marcha el Estado de las autonomías; y que todavía no se hubieran transferido enteramente las competencias a esas autonomías. Se le reprochaba que todo estuviera cambiando muy deprisa; y que todo estuviera cambiando muy despacio. Se le urgían medidas drásticas que cercenaran de raíz la involución; y se le criticaban los cambios de destinos militares para serenar los cuarteles y evitar conspiraciones golpistas.

El consenso fue una medalla que se prendieron otros. El desencanto y el hastío se los colgaron a él. Era lo que el sensitivo observador Carlos Luis Álvarez, «Cándido», llamó por vez primera «la cacería». Cacería que se fue convirtiendo a ojos vistas en una implacable persecución sin tregua ni para el acosado ni para la jauría. También tuvo su nombre para la crónica: «Acoso y derribo». Y una fecha de inicio, con cruz y raya en el almanaque de aquel tramo de historia: el 1 de marzo de 1979, día de la victoria electoral de la UCD, el conglomerado de familias políticas liderado por Adolfo Suárez, en las primeras elecciones ya constitucionales. A partir de ahí, el PSOE, desde su legítimo afán por obtener el poder, pero en consciente o inconsciente alianza con ciertos colectivos militares y en consciente o inconsciente alianza con las fuerzas corporativas del capital, empezó la acometida. En el visor de todos, una única pieza que abatir: Adolfo Suárez González.

El primer acto público fue la sesión de investidura del presidente electo. El 30 de marzo de 1979.

Como el mismo Suárez anunció allí, el consenso había terminado. Pero lo que en aquella sesión se vio, y se *televió*, fue que de repente cayeron las máscaras y comenzó la contienda parlamentaria, más que entre adversarios, entre enemigos a degüello. Todos contra uno. Suárez tuvo que decir en más de una ocasión algo obvio, pero que allí parecía exigible: «Señorías, no voy a pedir perdón por haber ganado».

El tono fue no ya descortés, sino agresivo y desautorizante. Felipe González se lanzó a una descalificación ad hóminem que pretendía deslegitimar políticamente a Suárez por su currículo

movimientista. Incluso, recitó y remedó fragmentos añejos de discursos oficiales en tomas de posesión. Era una venganza demasiado tosca por las alusiones que Suárez había hecho, en su spot de cierre de campaña, a los contenidos marxistas del programa máximo del PSOE. Sólo que Suárez nunca había sido falangista; y González, en presente, seguía siendo el líder de un partido que se autodefinía marxista.

La respuesta de Suárez, lejos de excusar su pasado, notoriamente conocido, lo afirmó con orgullo: «No me siento en modo alguno deshonesto por la trayectoria política personal que he seguido». Y fue desgranando los sucesivos y graduales pasos como «chusquero de la política»: «He trabajado mucho…, he sido jefe de negociado, de sección, gobernador civil, director de TVE, vicesecretario general del Movimiento, ministro… y ahora soy presidente del Gobierno de España, designado una vez por el Rey, y elegido dos veces por los españoles en las urnas». Y agregó que, precisamente desde esa ubicación política, había contribuido y no escasamente a que España pasara de una dictadura a una democracia, y a que en un día como aquél pudieran estar todos allí representando legítimamente al pueblo español.

Hubo un «error político» de excesivo reglamentarismo cuando el nuevo presidente del Congreso, Landelino Lavilla, decidió el formato de la investidura ordenando que, tras el discurso del candidato, iría la votación, y ya al final el debate. Podía decidirlo así, pues todavía no existía reglamento para aquellas primeras Cortes constitucionales. Y la interpretación modal correspondía al presidente de la Cámara. Pero por esa «cuestión de orden» se organizó un bochinche que consumió la mayor parte del tiempo y generó un clima áspero de protesta con actitudes despectivas e ineducadas como toser, reír, hacer ruidos, golpear los pupitres o desplegar periódicos ostensiblemente mientras Suárez leía su discurso de presidente electo. Incluso expresiones groseras, como cierta alusión excrementicia que utilizó Carrillo.

Fue un mal comienzo, «una sesión lamentable», en opinión de Fraga; tan inusualmente feroz que hasta el diputado vasco Xabier Arzalluz, pese a anunciar su voto en contra, dijo muy sorprendido que aquello más que una investidura parecía una «embestidura».

La explicación de la actitud de González, más que lógica, era psicológica. Y doble. De una parte, un evidente mal perder. Porque casi había tocado la victoria. Y de otra, más oculta, la espina inconfesable de no haber sido él, ni su partido, ni las fuerzas de izquierda, quienes hicieran la reforma, quienes desmontaran íntegramente el viejo régimen dictatorial, quienes devolvieran la soberanía a los ciudadanos. Esa espina, cuatro años amagada, se le había encallecido y era ya un aguijón retorcido. Malo. El hombre con aguijón es peligroso en el cuerpo a cuerpo, porque aun queriendo abrazar deja en el otro un desgarro.

En cualquier caso, lograron deslucir la victoria del candidato, la de las urnas y la de la investidura, aunque la ganase por mayoría absoluta y bien sobrada, 183 votos sobre 350 miembros de la Cámara, aunque ese día se registraran diez ausencias.

Sin duda, aquella sesión fue para socialistas y comunistas un *teleshow* de propaganda para las inmediatas elecciones municipales. Faltaban dos días. ¿Quién iba a desperdiciar tan mediática ocasión, con tan millonaria audiencia?

Eduardo Navarro, *el Gris-Cerebro-Gris* de Adolfo Suárez, cuando concluyó aquel penoso espectáculo anotó con su letruja prieta: «Quieren hacerle pasar de héroe a villano».

Suárez regresó a La Moncloa aquella noche con un sabor acre en la garganta. En ruta, arrellanado a oscuras en el asiento de atrás, recordó una escena que casi había olvidado, cuando el canciller alemán Helmut Schmidt quiso ofenderle también con una insidiosa alusión a su pasado. Fue el 7 de enero de 1977. La primera vez que se ofrecía una cena de gala en La Moncloa. Adolfo había desempeñado muy altos cargos en el Movimiento, vistiendo en los actos oficiales la preceptiva camisa azul Mahón; pero nunca fue falangista, ni asistió a campamentos del Frente de Juventudes, ni a actividades del Sindicato Español Universitario (SEU). Sin embargo, el canciller alemán, su invitado en la cena, debía de tener una «ficha» equivocada sobre la ideología del joven presidente español:

—¿Usted visitaba a Franco en El Pardo? —le preguntó.

—Sí, acudí a alguna audiencia y a despachar con él varias veces.

—Entonces… ¿usted era fascista?

Suárez guardó silencio un instante para recordar la edad del canciller. Esa misma mañana había leído en su currículo: «Nacido en diciembre de 1918». Hizo mentalmente una simple resta: al comenzar la guerra mundial, en 1939, Schmidt tenía veintiún años. Le lanzó una mirada de acero, respondiéndole con sequedad:

—Yo creo, canciller, que usted en su juventud tuvo que vestir el uniforme nazi, cuando hizo el servicio militar. Y tal vez el de la Wehrmacht, en las unidades de defensa antiaérea en Bremen…

Hubiese podido seguir memorizando la hoja militar del teniente Schmidt. Desde Bremen, fue destinado al frente ruso en 1941. Jefe de batería en el frente oeste en 1944 y 1945. Oficial en activo hasta el final de la guerra. Y después, el Plan Marshall, la desnazificación… y el gran olvido.

Obviamente, no hubo respuesta. Pero a partir de aquel incidente Schmidt intuyó la estatura política de Suárez. En adelante, procuró no perderle de vista.

Al día siguiente, reflexión; al otro, urnas municipales. En la UCD habían hecho una campaña de perfil bajo, con sordina…; se conformaban con no ser arrasados. Aquella misma noche, entre el insomnio y la duermevela, repasaba los rostros de sus ministros todavía en funciones. Los veía en el banco azul, tensos, inquietos, al acecho, esperando ser mantenidos en sus poltronas, o recelando no serlo. «Todos quieren ser ministros al día siguiente de llegar».

A la mañana siguiente, muy temprano, se presentó Rodolfo Martín Villa en La Moncloa. No iba a pedir tal o cual cartera. Al contrario:

—Quiero salir del Gobierno. Necesito tomarme un descanso. Gobernación es un ministerio quemahombres. Han sido unos años muy duros, empalmando días, noches y madrugadas… Quizá más adelante, pero hoy por hoy, no quiero ser ministro… He venido a decírtelo y a acompañarte un rato, presidente, porque la investidura de ayer fue de pena: mal concebida y mal ejecutada; pero por parte de los otros fue… ¡una gran putada!

Suárez quería retener consigo al leonés —un corredor de fondo tenaz, con una lealtad a toda prueba— y le ofreció otras carteras importantes: Presidencia, Defensa, Obras Públicas, Educación… No le convenció.

Mientras hablaban, llegó Sabino Fernández Campo; traía una carta manuscrita del Rey para

Adolfo. Era una misiva cariñosa, alentadora. Un alivio que mitigaba la amargura del día anterior. «Bueno —dijo después de leérsela a Rodolfo—, aunque presiento que lo que empieza ahora no van a ser paños calientes, al menos tengo el apoyo del Rey»[56].

Las urnas municipales del 3 de abril dieron a la UCD mejores resultados de los que esperaba, y mejores que los obtenidos por el PSOE: el 31,3 por ciento de los votos, frente al 27,9 por ciento del PSOE. Al partido de Suárez le correspondía, pues, el 43,3 por ciento de los concejales y casi la mitad de los alcaldes, el 49,4 por ciento. Pero en la misma noche del escrutinio Alfonso Guerra telefoneó a Santiago Carrillo, y al día siguiente protocolizaban los que llamaron «Pactos del Progreso». Socialistas y comunistas se repartieron los ayuntamientos gobernando juntos. La UCD pasó a la oposición, incluso en capitales como Madrid, donde había sido la fuerza más votada. El PSOE y el PCE también suscribieron pactos en el País Vasco y en Cataluña, marginando a la UCD del poder local.

El recurrente fantasma del 14 de abril de 1931, aquella alzada republicana por la unión de las izquierdas en los municipios, volvió a preocupar en La Zarzuela y en La Moraleja, donde residía Don Juan. Pero en cuanto se anudaron los pactos, incluso antes de cerrar las listas de los nuevos consistorios, Santiago Carrillo tuvo el toque sensato de apaciguar alarmismos, declarando: «Tenemos una Monarquía parlamentaria y constitucional, y siempre que esa Constitución no se viole, no habrá por qué atentar contra el régimen del Gobierno. Las Administraciones locales tienen su autonomía y no van a interferir en la política general»[57].

Pocos días después, el Rey recibió en La Zarzuela al nuevo alcalde de Madrid, el «viejo profesor» socialista Tierno Galván, y al también socialista y edil de Barcelona Narcís Serra. Sin grandes esfuerzos, se llevó muy bien con los dos. En Juan Carlos, su acusado instinto de «conquista» corría parejo a un innato sentido *heliotrópico* que le orientaba enseguida hacia el nuevo sol. Es ciencia antigua y espontánea en los reyes: adaptarse para sobrevivir.

Felipe González, de noche, a ver al Rey

En Virginia, entre los miles de lápidas del cementerio militar de Arlington, hay una en la que puede leerse este curioso epitafio: «Aquí yace el soldado John S. Brown. Quiso comprobar con una cerilla encendida si el depósito de gasolina de su tanque estaba lleno. Y lo estaba».

El militante socialista Felipe González también quiso comprobar con una cerilla encendida si el depósito de marxismo de su partido estaba lleno. Y lo estaba.

Esto era en los días 19 a 21 de mayo de 1979. El PSOE celebraba su XXVIII Congreso, que debía ser el de «la conversión», pero resultó ser el de «la confrontación». Por consejo de Willy Brandt, presidente de la Internacional Socialista y de la Fundación Friedrich Ebert, y de los correligionarios alemanes como el canciller Helmut Schmidt y el diputado Hans Matthöfer, pero también por la lectura atenta del resultado de las urnas del 1 de marzo, González y su ejecutiva habían decidido vaciar de marxismo y de radicalismos ideológicos el programa del PSOE, y convertirlo en un partido que pudiera ser una alternativa «real» de poder. En el argot socialista, «al PSOE le había llegado la hora de hacer su Godesberg», su conversión a la socialdemocracia, como hizo veinte años antes, en 1959, su partido hermano, el SPD, en la localidad de Bad

Godesberg, distrito de Bonn. La renuncia al marxismo como ideario político y la aceptación de la economía de mercado como realidad existente dieron al SPD la patente de partido «apto para los salones». Aquel congreso en Bad Godesberg fue para el socialismo alemán el paso del Jordán que le permitió gobernar en coalición con los demócratas liberales y con los democristianos, o en solitario.

No era sólo un consejo; era una directiva, era una condición, impuesta por quienes tenían los resortes de la caja financiera: los socialistas alemanes.

Pero sucedió que, cuando el militante González quiso tachar la definición que del PSOE proponían sus compañeros de Asturias —«el PSOE reafirma su carácter de partido de clase, de masas, marxista, democrático y federal. Marxista porque entendemos el método científico de conocimiento y de transformación de la sociedad capitalista, a través de la lucha de clases, como motor de la historia»—, el tanque de gasolina le estalló en las manos.

Su propuesta era definir y programar los contenidos del PSOE como un socialismo democrático, en el que el marxismo pudiera ser un mero «instrumento teórico, crítico y no dogmático», dentro del programa político socialista. Y se encontró con una durísima resistencia de los delegados —representantes de doscientos mil militantes— que no dieron su brazo a torcer cuando se les decía: «Nadie os impide que abandonéis la teoría marxista, pero sí que la conjuguéis con una praxis realista de lo que en la España actual, y pensando en plata, podríamos hacer si llegáramos a gobernar».

A Felipe González y sus planteamientos de «pie a tierra» del «socialismo de lo posible» se oponía la alternativa maximalista marxista representada por Luis Gómez Llorente, Enrique Tierno, Francisco Bustelo, Pablo Castellano… Bregaron durante dos días y dos noches.

Dieter Koniecki, un alemán rubio, bajito, cuadrado, expeditivo presidente de la Fundación Friedrich Ebert, llamó aparte al profesor y alcalde de Madrid, Tierno Galván, a quien los críticos habían ofrecido encabezar la candidatura.

—Algunos compañeros parecen haberse equivocado de partido —dijo Dieter—; deberían afiliarse a organizaciones anarquistas, trotskistas, leninistas, si lo que les gusta es seguir pataleando. Ahora bien, si el PSOE aspira a gobernar en España, ha de saber que los compañeros alemanes apuestan por la moderación que representa Felipe; no creemos que la alternancia en el poder estatal se pueda hacer con un PSOE tan escorado a la izquierda, como expresan las ponencias bajo su dirección y la lista de Gómez Llorente, Castellano, Bustelo, Sotelo…[58]

Ni siquiera necesitó sugerir que, con ellos al mando, se cerraría el grifo financiero.

Aquella noche, Felipe González subió a La Zarzuela —llamado por el Rey— y le explicó lo que estaba ocurriendo y lo que iba a ocurrir. Como sus tesis habían sido derrotadas, él dimitía, no se presentaba a la reelección, aunque le reclamasen a gritos hasta romperse la garganta… Al partido le vendría muy bien una temporadita de sede vacante, cuatro meses con una gestora interina. «A ver si en ese tiempo maduran, dejan de ser intelectuales teóricos y caen en la cuenta de que gobernar es el arte de lo posible, que desde el Mayo francés han pasado muchos años, y ya no tenemos edad de andar pintarrajeando las paredes y pidiendo lo imposible».

El Rey estaba preocupado, porque de ese XXVIII Congreso tenía que haber salido el «socialrealismo», la socialdemocracia, una izquierda templada, idónea para gobernar. Incluso

para gobernar en coalición con una UCD cuya evolución natural parecía ser la democracia liberal con vetas de democracia cristiana. Como las alternancias sin vuelcos ni estruendos de Alemania. Pocas semanas antes lo había comentado con Walter Scheel, ya a punto de dejar la presidencia de la República Federal de Alemania, mientras almorzaban juntos en Palma de Mallorca. Después de escuchar a Felipe, el Rey se quedó más tranquilo. Notó en el líder socialista enfado con los de su partido, pero seguridad en sí mismo, un aplomo que tradujo interiormente: «Éste se va, pero sabe que vuelve».

A la mañana siguiente, Felipe había cambiado su elegante traje gris y corbata de seda azul de la víspera por unos *jeans* ásperos y un pulóver oscuro. Como cualquier soldado Brown, como cualquier militante de base.

Escuchaba los gritos «¡Felipe, quédate!», «¡Felipe, no dimitas!», «¡Felipe, sigue, sigue!…». Hasta un «¡Felipe, sálvanos!» se llegó a clamar en la inmensa sala.

Subió al podio. Extendió los brazos hacia el frente, con las palmas abiertas intentando parar aquel vocerío. Cuando al fin se hizo el silencio, se remangó el pulóver casi hasta los codos:

—¡Estoy cansado! —Fue la respuesta, el saldo, la factura—. He trabajado mucho. Me he volcado. Ahora espero que este compás de reflexión sea positivo. Sólo seré un militante de base.

Declaró que «hay que ser socialistas antes que marxistas». Y explicó que «un impulso ético me lleva a no presentarme para la dirección, porque con los papeles que habéis aprobado yo no puedo conducir el partido a una opción real de gobierno. Y ese mismo impulso ético me obliga a seguir en el partido: ¡ni una sola retirada, compañeros!»[59].

Incluso los analistas que trabajaban para Adolfo Suárez, en sus inmediatos apuntes concluían que el gesto ético de González, su dimisión, «había mostrado su estatura de gran líder, incluso de estadista», y que había sido capaz de transmutar «su derrota en una apoteosis», lo cual le convertía ante los ciudadanos españoles en «la figura política de mayor credibilidad en estos momentos»[60].

Pocos días después, el militante de base Felipe sobrevoló el Atlántico con su amigo Enrique Sarasola, *Pichirri*, un hombre de negocios, mitad gánster, mitad ángel, amigo de Fidel Castro, de Gabo García Márquez, de Adnan Kashogui, de Belisario Betancur, de Carlos Andrés Pérez, de Omar Torrijos, de Jesús de Polanco, de «los Albertos» Cortina y Alcocer, de las hermanas Koplowitz, de los capitostes de KIO… Un socialista amigo de la *beautiful people*. O de los simplemente ricos. En Panamá, huésped de Torrijos, el militante González se divirtió, se olvidó de todo, recobró fuerzas. Al volver, tendría que ganar una batallita. Y una guerra. La batallita del PSOE estaba lubricada y financiada, sin que él moviera un dedo. En septiembre fue reelegido secretario general por mayoría arrasadora: el partido aceptó sin discusión el socialismo democrático y abjuró de los postulados marxistas.

La guerra sería más bien una cacería. Cacería de un hombre: Adolfo Suárez. Un safari a tiro hecho, en los suburbios del poder.

Los Borbones *borbonean*

El rotativo alemán *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 14 de junio de 1979 se hacía eco de

unas estimaciones políticas obtenidas «en los círculos que rodean al rey Juan Carlos I» y corroboradas por personas próximas a Don Juan de Borbón. Siendo el *Frankfurter Allgemeine* un periódico serio, liberal conservador, independiente de partidos políticos, con buenas fuentes y muy acreditados corresponsales en España, no había por qué cuestionar la veracidad de la información. Otra cosa era que pudiera e incluso debiera causar perplejidad. El diario alemán afirmaba que, no sólo políticos españoles de peso, sino también el rey Juan Carlos y Don Juan de Borbón, a quien calificaba como «uno de sus más influyentes consejeros», se habían pronunciado «a favor de que finalizara el Gobierno minoritario de Adolfo Suárez y que diera entrada a los socialistas en un gabinete de coalición presidido por Suárez».

El *Frankfurter* completaba esta información dando noticia de una entrevista celebrada entre Suárez y Don Juan, y otra más extensa —«de varias horas»— entre Suárez y Felipe González, ambas para discutir el tema del Gobierno de coalición UCD-PSOE. Incluso entraba en detalles de las condiciones cruzadas entre ellos: «Un acercamiento de los dos grandes partidos sería posible si se produjeran las renuncias de Abril y de Guerra, dos políticos que cuentan con muchos enemigos en sus propias filas partidarias».

Nada decía de la postura de González respecto a Guerra, pero sí que, siendo la renuncia de Abril el primer paso para esta reestructuración del gabinete, «Suárez parece dispuesto a prescindir de su vicepresidente segundo, Abril Martorell».

Y reiteraba la información de fondo, como obtenida desde muy cerca del Rey o destilada por la propia Zarzuela: «El Rey está muy preocupado por la crisis abierta en el PSOE y la dimisión de Felipe González como secretario general, ya que desea que los socialistas participen en el Gobierno».

Hacía apenas dos meses que Adolfo Suárez había ganado las elecciones generales con mayoría absoluta. La preocupación del Rey, subrayada por el *Frankfurter*, además de denotar una impaciencia prematura, era una interferencia inconstitucional sin paliativos, pues el monarca pretendía, o al menos deseaba, torcer el reciente veredicto de las urnas; y unido a ello, el *borboneo* de intervenir en alianzas o componendas entre partidos. Constitucionalmente, la hora regia para recomendar coaliciones o pactos de legislatura entre las fuerzas políticas había pasado ya: el Rey tuvo en su mano esa potestad durante la ronda de consultas con los líderes, inmediatamente después de las elecciones del 1 de marzo. Pero el resultado de la UCD era una mayoría tan clara que no necesitaba socios ni apoyos para gobernar en solitario.

Esa información, en la que además se traslucía un notorio interés del Rey en adelantar el acceso del PSOE al Gobierno, lesionaba seriamente la exigible imparcialidad de la Corona y su no injerencia en los tejemanejes políticos que afectasen a combinaciones de Gobierno o al juego de los partidos. Por tanto, de ser cierta habría sido grave. Y de no ser cierta, por su importancia institucional y constitucional, hubiese merecido un tajante e inmediato mentís desde La Zarzuela. Pero el hecho es que no se produjo.

Otro elemento chocante en la información recogida por el *Frankfurter Allgemeine* era la inclusión del parecer de Don Juan de Borbón y sus gestiones con el presidente del Gobierno para discutir sobre esa coalición. En el ámbito familiar, en la privacidad doméstica, Don Juan podía ser «uno de los más influyentes consejeros del Rey», pero nunca en público, nunca trascendiendo

a la prensa, incluso extranjera, y menos sobre asuntos tan medulares en una democracia como quién debe o no debe gobernar, cuestión sobre la que sólo cabe pronunciarse introduciendo el voto secreto en la urna. Don Juan pudo votar. El Rey, ni eso.

Ya un par de años antes, Felipe González quiso tener un encuentro privado y discreto con Don Juan. Luis María Anson —entonces director de EFE— organizó un almuerzo en casa del periodista Alfonso Sobrado Palomares, socialista y amigo personal de Felipe González.

«Felipe quería saber —explicó Anson tiempo después— qué actitud adoptaría la Monarquía si el Partido Socialista ganaba las elecciones. Estábamos en vísperas de las primeras elecciones generales, las del 15-J de 1977. Don Juan le dejó bien claro que en España la Monarquía no se consolidaría sin un período largo de Gobierno socialista y con un buen entendimiento entre el PSOE y la Corona»[61].

Con todo, a partir de «los círculos que rodean al rey Juan Carlos I», y que informaron al *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, tres datos quedaban a la vista: un interés en debilitar a Suárez, pretendiendo desposeerle de Abril, su hombre de máxima ayuda y confianza; un deseo de facilitar que el PSOE llegara al poder con el arropo de ir en tándem, quizá por no inquietar a los financieros ni a los militares; y el intento de neutralizar los pactos municipales, que habían entregado el poder a la izquierda en la mayoría de los ayuntamientos, fabricando otros pactos, pero de envergadura nacional.

A quien no sorprendió el contenido del rotativo alemán, cuando se lo pasaron traducido, fue a Suárez. Conocía en primera persona esas «presiones» y esas «invitaciones a la coalición». Sabía cómo se respiraba en La Zarzuela y ya les había dicho al Rey, a Don Juan y a Felipe González que él estaba en su legítimo turno como presidente del primer Gobierno constitucional, y pensaba ejercerlo sin que le llevasen de la mano. Precisamente había prescindido de dos ministros considerados pesos pesados, Pío Cabanillas y Francisco Fernández Ordóñez, porque quería un equipo cohesionado y eficaz en el que se trabajara mucho y se enredase poco. El hombre fuerte era Abril Martorell y el resto del gabinete podría llamarse «un Gobierno de subsecretarios»: profesionales inteligentes con tanta experiencia de la Administración como escaso afán de lucimiento personal.

No obstante, una cosa era saber cómo respiraban el Rey y su padre, y otra cosa era verlo descaradamente reproducido en un tabloide extranjero. Probablemente, el redactor no necesitó siquiera acercarse a La Zarzuela: su fuente pudo ser —una vez más— cualquier diplomático de la embajada de Alemania en Madrid, o el propio embajador Lothar Lahn, después de una larga y enjundiosa conversación con Don Juan Carlos. El consabido juego de la indiscreción calculada: «No puedo pedirle reserva, porque sé que esta misma noche enviará usted a su ministro en Bonn el memorando de lo que hemos hablado».

Esa doblez del Rey dejaba muesca, y muesca dolorosa, en el alma de Suárez. Fue sin duda lo que detectaron quienes cenaron con él pocos días después, el 24 de junio de 1979, en casa del banquero Carlos March. Según los comentarios del anfitrión y de algunos comensales, como el ex ministro Pérez de Bricio, el diputado centrista Arturo Moya o el empresario José Antonio Segurado, encontraron a un Adolfo «muy en baja forma», «con decaimiento personal», «hundido y sin reflejos», «crispado, nervioso», «acusando soledad y viendo traiciones por todas partes»[62].

O tal vez el presidente se mostró deliberadamente así, menoscabado y venido a menos, porque era la imagen que le interesaba dar ante unos personajes de los que no se fiaba ni mucho ni poco. Salvo Carlos Pérez de Bricio, los otros eran asiduos a los almuerzos y «tenidas» que desde 1977 montaba Luis María Anson en la Agencia EFE, donde se entretenían exhibiendo «fórmulas legales» para quitar a Suárez y poner a otro. Eran conspiraciones de *amateurs*, morbillo maledicente…, pero lo hablado en esas comidas ya empezaba a cundir, y la mesa del comedor de EFE se extendía para dar cabida a los generales Burgón y Faura, del CESID; a los directores de *El Imparcial*, Julio Merino, y de *El Alcázar*, Antonio Izquierdo; al presidente de la CEOE, Carlos Ferrer Salat; al político Alfonso Osorio, resentido con Suárez y trasvasado a Fraga… Se pusieron de moda las «comidas con comidilla». Las lentejas de Mona J. con postres confeccionados por una sobrina nieta del zar Alejandro. Los consomés al frío-caliente con paté y caviar junto a la piscina de Alfonso Fierro. O el carpacho de buey a la parmesana y los espaguetis a la carbonara, en Tattaglia. Éstas de Tattaglia, en el paseo de La Habana, eran comidas baratas, de tres o cuatro comensales, no más. Ahí almorzaba Alfonso Osorio con Antonio García López, el ambiguo y ubicuo conspirador, que un día le llevaba a Pablo Castellano y a Gómez Llorente, del PSOE derrotado, y despotricaban de todo, sin ponerse de acuerdo en nada; y otro buen día el comensal era Javier Solana, y ya se habló de «un Gobierno de gestión»; incluso de «un Gobierno de concentración, que implicase a todos los partidos con representación parlamentaria… y que el Rey aceptaría»[63].

En las encuestas oficiales, las de consumo interno del Gobierno, Suárez conservaba prácticamente intacto el porcentaje de intención de voto. Sin embargo, era la diana de todas las invectivas en la prensa y en los saraos de la *jet* politiquera. La pregunta del millón en los cenáculos madrileños era quién sería el hombre idóneo que le pudiera sustituir. Dando por hecho que las urnas en marzo se habían equivocado. Un hombre como el honorable Josep Tarradellas, curtido en exilios de resistencia a la dictadura, un mito viviente del *seny català*, aureolado de prudencia política, había resuelto dedicarse —él sabría por qué— a agitar la colmena.

En julio, pasó un par de semanas en Madrid. Como siempre, con la agenda repleta de citas importantes. El día 3 se reunió con Suárez en La Moncloa durante un par de horas. Al salir dijo a los periodistas: «¡He encontrado a mi Suárez de siempre!» El 14 de julio tuvo un extenso mano a mano con el Rey en el Palacio Real. Y a los tres días, un almuerzo en el Club 24 con un repóquer de banqueros: Aguirre Gonzalo, Usera, Sánchez Asiaín, Galíndez, y Carvajal y Urquijo. Todos ellos habían leído en la prensa su comentario sobre Suárez, y lo tomaron como un elogio político, humanizado con el posesivo cariñoso, «mi Suárez». Por tanto, les sorprendió que en la sobremesa Tarradellas hiciera una crítica bastante dura de la gestión del Gobierno y del presidente: «Conmigo se ha portado estupendamente, pues ha cumplido todo lo que me prometió; pero… reconociendo que ha sido el hombre ideal para la Transición, estoy completamente en desacuerdo con su manera actual de gobernar, y especialmente con su falta de autoridad. Yo diría que Suárez no es el hombre para la nueva etapa del país»[64].

¿Tan versátil era, a sus años, como para cambiar de opinión en dos semanas? ¿Estaba trasladando a esos mandarines de las finanzas la visión que el Rey, en el ínterin, pudo haberle dado de Suárez? O simplemente estaba diciendo lo que pensaba: Suárez sigue siendo el de

siempre, y no se da cuenta de que los tiempos han cambiado.

Generales en La Zarzuela, en domingo

En aquellos meses, primavera-verano de 1979, se iniciaron dos importantes y procelosas tareas para cumplir lo que la Carta Magna ordenaba en el título VIII sobre la nueva organización territorial del Estado. En concreto, desde La Moncloa, se negociaban el Estatuto vasco o de Gernika, y el catalán o de Sau. Esas discusiones, hasta llegar a puntos de síntesis, concentraron la atención primordial de Suárez. Y, como en todo movimiento de avance para descentralizar el Estado y autenticar la soberanía popular, mientras unos trabajaban en el sentido de la marcha, otros se aplicaban al boicot, a la protesta o al terror.

Fueron tiempos de un terrorismo compulsivo, actuando a la vez ETA, los Grapo y Fuerza Nueva en una emulación atroz de a ver quién hacía más sangre. Se reproducían aquellas «semanas trágicas» previas al referéndum de la reforma. Entre abril y julio, hubo atentados masivos con muertos y centenares de heridos en la cafetería California 47, en el aeropuerto de Barajas, en las estaciones de trenes de Atocha y Chamartín; asesinatos de generales y coroneles del Ejército, y de agentes de la Policía y números de la Guardia Civil. El registro luctuoso del curso 1979-1980 superó los trescientos heridos y casi alcanzó el centenar de muertos.

Junto al duelo, el bramido de los militares, las pintadas de «Ejército al poder» en las calles del barrio de Salamanca, buzoneo de panfletos iracundos, increpaciones al Gobierno, gritos al Rey en el desfile de las Fuerzas Armadas, reuniones de desahogo conspirativo en cuarteles y en domicilios particulares, audiencias personales con el Rey para expresarle el «encorajinado hartazgo», «el límite del listón de la paciencia», la necesidad «de un Gobierno fuerte» o «de una intervención militar que reconduzca con autoridad el proceso democrático». Mientras, algunos medios de comunicación, *El Alcázar*, *El Imparcial*, *El Heraldo* y, con llamativa frecuencia, el *ABC*, exasperaban el malestar ciudadano, o prestaban sus páginas para que altos mandos militares dieran rienda suelta a sus críticas. Así, el 23 de septiembre, *ABC* regalaba portada y tres páginas de huecograbado al capitán general de Valencia, Milans del Bosch, para que opinase libremente sobre temas políticos que las reales ordenanzas vetaban a los militares. Milans hizo sus declaraciones a la periodista María Mérida[65]. El gobernador militar de Gipuzkoa Lorenzo González-Vallés no había sido aún asesinado por ETA de un tiro seco en la sien. Pero se empleó igualmente con artillería verbal criticando la incapacidad del Gobierno en la lucha contra el terrorismo. El nervio de las respuestas de Milans recorría el desencanto y la apatía social, las irresponsables cesiones políticas en las autonomías, el desinterés ciudadano demostrado en la bolsa de abstención ante el referéndum de la Constitución. Transpirando pesimismo en todas sus observaciones, afirmó que «los militares contemplamos la Transición con profunda preocupación, porque su balance no presenta un saldo positivo»; vaticinó un sombrío porvenir para «la sociedad española, sometida al terrorismo, a la inseguridad, a la inflación, a la crisis económica, al paro, a la pornografía, y a una crisis de autoridad sin solución a la vista», y después de advertir que los militares vigilan que «la soberanía española no sea puesta en tela de juicio ni se desprecien los símbolos patrios por determinadas minorías», lanzó una enfática advertencia: «El Ejército deberá intervenir cuando se evidencie que las leyes, la acción policial y

la judicial son o resultan insuficientes para combatir el terrorismo». O «cuando, de acuerdo con la misión que nos señala la Constitución, sea necesario garantizar la soberanía y la independencia de nuestra patria». Por si no hubiese quedado claro, reiteró que el espíritu de la Carta Magna «no prohíbe una intervención militar»[66].

Indudablemente, era un clarinazo de aviso.

Desde *El País* se reclamó sin demora que el Gobierno abriera un expediente al teniente general, pues «su pesimismo debería hacer recapacitar a sus superiores»[67]. No iba desencaminado Juan Luis Cebrián alertando del riesgo de que ciertos pesimistas, más aún, catastrofistas disconformes con el sistema, tuvieran mando de armas. Pero ¿cuál fue la reacción oficial?

Ocurrió algo extraño. El presidente Suárez suspendió un viaje ya anunciado a Centroamérica y a Estados Unidos, y convocó de inmediato a la JUJEM en La Moncloa. A la misma hora de aquel domingo 23, el Rey recibía en La Zarzuela a «un grupo de altos jefes militares» que, tras exponer su seria preocupación por «la posible deriva independentista de las autonomías» y pedir «un Gobierno fuerte, con mano dura», solicitaron del monarca «algún tipo de intervención para influir en la política del Gobierno y en el rumbo del proceso democrático»[68].

Todo esto sucedía en Madrid mientras en San Sebastián se velaba el cadáver del gobernador militar González-Vallés. Un centenar de personas gritaron «¡cobarde y traidor!» al ministro Rodríguez Sahagún, que había acudido a las exequias; en cambio, enmudecieron cuando un hombre joven se les plantó delante y, puño en alto, gritó dos veces *«gora Euskadi askatuta!»* y *«gora ETA militarra!»*. El diagnóstico estaba servido.

Antes de concluir la tensa jornada, Suárez se reunió en La Moncloa con el líder de la oposición, Felipe González —reelegido ya secretario general del PSOE en el congreso extraordinario— y le puso al tanto del panorama de tensiones en el estamento militar.

El martes 25, primer día con prensa matinal en los quioscos, los tenientes generales González del Yerro y Merry Gordon coincidían en sus declaraciones de condena del terrorismo y denuncia de la «falta de autoridad», la «ineficacia» y el «inadecuado tratamiento» que el Gobierno aplicaba para «extirpar ese tumor». El ministro de Defensa, Agustín Rodríguez Sahagún, ordenó que se presentaran en Madrid los tres tenientes generales que habían expresado públicamente su disconformidad con la acción del Gobierno. Hubo algún conato de asonada en la Academia General de Zaragoza, reprimido en seco y, por supuesto, no denunciado y no castigado.

A partir de ahí, y pese a la alarma política, apagón informativo total. No hubo sanciones para ningún jefe militar. Tanto González del Yerro como Milans del Bosch parecían gozar de cierta inmunidad por su prestigio en el Ejército. Ambos habían sido destinados lejos de Madrid, precisamente para dificultar cualquier intentona golpista que buscara su liderazgo. No se supo qué altos jefes militares habían ido a ver al Rey, ni por qué el Rey los había recibido, en «grupo anónimo» y en domingo, en lugar de hacerlo según el protocolo habitual de las audiencias de listado público. Tampoco se dijo por qué esos generales despreciaron el conducto jerárquico reglamentario, que hubiese sido su ministro o el vicepresidente de la Defensa. Nadie en la comisión de Defensa del Congreso de Diputados pidió que compareciera el ministro para explicar el trasfondo de los hechos, las importantes razones que habían provocado tal batería de

reacciones urgentes: JUJEM, suspensión de un viaje internacional del presidente, audiencia militar del Rey fuera de programa. Una colección de disfunciones y anomalías en el uso correcto de la Constitución.

Lo evidente, más allá del terrorismo, era que las Fuerzas Armadas desconfiaban de una democracia que permitía a los partidos de izquierda el acceso al poder. No querían ese sistema. En el mejor de los supuestos, estarían dispuestas a aceptarlo pero bajo su vigilancia y su tutela. Y, presumiblemente, con importantes cirugías en su normativa, en la línea de recuperar ciertos esquemas autoritarios.

Suárez prepara un plan de intervención en Euskadi

Pocos días antes de estos sucesos, Adolfo Suárez recibía a Jaime Carvajal y Urquijo, amigo del Rey y presidente del Banco Urquijo. Acababa de resellarse el acuerdo sobre el Estatuto vasco, y Jaime le felicitó.

—Era una operación compleja, pero se había pactado bien, con sensatez y con garantías de durabilidad. Pero, sinceramente, desde el primer momento, incluso antes, yo estaba seguro de que las conversaciones con el PNV irían bien.

—Estuve el otro día almorzando con Sánchez Asiaín y con Ángel Galíndez, y estaban eufóricos. Me comentaron que de no haberse conseguido así, a satisfacción de ambas partes, hubiese sido catastrófico.

—Carlos Garaikoetxea va diciendo por ahí —comentó Suárez, bromeando— que mi táctica ha sido «la tortura del sillón»: sentarlo, cada vez que venía a negociar, en un sillón muy mullido donde se hundía hasta quedar casi sepultado; y entonces yo me dedicaba a cansarle y cansarle a base de argumentos…

Luego, en tono más serio, le contó un interesante sucedido:

—Como yo sabía que los militares recelaban, convencidos de que seríamos unos entreguistas y acabaríamos dándoles un visado para la independencia, reuní aquí a tres tenientes generales, que seleccioné entre los «bravos», con prestigio y predicamento dentro del Ejército, para asegurarles que nunca, nunca, nunca aceptaría yo un Estatuto vasco que estuviera ni un milímetro fuera de la Constitución. Y que, al menor indicio de que allá arriba intentaran sacar los pies del tiesto, yo estaba dispuesto a ocupar militarmente el País Vasco. Me miraron muy sorprendidos y muy serios. Entonces añadí: «Si se diera el caso, no deseable, de esa hipotética intervención militar, no cabría improvisar sobre la marcha. Por tanto, quiero que esté preparada como operación de intervención inmediata, obviamente secreta. Así que vamos a confeccionar unas maquetas de todas y cada una de las zonas del País Vasco, especialmente de los puntos urbanos neurálgicos, y trazar los planes estratégicos, calcular la logística, elementos de personal, equipos, armas, tiempos…»

»Al cabo de una o dos semanas, cuando estuvieron listos los planes operativos, fui llamando uno a uno y en días distintos a los tres tenientes generales. A cada uno le di a entender que estaba pensando en él como «el jefe idóneo para dirigir y coordinar la intervención militar si llegara el momento». También le dije a cada uno: «Sé que es duro ordenar a unos españoles que ataquen a

otros españoles; pero la defensa de la integridad territorial de España está encomendada constitucionalmente a las Fuerzas Armadas, no a los diplomáticos ni a los bomberos. En todo caso, general, se trata de una carga y un honor, *onus et honor*».

»Cada uno de esos tenientes generales, al oírme, se iba poniendo lívido. «Piénselo, general, y espero que me diga que puedo contar con usted».

»A los pocos días, uno, otro y otro, ¡los tres!, con distintas palabras me dieron la misma respuesta: «En fin, presidente, me siento muy honrado con su encomienda, y el plan es estratégicamente perfecto, aunque muy arriesgado; pero he pensado que, por aptitudes y por conocimiento de aquel terreno, la persona más indicada no soy yo, sino Fulano».

»Ya puedes imaginarte, Jaime, con qué satisfacción acogieron esos tenientes generales el éxito de mis negociaciones con Garaikoetxea.

»Algunos de ellos alardeaban a veces de que «eso se arregla con una toma militar»; pero después de hablar conmigo —concluyó Suárez—, supieron que yo no alardeaba: yo iba en serio, y sigo yendo en serio, ¡muy en serio![69].

A Suárez le ofrecen la «guerra sucia»

Para Adolfo Suárez no había una delgada línea roja, sino un trazo muy fuerte, un «prohibido el paso» entre la misión militar de «defender la integridad y la soberanía territorial» y el tomarse la justicia por su mano, la vengativa ley del talión, ojo por ojo, terrorismo contra terrorismo. Nunca admitió la «guerra sucia», aunque llamó a su puerta muchas veces…

«Soy testigo de que cuanto más duro golpeaba ETA, más ofertas le llegaban de organizar grupos con mercenarios, tipo Batallón Vasco Español (BVE), para que liquidasen etarras —recordaba con viveza su cuñado y secretario personal Aurelio Delgado—. Se lo proponían el teniente coronel del CESID Andrés Cassinello, el general de la Guardia Civil José Antonio Sáenz de Santa María, el comisario jefe de Policía Manuel Ballesteros… El director de la Seguridad del Estado Francisco Laína. Le daban nombres de personas que podrían encargarse de contratar y dirigir a esos comandos de acción, modus operandi, coste económico… Era información verbal, en su despacho y en persona, sin ningún escrito. Y Adolfo siempre contestaba «el que a hierro mata, a hierro muere», «mientras yo sea presidente del Gobierno, eso no se hará, no lo toleraré», y también «la guerra sucia, nosotros ni sabemos hacerla ni debemos hacerla…, no entra en nuestros principios»[70].

El BVE existía desde 1974. Tras el asesinato del almirante Carrero Blanco, un grueso de marinos quisieron que aquella muerte no quedara impune. La investigación policial era muy endeble e insuficiente. Entonces, el almirante Pita da Veiga encomendó al comandante José Faura Martín y a Juan Manuel Ribera Urruti, capitán de navío, que averiguasen lo ocurrido. Hicieron una investigación reservada que se llamó *Informe Cantabria*, que contenía un subapartado, «Santoña» —aludiendo al pueblo natal de Carrero—, con señalamiento de los autores materiales españoles, sin descartar la ayuda de algún servicio «amigo» de inteligencia. Ribera Urruti había estado a las órdenes de Carrero, y trabajaba ya en el Seced bajo el alias de Don Pedro el Marino. Con la franquicia de un pariente vasco de ETA, consiguió información y

creó pequeñas empresas pantalla en el sur de Francia. Fue el verdadero creador del BVE[71].

Ciertamente, Ribera Urruti, con algunos compañeros de la Armada, y animados por el ministro Pita da Veiga, querían profundizar en las claves políticas y en las causas «técnicas» del atentado a Carrero, para saber quién había movido y potenciado a ETA: si masonería, si comunistas, si la CIA o algún otro servicio secreto —informó años después el comandante José Luis Cortina, ex jefe operativo del CESID—. Se les achaca el asesinato del etarra Beñaran Ordeñana, *Argala*, uno del comando que se cargó a Carrero, como venganza corporativa. El BVE funcionaba contratando a mafiosos italianos, marselleses, ex legionarios… Pero, aparte de la acción de vengar a Carrero, que la hicieron el 21 de diciembre de 1978 en Anglet, el BVE se dedicó ya por su cuenta a ofrecer «seguridad» y «venganza». Se convirtieron en activistas del ultraísmo violento… «Guerra sucia», como la de los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL) unos años después. Sicarios, ex policías, pagados por empresarios y banqueros del País Vasco. Según me comentó Ribera Urruti, aunque él ya estaba fuera del asunto, los que más pagaban eran los que tenían intereses en la central de Lemóniz[72].

Existían. No había que inventarlos ni formarlos. Y se ofrecían como «un servicio profesional, arriesgado pero útil». El comisario Manuel Ballesteros lo expuso sin rodeos a los ministros Martín Villa y Otero Novas, para que lo elevasen a Suárez:

—Hablé de nuestro problema de ETA con unos oficiales del Mossad. Me preguntaron: «¿Saben ustedes dónde se esconden, dónde están los de ETA?» «Sí, en Hendaya, en Bayona, en San Juan de Luz, en pequeños pueblos del sur de Francia». «¿En Francia, su país vecino? ¿Y la *police française*, la Sûreté Nationale, no coopera con ustedes…? Pues, entonces es bien fácil: localizarlos, pasar la frontera, liquidarlos y regresar a España»[73].

«Esto fue al menos dos veces —confirmaba Eduardo Navarro— entre julio de 1977 y abril de 1979. Guerra sucia, terrorismo de Estado, contraterrorismo o como quisieran llamarlo para acabar con ETA. La idea era trasladar el miedo al santuario francés de ETA». Y tanto Martín Villa como Suárez respondieron tajantemente que no: «Nosotros sólo podemos actuar dentro de las normas de un Estado de derecho»[74].

Esa réplica a ETA por la vía expeditiva la pedían no pocos mandos militares y dirigentes políticos en sus audiencias con el Rey.

«Al Rey le llegaban mensajes terroríficos, cada vez que ETA daba un golpe. Y me los rebotaba a mí, obviamente —declaró tiempo después Adolfo Suárez—. ¿Y cómo dirigir la política en ese momento, cómo evitar un exceso de las fuerzas de seguridad?»[75].

En pleno sobresalto por el estallido de paquetes bomba, en el verano de 1979, el presidente honorífico del PSOE Ramón Rubial dijo algo atroz, aunque no pocos lo pensaban. «Sólo hay una manera de liquidar a ETA: lo que se hizo en Francia, en tiempos de De Gaulle, con la OAS»[76].

En diciembre de 1980, Suárez hizo una visita oficial a Ceuta y a Melilla para «pisar territorio español» y que en Marruecos se supiera; pero, ante todo, para mantener encuentros con los jefes y oficiales de las guarniciones militares en ambas ciudades. En Ceuta, asistió en el cerro del Jaral a los actos del Sábado Legionario. Luego, acompañado del capitán general de la II Región, Pedro Merry Gordon, se reunió en un amplio hangar del acuartelamiento con unos quinientos militares. Hizo que salieran del local los ministros y personal del séquito. En cuanto Merry Gordon

concluyó su breve alocución de saludo, recordando que desde los tiempos de Primo de Rivera no había visitado Ceuta ningún jefe del Gobierno español, Suárez invitó a aquel macizo de hombres uniformados a que le preguntasen lo que quisieran.

—Sé que hay problemas que les preocupan, y el de la creciente marroquización de Ceuta por ósmosis no es despreciable, y yo he venido para escucharles y para que me los planteen de cara. Pregúntenme lo que quieran y tengan la absoluta seguridad de que no tomaré ningún tipo de represalias.

Un silencio denso por toda respuesta. Suárez recorrió en *travelling* los rostros adustos en la inmensa nave. Insistió. Merry Gordon podía haber roto el hielo, pero no lo hizo. Resultaba insostenible el hecho de que nadie quisiera plantear nada. Audaz, Suárez lanzó una frase provocadora:

—Al militar, el valor se le supone; pero en ocasiones… hay que demostrarlo.

La reacción fue inmediata. Al fondo del hangar se levantó una mano.

Sin presentarse, sin dirigirse al presidente con su tratamiento debido, aquél rompió a hablar con voz grave. En la mano tenía un pequeño trozo de papel:

—Señor Suárez, se le acusa de ser el responsable de que ETA esté matando como está matando… Voy a leerle el número de víctimas asesinadas por ETA durante la Transición: seis generales, seis coroneles, catorce tenientes coroneles y comandantes, tres oficiales del Ejército, diez suboficiales, cuatro soldados, 79 guardias civiles, 42 policías nacionales, veinte funcionarios del Cuerpo Superior de Policía, quince policías municipales, 188 civiles, entre ellos dos magistrados…

Suárez escuchó ese recuento de muertos como si uno a uno cayeran sobre él los cadáveres. Era una acusación cruelmente injusta. Respondió rápido:

—He dicho que no voy a tomar ninguna represalia, pero me gustaría conocer la graduación del oficial que acaba de hablarme.

En medio de la expectación, el militar alzó el brazo y mostró con orgullo la bocamanga. Tres estrellas de ocho puntas. En el argot, «tres mantecados». Era un coronel.

—Lamento que un coronel del Ejército español —siguió Suárez— pueda pensar eso. Y como no voy a tomar ningún tipo de represalias, porque lo he prometido y yo cumplo lo que prometo, lamento que usted, pensando de esa forma, pueda llegar a ser un general de nuestro Ejército. Sin embargo, le voy a contestar. Primero quiero recordarle que ETA, como usted sabe, es muy anterior a la Transición… Hay que remontarse al 28 de junio de 1960. La niña Begoña Urroz Ibarrola, de año y medio, muere destrozada por una bomba de ETA en la consigna de la estación de Amara, en San Sebastián.

»Y ahora, veamos juntos el problema de ETA. Si usted, coronel, estuviera en mi lugar, ¿qué haría? ¿Invadiría militarmente el País Vasco, imponiendo sucesivamente los estados de excepción, sitio y guerra…? ¿Por cuánto tiempo mantendría esa ocupación *manu militari*? Y para detener ¿a quiénes? ¿A las madres y hermanas de los etarras, que se refugian en Francia? ¿O invadiría también el sur de Francia?

»Descartada esa opción, ¿restablecería la pena de muerte? Para modificar la Constitución en el artículo 15 que afecta al título primero sobre derechos y libertades, se exige referéndum

nacional con disolución de Cámaras y de Gobierno, elecciones, nuevo Gobierno, nuevas Cámaras, convocatoria de la consulta… Y ¿cree usted que la pena de muerte es disuasoria para el terrorista fanatizado? La experiencia histórica nos dice que no. Compare usted, coronel, el número de militantes de ETA antes y después de las penas de muerte tras los juicios de Burgos. El efecto de afiliación fue abrumadoramente multiplicador. Ah… y pena de muerte ¿sólo para el terrorista de ETA y Grapo, o también para los del otro bando, la Triple A, el BVE, los Guerrilleros de Cristo Rey, etcétera?

»Queda una tercera opción: la venganza directa, la ley del talión, la justicia por su mano, la guerra sucia, el terrorismo de Estado… Llámese como se llame: la ley de la selva. Pero para usted, para todos ustedes, como garantes del ordenamiento constitucional, y para mí, no puede haber otra solución que la acción judicial y la actuación policial bajo el imperio de la ley. Y eso no es indiferencia, ni lenidad, ni cobardía. Es… la grandeza moral de un Estado de derecho.

»Y no crea, coronel, que no he tenido sobre mi mesa todas esas «soluciones». Decenas de veces me las han propuesto. Y hacen falta dosis de fortaleza para apretar los puños y los dientes y decir «no, eso no».

Probablemente no los convenció[77].

Allí, en un ángulo discreto del hangar, en línea diagonal con el presidente Suárez, había un hombre de treinta y nueve o cuarenta años, de cuerpo menudo y aspecto juvenil. Traje gris de paisano. En la sobaquera de su americana llevaba un revólver Smith & Wesson 38. Quizá nadie había advertido su presencia. Así debía ser. Era el comandante Fernando López de Castro, jefe de la seguridad personal del presidente. Cuando Suárez dijo lo de «decenas de veces me las han propuesto…» se cruzaron las miradas. López de Castro hizo esfuerzos para no pedir la palabra y decir allí delante de todos:

Yo propuse al presidente Suárez que lo hiciéramos, la «guerra sucia», actuar por nuestra cuenta contra ETA. Hace poco más de un año, el 19 de septiembre de 1979. Cuando llego aquella mañana a mi despacho en Semillas, en La Moncloa, veo las caras de consternación, las que veo siempre que ha habido un zambombazo. Pregunto. Me dan un teletipo de agencia. Leo: «A las nueve menos veinte de esta misma mañana, en la autopista Bilbao-Behobia, ETA acaba de cargarse a Aurelio Pérez Zamora, coronel de Caballería, de cincuenta y nueve años, y a Julián Ezquerro Serrano, comandante del Estado Mayor de Infantería, de treinta y nueve años. Se dirigían al Gobierno Militar de Bilbao, donde estaban destinados, en un *jeep* del Ejército…» Vuelvo a leer: «Julián Ezquerro Serrano, comandante del Estado Mayor de Infantería, que ocupaba la parte central del asiento delantero, debió de morir en el acto. Un disparo le había entrado por un oído, saliendo por la cabeza, con pérdida de masa encefálica. Nada se pudo hacer por él. Su cadáver, con la cabeza tapada por un plástico, fue evacuado del lugar…»

Julián, mi compañero de promoción, mi amigo y muy amigo… Le llamábamos el Duce, porque se parecía a Mussolini, tenía su misma cabezota… No puedo aguantar los lagrimones. ¡Estos hijos de perra se han cargado a un tipo que era la alegría de vivir, y que además no le tocaba ir al País Vasco…! Estoy indignado. Tenía treinta y nueve años…

Entonces, uno de los que trabajan conmigo y que en ese momento está por allí, me dice: «Mi comandante, si usted me da los datos ciertos, seguros de gente de ETA, de etarras que sean

asesinos, que hayan matado a alguien, nombres y domicilios, para poder hacerles un seguimiento, yo sin cobertura de ningún tipo, sin ir de parte de nadie, sin comprometer a nadie ni cobrar un duro, me voy a Francia, usted me hace llegar allí el material, y yo los ejecuto». Este que me habla es cinturón negro de kárate, algo así como un séptimo dan en artes marciales, un Rambo. Habla en serio.

Me voy inmediatamente a ver al presidente Suárez, desde Semillas, al palacete. Entro en su despacho. Él ya sabe muchos detalles del atentado, lo que no sabe es que Julián es, era, un gran amigo mío: «Presidente, tengo a un hombre perfectamente preparado, con músculos y con cerebro, templado. Está dispuesto a todo. Se ha ofrecido a ir sin cobertura ni historias. Yo le conozco, no es un chapuzas ni un cantamañanas. Respondo de su eficacia. Yo contactaría con Manolo Ballesteros y hablaría también con Javier Calderón del CESID. Los dos conocen a fondo la situación del País Vasco, y el quién es quién de ETA y los lugares donde viven, donde toman vinos… Con ellos, monto la operación para que no haya errores. Presidente, sé cómo tengo que prepararlo».

Suárez me ha escuchado en silencio, muy sereno. Noto que le está impresionando lo que le digo, cómo se lo digo, mi seguridad.

«Fernando —me dice—, te agradezco mucho ese ofrecimiento que haces. Sé que hablas en serio y para acabar con este maldito monstruo de ETA; pero el Estado de derecho no puede ponerse al mismo nivel que ETA, ni utilizar los métodos de los terroristas. Jamás». Se levanta de su sillón, rodea la mesa, viene donde estoy yo, me abraza fuerte, muy fuerte, yo creo que ahí echo algún lagrimón más. Y teniéndome así sujeto, me dice con un tono de…, de ser humano, no de presidente del Gobierno: «Fernando, siento mucho lo de tu amigo Julián Ezquerro».

Ésa fue siempre la respuesta de Adolfo Suárez: el Estado de derecho no puede mancharse con la venganza y la guerra sucia[78].

Otros no lo entendieron así. Y montaron los GAL. Años más tarde, el teniente general Sáenz de Santa María coincidió con Adolfo Suárez en Argentina. Y, refiriéndose a los GAL y a la lucha antiterrorista del PSOE, le dijo: «Si vosotros nos hubieseis dejado hacer lo que hacen éstos, no quedaría vivo ni un puto etarra»[79].

«Mis errores no deben salpicar a la Corona»

Por su gusto, y por la seguridad del «pájaro en mano», Suárez hubiese continuado al frente del Gobierno hasta agotar la legislatura de 1977-1981, convirtiendo las Cortes constituyentes en Cortes constituidas; pero supo que el deseo del Rey era «dar paso a una etapa nueva»; así que, jugándose el puesto —unas elecciones siempre son un albur—, disolvió las Cámaras.

Ahora bien, a partir de la victoria del 1 de marzo de 1979, y aunque el espectro del hemiciclo apenas difería del de la legislatura anterior, sí era ya un Parlamento netamente constitucional. Habían cruzado el puente de un régimen de soberanía autárquica a un sistema de soberanía popular. En consecuencia, Suárez imprimió a su modo de gobernar un talante distinto, de «etapa nueva», sometido al control de las Cámaras, pero independiente de las sugerencias del Rey.

En la «etapa nueva», las iniciativas correspondían al Gobierno, y las responsabilidades a su

presidente. Sin mermar un gramo de su lealtad a la Corona y a la persona del monarca. Al contrario, extremó en él y en sus colaboradores un lema rector: «Todos los éxitos del Gobierno se apuntan en la cuenta del Rey, y todos los fallos o fracasos se cargan a mi cuenta». Actitud coherente con la misión que se había trazado desde que juró como jefe del Gobierno en julio de 1976, y en la que debían participar cuantos trabajaran con él, del más importante de los ministros al último ayudante de su gabinete. Era la condición indispensable que planteaba a la hora de contratar a un nuevo asesor, a un nuevo «fontanero monclovita»: «Aquí se trata de consolidar la Monarquía, no ya en el Rey, que está consolidado, sino en Don Felipe y en los hijos de Don Felipe. Por tanto, mis errores nunca deben salpicar a la Corona. Ésa es la hoja de ruta que hemos de seguir»[80].

El Rey fue quizá el primero en advertir esa nueva independencia en la forma de organizar Adolfo Suárez sus prioridades de Gobierno, incluso en el trazado de sus viajes y de sus relaciones internacionales. «Ahora vuela a su aire», comentó más de una vez, y no precisamente con expresión de elogio.

Había dos ámbitos que Suárez preservaba al máximo para el Rey: la representación de España en el extranjero y la jefatura suprema de las Fuerzas Armadas; aunque sin olvidar que tanto la política exterior como la de defensa «las dirige y ordena el Gobierno». Esto, el potenciar la presencia del monarca, solemnizando los protocolos y magnificando el ceremonial en todas sus apariciones públicas, pero restringiéndole la toma de decisiones, incluso marcándole el guión de esos actos de Estado, no era fácil que de buenas a primeras lo asumiera un Rey formado en la doble escuela militar y monárquica del «yo ordeno y yo mando».

Ese nuevo orden constitucional obligaba al Rey, como él mismo decía, a «bailar el chotis en una baldosa y sin pisar raya»; y ocasionó durante los años 1979 y 1980 algunos solapamientos, roces y sucesos incómodos. Para evitarlos, Suárez procuró que en los viajes al extranjero acompañase a Don Juan Carlos el ministro de Exteriores, primero Marcelino Oreja y ya al final José Pedro Pérez-Llorca; y si se trataba de un viaje de contenido económico más complejo, hacía que lo *convoyasen* incorporándose al séquito los ministros y directores generales concernidos por los asuntos que había que gestionar: Hacienda, Comercio, Industria, Pesca, Obras Públicas… Y la norma dada por Suárez era que al Rey «no le sonsaquen ni una palabra, ni una promesa, ni un compromiso que no tenga el visto y conforme del Gobierno».

Con la misma lógica, evitó coincidir con Don Juan Carlos en actos castrenses o en maniobras militares, donde la figura símbolo tenía que ser el Rey y sólo el Rey.

Sin embargo, pese a todas las cautelas, fue en esos dos importantes campos donde se produjeron esguinces y distonías. El mundo militar desconfiaba de Suárez por la legalización del PCE —ellos preferían achacarlo «no a la legalización en sí, sino al modo de hacerlo, engañándonos y a quemarropa»—, y por un suma y sigue de decisiones que les resultaban odiosas: las amnistías, la quiebra de la unidad nacional que preveían en las autonomías, la lucha insuficiente contra el terrorismo… Se resistían a que el estamento militar fuese sólo un funcionariado con armas pero sin poder, y supeditado al poder político, que era el único. No aceptaban de grado que la cúspide en la cadena de mando residiera en el presidente del Gobierno. En fin, no eran problemas garbanceros de sueldos, economatos y armamentos obsoletos, sino

algo de más hondo calado: un repudio a la Constitución puesta por obra. Los engranajes rechinaban, y Suárez tuvo que aguantar muchos pulsos y doblarle el brazo al contrario para que prevaleciera su autoridad.

Por otro lado, el vicepresidente de la Defensa, Gutiérrez Mellado, no era querido, y se lo manifestaron con desaires, insultos y desacatos en público. Le reprochaban ascensos de generales por motivos políticos, saltándose el orden del escalafón; y cambios de destino que alejaban de la capital a ciertos altos mandos de quienes se presumía una ideología reaccionaria, disconforme con el nuevo régimen y con veleidades golpistas. Y era así. Gutiérrez Mellado, aparte de unificar los tres ministerios de Tierra, Mar y Aire en uno solo, Defensa, y los estados mayores en una sola Junta de Jefes de Estado Mayor, tenía que imbuir el espíritu y la letra de la Constitución en los militares, porque precisamente a ellos se les había encomendado defenderla. De ahí que, al pensar en alguien para proveer un puesto de mando, valorase más una mentalidad abierta a la democracia —y si poseía una licenciatura civil y sabía idiomas, mejor— que una hoja de servicios atestada de cruces de campaña y cicatrices de guerra. No se podía vivir de nostalgias.

El hecho es que la brecha del desafecto se fue agrandando cada día más. Y los jefes militares, a la hora de exponer una queja, un sentimiento de agravio o un ambiente de malestar en las unidades a sus órdenes, puenteaban a Suárez, a Gutiérrez Mellado, al ministro Rodríguez Sahagún, y acudían al Rey.

Militar hasta las cachas, por oficio y por tradición en los Borbones, el Rey era muy receptivo a esos desahogos. Pero como la solución no estaba a su alcance, procuraba amortiguar tales enfados —muchas veces acalorados— con dosis generosas de comprensión, palmadas en la espalda y paños calientes: «Invítame a unas maniobras en tu brigada» o «Voy a decir que la próxima Fiesta de las Fuerzas Armadas se celebre en tu región»… Sin embargo, esos disgustos le hacían mella y, tarde o temprano, se los espetaba a Suárez: «En la milicia, la edad es antigüedad, y la antigüedad prelación», «El escalafón es sagrado», «Lo que no se puede hacer es, por ascender a Gabeiras cuando no le tocaba, ascender también de golpe a los cinco que tenía por delante, con lo cual se queda en dique seco el que le tocaba, y los tenientes generales se nos salen por las orejas», «Además, hace tiempo que ese puesto lo pedía erre que erre Jaime Milans», «Un teniente general, medalla militar individual, no puede sentir que lo mandáis a un rincón porque desconfiáis de él», «Alfonso Armada… ¡Hombre!, una cosa es que salga de esta Casa y otra que me lo empaquetéis al Pirineo».

Aunque el Rey estaba de acuerdo con los destinos militares que ordenaba Gutiérrez Mellado, le preocupaban las decisiones tajantes, como el reciente traslado forzoso de Luis Torres Rojas a La Coruña, de modo fulminante, porque se habían detectado amagos conspirativos en la brigada Brunete que él mandaba. No quería el Rey resquemores en el generalato. Un capitán general con mando en plaza, pero herido en su pundonor, es tan peligroso como un tigre con un balazo en el cuello que le exacerba más y más su instinto de ataque.

En el otro universo, el de las relaciones exteriores, el problema era distinto. Aunque también le ocasionaron al Rey ciertas perplejidades. Don Juan Carlos, con su listeza para simplificar las cosas más complejas, percibía que había dos trazados de política internacional, dos líneas de

diplomacia. Una, que partía directamente de La Moncloa, y era un proyecto personal de Adolfo Suárez en el que él, como Rey, quedaba al margen. Y otra que se administraba desde el Ministerio de Exteriores, en el palacio de Santa Cruz, era la diplomacia que dirigía el ministro Marcelino Oreja, obviamente autorizado por el presidente del Gobierno, y que se orientaba hacia dos grandes zonas de interés: Estados Unidos y la Comunidad Europea; y como atención de orden menor, Latinoamérica y muy determinados países árabes: Marruecos, Egipto, Jordania y la península Arábiga. Marcelino Oreja era un clásico: europeísta y atlantista. Su mayor audacia fue establecer relaciones con la Unión Soviética. Su frustración, no pedir el ingreso en la OTAN, porque Suárez se oponía. Y su sueño inalcanzado, la recuperación de Gibraltar.

Con la programación de Oreja, el Rey tenía una agenda desbordada de viajes de Estado que él hacía y de visitantes extranjeros que él recibía. Disfrutaba ejerciendo como Rey. Tenía más prestigio y atractivo que influencia real, pues España era una potencia media, intentando superar un bache económico profundo, que tras cuarenta años de ostracismo empezaba a ser admitida en el exterior. Pero la figura del Rey abría puertas por sí misma. Su prestancia, su porte regio, su manejo hábil de los idiomas, su exquisito conocimiento de las reglas de protocolo, incluso de las más exóticas, su juventud madura y su simpatía campechana en el plano corto hacían que cualquier viaje suyo resultara altamente rentable. Ganaba voluntades, abrochaba acuerdos para que sus ministros gestionasen inversiones, contratas de obras públicas, abastecimiento de crudo o venta de equipos bélicos de marca española. «Es una matada de kilómetros y de comer dátiles, cuscús, ojos de cordero y todas esas gorrinadas que nos ponen —solía decía al ministro de jornada que le acompañaba—; pero yo disfruto, porque veo que estoy ayudando y me siento útil». Su misión no era, por ejemplo, venderle a Saddam Hussein varias partidas de vagones Talgo, pero entre dátil y dátil se las vendía. Ni desatascar un permiso para tránsito de cítricos o un contencioso pesquero con Marruecos, pero si los ministros de Exteriores, de Transportes y de Agricultura y Pesca de ambos países habían llegado a un punto intransigente de bloqueo, a Don Juan Carlos no le importaba levantarse de la cama y, de madrugada y en pijama, llamar al Palacio Real de Rabat, hablar con su también somnoliento «hermano» Hassan II, y que aquello se desbloquease[81].

Vino Arafat y el Rey se quitó de en medio

La diplomacia diseñada en La Moncloa la desarrollaba Adolfo Suárez en primera persona. No pretendía eclipsar al Rey ni provocar interferencias, pero Suárez apuntaba a mundos diferentes. Cabría decir que eran «sus picas en Flandes» o su *aventurerismo* rompedor. En 1978, viajó a La Habana para invitar a Fidel Castro a visitar España. Fue el primer presidente europeo que tomó semejante iniciativa. Sorprendió, extrañó, fue criticado. Sin embargo, amarrar una buena relación personal con el comandante Castro tenía su interés político y económico. España era el mayor país inversor en Cuba.

Al año siguiente, en septiembre de 1979, otro gesto diplomático insólito en un país como España, tradicionalmente aliado y dependiente de Estados Unidos: envió en nombre del Gobierno a un observador a la VI Cumbre de Países No Alineados que ese año se celebraba en

La Habana y reunía a ciento diecisiete Estados miembros de Iberoamérica, África y Asia, más diversas organizaciones y países observadores. Marcelino Oreja se opuso y se negó a asistir. Y como, en la clausura de la cumbre, Fidel Castro celebró la presencia de la delegación española diciendo que eso abría «la esperanza de que Madrid pudiese desarrollar relaciones amistosas y útiles con todos los pueblos del mundo, sin dejarse arrastrar por la alianza «ofensiva» de la OTAN», Oreja respondió sin demora con una dura nota de protesta para que nadie interpretase que en España había dos políticas contrapuestas.

Muy pocos días después, el presidente Suárez volvía a dar el campanazo recibiendo con honores de jefe de Estado a Yasser Arafat, el líder de la Organización para la Liberación Palestina (OLP). Gran boca, nariz de águila, ojos saltones y barba rala. Cruce de lagarterana y forajido, envuelto en la *kufiyya* a cuadros de fedayín humilde y rural, y un enorme pistolón al cinto. «¡Decidle que, por favor, cuando me abrace no me llame hermano!», advertía Suárez minutos antes a sus adláteres. También esta vez era España el primer país europeo en dar ese paso. Durante la estancia oficial e intensa de Arafat en Madrid, cuya iconografía dio la vuelta al mundo, provocó acerbas protestas del egipcio Anwar el-Sadat, del rey marroquí Hassan, del israelí Menajem Beguin y del *lobby* judío internacional, además del desconcierto en las autoridades de Estados Unidos que deprisa y corriendo pedían el descifrado del mensaje: «¿Qué significa esta visita?» El Rey se quitó de en medio. Se fue a Mallorca y allí se dejó ver comiendo pescado en la lonja de Sóller, tranquilo, al margen de todo; y después, muy entretenido en el estudio de Joan Miró.

A los dos días de irse Arafat, algunos bien informados apuntaban ya un resultado: «Esa acogida, y el revés que supone a Israel, se traducirá (ya lo veréis) en un abastecimiento preferencial de crudos iraquíes, saudíes y libios a España».

«Nada de lo que Adolfo Suárez hizo en política internacional —explicaba Arias-Salgado años más tarde—, por muy llamativo y peregrino que pareciera entonces, fue extravagante ni bananero. Por el contrario, era anticipativo. Recibiendo a Arafat no como a un terrorista, sino como al líder de un pueblo, se adelantó bastantes años a muchos gobernantes. ¡Hasta los Acuerdos de Oslo, en 1993, cuando con los auspicios del presidente Bill Clinton se estrecharon la mano Isaac Rabin y Yasser Arafat!»[82].

El propio Suárez explicó al banquero Jaime Carvajal que la presencia de España en la Cumbre de Países No Alineados había sido convenida con Washington:

—El objetivo de España en esta cumbre y en la anterior era contribuir a que la posición de los países iberoamericanos, que participaban en gran número, fuese lo más moderada posible.

Consciente de que su interlocutor era un hombre de la *jet* financiera, aristocrática y conservadora, con óptimos contactos estadounidenses, Suárez le hizo notar que no estaba haciendo una política estrafalaria ni tercermundista, sino aprovechando un activo de España para contribuir a que ciertas áreas no se sovietizaran:

—En estos momentos —le dijo—, por la Transición que hemos hecho, tenemos un gran prestigio en aquel continente. Nos admiran, nos quieren y nos sienten como algo suyo. Estamos en muy buena posición. Podemos influir en esos Países No Alineados y mejorar nuestras relaciones con ellos. Pero hay más. Por ejemplo, en el caso de Nicaragua, España está

empleándose a fondo para que la Junta de Salvación Nacional no se incline hacia el mundo comunista. Y está en un tris. Acabamos de enviar hacia allí a cien maestros de escuela, seleccionados para que entre ellos no vaya ningún comunista. Estoy convencido de que Occidente debe ayudarlos; de lo contrario, se pueden convertir en una nueva Cuba. Si Occidente no actúa con inteligencia y con sagacidad, tendrá muchos problemas en América Latina. Y los tendrá quizá peores en Oriente Medio. Tengo fluida relación y contactos con Iraq, Jordania, Irán, Arabia Saudí… He estado ya en algunos de esos países y pienso ir a otros. Y no es nada tranquilizante el panorama. He visto focos que pueden convertirse en polvorines muy peligrosos.

—Adolfo, no sé si soy indiscreto, pero… ¿podrías aclararme a qué vino Arafat?

—Te vas a sorprender. Yasser Arafat no sólo no es el terrorista que nos pintan, sino la persona más moderada del movimiento de la OLP. Por eso le he recibido como a un líder palestino, y le he dado cancha y tribuna para que dijese ante políticos y periodistas europeos las razones por las que el pueblo palestino debe tener un territorio donde vivir y organizarse como un Estado[83]. Y esto ¿por qué lo hago? Pues porque, además de que es un hecho histórico y de justicia, nos interesa a todos: la pacificación de esa parte del mundo pasa por la inexistente Palestina. Es necesario tender puentes que faciliten el entendimiento. Mira, Jaime, en un acto de desesperación, la OLP podría volar un petrolero a su paso por el canal de Suez. Sólo con eso, provocaría tal terror en los exportadores que colapsaría al instante el suministro de petróleo. Se perderían treinta millones de barriles de crudo por día. Sería una crisis mucho peor que las que hemos conocido hasta ahora.

Aunque a Carvajal las explicaciones de Adolfo Suárez le resultaron lo suficientemente interesantes como para recogerlas aquella misma noche en su cuaderno diario, no pudo evitar una reflexión final de escepticismo: «Es posible que el afán de Suárez por dedicarse a la política internacional sea hasta cierto punto una manera de escapar y olvidarse de los problemas internos»[84].

El banquero veía la fascinación de Suárez por la política remota como un escapismo de la política inmediata, la de los problemas diarios de su propio país.

En realidad, con esa suerte de diplomacia paralela, Adolfo Suárez quería afirmar para España una política exterior de neutralidad, no supeditada a Estados Unidos, independiente y equidistante tanto de la OTAN como del Pacto de Varsovia. Una política propia y genuinamente occidental, partiendo del hecho «físico» de su ubicación en el mapa, pero de cara al mundo árabe y a Oriente Medio. En esa zona, azarosa, conflictiva, y profundamente desconocida en Europa y en Norteamérica, España podía jugar un papel interesante, no sólo en el aspecto mercantil, sino favoreciendo entendimientos para la estabilidad de la región. Y tendiendo una línea de diálogos positivos entre un Occidente bastante similar en su cultura, su civilización y sus intereses económicos, y un Oriente con mil matices, sensibilidades, dialectos, odios antiguos, tradiciones milenarias, clanes, tribus… La baza fuerte de España era, precisamente, ser el único Estado occidental que albergaba bases americanas en su territorio pero no tenía relaciones diplomáticas con Israel. Y su relación de amistad con todos aquellos países, pero sin intereses ni ataduras con ninguno. Estuvo en Egipto, en Jordania, en Siria, en Arabia, en Argel, en Iraq… En Bagdad, el 10 de febrero de 1980, conversó varias horas con Saddam Hussein. Volvió impresionado y

preocupado «por la mente fría y pragmática de Saddam, y su sentido estratégico acerca de los países del Golfo y su ambición de dominio sobre la zona». A su asesor Eugenio Bregolat le comentó en el vuelo de regreso: «¡Este Saddam es un tío de cuidado! Puede traernos a todos de cabeza y crearnos muy serios problemas»[85]. Premonitorio.

Rey, OTAN sí; Suárez, OTAN no

Por entonces, en Madrid se decía casi como un chiste que Suárez estaba absorto con su globo terráqueo de colores que se encendía desde dentro, y que allí meditaba en la tesis del estrecho de Ormuz y del estrecho de Gibraltar, «cuellos de botella» para el tráfico comercial y sobre todo de crudos, desde los países árabes. Y era cierto. Pensaba en el valor geoestratégico del estrecho de Gibraltar, en plena ruta del petróleo, como puerta obligada del crudo procedente de Arabia, de Kuwait, de Iraq, hacia el Atlántico, y la capacidad de España para abrir o cerrar el paso.

Desde el comienzo de su reinado, Don Juan Carlos había expuesto tanto a Arias como a Suárez su deseo de que España se integrase en la OTAN lo antes posible, y en las mejores condiciones, y que eso fuese parejo con la entrada en la Comunidad Europea. Con Arias, el impedimento era la falta de una creíble democratización. Era el test de admisión en el club armado. Con Suárez, tras el referéndum de la reforma y las primeras elecciones democráticas, ya no había obstáculos, antes bien, puertas abiertas. Suárez daba largas.

En abril de 1978 la plana mayor de la OTAN visitó al Rey y luego a Suárez. Era una invitación formal. Pero Suárez se negó aduciendo una razón de peso: «Nosotros necesitamos una nueva Constitución hecha con el máximo consenso. Estamos justamente en la creación de ese clima. El 90 por ciento de la oposición está en contra de nuestra incorporación a la Alianza Atlántica, y no sólo los socialistas y los comunistas. Discutir y decidir sobre la OTAN en estos momentos sería introducir un factor muy fuerte de división, provocaría la ruptura política, que desde hace tiempo intentamos evitar y encauzar por la vía de la reforma. No es el momento».

En 1979, una vez refrendada la Constitución, volvieron a plantearlo desde Bruselas y desde Washington. El Gobierno de Suárez respondió que estaba en el intento de conseguir nuevos períodos de consenso para los Pactos de La Moncloa y para negociar los Estatutos de las autonomías. No era lo más oportuno sacar a la mesa un tema como el de la OTAN, tabú para los comunistas y para los socialistas, que rompería el clima de entendimiento. Suárez congeló de nuevo la decisión.

Pero en diciembre de ese mismo año, 1979, al invadir la Unión Soviética un país limítrofe, Afganistán, se rompió el statu quo del Pacto de Varsovia. Desde ese grave episodio, el bloque occidental, la OTAN, se sintió legitimado para recomponer «el equilibrio roto» ampliándose también. Y quiso ampliarse y resarcirse captando un nuevo socio, España. A partir de ese momento se intensificaron sobre el Gobierno de Suárez las presiones de Estados Unidos y del resto de países de la organización. Y a la vez, las contrapresiones del bloque soviético. Suárez resistía en sus trece de la neutralidad: ni fichar por la Alianza Atlántica, ni dejar que le engatusaran desde la Unión Soviética con aperturas de mercados y bancos de trabajo para jóvenes españoles en paro.

Sin perder un minuto, el 7 de enero de 1980, al día siguiente de la fiesta de los Reyes Magos y de la Pascua Militar, llegaba a Madrid el canciller alemán Helmut Schmidt. Primero expuso «la nueva situación» al Rey: «Creemos que ha llegado la hora de que España demuestre su vocación atlantista con hechos y pida su ingreso en la OTAN».

Después sostuvo con Suárez una conversación de cuatro horas. En honor de Schmidt, por la noche se estrenó el comedor de gala de La Moncloa.

Suárez fue diáfano en su respuesta. Sólo ocultó su actitud personal contraria a pertenecer a la OTAN, y se «aparaguó» en la oposición maciza de los diputados y senadores socialistas y los comunistas; pero habló al alemán con franqueza y hasta con entusiasmo al decirle: «España prefiere colaborar en una dirección atlantista, lejos de veleidades prosoviéticas, pero sin uncirse a la OTAN. Ni somos "neutralistas", ni estamos entre los Países No Alineados: somos y queremos ser simplemente neutrales».

Como naipe de que su Gobierno deseaba contribuir a la defensa de Europa desde una posición atlantista, le dijo que no veía inconveniente «en la instalación de misiles Cruise y Pershing». Y vio que eso tranquilizaba a su invitado, que probablemente lo tradujo como que la intención de la UCD era ir hacia el ingreso en la OTAN.

Luego se centró en su «alternativa de cooperación más útil»: «Como jefe de Gobierno, soy partidario de que España, desde una posición independiente, juegue una política de mediación entre los pequeños y no tan pequeños Estados de Oriente Medio, a menudo enfrentados entre sí. Apostamos por el reconocimiento de Palestina como Estado. Nos parece insoslayable para que allí haya paz. Y, a partir de nuestro conocimiento de aquellos territorios, nuestras relaciones personales con muchos de sus dirigentes, nuestra situación geoestratégica de guardianes de la entrada y salida del Mediterráneo, podemos ser un agente valioso para apaciguar tensiones en la zona y facilitar entendimientos entre Oriente Medio y Occidente».

En este punto, llamó su atención sobre la importancia del estrecho de Ormuz, «por donde salen los petroleros que transportan las dos quintas partes del crudo consumido mundialmente», y le advirtió que las tropas soviéticas que habían invadido Afganistán estaban «de momento» a menos de setecientos kilómetros de Ormuz.

Se produjo un silencio intenso entre las cinco o seis personas presentes en esa conversación.

Luego, Suárez informó a Schmidt de algunos contactos de su Gobierno con Iraq y Jordania, y de sus propias gestiones con la OLP, Egipto y Siria, orientadas a las negociaciones pendientes sobre los territorios de Gaza y Cisjordania, y el futuro de Jerusalén. Propuso «avanzar en la línea abierta por el presidente Carter en Camp David», donde se produjo el encuentro entre Menajem Beguin y Anwar el-Sadat. «Pero ese sello de paz entre Israel y Egipto no debe ser un hito para una foto histórica; puede seguir ampliando su contenido: ¿por qué no complementar las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU, pero incluyendo el tema de Palestina?[86] ¿Por qué no celebrar una nueva conferencia de seguridad, bajo auspicios de Naciones Unidas y con mandato del Consejo de Seguridad?»[87].

Como de pasada, le comunicó: «El mes que viene posiblemente me encontraré con Saddam Hussein en Bagdad y con el rey Hussein en Ammán. También tengo previsto ir a Riad y a Damasco. Una cosa son los dossieres que uno lee y otra cosa es verse las caras con quienes

mandan en su casa».

Schmidt le escuchaba con atención creciente. Sin duda, él venía a estimular al Gobierno español para que pusiera en marcha los trámites de ingreso en la OTAN, pero se encontró con este discurso tan inesperado como interesante. Al término de la charla, dijo a Suárez: «Convendría que expusieras con detalle tu visión del panorama al presidente Carter. Y, si no te importa, facilítame un teléfono… porque mañana no voy a Toledo, estoy citado con Giscard en París, y prefiero decirle ya que…» Desde allí mismo, delante de Suárez, descolgó el auricular y habló con Carter: «Presidente, estoy en Madrid, pienso que deberías recibir y escuchar cuanto antes al presidente de España»[88].

Al día siguiente, el rey Juan Carlos llamó a Carter: «Presidente, creo que el canciller Schmidt ya te adelantó algo… Me gustaría que hicieras un hueco en tu agenda y recibas a mi jefe de Gobierno, Adolfo Suárez».

Seis días más tarde, el 14 de enero, Suárez aterriza en la base Andrews, con un frío de siete grados bajo cero. Le espera el secretario de Estado Cyrus Vance[89]. En la Blair House descansa un rato. Su estancia en Washington será breve, seis horas, pero sin salir de la Casa Blanca. Primero en el Despacho Oval. Mesa de caoba, un crucifijo y un barquito pisapapeles sobre una montaña de teletipos y notas amarillas. Carter, cálido, acogedor. Quizá piensa que el español viene a decirle «sí, quiero, he soñado toda mi vida con ser miembro de la OTAN, y en adelante diré NATO». Después, comida de trabajo en la sala contigua. Mucha madera oscura recubriendo las paredes, al gusto de John Adams y demás padres fundadores. Está el mando al completo: Jimmy Carter, Walter Mondale, Cyrus Vance y Zbigniew Brzezinski, el polaco gran gurú de política exterior, y cerebro de la Trilateral y del Council on Foreign Relations. Junto a Suárez, Marcelino Oreja. Y Stephanie Van Reigersberg, la jefa de intérpretes, que traduce a mil por hora, a pesar de lo cual Carter de vez en cuando la detiene, mostrando la palma de su mano pecosa: «Yo entiendo, yo entiendo…» No quiere perder tiempo. Desde la crema caliente con bacón hasta el helado con tejadito de arándanos, Suárez expone lo mismo que a Schmidt, pero con más detalles, porque éstos inquieren con berbiquí: ¿tal general sirio?, ¿tal diputado jordano?, ¿tal extraño comerciante de materiales plásticos y metálicos con almacenes en Iraq, a cuarenta kilómetros de Kirkuk? «Prototipos… para ojivas. Dan mucho rodeo en el trayecto para camuflar el origen, pero sabemos que se los envían desde Alemania Oriental», dice Suárez como si no dijera nada. Los americanos se miran entre ellos. La señora Van Reigersberg toma nota. Carter se anima y también tira de bloc y empieza a escribir. Para cada pregunta, Suárez afila una respuesta con tres o cuatro datos inéditos —y hasta domésticos y de aficiones raras— del personaje en cuestión. Son los dossieres que contrainteligencia faena, y guarda y aumenta desde los tiempos de Muñoz Grandes, de Carrero, de Díez-Alegría…, cuando en la pertinaz sequía franquista dábamos información a la OTAN por la puerta de servicio, como el lechero.

Carter está a menos de nueve meses de las elecciones presidenciales y sin poder meterse en campaña porque se le acumulan los infortunios. La invasión de Afganistán se ha sumado a la crisis de los rehenes en Irán. Sesenta y seis ciudadanos estadounidenses, entre ellos toda la *Residentur* diplomática destinada en Teherán, llevan ya setenta días de cautiverio. Han intentado varias operaciones de rescate. Fracaso tras fracaso. Ahora Carter tiene la tentación de un ataque

aeronaval a Irán, pero Mondale y Vance lo desaconsejan, «se interpretaría como respuesta militar a los soviéticos por lo de Afganistán». El helado de Carter se ha derretido sin sentir.

Suárez mira su reloj, contento porque ha logrado trasladarlos a Oriente Medio sin que se hable de Torrejón, ni de la evacuación de los submarinos nucleares de Rota, ni de la renovación del tratado bilateral que caduca en 1981, ni del reconocimiento de Israel, ni de la OTAN. De pronto alguien —¿Mondale?— suelta: «Lo de Afganistán exige una respuesta, cierta recomposición del escenario, ciertas medidas de sanción. Moscú debe entender que su intervención militar tiene un precio». Carter asiente rotundo. Suárez, muy enérgico en su ademán, pero muy cauteloso en sus palabras, que casi dicta a la señora Van Reigersberg: «Por supuesto, la Unión Soviética tiene que desistir de esa dinámica expansiva».

El interés de Suárez es separar el hecho soviético alevoso, «una agresión brutal, sí», de la necesidad imperativa de un reequilibrio cuya solución sea la entrada de España en la OTAN. Y se interna en una explicación de los motivos que pueden haber impelido a esa acción: «Brezhnev no piensa en provocar a Occidente. Tiene otros problemas. La toma de Afganistán responde, me parece, a tres objetivos: crear un gran cinturón sanitario que aísle a los musulmanes de la Unión Soviética del contagio islámico radical de los afganos, rodear China por su costado oeste y buscar una salida al océano Índico. Lo malo es que amenazan a Occidente desde el corazón de Oriente Medio. Por eso insisto en el riesgo de que las tropas soviéticas estén a menos de setecientos kilómetros del estrecho de Ormuz».

Vuelven a Ormuz, punto neurálgico de la zona. El peligroso papel arbitral de Iraq en la crisis energética. El rol mediador que España puede jugar entre ese caleidoscopio donde nunca se sabe hasta el último minuto quién apoya a quién ni quién atacará por la espalda. La conveniencia de una solución inteligente y bien negociada para el problema palestino. Ahí, Carter se pone muy serio y pontifica: «Estados Unidos comprende y acepta los derechos del pueblo palestino, pero no vamos a reconocer un Estado palestino». Es entonces cuando Suárez, cambiando de conversación para no llegar hasta el extremo, y callándose su decisión berroqueña de «yo tampoco reconoceré al Estado de Israel», regala una «información confidencial, todavía no valorada ni confirmada»: «Saddam podría estar preparándose para invadir Irán. Aprovecharía el delicado *impasse* del momento, la fragilidad de Jomeini y la casi certeza de que ni la Unión Soviética ni Estados Unidos intervendrán directamente. Es un gran estratega, y quiere controlar la región».

Suárez no juega de farol. Tiene algunos datos. Fibras. Se ve a sí mismo —esta vez sí— como Alfonso Guerra le describe: «Un tahúr del Misisipi, con su chaleco brillante, su chistera y sus cartas en la manga». Sin embargo, lleva un póquer de ases: no habrán pasado ocho meses de este almuerzo en la Casa Blanca cuando Iraq invada Irán y comience una monstruosa guerra que durará ocho años.

En el recorrido mundial han hablado también del antiamericanismo en Iberoamérica, de los terroristas de ETA, de Guinea, de que Estados Unidos va a facilitar armas a Hassan II «para que tenga margen de maniobra al discutir la soberanía del Sahara»…, y Suárez con una gran sonrisa les ha asegurado que «los españoles no somos antijudíos». Al despedirse, Carter felicita a su invitado por la democracia española: «¡Bravo!», le dice en español. Y repite una frase que Suárez

dijo al principio, en el Despacho Oval, para simplificar gráficamente cómo son algunas naciones islámicas radicales y dueñas de las mayores bolsas de crudo: «Alá arriba, petróleo abajo, y en medio nada… ¡pero nada!»[90].

Al atardecer de aquel día, después de su meditación mística, Carter escribió en su diario de la Casa Blanca: «Una reunión interesante. Hemos subestimado la importancia de España tanto en América Latina como en Oriente Medio. Y me parece que Suárez tiene razón: hasta un grado destacable, los problemas de Afganistán, Irán y los palestinos están interrelacionados»[91].

Suárez: «¿Por qué Estados Unidos quiere que yo fracase?»

Quedaron amigos. Hubo química. Incluso, a partir de ahí, se cartearon. Carter quería las impresiones de Suárez cuando estuviese con Saddam y con Hussein, y que sondeara sus actitudes ante la crisis de los rehenes. Suárez le escribió. Carter, en su respuesta, y pese a la defensa de Arafat que el presidente español había hecho en la Casa Blanca, le soltó con mínima sutileza que «las autoridades norteamericanas están investigando la existencia de lazos entre algunas organizaciones terroristas palestinas y ETA»[92]. Sutileza mínima. Información obsoleta. Las «autoridades norteamericanas están investigando…» en el túnel del tiempo, cuando ETA, el MPAIAC canario, los palestinos del FPLP y una docena de movimientos africanos de liberación se entrenaban nada menos que en la Academia de la Policía Nacional de Argel, con el visto buenísimo de Bumedian, en represalia contra España por la «cesión» del Sahara.

Ante esa desinformación, dossier viejo que sin duda Carter había aceptado de buena fe, Suárez recordó cuando, un par de años antes, en octubre de 1978, con ETA asesinando casi todos los días laborables, se quejaba a Estados Unidos de que la CIA, pese a sus imponentes recursos de espionaje, no se involucrara en ayudar a España contra ETA. Desde Washington argüían con todo cinismo que ETA era «un fenómeno exclusivamente español, no internacional». Como si los agentes de la CIA fueran sólo unos espías locales de su propio barrio. Suárez respondía: «ETA se refugia, se entrena y se arma fuera de España, en países árabes». Y al año siguiente aportaba más datos de la «internacionalidad» del asunto: «Ayudados por el terrorista Carlos, tienen contactos y rutas de armas desde Yemen del Sur a Moscú, Berlín, Budapest, Bucarest, Belgrado, y de ahí pasan a diversos puntos de Italia y Francia. Esa infraestructura de ayuda internacional al terrorismo de ETA funcionaba ya en 1976 y 1977, pero ahora, en 1979, se ha potenciado». Era uno de los argumentos de peso que Suárez esgrimía para pedir que la CIA desplegara sus antenas.

Llegó a preguntar a Michael A. Ledeen, analista del American Enterprise Institute y consejero de Seguridad Nacional de Estados Unidos: «¿Por qué Estados Unidos quiere que yo fracase?»

Ledeen elevó la pregunta al Departamento de Estado. La información que Brzezinski, consejero de Seguridad del presidente Carter, transmitió a España fue bastante decepcionante: «Estados Unidos puede proporcionar alguna ayuda útil, pero nunca será la panacea de los problemas de Suárez con los vascos y los militares»[93].

Y cuando recibió en La Moncloa al primer embajador de la Unión Soviética en España, Yuri

Dubinin, señalando una resma gruesa de carpetas apilada sobre una mesa auxiliar junto a su escritorio, le dijo:

—Mire, embajador: son dossieres de nuestros servicios de inteligencia y de otros servicios amigos; contienen datos, nombres, lugares, circunstancias, incluso fotografías de contactos entre miembros del KGB y miembros de ETA o vascos próximos a la organización, en territorio español y en territorio francés. Encuentros rápidos, tomando precauciones, entrega de paquetes, ¿dinero?, ¿armas?, ¿información? No es un papel ni dos. Es una montaña. Respóndame, señor Dubinin, ¿ustedes, la Unión Soviética, financian el terrorismo de los independentistas vascos?

Así, a quemarropa. Yuri Dubinin lo negó rotundamente.

—Puedo asegurarle que no, señor presidente. Es un asunto muy serio y lo hablé poco antes de venir de Moscú con Yuri Andropov, el jefe del KGB. Tengo su más tajante negativa.

—Por respeto a usted y al país que usted representa —respondió Suárez—, yo tomo en serio sus palabras; así que tendré muy en cuenta esto que me ha dicho, señor embajador[94].

No tenía más remedio que aceptar esas palabras…, y seguir confiando en sus servicios de inteligencia.

Tras la invasión soviética de Afganistán, junto a la insistencia de norteamericanos y europeos para que España iniciara sus gestiones de ingreso en la OTAN, a Suárez le llegaban las presiones —a veces sutiles y a veces burdas— de la Unión Soviética en sentido contrario.

Durante el almuerzo en la Casa Blanca expuso no una conjetura, sino algo que detectaba: «La Unión Soviética está haciendo todo lo que puede por evitar que España se integre en la OTAN. Desestabilizan a través del PCE, que últimamente parece obedecer a directrices del PCUS, mucho me temo que ayudan a partidos del País Vasco que son brazos políticos de ETA. Por otra parte, tengo cartas recientes del señor Brezhnev que, aun dictadas en lenguaje diplomático, pueden interpretarse como una amenaza de actitudes y reacciones muy duras si España entrase ahora en la OTAN. ¿Qué me preocupa? En España tenemos mucho paro, pero sobre todo la falta masiva de acceso al primer empleo en la gente joven. Gente a la que se puede reclutar fácilmente por una organización que los municione, los adiestre y los pague. Por eso digo que somos muy vulnerables a la subversión provocada desde el exterior».

Fuese porque en ese momento los comensales se esmeraban bañando con salsa de champiñones su *filet mignon*, fuese porque la denuncia de Suárez era de muy alto voltaje, lo cierto es que no se registró el menor comentario[95].

Suárez no buscaba un papel estelar en el firmamento de las altas potencias. Simplemente, quería conseguir para España un estatus independiente —político, económico y defensivo—, el de un país de rango medio, pero con una importante red de buenas relaciones. En el bosque tupido, la ardilla se mueve con más agilidad que el rinoceronte. Ésa era su virtud y quería emplearla en el mundo árabe y en el de Iberoamérica, donde podía ser útil a los principios que Occidente defendía y él compartía. Los principios éticos, y no el poder, eran los que movían su ánimo. Y, sin dudarlo, prefería ser cabeza de ratón que cola de león, si como ratón podía moverse libremente sin servidumbre a los *Diktats* del león poderoso.

No era un soñador de imaginación volandera, sino realista y previsor. Observaba. Pensaba mucho. Le gustaba la soledad pensante. Y, como a veces decía, «no es tan difícil verlas venir».

Por eso en muchas ocasiones se anticipaba a los hechos. Iraq invadió Irán. El estrecho de Ormuz se cerró al tráfico naval en septiembre de 1980, ocho meses después de que él lo vaticinara. La OLP sería reconocida Autoridad Palestina… y poco antes de la muerte de Arafat (en noviembre de 2004) estuvo a punto de conseguirse su reconocimiento como Estado. La invasión de Afganistán no sólo no sofocó el fundamentalismo islámico de los afganos, sino que potenció el movimiento de los talibanes y radicalizó a los muyahidines afganos, haciendo nacer a Al Qaeda, la más temible organización terrorista sin fronteras.

Carter vino a España en visita de Estado. Sabía ya que su rival Reagan le sacaba medio cuerpo en las encuestas presidenciales. Y pareció más interesado por la pintura del Greco en El Prado que por la renovación del tratado bilateral hispano-norteamericano. Quizá había leído el informe español donde los inteligentes de Defensa y Exteriores no mostraban gran deseo en mantener la reliquia franquista de las bases militares; ni en seguir llamando «bases» a lo que eran puras concesiones a los americanos; ni en alquilarles puntos estratégicos de nuestra línea defensiva Baleares-Gibraltar-Canarias a cambio de… créditos, que podríamos obtener en la banca privada, y que en realidad eran «dinero estampillado» válido sólo para comprar material bélico *made in USA*. Tampoco insistió en animarnos a ingresar en la cofradía atlantista.

¿La OTAN? Era una hipoteca político-moral del rey Juan Carlos. El precio del trono. Una factura pendiente que algún día algún Gobierno tendría que abonar. Suárez intentó esquivarla hasta que… la cola del león fue más fuerte que la cabeza del ratón. Pero hasta que Ronald Reagan llegara al solio del Imperio y su secretario de Estado, el general Alexander Haig, desenfundara su Colt-39, en España tenían que ocurrir muchas y muy interesantes cosas.

El Rey: «Suárez tiene de uñas a Giscard y de morros a la Thatcher»

El 2 de noviembre de 1979, Jaime Carvajal estuvo un buen rato con el Rey en La Zarzuela. Hablaron de barcos, los dos eran navegantes, tenían amigos comunes en la política, en la economía… El Rey le comentó que estaba «preocupado y perplejo con la actitud de los países árabes»:

—No sé qué ocurre exactamente. Y, normalmente, yo tengo fuentes fiables por allí y sé… Pero, aun suponiendo que todos cumplan lo que se han comprometido a suministrarnos, a estas alturas todavía nos faltan diez millones de toneladas de petróleo para 1980. Estoy pensando en hacer un viaje rápido a Jordania para ver a Hussein uno de estos días, por su cumpleaños[96], y que me dé una impresión de primera mano de la situación en Oriente Medio. Este hombre, como geográficamente está rodeado, su estrategia y su diplomacia es ser amigo de todos, llevarse bien con todos, y suele estar muy informado. No quiero ser alarmista, pero, chico, a mí estos silencios me dan mala espina.

—¿Otra subida de precios?

—¡Otro subidón! No me lo quiero creer, pero me han hablado de un remonte de hasta cuarenta dólares nominales y noventa dólares reales el barril[97].

A continuación, Carvajal apuntó algo sobre los años que tendría que esperar España para su

ingreso en la Comunidad Europea. El Rey lo sabía:

—Sí, otra buena noticia… Leopoldo Calvo-Sotelo me informó el otro día. Nuestra entrada está condicionada por las elecciones francesas del 81. Giscard no tiene fácil ganarlas, y como no puede permitirse el lujo de perder los votos de los agricultores del sur, está intransigente, no cede. Y no avanzamos.

—Según mis noticias, hasta el 84 como pronto no nos darán el pase…

—Y encima, en vez de intentar ganárnoslo por otras vías… La aspiración de Giscard es tutelarnos, pero Suárez no está dispuesto a darle pleitesía, dice que él no dobla el espinazo ante Dios Giscard, y cada dos por tres provoca un roce con él. Y a mí me toca descolgar el teléfono o aprovechar una cacería y estar quitando hierro. Ahora está enfadadísimo porque en la recepción que di al cuerpo diplomático Suárez le echó una bronca al nuevo embajador.

—¿De Margerie? Algo he oído…

—Sí, regañó a De Margerie delante de otros embajadores por la falta de colaboración de Francia contra los terroristas vascos. Y eso Giscard lo ha traducido como un insulto gravísimo. Está subido a la parra y cuando ahora vaya Suárez no piensa recibirle en el aeropuerto ni conversar a solas con él… A la Thatcher también la tiene de morros. Esto colea ya desde el 78, cuando la invitaron al Congreso de la UCD. Todavía era *premier* Jim Callaghan. Al llegar tuvo una conversación con Suárez, que estuvo encantador y coqueteó con ella como él sabe hacerlo. Pero le hizo el feo de no esperarse hasta el final del discurso. Le llamaron para algo urgente y salió zumbando. Maggie preguntó por él y, en fin… Luego hubo uno que a mitad del discurso gritó: «Y del Peñón, ¿qué?» Ella no sabía qué diablos era el Peñón y se quedó desconcertada… No entiendo cómo Suárez, con esa habilidad extraordinaria que tiene para manejarse con los iberoamericanos, que se los mete en el bolsillo, no se da maña con los dirigentes europeos…

—Será cuestión de idiomas.

—Pues tenemos un batallón de intérpretes y traductores, y están para usarlos.

Aquella mañana, quizá por su amistad con Jaime Carvajal, el Rey le hizo varios comentarios en confianza:

—Yo no gobierno, pero a veces tengo la impresión de que soy el padre del Gobierno. Y esto no es nuevo, ya era así en los tiempos de Arias. Ahora tengo picado a Gutiérrez Mellado. Tú me dirás si hay motivo. Tenemos que ir el domingo a Mojácar a unas maniobras conjuntas hispanoamericanas, unos ejercicios interesantes combinando Tierra, Mar y Aire, las Crisex-79. Va el ministro Rodríguez Sahagún, va la JUJEM completa, van los mandos de las unidades que intervienen, va el embajador de Estados Unidos Terence Todman, y me llevo también al Príncipe, que le chiflan todos los aparatos militares, las lanchas, los paracaídas… Tendremos allí comida de rancho de campaña. Bueno, pues Gutiérrez Mellado se ha enfadado porque no viajará en mi helicóptero, sino en otro. Y es que yo pienso aprovechar la ida y la vuelta para hablar con Todman sobre el tema OTAN, y delante del Guti no quiero, porque sé que no es atlantista.

En su diario, Jaime Carvajal anota: «Saco la impresión de que al Rey no le importaría nada que Gutiérrez Mellado se marchase del Gobierno».

Y punto y seguido, añade, de la misma conversación con el Rey, una curiosa información doméstica: «A Jaime García Añoveros, ministro de Hacienda, le está muy agradecido por el

tratamiento que ha dado a la remuneración de la Familia Real. A partir del año que viene, tendrán sueldos también la Reina, equivalente al de director general; y las infantas, un millón de pesetas por año. Piensa ahorrar los sueldos de sus hijos para ir constituyendo un pequeño capital con el que se encuentren cuando sean mayores»[98].

Después, en las maniobras Crisex-79, el Rey hizo un largo aparte con Gutiérrez Mellado. Cuando bajaban de un cerro charlando animadamente, el teniente general resbaló con un pedrusco, le falló el equilibrio y se cayó. Desde ese momento, el Rey le cogió del brazo y le acompañó todo el rato con cuidado hasta que llegaron abajo. El «padre» del Gobierno.

En esa visita y en otras posteriores, Carvajal había detectado en el Rey algo de incomodidad reticente cuando le hablaba de Suárez. Nada de bulto. Asuntos menores. Por ejemplo, «no me gustó que hiciera uso público de una invitación mía, privada, a cenar aquí en La Zarzuela». También, con amigos de gran confianza, se quejó el Rey más de una vez del «excesivo control que Adolfo quiere ejercer sobre mi persona: mis entradas, mis salidas, las visitas que recibo; me da el argumento de la seguridad, pero ¡qué caray!, yo cojo la moto, me calo el casco, le doy al pedal de arranque y si quiero perderme, no hay tío del CESID que me encuentre… y tengo la experiencia». O también: «Ha puesto un videoteléfono en mi despacho y otro en el suyo, porque quiere ver que estoy realmente en La Zarzuela cuando le hablo. Es como lo del ojo del Gran Hermano… Y, si viene a despachar conmigo algún ministro, enseguida tiene que ir a contarle a él de qué hemos hablado; o consultarle lo que me quieren decir antes de venir. Los ministros me llegan ya con la minuta escrita. Lo sé por ellos mismos, Leopoldo, Jaime Lamo, Marcelino, García Añoveros… Y si el que quiere verme es un político de la oposición, siempre pone pegas a través de Sabino: “No es buen momento”, “No es oportuno”, “Se puede malinterpretar”, “Lo que buscan es sonsacarle información al Rey”».

El Rey quiere «una línea abierta con Felipe»

No exageraba el Rey. Desde el triunfo de la UCD el 1 de marzo de 1979, Suárez obstaculizaba los contactos del monarca, sobre todo con Felipe González. Un buen día, Sabino Fernández Campo citó a Enrique Múgica en La Zarzuela, por encargo del Rey:

—Enrique, a Su Majestad le gustaría entrevistarse con Felipe, cambiar impresiones… Incluso, le gustaría que el recibir políticos o sindicalistas fuese algo tan normal como recibir a un empresario o a un historiador… Pero para evitar la suspicacia de Suárez y que pueda decir «no me parece conveniente en este momento por tal o por cual razón», hemos pensado que, en lugar de convocarle el Rey, que sea Felipe quien pida una audiencia, y que además lo haga saber públicamente, argumentando incluso que el Rey ha de serlo de todos y debe escuchar a todos.

En el preciso momento en que estaban hablando Sabino y Múgica, se presentó el Rey en el despacho de Fernández Campo. Lo hizo como si fuese lo más natural del mundo que él pasara por allí. En realidad, en aquella época el despacho del Rey estaba un piso más arriba; así que para ir al del secretario general de la Casa tuvo que recorrer un trecho de pasillos y bajar tres tramos de escaleras. Saludó al visitante con cordialidad:

—¡Hombre, Enrique! Dile a Felipe que tengo gran interés en verle y que hablemos largo y

tendido. No nos vemos desde hace un año, cuando las consultas para designar presidente del Gobierno… Y sería bueno mantener abierta una línea de diálogo[99].

A los pocos días, Felipe González solicitaba la audiencia y desde la oficina informativa del PSOE se difundió la petición, a la vez que algunos diputados socialistas aireaban el comentario de que «el Rey es Rey de todos, y no debe ser monopolizado por un grupo, ni acaparado en exclusiva por el jefe del Gobierno».

Adolfo Suárez aprovechó la primera oportunidad que tuvo para responder. En Barcelona, durante la campaña para las elecciones catalanas de marzo de 1980, charlando con un grupo de periodistas, y sin que nadie le hubiese preguntado:

—Quiero salir al paso de quienes dicen que yo tengo cercado al Rey. Es cierto que, por razón de mi cargo, le veo más que otros: el Rey recibe la información del Estado, así está prescrito constitucionalmente, a través de mí como jefe del Gobierno de este Estado. Y así será siempre, sea cual sea en cada momento el color del Gobierno[100].

Transcurrido un mes, el Rey recibió a Felipe González. Había muchos asuntos políticos y económicos en ebullición. Hicieron un *tour d'horizon* sobre el panorama. González empleó los términos «grave situación». Mostró su impaciencia como reflejo de la que tenía todo el país, a la espera de que Suárez cerrase de una vez la crisis de Gobierno que tenía abierta desde hacía varias semanas, «y se ve que no le resulta fácil mover las fichas del tablero sin que se le disguste algún jefecillo tribal de la UCD». González le dijo al Rey todo lo que quiso: falta un proyecto político, la Administración sigue siendo opaca y el Estado muy burocrático, el plan de las autonomías es discriminatorio y generará rivalidades, no es bueno el enfrentamiento entre el Estado central y el Estado periférico… Insistió en la necesidad de un proyecto con el que se identificase la sociedad, y a partir de esa voluntad popular el Gobierno no necesitaría ir pactando cada ley, porque tendría un apoyo parlamentario sólido. En realidad, no concretaba. Era una amplia queja vagarosa. Al final, clavó la denuncia: «Yo no sé a qué se dedica Suárez, me parece que recibe visitas, hace consultas, viaja… o sea, las tareas propias de un jefe de Estado bis, o de un presidente de República; pero las riendas del Gobierno están en manos de su vicepresidente y amigo del alma, Fernando Abril. Y eso está erosionando la confianza en la democracia»[101]. Era lógico que ese vicariato, ese validaje, preocupara al líder de la oposición, en caso de que hubiera dejación de funciones por parte de Suárez; pero el Rey no era el buzón adecuado para depositar la protesta. Lo constitucional habría sido llevarlo al Parlamento.

Después de la audiencia, Felipe González, asaeteado por la prensa, divagó con generalidades. Hacía bien guardando reserva de lo que habló con el monarca: «Miren, yo no he ido a La Zarzuela a tratar de la crisis del Gobierno —dijo—, sino a exponer lo que me preocupa a mí, que es la crisis del país». Aunque sí lanzó una réplica a lo que Suárez había dicho en Barcelona sobre quién debe dar la información al Rey. Lo hizo sin aludirle, pero con claridad: «Este encuentro mío con el jefe del Estado, del que se han hecho tantas conjeturas, creo que es algo que se debería normalizar, no digo institucionalizar, pero sí normalizar. Y que los ciudadanos puedan darse cuenta de que el papel moderador del jefe del Estado consiste precisamente en conocer las distintas corrientes de opinión que se están produciendo, sobre todo si son corrientes de opinión fundamentadas, que le permitan saber cuál es el pulso político, económico y social del país en

cada momento»[102].

El monarca recibió en esos días a otros dirigentes políticos. Cada cual, con su descontento por la gobernanza de Suárez. Uno de los más contundentes fue Manuel Fraga: «Majestad, este país necesita una nueva dirección. Es urgente renovar la cabeza del ejecutivo»[103]. En esa misma audiencia, Fraga abogó por la conveniencia de empastar a la derecha que él dirigía, CD, y a los democristianos, reformistas y liberales de la UCD, para ampliar y unificar el centroderecha, soltando el lastre de los socialdemócratas, que «tarde o temprano acabarán en el PSOE, pero antes incordiarán lo suyo».

González y Fraga se conocían la Constitución de la cruz a la raya. Fraga incluso la había hecho. No podían ignorar que el Rey carecía de facultades para poner o quitar al jefe del Gobierno. El hecho de ir al Rey con esas quejas permite suponer que González y Fraga, cada cual en su audiencia, le habrían expuesto la «necesidad nacional» de no esperar hasta las elecciones de 1983 para desalojar a Suárez. La única vía constitucionalmente hábil para remover al presidente y —como decía gráficamente Alfonso Guerra— «que se caiga él solo de la vitrina» era la moción de censura.

Pero tanto González como Fraga sabían, igual que el Rey mismo, que ese deseo era aritméticamente muy difícil de alcanzar. La moción de censura exigía disponer de 176 votos, la mitad más uno de la Cámara. Un dato cierto es que, justo en esas fechas, la ejecutiva del PSOE había decidido pasar al ataque frontal contra Suárez y desenfundar en cuanto pudieran la moción de censura[104].

Resultaba obvio que el Rey daría un toque de advertencia a Suárez por lo del *vicariato*, pues no era Abril Martorell quien había recibido la investidura para gobernar. Incluso, que le animara a dejarse ver más: ir al Congreso, hablar en televisión, conceder entrevistas. Pero no podía animarle a «salir del encierro aislante de La Moncloa», como le censuraban sus oponentes, porque él sabía que Adolfo «no paraba en casa»: en menos de un año, recorrió las siete islas del archipiélago canario; se pateó ciudades y pueblos, toda la geografía catalana, mitineando en las elecciones autonómicas; viajó a Jordania, a Iraq, a Egipto, a Arabia, a Alemania, a Francia, fue tres veces a Estados Unidos, visitó varios países de Iberoamérica… Y cuando al fin podía recluirse en La Moncloa, trabajaba de sol a sol… sin ver el sol. Además, el estilo de Adolfo no era de ermitaño, sino de trabajar en equipo: «hacer hacer». En menos de un año, había enviado un tropel de leyes orgánicas al Parlamento para configurar de nueva planta las instituciones básicas del Estado, desde el Tribunal Constitucional hasta los cuerpos de seguridad, la organización militar, el poder judicial, el sistema penitenciario, la Administración pública… logrando que se aprobasen en el Congreso por indiscutible mayoría, de trescientos sobre trescientos cincuenta diputados. El Estatuto vasco se lo negoció a pulso con Garaikoetxea echándole horas.

Había acometido sin pausa toda la estructuración autonómica, repartiendo competencias sin vaciar el Estado. «Estamos construyendo de planta el Estado democrático y el Estado autonómico, y todo a la vez —decía—. No sé si es de titanes o si es de locos». Un tiberio tremendo, porque de ser tres las nacionalidades con derechos históricos —Cataluña, País Vasco y Galicia, que recuperaban los Estatutos de autonomía que tuvieron en la Segunda República—,

de pronto pasaban a ser diecisiete. Algunas, como Madrid, Logroño, Murcia, Melilla y Ceuta, inventos del último cuarto de hora, sin tradición, sin himno y sin bandera. Y hasta se daba el caso de Segovia, empeñada en separarse de Castilla. La desdichada frase del profesor andaluz Clavero Arévalo «café para todos», al pasar por el alambique mental de Manuel Fraga, se había convertido en otra aún más perniciosa: «Café para uno o dos; y a los demás, recuelos».

Por otra parte, el maestro Fuentes Quintana había escrito la partitura de los Pactos de La Moncloa, pero a la hora de dirigir la orquesta se retiró por el foro. Con lo que la tarea de acoplar a los empresarios y a los sindicatos y acordar un marco interconfederal… le tocó a Abril Martorell, que ya tenía la coordinación de todos los ministerios económicos, más poner orden en el reino de taifas de la UCD…

El Rey sabía, claro que sabía, que funcionaban en tique, como los americanos, aunque pusiera cara de asombro ante ciertas visitas quejumbrosas, o cuando los banqueros iban a tomar el té y a rezongar «Suárez de nosotros sólo se acuerda a la hora de pedirnos un crédito para las elecciones», «yo dejé de llamarle, porque siempre me pasaban con Abril o con García Añoveros o con Bustelo…».

Sabía, claro que sabía, que en las «vacaciones» de Semana Santa, Suárez y Abril se embarcaron en el yate *Orión*, se hicieron a la mar, se encerraron en el camarote comedor y allí estuvieron dale que te pego, álgebra para meterle un buen calambrazo al Gobierno, siete ministros que entraban, seis que salían, tres que cambiaban de cartera… y todo sin generar demasiadas pugnas internas. Aunque las iban a tener, porque a los peleones los habían dejado fuera: Paco Ordóñez, Pío Cabanillas, Rodolfo Martín Villa, Miguel Herrero de Miñón, Óscar Alzaga, Joaquín Garrigues Walker…, cada uno, un banderín de rebelión. De ahí que Suárez necesitara el contrafuerte de Fernando Abril.

A esas alturas del año 1980, el Rey sabía, claro que sabía, que las críticas a Adolfo Suárez no pagaban peaje y eran el *leitmotiv* de casi todas las conversaciones de cinco tenedores. Y muchas, casi todas, rebotaban más pronto que tarde en su despacho. No le acusaban de nada en concreto, sino… de todo en general: esa expresión paraguas del «estado de cosas». Una atmósfera gaseosa pero espesa como el *smog* que abarcaba «el paro, el terrorismo, el desencanto, las autonomías, la crisis y la pornografía», la retahíla cenicienta del general Milans del Bosch. Un runrún que estaba en la calle, en los periódicos, en las cafeterías de los ministerios, en el club de golf. De sus presencias públicas se decía «le está robando protagonismo al Rey». De sus ausencias parlamentarias, «tiene pánico escénico» o «desprecia el Congreso». Los que le tildaban de «presidencialista» y de «acaparar todo el poder en el Gobierno y en el partido», esos mismos, le reprochaban «haber descargado en Abril Martorell la vicepresidencia universal de cuanto entra y sale de La Moncloa». Ciertamente, Fernando Abril era su rodrigón de apoyo. O, como el propio Abril decía, «soy la carretilla donde van cayendo día tras día todas las patatas calientes que nadie quiere coger, pero alguien tiene que agarrarlas y pelearse por ellas con cara de perro».

Podía entenderse que, por envidias y ambiciones, los barones de la UCD exigieran a Suárez que desapoderase a Abril y repartiera más las parcelas de poder. Es lo que, a fin de cuentas, le plantearían, pronto, muy pronto, como un asunto «de familia» en La Casa de la Pradera, una finca por Manzanares el Real.

El Rey sabía. Y Suárez sabía. De 1979 a 1980, había pasado de la adhesión a la envidia, de la admiración al aborrecimiento, de ser un héroe a ser un maldito. Podía decir, como el príncipe de Viana, «me roen por todas partes».

«Yo estaba convencido —decía Suárez— de que todo lo que yo percibía respecto de mí, también el Rey lo estaba recibiendo. Si a mí me llegaban esos comentarios, esos reproches, podía estar seguro de que a él también le llegaban los mismos mensajes contra mí. Y con más crueldad y más descarnados»[105].

Y el Rey, ¿qué pensaba? El Rey iba a lo suyo. Egoísmo de Estado. Salvar la Corona, preservarla sin tacha y sin lastres. Era su deber. No debía, no quería y no podía uncir su suerte a la de Suárez ni a la de nadie. Y menos, que las críticas le salpicaran a él. Desde la legalización del PCE, ya se cuidó de permanecer al margen, fuera, bien lejos. Y sus próximos, su familia, sus amigos, su *staff* le recomendaban que guardara distancias, que programase los actos oficiales sin coincidir, que evitara escenas de complicidad, de bromas, de simpatía recíproca delante de fotógrafos, que no permitiera a Suárez escudarse en él, que huyera de la identificación: ni Adolfo es el gobernante del Rey, ni el Rey es «partidario» de la UCD.

«Mira por dónde —comentaba el Rey a Sabino Fernández Campo—, en ese sentido, es bueno que Suárez vuele por su cuenta, se arriesgue por su cuenta, y me consulte menos o no me consulte nada»[106].

Desde la marcha de Armada, la renuncia de Don Juan casi de tapadillo, la Constitución seguida con prismáticos para que nadie sospechase injerencias y *borboneos*, el adiós de Torcuato y la emancipación de Suárez por las urnas en marzo de 1979, entre el pecho del Rey y su camisa se había ido instalando día a día una capa de frío.

¿Querían descabalgar al presidente? Pues sólo había dos caminos: derrotarle en las próximas urnas o sumar votos de diputados y ganar la moción de censura.

¿Moción de censura o pica de castigo?

Estaban con el «síndrome de estreno». Como decía el propio Rey, «empiezo un reinado nuevo, sin telarañas… pero también sin manual de instrucciones, ¡a lo que salga!». Se estrenaba todo: la democracia, la Constitución, la configuración de la autoridad del Rey, la funcionalidad de una Monarquía muy tasada en la que el propio Rey tenía que regirse por su olfato, ya que no había experiencia ni ley de la Corona, ni él quería que le encorsetasen con demasiadas cortapisas.

Se estrenaba el Estado de las autonomías con sus enrevesados procesos. Se estrenaba el parlamentarismo con la mecánica de las réplicas y contrarréplicas en los debates. Se estrenaba el control del Gobierno por la oposición, un control que algunos interpretaban como la garrocha del picador contra el morlaco. Estaban sin desempaquetar todavía el juramento por imperativo legal, la reprobación de un ministro, la moción de censura, la cuestión de confianza, las comisiones de investigación, el transfuguismo…

Y no existían «los más viejos del lugar» que pudieran contar cómo eran los usos de las últimas Cortes de la República, donde había oradores finos y oradores fieros, «tenores y jabalíes», pero ninguno se atrevía a subir a la tribuna con blocs y con papeles. O en mangas de

camisa y sin corbata.

Entre tantos estrenos, se inició por vez primera la «comunicación del presidente del Gobierno». En realidad, un debate sobre el estado de la nación. Comparecencia voluntaria de Suárez como balance de un año de gestión y programa para el nuevo ejercicio, después de haber hecho cambios importantes en su equipo de Gobierno: salida de seis ministros, entrada de seis nuevos y tres que cambiaban de cartera.

Suárez era un político honesto y altruista. Le gustaba el poder más que el mando: «Me gusta el poder, claro que sí, pero si con él puedo hacer cosas buenas por mi país». ¿Su tarea de fondo, su fija? Construir la democracia y asentar la Corona. No era un soñador idealista. Era un pragmático. Un gestor de la realidad, un *civil servant* de la verdad. Estaba convencido de que el primer derecho de un ciudadano adulto era conocer la verdad. Y a eso fue al Congreso de los Diputados el martes 20 de mayo de 1980 a las cinco menos veinte de la tarde, a decir la verdad, a declarar sin trampa ni cartón cómo estaba el país, y a exponer de qué modo pensaban él y su Gobierno que se podría salir adelante.

No fue a rendir cuentas ni a hacer promesas malabares. Sin rodeos, en castellano crudo y de frente dijo: «No estamos administrando una crisis, estamos administrando una quiebra». Explicó de dónde procedía la gravedad de la situación: nadie había malgastado, nadie había dilapidado, nadie había robado, nadie había hecho inversiones insensatas y ruinosas… La razón o sinrazón era el alza inusitada y bestial de los precios del petróleo en un 140 por ciento. Y en el mercado mundial. Esa sorpresa, afectando a todos los países de Occidente, había trastocado seriamente los presupuestos del Estado, la actividad industrial pública y privada, la aplicación ya iniciada de los Pactos de La Moncloa… El coste de los crudos suponía para España una factura anual de 130 000 millones de dólares, que en el curso próximo aumentaría en 7500 millones de dólares más. A partir de ahí, la cadena de sectores de producción que había entrado en crisis: siderurgia, construcción naval, petroquímica, textiles… Y el impacto en pérdidas de puestos de trabajo, a los que había que sumar los inmigrantes que volvían a casa en situación de paro, porque el paro cundía también en toda Europa. «Este año —dijo— hemos importado parados: 300 000 españoles que trabajaban fuera y se han quedado sin empleo». Era un discurso terso, de cifras macroeconómicas como nubarrones: el déficit, la inflación, la balanza de pagos… Dio cifras de lo conseguido en su primer año de mandato desde marzo de 1979 a mayo de 1980: la inflación había descendido del 15 al 2,5. El déficit por cuenta corriente había bajado del 4 por ciento del producto interior bruto al 1,6 por ciento. Dio un sorbo de respiro al mencionar las reservas de divisas para los próximos dos o tres años. Anunció que la atención de su Gobierno se centraría en tres polos de atención, para los que se iba a necesitar «la cooperación de todos». No dijo consenso, dijo «cooperación». Un Plan Energético Nacional, que ya estaba hecho y se enviaría inmediatamente a la Cámara. Un plan de choque contra el desempleo. Y el Estado de las autonomías. Por supuesto, habló de inversiones fuertes en obras e industrias para allegar energías alternativas que nos independizaran del petróleo, y de gasto público para prestaciones sociales. Desplegó un programa minucioso, cuantificado, realista, no improvisado. Era un Suárez serio, grave. El ujier, guante blanco y bandejita de plata, le cambió cinco veces la copa de agua. El discurso era largo, ochenta y cinco folios. Sobre el nuevo Estado autonómico hizo una oferta

novedosa y audaz. «Un federalismo cooperativo», en el que «el Estado no sería sustituido o reemplazado por las autonomías: un Estado único y unido estaría organizado en instancias políticas y territoriales, con toda la garantía constitucional para que cada una gestionara sus intereses». Mencionó «la técnica de las leyes horizontales y sectoriales utilizada en Estados federales como Estados Unidos, Austria y Alemania para superar el viejo mito de las competencias exclusivas». En ese tramo, el hemiciclo le escuchaba sin respirar. «El espacio político de cada autonomía no será un reducto aislado —dijo también—, sino integrado en una unidad superior, el Estado. Pero Estado garante, no Estado guardián».

Se sucedieron las intervenciones de los representantes parlamentarios, a los que Suárez fue respondiendo, por trivial u ofensiva que fuese su interpelación. Le tenían ganas y se notaba. También ocuparon la tribuna distintos ministros para dar cuenta de sus actividades o rectificar afirmaciones erróneas con cifras concretas y verificables sobre inversiones en enseñanza pública, seguridad ciudadana, dotaciones policiales, nuevos juzgados, construcción de viviendas protegidas, infraestructuras viarias…

En respuesta a la acusación de «debilidad, impotencia y fracaso del Gobierno en la lucha antiterrorista», uno de los ministros desgranó una batería de actuaciones policiales de 1979 y los cinco primeros meses de 1980[107].

Contestado eso, saltaba otro diputado acusando al Gobierno de despreciar al Parlamento. Y Arias-Salgado tiraba de datos y subía al podio: «Señoría, en los once meses hábiles de esta legislatura, entre Congreso y Senado, el Gobierno ha respondido puntualmente 109 interpelaciones, 1102 preguntas escritas, 169 preguntas orales; ha comparecido en sesenta sesiones informativas de comisiones, lo que hace una media de seis sesiones por mes; y ha informado de proyectos de ley en 31 ocasiones, en esos once meses de tiempo parlamentario hábil».

Aunque el Gobierno había enviado con antelación un extracto sobre los temas que iba a abordar, la libertad parlamentaria permitió que pocos se ciñeran a la minuta propuesta, y aquello, más que una comunicación del presidente del Gobierno a la Cámara, parecía un agresivo tercer grado de la Cámara al presidente del Gobierno.

Felipe González, en su turno de palabra, hizo un examen crítico total al balance de un año de gestión, como si en ese primer año el Gobierno hubiese tenido que cumplir el programa de toda la legislatura, que son cuatro años. Además, no presentó ni una sola alternativa. Y, sin esperar a que el presidente Suárez respondiera a su alocución, como venía haciendo con todos los oradores, acalambrado por una prisa repentina, alteró el orden del debate y, sujetando el atril con ambas manos, sentenció con voz grave:

—Señores del Gobierno, creo que ustedes no lo han hecho bien. Creo que han perdido seriamente la credibilidad del pueblo. Y el único elemento que nuestro partido tiene es utilizar la Constitución, que permite un voto de censura al Gobierno. Una fuerza moral que los socialistas tienen que ejercer en algún momento, y lo haremos ahora, sea cual sea su destino. No estamos haciendo asaltos ni por delante ni por detrás al poder, sino utilizando la Constitución.

Después, lo reiteró varias veces en los pasillos de la Cámara a grupitos de periodistas y de diputados: «Tenemos el deber moral de presentar esa moción aunque se pierda. Hay que

demostrar que el primer partido de la oposición rechaza al Gobierno por su incapacidad para resolver los problemas de España. Ganarla o no es secundario». Con esa afirmación, Felipe González estaba delatando el uso artificial y especioso con que planeaban esgrimir la censura.

La moción de censura —según la flamante Constitución de 1978— era un instrumento previsto para «exigir la responsabilidad política del Gobierno», pero que precisaba unos requisitos muy concretos, y el primero de ellos era que esa censura debía adoptarse por mayoría absoluta. Es decir, debía contar con el respaldo de la mitad más uno de los 350 miembros de la Cámara, 176 votos de diputados. La segunda condición era que debía incluir a un candidato a la presidencia del Gobierno. Luego había unos plazos y otras condiciones. Pero las fundamentales para su uso correcto y legítimo eran éstas: contar con un candidato alternativo y el apoyo de 176 votos. La censura no estaba prevista para criticar o castigar o dejar hecho unos zorros al jefe del Gobierno, sino para cambiarle por otro. Tenía que ser necesariamente «alternativa y constructiva». La moción de censura no podía reducirse a un ejercicio «testimonial o moral, aunque se pierda», como también afirmaban Alfonso Guerra y Peces-Barba; requería una cuantificación numérica para que no se perdiera. El «ganarla o no», lejos de ser «secundario» como decía Felipe, era fundamental. No bastaban las ganas políticas o el prurito moral de quitar al presidente en ejercicio, la enjundia y la correcta finalidad de una moción de censura era garantizar gobiernos estables. Para ello, el candidato propuesto debía tener «mayor mayoría» de respaldo que el presidente al que se pretendía derribar.

Los votos eran habas contadas. La UCD tenía 168, y todos ellos habían asegurado por su honor que no habría ninguna fuga. Los ocho diputados de la minoría catalana, a través de su portavoz Miquel Roca, y los diez de CD de Manuel Fraga se comprometieron a abstenerse, y así lo hicieron. Por su parte, los siete diputados del PNV y los tres de HB confirmaron su ausencia, como venían haciendo. Diez votos, pues, de los que el PSOE no podría disponer; aunque los llamaron, ya que en esa fecha iban a estar en Madrid para ir a los toros y gestionar en La Zarzuela la audiencia del Rey a Garaikoetxea.

La moción anunciada partía con un respaldo enteco e insuficiente: sus 120 escaños —Felipe no iba a votarse a sí mismo—; el del socialista vasco Carlos Solchaga; los veintitrés del PCE, los cinco del andalucista Rojas Marcos y quizá tres que lograsen arañar del Grupo Mixto: el vasco Bandrés, el canario Sagaseta y el ex socialista Andrés Fernández Fernández. Un total de 152 votos, que los dirigentes del PSOE conocían de antemano.

En los cinco días que obligatoriamente debían transcurrir entre la presentación y la votación, los oficiantes del PSOE no pararon. Se trataba de sumar. Cualquier voto era bienvenido. Hablaron con Areilza, Senillosa, Osorio, Joaquín Molins, Miquel Roca, Hipólito Gómez de las Roces, Jesús Aizpún, Letamendía… Supieron que Blas Piñar había dicho: «Firmaría una moción de censura a este Gobierno la presente quien la presente»[108].

Alfonso Guerra había declarado desde la tribuna: «Quede claro que nuestra búsqueda de apoyos para la moción se ha detenido justamente en el umbral del grupo político UCD. No hemos tenido en ningún momento la intención de intervenir ahí. Si la UCD ha de romperse no será por nuestro esfuerzo; tal vez lo sea por el esfuerzo de don Adolfo Suárez». Y Felipe González, en pasillos, lo remachó: «Llevo días sin querer estar ni hablar con dirigentes políticos,

para que nadie interprete que…» Y Peces-Barba: «No queremos romperle a Suárez su partido». Pero no era cierto. Casi una treintena de diputados de la UCD fueron tanteados por emisarios del PSOE para que votasen a favor de la censura/investidura de Felipe.

Uno de esos días, por la tarde, Pío Cabanillas, Rodolfo Martín Villa y Paco Ordóñez salieron juntos de las Cortes y se sentaron a merendar en Frigo, muy cerca. Luego, en el coche de uno de ellos, se fueron a Aravaca a ver a Joaquín Garrigues. Felipe González y Alfonso Guerra ya le habían propuesto: «Vota la censura, a modo de descontento, y así le das un susto a Suárez, para que escarmiente y decida cambiar». «Si aguanto vivo hasta el Congreso de enero de la UCD, ésa será la ocasión», les contestó. A Pío, Paco y Rodolfo, Garrigues Walker [quien por entonces tenía leucemia] les dijo: «Tengo idea de ir a votar por Suárez. No porque piense que sin mi voto se vaya a producir una espantada centrista —amagó una sonrisa floja—, pero iré. Estoy enfermo, no creo que pueda seguir cabalgando… Desde luego, lo que no estoy es para trabajarle a otro la *Operación Quita-Suárez*. Si pudiera quitar a Suárez, no lo haría para encaramar a Felipe. Lo haría para ponerme yo»[109].

Si la moción de censura arrancaba ya sin la posibilidad aritmética de cumplir ese requisito, podía ser una iniciativa legítima, pero no dejaba de ser espuria. Un trampantojo, un golpe efectista, un ejercicio de destrozo o de serio vapuleo al presidente. Y, al realizarse íntegramente ante las telecámaras en sesiones de mañana y tarde durante cinco días —pues el morbo comenzó desde que Felipe lanzó el anuncio—, podía resultar un excitante *reality show* de propaganda y lucimiento político del candidato Felipe González, y de oxidación y deterioro del presidente Suárez. Podía resultar y resultó. Fue la operación cumbre de «la cacería». Y con todo el suspense del directo.

En torno a una mesa baja del bufé de las Cortes, Suárez, Abril Martorell, un «fontanero» de La Moncloa y una periodista tomaban café. Suárez no parecía especialmente abatido, pero llevaba un buen rato removiendo el azúcar en su taza, y seguía y seguía.

—Es un golpe de efecto —dijo Abril—. Y no hay más…

—Pero es un golpe. —Suárez habló a media voz. Luego, dejó la cucharilla y se llevó la mano a la nuca—. Y lo siento aquí como un rejonazo caliente.

—¿Duele? —Fue la periodista quien preguntó.

—Venga, apunta. Duele; pero más me duele haberles dicho cómo está el país y que no se quieran enterar. Peor aún, que en vez de arrimar el hombro se diviertan con el rejoneo… La moción de censura es un mecanismo constitucional, y ya me extrañaba que el PSOE tardase tanto tiempo en utilizarlo…

—Presidente, en lo de negociar o no con ETA, y en el tema del terrorismo, no has estado contundente. —De nuevo, la periodista.

—Pero estamos contundentes en las detenciones, que es lo que importa. ¿Has oído las cifras? Unas dieciséis diarias. Y no de los de tirón de bolso, sino de militantes de ETA.

—Un golpe de efecto muy jodido. —Abril seguía con su tema—. Frases sueltas, insinuaciones, verdades a medias, mentiras enteras, acusaciones veladas… Nada queda claro, pero te hacen trizas.

—Lo que no se tiene en pie es que te acusen, por una parte, de tener el monopolio de RTVE, y por otra, de no usarla —comentó el «fontanero» de La Moncloa—. Yo que tú, presidente, le preguntaría a Felipe si quiere que des «charlas en la chimenea», a lo Kennedy.

—La de veces que gente del Gobierno, o del partido, o vosotros mismos en Moncloa, me habéis dicho: «Llama a las cámaras, habla, tranquiliza al pueblo». Recuerdo ahora a Martín Villa, después de los atentados del teniente general Gómez Hortigüela y de dos coroneles, instándome: «Adolfo, tendrías que salir y decir algo». O a Cecilio Valverde, diciéndome en el avión que nos llevaba a Sevilla después de otra atrocidad con cinco guardias muertos: «Presidente, habla al pueblo, diles que no vamos a cejar en la lucha». Y a uno y a otro les contesté lo mismo: «¿Tú has hablado con Dios? ¿Tú me garantizas que la onda de serenidad que yo transmita hoy por la tele no me la destroza mañana otro bombazo?» Y hubo otro bombazo: California 47. —Suárez bebió su café, ya frío, de un sorbo—. Yo no puedo subir a esa tribuna y prometer unos resultados espectaculares «a corto». Grapo, ETA, Triple A…, se trata de reconducir el terrorismo a su auténtico terreno, a lo que realmente pretenden: ellos están en una lucha frontal contra el sistema democrático. Y ahí es donde tienen que perder la partida.

Miró la hora en su reloj de muñeca, estaban sonando los carillones de aviso. Se reanudaba el debate.

—Ahora, en mi turno, tocaré lo de ese juego tramposo de acusar sin pruebas. Y denunciaré el tongo[110].

En aquella breve conversación, la periodista detectó algo extraño, cierta tirantez entre Suárez y Abril. Hablaban con aparente naturalidad, pero no se miraban ni se dirigían el uno al otro. La verdad es que habían tenido un broncazo seco. Por una frase de Abril allí, en el banco azul —«¡estos cabrones me dijeron que no tocarían lo económico!»—, Suárez se malició que Abril había tenido información de los socialistas días antes avisándole de la moción de censura. Pero no era cierto. Abril lo supo aquella misma tarde, unos minutos antes, por el soplo de una periodista muy amiga de Alfonso Guerra. Pero ese malentendido traería malas consecuencias: la dimisión de Abril y una fuerte desavenencia, casi ruptura, entre los dos grandes amigos.

Desde la tribuna de oradores, Adolfo Suárez en su turno final, ya sin envaramiento, templado, mirando hacia las bancadas de la izquierda, iba trenzando un discurso sin folios ni chuletas de apoyo. Lo llevaba dentro:

No quiero adelantarme a la votación, pero creo que hasta ahora el Partido Socialista no ha logrado más apoyo que una treintena de votos muy heterogéneos. Y me pregunto, de haber ganado esta moción de censura con ese tótum revolútum de apoyos, ¿qué haría el Partido Socialista? Ante la imposibilidad de gobernar, ¿qué otra cosa podría hacer, sino estar dos meses en el poder y convocar enseguida elecciones generales? ¡A lo mejor es eso lo que pretendía! No lo sé, y no voy a entrar en juicios de intención. […] Pero someter de nuevo a este país a unas elecciones generales me parecería un acto grave. Políticamente grave.

Expuso después el hecho llamativo de que en España, durante el siglo XX y en los períodos de democracia, con Monarquía o República, ningún presidente del Gobierno hubiese permanecido al frente del ejecutivo tanto tiempo como él. Citó a Maura, a Dato, a Canalejas, al

propio Azaña…

Y es obvio que no es porque yo sea una figura excepcional. Ustedes saben perfectamente que no, que soy una persona normal y sencilla. Un hombre del pueblo llano. Esto indica simplemente que en nuestro país ha sido siempre enormemente difícil conseguir la estabilidad gubernamental, porque los mecanismos constitucionales conducían de modo inevitable a derribar Gobiernos, o a socavar su credibilidad, a impedir la continuidad de la acción política, en lugar de permitir que los Gobiernos fuesen estables para que pudieran ser eficaces[111].

Ésta es la razón profunda que movió a la inmensa mayoría de los grupos parlamentarios de esta Cámara para que, curados de esa experiencia y aprendiendo de nuestra propia historia, introdujéramos en la Constitución la moción de censura constructiva, y que a la oposición se le exija, para poder derribar un Gobierno, que sea capaz de asegurar la formación de otro estable y viable. Y esta otra alternativa requiere, pura y simplemente, 176 votos.

Y aquí, señorías, se ha demostrado bien claro que no hay otra alternativa, ni mejor, ni peor. Sencillamente, no la hay. Que, hoy por hoy, de esta Cámara no puede emerger un Gobierno, salvo el que tenga el apoyo fundamental de votos con que cuenta UCD. Por tanto, la cuestión se reduce a que, desde la legitimidad democrática, desde los votos del pueblo y desde el espíritu de la Constitución, lo razonable es que el Gobierno de UCD culmine el desarrollo y la ejecución del programa para el que fue elegido e investido. Y lo fue por cuatro años. Tiene todo ese margen para realizar lo que prometió en la investidura.

Yo les invito, señorías, a que, repasando de nuevo la historia moderna de España, mediten si las acusaciones de todo tipo que se han hecho aquí a mí y a mi Gobierno de «debilidad», por un lado, y de «retroceso de las libertades», por otro lado; de «desorden e inseguridad en las calles», de una parte, y de «excesiva represión», de otra parte; de «afán de control» y de «falta de control»… ¿no son básicamente las mismas acusaciones que sirvieron de pretexto para que en España, y en este siglo, no hubiera más Gobiernos duraderos que los de las dictaduras, ni más estabilidad política que la conseguida a base de destruir y hacer inviable la democracia? Por eso, pienso, la Constitución ha querido evitar que la democracia se confunda una vez más con la interinidad de los gabinetes, con la degradación de la vida política, con la ingobernabilidad, con las alianzas contra natura que sirven para descabalgar jinetes, pero no para construir luego una auténtica acción de Gobierno.

En diversos graderíos empezaba a haber rumores, algún silbido, rostros inquietos:

Estoy reflexionando sobre nuestra historia del primer tercio del siglo XX. No estoy amenazando… Sinceramente, señorías, me intranquiliza que nos dirijan las mismas, idénticas, acusaciones que se dirigían a los políticos de la Restauración o a los prohombres de la República. Me intranquiliza que estemos en un eterno ritornelo, en torno al «quiero y no puedo», donde lo que esté en juego no sea mejorar las cosas, sino la tentación de destruir a las personas.

No me negarán, señorías, que una de las cosas que aquí […] se ha producido también estos días ha sido el intento de descalificarme personalmente. Incluso se ha dicho en esta Cámara algo tan antidemocrático como que «el señor Suárez ya no soporta más democracia. La democracia ya no soporta más a Suárez. Cualquier avance democrático de esta sociedad exige la sustitución de Suárez»[112].

Yo asumo y comparto una buena parte de las críticas bien intencionadas… Se me acusa de vivir poco menos que prisionero en la sede de Presidencia del Gobierno. Se me acusa de no comparecer ante las cámaras de televisión. Se me acusa de no frecuentar el Parlamento. Es cierto que me dedico toda la jornada a las tareas de gobierno. No creo que haya nadie que pueda decir que yo he dedicado momentos al descanso. Es cierto que no comparezco ni utilizo ese gran medio que es la televisión. Y es cierto también que sólo en ocasiones vengo a la Cámara, aunque no así el Gobierno, que está regularmente presente… Asumo esa crítica y rectificaré mis errores.

Ahora bien, después de presenciar este debate y sabiendo que nos han contemplado millones de ciudadanos, me parece que debería preocuparles a ustedes que el hombre de la calle saque la impresión de que lo que late aquí, en el fondo, es una cierta prisa por ocupar el poder. Y es que se ha percibido que había algo…, algo debajo de este debate: desde el primer momento se vio que presentaban ustedes una alternativa no constructiva, una alternativa que tenía pocas posibilidades de ganar.

Después de denunciar «el tongo», fue flechado a hincar el gallardete de lo que verdaderamente le importaba que quedase nítido:

Ustedes han cometido un error…

Hizo una pausa para beber agua. En ese instante recordó la advertencia de Helmut Schmidt tras su victoria electoral del 1 de marzo: «¡Cuídate! Tú eres es el capital político de la UCD. ¡Ahora irán a por ti!» Se giró hacia su izquierda y mirando fijamente a Felipe González continuó:

O alguien les ha inducido a ese equívoco: ustedes han creído que había que destruirme a mí como paso previo para llegar al poder.

Y no, señorías, no es así. Conmigo o con otro presidente, UCD podrá seguir ganando las elecciones. Porque ustedes, según ha quedado demostrado aquí, no tienen ideas ni equipos; y nosotros tenemos ideas y equipos.

El otro error es suponer que la memoria de las gentes es frágil y quebradiza, y que en catorce meses se puede pasar de la cresta de la popularidad al destierro y al exilio interior. Y yo creo que ustedes están equivocados si piensan que ese pueblo que nos votó tan mayoritariamente hoy nos ha dado completamente la espalda.

Volvió a subir Felipe González, para cerrar el debate. Se le daba mejor hablar en clave de opositor que de candidato a presidente. Así que volvió a su rol de denuncia y ataque. Citó a Churchill, «que no tiene nada que ver ideológicamente conmigo, pero eso me da más legitimidad». Recordó cuando «Churchill pidió a su pueblo sangre, sudor y lágrimas, pero les prometió que les iba a hacer ganar la guerra; y los ingleses confiaron en ese mensaje, confiaron en que tenían capacidad de ganar, de salir adelante». Y desde ahí, dio un salto discursivo brillante. Encarado al banco azul, alzó la voz:

No han tenido ustedes ni una palabra de esperanza para los hombres y las mujeres de España, de esperanza para todos con el sacrificio de todos… ¡Denle un grito de esperanza a este pueblo con realismo y con seriedad! ¡Pídanle sacrificios, pero ofrézcanle caminos de salida alguna vez!

El rejón, las banderillas negras, el estoque, o lo que fuera, lo clavó hasta la empuñadura.

Aún tenía Felipe extendido su brazo izquierdo hacia la puerta y más allá, hacia la calle —hacia la gente de fuera—, cuando entraba por la puerta, viniendo justamente de la calle —de

donde la gente de fuera—, un hombre alto, pálido y enjuto, traje gris, gafas de concha, el flequillo lacio caído hacia delante. Joaquín Garrigues Walker. Acababan de transfundirle sangre. Pero no quería faltar a su último servicio político, votar por Suárez y contra la moción. Se detuvo un instante en el umbral, deslumbrado por los focos. Al advertir los diputados su presencia, estalló una ovación que echaba abajo el recinto. Toda la Cámara se alzó en pie. Todos con nudo en la garganta, sin distinción de ideologías. Una descarga de humanidad. Los adversarios cerraron las navajas y relajaron sus rostros para recibir al diputado que venía de la frontera de la muerte. Con un leve tambaleo pero sonriendo a los tendidos, avanzó hasta el banco azul. Literalmente, un hombre muerto andando. Ya no era ministro, pero le hicieron un sitio. Con su sola presencia había aplacado la tensión, había hecho posible que en un segundo todos ellos se sintieran hombres antes que diputados. Todos no. El diputado Blas Piñar permaneció inmóvil en su escaño.

Mientras saludaba a Suárez, con voz muy tenue y sin perder la sonrisa, Joaquín Garrigues le dijo una de sus frases de bolsillo: «Ya sabes que el precio de la democracia es que el jefe de Gobierno esté siempre contra las cuerdas».

Y comenzó la votación. En pie y nominal. Victoria Fernández-España, vicepresidenta de la mesa, hizo el cómputo. A favor de la censura y nueva investidura, 152. Abstenciones, veintiuna. Ausencias, once. En contra de la censura y de la investidura, 166.

«Legalmente, la he ganado —dijo Suárez a sus ministros—; pero moralmente la he perdido».

Al salir, todavía en el hemiciclo, Suárez y Carrillo coincidieron cerca de la mesa de taquígrafos. Se miraron intensamente, pero sin cruzar una palabra. En las primeras sesiones habían tenido un rifirrafe correoso. Arias-Salgado pretendió deslegitimar la moción de censura porque la apoyaban los comunistas, y Carrillo inquirió: «¿Por qué el PCE era legítimo y válido cuando se trataba de ayudarles a ustedes a gobernar, y no es legítimo ni válido cuando se trata de impedirles que sigan gobernando?» Y Suárez le respondió con tirantez. Ahora, en la votación, Carrillo se había hecho a sí mismo una pregunta, desde el hondón de la conciencia; pero aún debían ocurrir hechos graves que le darían la respuesta:

Creo sinceramente que todos los que votábamos contra la UCD de Suárez fuimos injustos con Adolfo. Él hizo por la democracia de este país lo que probablemente no habría hecho ninguno de los políticos de aquel momento. Él tenía algo que no tenían los demás: coraje. Cuando en la moción de censura los de izquierda nos uníamos para votar en contra suya, en el fondo de mi conciencia yo me preguntaba «¿a favor de quién o de qué estoy votando?». No nos dábamos cuenta cabal de que, votando contra Suárez, que entonces estaba más amenazado por la derecha que nosotros mismos, ayudábamos a que esa derecha ultra se radicalizara y a que la derecha golpista actuara[113].

El Rey: «El que vuela demasiado en solitario, se desorienta»

Volviendo a La Moncloa, Suárez recordó el dilema esquizoide del andalucista Alejandro Rojas Marcos: «Estamos ante un voto ortopédico donde van juntas la censura al señor Suárez y la investidura del señor González… y nuestra duda es que queremos censurar a Suárez, que

desde el referéndum de Andalucía es un árbol caído, pero no queremos que gobierne González»[114]. Se rebeló. No se veía como un árbol caído; pero sí como un animal acosado, perseguido, obligado a guardarse de una metralla disparada desde distintos frentes, una metralla que no era de plomo sino de vitriolo.

Con la censura, Felipe no buscaba gobernar de inmediato. Sabía que no le saldrían las cuentas. Por eso, ni se molestó en decir cómo y con quién gobernaría. Con la censura, Felipe buscaba convertir al héroe en maldito. Y posiblemente lo había conseguido.

Sin embargo, desde el podio, ya al final, Felipe dijo un par de cosas que a Adolfo le inquietaron. No acababa de ver su sentido inmediato… pero vislumbraba que tenían un alcance. Lo comentó después: «¿Qué ha querido decir con que el suyo es "un programa abierto"?, ¿abierto a otras fuerzas políticas?, ¿que puede politizarse y cambiarse según las firmas que se pongan debajo?, ¿que mantiene un programa modificable según quien se le asocie?»[115].

Y otra frase de Felipe en los últimos minutos, apuntando también a una posible operación de futuro: «Si se hubieran conseguido los 176 votos, no es que hubiese habido una amalgama enorme, sino que muchas personas de las que hoy están aquí habrían pensado que, por patriotismo, hay que formar una mayoría sólida, sólida y coherente. Y ésta es otra conclusión, y muy importante, que se puede sacar de este debate»[116].

Las dos ideas eran perfectamente ensamblables: una moción de censura de «amalgama patriótica», una mayoría sólida para respaldar un programa abierto. Y esa especie empezó a correr como la pólvora por periódicos, cenáculos y tertulias, las que Suárez llamaba «elegantes cloacas madrileñas». Por unos meses todavía le faltaría el elemento clave, el candidato alternativo.

El efecto pernicioso de la moción no fue el lanzamiento de González ni el quebranto de Suárez, sino el convertirse en banco de prueba, experimento y estímulo para otra moción de censura mucho más laberíntica, que desde ese momento se empezó a maquinar.

No deja de ser curioso que, el mismo 30 de mayo en que se votaba la moción de censura en el Congreso, un alto personaje de La Zarzuela que asistía como invitado a la sesión preguntase a bocajarro a Martín Villa, Osorio y De la Mata, diputados y ex ministros de Suárez los tres:

—¿Qué pasaría si hoy, en vez de la alternativa Felipe González, se votase otra alternativa con un candidato independiente?

Los tres interrogados, que bastante tenían con atender al juego de lo concreto, le miraron perplejos. Parecía una adivinanza. El personaje de La Zarzuela, con un brillo especial en la mirada, desveló él mismo el acertijo:

—Pues, ¡que mañana tendríamos un nuevo presidente del Gobierno!

Osorio sonrió de oreja a oreja. Había captado el quid maquiavélico de la pista[117].

Durante la moción y en su epílogo, Suárez habló dos veces con el Rey.

El Rey siguió los debates:

No estuvo todo el tiempo pegado al televisor —explicó uno de esos días Sabino Fernández Campo—; pero sí procuró compaginar su trabajo de despacho y de audiencias para verlo. Siempre, tomando distancia y sin identificarse ni inclinarse más hacia tal líder o hacia tal otro.

Otra cosa es que le gustase más el estilo o la forma de expresarse de Fulano o de Mengano. Como intervinieron tantos oradores, hubo un momento en que comentó «novilleros, muchos; pero primeras espadas, pocas». Y también que «mejor que andar sembrando críticas a voleo, que todo eso cuaje en una censura seria y en firme, con el compromiso de una contrapropuesta; y que se haga de modo correcto y guardando las reglas del juego».

Le resultó muy positivo el interés que el debate despertó en la calle, la atención con que se siguió. Incluso le comentaron que en muchos bares la gente estaba callada, atenta al televisor, viendo y oyendo, como en los buenos partidos de fútbol. «Pues me alegro —dijo—. Con el desencanto que los españoles tienen ahora de la política, eso es un buen síntoma».

Lo que no le gustó fue que se entrase en la discusión de si se negoció o no con ETA. Ahí el Rey se puso un poco tenso. Y después nos comentó: «Ni venía al caso, ni era el momento de que Felipe hurgase en ese tema del pasado, ni que Adolfo se cerrase en la negativa rotunda de que el Gobierno no ha negociado. Pero, una vez puesta la cuestión en el tablero, Suárez hubiese debido aclarar que, en aquellos momentos, que no son éstos, pudo ser prudente ver si la negociación era viable y en qué términos…» O algo así; pero no dejar a la gente con la impresión de que uno de los dos mentía o entre los dos ocultaban algo.

En cuanto a la censura en sí, al Rey le pareció que «hasta al mejor gobernante, si llega a acostumbrarse al mando y a pensar que manda porque sí, puede venirle bien que las circunstancias le obliguen a hacer un examen de conciencia, un propósito de enmienda y… a cumplir alguna penitencia».

Al final del gran debate, Sabino ofreció este corolario, poniendo en buena sintaxis lo que le escuchó al Rey: «Situado el gobernante entre el Rey y el pueblo, bueno es que alguien le recuerde que no está ahí sólo para estar. El que vuela demasiado en solitario, se desorienta; y el que se encierra demasiado en solitario, se asfixia»[118]. Más claro, agua.

«Sabino, ¿qué le pasa al Rey conmigo?»

Antes y después de la moción de censura, Adolfo Suárez recorrió medio mundo en sus andanzas exteriores. Cada vez paraba menos en Madrid-Moncloa. Entre enero y febrero, Washington, Iraq, Jordania y un viaje relámpago a Bonn para transmitir a Schmidt sus alarmantes impresiones del panorama de Oriente Próximo, y acordar un criterio europeo común ante los problemas de Afganistán e Irán. En mayo remodeló a fondo su Gobierno con seis ministros entrantes, seis salientes y tres que cambiaron de cartera. Tras la jura, marchó a Siria para conseguir un *stock* seguro de crudo e información de aquel mosaico de países respecto a las crisis de Irán y Afganistán. Estando allí, falleció el mariscal Tito y Suárez se desplazó a Belgrado a las exequias. Fue ocasión de reencontrarse con Margaret Thatcher, Walter Mondale y Kurt Waldheim. Entre tanto, a Fernando Abril le había dicho por enésima vez: «Fernando, cuida de la viña». Regresó a España y se encontró con el revolcón de la moción de censura en la última semana de mayo. Apenas estaba en los Consejos de Ministros: presidía un rato, salía para atender unas llamadas de teléfono, llegaba cuando ya habían expuesto sus temas tres o cuatro ministros… Se le veía más pendiente del exterior que de lo que bullía en casa.

El 19 de junio murió en Londres Torcuato Fernández-Miranda. No superó un infarto de miocardio. El Rey le dijo a Suárez: «España debe mucho a Torcuato. Y tú y yo. Quiero tener un gesto especial con él… Si fuese capilla ardiente, la pondrían en el Congreso o en el Senado, pero como ha ocurrido todo en Londres, celebraremos un funeral aquí en La Zarzuela. Será la primera vez que lo hagamos. Te espero, Adolfo, no falles».

Pero Adolfo no asistió a las exequias. Hacía tiempo que su relación se había enrarecido y ya no se hablaban. Torcuato había acumulado como agravios un sinfín de pequeñas negligencias, desatenciones, olvidos que en el ánimo de Adolfo no pretendían ser ofensas ni desaires. Era la vieja historia del guiñol: el hombre de los hilos, el ventrílocuo autor y el muñeco de trapo aupado convertido en actor que, de repente, deja de obedecer a la cruceta de los hilos y se pone a evolucionar por su cuenta… Torcuato le reprochaba a Adolfo «confundir el consenso con la debilidad»: «Suárez realizó la difícil tarea de integrar a la izquierda en la reforma política, cuando querían ruptura —le dijo una vez a una periodista con quien solía conversar sin enigmas —. Eso exigía llevarse bien con las diferentes izquierdas. Pero potenciarlas gratuitamente es ya otra cosa. Y, tarde o temprano, Adolfo tendrá que pagar el precio del consentimiento, de la ambigüedad y de la debilidad. Y será la derecha quien le reclame ese precio». No estaba equivocado. Veía «a largo», como los profetas. Así se definió una vez: «Yo, más que un intelectual, más que un jurista, más que un político, lo que soy es un profeta, un incómodo profeta que avista y avisa». Dijo esas palabras una gélida mañana de enero, en el monasterio de El Escorial, aguardando los restos de Alfonso III que llegaban del exilio para su enterramiento definitivo. Y el escenario era casualmente el patio de los Profetas[119]. Sin embargo, las últimas declaraciones públicas de Torcuato no destilaban rencor, sino conocimiento humano de Suárez, estima y algo de nostalgia. Le atribuía «una ambición sin límites; no codicia, ambición» y «un extraordinario espíritu de servicio, que le lleva a trabajar hasta casi extenuarse, y además con brillantez y creatividad». Eso sí, advertía: «Adolfo necesita sentir que su “jefe” le quiere y confía él»[120].

Clavado. Desde 1979, Suárez venía echando en falta el trato cálido y amistoso del Rey. Sus bromas. Su confianza para contarle mil pequeños cotilleos intrascendentes, o comentarle algo no político, de índole familiar, que le preocupaba. El gesto espontáneo de echarle un brazo por el hombro o de golpearle con el puño en el pecho y partirse de risa por cualquier cosa. Presentarse por sorpresa en La Moncloa, con un frenazo en seco de su moto, pantalón vaquero y mangas de camisa, «¡ah, de la casaaaaaa!», para echar una partida de billar y pegarse un lingotazo de güisqui. Y si era domingo, «¡hombre, la próxima vez que tengáis paella, avísame!». O al regreso de una partida de caza en monte bajo, entrar con el atuendo campero y en cada mano un saco de arpillera lleno de perdices y codornices. La llamada al final de una tarde lluviosa: «Vente, Adolfo, y tráete a Amparo, que nos echan una película muy buena…»

Un día quedó con Sabino Fernández Campo para almorzar en Lhardy. Fue también Agustín Rodríguez Sahagún, que para Suárez era, más que un ministro, un amigo.

—Sabino, hace más de un año que noto al Rey tirante, seco, frío, incluso hosco conmigo. No es el mismo. Como si hubiera puesto una placa de metal entre él y yo. Si intento cogerle por los

codos, como hacía antes cuando quería expresarle que tal o cual cosa va muy bien, se suelta, me repucha. Lo noto esquivo, nada de bromas ni de confianzas. No es como antes… ¿Qué le pasa al Rey conmigo? No sé qué es, pero algo importante se ha roto. ¿Se ha cansado de mí como se cansó de Arias?

—¡Pero, bueno, Adolfo, tú conoces al personaje mejor que nadie! —A Sabino no le sorprendía lo que Suárez estaba diciendo, pero sí que lo hubiera citado para plantearle eso y sólo eso; se encontró con un «discurso evasivo» preparado—. El Rey es de humor racheado. A mí, un día me cuenta diez chistes seguidos, y al otro me recibe con la cara hasta el suelo, o me suelta un broncazo por una estupidez.

—No, no, Sabino. El Rey conmigo está frío, guarda distancias. Un despacho es un despacho, y punto.

—No olvides, Adolfo, que estos señores son… como de otra raza. Y puede ser, puesto que lo has percibido, que en ocasiones el Rey tenga que mantener las formas, incluso con cierta frialdad… pero tú sabes que él te quiere, te valora y te aprecia.

—Yo lo que sé es que son muchos los que intentan segarme la hierba bajo los pies, y al Rey le bombardean con mensajes contra mí; y eso, día tras día, cala…

—En eso no te digo que no. El Rey es como un paño de lágrimas de todos los que van allí a echar su cuarto a espadas contra la situación; y claro, en la diana de la situación estás tú. De rebote, algo caerá contra ti.

—¿Le han dicho algo grave, serio, que no sea cierto, y que yo se lo pueda aclarar?

—Mira, cuando la moción de censura, recuerdo que me dijo: «Prefiero que censuren esto y lo otro y lo de más allá, ahí en el Congreso, diciéndose los cosas a la cara y dando al otro el turno de réplica, a que vengan aquí a ponerme la cabeza como un bombo, sin que yo sepa si es verdad o no lo que me dicen y sin poder mover un dedo por remediarlo».

—Sabino, sé que constitucionalmente no puede hacerlo, pero si yo supiera que el Rey quiere que me vaya, no lo pienso ni un minuto. Me bastaría un simple gesto del Rey, y yo saldría inmediatamente por la puerta. De modo que si hay algo de esto…, dímelo.

—Adolfo, yo al Rey no le he oído que quiera que te vayas. Empezasteis los dos ilusionadísimos y muy identificados con lo que teníais que hacer. El Rey, Torcuato y tú. Luego, hecha la reforma política, sustituido el franquismo por la democracia, elaborada la Constitución por consenso…, de una parte, tu papel ha pasado de ser un instrumento del Rey a ser un líder político con iniciativas propias, con planes propios, y sujeto a los desgastes y a los éxitos de la gobernación. Entones, lo que sí puedo haber detectado yo es que, como vuelas por libre, sin darte cuenta también tú has creado distancia y se ha podido enfriar, no diría yo quebrar, la relación de campechanía a la pata la llana que existía antes. Y quizá, como somos humanos, y el Rey lo es aunque tenga sangre azul, puede haber algo de celos, porque ve que quien brilla como protagonista del éxito de la democratización eres tú. Y él puede sentirse relegado a un plano muy alto, muy apolítico, muy discreto…, pero allá, al fondo de la escena.

—¡Espero que no se haya creído la patraña de que yo quiero eclipsarle y ser un jefe de Estado bis…!

—Quédate tranquilo, Adolfo. Tú has hecho muy bien separando los campos, procurando no

solaparos ni coincidir en lugares y actos. Y si yo tuviera constancia de algo con entidad, siempre que no vulnere mi sigilo de oficio, cuenta con que te lo diría[121].

Suárez no se quedó tranquilo. Sabino sólo había dado unos capotazos de toreo de salón, pero no despejó sus dudas con ningún argumento de peso. Y es que no podía hacerlo, le hubiese mentido.

El Rey: «No hay que cambiar a Adolfo, pero Adolfo tiene que cambiar»

«Lo que Suárez detectaba era cierto —explicaría Sabino, años después—. Había un cambio notable, evidente. Desde que ganó las generales de 1979 y el PSOE inició su acometida, su acoso, con la fijación de derribarle y hacerse con el poder, el Rey estaba prácticamente en esa misma línea, y también Don Juan, deseando que se produjera un cambio político, por una vía tranquila, y que Suárez se marchase. O que pactara, incluso ante notario, con la CD de Fraga hasta acabar la legislatura. Es lo que querían también los empresarios y banqueros. En definitiva, ellos eran el motor de la economía y, si no se fiaban del Gobierno, no arrancaban. Y ése era el tema de conversación en muchas de sus audiencias. Cada fallo de Suárez, cada crítica en la prensa, cada bocinazo militar, la falta de impulsos y remedios para afrontar la crisis económica, los bajonazos electorales de UCD en País Vasco y Cataluña, el descalabro en el referéndum de Andalucía…, el Rey encajaba todo eso con disgusto y con temor, como si pudiera volverse contra él y perjudicar a la Corona. Por otra parte, cada vez le tranquilizaba más la idea de un Gobierno amplio de coalición en el que hubiera centristas de UCD, socialistas, catalanes y vascos. Un banco azul con gran respaldo en el Parlamento para tomar las medidas fuertes que la economía, el terrorismo y las autonomías pedían a gritos»[122].

Felipe González estaba en esa misma idea. El PSOE quería llegar al poder cuanto antes, y esa fórmula fue la que utilizó el SPD alemán en tiempos de Willy Brandt. Fernando Abril Martorell también era partidario de algún tipo de coalición de Gobierno o de pacto de legislatura. Pero Suárez se negaba en redondo. De ahí partían últimamente sus fricciones. Y sus discusiones, cada vez que Suárez se enteraba de que Abril había estado con Felipe González o con Alfonso Guerra. O, peor aún, cuando Abril había almorzado o cenado con empresarios y con algunos políticos del partido de Fraga. Abril no le hacía ascos a un entendimiento de la UCD con la derecha, incluyendo «elementos catalanistas sensatos». «No me da vergüenza declarar que soy más de derechas que tú —le decía a Suárez—. Y que nunca conseguirás tu desiderátum de ocupar el centroizquierda, porque ése es el terreno del PSOE. ¡Y es bueno que ellos estén ahí y que sean cada vez más socialdemócratas y menos estatalistas! Mira, Adolfo, la peor desorientación que puede sufrir un político es equivocarse de electorado, porque acaba gobernando para los que ni le han votado ni le van a votar… y encima pierde a sus clientelas naturales».

Cuando Abril decía eso, Suárez se enfadaba todavía más, acordándose del «recadito» que en diciembre de 1979 le envió el Rey a través de José Luis Graullera, su amigo y vecino cuando vivía en San Martín de Porres. Adolfo había enrollado a Graullera enviándole de embajador a una inhóspita y caótica Guinea Occidental, en tiempos de Teodoro Obiang. Tuvo que ir el Rey,

por exigencias del guión de Asuntos Exteriores, y en cierto momento, cuando se desplazaban de Bata a Malabo en helicóptero, Don Juan Carlos le dijo: «José Luis, si sales de ésta y ves a tu amigo Adolfo, dile que no se olvide de que su electorado es de centroderecha; que para hacer política de izquierdas ya está la izquierda»[123].

El desacuerdo del Rey con la gestión de Suárez aumentaba por días. La economía dando malas noticias cada mañana: «La renta nacional se ha empobrecido cinco puntos, la inflación ha aumentado cuatro puntos, los precios van a subir porque vuelven a encarecernos el petróleo, el déficit de la balanza de pagos…» ETA sin dar tregua. Las autonomías, a la gresca en una ansiosa emulación por llevarse cada una más competencias que la de enfrente. Las disputas de familia dentro de la UCD. El liderazgo de Suárez, empañado entre los suyos, en las encuestas y en el azote inmisericorde de la prensa. Malencarado con los militares, sin querer recibir a los banqueros, desconfiando de todo el mundo…

El 24 de junio de ese año 1980, los Reyes ofrecieron la recepción por la fiesta de San Juan, en los salones del Palacio Real. Después del besamanos, el Rey evolucionaba como solía hacer saludando a sus invitados, cuando de pronto vio junto a un ventanal al periodista Abel Hernández con su mujer. Fue hacia ellos. Sabía que Abel era amigo muy leal de Adolfo Suárez. Un saludo, un comentario sobre la situación que no había remontado pese al zurriagazo de la moción de censura, la falta de iniciativa de Suárez, su encierro en La Moncloa, su resistencia a dar la cara en el Parlamento, la impotencia de un Rey constitucional que no puede mover un papel, y menos quitar a un presidente, y, sin más rodeos, al grano:

—Abel, quiero que le digas a Adolfo que esto no puede seguir así. —El Rey estaba muy serio y su tono parecía un ultimátum—. No hay que cambiar a Adolfo, pero Adolfo tiene que cambiar. Díselo de mi parte: él tiene que cambiar.

—Discúlpeme, Majestad, pero a causa de un artículo mío he tenido un enfrentamiento reciente con Suárez y no estoy en condiciones de llevarle ese mensaje…

—Pues haz que le llegue a través de Agustín Rodríguez Sahagún o de Rafael Calvo Ortega, que los dos son de su confianza[124].

Tres apuntes chocantes. Primero, que el Rey tomase como recadero de un veredicto tan serio y terminante a un periodista, y más en una recepción donde podía elegir emisario entre cientos de personas de alto bordo. Segundo, que no señalara como intermediarios a los vicepresidentes del Gobierno, Gutiérrez Mellado o Abril Martorell, sino a Calvo Ortega y a Sahagún. Indicio de que buscaba el conducto del consejo personal, más amistoso que político: el único del que Suárez a esas alturas se fiaría. El Rey, que en esas recepciones pululaba sin perder ripio, pudo observar que Suárez y Abril habían estado toda la tarde separados, en grupos aparte, y también sus mujeres, Amparo y Marisa, sin saludarse siquiera. Ahí, o había enfado o había ruptura. Y tercero, que el Rey no se acercase a cambiar un par de frases con Suárez. Le evitó. Suárez estaba en un ángulo del salón Gasparini embebido en su conversación con José Lladó, el embajador en Washington; luego, hablando de algo autonómico con el secretario de Estado Manuel Broseta; se le acercaron después muy efusivos unos generales; enseguida le rodeó un grupito de jóvenes damas… Él sonreía, bromeaba, charlaba. Guapo y elegante con su frac de maniquí de escaparate. Parecía relajado, seguro, liberado de presiones, pletórico. Pero fingía.

Adolfo Suárez era ya un hombre atravesado de soledad. Y acosado. Los barones insaciables le pasaban factura por una montaña de cosas: ejercer un presidencialismo sonriente pero autoritario, acaparar poder y no usarlo, decidir en solitario, confiar sólo en Fernando Abril y en los «fontaneros» de La Moncloa, desaparecer y ausentarse sin que ni los ministros supieran dónde estaba, utilizarlos a ellos como escaños con llavecita votadora que se enteraban de qué proposición o de qué enmienda iban a votar y en qué sentido apenas cinco minutos antes… Y así, hasta el suceso más reciente: la lealtad forzosa con que le apoyaron en la moción de censura[125].

Se lo habían dicho en la última reunión de la comisión permanente de la UCD:

—Hablemos a calzón *quitao*, con sinceridad y con amistad. —Se lanzó Joaquín Garrigues Walker en plan guerrero, como si no estuviera vampirizado por la leucemia y emplazado a corto con su muerte—. Adolfo, se ha producido una concentración excesiva de poderes en una sola persona: en ti. Nos enteramos de lo que pasa por los periódicos. ¡Y no digamos ya las bases de provincias! Hay dos opciones: o hacemos una banda y gobernamos contigo, o gobiernas tú solo.

También Paco Ordóñez, envalentonado a la sombra de Garrigues, reclamó su cuota:

—Yo estoy dispuesto a comprometerme, si hay un pacto de colegiación y decisiones conjuntas de gobierno, si hay reparto de poder. Pero si no se me da poder, que no se me pida responsabilidad.

Al acabar aquella reunión, Suárez se acercó a Leopoldo Calvo-Sotelo, que andaba rezagado por allí, y casi sin voz le preguntó: «¿Por qué no nos querremos más?» Leopoldo le respondió algo en alemán que Suárez no entendió. Y rebajando la petulancia explicó: «No es mío, es del *Fausto* de Goethe».

El Rey quiere meter un topo en La Moncloa

Ésa era su situación. Se veía como el auriga de un trineo sobre la nieve, perseguido por la jauría de lobos hambrientos que aúllan a su espalda, cada vez más cerca. Siente ya en la nuca sus alientos, sus jadeos, y toma una decisión desesperada, costosa: con su cuchillo corta de un tajo las bridas de uno de los perros de tiro, el más veloz y el más lustroso. Se lo da de carnaza a los lobos por ganar tiempo en su fuga hacia delante.

Por aquellos días, había sucedido algo entre Adolfo y Fernando, ¿un malentendido?, ¿una maquinación descubierta? Lo cierto es que Suárez maduraba la decisión de dejar caer a su álter ego, su soporte, su brazo fuerte, el negociador duro, el «hombre del no», el de la carretilla cargada con el trabajo que nadie quiere hacer, el de los papeles feos y los discursos tediosos norte-sur, improvisados sobre la marcha para que el jefe gane tiempo y se luzca. Su perro más lustroso y eficaz. Pero ¿se saciarían con eso los lobos?

¿Qué había ocurrido? Según el relato de uno de los «fontaneros» monclovitas, Alberto Recarte, director del gabinete económico de Presidencia, pieza importante del Gobierno en la sombra de Adolfo Suárez, un buen día Fernando Abril le citó en su despacho de Castellana 3:

—Alberto, aquí va a haber cambios. En el Gobierno. Tiene que haberlos si queremos sacar la cabeza a flote y que no nos la vuelen los de enfrente. Cambios con el motor a toda potencia, y sabiendo bien adónde queremos ir. Hay mucho que hacer. Me gustaría que fueses mi hombre en

La Moncloa. He revisado uno por uno los nombres de los… digamos ilustres «fontaneros». Y no. O no son capaces. O no tienen la cilindrada que vamos a necesitar. O van de niños bonitos. O, simplemente, no me gustan. Si te planteo esto es porque eres idóneo, y porque no te saco de donde estás: sé que le han ofrecido un trabajo fuera.

—Fernando, cuando dices «cambios», ¿te refieres al próximo Gobierno, que ya casi está en el horno?

—Cambios que de verdad cambien las cosas. A ver si me explico. Esto está que se pudre. Y el arreglo no es cambiar de políticos sino cambiar de política. Una nueva política. La que hace falta aquí y ahora, con las cartas boca arriba. —Se levantó y empezó a caminar arriba y abajo por su despacho, recolocándose las gafas que se le deslizaban por la nariz. Era su costumbre—. Sin tapujos: Adolfo es un hombre enormemente válido. Con todo lo bueno que diga de él no llegaré a decir lo que realmente es, pero… se ha gastado, es un arroyo que se ha quedado seco, ya no trae agua. Y tal como están las cosas, lo que Adolfo puede traer son problemas. Y no me refiero a problemas internos nuestros, del partido o del grupo parlamentario, sino a problemas gordos, de arriba… En resumidas cuentas, veo esto como una operación salvavidas. El Gobierno ni está en venta, ni en almoneda; el Gobierno hasta 1983 es de la UCD… Dentro de los cuadros del partido, la única persona que puede sustituir a Adolfo con un mínimo de coherencia y de continuidad, y mirando hacia las necesidades del país, soy yo. Y al decir esto sé la que me estoy echando encima. Ni gobiernos de coalición, ni mercachifleos parlamentarios una vez con unos y otra vez con otros, parcheando y vendiendo nuestra alma al diablo. Lo mejor para España es un Gobierno que sepa adónde tiene que ir y enfile la ruta con decisión. Te llamo a ti porque sé que podrás y sabrás ayudarme. Piénsatelo.

Recarte no pensó nada. De Castellana 3 se fue en directo a La Moncloa, al despacho de Suárez. Le reprodujo al pie de la letra la conversación, sin intercalar ni un matiz propio. Adolfo escuchó el relato en silencio. No hizo ningún comentario.

—Gracias, Alberto… ¿Algo más?

—No, presidente. Si acaso, que… me ha dado la impresión de que Jaime Lamo está también en el secreto de la *Operación Salvavidas*.

—Vale. No cuentes esto a nadie[126].

Abril lo veía así honradamente, no por un afán personal de poder. Quería salvar del naufragio, al menos, los muebles, y no se fiaba de ningún sustituto elegido por las tribus del partido. Él pensaba que Adolfo volvería a ser útil, reciclado, más adelante, pero no en aquellos momentos. Pero lo que Abril parecía ignorar era que no podría contar con los barones: no le tragaban.

Una tarde de julio, al terminar los trabajos del Congreso, varios diputados centristas de Valencia iban paseando hacia Castellana 3, para reunirse con Abril. Adelantados unos pasos del resto, Fernando Abril y Jaime Lamo de Espinosa. Detrás, Chimo Muñoz Peyrats, Manuel Broseta, José Ramón Pin Arboledas, Emilio Attard… De pronto, oyeron clarísimo cómo Abril le decía a Lamo de Espinosa alzando el tono de voz en la exclamación: «Pero, Jaime, ¿no te enteras? ¡Adolfo no vale ahora!»[127].

Aquel mes de julio, en cada rincón del paisaje político había un argumento de interés. Los periodistas tenían que ser como Argos el de los mil ojos. Donde menos se esperaba, surgía la noticia de un amago de conjura cívico-militar, o el rumor de que cinco generales se habían reunido en el restaurante tal, o que el Rey había cancelado su plan de veraneo en Mallorca… Noticias apócrifas pero inquietantes que eran desmentidas dos horas después. En ésas, sonó el teléfono de Alberto Recarte. Era Javier Pradera, editorialista de *El País,* con voz grave y tono alarmado:

—Alberto, avísale al presidente de que dentro del PSOE se está discutiendo la posibilidad de llegar a un acuerdo con los militares para quitar a Adolfo del poder.

—¡No jodas!

—Si eso llega a cuajar, sería un golpe de Estado.

—¿Y quiénes son, dentro del PSOE, los que están por ese acuerdo?

—No sé. La mayoría no lo apoya, pero hay grupos en el partido que sí, que ven bien esa solución. Habla con Adolfo y avísale.

Alberto Recarte tenía, en efecto, una oferta de trabajo fuera de La Moncloa y buscaba un sustituto para su puesto de director del gabinete económico de Presidencia. Se lo ofreció a un joven economista, Álvaro Bustamante de la Mora.

—Álvaro, como no quiero venderte la burra ciega, te advierto de que, aparte de las emociones de trabajar en el núcleo del Gobierno, y ¡ni te cuento lo que aquí se aprende!, tendrás la ocasión de asistir de cerca en los próximos meses a un golpe de Estado, o a una de las más sonadas dimisiones.

Bustamante tenía otro empleo en perspectiva y rechazó el puesto. Pero a las dos semanas, llamó él a Recarte:

—Alberto, ¿sigue en pie tu ofrecimiento? Pues acepto.

—Lo has pensado mejor, ¿no?

—Es que…, verás, me ha llamado el Rey y me ha dicho: «Álvaro, te necesito ahí».

—O sea, ¿que vienes a La Moncloa como el hombre de La Zarzuela?[128].

En los servicios de espionaje, a eso lo llaman «empotrar un canario» o «incrustar un topo». Control encubierto. Obviamente, Recarte puso sobre aviso al presidente. Y al decírselo vio que se ponía lívido. Suárez tardó en reaccionar. Luego, muy desconcertado, le preguntó: «¿Eso te lo ha dicho en serio? ¿Estás seguro?»

Suárez no era un correveidile, por el contrario, aborrecía a los susurradores, incluso su información de Gobierno la distribuía con cuentagotas; pero pensó que debía poner al corriente a Alberto Aza, el diplomático barbado, jefe de su gabinete. Aza valoró el dato de que «supuestamente» el Rey quisiera controlar lo que se hacía en La Moncloa; aunque también podían ser ínfulas de Álvaro Bustamante, tomándose al pie de la letra algún comentario jocoso del Rey, del tipo «tú ve allí, abre bien los ojos, y luego vienes y me lo cuentas». En cambio, entró flechado al tema de Abril Martorell y a su intento de captar a Recarte: «Césale, presidente. Ha sido siempre un mandamás, y en plan cuartelero de ordeno y mando. Acapara parcelas, crea desavenencias, irrita… Para la moción de censura, no hubo manera de que nos soltase los papeles de economía y tuvimos que recurrir a Luis Ángel Rojo en el último minuto… Y ahora

quiere, no sé cómo, pero es fácil adivinarlo, largarnos a todos a paseo, empezando por ti»[129].

Una descripción que coincidía con la que Suárez le había escuchado más de una vez a Agustín Rodríguez Sahagún: «Si lo malo de Abril no es tanto lo que manda como lo que parece que manda, y cómo manda… Recuerda al capataz con sus jornaleros. Encima, la gente le oye creyendo que habla en nombre tuyo. Y muchos piensan que te anula, que a solas te puede, y acabas haciendo lo que quiere Fernando»[130].

Diez hombres sin piedad en La Casa de la Pradera

Una casa de campo del Ministerio de Obras Públicas que nunca había tenido nombre, pero que en adelante se llamaría La Casa de la Pradera. A cuarenta kilómetros de Madrid, en Manzanares del Real y cerca del embalse de Santillana. Allí citó Adolfo Suárez a los miembros de la comisión permanente de la UCD un par de jornadas, el 7 y 9 de julio, «para reflexionar, discutir y solucionar nuestros problemas». Era un modo políticamente correcto de decir «para que me golpeéis y me golpeéis, hasta que caigáis exhaustos; no voy a dar ni un solo golpe, prefiero ganar en el último *round* por agotamiento del contrario». Llegaban por la mañana, almorzaban allí y se iban al anochecer.

En torno a una amplia mesa, Suárez, como presidente del partido, y los diez miembros de la permanente, periodísticamente apodados «los barones»: Joaquín Garrigues Walker, Francisco Fernández Ordóñez, Rafael Calvo Ortega, Fernando Álvarez de Miranda, Landelino Lavilla, Rafael Arias-Salgado, Fernando Abril Martorell, Pío Cabanillas, Rodolfo Martín Villa y José Pedro Pérez-Llorca.

Rompió el fuego Rodolfo Martín Villa, por su mayor amistad y vinculación con el presidente:

—Dos temas. La moción de censura ha cambiado las cosas y en adelante se nos exige una mayoría absoluta que no tenemos. Habrá que pactar. Quiero señalar el dato de la personalización excesiva que hace la oposición: ya no hablan de la UCD o contra la UCD, sino de Suárez o contra Suárez. Por otra parte, el retranqueo del presidente, el que no esté ejerciendo los poderes, ha puesto en duda su competencia y su capacidad para gobernar. —Aunque había once hombres en aquella habitación, las palabras de Martín Villa sonaban como si no hubiese nadie: ni una respiración, ni un parpadeo—. Por tanto —concluyó Rodolfo—, de esta reunión tienen que salir dos decisiones concretas: decir públicamente que queremos pactar, y resolver entre nosotros el tema de Adolfo Suárez.

Suárez sacó su estilográfica y se acodó en la mesa para escribir, pero se detuvo al ver que «los Rafaeles», Calvo Ortega y Arias-Salgado, ya estaban tomando notas.

Pidió la palabra Joaquín Garrigues:

—Al margen de los pactos que se hagan y de lo que diga la oposición, donde Suárez tiene el problema es dentro de la UCD. Nos cuestionamos su liderazgo. Hablaré en singular: yo me lo cuestiono. No estoy de acuerdo en cómo se lleva el Gobierno, el partido y el grupo parlamentario. Pienso que el presidente tiene que cambiar.

A Suárez debió de resonarle esa frase, era la misma que le habían trasladado hacía unos días

como un exhorto del Rey «… pero Adolfo tiene que cambiar». «¿Habrán acuñado un santo y seña?», se preguntó.

—Fernando Abril tiene unos poderes desproporcionados y Adolfo Suárez también. —Seguía disparando Garrigues—. O nos entendemos en esta mesa, y eso implica repartir el poder, o yo me voy a la oposición del partido a disputárselo a ellos. Como ha dicho Rodolfo, tenemos que ponernos de acuerdo sobre el liderazgo de Suárez. Aquí, en esta mesa. Es una cuestión previa.

Intervino Pérez-Llorca:

—Yo no dejaría al margen lo que diga el PSOE. Al contrario, ahí tenemos que concentrar mucha atención. Uno, porque lo que busca el PSOE es descabalgar del poder a Suárez, no a ti ni a mí, sino a Suárez. Dos, porque eso es negativo para UCD en su conjunto. Y tres, porque… no podemos generar otro líder.

—¿Cómo que no podemos generar otro líder? —Álvarez de Miranda había levantado la mano y forzó la voz, pues tenía un tono suave—. En un partido democrático no hay por qué temer la sustitución del líder. Es algo que se debe producir con total normalidad.

Landelino Lavilla habló a continuación. Pensaba lo mismo, pero con un cambio en el orden:

—Antes de ver si es bueno o no que Suárez continúe, hemos de decidir qué queremos hacer de ahora en adelante. —Miró en derredor y acabó el *travelling* en el presidente, como diciéndole «habla».

Suárez carraspeó y dijo:

—No es sólo un problema de personas, sino de legitimidad del poder. Intentaré explicarme: debemos seguir interrogándonos si vamos a ser un partido de síntesis, un verdadero partido unido, o un grupo de pequeños partidos, cada uno con su marca de origen. Somos nosotros mismos los que generamos la intransigencia dentro y la transmitimos hacia fuera. Si hay amenazas de escisión, como parece, lo mejor es que levantemos la sesión. No podemos seguir transmitiendo inseguridad. Y eso es lo que por ahí se percibe. O hay una verdadera voluntad de hacer UCD, y dudo sinceramente que algunos de los presentes quieran, o no tiene sentido lo demás.

»No falseemos los términos del debate. Si hay voluntad de hacer UCD, el problema no está en saber cómo y cuánto participa cada uno en las decisiones. Yo no pido a nadie lealtad personal a Adolfo Suárez; pero sí pido lealtad institucional hacia el presidente del Gobierno y hacia el presidente del partido. Eso es lo que hay que transmitir hacia fuera, y no se hace.

A las dos, una pausa para almorzar. Aunque todo transcurría en términos muy correctos, la discusión en sí era tensa por el calado de los temas.

Tomaron el café de pie, fuera, en una balconada. En ese interludio, algunos barones preguntaron a Landelino Lavilla si aceptaba que le postulasen allí mismo como alternativa a Suárez. Se negó:

—Yo sé que, desde que dejé de ser ministro de Justicia y pasé a presidir el Congreso, la relación entre Adolfo y yo se ha enrarecido, la han enrarecido, y podría decir quiénes se han dedicado a malmeter y hacerle llegar a Adolfo cosas que yo no había dicho ni pensado. Y no una vez ni dos, le he hablado claro: «Adolfo, no veas en mí a un rival. Yo nunca te sustituiré como presidente del Gobierno. Podré volver o no al Gobierno mientras tú lo presidas; pero no sabría

estar en el Gobierno sin ti de presidente». Como sólo tengo una palabra, a vosotros ahora os digo lo mismo: yo a Adolfo jamás le disputaré la presidencia del Gobierno[131].

Reanudaron a las cuatro. Joaquín Garrigues reinició la sesión:

—Lo último que se nos ha dicho aquí antes del almuerzo es que no transmitimos lealtad hacia el presidente. No es cierto. ¡Nunca los barones le hemos fallado al presidente en los momentos críticos, sino que le hemos apoyado! La UCD no es un partido, es un compromiso que se hace todos los días. Por eso yo quiero tener el suficiente poder, no tanto para que Adolfo Suárez no sea el presidente, como para condicionarle en sus decisiones. En este momento, yo no sé si él quiere quitarme o ponerme en las listas electorales… Esto es un *do ut des*. Si yo te respaldo —se dirigió a Suárez— es para estar «a pachas». De lo contrario, empiezo la ofensiva. Y si pierdo, no pasa nada: he perdido. Mira, Adolfo, aquí estamos todos por la UCD, pero… hay una serie de personas con las que, como presidente, tienes que negociar. ¿Por qué? Porque el pastel es de todos y hay que repartirlo; si no, no tiene sentido estar aquí. Yo al menos me voy —se retiró el mechón lacio que le caía por la frente, se ajustó sus gruesas gafas de concha y, sin dejar de mirar a Suárez, remató con un tono serenamente imperativo—: Debes hacernos una propuesta de Gobierno colegiado. Sí, eso he dicho, Gobierno colegiado. Si no lo haces, esta mesa generará un nuevo líder y compartirá el poder.

—Adolfo, eres tú —volvía a hablar Martín Villa, flemático, de entonación suave, tirando más a gallego que a leonés, y su razonamiento envolvente, pero poniendo a Suárez en la cornisa del edificio—, eres tú el que debe decidir si sigues o no sigues. Todos desearíamos que esto tuviera salida contigo, y que fueses nuestro candidato para el 83. Ojalá. Pero contigo, si decides seguir, no hay más arreglo que teniendo responsabilidades concretas los once que estamos aquí. En caso contrario, es mejor marcharse. Y, si me lo permites, por los años que hace que nos conocemos, te diré que, aunque tengas muchas razones para desconfiar, tienes que saltar por encima de la desconfianza. ¡Por favor, no puedes llevar esta cuestión como un problema de relación personal de éste o del otro contigo!

—Hemos tocado fondo —al fin, Pío Cabanillas se pronunciaba sin ambigüedad—. Parece que hay clara voluntad de que nos salvemos todos. Esto debe generar en Adolfo Suárez el propósito de comportarse de otra manera, y en nosotros el sentirnos solidarios en el hecho de gobernar.

Suárez miró en derredor y, como respuesta a los diez, dijo:

—No me siento incómodo por el hecho de que se someta a debate mi liderazgo. El liderazgo puede y debe ser cuestionado. Pero aquí, en un órgano de dirección del partido. Sin embargo, para mí, tan fundamental como lo del liderazgo sigue siendo qué clase de partido queremos hacer. ¿Un partido de facciones o un partido de síntesis? Ésa es mi duda: ¿estamos jugando de verdad al partido de síntesis o se juega a fomentar clientelas personales?

—Nos haces una pregunta fundamental —dijo Landelino Lavilla— y yo te respondo que, personalmente, estoy a favor de la síntesis siempre que la solidaridad sea efectiva y el poder se comparta también de modo efectivo.

—Adolfo, el problema de la síntesis es tuyo, en tanto que líder, no nuestro —agregó Garrigues en su afán de poner las cosas en su sitio—. La misión del líder es lograr la síntesis, la

unión, llámala hache, y luego repartir juego. Lo de las tendencias o familias con etiqueta es un patrimonio que debemos conservar, aunque ya sea sólo un poso, porque hoy la gente se incorpora a UCD, no a las tendencias que haya dentro.

—Bien. Si hay un partido de síntesis, de unión, yo os haré una propuesta de corresponsabilidad, de reparto de poder. Pero a partir de ese dato previo. Y ahora me voy un rato ahí fuera y os dejo para que discutáis la cuestión de mi liderazgo, que ha quedado pendiente. Estoy dispuesto a dimitir. Creedme: no tengo apego al poder. Y, si yo soy el estorbo, me quito de en medio inmediatamente. —Levantándose de la mesa, añadió—: Dejo mi futuro en vuestras manos y haré lo que decidáis. ¡Decidid con libertad!

Eran las seis de la tarde. Salió de la reunión y se fue a pasear por la pradera durante una hora con su cuñado Aurelio Delgado y la secretaria Ana Leyva. Les comentó: «Han sido francos y duros. Pero yo estoy acostumbrado a que me duelan diez muelas a la vez, y de estos diez sólo cuatro venían en plan de guerra». También les dijo que había presentado la dimisión. «Lo he hecho sinceramente; aunque me parece que se lo han tomado como un toque de atención, una advertencia… Ellos me reclaman poder, y voy yo y les contesto "ahí lo tenéis, lleváoslo todo". Ahora están deliberando si me echan o si me retienen y bajo qué condiciones». Y así era.

—Lo que Adolfo nos plantea al dejarnos solos —Garrigues había vuelto a tomar la palabra— es si creemos en su capacidad y si estamos dispuestos a respaldarle. Es decir, nos deja en el mismo punto en que estábamos: lealtad al jefe y que haga y deshaga en solitario. Bueno, pues yo no acepto el liderazgo de Suárez, si sigue gobernando como hasta ahora. Si asumiera compartir las decisiones y, por tanto, la responsabilidad en esas decisiones, yo estaría con él.

—¿Suárez será capaz de cambiar realmente? —se preguntó en voz alta Paco Ordóñez—. ¿Entenderá el cambio de un partido radical, presidencialista y de adhesión inquebrantable al líder, a un partido democrático, abierto al debate, colegiado, participativo? Ahora bien, si como ha dicho nos da entrada en el juego, nosotros tenemos que darle también un margen de tiempo.

—Me incomoda la ausencia del presidente —dijo Lavilla, pensando quizá en que aquello parecía un juicio con el reo ausente.

—A mí, que haya tenido que irse me deprime no puedo deciros cuánto. —Martín Villa dijo esto y luego se echó hacia atrás en su silla dando a entender que no iba a hablar más.

—Veo el futuro muy negro —siguió Lavilla—. En teoría, me sale que la situación estaría más desahogada en otoño para UCD, cambiando ahora al presidente. Pero ¿y si él acepta lo que se le ha propuesto y cambian los datos de partida? Entonces, no sé, la teoría podría ser otra.

En ese punto, y antes de que Landelino siguiera elaborando gaseosas teorías futuribles, intervinieron tres barones que habían permanecido en silencio casi todo el tiempo: Abril Martorell, Arias-Salgado y Calvo Ortega. Con el apoyo de Pérez-Llorca, consiguieron que se reconociera que no sólo el PSOE identificaba UCD con Suárez sino, sobre todo, los electores: «La marca no es UCD, la marca es Suárez». Y «si queremos ganar en el 83, el liderazgo de Suárez es incuestionable». Al menos en aquellos momentos.

Como hizo antes, Pío Cabanillas planteó «las cosas claras y como son, aunque no nos hagan muy felices a todos»:

—Si partimos de que lo fundamental es que UCD subsista, sustituir a Suárez plantea grandes

riesgos. Desde esa perspectiva, yo estoy dispuesto a arroparle, pero conjuntamente con vosotros. Con todos. Si hoy aquí acordamos mantener la figura de Adolfo Suárez, hay que potenciarle al máximo y ponernos bajo su paraguas. Hemos de reconocer que hasta ahora no lo hemos hecho. Y, ojo, si siguiéramos sin hacerlo, nos equivocaríamos gravemente[132].

En la segunda reunión, el 9 de julio, los barones aceptaron el liderazgo de Suárez y acabar con las marcas de origen para ir a un partido de unidad. Por su parte, Suárez se comprometió a colegiar el poder, y a compartir y discutir con los barones las decisiones del partido, incluidas las listas electorales.

No se equivocó Suárez al citarlos en el cónclave de La Casa de la Pradera. Los barones le zurraron sin piedad. Pero él era de Ávila y berroqueño como un toro de Guisando.

Suárez: «Soy un hombre absolutamente desprestigiado»

El 23 de julio, Suárez invitó a comer en La Moncloa a Carlos Ferrer Salat, presidente de la patronal CEOE[133]. ¿Motivos? Iniciar su «camino de conversión», el cambio que le exigían, tomando contacto con los empresarios, un mundo que había dejado en manos de Abril. ¿Motivos? Sondear, de cara al futuro Gobierno, qué vicepresidente de Asuntos Económicos verían con más agrado. La duda en aquel cuarto de hora estaba entre mantener a Abril o sustituirle por Rodríguez Sahagún, por Calvo-Sotelo o por Luis Ángel Rojo. ¿Motivos? Indagar las relaciones entre dirigentes empresariales, como José María Cuevas, José Antonio Segurado o el mismo Ferrer Salat, con políticos de la UCD como Alzaga, Herrero de Miñón, Martín Villa, Bayón, Gamir… ¿Motivos? Averiguar si Abril estaba negociando a sus espaldas un pacto de gobierno con los socialistas… Y todo ello en una bechamel de «cuéntame, Carlos, cuáles son vuestras fórmulas para reducir a la vez déficit, inflación y paro, sin tener que llamar a los Reyes Magos».

Al parecer, en algún momento, y ante el reproche de Carlos Ferrer «desde la foto de los Pactos de La Moncloa, presidente, nos has abandonado… y lo mismo te dirán Nicolás Redondo y Marcelino Camacho, si es que sacas tiempo para hablar con los sindicatos», Suárez debió de aludir al potente vicariato de Abril dando a entender su incomodidad porque Fernando últimamente le tenía en ayunas, sin información, actuando con absoluta autonomía. En el desahogo, mencionó que «del anterior Gobierno salieron tarifando hombres valiosísimos como Carlos Bustelo y José Antonio García Díez, porque no aguantaban el trato que recibían de Abril»; y que «logró cabrear a Martín Villa, a Garrigues, a Cabanillas y a Ordóñez: no se plegaban a sus *vicedespotismos* y, claro, ahora me piden su cabeza». Etcétera.

Al terminar la comida, Ferrer Salat trasladó las «confidencias quejosas de Suárez contra Abril» a José Antonio Segurado, presidente de la patronal madrileña CEIM. Y a éste le faltó tiempo para repetírselas a Abril y ponerle en guardia por su posible salida del Gobierno en la inminente remodelación.

Fogoso como un río de leones, Abril se presentó en La Moncloa, entró sin llamar en el sanctasanctórum de Suárez y, con un «¡hasta aquí hemos llegado! ¡Se acabó de hacer el primo!», puso el grito en el cielo. No quiso recitar el albarán de servicios prestados, visitas recibidas,

ausencias cubiertas, tundas de negociaciones sindicales y papelones feos desempeñados por preservar al líder-jefe-presidente, cuando el líder-jefe-presidente estaba de viaje o tenía flemones o estudiaba los cuellos de botella de Ormuz y Gibraltar. En cambio, sí tuvo interés en aclarar que él no estaba «pactando ninguna coalición de gobierno con el PSOE, sino asfaltando la pista para lograr consensos parlamentarios en los grandes temas de Estado, como autonomías, economía y terrorismo, donde no tenemos los votos suficientes… y menos que vamos a tener, si empiezan las fugas en las filas de UCD». Discutieron. Se cantaron las cuarenta. Historias antiguas y palabras amargas. Cuando empezaron a subir los tonos, Abril se puso de pie:

—¡Adolfo —atajó—, vamos a parar el carro ya, ahora mismo! Por salvar nuestra amistad, que al menos por mi parte ha sido siempre auténtica y desinteresada, y como además estoy más que harto de los que se refocilan en las cloacas de la política, que tú llamas elegantes y a mí me parecen asquerosas, en este instante te presento la dimisión irrevocable. No quiero que pases el mal rato de echarme. Mañana te la enviaré oficializada por carta.

Así lo hizo. Suárez la aparcó. Era… ¡la quinta! Íntimos amigos y, en cuatro años gobernando juntos, era la quinta vez que agarraba el portante y le decía: «Ahí te quedas, yo me voy a Picassent a ser huertano, que es lo mío». ¿Debía hacerle caso? Hablaron por teléfono y acordaron «pensar por separado y volver a comunicarnos una decisión en firme el 20 de agosto».

Aquél fue el primer verano que las familias Suárez y Abril no veranearon juntas[134].

El 28 de julio, Adolfo Suárez asistía en Lima a la toma de posesión del nuevo presidente Fernando Belaúnde Terry. Por la noche, después de una jornada agotadora, derrengado en un sofá del hotel Bolívar habló con una periodista. Hacía meses que se lo había prometido. Sería más cierto decir que habló consigo mismo, ajeno a la grabadora que iba recogiendo su voz. Se confesaba. Tan sincero fue que, a petición de sus asesores, la conversación no vio la luz hasta pasados casi treinta años.

Soy un hombre absolutamente desprestigiado —dijo mirando al vacío—. He llegado a un nivel de desprestigio bastante notable…, he sufrido una enorme erosión.

Luego empezó a acusarse, a defenderse, a hacer propósitos de enmienda… Como si hablara a solas con su conciencia. A media voz y muy cansado.

Sé que me he equivocado en muchas cosas. Aunque no es cierto el 80 por ciento de lo que dicen de mí. Me acusan de excesiva concentración de poder. ¡Al revés! Mi error ha sido no ejercer el poder que legítimamente me corresponde. Ésa sí es una acusación cierta. Sobre todo este último año… ¿Qué ocurrió? Hice una delegación de poder y durante siete u ocho meses no he tenido los hilos de la información. Sí en política exterior, sí en seguridad ciudadana… pero se me han escapado otros fundamentales, los del Parlamento. Ahora los estoy recuperando a marchas forzadas. Reconozco que he cometido ese error grave… No sé si seré capaz de corregirlo… Bueno, sí, ¡estoy seguro de que lo corregiré! Tal vez tengo excesiva confianza en mí mismo… Cuando me siento acosado, tengo una gran capacidad para salir hacia delante. Pero sería preferible mantener siempre el mismo nivel de exigencia personal.

Dijo algo sobre su reclusión en La Moncloa y su alejamiento de la calle:

¡No, no!, alejamiento no. Un político no puede ser un hombre frío, ni convertirse en un autómata. Ha de recordar que cada una de sus decisiones afecta a seres humanos…, a unos los

beneficia y a otros los perjudica. Y han de dolerle los perjudicados. Gracias a Dios, yo no los he olvidado nunca. Hay políticos que no piensan en los gobernados… Yo sí, pienso en ellos, uno a uno, ¡les veo hasta las caras!

Indispensable también en un político: vengan como vengan los hechos, nunca puede deprimirse. Tiene que seguir luchando, defender los principios que siempre ha defendido y pasar por encima de las coyunturas, que a veces desvirtúan el destino histórico de un país. Es preferible decir sí a la historia que a la coyuntura. Yo intento luchar contra esas coyunturas. Pero, cuando son demasiado adversas —el paro, la crisis económica, el terrorismo—, empeñarte en defender los principios te acarrea un grado enorme de impopularidad. Con todo, estoy dispuesto a eso. Lo estuve desde el primer día en que fui presidente.

La impopularidad, la crítica, la ingratitud…, todo eso lo soporto. Lo malo es la incomprensión. ¡Qué cosas han dicho de mí! Personalmente me afecta poco lo que digan… pero me preocupan mis hijos, que un día lleguen a creer que su padre era todo eso que hoy se escribe en la prensa… Eso sí me ha producido ratos amargos. He pasado momentos terribles. Aunque estoy hecho al aguante, no soy insensible, eh. A veces cuesta un gran esfuerzo mantener esta actitud… A mí han estado insultándome de una forma tremenda, cruel, y yo he seguido saludando con el mismo gesto, con la misma atención, hasta con el mismo afecto a la persona que me insultaba.

Se me acusa de ser un hombre ambicioso. Pero ¿nadie se ha parado a pensar que ya se han cumplido todas mis ambiciones personales? ¡Todas! No me falta ni una… ¿Alguien puede creer que el poder satisface por sí mismo? Además, yo no he disfrutado las compensaciones que el poder comporta. Soy un hombre volcado en mi trabajo. No se me ve en cócteles, ni en cenas, ni en teatros, ni en fiestas, ni en ninguna de esas facetas agradables de la vida pública… Me paso el día estudiando documentos, leyendo expedientes, analizando acontecimientos. Despacho los asuntos urgentes, recibo visitas, me entrevisto con especialistas en los temas que me preocupan. Procuro hablar con quienes tienen una opinión diferente a la mía para ahondar en sus razones… ¡Son muchos deberes! Y mi obligación es convencer. Tengo un partido político que apoya mi gestión…, si les convence. No puedo decir: esto se hace así porque yo lo he decidido. Vivo convenciendo.

Y, como si antes no lo hubiera dicho, repitió: «Soy un hombre absolutamente desprestigiado»[135].

Lo era. Arroyo seco. Presidente censurado. Líder discutido. Hombre quemado. Pero el ave fénix renace de sus propias cenizas.

Suárez: «Ya veréis, los cristianos se comerán a los leones»

Como efecto inmediato del reparto de poder que se acordó en La Casa de la Pradera, la UCD inauguró el curso político el 8 de septiembre con un nuevo banco azul donde las tribus centristas estaban representadas por sus más valiosos caídes. Confeccionar ese Gobierno fue la tarea de Suárez en agosto, en la soledad nocturna del pazo Atlántica de O Grove. Un banco azul con dos grandes ausentes: Fernando Abril, la revancha de los lobos, y Joaquín Garrigues Walker. Su lobo

fue la leucemia. Acabó con él cuando se estrenaba la madrugada del 28 de julio. Él sí hubiese podido tomar el relevo de una UCD desfalleciente, y gobernar con inteligencia, con modernidad y con ese toque desenfadado que siempre le faltó a la UCD. Él no cargaba las tormentas de la ira, ni los cetmes de la Guardia Civil. Con él no hubiese hecho falta desempolvar al general Armada de la guardarropía, ni a sus improvisados comparsas con tricornio. Él era un estadista que, además, sabía sonreír.

El nuevo gabinete no tenía de nuevo más que la distribución en torno a la mesa oval de los mismos ministros que ya estaban, o que habían salido y volvían a estar. Regresaron Rodolfo Martín Villa, Paco Ordóñez y Pío Cabanillas. Los díscolos en casa, «para no perderlos de vista cuando enreden». Y galones de ministro de Estado a unos cuantos, por diluir el descontento que les produjo el que Leopoldo Calvo-Sotelo ascendiera a vicepresidente. Pero Calvo-Sotelo era un atajo de entendimiento con el gran mundo financiero, la derecha clasicona, la burguesía bien instalada, el atlantismo, todo concentrado en un apellido de «protomártir» de la Cruzada.

«Lo malo es que no haya carteras para todos en el Consejo de Ministros —bromeaba con retranca Adolfo Suárez—, porque han quedado fuera los "cristianos". Y ya veréis, ya veréis, cualquier día de éstos, los cristianos saltarán a la arena y se comerán a los leones».

Suárez, ave fénix, se propuso plantear ante la Cámara la cuestión de confianza. Otro envite. Si no tenía la mayoría absoluta, cesaba automáticamente. Los barones pactaron con Miquel Roca y con Alejandro Rojas Marcos los apoyos parlamentarios de Minoría Catalana y PSA: «Te doy si me das». Lograron empastar ciento ochenta votos. La presentó y la ganó. Eso era el 18 de septiembre de 1980.

El buen sabor duró un instante en la boca. Aquella misma noche, las linotipias de *El País* imprimían un artículo fulmíneo, «Sí, pero…», que firmaba «Miguel Herrero R. de Miñón, diputado de UCD, vecino a los sectores liberal y democristiano». La coletilla tenía tanto veneno como el texto. Señalaba su posicionamiento vecino a… quienes habían quedado fuera del Gobierno y fuera del reparto del pastel.

El «sí» era un encomio del partido UCD y un subrayado de la «importancia capital del grupo parlamentario». El «pero no», un severísimo azote «al caudillaje arbitrario que pretende ocultar la irremisible pérdida del liderazgo político»; «a la inerte posesión solitaria del poder»; «a los pactos y connivencias secretas con minorías de muy distinta laya […] sin que sepamos el precio que por estos apoyos se pagan»; «a la falta, en cambio, de un diálogo serio con CD». Descarada invitación a entenderse con Fraga. El último «pero no» era una cerbatana al pecho de Adolfo Suárez: «No a las ambigüedades de un programa vagaroso, apto sólo para ir tirando […]. Gobernar no es permanecer indefinidamente a bordo, aun sin jarcias ni timón, como un náufrago. Gobernar consiste en saber fijar el rumbo, saber alcanzar el puerto de destino… y saber incluso desembarcar»[136]. En plata: o usted nos lleva a puerto o usted deja el timón. Herrero de Miñón había desenterrado el hacha de guerra, en un tono conminatorio y con unos símiles náuticos que recordaban demasiado a los «golpes de timón» que el honorable Tarradellas venía recomendando.

A Manuel Fraga no le sorprendió el pronunciamiento de Miguel Herrero. Tres meses antes ya le había dicho: «Suárez es el obstáculo para un entendimiento entre una derecha en alza y un

centro a la deriva. Hay que sacarle»[137].

El segundo hachazo sobrevino poco después. Había que elegir portavoz del grupo parlamentario de la UCD. El candidato oficial del Gobierno era un socialdemócrata, Santiago Rodríguez Miranda. Las distintas fuerzas políticas se habían comprometido con Suárez a respaldarlo. Pero la noche víspera de la elección empezó el zafarrancho de combate, los teléfonos incesantes recaudando votos para «Miguel, el oponente». Al día siguiente, 14 de octubre, con el apoyo de democristianos, liberales, martinvillistas, «jóvenes turcos» y demás fauna centrista sin etiqueta, salía elegido Miguel Herrero de Miñón. Y no por una diferencia despreciable: 103 votos frente a los 45 del candidato oficial.

«Un varapalo absoluto —reconocía Suárez tiempo después—, prueba clara de que mi autoridad como presidente del partido había sufrido una erosión muy seria. Esa elección significaba un rechazo a mi persona dentro de UCD»[138].

Su situación era de cerco total: los «enemigos» en el Consejo de Ministros y la batuta del grupo parlamentario que debía secundar las leyes y decretos del Gobierno, en manos hostiles.

No exageraba Suárez cuando, pasados los años, le dijo a Narcís Serra durante una comida en Toledo: «Había ministros míos que salían del Consejo para llamar a Felipe y darle cuenta de lo que estaba ocurriendo, de lo que estábamos decidiendo… Por la duración de la ausencia del ministro, yo adivinaba si con quien hablaba era con Felipe o con *El País*»[139].

A los pocos días, Suárez recibía en La Moncloa al flamante portavoz Herrero de Miñón. Le iba mucho en ello y se esmeró en derrochar cordialidad y simpatía, sin mencionar el «Sí, pero…», ni una conferencia también hipercrítica de Miguel en el Club Siglo XXI, «¿Adónde va la UCD?». Al contrario, una decidida búsqueda de alianza y colaboración, toda vez que perder el control del grupo parlamentario era el síntoma palpable de que avanzaba la gangrena:

—Miguel, tú y yo tenemos que trabajar muy sintonizados, yo desde el Gobierno y tú desde el Parlamento. Así saldrán bien las cosas… ¡Tenemos que querernos mucho!

Pero la gélida respuesta de Miguel fue:

—Yo no estoy en política para querer ni para ser querido[140].

CAPÍTULO 4 Armada «interpreta» al Rey

El poder de audiencia, un arma peligrosa

Tiene el Rey una potestad no escrita en la Carta Magna, aunque se entiende como instrumento necesario para su función de «arbitrio y moderación de las instituciones del Estado»: el poder de audiencia. Antes como Príncipe y luego como Rey, Juan Carlos lo ha utilizado a fondo. Unas veces, para informarse sobre la realidad circundante o tomar el pulso a los estados de opinión; otras, para mediar en un conflicto entre poderes, o conciliar a personas que estaban enfrentadas y debían entenderse; y otras, la mayoría, para ser pararrayos de iracundos y oidor de descontentos. También, en ocasiones, ha usado la audiencia para que le llegara a un tercero un mensaje suyo «por boca de ganso». Todo ello entra en el quehacer de un monarca que es *Hispaniae moderator*. En esas audiencias nunca ha habido más filtro ni selección que la necesidad de Estado, o su «real gana».

Así se lo dijo, destemplado y con lengua rota, a Adolfo Suárez, el 3 de julio de 1980. Estaba de visita oficial en España el primer ministro francés, Raymond Barre, con un nutrido séquito de ministros, entre ellos el antiguo embajador y amigo de Don Juan Carlos, Jean-François Deniau, ascendido a ministro de Comercio Exterior. Deniau se excusó de asistir a la comida que el Gobierno español ofrecía en el palacio de Viana. A Suárez le dio mala espina. Supuso que, con el pretexto de que era un apasionado de la navegación y de los barcos, podía haber ido a La Zarzuela a entregarle al Rey un libro o unos folletos de equipamiento de balandros o de turbinas de último modelo y, de paso, tratar entre ellos cualquier asunto bilateral, de parte de Giscard. Acabados los brindis y el café en Viana, Suárez le indicó a su chófer que enfilase hacia La Zarzuela. Dentro ya del recinto, en el camino asfaltado que llega hasta palacio, el coche de Suárez se cruzó con el vehículo, con matrícula diplomática, donde el ministro Deniau regresaba de su visita al Rey.

Irritado por el evidente puenteo, Suárez entró a ver al Rey espetándole sin más preámbulos:

—Acabo de cruzarme con Deniau, que salía de aquí. Su sitio y su cubierto han quedado vacíos en la comida oficial que yo he ofrecido en Viana. Mañana los periódicos se preguntarán por qué y la respuesta está aquí… ¿Puedo saber la razón? Me siento obligado a recordarle al Rey que en este país sólo hay una política exterior, sólo una, y la hace el Gobierno.

La conversación no fue precisamente suave como la seda; más bien, áspera y malhumorada. No aguantaba el Rey que Suárez le leyera la cartilla, así que a bote pronto le descargó unos cuantos reproches sobre «las diplomacias paralelas y extravagantes» que él trazaba por su cuenta…

—¿Quieres saber por qué Deniau se ha zafado de tu comida y ha venido a verme? Pues, te lo voy a decir, porque te vendrá muy bien saberlo: me ha traído un mensaje de Giscard. Me ha explicado los graves apuros presupuestarios de la Comunidad Europea, el cheque británico, las disputas por los fondos de cohesión… Lo que está impidiendo nuestra entrada no es un cerrojazo de Giscard, como creéis aquí. Me ha dicho, literalmente, que *mi primo*, el presidente Giscard, no me llama por teléfono desde hace siete meses, ¡siete meses!, «porque se ha dado cuenta de que es Suárez quien decide». O sea, hasta lo que es mi único recurso, descolgar el teléfono y hablar en directo con un jefe de Estado, me lo has bloqueado. Sí, sí. Y dejando aparte lo que a mí pueda cabrearme, es bastante perjudicial que Giscard perciba o piense que el Rey de España no toca bola.

Pero Suárez insistía en que «esas informaciones confidenciales entre *primos*, oficialmente no sirven para nada»; «si son temas de Estado, debe acompañar al Rey un miembro del Gobierno», y además «las audiencias del Rey no pueden ser un coto privado, ni La Zarzuela un lugar donde cualquiera entre como Pedro por su casa».

El monarca, harto ya, le soltó:

—Mira, Adolfo, La Zarzuela es mi casa, y yo en mi casa recibo… ¡a quien me sale de los cojones![1].

La democracia no es sólo un sistema de derechos y libertades, de igualdad de oportunidades, de garantías judiciales… es también, y de qué modo, un sistema de controles. El pueblo soberano controla cómo usa el gobernante el poder que ha recibido de abajo, cómo administra el dinero de los impuestos, qué utilidad tienen sus viajes y sus recepciones… En el nudo original de la democracia está la «desconfianza vigilante» del ciudadano, que con su voto elige a sus representantes y con sus tributos los mantiene, y eso le da el legítimo derecho de controlar, pedir cuentas y obtener información.

Control, contrapoder y transparencia son el abecé de una democracia. De ahí, lo anómalo y peligroso de un poder que carezca de contrapoder. Sin embargo, el poder de audiencia del Rey nunca tuvo control ni cortapisa. El Rey lo ejercía con omnímoda libertad. Pero era el Rey en todo momento. Era el Rey recibiendo en la sede de la jefatura del Estado. Y él no debía olvidarlo, porque quienes acudían a él lo tenían bien presente.

Después de escuchar las críticas al Gobierno que hacía un financiero, o un militar, o un político, las propuestas de cambio o de cambiazo de la situación, y las fórmulas para hacerlo sin recurrir a la violencia, incluso siguiendo «las generales de la ley», el monarca podía rebatir al visitante, disuadiéndole de su planteamiento; o aplacarle y templar gaitas, con gesto de comprensión y de «paciencia, aguanta, démosle tiempo al tiempo»; pero también podía no contraargüir, no templar, no reconducir a su cauce las proposiciones desmadradas que se desviaban de lo constitucional. Incluso, con su escucha silenciosa, podía dar a entender que… «quien calla otorga». Entre el asentir y el consentir sin palabras, sólo hay un brevísimo trecho: el sobreentendido, la traducción que el visitante haga de un silencio, de una mirada o de un gesto del Rey.

Esa falta de contrapoder tasador puede convertir el poder de audiencia en un arma muy peligrosa. De hecho, así ocurrió cuando los indignados, los quejosos, los promotores de «golpes

de timón», de «golpes de bisturí», de «golpes a la turca», de «gobiernos de hierro presididos por un independiente», los salvapatrias, salían de La Zarzuela convencidos de que el Rey estaba de su parte y les había dado la razón. La horquilla de visitas era amplísima: de Tarradellas a Ferrer Salat, de Fraga a Carrillo, del tenista Santana al regatista Cusí, de Enrique Múgica a Alfonso Osorio, de Pío Cabanillas a Felipe González, del general González del Yerro al banquero Alfonso Escámez, de un torero a un hispanista… Y por la puerta trasera, visitaban al Rey sin control ni registro Manolo Prado y Colón de Carvajal, Zourab Tchokotua, Javier de la Rosa, José María Ruiz-Mateos, un jeque de Baréin, un tasador de joyas, una psiquiatra argentina, fray Bartolomé Vicens, el general Armada, el comandante Cortina del CESID… Las audiencias opacas. Gente de bien y gente de cuidado.

A primeros de julio de 1980, el Rey recibió a Santiago Carrillo. Se había producido ya la moción de censura, pero todavía no el ajuste de cuentas en La Casa de la Pradera. En ese ínterin, el líder comunista se mostró «muy preocupado por la crisis interna de UCD» y dijo que «pensando en la estabilidad de la democracia, sería necesaria una derecha fuerte, un partido conservador al estilo inglés, con buena parte de UCD más los diputados de Fraga, y presidido por alguien, un tercero afín, pero neutral, que no sea ni Suárez ni Fraga, porque no se pueden ver»[2].

Un par de días después, el Rey le contaba a su amigo Jaime Carvajal lo que Carrillo le había dicho. Hizo alguna referencia negativa y distante sobre Suárez y concluyó: «¿Sabes? Yo estoy pensando en la posibilidad de un independiente»[3].

Tras la premisa de que el patio interior del partido gobernante era una batalla campal de baronías, ¿quién sugirió a quién la solución de «un independiente»? ¿Carrillo al Rey? ¿El Rey a Carrillo? ¿O el Rey en solitario, digiriendo otras propuestas similares? Tan pertinente era la duda como impertinente que el Rey y Carrillo se metieran a arreglar la casa de los vecinos.

En una tenida de banqueros —el «club de los siete grandes»—, aquel mismo julio se vio la conveniencia de que «Suárez dejará de hacer equilibrismos y cayera de una vez», pero «sin llevarse por delante el sistema constitucional». Como uno de los siete acuñó con frase gráfica: «Movamos el alambre, pero no los postes». Pocos días después, Alfonso Escámez, presidente del Central y banquero de los «ahorrillos» del Rey, refería al monarca «lo que hemos pensado para sacar a flote la economía del país». Y en agosto del mismo verano, Adolfo Suárez, aplicado a renovar su Gobierno en el Pazo Atlántica, de O Grove, recibía a un amigo, emisario del banquero Luis Valls Taberner, con este mensaje: «Como parece seguro que Abril Martorell no estará en el nuevo gabinete, la gran banca vería muy bien, y cuenta con la anuencia de Su Majestad para sugerírtelo, sólo para sugerírtelo, que ocupase esa vicepresidencia económica *uno de los nuestros*, alguien del mundo financiero: Sánchez Asiain, Carlitos March, Botín hijo, o, mejor que mejor, el propio Escámez…» Las dudas saltaban de nuevo. ¿Hubo anuencia regia para interferir con ese mensaje en el momento de la selección de los ministros, competencia exclusiva del jefe del Gobierno? ¿O así lo «interpretó» Escámez en su visita al Rey a partir de un arqueo de cejas, una sonrisa, un «no estaría mal que la economía la llevase un financiero y no un agrónomo»? El mensaje llegó al Pazo Atlántica. Suárez se enteró, pero hizo caso omiso. Además, los «siete grandes», aun estimando los méritos del currículo de Escámez, el chaval que entró de botones y llegó a presidir el Banco Central, jamás le hubiesen propuesto como vicepresidente económico

del Gobierno. Sin embargo, una vez más la duda sobre la «anuencia de Su Majestad» podía ser incómoda, pero era pertinente[4].

En términos de Estado, controlar al Rey no es coartarle, es protegerle.

Por lo demás, hay constancia abundante de que el monarca no escuchaba en silencio como un muro de piedra. Antes bien, durante el año 1980, incluso en los últimos meses de 1979, se solidarizaba con los argumentos críticos de sus interlocutores respecto a Suárez, a Gutiérrez Mellado, a la ineficacia del Gobierno, a la necesidad de un recambio… Políticos de la oposición que acudían a verle comentaban después que el Rey les había escuchado «con gran interés», que estaba «en la misma sintonía», que se le veía «disgustado, con el temor de que el desplome de Suárez acabe arrastrándole a él»; y más de uno repetía como frase oída al Rey: «Yo también pienso que Suárez debe irse; pero eso no está en mis manos»; o «Yo no tengo los poderes que tenía Franco para quitar y poner a un presidente; tendréis que hacerlo vosotros»; o «A mí, dádmelo hecho».

En las audiencias y visitas individuales —recordaba Sabino Fernández Campo—, sobre todo después de la moción de censura y la cuestión de confianza, cuando Suárez iba ya por el cuarto cambio de Gobierno sin que las cosas mejorasen en el país, el Rey escuchaba montañas de quejas y críticas; pero, lejos de cortar, disculpar o quitar hierro, hacía comentarios y gestos dándole la razón al que había ido a soltar leña o a desahogarse. A Zarzuela no sólo venían militares; venían dirigentes de la patronal, hombres de negocios, juristas, líderes políticos nacionales y autonómicos… y más veces de las que salían en los periódicos. A Felipe, a Fraga, a Pujol, el Rey los veía con cierta frecuencia. También a Carrillo. Creo que en el año 1980, que fue un año muy complejo, a Carrillo le recibió tres veces[5].

Y me consta —seguía rememorando Sabino— que en la audiencia de noviembre de 1980, después de la cuestión de confianza, el Rey le dijo a Santiago Carrillo: «Yo creo que Suárez no se da cuenta, pero está colapsado, sin ideas, sin iniciativas. No ofrece soluciones suyas propias para gobernar en solitario, y en cambio obstaculiza que se forme una coalición. Pero yo no puedo hacer nada para librarnos de él». Esto nos lo contó Carrillo años después, una tarde de verano en La Manga del Mar Menor, en la terraza de una cafetería, sentados a una mesa informalmente, él y Carmen, María Teresa y yo. Y agregaba Carrillo, con bastante sensatez: «Si eso el Rey me lo dijo a mí, dirigente comunista, y conociendo mi afecto y simpatía personal hacia Adolfo, ¿qué no les diría a un teniente general monárquico como Milans del Bosch, o a un general Armada con quien tenía toda la confianza del mundo, cuando iban a quejársele de Suárez y su Gobierno? Pues les diría lo mismo: “Tenéis que ayudarme a dar ese cambio, ese golpe de timón, y a reconducir la situación. Pero por vías pacíficas y legales”». Con lo cual, en vez de frenarlos, les ponía el motor en marcha. Creo que el Rey pudo haber sido muy imprudente en algunas conversaciones con jefes del Ejército al hablar de Adolfo Suárez, del que estaba ya muy distanciado. Igual que a mí me manifestó abiertamente su disgusto con él. Esos u otros comentarios críticos de Don Juan Carlos respecto a Suárez, pudieron dar pie a que ciertos personajes militares pensaran en un golpe o una maniobra de esa naturaleza[6].

Milans estaba muy disgustado porque él quería ser JEME, pero le destinaron a la Capitanía General de Valencia por orden de Gutiérrez Mellado —relataba también Sabino, con la fuerza

del testigo presencial—. Y aunque había soltado unas declaraciones tremendas en el *ABC,* tenía un buen pretexto de protocolo para presentar sus saludos al Rey, y pidió audiencia en La Zarzuela. Del Gobierno me indicaron que aconsejase al Rey que diera largas y no le recibiera. Y eso hice. La callada por respuesta.

En otoño de 1979, acompañé al Rey a unas maniobras aéreas en la base de Alcantarilla, Albacete. Allí se me acercó Amparo Portolés, la mujer de Milans: «Sabino, Jaime está enfadadísimo porque el Rey no le recibe, y ya hace meses que se lo ha pedido. En cambio, recibe a toreros, a artistas, a futbolistas y a políticos comunistas… Hombre, mira a ver qué se puede hacer». Trasladé el mensaje, tal cual, al Rey. Me dijo: «Busca el primer hueco que haya en la agenda y cítale». Le recibió enseguida. Yo informé a Agustín Rodríguez Sahagún: «Ministro, he estado frenando la audiencia a Milans, pero ya se metió su mujer por medio y… tiene cita para hoy». Aquella mañana, Suárez y Rodríguez Sahagún estuvieron al tanto de la audiencia. Con todo lo que había disparado contra el Gobierno en el *ABC,* opinando sobre temas políticos que no eran de su incumbencia, y no se le amonestó siquiera, lo normal hubiese sido que el Rey le apretara las clavijas y le recordase la disciplina militar. Cuando le dije a Rodríguez Sahagún que la audiencia había concluido, quiso saber qué tal había ido y de qué habían hablado. Así que subí al despacho del Rey, le pregunté, y me soltó el tremendista discurso de siempre: «¡Que las autonomías van a romper a España, que el Gobierno de Suárez es un desastre, que los rojos se están haciendo con la batuta, que el terrorismo es una humillación para el Ejército, que la economía va mal y éstos no saben arreglarla, que así vamos a la hecatombe…!»[7].

«No usarás el nombre del Rey en vano»

El 29 de junio de 1980, el Rey recibía a Alfonso Osorio. Aunque había sido vicepresidente del Gobierno con Suárez, por discrepancias políticas e ideológicas dejó la UCD y se integró en la CD con Fraga. En aquellas fechas del verano, Osorio ya había empezado sus almuerzos, cenas y contactos con diputados socialistas, comunistas y centristas, preparando el golpe de timón recomendado por Tarradellas. Algo que todavía no tenía forma ni nombre, pero que Osorio y no pocos de sus interlocutores columbraban como una reacción política que requeriría «sumar y concentrar votos parlamentarios»; y cuyo punto de partida ineludible era expulsar a Suárez de la presidencia y arrebatar a la UCD su legítimo turno en el poder. Pretendían ser exquisitamente respetuosos con la Constitución, pero cualquiera de las fórmulas que barajaban hubiese sido un engendro no nacido de las urnas que constituía en sí mismo un estado de excepción. El nombre de Osorio aparecía día sí, día no, en los periódicos como «presidenciable». En su visita del 29 de junio debió de hablarlo con el Rey. Le aclararía, como hacía con políticos y periodistas: «Yo no he tenido arte ni parte, ni me he inventado lo del Gobierno de gestión, ni he movido un dedo postulándome para encabezar nada, ni he recibido llamada de nadie…, hasta el momento»[8]. Pero lo cierto es que, después de esa audiencia regia, cuando Osorio trataba del artificio de gestión o de concentración, incluía un nuevo elemento: «Además de implicar a todos los partidos políticos con representación parlamentaria, una vez conseguido el consenso se le debe exponer al Rey, que sabemos que lo va a aceptar»[9].

Con ese «sabemos que lo va a aceptar», o bien Osorio usaba el nombre del Rey en vano, o suponía y hacía suponer que el Rey estaba de acuerdo con tales maquinaciones, involucrándole en un juego peligroso que bordeaba la norma constitucional, donde las iniciativas para remover y para sustituir a un presidente del Gobierno tienen su protocolo bien acuñado y no se dilucidan en los restaurantes, ni yendo con «escuchitas» al Rey.

Meses después, el 22 de noviembre, era Fraga quien subía a La Zarzuela y en un «descargo de conciencia», que incluso llevó escrito para que constase ante la historia, le expuso al Rey un panorama catastrófico de España, un aguafuerte con negros nubarrones en todas sus esquinas: nacionalismos, empresas en ruina, terrorismo, paro, inmoralidad pública, disolución familiar… De Suárez, le dijo: «No tiene más política que la de ir tirando, y no puede afrontar los problemas graves nacionales desde la posición minoritaria en que está; por lo cual, señor, se hace necesario buscar cuanto antes soluciones de recambio». Le recordó que «sigue al frente del Gobierno el mismo hombre que Vuestra Majestad designó al comienzo de la Transición, a quien en todos los lugares se identifica como "el hombre del Rey"». Esta última frase martilleó sobre lo que ya era una preocupación obsesiva del monarca: que los yerros de Suárez no se volvieran contra él y contra la Corona.

Fraga informó también al Rey sobre lo que más resonaba por Madrid en aquellos momentos: «Un golpe que todo lo echaría a rodar»; una «apertura *a sinistra*»; «una coalición de UCD con PSOE o con PCE, que nada tiene que ver con los últimos resultados electorales»; «una disolución parlamentaria para aclarar las cosas»; y «la solución más lógica, que sería sumar los votos del centro y la derecha, la fórmula de la *mayoría natural*, que se hace en toda Europa, da plenas garantías contra un bandazo violento y podría relanzar la confianza en una nueva mayoría». Se ofreció «en nombre de CD y AP a cualquier sacrificio y colaboración que abra un nuevo período de actuación seria»[10].

Al terminar esa visita, el Rey llamó a Suárez y le dijo: «Fraga y Osorio están dispuestos a pactar contigo una *mayoría natural*».

Entre tanto, el 3 de diciembre Don Juan Carlos recibía en larga audiencia a Felipe González. En su facultad de arbitrio y moderación, desde hacía meses el Rey hablaba con unos y otros, escuchaba propuestas, discutía soluciones, movía los hilos, maniobraba.

En fechas recientes de octubre y noviembre, González, Guerra, Múgica y los hermanos Solana, la plana mayor del PSOE, parecían deshojar la margarita de un Gobierno de coalición con la UCD, dándole previamente un digno finiquito a Adolfo Suárez. En el Club Siglo XXI, con un llenazo de público burgués, Felipe González afirmó contundente: «Si el deterioro de la situación política y económica del país lo exige —y es muy difícil fijar objetivamente cuándo ha llegado ese momento—, los socialistas estaremos en la coalición, para gobernar… Ya dije, en la cuestión de confianza, que yo no me sentaría en un Gobierno *con* Suárez. Sólo la voluntad del pueblo o la de la Cámara pueden hacer que me siente en *su* lugar».

Y como aquellos días se comentaba con alarma el reciente golpe «a la turca» del general Kenan Evren en Ankara, silencioso y sin un tiro, González, apartando su postre de chocolate y pistacho, recordó, avisó o regañó a los comensales para hacerles caer en la cuenta de que el golpe

de Estado militar en Turquía se había producido «¡por la torpeza y la falta de sensibilidad de unos políticos que no han sabido medir cuándo el país ya no soportaba más!».

Dijo también que en el debate de confianza no había querido clavarle la estocada a Suárez, «adrede, me guardé la dureza». Y explicó: «En estos momentos, lo que se necesita no es una oposición que acogote, sino que ofrezca soluciones con sentido del Estado. Mantener acosado al Gobierno nunca puede ser beneficioso para el país. Una cosa es mostrar la desconfianza hacia el Gobierno y otra cosa es querer, por el bien de la nación, que el Gobierno gobierne y se haga respetar. Por eso, y que nadie se escandalice de lo que voy a decir: pensando en mi país, ¡prefiero un Gobierno de derechas… a un Gobierno que no existe!»

También en esos días, Felipe González visitó la casa de *ABC* y una periodista le hizo allí dos preguntas:

—¿Qué es eso de negarle la confianza a Suárez en la Cámara y, a vuelta de correo, acudir en su auxilio a La Moncloa? ¿Están ustedes gobernando ya en coalición sin declararlo al público?

—Cuando se recibe una llamada del presidente del Gobierno —respondió González— para resolver un problema de Estado, en este caso, las autonomías, es lógico pensar que si te llama es porque solo no puede resolverlo. Por responsabilidad, no debes decir que no.

La segunda cuestión intentaba echar luz sobre aquella frase de Felipe en la cuestión de confianza, que casi repitió en el Club Siglo XXI: «Esté usted seguro, señor Suárez, de que yo no me sentaré *con* usted en un Gobierno de coalición».

—Un Gobierno de coalición no es ni bueno ni malo para la democracia. Y si, por evitar que la democracia se destruya, el país necesita un Gobierno de coalición, pues… ¡habrá que arrimar el hombro entre todos! Yo pienso que antes o después del 83, antes o después de cuando sea el próximo proceso electoral, aquí se va a requerir el sacrificio de un Gobierno de coalición.

Todo esto lo había ido diciendo Felipe González en la primera semana de octubre[11]. Y en el mismo mes, varios socialistas habían almorzado con Osorio, otros con Herrero de Miñón, y otros con el general Armada. Era lógico que el Rey quisiera pulsar por sí mismo —no por los periódicos— las disposiciones de González y de su partido. Para él, eso no era injerir en la acción política, ni *borbonear*, sino *arbitrar*, lo cual, decía, «entra en mi sueldo». Pero ¡es tan tenue la frontera entre arbitrar y entrar en el juego!

Con Alfonso Armada también mantenía contactos. No eran audiencias en sentido estricto, sino charlas caseras de apariencia informal, en el refugio de montaña de la Familia Real en La Pleta, una urbanización en Baqueira-Beret, y cenas con larga sobremesa hasta las tantas en Baqueira o en Arties. Armada subía desde Lleida, siempre que el Rey le llamaba. Subía al atardecer por respetar las horas de esquí. Cenaban juntos y luego el general hacía noche en el parador de Don Gaspar De Portolá o en cualquier otro cercano.

Desde el invierno de 1980, como Armada había sido destinado a Lleida y la Familia Real solía ir a Baqueira cuando había nieve, tuvieron más ocasiones de estar juntos. «Yo subía desde Lleida a Baqueira muchas veces —escribió más adelante el general—, siempre que el Rey me llamaba. El 8 de febrero de 1980, por primera vez. Después, en la primavera, dos veces para cenar con el Rey. Una, en el hotel Montarto, nos acompañaba un extranjero que había alquilado

un helicóptero para desplazarse desde Zaragoza. La otra, estuvimos en la casa de La Pleta, entonces conocí ese modesto y simpático refugio de los Reyes. En el otoño de 1980, la nieve tardaba en llegar y los Reyes vinieron muy poco. Sólo subí una vez»[12].

Esos y otros encuentros, en Baqueira y en La Zarzuela, darían pie a influencias no inocentes, y ni siquiera un Rey estaba inmunizado para resistir a la tentación.

En el jalón de las visitas y las audiencias, importa decir que el general Armada tenía franquicia especial para entrar en La Zarzuela. Iba allí como uno de la Casa. Incluso, con más fácil entrada que cualquiera, porque durante veinticinco años había sido instructor militar, preceptor y consejero del príncipe Juan Carlos, y su secretario general desde que fue proclamado Rey.

Armada hubiese podido estar aquí el 23-F, con toda normalidad, como un día más —comentaría la Reina años después, recordando la vivencia del golpe de Estado en La Zarzuela—; podía haber venido a tomar café, ¿por qué no? Tenía confianza de sobra. Y si los golpistas esperaban encontrarle aquí como señal de que el Rey apoyaba el golpe, pues aquí podrían haberle encontrado… ¡facilísimamente!»[13].

El espía que entraba en La Zarzuela sin llamar

Desde que en 1977 Gutiérrez Mellado reorganizó los servicios de inteligencia y creó el CESID, se sucedieron tres directores en menos de tres años: José María Bourgón, Gerardo Mariñas y Narciso Carreras. Ninguno de ellos tenía la menor idea del complejo mundo del espionaje y de sus sofisticadas técnicas. En julio de 1980, ocupaba el puesto de director Narciso Carreras, un marino. Con toda dignidad y bonhomía, pero consciente de que su jefatura era interina y de que quienes realmente movían los resortes operativos de la casa eran el secretario general Javier Calderón y el jefe de Operaciones Especiales, José Luis Cortina. Como en todo servicio secreto estatal, su campo de acción no tenía fronteras, y bordear la legalidad era para ellos su manera habitual de moverse en lo gris.

Cortina, un cuerpo diminuto, una inteligencia inaudita y un rostro de los que se ven y se olvidan, como fabricado de encargo para un espía, era respetado por sus jefes y admirado por sus agentes. Capaz de montar un golpe de Estado haciendo creer que lo está desmontando, y en todo caso sin dejar huellas. O de secuestrar al Rey, burlando todos sus servicios de seguridad, escoltas y radioteléfonos de control, y manteniéndole como «rehén» durante tres horas en una sede del CESID. Habían hecho una apuesta y Cortina la ganó.

El comandante Cortina —*Thor*, dios del trueno, como alias secreto— era uno de los habituales informadores del Rey. Por supuesto, de sus visitas a La Zarzuela nunca quedaba rastro. Iba cuando tenía algo importante que transmitir. Sin pedir audiencia ni pasar por la caseta de control. Era el espía que entraba sin llamar. Él mismo reconocería que, durante el mes de febrero de 1981, el mes del golpe de Tejero, visitó al Rey en La Zarzuela once veces. Mucho que decirse, pues[14].

El Rey y él se conocían desde los años de la Academia General Militar, fueron compañeros de la XIV Promoción. Lazos jóvenes inolvidables que se mantuvieron con los años. Cortina

subía a palacio, desembuchaba lo nuevo interesante, y el monarca le oía sin parpadear. Cada año, entre Armada y Cortina organizaban para el Rey una cena informal entre compañeros de promoción, tapeando por Madrid. Había desde tiempo atrás un curioso triángulo de empatía entre el Rey, el general Armada y el comandante Cortina. La fidelidad de Cortina hacia Armada era parangonable a la de Armada hacia el Rey.

En la primavera de 1980, poco después de la moción de censura contra Adolfo Suárez, Cortina expuso al Rey una panorámica cruda de la situación:

—Tenemos un muerto por terrorismo cada dos días, queman banderas españolas todas las semanas, la economía no remonta porque el dinero es miedoso, el país vive desfondado, el agotamiento del Gobierno pesa, lastra… En el Parlamento, más que una censura ha habido un ensañamiento y Suárez ha quedado muy tocado del ala, sin moral para mantenerse en vilo. Sabe que tiene a todos en contra. No cuenta ni con la gente de su partido, ¡una jaula de grillos peleándose entre ellos! Pero nada de eso, con ser malo, puede desestabilizar el sistema. Sólo el separatismo: que la codicia de las autonomías históricas y la envidia de las que han salido de fábrica a última hora puedan desguazar la integridad territorial de España. Entonces sí que se movilizarían las Fuerzas Armadas, porque es su competencia. —Cortina solía hablar mirando al frente, como si leyera su discurso en el *teleprompter*. Y si el Rey no le interrumpía con alguna pregunta, continuaba recto por su raíl sin andarse por las ramas—. Entre los militares hay un… estado de cabreo, que sólo es preocupante cuando en sus reuniones sacan papeles, extienden planos y hablan en voz baja. Hay reuniones de generales y de coroneles juramentados; hay algunas movidas más o menos sobresaltadas, pero sin continuidad; hay iniciativas *locoides* tipo Tejero, pero no tiene unidades, no tiene gente; y hay un grupo que se reúne con cierta periodicidad, que va teniendo organización, y que podría estar maquinando una asonada, un golpe de mano, algo gordo, aunque tomándose tiempo. En ese grupo, además de unos cuantos coroneles del Estado Mayor, con buen cacumen, se ha detectado la presencia de varios generales, Iniesta Cano, Alvarado, Cabeza de Calahorra, Torres Rojas y el teniente general Milans del Bosch: si de la fase conspirativa pasaran a la acción, podrían darnos un serio disgusto en mayo[15].

Quizá Cortina exageró deliberadamente o pintó el cuadro de los golpistas de mayo con unos perfiles demasiado abruptos, lo cierto es que el Rey se quedó bastante preocupado. Ya despidiéndose, rememoró la expresión de Tarradellas de que «convendría corregir el rumbo con un buen golpe de timón». Tocándose la sien, agregó: «Pensaré algo, Majestad… pensaré algo». Se cuadró, inclinó la cabeza y salió de la estancia.

De los archivos del CESID, Calderón y Cortina desempolvaron un grueso dossier rotulado *Operación De Gaulle*, que se elaboró en 1977 y 1978, cuando dirigía el centro el general Bourgón. Contenía una compilación de informes y transcriptos de conversaciones en almuerzos, cenas y tertulias de políticos, empresarios, banqueros y directores de periódicos, organizadas por Luis María Anson en la Agencia EFE, por Carlos Ferrer Salat en la sede de la patronal CEOE o en domicilios particulares. Los comensales variaban, aunque siempre en el varillaje de los *very important persons* con capacidad de influencia y de incidencia social: banqueros como Emilio

Botín-Sanz de Sautuola, Carlos March, Alfonso Escámez, Luis Valls Taberner, Alfonso Fierro, Ángel Galíndez, Rafael Termes; hombres de empresa como Carlos Pérez de Bricio, José María Cuevas, José Antonio Segurado o el propio Carlos Ferrer Salat; políticos de centro y de derecha: Salvador Sánchez-Terán, Pío Cabanillas, José Luis Álvarez, Landelino Lavilla, Manuel Fraga, Alfonso Osorio, Carlos Argos, Gabriel Elorriaga… Invitados fijos en esas sobremesas eran los militares Faura Martín, y Peñaranda y Algar, miembros del CESID, cuyo cometido era escuchar para luego transcribir lo que allí se había hablado y, periódicamente, redactar un «análisis de situación».

El arco temporal en que se desarrollaron aquellos encuentros abarcaba los sucesos de la reforma política, la legalización del PCE y de los sindicatos, el cambio de régimen, la Constitución y el arranque de las autonomías. Y las conversaciones tenían un fuerte tono crítico hacia lo que algunos comensales consideraban «debilidades entreguistas de Suárez y su Gobierno», y se concretaban en una inquietud por la parálisis económica, el auge reivindicativo de los sindicatos y el riesgo de una deriva federalista de las autonomías. El cúmulo de todo aquel material, despachado «a espita libre», aun sin tener una urdimbre conspirativa, sí destilaba una atmósfera enrarecida contra la actuación del Gobierno. Con sinceridad o con hipocresía, nunca faltaban en esos coloquios ampulosas defensas de la Monarquía, como «el gran bien que hay que proteger».

Lo que Cortina y Calderón buscaban en ese mamotreto de papel no eran las conversaciones transcritas, sino unos folios añadidos en una carpetilla al final, titulados: «Estudio teórico sobre la posible aplicación en España de la *Operación De Gaulle*, como corrector del sistema desde el propio sistema».

El año anterior, en abril de 1979, estrenándose Rodríguez Sahagún como ministro de la Defensa, visitó el CESID, y fue entonces cuando se fijó en ese dossier. Lo hojeó por encima, mientras el director Bourgón le explicaba algo de su contenido, y al reparar en el título de la carpetilla adosada se puso muy serio.

—¿Qué significa esto de «corrector del sistema desde el propio sistema»?

—Es un ejercicio teórico, una de esas hipótesis de trabajo con que se calientan los sesos nuestros analistas —le respondió Bourgón, por no decir «no tengo ni idea».

—A juzgar por el peso, han gastado mucha sesera sus analistas haciendo esto. Envíemelo hoy o mañana al ministerio, quiero echarle un vistazo.

A la mañana siguiente, el dossier estaba en el despacho de Rodríguez Sahagún. Pero en el CESID quedó otra copia.

Suárez quiso leer algunas de las conversaciones. No eran lindezas las que ahí se decían de él. Le confirmó la animosidad que suscitaba entre los gerifaltes del capital y la hostilidad manifiesta de los directores de periódicos. Pero tanto a él como a Rodríguez Sahagún les preocupó la carpetilla: el recurso a un golpe militar para corregir el sistema, como corolario de lo dicho en todas esas cenas y comidas.

Citó a Anson y le llamó al orden muy severamente. No le cesó como presidente de EFE, pero le dijo con todas sus letras que una agencia nacional de noticias no podía seguir siendo un nido de conspiradores[16].

Por su parte, Rodríguez Sahagún hizo una limpieza drástica en la central de inteligencia: Juan María Peñaranda y Algar abandonó el servicio y se reintegró a la XII Brigada Acorazada de El Goloso como jefe del Batallón de Transmisiones y Zapadores; a Faura Martín se le invitó a pedir otro destino militar; y el director Bourgón López-Dóriga cesó de un modo discreto y consolador: ascendido a general de división, fue destinado bastante lejos, a la Comandancia General de Melilla[17].

Calderón y Cortina se enfrascaron en la lectura de la carpetilla «Estudio teórico sobre la posible aplicación en España de la *Operación De Gaulle*, como corrector del sistema desde el propio sistema».

Era una previsión «teórica» por si hubiese que remover de su puesto al presidente del Gobierno, por medio de una intervención militar correctora, sin violencia ni derramamiento de sangre, y sustituirle en el cargo por otro presidente no salido de las urnas. Para ello, era necesario generar un pretexto grave, simular una situación nacional de emergencia, una amenaza ficticia, que justificase «lícitamente» tal acción *manu militari*. Habría que provocar un estado de alarma, inventar una violación de la Carta Magna o un atentado contra alguna institución del Estado: un «supuesto anticonstitucional máximo» (en el argot, un SAM), que demandase un recurso a las Fuerzas Armadas a fin de forzar la renuncia o el cese del presidente Suárez, y conseguir la designación de un nuevo jefe de Gobierno. Todo en un mismo acto ensamblado y conjunto.

El estudio proponía, pues, un objetivo real: destituir a Suárez; pero utilizando engañosamente la coacción del Ejército al fingir una situación de peligro inexistente.

«Así fue la *Operación De Gaulle*…», seguía el texto del CESID.

No. Así no fue la *Operación De Gaulle* en la que éste se inspiraba.

No cabía comparación entre la España de 1980 y la Francia de 1958. El país vecino vivía en aquellos momentos en una depresión moral, económica y nacional tras la derrota francesa de Dien Bien Phu, la pérdida de Indochina, y la independencia de Marruecos y de Túnez; libraba la guerra de la independencia de Argelia y el Ejército se hallaba dividido por esa cuestión; y una tremenda polarización política enfrentaba entre sí a los ciudadanos. Además, la inestabilidad de la Cuarta República hizo que el presidente René Coty tuviera que cambiar de jefe del Gobierno tres veces en el último año…

En la *Operación De Gaulle*, cuyo código secreto era *Operación Resurrección*, la amenaza de golpe de Estado, de intervención del Ejército y de toma militar de París y otras ciudades francesas fue real. No una ficción. Los generales Jacques Massu y Raoul Salan, que comandaban las tropas francesas en Argelia, enviaron al presidente de la República un telegrama de advertencia, y después una carta con carácter de ultimátum, exigiendo la dimisión del primer ministro Pierre Pflimlin, amenazando con una sublevación militar si en un plazo de dos semanas el general Charles de Gaulle no era llamado a presidir el Gobierno.

Los conspiradores gaullistas no pretendían tomar el poder por la fuerza —«no hay que tomar el poder, basta con recogerlo», decía altivamente De Gaulle—; pero ¿acaso no era una fuerza coactiva la amenaza de un golpe de Estado? En esas condiciones, René Coty citó a los líderes políticos de diversos partidos y, excepto los grupos minoritarios radicales, socialistas y comunistas, la mayoría de los diputados aceptó el regreso de De Gaulle como «salvador de la

patria» y le ofreció la presidencia del Gobierno con plenos poderes para elaborar una nueva Constitución, que derogaría la Cuarta República e instauraría la Quinta con él como presidente.

Eso sí, pese a ser una gravísima injerencia militar en las instituciones políticas, la «entronización» del general De Gaulle se revistió con los solemnes protocolos de la legalidad republicana. El 1 de junio de 1958, De Gaulle fue votado e investido primer ministro en la Asamblea Nacional.

Para aplicar la fórmula De Gaulle en España, el único punto de coincidencia era que en Francia los militares, los políticos y muchos ciudadanos de a pie querían echar al jefe del Gobierno Pierre Pflimlin e imponer al general De Gaulle; y que en España los militares, los políticos y muchos ciudadanos de a pie, o de trono, querían echar al jefe del Gobierno Adolfo Suárez. Todo lo demás habría que fingirlo, simularlo, inventarlo, o… provocarlo. Por supuesto, guardando las formas de la legalidad constitucional.

Cortina expone al Rey la *Operación De Gaulle*

Transcurridos unos diez días desde su visita anterior, el comandante Cortina volvió a ver al Rey. Fue entonces cuando le habló de la *Operación De Gaulle*. Le puso en antecedentes del grueso dossier elaborado en el CESID, que Suárez y Rodríguez Sahagún conocían. Y le dijo que esa *Operación Resurrección* a la francesa sólo muy remotamente podía servir de pauta.

—Bueno, ellos procuraron hacer las cosas legalmente, sin cargarse las fórmulas de su Constitución —dijo el Rey—; y aquí, se haga lo que se haga, tiene que hacerse así, sin salirse un milímetro de la Constitución.

—En nuestro caso, tenemos un hecho objetivo y un hecho circunstancial. —Cortina, sentado esta vez frente al enorme lienzo del gigante de Dalí, en el despacho del Rey, clavó sobre el óleo su mirada todo el tiempo de su disertación—. El hecho objetivo es que conviene a España que Suárez deje la presidencia del Gobierno. Conviene y, menos su familia y allegados, lo desea todo el mundo. Esa coincidencia general en querer la salida de Suárez es un factor nada desdeñable y facilitará muy mucho la operación. Y el hecho circunstancial es el posible golpe duro militar del 2 de mayo. Nos emplaza en el tiempo, nos obliga a actuar antes para neutralizarlo; pero a la vez nos sirve en bandeja la amenaza, la situación de peligro nacional, el supuesto anticonstitucional máximo que justificaría cualquier operación política «extraordinaria».

Para que los golpistas de mayo no entraran en acción, había que adelantarse un mes, mejor cuarenta días, con un antídoto, un contragolpe que saliera al paso de sus preocupaciones satisfactoriamente, y los dejase sin motivos para un alzamiento, quietos y «en su posición, descanso». ¿Qué antídoto satisfactorio? El golpe de timón, el corrector del rumbo: la dimisión de Suárez y… la formación de un nuevo Gobierno «especial» con un presidente también «especial».

Cortina abrió su portafolios, delgado, de color tabaco y con cierre de cremallera. Mientras sacaba unos folios y varias cuartillas sueltas, comentó casi en un susurro que había hecho «unas consultas jurídicas, constitucionales, en abstracto», y estaba «pendiente de otras más concretas», y siguió su exposición:

—Suárez está en su tiempo de ejercicio legal hasta marzo del 83 —siguió Cortina—. Puede atornillarse al sillón si le da la gana. De no producirse un accidente físico, sólo hay dos modos de provocar su desalojo: que en el Parlamento presenten contra él otra moción de censura, y esta vez la pierda; o que se marche por su propia voluntad. ¿Esto es posible? Esto es difícil, porque él se crece ante los cuernos del toro; pero no es imposible. Podría haber un plante compacto de sus barones y una petición firme… He oído que van a encerrarse juntos en algún lugar fuera de Madrid para poner las cuentas en claro. Ahí podría ocurrir algo. O quizá le organicen un cotarro los críticos en el próximo Congreso de UCD. Al parecer habrá más de una lista en competencia. Pero cabría también… —Cortina hizo una pausa, escogió una de las cuartillas que había sacado y leyó—: «Que Su Majestad el Rey jugase una carta, más allá de los poderes que le confiere la Constitución, pidiendo al presidente del Gobierno *privadamente*, con suave persuasión, su renuncia al cargo…»

El Rey frunció el ceño:

—Yo eso podía pedírselo a Carlos Arias, porque le había nombrado yo, y aun así no fue nada fácil. Y a Adolfo en el primer Gobierno, porque también le había designado yo. Pero desde las elecciones del 77, nanay.

—Bueno, exponiéndole la amenaza de que un puñado de fanáticos estén dispuestos a la voladura del sistema que él mismo ha construido, cabe una apelación a su sentido del Estado, a su patriotismo como gobernante, a la grandeza del sacrificio personal de una retirada, por el bien del país. Incluso, la concesión de un cargo de eminencia, un título nobiliario, una salida digna de su persona y de su historia…

—Sí, puedo hacerle una sugerencia… ¿cómo has dicho antes?, ¿con suave…?

—«Con suave persuasión». Él suele decir «me bastaría que el Rey me hiciera un gesto, un guiño, para salir por la puerta inmediatamente».

—Me parece más lógica la moción de censura; pero… y después, ¿quién?

—Exacto, ése es el meollo de esta operación. Quitar a Suárez, ¿para poner a quién? Si de lo que se trata es de parar en seco y cortocircuitar a los que preparan un gran golpe contra el sistema, el candidato que sustituya a Suárez no puede ser Felipe González, aunque le correspondería como líder de la oposición y es un hombre que tiene peso político, pero todavía está inmaduro, muy pegado al socialismo republicano, al populismo de izquierdas, a la pana… Sería una transición demasiado drástica. No tranquilizaría ni al Ejército, ni a la banca, ni a la Iglesia, ni a la gente más moderada. Esa moción de censura tendría que hacerse planteando a un candidato de otro perfil… Alguien que suscitase respeto, credibilidad, confianza, seguridad, que se le viera como a la persona capaz de empuñar el timón y dar el viraje. Como dije antes: un hombre especial para una situación especial.

Cortina apuntó ya la conveniencia de que fuese «una persona con prestigio, solvente, con *auctoritas* personal, independiente de los partidos y de la política… que podía ser tanto un civil —catedrático, economista, empresario—, como un militar demócrata». Y puesto que debía ser investido en el Congreso, lo prioritario era conseguir que lo aceptasen al menos 234 diputados, es decir, los dos tercios de la Cámara que tendrían que darle su voto.

Sin entrar en detalles, y siempre con la muletilla de apoyo «en opinión de nuestros analistas»,

expuso que la operación tendría tres fases sucesivas.

En la primera, se trataría de lograr que los dirigentes políticos y la gente de la calle tomasen conciencia de que se cernía la amenaza de un golpe de Estado, y que podían estar en juego la democracia y el sistema de libertades. Eso, en sí mismo, generaría un estado de alerta, incluso de alarma, favorable a la hora de aceptar una solución extraordinaria como sería un presidente del Gobierno extraparlamentario, porque probablemente no sería siquiera diputado ni senador. En esta primera fase, los periódicos podrían ser una bocina de gran importancia para crear ese estado de opinión.

En la segunda, habría que propiciar entendimientos personales entre los miembros de los partidos, que entonces estaban muy enconados, de modo que, llegado el momento, se pudiese componer un Gobierno de concentración, o de gestión, o de gran coalición, o de unidad; en todo caso, transicional. Este Gobierno tendría que trabajar mucho y en poco tiempo, pues debía garantizar que en 1983 se celebrarían las elecciones. Su cometido sería nada más y nada menos que sacar el país del atolladero: dureza a fondo contra el terrorismo, freno a la dinámica centrífuga de las autonomías y saneamiento estructural de la economía. Precisamente porque debía tomar medidas fuertes, incluso impopulares, era necesario que todos los partidos parlamentarios estuviesen comprometidos con ese Gobierno de transición y le dieran su respaldo.

En la tercera fase, cuando ya los líderes políticos hubiesen llegado a un acuerdo sobre el «hombre especial», la prensa podría volver a jugar un gran papel de marketing informativo, dando a conocer los rasgos y las virtualidades positivas de ese presidente in péctore.

El Rey había escuchado en silencio, sin salir de su asombro porque aquello estuviese ya tan ensamblado y tan estructurado en la mente de Cortina o, según él dijo, en la de sus «analistas». No opinó, sólo hizo unas advertencias:

—Todo dentro de la Constitución. Ni media coacción, ni media violencia. Y, aunque yo hablaré con el presidente Suárez… «con suave persuasión», sinceramente no creo que acceda a irse así como así. Por tanto, situados en el escenario de una moción de censura, lo que veo casi imposible es que estén poniéndose de acuerdo todos los diputados para votar en su contra, y a favor del que sea… y Adolfo, con todas sus antenas disparadas y sus radares de punta, y sin enterarse.

—Por supuesto, la censura tendría que pillarle en la ducha, y toda la negociación de votos debe hacerse muy sigilosamente: entiendo que es difícil hablar uno a uno con trescientos cincuenta tíos sin que haya filtraciones; pero tiene que ser, más que una operación discreta, una operación secreta.

Ese mismo día, a última hora de la tarde, el Rey comentó con Sabino Fernández Campo cuanto le había dicho el comandante Cortina.

A Sabino también le sorprendió que los del CESID tuviesen tan urdida ya la operación. «Prácticamente nos la dan hecha», dijo con cierta sorna. Y como notó al Rey bastante interesado y motivado, se permitió deslizarle un consejo:

—Es una jugada política de gran magnitud, pero es una jugada política. Cuanto más al margen se quede Su Majestad, mejor. Y sería bueno que todo eso del «independiente

extraparlamentario» tuviese una buena fundamentación jurídica.

Sabino: «¡Por fin el Rey se ha caído del burro con Suárez!»

Poco después, el 5 de julio, tras visitar al Rey en La Zarzuela, Jaime Carvajal anotaba en su diario: «Encontré al Rey físicamente bien, más distanciado de Suárez y pensando en la posibilidad de un *independiente* (¿?)»[18].

También en julio, el general José Ramón Pardo de Santayana, fue a La Zarzuela para charlar un rato con Sabino Fernández Campo. Eran compañeros y amigos, y habían coincidido en palacio desde 1976 hasta 1979, mientras Pardo de Santayana era el jefe de Estado Mayor del Cuarto Militar del Rey. Solían intercambiar información y «ponerse a la última». En esa ocasión, Sabino le dio una sorpresa:

—José Ramón, ¡cuántas veces hemos comentado que no nos gustaba nada que el Rey estuviese tan amigado con Suárez…! Bueno, pues por fin el Rey se ha caído del burro.

—¿Qué ha pasado?

—No ha sido una cosa así, concreta, sino una sucesión de fallos, o de ir demasiado por su cuenta… El Rey ha estado muy condicionado por Suárez, influido por Suárez… hasta que se ha dado cuenta de que, desde hace algún tiempo, no está en lo que debe estar, o no tiene iniciativas, o se le han gastado las pilas. Sin quitarle ningún mérito a toda su gestión anterior; pero hay que vivir en presente, y al fin se ha dado cuenta de que Suárez ya no es el hombre que España necesita en estos momentos.

—¿Y qué puede hacer el Rey? No tiene los resortes de antes: quito, pongo…

—El Rey está pensando muy en serio que convendría que Suárez no siguiera. La solución es que se forme un Gobierno de concentración nacional o de coalición, presidido por un independiente. Ya hay una operación en marcha. ¿Quién te parece a ti que puede ser el presidente?

—¡Sabino, por Dios, no me hagas pensar! Yo de política ni sé ni quiero saber. No estoy en eso…

—Dada la situación, el presidente tiene que ser un militar.

—¿Un militar…?

—Armada.

—¡Ah, caramba!… Entonces, sí. Ése sí, porque es una persona que sabe de política, ha tenido mucha relación con políticos, lo ha hecho bien al lado del Rey, es muy inteligente… Y encima es gallego, una ventaja para saber por dónde vienen los tiros. Sí, Armada me parece bien.

—Pues mira, no lo cuentes, pero eso está hablado con muchos políticos. Hasta los socialistas estarían de acuerdo, aceptarían estar en un Gobierno presidido por Armada[19]. Y todos los líderes políticos acabarán entrando, porque se les pide que arrimen el hombro, sí, pero se les ofrece participar ya del poder, y a nadie le amarga un dulce.

De modo que, aparte de Sabino —que era miembro de la Casa—, dos testigos fiables y no concernidos, como el financiero Carvajal y Urquijo y el teniente general Pardo de Santayana, permiten afirmar que la primera noticia de un Gobierno de concentración, presidido por un

independiente, y que éste fuera el general Armada, se dio en La Zarzuela y muy temprano, en julio de 1980, cuando Suárez todavía no había renovado el Gobierno de septiembre, ni había planteado y ganado su cuestión de confianza. «El Rey se había caído del burro…» Chusca expresión que describía el desencanto regio, la pérdida de confianza, el hastío, junto a la necesidad de pasar página y cambiar de protagonistas. En adelante, hiciera lo que hiciera Suárez, su ciclo político había terminado para el Rey.

Suárez, como bien describía Don Juan Carlos, «con todas sus antenas disparadas y sus radares de punta», conocía desde hacía meses los alientos a un golpe por parte de Emilio Romero, Josep Tarradellas, Luis María Anson, los tenientes generales Milans del Bosch, Merry Gordon, González del Yerro, Campano López; los generales Torres Rojas, Alvarado, Armada…; un grueso de los jefes y oficiales del Cuarto Militar del Rey; y el recién creado colectivo Almendros: una cofradía de personajes significados; la firma épica del teniente general De Santiago y Díaz de Mendívil; y un redactor de prosa tronante, el general Cabeza de Calahorra.

Había ordenado seguir la pista de aquel recado que Javier Pradera le envió desde *El País:* «Dentro del PSOE se está discutiendo la posibilidad de llegar a un acuerdo con los militares para quitar a Adolfo del poder, y eso si cuaja puede llegar a ser un golpe de Estado». Y Juan José Rosón, Andrés Cassinello y Francisco Laína le tenían al tanto de unos contactos atípicos entre la plana mayor socialista y militares del antiguo SECED y del nuevo CESID. Cuando tuvo algo más que indicios, soltó al aire el pistoletazo de denuncia ante el séquito de periodistas que le acompañaba en su viaje a Lima en los días últimos de julio:

—Conozco la iniciativa del PSOE de querer colocar en la presidencia del Gobierno a un militar. ¡Es descabellada![20].

La *Operación De Gaulle* estaba en marcha y bien engrasada. A La Zarzuela empezaron a llegar documentos, estudios jurídicos, políticos. Un informe de Laureano López Rodó sobre la «posible reforma del título octavo de la Constitución, armonizando los elementos de descentralización, cohesión y solidaridad en el Estado de las autonomías». Otro estudio, sobre «los modelos europeos de Gobierno de coalición con un partido bisagra», exponiendo la fórmula alemana de una gran coalición —*Große Koalition*—, aplicable en España si se coaligaban la UCD y el PSOE, con distintas opciones de apoyo, que equivaldrían a la «bisagra»: los diputados de CD-AP, o las minorías catalana y vasca, o el plus de un grupo de élite, personajes prestigiosos independientes a título personal, sin diputados, ni base militante, ni estructura de partido.

El CESID entregó un diseño de la *Operación De Gaulle* adaptada a las circunstancias españolas. Era lo que Cortina había expuesto ante el Rey. Subrayaba el papel alarmista que podrían jugar determinados periódicos, si se les proporcionaba un suministro informativo estimulante. Y proponía dos nombres para el candidato «independiente»: un civil, José Ángel Sánchez Asiain, por ser hombre de empresa, financiero, con una vasta agenda de relaciones en todos los campos sociales, y vasco, estudioso conocedor de sus tradiciones, sus valores y su historia. Y un militar, el general de división Alfonso Armada Comyn, marqués de Santa Cruz de Ribadulla, de perfecto engarce con La Zarzuela, el Ejército, las púrpuras eclesiásticas y el poder económico; prudente, honesto y nada amigo de aventuras; puente entre el poder civil y el militar,

que podría ser «hombre de encuentro» entre las distintas tendencias políticas, sin sesgo hacia ninguna. Además, el ser militar podría favorecer el final de ETA, ya que ETA sólo quería «dialogar con un alto mando del Ejército».

«En su momento, si fuese necesario, por España y por la Corona, Armada estaría dispuesto al sacrificio de perder su condición militar para tomar las riendas de la gobernación del país». Esta última afirmación translucía que Armada ya había sido sondeado y daba su consentimiento[21].

La prueba del nueve llegaría aquel mismo verano:

Armada me envió un informe secreto, apócrifo, muy crítico contra la gestión de Suárez para que lo viera el Rey —explicó Sabino años después—. Me dijo que no lo había hecho él, que él era sólo el buzón, y que el escrito procedía «del Alto» [el servicio informativo militar del Alto Estado Mayor]. Describía la situación política del país y, entre las posibles soluciones para encauzar los problemas pendientes, se apuntaba la fórmula de una moción de censura pactada y un presidente *neutral*: un civil, independiente y prestigioso, o un general demócrata y monárquico. ¿Por qué los redactores de ese informe secreto destinado al Rey no lo envían a Zarzuela sino a Armada, que está destinado fuera de Madrid, en la División de Montaña Urgell IV, de Lleida? Sin duda, porque Armada late en el fondo de ese texto, y eso les garantiza que llegará a manos del Rey[22].

Armada ya le había dicho al Rey varias veces: «Señor, es necesario de todo punto que tengáis una línea caliente que os informe sobre estados de ánimo y planes golpistas militares. Eso podría cubrirlo yo mismo si me destinaran al Estado Mayor del Cuartel General del Ejército, en el puesto de segundo jefe que va a quedar libre». Suárez se negó en redondo a ese nombramiento cada vez que el Rey se lo propuso. Pero, en cuanto Suárez dimitió, al Rey le faltó tiempo para dar luz verde al deseo de Armada, porque también él quería tenerle cerca[23].

Sabino cuenta la *solución Amada*

Sin embargo, todavía faltaba el documento clave que se pronunciara sobre la licitud constitucional de la *Operación De Gaulle* a la española.

Felipe González, Gregorio Peces-Barba y Enrique Múgica invitaron a comer a Sabino en La Gran Tasca, un mesón típico de la madrileña calle Santa Engracia, cerca de la sede del PSOE. Mientras picoteaban unos aperitivos le preguntaron qué había de cierto en los rumores de golpes militares, cuántos había en marcha o en fase conspirativa que tuviesen cierta entidad. Sabino se salió por la tangente: «Rumores hay cientos… pero yo no sé nada concreto de golpes, ni de quiénes están detrás; si yo supiera nombres y lugares de reunión, lo habría denunciado». No obstante, ellos insistieron en que al menos había dos dispositivos golpistas: el de Tejero con «la banda borracha» y «el de los generales»[24].

Estaban bastante informados de lo que se cocía. Vislumbraban la caída de Suárez si ellos cooperaban en una moción de censura, y la puerta abierta a su entrada en el Gobierno «del brazo de otros». Aunque durante un rato jugaron a amagar y no dar, con medias palabras y sobreentendidos, llegó un momento en que se habló en plata. Felipe dejó claro que él prefería esperar a las elecciones y entrar en La Moncloa por la puerta grande, a adelantarse un año o dos

y entrar «en mogollón»; pero que las cosas estaban muy mal, muy mal… y él era un político con sentido de España y con sentido del Estado; por tanto, estaba dispuesto a meterse debajo del paso, como un costalero más, y arrimar el hombro en un Gobierno de concentración que presidiera otro… por supuesto, no Suárez. Otro con un programa concreto y un tiempo tasado. Aquí bromas macabras de generales vitalicios, ni media más.

Entonces Sabino se mojó y lanzó un nombre entre interrogantes:

—¿El general Armada…?

No vio caras de sorpresa en ninguno de los tres socialistas.

—La figura del general Armada —dijo Felipe—, aunque personalmente no le conocemos, podría ser bien aceptada por nosotros.

—Pues a mi modo de ver —contestó Sabino—, la voluntad del Rey es que ese Gobierno de muchos, de cuantos más mejor, se forme en tiempo breve.

Sabino los vio muy interesados. Como si se acordara en ese instante, añadió:

—Claro, previamente habría que tener la seguridad jurídica de que eso es constitucional; no se ha hecho nunca con esta Constitución, y convendría disponer de un estudio riguroso antes de dar ningún paso[25].

Quizá por la sugerencia de Sabino de «disponer de un estudio riguroso», desde el PSOE le pidieron a Carlos Ollero, catedrático de Teoría del Estado y de Derecho Constitucional, un informe sobre la licitud de investir a un candidato extraparlamentario. Ollero era simpatizante del PSOE y ya les había echado una mano en otras ocasiones. Había sido senador real constituyente y mantenía buena relación con el Rey. Aunque estaba en Cádiz veraneando, se puso a la tarea. Ese informe podría haberlo hecho el propio Peces-Barba, padre de la Constitución, pero los socialistas preferían «una mano blanca imparcial». Un par de veces en la primera quincena de agosto, Peces-Barba y Múgica le apremiaron: «Carlos, ¿has hecho ya las gestiones con Marivent?» Esas gestiones consistían en que Ollero, con su informe pericial en mano, tenía que darle garantías al Rey de que el Congreso podía destituir a Suárez y poner en su lugar a un presidente designado al margen de los partidos, un independiente, que formase un Gobierno transitorio de gestión o de salvación nacional[26]. Mediado agosto, el informe llegaba a Armada, y no a La Zarzuela ni a Marivent… extraño zigzag. Armada metió en un sobre los cuatro folios y medio mecanografiados, y sin explicar de dónde procedían ni cómo le habían llegado a él, se los remitió a Sabino: «Recibirás un documento —le dijo Armada—, para que se lo pases a Su Majestad. Es la fórmula de la destitución de Suárez, o de moción de censura, con la propuesta de un candidato neutral, apartidista, un catedrático, un historiador, un economista, un militar demócrata… Alguien relevante y con prestigio social, que no tiene por qué ser diputado. Lo razona jurídicamente un importante constitucionalista español».

El texto exponía cómo se engarzaba esa propuesta en el articulado previsto por la Constitución para cambiar al presidente del Gobierno sin necesidad de nuevas elecciones. Se indicaban dos vías: la de la moción de censura, con un candidato alternativo, su propuesta al Rey y la posterior investidura de éste si conseguía los votos favorables de dos tercios de la Cámara; y otra no constitucional, por la que el jefe del Estado, «dadas las graves circunstancias nacionales»,

usaría su misión arbitral y propondría a la Cámara a un presidente no parlamentario para que fuese investido por los diputados y que en torno a él se nucleara un Gobierno de unidad nacional. Era un calco de la *Operación De Gaulle*, en la que también Ollero se inspiraba. La primera vía podía ser formalmente lícita, aunque no moralmente, porque desmesuraba —más bien, inventaba — el «estado de necesidad». Pero la segunda ponía al Rey y a todo el Parlamento extramuros de la Constitución.

El autor de los folios argumentaba también —aunque Sabino no lo había pedido— que, dada la penosa y grave situación política, económica, social y de agresión impune del terrorismo, y el desgaste del presidente Suárez, superado por los hechos, éste debía o bien ser destituido, o bien formalizarse una censura al Gobierno, con la propuesta alternativa de un personaje —entre líneas se leía el perfil de Armada— que, transcurridos cinco días, sometería su programa a los diputados y saldría elegido si obtenía los dos tercios de los votos de la Cámara. Y subrayaba la conveniencia de que, el candidato investido compusiera un Gobierno en el que estuviesen representados todos los partidos o grupos parlamentarios. Asistido por ese masivo respaldo legislativo, ese Gobierno podría actuar con la fuerza necesaria para desembarrancar al país. Y después, convocaría nuevas elecciones generales.

Ya desde febrero de 1980 —rememoraba Sabino—, cuando Armada fue destinado a Lleida, se reanudaron sus contactos con el Rey. Se veían en Madrid, él venía a La Zarzuela; o se veían en Baqueira, porque Armada subía a cumplimentarle desde Lleida, y esos encuentros resultaban naturales. Pero es a partir de ese escrito cuando Armada va acariciando más y más la idea de ser presidente.

El general Armada llamaba constantemente a La Zarzuela advirtiendo al Rey de que el cambio político del Gobierno Suárez estaba siendo demasiado radical, que el Ejército estaba muy molesto y que en el camino de la democracia había que ir con cuidado. Le insistía en que podía haber una debacle, porque a él le llegaban noticias de varios golpes, y era necesario abortarlos con un buen golpe de timón, de impronta constitucional. Y le reiteraba lo de la «fórmula hábil», la moción de censura. En cada llamada, le daba novedades de diputados de distintos partidos que iban decantándose a favor de un Gobierno de salvación, de todos y de nadie. Por lo que el Rey me comentaba, yo deducía que Armada en persona realizaba esas labores de captación; pero, estando como estaba casi en el Pirineo, debía de tener gente en Madrid moviéndose en su misma línea, haciéndole la campaña[27].

Así era. Desde el CESID, Calderón y Cortina crearon para Armada un *staff* político y de enlace que, además de tenerle informado, le alfombraba el terreno, proporcionándole contactos explicativos con parlamentarios; diseñando marketing sobre la operación y sobre el personaje Armada ante empresarios y banqueros, haciéndoles ver las futuras ventajas; suministrando información «tóxica» a periodistas bien seleccionados en casi todos —o todos— los periódicos, para que fuesen soltando *spray* de «golpismo a la vista», y resaltasen de vez en cuando el nombre de Armada entre un listado de posibles «generales de prestigio» o de «independientes aceptables por los poderes fácticos».

Integraban ese *staff* el propio José Luis Cortina, su hermano Antonio, del cuerpo jurídico militar y miembro fundador del Gabinete de Orientación y Documentación, S. A. (GODSA), una

especie de *think tank* de ideas y estrategias creado en torno a Fraga antes de que en España estuviesen autorizados los partidos, donde cooperaban gentes próximas a éste y no lejanas a los servicios de inteligencia: Rafael Pérez Escolar, Florentino Ruiz Platero, Carlos Argos, Félix Pastor Ridruejo, Manuel Monzón, Gabriel Elorriaga, Gabriel Cisneros…

Muy pronto, Miguel Herrero de Miñón empezó a tener una conexión directa y fluida con Manuel Fraga, que se intensificó llamativamente desde que fue elegido portavoz de la UCD. Y en esos meses de otoño e invierno, hizo su labor de zapa ganando adeptos para la *Operación De Gaulle*, incluso cuando no tenía un rostro como mascarón de proa. Era una causa que le motivaba doblemente: acabar con Suárez y reencauzar la marcha política. ¿Con un militar al frente del escuadrón? ¿Por qué no?

Miguel Herrero habló con diputados de todos los signos, especialmente «jóvenes turcos» y democristianos de la UCD. Tenía dos instrumentos persuasivos: con unos empleaba su brillante elocuencia; con otros utilizaba algo más mercurial: «Tengo dinero para una operación política de mucho alcance». La patronal CEOE, a través de José Antonio Segurado, le respaldaba económicamente en gastos derivados de reuniones, almuerzos y viajes, y también para estipendiar la dedicación a la causa de quienes quisieran cooperar. En una de sus captaciones, preguntó por la directa al diputado Joaquín García Romanillos: «¿Cuál es tu precio?» Ante la cara de estupor de García Romanillos, Miguel le aclaró: «No intento comprar tu alma, Joaquín, sólo tu tiempo. Aparte de tu sueldo de diputado, ¿cuánto necesitas para vivir, sin dedicarte a otro asunto que a esta operación?»[28].

En sus charlas con el Rey —comentaba Sabino años después—, Armada defendía la estrategia de «un Gobierno de amplia coalición para hacer frente a un posible golpe militar». Y aunque dijera «presidido por un independiente, un apolítico, un neutral», él aspiraba y se ofrecía claramente a ser ese apolítico neutral, con Felipe González de vicepresidente.

¿Y el Rey? Al Rey no le parecía mal la *solución Armada*, en un momento tan difícil, con un Adolfo Suárez muy criticado y desprestigiado, aunque hasta entonces había sido tan eficaz. Lo que se barajaba, considerando que Suárez estaba quemado y desanimado, era un cambio de Gobierno pacífico. Y configurar ese Gobierno de concentración en torno a un hombre de confianza como era el general Armada, que sirviera de intermediario entre esta situación y la nueva, pues… era posible[29].

Ignorar el mandato de las urnas, darle al Rey la facultad de la destitución, convertir la Cámara en un foro de adhesión… ése era el camino de despropósitos —con o sin golpe duro, con o sin tricornios— que se había iniciado a partir de un Rey «caído del burro», o decepcionado por su jefe de Gobierno, o temeroso de que la ineficacia de un gobernante perjudicara su Corona; a partir de unos informes que trastocaban el espíritu y la letra constitucional; a partir de un PSOE demasiado ansioso por llegar al poder; y a partir de un general Armada imbuido de su misión de salvapatrias.

Felipe al Rey: «¿Qué pinta Armada en todo esto?»

Después de la comida con Sabino en La Gran Tasca, la dirección del PSOE se remangó para

la tarea. El último día de agosto, domingo 31, Enrique Múgica, número tres en la dirección del PSOE y presidente de la Comisión de Defensa en el Congreso, se presentó a media mañana en el domicilio privado del *president* Jordi Pujol, en Premià de Dalt. Lo contó el propio Pujol: «Fue una conversación de dos horas. Múgica me expuso la necesidad de apartar a Adolfo Suárez de la presidencia del Gobierno para salvar la democracia. Me planteó la posibilidad de forzar la dimisión de Suárez, poniendo al frente del Gobierno a un militar de mentalidad democrática. Mi respuesta fue de desacuerdo total. Le dije con fuerza que ni hablar, que eso era antidemocrático. Aquella visita me hizo ver que los socialistas, o buena parte de los socialistas, tenían una prisa muy grande por llegar al poder»[30].

Múgica, en su tarea de conseguir votos para la investidura del «militar de mentalidad democrática», como encargado de relaciones sociales en el PSOE, mantuvo también un encuentro en octubre con el parlamentario de CiU, Miquel Roca i Junyent. Almorzaron en la Casa dels Canonges, sede de la Generalitat de Catalunya[31].

El 22 de octubre, y aprovechando que se celebraban unas elecciones sindicales, Enrique Múgica y su compañero socialista catalán Joan Reventós, fueron a Lleida.

El alcalde Antoni Siurana, también socialista, había simpatizado pronto con el gobernador militar, Armada, y colaboró con él facilitándole la traída de aguas para unas dependencias militares de la zona. Con ese y otro motivo, almorzaron y cenaron, solos o con sus esposas, en diversas ocasiones.

El 22 de octubre por la mañana, le telefoneó al Gobierno Militar:

—Alfonso, soy Antoni Siurana, ¿dónde almuerzas hoy?

—En el pabellón, en casa, con Paquita, mi mujer.

—Verás, han venido unos amigos, y creo que te gustará conocerlos, ¿quieres venir a comer a casa? Será una comida de hombres solos, sin mujeres. Paso a recogerte a las dos y te llevo a mi casa, que aún no conoces.

Armada se cambió el uniforme por un traje de paisano. Y una vez en casa del alcalde conoció a los «invitados sorpresa», Múgica y Reventós. Marisa, la mujer de Siurana les ofreció una copa de aperitivo y luego los dejó solos, «para que habléis de vuestras cosas».

Armada, al redactar su diario como elemento de descargo en el juicio de guerra posterior a los hechos, tuvo interés en subrayar que la comida era un suceso imprevisto y elogió a la dueña de la casa por su habilidad al improvisar el menú: melón con jamón, lubina a la vasca y postre de helados con tejas de almendras.

Sin embargo, aquel encuentro no era algo fortuito, sino muy preparado por ambas partes: Múgica tenía interés en conocer a Armada, Siurana se lo había recomendado, «como un general muy bien relacionado con las *alturas*, de mentalidad abierta, y que no traga a Suárez»; y Armada llevaba ya unos meses aplicándose a su propio marketing persona a persona, y deseaba «establecer un contacto discreto con dirigentes socialistas moderados». Así se lo había comentado a Siurana. Tanto al general como al alcalde les pareció «una ocasión muy natural, la presencia en la ciudad de Reventós y Múgica, con motivo de unas elecciones sindicales», así se descartaba cualquier interpretación de que los dos diputados se hubieran desplazado adrede hasta allí. En cuanto a la comida en sí, no tuvo nada de «improvisación casera», pues se sirvió por

encargo desde el restaurante Sheyton, un establecimiento de Ramón Miralles, y con camareros que atendieron la mesa.

Armada, en su «diario de descargo», trató de no entrar en honduras sobre los temas de conversación, y se explayó recordando que hablaron de Lleida y la provincia, de la cría del ganado mular como una iniciativa que podría llevarse en conjunto entre los ministerios de Agricultura y Defensa, conveniente para los valles de la zona y para la División de Montaña Urgell IV, que él mandaba. Pero era ineludible que, además de las mulas, recordara que habían tratado otras cuestiones:

Hablamos del Ejército, y Múgica me hizo preguntas sobre algunos generales: Sabino Fernández Campo, Sáenz de Santa María, Aramburu Topete, Gabeiras y algún otro militar. Me dijo como dato que él conocía: «Usted va a volver pronto a Madrid». Me pareció muy informado y, sonriendo, me confesó que en el PSOE tenían dossieres de muchas personas. También salió el tema de la UMD, que yo sentía más que conocía. Les di mi opinión sobre este asunto. Hablamos de política en general, de lo mal que iban las cosas en aquellos momentos, de los problemas pendientes: economía, terrorismo, autonomías, etc. Creo que escuché más que hablé […]. No presentaron ninguna idea concreta sobre política española. Todo lo más que pudieron proponerse era conocerme. Sí, Múgica venía a conocerme. Él sabía que yo tenía muy buenas relaciones con el Rey y prestigio en las Fuerzas Armadas. Pero no capté ningún otro propósito especial. Me preguntaron si el Ejército estaba tranquilo y les aseguré que en Cataluña lo estaba[32].

La forma elusiva de Armada, que él mismo reconoció en otros momentos y también en su libro, consistía en no mentir, pero no decirlo todo; omitir unos elementos y referirse sólo, aunque detalladamente, a otros que recordaba. De modo que, al señalar que «se habló del Ejército» o «de la situación en aquellos momentos y de los problemas pendientes», no mentía, pero no decía que aquel día en la sala comedor de Vallalt 44, de Lleida, se expuso con tonos muy sombríos una panorámica inquietante de la realidad española y la necesidad de un revulsivo político, de una solución extraordinaria que conllevaría un Gobierno «prefabricado» bajo la presidencia de un general. Y en ese contexto se comprende también la afirmación de Armada: «Los socialistas vinieron a examinarme, a ver si yo servía o no»[33].

Si servía o no, ¿para qué? Seguro que no sería para dedicarse a la cría mular.

De hecho, al concluir aquel almuerzo, Armada, además de dar parte preceptivo de su asistencia al capitán general Pascual Galmés, de quien dependía, llamó a La Zarzuela y le contó al Rey lo más interesante que se había dicho en aquella reunión y sus impresiones personales. Después se lo refirió también, en sustancia, al comandante Cortina, coordinador de su *staff*. ¿Cómo no iba a hacerlo, si Cortina —y no Siurana— era el eslabón que provocó en Múgica y Armada el interés recíproco por conocerse? Y eso Siurana podía no saberlo, pero Armada y Múgica, sí.

El Rey le dijo a Sabino que, sin darle trascendencia al suceso, le comentase al ministro Rodríguez Sahagún que Armada había tenido esas visitas y esa invitación.

Por su parte, de vuelta en Madrid, Múgica informó oralmente a Felipe González de todo lo que habían hablado con Armada en casa de Siurana. Que se trató abiertamente de encauzar la grave situación de atasco político con un Gobierno de concentración presidido por un

independiente, y allí quedó dicho y claro que lo presidiría Armada. Que el propio Armada indicó las fórmulas para conseguir la caída de Suárez: «Que vuestro partido le eche con una moción de censura, sumando votos de otros grupos parlamentarios, o que el Rey fuerce su dimisión». Múgica le había hecho saber al general que el PSOE estaba dispuesto a conseguir la salida de Suárez, y que aceptaban a Armada como candidato para que fuera elegido en el Congreso.

Felipe González, después de escuchar el relato —que nunca ha trascendido en su integridad— frunció el entrecejo, se quedó pensativo y dijo: «Enrique, ponme todo eso por escrito».

La ejecutiva del PSOE estudió detenidamente el *Informe Múgica* y lo contrastó con las impresiones que sobre aquel mismo almuerzo habían suministrado Reventós y Siurana. La conclusión que extrajeron, quizá demasiado simple, los alertó: «Armada ha chequeado al PSOE para saber si puede contar o no con nosotros en un hipotético Gobierno de coalición»[34].

El *Informe Múgica* nunca vio la luz, ni siquiera en los juicios de guerra. Aunque lo pidieron los defensores de los acusados, fue denegado como prueba. Allí se le preguntó qué importancia daba él a esa comida como para entregar un informe al secretario general de su partido. «Yo rendí ese informe —respondió Múgica— porque aquel almuerzo no era una iniciativa o una tarea mía estrictamente personal». Y, transcurridos muchos años, cuando se solicitaba en la sede del PSOE, invariablemente respondían «ese documento no se conserva».

Durante mucho tiempo, Múgica, de suyo locuaz y ameno conversador, enmudecía si se le mencionaba siquiera de pasada el «tema tabú» del 23-F, o sus relaciones promiscuas con militares y políticos de partidos rivales, o si se pronunciaban seguidas las palabras «Armada», «almuerzo» y «Lleida». Sus pupilas negras se encendían como carbones, tragaba saliva y apelando a la amistad, susurraba: «Tengo que administrar mis silencios».

Sin embargo, alguna vez dio licencia a esos silencios. Fue almorzando con Leopoldo Calvo-Sotelo en Ciriaco, en la calle Mayor de Madrid. Le contó que, en la comida de Lleida, Armada despotricó contra el Gobierno de Suárez, al que calificó de mero gabinete de relaciones públicas, atacó a Tarradellas y a Pujol, y expuso su idea de un Gobierno fuerte de unidad, de concentración. «Y empezó a preguntarse y a preguntarnos quién debería presidirlo. Entonces, Reventós le dijo: "¿Cómo que quién va a presidirlo? ¡Pues tú!"»[35]

Con el *Informe Múgica* en el bolsillo, Felipe González fue a ver al Rey. Le contó aquella conversación en la que «el preceptor» (Armada) se autoproponía como presidente. Le dijo «también han preparado una reunión para que Armada y yo nos encontremos, pero he preferido no acudir». Lógicamente, Felipe quiso oír de labios del Rey si todo aquello de la moción de censura contra Suárez, la candidatura de un general y el Gobierno de concentración, como «contragolpe», eran fantasías del marqués de Santa Cruz de Ribadulla o tenían la real venia[36].

La respuesta del Rey puede deducirse fácilmente por lo que sucedió a continuación: Felipe González envió una circular nacional a todo el PSOE descartando el Gobierno de coalición con la UCD, asunto sobre el que se venía discutiendo en el partido. «Los socialistas no pedirán esta salida a la situación política, sino que continuarán su estrategia de oposición responsable». Es decir, nada de aliarse con Adolfo Suárez; la estrategia consistía en derribarle[37]. Y un paso más: a partir del almuerzo de Lleida y de la conversación de Felipe con el Rey, la fórmula que utilizará la ejecutiva del PSOE en sus contactos con otros políticos ya no será «Gobierno de

coalición», sino «coalición parlamentaria más un general»[38]. Felipe González sabía que no hablaba a humo de pajas cuando en adelante afirmase con imponente rotundidad: «… Y si se dieran tales circunstancias, yo podría sentarme en un Gobierno de coalición, pero no *con* Suárez».

Lo importante de aquel almuerzo en Lleida era que no se trataba de un informe escrito por un constitucionalista, con o sin firma, sugiriendo una operación para derribar al presidente del Gobierno al margen de los plazos y de los formatos constitucionales; ni de un plan de analistas anónimos del CESID con diversas fórmulas hábiles más o menos al borde de la ley; ni de un político que se lo proponía a otro político. Lo importante de aquel almuerzo en Lleida era que quien explicaba la operación del golpe blando era el general Armada, cuyo «prestigio y aval de aceptación» no era otro que su pretendida identificación como «el general del Rey».

De ahí que en el enorme hangar de Campamento, convertido en sala de los juicios por el 23-F, cuando se acercaba la fecha de citar como testigo a Enrique Múgica, el teniente general Federico Gómez de Salazar, que presidía el Tribunal Militar, trasladara un mensaje verbal al letrado Ángel López Montero, defensor de Tejero. Lo hizo a través del relator jefe, el teniente coronel Jesús Valenciano: «Tengo un mensaje del presidente: si renunciáis a la declaración de Enrique Múgica, esta misma tarde se pone en libertad a los tenientes de la Guardia Civil y en la sentencia saldrán absueltos». Tejero reunió a sus oficiales y les comunicó la oferta para que respondieran libremente. Se salió de la habitación y los dejó solos para que lo discutieran entre ellos, pero antes de irse les dijo: «Decidáis lo que decidáis, para mí seguís siendo hombres de honor». Uno tras otro, aquellos tenientes renunciaron al chanchullo. Múgica compareció como testigo. Y en su declaración, para estupor de todos los presentes en la sala de justicia, asumió el papel de «abogado defensor» el propio presidente del Tribunal. A cada pregunta que formulaban los letrados de los acusados, el general Gómez de Salazar se acercaba el micrófono de mesa y liberaba al testigo de responder: «No ha lugar». «No ha lugar». «No ha lugar»[39]. Elocuente.

Ruido de sables: esconder el golpe entre un bosque de golpes

A lo largo del año 1980, el español de ambiente urbano y lector de periódicos vivió en un estado medroso de amenaza de golpe. Sin datos concretos, rumores, conjeturas y noticias vagas, pero un año oyendo ruido de sables. Era parte de la estrategia de la *Operación De Gaulle*, de la *Operación Armada.* Cortina se lo había anticipado al Rey:[40] él y un equipo «selecto» alimentarían esa especie de alerta sorda, una murga de fondo como batir de huevos sobre operaciones militares en fases conspirativas, malestar de oficiales al ir o al volver de unas maniobras, algún berrido coreado en salas de banderas, encuentros de tres coroneles y dos generales… Todo ello, para ir generando una atmósfera de malestar, una inquietud entre políticos, empresarios y banqueros, que hiciera deseable la presencia de «alguien con arrojo y autoridad» que desarbolase cualquier sublevación en ciernes y, partiendo de la Constitución, acometiera la necesaria cirugía de reformas, de reajustes, de mejoras… «Porque la Constitución, como antes las Leyes Fundamentales, no es un dogma intocable, sino algo vivo y mejorable».

Lo de la cirugía era una plasmación del «golpe de bisturí», la última metáfora recomendada

por el honorable gigantón Tarradellas. Demasiado frecuentador de La Zarzuela por aquel entonces, había evolucionado desde el remedio del timonel hasta el del cirujano de hierro. El demócrata republicano con aureola de santón liberal, antifranquista y catalán hasta los tuétanos, iba donde el Rey y salía al cabo de una hora diciendo que había que hacer lo que hizo él con el primer Gobierno de la Generalitat: todos en concentración, *tots a una, i el que discrepi, al carrer.* Y su mensaje se estampaba en la prensa del día siguiente como si fuese un edicto de la Corona.

Según la estrategia diseñada por los de inteligencia, la caja de resonancia del ruido de sables sería la prensa. Un frondor de soflamas, vaticinios, susurros sobre «reunión de altos mandos militares en…», «acuartelamiento de tropas este fin de semana», «suspendidas las maniobras de la división…», «amago de motín en una Academia Militar», «bochinche de protesta durante la imposición de fajas de Estado Mayor». Un morbo inquietante que actuaría como la música incidental y los efectos sonoros en las películas de suspense, estimulando las emociones del espectador, dirigiendo sus reacciones, marcándole cuándo estar muy atento, cuándo asustarse, cuándo no relajar los nervios porque el peligro se acerca.

Pero entre los efectos especiales inventados había también efectos auténticos, reales. Ciertos grupúsculos —militares y civiles— con poder de agresión o de intimidación encontraron en los periódicos su plataforma. Los periodistas, compitiendo por la primicia y el titular de impacto, les servían de megafonía.

Frases como metralla incitando a la intervención militar. Sondeos de estados de crispación en cuarteles y bases marítimas. Ultrajes a la bandera española. Necrológicas estremecedoras de atentados terroristas, «éste ha sido el año más sanguinario de ETA: ciento veinticuatro muertos». Estadísticas de aproximación elaboradas por el Estado Mayor del Ejército concluyendo que «ni en una guerra contra una potencia extranjera habríamos perdido tantos generales como los cobrados por los etarras». Ciertamente, ETA reservaba ya su «nueve largo» para militares de alta graduación. Chóferes, escoltas y ayudantes, muertos por la misma ráfaga, eran «daños colaterales».

En ese cragcrag de batir de huevos que los del CESID habían puesto en marcha, sonaba de pronto la arenga de un capitán general: «Ha llegado el momento de romper la inhibición suicida —bramaba desde Canarias González del Yerro—. El alud incontenible del sentimiento patrio hará que España recupere su auténtico camino». O el alegato político de Blas Piñar, asegurando que «donde hay Fuerzas Armadas se puede producir en cualquier momento un golpe militar; y yo personalmente le vaticinaría un fuerte respaldo social». Un diario vespertino profería: «¡Hay que desmitificar el golpe de Estado!» Y otro, matutino e igualmente reaccionario, lo apuntalaba en su artículo editorial: «Esta democracia ha fracasado, y para salvarla no le restan al liberalsocialismo otros recursos democráticos que el golpe de Estado desde el poder o la revolución desde la calle. Al parecer, por ahí se camina». Era evidente que la apología golpista tenía bula.

En una de sus queimadas con periodistas en La Criolla, Fraga propiciaba la actuación del Ejército en el País Vasco: «Tropas en las calles y estado de excepción, ¿por qué no? Si las metralletas valen, no pueden decirnos que los cañones no valen».

El precio del petróleo, la anemia industrial, los marcadores económicos de penuria, el paro,

eran apenas etcéteras en sus discursos.

Lo que desvelaba al Rey en aquella hora no era tanto el terrorismo o la economía como una previsible fragmentación de España por la avidez de las autonomías. La unidad nacional. Eso era lo que tenía tensos a los militares. No habían leído más que una línea de la Constitución, justo la que les encomendaba «garantizar la soberanía e independencia de España y defender su integridad territorial». Y en cuanto veían izarse una ikurriña o tremolar una cuatribarrada ponían el grito en el cielo —«¡demasiadas banderas ocultan y oscurecen la única bandera!»— procurando que entre el grito y el cielo hubiese algún periodista con la libretilla abierta o la grabadora encendida para captar el vozarrón crudo y nasal del teniente coronel Tejero.

En la misma sintonía, pero desde el semanario *O Tempo Português,* Josep Tarradellas volvía a la carga: «Estoy convencido de que es inevitable una intervención militar. Las autonomías no constituyen una solución para España»[41].

El Alcázar, El Heraldo Español, El Imparcial y las revistas *Reconquista* y *Fuerza Nueva* eran los altavoces del *dies irae, dies illa,* los generadores del síndrome golpista, los que día tras día iban creando un ambiente del que no se hablaba o se hablaba tocando madera: la sublevación, el miedo ya asumido al golpe.

Un nuevo «terrorismo psicológico»: el golpismo de papel, que se retroalimentaba desde algunos casinos militares, residencias de oficiales y dehesas hípicas: reuniones con cierto tufo conspirativo de coroneles embravecidos y generales en la reserva. Éstos eran quizá los más peligrosos, porque ostentaban la credencial de sus medalleros por méritos de guerra, pero como ya no se jugaban el ascenso, ni el pabellón, ni el coche oficial, podían apostar temerariamente a su último minuto de gloria. Sin embargo, nunca pasaban de la palabrería enardecida —café, copa y puro— alrededor de una mesa.

En el otoño de 1980 se organizó el colectivo Almendros[42], una portavocía anónima de militares y civiles «indignados». Con lenguaje de proclama de cuartelazo anunciaban una tragedia nacional inevitable, una «patria desguazada que se precipitaba hacia el despeñadero», y cuya única panacea era el regreso al régimen de Franco. En realidad, el colectivo era el coro que electrizaba los ánimos y llenaba el tintero con rumores fiables —ni rumores, ni fiables, invenciones desquiciadas—; y el escribiente solía ser uno solo, el teniente general en la reserva Manuel Cabeza de Calahorra, aunque con un *rewriter* de lujo, Antonio Izquierdo, el director de *El Alcázar,* falangista él.

Pero una cosa era la retórica de bota y espuela de Almendros y otra las finas inoculaciones, diez gramos de verdad y noventa de ficción muy bien batidas, que los hermanos Cortina y algunos voluntarios como Antonio García López, Rafael Pérez Escolar, Emilio Romero o Luis María Anson escanciaban al oído de los columnistas más leídos de la prensa seria. Incluso Fernando Latorre, alias *Merlín,* de *Heraldo Español,* regalaba hablillas «oídas en las alturas, te doy mi palabra», que a él le sobraban.

Los apologistas del golpismo, enmascarados bajo seudónimos, hacían el tamtan de supuestos *Putschs* en marcha: el golpe de los coroneles, el de los generales, el de Tejero, el de «los Almendros en flor», el golpe de mayo, el golpe duro, el golpe «a la turca»… Algunos eran sólo quimeras, sombras chinescas que servían para crear confusión entre quienes debían vigilar esos

intentos involutivos. ¿Dónde esconder un golpe mejor que entre un bosque de golpes? Y, sobre todo, esparcían una siembra de opinión, mentalizaban, creaban un *pressing* psicológico de que algo iba a suceder, y fomentaban en la gente un estado de zozobra a la espera.

El grupo golpista que parecía más organizado era el «movimiento de mayo». En él participaban tenientes generales, coroneles, tenientes coroneles, comandantes y elementos civiles, que hasta el momento proveían la intendencia económica.

El síndrome golpista alcanzó su clímax de tensión, en pasillos del Congreso y en redacciones de periódicos, cuando se supo —y no se publicó— que el presidente Suárez, cancelando otros compromisos, se había reunido varias horas con el vicepresidente Gutiérrez Mellado, los ministros de la Defensa y del Interior, Rodríguez Sahagún y Rosón, y con los cuatro tenientes generales de la JUJEM[43], sin nota para la prensa sobre el hecho de la reunión, ni siquiera la vacua retórica oficial.

Con informaciones fragmentarias que el CESID aportó, el Gobierno y la JUJEM tuvieron noticia de contactos telefónicos y reuniones de militares que presumiblemente planeaban «actuar el 2 de mayo de 1981». Su objetivo era la toma del Estado para invalidar la Constitución e instaurar una Junta Militar o un Directorio. Con el Rey, si el monarca aceptaba el plan; o contra el Rey, si se negaba a secundarlo.

Valoraron los datos de ese supuesto golpe duro, que en aquel momento aparecía demasiado nebuloso, quizá porque estaba todavía en una fase embrionaria. Y aunque los cuatro jefes del Estado Mayor no fueron unánimes en su estimación, y Gutiérrez Mellado no le prestó mucho crédito, acordaron extremar la vigilancia, controlar viajes y desplazamientos de los sospechosos e intervenir determinados teléfonos. En los sótanos de Vitrubio 1, sede de la JUJEM, estaba el nudo de la red de Control de Emisiones Radioeléctricas (Conemrad) —malla verde, malla roja y malla cero—, de todas las conexiones telefónicas militares, incluso las de las centralitas y los gabinetes telegráficos de La Zarzuela y La Moncloa.

También decidieron seleccionar a algún oficial «no quemado» del CESID o del Servicio de Información Militar (SIM), para que se introdujera como topo entre los estrategas golpistas del 2 de mayo. Medidas precautorias policiales y de espionaje militar; sin pasar de ahí, pues sólo partían de indicios.

Con todo, el foco se aplicó a determinados generales que, por sus propias manifestaciones de descontento, si no estaban en esa conspiración podían estar en otra: Milans del Bosch, Torres Rojas, Polanco Mejorada, Merry Gordon, González del Yerro, Iniesta Cano, Cabeza de Calahorra, De Santiago y Díaz de Mendívil. Asimismo, se vigiló a los ayudantes de tales generales.

Tanto Suárez como Gutiérrez Mellado recordaron a los miembros de la JUJEM que ni el Rey ni el Gobierno permitirían el menor «trasteo» a la Constitución. El Rey no quería acciones involutivas que pusieran en riesgo la democracia. Tampoco les interesaba ni a Estados Unidos ni a la Europa atlantista; pues, si España regresase a un régimen de autarquía militar, se le cerrarían las puertas de la OTAN y de la Comunidad Europea, y volvería al ostracismo internacional que padeció durante el franquismo. Habría que armonizar y serenar las autonomías, domeñando cualquier brote serio de independentismo, para no dar pie a que las Fuerzas Armadas

intervinieran. Pero, si en un caso extremo tuvieran que hacerlo, inmediatamente se explicaría a todas las cancillerías que esa acción «en defensa de la integridad territorial» incumbía a las Fuerzas Armadas por imperativo constitucional.

Pero a Cortina, por su *Operación Armada,* le interesaba conocer desde dentro todo lo que hicieran los activistas del golpe duro. Por los seguimientos y observaciones a los ayudantes de los generales sospechosos, detectaron que Milans del Bosch elegía para sus reuniones comedorcitos reservados en restaurantes y arrocerías costeras por la zona de Levante. Cuando pasaba días en Madrid, no recibía visitas de militares en su residencia de La Moraleja. En cambio, localizaron un piso en Madrid, en el número 15 de General Cabrera, que pertenecía al teniente coronel Mas Oliver, ayudante de Milans. Aunque estaba deshabitado, se observaron entradas y salidas de hombres bien trajeados, de paisano. Algunos llegaban en taxi, otros solían aparcar sus vehículos en calles adyacentes. Las reuniones no solían durar ni menos de treinta minutos ni más de dos horas. Sirviéndose de fotos furtivas y de las matrículas de los coches, verificaron las identidades de los militares y civiles que acudían allí. Después, hicieron una entrada nocturna, un «control integral de registro», e instalaron un equipo de captación audiovisual activable desde el exterior. Esta operación, dirigida por el comandante Cortina, la realizó un equipo del servicio operativo de misiones especiales del CESID. De modo que en la «caja negra» del golpe del 23-F y sus antecedentes, tienen que estar los vídeos de las reuniones conspirativas que se celebraron allí en enero y febrero de 1981. Salvo destrucción intencionada por sabotaje. O por razones de Estado.

El golpe «a la turca» y una carta que no llegó a La Zarzuela

En noviembre de 1980 se alertaba desde *El País* acerca de un supuesto escrito, en el que altos mandos militares españoles exponían «un preocupado descontento, ampliamente compartido, ante la gravedad de la situación presente», y emplazaban al Gobierno de Adolfo Suárez a «adoptar drásticas medidas de cambio»[44].

Estaba muy reciente el golpe de Estado del general Kenan Evren en Turquía, cuyo único armamento había sido un escueto papel con un texto conminatorio, remitido desde el Estado Mayor del Ejército al presidente del Gobierno. Y aún circulaba de mano en mano el memorando «explicativo» de ese golpe, remitido desde Ankara por el coronel Federico Quintero, agregado militar en la embajada de España en Turquía. Y aunque no había confirmación de la existencia del tal escrito, ni las situaciones de Turquía y de España eran comparables, inmediatamente se produjeron reacciones de inquietud en los ambientes políticos por si, en caso de ser cierto tal «pliego de cargos» de mandos militares contra el Gobierno, pudiera desencadenarse un golpe «a la turca».

El *Informe Quintero,* sin llegar a la apología, sí parecía un manual de instrucciones para dar un golpe de guante blanco, incruento en su primer momento, con éxito y hasta con una acogida internacional favorable, pese a que el primer acto del general golpista fue derogar la Constitución, disolver el Parlamento, prohibir los partidos e instaurar una dictadura militar que se anunciaba «provisional». Bastó un previo aviso por escrito urgiendo al Gobierno y a los

partidos políticos «a buscar en común, en el cuadro del régimen parlamentario democrático, unas medidas y unos remedios contra la anarquía, el terrorismo y el separatismo». Y, transcurrido un plazo de ocho meses sin que los políticos hubiesen allegado ningún acuerdo eficaz, el 12 de septiembre de 1980, la advertencia cuajó en un golpe militar. Sin encontrar resistencia, el general Evren, jefe del Estado Mayor, asumió todos los poderes[45].

Entre el aviso del general turco, en enero, y su golpe militar de septiembre, no faltaron en España articulistas imaginativos que «prestaron ideas» para que en nuestro país se fabricase algo similar a la coacción de Evren. Así, desde su columna de la *Hoja del Lunes*, el brillante Pedro Rodríguez aclaraba el 28 de julio que, para provocar un supuesto anticonstitucional máximo que justificase un movimiento militar, no hacía falta desempolvar al general Pavía con o sin su caballo, ni sacar tanques a la calle, bastaba «un diagnóstico técnico de la grave situación nacional, que llevase a los mandos de las Fuerzas Armadas a ponerse al habla con el jefe del Estado». ¿Se percataba Pedro Rodríguez de que con esa sugerencia convertía a las Fuerzas Armadas en fiscales de la acción del Gobierno y al Rey en su juez supremo?

De ahí el interés de los dirigentes políticos, aquellos días de noviembre, por averiguar si lo del escrito de los generales españoles era cierto o se trataba de un infundio más para aumentar el cragcrag del batir de huevos.

En la onda de esa inquietud, cenando en un reservado de Calycanto con tres o cuatro periodistas, Felipe González se enfrascó en un soliloquio de preocupación y de enfado:

—Estamos en una situación de crisis grave y de emergencia, que dura demasiado tiempo. Yo no sé cómo decirlo más claro, pero en este país se han encendido ya demasiadas luces rojas de alarma. Un golpe cerrado, «a la turca», un efecto involutivo tan contundente que podría acabar con la democracia… ¡sin sacar ni un sable a relucir, ni un carro de combate a la calle! Bastaría un simple papel de condiciones al Gobierno… o de condiciones de Gobierno al mismísimo Rey. —Aplastó con rabia la punta de su cigarro habano en el cenicero y continuó—: Discutimos sobre coalición sí o no, que es como discutir sobre galgos o podencos, ¡una estupidez!, cuando lo que hace falta es ponerse a hablar en serio de cómo coño sacar adelante este país, sobre un programa de Gobierno realizable y sin jugarnos la democracia… Los socialistas no tenemos que pedir ni ofrecer una coalición de Gobierno. No es nuestro papel. Las reglas democráticas legitiman al que está en La Moncloa para que esté allí. ¡Es él quien tiene la responsabilidad de gobernar! Y si no puede, o no sabe, ya es hora de que se lo diga al pueblo y deje el sitio libre… sin esperar a que el Rey le haga ningún guiño, ningún gesto, que es mejor que no los haga. Desde el punto de vista de la legitimidad constitucional, Suárez se mantiene en el poder, o se aferra apasionadamente, no lo sé; pero desde el pensamiento del ciudadanito de a pie y del ciudadano que lleva gorra con estrellas, Suárez está… *¡perdío!* ¿Tan encerrado y tan ensimismado está ese hombre que ya ni se da cuenta de que a su helicóptero se le han encendido todas las luces rojas de alarma, y que esto no aguanta más?

Eso era en la noche del 4 de noviembre de 1980[46]. Podía tomarse como un desahogo de González con unos pocos periodistas conocidos. Pero a los tres días, en un espacioso salón atestado de público, volvía a lo mismo con una obsesión clarividente de que el panorama nacional era de «crisis grave», de «deterioro imparable», de «seria emergencia». Fue presentando

el libro *Una política exterior de España*, del diplomático socialista Fernando Morán[47]. Felipe anunció que «el PSOE estaría dispuesto a asumir responsabilidades de Gobierno en coalición sólo en una situación de extrema gravedad».

¿A quién enviaba su mensaje de «estaríamos dispuestos»? ¿A los hombres de la UCD? ¿O a los que estaban moviéndose ya detrás del general Armada para frenar un golpe cerrado, «a la turca» o un golpe duro o una *Operación De Gaulle*?

Una periodista de firma diaria en *ABC* y en *El Noticiero Universal* se propuso indagar si existía o no aquel papel de contenido admonitorio suscrito por cinco capitanes generales y que, reglamentariamente cursado, estaba desde hacía un par de días sobre la mesa del presidente Suárez.

Los presuntos firmantes eran los capitanes generales Pedro Merry Gordon, Luis Polanco Mejorada, Ángel Campano López, Jaime Milans del Bosch y Jesús González del Yerro. Al parecer, en el escrito exponían al presidente Suárez sus discrepancias sobre la marcha política de la nación y a continuación indicaban lo que sin más demora debía hacerse. La periodista telefoneó a los cinco capitanes generales. Uno tras otro, negaron haber escrito o firmado «ningún texto dirigido al presidente del Gobierno». Milans del Bosch, desde Valencia, fue más explícito dentro de su negativa:

—Si existe tal documento, desde luego yo no lo he firmado. No me lo han presentado para la firma… Pero entiendo que, si unos jefes militares no están conformes con la manera en que se gobierna el país, no se dirigirán al jefe del Gobierno, que es el responsable de todo eso que los disgusta y que va mal: se dirigirán a *quien* puede hacer que las cosas cambien… ¿Me explico?

Se explicaba muy bien. Su tono de voz era más rotundo y enfático cuando pronunciaba las palabras «jefes militares», «no están conformes», «todo eso que los disgusta», «a *quien* puede hacer». Pero, sobre todo, aclaraba la cuestión: sus compañeros de generalato no mentían al decir que no habían escrito ni firmado texto alguno «dirigido al presidente del Gobierno». El error estaba en la pregunta. Porque, como apuntó Milans, el destinatario tendría que haber sido «*quien* puede hacer que las cosas cambien»: el Rey.

En el Ministerio de la Defensa informaron a la periodista con menos tamices: «Sí, cierto, hay algo de eso. Un escrito, reglamentariamente encauzado, pero no enviado al presidente Suárez, sino al Rey, en su condición de capitán general de las Fuerzas Armadas. Es decir, varios militares altamente cualificados se dirigen jerárquicamente a su capitán general».

El asunto iba tomando unos perfiles cada vez más inquietantes. Al pie de la letra, lo que meses atrás escribía Pedro Rodríguez para describir un supuesto anticonstitucional máximo: «Bastaría un diagnóstico técnico de la grave situación nacional que llevase a los mandos de las Fuerzas Armadas a ponerse al habla con el jefe del Estado».

Siguiendo río arriba sus pesquisas, la periodista llamó por teléfono al general Sabino Fernández Campo, secretario general de la Casa del Rey. No disimuló Sabino su contrariedad porque el tema de la carta hubiese trascendido y porque en Defensa no lo hubieran negado. Fue asturianamente hábil en su respuesta:

—Ese escrito, o no se ha producido, o al final lo han pensado mejor y no le han dado curso,

o… no ha llegado a su destinatario. Y hay que congratularse porque, si se cursara un escrito de ese tipo, un pliego de condiciones de Gobierno dirigido a Su Majestad, los remitentes estarían poniendo al Rey en una tremenda alternativa: o disentir y tener que ordenar una fuerte sanción para los firmantes, por encumbrados que fueran; o consentir y… arruinar la vida democrática con ese consentimiento. Pero, insisto, ese escrito aquí no se ha recibido… que yo sepa[48].

También Fernández Campo se explicaba. Érase una carta que se perdió en el camino y nunca llegó a La Zarzuela.

Todos estamos conspirando

Ése era el clima. Incierto. Azogado. Impaciente. Electrizado. Murmurador. Y sospechando unos y otros de algún tejemaneje palaciego, una conspiración de terciopelo, de esas que se deslizan sin sentir.

En lo más crudo del crudo invierno, aquel diciembre del año 1980, reconfortaban las humeantes lentejas de Mona Jota. El vino era obsequio del marqués de Griñón. El postre, una artesanía golosa de la condesa de Montarco. El embajador inglés, Richard Edmund Parsons, miraba su reloj y preguntaba al comensal de al lado cuándo empezaría la tertulia, que ese día prometía ser muy sugestiva. En efecto, sentados luego en corro tomando el café, los invitados eran como una paleta de tan distintos colores, matices y contrastes que sólo verlos juntos suscitaba interés. Algunos empresarios de alto bordo, un militar de paisano, posiblemente del CESID, un par de embajadores, uno o dos periodistas, aristócratas elegantes luciendo diseminadas, y políticos de todas las tendencias. Antonio Jiménez Blanco, presidente del Consejo de Estado y liberal de la UCD. También de la UCD, Arturo Moya, José Manuel García-Margallo, José Miguel Bravo de Laguna, Daniel García Pita y Cecilio Valverde, presidente del Senado. Antonio Garrigues Walker, que era el cartel de sí mismo y hablaba sin censuras de partido. También sin filiación, pero con una inverosímil agenda de contactos, Antonio García López, alias *el Canadiense*, un bien informado. Un guapo postinero, José María Mohedano, comunista con jaguar descapotable, en trance de dar el paso del PCE al PSOE. El socialista navarro Carlos Solchaga. Quizá estuviera Miguel Boyer, solía ir. Fortuitamente, en una de esas lentejas de Mona J. conoció a Isabel Preysler. Y Alfonso de Borbón, duque de Cádiz, muy interesado y muy discreto: ni perdía ripio ni despegaba los labios. Por la *rive droite*, Alfonso Osorio, protagonista estelar en aquellas fechas: los recuadros y las columnas de algunos periódicos le situaban encabezando un prefabricable Gobierno de gestión que, al parecer, lo arreglaría todo.

El tema no podía ser otro que «¿cómo diablos salimos de este atolladero?» y así lo anunció Cecilio Valverde en su rol de moderador.

—¿De dónde surge lo de *Osorio for president*? —Fue la primera pregunta, de catón.

Osorio, recorriendo con la mirada a todos los presentes y captando la expectación, tomó la palabra:

—Aquí hace ya tiempo que hablamos, en reuniones, en cenáculos, en despachos, en pasillos del Parlamento y en los periódicos, de un Gobierno de coalición de tal o cual componente, de un

Gobierno de concentración, de un golpe «a la turca», de un Gobierno de gestión… Como si fuera el menú a la carta de un restaurante. Este verano saltó el nombre de Areilza. Ahora el mío. También ha habido listas de empresarios, catedráticos y generales. La realidad es que las cosas no marchan bien. Estamos en un *impasse*. Y lo que parece el juego de los esperpentos, en el fondo, es el juego de las desesperaciones. Pero yo os puedo asegurar dos cosas: ni me he inventado la teoría del Gobierno de gestión, ni aceptaría entrar en ninguna operación fraguada fuera del Parlamento y forzando la Constitución.

—Pero, por mucho que pueda molestar el Gobierno de Suárez —intervino Jiménez Blanco con su simpático ceceo andaluz—, negociar para derribarle y sustituirle por un Gobierno de gestión, fuera de la *res publica,* es un atropello a las urnas, al Parlamento y a la Constitución… lo proponga quien lo proponga.

—O no —replicó Osorio—. Un Gobierno de gestión puede ser auténticamente parlamentario y constitucional si se genera, por ejemplo, a través de una moción de censura.

—La moción de censura ya la presentó el PSOE en mayo y la perdió —hablaba García-Margallo, de la UCD, con voz pastosa y bien modulada—. Y a los cien días, con un Gobierno renovado, Suárez planteó la cuestión de confianza en la Cámara y también la ganó. En cada una de esas pruebas buscó y obtuvo apoyos diferentes. Volver a la carga con otra moción de censura, aunque sea lícito, ¿no es forzar al Parlamento?

—Este Gobierno —Osorio tomó la palabra de nuevo— no tiene la mayoría estable que precisa. No puede mover un dedo por sí solo. Se pasa el tiempo pactando por necesidad, unas veces con unos, otras con otros… Gobierna mendigando. Ése no es el respaldo sólido que hace falta para resolver la parálisis económica, el paro, el terrorismo, la construcción del Estado autonómico. En mi opinión, sólo un entendimiento serio entre la izquierda y la derecha puede sacarnos de este atolladero. Y eso en mi tierra se llama Gobierno de coyuntura o Gobierno de gestión.

Era el recurso a la excepcionalidad, a la amalgama de los contrarios, al no partidismo, al «prietas las filas», al *kaputt* y al fin de la esencia parlamentaria: el control y la oposición. La fórmula Cortina-Armada-Zarzuela había prendido y ya rodaba sola. Buen marketing de intoxicación.

En ese momento, Antonio García López levantó su mano gordezuela de pastelera:

—Queridos contertulios, os guste o no, ese Gobierno de gestión, con Osorio o… con un militar a la cabeza, se va a votar en el Parlamento, ¡y con votos de todos los partidos! De todos. Al PCE también se le ha consultado.

Ahí saltaron las preguntas de los del corro: ¿cómo?, ¿quiénes?, ¿cuándo?, ¿quién mueve eso?

—Bueno, hay conversaciones que vienen de atrás, de hace meses. Ya en verano…

Osorio llegó a exaltarse en su flema exquisita cuando declaró:

—¿Que quién mueve eso? Yo he hablado con diputados de la UCD, del PSOE y del PCE. Sí… ¿Y por qué no? ¡Hay que salir de una vez de este callejón! ¡Y he hablado sin pedir permiso a nadie, porque tengo derecho de hablar con quien me dé la gana!

Mohedano aportó otra fibra de información:

—Yo sé que ha habido una comunicación, mejor dicho, varias, con los comunistas, aunque

sin compromiso.

A un contertulio le pasaron una nota, la leyó y se la dio al de al lado. Decía: «Osorio ha hablado con Javier Solana, Enrique Múgica, Pablo Castellano, Gómez Llorente, con el comunista Jaime Ballesteros, etc».

Antonio Garrigues Walker pidió la palabra:

—¿Por qué se habla tanto de una salida *sin* el Gobierno de Suárez? Uno, porque los problemas que padecemos son auténticos. Dos, porque se palpa la sensación de que alguien o algunos, en el actual Gobierno, han llegado ya a su nivel de incompetencia. Y tres, porque el cuadro político español está forzado. Aunque UCD lo niegue, el Gobierno de gestión, si sale, saldrá con los votos y el apoyo de gente de UCD. Se ha acabado la cuerda de los consensos apócrifos. ¡Pero si dentro de la propia UCD los socialdemócratas, los liberales y los democristianos ya han llegado a un punto donde no hay diálogo posible: el divorcio! Además, seamos sinceros, al hablar de un acuerdo UCD-PSOE habrá que investigar antes cuánto socialismo marxista hay en el PSOE; porque el socialismo marxista ¿qué es, sino comunismo? El PSOE, o es socialdemócrata, o no hay pacto posible.

—Se está mencionando al PSOE, y me gustaría decir algo. —Era Carlos Solchaga—. Yo también me apunto a la salida de una coalición de Gobierno PSOE-UCD. En un decenio, aquí tenemos que convivir con los grandes problemas: crisis económica estructural, terrorismo y la incógnita de las autonomías… No son tres problemas del señor Suárez, son tres problemas de todos, y el Gobierno va a necesitar un buen colchón de apoyo parlamentario para atreverse con medidas legislativas fuertes. La izquierda necesita presentarse con la derecha para ser aceptada. Y la derecha necesita a la izquierda para controlar la situación con energía, sin temor a que los tilden de represores y no democráticos.

Otra vez pedía la palabra Antonio García López. Había soltado una bomba política, una bomba informativa —«ese Gobierno de gestión, con Osorio o… con un militar a la cabeza, se va a votar en el Parlamento, ¡y con votos de todos los partidos!»—, pero los del corro se aturdieron yéndose por las ramas. ¿Qué haría ahora, desactivar la bomba, o avisar de que iba en serio y podía estallar?

—Dije antes, perdonad que me cite, «o con un militar a la cabeza». Y añado ahora, ¿y si fuera un general bien visto por el Rey? Quiero decir, un general que goza del plácet del Rey. Y sigo añadiendo ¿y si ese mismo general ya se ha propuesto, o *quien* puede más que él ya le ha propuesto, a los partidos políticos, y los partidos políticos están dispuestos a aceptarle?

Un diputado de la UCD apuntó con mordacidad:

—No debería extrañarnos, el PSOE ya tuvo su experiencia de «alistarse con un general». Es historia: Largo Caballero, y Julián Besteiro y la UGT colaboraron con la dictadura de Primo de Rivera, ¿por qué no iban a volver a hacerlo ahora?

Una de las marquesas o condesas que parecían muñecas de lujo exclamó muy excitada:

—No sé si os dais cuenta, pero… ¡todos estamos conspirando!

Emilio Romero, que había estado observando con la barbilla alzada y un gesto de desdén, como si contemplara la escena desde su Olimpo, atronó:

—¿Conspirando? ¡Aquí el conspirador número uno es el poder, el Gobierno de don Adolfo

Suárez González, que conspira sólo para mantenerse! Y ante su impotencia, se va a crear, y ya está más que en germen, una gran conspiración general para inventarnos cómo diablos salimos de ésta[49].

Aquella misma tarde, Jiménez Blanco le contó a Adolfo Suárez todo lo que se había dicho en las lentejas de Mona J. Carlos Solchaga hizo lo propio con Felipe González, que al día siguiente subió a La Zarzuela a ver al Rey.

A los pocos días, visitaba a Suárez el democristiano Fernando Álvarez de Miranda. Buena persona, pero sin arrastre ni liderazgo. Dijo que no iba en nombre de nadie; simplemente le parecía honesto y leal advertir al presidente de que… lo de las luces rojas del helicóptero no era un metemiedos de Felipe González.

—Pero no sólo las de tu helicóptero personal, Adolfo, ni sólo las del Gobierno. Están en rojo las señales de alarma de la democracia de todos. Y vengo para decirte que, dado lo que está en juego y lo que más o menos a escondidas se urde por ahí, no teniendo nuestro partido la mayoría absoluta en el Parlamento, no es ninguna vergüenza ofrecer y conseguir la coalición con el partido fuerte de la oposición.

Suárez miró a Álvarez de Miranda con la tristeza de un hombre abatido.

—Sí, ya sé que todos quieren mi cabeza. Te ahorro la enumeración. Todos. También los de dentro. Y ése es el mensaje que mandan hasta los socialistas: un Gobierno de coalición presidido por un militar, el general Armada. No aceptaré ese tipo de presiones, por muy alto respaldo que tengan… No lo aceptaré, aunque tenga que salir de La Moncloa en un ataúd[50].

Suárez había tenido noticia muy temprana del almuerzo de Armada con Siurana, Reventós y Múgica en Lleida. La información le llegó de La Zarzuela. Sabino se lo dijo a Rodríguez Sahagún, pues sabía que como ministro de la Defensa podría llegarle enseguida por otros conductos. Era un modo astuto de desmarcarse del hecho, dando a entender que La Zarzuela «reaccionaba» con perplejidad ante ese tipo de encuentros.

Por Andrés Cassinello, su hombre de confianza en el CESID, conocía también los contactos de Osorio con todo bicho viviente; los pactos continuos de Herrero de Miñón y Fraga a nivel parlamentario; los tanteos que Múgica, en nombre del PSOE, hacía entre políticos de la UCD: Alzaga, Herrero de Miñón, los ministros José Luis Álvarez, Fernández Ordóñez, González Seara, Oliart… A Oliart le preguntó con descaro: «Alberto ¿tú crees que la UCD, o la mayor parte de la UCD, apoyaría un Gobierno sin Suárez, presidido por Armada?» Y a José Luis Álvarez se lo había planteado el propio Armada.

Sabía que el PSOE tenía ya recogidas, guardadas y en espera de la fecha equis, las treinta y cinco firmas, requisito para la solicitud de una moción de censura. Y que más de veinte eran de diputados de la UCD.

Estaba al tanto de los movimientos de Pío Cabanillas, ayudado por Pérez-Llorca y algunos más, para relanzar a Leopoldo Calvo-Sotelo con la «buenísima intención» de «salir al paso de cualquier maligna estrategia de los partidos oponentes, y proveer nosotros mismos el recambio: Adolfo se quedaría al frente del partido, descansaría del Gobierno una temporada, que buena falta le hace, y volvería para ganar las elecciones de 1983, que es lo que él sabe hacer mejor». En

el ínterin, «Leopoldo presidiría un Gobierno de transición. Podría dar sin escándalo algunos golpes de timón. Por ejemplo, formalizar rápidamente un pacto de legislatura con Pujol y Areilza sobre cinco o seis puntos concretos: entre ellos, la entrada inmediata en la OTAN y el reconocimiento de Israel»[51].

Tenía razón la aristócrata naíf: «Todos estamos conspirando».

Guerra ofrece en secreto al PNV la *Operación Armada*

Aún se vieron una vez más Múgica y Armada a solas, en los últimos días de diciembre de aquel año. El socialista se desplazó a Vedra, en A Coruña, y visitó al general en su Pazo de Santa Cruz de Ribadulla, donde cultivaba camelias y contenía su impaciencia. En esa visita invernal, además de embelesarse con el hórreo del siglo XVI, el paseo por el camino de los olivos cuatro veces centenarios, el estanque redondo y la fuente de Jovellanos, ya dentro de la mansión, Múgica volvió a asegurarle que podría contar con el voto socialista si se conseguía pactar un Gobierno de concentración. Y le dio noticias de los tanteos que desde el PSOE se habían hecho con algunos comunistas —Jaime Ballesteros, Ramón Tamames, Manuel Azcárate, Jordi Solé Tura, José María Mohedano…— y con democristianos —Alzaga, Lavilla, Julen Guimón, José Luis Álvarez…—, que los socialdemócratas de la UCD respondían muy bien.

Múgica parecía un poco desorientado sobre los contactos que mantenían Osorio y Fraga por su cuenta, y también como francotirador Miguel Herrero de Miñón, pero al general no parecían inquietarle, como si tuviera la clave de que todos esos movimientos confluirían en un mismo estanque. Dos días antes habían coincidido Fraga y él en el mismo vuelo de Madrid a Galicia. Fraga supo entonces que Armada era el gran tapado de la *Operación Presidenciable*. Así lo escribió pasado el tiempo en sus memorias, aunque, como solía, colocaba cada episodio donde le venía en gana. «Me llega información segura de que el general Armada ha dicho que estaría dispuesto a presidir un Gobierno de concentración»[52].

Comentaron que el día 20 de diciembre se casaba en Toledo Pepe Bono y asistirían muchos diputados, todos los miembros de la Mesa del Congreso y el presidente Lavilla. Sería una buena ocasión para hablar con unos y otros.

Múgica le contó al general sus visitas a Pujol y a Roca: «Los catalanes están reacios». Gastaron la broma típica: «Hasta que hagan cuentas y sepan qué ganarán a cambio». Armada preguntó: «¿Y los vascos?» Múgica le dijo lo que sabía: «Miguel Herrero está al habla con Xabier Arzalluz y Mikel Unzueta; Txiki Benegas va a hacer algo, y Alfonso Guerra ha dicho que, si en unos días no se pronuncian, él hará una gestión». Armada torció el gesto, con extrañeza, como queriendo decir: «Guerra, ¿una gestión para apoyarme? Lo dudo mucho».

Alfonso Guerra se había opuesto privada y públicamente a «gobernar en coalición con la UCD», explicando: «No soy de los que tienen prisa por gobernar ni de los que tienen miedo a gobernar»; pero a continuación agregaba «sólo entraría en coalición con otros partidos si se diera una situación extremadamente grave que pusiera en peligro el sistema democrático».

Un mes antes del 23-F, y como el PNV no había dicho ni sí ni no, Guerra llamó por teléfono al portavoz del Grupo Vasco, Marcos Vizcaya. Le encareció máxima discreción, «ya entenderás

después que lo que te voy a decir sólo puedes hablarlo con el Buru Batzar de tu partido», le explicó la operación y, sin más rodeos, le preguntó: «¿Cuál sería vuestra disposición a participar en un gabinete de concentración no presidido por Suárez, ni por Felipe, ni por ningún parlamentario, sino por un militar?»[53].

Días más tarde, Marcos Vizcaya se reunió con Alfonso Guerra y Gregorio Peces-Barba: querían conocer la posición del PNV «ante la posibilidad de que la grave situación del país exigiera un Gobierno de concentración». El propio Marcos Vizcaya explicó después repetidas veces: «El momento más peliagudo se produjo cuando recabaron mi opinión personal sobre la idea de poner al frente de ese Gobierno a un independiente prestigioso. Me preguntaron qué me parecía que ese personaje fuera un militar. Les dije que no veía clara la sustitución de un Gobierno legítimo sin una convocatoria electoral […]. Yo no creía en el mirlo blanco del militar independiente»[54].

Múgica siguió manteniendo abierta la línea de contacto e información con el general Armada. Incluso se reunieron varios días en un hotelito discreto, para acordar quiénes integrarían el Gobierno de concentración que el general iba a presidir, cómo se distribuirían las carteras y cuál sería el programa inmediato de actuaciones para acometer los temas graves y conflictivos, una vez constituido[55].

El patio político se movía. En efecto, en algún momento de la celebración de la boda de José Bono, Landelino Lavilla brindó con otros diputados de la UCD y del PSOE por «algo de importancia nacional» en lo que pronto «volverían a juntar sus esfuerzos», como ese día simbólicamente juntaban ya sus copas.

«Majestad, eso se llama primorriverismo»

También en aquel invierno de 1980, el Rey recibía en La Zarzuela a su amigo y contrapariente Ignacio Gómez-Acebo, *Paddy*, duque de Estrada. Tenían amistad y gran confianza desde que eran jóvenes: muchos recuerdos de jaranas siendo solteros, veranos en Estoril, cacerías, fiestas, reuniones familiares, porque Luis, hermano de Paddy, estaba casado con la infanta Pilar y era cuñado del Rey. Paddy fue el que se inventó la peña de «los amigos secretos del Rey», porque —decía— «los Borbones, muchas recepciones, muchos besamanos, mucho mayordomo con librea, pero ¡qué mal comen!, no saben comer, hay que enseñarles a comer cosas buenas»; y de ahí lo de reunirse una vez al mes «a disfrutar de una buena cena». Desde el Instituto Gallup, que él presidía en España, Paddy encargaba que cada equis tiempo, en los sondeos de opinión sobre asuntos generales, se incluyeran valoraciones de la imagen del Rey y niveles de aceptación de la Corona. Aquella mañana, llevaba consigo material que podía interesar al monarca. Pero el Rey desde el principio le habló de cómo estaban las cosas en España, de que el barco iba dando bandazos y a la deriva, que Suárez era ya como si no existiera… Mientras el Rey enumeraba desgracias y desatinos, Paddy le atendía pensando en qué acabaría aquella colosal enmienda a la totalidad. De pronto, el Rey se paró en seco y contestando a una pregunta que Paddy no le había hecho dijo:

—¿Que cómo se soluciona esto? Pues yo te lo voy a decir: se puede reconducir todo, absolutamente todo, formando un Gobierno de coalición o de concentración nacional, con representantes de los diversos partidos, presidido por un independiente, alguien de fuera del mundo político, que se pusieran de acuerdo en gobernar con energía, con firmeza, y en un plazo de seis meses disolviera las Cámaras y convocase elecciones.

—¿Puedo opinar?

—¡Pues claro!

—Me parece una atrocidad, una involución, una marcha atrás quizá irreparable en la democracia que prácticamente estamos estrenando…

El Rey tocó el timbre. Entró Sabino.

—Siéntate y explícaselo a Paddy, porque al parecer yo no lo he conseguido y se cree que voy a dar un golpe de Estado. ¡Está loco!

Sabino expuso pausadamente, pero con gran convicción, cada paso de lo que llamó golpe de timón, desde la puesta en común de los diputados, pasando por la censura a Suárez y la investidura del nuevo presidente… Paddy hubiese opuesto ya mil pegas, pero no era discutidor; además, percibía que tanto el Rey como Sabino estaban en total sintonía y hasta orgullosos de la fórmula.

—Ya están hechos los contactos, ha habido y sigue habiendo muchas conversaciones entre ellos para buscar compromisos firmes, y se perfila un hombre en el que todos o casi todos están de acuerdo: el general Armada.

Paddy se quedó como bloqueado. «Esto es gravísimo —pensó—, y se lo están diciendo muy ufanos a un sociólogo, porque yo he venido hoy aquí a traer unas encuestas, y a comentar la última oleada; pero por lo que veo el Rey pasa ya de sondeos, la opinión pública le importa un bledo… Lo que quiere es sondearme él a mí y espera mi aplauso de aristócrata pelota».

—Paddy, ¿no vas a decirme qué te parece la operación?

—Sí, voy a decirlo. Pero no es una opinión, es una definición: eso se llama primorriverismo. Y me permito recordarle a Su Majestad lo que le ocurrió a su abuelo don Alfonso XIII por poner a un general para reconducir la situación. Y lo primero que hizo Primo de Rivera fue anular la Constitución y los partidos, erigirse en director con un Directorio militar… Y como no tenía ni idea de economía y hacienda, ni de obras públicas, ni de sanidad… a los dos años abrió un poquito la mano y permitió que entraran tres o cuatro civiles en el Gobierno…

—No le hicieron ascos los liberales, ni los republicanos, ni los socialistas, ni los ugetistas —intervino de nuevo Sabino—. Largo Caballero, Besteiro, Llaneza… Hasta Pablo Iglesias aprobó la participación, el «intervencionismo» lo llamaban ellos, de la UGT y del PSOE.

—Ya, ya, pero la Monarquía se fue a hacer puñetas y don Alfonso XIII al exilio.

—Creo que desbarras. Nada de esto está fuera de la Constitución.

Al despedirse, mientras dejaba el sobre con las encuestas sobre la mesa del despacho del Rey, Paddy leyó del revés en el bloc de sobremesa que para esa tarde estaba citado Jaime Carvajal y Urquijo. Eran amigos y también cuñados: Paddy estaba casado con Isabel, la hermana de Jaime.

No tenía radioteléfono en el coche, de modo que nada más llegar a su oficina le llamó por

teléfono:

—Jaime, tengo que verte hoy mismo. El asunto es importante, porque sé con quién vas a estar esta tarde y quiero que hablemos antes.

Se vieron un momento. Paddy le explicó el «proyecto» que iban a contarle en La Zarzuela. Así, cuando Jaime Carvajal subió iba ya preparado. Como tenía con el Rey la confianza de haber sido compañeros de pupitre, de dormitorio y de diversiones, desde niños, no se mordió la lengua. Sin repetir lo de «primorriverismo», sí usó la misma comparación, y quizá con más fuerza:

—Todo esto se parece demasiado a lo que hizo vuestro abuelo nombrando a Primo de Rivera para poner en orden la situación. Y todos sabemos que el precio de aquella dictadura fue demasiado caro: la República, la anarquía, la guerra civil y… otra dictadura durante cuarenta años[56].

El Rey: «¡Con qué ganas cogía la moto y me plantaba en Euskadi!»

Cuando caía asesinado un guardia civil en el País Vasco, Tejero se presentaba en el cuartel o en la morgue donde estuviera el cadáver, todavía sin amortajar, y le estampaba un beso en la frente o en el cráneo destrozado por las balas, «y a veces —decían—, le quedaba algo de sangre en el bigote».

A Suárez le reprochaban que no fuera a los funerales de las víctimas de ETA.

«Salga más a la calle, señor Suárez, abandone las brumas de La Moncloa. No es sólo un consejo para usted, sino algo sano para el país», le había dicho Felipe González en el hemiciclo, desde su escaño, el 18 de septiembre anterior, concluyendo los debates de la cuestión de confianza.

Quizá tenía razón. En los últimos meses del año 1980, Suárez había hecho de su palacio un despacho, de su despacho una fortaleza, de su fortaleza una cárcel… y de su cárcel una tumba. O a punto estaba.

Pero aquel diciembre salió hacia el País Vasco. No iba a ningún entierro. No iba a demostrar que tenía agallas. Iba… a ir. Iba a eliminar escollos, llegar a acuerdos, rematar negociaciones y hacer posible que el Rey visitase el País Vasco a principios de febrero de 1981.

Fue un viaje duro, áspero, difícil, agresivo. Mala acogida. Encono. Gresca, pitadas y abucheos de los grupos *abertzales*. Insultos como puñaladas de la gente de derecha. Letreros insultantes en los muros de las calles. Pósteres con caricaturas vejatorias. Vacíos, plantones y descortesías de algunas autoridades. Ciento ocho ayuntamientos regidos por el PNV se declararon en huelga por su visita. Suárez palpó la hostilidad hacia él y hacia España. Percibió el acobardamiento de los vascos españoles, que a distancia le expresaban cordialidad con la mirada, pero no se atrevían a acercarse, a tenderle la mano, a significarse. Vio que aquel trozo de tierra era como un país tomado por una banda de matones.

Mantuvo el tipo sin arrugarse. Cuando ya regresaba, comentó en el avión: «No, no he sentido miedo. Ha sido peor… He sentido frío».

Y en cuanto informó al Rey, le dijo:

—Majestad, no debe ir allí todavía. Diga lo que diga Marcelino[57], aquéllos no están listos para recibir al Rey como es debido. Ya irá. Ahora no es el momento. Se lo desaconsejo absolutamente.

Suárez, por su parte, cumplió lo que desde octubre venía negociando, mesa de por medio, con el lendakari Garaikoetxea. Antes de acabar el año, cerró el acuerdo sobre el concierto económico y el despliegue de la Ertzaintza. Fueron sus últimas acciones políticas.

Pero el Rey se había empeñado en ir a Euskadi. Ya se lo había dicho y muy castizamente a Garaikoetxea:

—Me duele y me cabrea que haya quien piense que el Rey no tiene cojones para ir allí… Y no sabes tú con qué ganas cogía la moto ahora mismo y me plantaba en Euskadi para demostrarles que uno tiene… lo que hay que tener.

La respuesta de Garaikoetxea fue cruda y nada cortesana:

—Mientras no se restaure el concierto económico que nos suprimieron en Bizkaia y en Gipuzkoa por un decreto de guerra, y mientras no estén los policías vascos, los *txapelgorris*, para recibirle a su llegada, señor, aquello no podrá ser una fiesta[58].

Suárez: «Si el Rey quiere reñirme en público, él sabrá, pero que mida sus palabras»

El 18 de diciembre, el general Armada, que iba a pasar sus vacaciones de Navidad entre Madrid y Galicia, subió a La Zarzuela: «Aquel día estuve bastante rato con el Rey —escribió Armada en su diario de descargo—. Me enseñó la alocución de Navidad y conservo una fotocopia de las cuartillas con las palabras que pensaba pronunciar, cuartillas que tenían algunos retoques hechos de su puño y letra»[59]. Un gran signo de confianza por parte del monarca. Sobre todo, cuando ese borrador, en cuartillas y con enmiendas a mano, no lo conocía todavía el presidente del Gobierno.

El texto del mensaje de Navidad de aquel año era de una severidad inusual hacia las actitudes personales de los gobernantes, un varapalo a la política gubernamental y una advertencia, más que entre líneas, a realce, de que anduviesen con cuidado porque había peligro a la vista. No usaba el Rey esta vez el tono cálido y estimulante de una felicitación navideña.

Cuando Suárez lo leyó, llamó a Rafael Arias-Salgado, y le pidió su opinión como ministro de la Presidencia. Coincidieron: «Es durísimo. Si no fuese un escrito del Rey, habría que devolverlo a Zarzuela recomendando que lo dulcificaran o que lo rehicieran».

—Mete pluma, Rafa. Corrígelo a fondo y rebaja todo lo que puedas el escamón crítico. Si el Rey quiere reñirme en público, que me riña, ¡él sabrá lo que hace!; pero midiendo las palabras, porque no sólo a mí, también al Rey le incumbe preservar la dignidad del Gobierno.

Aun después de afeitarlo, el discurso del Rey era un áspero reproche:

Es urgente que hagamos todos un especial esfuerzo de sinceridad, que examinemos nuestro comportamiento en el ámbito de la responsabilidad que a cada uno nos es propia, sin la evasión que siempre supone buscar culpas ajenas. […] Y así estaremos en condiciones de afrontar unidos nuestra propia realidad. Una realidad sobre la que, en el clima de balance y meditación propia de

estos días, quiero invitar a todos a reflexionar.

A los que tienen en sus manos la gobernación del país; a los que forman parte de las instituciones del Estado; a los partidos políticos que, desde el poder o desde la oposición, han de poner la defensa de la democracia y el bien de España por encima de limitados y transitorios intereses personales, de grupo o de partido; a los que han de rendir en su trabajo y esforzarse en su misión; a cuantos forman parte de esta patria común, que a todos nos interesa.

La Monarquía que en mí se encarna es respetuosa y solidaria con los depositarios de la confianza popular democráticamente manifestada. […] Pero consideremos la política como un medio para conseguir un fin, y no como un fin en sí misma.

El tono de admonición iba in crescendo.

Esforcémonos en proteger y consolidar lo esencial, si no queremos exponernos a quedarnos sin base ni ocasión para ejercer lo accesorio.

No podemos desaprovechar en inútiles vaivenes, compromisos y disputas esta voluntad de transformar y estabilizar España, que compartimos y que queremos plasmar en un ámbito nacional compacto, solidario y armónico. […]

Es decir: «No anden jugando con discusiones internas y con bagatelas accesorias, porque se exponen ustedes a quedarse sin nada, incluso sin la libertad para discutir».

Y ya en el tramo final, una nueva llamada tremendista a uniones colectivas y a soluciones extraordinarias, gigantescas, porque la realidad nacional estaba hecha trizas:

Yo quisiera acertar con mis palabras de esta noche al demandar a todos un esfuerzo de dimensiones gigantes en una hora que necesita precisamente de gigantescos esfuerzos colectivos.

Armada pinta al Rey un escenario catastrofista

Armada viajó a Galicia el 26 de diciembre. Coincidió en el vuelo con Fraga. Ambos estaban al cabo de la calle de la operación para dinamitar a Suárez y acometer los «gigantescos esfuerzos colectivos que la hora presente necesita».

En el Pazo de Santa Cruz de Ribadulla, Armada recibió a Múgica, que le reportó noticias de sus contactos. Regresó a Madrid para la Nochevieja, y el día primero del año citó en su casa de Santa Cruz de Marcenado a dos compañeros con puestos en centros neurálgicos de la información militar: el coronel José Ramón Pardo de Santayana, destinado en el Estado Mayor del Ejército, y el general José María Sáenz de Tejada, jefe del Estado Mayor de la I Región Militar.

Mientras tomaban una copa, les comunicó muy satisfecho que, aunque estaba alejado en Lleida, tenía la misma confianza del Rey que antes tuvo: «Lo veo cada vez que la Familia Real sube a esquiar a Baqueira; precisamente acaba de llamarme porque están allí y quiere verme pasado mañana». También les dijo que Gabeiras le había reclamado «porque quiere tenerme en Madrid como segundo JEME». Y luego les pidió noticias de cómo estaban los ánimos castrenses, si sabían qué movimientos anómalos había, qué situación se vivía en el Ejército… «No quiero saberlo para mí, sino porque el Rey desea estar bien informado».

Le dijeron que no había nada preocupante en las unidades, ni grupos sediciosos, ni reuniones

cerradas conspirativas de ambiente raro; todo tranquilo, todo normal.

Según comentaron luego sus interlocutores, «no pareció gustarle aquella normalidad, en cierto modo le desilusionaba», «era como si él esperase que le dijéramos otra cosa, que la gente estaba irritada y a punto de sublevarse».

Se llevó una decepción. Incluso, llegó a discutir con Sáenz de Tejada cuando éste le dijo como sin darle importancia: «Hombre, Alfonso, la gente está disgustada con el terrorismo, es natural, y les preocupa lo de las autonomías, pero eso ocurre en los cuarteles y en cualquier oficina de por ahí, y en las casas de las familias. No nos gusta, pero no por eso nos vamos a echar a la calle a armar un tiberio».

Como Armada insistía en saber cuántos núcleos conspirativos tenían bajo sospecha, ambos militares le dijeron: «Mira, en el Estado Mayor, que es donde se recibe la información de los movimientos extraños, a lo mejor estamos todos ciegos y sordos, pero no se ha detectado nada raro. Puedes decirle al Rey que las unidades están tranquilas y no hay el menor indicio de que la gente esté planeando levantarse»[60].

Sin embargo, la composición mental de Armada era otra. Él creía que sí había golpes en preparación. Y estaba ojo avizor ante cualquier conato de asonada militar. Ése era en aquellos momentos su primordial servicio al Rey.

Adelantó el regreso a Lleida para estar pronto en Baqueira, el 3 de enero. También quería informar al monarca de sus conversaciones con Fraga y con Múgica. Llegó a primera hora de la tarde a La Pleta, el refugio de montaña de la Familia Real en Baqueira Beret. Saludó a la reina Federica y a la reina Sofía. Y charló extensamente a solas con el Rey. No le transmitió la impresión de mar en calma que le habían dado sus compañeros en Madrid, sino la que él tenía, a partir de los informes de Cortina y su *staff* del CESID. ¿Mentía? Probablemente no era ésa su intención. Ni la de intoxicar al Rey con alarmismos infundados. Pero estaba persuadido de que su información era mejor y más fiable que la de los otros. Como decía el dominico Bartolomé Vicens Fiol, amigo y confidente de Don Juan Carlos: «Armada es un hombre de mente muy vertical. Se cierra en una idea y no la cambia. Siempre cree que tiene la razón y no escucha. Te oye, te atiende, pero no te escucha. Si en un plan, por lo que sea, cambian algunos elementos, o cambia el plan entero, él no da marcha atrás, él no se detiene, él sigue erre que erre lo que había iniciado. Vertical, tozudo»[61].

Comentando el impacto del mensaje de Navidad, Alfonso Armada quiso saber qué tal había reaccionado Adolfo Suárez, y sondeó cómo estaba la relación entre el Rey y el presidente.

Años más tarde, Armada hablaba escasas veces con periodistas, siempre con vaguedades de ambiguo sentido y cribando puntillosamente lo que quería decir o lo que le interesaba ocultar; y ello, aunque su causa estaba ya juzgada, sentenciada en firme, él cumplía condena de treinta años de prisión por conspiración y rebelión militar, y no podía ser juzgado dos veces por el mismo delito.

En una de esas ocasiones, «seleccionó» algunos contenidos de aquella conversación del 3 de enero en Baqueira. En su propia defensa, tenía derecho a callar y a omitir lo que le perjudicaba de determinados episodios; pero, al mutilar y sesgar la verdad, no resultaba del todo creíble. Había que actuar como él, escogiendo con tiento entre sus asertos los más verosímiles y

convincentes:

Vi al Rey muy descontento con Suárez, harto de él y deseando cambiarle —puso Armada por escrito, a petición de un periodista—[62]. Saqué esa impresión: que Suárez estaba muy *en baja*. La política económica, la inflación, el paro, los desórdenes públicos…, todo eso al Rey le ponía nervioso. Las autonomías no le convencían, pensaba que había que modificar esa estructuración del Estado […]. Me parece que el Rey prefería no llegar a soluciones extraordinarias «de salvación nacional», sino que los problemas se resolvieran por sus cauces; pero tampoco creía que Calvo-Sotelo fuese la solución […]. Estaba preocupado por las noticias que recibía de las Fuerzas Armadas. Su empeño era tranquilizarlas, aunque no sabía cómo. Estoy seguro de que pensaba en mí para aquietar a los militares. Creía que yo tenía prestigio entre los mandos del Ejército y que mi labor ahí podía ser importantísima. Era el flanco que más temía en aquel momento.

Le dije al Rey lo que yo conocía: que había mucha gente deseando que cambiara la situación, entre ellos muchos coroneles; pero, conocer, yo no conocía ningún posible «golpe de coroneles». Sí le dije que en el Ejército había malestar y descontento. Los más exaltados decían: «Hay que acabar con esta situación, ¡como sea!» Los más sensatos opinaban que el propio Rey debía dar un golpe de timón, por ser quien estaba por encima del Gobierno. Y algunos, más bien pocos, pensaban que las cosas mejorarían por sí solas.

Yo sabía, y de ello hablé con el Rey en Baqueira y en La Zarzuela, y también se lo dije varias veces al vicepresidente Gutiérrez Mellado, que un grupo importante de militares de alta graduación, en activo y con mando, preparaban un levantamiento. El ambiente militar se había ido crispando durante 1980, y me parecía que seguía igual en el inicio de 1981.

El Rey estaba enterado de la tensión en los cuarteles. Al principio no lo creía porque Gutiérrez Mellado le decía que yo exageraba. Pero más tarde sí me creyó. Comprendió que el descontento en el Ejército era cierto, no un miedo infundado, y se interesaba por mis informaciones.

Le di mi parecer sobre los artículos de *El Alcázar,* los del colectivo Almendros: «Sintonizan con gran parte de la opinión militar —le dije—, mantienen el ambiente crítico y no lo rebajaban; al revés, lo potencian… pero es que son muchos los que piensan exactamente eso y así».

El Rey quería estar muy unido a los militares para darles seguridad, que se sintieran entendidos y que no se sublevaran. Quería evitar cualquier levantamiento militar armado. Y, si existiera una acción masiva, encauzarla él. En ese punto, me decía que el prestigio de Milans y el que yo pudiera tener podrían servirle de apoyo para reconducirla a sus debidos cauces.

Yo estuve bastante en contacto con el general Milans del Bosch, destinado en Valencia. Milans me pidió que informase al Rey del estado de ánimo militar que allí se palpaba, y le advirtiera de lo que podría pasar. Así lo hice. Yo iba contándole al Rey con todo detalle mis reuniones con Milans. Le hablé también de los contactos que tuve con otros militares y políticos. Ése era mi papel: ser receptor, enterarme y oír para contárselo al Rey[63].

El general había expuesto al monarca un escenario catastrofista en el que se avistaba un alzamiento militar encabezado por tenientes generales. La estrategia que él expuso allí aquella tarde fue cortocircuitar o detener el golpe en ciernes, a base de una transacción con Milans: lo

que iba mal en España se resolvería con un golpe de timón, sin cuartelazo, reconduciendo a sus cauces lo que estuviera desmadrado, empezando por el excesivo poder de los partidos, los sindicatos y las autonomías; se harían cambios en la Constitución; se tomarían medidas «muy duras» contra el terrorismo; se daría un cambio de ciento ochenta grados a la orientación de nuestra política exterior, etc. Y todo eso se haría desde un Gobierno fuerte, por pasos contados y con cambios de peones importantes.

El Rey, al oír ese «menú» de cambios tan tremendos, lo único que autoriza a Armada es que avance a Milans que Armada irá destinado a Madrid, junto a Gabeiras. Después se produciría la caída de Suárez, por dimisión voluntaria o por moción de censura. Otro peón que desaparecería de la escena sería Gutiérrez Mellado… Cambiaría la JUJEM. Incluso el propio Milans podría volver a Madrid y presidir la nueva. Ésa era la baraja de naipes con que Armada podría hacer malabares ante Milans.

Luego, el Rey y Armada se fueron a cenar a casa de Rafael Cavero, excelente *gourmet* y hermano del ministro Íñigo. Un tipo peculiar, simpático, que coleccionaba papás noel de todos los tamaños y al llegar las Navidades los distribuía por toda la casa. Acabada la cena, Armada regresó a Lleida para llegar al término de la cabalgata de los Reyes Magos, que tenía su colofón en el Gobierno Militar.

Sabino Fernández Campo no estaba en Baqueira, pero a los pocos días el Rey le contó lo que Armada y él habían hablado junto a la chimenea del refugio de La Pleta, y las misiones que le había encomendado para detener a Milans, Torres Rojas, Tejero y los demás levantiscos.

Él mismo comentaría veinticinco años después:

Armada jugaba con el malestar de los militares, e informó al Rey con ciertos tonos alarmistas sobre un cuadro de intentonas que estaban cociéndose, y de la casi inevitabilidad de un golpe duro que asestarían los generales en el mes de mayo.

Sí, es posible que aquella tarde o noche en Baqueira Armada hubiese hablado con los Reyes de la conveniencia y de la posibilidad de dar un golpe de timón, una corrección del rumbo político, para reconducir el calamitoso estado de las cosas de aquel tiempo; adelantarse al golpe duro que al parecer estaba en máquinas.

Entonces estaba en marcha la idea de la moción de censura contra Suárez, pero no con Felipe González, sino con Armada como candidato. Era la operación a la que el Rey daba oídos y consentía como solución extraordinaria, pero constitucional. Iba a ser así. Con ello se detendrían los planes golpistas fuertes de otros militares, entre ellos Milans del Bosch y Tejero.

El Rey, a Armada, le dio alas. Debió de parecerle bueno y ajustado a la norma constitucional el plan del general y su moción de censura «constructiva». Además de emanar del Parlamento, y no de un cuartel, él debería escuchar a los líderes en consultas para «compulsar» los apoyos con que contaba el candidato a ser investido presidente. Bueno, todo eso daba al Rey un protagonismo, le convertía en el árbitro de la situación.

No hay que olvidar el factor humano. Hacía tiempo que la sintonía entre el Rey y Suárez se había quebrado. Don Juan Carlos tenía celos, unos celos brutales de Suárez, que ya no sólo volaba por sí mismo, sin Torcuato, sino que mandaba más que el Rey. En alguna ocasión, me

dijo: «Yo aquí ni toco bola ni pinto nada. Y la verdad es que yo creía que iba a ser como Franco, pero en rey».

El golpe de timón, con el Rey detrás, neutralizaba los golpes militares en marcha, reconducía la terrible situación, sacaba España del marasmo, refundaba la democracia… Y, de paso, le enmendaba la plana a Suárez y le mandaba a hacer gárgaras. Bueno, ¡al Rey no podía apetecerle más!

Si el 23-F Tejero no hubiese hecho aquella mamarrachada, y no hubiera secuestrado al Gobierno y al Parlamento con violencia, con tiros, con modales que más que miedo daban vergüenza, y si Armada hubiese podido acceder a la tribuna de oradores del Congreso para ofrecerse, no me habría extrañado nada, ¡pero nada!, que él mismo una vez allí anunciara la llegada y la presencia de Su Majestad[64].

El Rey a Suárez: «Otro presidente que no seas tú»

El Rey y su familia pasaron la Navidad en Estoril. El día 23 de diciembre celebraron una fiesta especial porque doña María cumplía setenta años. El sábado 27, se desplazaron al Pirineo, a Baqueira, con una escala rápida en Madrid. Aquel año iba con ellos la reina Federica. El viaje fue accidentado. Iban en dos helicópteros. La intensidad huracanada de los vientos, con tormenta de nieve, los forzó a aterrizar en el campo de fútbol de un centro escolar, en Alfarràs, ya en Lleida. Después, como la carretera estaba cortada por la nieve, comieron en Benabarre, el pueblo más cercano. Para el príncipe Felipe y las infantas, aquélla fue la aventura más divertida de las vacaciones. Llegaron a La Pleta de Baqueira-Beret.

Suárez se había quedado en Madrid durante la Navidad. El día 27, al tiempo que los Reyes viajaban hacia el Pirineo, él marchó a Ávila para descansar junto a los suyos: su madre, sus hermanos Hipólito, José María y Carmen, Lito, su cuñado, y la chavalería de hijos y sobrinos.

Salvo una escapada a Madrid, el 29, para presidir el Consejo de Ministros y asistir a una sesión plenaria en el Congreso, el resto de las vacaciones fueron relajantes. Hechas las paces, Adolfo y Amparo volvieron a salir con Fernando Abril y Marisa. En Nochevieja tomaron las uvas, más amargas que dulces, despidiendo con muchas ganas un año 1980 atroz, que por fin se perdía en la historia. Alguien dijo en el brindis que eran «las uvas de la ira», aunque la alusión a la novela de Steinbeck fuera un poco traída por los pelos.

El domingo 4 de enero, Suárez fue con su amigo Fernando Alcón al fútbol: un partido de rivalidad regional entre el Ávila C. F. y la Gimnástica Segoviana, que se jugaba en el estadio Adolfo Suárez. Por la mañana, en su casa de la calle Telares, había recibido un mensaje telefónico perturbador. Era el Rey: «Adolfo, yo me bajo esta noche a Madrid, pero querría verte antes, hoy, aquí en La Pleta. Mañana es mi cumpleaños, pasado la Pascua Militar. Allí no voy a tener un minuto libre, y es bastante urgente, ¿puedes hacer una escapada y venir? Te envío un helicóptero a Ávila. Aquí, en el helipuerto de Vielha, habrá un coche de incidencias y otro de cortesía esperándote. Por favor, encárgate de que los tuyos de seguridad de ahí avisen a éstos de aquí… Oye, Adolfo, prefiero que, excepto tu escolta, no se entere nadie».

Suárez supuso que se trataría de algo muy importante, puesto que no podía aguardar a

decírselo dos días después, el 6 por la tarde, en Madrid.

Al comunicar al comandante Fernando López de Castro, jefe de su seguridad personal, que había surgido un viaje inesperado a Baqueira, le dio instrucciones de reserva total: «Habla con Andrés Cassinello y entérate de quiénes están allí, y si ha habido o va a haber algún otro visitante ajeno a la Familia Real».

No comentó nada y aparentó naturalidad con los suyos, con Alcón y con los futbolistas abulenses y segovianos a los que saludó en los vestuarios al terminar el encuentro. Incluso estuvo unos minutos, tres frases intrascendentes y muchas sonrisas, con dos periodistas locales y un reportero de Europa Press. Luego, al helicóptero.

Ya en vuelo, López de Castro le informó: «Mucho esquí. Está con ellos la reina griega, la suegra del Rey… doña Federica. Ayer pasó toda la tarde allí y se fue de noche el general Alfonso Armada. El Rey y él cenaron en casa de Rafael Cavero Lataillade, no sé si solos o con alguien más… Me lo están averiguando»[65].

Con ese último dato de la presencia de Armada, Suárez se situó.

La víspera, Armada había dejado a los Reyes muy desvelados, ante la cartografía de regiones militares en ebullición, divisiones y brigadas con fiebre de asonada… Como solución, el general había reiterado que, en todo el espectro político, empresarial y de altos eclesiásticos chequeado por él, existían sentimientos favorables a un Gobierno fuerte capaz de tomar ciertas decisiones «de hierro» que precisarían un respaldo mayoritario en el Parlamento. Es decir, un Gobierno de coalición o de concentración, presidido por un general. Y que sólo así se podrían cortocircuitar o reconducir los movimientos militares más extremos que estaban organizándose[66].

—Adolfo, te he hecho venir —le dijo el Rey en cuanto llegó y tomaron asiento— porque quiero que estés al corriente de lo que a mí me quita el sueño: las informaciones que me llegan, y no son pocas, todas coinciden en que hay una sublevación fuerte calentando motores. La posibilidad de un golpe duro previsto para mayo y organizado por coroneles, es decir, por los que tienen a sus órdenes los regimientos, es algo que está tomando cuerpo.

—Llevamos año y medio oyendo eso, señor. Y leyéndolo a diario en la prensa desde el mes de mayo… Pero a la hora de la verdad, todo es humo, humo intoxicante. Dos coroneles que se han tomado unas copas de más y a ver quién grita más alto.

—Adolfo, esto no es humo, ni son copas de más. Existe un ambiente real de crispación. Y hay que desarmarlo quitándoles las razones o los motivos que tengan para sublevarse. No cabe cruzarse de brazos. Hay que adelantarse… ¡Tienes que adelantarte! ¡Tienes que cambiar la dirección de tu política! Poner en marcha iniciativas nuevas que arreglen pronto y de verdad las cosas que van mal… Tomar medidas sin miedo, con energía. Y si uno o dos o tres ministros se oponen, ¡los mandas a hacer puñetas! —El Rey había ido endureciendo y levantando el tono de voz—. Aquí no necesitamos un Gobierno con problemas y tiquismiquis internos, sino un Gobierno con agallas que aporte soluciones. Un Gobierno con fuelle, con impulso, con programa… ¡Un Gobierno que haga sus deberes, coño! Porque a ti no te protestan, pero me protestan a mí. ¡Todo el mundo viene a protestarme a mí… de lo que tú o los tuyos no hacéis bien, o dejáis de hacer!

Suárez aguantaba el chaparrón en silencio, sin interrumpir el discurso del Rey, para ver adónde quería ir a parar.

—¿Inflación, balanza de pagos, cuota del petróleo, falta de inversión, paro, huelgas…? ¡Medidas, medidas, medidas! ¿Terrorismo? ¡Medidas, incluso de excepción, hasta que sean los terroristas los que tengan miedo de la Guardia Civil, y no al revés! ¿Que ha salido disparatado el invento de las autonomías? ¡Pues se hace una ley que corte por lo sano… o se reforma la Constitución! A mí no me da ningún miedo, si se hacen las cosas desde la ley. Y estarás pensando «para eso, necesito los tres cuartos de la Cámara y no los tengo».

—No, no los tengo. Pero tengo los suficientes para gobernar con los escaños de mi propio partido; y si hace falta una mayoría más cualificada, ya he demostrado que tengo aliados: sean catalanes, vascos, aragoneses, andaluces… ¡las famosas periferias que a esos golpistas les dan náuseas y a las que quieren cortar las alas… o el cuello! Y yo, en cambio, lo que deseo es incorporarlas a la responsabilidad de gobernar para todo el Estado, ¡porque son Estado! Y no me conformaría con empotrar a un vasco o a un catalán en el gabinete con una cartera de segunda categoría. No. Yo aspiro a más: no podremos hablar de una soberanía nacional ni de una integridad territorial auténtica mientras no sea posible que en mi despacho de La Moncloa se sienten un vasco del PNV o un catalán de CiU como presidentes del Gobierno de España.

—Me parecen muy bien tus «sueños de grandezas», pero resulta que por ahora esos señores van a la suya, les importa un bledo el Estado, y la cosa está que arde y cualquier chispa podría hacer que estallara todo. ¡¡¡No quiero golpes de Estado!!! ¡No podemos volver a un régimen de dictadura militar! ¡A esos que conspiran hay que dejarles sin motivos, incluso dándoles la razón en lo que la tengan! ¡Y si hace falta poner remedios extraordinarios, se ponen, y en paz!

—Remedios extraordinarios, ¿como cuáles…?

—¿Cómo cuáles…? Felipe está tendiéndote la mano con todo descaro para un Gobierno de coalición fuerte, más que fuerte, imbatible.

—También se la tiende a algún general ambicioso, en cuya jurisdicción militar estamos precisamente ahora… ¡Me niego! Y no porque haya dicho que coalición con UCD sí, pero que no se sentará conmigo, ¡que ya tiene tela! Me niego porque UCD está en su turno legítimo. Es un principio sagrado. Y me niego porque no hace falta tanta fuerza. Arrasaríamos como una apisonadora, por supuesto, y podríamos hacer de nuestras sayas mangas y capirotes; pero a costa de cargarnos la oposición, a costa de asfixiar cualquier réplica de todas las pequeñas minorías, incluso aunque se unieran entre ellas. Arrasaríamos, pero dejaríamos el Parlamento hecho un erial. ¡Me niego!

—Pues un Gobierno de tu propio partido, una selección de ministros inteligentes, trabajadores y eficaces, que discutan menos y den más el callo. Un Gobierno de tu propio partido; pero… Voy a serte franco: con otro hombre en la presidencia.

El Rey tragó saliva. Adolfo apretó los maxilares y entornó los ojos como si quisiera cerciorarse de que era Juan Carlos quien había dicho eso. El Rey no aguantó la mirada escrutadora de su jefe de Gobierno. Extendió el brazo hacia la mesilla baja, tomó la cafetera de plata y volvió a rellenar las dos tazas.

—Tú te has creado demasiados enemigos. Has tenido que lidiar muchos toros bravos y, es

lógico, te has gastado más que nadie. No podías ser complaciente con tantos «poderes fácticos», y encima contentar a las tribus que tienes dentro de la UCD. Has tenido que cambiar a no sé cuántos ministros, porque te salían rana, o no funcionaban, o no se entendían, o lo que fuera; pero el caso es que la bicha de todas las dianas eres tú. El responsable eres tú. Van a por ti. Los que tienen poder en el mundo de las finanzas, de las empresas, de los negocios, de la milicia, de la prensa, incluso el alto clero, y los americanos, y ciertos líderes europeos… Ya de paso, te recuerdo que tu amigo Carter perdió las elecciones y ahora estamos en la era Reagan.

—Sí, pronto nos examinarán. «¿De la OTAN, qué? ¿De la renovación del tratado bilateral, qué? ¿De los créditos para el uranio de uso industrial, qué? ¿De la entrega de salvaguardas nucleares, qué?…» No se preocupe, señor. Para ese capítulo —Suárez hizo ademán de taparse las aletas de la nariz— estoy preparado.

—¿Qué piensas hacer?

—Por lo pronto, con su permiso, tomarme una de estas aspirinas… Y después, pensar[67].

A bordo del helicóptero que le trasladaba de Vielha a Ávila, Suárez llevaba en su conciencia un hecho duro e indeformable como el platino iridio: sin imponer, sin ordenar, sin «pisar raya», el Rey le había hecho un gesto. Se oía a sí mismo diciendo: «A mí el Rey no me hace lo que a Arias. Antes de que me eche, me voy». Lo había dicho muchas veces, con sinceridad, no de boquilla. Y también, expresando que su ambición política personal estaría subordinada siempre a la voluntad del Rey: «Espero seguir en el poder ciento siete años… y consolidar, no ya al pequeño Don Felipe, sino al sucesor o sucesora de Don Felipe; pero me bastaría un guiño del Rey, un leve gesto, para salir inmediatamente por la puerta». Guiñaba el ojo derecho y con el dedo índice describía un imaginario recorrido imperativo como queriendo decir «¡a la calle!».

Si había un enfrentamiento o una tensión entre el poder civil y la fuerza militar, el único arbitrio constitucional que el Rey podía ejercer era ése: un toque de advertencia, un gesto.

El helicóptero era como una burbuja ruidosa en la oscuridad de la noche. Suárez se arrebujó en su abrigo *loden*. Sentía en la garganta el amargor de que todo cuanto hubo de confianza, de complicidad, de sintonía, de amistad y de cariño entre el Rey y él se había resquebrajado, estaba hecho trizas. «Voy a serte franco: con otro hombre en la presidencia». «Otro hombre». Esas dos palabras le martilleaban las sienes, como si fuesen el pulso de su sangre.

«Si tengo la confianza del Rey —era su razonamiento ante cualquier adversidad—, no me importa que Miguel Herrero de Miñón me monte la guerra en mi propio grupo parlamentario, ni que Paco Ordóñez salga del Consejo de Ministros para telefonear a *El País* o a Felipe González para contarles lo que estamos discutiendo o lo que pensamos hacer… Está faltando al juramento de secreto, pero si tengo la confianza del Rey, me sale por una friolera. O que me lluevan dardos envenenados desde todas las esquinas, si tengo la confianza del Rey…»

Rafael Arias-Salgado le rebatía ese argumento:

—Adolfo, sin darte cuenta, has organizado en tu mente un régimen parlamentario orleanista basado en la doble confianza: la del Parlamento y la del Rey. En el fondo, no te consideras sólo un presidente parlamentario, sino un presidente que *goza* de la confianza del Rey. Es la fórmula orleanista. Pero tú no dependes del afecto o desafecto del Rey, sino del apoyo o desapoyo de la

Cámara. La democracia no es amor, es aritmética.

—Yo no soy monárquico de cuna ni de formación —le contestaba Adolfo—, pero esta democracia o es con Monarquía, o no es. Y en eso me empeñaré mientras esté en la política. Además, por encima o por debajo de eso, tengo un argumento personal: el Rey se jugó el trono cuando apostó por mí; y yo sería un malnacido si no correspondiera, por lealtad y gratitud, poniendo lo mejor de mí mismo en que la Monarquía se consolide y arraigue en este país. Y el día que el Rey me vuelva la espalda, con aritmética o sin ella, liaré el petate y adiós[68].

Aquel *tête-á-tête* en La Pleta, en Baqueira, marcó el principio del fin. Pero la última decisión tenía que ser de Suárez y sólo de Suárez. En una Monarquía parlamentaria, el Rey ni pone ni depone. No valen guiños, ni gestos, ni presiones, ni mucho menos organizar o dar el plácet para que se organicen operaciones que alteren la titularidad del legítimo poder nacido de las urnas.

Cuando el lunes, 5 de enero, Rosa Posada, secretaria de Estado para la Información, pasó a saludar al presidente y preguntarle qué tal la salida y entrada de año, observó, perspicaz, que había una especie de veladura en la mirada de Suárez. «Intuí que, por algo que yo desconocía, y aún desconozco, Adolfo estaba roto, moralmente destrozado. No era el mismo hombre al que despedí el 29 de diciembre después del Consejo de Ministros. El hombre que estaba decidido a batirse con Landelino y los críticos en el II Congreso de Palma y que, casi *chuletón de Ávila*, afirmaba "yo soy el centro del centro"… Al regresar de aquellas cortas vacaciones, venía cambiado, dispuesto a congelarlo todo. No sé, como si le hubieran dado un hachazo»[69].

Armada sondea a Milans

La conversación del 3 de enero en La Pleta reactivó a Armada. Había recibido una encomienda del Rey y se apresuró a cumplirla. En apenas seis días, y dos de ellos no laborables, organizó un encuentro familiar en Valencia para el día 10: él viajaría desde Lleida con Paquita, su mujer. Su hija Victoria y su marido, José Gil Delgado, irían desde Madrid. En Valencia, querían concretar unas reformas de interior en un piso de la calle San Cristóbal 6, y como su yerno era arquitecto verían sobre el terreno los trabajos de albañilería que fueran precisos. Ésa fue la razón que Armada dio a su ayudante en Lleida, por si durante su ausencia el capitán general Pascual Galmés preguntaba por él.

El 9 de enero, Armada telefoneó a Milans del Bosch y le anunció que iba con su mujer a Valencia para un asunto familiar, «pero el motivo primordial es hablar un rato contigo». Milans se alegró: «Se lo digo a Amparo y os invitamos a comer».

A las dos menos cuarto, entraban en la residencia del capitán general de Valencia. Les esperaban ya Jaime Milans y Amparo Portolés, y otros dos matrimonios: los Ibáñez Inglés y los Mas Oliver. A Milans le interesaba, dijo, que Armada conociera a su jefe de Estado Mayor, el coronel Diego Ibáñez Inglés, y al teniente coronel Pedro Mas Oliver, su ayudante, ambos involucrados en «algo fuerte que se preparaba».

Antes y después del almuerzo, Milans y Armada hablaron a solas en el despacho oficial. Fue una conversación política y militar, continuación de otras dos que habían mantenido no hacía mucho tiempo, una en ese mismo despacho de Capitanía y otra en Cartagena.

Milans y Armada tenían en común el pedigrí de abolengo, el ser monárquicos de tradición, franquistas por convicción, combatientes en la guerra civil, voluntarios de la División Azul, en el frente ruso habían coincidido como artilleros en el 250 Regimiento del Ejército Alemán. También les unía su rechazo a la democracia, su hostilidad hacia el comunismo y una irreprimible inquina personal a Adolfo Suárez y a Gutiérrez Mellado.

A partir de ahí, todo difería: Milans era un militar de acción, de trinchera, un hombre pegado a un carro de combate. Su pechera alicatada con toda clase de cruces al mérito militar, cinco de ellas rojas, por heridas recibidas en guerra; la Cruz de Hierro alemana, la Medalla Militar individual y otras dos colectivas, más la Gran Laureada de San Fernando, por la que pisaba fuerte allá donde fuera. Valor demostrado y reconocido. De escasas lecturas, con más panoplia de sentimientos que de ideas; fogoso, impulsivo, franco y «al pan, pan», incapaz de fabular o de construir una historia falsa. Todo lo que tenía de bizarro lo tenía de veraz. Ante dos versiones de un mismo hecho, lo sensato era creer la versión de Milans. Armada era el biotipo contrario: un militar ilustrado, estudioso, amigo del silencio y la lectura. Más dado a la estrategia que al zafarrancho de combate. Con una profunda religiosidad ignaciana, era un hombre austero, sin frivolidades. Jamás blasonaba de su rancia aristocracia. Astuto, cauteloso, con recámara y alambique para destilar qué le convenía decir y qué ocultar en cada ocasión. Por gallego, y porque desde que era un simple comandante había aprendido a moverse entre las sutilezas palaciegas, protegiendo y asesorando al príncipe Juan Carlos, tenía esa zorrería refinada del decir sin decir y del moverse sobre terciopelo sin dejar rastro. Desconfiado —porque maquinaba algo no maquinable—, tomaba precauciones, prefería los diálogos sin testigos, y para cada paso comprometedor se proveía de una coartada. Mentir, no mentía, pero fraccionaba la verdad.

Después de los hechos del 23-F, cuando el instructor de la causa le tomó declaración, como él no sabía qué habría contado Milans sobre aquel encuentro del 10 de enero en Valencia, dijo que «surgió porque yo iba a aparcar mi coche en Capitanía». No, no mentía: iba a aparcar el coche en Capitanía. Pero no decía la verdad: aquel encuentro, de dos menos cuarto a seis de la tarde, no «surgió», sino que desde el día antes le esperaban: Milans y su mujer, Amparo Portolés, habían preparado una comida social para ocho comensales.

Ya a solas con su amigo Armada, Milans explayó a borbotones un retablo de quejas por cuanto «iba de mal en peor» y por «la debilidad del Gobierno para poner sensatez y orden en España». Lanzó dardos afilados contra «el Guti y su política no militar, sino de *militancia* política». Señaló las inquietudes que registraba en las unidades de su región: Castellón, Valencia, Alicante, Murcia y Cartagena… Acabó de un sorbo su cubata y soltó lo que Armada esperaba oír:

—Ah, pero esos diputados zánganos y esos ministros inútiles y esos alcaldes comunistas, y esos sindicalistas analfabetos y marxistas, que no dan palo al agua, pero cada vez mandan más, tienen las horas contadas.

—¿Qué quieres decir? —Armada preguntó demudado.

—Que se les va a acabar la vagancia, la abundancia y la mangancia. O pasan por el aro, o más les vale que se vuelvan por donde vinieron. Se ha puesto en marcha la cuenta atrás, porque el Ejército ya está harto. Todo tiene un tope. Aquí le han dado la vuelta a la tortilla des-ca-ra-da-

men-te, y muchos militares se han cansado de tragar. —Adelantándose en su sillón, usó un tono más confidencial—. Alfonso, sé, me consta, que desde hace un tiempo se están organizando movimientos, grupos radicales, algunos incluso violentos, dispuestos a jugársela a la brava y a echarse a la calle.

—Esos «grupos violentos», ¿están coordinados?, ¿tienen una dirección?, ¿se reúnen con periodicidad, o se trata de chispas episódicas de malestar en salas de banderas, o en casas de unos y de otros los sábados por la noche?

—No, no, nada de chispas pasajeras. No son cuatro amigotes, ni estados de opinión dispersos. No, no, no, esa gente está haciendo sus planes y dispuesta a pasar a la acción.

El cerebro de Armada absorbió como un secante toda esa información, aunque Milans no había concretado ni nombres de los exaltados, ni grados militares, ni brigadas ni regimientos donde se focalizaba la conspiración. Mentalmente ordenó su discurso. Antes de darle indicaciones, templó los ánimos de Milans con un argumento de autoridad:

—Mira, Jaime, acabo de estar con Su Majestad en Vielha, y hemos hablado largo y tendido, unas cinco o seis horas.

—¡Pues a mí, es como si no quisiera verme! La última vez, casi tuve que mendigarlo: «¡Eh, Majestad, que me saltan el turno hasta los futbolistas!»

—Quiero que sepas que el Rey no está en la inopia. El Rey está al cabo de la calle y muy bien informado sobre todas estas cosas que te disgustan y me disgustan. Ve a Suárez aferrado al poder, pero…

—Aferrado, pero quieto como un pájaro disecado…

—Yo creo que el Rey está harto de Suárez, se ha convencido de que su dimisión es necesaria y está decidido a cambiarle desde la Constitución. Hemos hablado de esto. ¿A quién se pone ahí, en La Moncloa? ¿Qué candidato idóneo, que sepa cambiar las cosas para mejor? Pasamos revista a los nombres. Tampoco la *solución Leopoldo* le satisface. Yo propuse varios… Y al final desembocábamos en una disyuntiva que al Rey no le convence: o la ambigüedad de la gente de UCD, o un Gobierno de marxistas. El Rey preferiría un Gobierno de civiles, pensando también en las potencias occidentales, Estados Unidos, Europa, para no dar imagen de una remilitarización.

—Y tú, Alfonso, según lo que leo en los periódicos de un tiempo a esta parte, ¿tú no podrías ser, ¡pintiparado!, el presidente *neutral* de un nuevo Gobierno?

Armada hizo un gesto con la mano como apartando una mosca:

—Yo, por España, por el Rey y por impedir una división en el Ejército, estoy dispuesto a aportar mi grano de arena desde el puesto de servicio y de mando que me encomienden. ¿En la jefatura de Artillería? ¿En la Escuela Superior del Ejército? ¿Cómo segundo JEME, cuando deje vacante la plaza Martínez Jiménez, que es cuestión de días? En este momento, las tres cosas son posibles.

—Pero también es posible que tú tomes las riendas de un nuevo Gobierno, ¿o no?

Un soldadito camarero, enguantado y con chaqueta blanca Mao, se asomó por la puerta y avisó de que los esperaban en el comedor.

—Vamos. Es paella y… ésa no espera. Luego seguimos.

Milans a Armada: «Alfonso, ¿tú estás con el golpe?»

En aquella conversación a dos tiempos, Armada sabía mejor que Milans lo que podía suceder y lo que convendría que sucediera; lo que el Rey quería evitar y hasta dónde estaría dispuesto a aventurarse. También, y guardado bajo siete cerrojos, lo que no pensaba decirle a Milans: nada de sus contactos con políticos de toda la gama, nada de los apoyos socialistas, nada de la moción de censura pactada, nada de la logística operativa del Cesid… Nada, por supuesto, de una *Operación Armada*.

De vuelta al despacho, mientras tomaban café, le adelantó el *timing* de «unos deseables y posibles cambios sustanciales, que harían innecesaria una acción *manu militari*». Le expuso la «estrategia por pasos contados, de arriba abajo, a base de cambios de peones clave; por ejemplo, mi traslado a Madrid, probablemente como segundo JEME, al lado de Gabeiras; la caída de Suárez, que arrastraría ipso facto la del Guti; un nuevo mapa de destinos y mandos miliares; la remodelación de la JUJEM por otra más adicta a la Corona»…

Milans interrumpió:

—Eso de ir por pasos contados me parece muy lento. Si nuestra gente no ve cambios pronto, se impacientará. Además, tengo razones y datos para no confiar en la eficacia de esta JUJEM: ni Gabeiras, ni Arévalo Pelluz, ni los hermanos Alfaro son capaces de arreglar este desastre. ¡Pero si hasta nos están metiendo «húmedos» en la propia JUJEM![70].

—Y obviamente —siguió Armada impertérrito—, tras la caída de Suárez, habría un cambio de Gobierno. Por mis conversaciones en La Pleta y en La Zarzuela, yo deduzco que el Rey no quiere de ninguna manera una intervención militar, un golpe de Estado; en cambio, sí ve conveniente la toma de decisiones para restablecer la paz sin terrorismo, la unidad sin separatismo, el progreso económico sin paro, la tranquilidad ciudadana sin delincuencia callejera… Yo he informado al Rey en varias ocasiones de las inquietudes del Ejército y de la posibilidad de un golpe duro. Y he visto su reacción: ¡le espanta! Ni el Rey lo quiere, ni a España le conviene: económica, social y hasta internacionalmente, una rebelión militar sería funesta. Nos darían con la puerta en las narices y nos cerrarían el grifo desde fuera.

—No, si yo tampoco lo deseo; pero ¿y si estalla?

—Mira, Jaime, en el caso extremo, indeseable y peligrosísimo de que ocurriera alguna acción violenta, una sublevación con armas, el Rey quiere que se reconduzca. Y en realidad, yo he venido para hablarte de eso. El Rey confía en ti y en mí, en nuestra lealtad a la Corona y en nuestro predicamento en el Ejército: para que estemos con mil ojos y, si hay algún movimiento sedicioso dispuesto a la sublevación, derivarlo a masa, cortocircuitarlo. Y si estallara, reconducirlo.

—Reconducirlo, ¿cómo y hacia dónde?

—¿Cómo? Teniendo controlados a los que encabezan esos posibles grupos de exaltados. Tú, Jaime, con más autoridad que nadie, podrías erigirte en su jefe moral y agarrar bien las riendas de la situación. Hacerte con el control. Y si en un determinado momento decidieran intervenir, entonces reconducirlos desde dentro. ¿Hacia dónde? Hacia una solución enérgica, sin salirse de la legalidad constitucional. El Rey no quiere, por nada del mundo, que se repita en él ni la

lección griega de su cuñado, escapando en un avión de Kavala a Roma y de ahí a Londres, ni la lección de su abuelo, saliendo por Cartagena… El Rey sabe que si los indignados pierden los estribos, él pierde el trono. No puedo hablarte más claro. Ahora, lo importante es estar atentos, observar e informar, para que el Rey en todo momento domine la situación. Y transmitir paciencia a todos los inquietos.

—No sé yo… ¿El Rey te ha dicho eso de que cuenta con mi… predicamento?

—Para ser más exacto, que cuenta «con tu lealtad y tu enorme prestigio».

—Hombre… yo podría ponerme en contacto con las cabezas de esos grupos —dijo Milans, aunque todavía remoloneando. No acababa de convencerle la estrategia de esperar pacientemente a que fueran moviéndose los peones. Tampoco le gustaba la idea de desbaratar los planes en marcha, o meterlos en hibernación. ¿Y si tales peones no se movían?

Fue entonces cuando Armada soltó una prenda que podía motivar a Milans:

—Si las cosas discurren por el carril previsto, por el carril que quiere el Rey, sea o no sea yo presidente del Gobierno, tú sí podrías presidir la nueva JUJEM. Sería el remate brillante de tu carrera militar.

—¿Dudas de que el Rey vaya a elegirte presidente del Gobierno?

—En rigor, el Rey designa, pero el que elige es el Parlamento. Yo tendría que contar con todos los apoyos necesarios, civiles y militares… ¡No puedo entrar de clavo!

—¡Con lo fácil que sería darle un manotazo a todo este montaje y erigir una Junta Militar!

Había sido una conversación larga. Armada se puso de pie para salir del despacho, aunque con serias dudas de si habría convencido al vehemente luchador Milans. Le reiteró una vez más lo de «no ignorar ni olvidar a los militares inquietos», «interesarse y detectar con más precisión quiénes son los coroneles que andan organizándose». Ahí, Milans soltó varios nombres: «Diego Ibáñez Inglés; José Ignacio San Martín, el de la DAC Brunete; Jesús, uno de los hermanos Crespo Cuspinera; Joaquín Valencia Remón, del Regimiento Pavía; y, por descontado, Antonio Tejero, aunque éste funciona un poco como autónomo, con su proyecto bajo el brazo, y a su aire». A Armada le sonaban y los memorizó.

—Una pregunta, Alfonso, y guardaré tu respuesta como un secreto de confesión: ¿tú estás en el golpe?

Fue tan a quemarropa que Armada tardó en reaccionar:

—Pero ¡qué pregunta…! —Intentó ganar tiempo, una salida sin compromiso y fácil de entender—. Yo estoy con el Rey. Yo, de estar, estaría con el golpe de timón, pero con el Rey detrás y respaldado por la Constitución.

Cuando ya se despedían en el *hall* y las señoras se ponían los abrigos, se besaban, se daban mil recados, y «¡no os hagáis tan caros de ver!», Milans tomó del brazo a Armada y le llevó aparte:

—Alfonso, voy a convocar a esos «inquietos», reunirme con ellos y apaciguarlos. Como tú bien sabes, entre nuestra gente, si yo les digo «Armada», a ellos les suena como si hubiese dicho «el Rey». ¿Puedo hacer uso de lo que me has dicho sobre la actitud del Rey?

—¡Hombre!… Haz un uso discreto… Pero sí es importante que los militares sepan que el Rey está en sintonía con sus sentimientos más hondos, con sus deseos y con sus preocupaciones.

A las seis de la tarde, en cuanto arrancó el vehículo de Armada, Milans hizo pasar a su despacho a Ibáñez Inglés y a Mas Oliver:

—Aunque tengo buena memoria, como la mente de este Armada es un laberinto, quiero repetiros ahora lo más exactamente que pueda las líneas maestras de las dos charlas, la de antes y la de después del almuerzo. Todo lo que me ha dicho viene del Rey, y yo no quisiera desviarme de esa «hoja de ruta».

Reprodujo, casi dictándolo, pero tergiversándolo por entero, lo que Armada había dicho. Ibáñez y Mas tomaron notas. Luego les encargó que avisaran a los militares caracterizados como «cabezas» y coordinadores de grupos dispuestos a una acción de fuerza, para reunirse con ellos en Madrid.

—Llamad primero a Luis Torres Rojas, porque tendrá que desplazarse desde Galicia. Y a Tejero. Que se traiga su cartapacio. A ver si todos pueden el domingo 18.

—¿Dónde?

—En mi casa de La Moraleja, no. Aquello está muy vigilado. El Guti ha situado por allí muy astutamente a unos cuantos topos suyos. ¡Lo ha trufado! Convendría un lugar más discreto que El Peñasco, un sitio menos conocido, menos detectable.

—Yo ofrezco mi piso de Madrid, en el número 15 de la calle General Cabrera —dijo Mas Oliver—. Desde que nos vinimos a Valencia, está como lo dejamos: amueblado y sin habitantes. Va de vez en cuando una mujer a limpiarlo. Y es amplio[71].

Suárez al Rey: «Majestad, Armada es un peligro, busca un golpe»

Un frenazo de moto junto a las escalerillas de La Moncloa. Cazadora de piel, pantalón verde de pana y casco plateado, el Rey desmonta. Son las cinco de la tarde del sábado 10 de enero. Se ha presentado sin avisar. Mientras un ujier se acerca a atenderle, otro va dentro para avisar al presidente.

Suárez estaba en casa, en el piso alto, y baja a toda prisa, sin salir de su sorpresa. La última vez que estuvo con el Rey, hace una semana en La Pleta, se quedó hecho fosfatina. «Voy a serte franco, Adolfo: con otro hombre en la presidencia…» Día y noche no ha dejado de rumiar esas palabras. Éste es el primer reencuentro. Hacía tiempo que el Rey no se dejaba caer así, informalmente, como «tu amigo, el Rey», por La Moncloa. Suárez está extrañado, no sabe ni qué cara poner. Le ofrece «¿una copa, un café?». Pasan a una sala. Les sirven café y bombones de chocolate negro que a Don Juan Carlos le gustan.

El Rey sabe que a esa misma hora Armada está en Valencia convenciendo a Milans de que controle y sujete a los conspiradores, y sonsacándole nombres, planes, fechas. Piensa que Adolfo, después del zurriagazo que recibió en La Pleta, estará hecho una malva. Y entra frontal:

—Vengo a hablarte de dos asuntos que alguna vez ya te he esbozado, pero hoy quiero resolverlos. Mi viaje al País Vasco y el traslado de Alfonso Armada a Madrid.

Suárez enciende un cigarrillo con parsimonia para «hacer aguante». «Viene en plan soberano», piensa, y se prepara a aguantar el pulso.

—País Vasco… Como le dije nada más regresar yo de allí, no está el terreno aquel, ni está la

gente aquella para una visita del Rey. Ir hay que ir, faltaría más, pero escogiendo nosotros las mejores circunstancias, que no son precisamente éstas. He hecho ese viaje el mes pasado, he tenido que decirme a mí mismo: «Traga quina, Adolfo, eres el presidente del Gobierno de España». He recibido pitos, abucheos, insultos, pintadas groseras, letreros mandándome a paseo, caricaturas desagradables por las paredes, plantones, desacatos, pasividad de las autoridades, zafiedad de la gente *abertzale* que campa por las calles como un matón de barrio… Y no estoy dispuesto a que enfanguen la dignidad máxima del Estado, que es el Rey, como intentaron enfangar la mía y la del Gobierno.

—Pues, precisamente por todo eso que has dicho es por lo que entiendo que debo ir. Porque a ti y a los ministros que fueron contigo os hicieron el boicot, yo tengo que ir a plantar mis dos suelas con fuerza en aquel trozo de España, y demostrarles que no nos han *acojonao*.

—No es el momento.

—Sí lo es. Yo tengo que poder ir a cualquier lugar de España sin pedir permiso…

—No hace ninguna falta que el Rey se exponga, justo ahora, a que le monten allí un pitote gordo, ni que se meta en la boca del lobo para soportar las vejaciones y los desaires que yo acabo de padecer, porque el núcleo golpista del Ejército lo aprovecharía inmediatamente para pasar a la ofensiva a cara descubierta.

—Los militares, golpistas y no golpistas, todavía están que trinan por tu viaje. Por eso quiero ir a sacar la cara y a dejar alto el pabellón. ¡A mí no me harán lo que a ti!

—¿Cómo lo sabe? ¿Qué garantías tiene para correr ese riesgo? A un presidente pueden vapulearle, porque es efímero. Pero el Rey es vitalicio. Y si el Rey no se cuida, a otros nos corresponde cuidar del Rey.

—¿Qué garantías? Rodolfo Martín Villa en el jalón de la seguridad, y Marcelino Oreja en el programa y el protocolo de los actos, están preparándolo todo milimétricamente…[72].

—Ni Marcelino ni Rodolfo han despachado conmigo una sola línea del programa de ese viaje. Así que… alguien está puenteando a alguien.

—¿Cómo que alguien? ¡Yo! —El Rey enfatiza y empieza a subir escalonadamente el tono de voz—. ¡Quiero ir!, ¡debo ir!, ¡conviene ir!, ¡y voy a ir!

—Podría decirle, señor, que lo desautorizo; pero sólo le diré, y creo que es bastante, que lo desaconsejo seriamente.

El Rey de pronto arruga la nariz y olisquea el ambiente:

—¿A qué huele? ¿Están pintando?

—Sí, están pintando paredes y techos, y quitando las purpurinas cursis de decorado falso, las que horrorizaban a Carmen Díez de Rivera. Si le molesta el olor del disolvente, salimos.

Una vez fuera, echan a andar por los jardines. Van callados. De pronto, el Rey se arranca:

—Segundo asunto: Alfonso Armada. Quiero que venga a Madrid, al Estado Mayor, de segundo JEME, con Gabeiras. No es un antojo mío. Y te expondré mis razones. Tanto Gabeiras como Gutiérrez Mellado han concentrado la inquina de todo el generalato. Ellos lo saben y me lo han dicho: «Nos consideran unos trepas y unos rojos». Para algunos militares, todos los demócratas son rojos. Y trepas, porque a Gabeiras le hicisteis saltarse cinco puestos y hubo que ascender a cinco que no les tocaba, así que lo que canturrean es «de oca en oca, y asciendes

cuando no te toca». Total, que los tenientes generales, incluso generales de división, no despachan sus asuntos ni con Gabeiras ni con Gutiérrez Mellado. Van a hablar con Rodríguez Sahagún o vienen a mí. ¡Y luego tú te quejas de que vengan a mí!

—Porque no es el conducto y porque un funcionario, sea civil o militar, no escoge al jefe que le gusta, sino al que le corresponde.

—Y Gabeiras me lo ha pedido. ¡No Armada, sino Gabeiras…!

—No grite, señor, que le oigo muy bien.

—No he gritado, he matizado. Gabeiras quiere tener cerca a un general que inspire confianza. Y Armada la inspira porque saben que yo confío en él. En cierto modo, me ven a mí ahí, o piensan que lo que le digan a él me llegará a mí…

—Y seguimos saltándonos los conductos reglamentarios, como hasta ahora, y permitiendo zigzags raros. Consintiendo esas anomalías en la cadena de mando, los generales continúan creyendo que son una casta aparte; un poder militar fuera de la disciplina y de la jerarquía del poder civil. ¡Y yo no estoy por ésas!

—¡No he terminado! ¡Déjame hablar hasta el final! Eso es sólo un aspecto, bastante considerable y práctico, por cierto: saber qué piensan, qué hacen y qué necesitan los que mandan unidades en las once regiones militares, y no estar a ciegas, o teniéndome a mí como interlocutor. Pero hay algo más…

—Creo que ese «algo más» me lo sé, de sobra.

—Bueno, pues así lo sabes un poco más. Ya te dije el otro día en La Pleta que hay golpes organizándose, y que no van contra mí, sino contra ti. Pero los que están en el ajo, o en los alrededores, no os lo van a contar ni a ti, ni a Gutiérrez Mellado, ni a Rodríguez Sahagún. Tú tienes tus enlaces informativos en la Policía o en el CESID, y haces muy bien. Pero en el Ejército, cero. En la Guardia Civil, cero. Ni te entiendes con ellos, ni ellos quieren entenderse contigo… ¿Has dicho algo?

—No, no he dicho nada. Escucho, escucho.

—Pues, igual que tú recibes todas las mañanas a Andrés Cassinello y a Paco Laína, para que te vuelquen sus carteras con información actual y fiable, yo necesito tener una línea caliente que me informe de modo periódico y frecuente sobre estados de ánimo en regimientos y cuarteles, planes golpistas militares, confabulaciones, conspiraciones… Y esa línea caliente puede ser Alfonso Armada. Hemos hablado de esto y él podría cubrir esa función, si se le destina al Estado Mayor del Cuartel General del Ejército como segundo JEME en la vacante que deja el general Martínez Jiménez.

—¿Ha terminado, señor?

—Bueno, sí… podría seguir dando argumentos, pero sé que, tratándose de Armada, contigo pincho en hueso porque le tienes tirria visceral.

—No es la primera, ni la segunda, ni la quinta vez que le digo, señor, que no me gusta tener a ese caballero politiqueando, intrigando y moviendo el rabo por Madrid. Y si le mandé a tomar el aire al Pirineo, fue por no enviarle a Canarias, para evitar que cabildease allí con González del Yerro.

—¡Un momento, Adolfo, no te embales! —El Rey ha sujetado a Suárez por el codo, como

frenándole. Suárez se desembaraza de un tirón.

—Me embalo, porque sé lo que digo, y no digo todo lo que sé… Armada es un enredador que vende humo, que vende conspiraciones, sediciones, sublevaciones ¡que sólo existen en su cacumen! ¡Y lo malo es que se las vende al propio Rey!

—Pero ¿es que tú crees que yo soy un cretino? —Se han detenido y están encarados, han ido alzando el tono de voz, se interrumpen, hablan a la vez, gesticulan con las manos como afirmando cada uno sus argumentos—. ¡Para que lo sepas de una puñetera vez, Armada me informa, Armada me pone en guardia de problemas y peligros reales… y no me enreda! Cuando algo no lo ve claro o no sabe qué se puede hacer, busca un especialista en la materia, le encarga un informe. Y sólo entonces viene y me ofrece la solución.

—Y yo opino exactamente lo contrario. Armada no sólo no es la solución, sino que es el problema y el peligro. ¡Es él quien está creando el problema, por eso es un peligro!

Siguen andando.

—He dicho que mueve el rabo, y vuelvo a decirlo, porque no ha hecho otra cosa desde la primavera de 1979. Le tengo fichado. Tengo la lista de todos, o casi todos, sus encuentros con militares y civiles, especialmente con civiles: banqueros, empresarios, diputados, ministros de mi Gobierno, miembros del CESID… ¿Para qué coño necesita el jefe de una división de montaña tener contactos con el jefe de los servicios operativos del CESID? ¿Qué busca Armada, comiendo y cenando con diputados, ¡ojo al dato: no con senadores!, con diputados socialistas, de la derecha, comunistas, catalanes, centristas de todas las facciones de mi partido? ¿Va a formar un partido nuevo? ¿Va a presentar una proposición no de ley sobre la cría caballar? ¿Para qué puede querer votos un general? ¿Cuál es su juego? —Suárez ha hecho una pausa, un silencio para que el Rey diga algo; pero el Rey calla, enfurruñado. Con la punta del mocasín, le da un chute enérgico a un pedrusco y lo lanza lejos—. Y las mismas preguntas se hace Manolo Gutiérrez Mellado —sigue Suárez—. ¿Cómo explica Armada sus citas continuas con coroneles, generales y tenientes generales de regiones militares que no son de su jurisdicción? ¡Tanto viaje, tanto almuerzo, tanta reunión! ¡No me fío de él! Gutiérrez Mellado tampoco se fía de él. Es un personaje resbaladizo, oscuro. Y su excesivo arrimo al Rey, un peligro. Yo no sé si será por tirria o por intuición o por un cúmulo de datos, pero pienso que Armada es un golpista… Un golpista en potencia.

—Adolfo, me parece que, en cuanto te pones a hablar de Armada, desbarras. ¡Yo sí me fío de él, y Gabeiras se fía de él, y Nicolás Mondéjar y un centenar de generales se fían de él con los ojos cerrados! Hasta la Reina, con ese pesquis que tienen las mujeres, confía en él… Y las noticias que me da sobre atmósferas crispadas en muchas unidades militares no son humo, son ciertas. Me llegan también por otras vías. Por eso quiero que deje de estar con las mulas de Urgell y se venga al Cuartel General del Ejército, para que controle los movimientos militares subterráneos, serene los ánimos y nos tenga informados.

—¿Nos tenga informados… o nos tenga desinformados? Ese puesto que él pide es justo la terminal de todas las informaciones militares. El punto clave para controlar movimientos, cortocircuitar información sensible, manipularla, introducir datos falsos… Poner ahí a Armada me parece arriesgarnos a que nos dé un gravísimo disgusto. No puedo decirlo más claro.

—Pues, ¿quieres saber dónde está Armada en este momento? ¿Quieres saber qué hace ahora mismo? —Suárez había echado a andar adelantándose a paso ligero. Ante la pregunta del Rey, se detiene. Se gira y se queda aguardando—. Está en Valencia convenciendo a Milans para que controle a los conspiradores del golpe duro. El golpe de mayo no es un invento de los periodistas: es real y está en marcha. Armada intenta que Milans se haga con el mando de esos grupos y los pare. Está sonsacándole los nombres de los cabecillas… Y eso lo hace por lealtad a España, a la Corona, incluso por lealtad personal a mí. Así que ¡claro que me fío! Y quiero que pueda operar desde Madrid.

—Pues yo no me fío. Tengo otras informaciones bastante preocupantes, y me niego a que opere desde Madrid. Lo siento mucho, Majestad. No es fácil decirle que no al Rey.

Caminan un trecho sin hablar entre ellos. En algún momento se habían acalorado, ahora ya se los ve calmados, aunque con expresión de disgusto. Después de cada encuentro, la brecha es más grande.

En silencio, se vuelven hacia el palacete. No entran. El Rey se dirige a donde aparcó la moto. Se cala el casco, se enfunda los guantes, monta. Mientras la alza del soporte, hace un gesto de despedida con la cabeza. Arranca dando un tremendo acelerón. Retumba a toda cilindrada el tubo de escape.

Desde el porche, con las manos en los bolsillos y el rostro afiladamente serio, Suárez le ve alejarse por la alameda[73].

CAPÍTULO 5
Suárez, el Rey, un perro, una pistola…

El Rey: «Adolfo, uno de los dos sobra en este país»

A mediados de enero, algunos dirigentes del PNV, predio entonces de Xabier Arzalluz, le dieron a entender al presidente Suárez cierta «incómoda extrañeza», porque se iban enterando «a retazos, y casi con los hechos en puertas, de la visita oficial de los Reyes a Euskadi: las fechas ya clavadas, el programa de actos resuelto… y, caray, que vienen a nuestra tierra, a nuestra casa, y entre Marcelino Oreja y Rodolfo Martín Villa lo están montando todo prácticamente en secreto, sin contar con nosotros». Y un par de diputados vascos, sobre la misma cuestión, le precisaron: «Aunque nosotros no somos muy de monarquías, estamos encantados de que vengan; pero nos parece que las fechas más adecuadas de la visita serían tras aprobarse los conciertos económicos en las Cortes. No decimos que entonces el pueblo se vaya a echar a la calle a vitorear y a dar las gracias, porque en definitiva es devolvernos algo históricamente nuestro que Franco nos quitó; pero, vamos, que tampoco se verían *graffiti* de protesta, ni gestos hoscos…»

La visita de Suárez en diciembre, aunque muy aperreada en la calle, había sido de gran eficacia política en las conversaciones de interior y cara a cara, pues entre él y Garaikoetxea lograron desbloquear los dos contenciosos que tenían de uñas al Gobierno vasco: el concierto económico y la Policía autónoma.

Los *burukides* del PNV preferían que todo eso quedara sancionado en el Congreso de los Diputados antes de la visita real. Suárez opinaba lo mismo, de modo que la estancia de los Reyes fuese una celebración, una *ospakizuna*, como ellos decían.

Pero el Rey no lo entendía así: «¡Es que para poder ir yo allí, tengo que pagar peaje!», exclamaba.

Además, Marcelino Oreja y Rodolfo Martín Villa se coordinaban entre ellos y con la Casa Real, pero no con La Moncloa ni con el Gobierno vasco. Funcionaban con gran eficacia, pero como francotiradores. A Suárez, como a los del PNV, le llegaban ondas de que Marcelino Oreja había planificado «un programa amplísimo, precioso, como para que los Reyes se estuvieran allí una semana, pero tendrán que hacerlo todo en tres días y a uña de caballo»; y de que Rodolfo, por la cuestión de seguridad, habría pedido ayuda a Rosón para que hubiera policías a manta, peinándolo y registrándolo todo de tapadillo. Los vascos lo consideraron «como si en tu propia casa vinieran a husmear en tus mansardas y tus bajeras sin decirte para qué; la gente se mosquea».

A esos comentarios se unieron unos teletipos que circulaban desde el día 20 de enero expresando la sorpresa en Ajuria Enea y la extrañeza entre los dirigentes del PNV, ante la posible visita de los Reyes al País Vasco.

El jueves 22 de enero, Suárez subió a La Zarzuela, como solía hacer las vísperas de Consejo de Ministros. A solas con el Rey, le informó sobre algunos trámites de Gobierno, interrumpieron para el almuerzo y siguieron luego en el despacho tomando café.

Suárez empezaba a estar griposo, pero tenía una reunión con la ejecutiva de la UCD y después un viaje rápido a Sevilla para cenar con el presidente de México, López Portillo, que hacía escala en una *tournée* privada. Quería que fuese un despacho rápido, y no pensaba entrar en el tema vasco, que ya había ocasionado entre los dos una discusión muy correosa hacía apenas diez días. Sin embargo, el Rey volvió sacarlo.

—No sólo falta aprobar aquí en las Cortes los conciertos económicos y la creación de la Policía autónoma, está pendiente todavía la negociación de la transferencia de la Seguridad Social —argumentó Suárez—. Insisto, pues, en que conviene demorar la visita y que tengamos la fiesta en paz, sin fricciones.

—A mí me dieron unas fechas —protestó el Rey—, y yo he combinado un montón de asuntos contando con esa estancia allí. Luego tengo el viaje a Estados Unidos para la visita a Reagan… Empalmo con varios compromisos. El viaje a Noruega…

Suárez sacó su agenda del bolsillo interior de la chaqueta y escribió algo rápido. Como respuesta y con acopio de paciencia dijo:

—Allí tienen que ponerse de acuerdo el Gobierno vasco, el PNV, HB, los otros partidos, Makua y los junteros, para el acto en Gernika. Hay que ver si en el acto cultural intervienen sólo las tres provincias vascas, Euskadi sur, o nos meten también a Lapurdi, Nafarroa y Zuberoa. En lo religioso, si se va a Begoña o a Loyola… Altos Hornos, los *arrantzales* de Bermeo o de no sé qué otro puerto, etc. Hasta el momento, a mí nadie me ha dado un guion claro del programa. Y por lo que leo en los teletipos de esta misma mañana, allí hay un despiste descomunal. Dicho en cristiano: alguien ha largado a las agencias unos teletipos en los que se anuncia ya la «inminente visita de los Reyes», cuando ni la Casa Real, ni el Gobierno español, ni el Gobierno de Ajuria Enea han dicho esta boca es mía… O sea, están dándonoslo hecho. Alguien juega raro, y lo raro no me gusta.

El Rey volvió a la carga con su otro pleito: el destino de Alfonso Armada al Estado Mayor en el Cuartel General del Ejército.

Suárez sabía que, pese a sus negativas duramente razonadas, el Rey había planteado el asunto a Gutiérrez Mellado, que también se opuso. Después lo habló con Gabeiras, que estaba muy conforme. «A mí me vendría muy bien, y a los militares más cercanos al Gobierno les interesa tenerle con ellos, porque saben que Armada es un hombre muy próximo al Rey», dijo a Suárez. Y en los últimos días, había sondeado al ministro Rodríguez Sahagún. Estaba dispuesto a salirse con la suya buscando caminos oblicuos.

De pronto, el Rey soltó:

—Últimamente, no sé si te habrás dado cuenta, tu relación conmigo es «a ver qué dice el Rey, que me opongo»; y eso, un tema tras otro, resulta cansadísimo, insoportable.

—Yo diría más bien lo contrario: es como si el Rey tratara de llevarle la contraria por sistema a su jefe del Gobierno.

—O el jefe del Gobierno se empeñara en controlar y torcer todas las iniciativas del Rey, ya se trate de un viaje, de unas audiencias, de un nombramiento, de un mensaje de Navidad… que no te dije nada, pero era *mi* mensaje, ¡y menuda tijera le metisteis!

Entraron en una esgrima de reproches, con alusiones veladas que uno y otro entendían, y acusaban el toque. Desde hacía más de un año, la divergencia era cada vez mayor. El presidente se sentía desatendido, no secundado por el Rey. «Consulta, escucha y hace caso a cualquiera antes que a mí», se quejaba Suárez. El Rey, por su parte, veía a su jefe del Gobierno como sin rumbo político, sin un norte ilusionante; le notaba agostado, desmotivado, sin ideas ni soluciones; corroído quizá por las termitas de su propia gente, y sin aquella sonrisa llena, sin aquella alegría entusiasta de antes…

No hacía falta gran perspicacia para adivinar lo que el Rey estaba pensando. Suárez, castellano de cuna y crianza, sabía que los reyes, como Castilla, *facen a sus homes e los desfacen*… Los usan, los gastan, luego se cansan de ellos, los tiran y los olvidan. Pasan del embeleso al hastío.

—Hablemos claro, señor. Yo no estoy en el cargo de presidente del Gobierno porque me haya puesto ahí Su Majestad el Rey de España, ni los once capitanes generales de nuestras once regiones militares, ni el almirantazgo de los departamentos marítimos, ni la JUJEM, ni los siete grandes banqueros, ni la CEOE, ni los sindicatos, ni el alto o el bajo clero… Yo estoy encargado de la gobernación de este país porque así lo quisieron, hace menos de dos años, 6 268 593 españoles, y luego mi partido me eligió en el Parlamento.

El Rey le quitó la funda a un habano Hoyo de Monterrey Doble Corona y escuchaba sin dejar de atender al ritual de cortar la punta y encender su cigarro. Suárez empalmaba un cigarrillo Ducados con otro.

—Yo tengo un contrato popular y parlamentario que dura cuatro años, cuatro —continuó Suárez—; y me siento comprometido a cumplirlo, salvo que mi continuidad lejos de ser un bien fuese un mal para España. Por tanto, sólo hay tres modos de que yo abandone ese encargo: por muerte o invalidez, por una moción de censura que me derrote y ponga a otro en mi lugar, o… preguntándole al pueblo si quieren que siga o que me vaya. Ellos me pusieron y sólo ellos pueden deponerme. ¿No gustar a los militares o a los banqueros? Puede ser poco grato, pero no es una razón para abandonar. ¿Discrepar del Rey? En una Monarquía absoluta sería determinante; en una Monarquía parlamentaria puede ser triste y molesto, pero no es un problema para el jefe del Gobierno, en todo caso lo sería para el Rey. Y no estoy diciendo ninguna impertinencia, sino el a, e, i, o, u…

—Interrumpo: lo que no es normal, por muy legítimo y legal que sea, es que yo diga blanco y tú impepinablemente digas negro. Las cosas han llegado a un punto en que o se hace lo que quieres tú, o se hace lo que quiero yo… y cada vez coincidimos en menos temas.

—Al menos, en eso coincidimos: la falta de sintonía, la divergencia, la falta de entendimiento y de confianza del Rey en el presidente del Gobierno, todo eso va cada día a más. Y hacia el exterior, me temo que empezamos a dar la impresión de dos jefaturas que en lo importante

discrepan.

—Tú estás porque te ha puesto el pueblo con no sé cuántos millones de votos. Yo estoy porque me ha puesto la historia. Con setecientos y pico años… Soy el sucesor de Franco, sí, pero soy el heredero de diecisiete reyes de mi propia familia. Y resulta que no discrepamos en bagatelas. Discutimos si atlantismo o neutralismo, si OTAN sí u OTAN no, si Israel o Arafat, si pleitesías a Giscard o «no vuelvo a pisar el Elíseo», si entenderse con Hassan o plantarle cara cada vez, si Armada es bueno o Armada es peligroso. Eso, por citarte sólo asuntos de Estado. Y como no veo que tú vayas a dar tu brazo a torcer, la cosa está bastante clara: uno de los dos sobra en este país. Uno de los dos está de más. Y, como comprenderás, yo no pienso abdicar.

Suárez iba notando el subidón del catarro. Pidió otro café muy caliente y aspirinas.

Habían dejado el florete y blandían ya el sable.

—¿Abdicar? ¡Ése sería el mayor fracaso de todos mis empeños! —Suárez lo dijo a media voz, para sí mismo, mientras aplastaba el cigarrillo en el cenicero; pero el Rey lo oyó—. Bien, aunque las encuestas no soplan ahora a favor de UCD, y es bastante probable que el despacho que están remodelando y pintando en La Moncloa lo estrene Felipe González, la única fórmula de recambio de mi persona es preguntarle al pueblo: aunque me quede media legislatura sin gastar, disuelvo las Cámaras y convoco elecciones generales. Y que el nuevo presidente salga de las urnas. De las urnas… no de un conciliábulo, ni de una negociación palaciega, ni de algo más espurio y más tramposo, que me callo.

—¿Disolver las Cámaras? ¡Me niego en absoluto! ¿Tú estás loco? ¿O no te das cuenta de que este pueblo, en estas circunstancias…? Mira, Adolfo, yo no puedo ni pedirte ni impedirte que dimitas. Lo sé. Pero sí puedo apelar a tu prudencia política y decirte que éste no es un buen momento para dejar vacante la presidencia. Primero, y sería lo de menos, porque sabes que tengo programados tres viajes oficiales importantes. Segundo, porque este país, con una parálisis de Gobierno de mil pares de narices, y perdona que te lo diga así de crudo, y con una crisis económica que no sé si vamos a poder contarla, con un descrédito exterior que no hay quien invierta aquí un duro…, no está precisamente para meterlo en una nueva campaña electoral y en un nuevo parón de Gobierno, de medidas, de leyes… y mítines a la gresca. ¡Eso no hay quien lo aguante! Aquí lo que hace falta es un Gobierno fuerte, cohesionado, y no una jaula de grillos peleándose, un Gobierno que cuente con una mayoría estable y gestione de una jodida vez. Por tanto, y tercero, yo no voy a firmar el decreto de disolución de Cámaras.

—¿Cómo…? ¿He oído bien? ¿Cómo que no va a firmar? Le recuerdo que, por Constitución, el Rey no puede ni imponer ni negar una disolución de Cámaras. Esa firma es preceptiva, y la decisión no corresponde al Rey, sino al presidente del Gobierno, «previa deliberación del Consejo de Ministros, y bajo su exclusiva responsabilidad»: artículo 115 de la Constitución. Disolución que, una vez decidida por el presidente del Gobierno, «será decretada por el Rey». No dice «podrá ser o no ser…», sino «será decretada». Imperativo obligante. El Rey no puede negarse[1].

—También dice ese artículo 115 —contraatacó el Rey— y espero recordarlo de memoria, que «la propuesta de disolución de Cámaras no podrá presentarse cuando esté en trámite una moción de censura».

—Bien, ¿y qué? No hay en trámite ninguna moción de censura… ¿O sí?

El Rey había sido indiscreto. Se le escapó inconscientemente lo que daba vueltas dentro de su cabeza: una dimisión repentina de Suárez invalidaría el plan de derrocarle por la vía «intachablemente parlamentaria» de la moción de censura. Y una disolución de las Cámaras, lo mismo, dejaría la *Operación Armada* en papel mojado. El único modo de que esa *Operación Armada* siguiera su curso sería adelantando la moción de censura. Por tanto, Suárez no debía dimitir ni disolver las Cortes… todavía. La pieza que había que derribar no podía desaparecer de la escena.

La precipitación del monarca puso en guardia a Suárez.

Por la fiebre, por la aspirina, o por constatar que las maniobras que le contaban eran ciertas, a Suárez le brillaron los ojos de repente como centellas.

—Adolfo, si tomas esa decisión de dar cerrojazo a las Cámaras, que sepas que no la pienso firmar. Me pondré enfermo, me iré de viaje… ¡estaré ausente el tiempo necesario!, pero no pienso estampar mi firma en esa disolución.

Otra indiscreción, otro desliz: «Estaré ausente el tiempo necesario». El tiempo necesario… ¿para qué?, para organizar ¿qué?

El Rey seguía en sus trece:

—Convocar elecciones ahora sería malo para España, ¡y no pienso firmar!

—Es un deber. Es un imperativo legal. Tiene que hacerlo, si no quiere actuar en contra de la Constitución… al margen de la ley de leyes. ¡El acabose!

La discusión se había ido tensando y subiendo de tono. Llegaron a alzarse la voz con tal rudeza que el perro del Rey, *Larky*, un pastor alemán de pelaje marrón y beis, que estaba allí tumbado sobre la alfombra, percibió la agresividad, se excitó, rompió a ladrar rugiendo y se arrojó contra Suárez. Juan Carlos se puso en pie de un salto y lo sujetó agarrándolo entre sus brazos con energía para reprimir su ataque[2].

Salvar España de los salvapatrias

Suárez presidió una reunión de la ejecutiva de la UCD, preparando el Congreso del partido en Palma de Mallorca. Listas abiertas, candidaturas, ponencias… Luego salió hacia Barajas. Cuando ya estaba a punto de subir al avión, un ayudante de campo le avisó de que le llamaban de La Zarzuela. El Rey quería hablarle. Fue una conversación breve.

—¿Adolfo? Soy el Rey, ¿cómo va tu trancazo? ¿Te quedas a dormir en Sevilla?

—No, volveré a mi casa, aunque será ya muy de noche; prefiero, porque lo que he agarrado parece gripe, y mañana tenemos Consejo de Ministros.

—Dale recuerdos míos al presidente López Portillo. Ah, oye, y no te preocupes por lo de Alfonso Armada.

Extraña llamada. ¿Era para balsamizar la bronca tremenda que habían tenido hacía un rato? ¿O para confirmar que Suárez estaría ausente hasta bien entrada la noche?

El Rey citó inmediatamente a Agustín Rodríguez Sahagún en La Zarzuela. Con todos los argumentos habidos y por haber, más el *pressing* de su deseo personal, le convenció de que

pusiera en marcha cuanto antes la orden de nombramiento y destino de Armada: «En definitiva, Agustín, sólo depende de tu ministerio».

En el Mirage oficial, regresando de Sevilla a Madrid, amodorrado por la febrícula y el cansancio, Suárez ni siquiera se quitó el abrigo. Pidió un café cortado y se enzarzó en sus pensamientos. Durante la cena en el Alfonso XIII estuvo como zumbado. El presidente mexicano iba con su hijo hacia la India, en una «escapada cultural», y tenía ganas de parlotear. Suárez escuchaba y sonreía sin atender apenas. La mente muy lejos de allí.

El desliz del Rey le había confirmado que eran ciertos los informes que Laína y Cassinello venían suministrándole con más y más acopio de datos: se estaba urdiendo una moción de censura contra él. Primero fue un vector: La Zarzuela-CESID. Enseguida, un triángulo: el Rey-Cortina-Armada. Y en cosa de días, semanas, un cuadrilátero: La Zarzuela-CESID-Armada-PSOE. *And company*, agregaban Laína y Cassinello. «¡Pero mucha *company*, eh, se rifan las papeletas para entrar en la operación!»

En otoño de 1980, Suárez había tenido una conversación muy ácida con el Rey. Recordaba bien la escena de entonces. El monarca llegó a soltarle aquella vez: «Pues vete». Poco después, Suárez habló con Felipe González. Le dijo: «Estamos estrenando el sistema. Todos. También el Rey. Y conviene, hoy a mí, mañana a ti, luego al siguiente, crear juntos el precedente de que el Rey no puede echar a los jefes del Gobierno; que sólo el Parlamento o las urnas pueden cambiarlos». Felipe no estuvo receptivo a la sugerencia. Silbó y miró al techo, como si oyera llover y aquello no fuese con él. El cuadrilátero estaba ya en plena acción, y lo que Felipe quería era que Suárez saliera y entrar él, incluso en un Gobierno de aluvión y bajo el mando de un general[3].

Suárez solía prestar atención a las declaraciones públicas de Felipe González referentes al Rey, sobre todo en el último año. Eran un poco enigmáticas, pero leídas al trasluz desvelaban su mensaje. En julio de 1980, cuando los barones de la UCD reclamaron sus fueros en La Casa de la Pradera, Herrero de Miñón aglutinaba críticos, y en las «cloacas madrileñas» se empezaba a hablar de un Gobierno de concentración o de coalición. Aunque Suárez había ganado la moción de censura, Felipe González salió reclamando más libertad de movimientos y de arbitraje para el Rey. A Suárez le extrañó, sobre todo por decirlo un republicano intrauterino, partidario de que al Rey se le acotara la escueta baldosa donde podía moverse, pero de la que no debía salir. «Es conveniente —dijo González— que ahora tenga el Rey un poder moderador que sea como un fuelle, capaz de replegarse o de ampliarse según las necesidades. Sin que intentemos reglamentarlo, ni restrictiva ni abusivamente. Dar un reglamento a la Corona, hoy por hoy, me parecería erróneo. Al proceso político actual le conviene que el Rey tenga ese fuelle de poderes reales —reales, de "realidad", no de "regios"—, y que siga moderando… ¡Por favor, no le encorsetemos!»[4].

La clave de esa repentina liberalidad del líder socialista hacia el monarca y su ejercicio arbitral llegó pocos días después. Al parecer, Felipe estaba zambullido ya en la *Operación Armada*, o *De Gaulle*, o golpe de timón, cuya estrategia pasaba lisa y llanamente por decapitar a Adolfo Suárez con una moción de censura. Permanecía al acecho para que Adolfo no tuviera el arranque súbito de disolver Cámaras y zanjar con un «señores, no hay censura porque se acabó la

función». Reunido Felipe González por esos días con un grupito de periodistas, les dijo: «Yo me temo que, si Suárez se ve contra las cuerdas, ante el riesgo de perder la presidencia, quizá se lance a disolver las Cámaras y a convocar nuevas elecciones… ¿Puede hacerlo? Constitucionalmente, sí. Ahora bien, en estos tiempos y tal como está el país, ¿debe hacerlo? Yo, en conciencia, no disolvería las Cámaras —y agregó—: Yo, en su lugar, no disolvería las Cámaras sin el níhil óbstat del Rey»[5]. Una «venia» regia que no está en la Constitución, porque si estuviera convertiría al monarca en un Rey absoluto. Esa supeditación al níhil óbstat del Rey sonaba extraña en Felipe González. Cuando Suárez leyó la frase en un periódico intuyó que algo raro se movía en la trastienda, y que esa trastienda no estaba muy lejos de La Zarzuela.

Con aquella cautela de julio, González se anticipaba seis meses a la reacción que acababa de tener el Rey esa misma tarde, en su tormentoso despacho con Suárez, cuando éste aludió a una inmediata disolución de Cámaras. Es decir, a un inesperado cambio de escenario.

Con datos, intuiciones y su olfato político, Suárez supo aquella noche que, en cuanto sus adversarios tuvieran completa la colecta de votos, le plantearían la moción de censura. Necesitaba adelantarse, golpear primero y por sorpresa.

Cuando llegó de Barajas a La Moncloa era muy tarde. Subió a dar un beso a Amparo. Los chicos dormían. A Pepe Iglesias, el mayordomo, le pidió «café con leche, y si encuentras un Desenfriol o algo así, tráemelo, por favor, y vete a dormir».

En su despacho siguió pensando, combinando fechas, calculando el juego del contrario. ¡Los contrarios! ¿Estarían listos ya? ¿Qué tiempo necesitarían? El Rey, sin querer, con su ligereza le había dado unas pistas. A ver… dijo que si disolvía ahora, le partía por el eje tres viajes importantes: País Vasco, Estados Unidos y Noruega. Luego, ellos, los contrarios, no tenían pensado actuar antes de esos viajes. Abrió su dietario de mesa para precisar las fechas: País Vasco, del 3 al 5; Estados Unidos, del 9 al 18, visita oficial y estancia privada; Noruega, del 27 de febrero al 2 de marzo. Pero después de lo hablado con el Rey, todo se aceleraría. Y él tenía por medio el Congreso de la UCD en Palma.

Poco a poco, fue viendo con nitidez que la «salida» de unas nuevas elecciones, además de ser lenta, no le beneficiaba: le serviría en bandeja a Felipe la presidencia. La fórmula expeditiva, rápida y contundente sería dimitir. Eso sí que les cortaría el saque.

Y no sólo dimitir. Hacer que la UCD, partido legítimamente gobernante, siguiera en su puesto y eligiese de entre sus filas al sucesor. De ese modo, no habría ni un minuto de vacío de poder, y los que estaban con el hacha de la censura en alto se encontrarían sin cabeza de «hombre odioso» que decapitar. La *Operación Armada* se habría quedado en una mala tentación frustrada. Por salvar a España de los salvapatrias, valía la pena dimitir.

Tan embebido estaba en sus pensamientos que ni se percató de que Pepe Iglesias había entrado en su despacho, le había dejado una bandeja con dos pequeños termos de café y leche, un tubo de Desenfriol y una tortilla francesa. Ni que en voz baja le había dicho «por si luego le apetece, señor; y no se quede mucho rato».

«Has firmado el salvoconducto para que nos den un golpe»

Agustín Rodríguez Sahagún llegó a La Moncloa con unos minutos de adelanto y pidió al ayudante de campo ver al presidente un momento antes del Consejo de Ministros.

Unido a Suárez por amistad, paisanaje, algún lazo familiar, ideología —los dos eran hijos de padre republicano— y un sentido trascendente de la vida, no tenía reservas con Adolfo. Así que, sin rodeos, le contó lo ocurrido la víspera:

—Mientras tú estabas en Sevilla, me llamó el Rey. Fui. Me dio un montón de argumentos para que Armada viniera a Madrid a reforzar a Gabeiras, a romper el aislamiento en que le tienen sus compañeros generales y tenientes generales, y también para que fluyese más información por el despacho del JEME…

—¿Y te pidió que activaras la orden ministerial de su nombramiento?

—Sí. Me dijo que él personalmente tenía mucho interés y que Gabeiras se lo había pedido con insistencia…

—¿Y lo has tramitado? —La pregunta de Suárez sonó con tal dureza que Rodríguez Sahagún cortó en seco lo que estaba diciendo y arqueó las cejas con gran asombro.

—¿Por qué…? ¿Qué pasa…?

—¿Que qué pasa? ¿El Rey no te ha dicho que yo me he opuesto rotundamente cada vez que me lo ha pedido, desde hace meses? ¿Y que Manolo Gutiérrez Mellado no ha querido ni oír hablar de eso? ¿No te lo ha dicho? ¿Y tú no te acordaste de que yo mismo te lo he comentado? —Suárez no podía contener su indignación—. ¿La has puesto en marcha, de verdad?

—Sí. Además me dijo que le diera prioridad, porque no implicaba ascenso, sólo destino.

—¡Pues la has jodido, Agustín! ¡Eres un irresponsable…! Te lo había advertido varias veces: «Me quieren meter a ese tío de cuña en un puesto peligrosísimo, y se lo he dicho al Rey en su cara, que no y que no…, que no quiero a Armada con patente de corso enredando aquí en Madrid». Lo sabías, Agustín, lo sabías… Pero me doy la vuelta y, zas, a mis espaldas, me la clavas hasta la empuñadura…

—Adolfo, ¡es el Rey! Me dio mil razones, me lo pidió como un favor… Joder, yo no supe negarme.

—¿Y no te dijo que ayer mismo, ¡ayer mismo!, tuvimos una pelotera de…, bueno, menos llegar a las manos, de todo, por culpa del dichoso Armada? Y otra el 3 de enero en Baqueira, y otra el día 10, que vino aquí a La Moncloa para pedírmelo… Y siempre he sabido negarme, Agustín, siempre le he dicho que no, y ya sé que es el Rey. Pero si él tiene mil razones para que Armada venga, yo tengo una sola para que no venga. Una sola, pero probada y fundamentada. Fíjate en lo que te digo: con Armada en la jefatura del Estado Mayor del Ejército, hay un 80 por ciento de posibilidades de que se ponga en marcha cualquiera de los golpes que ahora mismo están en la cabeza de unos cuantos *piraos*. Has de saber que acabas de autorizar, o al menos acabas de dar el salvoconducto, para que en España se produzca un golpe de Estado. Y cuando veas a Armada al frente de los golpistas, te darás cuenta de que ha sido por tu culpa.

Rodríguez Sahagún, que había dejado sus negocios, sus empresas, su presidencia de la Confederación Española de la Pequeña y Mediana Empresa (CEPYME), sus clases en la universidad, su mundo artístico como coleccionista de pintura… por acompañar a Suárez en la aventura política, y era su amigo más sincero y su alfil más leal, se había quedado como derruido

por dentro. Mientras Suárez le abroncaba a voz en cuello, fue alejándose de la mesa de despacho hacia el tresillo de visitas, frente a los ventanales. Allí, hundido en uno de los sillones, la cabeza entre las manos, se puso a llorar a lágrima viva, sin poder contenerse.

Adolfo miró su reloj de muñeca. Los ministros esperaban ya en la sala de consejos. Recogió unas carpetillas de la mesa y se dispuso a salir. Al llegar donde estaba Agustín se detuvo. Le dolía haberle hablado así. Había descargado sobre el ministro amigo su ira contra el Rey, contra la argucia final del monarca, cuando le llamó al aeropuerto el día anterior para decirle que no se preocupara por Alfonso Armada.

Le puso una mano en el hombro. Pero sólo pudo decirle:

—Agustín, ¡ojalá me equivoque de punta a punta y tenga que pedirte perdón algún día por todo esto que te he recriminado! ¡Ojalá![6]

Fue un Consejo de trámite, tedioso y largo. Duró cuatro horas. Suárez no se levantó de la mesa. No era lo más frecuente en él. Solía aprovechar que estaban allí todos los ministros para sacar a uno o a otro, y tratar algo a solas con él. Ese viernes, al terminar la reunión, le indicó en un aparte a Juan José Rosón que estuviese localizable durante el fin de semana. Lo mismo le dijo a Rafael Arias-Salgado[7].

Aquel viernes 23 de enero no iba a ser un día tranquilo. Iban a suceder cosas insólitas.

Adolfo veía ante sí demasiados flancos abiertos a la vez. Landelino Lavilla, que le había alanceado desde *Diario 16* reprochándole «no un ejercicio arbitrario o abusivo de sus poderes, sino al contrario, el escaso ejercicio de los mismos», vacilaba ante la invitación de sus seguidores a encabezar en el II Congreso de la UCD una lista enfrentada a Adolfo, pero tampoco quería una candidatura de integración.

Entre bambalinas, algunos barones se agrupaban, hacían apuestas, intentaban calcular las adhesiones de cada competidor, o descaradamente se autopostulaban, como Leopoldo Calvo-Sotelo. Por su parte, Adolfo Suárez había dicho en público que no abanderaría ninguna facción, por muy ganadora que se ofreciera. O el partido era un ente unitario o no era un partido, sino una ensalada rusa. O peor, una orquesta en la que todos querían ser director y ninguno músico.

En el Gobierno y en el Parlamento, batalla campal entre socioliberales y democristianos por las leyes del divorcio y de la autonomía universitaria.

Junto a eso, otro capítulo de envergadura: con la llegada de Ronald Reagan a la presidencia, Estados Unidos empezaba a endurecer su actitud, hasta entonces contemporizadora, con España. Ni Gerald Ford ni Jimmy Carter habían apretado demasiado las tuercas, urgiendo una decisión sobre el acceso a la OTAN, o pidiendo al Gobierno que justificara el uso de los multimillonarios créditos destinados al uso industrial, y no militar, del uranio producido en España. Ahora en cambio, el nuevo secretario de Estado, el general Alexander Haig, apremiaba en todo ello. «Ya pasó el tiempo de deshojar la margarita», decía. Y señalaba varios capítulos pendientes: la renovación del tratado bilateral, que estaba a punto de expirar; la firma del Tratado de No Proliferación Nuclear; la entrega de salvaguardas de nuestras centrales e instalaciones nucleares; y algún gesto evidente de apertura de relaciones diplomáticas con Israel. La instantánea del abrazo de Suárez con Arafat se les había quedado pegada a las retinas, y el *lobby* judío seguía amenazando con sus boicots económicos…

En octubre y noviembre de 1980, estrenándose como ministro de Exteriores, José Pedro Pérez-Llorca abordó el tema de más envergadura, nuestro ingreso en la OTAN. Sabía que Suárez era contrario, pero quiso hacerle cambiar de opinión con argumentos «de conveniencia»:

Hablé con Adolfo Suárez y, por separado, con Agustín Rodríguez Sahagún y con Leopoldo Calvo-Sotelo —recordaría nítidamente Pérez-Llorca—. Les argumenté que nos interesaba ingresar en la OTAN, y además rápidamente, para consolidar nuestra democracia hacia dentro y hacia fuera, y para pisar firme cuando negociásemos la entrada en la Comunidad Europea. También les hablé de reforzar las relaciones con Estados Unidos con un tratado bilateral no hecho fuera de la OTAN, como el que teníamos, sino ya como socios del club defensivo. En términos coloquiales, les expuse que en realidad las bases, los mandos y los jefes de la OTAN estaban en España. Y España, de chacha. El Gobierno se lo planteó fríamente: «¿Qué hacemos, señores? ¿Echamos a los americanos y nos quedamos fuera del juego de la Alianza, como país neutral? ¿O les decimos que no queremos ser alquiladores del terreno, sino sentarnos a la mesa como los demás socios?» Esta última opción tenía entre otras ventajas que nuestra democracia, todavía frágil y con el dichoso ruido de sables, quedaría más guarnecida. También recomendé que pusiéramos dos condiciones previas: la no nuclearización del territorio español y decidir soberanamente nuestra modalidad de integración.

Adolfo me comentó que iba a tener un encuentro discreto, secreto, en La Moncloa con Leo Tindemans, presidente del Partido Popular Europeo y dirigente de la Internacional Democristiana (IDC), y luego me dijo: «José Pedro, vamos a entrar en la OTAN y vamos a integrarnos en la IDC, así se evitan aquí aventuras de futuro con el socialismo, en ambos frentes, el defensivo atlántico y el político europeo». De ese modo, cuando llegara el PSOE al poder, cosa que ya se veía inminente, España estaría anclada en la Alianza Atlántica y el partido UCD pertenecería a una formación internacional fuerte. Era una astuta jugada de Suárez para blindarse por la derecha.

Ese cambio de postura se adoptó con Suárez en la presidencia. Otra cosa es que él ni lo pregonó ni lo oficializó. Tal vez creía que aún le quedaba tiempo para hacerlo, sin intuir que los hechos iban a precipitarse traumáticamente, y que para él… ya se había hecho demasiado tarde.

Suárez se lo comunicó a Rafael Arias-Salgado, como persona de su intimidad; a Javier Rupérez, que era quien iba a traer a Leo Tindemans para gestionar el ingreso en la IDC; y a mí, como su ministro de Exteriores[8].

En la tarde de aquel viernes 23, Suárez recibió al belga Leo Tindemans y le aclaró que el «secretismo» de su visita obedecía a una medida de prudencia: «En estos momentos, la homologación de UCD en la IDC podría desencadenar protestas entre los socialdemócratas y los liberales de mi partido, y ya está demasiado alta la tensión, en vísperas congresuales».

Estando reunido con Tindemans y sus acompañantes, Rupérez y Arias-Salgado, recibió Suárez una llamada que no podía desatender: «Excúsenme, pero por ese teléfono con circuito cerrado y línea de alta seguridad sólo me llama el Rey». Al momento, regresó y les dijo que debía subir a La Zarzuela. Habían hablado también de la intención de integrarse en la OTAN[9].

«Algo debió de ocurrir en aquella subida a Zarzuela —comentó tiempo después Pérez-Llorca —, porque ya cambió el panorama: Suárez no volvió a decirme una palabra sobre su

determinación última de entrar en la OTAN, ni habló más de la integración en la IDC. Y pocos días después, inesperadamente nos anunciaba su intención irrevocable de dimitir»[10].

Encerrona del Rey a Suárez… y un general sacó su pistola

Sí, algo ocurrió aquel viernes 23 de enero. Algo no banal. Por la mañana temprano, el Rey se fue a una montería en Lugar Nuevo, una espléndida finca de caza mayor en Sierra Morena, sobre el valle del Jándula, encomendada al Instituto para la Conservación de la Naturaleza (Icona). Estaba todo dispuesto para dos jornadas de cacería. Cien guardas forestales habían preparado trece armadas en una mancha batida de 2300 hectáreas: 1006 perros, pertenecientes a 42 rehalas, con sus podenqueros expertos. Asistieron 86 cazadores[11].

Se inició la distribución de puestos en la explanada de la casa forestal de Lugar Nuevo a las diez de la mañana. Al Rey le correspondió la armada número 5, el cerro de los Pedernales, y estuvo asistido por el guarda Cañones. Se cobraron 199 piezas, entre venados, gamos y jabalíes, y dieciséis zorros, aunque la calidad de los trofeos no fue la esperada. El Rey utilizó rifle de bala y tumbó tres bichos, su cupo de jornada.

En la memoria de la montería que el Icona remitió al Ministerio de Agricultura, bajo el epígrafe de «Incidencias» constaba textualmente:

Sobre las cinco de la tarde, los servicios de la Casa Real transmitieron una comunicación urgente de Madrid. Su Majestad el Rey descendió de su puesto a la casa forestal con gesto y actitud de preocupación, iniciando enseguida la vuelta a Madrid en helicóptero. Una vez a bordo, se despidió de quienes estaban cerca hasta el día siguiente: «Decid a todos que me excusen, ha surgido algo… Tengo que irme y no me puedo quedar a cenar; pero mañana continuamos». El inesperado regreso del Rey a Madrid provocó extrañeza, preguntas, comentarios y cierta sospecha. A primera hora del día 24, y en vista de que el Rey no volvía, los servicios de organización de la montería solicitaron información a la Casa de Su Majestad, ya que doscientas personas estaban pendientes de la iniciación de la segunda jornada […]. Desde La Zarzuela se comunicó que la cacería debía suspenderse debido a urgencias imprevistas[12].

En efecto, cuando los cazadores estaban disfrutando por las piezas abatidas, llegó el aviso inesperado y urgente del palacio de La Zarzuela. Entre sorprendido y preocupado, el Rey bajó rápido hasta el cortijo. Al teléfono, el ayudante militar Agustín Muñoz Grandes le indicó que convenía que regresara enseguida a Madrid.

Durante el regreso desde Andújar afrontaron una fuerte tormenta con viento a gran velocidad que bamboleó el helicóptero. En un momento de quietud, el Rey contactó por radioteléfono con La Zarzuela y le informaron con más precisión de lo que ocurría: en una sala de palacio le esperaban cuatro tenientes generales, Elícegui Prieto, Merry Gordon, Milans del Bosch y Campano López. Eran los mandos superiores de las regiones de Zaragoza, Sevilla, Valencia y Valladolid. Quizá, también un marino.

El helicóptero aterrizó en La Zarzuela en torno a las siete de la tarde, muy oscura ya porque era pleno invierno. El Rey, todavía con atuendo de pana y cuero de cazador, se plantó en dos zancadas donde aguardaban los militares. Entró preguntando muy serio: «¿Ocurre algo… algo

especial?»

Milans tomó la palabra y blandiendo un ejemplar de *El Alcázar* empezó ensartando frases del editorial de ese día con sus propias quejas sobre «la calamitosa situación nacional» y «el bloqueo estéril del Gobierno». El retablo doliente de protesta y disconformidad con la Constitución, las autonomías, el desguace de España, el desenfreno de las libertades, la infiltración marxista, la inseguridad en las calles, el terrorismo campeando dentro y fuera del País Vasco…

Después de escuchar un rato aquella archisabida soflama, el Rey les dijo que le excusaran un momento y salió de la sala. Desde su despacho llamó por el teléfono de línea blindada a Suárez, que en aquel momento estaba todavía con Tindemans, Rupérez y Arias-Salgado.

—Adolfo, tenemos visita. Yo he interrumpido la montería de Lugar Nuevo, casi noventa invitados y más de cien personas empleadas, y he venido a toda leche, con una tormenta que casi nos derriba el helicóptero, porque se me han presentado aquí sin avisar los tenientes generales Elícegui, Merry Gordon, Milans y Campano. Me parece que hay también un almirante. ¡Quiero que te vengas inmediatamente y oigas lo que me están diciendo a mí! Yo puedo escucharlos, pero no puedo hacer nada más. Con quien tienen que hablar es contigo, por eso quiero que estés. Hasta ahora.

Su tono era seco, tajante. Sin dar opción a que Suárez dijese nada, colgó el auricular con golpe de enfado.

Se cambió de ropa a toda prisa. Y cuando llegó Suárez, el oficial Muñoz Grandes le acompañó al despacho del Rey. Sin cruzar palabra, el Rey y Suárez fueron juntos a la saleta donde esperaban los militares. El Rey mismo abrió la puerta. Sin soltar la manija, dejó que Suárez pasase y, cuando ya le vio frente a los generales, dijo:

—He hecho venir al presidente, para que le cuenten a él todo lo que estaban diciéndome a mí. Como ustedes saben, «el Rey reina, pero no gobierna».

Seguía con el picaporte en la mano. Cerró la puerta, los dejó solos, y él se quedó fuera.

Nada más salir el Rey, arreció el chaparrón crítico de los generales. Sin duda, pretendían hacer un *remake* del golpe «a la turca» del general Kenan Evren.

—Hemos tocado el listón: unos de la indignidad, otros de la paciencia y otros de la ineficacia. Señor Suárez —en ningún momento le dieron el tratamiento presidencial—, ha llegado el momento de que demuestre usted, no a nosotros, sino a todos los españoles, su talla patriótica dando paso a un Gobierno nuevo, distinto, con la capacidad de maniobra política que precise para tomar medidas enérgicas y reencauzar todo lo que a ustedes se les ha ido de las manos, desde la economía hasta la seguridad ciudadana.

Suárez no se había sentado. También los generales permanecían de pie.

—Señores generales —respondió con voz opaca y fría—, estamos en La Zarzuela, sede de la jefatura del Estado. Creo que se han equivocado de lugar. La presidencia del Gobierno tiene su sede en La Moncloa. Si ustedes quieren despachar algo conmigo, pidan audiencia allí, se les dará día y hora de cita, y yo los atenderé. Por supuesto, uno a uno, no en grupo ni en corporación.

En ese momento, Milans se encaró con Suárez:

—¡Por el bien de España, debe usted dimitir ya, cuanto antes!

—¿Puede darme alguna razón? —le preguntó Suárez.

Entonces, Pedro Merry Gordon sacó del bolsillo de su guerrera una pistola Star 9 mm, la puso sobre la palma de su mano izquierda y mostrándola dijo:

—¿Le parece a usted bien esta razón?

—Eso no es una razón. Eso es una amenaza.

Regresó el Rey y Suárez se dirigió a él:

—Señor, si no me necesita para algo más, me retiraría porque tengo asuntos pendientes de trabajo en *mi* despacho.

—Voy contigo un momento.

Ya en el rellano hacia el arranque de la escalinata, el Rey se detuvo:

—¡Te das cuenta de hasta dónde me estás haciendo llegar!

—Si a mí se me hubiesen presentado en La Moncloa así, en bloque, con armas, y sin haber sido llamados, esta misma noche quedaban destituidos.

—Adolfo, esto se está poniendo al rojo vivo. No te empecines. Si no quieres que nos den un golpe militar, la solución pasa por un cambio de Gobierno.

—No son ellos quienes tienen que disponerlo. ¡No son ellos! ¡Ni poniéndome delante una pistola! Creo que lo dije aquí mismo, tan lejos como ayer: a mí no me echan ni cinco ni cincuenta generales…

Al bajar las escalerillas del zaguán de palacio, vio que la noche se había echado encima. Por entre las ramas de los cedros de enfrente ululaba el viento. Se dejó caer en el asiento trasero del coche, cerró los ojos y sintió un cansancio de plomo[13].

¿Dimitir para evitar un golpe disfrazado de legalidad?

El fin de semana del 24 y 25 de enero, Adolfo Suárez lo pasó en La Moncloa, su hábitat natural. ¿Cuándo iba este hombre a un cine, o de compras con su mujer, o a los toros, o a tomarse una cerveza en un bar de barrio?

La noche anterior, el viernes 23, Adolfo Suárez se acostó muy tarde. El sábado no bajó a su despacho hasta media mañana. Era el despacho ampliado y retapizado, en el que abrieron un amplio ventanal de cara al Guadarrama. Aún no habían instalado los cristales antibalas y el frío se colaba por las rendijas de las cristaleras provisionales. Los cuadros cedidos de Patrimonio estaban sin colgar y la caja fuerte de seguridad vacía, sin secretos de Estado, sólo una cuartilla doblada con las instrucciones para fijar los números de contraseña. No había llegado a estrenarla. Justo para esas fechas, aprovechando la ausencia del presidente en Palma, irían los técnicos con una grúa para colocar los cristales en el despacho. Hasta ese momento, el plan de Suárez era continuar en La Moncloa[14].

Se acodó sobre la mesa —la misma de Narváez— y en una hoja timbrada de bloc empezó a tomar notas que pronto acabaron siendo garabatos de líneas, círculos, asteriscos, vectores, rectángulos… un informe muestrario de geometría mientras meditaba sus posibles salidas, sus reacciones, sus estrategias. Sin engañarse. Sin hacer trampas en el solitario. Su herida era el Rey. El Rey había actuado a sus espaldas y contra su criterio en lo de viajar al País Vasco y en el traslado de Armada. Se había salido de la disciplina de un monarca constitucional. Y le había

dicho que estaba de más en este país, que sobraba.

Supo que había perdido al Rey. Presintió que el Rey podía haberse perdido. Temió que el Rey podía hacernos perder el sistema…

Pero él nunca se enfrentaría al Rey, nunca le plantaría batalla. Sin ser monárquico, era señor y dueño de sus lealtades libres, aunque otros no lo fueran.

Prefería desbaratarle el proyecto. Dimitir, salir de escena, irse, y que no hubiese operación. Quitarle así la tentación, el arma, el juego peligroso para la democracia, para la Corona.

«Yo nunca estaré enfrentado al Rey —pensó—. Antes me iré».

Pasó a otro jalón: «¿Cito mañana para el lunes a esos generales, uno a uno, los pongo firmes y los ceso en el mando de sus capitanías? Por mucho menos destituí al vicepresidente De Santiago y Díaz de Mendívil». Lo de éstos había ido más allá del desacato, rayaba en la rebelión. Le tentaba poner sus arrestos sobre la mesa y mandar a esos cuatro capitanes generales a situación de reserva, a hacer vainicas. A los cuatro de un golpe. Pero no estaba el patio para esos gestos autoritarios. Podía armarse.

«¿Dejo toda esta porquería de políticas de callejón y de espadones arrogantes, y me voy a vivir en paz y a disfrutar de los míos, que apenas me ven, y saben que tienen padre porque sale en los periódicos? ¿Disuelvo Cámaras y convoco elecciones? Mejor dicho, ¿disuelvo Cámaras y pierdo las elecciones? ¿Presento la dimisión?»

En realidad, continuaba devanando sus reflexiones de la noche anterior.

Convocar elecciones entonces sería regalarle estúpidamente el poder a los socialistas, y un daño irresponsable para la UCD. Él debía cuidar del partido, aunque el partido se empeñara en destruirse a sí mismo. Media UCD navajeando a la otra media, y ventilando sus pleitos en medio de la calle, montando comidas con los periodistas.

Se centró en la dimisión. Un precio duro. Pero si alguien tenía que pagarlo era él. Cuando se está en la cresta del poder, se está para las maduras y para las duras, para las mieles y para las hieles. Con la dimisión neutralizaría la moción de censura y el Gobierno *tutti frutti* de concentración, o lo que se estuviese tramando contra él. Pero tenía que anticiparse al calendario de los otros. Su impresión era que se habían dado como plazo todo febrero. Tenía que pillarlos en la ducha.

¿Dimitir para evitar un golpe disfrazado de legalidad, un fraude constitucional? Sí. Ni media duda. ¿Dimitir y retirarse a la retaguardia del partido para limpiar fondos, reorganizarlo en provincias, pedirles sus carnés a las termitas corrosivas, a los *pringaos*, a los traidores y a los enredadores? ¿Dedicarse *full time* a potenciar el pluralismo y el interclasismo, fortaleciendo la unidad en lo esencial: ¡los principios, en lugar de las ambiciones!? Esa tarea le ilusionaba. Y era el único modo de poder ganar las elecciones de 1983, incluso con más votos. Pero tendrían que decidirlo los compromisarios, los delegados de las bases en el Congreso de Palma.

Y volvía atrás en su disquisición: ¿dimitir de verdad, o amagar y no dar? Ahí es donde podía hacer trampas en su solitario. ¿Dimitir para ser reelegido a los tres días por aclamación en el Congreso de Palma y catapultado a la gloria, o dimitir en serio, quedarse como militante de base, igual que hizo Felipe González, y aguantar el tirón hasta ser reclamado y elevado al pináculo del liderazgo incuestionable?

Durante casi un año, Suárez pensaba amagar con el anuncio de una dimisión que podría ser un mero aviso para navegantes, un gesto de escarmiento para provocar en pleno debate congresual que los representantes de las bases le reclamasen «¡Adolfo, quédate!». Su agenda era informar a los barones de su partido, avanzárselo sin fecha al Rey, anunciarlo solemnemente en Palma, en la atmósfera inicial del II Congreso de la UCD, y que en los tres días de sesiones experimentasen el *shock*, el desconcierto, la orfandad… Es decir, meter el miedo a su gente, provocar una catarsis, un cambio de actitud y una reunificación. Si lo querían como líder, los votos serían el test de su fuerza. Y su aval para poner condiciones en el partido, en el grupo parlamentario y en el Gobierno, un Gobierno cohesionado que reflejase la realidad plural de la UCD, pero no el canon de poder reclamado por cada tribu. Si se producía un *revival* entusiasta, podría decirle después al Rey: «Tengo el respaldo del partido: no es necesaria mi dimisión».

Había sufrido hasta perder la alegría. Le afectó mucho el ver que no tenía autoridad entre sus diputados. Fue cuando, de noche a madrugada y por teléfono, se pusieron de acuerdo para elegir como portavoz del grupo parlamentario de la UCD a su más pugnaz enemigo, el ariete de los críticos, Miguel Herrero de Miñón. Fue un complot a sus espaldas. Eso le golpeó política y moralmente. Se le clavó como una espina. Luego, el juicio sin defensa en La Casa de la Pradera. A continuación, la marcha de Fernando Abril, y los recelos y la desconfianza entre los dos. Tenía enfrente a la banca, a los empresarios, al Ejército, a algunos miembros de la Conferencia Episcopal… no le agradaba, ni le dejaba indiferente, pero tampoco le producía insomnio. La presión de ciertos poderes fácticos más bien le hacía crecerse. En cambio, que fueran los suyos, la gente de la UCD, quienes le serraban los pies y las piernas, eso sí que le desmoronaba. O ver a su propia familia, desconcertada ante las críticas feroces, descarnadas, crueles que le hacían día tras día en la prensa. Era el blanco de todos los dicterios, del sarcasmo a la injuria. «Yo todo eso lo encajo, soy fuerte, aunque no soy de pedernal —le confesó a una periodista con quien tenía confianza—; pero lo que no puedo encajar, lo que me raja, es leer duda, juicio, decepción en la mirada de un hijo mío, Adolfito, que ya no es un niño, pronto cumplirá diecisiete años, y a quien no sé cómo explicarle que yo no soy ese canalla que día tras día pintan los periódicos». Y junto a tantísimos ataques, la presión de la familia: «Déjalo, no se lo merecen, déjalo todo y vámonos a casa»[15].

Le parecía de justicia esforzarse por renacer de sus cenizas, recuperar su prestigio, someterse a la decisión de las bases del partido que fundó y reivindicar su liderazgo. Sí, ése era su plan desde que empezaron a atacarle los caimanes dentro y fuera. Pero ahora una dimisión ficticia, por provocar un susto y una adhesión emotiva, no le parecía juego limpio. Sobre todo: ahora le había fallado la pieza clave del ajedrez, el Rey. Algo se le había roto dentro y ya no deseaba seguir.

Tiempo después, explicaría Rafael Arias-Salgado, su ministro más cercano: «Adolfo se planteó radicalmente la dimisión a causa del Rey. En su vida política todo se explicaba por su relación con el monarca. También su dimisión. Adolfo tiene hacia el Rey agradecimiento y lealtad: “El Rey se ha jugado el trono apostando por mí”, le oí decir varias veces. Esa gratitud y esa lealtad, ¡en absoluto serviles!, llevan a Adolfo Suárez a querer que su ejercicio político sirva para consolidar la Monarquía. Y si eso no es así, o si el monarca piensa que los fallos del Gobierno o los fallos de Suárez perjudican a la Corona, adiós, se acabó, carretera y manta. Para

Adolfo es condición sine qua non tener la confianza del Rey. Y si no, no quiere seguir. Perder la confianza del Rey o arrastrarle con su propio fracaso, por la gran identificación que ha habido entre ellos, son motivos más que suficientes para retirarse»[16].

Dimitir del Gobierno, lo tenía claro. «Zarzuela-CESID-Armada-PSOE… *and company*», como decían Cassinello y Laína, la cabeza que buscaban era la de Suárez. Renunciar sería su último servicio a la democracia por la que luchó.

A primera hora de la tarde, acudieron Fernando Abril y Rafael Arias-Salgado. Hablaron del Congreso de la UCD que iba a celebrarse inmediatamente, del 2 al 4 de febrero, y acordaron intentar una aproximación a los críticos, con cesiones que atemperasen su hostilidad y rebajaran la tensión. Suárez no les dijo nada de la interrumpida montería del Rey. Abril se marchaba directamente a Valencia para trabajar con los delegados del partido por aquella circunscripción: «Hay problemas. Minucias, pero dan dolor de cabeza. Cuatro días de templar gaitas allí no me los quita nadie», dijo al despedirse.

Suárez había previsto redactar durante ese fin de semana los esquemas de dos discursos alternativos ante el Congreso de la UCD: uno presentando la dimisión y otro reasumiendo el mando, si salía reelegido. Después de la encerrona con los generales y todo lo hablado con el Rey, decidió que sólo habría un discurso: el de dimisión como presidente del Gobierno y del partido, en la apertura del Congreso de Palma. Discurso inicial y discurso final en una sola pieza: os saludo… y me despido.

Lo complicado era cómo razonar el adiós. No podía decir por qué dimitía.

No podía decir que se lo había pedido el Rey —y no una vez, ni dos, ni tres—, porque el Rey no podía pedir eso. Sería una denuncia muy grave. Tampoco podía decir que se lo había exigido un *pool* del generalato, en una encerrona en casa del Rey, a la que éste se prestó, y mostrando una Star 9 mm como argumento de convicción.

Y aún menos podía decir que, si no dimitía, si no desaparecía del planeta, vendría un golpe travestido de operación parlamentaria y constitucional; un golpe patrocinado o consentido o bien visto por el inquilino de la Real Casa, quien, para más inri, había tocado todos los manubrios hasta lograr que le trajeran a Madrid al protagonista del *Putsch.*

No podía decir nada de eso porque dos tercios del Parlamento estaban detrás de esa operación. Unos uncidos, otros untados y otros persuadidos de que hacían patria.

No podía decir la verdad, porque, si lo hacía, dinamitaba el juego artero de la oposición, la democracia ficticia, el trasteo que pretendían retorciendo la letra de la Constitución… ¿Y luego? ¿Se quedaba él «solo ante el peligro», con el Colt humeante frente a las instituciones chamuscadas?

No podía desvelar que, por miedo a un 2 de mayo arrasador, se estaba tejiendo un 21 de marzo menos cuartelero, incluso cívico militar, pero igual de pernicioso.

No podía decir nada de eso: saltaría por los aires el sistema. Y el sistema arrastraría la Corona.

Descartado también. Él nunca se enfrentaría al Rey. Él no moriría matando.

Por tanto, tendría que hacer un listado de razones ambiguas, etéreas, abstractas, que dijeran sin decir. Explicaciones jeroglíficas… en su estilo de letanía laica, como aquellas que le hacía

Ónega, «puedo prometer y prometo», «puedo dimitir y dimito…», pero en clave de negación: «No me voy por esto, no me voy por lo otro…» Se lo encargaría a Pepe Melià que, como inteligente mallorquín, lo dejaría todo bien difuso. Y luego se lo pasaría a Rafael Arias-Salgado para que lo barnizara. Y a Pío Cabanillas, de modo que «en clave gallega» al final no se supiera si uno se iba castigado o castigando.

Se echó a reír y eso le distendió por dentro.

Subió a la vivienda. Estuvo un rato con su familia, cenaron. Alguien comentó que a las diez de la noche emitían en «Sábado Cine» la película *Cabaret*, protagonizada por Liza Minnelli y Michael York. Amparo y él, sentados frente al televisor, durante dos horas se metieron en otro mundo y se olvidaron de todo.

«Leo, yo a esto voy a darle una solución que ya tengo pensada»

El domingo 25, Suárez ha citado en su despacho a las doce de la mañana a los barones, la cúpula ejecutiva de la UCD: José Pedro Pérez-Llorca, Pío Cabanillas, Rodolfo Martín Villa, Leopoldo Calvo-Sotelo, Francisco Fernández Ordóñez, Rafael Arias-Salgado y Rafael Calvo Ortega. Trabajan hasta pasadas las tres de la tarde con asuntos del Congreso: estatutos, ponencias, listas abiertas, sistema mayoritario o proporcional para elegir los órganos de Gobierno… Suárez les dibuja unos planos de distribución en el auditorio. Tampoco a éstos les dice nada de lo que anda cavilando. A media tarde, con Gutiérrez Mellado, asiste a misa. La celebra Manolo Justel Calabozo, capellán de La Moncloa. Justel es un cura amigo con quien Suárez puede hablar de Dios y de política, echar buenas partidas de mus o ver una película de gánsteres.

Vuelve al despacho para repasar los bocetos de los discursos. Hay dos versiones. Pide la del «supuesto de dimisión», en la hipótesis de que Lavilla se presente y gane… Leyendo ese texto, se detiene en la frase «porque yo soy el primero que si, llegado el caso, en términos políticos estrictos hubiera que elegir entre UCD y Suárez, elegiría a favor de UCD». La repasa. Eso es cierto. La envuelve en un óvalo con rotulador: ha encontrado una percha para argumentar su dimisión sin apelar a «fuerzas mayores». Ésa será la línea.

Ya casi de noche, le pregunta a su mujer:

—Amparo, ¿qué te parecería si leyeras esta noticia: «Adolfo Suárez presenta su dimisión»?

—Me parecería muy bien —no lo ha dudado un segundo—, pero si salieras dando palos.

—No, si dimito no será para dar palos, sino para evitar que otros se los den entre ellos. Yo he mantenido, desde el principio, una unidad en el partido que parecía imposible, porque cada uno era, y es, de su padre y de su madre, y a nadie se le ha preguntado «de dónde vienes, qué eres, cuánto tienes, qué piensas»… Quizá ahora para que esa unidad siga siendo posible haya que prescindir de mí.

Amparo se va a otra habitación y llama por teléfono a su hijo Adolfo, que está cazando gamos y jabalíes en una finca de Burgos, en Retortillo, con la familia del dueño de ¡*Hola!*, Eduardo Sánchez Junco. Hablan un poco de cómo ha ido la montería y luego, con medias palabras, le insinúa algo. El comandante de caballería Lorenzo Cabanillas, ayudante de campo de

Suárez, que está acompañando a Adolfito, detecta algo especial en la expresión pensativa del muchacho después de colgar.

El cura Justel, poniéndose su zamarra para irse, se queda mirando fijamente a Suárez: «¡Uuuyy, Adolfo! Me da miedo lo que intuyo. Sólo te pido una cosa: por favor, no dimitas»[17].

El lunes 26 por la mañana, Suárez y Landelino Lavilla tienen una conversación de más de tres horas. Un rato en el despacho y otro rato paseando entre la arboleda de La Moncloa. El pasado viernes 23, como abanderado de los críticos, Landelino le disparó una aviesa cerbatana desde *Diario 16*, y ya están en las linotipias del *ABC* otras declaraciones de agárrate que vienen curvas… Después de esta conversación, pide a Guillermo Luca de Tena que las retiren.

Suárez y él van a encauzar las diferencias partidistas. Era en lo que habían quedado para despresurizar el ambiente previo al II Congreso. Adolfo le da unas pistas suficientes para que Landelino comprenda que «el territorio de lo nacional, institucional, en fin, ya me entiendes, está peligrosamente minado». Y que «allí, en Palma, nos van a espiar hasta cuando estornudemos». A renglón seguido, le dice que va a dimitir. «De todo y del todo. Sólo lo sabéis Amparo y tú. Guárdame el secreto hasta que yo lo haya comunicado».

A partir de ahí, le convierte en aliado y cómplice, labios sellados. «Pero ayúdame a que éstos, los barones y los treinta y cinco de la comisión ejecutiva, dejen de portarse como cafres, y entre todos saquemos adelante una propuesta de candidato a sucesor que le quite la espoleta a la *Operación Armada*… Oficialmente, no te he dicho ni media palabra de mi plan de dimitir».

Landelino se portará. Incluso dará su voto al candidato comodín, convenido con los poderes fácticos y con Su Majestad: ni más ni menos que Leopoldo Calvo-Sotelo, el *gentleman*, currículo de diez, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, que habla seis idiomas, toca el piano, se ha leído los varios miles de libros de su biblioteca, lo cual parece darle una visa para ser un sabelotodo, estirado y profesoral que, si alguna vez se concede contar un chiste, suena a un fragmento de Tucídides o de Jenofonte. Un hombre vertical, «caballero de la triste figura», ingeniero con rictus de juez, cuya mayor carencia es tan simple como no saber sonreír. O no haberlo intentado nunca.

A continuación, poco antes de las dos. Suárez recibe a Leopoldo. Comen juntos[18].

—La cosa pinta mal, no está el horno para bollos —empieza diciéndole Suárez—. Para mí es una incomodidad terrible sentir que soy la causa de las divisiones internas del partido y la diana de los ataques de todos los sectores sociales. ¡De todos! —Luego, con acento tristón—: Una cosa es que no me agradezcan nada, ni reconozcan siquiera que disfrutan de un sistema de democracia y de libertades porque algo de mi pellejo me dejé en ello, vale, no me metí en política para que me colgasen chatarra en el pecho; y otra cosa es que vean en mí al hombre que carga las tormentas.

Después, con el café y el cigarrito, la confidencia:

—Hace veinte días, al terminar el acto de la Pascua Militar en Palacio Real, cuando me pediste que os recibiera a unos cuantos del sanedrín, ¿recuerdas?, sin preguntarte qué queríais te dije: «Leo, yo a esto voy a darle una solución que ya tengo pensada, y os la comunicaré»; pues la solución que tengo pensada, y muy seriamente, es desaparecer por el foro.

Tarradellas: «Si no se da pronto un buen golpe de timón, habrá que meter el bisturí»

Leopoldo se va a su casa, una mansión de la calle Búho, en la zona residencial de Somosaguas, y anota en su diario dos palabras: «¿Querrá irse?» Ingenuas en apariencia, esas dos palabras plasman su desconfianza hacia la jugada que Adolfo planea. Piensa, como en adelante pensará todo el mundo, desde el Rey hasta el último chisgarabís de la UCD: será una dimisión con billete de vuelta. Suárez se lo ha dicho porque va a postular su nombre como sucesor. Y también, porque sabe que a las seis de esa misma tarde Calvo-Sotelo despachará con el Rey sobre el Instituto de Hidrocarburos. Así, seguro, el monarca se enterará, de extranjis, por persona interpuesta, y se irá preparando. Incluso hará que lo averigüen sus servicios personales de información, el coronel Sintes Anglada o el comandante Cortina y su *staff* especial. Tal vez, lo que Suárez busca con esa deliberada indiscreción es chequear a distancia y sin mojarse cómo le cae al Rey que el recambio pueda ser Leopoldo. Incluso es posible que el monarca, por su cuenta o por boca de ganso —Manolo Prado y Colón de Carvajal es pintiparado para ese juego—, haga sus sondeos entre los militares, los banqueros, los eléctricos, los arzobispos… A los americanos no hará falta preguntarles: Calvo-Sotelo es una criatura del Banco Hispano Americano. Y atlantista. Le conocen bien. Será sin duda su candidato ideal.

A esa misma hora, a los postres, tras una comida con periodistas en el restaurante Medinaceli, cerca de las Cortes, Miguel Herrero de Miñón dispara su veredicto contra Suárez, intentando modular su amenaza hasta servirla como lo más comprensible del mundo: «No se trata de cargarse a nadie. Es cuestión de cambiar de estilo: que *alguien* cambie de estilo… y si ese *alguien* no quiere o no puede cambiar, cambiaremos a ese *alguien* por otro *alguien*»[19]. Qué lejos está de saber que en ese momento están llegando a La Moncloa los notables de la UCD. Han sido convocados con urgencia, cada uno personalmente, no a través de los ayudantes, para que la cita no trascienda: Calvo Ortega, Arias-Salgado, Fernández Ordóñez, Martín Villa, Pérez-Llorca, Calvo-Sotelo y Cabanillas. Fernando Abril sigue en Valencia, y no le localizan a tiempo. Martín Villa interrumpe la sobremesa de un almuerzo con Tarradellas en el Ministerio del Interior, invitado por Juan José Rosón. Un almuerzo de los tres matrimonios, porque Tarradellas ha venido a Madrid con Antonia Macià, su mujer. Cuando el honorable fondea por Madrid, dedica su tiempo a visitar a «gente importante» y a soltar su mantra favorito: «Cataluña está tranquila, pero Madrid no, Madrid me preocupa. Si no se da pronto un buen golpe de timón, habrá que meter el bisturí».

La reunión con los notables empieza a las 17.15. Durará cinco horas y media. Poco antes de las seis de la tarde, Leopoldo se excusa: «He de subir a Zarzuela; luego vuelvo». Suárez aprovecha esa ausencia para comunicar a los barones lo que Leopoldo ya conoce:

Quiero deciros algo que ni siquiera sabe el Rey. Y os lo digo antes a vosotros, para que nadie atribuya a Su Majestad gestos, guiños, interferencias o *borboneos*. Es una decisión absolutamente mía, personal, libre y tomada a solas con mi conciencia.

Voy a anunciar ante el Congreso de la UCD mi renuncia a la reelección como presidente del partido y mi dimisión como presidente del Gobierno, como lo hago ahora ante vosotros. Quiero

presentarme ante el Congreso del partido como lo que soy: un hombre que tiene conciencia de que algo ha de cambiar, y se dirige a los compromisarios de las bases pidiéndoles que se comporten y cierren filas en torno a las ideas y a los principios que justifican nuestra razón de ser como primer partido del país. […]

Que dejen de dar puñaladas a los fantasmas. Que se conserve la UCD como el partido de las libertades, que cree en la ética y en el humanismo cristiano, y eso se ha de notar en todos nuestros actos… Me duele este querido país, pero no soy un señor que se empecina. No me aferro tercamente. Yo he sufrido una erosión personal muy abrasiva, pero me voy sin agredir a nadie.

En este punto, Suárez desgrana algunos de esos agentes de erosión sobre su persona y su liderazgo:

La clase dirigente no me soporta, la oposición se ha cebado brutalmente conmigo: humillaciones, burlas, insultos, motes barriobajeros; los periodistas rebasan día tras día los límites más elementales del respeto a la dignidad de una persona con una crítica inhumana; los poderes fácticos —salvo el Ejército— me han ganado la batalla, y aunque no tengan el *BOE*, tienen el poder real y la influencia social: la banca, ciertas instituciones religiosas, la prensa, los empresarios…

Siento una gran preocupación de cara a unas próximas elecciones. ¿Qué margen de posibilidades tendría una UCD encabezada por mí? Sinceramente, creo que muy pocas. Los ataques sistemáticos y las descalificaciones han modificado profundamente la imagen que el pueblo tenía de mí. Yo creo que, hoy por hoy, esta situación es irrecuperable. […]

Nunca me he movido en defensa de posiciones personales. Nunca me han cesado de ningún cargo. Siempre me he ido voluntariamente. Yo he dimitido ya otras dos veces… Y debemos acostumbrarnos a que la renuncia voluntaria es una regla de honestidad política.

Yo podría inclinarme a pensar que la culpa la tienen otros; pero los datos son tercos: he ido perdiendo prestigio. En estas condiciones, ¿puedo conducir a la UCD victoriosamente a unas elecciones? No. Con mi rostro en el póster ya no se gana. […] La idea que se ha difundido de mí es que sólo me guía permanecer en la presidencia. En estas condiciones es evidente que mi liderazgo se ha resentido demasiado como para que tratemos de engañarnos a nosotros mismos. […] Se dice que hay que cambiar las estructuras. Y yo digo que hay que cambiar los comportamientos. ¿Tengo algún motivo para suponer que los cuadros de la UCD van a cambiar de comportamiento después del Congreso? Más bien, lo contrario. Entonces, ¿quién es el único que puede cambiar? Yo mismo. Lo primero, no engañarme: ser un tío importante ante mí mismo.

Tengo que dejar claro que me voy, diga lo que diga el Congreso. Y debo anticiparme, para que el gesto pueda ser útil… En resumen, yo soy el que ha fallado. Además, no valgo para dar puñaladas. Me gusta el juego limpio, ir siempre a las claras, con la verdad por delante. […] Por eso dimito simultáneamente de la presidencia del Gobierno y de la presidencia del partido. Tengo que cargar con todas las culpas. No puedo decir que han fallado los líderes. Eso sería imperdonable… Y no quiero arrastrar a nadie con mi desgaste. Que nadie sienta el «complejo de Suárez».

Hay, por tanto, una serie de hechos que me aconsejan adoptar esta decisión. Y tiene que ser

en el Congreso o antes del Congreso, ahora, ya. Hacerlo dentro de cinco meses sería fatal para el partido, porque descalificaría todo el proceso de debate interno.

Quiero conservar ante mí mismo cierto liderazgo moral […] y que las críticas y exigencias que yo pueda hacer tengan la legitimidad de mi ejemplo…

Mientras les habla, está dictando mentalmente las líneas de fuerza de su discurso dimisionario ante el partido. O tal vez ante las cámaras de televisión, para informar a todos los españoles. En su cerebro, los dos sets, los dos escenarios.

Bebe un vaso de agua casi hasta apurarlo. Luego se calla.

La reacción primera de los barones es de sorpresa y estupor. Alguna mirada interrogante, desconcertada. Pero no hay expresiones de consternación, ni gestos de protesta. Como si a cada barón se le hubiera desplegado un airbag aislante, enseguida pasan a «estudiar el tema» —ellos llaman «tema» a lo que para Suárez es un desgarro que le rompe de arriba abajo—, y abriendo blocs y cuadernos acometen el análisis frío, la disección casi física: «Hoy, aquí, cada uno hemos de decir lo que de verdad pensamos, descarnadamente y sin recámaras». Exponen pros y contras, ventajas, inconvenientes, oportunidad, momento… como si se tratara del despido o la continuidad o la jubilación de un ejecutivo.

El presidente mira una serie de notas que ha estado manejando. Son papeles con esquemas de ideas, el plano del auditorio, la mesa presidencial y los asientos para la nueva ejecutiva.

Habla Pío Cabanillas, parco pero rotundo: «Es una decisión demoledora».

En tonos distintos, todos ellos agradecen la sinceridad del planteamiento. Reconocen que el problema es auténtico y que está planteado tanto en la calle como en el partido.

Pérez-Llorca dice que «convendría meditar la oportunidad de la decisión; pero ésta es la mejor oportunidad para la salida». Y con tono de afecto agrega: «Duela lo que duela (desde luego, a mí me duele), es mejor ahora que dentro de seis meses».

Ordóñez se pronuncia también con franqueza: «Yo pienso que es conveniente la sustitución, porque es cierto el desgaste. Sin embargo, no estoy tan seguro de que éste sea el momento oportuno». Si su firma avalando la moción de censura es una de las veintitantas de diputados de la UCD que se guardan en la caja fuerte del PSOE, es lógico que intente retrasar la dimisión de Suárez. Mientras se mantenga en activo encabezando el banco azul, es un blanco «censurable».

Martín Villa, en tono bajo, susurrante, y queriendo ser amable: «Te agradezco, presidente, la sinceridad y casi diría la desnudez del planteamiento que nos has hecho. Efectivamente, el problema es real y, porque es un problema real, hay que darle una solución real». Martín Villa comentó después: «Me ha impresionado que Suárez se haya dejado ver ante nosotros como un hombre fatigado, vapuleado, harto de casi todo y de casi todos».

Interviene Rafael Arias-Salgado:

—Comprendo tus razones personales, presidente, pero no comparto tus razones políticas. Tu dimisión nos conduciría inevitablemente a unas elecciones generales. Por tanto, tu renuncia es improcedente[20].

Suárez les advierte de que su decisión de dimitir no tiene vuelta de hoja: «No ha sido fácil de tomar, pero ya no hay quien la pare». No menciona las trifulcas entre ministros, ni el cainismo dentro del partido. No alude a Herrero de Miñón capitaneando la rebelión a bordo y pactando

con Fraga por su cuenta como si fuera el capataz del grupo parlamentario de la UCD. ¿La Casa de la Pradera? Ni palabra. Como si la tuviera criando telarañas en el baúl de los olvidos. Al Ejército sólo se refiere con una frase de alivio para los que van a recibir el embolado de la herencia: «El mundo militar os lo dejo por lo menos encauzado y tranquilo»[21].

«Hacer tiempo», ¿para qué?

Cuando Leopoldo regresa de La Zarzuela, Suárez, sonriendo con ironía, le pregunta: «¿Qué, le ha interesado mucho al Rey tu plan de hidrocarburos?»[22]

Suárez da por supuesto que Calvo-Sotelo habrá comentado al Rey lo que han hablado en el almuerzo *tête à tête:* el hartazgo de recibir ataques por todos los costados, los reyezuelos de taifas dentro del partido, las pendencias entre ministros… y su tentación de mandarlo todo a paseo y dimitir. Y, siempre en esa hipótesis de Leopoldo «metiendo al Rey en el secreto del secreto», presume Suárez que le ha confiado al monarca «no sé cuándo lo hará público, o si aún tiene que madurarlo, o si va a preparar antes a los órganos del partido…; tal vez, teniendo nuestro Congreso Nacional dentro de seis días, Adolfo nos suelte la bomba en Palma».

De ser así, el Rey habría recibido dos primicias a la vez: una, la dimisión, que abortaría el golpe de timón, la moción de censura con Armada como candidato a presidente; y dos, la fecha del anuncio, el 2 de febrero. Demasiado próxima, muy poco tiempo para reunir los votos de una censura, la mitad más uno de la Cámara, preparar los discursos, también el debate de investidura, etc. En esa fecha, ni siquiera estaría Armada en Madrid.

Suárez mira a Leopoldo. Éste esquiva su mirada y se afana en escribir o hacer dibujos o rayas en su cuaderno de sobremesa. Suárez intenta trasladarse a la mente del Rey. ¿Qué estará pensando? De nuevas, de nuevas, no le llega. Es un tema recurrente en las conversaciones de los últimos tiempos. Pero puede haberle sorprendido, así, de sopetón, que sea algo inminente. El muy astuto de Adolfo ha vuelto a pillarlos con el pie cambiado. Habrá que intentar frenar ambas iniciativas: la dimisión y el anuncio tan rápido.

Si Calvo-Sotelo no se lo había dicho al Rey, podría llegarle enseguida por Landelino. O por cualquiera de los barones, sentados ahora mismo en torno a esta mesa. Por cualquiera, menos Agustín Rodríguez Sahagún y Fernando Abril, que todavía no se han enterado de la noticia, ni por Rafael Arias-Salgado y Calvo Ortega, «que son míos, míos».

Los barones se habían enzarzado en una discusión respetuosa, casi a media voz, como si hablaran de la herencia o de las pompas funerarias delante del muerto. Unos opinaban que sí había desgaste, otros que no tanto o no tan irrecuperable, otros que era la ocasión óptima de sacar la cabeza ofreciendo un recambio de consenso, aceptable por todos aunque no entusiasmase a nadie… Suárez se hacía el muerto. Realmente. Era una técnica escapista que había aprendido entre esta gente, sin apuntarse al cursillo. Los oía como un bisbiseo de fondo, sin interrumpir el hilo de su hipótesis: el Rey no habría tardado un minuto en descolgar el teléfono para comunicárselo a Armada, y éste a su *staff* inteligente, Calderón, Cortina, García Almenta… miembros todos del CESID. Un modo de frenar la dimisión sería que el propio Rey, cuando Suárez acudiera a La Zarzuela a comunicárselo, le dijera «piénsatelo unos días», o «guárdate esa

decisión y no la hagas pública hasta que yo vuelva de Estados Unidos, porque no es bueno que estén las dos jefaturas vacías: yo, fuera de España, y tú dimitido y en funciones». Eso daría un margen de tiempo hasta el 18 de febrero, fecha del regreso de los Reyes. Pero… Suárez tiene ahora en Palma su Congreso Nacional; y lo que no hará, ni pensarlo, será el paripé de celebrar el Congreso, con sus debates, ponencias, listas, votaciones, nuevos cargos, etc., y todo en falso, callándose su plan de retirada, para soltarlo dos semanas después en Madrid; lo cual obligaría al partido a reunirse de nuevo, sin líder y partiendo de cero… La fórmula útil sería que la UCD aplazara su Congreso de Palma.

Ahí se acababa el carrete del hilo de las conjeturas de Suárez. Como un ajedrecista, tenía que calcular todas las posibles jugadas del otro. Y eso hacía.

Ya eran más de las diez y media de la noche. Los barones habían liquidado el *catering* que les dispusieron. Suárez tomó la palabra de nuevo: «Lo que os he comunicado va más allá de la confidencialidad, y os encarezco que lo mantengáis en secreto hasta que yo os diga. ¿Pacto de caballeros?» Levantó la sesión y Rafael Calvo, como secretario general de la UCD, les recordó que al día siguiente, el 27, volverían a reunirse allí mismo a las siete y media de la tarde, no sólo el sanedrín, sino los treinta y cinco del comité ejecutivo, para tratar asuntos concretos del Congreso. En un aparte, Suárez le pidió a Arias-Salgado: «Rafa, ¿por qué no localizas a Fernando en Valencia y le pones al corriente de lo que hay?»[23].

Algunos barones se fueron a cenar a Los Remos, en la carretera de La Coruña. En las oleadas de encuestas, la UCD descendía mes tras mes su nivel de aceptación. «Sólo falta que se nos vaya este hombre —dijo Leopoldo—. Adolfo es como el clavito que sujeta el varillaje de un abanico: el elemento de unidad. Si quitas el clavito, las varillas se desperdigan y el abanico no sirve para nada».

Rafael Arias-Salgado telefoneó a Fernando Abril, que seguía en Valencia, y le dijo lo que había. Abril regresó esa misma noche a Madrid.

Cerca ya de la una de la madrugada, se despidieron los que habían cenado en Los Remos. Pero Leopoldo y Rafael Arias-Salgado volvieron a La Moncloa para disuadir a Suárez. Fue inútil.

—No insistáis. Es una decisión sin marcha atrás. Hace un rato he telefoneado al Rey y le he dado un anticipo: «Majestad, tengo que decirle algo muy importante».

—Lo malo —dijo Arias-Salgado como para el cuello de su camisa— es que los dos sabemos que los verdaderos motivos de la decisión sólo los entenderían los más directos responsables, pero no la gente de la calle[24].

Así era. Suárez no podría decir toda la verdad ni a los dirigentes del partido, ni a los delegados del Congreso, ni a los españoles por radio y televisión. Lo que había dicho a los barones era verdad, pero no toda la verdad. Tenía que ocultarles la verdad más importante. No debía atravesar la línea roja donde una crisis de Gobierno se podía convertir en una crisis del sistema, en una crisis de Estado.

¡Qué largo aquel lunes 26! A las tres de la madrugada se declaraba una huelga de controladores aéreos. Disparatada por lo que exigían —un aumento salarial del 46 por ciento, casi la mitad del sueldo—, apresuradamente organizada, y respondiendo a una estrategia política

que nada tenía que ver con las condiciones laborales de los controladores ni con la negociación que venían sosteniendo desde hacía casi dos meses. Fue una huelga inducida. Sin aviso, repentina, adoptada entre los comités sindicales de Palma, Barcelona y Madrid, y luego extendida a todo el espacio aéreo nacional. Tan sorprendido estaba —o eso decía— el ministro responsable de Transportes, José Luis Álvarez, como los propios controladores de vuelos ante la consigna de los de la UGT: «Aguantad, aguantad el tipo. Aunque os den el oro y el moro, no pactéis… Continuad, no cedáis, obtengáis lo que obtengáis… Vosotros, como los chicos del Mayo francés: ¡pedid lo imposible!»

Era un parón artificial, urdido entre el PSOE y la UGT[25]. Es interesante subrayar que, sin embargo, la huelga se suspendió, los vuelos se reanudaron en cuanto los maquinadores dieron la orden; y sin conseguir nada de lo que reivindicaban. Incluso sin saber exactamente qué reivindicaban. «A la hora de la verdad, los controladores pedían la luna o no pedían nada del otro jueves», explicaba un miembro del Gobierno[26].

Entonces, ¿cuál era la intención?, ¿qué pretendían? Algo tan simple y tan «político» como retrasar varios días el II Congreso de la UCD que debía celebrarse en Palma de Mallorca del 2 al 4 de febrero, impidiendo que llegaran a Palma desde toda España los 1290 compromisarios, más secretarias, ayudantes, servicios de seguridad, escoltas de los ministros, etc. El único modo de retrasar el Congreso, cuando todas las habitaciones hoteleras, los vehículos, los *caterings* y el auditorio estaban reservados, era provocar un impedimento insoslayable. El menos traumático, el menos lesivo: cerrar el tráfico aéreo durante equis días. Los necesarios para… hacer tiempo.

«Hacer tiempo», ¿para qué?

Adolfo Suárez hizo el primer anuncio de su dimisión sólo entre sus colaboradores íntimos de despacho y los barones de la UCD, instándolos a guardar secreto. Sí tuvo interés en que por un zigzag oficioso le llegase al Rey.

Era lógico para Suárez hacer la comunicación formal al inaugurar el Congreso de Palma, el día 2. Y así lo había acordado con los notables del partido. Ahora bien, quienes estaban detrás de la *Operación Armada* —más de medio Parlamento, altos barandas de la patronal CEOE, banqueros, agentes del CESID, militares del complot y el general Armada en primera persona— necesitaban tiempo para presentar en la Secretaría del Congreso de los Diputados la petición de la moción de censura contra Suárez, con sus treinta y cinco firmas de respaldo, recolectar los 176 votos y los restantes hasta 234 para investir al candidato de consenso, «el general independiente y de prestigio»; acordar el programa y los miembros del futuro Gobierno de concentración, preparar los discursos, repartir las intervenciones de los oradores… Y, sobre todo, que esa doble liturgia de censura e investidura pudiera celebrarse en sesión plenaria de Cortes. Pero se daba la circunstancia de que justo en aquellas fechas, y hasta el 10 de febrero, las Cámaras estaban inactivas, en período vacacional de sesiones. Ése era el quid que lo entorpecía todo.

Se especuló mucho con que la «mano negra» que organizó la huelga de controladores pretendía trastocar los planes que pudiera albergar Suárez, pues algunos se maliciaban que aquel simple anuncio dimisionario era una treta embustera del presidente para provocar un marasmo, una conmoción, un desconcierto ante la pérdida del líder en plena cita congresual, a fin de salir relanzado en olor de multitudes y, con esa exaltación por parte de su gente, empavonar su

deteriorado prestigio, reafirmar su liderazgo sobre los críticos derechizantes o izquierdizantes, e impartir un nuevo código de comportamientos.

Para quienes pensaban así, el retraso del Congreso obligaría a Suárez a «retratarse»: pasar de las palabras a los hechos y oficializar ante el Rey la dimisión.

Para otros, que malpensaban en la misma línea, si Suárez decidía aguantar con su «amago de dimisión» hasta el día incógnito en que se reanudasen los vuelos y en Palma hubiera disponibilidad hotelera en tal cantidad, el mero paso del tiempo disiparía la conmoción inicial, amortiguaría el sentimiento huérfano, enfriaría el impacto, y dentro del partido empezaría el torneo entre los candidatos rivales. El muerto al hoyo y el vivo al bollo. Por tanto, el *revival* de Suárez por aclamación quedaría en «lo que pudo haber sido y no fue». El *soufflé* nunca sube dos veces.

Pero se equivocaban los malpensantes. Adolfo Suárez era el primer interesado en galopar tomándole la delantera al almanaque. El lapsus del Rey, discutiendo en La Zarzuela por la tarde del 22 de enero —«no se pueden disolver las Cámaras si está en trámite una moción de censura»—, unido a las noticias fragmentarias que había ido sumando, le situó ante la jugada de la moción de censura que le preparaban. Y desde ese instante empezó a calcular los plazos de modo que, cuando se reanudase la actividad parlamentaria, él estuviera ya muy lejos, de vacaciones en Panamá; o, en el peor de los casos, de figura decorativa, como presidente en funciones, dimitido voluntariamente y, por tanto, no censurable.

Y algo más tranquilizador aún: contando ya con un candidato natural para la presidencia del Gobierno, elegido entre los órganos del partido en el poder; no buscado en ningún zoco de ocasión, ni gestado en ninguna operación de los servicios de inteligencia sobre alfombras palaciegas.

Por todo ello, Adolfo Suárez era el único que tenía prisa en que su dimisión fuese un hecho en el *BOE*. Y sometió al comité ejecutivo de la UCD a sesiones maratonianas de debate y votación del sucesor. Tundas extenuantes de diez y quince horas, hasta las cinco de la madrugada, insomnios, ceniceros repletos y cafés cargados. Así, entre el lunes 26 y el jueves 29, se dio conocimiento formal de su renuncia, y de la persona elegida para relevarle como sucesor, a los órganos directivos del partido, a Su Majestad el Rey, al Gobierno, a los líderes de los otros partidos políticos, y al pueblo soberano con un mensaje televisado del propio Suárez. Literalmente, su cabalgada a galope tendido le ganó la carrera a los del espacio aéreo.

Armada y todos los que por esa gatera pensaban acceder oscuramente al poder, saltándose el turno y retorciendo la norma constitucional, se quedarían en el andén.

En estas estratagemas de artificio, es inevitable que algún personaje que pretendía moverse en lo gris, aparezca sin querer en la foto. Eso le ocurrió a José Luis Álvarez, titular del Ministerio de Transportes, del que dependían los vuelos y los controladores. Podía comprenderse que el ministro de Transportes no se enterase de la huelga hasta su anuncio público; pero no resultaba tan comprensible su carencia de recursos para remediarla, o para militarizar unos servicios mínimos, o habilitar unos jumbos en tiempos y rutas estratégicas reservadas para emergencias, mientras se negociaba el arreglo.

Álvarez, democristiano vitola de oro, crítico con Suárez desde las entretelas, estaba en la operación del golpe de timón que perseguía Armada. Su nombre aparecía incluso en la lista de Gobierno que Armada mostró a Tejero[27]. Y fue uno de los personajes civiles a quienes Armada, recién destinado ya en Madrid, visitó el día 12 de febrero: «Fui a verle en su despacho del ministerio, pues el ministro me había llamado y deseaba verme». Y eso, en una jornada de especial saturación para Armada. Según su agenda, por la mañana asistió en Barajas a la despedida con honores a los restos de la reina Federica, trasladados a Grecia. Allí saludó a los Reyes y a varios ministros. A continuación tuvo varias actividades oficiales; entre otras, su propia toma de posesión del nuevo destino en el Cuartel General del Ejército; luego, una reunión del Consejo Superior del Ejército. Y aún le quedó tiempo para acudir a la llamada del ministro de Transportes.

Eran los días en que Armada intentaba reimpulsar su operación e impedir la investidura de Leopoldo Calvo-Sotelo, pese a que ya era presidente in péctore, designado por el Rey. Sólo faltaba la votación en el Parlamento.

Otra figura que aparecía en la foto, aun moviéndose en lo gris, era la de Alfonso Guerra. Le delató su talento de estratega.

Tras el pistoletazo de la dimisión de Suárez, la reacción de los líderes políticos se centró en Suárez, su discurso, las causas y las consecuencias de su dimisión, si el Ejército habría presionado, si el Rey habría *borboneado*, si el ducado de Adolfo era un *premium* mayor o menor que el marquesado de Torcuato… Hablillas, en fin. Sólo un dirigente político salió por otro registro. Alfonso Guerra. Con esa dimisión a quemarropa, oficial y pública, la *Operación Armada* perdía su sentido… y su oportunidad. Salvo que un fracaso de Leopoldo Calvo-Sotelo en su investidura deparase la ocasión de investir al «general de prestigio» con su concentrado de ministros. Pero… el Parlamento estaba de vacaciones. Y, mientras unos afilaban sus jabalinas contra la nueva bicha, Calvo-Sotelo, «representante icónico de la derecha reaccionaria y centralista»[28] o los patronos catalanes del Foment del Treball, los amigos de Tarradellas, reclamaban «un Gobierno con autoridad en el que tomen parte figuras de probada experiencia económica y pertenecientes a la España real»[29], fue el lince Alfonso Guerra quien solicitó «la urgente convocatoria de la Mesa del Congreso de los Diputados para que la vida parlamentaria, suspendida por período vacacional, se reanude de inmediato». Obvio. Faltaba el escenario para la operación. A veces, el que se mueve sí sale en la foto[30].

«Sabino, que éste se va»

La estrategia dimisionaria de Suárez buscaba el efecto sorpresa y requería pulso en el control de los tiempos. Trabajo de relojería. Todo debía ocurrir antes de que las Cortes reanudaran su actividad. Al no poder mantener el tema en secreto sine díe, hasta que los controladores o los señores que mueven los hilos decidan que se puede viajar a Palma sin riesgo, Suárez se ve forzado a anunciarlo «en seco» al partido, al Gobierno, al Rey y al país, desde Madrid y a velocidad exprés. Setenta y dos horas.

Elige una fecha, el 29 de enero, jueves, a última hora de la tarde, cuando los diputados —de

vacaciones y comenzando el fin de semana— estén dispersos en sus lugares de origen, y sea muy difícil que los de la *Operación Armada* recolecten no ya las firmas para presentar la moción de censura, sino los votos para respaldarla. Ha preparado el suministro de la noticia de modo que no trascienda de la cúpula del partido y de sus colaboradores de La Moncloa; pero sí quiere tener unos testigos, amigos y no tan amigos, que lo sepan con antelación de modo que el Rey no pueda jactarse de haber forzado su salida. Quiere que el Rey sea el último en enterarse, precisamente «porque nadie me echa, me voy yo». De ahí su insistencia en que «no digáis nada, porque aún no se lo he comunicado al Rey». Tampoco descarta, más bien lo espera, que en el momento de la verdad el monarca intente retenerle. Incluso por motivos prácticos. Como los señores de la huelga, «equis días», «hacer tiempo».

Alrededor de la una y cuarto de la tarde del martes 27, en un Mercedes negro blindado, Suárez sale hacia La Zarzuela. Llega a la una y media, cuando el Rey no ha regresado todavía del Palacio Real. Desea estar antes con Sabino y avanzarle la noticia. También ha comunicado su decisión a su ayudante de campo Cristóbal López Cortijo, oficial de la Armada, que está de servicio ese día.

No es extraño que Suárez suba a La Zarzuela un martes, almuerce con los Reyes y despache después con Don Juan Carlos.

El Rey tenía presentación de credenciales en Palacio Real —evocaba Sabino tiempo después —. Adolfo me llamó por la mañana para saber si se mantenía su almuerzo con el Rey.

—¿Sí? Pues voy un rato antes, porque quiero verte.

Ya en Zarzuela, pasó a mi despacho y me requirió como testigo:

—Sabino, he querido que lo sepas tú antes, por si fuera necesario hacer constar que vengo a dimitir, que me voy porque quiero, no porque haya recibido presiones o indicaciones del Rey. Es una decisión mía, libre, personal y muy pensada. Nadie me lo haya sugerido… Temo que luego el Rey alardee de haberme «invitado» a tomar el portante, como a Arias. Y no es así: a mí no me echan, yo me voy. Y no sólo te autorizo a que lo digas por ahí, sino que te agradeceré que lo hagas.

—Pero, Adolfo, no me puedo creer eso que dices… ¡Cómo vas a dimitir! ¿Qué ha pasado?

—Ha pasado que… he perdido todos los apoyos: fuera y dentro de mi partido, en el grupo parlamentario, en el Gobierno; los apoyos de la patronal, la banca, los sindicatos, un sector de la Iglesia, el Ejército, la prensa… Y últimamente he percibido de modo claro que hasta he perdido el apoyo y la confianza del Rey.

—Adolfo, mientras seas presidente del Gobierno, seguirás teniendo el apoyo del Rey. Uno, porque el Rey debe apoyar a quienquiera que sea su jefe de Gobierno, mientras no perpetre traiciones a la patria o actos delictivos contra el interés nacional. Y dos, porque la Constitución no contempla los caprichos, ni las simpatías o las antipatías del Rey[31].

En cuanto llegan los Reyes, pasan al comedor. Sabino no come con ellos porque tiene un compromiso en Madrid, pero regresará enseguida. Un menú muy casero: arroz a la cubana, ternera con salsa y quesos. La Reina detecta cierta tensión en el ambiente. Adolfo, que normalmente comenta temas de la actualidad, ese día está poco expresivo, silencioso y apenas prueba bocado. «Adolfo, ¿ocurre algo?», le pregunta la Reina. Él esboza una sonrisa y,

disculpándose por no haber comido casi, dice: «Es que he pasado un gripazo de pie, y los *desenfrioles* y las aspirinas me han dejado el estómago *changao*».

El Rey y Suárez suben al despacho.

—¿Qué es eso tan importante y tan urgente que tienes que decirme?

—Que me voy, señor. Sí. He pensado muy seriamente que debo irme. Irme y, como decía Maura, que gobiernen… los que no me dejan gobernar.

El Rey le escucha en silencio, el rostro impávido, sin mover un músculo, la mirada opaca. En pose de Rey, no de amigo[32].

Suárez expone sus razones de «desgaste, críticas, falta de apoyo, demasiados frentes abiertos simultáneamente»…

Le comenta al Rey «lo difícil que es gobernar teniendo al enemigo dentro de casa, en el grupo parlamentario y en el propio Gobierno, rivales entre ellos y rivales míos. Íñigo Cavero me descubrió hace poco la última conspiración que urdieron Joaquín Garrigues Walker, poco antes de morir, Paco Ordóñez y Landelino Lavilla, dispuestos a apoyar una moción de censura del PSOE contra mí. Y no me extrañaría que esos mismos y un puñado más se apuntaran a la próxima…»

«Esto lo diría tirando con bala —recordaba Sabino años después—, porque Adolfo sabía que en aquellos momentos estaba en marcha una moción de censura encabezada por Armada; y que con su dimisión él la desactivaba, la descargaba, la hacía trizas. En cambio, Armada ya se veía como presidente de un Gobierno de concentración, protagonizando un momento histórico y heroico de salvación de España y de fidelidad a la Corona. Y, en el fondo, saboreaba su dulce venganza de Suárez»[33].

Al Rey no parece sorprenderle la noticia. Quizá porque la supo la tarde anterior, cuando recibió a Leopoldo para tratar del Instituto de Hidrocarburos. Y porque venían discutiéndola cada vez con más acritud entre Suárez y él.

—Lo que me contraría —le dice— es la inoportunidad del momento que has elegido, con tres viajes importantes en mi agenda inmediata: País Vasco, Estados Unidos y Noruega.

El Rey descuelga el telefonillo interior: «Sabino, sube, sube inmediatamente».

En cuanto entro en el despacho —continúa la evocación de Sabino—, me dice con voz fría, casi displicente:

—Sabino, que éste se va —y, sin tratar de disuadir a Adolfo, me pregunta—: ¿Qué hay que hacer ahora, qué pasos, qué disposiciones para oficializar la dimisión…? Es la primera, en democracia.

Ni un abrazo, ni un gesto.

Como si el Rey se sintiese liberado.

Mientras le acompaño al coche, Adolfo me comenta:

—¿Tenía yo razón o no? ¿Has visto qué frialdad?

—Hombre, Adolfo, no confundas la frialdad con la sorpresa… Le has pillado de sorpresa y no ha tenido reacción. A veces le ocurre. Tarda en interiorizar ciertas cosas y reacciona pasado un tiempo, incluso a destiempo.

Veo que Adolfo se ha quedado destrozado, hecho polvo. Subo donde el Rey y le digo que le

llame cuanto antes para suavizar la sequedad… «Adolfo ha hecho muy bien muchas cosas, y con una lealtad y un coraje a prueba de bomba; no merece quedarse tan dolido, señor»[34].

El Rey le pregunta a Sabino:

—Oye, tú no pareces sorprendido, ¿es que sabías algo?

—Sí, señor. Suárez quiso verme antes de subir aquí, vino media hora antes y estuvo en mi despacho y me lo soltó: «Vengo a presentarle mi dimisión al jefe, y quiero que tú lo sepas antes que nadie, incluso que seas mi testigo si hiciera falta, para que nadie, ni el Rey, pueda decir que ha sido él quien me ha llamado y me ha echado».

—¡Hay que fastidiarse…![35].

Al cabo de un rato, a instancias de Sabino, el Rey llama a Adolfo, pero con tan escasa inventiva, o tan poca despensa de sentimientos de afecto, que le repite al pie de la letra las palabras de su secretario general. No se le ocurre nada distinto:

—Oye, me dice Sabino que te ha parecido que he estado muy frío contigo… Hombre, Adolfo, no confundas la frialdad con la sorpresa. Me has dejado de una pieza con tu decisión.

Suárez se da cuenta de que no son palabras sentidas por el Rey. Repite como al dictado. Lo único de su cosecha es agregar:

—Ah, te daré un título, así que vete pensando un nombre… Y otra cosa, Adolfo, prefiero que lo de tu dimisión no lo hagas público todavía. Y di a los que lo sepan en tu partido que de momento no digan nada. Espera a que yo haya vuelto del País Vasco. Además, habrá que buscar el momento más adecuado para dar una noticia de ese calibre[36].

Pasado algún tiempo, Adolfo le comentó a Rafael Arias-Salgado: «Para mí fue absolutamente desairado y doloroso, porque yo esperaba un último gesto del Rey reteniéndome, no sé, un “Adolfo, tómate unos días y piénsalo”. Pero no. Guardó un silencio absoluto. Quedó patente que el Rey aceptaba mi dimisión en el acto. Incluso, la recibió como un alivio»[37].

Lamo de Espinosa: «Yo no soy la persona idónea»

La noche de ese mismo martes 27, Fernando Abril se presenta en casa del ministro Jaime Lamo de Espinosa, en la calle Federico Abascal. Son amigos. Jaime acaba de llegar de Alemania y al día siguiente parte de viaje a Marruecos. Está en la inopia de todos los acontecimientos. Abril, muy quebrantado por el disgusto, se deja caer sobre un sofá y le informa de todo de un tirón:

—Adolfo ha dimitido. Es irreversible. Hoy se lo ha comunicado al Rey y mañana le lleva la carta para oficializarlo. Lo saben sólo los del sanedrín. Todo se está llevando en secreto. Vengo del comité ejecutivo y Suárez no les ha dicho ni mu. De cara a la calle y a la prensa, no ha trascendido nada. Ayer hubo una reunión de los barones y esta noche habrá otra para elegir ya al sucesor, y me parece que se han puesto de acuerdo en votar a Leopoldo. Pero yo no estoy conforme. Y vengo a proponerte que me autorices a usar tu nombre como candidato alternativo… Sobre todo teniendo convocado y en puertas el Congreso Nacional, que es el que debe decidir. Jaime, tú lo harías mejor que Leopoldo. Y te aseguro que te busco apoyos para el

Congreso y, por supuesto, lo ganas.

—¡Ni hablar! ¡Deja, deja! Yo no soy la persona idónea.

—Lo eres. ¿Que Leopoldo es ingeniero? Tú también y además tienes dos carreras. Y eres catedrático de Economía. ¿Él sabe idiomas? Tú también. Cuentas con experiencia política y técnica de Gobierno. El Rey te conoce desde que era Príncipe y habéis hablado horas y horas allí en La Quinta. Estás muy bien visto por las bases del partido. Eres un tipo independiente que no ha entrado en el juego de los grupos. No tienes ni banderizos ni enemigos. Nunca te has casado con nadie… ¡ni siquiera conmigo!, y eso que como ministro de Agricultura dependías de mí, pero te las tenías bien tiesas para defender los asuntos de tu departamento.

—¡Que no, Fernando, que no! Pero si es que yo ni estoy en la flor y nata del partido, ni he politiqueado en mi vida, ni creo que me conozca la gente de la calle… Tú haces ahora una encuesta y pones mi foto, y la gente no sabe ni quién soy ni cómo me llamo.

—Insisto, Jaime, déjame postularte. Aquí la presidencia del Gobierno va a resolverse entre Leopoldo o Landelino. Y creo que al partido no le conviene ninguno de los dos. No van a ser eficaces. Leopoldo no tiene pegada de líder y Landelino no tiene fuste de gobernante. Por muy inteligentes que sean los dos. Y muy valiosos. No pierdes nada, Jaime. En cambio presentándote, cuando menos divides los votos de los otros aspirantes. Piénsatelo[38].

Jaime Lamo recordará más tarde que, a la mañana siguiente, el día 28, fue a La Moncloa:

Entré sin avisar. Adolfo estaba trabajando, sin corbata, con una chaqueta de punto sobre la camisa. No me esperaba y se quedó extrañadísimo: «¿No estabas en Bonn o en Rabat?» Empezamos a hablar, hasta que entró una secretaria trayéndole un dossier.

—Jaime, ésta es mi carta de dimisión formal que voy a llevarle al Rey. Aguarda un momento, me arreglo, te vienes conmigo a Zarzuela y hablamos en el trayecto.

Hablamos durante dos horas, yendo, volviendo, y un rato más porque, al llegar a palacio tenemos que esperar: Suárez repara en que la carta de dimisión lleva la fecha equivocada, pone 27 y estamos a 28. Como en Secretaría de Zarzuela tienen papel timbrado de Presidencia del Gobierno, se la reescriben y él la firma allí mismo.

Me da sus argumentos para dimitir, que son más bien una acumulación de razones. Ha llegado a un punto de inmenso cansancio. Está harto. Se ha sacrificado por la democratización del país dejando jirones de su vida, incluso de su vida familiar:

—Me traen al pairo los ataques de la derecha y de la izquierda, ¡era su juego, tenían que hacerlo, aliarse para mi acoso y derribo! Eso entra en el sueldo de la oposición, aunque no sé yo si el ensañamiento entra también. Pero paso. Como paso de que me aborrezcan la banca, los empresarios y el Ejército. Yo no debía darles lo que exigían. Y no hay otra razón, eh. A mí lo que me ha desmoralizado y me ha hundido es encontrarme con que no tengo el apoyo de los míos, los míos del partido, los míos del Gobierno: deslealtades, trampas, alianzas con la oposición a mis espaldas… La pérdida de Fernando Abril. Tú sabes que ha sido mi amigo íntimo, mi brazo derecho. Al margen de la edad, políticamente le he visto siempre como a un hijo…, y a ti como a un nieto. Y luego, la prensa. Se han encarnizado conmigo. He sido su pimpampum. Yo no sé si es que estaba malacostumbrado, y eso que sé encajar la crítica, por dura que sea, cuando es limpia.

—Ahí tienes razón, estabas malacostumbrado. En el franquismo, la prensa jamás criticaba al Gobierno ni a ninguna autoridad. Estaba prohibido. Luego, en la Transición te recibieron en palmitas: eras como el supermán del nuevo régimen.

—Pero la auténtica razón, Jaime, es que no tengo siquiera la confianza del Rey.

—En nuestra democracia, el presidente no necesita la confianza del Rey.

—Ya lo sé. Pero yo, Adolfo Suárez, no soy capaz de seguir si noto al Rey cada vez más frío, más distante, más contrariado con mi presencia. Eso es lo que me amarga por dentro. A mí el Rey no me ha pedido que me vaya. No puede hacerlo y él lo sabe. Pero, hablando con políticos, y esto me consta, les ha dicho bastante explícitamente: «Sois vosotros quienes tenéis que conseguir que Suárez se vaya a su casa… Yo no tengo poderes para quitármelo de encima».

—Presidente, todo eso puede ser más o menos así; pero tu dimisión cambia de tal modo el mapa político de España, nos lleva a otro mapa tan distinto, que yo no sé quién lo va a controlar. Vamos a dar un giro de ciento ochenta grados. Y, por supuesto, sin ti la UCD desaparece en una semana.

—Mira… —Nosotros estábamos saliendo de palacio y Adolfo me señaló un vehículo oficial donde llegaba Landelino Lavilla.

El Rey y Sabino sabían que Suárez iba a ratificar la dimisión a tal hora; y no les importó citar prácticamente a la vez a Landelino Lavilla. Lo llamaban para que, como presidente del Congreso de los Diputados, indicase los trámites que seguir en la ronda de consultas y en la nominación del sucesor. El Rey quería saber —pues era la primera dimisión de un presidente en democracia— si, a través de las consultas, él podía jugar el papel de árbitro; incluso, si podía revertir a los líderes la consulta sobre una terna de candidatos… que él mismo les presentara[39].

La *Operación Armada* estaba viva y no iba a darse por vencida así como así.

Regresando de La Zarzuela por entre la arboleda y los ciervos de Somontes, Jaime Lamo intenta disuadir a Suárez, pero es en vano. Como en su listado de razones apenas ha mencionado al Ejército, Lamo insiste sobre esa cuestión:

No me habló de la presión militar. Yo entonces tampoco sabía con la certeza con que luego lo supe que el día 23 de ese mismo mes hubo una encerrona de generales en Zarzuela: que el Rey llamó a Suárez y le dejó a solas con ellos. Pero sí me habían llegado algunos rumores, a raíz de que el Rey suspendiera la montería de Lugar Nuevo. Le comenté lo que yo había oído sobre «una tormentosa reunión con militares en palacio». Adolfo me escuchó con atención, no entró al trapo, pero tampoco lo desmintió ni me lo negó. Me contestó como hablando en hipótesis:

—Jaime, yo nunca me iría por una cosa de ésas… Todo lo contrario. Ante una situación de ese tipo, instintivamente yo me crezco. No me voy por ninguna presión de los militares, aunque sé que las ha habido y muy fuertes. Pero, créeme, de haberse planteado así, conmigo se habrían estrellado. Mi reacción habría sido exactamente la contraria: quedarme y luchar bravamente para supeditar el poder militar al poder civil. ¿Amenazarme con una pistola? ¡Sería no conocerme! Ya hace tiempo que estoy psíquica, mental y moralmente preparado para que me peguen un tiro en el pecho o en la sien[40].

Por la tarde, mientras Josep Melià, Pío Cabanillas y Rafael Arias-Salgado, siguiendo las

ideas que les ha indicado Suárez, preparan un bosquejo del discurso de dimisión que ha de decir por RTVE, Suárez se reúne en su despacho con Gutiérrez Mellado y con Agustín Rodríguez Sahagún. Ellos —y sólo ellos— quedan alertados de la *Operación Armada* que, con su dimisión, trata de neutralizar. Hasta ese momento, era un conocimiento que no había compartido. Y nadie más del Gobierno o del partido ha de saberlo. Pero es la razón de que todo haya de hacerse con rapidez, con sigilo y con cautela: por tratarse de un golpe militar y civil, los implicados pueden estar sentados en nuestra mesa, compartiendo nuestros planes y deliberaciones. Entre los tres establecen las medidas adecuadas para intensificar controles precautorios en las regiones militares y departamentos marítimos, y evitar que se produjera alguna asonada en las fechas de «sede vacante», con el Gobierno en funciones, es decir, desde el anuncio público de la dimisión, el viaje de los Reyes al País Vasco, el Congreso de la UCD con todo el Gobierno en Palma, los días de las consultas regias, y los debates parlamentarios hasta que concluyese la investidura del candidato a sucesor. Un paréntesis con la apariencia del vacío de poder, peligrosamente largo. Conscientes de que, duro o blando, acechaba un golpe.

Suárez: «A Leopoldo no le elegí yo; le puso el Rey»

A las 24.30 de la noche de ese mismo miércoles 28 está convocado el sanedrín de los barones que representan a las diversas familias de la UCD para elegir al sucesor. Arias-Salgado, Martín Villa, Abril, Fernández, Cabanillas, Pérez-Llorca, Lavilla, Calvo Ortega y Calvo-Sotelo.

Suárez se entera de que a Landelino no se le ha avisado y, pasadas las diez de la noche, él mismo le llama por teléfono: «UCD es una y es de todos. Quiero de modo muy especial que tú, como líder del sector crítico, participes en la elección del sucesor».

Le envía un vehículo de incidencias, porque a esas horas el presidente del Congreso ya ha despedido a su conductor. Luego se entrevistan a solas, para revisar a los posibles candidatos, de modo que quien saliera elegido, teniendo aptitudes para gobernar, fuese aceptable por los diversos grupos y tendencias del partido. Más que un perfil concreto, buscan un hombre de consenso dentro de la UCD, que infunda confianza al mundo económico, tenga dotes de Gobierno y sea pararrayos de las iracundias militares.

Suárez deja sentado que él ni va a testar ni va a votar: «No soy el dueño del partido; por tanto, no puedo disponer de él nombrando heredero. Estoy fuera del juego».

Landelino por su parte se autoexcluye ya que, en el trámite del relevo de un presidente del Gobierno, la Constitución le encomienda la función de recibir, transmitir y presentar la candidatura final que el Rey le dé tras sus consultas con los líderes.

Hablan, pues, con la libertad de criterio de quien no está en la contienda.

—Landelino, en este trance, y como prueba de imparcialidad y juego limpio, yo preferiría que mi sucesor fueses tú, currículo y valores aparte, porque eres el abanderado de los críticos. Y eso, unido a mi dimisión, sería otro aldabonazo más para que nuestra gente reaccionara éticamente y con altura de miras.

—Sé que lo piensas así y te lo agradezco —le responde Landelino—. Pero esa solución crearía dos problemas: el rechazo de los socialdemócratas y liberales, por temor a una

derechización del partido, y la provisión de un nuevo presidente del Congreso de los Diputados, si yo dejase ese puesto… Y las dos presidencias más importantes de la nación, vacantes a la vez. ¡Un grandísimo lío!

Cierto día, tiempo atrás, Adolfo le dijo al Rey: «Majestad, si a mí me ocurriera algo, un accidente mortal, un atentado de ETA, debe llamar inmediatamente a dos personas: Landelino Lavilla y Fernando Abril. Entre ellos, y de acuerdo con los órganos de UCD, decidirán quién se encarga del Gobierno y quién del partido». Pero no le dijo que llamase a Calvo-Sotelo[41].

Adolfo ha sondeado a los barones de la UCD y ha reflexionado sobre las características del personaje que se precisa para «las actuales circunstancias», expresión con la que él da por descrito el difícil momento. Después de esos tanteos, sugiere a Lavilla que el sucesor podría ser Leopoldo, «aunque yo no quiero ni señalarle, ni proponerle, ni mucho menos imponerle». Y entre los dos van enumerando las condiciones del personaje:

—De cara al exterior, no es líder, pero es un hombre que tiene presencia, vasta cultura, media docena de idiomas, brillante oratoria, experiencia política, tiene un currículo europeo trabajado sobre el terreno. Procede del mundo financiero y empresarial. No es un primerizo, sino un veterano que se conoce los pasadizos de la Administración del Estado. Es un Calvo-Sotelo, sobrino de don José, asesinado por los rojos, y eso tranquiliza a los militares y puede serenar al ciudadano de derechas, que es el que está encrespado. Partidario de la OTAN y monárquico, un doble plus para que sea bien visto por el Rey.

»Y de cara al interior de la UCD, si consigue aflojar su estiramiento, su aire engreído y su primer impacto de antipatía, puede lubricar muy bien las tensiones internas. Sabe escuchar, es flemático; no discute, razona. Por otra parte, Leopoldo no es gallito, no va a dar guerra. Y dentro de la lucha que hay entre los barones del partido, la gran ventaja de Calvo-Sotelo es que no pertenece a ningún grupo, a ninguna familia. Otro factor interesante: es mayor que casi todos ellos y tiene prudencia política y habilidad de gallego más que suficientes para saber capear el temporal.

Tanto Landelino como Adolfo coinciden en que Leopoldo será una solución de contingencia, de apurado consenso, para salir dignamente del paso, que no provocará ni entusiasmos ni repudios. Y que, llegado el evento electoral de 1983, no podrá ser el rostro del póster porque es soso, aburrido, sin brillo, sin *punch*, sin gancho popular. En cambio, puede ser el hombre adecuado para salvar el escollo de ese momento.

Leopoldo no era el candidato de Suárez. Entre ellos no había sintonía humana. Ni amistad personal. Suárez sabía que, desde el verano de 1980 en O Grove, y aunque le ascendió a vicepresidente, Leopoldo se estaba preparando para sustituir a Suárez en la presidencia. Pío Cabanillas le buscaba aliados, seguidores, patrocinadores y propagandistas. Incluso cerca de los oídos del monarca. Sin ir más lejos, el íntimo amigo del Rey, Manolo Prado y Colón de Carvajal, hacía el marketing de Leopoldo, en La Zarzuela y entre la *jet* económica y social que él frecuentaba, al tiempo que en esos mismos ambientes se oxidaba el liderazgo de Suárez.

Pasado algún tiempo, Suárez lo dijo: «A Leopoldo no le elegí yo; le puso el Rey»[42].

El amigo y hombre de confianza de Suárez era Agustín Rodríguez Sahagún. Sólo a él podía pedirle una disponibilidad total para un rol interino: cubrir el puesto de presidente del partido en

aquella emergencia de transitoriedad.

Y le advirtió: «Agustín, no te pido que me guardes la silla, porque me voy con decisión de no volver, ¡ni aunque me saquen a hombros en Palma! Lo que sí te pido es que guardes el partido. Que no se desguace porque yo me vaya a un rincón como militante de base»[43].

Rodríguez Sahagún no aspiraba a ser presidente, pero estaba dispuesto a hacerle a Suárez el favor de cubrir su lugar en el Gobierno y en el partido, de modo eventual, mientras pasaba el ciclón golpista y se diluía la *Operación Armada*.

En cuanto a Landelino, lo chocante era que sus epígonos democristianos y la banda de los críticos —*Operación Walesa* se llamaban— tenían más ambición de poder y mando que el líder. De ahí sus vacilaciones y sus dudas a la hora de lanzarse desde el trampolín.

Leopoldo, en cambio, iba flechado a conquistar la presidencia. No dejó de autopostularse en ningún momento. Y repetía sin rubor: «El liderazgo no es problema, yo estoy disponible».

Estaba persuadido de que era el candidato de peso, el indiscutible.

Pérez-Llorca, ministro de Exteriores, que le secundará en su labor de Gobierno, recordaba años después esta expresiva anécdota:

En enero de 1981, cuando intuíamos que Adolfo estaba pensando en dimitir, Leopoldo ya se movía en busca de apoyos dentro de UCD. El 7 u 8 de enero, invito a comer en el palacio de Viana a Pío y a Leopoldo.

—No vamos a retenerle —dice Leopoldo—, ni a hacerle un homenaje de aclamación. Si quiere irse, que se vaya.

—Bueno, el problema no es que se vaya Adolfo —matizo yo—, sino «el día después»: después, ¿quién?

Estábamos ya sentados a la mesa. Los asientos eran sillas con brazos. Entonces, Leopoldo se levanta, como activado por un resorte:

—¿Quién? ¡No! —y cogiendo los dos brazos de su silla, la desplaza consigo mismo arrimándola más a la mesa, se sienta con brío, y concluye—: ¿Quién? ¡Yo![44].

Leopoldo, el sustituto inocuo

Suárez encarga a Rafael Arias-Salgado que prepare la votación del candidato a sucesor al frente del Gobierno, y que Agustín Rodríguez Sahagún se reserve para proponerle en el Congreso de Palma como candidato a presidir el partido. Se jugaría por primera vez la experiencia de la doble silla: dos presidentes. Suárez les ha dicho: «Tenéis que decidirlo entre vosotros. Y si hay votación, yo votaré en blanco o no votaré». Pero en un aparte, habla con Fernando Abril y Rafael Calvo Ortega y les indica que, según vean el panorama, voten a Rodríguez Sahagún, para arroparle, y que no gane Leopoldo por goleada. A Lavilla le ha convencido de que dé su voto a Leopoldo, «y no te lo calles; estos gestos de tender puentes son los que dan ejemplo de comportamiento generoso en tiempos críticos».

Están en el despacho de Suárez. Sentados en sofás y sillones, alrededor de una mesa baja de cristal sobre la que hay algunas cajas cigarreras y un gran cenicero de plata, el sanedrín en pleno: Lavilla, Ordóñez, Abril, Martín Villa, Arias-Salgado, Calvo Ortega, Pérez-Llorca, Cabanillas,

Leopoldo y Rodríguez Sahagún.

Empiezan aportando nombres. Pérez-Llorca lanza el de Calvo-Sotelo. Ordóñez propone a Calvo-Sotelo, Martín Villa, Pérez-Llorca y Rodríguez Sahagún. Este último dice: «Leopoldo no es mi candidato». Lavilla añade el nombre de Ordóñez. Calvo-Sotelo apunta: «¿Por qué no Fernando Abril?» Algunos cruzan miradas entre sí: Leopoldo ha echado con descaro un balón fuera, porque Abril fue «el gran caído» en las disputas en La Casa de la Pradera.

Los propuestos se van autoexcluyendo, excepto Calvo-Sotelo que se declara disponible. Queda también hábil Rodríguez Sahagún, aunque Pío Cabanillas se opone: «Agustín sería una opción precautoria, no definitoria».

Se procede a votar con papelillos en el gran cenicero plateado. Leopoldo, seis votos. Agustín, dos votos. Landelino, un voto. Y una papeleta en blanco. Aparte de Suárez, alguien no ha querido votar. Nueve papeles y diez *sanedritas*. Alguien no ha votado. Entre ellos suponen que Suárez tampoco.

Ha ganado Leopoldo, el hombre sin filias ni fobias, sin seguidores ni detractores. La baza blanda. El sustituto inocuo.

Y todavía ha de superar la votación del comité ejecutivo de la UCD en su conjunto, los treinta y cinco. Será al día siguiente, 29. Una sesión ardua, agresiva, cargada de electricidad. Y larguísima, doce horas: desde las 17.20 de la tarde hasta pasadas las 5.30 de la madrugada del día siguiente. Con un solo punto en el orden del día: votar a Leopoldo, sí o no.

Una sesión que ha de interrumpirse tres veces porque los críticos no quieren «votar a ciegas a Leopoldo, sin que nos exponga qué piensa hacer si llega a gobernar, las líneas de su programa, si ha pensado coaligarse con algún grupo parlamentario, o formar coalición y con quién… en fin, algo de algo».

Suárez ha de reunirse a solas más de una hora con Miguel Herrero de Miñón y Óscar Alzaga, los cerebros díscolos e influyentes de la *Operación Walesa;* pasear con unos y con otros convenciéndolos, argumentándoles, pidiéndoles concordia, colaboración, amainar los rifirrafes y… «votad a Leopoldo, pues se trata de una solución de coyuntura».

Se prolongan las conversaciones deliberantes en grupitos de dos, de tres, sin llegar a un acuerdo. Están dudosos. No saben si todo es una parodia que responde a un maquiavelismo de Suárez, un juego chinesco de desaparecer para volver a aparecer en el escenario congresual de Palma, o si la dimisión es un hecho consumado y están pasando página a una época nueva. A las doce de la noche, Leopoldo, ofendido por el ostensible desacuerdo acerca de su candidatura, les dice con gesto despectivo: «Señores, me voy a dormir, ya me lo contarán».

También se ha ausentado discretamente Rodríguez Sahagún.

De pronto piden tiempo para pensar y se dispersan durante tres horas. El núcleo duro de los críticos cena en casa de Herrero de Miñón, en la calle Mayor frente a la plaza de la Villa. En el comedor, estrecho y alargado, con paredes recubiertas de madera oscura y luces ambientales indirectas, Herrero trata de reconducir la nominación hacia Lavilla. Landelino les confiesa que la noche anterior, cuando votó el sanedrín, él dio su voto a Leopoldo y se comprometió a apoyarle «porque es conveniente en las actuales circunstancias», dijo repitiendo las palabras de Suárez. También les dijo que él sabía de la dimisión de Suárez desde el primer momento. «Creo que fui

el primero en saberlo. El 26 por la mañana». Sus seguidores están atónitos. Con esos dos sapos ya no necesitan probar la liebre con chocolate que les han servido. Después les dice: «No hay que descartar que Leopoldo sea sólo un presidente de transición, hasta que Suárez reponga pilas y regrese para las elecciones de 1983. Ganar elecciones, nadie lo duda, es lo que mejor se le da»[45].

En ese comedor hay algunas personas de la UCD comprometidas con la *Operación Armada*. La idea de un Suárez de ida y vuelta, y de un Leopoldo «tapadera» para dejar sin argumentos el golpe de timón no les hace especialmente felices.

Cuando ya en La Moncloa, a las cinco de la madrugada se decide que es hora de votar, Suárez telefonea a Calvo-Sotelo: «Todo arreglado, Leo, vente». Suárez los deja solos en el momento de la votación.

Siete del grupo crítico se ausentan de la sala, siete disidentes que no aceptan a Leopoldo[46]. Se decide a mano alzada: veintiséis votos a favor de Leopoldo. Lavilla se abstiene «por tender un puente de diálogo con el sector crítico». En reciprocidad, tres notables democristianos, Marcelino Oreja, José Luis Álvarez e Íñigo Cavero, apoyan a Leopoldo[47].

Leopoldo Calvo-Sotelo es una solución de compromiso no querida por nadie —comentaría Paddy Gómez-Acebo, que no estaba allí, pero tuvo información directa de UCD, de Moncloa y del Rey en persona—: el Rey no le señala, incluso tantea a otros, porque con Leopoldo no tiene química. Adolfo Suárez no le elige, no le sugiere; su candidato es Rodríguez Sahagún. El comité ejecutivo de UCD y los barones tienen una larguísima discusión que dura toda la tarde y hasta las tantas de la madrugada, con votación incluida y mucha polémica, muchos paseos, acuerdos y desacuerdos, hasta que al fin llegan a un nombre de compromiso, a gusto de nadie: el que menos deserciones y rupturas puede provocar, el que menos familias del partido tiene detrás arropándole, el que por no ser hombre de ninguno puede serlo de todos. Y ése es Leopoldo[48].

Sabino Fernández Campo supo también que «el primer nombre que Suárez dio al Rey para sustituirle *ad tempus* fue el de Rodríguez Sahagún, hombre de su total confianza. La elección de Calvo-Sotelo debió de obedecer a una sugerencia del Rey, buscando contentar a sectores sociales, económicos y militares. Alguien que, sin tener que buscar fuera de la UCD, tranquilizara a todos, ya que se iba a parar en seco la operación del Gobierno de concentración presidido por Armada»[49].

Aunque Calvo-Sotelo se jactaba después: «A mí no me eligió Suárez, a mí me eligió y me designó el Rey», lo cierto es que el Rey tardó en aceptar a Leopoldo, a pesar del buen cartel de condiciones que reunía y, sobre todo, a pesar de que era la propuesta oficial del partido gobernante.

Está acreditado que en los días de las consultas regias con los líderes de los partidos, aunque Suárez en nombre de la UCD propuso a Calvo-Sotelo, el Rey tanteó a otros dos relevantes miembros del partido: Jaime Lamo de Espinosa y José Pedro Pérez-Llorca. Y Adolfo Suárez lo supo: «Yo primero propuse a Agustín Rodríguez Sahagún y el Rey no quiso. Luego tampoco quería a Calvo-Sotelo. Trató de sondear a otros posibles: Pérez-Llorca, Lamo de Espinosa…»[50].

Al Rey le gustaba el estilo humano, la formación técnica y política, y la mentalidad de Jaime Lamo de Espinosa. Un biotipo de centro-centro. Le parecía un buen dato que no perteneciera a

ninguna familia de la UCD. Y era incomparablemente más simpático y espontáneo que el almidonado Calvo-Sotelo. Así que, por su cuenta, preguntó e hizo preguntar qué aceptación tenía en los círculos de los influyentes sociales y económicos, en las cancillerías, en la prensa… Los militares no tenían nada contra él. Aunque llevaba ya tres años como ministro de Agricultura y Pesca, había viajado mucho por el extranjero y apenas estaba «visto» dentro. Para la inmensa mayoría era un rostro nuevo. También desde La Zarzuela se solicitó discretamente algún indicativo de su estimación dentro del partido. La respuesta obtenida venía a decir que Jaime era un hombre muy bien valorado, abierto, no alineado en ningún sector, sin camarillas, abierto, sin malquerencias. Y dos trazos interesantes: en el partido, «lo mismo va con unos que con otros»; en el Gobierno, «no es de plastilina: ha sido capaz de dimitirle a su ministro un par de veces, y Abril tuvo que darle razón».

Esa aceptación se vio sorprendentemente reflejada en el II Congreso de Palma, cuando se realizaron las votaciones con listas abiertas. De los 1290 compromisarios presentes, el más votado fue Adolfo Suárez: 1281 votos. Y a continuación, Jaime Lamo de Espinosa con 1245 votos, sin haber movido un dedo, porque no se presentaba a nada. Y aunque las comparaciones son odiosas, sirven como tabla de proporción. En esas mismas listas abiertas, Paco Ordóñez, líder socialdemócrata, dos veces ministrísimo, de Hacienda y de Justicia, barón y cabeza de un potente núcleo contestatario, apenas obtuvo cuarenta y dos votos.

Un día, sin que hubiera transcurrido mucho tiempo, alguien del entorno del Rey le dijo a Jaime Lamo: «Tú estuviste en el bombo para ser presidente del Gobierno, pero chisssssst…»

Pérez-Llorca hubiese sido otra opción liberal muy interesante. Iba de nadador solitario, rehuyendo que aquello recayera sobre él. Y recuerda esa tentativa del Rey:

Después de las reuniones de los *sanedritas* y antes del Congreso de Palma y de las consultas regias, en el entretiempo, cuando ya en UCD se había votado a favor de Leopoldo, aunque sin ningún entusiasmo, se ve que al Rey no le hacía demasiada gracia que el «sucesor solución» fuese Leopoldo. Monárquico, sí, pero de los de Estoril. Culto, elegante, experto en temas económicos e internacionales, pero estirado, engreído, protocolario, riguroso y nada simpático. El día 1 o el 2 de febrero, el Rey me llama por teléfono:

—José Pedro, ¿puedes venirte por aquí? Quiero que hablemos de este asunto del nuevo presidente.

—Señor, eso ya lo tenemos decidido dentro del partido.

—Bueno, pero todavía no hay una decisión oficial, falta lo que disponga vuestro Congreso y faltan las consultas de líderes aquí en Zarzuela; y yo querría verlo despacio contigo.

—No sé, Señor, pero yo creo que… es mejor que eso no lo movamos. Está decidido ya dentro del partido y no ha sido nada sencillo. Si voy, si subo a Zarzuela, se va a saber y pensarán que estoy enredando.

Para mis adentros me dije: «Eso, en el mejor de los casos; porque lo más comprometedor será que piensen y digan que quien enreda es el Rey». No fue un trago fácil decirle al Rey que no subía a verle. Y desde luego, lo que percibí muy claro fue que el Rey no quería a Leopoldo de presidente del Gobierno[51].

Suárez y un discurso en el que el Rey es nadie

El Rey le había encarecido a Suárez que esperase y no comunicara todavía la dimisión. Se enfadó cuando supo que, antes que a él, se lo había dicho a sus barones, lo cual era como darle tres cuartos al pregonero. También le había molestado que buscase en Sabino un testigo, un notario fehaciente de que iba a dimitir por su propia voluntad.

Como desde que Suárez le anunció al monarca su intención de dimitir, pasaron varios días, el Rey empezó a inquietarse por si Adolfo hubiese pensado otra cosa. Por su parte, también él se retranqueaba en su promesa de darle título nobiliario. En realidad, el Rey quería aceptar la dimisión sin vuelta de hoja, pero que no se supiera «hasta que yo diga».

Hubo en esos días otro signo externo que evidenciaba también el deseo regio de demorar la dimisión. En cuanto a la concesión a Suárez del título noble, el Rey encomendó la negociación a su íntimo amigo y embajador en «misión especial» Manolo Prado y Colón de Carvajal. Suárez propuso a Alberto Recarte, uno de los «hombres del presidente» con despacho en La Moncloa. La discusión estaba en que Suárez quería un ducado, y el Rey le ofrecía un marquesado; Suárez quería el ducado de Ávila, y el Rey contestaba que ése era un título de la Corona, sólo para miembros de la familia del Rey, que pensara en otro nombre; Suárez lo quería transmisible a sus herederos y con grandeza de España, y el Rey oponía la condición de que entonces debía abandonar la política, como hicieron Torcuato y Carlos Arias. Pero de pronto Manolo Prado pretextaba que le había surgido algo y no le era posible reunirse con Recarte. El Rey no debía de tener mucha prisa. Ni muchos deseos. A cierto ex ministro le confesó: «El título ducal, ¡tenía que dárselo, porque él me lo pedía, me lo pedía, me lo pedía como si fuera un derecho suyo!»[52].

Y de vez en cuando, el Rey protestaba —según contó Sabino—, como si se hubiera arrepentido de su promesa. «¿Y por qué tengo que dárselo?» Manolo Prado le contestaba: «Tiene que dárselo, señor: lo ha prometido, y eso es palabra de Rey». Un argumento que a Don Juan Carlos le ponía firme desde el talón hasta el último rizo de la cabeza: se lo habían inculcado su padre y su primer preceptor, Eugenio Vegas Latapié, desde que era un niño de cuatro años, y más adelante el general Martínez Campos, duque de la Torre: «La palabra de un príncipe, y no digamos la palabra de un rey, nunca puede ser de quita y pon, un rey se obliga con su sola palabra».

Estuvo inquieto el Rey toda la tarde del día 28 y la mañana del 29. «Sabino, ¿tú sabes qué piensa hacer Adolfo?»

Cuando nos llegó a Zarzuela la información «confidencial» de que la plana mayor de RTVE se preparaba para ir con equipos a La Moncloa, el Rey entendió que Suárez se disponía a soltar el notición. Y como le había dicho que lo guardara en secreto, se puso hecho un trueno. «¡Pues no le doy el ducado y que se joda!»[53].

Era chocante ese interés del Rey por silenciar una dimisión que venía deseando y, de hecho, había provocado. Sólo se explicaba en una estrategia de ganar tiempo, margen para que se formalizase la moción de censura que estaban maquinando y se pudiera plantear y ganar, con el presidente todavía en el cargo, forzando así su dimisión y el relevo automático por el «candidato consensuado». O para que entre las fuerzas parlamentarias amalgamasen un respaldo

mayoritario, y que el Rey pudiera elegir a Armada en su ronda de consultas.

Eduardo Navarro, asesor del presidente Suárez, apuntaba otra posible razón: «Teniendo ya la dimisión firmada y guardada en un cajón, quizá el Rey quisiera retener a Adolfo sólo unas semanas, para hacer las cosas por pasos contados, dando tiempo a que Armada viniera a Madrid, a su destino, y se neutralizara el tema conspirativo militar del golpe duro. De ahí, tal vez, la afirmación reiterada de Suárez a sus barones y ministros, "la situación militar os la dejo arreglada". Y también, dar un tiempo para consensuar con los poderes fácticos y con la oposición parlamentaria el candidato alternativo a Suárez, fuera Leopoldo, o fuera quien fuera… Lo que parece claro es que el Rey quería ser él quien llevase el control de la situación».[54].

Sabino se personó en La Moncloa para inquirir de parte del Rey cuándo se haría pública la noticia y conocer el contenido del mensaje. También quería saber cómo iba el texto para el *BOE* donde se justificaba la concesión del título ducal y estudiar con el equipo de Suárez la cuestión de las consultas del Rey. Pasó al despacho de Adolfo y leyó el texto de la concesión del ducado. Volvió a leerlo y luego comentó: «No sé, Adolfo, yo creo que los que lo han redactado deberían limar un poco el ardor de elogios hacia ti y mencionar algo más al Rey. Si no, queda como si todo lo hubieras hecho tú, y él no hubiese tenido arte ni parte en traer la democracia. Quizá convendría dejar constancia de cómo te designó al elegirte en la terna, porque aquello fue una apuesta de riesgo y de confianza, como tú mismo has dicho mil veces».

Le enseñaron también el discurso de dimisión que el presidente iba a pronunciar por RTVE esa misma tarde.

—¿Me las he saltado, leyendo de prisa —preguntó Sabino—, o no hay referencias al Rey?

—No, no hay ninguna —contestó Suárez—. Hay una mención importante de mi lealtad a la Corona.

—Sí, ya veo, pero entre una batería de lealtades: a España, a la democracia, a la UCD, a la Corona, y a tu propia obra…

Pidió una copia para el Rey. Iba verdaderamente de «censor real». Pero Adolfo, astuto, se había guardado algunas prendas en el depósito de su estilográfica. Luego las añadiría a mano.

El texto que se llevó Sabino era el que se había elaborado en La Moncloa. Pero, poco antes de la grabación televisiva, Suárez introdujo algunos cambios. En el original, se despedía con una referencia a Dios —«que Dios siga siendo generoso con todos nosotros y con España»—, y la cambió por otra más laica, que sonara menos a mensaje de Navidad, y más en la línea sencilla y civil de todos sus discursos televisivos o parlamentarios: «Muchas gracias a todos y por todo».

Y otras dos interpolaciones, éstas importantes, que darían mucho que hablar y mucho que conjeturar: «Me voy sin que nadie me lo haya pedido» y «yo no quiero que el sistema democrático de convivencia sea, una vez más, un paréntesis en la historia de España». Engatilladas entre líneas, de su puño y letra, porque quería decirlas[55].

Era un binomio lógico que al buen entendedor le aclaraba el porqué de su dimisión: «Me voy sin que me lo pida el único que podría atreverse a pedírmelo, el Rey. Y me voy para que mi permanencia no provoque a los únicos que podrían interrumpir y colapsar la democracia: los militares». Es decir: «Me voy para librarles a ustedes de algo nefasto».

Unos párrafos antes, Suárez confesaba que dimitir no era «una decisión fácil» pero que «hay

encrucijadas, tanto en nuestra vida personal como en la historia de los pueblos, en las que uno debe preguntarse serenamente si presta mejor servicio a la colectividad permaneciendo en su puesto o renunciando a él». Y, tras ese examen de conciencia ético, se respondía en voz alta: «He llegado al convencimiento de que hoy, y en las actuales circunstancias, mi marcha es más beneficiosa para España que mi permanencia en la presidencia».

En la explicación de su adiós no decía por qué se iba, más bien enjaretaba una retahíla de razones que no eran la causa de su dimisión, sino una batería de «no razones»: «No me voy por cansancio, no me voy por haber sufrido un revés, no me voy por temor al futuro». Y en ese punto daba un quiebro: «Me voy porque las palabras ya no son suficientes y hay que demostrar con hechos lo que somos y lo que queremos». Un paso más: quiere que su renuncia sirva como «revulsivo moral» y haga posible un cambio de conductas en la clase política española.

Y tras punto y seguido, una gran pista: no quiere que el precio de su continuidad lo pague el pueblo; por eso su decisión de irse «es tan firme como meditada». Es decir, está dispuesto a pagar el precio él, con su renuncia. Pero el precio ¿de qué?, ¿por qué?, ¿para evitar qué? Y ahí, las dos «frases linterna» añadidas a última hora: «Me voy sin que nadie me lo haya pedido»; porque «no quiero que el sistema democrático de convivencia sea, una vez más, un paréntesis en la historia de España».

Ese «nadie» sólo podían ser los militares o el Rey. O los militares y el Rey. Podían, sin deber poder.

En ese juego de prestidigitación del político inteligente que no mostrando muestra y no diciendo dice, Suárez consigue que la gente entienda que se va porque un «nadie», quienquiera que sea, le ha pedido que se vaya. O que un «nadie», quienquiera que sea, se lo iba a pedir, y él se quita de en medio antes de que se lo pidan. Él paga el precio por evitar un doloroso destrozo. Es el heroísmo de la renuncia. El heroísmo de la retirada. «Una sola cosa tiene asegurada el héroe de la retirada: la ingratitud de la patria»[56].

El sexto sentido popular, *malpensón* y acertador, captó que ahí estaba la clave de la enigmática dimisión. Algo, y algo muy serio, había ocurrido entre Suárez y los militares, o entre Suárez y el Rey. O algo muy serio había estado a punto de ocurrir. Y sospechaban sombras de *borboneo*.

En verdad, el monarca se lo había puesto en bandeja, haciéndole sentir la presión de un descontento y una irritación militar que de un momento a otro podían desembocar en un golpe de Estado. Ésa era la revelación —y ése el aviso— que latía bajo la piel de su mensaje de despedida. «Me voy sin que me lo pidan… Me voy para que no se trunque abruptamente este sistema de libertades por el que he sufrido un tremendo desgaste… pero ha valido la pena». Raya y total: «Si mi sacrificio sirvió en su día para construir la democracia, éste de ahora ha de servir para que no la destruyan»[57].

Van a grabar el discurso. El despacho se ha convertido en un set lleno de focos, cables, micrófonos jirafa, cámaras y operarios. Cabizbajos y con caras de circunstancias, los espectadores de fila cero: Amparo Illana, su hija Marian, Fernando Abril, Rafael Arias-Salgado, Josep Melià, Rosa Posada y Calvo-Sotelo, que ha llegado tarde y, de puntillas, se ha sentado lejos. Adolfo ha dicho que no le maquillen. Quiere que se le vea como está, demacrado, ojeroso,

exhausto y quizá craquelado por dentro. Pide un vaso de agua y se lo bebe entero antes de empezar. Sonríe a Amparo. Mira a los técnicos: «Cuando quieran ustedes». Son las cuatro y cuarto. Silencio. Respiraciones contenidas. El regidor dice: «¡Vamos!» Más espeso el silencio. Tensión. Suárez se saca un poco los puños de la camisa. Sobria la expresión, brillante la mirada, pasando del *teleprompter* que le sirve su texto al piloto rojo de la cámara. El rostro más anguloso que nunca y la nariz como una proa cortando la mar. Arranca:

Hay momentos en la vida de todo hombre en los que se asume un especial sentido de la responsabilidad… Hoy la responsabilidad que siento me parece infinitamente mayor.

Aunque el discurso ha tenido tres autores, Pío Cabanillas, Josep Melià y Rafael Arias-Salgado, Adolfo lo ha hecho suyo y lo dice de un tirón, como si en ese instante le subiera de las entrañas a la boca. No declama, habla en primerísima persona para la historia. Se está sacrificando, pero no quiere victimizarse, tampoco quiere acusar a nadie. Anuncia su dimisión irrevocable como presidente del Gobierno. Doce minutos.

«Perfecto. Vale todo. No hay que repetir», es de nuevo la voz del regidor.

Suárez, todavía deslumbrado por los focos, ve que Fernando Abril, sentado en el mismo sofá que Melià, se ha quitado las gafas para secarse los lagrimones.

Felipe González: «Espero que La Zarzuela no haya intervenido en esta crisis»

A las 17.15, Consejo de Ministros. No tocaba. Alberto Aza ha avisado uno a uno a cada miembro del Gobierno sin decirles que sí habrá: «El presidente quiere verte». Como algo personal.

Suárez les informa. Lo saben ya casi todos, unos porque son del comité ejecutivo de la UCD y otros porque Europa Press ha madrugado la noticia a las tres de la tarde.

El trámite es rápido, oficialista y escueto. «He presentado mi dimisión irrevocable a Su Majestad el Rey, y me la ha aceptado…» En diez minutos vuelve a recitar el albarán de las pérdidas del naufragio: «He perdido la confianza de los poderes fácticos, he perdido la aceptación en la prensa, he perdido la legitimidad ante la oposición, he perdido la credibilidad en buena parte de nuestro electorado…» Esta vez añade a la suma un motivo que como hombre y como político le atraviesa de arriba abajo: «He perdido a mi propio partido». Una vez más, la explicación es ambigua y poco convincente. Guarda su secreto.

Inoportunamente, Agustín Rodríguez Sahagún pide la palabra y anuncia el nombramiento de Armada como segundo JEME. Suárez le fulmina con la mirada.

—Presidente, sé que un destino militar se hace por orden ministerial y no ha de traerse al Consejo de Ministros, pero es que éste… ¡me lo ha pedido el Rey!

—Los nombramientos y destinos militares —le responde Suárez cortante— los decide el Gobierno, no el Rey. Y ya que ha salido el tema, quiero que conste mi disconformidad. —Mira a Rafael Arias-Salgado, a quien incumben las actas del Consejo, como ministro de la Presidencia —. Ese nombramiento se ha hecho a mis espaldas, sin mi consentimiento y en contra de mi criterio claramente expreso[58].

No hay abrazos ni apretones de mano. El Gobierno continúa en funciones. Lentamente y circunspectos van saliendo los ministros. Uno de ellos, Juan Antonio García Díez, que ni es *sanedrita,* ni barón, ni élite, es un simple ministro de Economía y Comercio, de los que curran y no politiquean, murmura para sí mismo: «¡Nos lo hemos ganado a pulso!»

Al terminar el Consejo, Suárez localiza a los líderes políticos para comunicarles por teléfono su dimisión y que Calvo-Sotelo es el candidato acordado por los órganos directivos de la UCD. No habla con Felipe González porque está en París y de ahí viajará a Barcelona. Informa a Alfonso Guerra, a Fraga, recién llegado de Venezuela, a Roca, a Carrillo…

—Adolfo, ¿te vas por presión de los militares? —le pregunta Carrillo. He oído algún rumor preocupante en ese sentido…

—¡Que no, Santiago, que no! —responde Suárez—. Te aseguro que los militares están tranquilos…

También en esa breve conversación, Carrillo le adelanta: «Dile a vuestro candidato Calvo-Sotelo que ya puede prepararse, porque no vamos a recibirle de rositas. Más bien le haremos la vida imposible, porque derrota hacia el partido de Fraga. Mi impresión es que *pasa* de política, o la mira desde lejos, sin intervenir, sin mojarse. Parece el pasota de la UCD. La verdad, lo tendríais todo "atado y bien atado", Adolfo, pero yo a este señor no le veo como al jefe de Gobierno que pueda devolver la confianza al país».

Como hay buena sintonía humana entre los dos, Carrillo se permite darle un consejo político, que pocas horas después lo dirá en público: «Con esta crisis económica tan aguda y con el peligro latente de involución, aunque tú me digas que los militares están tranquilos, UCD necesita un gran refuerzo parlamentario: no deberíais negaros, no digo ya a un Gobierno de unidad, pero sí a una coalición de Gobierno con el PSOE. Nosotros desde fuera apoyaríamos»[59].

Felipe González interrumpe su estancia en Francia —debía asistir a un acto de intelectuales franceses e hispanoamericanos— y en Barajas, improvisando a bote pronto, declara a la prensa: «Creo y espero que La Zarzuela no haya intervenido en esta crisis». Confiesa que «no tenía ni idea de que Suárez pensara dimitir». Descarta «sinceramente, cualquier presión del estamento militar, o cualquier causa externa a la propia UCD». Recomienda «calma y serenidad», y que «quien se sienta tentado a aportar su solución para este momento, se la guarde en el bolsillo». Todo ello con cierto aire de superioridad y dominio. Pero como están en un pasillo de tránsito internacional, con mucho ruido ambiental y megafónico, concluye rápido valorando la noticia de la dimisión como «buena para la democracia; y no lo digo por oposición a Suárez, sino porque es normal que, cuando un Gobierno no funciona, y no funciona reiteradamente como éste, su responsable máximo tome la decisión de dimitir»[60].

Pero al día siguiente, después de reunirse con los mandos socialistas, da ya un diagnóstico de lo que debería o podría ocurrir a partir de ahora: «UCD es un partido dividido y en crisis, está en condiciones casi de incapacidad para ofrecer soluciones estables a un país que atraviesa una situación grave; por tanto, corresponde al PSOE, como partido mayoritario de la oposición, buscar y ofrecer al país la solución». Así, pues, el PSOE está exento del consejo de «guardarse su solución en el bolsillo» que el propio González había recomendado medio día antes en el

aeropuerto. Y no deja en el tintero una sugestiva advertencia: «Es obvio que la candidatura de Calvo-Sotelo no es la que el PSOE puede ni debe apoyar. Pero he de aclarar que el candidato a la presidencia del Gobierno lo propone el jefe del Estado, el Rey, después de consultar con los grupos parlamentarios. Así que no nos precipitemos, Calvo-Sotelo no es más que una de las alternativas».

Parece muy esperanzado en la trigonometría que resulte de esas consultas regias. Incluso afirma con aplomo que piensa que tal vez el Rey le confíe el encargo de formar Gobierno[61]. Está preparando al paisanaje. No ha perdido un segundo en ofrecerse al monarca para empastar una coalición de Gobierno PSOE-UCD, presidiéndola él[62]. Y Alfonso Guerra le refuerza: «Con el encargo del Rey, Felipe obtendría el respaldo de más de doscientos diputados»[63].

Es evidente que el PSOE, por su avidez de gobernar, lo mismo traga un golpe de timón con un Gobierno de batiburrillo multicolor presidido por el general Armada, en operación alentada por La Zarzuela —flagrante contradicción con las palabras de Felipe en Barajas: «Creo y espero que La Zarzuela no haya intervenido en esta crisis»—, que ignora la voluntad de las últimas urnas, urnas en vigor, y que el turno legítimo de gobernar corresponde a la UCD. Por lo cual, en el caso de que se pactase una coalición, tendría que ser a iniciativa de la UCD y en torno a ésta, por ser el partido con más escaños en el Parlamento. La democracia no es carisma, es aritmética.

Nada más hacerse pública la renuncia de Suárez, se disuelve la huelga de controladores, como si el discurso dimisionario hubiera sido un sortilegio. Normalizado el tráfico aéreo, la UCD fija su II Congreso los días 6, 7 y 8 de febrero. No antes, para que el Gobierno permanezca en Madrid mientras los Reyes y el Príncipe de Asturias afrontan su imprevisible visita a Euskadi.

El Rey ha iniciado inmediatamente las consultas con los grupos parlamentarios, previas a la designación del sucesor. El 30 de enero recibe a Adolfo Suárez, que en nombre de la UCD presenta la candidatura de Calvo-Sotelo; a Felipe González, «dispuesto a asumir el Gobierno, si fuera necesario»; a Carrillo, «contrario a una coalición de UCD con la derecha, pero partidario de un Gobierno UCD-PSOE al que los comunistas ayudarían parlamentariamente»; y a Fraga, muy comedido, que ofrece su fórmula de siempre, «la colaboración de nuestro pequeño grupo para formar una *mayoría natural* con UCD en beneficio de España y de la Corona». El sábado 31, acuden a La Zarzuela las restantes minorías: Miquel Roca, de CiU; Marcos Vizcaya, por el PNV; Alejandro Rojas Marcos, del Partido Socialista de Andalucía; Juan María Bandrés, de Euskadiko Ezkerra; y Blas Piñar, de Fuerza Nueva, que pide «hacer otra Constitución y olvidarnos de este engendro».

Ante la confusa situación del partido gobernante —una palestra combativa de tendencias enfrentadas, y con un candidato controvertido desde el instante cero—, el Rey decide aplazar la ronda hasta que la UCD celebre su congreso «y entre ellos decidan a quién quieren apoyar como candidato». La reanudará y concluirá el día 6, cuando regrese de Euskadi.

Armada a Milans: «Recuerda, tú y yo no hemos hablado ¡nunca!»

La sorpresiva dimisión de Suárez y la consiguiente salida de Gutiérrez Mellado dejaron a los golpistas sin argumentos para una sublevación, y a Armada y sus secuaces sin adversario contra

quien disparar la moción de censura. Desconcertado ante tal cambio de escenario, Milans del Bosch convoca para el domingo 1 de febrero a los que se juramentaron con él el 18 del mes anterior en el piso de General Cabrera número 15 en Madrid. Su exposición es muy breve:

—Señores, en vista de lo sucedido, la cosa queda congelada sine díe. Como ya no va a haber moción de censura, ¿a qué dar un golpe en las Cortes, si allí no habrá nadie?

Poco, o muy de pasada, había leído Milans la Constitución que pretendía abolir. De otro modo, sabría que a presidente depuesto, presidente investido; y esa sesión de debates para otorgar la confianza y la investidura requeriría que el pleno del Congreso se reuniese en breve plazo y como mínimo en dos sesiones.

Pero el teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero no lo veía así. Él, en su paranoia de Comandante Cero tricorniado de charol, estaba empeñado en secuestrar los poderes del Estado asaltando el Parlamento. «Lo tengo todo pensado. Los planos, al milímetro… sólo necesito un pleno del Congreso para meter España en cintura».

Acabada la reunión, Milans le pregunta a su amigo el general Carlos Alvarado:

—¿Has venido en coche? ¿No? Pues te llevo hasta tu casa, porque me queda de paso para tomar luego la carretera de Valencia, y así te comento algo.

Ya dentro del vehículo:

—Carlos, esto no se lo he dicho a nadie, absolutamente a nadie. —Bajó la voz para que el conductor y el escolta no oyeran—. No sé qué va a hacer ahora Armada, ni qué le dirán que haga… ¿Me explico? Creo que el próximo presidente del Gobierno será él, y ya tiene hasta la lista de Gobierno hecha. Un Gobierno de concentración con gente de todos los partidos políticos, incluso varios socialistas y algún comunista, y dos o tres independientes. Hombre, a mí no me gusta mucho la idea de todos esos juntos; pero en fin, si ya se ha tomado esa decisión, yo la acepto sin más. Lo importante es que esto se arregle.

—¿Tú de qué vas en ese Gobierno?

—No, no, yo no voy de ministro de nada. A mí me nombran presidente de la JUJEM, dentro de los muchos cambios militares que va a haber.

Cuando están a punto de llegar a casa de Alvarado, Milans se gira un poco hacia su amigo y, en tono aún más confidencial, le dice:

—Lo que son las cosas, el único cargo que queda por cubrir es el de ministro de Defensa. A ti, Carlos, ¿te interesaría? Porque si quieres yo le hablaría a Armada.

—Muchas gracias, Jaime, pero la política no va conmigo. Yo soy militar-militar y prefiero estar al mando de unidades. Es con lo que disfruto. Además, no me puedo imaginar la escena: tú, como presidente de la JUJEM, tendrías que cuadrarte ante mí, si yo fuese tu ministro de Defensa. ¡Vamos, venga![64]

Ni en las declaraciones de Armada al juez instructor de la causa del 23-F, ni en las que hizo después durante los juicios de guerra, ni en su puntillosa agenda escrita con rotulador de punta fina azul, volcada luego en su libro de memorias *Al servicio de la Corona*, aparece rastro alguno de contacto personal entre Armada y Milans. Desde las conversaciones, interrumpidas por el almuerzo, en Capitanía de Valencia el 10 de enero, es como si no hubieran vuelto a verse, ni a comunicarse directamente, hasta el día siguiente al golpe, el 24 de febrero, por la tarde, en el

antedespacho de Gabeiras, en el palacio de Buenavista, cuando se le iba a comunicar a Milans su destitución y arresto. Sin embargo, dirigían entre ambos una operación con «mando bicéfalo», según la expresión del comandante Cortina. Y Milans envió tres veces como enlace al coronel Ibáñez Inglés, para trasladar a Armada mensajes muy escuetos, telegráficos. Pero toda esa información «sensible» sobre la lista de Gobierno, sus apalabrados ministros, Milans la había recibido directamente de Armada: «Me lo ha dicho Alfonso».

La tarde del arresto de Milans —reveló años después Sabino Fernández Campo—, estando Milans ya detenido en el Ministerio de Defensa, en el cuarto del oficial de guardia, esperando a que le reciba el ministro, se produce una llamada de Armada a Milans. Ese teléfono está intervenido, y por eso se sabe lo que hablaron: «Jaime, tenemos que estar de acuerdo y ser unánimes en un punto esencial y no salirnos de ahí: entre tú y yo no había ninguna operación acordada, ni ningún plan en marcha; nuestra actuación se produce sólo cuando Tejero entra en el Congreso, motivada por la entrada de Tejero en el Congreso. Hasta el momento del asalto, ni tú ni yo sabíamos nada de que este hombre planeaba esa acción. Y, a la vista de los hechos, ante la grave situación creada en Madrid, tú, Jaime, intervienes en tu región, y yo intento remediarlo acudiendo al Congreso en nombre del Rey. Pero de todo lo demás, tú y yo no hemos hablado ¡nunca!»

El oficial de guardia escuchó la conversación y enseguida informó sobre ello[65].

El propio Armada, justificando que su menester era el de informarse de los golpes en preparación y dar noticia al Rey, escribió y declaró: «Yo fui un informador del Rey. Yo iba informándole de todos mis contactos, de lo que veía venir, de mis conversaciones con Milans…»[66].

Y ¿dónde tenían esas conversaciones, ya que los dos procuraban que pasasen inadvertidas? En un punto a mitad de camino entre Valencia y Lleida: San Carlos de la Rápita. En la calle que flanquea el puerto hay una casa vieja con bar. La planta de arriba es la vivienda de los dueños. Un piso pequeño. En el comedor de esos señores, a resguardo de la vista de la gente, ahí se encontraban y comían los dos generales[67].

Armada ya es imparable

Armada se enteró de la dimisión de Suárez durante una demostración de armamento en Campo de San Gregorio, en Zaragoza, atendiendo a unos saudíes interesados en la compra de armamento. Durante el almuerzo, un general le comentó que un piloto de helicópteros acababa de oír por la radio que Suárez había dimitido. Se dirigió al helicóptero y desde ese momento sólo estuvo atento a lo que fuera diciendo la radio. No esperaba esa noticia. ¿Se quebraba la burbuja de su ambición con el adiós a quemarropa de Suárez? ¿O tenía que ser así el «cambio de peones»?

El martes 3 de febrero, a las ocho y media de la mañana, cuando Armada entraba en su despacho del Gobierno Militar de Lleida repiqueteaba el teléfono por su línea directa. Se apresuró a descolgarlo.

—¿Alfonso? Soy Sabino. Estoy con Sus Majestades en Barajas haciendo tiempo hasta que

despeje la niebla en el aeropuerto de Foronda… Sí, vamos a ver qué nos reservan los del norte. El Rey quiere hablarte, te dejo con él. Un abrazo.

—Hola, Alfonso, tengo una buena noticia y quiero adelantártela. Te vienes a Madrid de segundo JEME con Gabeiras. No lo digas ahí porque aún no ha salido en el *BOE,* pero ya está firmado el decreto. Saldrá mañana. Supongo que te imaginas lo que he tenido que bregar, pero me da mucha tranquilidad tenerte pronto aquí. Y Gabeiras, encantado el hombre. ¡Enhorabuena, Alfonso![68].

Después, le telefonearon sucesivamente el teniente general Gabeiras y el ministro Rodríguez Sahagún. Armada se hizo de nuevas, por no descubrir al Rey.

Rodríguez Sahagún le apremió: «Mira, tengo que irme a Palma, para nuestro Congreso de UCD, pero me gustaría verte antes. ¿Puedes venirte hoy mismo?»

También ese día 3 viajaba a Lleida en su Volkswagen el coronel Ibáñez Inglés para informar a Armada de que «visto el cambio del panorama, el general Milans nos reunió anteayer y nos dijo que todo quedaba suspendido o aplazado sine díe».

—Pues disculpa, Diego, que no te atienda como mereces, pero me pillas con un pie en el estribo: salgo ahora mismo hacia Madrid. Me llama el ministro…

—Milans quiere que te transmita que está teniendo noticias decisivas desde Madrid: lo de tu presidencia del Gobierno va. Es un hecho cantado.

—Sí, cuento con todos los apoyos fácticos; pero va a ser una papeleta difícil para mí. Así que, Diego, ¡rézale a la Virgen de los Desamparados!

Estaba exultante.

Lo importante que Ibáñez Inglés debía transmitir a Milans era que «la dimisión de Suárez, la caída impepinable de Gutiérrez Mellado, y mi destino como segundo JEME son los movimientos de peones que esperábamos. La operación del golpe de timón por pasos contados sigue su marcha».

Armada no iba a cejar. Dos días antes de que los Reyes salieran hacia Euskadi, hizo llegar al monarca un informe «importante y urgente», utilizando cuatro sucesivos «correos del zar»: el comandante José Luis Pérez Sánchez, los coroneles José Ignacio San Martín y José Ramón Pardo de Santayana y el general Sabino Fernández Campo, que es el buzón definitivo.

Pardo de Santayana por teléfono le resume a Sabino la sustancia del texto:

—Es un documento bastante largo… No lo hemos hecho nosotros. Sospecho que puede haber tenido alguna intervención Alfonso Osorio, pero no sé más. A San Martín y a mí nos parece que quien debe conocerlo es el Rey; y a ser posible, antes de viajar al País Vasco. En conclusión, el texto viene a decir que, aunque Suárez haya dimitido y UCD haya señalado a Leopoldo como sucesor, hay que buscarle una orientación distinta al próximo Gobierno, y nombrar presidente a Armada. Armada realizaría una evolución de la democracia por buenos senderos: en el tema económico, en las autonomías, en moral social, combatiría con más eficacia el terrorismo, pum, pum, pum, etc.

Ese «pum, pum, pum» es una onomatopeya del golpe de martillo, bastante expresiva de una acción autoritaria que «reconduzca» la democracia descarriada hacia los «buenos senderos».

—Dejádmelo en la caseta de seguridad de Somontes —respondió Sabino—. Yo lo recogeré.

Me interesa muchísimo[69].

Sí, Armada ya era imparable.

Tampoco desistían los epígonos de Armada, ni los que recibieron sus ofertas y promesas. Ni su *staff* maquinador. No se rindió el comandante Cortina: «¿O acaso va a ser Suárez el contragolpe de todos los golpes, con un amago de dimisión, para que nada cambie y todo siga igual?» No se rindió. Arreció. Once veces subió Cortina a La Zarzuela a ver al Rey en ese mes urgente de febrero. Once veces. ¿Para qué? No, no se rindió. Metió la quinta en sus motores y aceleró. En las vísperas del golpe, el sábado 21 de febrero, Tejero le dirá a Milans por teléfono: «Esto hay que hacerlo, mi general: hay un comandante que empuja».

Armada debía de pensar que el respaldo a Calvo-Sotelo no era sólido y que, por la fragilidad interna de la UCD, no garantizaba estabilidad; en cambio, su propia opción podía ser mucho más fuerte con la suma de los votos de la derecha de Fraga, los socialistas, los comunistas y los de un puñado de diputados críticos de la UCD, democristianos, liberales y socialdemócratas. En días distintos, del 6 al 17 de febrero, antes y después de las consultas regias con los líderes, Armada presionará en el ánimo del Rey para que no se determine sobre la candidatura de Leopoldo. El 10 de febrero, cuando el monarca ya ha comunicado oficialmente a Landelino Lavilla, como presidente del Congreso, que el candidato elegido es Calvo-Sotelo, Armada está todavía convencido de que Leopoldo no será presidente.

Dos apuntes de interés sobre la convicción —y la resolución— que Armada tenía acerca de sus posibilidades presidenciales. El 9 de febrero, cuando el Rey reanudó las consultas con los líderes parlamentarios, Jordi Pujol ofreció a Armada una cena de despedida en el Palau de la Generalitat. En cierto momento, la anfitriona, Marta Ferrusola, le dijo: «Bueno, ahora ya Calvo-Sotelo será elegido presidente del Gobierno». Y el general le respondió con expresión adusta: «Lo dudo mucho, Marta. No creo que Calvo-Sotelo llegue a ser presidente del Gobierno[70].

A la mañana siguiente, Armada todavía en Barcelona, recibió al *molt honorable* Tarradellas en Capitanía General. Al anotarlo en su agenda, Armada indica que le recibe «por indicación del capitán general Pascual Galmés». *Excusatio non petita*… quizá porque el *molt honorable* era el urdidor y propagandista del golpe de timón y de los remedios fuertes. «La conversación que he tenido con Tarradellas —escribe Armada— me ha sido de gran interés, pues desde su experiencia ve el panorama político con claridad. Me parece un gran político». Paradójicamente, como corolario de lo que tanto interesó a Armada en su conversación política con Tarradellas, el *molt honorable* comentó al salir: «¡Este hombre está lanzado! Me preocupa»[71].

Pero no sólo Armada estaba lanzado. Los que, como Emilio Romero utilizaban sus columnas como púlpitos pregoneros de una «reconducción» con mano dura, seguían en su empeño, y no se conformaban con un relevo democrático y normal en la presidencia del Gobierno. La dimisión de Suárez, por sus parcas explicaciones, no les había resultado excitante. Calvo-Sotelo les hacía bostezar y no les parecía suficiente. Protestó. Parecía presagiar que el golpe encapsulado, el del general del Rey, tenía que irrumpir como irrumpió Pavía, como irrumpió De Gaulle, excitado todavía con el soplamocos final de su paisano Adolfo —«¡ahí os quedáis, y que gobiernen los que no dejan gobernar!»—. En esa línea ansiosa de un vuelco hacia la cuneta anticonstitucional, a los dos días de la renuncia de Suárez tecleó con furia como si aporreara las puertas de palacio:

«Después de esta presunta normalidad, hay otro factor que no debo silenciar, y es que aquí están sucediendo cosas que obligan a una *remodelación* sustancial. Si para esto UCD no proveyera, existiría entonces la vía de "un hombre ajeno y políticamente bendecido". Un tranquilizador neutral». En ese mismo párrafo, clavó el estilete justo donde dolía la herida de Suárez, exigiendo que el viniente «fuera hombre de clara confianza para la Corona, en primer lugar porque el Rey es el protagonista principal de la restauración democrática, y después porque la relación obligada entre el presidente del Gobierno y el jefe del Estado no autoriza sombras o recelos». Y, convertido en un zahorí de presidenciables, empezó a repasar el género en almacén: «Eché entonces un vistazo a los profesores y a los militares. De profesores me rendí. Los había, pero en la endosfera. Estimulé entonces la imaginación y encontré al general Alfonso Armada». Una vez dicho eso que es lo que le importaba, pontificó: «Hay una realidad que me consta, y es que lo que pasa es tan importante, o tan grave, que no es aceptable ningún continuismo. Un golpe de timón, en la versión Tarradellas, es un golpe de timón. No le demos más vueltas»[72].

Y como puestos de acuerdo —realmente, llevaban meses puestos de acuerdo—, el director de *El Alcázar,* Antonio Izquierdo, lo había expresado aún con menos sutileza el día anterior en su artículo «UCD busca un general». Tecleado mientras Suárez dimitía, reclamaba ya la inmediata destitución del vicepresidente Gutiérrez Mellado. Un general por otro.

El Rey, abroncado en Gernika

Al fin, el 3 de febrero abrió la niebla en Foronda y el Mystère del Rey despegó hacia el norte. Un viaje difícil, que no podía, que no debía demorarse. Era preciso afrontarlo. Y el Rey lo hizo echándole coraje. Ir a Euskadi era una gran asignatura pendiente. Era ir a la España esquizoide que en Loyola echaba las campanas a volteo y en Vitoria pintarrajeaba las paredes con *graffiti* de *Erregeak Kanpora!,* «Reyes fuera», a la calle. La España vasca que en la plaza de Moyúa aclamaba la presencia de los Reyes y dos calles más allá desplegaba ikurriñas gritando *gora Euskadi ta askatuta!* o «Reyes no, amnistía sí».

Era necesario ese encuentro cuerpo a cuerpo, fervoroso y hostil, con unos hombres que en los Altos Hornos de Barakaldo y Sestao se apretujaban para fotografiarse con el Rey, y que en Azkoitia y en Atxondo le exigían: «¡Danos las doscientas millas libres! ¡Suéltanos a nuestros presos!» Sí, era necesario que el Rey pisara con naturalidad aquel trozo de España, sin dar ni pedir nada, sin regalar indultos ni mendigar aplausos. Los «negocios» de un Rey en su patria y con su gente tienen que ser sencillamente eso: un encuentro pie a tierra con el pueblo, díscolo o amante.

Ir a Euskadi era un gesto de reinado. Nada más. Y el Rey tenía que hacerlo. Un rey es símbolo y presencia. Por eso reinar es estar. Y el Rey estuvo.

El macero gritó *Erregeak!* ¡Siglos que esa palabra allí no se decía! «¡Los Reyes!» ¡Cuántos años, siglos, que esas palabras allí no se decían! La Casa de Juntas, una herradura de asientos prietos y oscuros rezumando historia del señorío vizcaíno, se venía abajo de la ovación. La trompetería de miñones hacía sonar el «Agur jaunak», de salutación, como siglos atrás los antepasados de estos junteros de ahora recibían a los Reyes de Castilla, que al atravesar el umbral

de «este sagrado recinto del árbol milenario…», y sólo después de jurar los fueros «so el árbol de Gernika» empezaban a ser señores de Vizcaya…

La Cámara los ovacionó en pie. Pero una veintena de junteros de Herri Batasuna permaneció sentada, y cruzada de brazos y con ropas de venir de arar. El Rey se fijó en ellos al entrar, mientras avanzaba hacia el estrado.

Luego sobrevino el incidente. Estaba preparado. Y el Rey lo sabía. No hubo sorpresa, pero afrontó el trago. Desde la víspera le habían preparado en folio aparte unas palabras para apaciguar el tumulto, si se armaba. Mario Onaindia y Ortzi Letamendia se lo dijeron a algunos periodistas: «¡Mañana habrá follón en Gernika! ¡Y bien *sonao*! Yo le plantearé al Rey el tema de los indultos». «Estaremos presentes, pero en actitud de rechazo. No a la persona del Rey, sino al Estado que él representa. Un Estado que no nos ha devuelto ni nuestras libertades ni nuestra soberanía».

El Rey se dirigió al atril. Apenas acababa de despegar los labios: «Siempre había sentido el anhelo de que mi primera visita como jefe del Estado a esta entrañable tierra vasca…», cuando la veintena de herribatasunos se alzó desde sus asientos. Puño en alto, inmóviles, mirando al techo como iluminados, rompieron a cantar el «Eusko gudariak», el himno antiguo y viril de los guerreros vascos.

Calló el Rey. Un escalofrío recorrió la herradura. La replica surgió inmediata. Dos o tres centenares de políticos de todas las «políticas» allí concentradas estallaron en una ovación caliente, incesante, que parecía sin fin: ocho, diez, doce minutos, con gritos de «viva el Rey», «viva España», «viva Euskadi», «viva Euskadi española y vasca». Una batalla sonora a todo volumen. Un parlamentarismo bronco donde luchaban a voz en cuello los del «Eusko gudariak» repetido una y diez veces, y los de los aplausos que arreciaban sin tregua.

No se alteró el rostro del Rey. Ni la Reina perdió la sonrisa. La silla del príncipe Felipe estaba vacía. En la incertidumbre, precavieron que no corriesen un mismo riesgo el Rey y su heredero. Enhiesto como un mástil, sereno, Juan Carlos capeaba el temporal. Al Borbón le salió un gesto de su casta, se giró hacia los bronquistas y, poniéndose la mano detrás de la oreja derecha, les dijo: «¡Cantad más alto, hombre, que eso es bonito y no os oigo!»

No fueron los policías de Rosón, sino los *berrotzis,* los *ertzainas* de Garaikoetxea, que ese día se estrenaban, los que sacaron fuera a los reventadores. Quienes tenían que dar la cara, la dieron. Y en aquel preciso instante, se hincó la frontera clara de la distinción entre los demócratas que saben discrepar en paz y los intolerantes que sólo saben imponer su razón. Y fue el Rey, por reales arrestos, quien con su presencia serena, enteriza, levantó el velo de la ambigüedad. Y sólo con ir. Y sólo con estar. Aquella mañana del 4 de febrero el Rey escribió una página crucial y difícil, que no podía quedar en blanco, en la historia de la nueva era. El Rey tenía que reinar *también* en Euskadi. Y desde aquel día reinó.

Ésa fue la valoración espontánea y coincidente de los cronistas nacionales y extranjeros que cubrieron aquellas cincuenta horas del Rey en las tres provincias vascas. Sin embargo, no faltó el escándalo y la indignación entre los generales de celo amargo que vieron humillación y afrenta donde lo que hubo fue un temple regio y un saber estar[73]. El domingo 8 de febrero, *El Alcázar* colgaba a toda plana en su pasquín metemiedos «Situación límite». Firmaba el teniente general

De Santiago y Díaz de Mendívil, aunque los «negros» fueron Juan García Carrés y el general Cabeza de Calahorra. Un «hasta aquí hemos llegado», indignado y provocador: «En Guernica se insultó a España, al Rey, que ejerce el mando supremo de las Fuerzas Armadas y por tanto se ofendió a quienes nos honramos con sus uniformes»; además, la larga lista de secuestros y asesinatos de ETA son «la prueba evidente de que aquí no hay autoridad y, por tanto, hay que restablecerla». Instaba abiertamente a la solución militar: «Las cosas han ido demasiado lejos. Hay que rescatar y salvar a España…»

El ultimátum iba en serio.

Acabado el periplo vasco, el Rey conversó a solas con Calvo-Sotelo. Fue un examen de intenciones del posible gobernante, y una exposición de las encomiendas o «hipotecas» que, en interés del Estado y en aquellas circunstancias, tendría que estar dispuesto a asumir. Seguirían hablando a la vista de lo que resultase en el Congreso de Palma. Al día siguiente, concluyó la ronda de consultas que había interrumpido y recibió por separado a Joan Reventós y a Txiki Benegas, por el Partido Socialista de Catalunya y de Euskadi. Obedeciendo la consigna evacuada desde Santa Engracia, los dos expusieron el mismo ofrecimiento: «Una coalición de Gobierno fuerte, duradera y estable en torno a un partido, el PSOE, y encabezada por un líder, Felipe González».[74].

El inútil Congreso de Palma

Días 6, 7 y 8 de febrero. El II Congreso de la UCD en Palma será un evento inútil. Los barones, los críticos, los alfiles de las familias políticas ucedistas sólo discutían cuotas de poder y representación en los órganos de dirección del partido. No libraban sus batallas en el terreno ideológico de las ponencias, ni sobre temas concretos de «la política de las cosas». Allí nadie hablaba de política. De soluciones políticas.

Cuando Suárez tuvo que ausentarse y viajar a Madrid por dos hechos luctuosos, el asesinato del ingeniero José María Ryan, secuestrado por ETA, y la muerte repentina de la reina Federica de Grecia, en el auditorio y sus aledaños se produjo un *impasse* desconcertante. Nadie se atrevía a tomar una iniciativa por sí mismo. Entre tanto reyezuelo de taifa, allí nadie tenía autoridad moral.

Al volver, tampoco tenía cuerpo para meterse en fregaos. El compañero Adolfo, «militante de base», andaba por los pasillos como un alma ausente. No soportaba que le atosigaran si intentaba desplazarse de un lado a otro, agarrándole del brazo o echándosele al cuello sin dejar de preguntarle «¿por qué te vas?», «¿por qué te vas?». No podía, no debía y no quería responder a esa pregunta.

Se quitó de en medio. Se encerró en la *suite* 652 del hotel Son Vida, o en el despacho que le habilitaron en la planta novena del auditorio donde se celebraba el Congreso. No quería influir: «¡Que se las arreglen entre ellos, ya son mayorcitos! Yo ya he dimitido. Era lo que tenía que hacer. Ahora, que se enfrenten a sus responsabilidades de partido».

Abajo, seguía el mercadeo de puestos, de votos, de cargos, las listas alternativas.

En algún momento, como quien activa un mecanismo psicológico extremo, Suárez envió un

recado a los notables, advirtiéndoles: «O dejáis de pensar en vosotros mismos y demostráis que sois capaces de entenderos, o yo me marcho inmediatamente a Madrid, y antes me doy de baja en UCD».

Al fin, el día 8, después de mucho tira y afloja, tras el exhorto de Suárez y el ultimátum de *El Alcázar*, se logró que el Congreso cerrara filas en torno a Calvo-Sotelo como «el hombre de UCD para la presidencia del Gobierno de España». Era un respaldo de compromiso, ni espontáneo, ni entusiasta, ni mucho menos clamoroso: el candidato más neutral y el que menos rechazos suscitaba.

Los «fontaneros» de Suárez, su gente de más confianza, Alberto Aza, Josep Melià, Lito Delgado, querían comunicarle los resultados de las votaciones, y le buscaron por todas partes. Al fin dieron con él: en la terraza de la novena planta. Pero no se atrevieron a turbar la quietud callada de Adolfo y Amparo. Escondidos de todos, se habían ido allá arriba para estar solos los dos.

«He conseguido salvar del naufragio mi dignidad, que unos y otros me dejasen ser un tío importante para mí mismo. Sólo quiero vivir en paz con mis principios». Fue lo último que dijo. Después, el silencio.

«Yo no soy el rey león»

Los Reyes y la infanta Elena subieron a Baqueira el 6 de febrero. Don Juan Carlos tenía reservada una mesa para cenar con Armada en un restaurante de Arties, cerca del parador Don Gaspar de Portolá. Cuando Armada llega, poco antes de las nueve de la noche, le espera el comandante Sintes Anglada, encargado de transmisiones en la Casa Real. Por radioteléfono han recibido aviso desde La Pleta: «Mi general, ha debido de ocurrir algo importante porque se suspende la cena. Su Majestad le espera en la casa». De camino, por la radio policial oyen que buscan a los miembros de las tripulaciones de los helicópteros. Ya en La Pleta, el Rey está en la puerta: «Alfonso, se ha puesto grave de repente la reina Federica. Le habían extirpado una verruguita en un párpado, nada importante, pero…» El marido de la infanta Margarita, Carlos Zurita, que es médico, ha explicado al Rey lo ocurrido. Al parecer, en la clínica La Paloma, y durante el postoperatorio de una intervención muy sencilla en un párpado, le ha sobrevenido un infarto de miocardio múltiple y ha fallecido en el acto. A la reina Sofía sólo le dicen que se ha complicado la operación, que su madre está mal y conviene que regrese a Madrid. Zurita se encarga de las gestiones: para evitar trámites burocráticos, la trasladarán en ambulancia a La Zarzuela y oficialmente se dirá que ha muerto en palacio.

Armada y el Rey acompañan a la Reina a Vilaller, donde aguarda el helicóptero. De ahí viajará sola a Lleida y ya en avión a Madrid. Resulta chocante que el Rey, sabiendo la verdad, en lugar de regresar con su mujer, se quede en Baqueira. Mucho interés debía de tener en conversar a solas con Armada. En La Pleta, la infanta Elena les hizo unas tortillas francesas y ensalada, y los dejó hablando hasta las tres de la madrugada[75].

Del mano a mano entre el Rey y Armada durante tantas horas no hay datos, sólo suposiciones. Era la primera vez que se encontraban después de un cúmulo de eventos: dimisión

de Suárez, elección interna de Calvo-Sotelo muy a contra pelo del partido, reacción decepcionada de políticos y periodistas ante el continuismo que representaba Calvo-Sotelo, consultas regias, viaje al País Vasco, escandalera en Gernika… Y lo que más preocupaba al general: eliminada la estrategia que habían concebido basándose en la moción de censura contra Suárez, ¿cabía cierta cancha de maniobra en el arbitraje del Rey, al hilo de las consultas con los líderes, para que pudiera elegir entre una terna a la hora de designar al sucesor de Suárez, a tenor del artículo 99 de la Constitución? Felipe González y la ejecutiva del PSOE habían aludido a ese artículo nada más dimitir Suárez[76].

Según Sabino Fernández Campo, «el Rey le recordó a Armada que su deber constitucional era escuchar en esas consultas las propuestas de los jefes de los grupos parlamentarios, y ver en torno a qué candidato se sumaban más adhesiones, y si entre ellos acordaban hacer tal o cual coalición; pero que el turno legítimo de Gobierno correspondía a UCD, por mucha crisis interna que tuviera. Tenían que ver si ahora en Palma se tiraban los trastos a la cabeza o si se ponían de acuerdo en apoyar con unanimidad a Leopoldo, y aun así, UCD tendría que buscar refuerzos de los otros grupos para sacar adelante la investidura… Todo estaba en el aire»[77].

Sin duda alguna hablaron de la *solución Armada*. Desde que Suárez dijo adiós por la televisión, era un tema recurrente en tertulias políticas y en artículos periodísticos. El Rey solía decir de sí mismo bromeando: «Yo no soy el rey león». Nunca fue aficionado a la lectura. Así que Armada, que le conocía «de olivo», le comentó que los columnistas volvían a la carga con la tesis de «un general políticamente aceptado y en buena sintonía con el Rey». Casi de memoria pudo recitarle —o leérselo si lo llevaba consigo— el último zambombazo de *El Alcázar*, «La decisión del mando supremo», del colectivo Almendros, pero dictado por el teniente general Cabeza de Calahorra: un imperioso emplazamiento a que el Rey en persona, con «la fuerza de su prestigio», y al margen de la Constitución, hiciera posible «un Gobierno de regeneración nacional». De otro modo, argumentaban, «se haría legítima la intervención del Ejército».

A las tres de la madrugada, conduciendo el Rey su propio coche, llevó a Armada al parador Don Gaspar de Portolá, en Arties. A la mañana siguiente, el Rey se volvió a Madrid[78].

En La Zarzuela se instaló la capilla ardiente con el féretro de la reina Federica. Hubo que embalsamarla porque las autoridades griegas no autorizaban el traslado y entierro de sus restos en la sepultura de su antiguo palacete de Tatoi, en Atenas. La Familia Real de Grecia empezó a llegar a Madrid. El cadáver de la reina fue velado durante cinco días. Tras unas gestiones diplomáticas bastante desagradables, se consiguió que el Gobierno griego permitiera la presencia en Atenas del rey derrocado Constantino «el día 12, sólo durante una hora y bajo control policial».

El 11 de febrero se celebró en La Zarzuela con toda solemnidad el funeral ortodoxo por la reina Federica, córpore insepulto. Armada asiste con su mujer, Paquita, como invitado de los Reyes.

—Alfonso —le dice el Rey—, tengo mucho interés en que hablemos, ¿tú cuándo puedes?

—Señor, yo mañana tendré un día muy liado, con la toma de posesión y demás… Y antes pensaba ir a Barajas para despedir los restos de la reina Federica; pero pasado mañana podría a cualquier hora.

El Rey hace un gesto a Sabino:

—Sabino, mira a ver cómo tengo la agenda del 13, para estar un rato con Alfonso.

—No hay ningún hueco, está todo ocupado. —Sabino fue a buscar la agenda de visitas, «el libro», en el argot de la Casa, y le mostró al Rey que esa página estaba completa.

—Pues quita a alguien y pon a Alfonso Armada.

—Podríamos aplazar la visita de don Alfonso de Borbón y Dampierre, que estaba para las 10.30.

A Armada le pareció que «Sabino ponía pegas y fue el Rey quien tuvo que insistir». Y así lo corroboró Sabino más adelante. «Quité al primo del Rey y calcé ahí a Armada, porque el Rey quería y me insistió».

Al parecer, la conversación era importante para Armada y para el Rey.

El Rey quería decirle a Armada que su «operación» había terminado. No debía seguir.

Leopoldo al Rey: «Haré *lo distinto* de lo que hizo Adolfo»

Ese mes de febrero estaba como convulsionado por sucesos importantes. ETA había mantenido secuestrado durante siete días al ingeniero José María Ryan, de la central nuclear de Lemóniz, y después le había asesinado. La estancia de los Reyes en Euskadi coincidió con el secuestro. El Congreso de la UCD, como un zoco de mercachifles políticos, al fin se pronunció mayoritariamente por la candidatura de Calvo-Sotelo. Sin entusiasmo, pero con sentido práctico. Y eso predeterminaba el resultado de las consultas regias.

El día 9, el Rey mantuvo una conversación exploratoria con Calvo-Sotelo, pero partiendo ya de que era «el candidato»… salvo que las Cortes no le dieran la confianza. Alfonso Guerra había empezado a sugerir —poco después lo declararía públicamente— que «el PSOE no descarta en modo alguno una moción de censura contra el señor CalvoSotelo, si resultara investido presidente». La situación era pues muy fluida, nada estable.

El programa de Gobierno de Leopoldo pretendía ser «no sólo distinto, sino *lo distinto* de lo que hizo Adolfo». Definir una política exterior occidental, integrada en la Comunidad Europea y formando parte de la OTAN. Emprender medidas de lucha contra la inflación. Liberalizar la economía para que dinamizara la producción y las exportaciones, a fin de desahogar nuestra balanza de pagos. Forjar un concierto con los agentes sociales con el objeto de establecer cierta moderación salarial que permitiese crear nuevos puestos de trabajo, pues la tasa de paro era muy alta. Y aprobar unas leyes, pactadas con la oposición, para armonizar el Estado de las autonomías salvaguardando los tres principios constitucionales: unidad, igualdad y solidaridad.

Entrando ya en la letra menuda, pero muy importante por exigencias washingtonianas, urgía renegociar el tratado bilateral con Estados Unidos, la utilización de las bases militares en territorio español, «aunque eso convendría verlo ya con la perspectiva de la integración de España en la OTAN: España no debe ser un mero alquilador, y también habría que apretar a Estados Unidos en el suministro de armamento, plazos, cantidades y últimas tecnologías»; adherirse al Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), sometiéndonos a las

salvaguardas de inspección y control de nuestros yacimientos de uranio, reactores nucleares y producción de uranio y plutonio, y renunciar a la fabricación de armamento atómico. E iniciar la apertura de relaciones diplomáticas con Israel. Todo eso sería exactamente *lo distinto* de lo que hizo Adolfo. Volverían a despachar el día 15 ya con la minuta del discurso de investidura. Esto no lo pidió el Rey; fue ofrecimiento de Calvo-Sotelo.

El monarca sabía, por informadores fiables, de una reunión discreta entre los alemanes —el canciller Helmut Schmidt, el ministro de Hacienda Hans Matthöfer, Willy Brandt como presidente de la Internacional Socialista, y Heinz Oskar Vetter, representando la DGB de los sindicatos—, con los empresarios españoles de la CEOE, para recomendar que, dada la crisis de la UCD, se diera paso ya a Felipe González; pero Carlos Ferrer Salat les respondió que éste no era el momento oportuno ni favorable para que el socialismo asumiera el poder en solitario o ejerciera la presidencia[79]. Algo muy similar supo dos días después por Armada, que había cenado en Logroño con el embajador de Estados Unidos, Terence Todman, a quien le parecía prematura la llegada del PSOE al Gobierno en solitario, en cambio veía con buenos ojos «una plataforma de entrenamiento»: que cogobernara en coalición o con un papel destacado, pero condicionado, en un Gobierno plural de concentración. Para Todman, lo interesante era que el PCE no tuviera plaza en ningún tipo de Gobierno, u ocupase un ministerio muy de tercer nivel.

Tal como habían acordado, el 13 por la mañana Armada sube a La Zarzuela. Durante una hora, intenta convencer al Rey de que «las cosas están muy mal, vuelven a estar muy mal». «Después de lograr que se detengan y queden congelados todos los movimientos de coroneles y de generales dispuestos a la acción, prometiéndoles un Gobierno fuerte presidido por un militar, yo, ver ahora que todo sigue igual, con el continuismo sin pulso de UCD, ha decepcionado a los militares, a los políticos y a los empresarios que ya estaban comprometidos en la operación del golpe de timón». Le dice que ha cenado con el embajador Todman[80] que, aun siendo un conservador del partido de Reagan, le parecía muy bien que el PSOE accediera ya al poder, en un Gobierno múltiple, con cierto protagonismo, pero no como dueño total de la situación. «Pero esta salida de Suárez dejando a Calvo-Sotelo como su lugarteniente o su guardasillas no arregla nada, lo tapona todo, Leopoldo no es solución satisfactoria… Las cosas seguirán en un penoso ir tirando y eso perjudicará todavía más al Rey. No tengo encuestas, pero tengo datos, oídos por mí: el prestigio institucional de la Corona y el de Vuestra Majestad están hoy en las cotas más bajas de aceptación, desde que empezasteis a reinar. Y después de lo de Gernika, por los suelos»[81].

Armada protesta, da un diagnóstico agorero de que algo peligroso puede ocurrir; y vuelve a instar al Rey a que reconsidere su decisión respecto a Calvo-Sotelo: «La *solución Leopoldo* no es solución. No ha desaparecido el malestar, ni las causas que lo provocan». Y como argumento final pronostica que «los coroneles siguen con las espadas en alto». Eso coincide con el documento que San Martín y Pardo de Santayana hicieron llegar al Rey antes de su viaje a Euskadi.

El Rey le escucha pensativo, pero se siente atado de manos porque han concluido las dos rondas de consultas. Entonces —¿zafándose?, ¿cubriéndose?, ¿endosando a otro la solución?—

le dice:

—Alfonso, como ahora vas a ver a Gutiérrez Mellado, todo esto que me has dicho, cuéntaselo a él exactamente igual, de pe a pa, porque él es quien puede hacer algo, ya que como militar y como vicepresidente del Gobierno para Asuntos de la Defensa puede entenderlos, dimensionarlos y hablarlos con Suárez, que sigue en funciones, y con Calvo-Sotelo[82].

Antes de salir de La Zarzuela, Armada estuvo conversando un rato con Mondéjar, el jefe de la Casa. No con Sabino. Y de allí se fue a presentarse en su nuevo cargo a Gutiérrez Mellado, vicepresidente en funciones.

Armada repitió lo que acababa de decirle al Rey, sin evitar un tono exasperado: el creciente desprestigio de la figura del monarca entre las Fuerzas Armadas; que Calvo-Sotelo no era el remedio; que había golpes militares en máquinas; que algo muy gordo iba a ocurrir, y él no era un siembramiedos, sino un informante informado que cumplía su deber avisando a sus superiores. Le expuso «las fórmulas de reconducción, con el Rey mandando y detrás». Gutiérrez Mellado, tal vez nervioso y harto del alarmismo de Armada, le dijo agriamente:

—Usted no debe ir con esas historias al Rey. ¿Para qué va? ¿Para ponerle la cabeza como un bombo lleno de fantasmas? ¡Deje al Rey en paz! Y dedíquese a las tareas de su nuevo destino, en su despacho del Cuartel General del Ejército, sin cabildear ni meterse en cuestiones políticas.

Ante esa severa reprensión, Armada reaccionó enojado y en un tono prepotente.

—Insisto, mi general, en que el Rey debería dar marcha atrás en la designación de Calvo-Sotelo, que no servirá para nada porque se dedicará a guardarle el puesto a Suárez.

—¿Usted se da cuenta, Armada? Lo que me está proponiendo es dar un golpe no constitucional, cuando ya hay un candidato a presidente debidamente designado por el Rey, cumpliendo todos los requisitos que la Constitución ordena.

—Precisamente —recalcó Armada—, el error del Rey es empeñarse en aplicar mecánicamente la Constitución, prolongando así la crisis.

Gutiérrez Mellado, en su declaración testifical durante la causa 2/81 del 23-F, indicó: «Estuve a punto de arrestarle, por lo que decía y por el tono en que lo decía».

Años más tarde, refiriéndose a aquel agrio diálogo, Gutiérrez Mellado comentó: «Este hombre, por salvar la Corona según sus criterios, aceptaría incluso soluciones contrarias a la persona de Su Majestad el Rey»[83].

Ni Armada ni el Rey han desvelado en su integridad el contenido de aquella conversación del 13 de febrero en La Zarzuela. En el proceso del consejo de guerra, Armada pidió venia al Rey para usar en su legítima defensa algo de lo que hablaron aquel día, pero Don Juan Carlos le negó el permiso y le prohibió referir los contenidos de aquella conversación tanto en el juicio como en cualquier otro momento.

Transcurrido algún tiempo, Sabino relató cómo el Rey y él impidieron ese testimonio que Armada quería aportar en su defensa:

Durante los juicios militares por el 23-F, Armada escribe una carta al Rey, fechada el 23 de marzo de 1982, que pasa por mis manos y yo mismo entrego a Don Juan Carlos, poniéndole en guardia. Armada pedía el consentimiento del Rey para usar en el consejo de guerra la conversación que ambos mantuvieron en Zarzuela el día 13 de febrero de 1981. Inteligente y

sagaz, Armada ponía al Rey en un brete. Y así se lo advertí: «Si Vuestra Majestad le dice que no, da pie a pensar que hablaron de algo *non sancto*, algo comprometedor, algo que no debe decirse. Y si le dice que sí y le autoriza, sin saber qué va a contar Armada y con qué sesgo, ¡menudo peligro!»

El Rey envió a Armada un emisario de su confianza que trabajaba en la Casa, el entonces teniente coronel Pablo Montesino-Espartero y Juliá —heredero del título de duque de la Victoria —, para que de palabra, sin llevar ninguna nota del Rey, le transmitiera este mensaje, a la gallega: «El Rey no puede decirte ni sí ni no»[84].

Suárez, el 20-F: «Si hay un golpe, Armada habrá sido el inductor»

Desde que toma posesión de su nuevo destino, el 12 de febrero, Armada despliega en Madrid una incesante actividad de visitas civiles y sobre todo militares, con el pretexto de saludar y presentarse como recién llegado al puesto. Aunque no deje constancia de todas —por ejemplo, elude sus encuentros con el comandante Cortina o las visitas en su despacho del coronel Ibáñez Inglés, su enlace con Milans—, sí menciona las suficientes como para darse cuenta de que «está imparable».

El 20 de febrero, visita de 11.30 a 12.00 de la mañana al teniente general Sáenz de Santa María, inspector general de la Policía Nacional, en su despacho de Fernando el Santo 19. «Se habló del secuestro de tres cónsules. Por teléfono, desde allí mismo, hablamos con Aramburu Topete, director general de la Guardia Civil», es el lacónico apunte de Armada en su agenda, posteriormente transcrito en sus memorias[85].

Pero hay otra versión menos escueta y bastante más expresiva: la de su interlocutor, Sáenz de Santa María, «el general que cambió de bando», y que pasó la tarde-noche del 23-F brujuleando por los alrededores del Congreso y el hotel Palace, vestido de paisano y con cara de no saber a qué carta quedarse.

Sáenz de Santa María plasma su impresión con trazos más críticos. «En primer lugar —dice — todas esas visitas al generalato no eran ni habituales ni necesarias, tratándose simplemente de un segundo JEME que toma su destino». Añade: «Armada me hizo preguntas que no venían a cuento: mostró mucho interés por aspectos del funcionamiento del Cuerpo Nacional de Policía y de su servicio de información». Ésas eran dos cuestiones delicadas. También hablaron «de la Guardia Civil y de su Servicio de Transmisiones, en el que Armada había estado».

«La Guardia Civil —dijo Armada a Sáenz de Santa María en esa visita— es la que mejor sabe lo que ocurre en España: tener una antena en cada pueblo le abre un campo enorme de información». «No me gustó —comenta asimismo Santamaría— la acidez con que enjuiciaba continuamente la situación, y la insistencia que manifestó en que había que “hacer algo para reconducirla”. Yo me quedé escamado, aunque no fui consciente de que detrás de eso pudiera haber algo grave». Curioso dictamen el del «general que cambió de bando», pues su nombre figuraba, y no porque hubiesen caído así los dados, en el elenco del Gobierno de Armada, como ministro de Autonomías y Regiones.

Sáenz de Santa María sitúa «un par de días después» —por tanto, el 22 de febrero, domingo

— una conversación telefónica suya con Gutiérrez Mellado, que le preguntó por la visita de Armada y de lo que hablaron. Sáenz de Santa María se lo reprodujo, pensando para sí: «¡Joder, otra vez me cogió este cabrón en un renuncio!» Gutiérrez Mellado escuchó el relato completo y, antes de colgar, en tono frío le advirtió: «Pues, ojo con Armada, que a mí no me gusta nada»[86].

Aquel mismo domingo 22 de febrero, Alberto Recarte, uno de los asesores pretorianos de Adolfo Suárez, acude a La Moncloa a despedirse, porque cambia de trabajo; va a ser delegado de la Caja Postal de Ahorros y quiere echar un vistazo final a aquella casa donde tanto ha aprendido y tan frenéticamente ha vivido. Y sobre todo, va a darle un abrazo «al jefe», que aprovecha la mañana del último domingo en La Moncloa para empaquetar sus libros, sus papeles, sus chismes. Le pilla en mangas de camisa y faenando. Medio en broma le pregunta: «Y ahora, presidente, sin meterte en política, ¿a qué te vas a dedicar?» También medio en broma, Adolfo le responde: «Lo estamos pensando Lito y yo; probaremos qué tal se nos da debajo de un puente del Sena… Y si no sabemos hacer ni eso, abriremos un bufete… pero no de influencias». De pronto, cambiando el tono, y muy serio, confiesa:

—Alberto, me voy preocupado. El Rey sigue creyendo que Armada es la solución. Por no haberme hecho caso, Agustín ha puesto a la zorra a cuidar de las gallinas… temo lo peor. El Rey no se da cuenta de lo que ha hecho obligando a Agustín a firmar el nombramiento de Armada. No descarto que haya un golpe militar. Y si lo hay, Armada habrá sido su inductor.

Veinticuatro horas después, su sombrío vaticinio era una realidad[87].

CAPÍTULO 6 La caja negra del golpe

Pío a Pujol: «Presiento revuelo de entorchados»

18 de febrero. Leopoldo Calvo-Sotelo expuso en el Parlamento sus líneas de Gobierno, si conseguía la investidura. En la bancada azul, el Gobierno saliente. En el escaño de cabecera, todavía Adolfo Suárez.

Un discurso enjuto y sobrio en la forma, descarnado en el contenido y haciendo sonar las alarmas de la muy grave situación de liquidez en caja en que nos encontrábamos. Estatuario, sin una sonrisa, sin un sorbo de demagogia, fue llegar, decir buenas tardes, «dimitido Suárez, la Transición ha terminado», y, sin más, volverse los bolsillos del revés para mostrar al país un empobrecimiento brutal y una inflación suicidamente disparada. Fue exponiendo las medidas que iba a aplicar para paliar el paro y enderezar la maltrecha economía: moderación salarial, estímulos a la exportación, liberalización económica, reconversión de la industria obsoleta y creación de industria nueva, apoyo a los desprotegidos sectores de agricultura y pesca. También, sin media promesa festiva, expuso su desacuerdo con el modo en que se venía desarrollando el proceso autonómico «porque se corre el riesgo de desmantelar España, como si el Estado fuese un almacén de competencias que se van transfiriendo a las autonomías hasta que sólo quede un conjunto residual». Informó de las negociaciones para ingresar en la Comunidad Económica Europea, pero no ocultó que eran difíciles porque no estábamos en condiciones de alcanzar ese listón y, por tanto, nos convenía formar paquete con Portugal, más pobre aún que nosotros. Dentro de la seguridad ciudadana, priorizó la lucha antiterrorista. Dio medidas policiales, judiciales y penales… y lanzó un envite a Giscard, nada colaborador por costumbre.

Al final, abrió la almendra de la cuestión: la OTAN. El precio que Suárez se había negado a pagar. Y el precio que él garantizaba, a cambio de llegar a la presidencia sin pasar por las urnas… y ganándole la carrera al candidato aspirante Armada. Pero esto muy pocos lo sabían.

Miró hacia las bancadas socialistas y se descaró sin rodeos ni razones: «Anuncio mi voluntad de que España se integre en la OTAN, y me dispongo a iniciar consultas con los grupos parlamentarios a fin de articular una mayoría, escoger el momento oportuno, y definir las condiciones y modalidades en que España estaría dispuesta a participar en la Alianza Atlántica». Ése era el salvoconducto. Con ello eliminaba —¿sabiéndolo?, ¿intuyéndolo?, ¿ignorándolo?— «la necesidad de un Gobierno fuerte de concentración presidido por un militar de prestigio», un Gobierno probeta que repartiera entre todos los partidos el indigesto marrón del «OTAN sí».

Los días 19 y 20 de febrero rugieron los debates. Calvo-Sotelo quiso, también en esto, enmendarle la plana a su predecesor, Suárez, quien todavía encabezaba el banco azul, y

respondió uno a uno a todos sus oponentes. Pero sus ministros y *longa manus* negociando en los pasillos no lograban los 176 votos, mayoría absoluta, requeridos para ser proclamado en la primera vuelta.

El mediodía del 19, Martín Villa invitó a comer a José María Cuevas, factótum de la patronal. En el comedor privado del Ministerio de Administración Territorial, cinco ministros. Además de Rodolfo Martín Villa, Juan José Rosón, Jesús Sancho Rof, Manuel Núñez y Pío Cabanillas. Abiertamente le plantearon la necesidad de los votos de la minoría catalana. «Miquel Roca pide 50 000 millones de pesetas para determinada transferencia a la Generalitat. Lo hemos debatido en Consejo de Ministros, pero somos un Gobierno interino y no podemos dar ese dinero a los catalanes…» En otras circunstancias, quizá lo habrían hecho; pero ahora les parecería una indecente compra de votos. ¿Podría él convencer a Roca para que lograra el apoyo de su grupo?

Cuevas lo intentó por la tarde. No lo consiguió.

Horas después, desde la casa de Leopoldo, en Somosaguas, Pío Cabanillas llamó a Jordi Pujol con el mismo propósito:

—Jordi, no es un tema de prurito. Leopoldo saldrá investido en la segunda vuelta con la mayoría simple; pero a veces hay marejadas que no se perciben fácilmente, y… Créeme, es muy importante que deis vuestro apoyo a Leopoldo en la primera votación. Conviene acabar con esta sensación de vacío de poder cuanto antes, normalizar el panorama y no tener que ir a una segunda vuelta.

—¿Qué marejadas de fondo?

—Chico, no lo sé, pero aquí puede pasar cualquier cosa en cualquier momento.

—Pero ¿qué es lo que temes, Pío?

—Pues… un revuelo de entorchados[1].

Pujol no era hombre de sutilezas ni de metáforas oblicuas. Las marejadas y los revuelos de entorchados le parecieron «cosas de Pío, que habla para que nadie le entienda». Y no soltó los votos.

La votación fue el viernes 20. Landelino Lavilla no consiguió la mayoría absoluta por siete votos, de modo que levantó la sesión y emplazó a los diputados para la segunda vuelta. «El lunes 23, no antes de las seis de la tarde».

Y empezó el temido revuelo de entorchados.

El comandante Cortina, maestro en el oficio de la simulación, comentaba pasado un tiempo: «Si el CESID hubiese estado con el golpe de timón, es decir, con el golpe de Armada, lo habríamos dado el 20, sin esperar al 23-F. ¿Por qué? Porque, si un candidato tan serio, tan preparado, *tan Calvo-Sotelo*, con todas las connotaciones de ese apellido, y presentando un programa de Gobierno tan sensato, tranquilizador incluso para los más reacios del mundo militar y del empresarial, no lograba sumar la mayoría suficiente, sólo cabía una lectura: la situación de inestabilidad parlamentaria con que había gobernado Suárez seguiría igual. De modo que Leopoldo Calvo-Sotelo no valía como remedio. Y entonces ése habría sido el momento de proponer a la Cámara la *solución Armada:* un Gobierno coaligado y fuerte en el que, uniéndose todos, consiguieran hacer lo necesario para el bien de España»[2].

La marejada era cierta. Del viernes 20 al lunes 23, Cortina, Tejero y Armada vivieron en la

trepidación. Milans del Bosch era otra cosa: una especie de «padrino moral» a distancia, el virrey en su palacio, un golpista con pedigrí familiar, que no pensaba morirse «sin haber sacado los tanques a la calle: sería deshonrar mi apellido». Estaba escrito. En sus genes.

No fue un golpe de Estado, fue un golpe de Gobierno

El domingo 22 de febrero, el comandante Ricardo Pardo Zancada, de la DAC Brunete, fue llamado con urgencia por Milans para que se desplazara a Valencia. El saludo reglamentario y después un abrazo fuerte, muy fuerte. Toman café. Pardo ha estado en alguna reunión conspirativa. Milans le ha llamado a Valencia porque sabe que puede contar con él al ciento por ciento. Y algo más, Milans es para Pardo «su general mítico», el prototipo de «un glorioso general».

Sin florituras ni alambiques, en directo, Milans le imparte instrucciones:

—No va a ser un alzamiento como en el 36, ni un golpe cruento… Será una operación precisa y limpia, como de bisturí, para extirpar el cáncer de esta España desastrosa. Una operación a nivel nacional, algo parecido a lo de Primo de Rivera en el 23. Estamos en contacto con los capitanes generales de las regiones militares, bueno, de esto tú ya sabes algo. Se sumarán. El Ejército no se divide, ¡como una piña!

»Primer movimiento: mañana 23, por la tarde, Tejero entra en el Congreso con doscientos guardias civiles. Fuera, rodeando el edificio y calles adyacentes, quedan otros doscientos. Entra en nombre del Rey y de España. Interrumpe la votación de investidura de Calvo-Sotelo. En ese preciso momento, España está *sin* Gobierno. Suárez *ya* no es presidente, y Calvo-Sotelo *todavía* no ha llegado a serlo. Tejero es el detonante de gran magnitud que crea en el acto un vacío de poder. Les anuncia la llegada de «una autoridad militar que hablará a los diputados…»

»Segundo movimiento: lo inicio yo con un bando, declaro el estado de excepción, toque de queda, etc., para evitar incidentes y mantener el orden. Haré una ronda invitando a todos los capitanes generales a que se adhieran. Cuando hayan transcurrido dos horas, margen suficiente para hablar con los otros diez mandos, reconduciré la situación y la pondré a disposición del Rey. Todo esto, hasta aquí, el Rey ni puede hacerlo ni va a hacerlo, hay que dárselo hecho.

»Tercer movimiento: la «autoridad militar» llegará al Congreso de los Diputados debidamente acompañada, escoltada, por fuerzas del Ejército. Ahí vas tú, Pardo, mandando una columna motorizada de la DAC Brunete, tropa y oficiales, con la debida uniformidad. Releváis a los guardias civiles de Tejero, que entonces se retiran.

Milans ha dicho «Tejero entra en el Congreso», una forma descafeinada de decir «Tejero asalta». De su bando ha señalado unas medidas de excepción, pero no ha dicho que cancelará varios puntos de la Constitución, prohibirá la reunión de más de cuatro personas y todas las actividades de los partidos políticos, establecerá la censura en la prensa, etc. Sobre el papel que habrá de jugar la Brunete, la división acorazada más potente de España, y a tiro de piedra de Madrid, le ha dado a entender que serán una especie de cortejo de honor, de guardia pretoriana de la «autoridad militar».

Pardo Zancada apenas pudo tragar saliva antes de advertir que el grueso de las unidades de la

Brunete se había desplazado a Zaragoza para unos ejercicios Beta en San Gregorio. Y al frente de esos contingentes, sus jefes. ¿Cuántos podrían quedar aún en Madrid? Un montón de chatarra, blindados viejos, con averías, sin lubricar y para pocos trotes, además Juste, el jefe de la división, no estaría… Y lo mismo pasaba en la Brigada de El Goloso, a quince kilómetros de Madrid, donde sólo quedaría, completo y en buen estado, el Grupo de Artillería Autopropulsada XII: dieciocho obuses de 155 mm, unos artefactos descomunales que en la «toma» de una ciudad tranquila sólo servirían para meter miedo o causar perplejidad por las calles. Salvo que se contemplase el bombardeo de edificios[3].

A Milans no parecían importarle mucho los detalles o los inconvenientes: la salida de la DAC Brunete sería «más bien testimonial, de apoyo a Tejero y sus chicos, algunos *jeeps* con soldaditos, un par de carros si fuera posible con cadenas, dejándose ver por Cibeles y Neptuno». «También yo sacaré unos tanques y otros efectivos artilleros a patrullar por las calles de Valencia, más que nada, por solidaridad: yo a esos muchachos no los dejo tirados».

Milans le explicó que las prisas de Tejero respondían a la necesidad de «actuar en una sesión de pleno de las Cortes», y esa ocasión la tendrían el lunes 23; y a que había «un comandante que empuja». Milans suponía que se trataba del comandante Cortina del CESID. A Pardo Zancada le extrañó que Tejero y Cortina pudieran formar equipo. Eran opuestos. Y, sobre todo, tiempo atrás, Cortina le había desmontado a Tejero su famosa *Operación Galaxia,* el intento de asaltar La Moncloa y secuestrar al Gobierno cuando estuviese reunido en Consejo de Ministros.

Por las explicaciones de Milans, Pardo entendió que suplantarían al general Juste para que tomase el mando de la Brunete el general Torres Rojas, que estaba en A Coruña. Un hecho gravísimo en la disciplina militar.

—¿Está avisado Torres Rojas?

—No, pero está en el ajo. Esta noche, cuando llegues a Madrid, le llamas. Mejor a su domicilio.

Lo que Milans enfatizaba con interés era: «Pardo, hay que amarrarlo todo bien para que el Rey pueda actuar. Armada lleva mucho tiempo detrás de todo esto y me ha dado información reiterada de que el Rey lo apoya […]. Una vez que esté controlada la situación, todo se pondrá a las órdenes de Su Majestad, como jefe supremo de las Fuerzas Armadas y como Rey, y el general Armada será nombrado jefe del Gobierno»[4].

Pardo Zancada hizo unas cuantas preguntas, un chequeo de los «factores de la decisión», y enseguida se percató de que lo básico no estaba a punto: faltaba el acuerdo entre los capitanes generales, el conocimiento de la operación, las misiones, los efectivos que debían actuar, las contraseñas, la fecha, la hora… Y, dada la dispersión territorial, desde el Pirineo hasta las Canarias, se necesitaba urdir una malla de coordinación y un señalamiento claro del «jefe de la rebelión». ¿Armada o Milans? Estaba todo muy verde. Lanzarse así, improvisando, era un desatino. Lo que más escalofríos le produjo fue advertir que, faltando apenas unas horas, nadie estaba avisado, no había un engranaje de comunicación alerta. Y, más incomprensible todavía: Milans insistía en que para evitar indiscreciones «no se debía avisar a nadie». Decía que la baza del éxito sería «el factor sorpresa». ¡Y tan sorpresa! El general Torres Rojas, que debía tomar las riendas de la Brunete, no supo hasta las nueve de la mañana siguiente, ya 23-F, mientras hacía

footing en Riazor, que tenía que salir zumbando al aeropuerto, coger el primer avión y estar a la hora de comer en El Pardo, cuartel general de la DAC Brunete. Una vez allí, se enteraría, por boca de Pardo Zancada, de las novedades.

Aquello no parecía encaminado a ser un golpe contra la forma de Estado, sino un golpe contra el Gobierno. Un golpe monárquico, no contra el Rey, sino «a disposición del Rey», pero cuyo objetivo final era que Armada se alzara con un nuevo Gobierno.

Se detectaban muchas anomalías, la improvisación, la falta de un diseño, la bicefalia, la diarquía, algo atípico en el mando militar, donde sólo cabe una voz de mando, aunque sea para dirigir una tabla de gimnasia a un pelotón de reclutas.

El bando de Milans y su desfile de carros blindados, como gesto de «solidaridad con esos muchachos», no tenía mucha lógica. Quizá respondiera a un truculento antojo exhibicionista de pasear los tanques por los puentes de Valencia.

Más tarde, mucho más tarde, sabría que para Armada, el auténtico «ingenio» director, la retención del Gobierno y de los diputados en el Congreso era el «incidente» necesario: una situación extrema de peligro, un supuesto anticonstitucional máximo, la creación de un vacío de poder a nivel estatal, que ofrecería el gran «pretexto» para una solución de emergencia, con un Gobierno de unidad…

De modo que la improvisación y la falta de efectivos, hombres y equipos en la DAC Brunete, la más potente de España y la idónea para «tomar Madrid», eran indicios inequívocos de que Armada y Cortina sólo pretendían que Tejero actuase tomando el Congreso. La situación creada por Tejero y sus guardias sería ya en sí misma el supuesto anticonstitucional máximo que justificase la intervención de Armada y su postulación para formar un Gobierno provisional.

El Spiderman tricorniado, Antonio Tejero Molina, era el único que lo tenía todo muy estudiado y muy entre ceja y ceja. Siguió su guion mandándose a sí mismo y realizó su papel de «incidente detonador». Con el asalto al Congreso en sesión plenaria y secuestrando a punta de metralleta a todo el Gobierno y a todo el corpus de diputados de la nación, Tejero generó lo que se pretendía: un vacío de poder. Sin derramar una gota de sangre, provocó lo que le habían ordenado, provocar una situación anticonstitucional máxima. Aparte de malas trazas, gritos, zafiedad, lenguaje soez, falta de uniformidad, tiroteos de intimidación y actitudes —en algunos de ellos— más propias de pistoleros del lumpen que de oficiales y números de la Benemérita, Tejero cumplió el encargo: creó el supuesto anticonstitucional máximo que justificaría la aparición de «la autoridad, militar por supuesto, que les dirá lo que hay que hacer».

«¡En nombre del Rey y por España!», Tejero tenía que poner en jaque al poder ejecutivo y al poder legislativo para que, sobre ese alfombrado de diputados y ministros besando el suelo, apareciese el general Armada y salvara la patria. Eso era todo.

Realmente, eso era todo. De ahí que la *Operación De Gaulle* a la española no precisara poner en pie de guerra a los capitanes generales. Más bien, tenerlos quietos y con sus tropas acuarteladas. No hacían falta más generales en danza. Incluso el protagonista, Alfonso Armada, el que iba a hacerse con la presidencia del Gobierno, estaba dispuesto a «hacer el sacrificio» de abandonar su condición militar y «civilizarse».

Uno de los militares involucrados en el golpe declararía en el proceso: «Deliberadamente, no quisimos que lo supiesen muchos, sólo los indispensables, en secreto y con rapidez. Movilización, la imprescindible para que el general Armada asumiera el mando y formase un Gobierno. Fue un planteamiento de mínimos».

Una actuación de mínimos tan contrarreloj y con tal repentización que era muy difícil que triunfase. En los cerebros de Armada, Cortina y Tejero todo estaba pensado y madurado desde hacía mucho tiempo. Pero entre ellos no sólo no hubo una puesta en común, sino que dos días antes ni se conocían siquiera. En la madrugada del 21 de febrero se vieron por primera vez Cortina y Tejero. Y al atardecer de ese mismo día, Cortina hizo las presentaciones entre Tejero y Armada. También a uña de caballo, aprovechando vehículos y radioteléfonos del CESID que estaban en otro servicio, se hizo la sincronización de rutas para que tres autocares llenos de guardias civiles atravesaran Madrid en plena tarde laborable y, viniendo de lugares muy distantes, llegasen puntuales al Congreso.

Y la captación de guardias civiles se montó en un fin de semana. Tejero tuvo que reclutar a lazo y deprisa guardias «prestados» de diversas agrupaciones: Valdemoro, El Escorial, Guzmán el Bueno… La entrada en el Congreso no pudo ser más estrafalaria. Allí se vieron anoraks, gabardinas, cazadoras, guerreras, ropa de camuflaje, gorros, quepis, teresianas, tricornios… Como una *troupe* de comparsas de guardarropía. Ese desharrapamiento, junto al «¡se sienten, coño!», los gritos broncogangosos de Tejero, «¡al suelo, todos al suelo!», «las manitas quietas o se mueve esto», mostrando el gatillo del cetme; el zarandeo con zancadilla al teniente general Gutiérrez Mellado; la pistola del cabo Burgos acariciando la mejilla de Suárez —«¿qué?, ¿te crees el más guapito?»— fueron los elementos «antiestéticos» que echaron para atrás a ciertos elegantes de La Zarzuela, entusiasmados en un primer momento —son los que pensaban que ya era hora— con la irrupción de los saboteadores de la democracia. Luego se quedaron demudados cuando sonó un disparo, y después una ráfaga de metralleta, y otra y otra y otra…, la cajita negra del transistor enmudecida, y el silencio seco, sobrecogedor, como si el hemiciclo hubiese desaparecido, o de repente se hubiera convertido en un imponente cementerio.

«¡Cuidado! ¡Cuidado…! No podemos emitir más… llevan metralletas», habían sido las últimas palabras de Rafael Luis Díaz, el periodista de la Cadena SER.

Efectos sonoros de pánico. Operativo limpio. Ni un rasguño. Gobierno y Parlamento humillados. «En el día de hoy, cautivo y desarmado…» El supuesto anticonstitucional máximo estaba servido. Perfecto.

«En aquel momento se manejaban varias hipótesis. Elegimos la que resultaba menos peligrosa. Es lo único que puedo decirte», fue la respuesta del comandante Cortina a su antiguo profesor, el teniente coronel José Romero Alés, que le visitó en Campamento, donde estaba detenido durante los juicios, y le preguntó cuál fue el papel del CESID en el 23-F[5].

Y el mismo Cortina, cerebro gris del CESID, dirá posteriormente:

Interesaba quitar a Suárez, porque el Ejército estaba muy irritado y podía irrumpir dando un golpe militar involutivo, con retroceso, incluso con anulación, de la democracia. Había varios planes golpistas en el ambiente desde hacía tiempo. La dimisión de Suárez fue un buen paso. Pero al no ser aceptado Calvo-Sotelo, a pesar de su respetabilidad personal, su adecuado

programa de Gobierno y las connotaciones de su apellido, que ya salió por los pelos entre los de su partido y luego pinchó en la primera votación de su investidura, se pensó que convendría sustituirle antes de que apareciera alguien que aglutinara mayor respaldo en el Parlamento, que es a fin de cuentas donde se hacen las leyes para gobernar. Armada era una figura sobre la que había cierto consenso. Y eso es lo que se intentó[6].

Al filo de las cinco de la tarde del 23-F fueron acudiendo a El Pardo los mandos de las brigadas y regimientos dependientes de la DAC Brunete. Reunidos en el despacho del jefe de la división, el general Juste Fernández, aguardaban novedades. También Juste, avisado con urgencia cuando viajaba hacia Zaragoza para las maniobras en San Gregorio, había regresado sin saber qué ocurría. Entre los presentes estaba un extraño invitado, el general Torres Rojas. Juste se preguntó qué hacía allí. Había mandado hacía poco la Brunete. Implicado en ciertas maquinaciones conspirativas, fue destituido y destinado a A Coruña. Cuando ya estaban todos, se puso de pie el comandante Ricardo Pardo Zancada y les comunicó lo que Milans del Bosch le había transmitido el día anterior en Valencia:

—A partir de las seis de esta tarde, se producirá en Madrid un hecho sonado de extrema gravedad, que se conocerá por la radio y la televisión, y desencadenará reacciones diversas del Ejército… No habrá más remedio que garantizar el orden y la seguridad de la I Región… La III Región ya está lista y preparada, y el teniente general Milans probablemente declare allí el estado de excepción hasta que la situación se reconduzca. El general Armada, como director técnico de la operación, estará a partir de las seis en La Zarzuela junto al Rey para impartir las instrucciones precisas, porque todo se hará con el conocimiento y el consentimiento del Rey.

El general Juste retuvo tres datos como grabados a cincel, «a partir de las seis», «se conocerá por la radio», «Armada, en La Zarzuela».

En cuanto el transistor de mesa emitió el desconcierto, los gritos y los tiros del asalto al Congreso, Juste, sabiendo que en aquel despacho había gente hostil a él y decidida a secundar a Milans, venció el miedo a que le laminasen allí mismo y dijo en voz alta: «Bueno… esto ya ha explotado… lo del 36 también era para cambiar en unas horas toda la situación… ¡y tuvimos tres años de guerra civil!… Ahora, voy a llamar a Armada, a La Zarzuela». Lo intenta. Pide hablar con Armada. En la centralita de palacio no saben nada del general Armada. Solicita que le pongan con Sabino Fernández Campo. «Ha subido al despacho del Rey». «Pues que le den recado de mi llamada, por favor». Vuelve a intentarlo minutos después, pero la línea civil, de Telefónica, está saturada con La Zarzuela.

El Rey: «¿Hay muertos, hay heridos?»

El Rey llevaba un chándal blanco. Había quedado para una partida de *squash* con Nachi Caro Aznar, uno de sus más discretos amigos, y con Miguel Arias, el «inventor» de la estación de esquí de Baqueira Beret, del Lodge de Sierra Nevada, dueño de Las Cuatro Estaciones en Madrid y del Flanigan de Portals, en Palma. Tiene puesta la radio, y apenas atiende a la monótona letanía de diputados votando… «Núñez Encabo, no». De pronto, un silencio, algo anómalo, unos

comentarios del locutor que titubea. «¿Qué pasa ahora…? No sé qué ocurre…, hay gente que grita abajo y… se oyen ruidos…» Luego una voz estentórea grita: «¡Quieto todo el mundooooo!», «¡sileeeencio!»… El locutor muy nervioso, vacilando, sin saber si son policías o guardias civiles… «¡Al suelo, todos al suelo!»

En ese momento, sin llamar, entra Sabino Fernández Campo como una tromba, pero ve que el Rey ya está pegado a la radio. Al instante pasan también al despacho dos ayudantes de campo y dos miembros del grupo de seguridad del Rey. Todos muy alterados, preguntándose unos a otros lo mismo: ¿qué pasa?, ¿quiénes son?, ¿es la Guardia Civil? Se ve que no llevan uniformes porque el locutor no los identifica… El Rey chista para que callen. Y, sin más, suena un tiro seco. Luego una ráfaga de metralleta, y otra, y otra…[7]

Sin reaccionar aún de la impresión, el Rey y todos estábamos confusos, porque desconocíamos los efectos de los disparos que habíamos escuchado en la radio —relató Sabino tiempo después—. En la Casa había mucha gente pesimista, sobre todo militares, que era la mayoría del *staff* del Rey, pero también civiles, amigos, parientes, personas de la confianza del Rey, que desde hacía tiempo venían hablando de un golpe de Estado. En Zarzuela existía una palpable inclinación o sensibilización hacia la necesidad de un golpe de timón.

Lo primero que quiso saber el Rey fue si había muertos o heridos en el Congreso. Después, si se había movilizado la DAC Brunete, que la teníamos en El Pardo, junto a Zarzuela, y en las inmediaciones de Madrid. Me dijo: «Sabino, llama tú a Juste, y entérate de si la Brunete está bajo control. Yo voy a telefonear al Cuartel General del Ejército a ver qué saben ellos». Nada más bajar a mi despacho, di orden de reforzar la guardia de palacio[8].

Sabino impide que Armada se instale en La Zarzuela

Sabino telefonea a Juste:

—Pepe, tengo aquí recados tuyos, perdona…

—¿Eres Sabino? ¿Ya está ahí Alfonso Armada?

—¿Alfonso Armada? ¿Aquí en Zarzuela?… No… Aquí no ha venido…

—¿No estará con el Rey?…

—No, vengo yo ahora mismo de su despacho.

—Pero le estáis esperando, ¿no?

—Pues, no, no… Ni está, ni ha estado, ni se le espera… Oye, Pepe, ¿por qué tanto interés con Armada? ¿Qué pasa?

—¡Ah…! Gracias, Sabino. Eso cambia las cosas. ¡Ahora ya veo claro![9].

Juste me contestó desde su despacho —recordará luego Sabino—. Yo noté que estaba con gente, y en una situación *rara*. Luego supe que tenía sentado enfrente a Torres Rojas, como convidado de piedra. Por lo insistente de sus preguntas, deduje que lo de que Armada iba a venir esa tarde a Zarzuela se había dicho entre ellos, entre los que más o menos estaban en el secreto. ¡Uy, uy, uy!, me puse en guardia, y subí rápido al despacho del Rey[10].

El Rey está hablando por teléfono con Alfonso Armada. Le llamó a su despacho, pero en el Cuartel General del Ejército le dijeron que estaba despachando con el JEME, y le pasaron con

Gabeiras. El Rey, ya que tenía en línea al jefe del Estado Mayor, le preguntó:

—¿Qué pasa en Madrid…? ¿Qué ha ocurrido en el Congreso?

—Señor, sé lo que he oído por la radio. Acabo de enviar al comandante Aguilar Olivenza al Congreso para que se informe en persona. En cuanto sepa algo más le llamo.

—¿Está por ahí Armada?

—Sí, aquí conmigo. Precisamente, lo del Congreso nos ha sorprendido mientras trabajábamos juntos… ¿Quiere hablar con él, Majestad? —Gabeiras pasa el auricular a Armada que, para hablar con el Rey, se pone de pie respetuosamente.

—Alfonso, ¿qué es toda esta historia? —El tono del monarca ya no es el que tenía con Gabeiras. Ahora habla contrariado y con enfado—. ¡¿Qué diablos es lo del Congreso…?!

Se lo pregunta con acento de reproche. Es extraño. Quiere información, pero más bien parece que le pide explicaciones, como si Armada pudiera estar enterado o tuviese algo que ver con «toda esta historia» del asalto de los guardias civiles entrando a tiros en el hemiciclo. En aquel momento, el Rey no sabe que estén mandados por Tejero, y su mayor inquietud es si hay víctimas tras el tiroteo.

—Señor, si le parece, voy un momento a mi despacho, recojo unos papeles, subo a Zarzuela y ahí le explico…

Sabino llega en ese instante con la respiración alterada por la carrera escaleras arriba y advierte al Rey con un gesto que tape el micro del teléfono. En voz baja le susurra: «Se trata de Armada…»

—Espera un momento, Alfonso, que me pasan una llamada. No te retires.

El Rey ha tapado con la mano el auricular. Sabino, telegráficamente, le dice lo que acaba de saber por Juste. Y que tiene noticias del Congreso. El Rey, al ver que la explicación va a ser larga, vuelve a hablar con Armada:

—Te llamo luego.

En pocos minutos, Sabino le pone al corriente. De La Zarzuela habían enviado al Congreso a un miembro de la Guardia Real desde el inicio de la sesión. Acaba de llamar informando de que al frente de los guardias va el teniente coronel Tejero, el de la *Operación Galaxia*. Ha entrado al grito de «¡en nombre del Rey!». Los tiros han sido «de intimidación, al techo, con ánimo de no herir a nadie». Al parecer no hay muertos ni heridos. Y ha facilitado un número de teléfono y una extensión donde localizar a Tejero en el Congreso.

—Armada se estaba ofreciendo a venir y explicarme… y me parece buena idea, porque aquí estamos en ayunas.

—Señor, se lo desaconsejo seriamente. Que le explique lo que quiera por teléfono, pero desde su puesto en el Cuartel General. Allí van a tener hoy bastante trabajo… Y nosotros aquí no necesitamos a nadie, somos un batallón.

Llama el Rey a Armada. Lo que acaba de contarle Sabino y lo que antes se les escapó a Blanco y a Pastor sobre que eso «no era lo previsto», le han recalentado el enfado:

—¡Alfonso, están usando tu nombre y el mío en la Brunete y en el Congreso! ¡¿Por qué?! ¡¿Puedes explicarme de qué va esto ahora?!… No, no, no vengas. Si tienes una explicación, dámela ya. Si no, quédate ayudando a Gabeiras. Ahí vais a tener bastante trabajo.

Armada insiste en su ofrecimiento de subir «para estar cerca de Su Majestad, ayudando en lo que haga falta». Sabino, moviendo el dedo índice de izquierda a derecha, le indica al Rey que no[11].

Armada no hubiese podido estar en Zarzuela el 23-F tomando café —pasados los años, Sabino era rotundo en este punto—, porque lo tendría que haber autorizado yo; y yo… ya tenía la mosca detrás de la oreja. Tenía que autorizar su entrada y la de cualquier otra persona, debido a unas medidas muy severas de restricción de visitas, si no contaban con la expresa luz verde desde Casa de Su Majestad en cada ocasión. Y eso porque, días antes, los representantes de cierta compañía civil de seguridad, que habían pedido audiencia, cuando ya estaban dentro de Zarzuela nos hicieron un alarde, bastante convincente por cierto, de la falta de seguridad en nuestro puesto de control: ellos habían podido pasar y estaban ante nosotros llevando armas, grabadoras, micrófonos y una cámara fotográfica diminuta, todo oculto… A partir de esa demostración, eché los cerrojos para todo el mundo, por muy amigos que fuesen del Rey.

Las preguntas de Juste me abrieron los ojos. Desde ese instante, le dije al Rey: «Señor, bajo ningún pretexto debe venir Armada aquí». Yo entonces no lo sabía, pero Armada había dicho a Milans, y éste a los que conspiraban en esa operación: «Yo estaré en Zarzuela porque el Rey es voluble, y estando yo a su lado evitaré que vacile o que nos le hagan venir abajo con presiones». De ahí su interés en venir aquella tarde. Además, si él se hubiese instalado junto al Rey, manejando los teléfonos, los capitanes generales no habrían dudado de que tenía al Rey de su parte y compartiendo su juego. En realidad, eso era lo que él quería.

Armada volverá a ofrecerse al Rey una o dos veces más para subir a palacio a explicar, a ayudar… Yo me opongo a que venga por varias razones. Primera, porque debe estar en su puesto de mando, como segundo JEME, y más en un momento de crisis grave, coordinando con la JUJEM y con Zarzuela, la información de las capitanías generales, de lo que está ocurriendo en el Congreso y en las unidades militares que hay en Madrid. Segunda, porque los jefes militares no aceptan la autoridad de Gabeiras y, aun siendo el JEME, no es buen vehículo para dominar una situación de golpe de Estado; por tanto, Armada debe estar a su lado, como segundo JEME, porque con él sí hablan los generales. Tercera razón, porque, incluso por prurito personal y por amor propio, yo no acepto que el ex secretario general de la Casa de Su Majestad venga a dar órdenes y a decirnos qué hay que hacer o cómo debemos resolver. ¡Para ayudar al Rey ya estoy yo! Cuarta, porque la llamada de Juste preguntando «¿está ahí Armada?… Ah, ¿no? Pero ¿lo esperáis?», junto a la insistencia de Armada en subir a Zarzuela —«Señor, cojo unos papeles, voy ahí y se lo explico»—, me ponen en guardia. Y quinta, más tardía, cuando cerca de las diez de la noche Armada me dice que él está dispuesto a ir al Congreso a proponerse como presidente, se le escapa un dato: «Además cuento con el apoyo, con los votos de los socialistas». Entonces pienso que este hombre ha hecho previamente unos tanteos, ha maniobrado políticamente, ha conspirado… Todo eso junto me pone en ascuas[12].

Años después, charlando el Rey con José Luis de Vilallonga —que le entrevista en varias sesiones para su libro *Le Roi*—[13] razona su negativa a que Armada acudiera aquella tarde a La Zarzuela:

¿Quién se iba a creer que el Rey no estaba en el ajo, si Alfonso Armada se instala en los

teléfonos de La Zarzuela? Sabino estuvo de acuerdo conmigo y decidimos que sería el Rey quien llamase personalmente, uno tras otro, a todos los capitanes generales, con el resultado que tú sabes[14].

Pero, dejando a un lado intuiciones o sospechas, el lugar de Armada aquel día tenía que estar, como segundo JEME, junto a Gabeiras, en el Cuartel General del Estado Mayor del Ejército, en el palacio de Buenavista, frente a la Cibeles y a dos pasos del Congreso. Allí, en el despacho de Gabeiras, se concentró a lo largo de la tarde y noche el generalato de todas las divisiones del Estado Mayor: Armada, Esquivias, Castro Sanmartín, Bonald, Arrazola, Lluch, Pérez Íñigo, Rodríguez Ventosa, Sáenz Larumbe, Álvarez-Arenas, y Aramendi. Como diría con sorna Milans en los juicios: «Conozco ese despacho: estarían los doce igual que en un tranvía». Enseguida comenzó una frenética sesión de télex, faxes, órdenes, contraórdenes, llamadas telefónicas hechas o recibidas en los siete teléfonos de la mesilla auxiliar de Gabeiras. Conexiones con capitanías generales, gobiernos militares, divisiones, brigadas, regimientos, bases aéreas…, transmitiendo la orden de «alerta 2 sin alarma» [equivalente a estado de excepción] por toda la España militar, de punta a punta, y controlando movimientos anómalos de tropas y efectivos, o la cambiante disposición de algunos capitanes generales. Era el centro neurálgico de la información y del mando militar, y había que repentizar medidas desde la incertidumbre y el desconocimiento de lo que podría estar preparándose en cualquiera de esos puestos.

Tejero a Suárez: «¡Tú ya no eres el presidente de nada!»

Cuando el «¡todos al suelo!», y las ráfagas de tiros y la súbita desaparición de los cuerpos de sus señorías bajo los escaños, permanecieron en sus asientos Gutiérrez Mellado, Carrillo y Suárez, despreciando el miedo, prefiriendo la dignidad a la vida, y haciéndose estatuas de sí mismos. Adolfo Suárez estaba fumando un cigarrillo, al irrumpir Tejero. Entonces no era delito y se fumaba en el hemiciclo.

En pleno pavor colectivo, me pareció que debía hacer frente a quien estuviera al mando de aquella salvajada. Me abroché la americana y, antes de levantarme, como aún tenía el pitillo entre los dedos, quise tirarlo. Vi entonces que lo que yo tenía a mis pies, junto al cenicero metálico con arena, era… ¡la oreja de Leopoldo![15].

Suárez está en la puerta del hemiciclo que da a la galería curva, M-30. Dice con voz fuerte, pero sin gritar: «¡Quiero hablar con el mando!» Tejero entra al hemiciclo por esa misma puerta. Un ujier pasa también detrás de él. Algunos guardias civiles intentan que Suárez vuelva a su escaño. Pero él se desembaraza y sigue en pie junto a la puerta. Se detiene Tejero. Están uno frente a otro.

SUÁREZ: ¿Dónde podemos hablar?

Tejero no le contesta.

El ujier que se ha quedado ahí rezagado le indica a Suárez: «Presidente, aquí hay un cuarto…»

Van hacia allí. Vuelven a quedarse los dos de pie cara a cara.

SUÁREZ: ¡Explique qué locura es ésta!

TEJERO: ¡Por España, todo por España!

SUÁREZ: ¡Qué vergüenza para España! ¿Quién hay detrás de esto? ¿Con quién tengo que hablar?

TEJERO: Aquí no hay nada de qué hablar. Sólo obedecer.

SUÁREZ: Pero ¿quién es el responsable?

TEJERO: ¡Todos, estamos todos!

SUÁREZ: Como presidente del Gobierno de España, le ordeno que deponga su actitud.

TEJERO: Tú ya no eres el presidente de nada.

SUÁREZ: Le ordeno…

TEJERO: Yo sólo recibo órdenes de mi general.

SUÁREZ: ¿Qué general?

TEJERO: Milans. Y no tengo nada más que hablar.

SUÁREZ: Le insisto, soy el presidente.

TEJERO: ¡No me provoque!

SUÁREZ: Pare esto, antes de que ocurra alguna tragedia. ¡Se lo ordeno!

TEJERO: ¡Usted se calla! ¡Todo por España!

SUÁREZ: Le ordeno…

TEJERO: ¡Cállese y siéntese! Y usted, ujier, ¡fuera![16]

Es entonces cuando recluyen a Adolfo Suárez apartado de todos y bajo la vigilancia de tres guardias civiles en la salita de ujieres. También han hecho salir del hemiciclo a Manuel Gutiérrez Mellado, a Agustín Rodríguez Sahagún y a Felipe González. Los retendrán toda la noche en una sala amplia donde hay un enorme reloj con carillón. Minutos después llegarán también Santiago Carrillo y Alfonso Guerra.

Desciende Guerra por la escalerilla desde su escaño en el hemiciclo. Las manos en los bolsillos de su traje de pana color miel, el de «casi siempre». La reflexión, quizá algo mucho más veloz, la intuición de Alfonso Guerra sobre la «saca» de líderes, incluido él, fue «esto es para negociar algo… al dictado, claro». Pero cuando vio que, casi a la vez, otro guardia le hacía la misma seña de «venga conmigo» a Santiago Carrillo, su pensamiento hizo un zigzag. «No, de negociar nada, esto va a peor, a mucho peor…»[17]

De modo que para Guerra —que algo sabía de la *Operación Armada* y el Gobierno de concentración, aunque el «tejerazo» le hubiese pillado tan de sopetón como a casi todos—, el hecho de sacar a los líderes políticos era un indicio tranquilizador que, dentro de lo malo, le hacía suponer que algo se iba a pactar, a negociar. Claro que eso de «pactar con los líderes», y en tan dramática situación, sólo podía intuirlo quien tuviera datos para sospechar que aquel asalto al Congreso guardaba relación con la *Operación Armada*, y que ése era el famoso «incidente grave», el supuesto anticonstitucional máximo, que debía producirse para que fuese necesaria la llegada de un «solucionador». Armada, el De Gaulle español de 1981.

Sin duda, en la mente de Milans, Armada y Cortina, era así. Aparte de las retenciones de Suárez y de Gutiérrez Mellado, con quienes Armada no deseaba negociar nada, y que habían sido apartados para que no volvieran a crear conflictos de autoridad, los otros diputados retenidos en la sala del carillón eran precisamente los líderes de los tres partidos que habrían de

entrar en el Gobierno de gran coalición. Rodríguez Sahagún estaba entre ellos, no como ministro de la Defensa saliente, sino como recién elegido presidente de la UCD.

A los «rehenes de oro» de la sala del carillón les hicieron sentarse de cara a la pared, separados, y les prohibieron hablar o comunicarse entre ellos. A lo largo de las horas, sólo rompía el silencio la carraspera de Gutiérrez Mellado, empedernido fumador. A altas horas de la noche, pensando en la inquietud que los del hemiciclo podrían tener por estos «sacados» y no vueltos a ver, Alfonso Guerra imaginó una manera de dar señales de vida y le dijo a uno de los guardias vigilantes: «Por favor, pida usted a algún diputado que nos consiga unos abrigos, porque esta sala es enorme, no debe de haber calefacción y tenemos frío… Pero no se olvide de decirles que es porque tenemos frío». Si no lo aclaraba, en vez de tranquilizarlos hubiesen pensado que eran para cubrir los cadáveres. Al poco, les entregaban dos abrigos, de Miguel Herrero de Miñón y de Emilio Attard.

Osorio a Fraga, desde el escaño: «Dile a Tejero que llame a Armada»

Cuando llevaban casi dos horas de secuestro y la autoridad militar, «por supuesto», no aparecía, Alfonso Osorio, sentado junto al escaño de Manuel Fraga, le dijo: «Manolo, baja y dile a Tejero que llame a Armada».

Extraño mensaje, pero muy revelador.

Que Fraga tuviera cierto ascendiente sobre Tejero era posible: fue su ministro de Gobernación en el semestre de Arias y, como Tejero, pensaba que «con los comunistas, palo duro y tentetieso» y «no hay mejor terrorista que el terrorista muerto».

Que Osorio y Fraga estaban en el golpe de timón, en la *Operación De Gaulle*, en la *Operación Armada*, era un hecho sin vuelta de hoja. Fraga incluso figuraba en el Gobierno de Armada.

Pero ¿por qué pensaba o columbraba Osorio que convenía hacer venir a Armada? ¿Por qué pensaba o columbraba Osorio que Armada tendría paso franco en un Congreso tomado por Tejero? ¿Por qué pensaba o columbraba Osorio que Tejero conocía a Armada? Había que estar muy en las entretelas de todo aquello para saber que existía alguna importante relación entre dos personajes tan en las antípodas como Armada y Tejero. Pero existía. Y Osorio y Fraga lo sabían[18].

Múgica estaba tranquilo, leyendo, en su escaño. ¿Esperaba este asalto o algo similar? Semanas antes, Múgica decía: «Debe estar todo preparado y a punto, para cuando ocurra el *incidente*, que no llegará a ser un golpe de Estado, más bien al contrario, algo para evitar un golpe de Estado, un *incidente* que provoque la dimisión de Suárez. Debe estar todo ya concertado y listo, para que se dé paso inmediatamente a un Gobierno de unidad nacional que se haga cargo transitoriamente y convoque elecciones generales». «Estos comentarios nos llegaban a Moncloa de fuente directa; pero no sabíamos de qué naturaleza esperaban que fuese el *incidente*. Pensábamos que podría tratarse de un atentado muy convulsivo, o el asesinato de una personalidad relevante… Algo que justificara el decir: “Señores, hasta aquí hemos llegado”. Por

otra parte, teníamos noticias y rumores de golpe todas las semanas»[19].

En el banco azul, Fernández Ordóñez, todavía ministro de Justicia, le dice a Rosón, todavía ministro de Interior:

—Tengo en el bolsillo la dimisión de Suárez firmada ya por el Rey, para su publicación en el *BOE:* voy a romperla.

—¡No! —Rosón echa mano al documento—. ¡Trae acá ese papel![20]

Un par de días antes, esos dos ministros se llevaban a matar por el asunto del etarra Joseba Arregi, brutalmente torturado con la «prueba de la bañera» mientras estuvo en las dependencias policiales de Interior, y muerto de bronconeumonía y *shock* respiratorio, una vez trasladado al hospital penitenciario dependiente de Justicia.

Pero lo sorprendente de ese diálogo es que Ordóñez, siempre crítico con Suárez, quisiera destruir su documento de dimisión.

Suárez provoca a Tejero para que le mate

Suárez seguía empalmando cigarrillos Ducados en su secuestro solitario. Observado de cerca por tres guardias civiles, se había ensimismado con el movimiento del péndulo del reloj de la pared de enfrente, allí, en la salita de ujieres, cuando entró la diputada de UCD Carmen González Páramo. Le llevaba un descafeinado de máquina y unas galletas:

—¿Cómo estás? Es lo único que he podido conseguir…

—Carmen, por favor, llama a Amparo, está enferma, tranquilízala, dile que yo estoy bien, estupendamente bien; y que le diga a Lito, a mi cuñado Aurelio, que se ocupe de… —Suárez hablaba deprisa, abreviando, con cierta ansiedad; le habían prohibido «visitas, mensajes y cualquier tipo de comunicación». En efecto, los guardias no le dejaron terminar el recado.

Retenido a punta de subfusiles Z-70 y con la frustración inmensa de que todo el trabajo hecho por construir una democracia se derrumbaba en un instante por la fuerza bruta de unos fanáticos iluminados, el razonamiento de Suárez era muy fuerte: «Ni culpables, ni cómplices, ni “ya os lo venía avisando”… Este golpe me lo han dado a mí. Les hice una “quedada en red” dimitiendo por sorpresa; pero ya estaban lanzados. Este golpe no es contra Leopoldo, es contra mí. Leopoldo para ellos es uno más entre la tropa de los trescientos cincuenta diputados. Y si tiene que haber alguna víctima he de ser yo, no la democracia, no España. Deben de tener órdenes estrictas de no hacer sangre. Por eso dispararon al techo. Si este hombre, Tejero, me pega un tiro y me mata, el golpe sería cruento, y con magnicidio. Difícilmente podría tener aceptación entre las democracias occidentales. El mejor servicio que yo podría prestar ahora a mi país sería encajar un tiro, evitar que el golpe triunfe, aun a costa de mi propia vida».

Pasaban las horas. Aunque miraba el reloj de péndulo, no se fijaba en las manecillas. Entró Tejero a la salita de ujieres. Se plantó delante de Suárez. Ambos hombres se taladraron con los ojos, en silencio. Si la mirada de Tejero a Suárez era de aborrecimiento y desprecio, la de Suárez a Tejero no era menos desdeñosa, ni menos altiva pese a ser su prisionero. Tejero acusó ese desafío mudo. Sin más, le puso su pistola Astra «a cañón tocante» en el pecho. Los tres guardias civiles palidecieron. Adolfo Suárez ni se movió ni bajó los ojos hacia el arma que sentía sobre su

esternón. Sin pestañear, sin dejar de mirar los ojos ardientemente verdes de Tejero, dijo una sola palabra, tajante, con carga de autoridad:

—¡Cuádrese!

Tejero se desconcertó. Podía dejarle seco allí mismo, ¡claro que podía! El dedo índice combado en el gatillo… bastaba, simplemente, querer.

Desvió la mirada. Con el brazo extendido todavía y la pistola apuntando a Suárez, fue girando despacio, despacio, media vuelta y salió de la estancia.

Al poco rato, uno de los vigilantes de Suárez le comentó al guardia de al lado: «Este tío —señalaba con la barbilla a Suárez— manda más que el teniente coronel»[21].

El Rey toma el pulso a los virreyes de las capitanías

En La Zarzuela se alarmaron al saber que Tejero había entrado en el Congreso invocando el nombre del Rey. Inmediatamente Sabino se puso al habla con él. Fue una conversación breve y áspera desde ambos extremos de la línea.

—¿Quién te ha autorizado a usar el nombre del Rey?

—Cumplo órdenes del general Milans.

—¡Pues yo te estoy llamando desde la Casa de Su Majestad, y te ordeno que acabes con esta locura!

La respuesta de Tejero fue un clic de teléfono colgado.

En la turbamulta de dudas y perplejidades de aquella interminable velada, Sabino se preguntaba: «¿Qué hace en el Congreso un miembro de la Guardia Real? ¿Quién es? ¿Quién le ha ordenado que esté allí? ¿Para qué…, si es una sesión de votación, con final cantado, si RTVE ni la está emitiendo en directo? ¿Qué contactos tiene ese guardia nuestro, para conseguir la extensión de línea donde podíamos localizar a Tejero?»

No se lo aclararon nunca.

Para el Rey, la gran sorpresa fue el «tejerazo». No sólo conocía la conexión Milans-Armada, sino que desde hacía meses había encomendado a Armada que templara los ímpetus golpistas del «virrey de Valencia». Armada iba poniéndole al día de sus conversaciones con Milans, y de las de éste con los coroneles del «golpe de mayo». De eso se trataba: neutralizar un golpe duro y cruento.

Pero el 23-F el Rey tuvo la evidencia del triángulo Milans-Armada-Tejero en acción conjunta. El general Juste fue uno de los primeros en dibujarle el cuadro, tal como Pardo Zancada lo expuso en la DAC Brunete: Tejero es el detonante; Armada, el director técnico de la operación; Milans, el jefe militar… y, como aval y talismán, el uso del nombre del Rey.

Aquella larga noche, los capitanes generales de las once regiones militares estuvieron en contacto con Quintana Lacaci, con Gabeiras y con el Rey; pero también, como en estéreo, recibían las incitaciones de Milans y de Armada en sentido contrario. De ahí que hubiese vacilaciones, respuestas ambiguas y titubeos, porque no pocos esperaban para definirse a que lo hiciera tal o cual capitanía. El temor en La Zarzuela era que Milans se hubiera adelantado convenciendo a sus compañeros de que su asonada y la *solución Armada* eran bien vistas por el

Rey. En cierto modo, los teléfonos de una y otra banda funcionaban compitiendo en velocidad. Y se ha de tener en cuenta que en aquellas fechas no existían teléfonos rojos con línea directa de red oficial entre La Zarzuela y las capitanías. Se instalaron después. Todo hubo que hablarlo por las líneas estándares de Telefónica. «¡Ojo!, que son armas de doble filo —advertía Sabino durante aquella noche—, por lo que hablemos en uno y otro extremo, y por lo que nos quieran grabar».

Si el Rey se hubiese inclinado por cualquier tipo de intervención militar, vulnerando el alma de la Carta Magna, los mandos del Ejército le habrían secundado en bloque, sin fisuras: «A sus órdenes, Majestad, y en primer paso de saludo», como le dijo el propio Quintana Lacaci, considerado en el después de la historia «arquetipo de militar demócrata». Para los militares, de comandantes hacia arriba, la Constitución no era un texto precisamente «venerable», ni la norma de las normas; antes bien, la veían como «un invento de inspiración izquierdista y liberaloide, que está vaciando España de sus valores y despedazando su unidad». El Rey, y sólo él, fue aquella noche el punto de mira y el árbitro entre quienes querían salvar la democracia española y quienes querían darle la puntilla.

Una noticia importante fue que la I Región, Madrid, mandada por Quintana Lacaci, se declarase leal al Rey. A partir de ahí, y pulsada la disposición de la JUJEM, cumbre de los estados mayores de Tierra, Mar y Aire, empiezan a repartirse la faena de tomar el pulso a las once capitanías generales, una por una.

El capitán general de Burgos, Luis Polanco, llamó enseguida al Rey, como su jefe supremo, y le expresó su obediencia. Antonio Delgado, desde Granada, habló con Quintana y luego con La Zarzuela: se mantuvo leal todo el tiempo.

El Rey, bloc y boli, anotando lo que tenía que decir, lo que el del otro lado le contestaba, la hora, y… cruz o raya o interrogación, había iniciado muy pronto su ronda con los capitanes generales. Sabino, a su lado, le facilitaba líneas o retenía llamadas.

Poco antes de las siete de la tarde sonó el teléfono de Pedro Merry Gordon, en la Capitanía de Sevilla:

—Perico, buenas tardes. Soy el Rey.

—Buenas tardes, señor, a sus órdenes.

—¿Cómo está la cosa por ahí?

—Aquí no hay novedad… ni la habrá.

—¿Cuento contigo, Perico?

—Así es, señor, a sus órdenes.

—Muy bien, un abrazo[22].

En los informes que enviaron al juez instructor de la causa 2/81 todos los capitanes generales, son casi idénticos los párrafos donde uno tras otro reseñan: «Recibo una llamada personal de Su Majestad el Rey. Me pregunta cómo está mi región, si hay alguna anomalía, si se están cumpliendo las órdenes de la JUJEM de poner en marcha la *Operación Diana*, alerta 2… Quedo incondicionalmente a su disposición». Algunos explican que han intentado llamar ellos a La Zarzuela «pero las líneas estaban saturadas». Sólo en el informe del capitán general de Canarias,

González del Yerro, puede leerse: «Llamé yo a La Zarzuela. Fue necesario estar marcando durante treinta o cuarenta minutos, pues las líneas estaban congestionadas».

En efecto, todos dicen «quedo incondicionalmente a su disposición», pero en el informe no hacen constar sus expresivas coletillas cuando hablaron con el Rey. «A sus órdenes, señor, pero… ¡es una pena!» «Para lo que Vuestra Majestad mande, en cualquier sentido». O como explicaba días después Quintana Lacaci, el capitán general de Madrid: «Yo soy franquista y adoro la memoria de Franco. Pero a mí el Caudillo me dio orden de obedecer a su sucesor; y como el Rey me ordenó tener a la gente en los cuarteles y parar el golpe del 23-F, lo paré; pero si me hubiera ordenado asaltar las Cortes, las asalto»[23].

Los más querían la intervención militar y un nuevo orden de Gobierno. Pero *a contrarrey* no se habrían sublevado.

Nunca hubo riesgo de división del Ejército y aún menos de enfrentamiento militar. Los capitanes generales, excepto Milans, uno tras otro se pusieron a las órdenes del monarca «para lo que hiciera falta». Y esperaron sus instrucciones.

La cuestión del orden constitucional era para ellos un «respeto» muy secundario. La mayoría de los militares veteranos y con mando activo no entendía la Transición más que como un traspaso de los poderes de Franco a Juan Carlos, a quien acataban como jefe del Estado y obedecían como jefe supremo de las Fuerzas Armadas, en virtud de las Reales Ordenanzas. Esas Ordenanzas, con su pedigrí desde Carlos III, eran para ellos la verdadera Constitución.

El capitán general de Zaragoza, Antonio Elícegui Prieto, era uno de los «muy dudosos». Tenía aquel día en su territorio todo el potencial artillero de la DAC Brunete, que se había desplazado allí por las maniobras Beta en San Gregorio. Aquel día era, pues, una pieza tan valiosa como vulnerable.

Desde hacía meses, Elícegui solía asistir a reuniones conspirativas y pensaba que los militares debían estar listos para intervenir en el momento en que hubiese que parar en seco el terrorismo y el separatismo. Aquella tarde, después de recibir varias «sugerencias estimulantes» de sus propios generales y coroneles y de algunas capitanías vecinas para que se adhiriese a Milans, llamó a Quintana Lacaci: «Me preguntaba, ¿tú qué vas a hacer? Porque habría que hacer algo, ¿no te parece?» Estaba sometido a un bombardeo de presiones por parte de Milans. Desde Madrid, las contrarrestaba Laína, que cuando fue gobernador civil de Zaragoza trabó amistad con Elícegui. Laína, como Quintana, le instaban a mantenerse «quieto y neutral».

El Rey le llamó a las ocho de la tarde, y por una línea de la Compañía Telefónica Nacional de España:

—Elícegui, soy el Rey. Quiero que sepas por mí mismo que se está utilizando mi nombre en falso. Yo no he autorizado nada a nadie. ¡Nada a nadie! Resuelve las cosas trabajando con los gobernadores civiles y no recibas órdenes militares más que de la JUJEM. Si de alguna de ellas tienes duda, antes de cumplirla habla conmigo.

Pero aún tardó en superar sus vacilaciones y declararse a favor de la Corona.

Milans sublevado: un teléfono incesante y un revólver sobre la

mesa

¿Qué hacía Milans? Se había sublevado. Al principio mentía, disimulaba, decía que «esos tanques y esas tropas regresan de unas maniobras», que su alerta 2 y su bando eran simples medidas precautorias «para guardar el orden ciudadano». Milans estaba dedicado a captar adhesiones de los capitanes generales para lograr un alzamiento nacional, por «efecto dominó». Persuadido de que incluso Madrid se uniría: «Madrid siempre *cae*. La última, pero *cae*…»

Al primero que «invita» es a Manuel Fernández Posse, de la VIII Región con sede en A Coruña. Fernández Posse galleguea y no se define. Busca seguridad, llama al JEME Gabeiras y le informa:

Fernández Posse —explicó después Gabeiras— me telefoneó para decirme que Milans le había llamado pidiéndole que se uniera a un bando de pronunciamiento contra el Gobierno. Y que tenía en marcha unas aproximaciones de tropas y una *Diana* alerta 2. Entonces yo llamé a Milans. Me confirmó que eso era así. Acto seguido le dije: «Quedas relevado del mando; entrégalo inmediatamente al gobernador militar Luis Caruana». Su respuesta fue: «Gabeiras, no quiero saber nada de ti, ni hablar contigo. Sólo hablaré con Armada». Y colgó.

Llamé al Rey: «Majestad, Milans se ha sublevado, intenta captar a otras regiones. Yo le he relevado del mando. Señor, le pido que confirme mis órdenes». El Rey no vaciló, aunque todo esto era un procedimiento inédito para el Rey, para mí, para todos, y más en democracia. «No te retires del teléfono», me dijo. Y pude oír cómo marcó, habló enérgicamente a Milans, le confirmó mi orden y añadió «además, Jaime, quedas arrestado»[24].

Curiosamente, hasta ese momento, las ocho de la tarde, el Rey no había conseguido hablar con Milans. En Capitanía de Valencia estaban saturadas las líneas.

Sin embargo, a continuación debió de haber otra llamada del Rey a Milans o de Milans al Rey, porque cuando, al cabo de un rato, el gobernador Caruana entraba en el despacho de Milans oyó que éste se despedía afectuosamente del Rey: «… Y otro muy fuerte para vos, señor». El trago de destituir al jefe no era ni fácil ni grato para Caruana. Así que fue directo: «Jaime, vengo de parte del JEME a destituirte del mando y a que te constituyas en arresto». Milans, sonriendo displicente, señaló con el mentón un revólver Colt 38 que tenía sobre la mesa y al alcance de su mano: «¡Atrévete!»

No hubo relevo ni arresto.

En comunicaciones posteriores, el Rey ordenó a Milans —golpeando incluso con el puño sobre su mesa y endureciendo la voz— que replegara sus efectivos, retirase su bando y exigiera a Tejero el abandono del Congreso… Fue inútil.

La posición de Polanco en Burgos, «a las órdenes del Rey», influyó para que Fernández Posse se decidiera a comunicar: «A Coruña y yo no estamos con Milans, sino con el Rey».

Milans seguía al habla con todas las capitanías, excepto con Madrid, porque ya sabía que Quintana estaba en contra. Sin decir claramente que se había sublevado, ni que obraba contra la voluntad del Rey, informaba de sus aproximaciones de tropas a la ciudad, de su manifiesto, «que

ahora mismo te envío por télex». Buscaba su deseado «efecto dominó». Hubo capitanes generales que al recibir la llamada de «toma de pulso» de Gabeiras, ya habían sido informados por Milans, tenían delante el télex con su proclama y estaban convencidos de que el Rey lo conocía y lo aprobaba. «Pues llama tú al Rey», les respondía Gabeiras. Queriéndolo o no, Milans iba sembrando desconcierto y provocaba indecisión entre los capitanes generales.

Algunos deseaban «aprovechar la ocasión y hacer algo», sin embargo no estaban por adherirse a la sublevación de Milans; en cambio, sí veían oportuna y constitucional la fórmula de Armada. Eso es lo que le ocurría con el capitán general de Cataluña, Antonio Pascual Galmés. Leal en última instancia, pero mantuvo en suspense al Rey y a Quintana Lacaci, que en sus anotaciones a vuela pluma le estimaba «problemático». Pascual Galmés, sabiendo que Jordi Pujol y Roca habían rechazado las propuestas de «un Gobierno de concentración presidido por el general Armada» hechas por Múgica al final del verano, sondeó en la tarde del 23-F al *president* de la Generalitat acerca de la *solución Armada* como «fórmula hábil de emergencia y dentro de la Constitución, para salir de la atrocidad de Tejero y su gente». Debió de convencerle, porque cuando Armada salía hacia el Congreso a parlamentar con Tejero, le estimuló con un expresivo «¡Alfonso, leña al mono!», y a continuación llamó a Pujol: «Hay buenas noticias, Jordi. La cosa está en vías de solución. Armada ha salido hacia el Congreso para negociar con Tejero».

El Rey no consiguió hablar con el capitán general de Baleares, Manuel de la Torre Pascual, amigo de Milans. Había preparado una proclama similar a la de Milans y estuvo a punto de leerla por radio. Echándole paciencia, Quintana Lacaci le disuadió.

Más preocupante era la actitud de Ángel Campano López, capitán general de Valladolid. No inspiraba confianza. Además, se había encerrado en su despacho y no se ponía al teléfono ni cuando le llamó el Rey. Hubo que recurrir a la mediación de terceras personas cercanas a él: su jefe de Estado Mayor, el coronel Rafael Gómez Rico, y los gobernadores militar y civil de Valladolid, Manuel María Mejía Lequerica y Román Ledesma[25].

Relato de Sabino, el gran testigo

Los hechos del 23 y 24 de febrero reunieron en La Zarzuela a la familia del Rey casi al completo: los Reyes y sus hijos, el príncipe Felipe y las infantas Elena y Cristina, que habían pasado todo el día «de vacaciones» en palacio; la princesa Irene de Grecia y las hermanas del Rey, Pilar y Margarita, con sus esposos, Luis Gómez-Acebo y Carlos Zurita. Desde muy temprano, estaban allí el esquiador y hotelero Miguel Arias, y Nachi Caro Aznar, amigos del Rey que habían quedado para jugar una partida de *squash*. Poco después de las siete llegó Manolo Prado y Colón de Carvajal, amigo multifuncional del Rey, embajador *at large* para asuntos exteriores especiales y administrador de las finanzas privadas de Juan Carlos de Borbón y Borbón, todo en una pieza. Fue bueno que en aquellas horas «sin manual de instrucciones» él estuviera allí.

La Reina aportaba calma, ambiente grato y *catering*…, muy en su papel de anfitriona. El Rey siguió vestido con el chándal todo el tiempo, hasta que llegaron los de la televisión. En el cajón central de su mesa de despacho tenía una pistola. Y quiso que su hijo Felipe, de trece años,

estuviese allí todo el tiempo para ir transmitiéndole sin palabras lo que significaba ser el príncipe heredero.

El relato del ambiente en La Zarzuela, salpicado con mil detalles y exactitudes horarias, que Sabino conservó indeleble, como troquelado en su memoria pese al transcurso del tiempo, es un testimonio único del 23-F vivido en palacio y al lado del Rey. Por su valor histórico y por la sinceridad sin peaje de su contenido, importa que quede reproducido negro sobre blanco:

Hubo momentos de mucho jaleo, de mucho follón. Los teléfonos sonando a la vez y todo el mundo metido a telefonista. El teléfono fue el instrumento decisivo para detener el golpe… pero era un arma de doble filo. Te podían grabar. Con las capitanías no teníamos teléfonos rojos de línea directa blindada y con secráfono. Usábamos las líneas de telefonía comercial. Cuando varios capitanes generales llamaban o eran llamados por el Rey y coincidían en diversos teléfonos, yo les retenía las líneas: ganar tiempo era ganar tramos de la batalla, y evitar que entre ellos se enardecieran y se pusieran de acuerdo para actuar en apoyo de los sublevados.

Las llamadas eran de todo tipo: Juste, que a altas horas de la noche se sentía impotente para retener acuarteladas a varias unidades de la DAC Brunete; o Gabeiras, pensando declarar el estado de guerra; o una agencia de prensa internacional preguntando si era cierto que las infantas habían sido evacuadas a Londres y si el Rey había pensado en hacer las maletas…

Los mensajes, los recados más bien, que nos llegaban al despacho del Rey, desde la sala de estar donde se habían ido reuniendo los familiares y la gente amiga que subió a palacio, eran en muchos momentos irreflexivos, carentes de una lógica sensata, como si se les hubiese olvidado que en España existía una Constitución. ¡Opiniones para todos los gustos! Y, fuese por los nervios o por el deseo de ayudar, todos aportaban su solución o exponían su parecer. A veces, se creaba una densa atmósfera de confusión que podía influir en el Rey, ¡claro que sí! Pero no les iba a hacer callar, era gente de la Casa o eran de su familia.

Carlos Zurita, por ejemplo, defendía con empeño que entrasen los geos a tiro limpio, «en contraasalto» al Congreso. Cuando más adelante, por Paco Laína y por Carlos Holgado, el comandante jefe de los geos, supimos que podría haber unas doscientas cincuenta bajas, y que al menos cincuenta serían muertes, Zurita replegó velas y no volvió a insistir. Del mismo parecer era, y lo argumentaba técnicamente, el inspector de Policía encargado de la protección del príncipe. A la hora de grabar el mensaje del Rey para televisión, unos opinaban que con traje civil y otros que militar. Y sin que se les hubiera preguntado. El Rey nunca dudó de que debía aparecer como capitán general. Ése era el quid de su «autoridad» en aquella situación.

Había ayudantes de campo y miembros del Cuarto Militar del Rey que no estaban en contra del asalto al Congreso, querían un cambio político fuerte y se manifestaban a favor de la *solución Armada*. El teniente general Joaquín de Valenzuela, jefe del Cuarto, estuvo todo el tiempo tibio, entre dos aguas, sin saber en qué orilla quedarse. Pero su hijo, y Agustín Muñoz Grandes, y Guillermo Quintana-Lacaci júnior estaban rotundamente a favor de Armada y de que lograra su presidencia de Gobierno. El responsable de transmisiones, José Sintes, también era partidario. Y ascendiendo en el *staff*, al propio jefe de la Casa, Nicolás Cotoner, marqués de Mondéjar, se le veía confuso, vacilante y… asustado. Aquella situación le excedía. Dedicó buena parte de su tiempo a atender las llamadas de personalidades y jefes de Estado y de Gobierno extranjeros, que

se produjeron en tropel en cuanto el Rey se «retrató» por la democracia en RTVE. Pero es justo decir que el Rey pudo aparecer en RTVE aquella noche gracias a Mondéjar.

Efectivos del Regimiento Villaviciosa 14, de Caballería Ligera, habían tomado las instalaciones de RTVE en Prado del Rey. El coronel que los mandaba, Joaquín Valencia Remón, no quiso obedecerme cuando le llamé diciendo que era de la Casa de Su Majestad, ni obedeció al general Juste, que era su jefe divisionario de la DAC Brunete, ni al capitán general de Madrid, Quintana Lacaci, ni al JEME Gabeiras… Entonces se descolgó Mondéjar y habló con él. Se conocían por ser los dos de Caballería, y Mondéjar era superior en grado militar. La astucia de Mondéjar fue mostrarse ambiguo, sin mentir, pero sin aclarar en qué sentido se decantaría el Rey en su discurso. Me parece que la Reina le había recordado unos minutos antes que lo que hizo perder el trono a su hermano Tino, en 1967, cuando el golpe de los coroneles, fue definirse contra el golpe antes de tiempo. Los coroneles griegos le cortaron las comunicaciones y le aislaron. Así que Mondéjar se las ingenió con un decir sin decir, para que Valencia Remón pensara que el mensaje del Rey podía ser en apoyo al levantamiento. De ese modo consiguió que viniera un equipo de Prado del Rey a Zarzuela[26].

Yo pude apoyarme bastante en Manolo Prado. Pensaba con mente constitucional y democrática, sin fisuras, y era consciente de que los poderes del Rey eran muy limitados: muy inviolables, muy respetables, muy cimeros, muy supremos… pero simbólicos. Y aquella noche todas las indecisiones y todas las iniciativas pretendían apoyarse en el Rey, ampararse en el Rey. Pero el Rey no podía ni desatender todos aquellos reclamos, ni sobrepasar el símbolo que él era… Cada paso había que aquilatarlo bien.

El mensaje del Rey por televisión lo redacté yo, pero lo revisamos juntos, y él quitó y añadió algo con mucho acierto. Era un texto breve, que requería precisión de relojero. El Rey no podía quedarse corto, pero tampoco excederse. Éramos conscientes, y el Rey el primero, de que se movía en un equilibrio difícil, porque la situación militar en aquellos momentos era muy confusa, varias capitanías estaban indecisas y más bien con ganas de dar el paso al frente y adherirse a Milans. Eso sí, convencidos de que detrás de Milans estaba el Rey, y que al lado de Armada estaba el Rey. El panorama militar podía cambiar en un instante y producirse un vuelco. Además, en aquella misma hora, Armada intentaba conseguir del Rey la «luz verde» para negociar con Tejero. Lo que el Rey dijese a las doce y media de la noche podía quedar obsoleto en una hora. El clima era de incertidumbre total. Muchos interrogantes. Sin embargo, el Rey tenía que condenar los hechos del Congreso y decir a la ciudadanía civil y, sobre todo, a los militares sublevados o tentados a la rebelión, que la Corona apostaba por la democracia; que él no toleraría atropellos a la Constitución, y que nada de «vacíos de poder»: había una autoridad militar, la JUJEM, sometida a las autoridades políticas, y ambas funcionando coordinadamente. ¡Es que era así!

Sin fatuidad ni alardes de nada, en conciencia, creo que la batalla contra el golpe desde Zarzuela la di yo, y que la situación la salvé yo. Sobre todo, porque en momentos decisivos blindé al Rey de presiones y de influencias nefastas. O tuve «la lucecita» para advertirle: que no recibiera a Armada; que no entregase el poder a la JUJEM, que estaba a punto de tomárselo; que las órdenes a las capitanías se enviasen por télex y se les exigiera, también por télex, el recibido

y la respuesta. Esto fue especialmente importante con Milans, porque se hacía el sueco, daba la callada por respuesta, o le decía al Rey: «Sí, Majestad, ahora mismo retiro el bando y los tanques», pero luego hacía lo que le daba la gana.

Mi papel durante el 23-F y el 24-F fue estar al lado del Rey. Lo tuve clarísimo. Pero a la vez debía controlar a personas de la Casa de quienes yo sabía cómo respiraban políticamente. Y una cosa es respetar las opiniones de todo el mundo, y otra cosa es que esas opiniones pretendan dejar su huella en telefonemas o télex o mensajes del Rey. Había que estar con mil ojos. El coronel Blanco y el capitán Sintes Anglada eran responsables de comunicación y de transmisiones, dos campos claves aquel día, por lo que recibíamos y por lo que emitíamos en Zarzuela. Pues bien, Sintes y Muñoz Grandes habrían podido armar una tremenda haciendo salir los faxes que hubiesen querido. Guiados por su entusiasmo patriótico, no lo dudo.

Yo estuve controlándolos. Aun así, Muñoz Grandes logró meter dos pifias de gran compromiso para el Rey. Una, en el télex último a Milans. Era un texto inequívoco y terminante, en el que el Rey le decía: «Afirmo mi rotunda decisión de mantener el orden constitucional dentro de la legalidad vigente. Cualquier golpe de Estado no puede escudarse en el Rey, es contra el Rey. Hoy más que nunca estoy dispuesto a cumplir el juramento de la bandera… Te ordeno que retires todas las unidades que hayas movido. Te ordeno que digas a Tejero que deponga su actitud. Juro que no abdicaré […] ni abandonaré España; quien se subleve está dispuesto a provocar una guerra civil y será responsable…» Esto último era una carga de profundidad, que venía a decir: «Yo no voy a hacer lo que hizo mi abuelo Alfonso XIII». Ya se lo había dicho un momento antes de palabra, con toda energía, y con todo su dramatismo, teniendo sobre la mesa una chuleta que habíamos preparado: «Te juro, Jaime, que yo ni abdico ni me voy. No puedo, ni quiero, ni voy a apoyar un golpe de Estado. Estoy contra el golpe. El golpe es sin mí y en mi contra. Y, si queréis otra cosa, no podréis contar conmigo, ¡tendréis que fusilarme!»[27] Bueno, pues como el Rey acababa de dar su mensaje por televisión, o bien Muñoz Grandes o bien Sintes, en el télex, que es donde quedaba constancia oficial de lo dicho por el Rey, agregaron la frase «después de este mensaje ya no puedo volverme atrás», con lo que daban pie a que cualquiera se preguntase «pero, oiga, ¿es que antes del mensaje de RTVE, el Rey sí podía volverse atrás, no acatar la Constitución y encabezar un golpe de Estado?». Aunque también se podía deducir que, una vez emitido su mensaje a la nación, quedaba trazada la raya: si antes hubiese cabido una salida «de emergencia» fuera del orden legal, ahora ya no cabía ese derrotero. El Rey había quemado sus naves. Y los golpistas debían saberlo: cualquier golpe sería contra el Rey. Era el punto de no retorno.

La segunda pifia fue el 24 de febrero por la mañana. Antes del «pacto del capó» para las rendiciones de los asaltantes, el Rey envía un mensaje verbal a Pardo Zancada. Este comandante, desobedeciendo las órdenes de acuartelamiento, había salido a medianoche de la DAC Brunete con una columna de oficiales y soldados, y estaba en el Congreso. El Rey le ordenaba regresar a la división con sus hombres. Muñoz Grandes se lo dicta por teléfono al coronel José Ignacio San Martín, jefe de Pardo Zancada en la DAC: «Apelando a tu honor militar y pensando en tu amor a España, te ordeno que depongas tu actitud y te reintegres a la disciplina militar».

A San Martín le parece «muy duro», y propone redactar otro y que el Rey le dé el visto

bueno. Al cabo de unos minutos, lee a Muñoz Grandes, que aguarda al teléfono en Zarzuela, el nuevo texto, donde ha añadido un par de líneas a las anteriores: «Al acatar la orden del Rey, salvas tu honor y tu patriotismo, toda vez que tu acción estaba impulsada por tu amor a España y tu fidelidad al Rey». Esa frase agregada no estaba cuando yo le pasé al Rey el primer mensaje, que era una recriminación y una orden. El que manipularon después parecía más bien un homenaje del Rey a Pardo Zancada. Su indisciplina queda amparada y justificada por su amor a España y su fidelidad al Rey. Un cambiazo total. Esa nueva redacción ni pasó por mis manos ni por la mesa del Rey. Se coció en el despacho de ayudantes; todo lo más, con la aprobación verbal del general De Valenzuela, el jefe del Cuarto Militar. Y aun así, cuando se lo llevan a Pardo Zancada, ya casi a las siete de la mañana del 24 de febrero, ni él ni sus cuatro capitanes aceptan la «invitación» del Rey a replegarse al cuartel general de la DAC Brunete. Se resisten hasta el final[28].

¿Podía dar órdenes el Rey?

En un primer momento, los cuatro miembros de la JUJEM estimaron que, al tratarse de unos hechos de autoría militar y sin conocer aún el alcance territorial que tendría, debía resolverse entre militares, y se arrogaron el control absoluto de la situación. Involuntariamente, o por instinto de mando, era una absorción del poder civil por el poder militar, una suplantación de autoridades, lo cual equivalía —de hecho— a un golpe de Estado dado desde la cumbre militar.

Ya habían redactado el texto de «asunción de todos los poderes» por la JUJEM que pensaban publicar[29]. Sabino reaccionó, lo estudió con Manolo Prado por tener una opinión de contraste, y le hizo ver al Rey que eso supondría el reconocimiento del derecho de los militares a intervenir en las decisiones políticas. «¡Y a ver quién es el guapo que vuelve a desmilitarizar la cosa pública después! —decía Manolo Prado—. Porque los militares cuando toman una cota, hincan la bandera y no se retiran».

Fue entonces cuando arbitraron la fórmula que evitase el vacío de poder al estar los ministros secuestrados: asumirían sus funciones los cargos del nivel inmediato, «código verde», secretarios de Estado y subsecretarios de todos los ministerios, y en Presidencia, Francisco Laína, por ser el director general de la Seguridad del Estado. Establecieron su sede en el Ministerio del Interior, en la calle Altamirano.

En la secuencia del 23 al 24 de febrero, el Rey utiliza en primera persona la expresión «te ordeno». Por Constitución, cualquier orden, ley, decreto ley, concesión o ejercicio de gracia del Rey han de tener el endoso y respaldo del presidente del Gobierno, del ministro correspondiente o del presidente del Congreso para que sean válidos. Y en cuanto a la estructura militar, la cadena de mandos no culmina en el Rey, sino en el presidente del Gobierno. Ley en mano, pese a que la Constitución le atribuye el mando supremo de las Fuerzas Armadas, el Rey no puede dar una orden, por pequeña que sea.

Pasado el 23-F, hubo eminentes discusiones sobre si el mando supremo de las Fuerzas Armadas atribuido al Rey era algo simbólico, una alegoría, o si expresaba la capacidad real de dar órdenes con efectos prácticos: retirar unos carros de combate, destituir del cargo a un teniente

general, anular una proclama militar, exonerar en el acto mediante el «pacto del capó» a unos suboficiales y soldados o guardias civiles sublevados, facilitar aviones para que Tejero y sus guardias escapasen de las responsabilidades penales y «se fugaran» al extranjero…

Concluido el golpe de Estado, el propio Rey les dijo a los líderes políticos que había tenido que actuar más allá de sus límites, y que eso no podría volver a hacerlo. «He quemado mi último cartucho… No me pongan ustedes nunca más en esta situación».

Un jurista agudo como Landelino Lavilla respondía a esa cuestión —al margen de que los ciudadanos celebraran con entusiasmo que, sin más espadón que el teléfono y el «ordeno y mando», el Rey desguazara el golpe—: «Los poderes del Rey son simbólicos, sí, pero… son poderes. Y el 23-F se vio. En virtud del artículo 62, el Rey no podía decir a Milans del Bosch: "Jaime, te ordeno que anules el bando, te ordeno que retires tus tanques y tropas". Pero jerárquicamente sí podía, porque era capitán general. Tenía una estrella más. Y Milans, como teniente general, le estaba subordinado. El 23-F, el Rey jugó deliberadamente esa carta. Y aquella noche para hablar ante las cámaras, no apareció de civil, sino con uniforme de capitán general»[30].

Con todo, lo que el 23-F funcionó entre los mandos militares fue la *auctoritas* regia: la entraña del Ejército español nunca había dejado de ser monárquica, y esa veta de «militarismo dinástico» tradicional se proyectó en la obediencia al Rey. Y no sólo durante el golpe, también en los preparativos: si los golpistas se nuclearon no fue por el carisma de Milans, sino por la creencia de que detrás de aquello estaba el Rey.

Quedó patente que, pese a su devoción franquista, los altos mandos militares eran fervientes monárquicos. Todos querían la aquiescencia del Rey, ponerse a disposición del Rey, estar a las órdenes del Rey… Nadie le hubiese planteado al monarca «o mi golpe o abdicas», «o mi golpe o te exilias», «o mi golpe o al paredón». El «¡tendríais que fusilarme!» fue una sobreactuación del Borbón, puesto en la piel de su abuelo. La noche se prestaba al melodrama. Pero la realidad era otra: todos esos veteranos generales habían vivido la guerra y quedaban paralizados de pánico ante la mención del fantasma de 1936. Nadie quería volver a eso. Todos buscaron el soportal del Rey. Saliera bien o mal la gestión de Armada, el Rey no arriesgaba nada. En la maquiavélica opinión de Sabino: «El Rey no perdía nunca. El Rey ganaba en cualquier caso. Sólo tenía que esperar para ver de qué lado ponerse»[31].

Armada y Sabino, pacto de silencio

En torno a las 20.30, Gabeiras sale del palacio de Buenavista, Cuartel General del Ejército, para asistir a una reunión de la JUJEM, en Vitrubio 1.

Armada, desde su despacho, y durante una hora, hace por su cuenta algunos sondeos telefónicos entre los capitanes generales que no se hablan con Gabeiras y detecta que Merry Gordon (Sevilla), Pascual Galmés (Cataluña), Elícegui Prieto (Zaragoza) y Campano López (Valladolid) están de acuerdo con lo de Milans en Valencia, aunque se palpan las ropas y esperan a ver qué hacen las capitanías vecinas; si encuentran «calor y animación», se sublevarán también. Pero Armada no quiere un vuelco involutivo. Sabe que eso no lo admitiría el Rey, nos cerraría

las puertas en Europa, pondría el país en un estado de confrontación civil y, en todo caso, Estados Unidos, «desaconseja muy seriamente» el regreso a una dictadura en España, por sus propias conveniencias atlantistas. Lo ha tratado pocos días antes con el embajador Terence Todman. Tiene concertada para esa misma noche una cena con el general estadounidense Robertson… Una España gobernada por un Directorio o una Junta Militar quedaría otra vez marginada de las democracias europeas, y sería una baza perdida para la OTAN.

Lo que Armada intenta es que esos capitanes generales acepten su propuesta personal como presidente de un Gobierno de unidad, votado en el Parlamento esa misma noche, partida en dos la investidura de Calvo-Sotelo, por tanto con «sede vacante», a cambio de que Tejero y sus hombres abandonen el Congreso. Una *transa* que «sólo persigue remediar la situación, sin violencias y respetando la Constitución, y poniéndolo todo a disposición de Su Majestad».

Por esos contactos se entera de que el teniente general Ángel Campano no se ponía al teléfono cuando le llamaba el Rey. Y de que Merry Gordon, vestido de legionario, boina negra de tanquista y algún viejo emblema de la División Azul, celebraba la movida con traguitos de buen escocés. En un primer momento se disgustó con Milans, porque había asumido el mando del cuartelazo: «Mira, Jaime, a mí esto no se me hace, siendo yo más antiguo que tú. Y encima, informarme sólo una hora antes de un asunto así… ¡Eso sí que no, por ahí no paso! No cuentes conmigo, Jaime. Quedo enterado y tomo nota. Además, te adelanto que eso tuyo está condenado al fracaso». Pero luego le telefoneó para jalearle.

Además de esas llamadas, Armada comunica dos o tres veces con Milans. El sublevado de Valencia, viendo que las fichas del dominó siguen quietas, sin decidirse a dar el cuartelazo, hace una segunda ronda; pero esta vez propone la *solución Armada* para evitar una masacre, «porque el burro de Laína quiere meter a los geos a tiro limpio en el Congreso y para que no tengamos una división en el Ejército». Milans detecta vacilaciones, dudas, y los anima: «Armada se la juega yendo con esa papeleta, eh, y el hombre está dispuesto a dejar incluso su carrera militar… pero necesita sentir vuestro apoyo, acaba de decírmelo».

Estas conversaciones son ya pasadas las once de la noche, y sólo cuatro capitanes generales rechazan de plano la asonada de Milans y la fórmula de Armada: Delgado, De la Torre Pascual, Quintana Lacaci y González del Yerro.

González del Yerro, desde Canarias, intenta disuadir a Milans: «Jaime, ¡déjate de algaradas, echa el freno, y marcha atrás! Éste no es el momento de dar un golpe. Acaba de ser nombrado presidente un señor serio, respetable, con un apellido histórico que tanto a ti como a mí nos dice mucho, no por ministro de Hacienda de Alfonso XIII, sino por protomártir del alzamiento. Hay que darle una oportunidad». Era el mismo argumento que le dio al Rey por la tarde, cuando aguantó pegado al teléfono hasta que quedó libre una de las líneas estándares de La Zarzuela.

Mientras Milans busca arropos, Armada llama a La Zarzuela y habla con el Rey: «Señor, se ha ido Gabeiras, y yo estoy al mando del Estado Mayor». A continuación le informa de que Baleares, Cataluña, Valladolid, Zaragoza y quizá Sevilla se han unido a la sublevación de Milans. «Eso, si se consuma, es ya la temida división del Ejército. Yo no le veo más solución que irme al Congreso a resolver lo que es una peligrosísima situación de hecho, que nos reproduciría el escenario de 1936. Ir, hablar con Tejero y proponer a los diputados un Gobierno de

concentración nacional, que yo presidiría… A varios capitanes generales les parece acertado y lo ven constitucional…»

Llegado a ese punto, el Rey le interrumpe: «Perdona, Alfonso, está entrándome una llamada que debo atender, te dejo con Sabino». Igual que hizo al comienzo de la tarde, recién asaltado el Congreso.

Sabino toma el auricular. Mientras, lo que hace el Rey es telefonear al presidente de la JUJEM, Ignacio Alfaro, y decirle «que Gabeiras se reintegre inmediatamente a su despacho en el palacio de Buenavista, porque allí las cosas no están nada claras».

Son las nueve de la noche. Armada vuelve a exponer sus argumentos a Sabino. Enumera los peligros y sus temores por un final sangriento:

—Si entran los geos, Tejero puede empezar fusilando a los líderes de los partidos: a Suárez le ha retenido en el despacho de ujieres; a Gutiérrez Mellado, Felipe González, Rodríguez Sahagún, Alfonso Guerra y Santiago Carrillo, si no ha encerrado a alguno más, los tiene en otro sitio, vigilados por una cuadrilla de guardias con sus cetmes. Por otra parte, en este momento yo acabo de tener contactos directos y hay varias, muchas capitanías dispuestas a levantarse y a apoyar a Milans. Varias, muchas, pero ni todas ni ninguna. Por tanto, ya tenemos la división del Ejército y la vuelta al escenario de guerra civil del año 36. Es necesario evitarlo. ¡Que no suceda!

—Bueno, aquí no tenemos noticia de que Milans haya conseguido tantos apoyos efectivos. De palabra y por teléfono, no te digo que no, pero de dar el paso y salir, no lo creo… Y tú, ¿qué le proponías al Rey?

—Yo la única solución que veo es irme al Congreso y abrir conversaciones con Tejero, en nombre del Rey, y realizar las gestiones precisas para liberar al Gobierno y a los diputados. Digo de ir yo, porque Aramburu me lo ha pedido. Ha tenido ya un incidente grave con Tejero, que quería pegarle dos tiros. Y por lo visto ha dicho que él sólo hablaba con Milans o conmigo.

—¿Abrir conversaciones con Tejero, en nombre del Rey? —Sabino repite para que el Rey se entere, porque le tiene al lado y quiere seguir la conversación sin ponerse al teléfono.

—Sí, y a cambio de que él y sus hombres abandonen el Congreso y cesen el secuestro, dándoles las facilidades equis que se consideren adecuadas, para restablecer la normalidad constitucional que se ha fracturado, yo a continuación, con la presidencia vacante como está, ofrecería a los diputados la formación de un Gobierno de coalición o de concentración con un presidente independiente de los partidos. Un militar, pensando en aplacar algo la situación del Ejército en estos momentos…

—¿Un presidente militar? ¿Has pensado en alguien concreto?

—He pensado que puedo ser yo… Bueno, más bien me lo han sugerido. Hace un rato, el propio Milans, que hablaría también con Tejero, porque tengo la impresión de que Jaime está deseando que esto termine de una vez… Esta aventura le pilla ya mayor.

Sabino se ha quedado muy silencioso. Ha repetido algunas frases para que el Rey las oiga. En realidad a ninguno de los dos les sorprende lo que dice Armada. Es una operación que conocen desde su génesis. Pero han de seguirle el paripé:

—Hombre, yo comprendo que no tengo las capacidades que se requieren para gobernar un país, soy bien consciente de mis limitaciones, ni soy político, ni soy economista… Y tendría que

empezar renunciando a mi carrera militar, pero me sacrificaría por España.

—No, Alfonso, lo difícil y lo incierto de esa solución no es porque tú no valgas ni tengas condiciones, que las tienes para dar sopas con honda a muchos políticos, sino porque un Gobierno formado en estas circunstancias, bajo la coacción de las metralletas, sería ilegal, no tendría legitimidad democrática, la sociedad no lo aceptaría, no duraría nada… Sinceramente, pese a tu buenísima intención, esa propuesta me parece un disparate.

—No tan disparate, Sabino. Yo lo primero que tengo que obtener de Tejero es que retire a sus fuerzas y me deje hablar a solas con los diputados. Hemos consultado la Constitución y…

—«Hemos…» ¿Quiénes?

—Aquí, en el Estado Mayor, estoy con otros diez generales. Y en nombre del Rey se puede hacer una propuesta semejante. Hombre, para que sea democrática, los diputados tendrían que votarme…

—Pues ¡ésa es otra! No me imagino a los diputados de izquierdas votando como presidente a un general.

—Sabino, me votarán. Y no sólo el centro y la derecha: cuento hasta con el apoyo y los votos de los socialistas.

Armada querría no haber desvelado sus cartas. Acaba de poner de manifiesto que con antelación ha estado maniobrando y ganando adhesiones políticas.

Una vez dicho eso, Sabino le plantea un pacto:

—Alfonso, somos compañeros y amigos desde hace muchos años, hemos vivido muchas cosas juntos. Y yo sé que si estoy aquí es porque tú le hablaste al Rey de mí. Te propongo un pacto de amigos y caballeros: ocurra lo que ocurra, salga bien o salga mal lo que vas a hacer, yo jamás haré uso de esto que me has dicho, lo guardaré en secreto, si tú me das tu palabra de honor de que al negociar con Tejero y al dirigirte a los diputados, lo haces a título personal, sin meter para nada al Rey, ni escudarte en su nombre.

Invocando la vieja amistad, ambos se juramentan en silencio. Será un pacto de hierro que cumplirán los dos. No lo rompieron ni en el consejo de guerra[32].

El Rey ha seguido la conversación sin pestañear. También, asintiendo con la cabeza, el subrayado de Sabino «cualquier iniciativa que tomes, será por tu cuenta y a título personal, según te dicte tu conciencia y sin utilizar para nada el nombre de Su Majestad». ¿Cómo una decisión que afecta a la médula de la tenencia del poder del Estado puede ejecutarse «a título personal»?

Sabino estaba de vuelta. Por eso Armada con él pinchaba en hueso. Sabino había estado de acuerdo con la *solución Armada*. La conocía desde su instante cero más uno. En julio de 1980 ya sabía que estaba en marcha. Recibió y entregó documentos de constitucionalistas, de estrategas políticos y de analistas del CESID «de parte del general Armada para Su Majestad el Rey», que se encargó de vehicular hasta su destinatario, bien en mano, bien por valija de Casa Real hasta Marivent. A petición del Rey, y en su presencia, la explicó a amigos de gran confianza, como Paddy Gómez-Acebo y Jaime Carvajal y Urquijo. Pero se puso en contra cuando vio que el empecinamiento de Armada podía arrastrar al Rey hacia un derrape peligroso, fuera de la legalidad.

Ahí ya Sabino se desmarcó. Y el Rey también.

El Rey, en las consultas regias con los líderes de los partidos, intentó designar a Armada en lugar de Leopoldo; lo habría hecho abiertamente si hubiera habido más oferta de votos respaldando al general que al candidato de la UCD. Pero el instinto le advirtió. No lo vio claro.

Con todo, hubo otra tentativa: la de pedir a Leopoldo que incluyera a Armada en su próximo Gobierno como ministro de la Defensa con la distinción de vicepresidente. Lo sorprendente es que, al parecer, Leopoldo aceptó el deseo del Rey. Tras la primera votación, la del día 20 de febrero, Alfonso Osorio, que había dado su voto a Calvo-Sotelo y algo habría charlado con él, le dijo a un dirigente socialista «lo único seguro es que en Defensa estará Armada»[33].

Pero Armada pujaba con más ambición.

Yo, el 23-F, más que una mosca detrás de la oreja, tenía ¡una legión de moscas! —decía Sabino—. Y monté guardia permanente para que Alfonso Armada no subiera a Zarzuela. No eran celos profesionales o personales. Era ¡desconfianza en estado puro![34].

Gabeiras al Rey: «Dice Armada que a usted no le obedece nadie»

Sobre las 21.30, cuando Gabeiras regresa de la JUJEM al palacio de Buenavista, uno de los generales, Mendívil, le cuenta que en su ausencia Armada ha hablado con Milans dos o tres veces, y le ha dicho que hay una serie de regiones sublevadas, de espaldas al Rey; por tanto, eso ya supone de facto la división del Ejército. También le advierte que desde el Palace, el general Aramburu le ha pedido que vaya y hable con Tejero, porque si Laína ordena la entrada de los geos, aquello puede ser una masacre.

Años después, Gabeiras recordaba bien aquella escena:

Llamé a Armada a mi despacho y le pregunté: «Alfonso, ¿es cierto esto que me dicen?» Volvió a repetirme lo de las capitanías sublevadas, y me dio su teoría de apaciguamiento, nombrándose él jefe del Gobierno de concentración. No quise indagar de dónde le vino la idea, cómo la coció y cómo la rumió, allá él. Cogí el teléfono y llamé al Rey, porque yo estaba a punto de explotar.

—Señor, aquí tenemos esta situación: dice Armada que a usted no le obedece nadie.

—¡¿Cómo?! —dijo el Rey.

—Pues eso es lo que está diciendo Armada a todos los generales que tengo aquí en Buenavista: que casi todas las capitanías y casi todo el Ejército están del lado de Milans. ¡Y después de haberme visto hablar por teléfono y de que usted le contara a él que estaba también en contacto con los capitanes generales!

—Que se ponga —me dijo el Rey.

Armada se puso. Lo que hablaron no lo oí, pero me imagino que el Rey se despachó lo suyo. Cuando colgó, dijo: «El Rey no está de acuerdo». «¡Eso ya te lo hemos dicho antes!» Pero él insistía en que tenía que ir.

Durante un rato nos argumentó que su propuesta como presidente sería constitucional porque, según el artículo 1 de la Constitución, «la soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado»; y que, habiendo en esos momentos un vacío de poder, si él se proponía a los diputados, como legítimos representantes del pueblo, y si le aceptaban, esa

solución sería legal. Antes, él pediría a Tejero la retirada de los guardias, para que el Congreso deliberase y llegara a una fórmula de formación de Gobierno. «Porque lo que urge —decía— es solucionar la situación creada y volver a la normalidad. No hay situación más anticonstitucional que la que existe en este momento. El propio Parlamento tendría que presentar o comunicar al Rey la solución que hubiesen acordado. Pero lo importante ahora es resolver la emergencia en que estamos».

Volvió a llamar a Zarzuela. Habló con el Rey. Luego, más extensamente, con Sabino. Al fin, a eso de las once menos cuarto, autorizado por el Rey y por mí, decidimos: «Bueno, que vaya, pero exclusivamente para convencer a Tejero de que retire a sus guardias y se entregue». Es lo que me dijo el Rey antes de que saliera Armada. Yo, encerrados los dos en mi despacho, volví a leerle la cartilla y a insistirle en lo mismo, que no era cosa mía sino de La Zarzuela. Incluso le propuse, y se lo dije al Rey, acompañarle a las Cortes para que convenciera a Tejero, pero como una añagaza, y así yo tendría la seguridad de que, estando con él, no se ofrecería para ser presidente del Gobierno. La respuesta de Armada me pareció increíble: «¡Ni hablar! Nunca le he mentido a nadie y no voy a mentirle a Tejero». Le contesté: «Pues yo, por una cosa así, le mentiría hasta al sursuncorda. Y al final fue»[35].

Extraño malabarismo el de Armada con la Constitución y el vacío de poder. Si conseguía que Tejero y sus guardias se retirasen del Congreso, automáticamente quedaría restablecida la normalidad. ¿Qué necesidad habría entonces de formar un nuevo Gobierno?

Es obvio que Armada quería aprovechar el golpe de Tejero para dar su golpe de mano personal *pro domo sua*. Utilizar el escenario parlamentario, el maltrecho psiquismo de los diputados y el detonante militar para su operación política.

En todo caso, lo que no podía vestirse de licitud, con metralletas o sin metralletas, era suplantar al candidato en plena liturgia de investidura y ponerse él, porque había logrado convencer al Cuartel General del Ejército y a Su Majestad el Rey. ¿Negociar? Con Tejero, sí, el fin de la coacción. Pero, para presidir un Gobierno, con quien tendría que «negociar» sería con ese diputado que, sin estar retenido aparte junto con los «rehenes de oro», era el único que tenía todos los avales legítimos del poder: su señoría Leopoldo Calvo-Sotelo.

¿Era pensable que Leopoldo le cediera el turno? Tal vez sí, en aquellas tremendas circunstancias… Cuando llevaban un montón de horas de secuestro, modales zafios de los civilones y chulerías del capitán Muñecas desde la tribuna, Leopoldo se desahogó con los ministros que tenía más cerca, Pérez-Llorca, García Añoveros y Ordóñez:

—Si salimos de ésta, yo renuncio a la presidencia —lo dijo muy serio y como nauseado—. Lo siento, pero lo de los militares yo no lo entiendo. Es mejor que se haga cargo Adolfo.

—Pues yo, si salimos de ésta —remachó Ordóñez—, me largo de este país bananero que no tiene remedio y me voy a vivir al extranjero[36].

En el supuesto de que el candidato reafirmara esa renuncia, y retiradas las fuerzas de Tejero, al menos del hemiciclo, la fórmula de Armada se podría haber aceptado. Así lo admitía, venciendo su repugnancia, el diputado socialista Pablo Castellano:

Con la Constitución en una mano y el dictamen de los letrados de Cortes en la otra, la oferta

de Armada hubiese tenido cabida legal: «Señorías, ante tan grave situación —ése iba a ser su discurso desde la tribuna—, yo sacrifico mi carrera militar y me ofrezco para presidir un Gobierno de amplia coalición que gestione imparcialmente las próximas elecciones. Acabo de hablar con los dirigentes políticos de sus partidos y cuento con sus votos positivos». Y eso, estando los líderes de los partidos más importantes retenidos en la sala del carillón, lo hubiesen aceptado todos los diputados. Más o menos a lo trágala, pero todos.

Según Armada, «la autorización para ir al Congreso me la dio Gabeiras, después de consultar con el presidente de la JUJEM, Ignacio Alfaro Arregui, y con el Rey. Más que autorización, fue una orden. Fui oficialmente. En misión. Me dijo: "Alfonso, resuelve la situación. Primero, que los diputados queden en libertad. Segundo, no impliques al Rey, tienes que ser tú el que asumas la responsabilidad. Tercero, ofrece a Tejero un avión o dos, que están listos en Getafe, para que pueda marcharse". Eso es lo que hice. Y lo logré al día siguiente, sin víctimas, sin que nadie saliera herido. ¡Muy pocos han reparado en ello!»[37].

Armada omitía —selectiva memoria y selectiva desmemoria— que su gestión liberadora con Tejero se torció en cuanto le expuso su propósito presidencial. Era el motivo fuerte para entrevistarse con Tejero.

Armada acude al Congreso de los Diputados, autorizado a negociar la salida de Tejero y sus guardias, facilitándoles unos aviones militares, ya repostados y a punto en Getafe, para llevarlos a Portugal o Argentina o Brasil, al punto del extranjero que escojan, en una especie de extrañamiento. Y con el visto bueno para proponerse como presidente de un nuevo Gobierno, «a título personal», sometiéndose a la votación de los diputados. El JEME Gabeiras le despide en la puerta de su despacho de Buenavista cuadrándose y saludándole con la mano en la sien, y exclamando un «¡a tus órdenes, presidente!».

El Rey demoró su mensaje porque nada estaba claro

Cuando RTVE estaba todavía ocupada y bajo el control de los capitanes Merlo y Corisco, del Regimiento Villaviciosa 14, Sabino llamó a Fernando Castedo, el director general: «Fernando, ya sé cómo estáis ahora, pero di ahí que vayan preparando un equipo, porque pienso que en cualquier momento el Rey tendrá que hacer alguna declaración». Por la forma de decírselo, Castedo entiende que ni es algo perentorio, ni el Rey lo está pidiendo, sino que es Sabino quien prevé que será necesaria una intervención televisada del Rey en el momento equis, y eso conviene tenerlo a punto. Al cabo de una hora, vuelve a llamar Sabino, entonces ya para decirle que envíe al equipo: «El Rey va a dar un mensaje a toda la nación». Eso ocurría a las 21.50[38].

Mientras tanto, entre las dos llamadas, Mondéjar ha convencido al coronel Valencia Remón para que retire sus tropas y permita la salida del equipo técnico. La misión de este coronel era —según dijo en los juicios— «más que ocupar RTVE, protegerla y preservarla, de modo que estuviese en manos seguras cuando la autoridad necesitara hacer uso de ella».

A los cinco minutos, los periodistas Jesús Picatoste y Pedro Erquicia salen de Prado del Rey. Los cámaras y los técnicos con el equipo lo hacen media hora después, a las 22.30. Sin embargo, tardan una hora en llegar a La Zarzuela. Aunque apenas había distancia, van despacio, con

precaución, porque no saben qué situación militar hay en aquella zona, y la DAC Brunete está a un paso. Al llegar al control de acceso por Somontes, les hacen un exhaustivo chequeo de seguridad, a ellos y a cada uno de los innumerables bártulos de rodaje. A las 23.30 ya están en el piso donde se ubica el despacho del Rey.

Don Juan Carlos se ha adelantado a su mensaje televisado con un télex a todas las regiones militares, mandos de Tierra, Mar y Aire. Ahí afirma ya la legalidad constitucional y se sitúa en la cúpula del mando dando órdenes a las autoridades civiles y a la JUJEM.

Después, para hacer tiempo y detener impulsos golpistas de otros militares, Sabino le pide a Castedo «que RTVE vaya anunciando que el Rey se va a dirigir a la nación, pero sin indicar cuándo ni en qué sentido».

Los técnicos prueban luces en la sala de audiencias, pero Fernando Gutiérrez, jefe de prensa, les indica que el escenario será el despacho del Rey: «Es un mensaje que requiere empaque oficial, y la imagen ha de ser el Rey detrás de su mesa, mandando».

Hacia las once de la noche, el príncipe Felipe se estaba quedando frito de sueño en una butaca y Manolo Prado se había ofrecido a llevarle a la cama.

—No, no, déjale aquí —le dijo el Rey—, y que esté atento, porque el día de mañana nadie podrá contarle lo que estamos haciendo… Conviene que lo vea por sí mismo.

El príncipe se espabila en cuanto se entera de que han llegado los equipos de RTVE. Sale flechado al lugar donde trajinan sacando cables, aparatos y chismes de unas enormes cajas negras. Merodea entre los focos, los micrófonos, las cámaras, las sombrillas plateadas para refractar la luz o amortiguarla… «¿Esto para qué es? Y esto, ¿cómo se llama? ¿Si enciendo el televisor de aquí, puedo ir viéndolo a la vez?»

Picatoste telefonea a La Moncloa y habla con Aurelio Delgado:

—Esto aquí está muy confuso. De momento, no saben siquiera si se va a dar mensaje o no. Mi impresión es que esperan a que se resuelva algo, o se despeje algo… El Rey está trabajando, va con chándal. Ha venido un momento a saludarnos y a pedir perdón por hacernos esperar… Me ha parecido sereno, pero preocupado, serio, con el ceño fruncido. Yo le he preguntado en abstracto «¿cómo van las cosas, Señor?», y ha hecho un gesto muy plástico: con la mano de canto y girándola a derecha y a izquierda, a derecha y a izquierda, nos ha dicho: «En estos momentos, así, así…» No sé si nos volveremos a Prado del Rey sin grabar nada, porque el Rey está dudoso, y a los demás tampoco se les ve muy decididos. El Rey ha dicho: «Tal como están las cosas, ¿cómo me voy a definir…? Si me precipito, puedo quemarme en vano. Y no creo que convenga que el Rey se queme, ¿no?» Tiene razón. Es la única baza que nos queda[39].

Ésa realmente era una hora incierta. El mapa militar seguía como un campo de minas. A la actitud sublevada de Milans se añadían las posturas indefinidas de Ángel Campano en Valladolid y Elícegui en Zaragoza, muy tentados a «tirar adelante y dar el golpe»; y las de Pascual Galmés en Barcelona y De la Torre Pascual en Baleares, que se mantenían «a la espera de cómo evolucionaban los acontecimientos». Fue necesaria una segunda ronda de intensa persuasión[40].

Los técnicos de RTVE ya han desplegado sus equipos, instalado las dos cámaras, la de grabar y la de filmar, los micrófonos, los focos, el monitor de seguimiento… pero el Rey sigue sin cambiarse de indumentaria. En La Zarzuela hay sensación de tiempo muerto. En esos mismos

momentos, pero en el despacho acristalado de la zona nueva del Congreso, se está produciendo una conversación del más alto interés entre Armada y Tejero. ¿Aguanta el Rey hasta conocer el resultado de esa negociación? ¿Ha parado el cronómetro antes de pronunciarse en público? Lo pretenda o no, de hecho será así.

Por fin, pulsado el estado opinión en las capitanías dudosas, el Rey decide dirigirse al país. Ya se ha orientado. Ya sabe qué terreno pisa y cuál es el bando ganador, o hacia dónde se inclina la opinión militar. Desde Londres, su cuñado Constantino le ha dicho: «Yo no soy quien para darte un consejo; pero sí te recuerdo que mi error fue pronunciarme sin saber de qué lado estaban los mandos militares. Tú conoces mejor ese terreno, pero no des un paso sin vuelta atrás hasta que no tengas bien sujeto, ¡y bien seguro!, el control de la situación». Es decir, hasta haber desatornillado el último elemento golpista dispuesto a sublevarse. Constantino se manifestó por la Constitución y en contra del golpe. Quizá infravaloró el poder de los coroneles. Le cortaron las líneas telefónicas del palacio de Tatoi y le aislaron.

Esa noche, hablando con Erquicia y Picatoste, el Rey desliza un par de comentarios muy expresivos: «Quieren hacerme lo que le hicieron a mi cuñado, ¡pero yo no me dejo!»; y en otro momento, después de reiterarle a Milans la orden de repliegue: «Milans… ¡Joder, qué tío!»[41].

Alguien, por el teléfono de la línea interior, pregunta si el Rey ha de vestirse de civil o de militar. Desde el otro lado, Sabino le responde: «¿Cómo que de civil? En un momento como éste, eso ni se plantea: de capitán general, uniformidad de media gala, camisa blanca, corbata negra y pasadores sin condecoraciones. Puede ponerse el fajín, aunque sentado no creo que se le vea».

Tiempo después, Sabino explicaría:

Ya sé que se hicieron conjeturas con eso, pero justo aquella noche el Rey tenía que pronunciar su mensaje de autoridad y definición terminantes, con el uniforme de capitán general, como jefe del Estado y mando supremo de las Fuerzas Armadas. Tanto si era para doblegar y meter en cintura a los militares que habían roto la disciplina, como si era para proponer a Armada de candidato a presidente del Gobierno, a fin de salir de un intento de golpe, el Rey tenía que comparecer de uniforme militar. Se vistió tarde, hasta el último momento seguía con el chándal, pero la duda no era por el vestuario, sino por la información: el Rey demoró la grabación del mensaje por esperar a que se despejase algo más el panorama en las capitanías de Valencia y Valladolid —Milans y Campano—; y también por ver en qué acababa la gestión de Armada, que había ido a negociar la retirada de Tejero; pero por lo visto discutían y discutían, y el tiempo se nos echaba encima sin conocer el resultado final. Así que redacté el texto del mensaje sin alusiones concretas a lo que estaba ocurriendo.

El Rey en su discurso no corta ningún camino, ni niega ninguna posibilidad a lo que está intentando Armada. No le menciona ni para apoyarle ni para censurarle. Lo que condena y reprueba es el asalto al Congreso.

Un mensaje aséptico, «atemporal», aun enmarcado en aquellas circunstancias; pero lo suficientemente ambivalente y vago como para amparar cualquier solución que Armada hubiera conseguido, siempre que fuese constitucional. No se hacían menciones concretas ni a Tejero ni a Milans, ni se pedía unidad al Ejército. Era sólo afirmativo en la apuesta de la Corona por la

Constitución. El Rey quedaba como un faro.

Con el mensaje del 23-F, además de tranquilizar al pueblo español diciéndoles, «eh, que yo estoy con la Constitución», el Rey se dirigía a los militares todavía en la duda de si adherirse o no al pronunciamiento de Milans y al golpe de Tejero. Después de ese mensaje, el Rey trazó la raya, cruzó su Rubicón[42].

A las doce menos diez, el Rey sube a cambiarse de ropa. Antes, se acerca a Erquicia y a Picatoste, y les da un par de holandesas mecanografiadas. Arriba, en azul intenso, el sello de la Casa Real. Es el mensaje. «A ver, ¿os parece largo?» Erquicia le echa un vistazo rápido y le indica al cámara: «Cuando Su Majestad llegue aquí, yo te aprieto el hombro para que le acerques el plano, y lo mantienes ahí hasta que yo afloje la presión».

Los focos encendidos. Las cámaras, emplazadas frente a la mesa de trabajo del Rey, una reproducción de Robert Adam. El Rey se sienta, unas pruebas de luz y de sonido. No se maquilla, sólo polvos mate para quitar los brillos.

En silencio, detrás de las cámaras, la Reina, el príncipe Felipe y las infantas Elena y Cristina. En la toma siguiente se unirán la princesa Irene y Manolo Prado.

A las doce y diez de la noche se inicia la grabación.

Al dirigirme a todos los españoles con brevedad y concisión en las circunstancias extraordinarias que en estos momentos estamos viviendo, pido a todos la mayor serenidad y confianza, y les hago saber que he cursado a los capitanes generales de las regiones militares, zonas marítimas y regiones aéreas la orden siguiente. Ante la situación creada por los sucesos desarrollados en el palacio del Congreso, y para evitar cualquier posible confusión, confirmo que he ordenado a las autoridades civiles y a la Junta de Jefes del Estado Mayor que tomen las medidas necesarias para mantener el orden constitucional dentro de la legalidad vigente. Cualquier medida de carácter militar que, en su caso, hubiera de tomarse deberá contar con la aprobación de la Junta de Jefes del Estado Mayor. La Corona, símbolo de la permanencia y unidad de la patria, no puede tolerar en forma alguna acciones o actitudes de personas que pretendan interrumpir por la fuerza el proceso democrático que la Constitución votada por el pueblo español determinó en su día a través de referéndum.

Termina. La Reina dice: «¡Ha salido estupendo, muy bien!»

Erquicia y Picatoste se miran. El Rey no ha estado ni natural ni suelto; demasiado envarado. Se enganchó y tartamudeó un par de veces. En un momento así, con todo el país expectante, y tratándose de un mensaje breve, de impacto, de espoleta, para afirmar autoridad y solidez, debe salir perfecto en la imagen y en la dicción. Con ese discurso de minuto y medio, el Rey tiene que disipar todas las brumas, todas las dudas y dar una orden firme de ponerse todos bajo la ley, bajo la Constitución.

En ese minuto y medio se juegan cosas muy importantes para todos: resolver el aplastamiento del golpe y el triunfo de la democracia. El Rey, «la baza que nos queda», no puede equivocarse, no puede balbucir, no puede tener un tartamudeo.

Picatoste se atreve: «Señor, convendría repetirlo entero, dos veces, la segunda nos servirá como copia de seguridad».

Al Rey le parece bien. Cuando van a empezar de nuevo son las 00.27.

En cuanto terminan, el Rey le dice a Picatoste: «¡Venga, y ahora emitirlo a toda leche!»

Salen de La Zarzuela a las 00.30, fuertemente escoltados por miembros de la Guardia Real que bajo sus gabardinas blancas llevan metralletas Uzi, negras y compactas. Van en distintos coches y por caminos diferentes. Unos toman la salida de Somontes, otros la carretera de El Pardo. Se encuentran con tropas sublevadas: la columna de *jeeps* de la DAC Brunete mandada por Pardo Zancada, en marcha hacia el Congreso. No los identifican ni les interrumpen el paso. Picatoste en un coche, sentado encima de las cintas. En otro vehículo, Erquicia y Fernando Gutiérrez han camuflado la copia de seguridad dentro de una caja de cables. Los de la furgoneta del equipo técnico llevan dos cintas vírgenes en fundas rotuladas «Mensaje de S. M. el Rey, 23 febrero 1981».

El trayecto de regreso es lento porque por precaución —temen encontrarse tropas de solistas — dan rodeos por vías secundarias, y en varios tramos conducen despacio con los faros apagados. Tardan una hora, cuatro veces más de lo habitual.

Hasta la 1.23 no se emite el mensaje.

En ese momento, el general Armada sale del Congreso. Su última palabra a Tejero es: «Volveré».

El Gobierno de Armada, una lista delatora

Armada, que ha ido al hotel Palace con la intención de entrar luego en el Congreso, hablar con Tejero y proponerse como presidente del Gobierno, si bien a título personal, sin invocar el respaldo del Rey ni el del Alto Estado Mayor, encuentra a la *task force* de los leales en el pequeño despacho lateral que el director del hotel Palace les ha cedido. Son siete u ocho personas: los generales Aramburu y Sáenz de Santa María, que viste de paisano; el gobernador civil de Madrid, Mariano Nicolás; el coronel de la Policía Nacional, Alcalá Galiano; los comandantes Ostos y Moreno, y el coronel Vázquez, todos de la Guardia Civil. Demasiada gente. Armada tiene que ceñirse estrictamente a los límites que Gabeiras y La Zarzuela le han marcado: «Esta gestión es mía. El Rey queda al margen».

ARMADA: Antes que nada, quiero que conste una cosa: vengo aquí como Alfonso Armada. El Rey no tiene nada que ver… Está absolutamente al margen de mi gestión. Voy a hablar con Tejero. Trato de encontrar una solución para resolver esta situación sin daños irreparables. Y lo hago bajo mi exclusiva responsabilidad, tanto si sale bien como si fracaso… Si aquí ha de haber un sacrificado, ése seré yo.

SÁENZ DE SANTA MARÍA: ¿Crees que vas a conseguir algo con Tejero? Está muy cerrado al diálogo… Ya se ha intentado ¡y nada!

ARMADA: Tengo un par de aviones dispuestos en Getafe, por si acepta una salida de España, a Chile, a Argentina… adonde sea.

ARAMBURU: ¿Un par de aviones? ¿Para que se vayan todos los guardias civiles y oficiales que están con él?

ARMADA: Sí, claro. Yo voy a decirle que retire sus tropas y cese la presión de las armas ahí dentro. Como contrapartida, una salida… y ¡que se vayan todos los que quieran, adonde quieran!

(Armada calla. Parece que no va a decir nada más. Los ocho del Palace *task force* le miran en silencio y expectantes).

ARMADA: A continuación, pienso dirigirme a los diputados para ofrecerles una solución, porque esto hay que resolverlo, ¡ya!

NICOLÁS: Una solución, que… ¿será militar?

ARMADA: Naturalmente.

NICOLÁS: Eso significa que… ¿va a mandar un militar?

ARMADA: Pues, sí.

NICOLÁS: Perdona, mi general, que te lo pregunte así «tan por la directa», pero todo esto es muy nuevo, muy desconocido. Ese militar… ¿vas a ser tú?

ARMADA: Si me eligen… sí.

(Nicolás refleja en su rostro una mezcla de sorpresa y estupor por lo que acaba de oír. Entonces, el general Armada se extiende algo más para explicar sus intenciones:)

ARMADA: La solución que voy a proponer es la vuelta a la normalidad y a la legalidad; que sigan en vigor ambas Cámaras, y que se forme un Gobierno en el que tenga cabida, quizá como presidente, algún militar…

NICOLÁS: Bueno… Estamos hablando de España, del Rey, de la situación comprometida en que nos encontramos… Todo eso está muy bien; pero, mi general, se te olvida una *cosa* llamada Constitución.

ARMADA: No, no se me olvida. La solución que yo quiero proponer engarza perfectamente en la Constitución.

SÁENZ DE SANTA MARÍA: ¿Y con qué apoyos cuentas, Alfonso, apoyos militares? Porque, por lo que yo sé, Tejero está ahí solo. Salvo Valencia…

ARMADA: Hay algunas capitanías generales que seguirían mi propuesta: Sevilla, Barcelona, Zaragoza, Valladolid y, por supuesto, Valencia.

NICOLÁS: ¿Y Canarias?

ARMADA: ¿Canarias? (La pregunta parece haberle confundido). ¿Quién está en Canarias?

NICOLÁS: González del Yerro.

ARMADA: ¡Ah, sí! ¡No, no…! ¡Canarias no, nada!

Extraño lapsus, que Armada se haya olvidado precisamente de González del Yerro, el único teniente general que, con un prestigio muy superior al de Milans, podría liderar una sublevación y le seguiría casi todo, si no todo, el generalato. Sin embargo, González del Yerro fue el primero en posicionarse ante el Rey «contra este golpe, en este momento, y… con esos dos jefes».

Sáenz de Santa María y Aramburu se miran perplejos por la revelación de Armada. Unos minutos antes, habían comentado la información de primera mano, suministrada por la Policía Nacional después de chequear todas las circunscripciones militares: absoluta normalidad en todas partes, excepto en Valencia; y las noticias directas que les había dado Laína sobre los contactos personales del Rey con los capitanes generales. Estas novedades de Armada no cuadran con lo que ellos saben. O Armada viene mucho mejor informado, o…

Armada se aparta un poco del grupo, hace una señal a Aramburu y a Sáenz de Santa María, que se le acercan. Saca del bolsillo derecho de su guerrera un papel bastante sobado y se lo

muestra. Es una lista de Gobierno. Entre los nombres leen: «Presidente, general Alfonso Armada; vicepresidente para Asuntos Políticos, Felipe González (PSOE); vicepresidente para Asuntos Económicos: José María López de Letona (banca); ministro de Asuntos Exteriores, José María de Areilza (Coalición Democrática, CD); ministro de la Defensa, Manuel Fraga (AP); ministro de Justicia, Gregorio Peces-Barba (PSOE); ministro de Economía, Ramón Tamames (PCE); ministro de Trabajo, Jordi Solé Tura (PSUC)…» En la antepenúltima línea pone: «Ministro de Autonomías y Regiones, general José Antonio Sáenz de Santa María».

—¿Y a mí por qué me pones de ministro de eso? —pregunta Sáenz de Santa María.

—Porque has estado destinado en el País Vasco y te conoces aquello —responde Armada[43].

Dando por concluida la conversación, Armada toma su gorra, que dejó sobre la mesa. Aramburu se ofrece a acompañarle. Va tras ellos Mariano Nicolás. Sáenz de Santa María se queda en el despacho, pegado al teléfono, para verificar esos hipotéticos apoyos que las regiones militares citadas por Armada le dan al pronunciamiento de Milans… y a la *solución Armada*.

Mariano Nicolás se siente abrumado: «¡Este hombre a lo que viene es a consumar el golpe!» En ese momento no se acuerda para nada de la *Operación De Gaulle*, tan cacareada en los periódicos durante varios meses. No cae en la cuenta de que Armada pretende hacer exactamente eso mismo.

Aramburu se ha enganchado con el tema de los aviones y la salida al extranjero de sus subordinados sublevados. Calcula, ¿doscientos, trescientos…?

Sáenz de Santa María, mientras marca y espera línea, le da vueltas al alcance de la frase «si aquí ha de haber un sacrificado, ése seré yo». Al final, se pregunta «¿y quién coño te manda sacrificarte?, ¿no vienes porque te da la gana?, ¿o eres el chivo de Otro?»

Ya tiene a Laína al habla. Le informa de las nuevas de Armada, y Laína le dice:

—Cuando Armada salga de hablar con Tejero, dile que quiero verle. Es necesario e imprescindible que venga a mi despacho.

—Bueno, eso si no le sacan a hombros los diputados, porque… ¡no veas en qué plan viene!

Aunque luego Armada, en los juicios posteriores, negase «haber llevado al Congreso o haber redactado siquiera una lista de Gobierno», la lista la llevó, la vieron Aramburu y Sáenz de Santa María, la vio Tejero y la comentó en dos conversaciones telefónicas que hizo después desde el Congreso, y que Telefónica registró desde el cuarto de escuchas por orden de Laína. La doctora Carmen Echave, una joven médico, militante de la UCD, que pasó el 23-F en el Congreso ayudando cuanto pudo, tuvo la ocasión de escuchar el recitado de nombres y ministerios, y la sagacidad de anotarlo a vuela pluma con abreviaturas y letra de velocidad. Armada, al mentir, se acogía a su derecho de no declarar en su contra. Y caballerosamente protegía a los implicados en su operación.

La lista es un señalamiento de los «escogidos» entre los que dijeron sí a su Gobierno de concentración. Otra cosa es que hubiese consultado o no con cada uno la adjudicación de tal o cual cartera. Pero no estando todos los que son, sí son todos los que están. Es una representación de la trama civil que conspiró en la *Operación Armada*, llámese golpe blando o golpe de timón… «constitucional, por supuesto». Y no sorprende ver en esa relación a Felipe González con rango de vicepresidente político, a Fraga ¡en Defensa!, a Múgica, a Javier Solana, a Luis

María Anson, que se lo ganó a pulso. No sorprende ver a críticos de la UCD como José Luis Álvarez o Herrero de Miñón. O a empresarios que patrocinaban el invento: Ferrer Salat, Garrigues Walker… Eran los mismos que jugaban a derribar a Suárez con una moción de censura constructiva. Y leyendo en el listado al camaleónico Pío Cabanillas —un pie en el Gobierno de Leopoldo y otro en el de Armada, o en el tranvía que pase hacia el poder— se entiende que ya el 19 de febrero asustara a Pujol con «revuelo de entorchados»[44].

Esa lista comprometía seriamente a un montón de personas vips. Por eso, cuando Carmen Echave, dispuesta a aportar su hoja de agenda como prueba en el juicio de guerra, le mostró el listado a Juan José Rosón, se quedó helada al oír «el consejo» del ministro: «Carmen, eso complicaría a mucha gente. Y a ti misma te crearía dificultades. Sé prudente».

Por otras vías, esa lista se conoció en el consejo de guerra y la hicieron pública los periodistas en sus medios; sin embargo, ninguno de los mencionados en la relación del Gobierno de Armada se atrevió a desmentir que su nombre figuraba en ese papel y que, por tanto, Armada contaba con él para aquella o para cualquier otra cartera, si la operación salía bien. Sólo Anson, treinta años después, dijo que a él Armada no le había consultado para esa cartera. Es sabido que las consultas y los encuadres para confeccionar el puzle de Gobierno son tarea posterior, antes está el ser nombrado. Y Armada no tuvo ese «antes».

Armada a Tejero: «Y un Gobierno Militar, presidiéndolo yo, ¿lo aceptarías?»

A las 23.55 Armada llega a las verjas del Congreso. Está de guardia el capitán Abad. Se cuadra. Armada responde al saludo llevándose apenas dos dedos enguantados al extremo de la visera, mientras dice:

—Buenas noches… «Duque de Ahumada».

—Ah, sí, pase mi general…

—No, no. Avise al teniente coronel Tejero.

El capitán Abad se va rápido hacia el Congreso, en la zona antigua localiza a Tejero:

—Ha llegado un general, creo que es Armada, dice «duque de Ahumada», pero no pasa. Pide que vaya usted.

Tejero enfunda la pistola, arroja el cigarrillo en un cenicero de suelo, se cala recto el tricornio y sale a paso ligero hacia el patio exterior. Llega a la verja.

Los dos hombres, Armada y Tejero, se encuentran cara a cara, a través de los barrotes. La noche es fría.

—Soy el general Armada.

—Sí, ya le conozco. ¡Sin novedad, mi general!

Caminan los dos por la acera que flanquea el patio, dirigiéndose al edificio antiguo, donde está el hemiciclo. Van hablando. Aunque el tramo es breve, hacen un par de paradas: se ve que intercambian preguntas y respuestas.

—Tejero, retire usted a sus hombres —le ha dicho Armada nada más empezar— y reintegre al hemiciclo a los dirigentes de los partidos que tiene retenidos aparte. Yo voy a dirigirme a los

diputados, pero tiene que ser sin la presión de las armas… Traigo garantías de que a sus hombres y a usted mismo no les pasará nada, siempre que no haya víctimas… Las cosas fuera se han complicado, se han endurecido: están dispuestos al contraasalto del Congreso y esto puede llegar a ser una masacre irreparable.

—¡Pero mi general…! —Tejero se le encara con energía—. ¿Por quién me toma usted…? ¡Aquí no ha habido ni va a haber violencia ninguna, ni sangre, ni masacres!

—Voy a proponer a los parlamentarios una fórmula constitucional: formar un Gobierno, que podría ser provisional, hasta que las cosas en España se reconduzcan por sus cauces debidos. Un Gobierno en el que lo interesante sería que estuviesen representadas e involucradas todas las fuerzas políticas de derecha, centro e izquierda…, o las más posibles.

—¿Y de qué viene Milans del Bosch?

—No, Milans del Bosch no…

—Pero ese Gobierno, ¿será militar, supongo?

—No. Ese Gobierno será de civiles, de políticos. Militares ninguno, sólo yo, si los diputados me eligen. Se lo voy a proponer justo ahora, que es el momento en que la presidencia está vacante…

Tejero se ha detenido en la acera, casi a la altura de la puerta de molinillo que da acceso al edificio antiguo del Congreso. El gesto hosco. Siente una tremenda decepción, que le sube a la garganta, a punto del grito. Traga saliva y se reprime:

—¡Mi general, eso no era lo tratado…! Nos habíamos comprometido a otra cosa, a hacer esto mío de aquí, para otra cosa… Yo sólo acepto lo que se me dijo: una Junta Militar, y nada de parlamentarios, ni de Parlamento, ni de democracias…

Tejero, lince de los que ven crecer la hierba, en un instante se ha hecho con la situación: «¡Este tío lo que quiere es aprovechar mi toma del Congreso y que todos los políticos, a su disposición y con el canguelo en el cuerpo, le voten a él presidente… A toda esa gentuza, que no ha hecho más que jodernos la patria, meterlos en un Gobierno… y todos contentos!» Le sale decir por las claras lo que piensa: «¡O sea, que todo ha servido para que, en vez de a Calvo-Sotelo, le elijan a usted, mi general!»; pero se contiene. Mira el rostro impenetrable y adusto de Armada: ni le gusta su monarquismo, ni le gusta él, ni se fía un pelo de sus intenciones.

Armada, a su vez, en esos segundos de observación mutua, capta, y así lo reflejaría más tarde en su «documento punta azul»:[45] «No me ve ni como jefe, ni como la autoridad que esperaba, ni siquiera como elemento afín a la conspiración previa. Me echaría de aquí ahora mismo, si no fuese porque no tiene otro clavo al que agarrarse. Me considera un enviado de los que están *enfrente*. Para él, yo estoy en el bando contrario. Incluso, puede que ya me haya calificado de traidor».

—Bueno… y esto ¿quién lo manda? —El jefe tricorniado rompe el silencio con una pregunta de quicio, para situarse.

—Como le he dicho, las cosas se han complicado… Hay que ponerse en el momento presente en que estamos, no en lo que le dijeron o le dejaron de decir. La realidad es que el Gobierno en funciones y el Congreso de los Diputados están secuestrados bajo las armas. La situación es muy grave. Y el Ejército, a punto de dividirse: varias capitanías apoyan esta fórmula

mía, que respalda el general Milans del Bosch; pero otras la rechazan… Yo vengo a hacer una oferta, que me parece la única viable, y vengo a título personal.

Armada sabe bien que la gestión debe hacerla «sin mencionar para nada al Rey»… Pero Tejero está duro como el granito.

Tejero suelta lo que tenía pensado:

—Mire, mi general, para cambiar el nombre de Calvo-Sotelo por el suyo, podían haberlo resuelto ustedes desde un despacho, sin necesidad de armar todo esto. —Es un reproche meridiano. Le está diciendo que todo ese berenjenal no lo ha montado él solo: se lo han hecho montar. Y continúa, pero a voz en cuello, indignado—: ¿Ahora resulta que me he jugado los bigotes… para una chapuza?, ¿para que todo siga igual?

Bobis, otro de los capitanes de Tejero, ha entrado hace un momento en el despacho acristalado y pregunta al teniente coronel si puede evacuar a un diputado que se ha puesto enfermo. Tejero le dice que sí, «por supuesto». Al ver los rostros descompuestos de los dos jefes militares, Bobis pregunta:

—¿Ocurre algo?

—¡Nada…! Que un avión y ¡hala, al extranjero!

—Pero ¿es que ha habido alguna contraorden nueva…?

—¡La otra noche me dio la orden de entrar en el Congreso…!

No terminó la frase. Se refería a la noche del sábado 21, cuando Armada y él se vieron por primera vez. El comandante Cortina fue el presentador: los llevó a las oficinas de Aseprosa, una asesoría de seguridad utilizada por el CESID y dirigida por Antonio Cortina, hermano del comandante, en el 5 de la calle Pintor Juan Gris. Ahí Armada le fijó la hora de hacer el asalto y la contraseña «duque de Ahumada» que acreditaría a la «autoridad militar» que debía llegar. Durante los juicios, Armada negaría una y otra vez la existencia de tal encuentro, y que él hubiera dado orden o contraseña alguna a Tejero. Palabra contra palabra.

Pero no sólo Bobis, otros tres capitanes asaltantes —Acera, Abad y Pérez de la Lastra—, declararon en los juicios que esa frase —«la otra noche, Armada me dio la orden de entrar en el Congreso»— la repitió Tejero el 24 de febrero, finalizada ya la ocupación del Parlamento, cuando iban juntos y detenidos, en un Seat 1500 negro, matrícula PGCR0188, para reintegrarse a la Dirección General de la Guardia Civil.

Aún continúan un buen rato Armada y Tejero discutiendo dentro del despacho acristalado. Telefonean a Milans. No se han dado cuenta de que al entrar en ese recinto el teléfono no tenía línea exterior, y ahora la tiene. Queda registrada la conversación entre los tres: Armada, Tejero y Milans.

Por lo que dice Tejero, se ve que Armada ya le ha enseñado el listado de Gobierno: «¡No, si ahora va a resultar que, porque yo he entrado aquí cumpliendo una orden, ya tenemos a Fraga, a Felipe y a la gente de Carrillo en La Moncloa! ¡Tiene su gracia eso…! […] Pero, mi general, ¿cómo me voy a fiar de un general del Ejército que en vez de decir «España» dice «país»? ¡Me ha dicho no sé cuántas veces ya *país*! Y quiere contentar a todos los partidos dándoles a cada uno un par de carteritas […]. No, no, no, yo sólo acepto un Gobierno militar presidido por vuecencia, mi general».

Ante la cerrazón de Tejero en el Gobierno Militar, Armada le pregunta: «Y ese Gobierno militar, si lo presido yo, vosotros ¿qué?, ¿aceptaríais?»[46]

La caja negra del golpe

Esto se registrará de nuevo poco después, cuando Tejero, hablando con su amigo el falangista Juan García Carrés, desde un teléfono también intervenido, le cuente a brochazos su desencuentro con Armada. Es una conversación también «a tres», porque Carrés tiene en una línea a Tejero y en otra al teniente coronel Pedro Mas Oliver, el ayudante de Milans del Bosch, en Valencia. Tejero está nervioso, enfadado, en un momento de tensión límite, y lo mismo intercala palabras soeces de desahogo que ríe a carcajadas. La conversación es larga, pero en estos fragmentos se refiere a su gestión con Alfonso Armada:

GARCÍA CARRÉS: ¿Cómo ha ido esa conversación…? ¿Con Alfonso, también?

TEJERO: Sí, quería hacer una chapuza el tío…, quería meternos a la gente de Carrillo y al ministro no sé qué…

GARCÍA CARRÉS: ¿Cómo?

TEJERO: Sí, y hablar él a los diputados…

GARCÍA CARRÉS: ¡Un momento, no cuelgues, eh!

TEJERO: ¡Yo no cuelgo! (Habla consigo mismo). ¡Estoy pasando un rato cabrón! […]

GARCÍA CARRÉS: (Repite algo que le dicen desde Valencia para Tejero). Que tú, con la moral levantada… (García Carrés informa a Valencia). Oye, Pedro, el que ha ido allí, sí Alfonso… ¡Muy mal!

TEJERO: Pero eso ya lo saben ellos, se lo he dicho yo al general, a Milans, que es un chapucero el general Armada ese…

GARCÍA CARRÉS: (Sigue transmitiendo a Mas). ¿Eh? Sí, sí, pero ¡nada de nada! ¿No ves que me lo está diciendo él por el otro lado? (A Tejero). Oye, Antonio, me dice Pedro que aquí «firmes y en el primer paso de saludo».

TEJERO: Sí, pero dile a Pedro que le diga a Milans que no se fíen nada de Armada, que lo que quiere es ser presidente como sea… ¡al precio que sea!

GARCÍA CARRÉS: (A Pedro Mas). Dice que no te fíes demasiado del que ha ido allí…

TEJERO: ¿Demasiado? ¡Ni un pelo!

GARCÍA CARRÉS: (A Pedro Mas). Dice que no te fíes ni un pelo de aquel señor que ha ido allí. Que ha dicho… dice…, espera, dice que «es vergonzoso»… ¡Un abrazo! (Carrés cuelga la comunicación con Valencia. Sigue sólo con Tejero).

TEJERO: Juan, Juan… Dile que no entraba por eso de un Gobierno militar, porque lo tenía que presidir Milans del Bosch. Oye, pero me dijo: «Y vosotros, si lo presido yo, ¿qué?» De modo que, fíjate tú, el tío entraba hasta por un Gobierno militar ¡con tal de presidirlo él! ¡Éste lo que quiere es una poltrona! […]

GARCÍA CARRÉS: ¿Sabes lo que ha dicho el secretario de Estado norteamericano? Que él no se mete contra España. Que ésos «son asuntos internos de España».

TEJERO: ¡Ah! ¡Me parece muy bien Norteamérica!

GARCÍA CARRÉS: ¿Lo entiendes…?

TEJERO: ¡Que no se meta! ¡Que esto lo arreglamos nosotros![47]

Este fragmento de conversación se escuchará al día siguiente en la reunión de la Junta de Defensa Nacional. Si el Rey todavía mantenía alguna fe en la lealtad de su antiguo preceptor y secretario, el castillo se le vino abajo ante una prueba tan incuestionable. Acodado en la mesa de juntas, ocultó la cara entre sus manos. O quería que las autoridades allí presentes le vieran llorar[48]. Como él mismo confesaría después: «Fue el momento más amargo de todo el 23-F»[49].

Desde el momento del asalto, Laína ordenó al delegado del Gobierno en Telefónica, Julio Camuñas, que se pusiera al mando del control de las llamadas que entraran o salieran del Congreso. Se hicieron dos operaciones. Una fue la del efecto *closed*, cortando sucesivamente setenta y nueve de las ochenta líneas del Parlamento con el exterior. Sólo permaneció hábil todo el tiempo la del despacho del presidente del Congreso. Pero Tejero no lo sabía y, cuando necesitó hablar, lo hizo desde el radioteléfono del coche del presidente Suárez.

La segunda operación fue interceptar y grabar todas las llamadas desde el cuarto de escuchas de Telefónica en el sótano de Gran Vía 24. Se registraron también todas las conversaciones por líneas estándares —no las de líneas blindadas, malla cero, malla verde y teléfonos rojos—; de modo que quedó grabado cuanto se habló aquella tarde y noche desde las capitanías generales, divisiones, brigadas, cuarteles, departamentos marítimos, gobiernos militares y civiles, Cuartel General del Ejército y, por supuesto, palacio de La Zarzuela. El monstruo captador del cuarto de escuchas no era selectivo.

Preguntado en su día el presidente de Telefónica Salvador Sánchez-Terán por el destino y paradero de esas cintas, respondió: «No lo sé. Yo estaba secuestrado. Sí sé que ese cuarto de escuchas funcionó todo el tiempo que duró el secuestro. Pero nunca he tenido esas cintas, ni las he visto, ni sé cuánto ocupan… Lo legal y lógico sería que Julio Camuñas las hubiese entregado en depósito al ministro del Interior, y que éste las pusiera a disposición del juez togado instructor de la causa 2/81. Eso era, en definitiva, un aparato probatorio de un valor incontestable. Literalmente, la caja negra del golpe»[50].

Los mandos del CESID también se atribuyeron «haberlo grabado todo desde la base París, centro operativo de la Agrupación Operativa de Misiones Especiales (AOME); y que «una vez escuchadas las conversaciones, las cintas seleccionadas por su interés se depositaron en la caja de seguridad del CESID en un banco de Union Bank of Switzerland (UBS), en el cantón italiano». Al menos en 1991 allí continuaban guardadas.

Desde el Palace, Armada llama a Gabeiras: «He fracasado en mi gestión de liberar al Gobierno y a los diputados. Este hombre está loco, es irreductible». Gabeiras traslada el parte a La Zarzuela: «Tejero no ha permitido que Armada se dirija a los diputados, ni menos aún acepta el avión para salir de España». Es la 1.20. Tres minutos después, se emite por RTVE el mensaje del Rey.

Tejero, a quien encomendaron que activara «el detonante», fue finalmente el artificiero que lo desactivó. No fue el Rey, fue Tejero quien se cargó el golpe. El verdadero golpe. El de Armada con su pretendido ritual parlamentario. El golpe palaciego de guante blanco y sin

sangre; el que hubiese sacado de la chistera un presidente y un Gobierno, burlando las urnas; que se habría validado en La Zarzuela, en el Parlamento, en los partidos, en el Ejército, en la banca, en las cancillerías de Occidente, en la OTAN… Sí, pero al carísimo precio de envenenar una vida democrática donde, en adelante, todos serían turbios cómplices trabados con pactos de silencio.

Armada escucha el mensaje del Rey en el coche que le lleva del Palace a Amador de los Ríos 7, donde Laína le espera[51]. Y entra diciéndole muy alterado:

—¡El Rey se ha equivocado! ¡Con ese mensaje ha disociado la Corona del Ejército, la ha separado! Éste es un asunto militar y hay que arreglarlo entre militares, con las leyes militares y las autoridades militares.

La misma peligrosa idea que tuvo la JUJEM por la tarde del 23-F. Y la misma que Armada tenía ya en 1975, antes de la Transición, cuando le decía al diplomático José Joaquín Puig de la Bellacasa, del *staff* de La Zarzuela: «De la restauración de la Monarquía ha de encargarse el Ejército, como siempre se ha hecho». ¡El militarismo monárquico! La saga de los espadones restauradores: Espartero, Narváez, O'Donnell, Prim. Quizá ya entonces pensaba Armada en añadir su ilustre apellido a esa orla de generales sustentadores de reyes.

El momento heroico de Leopoldo

La segunda vez que el comandante Fernando López de Castro visitó a Suárez, ya eran casi las dos de la madrugada. El Rey había aparecido en RTVE a la una y cuarto. Suárez estaba sereno, dominando la situación, sin descomponer su figura —«el presidente inarrugable», solían decirle en broma—, ni siquiera se había aflojado la corbata; pero muy serio y poco hablador.

—Vengo a traerte tabaco, presidente, aunque veo que tienes cuatro paquetes de Ducados…

—Me los ha conseguido un guardia, un chaval muy simpático.

—También te traigo noticias. He estado en La Moncloa, he visto a Amparo, están todos bien, y protegidos por Guardia Civil «de fiar». De todos modos, Lito ha hablado con Tapia, un amigo de Sanchidrián que alquila avionetas, para que tenga una a punto, por si hubiera que sacar fuera a tu familia. Pero no parece que vaya a ser necesario… Aquí, en la calle, Laína está haciendo una operación psicológica para disuadir a los guardias civiles de que continúen: van a instalar en la calle unas pantallas gigantes de televisión con megafonía a todo decibelio, y que se emita una y otra vez el discurso del Rey y lo oigan los guardias que están dentro y los que están acordonando el Congreso. Es importante desengañarlos de una puta vez y que se enteren de que el Rey ya se ha pronunciado en contra del golpe y a favor de la democracia… ¿Necesitas algo?

—No, gracias, nada, nada.

Suárez estaba como ausente, muy concentrado en sus pensamientos.

—Bueno, me voy. ¿Ordenas algo, presidente?

—Fernando —intentó sonreír—, yo en estas circunstancias… no puedo ordenar nada.

—Tú eres el presidente del Gobierno y puedes ordenar lo que quieras, a mí… y a este guardia. —Miró al guardia civil vigilante—. ¿A que sí?

—Sí, mi comandante —contestó el guardia—, lo que él me ordene…, siempre que esté en mi

mano.

Aquél fue quizá el único toque balsámico que tuvo Suárez en las diecisiete horas de su secuestro de *apartheid*.

Entre las muchas cosas que pensaba Suárez durante aquellas horas, aparte de sus vaticinios sobre el golpe y sus premoniciones sobre Armada, dos imágenes duras le venían a la mente: las fauces fieras de *Larki,* el perro del Rey, abalanzándose contra él, y la oreja de Leopoldo; Leopoldo, «el candidato», en el suelo. Y punto y seguido, se le alzaba como una pértiga la idea fuerte de revocar su dimisión y seguir al frente del Gobierno. Le sublevaba la estampa nada gallarda de Leopoldo echándose al suelo.

«El miedo es libre, sí, y el instinto de conservación también —pensaba—. Pero hay libertades que no se las puede permitir el candidato en su investidura como presidente del Gobierno. Yo mismo podía haberme tirado al suelo, y cualquiera de los trescientos cincuenta diputados. Cualquiera, menos Leopoldo»[52].

Sin embargo, también Leopoldo tuvo su momento heroico. Quiso hablar con Tejero. Los guardias se lo denegaron. Le envió un recado: «Yo ofrezco mi persona, incluso a todos los ministros del Gobierno en funciones, a cambio de que dejen ustedes en libertad al resto de los parlamentarios».

Ni le respondieron.

Uno de los ayudantes de campo de Suárez, el oficial de Marina Cristóbal López Cortijo, consiguió entrar en el Congreso y llevar a La Moncloa información de cómo estaba Suárez: «Está vivo, tranquilo, hecho un valiente, templado, ¡y fumando como una chimenea!» Les comentó también que a los guardias civiles se los veía desfondados, acusando el fraude en que los había enrolado Tejero. Los que vigilaban a Suárez en la salita de ujieres le habían dicho: «Presidente, esté tranquilo porque no vamos a dejar que entre aquí nadie contra usted. ¡Menudo puro nos ha metido el cabrón de Tejero!»

Suárez pedía noticias del Rey, de Laína, de los otros rehenes… Y de su familia. Se extrañó cuando uno de los ayudantes que le visitaron le dijo que diez o doce minutos antes del asalto al Congreso y hasta media hora cortaron todas las líneas de teléfonos en el complejo de La Moncloa, en INIA, en Presidencia y en la residencia familiar: desconectaron el gabinete telegráfico. La Moncloa estaba incomunicada. Salvo el teléfono rojo oficial: el de llamar al Rey, a los ministros o a la JUJEM. Hasta que Cassinello posibilitó que les instalaran una línea de malla cero. Quien ordenó eso «antes» del asalto sabía que éste se iba a producir y a qué hora.

Le contaron que su hijo mayor, Adolfito, había repartido las escopetas de caza por distintas habitaciones de la casa para defender a la familia… Suárez se echó a reír: «Es un valiente, y está jugando a Fort Apache».

Sabino: «Si se esperaba a un *elefante blanco*, en mi opinión ese hombre era el Rey»

¿Cómo se habría producido la designación e investidura del general Armada, si Tejero le

hubiese dejado pasar al hemiciclo y subir a la tribuna?

El procedimiento constitucional no es llegar y autopostularse candidato. No habría bastado la mención del *elefante blanco*, que Armada dijera desde la tribuna de oradores: «Señorías, tengo la autorización de Su Majestad, y ahora les pido sus votos», si antes no se hubiesen producido las consultas de los líderes *con* el Rey. Era necesario que los «rehenes de oro» —Rodríguez Sahagún por la UCD, González y Guerra por el PSOE y Carrillo por el PCE—, con quienes se tenía que negociar la suma de votos y su cuota de participación en el nuevo Gobierno, despacharan personalmente con el Rey. Es decir, el Rey tenía que *estar* con los líderes. Era la clave, según la Carta Magna.

Pero ¿cómo hacerlo, estando retenidos en el Congreso?

Aunque los doscientos cincuenta guardias civiles con sus metralletas se retirasen al patio del Congreso, «a fin de evitar la coacción de las armas», los líderes seguirían sin libertad para desplazarse a ver al Rey. Ellos no podrían acudir a las consultas con el Rey en La Zarzuela, pero el Rey sí podría atender esas consultas en el Congreso. «Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña». Y qué precavido fue quien dio a Tejero la orden de que estuvieran ya fuera del hemiciclo, y no a la vista de todos, aislados en la sala del carillón. Una vez allí, el Rey los citaría uno a uno en el despacho del presidente Lavilla, o en cualquier saleta de aquel palacio. Excepcionalmente, este trámite de consultas podría hacerse por teléfono. Y la línea blindada del despacho de Lavilla, la única que no se había cortado desde el exterior, hubiese sido de gran utilidad.

Ahora bien, «en tan gravísimas circunstancias…», de haber llegado el *elefante,* estando ya el Rey en el Congreso, sería anómalo, pero pertinente, que el jefe del Estado en persona se dirigiera a la Cámara para expresar su asentimiento al candidato designado, que a continuación se sometería a la votación de investidura. Un calco idéntico a la *Operación De Gaulle*.

En todo el proceso del 23-F y sus vísperas, sólo una persona mencionó al *elefante blanco*: fue el comandante Cortina, hablando con Tejero el sábado 20 de febrero por la noche.

Cortina me dijo que, después de haber entrado las fuerzas en el palacio del Congreso, a las H + 2, llegaría una autoridad militar «a la que acompañarás, para que hable a los diputados, y seréis relevados por otras fuerzas. No te extrañes si al entrar este jefe militar en el hemiciclo se levanta el portavoz de algún grupo parlamentario, acallando a los demás y diciéndoles que lo que está ocurriendo allí es necesario y hay que aceptar la propuesta que se les va a hacer…[53]. Ni siquiera los socialistas darán guerra. Cuando oigan la contraseña “ha llegado el elefante”, aceptarán lo que se les proponga».

Poco antes, Cortina le había dicho también a Tejero que «el mando de la operación es bicéfalo, pero la cabeza del águila de Armada es mayor, más *gorda* que la de Milans».

Al asegurar a Tejero que la mención del *elefante,* o de la llegada del *elefante* bastaría para que todos los diputados comprometidos dieran su aprobación a la propuesta, Cortina le estaba indicando que, sólo con oír ese nombre, entenderían que se trataba de alguien cuya autoridad, fuera de discusión, era por sí misma el aval de crédito, la garantía de la seriedad de la propuesta. Para no revelarle a Tejero el secreto más valioso de la operación, Cortina aludió con ese símbolo a la persona que todos considerarían facultado para dar un resello estatal y una validez

constitucional a lo que allí se les proponía[54].

El juez instructor de la causa 2/81, José María García Escudero, escribía trece años después algo realmente sorprendente: «Adolfo Suárez declaró que sólo dos personas conocían la identidad del *elefante blanco*. Y una era él. Aunque diez abogados defensores, de los acusados del 23-F, le requirieron para que diese el nombre de la otra persona, con él se ha quedado». No, más que «quedarse con el nombre», Suárez lo estaba señalando como algo obvio: la otra persona que sabía quién era el *elefante*, porque habían acordado que acudiría a darle el espaldarazo oficial, sólo podía ser Armada, el general candidato. Y eso lo dijo Suárez declarando como testigo, por tanto, bajo juramento[55].

Desde que Tejero sacó a relucir al misterioso paquidermo —por cierto, el jefe de los sublevados nunca habló del color del elefante, sino de que llegaría o habría llegado—, no hubo español que no tejiera su hipótesis, su especulación o su adivinanza. Sabino Fernández Campo hizo también su conjetura sobre esa pieza intrigante, y quizá necesaria para que el dispositivo funcionase.

Como el Rey no iba a evacuar esas consultas por teléfono, por mucho que hubiera una línea a punto, me inclino a pensar que el plan incluía que el Rey se personase en el Parlamento para reunirse con los líderes y ponerlos de acuerdo en torno a la candidatura de Armada; luego —una vez retirada la coacción de las armas—, y después de que el presidente del Congreso, Landelino Lavilla, notificase el nombre del designado, que el propio Rey desde la tribuna se dirigiera a la Cámara, «dado lo excepcional de la situación».

Con lo cual, se habría presentado ante los diputados y ante la nación como «el jefe supremo de los Ejércitos», «el vencedor del golpe», «el restaurador de la democracia», «el Rey que tenía la solución»… Unas aureolas que Adolfo Suárez se había empeñado en arrebatarle.

En definitiva, si tenía que llegar alguien por encima de la autoridad, militar, «por supuesto», que era Armada; si de verdad se esperaba como colofón a un *elefante blanco*, ese hombre, en mi opinión, sólo podría ser el Rey[56].

La hora baja del Rey

Reflexionando años más tarde sobre lo visto y vivido en todas aquellas horas a la vera del Rey, Sabino Fernández Campo, que aun no siendo todavía jefe de la Casa de Su Majestad sí era la mano derecha del monarca, recordaba que desde el primer instante «el Rey estaba aturdido y confuso por la situación que se había creado en el Congreso».

El Rey esperaba algo —seguía rememorando Sabino—. Y por supuesto, esperaba a Armada; quería que Armada estuviese a su lado, en lo que hubiera de suceder. Sé que tuve que imponerme para impedir que Armada subiera a La Zarzuela las dos veces que lo intentó. Y si no me pongo severo, entonces Armada sube.

Armada aquel día no le daba soluciones; antes bien, le asustaba diciéndole que, al haber en el Congreso doscientos y pico guardias civiles armados, aquello podía desembocar en un enfrentamiento y en una masacre, como entrasen al recate las fuerzas de intervención rápida, los geos. Con lo cual, se bloqueaba el Rey y se paralizaba cualquier salvamento. Además, cada vez

que llamaba era para darle noticia de unas capitanías generales que se adherían al golpe y otras que no. ¿Era verdad? ¿No lo era? Armada le metía zozobra al Rey: «Señor, esto va a provocar una división del Ejército. Vamos otra vez al enfrentamiento militar y a una guerra civil como en el año 36». ¿Qué pretendía al agitar ese fantasma? Lo que consiguió es que el Rey se fuera sobrecargando, hasta que llegó un momento en que no pudo más. Un rey no es un superhombre.

El Rey se hundió en un bache de pesimismo, de abatimiento, de derrota… Serían las cuatro y cuarto de la madrugada. Ya habían emitido su mensaje por radio y televisión. La gestión de Armada había fracasado y el Rey esperaba mucho de ella. Los guardias de Tejero seguían allí dentro, Tejero en trance de resistencia numantina, y la situación de secuestro pudriéndose. Laína enviaba indicios inquietantes de mucho estrés dentro del Congreso. El último, que por orden de Tejero iban a hacer una pira en el hemiciclo. De la DAC había salido una columna de catorce *jeeps* con ciento trece soldados y varios oficiales, mandados por Pardo Zancada, que se había sublevado para unirse a los guardias civiles. Con Milans ya no valían télex ni órdenes del Rey, de palabra y con voz enérgica: sus tropas y sus tanques seguían patrullando por las calles de Valencia. Varias regiones militares velaban las armas, dispuestas todavía a sumarse al golpe.

El Rey se había jugado la Corona, sin embargo, el panorama de rebelión y desaire al jefe del Estado no podía ser más desolador. Esa noche, había palpado la falta de unidad entre los jefes militares… En el fondo, Armada tenía razón cuando le metía miedo con la división del Ejército. «¿Y ése es mi fuerte —se preguntó en cierto momento—, en el que yo tengo que apoyarme, si van cada uno por su lado?»

Se desfondó. No pudo reprimir la tensión, los nervios, el disgusto… y se puso a llorar. Eran sollozos fuertes, de rabia, de decepción tremenda, de no ver salida: «¡Esto no tiene arreglo, Sabino, esto está perdido!» Lloraba, no como un niño al que le rompen un juguete, sino como un hombre al que le rompen su único juguete, lo que más quiere en este mundo: la Corona. Él la vio perdida. Fue su hora baja.

Todo se le juntaba: la situación impresentable del Ejército; lo malparadas que podían quedar la democracia y la paz civil en España; los tiros en el Congreso, la zafiedad bochornosa de Tejero, un jefe de la Guardia Civil con esa ordinariez y ese odio a los políticos; las trazas de matones de algunos guardias… Y lo que era una noticia bochornosa, lo nunca visto en el mundo entero: todos los diputados y todo el Gobierno secuestrados, y el Estado sin poder hacer nada… ¡Qué mal quedaba España ante el exterior! El Rey lloraba con sollozos, con lagrimones…

Pero lo que yo detectaba en el fondo de todo eso era que él mismo se sentía abrumado, perdido, no veía una solución clara, y temía muy en serio por su propia persona, por la Monarquía… Miedo al futuro. Ése era su gran miedo. El sesgo que podrían tomar los acontecimientos era muy impredecible.

Poco antes de amanecer, el Rey se quitó la guerrera del uniforme y se puso su cazadora negra de piloto. Después, abrió el cajón de la mesa de despacho, sacó la pistola y se la metió bajo el cinto del pantalón[57]. Hasta las 6.10 del 24 de febrero no se replegaron los tanques de Milans en Valencia. La situación se despejaba. El Rey envió a la cama a su hijo Felipe, que se había quedado dormido en un sofá.

Mediada la mañana del 24, cuando Armada ha conseguido la liberación de los rehenes,

firmando con Tejero el «pacto del capó», el Rey se abraza a Sabino: «¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!»

No es un plural mayestático, es un plural de equipo. Pero enseguida, sin mediar una pausa: «Sabino, espero que no te hayas equivocado… con Armada».

Ese singular alza otra vez la barrera entre el Rey y cualquier otro. Ese singular es un dedo índice que empieza a señalar ya un posible error, un posible malentendido, un posible culpable… Concluida la noche borrascosa de dudas y reveses y órdenes que se estrellaban contra las rebeldías; concluida la noche sobresaltada por la telefonía urgente y los peligros, la noche lívida de miedos y silencios y lloros compartidos; concluida la noche de brumas en que los traidores parecían leales y los leales se encerraron en sus casas pegados al transistor; concluida la noche, aquí no ha pasado nada, ese singular lo borra todo, ese singular «que no te hayas equivocado» vuelve a poner al Rey en su egregio sitio y a Sabino en el suyo: secretario universal pero secretario, edecán distinguido pero edecán, lo más alto del personal del servicio, pero servicio.

«Espero que no te hayas equivocado». Los años de pupilaje cerca de Franco hicieron de Juan Carlos un perito en el arte de no quedarse nunca sin cartas que jugar. El Rey se está guardando ahora el último naipe dentro de la manga. Marca así su diferencia con el resto de los mortales. Un Rey nunca se equivoca[58].

CAPÍTULO 7
El Rey, en peligro

Suárez intenta revocar su dimisión

24 de febrero de 1981, 12.15 horas. En el patio del Congreso se ha firmado el «pacto del capó» para la liberación de los rehenes y la entrega de los asaltantes, exonerando a la tropa y a los suboficiales. Tejero comunica a Landelino Lavilla una de las condiciones pactadas: que salgan primero los diputados y ministros, y al final, los guardias civiles y los militares sublevados de la DAC Brunete. Como Lavilla le replica: «No, no, ustedes tienen que irse antes», Tejero insiste: «Lo han aceptado ellos y también nosotros; por favor, acéptenlo ustedes».

De pie, junto a su sitial del estrado, Lavilla indica el orden de salida:

—Salen primero los diputados, después el Gobierno, luego la Mesa. Por último, los guardias civiles.

Tejero saluda militarmente y se dirige al presidente de la Cámara:

—Gracias.

Santiago Carrillo no sale del hemiciclo por la calle, sino por el garaje del Congreso. Coincide con Felipe González, Alfonso Guerra y Nicolás Redondo, que van hacia sus coches, y oye que Felipe está diciendo a sus compañeros: «Ahora hay que entrar en el Gobierno».

Como no ve por allí a Isidoro, su chófer, se ofrece Nicolás Redondo a llevarle. En el trayecto, Santiago comenta con Nicolás la frase de Felipe:

—Sin ánimo de crítica —dijo—, creo que Felipe ha tenido que toparse con un golpe de Estado para decidirse a unir fuerzas con la UCD. Nos jugamos tanto, Nico, que no es hora de andar con melindres de si Calvo-Sotelo es un tío antipático o si es un burgués *estirao*.

—Estamos convocados para esta tarde…

—Pues anímalos en esa línea. Sería bueno para todos[1].

Nada más abandonar el Congreso, el primer cruce de palabras entre Adolfo Suárez y Paco Laína es:

—Me dicen que ha sido Armada quien ha arreglado nuestra liberación…

—Sí, ha sido él, pero…

—Pero ¿qué? ¿Estaba implicado… Armada?

—¡Hasta las cejas!

—Voy hacia La Moncloa, cuéntame algo por el camino, y luego vente y seguimos allí.

Antes de abandonar el Congreso ha citado a Arias-Salgado en La Moncloa: «Rafa, localiza a Pepe Melià, que quiero veros a los dos para un asunto urgente».

En ruta, por radioteléfono, Laína le informa sucintamente de los hechos en sus tramos más importantes. También en el trayecto se entera por Mariano Nicolás y por Aramburu Topete de las entradas y salidas de Armada, que intentó hablar a los diputados y proponerse como presidente de un Gobierno civil o de una Junta Militar, pero Tejero no le dio paso al hemiciclo; de los tanques de Milans por las calles de Valencia hasta las tantas de la madrugada; el gobernador civil de Valencia, retenido militarmente en su despacho; las actuaciones dudosas de unos y de otros… Durante la noche, a través de sus ayudantes, fue teniendo noticias aunque muy deshilvanadas. Ahora empieza a unirlas[2].

Suárez ya había cortado amarras y tenía montado un viaje para estar un mes en América descansando y estableciendo contactos para su futuro bufete privado. Después de dimitir se había quedado a gusto, con la sensación de haberse desprendido de una piel viscosa, y ahora estaba descubriendo una nueva vida. El «chusquero» de la política, funcionario de lo que tocase, ahora iba a ser un profesional liberal con las ataduras que él mismo quisiera ponerse. Su familia contaba los días que faltaban para embalar los muebles, hacer las maletas y dejar La Moncloa para siempre. Pero el 23-F sintió el deber moral de volver atrás, de recuperar la presidencia y emplearse a fondo en reorientar la marcha del país.

En La Moncloa sube un momento a la vivienda. Está con su mujer y sus hijos… Besos, abrazos, algunas lágrimas de las niñas, un puñado de noticias apresuradas hablando todos a la vez, y «a la hora de comer nos lo contamos todo despacio; bueno, me contáis vosotros a mí, porque yo ahora soy como un marciano que llega al planeta Tierra».

Baja al despacho. Se encierra con Arias-Salgado y Melià:

—Quiero revocar mi dimisión. Lo he pensado bien. Necesito, lo antes que podáis, un estudio técnico, la posibilidad constitucional y el procedimiento jurídico… De ser, tendría que ser con urgencia. Porque la investidura de Leopoldo es mañana, 25, a las seis de la tarde. Estudiadlo y luego lo vemos juntos.

Sin reaccionar de la sorpresa, Arias-Salgado y Melià ya han desenfundado sus bolígrafos y empiezan a garabatear algo sobre unos blocs de mesa. Suárez sigue hablando:

—Como habréis podido comprender, la maravillosa democracia que habíamos construido puede convertirse en un minuto en una grandiosa mierda, si llegan unos bárbaros con tricornio o con boina de tanquista y se lían a imponer la ley del miedo pegando tiros. Esto requiere echarle ganas y coraje. Hay mucho que hacer: limpiar, apuntalar, poner coto a los que quieren quitarnos la libertad… Así que, si legalmente puedo, volveré a tomar las riendas. Eso sí, respaldado por la más *Grosse Koalition* que pueda ligar.

Melià lanza un silbido largo, tremolado, intraducible. Luego, un «como esto salga, jefe, se nos ha jodido el viaje», porque él está apuntado a la excursión de «hacer las Américas» con Suárez. Y ya, subiéndose las gafas para hablar en serio:

—Lo primero que hay que ver es qué efectos vinculantes ha tenido tu dimisión. Eso fue el 29 de enero, ha transcurrido casi un mes.

—Sí, pero el cese en las funciones de presidente aún no está publicado en el *BOE* —apostilla

Rafael Arias-Salgado—; y si no me equivoco, lo tiene Paco Ordóñez, firmado ya por Su Majestad.

—Estamos en plena fase de investidura… Hay que mirar bien si es posible interrumpir el proceso. Estudiadlo, revisad cómo se puede manejar todo esto. No tenemos precedentes de nada con la Constitución. Aquí todo es nuevo. Cada vez que movemos un dedo sentamos jurisprudencia política.

—Si no he entendido mal, presidente —Melià interviene otra vez—, tu idea o tu propósito es algo así como parar las manecillas del reloj, dar marcha atrás sobre tu dimisión…

—Lo has clavado, pero ¿cómo se hace eso?

—Jurídicamente, en este momento, cabe la posibilidad de cambiar de candidato, pero sólo en este momento —Rafael Arias-Salgado sujeta su bolígrafo en equilibrio vertical sobre la página del bloc—, puesto que Leopoldo no salió en la primera vuelta y por los tricornios no ha podido ser investido en la segunda… no ha llegado a ser presidente, está en fase de crisálida de candidato.

—¿Estás pensando en que se puede hacer el cambiazo? —Melià pregunta al estilo mayéutico, para avanzar en el estudio—. ¿Presentar a otro candidato del propio partido?

—Sí, aunque yo también lo veo dificilísimo. Misión imposible. Tendría que ser una decisión unánime o muy mayoritaria del comité ejecutivo de UCD, los treinta y cinco reyes de taifas… «Cada barón, una opinión». Y acordaos de lo que costó que se pusieran de acuerdo con la candidatura de Leopoldo. No es predecible cómo podrán reaccionar ahora.

—Os dejo, no os entretengáis mucho. —Suárez, que ni se había sentado, les habla camino de la puerta—. Subo, me ducho, me afeito y me cambio de ropa para ir a La Zarzuela. Bajo en media hora, a ver si puedo llevarme una cuartilla con una minuta breve.

Cuando ha salido, Melià y Arias-Salgado comentan: «¡Jo, está *lanzao*!» «Es como un toro: las banderillas de castigo le crecen». Siguen con el tema, tomando notas:

—Leopoldo jurídicamente no está investido y políticamente no parece el «hombre solución» que agrade a los descontentos. Ahí está la secuencia: primera votación, no consigue votos de apoyo para sacarla; segunda votación, le sacuden un golpe de Estado, y no precisamente las hordas marxistas contra un sobrino del protomártir CalvoSotelo.

—Lo ideal sería que alguien, no Adolfo, se lo hiciera ver, y que él mismo se retirase de modo voluntario. Vayamos a lo práctico. Plan A: que Agustín, como presidente del partido, le plantee a Leopoldo la conveniencia política de su renuncia. Si acepta, fenomenal, el camino queda expedito: el panorama ha cambiado y a nadie se le puede forzar a ser presidente. Plan B, más feo: dejar que Leopoldo afronte su segunda votación sin buscarle los nueve votos de refuerzo que necesita. Resultado: que no salga elegido. A partir de ahí, según el artículo 99 de la Constitución, «si efectuada la segunda votación en el plazo de cuarenta y ocho horas no se otorgase la confianza para la investidura, se tramitarán sucesivas propuestas».

—Sería entonces cuando Adolfo podría presentarse como candidato, con toda su liturgia de consultas regias, negociación de apoyos, etc.

Cuando vuelve Suárez, rasurado, peinado, perfumado y hecho un dandi, le explican lo que hay.

—Si no se te retira motu proprio, no buscarle el plus de votos para la segunda votación. Una simple omisión…

—¡Hombre, dejarle desarropado no me parece de buena ley…! —protesta Suárez.

—¿Qué va a ser de buena ley? Sería una posibilidad legal y una putada política.

—Mi idea es negociar los apoyos para un Gobierno de coalición con el PSOE, presidido por mí o por otro hombre de la UCD. O, mucho mejor para la actual situación, lograr un Gobierno de unidad, un gabinete macedonia, con el PSOE y con los partidos que quieran, y en el que entren suficientes hombres míos, sin estar yo…

—¿Y la presidencia?

—Moneda al aire, y a cara o cruz. Y dos vicepresidencias con buena cilindrada. Pienso en un Gobierno gestor de tres meses, en total sintonía con el Parlamento, que se pusiera la bata verde y la mascarilla, y metiera al país en un quirófano de urgencias[3].

Suárez, al Rey: «No he venido a hablarte de mi familia, he venido a hablarte de España»

Así recordaba Adolfo Suárez su enfrentamiento más duro con el Rey. Lo contó a muy pocas personas, recién ocurrido y doce años después, siempre lo revivía con las mismas palabras. No las olvidaba, no las atenuaba. Habían hecho muesca en su memoria:

Rafa Arias y Pepe Melià me dan un estudio técnico para anular mi dimisión y regresar al 29 de enero aun estando a 24 de febrero. Al salir del Congreso, ya había convocado al Consejo de Ministros para la una y media. Me voy a Zarzuela a ver a ese tío… No he avisado, y en control no saben qué hacer, dudan, pero como yo digo muy seriamente «voy a subir, vengo a ver al Rey», llaman a Sabino y me dan paso enseguida.

Arriba, en la puerta, me espera Sabino. Me da un abrazo. Yo se lo tomo. Al que no se lo puedo tomar es al «Otro». Entro en el despacho del Rey. Está vestido de uniforme. Es mediodía. Tiene allí a su perro pastor *Larki,* el que me atacó la otra vez. Estamos solos, le tuteo.

—¡Nos la has metido doblada!

—¿De qué me hablas?

—Hablo de que, alentando a Armada y a tantos, tantos otros, jaleándolos, dándoles la razón en sus críticas, diciéndoles lo que ellos querían oír de boca del Rey, tú mismo alimentaste el dichoso «malestar militar». No sé si era por amansarlos, o si era por la comodidad de no discutir y darle la razón a todo el mundo, o si era por miedo, pero… les hacías el juego. Con esos consentimientos, que tus visitantes tomaban en serio, has puesto en gravísimo peligro la democracia. Sabes cómo me las tuve tiesas con los generales desde el primer momento; y cómo entre el Guti, Agustín y yo hicimos trigonometría para desplazar al quinto moño a los generales golpistas, que tú a la semana siguiente recibías; y cómo me opuse al traslado de Armada…

—Pero ¿tú te das cuenta de lo que dices… y a quién se lo dices?

—¡Sé demasiado bien a quién se lo digo! ¡Esta situación la has provocado tú!

¡Nooo! ¡Al revés! ¡La has provocado tú y la he evitado yo!

—¡Nada de eso! Engañaste a Agustín y no paraste hasta salirte con la tuya y traerte a Armada

a Madrid.

—Pues que sepas que Armada ofreció anoche su carrera militar y estuvo una hora intentando convencer al loco de Tejero para que os soltara; y esta mañana ha conseguido vuestra liberación…

—Tiempo habrá para que te enteres, con pruebas y testigos, de cuál era el juego de Armada, ya que por lo visto no lo sabes. Ahora el daño está hecho. Recluido diecisiete horas en el retén de ujieres y apuntándome tres metralletas, he podido pensar mucho en lo que verdaderamente vale la pena: mi alma, mi familia, España. De mi familia sólo puedo decirte que ha pasado miedo. Le cortaron las líneas de teléfono y se quedó incomunicada bastante tiempo, hasta que Cassinello habilitó una línea oficial y pudo hablar con el exterior. Sin previo aviso, se presentó una compañía de la Guardia Civil mandada por un capitán a «dar protección» a mi familia y al personal que trabajaba en Presidencia y en las dependencias anexas. Para los míos, que no sabían quién los enviaba, no fue precisamente muy tranquilizador, aunque luego resultaron leales; por si acaso, mi hijo atrancó las puertas, y puso escopetas y armas de caza por las habitaciones. Mi cuñado Lito buscó dinero, lo pidió, y contrató una avioneta en Sanchinarro por si había que evacuar a Amparo y a los chicos. Por la radio oyeron que me habían fusilado… Menos mal que un fotógrafo llamó a mi casa y dijo que yo estaba vivo. Pero de aquí, de La Zarzuela, ni una noticia, ni un enlace, ni una llamada, ni un ofrecimiento de ayuda… ¡nada! Hacia la medianoche, la Reina tuvo el detalle de llamar a Amparo.

—Lo siento. Aquí no dábamos abasto con los teléfonos, el télex… Mi padre me llamó desde Estoril, muy alarmado, en cambio a mí ni se me había ocurrido llamarle a él. Pero tienes razón y lo siento de veras.

—No importa, ya ha pasado. Y yo no he venido a hablarte de mi familia, he venido a hablarte de España. El miedo es libre y pudimos habernos tirado al suelo todos…, todos menos el candidato a presidente. La falta de gallardía de Leopoldo, la dignidad de la presidencia del Gobierno por los suelos… Eso se ha grabado en las retinas de todos los españoles, ¡y no se puede admitir! El pobre Guti, un anciano, cuatro huesos, ¡y cómo les plantó cara! Antes de que nos separasen me dijo: «Tenía que resistirme, aunque me asaran a tiros, porque si estos bestias me tiran al suelo, no caigo sólo yo, cae la dignidad del Ejército español, que es lo que hoy represento yo aquí». Y el otro, en cambio, a gatas debajo del escaño…

»Yo ya había cortado amarras con todo esto, hastiado de la baja política, y estaba ilusionándome con mi nueva vida privada, pero esta noche he visto claro cuál es mi deber, ¡ojo!, no mi deseo y no mi ambición: debo seguir al frente del Gobierno; así que quiero revocar mi dimisión. Traigo un estudio jurídico-constitucional del proceso…

Saco el folio del bolsillo y lo despliego; pero ni se lo doy ni se lo leo, me basta ver su cara de sorpresa, de contrariedad, de que no quiere… Ya se había librado de mí, y ahora voy y «resucito» a contrapelo. No me importa, sigo hablando:

—Como presidente del Gobierno en funciones, he convocado al Consejo de Ministros. Me propongo formar un Gobierno de unidad nacional o de coalición con el PSOE, y ya he enviado un mensaje a Felipe González. Presentaré mi candidatura ante el Congreso de los Diputados. ¿Tareas? Capear y tomarle bien las medidas al temporal, de modo que nunca más se repita; sacar

el país del atasco económico; y en un plazo de noventa días convocar elecciones generales. En ese momento, tendrás que decretar la disolución de las Cámaras… Pero, antes que nada, como previo irrenunciable, poner al Ejército en su sitio de una pajolera vez. No son un poder, son unos funcionarios con una estructura de mando, una disciplina y unas armas entregadas por el pueblo, ¡y ellos se creen que esas armas son suyas! Tiene que entrarles en la mollera que se les prestan unas armas, numeradas por cierto, para que nos protejan y para que defiendan la Constitución, no para que zarandeen al vicepresidente del Gobierno, ni para que entren insultando y a tiros en el Parlamento, ni para que atemoricen a una ciudad con los tanques por las calles… ¡Y todo, en nombre del Rey, que ésa es otra! Te anuncio que pienso hacer depuraciones en el Ejército, sin ánimo de represalia, pero sin miedo, ¡ningún miedo!, llegando hasta donde haya que llegar.

—¿Me estás amenazando, so cabrón? ¿Te atreves a hablarme de responsabilidades a mí? ¡¿Tú… a mí?! Mira, ni tú puedes retirar ya la dimisión, ni yo voy a echarme atrás en la propuesta de Leopoldo. Le he designado y no pienso dejarle en la cuneta. El candidato es él y no hay más que hablar. Tiene que tirar *p'alante*. Además, tú no puedes seguir gobernando en España. ¡No puedes! ¡No te respalda nadie, no tienes a nadie! ¿Todavía no te has enterado de que es a ti a quien le han dado el golpe? A ti, a tu política o a tu falta de política, a tu pésima gestión… ¿Responsabilidades? ¡Tú eres el auténtico responsable de que hayamos llegado a esto! ¡Tú nos has acarreado esta situación!

El Rey ha ido alzando la voz, que normalmente es grave, pero esa mañana le sale aguda, varios tonos por encima de lo normal. Dicen que eso es de tensión nerviosa. Y puede ser, porque ni él ni yo hemos dormido desde el día 22, hemos pasado una tarde y una noche canutas, y estamos a mil. Ante los gritos del Rey, el perro se excita y se pone a ladrarnos a los dos, a él y a mí, a él y a mí, pero luego sólo a mí, encarado conmigo y cada vez más fiero. Suelto un par de tacos: «¡Coño, echa de aquí a este jodido animal!» El Rey lo sujeta. Bajamos las voces.

—Creo que tienes en puertas un largo viaje, ¿no? —me dice, después de una pausa.

—Sí, Estados Unidos de costa a costa. Y luego, Panamá y Contadora. Amparo y yo, con tres matrimonios amigos.

—Me alegro. Vete lejos y cuanto antes. Lo digo en serio. Si tú no abandonas España, y te empeñas en seguir llevando la batuta, yo tendría que plantearme… Esta misma noche, le he dicho a un teniente general laureado que aquí no soy yo el que sobra: que, si no le gusta cómo van las cosas, que se largue, que no enrede, que nos deje en paz, porque yo, así se lo he dicho, «ni abdico ni me voy». Y a ti te digo ahora que, tal como me hablas, y con tus pretensiones de controlarme y contrariarme, sin dar palo al agua, sin solucionar nada de nada, llevando el país a la ruina y, encima, irritando al Ejército…, yo no quiero tenerte aquí.

—¿Estás diciéndome que yo sobro aquí, en España, en mi tierra…?

—Estoy diciéndote que los dos no podemos seguir en el mismo país. Y muchísimo menos, en el mismo barco: yo al timón del Estado y tú al timón del Gobierno. O te vas tú o me voy yo. Y, ya te lo dije el mes pasado, yo no pienso irme. ¿Lo quieres más claro? Además, ¡pisa tierra de una vez, coño! No podrás formar ningún Gobierno de unidad porque nadie va a querer ir contigo… Políticamente, estás muerto.

Esas tres palabras «políticamente, estás muerto» me suenan como si clavaran un ataúd

estando yo dentro. Me quedo hundido. El Rey se ha ido hacia su mesa de despacho. De pie, con la mesa en medio para crear distancia, me dice:

—No revoques la dimisión. No intentes volver. Tienes que saber poner punto final a tu propia historia.

Y por primera vez, en esta conversación, me llama por mi nombre:

—Adolfo, no quiero que sigas.

Viéndole así, en pie, con el uniforme de capitán general y al otro lado de su mesa, me doy cuenta de que es el Rey y acaba de cerrarme la puerta. Me trago todo lo que me saldría decir. Junto los talones, doy un cabezazo, paso al usted y le presento mis excusas:

—Disculpe, señor, me he excedido… En mi descargo, la tensión acumulada por las horas dramáticas que hemos vivido, la noche en vela, consciente de que Santiago Carrillo y yo éramos los que estábamos más en peligro. A mí me tenían aislado, sin testigos, prisionero de unos guardias cada vez más nerviosos y más perdidos, y yo era la bestia negra de Tejero. En fin…

—Discúlpame tú también. Ya puedes suponer que aquí tampoco hemos pegado ojo, sin un momento de respiro. Y aún nos queda bastante programa para hoy. Un baño caliente nos sentará bien a los dos[4].

No había vuelta de hoja. Adolfo tenía que irse de la política. Era la condición que impuso el Rey para otorgarle el ducado con grandeza de España. A través de Manolo Prado le mandó decir: «No quiero dar títulos a políticos ni a empresarios en activo, porque en sus vidas y en sus conductas puede haber cambios hoy impredecibles, cambios que se contradigan el día de mañana con las exigencias del título… Si Adolfo promete abandonar la política activa, se lo doy».

La enconada adversidad de los últimos tiempos los había puesto frente a frente. Suárez, aunque no dijera palabra, era para el Rey un reproche permanente, un testigo incómodo y un juez severo. No podían seguir navegando juntos. Tenía que irse.

Leopoldo no quiere retirarse

Cuando Suárez regresa de La Zarzuela, nada más entrar en La Moncloa, donde ha convocado al Consejo de Ministros, Calvo-Sotelo le sale al encuentro:

—Presidente, lo que ha ocurrido es un hecho muy grave. Tú conocerás mejor que yo el alcance que tiene…

Efectivamente, Leopoldo no puede hacerse idea de qué intereses y qué personas se movieron por delante, por detrás, por debajo y por arriba, muy por arriba, en la tramoya de lo ocurrido. Y eso que era vicepresidente del Gobierno. Tal vez tenía razón Carrillo, «es un político tan distante, que yo creo que pasa de la política». Pero Suárez no piensa explicárselo.

—Esto —continúa Leopoldo— necesita una revisión serena y profunda entre tú y yo de todo lo que habíamos hablado antes.

—Pero es que yo ahora no puedo, Leopoldo. —Mira la hora en su reloj—. Están todos los ministros esperando desde hace rato.

—A lo mejor, del análisis que hagas, se deduce por tu parte un cambio de actitud. —Leopoldo insiste, aunque ve lo inoportuno del momento—. Que sepas que yo en principio no me

niego a hablar de nada; incluso, si lo crees conveniente, a replantear la presidencia.

Lo está diciendo sin convicción, como un formulismo de buenas maneras.

—Ya hablaremos.

—O que el Rey arbitre…

Suárez sabe que el Rey ya ha arbitrado —«no quiero que sigas»—, vetando a un ciudadano español en su derecho a ser elegible. Ese arbitrio ad hóminem, como todos los *borboneos*, no se plasmará en el *BOE* ni en ningún documento oficial, pero el hombre vetado siente ya en su garganta el amargor de los echados, de los excluidos, de los extrañados, de los puestos al otro lado de la puerta; el amargor seco, sin palabras ni lágrimas, de «estar de más» en su propio país. Al tal hombre vetado le han leído su acta de defunción —«políticamente, estás muerto»—, y hasta camina sin notar sus miembros, «hombre muerto andando», *dead man walking*. Podrá ir, venir, distraerse, reír, pero no podrá olvidar. Han sido palabras del Rey, de su viejo amigo el Rey.

Por parte de Suárez no hay una petición a Leopoldo, sino un esperar a que pase de las palabras a los hechos y renuncie a la segunda votación de investidura. Pero Leopoldo no renuncia. Es legítimo.

Rodríguez Sahagún habla con él:

—Leopoldo, no sólo comprendo el instinto de defensa, sino que lo comparto: yo estaba en la misma bancada que tú, escondiéndome como tú bajo el asiento; pero… yo no era el candidato a la presidencia. Pienso sinceramente que, por tu dignidad personal y por prestigiar el cargo de presidente, deberías renunciar a tu designación.

—He pensado en eso, y no precisamente por el «gateado» sobre la moqueta, sino por las circunstancias sobrevenidas… Pero, aunque no es Jauja la herencia que recibo, ni es halagüeño el horizonte de los juicios militares que se han de producir, yo también pienso sinceramente que no es momento de arredrarse. No me retiro. He pasado todas las pruebas: elegido por los *sanedritas* y los órganos de dirección de la UCD, proclamado en el II Congreso Nacional y designado por el Rey. Estoy en mi turno. Además, Agustín, el golpe no me lo han dado a mí, sino a Adolfo. O, por no personalizar, al desgobierno de Adolfo.

La reacción inmediata de Rodríguez Sahagún fue movilizar resortes del partido para que pasaran la bolsa y recolectasen votos entre los grupos parlamentarios. Bastaba la mayoría simple, 176 votos. Los consiguen con un decoroso superávit: 186. La resaca del amago golpista hizo que cambiasen sus intenciones de voto CD, Minoría Catalana y dos diputados de Grupo Mixto, Hipólito Gómez de las Roces y Manuel Clavero Arévalo.

Antes de hablar a solas con el Rey, Adolfo Suárez había enviado un mensaje —en forma de petición, de oferta o quizá de propuesta— a Felipe González para gobernar en coalición la UCD y el PSOE. Había escuchado a Felipe González decir en público: «Yo quizá me siente en un Gobierno de coalición con el partido de Suárez, pero no *con* Suárez». En el mensaje le hacía saber que estaba dispuesto a presidir o a no presidir, o ni siquiera entrar en ese Gobierno; dejando, eso sí, a uno de sus hombres en la cabecera.

Leopoldo tuvo noticia de esa oferta y poco tiempo después lo comentaba: «Sí, antes de mi

investidura hubo un mensaje de Adolfo Suárez a Felipe González para formar Gobierno de coalición. Me consta que el mensaje existió, me consta que se envió, me consta que se recibió, y me consta que no hubo respuesta». Leopoldo silenciaba —aunque lo sabía— que no hubo respuesta por sugerencia del Rey[5].

Así fue. Felipe González informó al Rey el día 24 sobre su disposición y la de su partido —adoptada en reunión urgente con la ejecutiva del PSOE, el sindicato UGT y las Juventudes Socialistas— para formar coalición de Gobierno con la UCD. El Rey no le animó a cogobernar en aquellas circunstancias y con Leopoldo al frente. Asimismo, le indicó que la gobernanza de Calvo-Sotelo tenía fecha de caducidad en plazo breve, y el tácito compromiso de «no agotar la legislatura y dar paso limpiamente al PSOE». La razón de fondo que movía al Rey era bastante lógica. Felipe no podría cogestionar ninguna de las dos tareas que le esperaban a Leopoldo: la integración en la OTAN, ya anunciada, y el impredecible escenario militar de los juicios de guerra a los golpistas. No convenía al juego democrático que los dos grandes partidos se quemasen al mismo tiempo.

En ese intercambio de información, el Rey debió de anticipar a González que recibiría una oferta de Suárez. Y, tras el aviso, le dio un consejo pragmático: «La dimisión de Adolfo ya no tiene vuelta atrás, aunque él se empeñe. Su propia gente le ha disuadido. Se ha avanzado demasiado en la designación de Leopoldo, y debe culminar su proceso. Dile a Adolfo que no, que no quieres entorpecer la investidura de Leopoldo… O mejor, no le digas nada. Él entenderá que no le contestes».

Armada y Milans se conjuran

A última hora de la mañana del 24 de febrero, Suárez preside por última vez el Consejo de Ministros. Se sustancia ahí la orden de destitución y arresto de Milans del Bosch.

Mientras, el destituido teniente general ha viajado desde Valencia y aguarda en el palacio de Buenavista a que el ministro Rodríguez Sahagún le reciba. En esa espera, el jefe de servicios recibe una llamada telefónica del general Armada para Milans. Se la pasan al cuarto del oficial de guardia. Armada habla con rapidez, sin saludos ni rodeos, el mensaje escueto:

—Jaime, hay una cosa esencial en la que hemos de estar de acuerdo, decir los dos lo mismo y no salirnos de ahí: hasta el momento del asalto al Congreso por Tejero, ni tú ni yo sabíamos nada de que este hombre planeaba esa acción. Hasta ese momento, no sabíamos nada. A partir de ahí, sí. Y, a la vista de los hechos, ante la grave situación creada en Madrid, tú, Jaime, intervienes en tu región y yo intento remediarlo acudiendo al Congreso en nombre del Rey. Pero entre nosotros no había ninguna operación acordada, ni ningún plan en marcha. Entre tú y yo no han existido conversaciones anteriores ni reuniones de tipo alguno de preparación de nada. Hemos de estar muy de acuerdo, Jaime, por nuestro propio bien y por el de mucha gente a la que podríamos complicar si no.

Ese teléfono está intervenido y la conversación se registra[6].

La Junta de Defensa Nacional: la hora de las verdades

Después de escuchar el relato documentado y riguroso de Francisco Laína, como testigo y receptor de noticias al hilo de lo que iba ocurriendo dentro y fuera del Parlamento, en las diecisiete horas y media que duró el secuestro, Adolfo Suárez convoca una reunión extraordinaria de la Junta de Defensa Nacional para las cinco de esa misma tarde. En el palacio de La Zarzuela y presidida por el Rey. Asisten también el vicepresidente Gutiérrez Mellado, los ministros de Defensa e Interior, Rodríguez Sahagún y Rosón; los cuatro miembros de la JUJEM, tenientes generales Ignacio Alfaro Arregui, Emiliano Alfaro Arregui, José Gabeiras Montero y el almirante Luis Arévalo Pelluz.

Suárez requiere la presencia informativa de Laína, que en ese tiempo de vacío de poder provocado presidió la comisión de secretarios de Estado y subsecretarios, en sustitución del Gobierno.

Gabeiras propuso un «intercambio de información entre los que estamos aquí, para concretar, dimensionar y valorar lo ocurrido sin desorbitar los hechos», y entre él y el pre-JUJEM Ignacio Alfaro fueron trenzando una relación de capitanías y unidades militares donde «todo discurrió con absoluta normalidad, orden, disciplina y obediencia a sus mandos».

Gabeiras y Alfaro Arregui siguieron turnándose en el uso de la palabra:

—Sin ánimo de legitimar lo ilegítimo, ni de negar lo evidente, sí quiero decir que la «intentona», no caigamos en la exageración de llamarlo «golpe de Estado», ha sido un acto aislado del teniente coronel Tejero y sus hombres; hombres voluntarios, espontáneos, tomados de aquí y de allá, o sea, sin un mando natural. Y por lo que se vio y se ha sabido hasta ahora, sin una organización conspirativa previa.

—Muchos no sabían ni a qué tipo de servicio iban. Algunos creyeron que era para dar escolta a una autoridad militar que llegaría al Congreso. Otros, incluso, municionaron sus armas convencidos de que iban a defender a los diputados de un atentado de ETA…

Suárez, Gutiérrez Mellado, Rodríguez Sahagún y Rosón cruzaron sus miradas, estupefactos por lo que oían.

—Sí, al parecer hubo un malentendido —insistió Alfaro Arregui—. En alguna agrupación de la Guardia Civil se recibió noticia de un atentado de ETA en el Congreso, y eso puede justificar que un número equis de los guardias entrara como entró para desmantelar al supuesto comando etarra.

—Un malentendido que tardaron diecisiete horas y media en aclarar… Y, por lo visto, al primero que confundieron con un etarra fue a mí —dijo Gutiérrez Mellado con toda la sorna que su quebrantado estado de ánimo le permitía—. ¡Hablemos en serio, señores, y no digamos cosas peregrinas!

—En todo caso, creo que ése de Tejero, y sólo ése —subrayó Gabeiras, acotando con las palmas de las manos un imaginario espacio cuadrado y pequeño—, es el acto de rebelión objetiva al que cabe referirse, sin extrapolarlo a nada ni a nadie más.

—Y cuando el capitán general de Valencia, Milans del Bosch, sacó los tanques a la calle y los mantuvo patrullando hasta las cuatro y pico de la madrugada, ¿también buscaba a un

comando de ETA? —Esta vez era Rosón con su retranca gallega.

—La intervención de Milans en su región militar —replicó Gabeiras— fue para remediar el posible vacío de poder, y el estado de desorden y alarma en la población, a partir del «suceso aislado» de Tejero. Por lo mismo que decretó el estado *Diana* alarma 2, para mantener el orden constitucional.

—¿Mantener el orden constitucional —saltó Suárez—, derogando varios artículos de la Constitución, imponiendo la censura previa, ordenando el estado de excepción, prohibiendo las reuniones y actividades de todos los partidos políticos en Castellón, Valencia, Alicante, Albacete, Murcia y Cartagena?

—Si la actuación sublevada de Milans fue, como dice el general Gabeiras, un «servicio de socorro» —Rodríguez Sahagún interrumpió las notas que iba tomando y se dirigió al Rey y a todos los militares sentados en torno a la mesa oval— y en defensa de la Constitución, ¿por qué acabo de notificarle personalmente su cese, arresto y detención en un centro militar, confirmando lo que Su Majestad ordenó a instancias suyas, general Gabeiras, en la misma noche del «golpe de Estado», que no «intentona»? Yo estaba secuestrado cuando ustedes estimaron que debían destituirle y arrestarle. ¡Ya me explicarán…!

—¿Y qué nos dicen de la actuación del general Armada? —preguntó Suárez—. ¿Por qué se mencionaba su nombre como una pieza clave entre los sublevados de Valencia, los de la Brunete y los del Congreso? ¿A qué fue al Congreso?

Como si fuese el abogado defensor de Armada, Gabeiras aseguró: «Armada estuvo toda la tarde y la noche junto a mí, y obedeciendo todas mis órdenes»; eludió responder por qué se mencionaba a Armada como pieza talismán; y justificó su ida al Congreso como «un ofrecimiento voluntario para remediar la situación creada por el "episodio aislado" de Tejero, a quien ofreció irse de España en unos aviones militares, si deponían las armas y dejaban salir a los diputados: fue autorizado para conseguir la liberación, la salvación de todos ustedes».

—¿Que Armada venía a salvarnos? —replicó Suárez—. ¡No, por ahí no paso! Salvadores de la patria, ¡fuera! ¡Ni civiles ni militares! Somos un pueblo soberano. Supongo que todos en esta sala entendemos lo que quiere decir que el soberano es el pueblo. Y que, en un Estado de derecho, son las leyes y no los sables los que protegen al pueblo. Señores, aquí, con la intención de lavar la cara a las Fuerzas Armadas, se está pretendiendo cierto «negacionismo» de unos hechos graves, cuyo calado aún desconocemos; enmascarar unas actuaciones ilícitas; y justificar «comprensivamente» lo que ha sido un intento de golpe de Estado, nada espontáneo ni sobre la marcha, sino muy largamente planeado. Con muchas reuniones, contactos, viajes, documentos de apoyo… Detrás de lo ocurrido y fracasado había no ya un ambiente de conspiración, sino una intensa dinámica de preparación, que habrá que explorar, en vez de echarle tierra encima.

»Señor Laína —le tenía sentado enfrente—, ¿quiere informarnos de lo que usted vivió o conoció fehacientemente en esas horas? Se trata de saber la verdad, y no de hacernos trampas en el solitario.

Laína hizo un relato pormenorizado y con datos, siguiendo el minuto a minuto de los hechos importantes. Incluyó la presencia anómala del general Torres Rojas en la DAC, la toma de RTVE, y de varias emisoras de radio y periódicos, la actitud «de sublevación solidaria, pero

sublevación» de Pardo Zancada y sus capitanes. Expuso con cierto detenimiento a qué fue realmente Armada al Congreso y cómo reaccionó al enterarse de que el Rey se había pronunciado por la legalidad constitucional en su mensaje televisivo: «El Rey se ha equivocado —decía Armada—, se ha equivocado. Ha involucrado a la Corona, divorciándola de las Fuerzas Armadas. Él no tiene que meterse a resolver esto. Es una cuestión militar que debemos solucionar los militares. El Rey no debió intervenir por la televisión».

Al Rey se le iba ensombreciendo el rostro y cada vez tenía más acusadas las ojeras.

En ese punto, Laína activó una grabadora con amplificador de sonido para que escucharan varios fragmentos ya seleccionados de algunas conversaciones entre Tejero y Milans, Milans y Armada, Tejero y García Carrés. Oyendo esta última, cuando Tejero decía a García Carrés que Armada había ido al Congreso porque lo que pretendía era «una poltrona» y que «lo mismo entraba por un Gobierno con socialistas y comunistas que por una Junta Militar, si la presidía él», el Rey se tapó la cara con las manos. Intentaba ocultar sus lágrimas. Después sacó un pañuelo y se secó los ojos[7].

Adolfo Suárez, dirigiéndose a Gabeiras, le ordenó la inmediata destitución del general Armada como segundo JEME, «y mañana, el ministro de la Defensa decidirá si procede su detención».

—¡No, Armada no! —Se rebotó Gabeiras, buscando con la mirada el apoyo del Rey—. ¡Armada no!

La voz de Suárez, sentado en el otro lado de la mesa, sonó imperativa:

—¡General Gabeiras, no mire usted al Rey; míreme a mí, que le estoy dando una orden!

Ante esa decisión, intervino de nuevo el pre-JUJEM Ignacio Alfaro para sentar la misma tesis de autonomía militarista que acababan de oír dicha por Armada, la misma con la que, de haber prosperado en la tarde del 23-F, habrían dado un golpe militar desde la cúpula: «Esto es un asunto militar y hay que resolverlo entre militares».

—Los militares somos una gran familia en la que hay de todo. Y, como en las familias, la ropa sucia se lava en casa. Las infracciones que haya habido se resolverán por la jurisdicción militar y a tenor de nuestras Reales Ordenanzas. No conviene escandalizar, ni magnificar, ni meternos a hacer depuraciones. No conviene dar carnaza a la prensa, ni exponer lo que haya ocurrido en juicios públicos. Y desde luego, no conviene, y me opondré con todas mis fuerzas, que este asunto desemboque en un macrojuicio. El pueblo español, necesite o no salvadores, necesita confiar en sus Fuerzas Armadas. Y podemos decir, como hemos expuesto antes, que el 99,99 por ciento de los militares de los tres ejércitos están unidos, leales al Rey y a la Constitución, les guste poco o mucho o nada.

—No sé en qué estadísticas se basa el pre-JUJEM Alfaro, pero las que yo tengo, y actualizadas con periodicidad bimensual o mensual, no dicen eso. ¡Ojalá! Por citar algunas encuestas recientes, y no sólo entre militares veteranos, de devoción franquista, donde la gran mayoría se declara contraria al «todavía actual» Gobierno, a los partidos, a los sindicatos, a las autonomías, a la Constitución, etcétera, sino entre jóvenes cadetes y alféreces de las academias militares, sólo un 10 por ciento se pronunciaba en contra de un golpe. Y ese dato es de hace menos de un mes.

Laína tomó la palabra para referirse a unos informes policiales de meses antes del golpe «en los que se recogían comentarios de personas destacadas del mundo civil y militar según las cuales en sus visitas o audiencias o encuentros con el Rey, Su Majestad criticaba abiertamente al presidente Suárez y se mostraba a favor de su sustitución». «Y entiendo —agregó— que, a partir de esas reflexiones confidenciales del Rey, algunos, como Milans, Armada y otros, pudieran anclar ahí sus proyectos de provocar un cambio de Gobierno, sin importarles mucho los medios, en la confianza de que secundaban un deseo del Rey».

Al callar Laína, se hizo un silencio tenso y cerrado en la sala.

Suárez miró su reloj, aplastó el enésimo cigarrillo de la sesión y anunció «un diagnóstico, no un prejuicio, de lo acontecido».

Dijo que, desde hacía tiempo, él había advertido al Rey, con claridad e insistencia, «acerca de informaciones preocupantes que iban llegando a mi mesa, procedentes del CESID, de la Policía o del SIM, (Servicio de Información Militar) acerca de cenas, almuerzos, contactos y reuniones entre conjurados golpistas, militares y civiles». De memoria, sin afán exhaustivo, mencionó varios nombres y lugares de encuentros.

—No pretendían dar un golpe de Estado, sino de Gobierno —explicó—; y manejaban el nombre del Rey como una garantía o un salvoconducto. Esto no significa que el Rey les hubiera autorizado a usarlo. Pero al consentir sus comentarios críticos les daba a entender que convenía echarme. Entre los conspiradores más solventes y más involucrados, el destino del general Armada en el Cuartel General del Ejército en Madrid sería una señal de que la operación comenzaba a dar pasos adelante. El hecho es que, contra mi consejo y mi voluntad, el destino de Armada se produjo. No voy a aventurar si teniendo la venia del Rey o creyendo tenerla, pero lo cierto es que el general Armada se sintió llamado a reconducir el «desastre» de mi gestión, presidiendo él un Gobierno que negoció paso a paso, hombre a hombre, al margen de las urnas.

»Tal vez no sea superfluo recordarles que yo dimití voluntariamente, y que en mi despedida dije que me iba porque no quería «que el sistema democrático de convivencia fuese, una vez más, un paréntesis en la historia de España». Por algo lo dije: era más que una señal de humo, era un toque serio de atención. Había una operación en marcha, ésa, la de Armada y sus ramificaciones. Hasta las carteras del Gobierno de concentración estaban ya adjudicadas. Dimitiendo, intenté parar en seco esa operación. ¿Podía hacer algo más? Pero… los cabecillas estaban embalados y siguieron adelante. Resulta chusco, sin embargo es así: quien abortó esa operación no fue el Rey con su mensaje televisivo, sino el teniente coronel Tejero al no permitir que Armada pasara al hemiciclo a proponerse como presidente. No le gustó el Gobierno de Armada. Así de simple.

El Rey, tremendamente serio, escuchaba sin pestañear. Suárez, decidido a cantar las cuarenta al lucero del alba, aunque aquél fuese ya su canto del cisne, empezó a repartir estopa de reproches al director de la Guardia Civil, Aramburu Topete; al de la Policía Nacional, Sáenz de Santa María; a las autoridades con mando en plaza, «por su actuación negligente, irresoluta e ineficaz… o por su nula actuación».

Finalmente, mirando en derredor hacia los cuatro miembros de la JUJEM, se dirigió a ellos con tanto respeto como autoridad:

—¿Qué hicieron ustedes por arreglar las cosas, el «acto aislado» de Tejero y sus doscientos y pico guardias? ¿Les faltó coraje para presentarse en el Congreso, o para enviar al mando competente, con la Policía Militar, a detener a Tejero y desalojar militarmente a sus oficiales y guardias? Apliquen la misma pregunta al caso Milans. ¿Por qué enviaron a un hombre solo, el gobernador militar Caruana, a detenerle, sin guarnicionarle con la necesaria dotación de Policía Militar? Se trataba de algo tan simple como retenerle vigilado en su propio despacho.

»Sólo puedo pensar que o ustedes dudaron durante diecisiete horas, y eso es grave cuando se tienen todos los mandos en las manos; o fueron demasiado lentos, sin reflejos, sin creatividad, sin… iniciativa; o, pensando en las consecuencias de un enfrentamiento, se acobardaron. ¿Resultado? Ineptitud total.

»Por personas fidedignas que estuvieron en Vitrubio 1 en distintos momentos de la tarde y la noche de ayer, sé que se les veía a ustedes, y repito literalmente, «haciendo tiempo, sin hacer nada»; que «no hacían más que reunirse a estudiar la situación»… La única propuesta que se les ocurrió elevar al Rey en toda la noche era nada menos que un intragolpe militar, y hubo que rechazarla.

—Perdone, presidente —interrumpió Ignacio Alfaro, con energía—, pero protesto: si nosotros hubiésemos querido dar un golpe desde la JUJEM, nos habría bastado mover dos o tres palancas de las conexiones telefónicas oficiales, que están todas allí, en el sótano de Vitrubio…

—No era su intención, estoy totalmente seguro —continuó Suárez—; sin embargo lo que propusieron fue asumir ustedes el poder ejecutivo nacional, sin contar con la autoridad civil, ni con la Constitución. Y eso, debo decirlo, es algo que ustedes llevan dentro. Hoy ha planeado también en esta reunión: «Los temas militares se resuelven entre militares», se ha dicho aquí. ¡Pues no! Ni las Fuerzas Armadas son un poder del Estado, ni los militares son un pequeño Estado dentro del Estado. Son una organización con unas misiones muy honrosas, pero tasadas, y al servicio del Estado. Y con una jerarquía y una cadena de mando que pasa por el ministro de la Defensa y culmina en el presidente del Gobierno… no en el Rey. Convendría que esto se les inculcara a los alumnos de las escuelas y academias militares.

»Siento decírselo, señores generales, pero ayer el Gobierno y el Parlamento estuvieron humillados y en peligro, y lo afrontaron a solas. Ustedes, en cambio, no estuvieron a la altura de las circunstancias. ¡Y tenían todos los resortes y toda la autoridad potestativa del mando militar! ¡Reafirmado, además, al filo de los hechos con un télex personal del Rey!

Suárez, sabiendo que el Rey no quería que él siguiera en política, y menos aún después de todo lo que había dicho allí, se despachó con un corolario de despedida delante de todos, pero con intención de que lo oyese el Rey:

—A la vista de lo ocurrido, y de que aquí nadie apecha con sus fallos, nadie dimite, nadie renuncia a su cargo, creo que el que tiene una ética distinta soy yo, el que marca unas exigencias demasiado altas soy yo, el que resulta incómodo soy yo… por tanto, el que sobra soy yo. Sí, señores: me siento de más en este país, mi querida España.

Gutiérrez Mellado, sentado a la izquierda del Rey, miró a Suárez y, alzando las cejas sobre sus gafas de concha oscura, le transmitió con ese gesto una carga de enorme amistad.

La reunión había terminado. Excepto el Rey, todos se apresuraron a recoger sus folios y sus

notas con avidez final. Rodríguez Sahagún leyó el acta que había elaborado tomando nota de lo que allí se había concluido respecto a los hechos del 23-F. Se la pasó a Suárez. La leyó rápido: «Esto es una falsificación de la historia —dijo—. Me niego a firmarlo».

No hubo firma. No hubo acta. No hubo más testimonio que la foto oficial de la reunión.

En cierta ocasión comentó Laína: «No hubo acta, pero hay memoria. Y como yo no era miembro de la Junta de Defensa, no estoy obligado al silencio»[8].

El Rey, a los líderes de los partidos: «Sé cuáles son mis límites; no me fuercen a salirme de mi sitio»

El 24 de febrero, día de la resaca del golpe, habían empezado ya las detenciones: Milans, Tejero, Pardo Zancada, doce capitanes y ocho tenientes. Y eso era el comienzo.

No se le iba de la cabeza —recordaba Sabino años después— la frase de Armada a Laína en la noche del 23-F: «El Rey se ha equivocado, ha divorciado la Corona de las Fuerzas Armadas». Eso le preocupaba. Él necesitaba recuperar la adhesión del Ejército, como antes del golpe. No quería que los militares pensaran que se había puesto enfrente, en «el otro bando».

Creo que ya estaban convocados los líderes parlamentarios al final de la tarde. Entonces lo que le aconsejé fue aprovechar ese encuentro para hacer una declaración oficial templada en la que él volviera a situarse en su papel constitucional, al margen y por encima, y con cierto tono de exigencia hacia los responsables políticos. Le redacté unas líneas. No se las aprendió y dijo que mejor las leería.

Estuvieron Rodríguez Sahagún, Felipe González, Santiago Carrillo, Manuel Fraga y Adolfo Suárez, como presidente del Gobierno en funciones. Ellos venían con deseos de agradecer al Rey su actuación, su mensaje; pero sobre todo con afán de saber qué había pasado, por qué la sublevación, cómo se logró el rescate, qué regiones habían sido más duras de pelar, qué riesgo de coletazos había… Ellos eran los agredidos, humillados y secuestrados por un tropel de guardias civiles.

El Rey templó muy bien la reunión. Primero les leyó el mensaje con toda seriedad. Y los líderes acusaron al instante los párrafos claves, los que no eran retórica, sino que tenían pólvora: «Sería muy poco aconsejable una abierta y dura reacción de las fuerzas políticas contra los que cometieron los actos de subversión en las últimas horas, pero aún resultaría más contraproducente extender dicha reacción, con carácter de generalidad, a las Fuerzas Armadas y a las de seguridad». O sea, cuidado, señores, no se engallen ahora, porque el sable sigue ahí; el Ejército no ha desaparecido, y no sería prudente mojarles la oreja a todos por lo que han hecho unos pocos.

Y otros fragmentos en los que les daba un toque de atención como dirigentes políticos: «De lo ocurrido será preciso extraer meditadas consecuencias, para determinar futuras normas de conducta»; y también, «invito a todos a la reflexión y a la reconsideración de posiciones que conduzcan a una mayor unidad y concordia». Es decir: legislen, gobiernen, dejen de pelearse por el poder, y aplíquense a mejorar la situación política, económica y social del país, que es la razón del descontento militar.

El Rey tuvo interés en dejarles claro que si hubiese otro golpe se lo tendrían que ventilar ellos, porque él no podría volver a actuar más allá de sus límites y bordeando la Constitución: «Todos deben ser conscientes de que el Rey no puede ni debe enfrentar reiteradamente, con su responsabilidad directa, circunstancias de tan considerable tensión y gravedad».

Luego, ya en un plan más desenfadado, en el tú a tú sin papel, que es donde el Rey lo borda, les advirtió: «Miren, al estar el Gobierno retenido en el Congreso, yo he tenido que actuar durante varias horas sobrepasando mis límites constitucionales; pero no debo volver a hacerlo… yo sé cuál es mi papel, y dónde está la raya roja que no debo rebasar, de acuerdo con la Constitución: no me obliguen ustedes a forzar ese límite y a salirme de mi sitio».

Y volvió a insistir, cuando les explicaba ciertos episodios procelosos de la noche. «De ésta hemos salido —les decía, más o menos—, pero no volvamos a poner en peligro la democracia y la Constitución. Procuremos entre todos no dar motivos ni pretextos para que otros se arroguen la tarea de reconducir la marcha política del país… No me endoséis el remedio final de todos los descontentos. ¡Yo no puedo ser el pararrayos continuo!»

Para el Rey, lo importante era que, con esas líneas de regaño a los políticos, él salvaba la cara ante los mandos militares[9].

Armada, detenido

Armada acababa de enterarse de su cese por una llamada telefónica de Gabeiras a las nueve de la noche —«no tengo buenas noticias… Alfonso, estás destituido; yo te he defendido, pero ha sido cosa de Suárez y Rodríguez Sahagún, ¡no sabes qué presiones he tenido!»— y no salía de su sorpresa. Alguien le transmitió la oferta de poner tierra y mar por medio, y él respondió con gran pundonor: «Yo ni me fugo como un desertor ni huyo como un cobarde».

La detención de Armada, su encausamiento, introducía elementos altamente perturbadores en la causa 2/81 recién abierta. Armada era una especie de núcleo radial del que partían conexiones tan sensibles como la conspiración militar, la trama política civil, los cerebros del CESID… Había que tener muñeca de relojero y pulso firme para atinar con esa decisión. Sobre todo, porque, a diferencia de Milans y de Tejero, Armada —igual que Cortina— se procuró coartadas para todos sus movimientos, evitó testigos de cualquiera de sus contactos, borró sus huellas. Actuó con la inteligente invisibilidad de los maestros del camuflaje.

El 25 de febrero era el día de la investidura de Calvo-Sotelo. Rodríguez Sahagún vivía su última jornada como ministro de la Defensa. Llamó a Laína:

—Vente, Paco, tengo citados a Quintana Lacaci y a Gabeiras. Aquí, en el palacio de Buenavista. Tú escucha y no hables, mientras yo no te pregunte.

Una vez allí, en el despacho del ministro, Rodríguez Sahagún pregunta a los dos generales su opinión sobre la actuación de Armada y si tienen argumentos, indicios o pruebas de su implicación en los hechos de rebelión militar del 23-F, si tergiversó o alteró la información que suministraba sobre regiones militares sublevadas, haciendo creer que el Ejército podía estar en riesgo de escisión, si le sorprendió el asalto al Congreso, si el proponerse como presidente fue algo surgido sobre la marcha o ya tenía previamente estudiados los artículos de la Constitución

donde encajaría esa oferta suya…

Las contestaciones de Gabeiras eran muy vacilantes: «Hombre, bueno…, yo no sé si…» Hasta que saltó Quintana Lacaci. «¿Cómo que "yo no sé si…"? Armada estaba metido en el guiso, y lo del Congreso era su gran oportunidad y no la quiso dejar pasar de ninguna manera… ¡A ese tío hay que detenerle! Yo no me la he jugado para que ahora esto se quede así».

Gabeiras abrió con rapidez una carpetilla de piel clara, sacó un documento con membrete oficial y lo puso sobre la mesa:

—Pues aquí traía yo la orden de detención preparada, por si acaso hubiera que…

—No la firmes aquí —le atajó Rodríguez Sahagún—. Hazlo en su debido lugar: en tu despacho[10].

Armada es detenido ese mismo día, en su domicilio.

El Rey: «Ni depuración militar, ni caza de brujas»

El miércoles 25 era la investidura de Leopoldo. Los diputados volvían al salón de plenos después de la retención forzosa. Poco a poco iban descubriendo en la cúpula los impactos de las balas. Landelino Lavilla pronunció una aguerrida soflama para «reprobar enérgicamente hechos como el ocurrido, cualesquiera que sean sus motivaciones, declaradas o encubiertas», «exigir las responsabilidades en que se haya podido incurrir», «proclamar nuestra fe en el orden constitucional y declarar paladinamente que hoy un auténtico grito de "¡viva España!" no encierra una verdad distinta que la de "¡viva la Constitución!" y "¡viva la democracia!"…» No era la expresión de un patrioterismo exaltado, sino un deseo de devolver a los demócratas la palabra «España», monopolizada por los nostálgicos del viejo régimen.

Las ovaciones se sucedían con entusiasmo; pero, cuando Lavilla mencionó «el firme pulso de Su Majestad el Rey de España, que ha garantizado el orden constitucional y ha asegurado nuestra liberación», la Cámara puesta en pie restalló no ya en aplausos sino en gritos de «¡viva el Rey!», respondidos por los diputados de todo el espectro. Salvo dos señorías que permanecieron sentados y sin aplaudir, el independentista canario Fernando Sagaseta y el fuerzanovista Blas Piñar, el hemiciclo era un vehemente hosanna al Rey salvador.

Los discursos de explicación del voto fueron breves. El *Leitmotiv*, evidente: «No podemos decir que aquí no ha pasado nada: aquí ha pasado algo muy serio, muy peligroso, muy grave…» Minoría Catalana y CD se replantearon sus *desapoyos* al candidato «antes del 23-F» y ahora le prestaban sus votos. Con esa calderilla y el plus de dos diputados del Grupo Mixto, Hipólito Gómez de las Roces y Manuel Clavero Arévalo, Calvo-Sotelo logró reunir la mayoría simple y una propina de diez votos más. En total: 186.

Sin embargo, rechazó la oferta «sin condiciones» que, en el último minuto antes de la votación, le hizo Felipe González. «Ahora sí se ha encendido seriamente la luz roja de peligro para las instituciones —dijo Felipe desde la tribuna— y el PSOE invita al candidato a la presidencia del Gobierno a componer una invencible mayoría entre UCD, PSOE y los grupos parlamentarios que quieran arrimar el hombro a la acuciante tarea de democratizar profundamente el Estado y sus instituciones, democratizar la sociedad civil, y afrontar con valor

la crisis económica»[11].

Su propuesta era un Gobierno transitorio y tótum revolútum, un gran potaje nacional. La *solución Armada*, sin Armada. Ahora bien, espantando el estereotipo malévolo del buitre ansioso de tajada de poder, aquella mano tendida de Felipe era un gesto de responsabilidad política, formulado en sesión plenaria «para que nadie pueda decir que no se oyó nuestra voz en este momento anunciando el peligro en el que estamos viviendo».

Extrañamente, ese ofrecimiento no mereció de Calvo-Sotelo ni la cortesía parlamentaria de levantarse y, siquiera desde el escaño, decir un simple «gracias, señoría».

Caben dos explicaciones para ese rechazo. Leopoldo accedía a la presidencia con unos compromisos que difícilmente podría consensuar con los socialistas: el ingreso en la estructura militar de la OTAN, la renovación del tratado defensivo con Estados Unidos, el sometimiento a las salvaguardas y controles de la OIEA, es decir, la renuncia práctica a ser un país con armamento atómico propio y, por tanto, a la utilización de nuestros yacimientos de uranio, instalaciones y reactores nucleares para uso militar. Y unos juicios militares, previsiblemente manipulados y con tongo, de los que quizá se desprendieran salpicaduras para notables miembros del PSOE. Todas esas «hipotecas» con que Leopoldo aceptaba gobernar le impedían compartir la tarea con los socialistas.

El Rey en persona se encargaría de amainar cuanto antes las impaciencias del PSOE, asegurándole que la previsión de Leopoldo era no agotar la legislatura y darle paso limpio en cuanto el patio estuviera apaciguado. Y así fue.

Al día siguiente, tras la ceremonia de la jura de Calvo-Sotelo en La Zarzuela, sabiendo el Rey que ésa iba a ser la última ceremonia oficial en palacio a la que Adolfo Suárez asistiría en razón de su cargo, y por balsamizar las asperezas en sus encuentros del 24 de febrero, se acercó y le felicitó por el ducado —«ha salido en el *BOE* de hoy»—. Suárez le dio las gracias y omitió decirle que, comparando el texto propuesto desde La Moncloa sobre los méritos que justificaban la otorgación del título y el que salió aprobado de La Zarzuela, se notaba que habían metido, más que una tijera, una podadora. A instancias del monarca, habían eliminado toda referencia a las iniciativas y al protagonismo de Suárez en la Transición, de modo que sólo constaba «su lealtad y espíritu de servicio y patriotismo en las misiones que le fueron encomendadas», como si su papel hubiese sido el de un mero actor obediente al dictado de otro[12]. Respondió que enseguida organizaría la preceptiva casa ducal.

Ni el Rey ni él querían mencionar la detención de Armada, ocurrida el día anterior. La tirantez no desaparecía. Las espadas iban a quedar en alto. Cambiando de tema y de tono, el Rey ensartó unas cuantas preguntas: «¿Qué piensas hacer? ¿Seguirás como diputado de UCD? ¿Cómo te quedas… económicamente? ¿Necesitas dinero?»

Suárez respondió vagamente y sin ganas: «Probaré cómo me va con un bufete de asesoramiento, *consulting* se dice ahora…» Luego, intentando bromear: «Consejos vendo que para mí no tengo. Quizá tendría que ser yo mi primer cliente». Los dos esbozaron unas risas forzadas. Empezaban el juego de olvidar el ayer.

Adolfo acompañó a Leopoldo a La Moncloa. Al llegar, no quería entrar, «es que salimos de

viaje y ya me están esperando…». Leopoldo quería una sesión larga de tutoría y traspaso de papeles:

—Comemos, hablamos, me enseñas los resortes claves, en quién confiar, de quién no fiarme, la caja secreta de experiencias y asuntos que sólo tú sabes y no has compartido con nadie… En fin, el *know-how* de esto de ser presidente. Me siento un poco Robinson Crusoe en una isla desconocida.

—No exageres. Has sido el más veterano de todos mis Gobiernos. Y vicepresidente. No tengo ningún dossier reservado que entregarte, ningún secreto de Estado, nada que tú no conozcas ya… ¡Ah! A propósito de cajas secretas, verás una caja de seguridad en mi despacho. La empotraron estando yo en el Congreso de Palma; pero como ya estaba dimitido, no tuve nada que meter. La clave debe de estar dentro.

—¡Pues me haces una gran faena yéndote hoy mismo, tan lejos y un mes!

—Lito, mi cuñado, iba a venirse a estas vacaciones, pero se queda para explicar dónde está todo a Eugenio Galdón, o a quien tú digas.

Leopoldo, mirando en derredor el despacho que empezaría a utilizar al día siguiente, comentó con su pizca de mordacidad:

—Veo que dejas unos amplios ventanales, muchos teléfonos y ningún libro.

Adolfo hizo como que no le había oído.

—No te doy ningún consejo porque no te serviría. Tú, no sólo gobernarás distinto que yo, es que harás *lo distinto*. Estoy seguro.

Ya en el porche, un abrazo fuerte y un aviso final:

—Leo, tráete el piano, tráete libros, tráete cuadros que te guste mirar… Esto es una prisión. No quiero aguarte la fiesta, pero aquí llevarás una vida inhumana.

El mismo día de la jura de Calvo-Sotelo, cuando aún no tenía confeccionado del todo su Gobierno, Sabino quiso tratar con el Rey el tema que le desvelaba: las consecuencias del 23-F, el rechazo social a la Guardia Civil y al Ejército, los nuevos destinos militares y los juicios de guerra.

Después de reunirme con Mondéjar, el jefe de la Casa, y con De Valenzuela, jefe del Cuarto Militar —contó Sabino—, subí al despacho del Rey y le dije que sería muy oportuno que Leopoldo nombrase ministro de la Defensa a un militar. Primero, porque era en las Fuerzas Armadas donde había que poner paz y disciplina, y tener buena información de los movimientos conspirativos que todavía coleasen dentro del Ejército. Y segundo, porque la criminalización de los golpistas convenía hacerla con el máximo de dignidad y el mínimo de encarnizamiento social, limitando el número de encausados, implicando a los menos posibles, y tratar por todos los medios de excluir del proceso a los de la trama civil. Cuanto menos extensa fuese la mancha de aceite, menos pringaría. Y, desde luego, que todo se sustanciara en el ámbito estricto de la jurisdicción castrense.

Esto al Rey le gustó. ¿Cómo no iba a gustarle? Cualquier cosa, menos irritar innecesariamente a los militares. O, aún peor, exponerse a que los inculpados, por defenderse ellos, disparasen contra el Rey con peligrosas alusiones a si consintió y respaldó la *Operación*

Armada.

Pero cuando esa misma tarde se lo propuso a Calvo-Sotelo, Leopoldo se negó: «¿Un ministro militar? La oposición no me lo consentiría. Y ante los ciudadanos daría la impresión de que el Gobierno estaba vigilado por el espadón, y desde dentro». Se le ocurrió una solución intermedia: «Yo ya tengo pensado nombrar a Alberto Oliart, que es un hombre inteligente, liberal, casi podría decir progre, que sabrá actuar con tacto y prudencia. Le diré que Sabino va a estar en contacto permanente con él, para orientarle y centrarle bien en todo lo militar». Y así lo hizo.

Me tocó seguir al pespunte la marcha del consejo de guerra, desde la fase de instrucción hasta el final, saliendo al paso en varios momentos de altísimo riesgo. Yo tuve mis observadores camuflados en la sala de juicios, en Campamento, que me informaban, mañana y tarde, al terminar cada sesión. Y a diario, recibía en Zarzuela una copia de las actas de esa jornada. Por cierto, ¡qué mal el Ejército!, ¡qué falta de compañerismo! Salvo contadísimas excepciones, como Pardo Zancada y algún otro que apecharon con su responsabilidad, ¡qué poca gallardía tuvieron los procesados…, y los que se libraron de una imputación penal! Allí cada uno iba a salvar su pellejo y su carrera, dejando al de al lado en la estacada. Y por supuesto, amparándose en la obediencia debida a sus jefes.

Cuando ya estuvo formado el Gobierno, el Rey despachó con Oliart. Le aconsejó «actuar con pies de plomo, porque este terreno puede estar sembrado de minas donde menos lo esperamos» y que no aumentase el listado de los implicados —«los que están, y ni uno más… y saca de ahí, saca de esa lista a todos los que puedas; que toquen sólo a los que no haya más narices que tocar»; «no interesa ni un macrojuicio, ni un proceso abierto más de un año: cuanto más rápido, mejor»; y «de caza de brujas, nada», «aquí no se va a hacer ninguna depuración militar»; «no conviene irritar y humillar al Ejército en su conjunto, y mucho menos que la sociedad la emprenda contra él».

El Rey le dijo también: «Ya iremos viéndolo, Alberto, y fijaremos un calendario, porque pienso intensificar este año mi presencia en actos militares. Quiero que me sientan cerca, exaltar su patriotismo y apoyarme en la lealtad que me han demostrado durante el 23-F. Es un hecho que si me obedecieron fue porque vieron en mí a su jefe natural. Si hubiéramos sido una República…, no sé yo»[13].

Leopoldo hace su Gobierno en el trono del Rey

El 26 por la tarde, Calvo-Sotelo volvió a La Zarzuela y tuvo una amplia conversación con el Rey. Desde los días de las consultas regias, las condiciones que Leopoldo debía aceptar para ser designado estaban claras. La más importante era la OTAN. Pérez-Llorca, titular de Exteriores, iniciaría sin demora los contactos entre los países socios de la OTAN para que España fuese admitida en el club defensivo.

Como dijo, muy contrariado, Yuri Dubinin, el embajador soviético en Madrid: «Si Calvo-Sotelo no hubiese sido atlantista, el Rey no le habría designado. Había una presión estadounidense muy potente para que España entrase en la OTAN: presión militar, económica, de política exterior y comercial. Fue también una de las causas subterráneas de la caída de

Suárez. Y más en aquellos momentos, tras la invasión de Afganistán por la Unión Soviética, cuando Estados Unidos exigía el reequilibrio de los bloques incorporando a España»[14].

Otro de los mandatos era desnuclearizar España: que el Gobierno español cancelase los trabajos de producción de plutonio y de fabricación de su propio armamento atómico. Cuando todavía Suárez ejercía en funciones, sin contar con él ni con Gutiérrez Mellado, el ministro de Industria Ignacio Bayón —también en interinidad— autorizó a Luis Magaña, presidente de la Junta de Energía Nuclear, a enviar una carta oficial a Viena, sede de la OIEA, aceptando sus salvaguardas y sometiendo a su control todos nuestros yacimientos de uranio, instalaciones y reactores nucleares[15]. Es decir: España renunciaba a ser un país con su propia fuerza atómica disuasiva. La carta se escribió y fechó calculando que, cuando allí se recibiese, Leopoldo ya habría tomado posesión de su cargo presidencial. De hecho, llegó a Viena días antes del 23 de febrero. Ante el suceso golpista, la Junta de Gobernadores de la OIEA congeló nuestro ingreso, ya aprobado: «Se hará oficial en el momento oportuno»[16]. Estando el Gobierno en funciones y todavía no investido CalvoSotelo, ¿quién urgió?, ¿quién autorizó esa decisión, diametralmente contraria a la política nuclear que Suárez había defendido en todos sus mandatos?

Cuando el general Guillermo Velarde, de la Junta de Energía Nuclear, visitó en su domicilio a Gutiérrez Mellado y le dio la noticia, el ex vicepresidente no daba crédito: «¡Imposible! ¿Usted ha visto esa carta, Velarde? Eso se ha hecho a espaldas nuestras. Ni Suárez lo habría permitido, ni Rodríguez Sahagún, ni yo. Esa carta se ha enviado sin mi autorización. Ha sido una puñalada de pícaro…» Gutiérrez Mellado estaba muy disgustado: «Hemos entregado, porque sí, sin contrapartidas, no una posibilidad, sino una realidad presente de que España disponga de su propio arsenal nuclear. Y se ha hecho en nombre del Gobierno de España, pero sin contar con el Gobierno…»

El teniente general Alfaro Arregui, presidente de la JUJEM, partidario de que España tuviese su propio potencial atómico, fue también sorprendido por «una gestión de tal importancia y tan subrepticiamente realizada». «¿Quién lo ordenó —se preguntaba—, quién presionó, quién se aprovechó de la interinidad del Gobierno?»[17] Eran interrogantes que no pretendían respuestas: todos ellos sabían perfectamente «quién».

La desnuclearización era una parte del lote al que Calvo-Sotelo se había comprometido con el Rey para recibir la presidencia del Gobierno. El ingreso en la OTAN, sin referéndum, por mayoría parlamentaria simple, completaba el lote. Y también en eso se apresuró Calvo-Sotelo, anunciando ante las Cortes su compromiso de ingreso el 18 de febrero, una semana antes de ser investido[18].

Al concluir la audiencia, el Rey apremió a Leopoldo a «recuperar la normalidad», «cerrar el paréntesis de *poder interino*, abierto desde hace un mes con la dimisión de Suárez» y «dar a conocer el nuevo Gobierno cuanto antes».

—Señor —dijo Leopoldo—, si en esta casa me dejan una mesa, una silla y un teléfono, hablo con tres o cuatro personas, y termino de cuadrar el equipo.

—Aquí mismo —le propuso el Rey—, te quedas en mi despacho. Yo me voy porque tengo unas cosas que hacer.

Leopoldo se resistía, pero el Rey insistió:

—No, no, te quedas aquí. Además es muy cómodo, porque aquí está el teléfono rojo, por si tienes que hablar con algunos ministros para hacer permutas de carteras…

—Pero, señor, ¿cómo se va a sentar un monárquico de los que iba a Estoril desde los años cuarenta, en la silla del Rey, eso que antes se llamaba «el trono»?

—¿Cómo? ¡Pues sentándote…!

«Y con autoridad incluso física —recordaba Calvo-Sotelo años después—, me empujó y me sentó en su sillón de despacho. Y allí acabé de combinar el Gobierno».

Aquella «promiscuidad» entre la Corona y el Gobierno no era muy ortodoxa, pero… había prisa.

Leopoldo se jactaba después: «A mí, para ser presidente, no me eligió Adolfo; me eligió el Rey». Una jactancia que sólo se entiende cuando uno no puede decir «a mí me eligieron los ciudadanos en las urnas».

¿Consejo de guerra o simulacro de Estado?

Decía Calvo-Sotelo: «La decisión más importante que tomé fue acotar el problema de los juicios militares. Acotar en cuanto a las personas y al tiempo. Y resultó buena». Que el Gobierno decida a priori a cuántos y a quiénes se ha de procesar, y tase la velocidad y la duración de los juicios, es algo que atenta contra el sentido natural de la justicia, cuya fiabilidad radica precisamente en la ausencia de premeditaciones y prejuicios. Así pues, la decisión «previa» de Calvo-Sotelo inoculaba ya a los juicios un vicio de origen.

Ese «acotar» buscaba un banquillo de acusados reducido al mínimo. Era el consejo de Sabino al Rey, el encargo del Rey al ministro Oliart: «Que toquen sólo a los que no haya más narices que tocar». Los indisimulables. Los que dieron el cante: Tejero, Milans, Pardo Zancada y…, con guantes y pinzas, Armada.

Tácito o explícito, hubo un entendimiento: si «vosotros no extendéis la condena y el sentimiento de agravio a todo el Ejército»,[19] nuestros jueces militares sobrevolarán la trama civil de políticos, empresarios y periodistas enganchados en la *Operación Armada,* ignorando su existencia. Y funcionó.

Para el Rey y para el presidente del Gobierno, el juicio del 23-F no era un asunto más o menos preocupante, más o menos agobiante: era un asunto absorbente, era «el asunto». Y con motivos. Uno, porque podía encrespar a los militares y a sus familias. Dos, porque se preveía una ruptura entre la sociedad civil y el estamento castrense. Tres, porque el Rey no quería «perder» su liderazgo sobre los ejércitos. Cuatro, porque la expectación nacional y extranjera sobre los procesos era incontenible. Cinco, porque el resultado de los juicios sería el test de madurez de la democracia española ante Estados Unidos y las democracias europeas. El «tejerazo» bananero había puesto a España bajo sospecha de franquismo insepulto.

Calvo-Sotelo y Oliart vivieron en un ay de temor alerta mientras duró el consejo de guerra. Querían resolverle el problema a la Corona y al Estado. Consideraban que esos juicios eran la clave de la Transición y no debían cerrarse en falso. Pero el peligro golpista no había sido conjurado y la clase política alimentaba el síndrome de lo que se dio en llamar «democracia

vigilada».

Calvo-Sotelo justificaba así su decisión de atarle las manos al juez togado instructor, el general García Escudero, para que no ampliase sus investigaciones y fuese comedido en el señalamiento de acusados: «Si se hubiera perseguido sañudamente la llamada trama civil y militar, por gradaciones insensibles, se habría llegado muy lejos. Sí, habrían aparecido hasta Felipe González y el PSOE en Lleida, en Madrid… Un día le dije a Felipe: "Yo no sé a ti, pero a Múgica desde luego le cita el juez militar, porque en el golpe blando, en el golpe constitucional, estabais muchos. Yo no lo sé, pero estabais muchos, y con este plural me refiero a una parte del PSOE…" Pues bien, si yo pincho con un compás en el centro de la trama y llego hasta Múgica y doy la vuelta, ¿a cuántos españoles metemos? Dos mil, ¿no?»[20].

Un argumento similar al del ministro Oliart: «Según mis cálculos, la lista de imputados hubiera podido ascender a más de tres mil o cuatro mil»[21].

Uno de aquellos días, el historiador Raymond Carr —que siempre planeaba por Madrid al olor de alguna presa importante— le preguntó al ministro Oliart:

—Alberto, habiendo tanto golpista potencial y tantos militares contrarios a la Constitución, ¿por qué no depuras a fondo el Ejército?

—Porque si depuro por ideologías… me quedo con veinte —le respondió el ministro con cierta calma fatalista[22].

La raya estaba trazada con premeditación. El Rey, ya lo dijo, no quería ni caza de brujas, ni macrojuicio.

En un receso del consejo de guerra, a media mañana de un día de abril, una periodista le comentó al fiscal togado Claver Torrente:

—Su estrategia de acusador es evidente: para usted, la mampara de cristal antibalas es la raya límite donde acaban los implicados. Y que nadie se empeñe en señalar más responsables, ni hacia abajo ni hacia arriba, porque el fiscal no entra en ese juego… ¿En serio cree usted que sólo estuvieron en el golpe esos treinta y tres hombres?

Antes de responder, el fiscal dibujó una circunferencia sobre la gravilla con la puntera de su zapato. Luego dijo:

—Más que una raya, yo he trazado un círculo. Sólo los que están ahí dentro y ni uno más. Si empezásemos a ampliar ramificaciones, que las hay, llegaríamos a los Urales[23].

La investigación judicial del 23-F distó mucho de ser ejemplar. Más bien, lo que resultó fue el ejemplo de lo que nunca debió ser. Nació ya como «el fruto del árbol envenenado» —en expresión clásica de la jurisprudencia—, por la premeditación de cargar lo máximo sobre los mínimos, implicar al menor número posible de militares y a ningún civil; si acaso, rellenar el hueco con el bulto orondo de uno sólo: el falangista García Carrés.

Se aceptó el «pacto del capó» —suscrito sobre el capó de un Land Rover de la DAC Brunete, aparcado en el patio del Congreso—, en el que Armada, como apoderado del consentimiento del Rey, canjeó la libertad de los diputados y del Gobierno por la rendición de Tejero, Pardo Zancada y los hombres a su mando. Bien hasta ahí. Pero la sustancia del pacto era la libertad inmediata y sin responsabilidad penal de los ciento trece soldados de la DAC Brunete, y de los

doscientos veinticinco o doscientos cincuenta guardias civiles y suboficiales. Nunca se fijó el número, ni hubo ocasión de contarlos.

Se trataba de una intromisión del Rey en territorios del poder judicial y del poder ejecutivo, porque o bien impartía una amnistía colectiva, que está expresamente prohibida por la Constitución, o bien otorgaba de una tacada más de trescientos indultos personales. Indultos «personales» imposibles, por desconocerse las identidades de los indultados. Y porque cualquiera de esas concesiones de gracia hubiese requerido un proceso penal en toda regla: identificación del imputado, presencia del juez y del fiscal, encausamiento, juicio, sentencia y condena. Al no ser así —ni utilizando la tramitación abreviada del juicio sumarísimo en atención a la urgencia—, lo que el Rey autorizó con el «pacto del capó» fue, sin más, la libertad de ciento trece militares, y doscientos veinticinco o doscientos cincuenta guardias civiles que, so capa del anonimato, seguirían integrados en sus unidades, vistiendo sus uniformes y portando sus armas.

No se sustanció la actuación de la JUJEM durante las diecisiete horas y media del golpe.

No se investigó a los capitanes generales, ni lo que hicieron ni lo que hablaron con el Rey. Tampoco las rondas telefónicas de todos ellos con el monarca, con los generales Gabeiras, Quintana Lacaci, Sáenz de Tejada, Fernández Campo y Armada. Ni las conversaciones mantenidas entre ellos aquella noche, en las que intercambiaban información, opiniones, dudas, propuestas… De muchas de esas comunicaciones existían cintas. Según el CESID, desde la sede París —sita en la avenida Cardenal Herrera Oria, de Madrid— intervinieron numerosas llamadas aquella tarde-noche; entre otras, las de entrada y salida de la centralita de La Zarzuela, líneas estándares de Telefónica.

Al parecer, los jueces militares se conformaron con el certificado estereotipo que cada capitán general remitió al juez instructor. Y nada más.

Se quiso ignorar —y se ignoró— la identidad de los diecisiete asistentes a reuniones conspirativas organizadas por el teniente general Milans en el piso de General Cabrera 15, en Madrid.

Se pasó de puntillas sobre la actuación del CESID, implicado en el golpe como presunto «autor intelectual» y «cooperador material necesario» desde el momento cero más uno del proyecto hasta el penúltimo minuto de su ejecución. No se demandaron los vídeos y las cintas magnéticas sonoras de las reuniones conspirativas —tanto las de militares como las de civiles—, cuyo seguimiento se realizó durante meses. Ni las transcripciones de sobremesas de comidas en la Agencia EFE, con argumentos de conspiración golpista. Ni se fijaron los contactos entre el general Armada y el comandante Cortina. Ni se dio una explicación solvente a la triple casualidad de que, el 23-F, a primera hora de la tarde, tres vehículos del servicio de inteligencia, con sus agentes al volante, coincidieran en puntos distintos de Madrid con los tres autobuses de los guardias de Tejero y los guiaran a través de la ciudad hasta el Congreso de los Diputados, porque sí, como tres *boy scouts* ayudando a tres ancianitas a cruzar la calle.

Cuando las preguntas en la sala de juicios resultaban incómodas para el comandante Cortina, éste solía amurallarse en el sigilo de oficio, en la seguridad del servicio o en el secreto de Estado, negándolo todo a fin de no desvelar sedes, encuentros, personas, trayectos, operaciones, contactos… El repertorio de sus respuestas era tan parvo como terminante: no, nadie, nada,

nunca. Si bien en otras ocasiones se lanzaba a hablar, hablar y hablar, aportando cantidades ingentes de minucias marginales a la cuestión. El fiscal Claver llegó a reprenderle: «Usted no hace más que hablar de lo que le da la gana, pero no me dice nada que interese a esta causa». En efecto, Cortina se aplicaba a sí mismo el método Ollendorf, utilísimo como autodefensa del espía sometido a un interrogatorio: aislar mentalmente el dato que se quiere preservar, no mencionarlo siquiera, y declarar profusamente sobre cualquier cosa accesoria, incluso banal[24].

Cierto día, cercado por las preguntas del fiscal, en cuanto se suspendió la sesión fue flechado a la hilera de teléfonos de monedas. Descolgó, marcó y, al habla con un jefe del CESID o con su abogado defensor, advirtió en un tono de rotunda amenaza: «Y diles que como este tío siga jodiéndome, ¡saco hasta lo de Carrero!» Cuando a primera hora de la tarde se reanudó la vista, el tenor de las preguntas era muy distinto, como si el fiscal fuera otro. El acoso había cesado[25].

José Luis Cortina tenía sus recursos no sólo para el escapismo en los interrogatorios, también para el escapismo final. Como explicaba poco después su hermano Antonio al ex ministro Otero Novas: «Si mi hermano Pepe, sabiendo todo lo que sabe, ¡todo lo que sabe y calla!, resultó absuelto, sin pruebas y sin cargos, fue porque en un determinado momento envió a…, a quien debía enviárselo, un mensaje bien claro: "Yo me juego la vida por España, pero no voy a jugármela por nadie más… Por nadie más"»[26].

El tribunal denegó el 90 por ciento de las diligencias de prueba, de la presencia de testigos y de los careos propuestos por las defensas. Una falta de garantías procesales inadmisible en un Estado de derecho, como si los encausados tuviesen por su condición militar una ciudadanía degradada. Con lo que los juzgadores incurrían en el contrasentido de exigirles que defendiesen una Constitución en la que no podían ampararse.

No se investigó la trama civil «democrática» —políticos, empresarios, banqueros, abogados y periodistas: los contactos civiles del general Armada—; ni se citó a declarar a quienes figuraban en el listado de Gobierno que Armada mostró a Tejero en el Congreso y que ninguno de los incluidos con cartera de ministro desmintió. Como tampoco se permitió a la doctora Carmen Echave aportar la prueba de ese listado de Gobierno, tomado a mano por ella mientras Armada se lo leía a Tejero, lista que luego cotejó con los nombres que también había apuntado un capitán de la Guardia Civil sublevado con Tejero. Nadie del tribunal interrogó sobre esa lista ni a la doctora ni al capitán, que se sentaba entre los acusados. La directiva era meridiana: ni una pregunta sobre la trama civil.

Así que temblaron los cimientos de la sala de vistas cuando a requerimiento de un buen número de letrados defensores se reclamó la presencia del diputado Enrique Múgica. Era el cabo de la mecha que podía deflagrar la bomba de la trama civil que pivotó sobre Armada. El presidente del tribunal, el teniente general Gómez de Salazar, a través del teniente coronel relator Jesús Valenciano, ofreció a Ángel López Montero, abogado defensor de Tejero, «la libertad inmediata, hoy mismo, y absolución en sentencia de los ocho tenientes y los ocho capitanes de la Guardia Civil imputados, a cambio de que no declare el diputado socialista Enrique Múgica». Los oficiales, uno por uno le fueron diciendo al enviado «no hay trato», «no hay trato», «no hay trato»…

En todo caso, tal como se deseaba, la declaración testifical de Múgica fue un viaje a ninguna

parte. Un *sketch* de teatro del absurdo: el presidente del tribunal asumió el papel de defensor del testigo —figura que no se contempla en los procesos judiciales— rechazando toda pregunta de bisel peligroso. Y con ese paripé se dio por cumplida la excursión a la trama civil.

El ministro de la Defensa Oliart llegó a pedir al decano de la abogacía, Antonio Pedrol Rius, que retirase las licencias colegiales a los abogados defensores civiles que, con sus preguntas, reiteradamente intentaban involucrar al Rey.

En aquellos juicios se daba la paradoja de que eran los acusados, y no los jueces ni el fiscal, quienes querían indagar y llegar hasta el fondo, o hasta la cumbre. Unos con intención de esparcir las culpas y agrandar el parqué de los responsables; y otros —casi todos, treinta y uno de los treinta y tres—, con el legítimo deseo de saber si alguien usó el nombre del Rey en vano y ellos habían sido víctimas de un engaño.

El *Leitmotiv* de las cuarenta y ocho sesiones de la vista fue la invocación al Rey. Y no sólo por el afán encizañador de los abogados defensores; sino porque el patrocinio regio había sido la «razón de garantía» que puso en marcha la *Operación Armada* «por pasos contados»; la «razón» que convenció a una orla de dirigentes políticos y empresarios a embarcarse en un «Gobierno no emanado de las urnas»; la «razón» que ganó a Milans para controlar los preparativos golpistas del 2 de mayo; la «razón» para congelar los planes de Tejero; la «razón» para que el CESID fabricara un «detonante de gran efecto», el supuesto anticonstitucional máximo provocador de un vacío de poder… El patrocinio regio, o su aceptación a ojos cerrados, había sido lo que los impulsó a todos. Por mucho que ahora discrepasen entre sí, por muy enemistados y sin hablarse que estuvieran, todos los encausados eran unánimes al afirmar que, en conciencia, actuaron creyendo que obedecían al Rey.

Y para ninguno de ellos era igual haber sido utilizado con fraude por Armada y por Cortina que haber sido abandonado en el último momento por el Rey. De ahí que la apelación al «impulso soberano» fuese un sonido de fondo continuo en los juicios.

Un tajante mentís del monarca, leído en la sala de juicios, hubiese despejado de cara a la historia el trasfondo brumoso de una sospecha. Pero no lo hizo. Y el precio sería la sombra de una duda permanente.

Su mensaje televisivo, a horcajadas del 23 y 24 de febrero, mientras Armada intentaba convencer a Tejero, afirmaba la apuesta de la Corona por la democracia y la Constitución, pero no interfería en una sola sílaba sobre la *solución Armada*. Servía tanto si Armada conseguía postularse ante los diputados como si fracasaba en su gestión. Ese mensaje sólo condenaba el golpe de Tejero, el asalto al Parlamento.

La insistencia de los letrados defensores en que el Rey prestase declaración, no en la sala, pero sí recibiendo al instructor y al secretario judicial en La Zarzuela, o respondiendo a unas cuestiones por escrito, hizo que Sabino se ofreciera a declarar él, por escrito, en lugar de Su Majestad. Y lo hizo. Pero…

Al final, quien hubiera podido leer los catorce mil folios rectos y vueltos de la instrucción militar, al cotejarlos con las actas del consejo de guerra y con el texto de la sentencia, sacaría la impresión de que el gran protagonista del contragolpe, el Rey, había desaparecido, era el gran ausente. Como si alguien hubiera pasado una goma de borrar por cada lugar donde figuraba su

nombre, sustituyéndolo por el de Sabino, o simplemente suprimiéndolo. Manipulación que a las generaciones futuras les podría dar pie a suponer que aquella noche el Rey no estuvo físicamente en La Zarzuela, pues sólo hay vestigio de su actuación donde quedó una constancia indeleble, pero «mecánica»: dos télex y un mensaje televisivo de un minuto. Dos comunicaciones que, a efectos probatorios, hubiesen podido realizarse desde las Chimbambas.

¿A quién atribuir esa «supresión del Rey»? Posiblemente a una solicitud de La Zarzuela o del Gobierno, y al exceso de celo de los redactores de la sentencia. Un trampantojo más. Un error más que añadir a un decepcionante juicio de guerra que pasaría a las crónicas como un solemne simulacro de Estado.

Gestando la glorificación del Rey

La voz de mando del Rey en la medianoche del 23-F fue el exorcismo que conjuró el golpe. El Ejército le reconoció como su jefe y le obedeció. Sin más abracadabra. Instintivamente, los españoles le «adoptaron» como el talismán capaz de domeñar cualquier amenaza del espadón. Hasta los intelectuales más díscolos con el sistema teclearon ditirambos al monarca. Uno de los primeros en lanzar salvas de honor fue Carlos Barral: en el artículo «Fidelis noster» a toda página, se confesaba converso al rey Juan Carlos, hipnotizado por su aparición nocturna en el televisor, daba por extinguida su emotividad republicana y se proponía «no cuestionar la forma de Estado monárquica, porque —como decía Maura— en política española, construir al margen de la Monarquía es construir con desconocimiento de la vertical»[27].

A partir del mediodía del 24 de febrero, se inició la glorificación del Rey. El efusivo agradecimiento de Carrillo en La Zarzuela «por haber salvado la democracia; y a mí, la vida». La ovación compacta de todos los diputados —excepto Sagaseta y Blas Piñar—, con vítores al Rey, el día 25 en el Congreso. La moción de apoyo al Rey de España en la Cámara Baja. Las felicitaciones públicas de todos los jefes de Estado y de Gobierno. La petición del Nobel de la Paz, suscrita por los alcaldes de las veinte ciudades más populosas de España, la Unión Sindical de Policía, los partidos de ámbito nacional, UCD, PSOE, PCE y AP, con sus organizaciones juveniles, etc. Homenajes, agasajos, doctorados honoris causa, galardones… La Guardia Civil y la Policía Nacional piden escoltar en adelante al Rey y a la Familia Real.

Y no fue cosa de un día ni entusiasmo momentáneo ese estado de gracia: nueve meses después, *El País* rebasaba el alcance de la Constitución, al interpretar el apartado h) del artículo 62, el catálogo de las funciones regias, asegurando que al Rey le corresponde el mando de las Fuerzas Armadas «no de modo simbólico, sino como atribución real». Peligrosa asignación de un caudillaje militar con capacidad de ordeno y mando, que hubiese convertido en norma lo que el 23-F fue irrepetible excepción.

Por su parte, el Rey se blindaba gastando buenos tramos de su agenda en actos castrenses: renovó el juramento a la bandera en la Academia General de Zaragoza; se reunió varias veces con el generalato; entregó despachos a los nuevos oficiales de Tierra, Mar y Aire; impuso fajines de Estado Mayor; asistió a maniobras y confraternizó a base de pincho de tortilla y tintorro español. Al Borbón, medularmente militar, ese mundo nunca le resultó postizo o ajeno. Le

interesaba, lo entendía, lo disfrutaba. Y los mandos cuarteleros se sentían honrados, con el sello diferencial de pertenecer a un estamento especial cuyo jefe era el Rey.

Esto se producía al tiempo que los juicios de guerra, y los litros de tinta de linotipias empleándose a fondo día tras día contra el golpe militar. Batallas tipográficas en las que los ataques al monarca procedían de las barricadas ultras y fachas, o de los abogados defensores de los inculpados golpistas; mientras los demócratas replicaban con entusiastas apologías del Rey. Atacar al Rey o dudar de su actuación el 23-F equivalía a estar en el bando de los golpistas. «Su Majestad —declaraba enfático Landelino Lavilla en un pleno de las Cortes— es quien nos ha salvado y nos ha liberado».

El Rey, «cuya persona es inviolable y no está sujeta a responsabilidad», se convirtió tácitamente en un tabú: un ser blindado contra críticas, expresiones satíricas, befas, caricaturas y, no se diga ya, interrogantes de sospecha.

Esa intangibilidad duró muchos años. Cada 23-F, los periódicos reproducían la imagen de un Tejero tricorniado blandiendo su Astra, y el busto del Rey, inexpresivo y de uniforme, recuadrado por el marco de un televisor. Así año tras año, el pueblo español recordaba con gratitud la hogaza de libertades que el Rey les ganó aquella noche de las metralletas, los tanques y los teléfonos incandescentes. Aquella noche que podía haber amanecido como otro 18 de julio de 1936. Y fue así como se fraguó la leyenda de *Mio Cid del 23-F*.

Los pueblos, sean primitivos o civilizados, necesitan líderes a quienes seguir y héroes a quienes admirar. Le vino bien al Rey, porque el pueblo lo quiso, convertirse en el héroe de una noche. Y algo más importante: en patrimonio de todos los partidos del espectro político. Gracias al golpe de Estado, el Borbón consiguió lo que siempre había deseado: nacionalizar la Monarquía, hacer de ella «un bien común socialmente protegible». El 23-F fue para la Corona un «beneficio colateral»: a partir de esa noche, por exigencias del guion más que por idiosincrasia genética, el Rey de Franco se convirtió en el Rey de la democracia, el Rey que en diecisiete horas ganó su propia guerra civil contra los militares sublevados y sublevables. Y… «no investiguemos más».

La *heroificación* del Rey tuvo su movida espontánea, y también su estrategia dirigida. Actuó cierto sector del CESID, con su nuevo director, Emilio Alonso Manglano, general, demócrata y «monárquico de toda la vida». Y actuó Sabino, atento a los episodios procelosos de los juicios de guerra, y recibiendo cada tarde en su discreto apartamento del Centro Colón a un político, a un director de medios, a un personaje con influjo social. Té y apología. Así lo contaría el propio Sabino:

Yo hablaba con dirigentes de la oposición política, con Felipe González, Enrique Múgica, Gregorio Peces-Barba, Santiago Carrillo… y con personalidades capaces de crear opinión en sus ambientes sociales. Si ellos podían, yo los recibía en mi apartamento. Se trataba de aunarlos en defensa de la democracia y de la Corona para afrontar los embates y trallazos que descargaban contra el Rey los abogados defensores y los codefensores militares de los juicios de guerra, que se reunían y urdían estrategias conjuntas cuya diana era el Rey.

Como el 23-F yo había jugado un papel muy activo, y creo que decisivo, contra el golpe y por la democracia, muchos militares me tenían enfilado como a un enemigo. Incluso dentro del

CESID, los oficiales de Marina. De hecho, me vigilaban y espiaban. Aquí, frente a este edificio de apartamentos, aprovechando unas obras, instalaron una furgoneta con unos rótulos que ellos mismos hicieron pintar. Por la «o» de un rótulo asomaba el visor de la cámara. Desde ahí fotografiaban o filmaban las entradas y salidas en mi apartamento. A uno de los políticos que fotografiaron de cara, saliendo de mi vivienda, fue a Santiago Carrillo.

La verdad es que los dirigentes de la oposición y los columnistas que derrotaban por la izquierda estaban más sensibilizados y más activos para oponerse a esos ataques de los golpistas y arropar al Rey que el propio Gobierno de Calvo-Sotelo. Y ya un día me harté… Descolgué el teléfono, hablé con Calvo-Sotelo y le insté a que defendiese al Rey de un modo más enérgico, y desmintiera pública y oficialmente las acusaciones que a diario se propalaban sobre si el Rey había estado detrás del golpe, si tardó en salir el mensaje de televisión porque dudaba de qué decisión tomar, si se grabaron uno o dos mensajes, si había una *Operación Armada* conectada con el Rey, etc.

—Hay que atajar de una vez todos esos rumores, porque en estos momentos el único personaje capaz de unir a todos los demócratas de este país es el Rey. Es el mástil que sostiene la carpa común. Y vosotros, como Gobierno, no estáis haciendo nada. El Rey es el Rey, está donde está, y no puede bajar a la arena de la confrontación a defenderse. Él tiene que oír y callar. Necesita protección. Y debes dársela tú, que eres el presidente del Gobierno… ¡Parece mentira, pero los socialistas y los comunistas están saliendo en su defensa más y mejor que vosotros!

A Leopoldo le pareció irrespetuosa mi protesta, mi demanda. Quizá se lo dije con sequedad. Lo tomó como una intromisión indebida y me contestó con altivez:

—Te recuerdo, general, que soy oficial de las Milicias Universitarias y sé muy bien lo que tengo que hacer en el área militar. Tú no eres quién para darme consejos o indicaciones, y menos para plantearme quejas. ¿O debo recordarte que, como presidente del Gobierno, la cadena de mando de las Fuerzas Armadas termina en mí?

Fue un encontronazo breve, pero tan duro que, después de tragarme el rapapolvo, le volví a llamar y le pedí disculpas[28].

Suárez planta cara a la sentencia militar

El 3 de junio de 1982 se conoció la sentencia del consejo de guerra. Adolfo Suárez rompió su silencio y reaccionó inmediatamente con un artículo a toda plana en cuyo título, «Yo disiento», [29] había ya una carga de protesta que evocaba el «Yo acuso» de Émile Zola.

En un ambiente de disimulos timoratos, miedo reverencial al sable, recomendaciones de prudencia, autocensuras en la prensa, Gobierno encogido y sensación incómoda de incertidumbre y de «democracia vigilada», la réplica espontánea de Suárez al tribunal militar fue como una bocanada de aire libre.

Al margen de sus discrepancias con una sentencia que «produce desasosiego», aquel artículo volvía a hacer sonar su voz templada y valiente. Apuntaba más al fuero que al huevo, no se detenía en si eran pocos o muchos los años de condena, iba al fondo erróneo del veredicto, señalaba el criterio equivocado e injusto de los juzgadores al concentrar el rigor en unos pocos

sin castigar adecuadamente a todos los culpables. Lo supiera o no, estaba clavando el estilete en el consejo que el Rey dio a Calvo-Sotelo y a Oliart, y éstos a los jueces militares: «Acotar, concentrar, tocar a los menos posibles».

Recuperaba Suárez su mensaje estimulante de repudio al miedo: «Sólo hay que tener miedo al miedo mismo». Y a partir de ahí, un silogismo diáfano: si sólo son sancionados los jefes de una rebelión, y quedan impunes los que también con armas y modos violentos los secundaron actuando fuera de la ley, los derechos del pueblo quedan desprotegidos. Cuando es demasiado «barato» participar en un golpe de Estado, porque se tiene la seguridad de que sólo castigarán a los promotores, entonces el propio Estado queda indefenso y a merced del miedo. «El miedo no puede determinar la política española […]. No hay libertad bajo el miedo, no hay derechos ciudadanos bajo el miedo, no se puede gobernar bajo el miedo […]. El miedo traería consigo la involución política». Y ahí alanceaba al estamento militar, sin nombrarlo, pero dando en la diana: «Los que son sólo elementos de un conjunto armónico pretenden constituirse como un todo, con desprecio a la mayoría, e imponen una presión institucional, cuyas consecuencias la historia por desgracia nos ha mostrado».

Le resultaba inadmisible la exoneración de los tenientes de la Guardia Civil, aduciendo la obediencia debida a unos mandos que dudaban y que —según los juzgadores, y esto era lo más grave— a lo largo del 23 y la madrugada del 24 de febrero no tenían muy clara la situación, y estaban a la espera de que otros mandos muy superiores se decidieran. Adolfo Suárez expresó su perplejidad porque unos tenientes desconocieran la Constitución y el Código de Justicia Militar… y por tanto sus deberes «legales». Y no podía dar crédito a esas «dudas de los mandos», puesto que la «situación no tenía que decidirse: estaba ya decidida por la Constitución». Y no había que esperar a que lo dijera el Rey. Aquí podía hasta sentirse su énfasis: «El Rey no puede realizar indicaciones contrarias a la propia Constitución, que es la norma que establece cuáles son sus competencias como titular de la Corona». Ahí quedaba eso.

Después de dejar claro que «en España no existe un poder civil y un poder militar: el poder es sólo civil», lanzó su afirmación más rotunda, la que de verdad le producía «desasosiego»: «No cabe admitir la peregrina idea de una unión directa, exclusiva y excluyente, entre las Fuerzas Armadas y el Rey; unión que no tendría otro objetivo que colocar al propio Rey y a la misma institución militar al margen de su instancia legitimadora: el pueblo español». Y el buen entendedor que entienda.

Adolfo Suárez había hablado con libertad y con autoridad. Fue un buen regreso.

Al día siguiente, el Gobierno de Calvo-Sotelo recurría la sentencia ante el Tribunal Supremo. Era necesario que la jurisdicción ordinaria dijese la última palabra. Y la dijo, agravando seriamente las condenas.

Suárez y el Rey, amigos de nuevo

El Rey estuvo satisfecho con Leopoldo en los primeros meses de su mandato, según le comentó a su amigo Jaime Carvajal y Urquijo a mediados de abril de 1981: «De la situación política dice [el Rey] que parece menos pesimista de lo que él hubiera pensado. Está contento

con Leopoldo Calvo-Sotelo, por la *autoridad* con que gobierna»[30]. Pero año y medio después, en octubre de 1982, ya se había cansado de su jefe de Gobierno. Así se lo confiaba a Jaime Carvajal una semana antes de las elecciones que darían la victoria de los diez millones de votos a Felipe González. «Sabino, como lleva el libro, les da hora a los líderes políticos y provoca que yo los reciba; pero Leopoldo se opone. Me da igual. No pienso hacerle caso. ¡Empiezo a estar un poco harto de Leopoldo!»[31] El Rey ansiaba el cambio.

Suárez abandonó la UCD, que sin él naufragó, y no quedaron ni las ratas del barco para contarlo. Fundó otro partido, el Centro Democrático y Social (CDS). Era un buen proyecto de centro progresista, pero «la banca madrastra», como decía él con humor, no les fio el dinero suficiente para poder tener «suerte» duradera. Tal vez porque atraía militancia y votos de la derecha y de la izquierda, incordiando tanto al PP como al PSOE. En las elecciones de 1982, el tirón de Adolfo Suárez consiguió su escaño y el de Rodríguez Sahagún. Y en las de 1986 pegó un subidón situándose como tercera fuerza nacional, con diecinueve escaños, y una importante presencia en municipios, entre otros, la alcaldía de Madrid. Los pactos con la derecha del PP serán el «abrazo del oso» para el CDS, que inicia en 1989 su declive electoral y la dispersión de muchos de sus cargos. Ante los malos resultados en las municipales y autonómicas de 1991, la misma noche del escrutinio de votos, Adolfo Suárez presenta su dimisión. Se retiró de la política activa, pero ojo avizor, sin perderla de vista. Era un *zoon politikon* de raza.

En su momento, quisieron repescarle para que resucitase la UCD. También, años después, Felipe González le ofreció una vicepresidencia en su Gobierno, que Adolfo declinó[32].

Como ocurre con los vinos de buena cepa, el prestigio político de Adolfo ganaba solera con el paso del tiempo. Equilibró una rara mixtura de ausencia y presencia. No iba a saraos ni a bullangas sociales. Sí, en cambio, cuando se le reclamaba para presidir eventos, dar conferencias, recibir premios, escanciar consejos o encabezar marchas contra la guerra o contra el terrorismo… Poco a poco, fueron restituyéndole el *copyright* de su obra, la Transición, hasta convertirle en el icono de la democracia.

Desde que dimitió, el Rey había dejado de llamarle, y se disgustó mucho cuando fundó el CDS. Un día del verano de 1982, Don Juan Carlos se descolgó con una carta de cinco holandesas y media:

> Querido Adolfo:
> Hace mucho tiempo que no te escribo una carta larga…

El Rey le reconoce «cuántas veces tú estuviste acertado, como en aquel jodido Sábado Santo», admitiendo su error cuando se oponía a Suárez en la legalización del PCE. En otro tramo, sobre el 23-F, el Rey se refiere al «ejercicio de generosidad que tú tuviste que hacer —y también yo— para que, a pesar de nuestros mutuos aciertos y errores…».

Una carta con la que el Rey buscaba romper la muralla de hielo, hacer las paces, y que todo quedase en tablas[33].

Luego, paulatinamente, fue acercándose de nuevo a la vida de Suárez: los Reyes y el príncipe Felipe asistieron a la boda de Adolfo, el hijo mayor del duque de Suárez. Acudió muy amistoso a darle el pésame cuando falleció Amparo Illana, y poco después, al morir su hija Marian. Algunas

tardes iba a visitarle en su casa de La Florida. Se presentaba por sorpresa, como le gustaba, conduciendo él mismo su coche, con atuendo *sport* elegante, pasaban un par de horas hablando de todo, de amigos comunes, de política, de batallitas que vivieron juntos, de los hijos…

La vieja amistad había reverdecido porque tenía raíces hondas de afecto verdadero y porque la lealtad de Adolfo era granítica. Lo había demostrado con hechos de servicio. Incluso cuando ya no estaba «de servicio», porque jamás licenció su sentido de estadista, jamás dejó de estar en vela para «salvaguardar el Estado permanente, es decir, al jefe del Estado». Así lo sentía y así se lo dijo más de una vez al monarca: «Entra en mis deberes proteger al Rey del propio Rey»[34].

Protegerle de amistades inconvenientes, de consejeros ambiciosos, de obsequios comprometedores, de «consultas» capciosas.

Protegerle de «cuidadores» palaciegos y de agentes de inteligencia que, so pretexto de blindar al Rey, espiaban y grababan hasta sus más triviales conversaciones; peritos en el arte de manipular cintas, cruzando voces, empalmando frases recortadas de aquí y de allá…

Protegerle de políticos sin escrúpulos que, por salvar sus responsabilidades penales, no habrían dudado en envolverse bajo el manto del Rey.

Una lealtad sin fisuras, fajada en la fortaleza de saber y callar. El servicio del silencio. Adolfo Suárez podía decir, como el *Calígula* de Camus: «He comprendido que hay dos verdades, y una de ellas debe permanecer oculta»[35].

Sin sacar pecho, era un patriota alerta, dispuesto en cualquier momento a prestar su «penúltimo servicio». Como reconocía Alfonso Guerra: «Ni un solo día ha dejado este hombre de pensar en España»[36].

Su «penúltimo servicio», sí, porque el último fue… olvidar.

EPÍLOGO
El Toisón del olvido

«Médulas que habéis gloriosamente ardido…»
FRANCISCO DE QUEVEDO

La dolencia venía de lejos. Empezó a socavar su cerebro, el *task force* de sus neuronas, como una zapa silenciosa allá por 1979 o 1980, cuando se decretó contra él un implacable acoso y derribo. Como el príncipe de Viana decía de sí mismo, «me asedian por todas partes». Y era verdad. Los golpes bajos, las zancadillas, las cuchilladas le llegaban de fuera y de dentro: los americanos, los alemanes y suecos y noruegos de la Internacional Socialista, el impaciente PSOE, la derecha que le consideraba «un traidor de los nuestros», los generales y los almirantes, los banqueros, la gran tribu de los empresarios, la prensa. Y los barones de su propio partido. Éstos le apuñalaban sentados con él en Consejo de Ministros. Suárez, prietas las mandíbulas, callaba.

Sus leales, Abril Martorell, Rodríguez Sahagún, Lamo de Espinosa, y sus ilustres «fontaneros», que le veían de continuo, empezaron a advertir sus fallos funcionales, sus lapsus de orientación, sus momentáneas ausencias, sus baches depresivos, su derrotismo, su pánico escénico a comparecer ante la Cámara, su indisimulado temor a las ruedas de prensa, su avariciosa acumulación de dossieres, papeles para firmar, trabajos de Gobierno, que ni resolvía ni repartía. Le aconsejaron que se retirase unos meses, descansara, se recuperara y luego volviera a comerse el mundo. Pero pensó que le tendían una trampa para sustituirle. Y tal vez era así. Se recluyó en La Moncloa y allí se amuralló. Fue su fortín, su refugio, su prisión y su reino. «Aquí puedo moverme sin tomar precauciones, aquí no me dan puñaladas».

La mordedura cruel fue darse de bruces con el hecho de que también había perdido la confianza del Rey. «Me ve como un arroyo que no trae agua. Está hosco. Se ha cansado de mí y quiere que me vaya». Y a renglón seguido, saber que a sus espaldas urdían la *Operación Armada*. «Vienen a derrocarme, todos a una contra mí y no con armas lícitas. Del Rey para abajo, todos».

Entonces, argamasó coraje y, en frío, sin anestesia, se despojó del poder: «Dimito para que la democracia no sea un paréntesis… Me voy y que gobiernen los que no dejan gobernar».

Pero la zapa iba royendo su ánimo, a medida que le daban noticias de «las cloacas conspirativas». Sabía los nombres de todos. Conocía sus rostros. Soportaba sus apretones de manos fingidamente respetuosos.

El zarpazo fue el 23-F, a las 18.20. Lejos de hundirse, talló la estatua de su gallardía. Plantó cara a Tejero y le provocó: «Si me descerraja un tiro y me mata —pensaba en aquel instante—, el golpe será cruento y con magnicidio, y no lo aceptarán ni dentro ni fuera. Si me mata, el golpe no podrá triunfar. Así, al menos, mi muerte habrá sido útil»[1]. Y al día siguiente, les cantó las cuarenta a los altos mandos de la Guardia Civil y de la Policía, a los cuatro jinetes de la JUJEM… Y al Rey. Con quien nunca fue desleal. Al contrario, al Rey siempre le dijo las verdades más crudas a la cara, como un valiente. Pero a sus espaldas en toda ocasión se batió por él. Y no porque fuera un doméstico de La Zarzuela, que jamás lo fue, sino porque tenía bien claro que el Rey era la plomada vertical de la democracia en España.

Pasó el tiempo. El Rey le escribió una carta. Y volvieron a encontrarse. Se querían. Se tenían ley. Se conocían y se tuteaban desde que no eran nadie. Y habían construido juntos algo muy grande. La democracia no hubiera sido posible sin la venia del Rey; pero sin la determinación y la audacia de Suárez, tampoco.

Y un buen día, los españoles dieron en reconocérselo. Justo cuando Suárez había empezado a perder la pasión política, le pusieron en la cresta de la ola. Requerían su presencia aquí y allá prestigiando tal o cual evento. «¿Prestigiando yo, que he sido el hombre más desprestigiado de este país? ¿Necesario yo, que he estado de sobra en este país?» Y hacía un gesto expresivo entre abrumado y divertido.

Sin embargo, él ya estaba sin estar. Su colaborador en la penumbra, Eduardo Navarro, veía que Adolfo acudía a conferencias y homenajes con los folios del discurso que le habían preparado, sin siquiera echarles un vistazo. Los leía de primeras en el estrado. «Al perder la ambición política, ha dejado de tener interés por la vida. La enfermedad que tiene, la que sea, le está borrando la memoria y le está quitando la alegría. Este Adolfo de ahora es un hombre decaído y triste. Yo creo que lleva su alma a rastras»[2].

Pero es que entonces Suárez afrontaba el cáncer alevoso, que había entrado en su casa sin avisar, cebándose en Amparo, su mujer, y en sus hijas Marian y Sonsoles. Se metió a enfermero día y noche. «Estoy en deuda con los míos». Y no permitía que le sustituyeran, sobre todo con Amparo. A veces, ni tiempo tenía para rasurarse la barba. Él, que siempre fue un dandi presumido y coqueto.

La muerte de Amparo, el 17 de mayo de 2001, más que una amputación, fue como un hachazo descargado contra la raíz del roble. Adolfo siguió en pie, pero era ya sólo la figura de un árbol seco por dentro. El Rey le visitaba, le llamaba. La primera vez que fue se fijó en que Suárez había colocado, junto a una fotografía dedicada del Rey, otras dos: la de Fernando Herrero Tejedor, su padrino político, y la de su amigo, Chus Viana. «¡Menudos escoltas me has puesto!», le dijo el monarca, satisfecho por estar en el centro de los «inolvidables» de Suárez.

Algún día, el Rey se llevó a Santiago Carrillo y comieron los tres en La Florida. Por entonces, al Rey le preocupaban las novias y los ligues de su hijo: «Les hemos dado tanta libertad, y se han criado tan fuera de palacio, para que conocieran la vida real, que, claro, van adonde quieren, salen con quien quieren, y cualquier día el Príncipe nos suelta que se casa… ¡qué se yo!, con una corista o con una modelo o con una periodista… La Reina me dice que yo

no me meta, que sus bodas son sus vidas. Hombre, vosotros podríais aconsejarle que escoja con el corazón, pero también con la cabeza». Carrillo se dio cuenta de que, mientras el Rey decía todo eso, «Adolfo estaba a mil kilómetros de allí… con cara de atender, pero metido en sí mismo»[3].

El primer indicio público fue en Albacete, en 2003. Un mitin, arropando a su hijo Adolfo que se presentaba a las elecciones autonómicas de Castilla-La Mancha. Se le traspapelaron las cuartillas. De pronto: «¡Uyyyy, Dios mío…! ¡Me he armado un lío de mil diablos con los papeles! Perdonad, no sé si esto lo he dicho ya y estoy repitiendo…» Miró al público, vio rostros cordiales, animosos: «Bueno, ¿para qué más discursos? Lo que os quiero decir es que mi hijo es una persona de bien y hará estupendamente su trabajo». Y esa misma noche lo supo España entera, por la televisión.

Poco a poco, se retiró de la política. Poco a poco, dejó de ir al despacho. Poco a poco, se aisló de la sociedad. Poco a poco, se fue olvidando de sus amigos, de sus enemigos… Poco a poco, se olvidó de sí mismo. O se dejó adormecer por la niebla de la desmemoria. La desmemoria, el refugio manso de quien no debe recordar porque sabe demasiado y puede resultar un testigo de cargo peligroso. Incluso, vivir él mismo en peligro. Es posible que su instinto de defensa le advirtiera y le guiara hacia los campamentos del olvido.

Empieza uno perdiendo las llaves del coche, y acaba perdiendo la llave de la caja fuerte de su propia historia. Y la de los otros.

«Mi padre no sabe quién es, ni quién ha sido», explicaba su hijo Adolfo.

Es un hombre sin identidad y sin historia. Un cero social. El vaciado de sí mismo. No sabe que entre el príncipe Juan Carlos, Torcuato y él fabricaron un Rey que «medio se heredó, medio se inventó, medio se sugirió…»[4] porque iba a ser la pieza imprescindible para apuntalar el futuro. No sabe que entre ese Rey y él demolieron una larga dictadura, sin verdugos ni víctimas, y edificaron un sistema de derechos y libertades, sin vencedores ni vencidos.

Siendo su vida entera un tramo esencial de nuestra historia, ha perdido su pasado y no tiene interés por el futuro. Vive replegado en su misterio interior, del que no da noticia. «Sólo responde al afecto, a la ternura, al cariño», decía también Adolfo hijo. Desorientado el pensamiento, sólo entiende las señas del amor.

El 8 de junio de 2007, el Rey le concedió el collar de la Insigne Orden del Toisón de Oro, nombrándole caballero. Deseaba el monarca dar una prueba de su aprecio al duque de Suárez, y reconocer públicamente «su dedicación y entrega al servicio de España y de la Corona»[5].

Toisón en premio a lo hecho, a lo padecido y a lo olvidado.

Un año después, el Rey habló con Adolfo hijo:

—Como tu padre no puede venir a Zarzuela, iremos la Reina y yo a llevárselo.

—Majestad, le advierto que no los reconocerá, ni sabrá qué es un Toisón, ni podrán tener con él un diálogo coherente.

Fueron a última hora de la mañana a casa de los Suárez en La Florida.

El Rey, muy expresivo, extendió los brazos para acogerle:

—¡Adolfo!

Suárez, pantalón beis y camisa de rayas tenues un poco remangada, se contrajo a la defensiva. No se dejaba tocar más que por sus hijos o por su cuidador. Como veía cierta expectación respetuosa en torno a los visitantes, sobre todo al hombre grandullón, le preguntó con recelo:

—¿Y tú quién eres? ¿Vienes también a buscar dinero?

—Sí, claro, vengo a buscar dinero donde sé que lo hay. —El Rey se echó a reír.

—Pero ¿quién eres?

El Rey tuvo un chispazo de intuición, una luz de alerta. Iba a decir «soy el Rey», pero no lo dijo. Hizo un quiebro rápido:

—Soy… tu amigo.

Le echó el brazo por los hombros y se le llevó hacia el fondo del jardín… Los dos hombres se alejaron juntos, solos. Suárez no le reconoció, no le identificó. Ese brazo del Rey rodeando los hombros y la espalda del caballero Suárez era como el collar del Toisón, pero de carne y hueso.

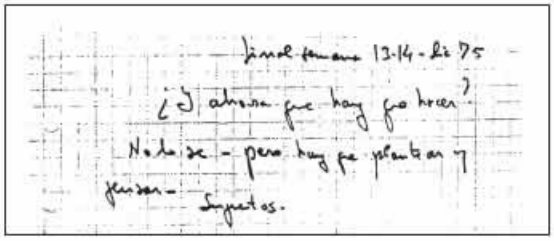
Si hubiese dicho «soy el Rey», quizá en la mente lisiada de Suárez y en sus capas profundas, donde los recuerdos y las impresiones duermen apaciguadas, o de repente se alborotan y luchan por recuperar su entidad, esas palabras dichas con la voz abolsada y resonante del monarca hubiesen podido desatar un turbión de emociones, de sentimientos, de historias… remover los rescoldos del olvido, despertar la memoria. Decir «soy el Rey» podría haber provocado una reacción impredecible. Mejor que fuera así.

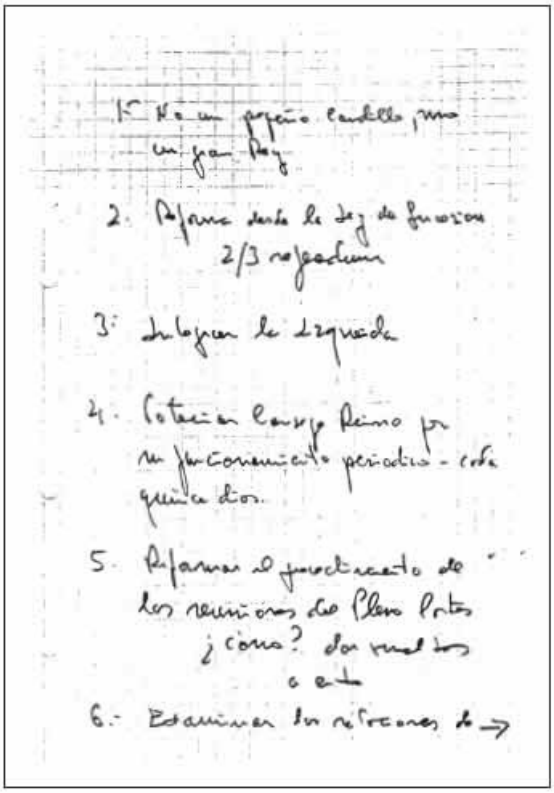
Adolfo debió de sentirle amigo, porque se dejó llevar por aquel grandullón bien perfumado hacia ninguna parte.

El último servicio del caballero del Toisón es el olvido: no es memorioso, no tiene rencores ni números rojos; las heridas, los desgarros, dejaron una cicatriz que ya no duele, y ni siquiera recuerda quiénes se lo hicieron; ha extraviado la llave de su historia y… de la del Otro.

Esa gran desmemoria del testigo que sabía demasiado es la que le permite vivir una inocencia feliz, y al Rey le asegura dormir sin insomnios… y seguir siendo Rey.

Apéndice documental


Final [illegible] 13-14-Di 75
¿Y ahora qué hay que hacer?
No lo sé - pero hay que plantear y pensar - Supuestos.


1º No un pequeño Caudillo, sino un gran Rey
2. Reforma de la Ley de Sucesión 2/3 referéndum
3. Inhibición de izquierda
4. Cotacion [illegible] Reino por su funcionamiento periodico - cada quince días.
5. Reforma del procedimiento de las reuniones del Pleno Pleno ¿cómo? dar cuenta [illegible] a esta
6.- Examinar las reformas de →

En el arranque del reinado (13-14 de diciembre de 1975), Torcuato Fernández-Miranda refleja en su cuaderno de anillas la perplejidad política del momento: «¿Y ahora qué hay que hacer? No lo sé, pero hay que plantear y pensar. Supuestos […]»

Se anticipa a «ordenar» el futuro sin otras herramientas que las instituciones franquistas: «1. No un pequeño Caudillo, sino un gran Rey. 2. Reforma de la Ley de Sucesión. 2/3 Referéndum.

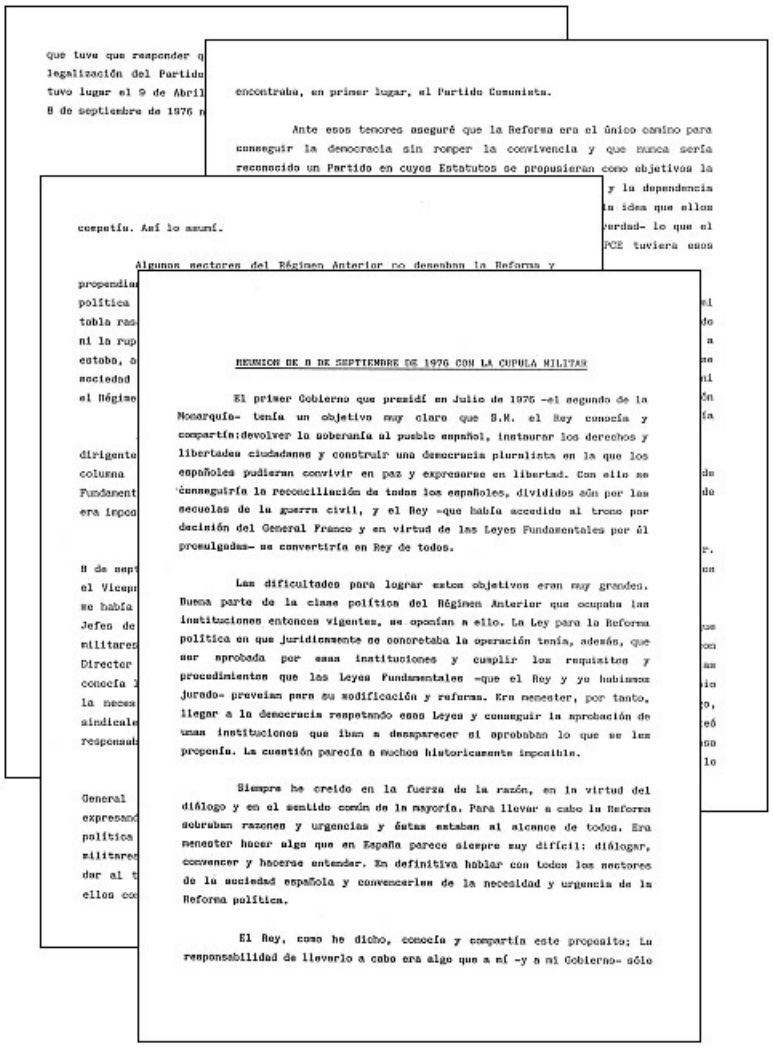
3. Integrar la izquierda. 4. Potenciar Consejo del Reino por su funcionamiento periódico, cada quince días. 5. Reformar el funcionamiento de las reuniones del Pleno Cortes. ¿Cómo? Dar vueltas a esto. 6. Examinar las relaciones de […]»


Para el R. los posibles sustitutos son, y por este orden

1 Areilza
2 Fraga
3 Letona
4 Pérez Bricio
5 Federico Silva
6 López Bravo
7. Adolfo Suárez.

Este último, a consecuencia de mis tesis: uno P disponible es mejor que un P cerrado desde su posición inicial. El R el último lo encuentra muy verde. ¡Y sabes que le quiero mucho! añade.

Después de estar en Zarzuela, Torcuato anota las preferencias del monarca para sustituir a Arias Navarro: «Para el R los posibles sustitutos son, y por este orden: 1. Areilza. 2. Fraga. 3. Letona. 4. Pérez de Bricio. 5. Federico Silva. 6. López Bravo. 7. Adolfo Suárez. Este último, a consecuencia de mis tesis: Un P [presidente] disponible es mejor que un P cerrado desde su posición inicial. El R al último lo encuentra muy verde. "¡Y sabes que le quiero mucho!", añade».



REUNION DE 8 DE SEPTIEMBRE DE 1976 CON LA CUPULA MILITAR

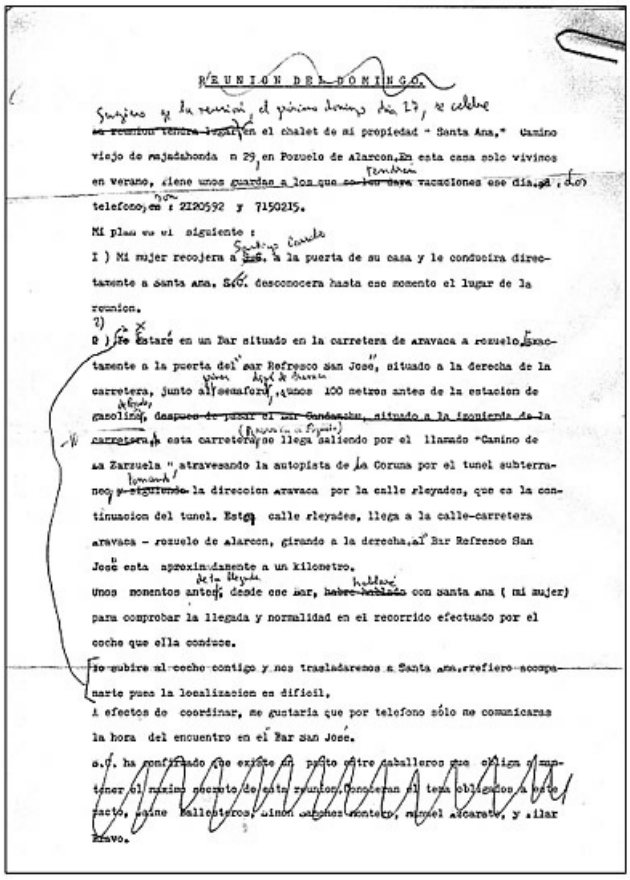
El primer Gobierno que presidí en Julio de 1976 -el segundo de la Monarquía- tenía un objetivo muy claro que S.M. el Rey conocía y compartía: devolver la soberanía al pueblo español, instaurar los derechos y libertades ciudadanos y construir una democracia pluralista en la que los españoles pudieran convivir en paz y expresarse en libertad. Con ello se conseguiría la reconciliación de todos los españoles, divididos aún por las secuelas de la guerra civil, y el Rey -que había accedido al trono por decisión del General Franco y en virtud de las Leyes Fundamentales por él promulgadas- se convertiría en Rey de todos.

Las dificultades para lograr estos objetivos eran muy grandes. Buena parte de la clase política del Régimen Anterior que ocupaba las instituciones entonces vigentes, se oponían a ello. La Ley para la Reforma Política en que jurídicamente se concretaba la operación tenía, además, que ser aprobada por esas instituciones y cumplir los requisitos y procedimientos que las Leyes Fundamentales -que el Rey y yo habíamos jurado- preveían para su modificación y reforma. Era menester, por tanto, llegar a la democracia respetando esas Leyes y conseguir la aprobación de unas instituciones que iban a desaparecer si aprobaban lo que se les proponía. La cuestión parecía a muchos históricamente imposible.

Siempre he creído en la fuerza de la razón, en la virtud del diálogo y en el sentido común de la mayoría. Para llevar a cabo la Reforma sobraban razones y urgencias y ésas estaban al alcance de todos. Era menester hacer algo que en España parece siempre muy difícil: dialogar, convencer y hacerse entender. En definitiva hablar con todos los sectores de la sociedad española y convencerlos de la necesidad y urgencia de la Reforma política.

El Rey, como he dicho, conocía y compartía este propósito; la responsabilidad de llevarlo a cabo era algo que a mí -y a mi Gobierno- sólo

Ante la publicación en Francia de Le Roi, libro de conversaciones del Rey con José Luis de Vilallonga, Suárez redacta y envía a Zarzuela unos folios rectificando varios episodios. Le importaba aclarar que él no mintió al generalato sobre la futura legalización del Partido Comunista en la reunión de 8 de septiembre de 1976 en La Moncloa. Fue tan terminante y taxativo que en Zarzuela se prefirió eliminar, en la versión española del libro, la opinión que el Rey había dado sobre el asunto. Este texto, del que se reproduce aquí el primero de cuatro folios, quedó inédito hasta hoy.



REUNION DEL DOMINGO.

Supuesto que la reunión el próximo domingo día 27, se celebre en el chalet de mi propiedad "Santa Ana," Camino viejo de majadahonda n 29 en Pozuelo de Alarcon. En esta casa solo vivimos en verano, tiene unos guardas a los que les doy vacaciones ese día. Mi telefono, es : 2120592 y 7150215.

Mi plan es el siguiente :

I) Mi mujer recojera a Santiago Carrillo a la puerta de su casa y le conducira directamente a Santa Ana. S.C. desconocera hasta ese momento el lugar de la reunion.

2)

P) Yo estaré en un Bar situado en la carretera de aravaca a rozuelo, exactamente a la puerta del Bar Refresco San José, situado a la derecha de la carretera, junto al semaforo, unos 100 metros antes de la estacion de gasolina, despues de pasar el bar Gondarba, situado a la izquierda de la carretera. (Aravaca a Pozuelo) esta carretera se llega saliendo por el llamado "Camino de la Zarzuela " atravesando la autopista de la Coruna por el tunel subterraneo y siguiendo la direccion aravaca por la calle Reyades, que es la continuacion del tunel. Esta calle Reyades, llega a la calle-carretera aravaca - rozuelo de alarcon, girando a la derecha, al Bar Refresco San José esta aproximadamente a un kilometro.

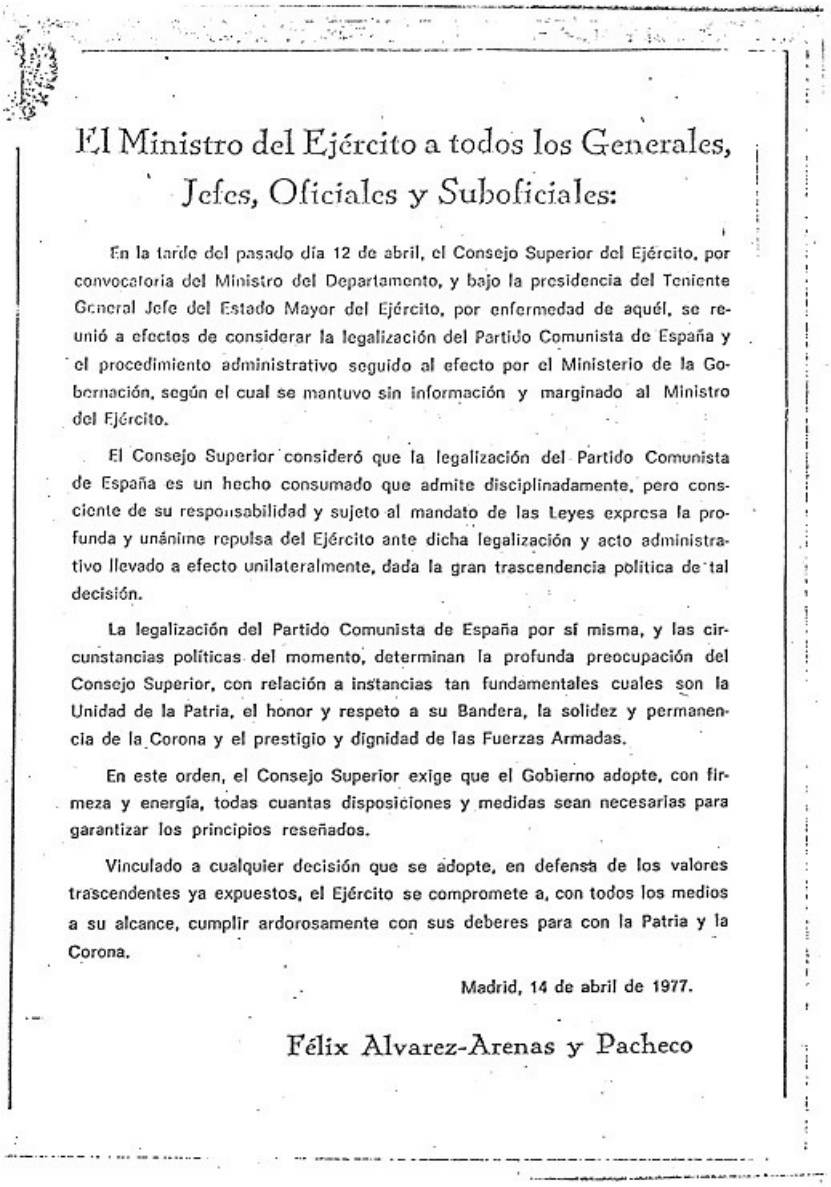
Unos momentos antes de la llegada desde ese bar, habre hablado con santa ana (mi mujer) para comprobar la llegada y normalidad en el recorrido efectuado por el coche que ella conduce.

Yo subire al coche contigo y nos trasladaremos a Santa Ana. Me refiero acompañarte pues la localizacion es difícil.

A efectos de coordinar, me gustaria que por telefono sólo me comunicaras la hora del encuentro en el Bar San José.

A.M. ha confirmado que existe un pacto entre caballeros que obliga a mantener el maximo secreto de esta reunion. Conocen el tema obligados a ese pacto, unos caballeros, Simon Sanchez Montero, Manuel Alcarete, y Villar Arevo.

Facsímil de la «hoja de ruta» que el abogado José Mario Armero pasó a Adolfo Suárez fijando los detalles del primer encuentro «secreto y clandestino», que se celebró en el chalé Santa Ana de Pozuelo de Alarcón el 27 de febrero de 1977, entre el presidente y Santiago Carrillo. Ana María Montes, esposa de Armero, llevó a Carrillo en su coche, y Armero, en el suyo, trasladó a Suárez al chalé desde el bar Refrescos San José.



El Ministro del Ejército a todos los Generales, Jefes, Oficiales y Suboficiales:

En la tarde del pasado día 12 de abril, el Consejo Superior del Ejército, por convocatoria del Ministro del Departamento, y bajo la presidencia del Teniente General Jefe del Estado Mayor del Ejército, por enfermedad de aquél, se reunió a efectos de considerar la legalización del Partido Comunista de España y el procedimiento administrativo seguido al efecto por el Ministerio de la Gobernación, según el cual se mantuvo sin información y marginado al Ministro del Ejército.

El Consejo Superior consideró que la legalización del Partido Comunista de España es un hecho consumado que admite disciplinadamente, pero consciente de su responsabilidad y sujeto al mandato de las Leyes expresa la profunda y unánime repulsa del Ejército ante dicha legalización y acto administrativo llevado a efecto unilateralmente, dada la gran trascendencia política de tal decisión.

La legalización del Partido Comunista de España por sí misma, y las circunstancias políticas del momento, determinan la profunda preocupación del Consejo Superior, con relación a instancias tan fundamentales cuales son la Unidad de la Patria, el honor y respeto a su Bandera, la solidez y permanencia de la Corona y el prestigio y dignidad de las Fuerzas Armadas.

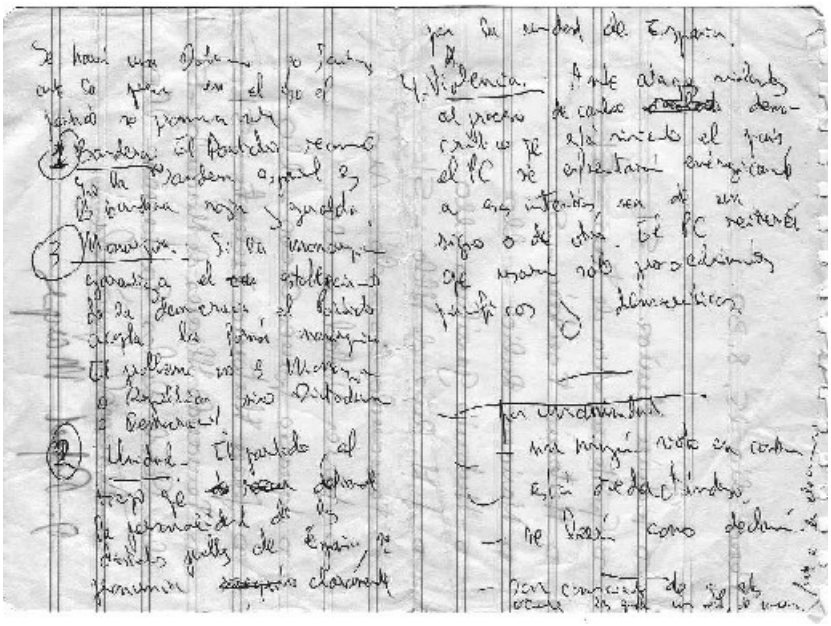
En este orden, el Consejo Superior exige que el Gobierno adopte, con firmeza y energía, todas cuantas disposiciones y medidas sean necesarias para garantizar los principios reseñados.

Vinculado a cualquier decisión que se adopte, en defensa de los valores trascendentes ya expuestos, el Ejército se compromete a, con todos los medios a su alcance, cumplir ardorosamente con sus deberes para con la Patria y la Corona.

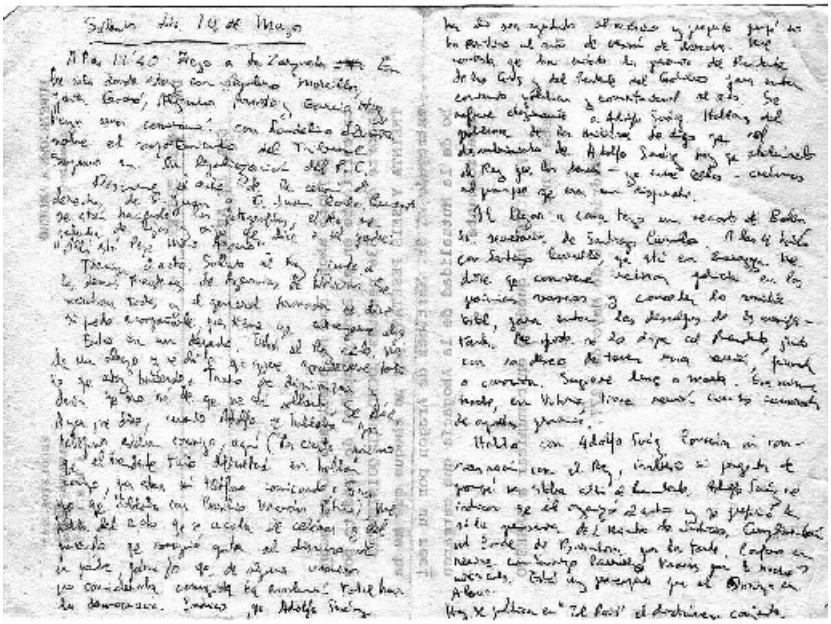
Madrid, 14 de abril de 1977.

Félix Alvarez-Arenas y Pacheco

El Consejo Superior del Ejército expresó oficialmente su «unánime repulsa» ante «la legalización del Partido Comunista de España». El hecho de que la nota se hiciese pública y con firma del ministro del Ejército, Félix Álvarez-Arenas, evidenció que ni la Corona ni el Gobierno tenían entonces la autoridad necesaria para imponer la disciplina del silencio a los mandos militares en su discrepancia de una decisión gubernamental.

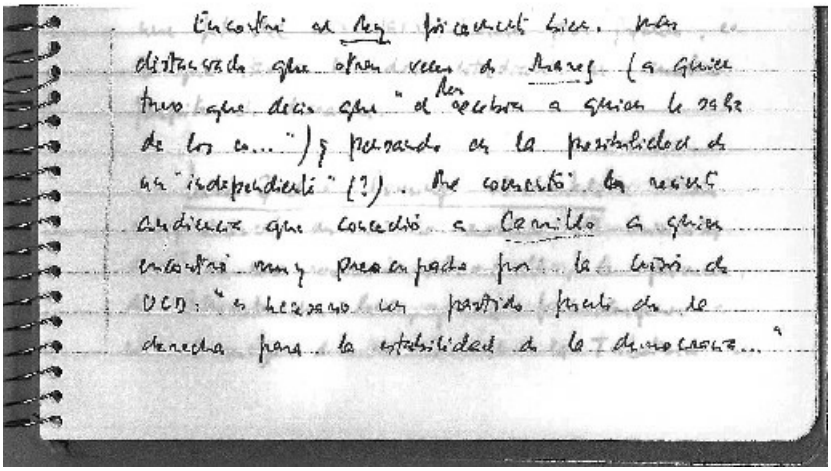


Para que la indignación militar no creciera, por encargo de Suárez, el abogado José Mario Armero negoció con el comité del PCE las pautas de su primera rueda de prensa como partido legal, el 14 de abril de 1977, aniversario de la República. Esta nota manuscrita de Armero recoge el compromiso de los comunistas: «Se hará una declaración por Santiago ante la prensa en la que el PCE se pronuncie sobre: 1. Bandera. El partido reconoce que la bandera española es la bandera roja y gualda. 2. Unidad. El partido, al tiempo que defiende la personalidad de los distintos pueblos de España, se pronuncia claramente por la unidad de España. 3. Monarquía. Si la Monarquía garantiza el establecimiento de la democracia, el partido acepta la forma monárquica […] 4. Violencia. Ante ataques violentos al proceso de cambio democrático que está viviendo este país, el PCE se enfrentará enérgicamente a esos intentos, sean de un signo o de otro […]».



Apunte de José Mario Armero, asistente de excepción al acto «familiar» celebrado el día 14 de mayo de 1977 en La Zarzuela, en el que don Juan de Borbón y Battenberg renunció a sus derechos dinásticos al trono de España. «[…] Entro en el despacho. El Rey está solo. Me da un abrazo y me dice que quiere agradecerme todo lo que estoy haciendo […]. Ayer —me dice—, cuando Adolfo te hablaba por teléfono, estaba conmigo aquí […]. Me habla del acto que se acaba de celebrar y del párrafo que consiguió quitar al discurso de su padre; párrafo que de alguna manera "no consideraba conseguida la evolución total hacia la democracia". Indico que Suárez ha de ser ayudado al máximo. Y pregunto por qué no ha asistido al acto de cesión de derechos. Me contesta que ha evitado la presencia del presidente de las Cortes y del presidente del Gobierno "para quitar contenido político y constitucional al acto". Se refiere elogiosamente a los militares. Le digo que el descubrimiento de Adolfo Suárez hay que atribuírselo al Rey, pues los demás —yo entre ellos— creíamos al principio que era un disparate […]».

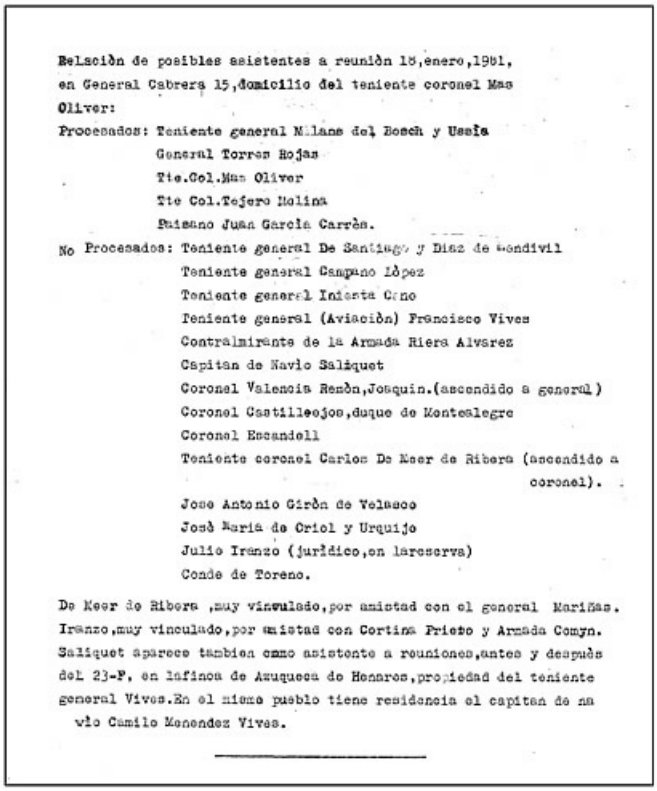
5/7/1980



Encontré al Rey físicamente bien. Más distanciado que otras veces de Suárez (a quien tuvo que decir que "el Rey recibe a quien le sale de los co…") y pensando en la posibilidad de un "independiente" (?). Me comentó la reciente audiencia que concedió a Carrillo a quien encontró muy preocupado por la crisis de UCD: "Es necesario un partido fuerte de la derecha para la estabilidad de la democracia…"

Fragmento del diario inédito de Jaime Carvajal y Urquijo. Con fecha de 5 de julio de 1980, tras una visita al Rey, con quien le unía grande amistad, escribe: «Encontré al Rey físicamente bien. Más distanciado que otras veces de Suárez (a quien tuvo que decir que "el Rey recibe a quien le sale de los co…") y pensando en la posibilidad de un "independiente" (?). Me comentó la reciente audiencia que concedió a Carrillo, a quien encontró muy preocupado por la crisis de UCD: "Es necesario un partido fuerte de la derecha para la estabilidad de la democracia…"»

De modo que, siete meses antes del golpe de Estado, el Rey ya estaba pensando en sustituir a Suárez, al margen de las urnas. Era el «golpe de timón» que por esas mismas fechas Sabino le anticipaba en confidencia al coronel José Ramón Pardo de Santayana.

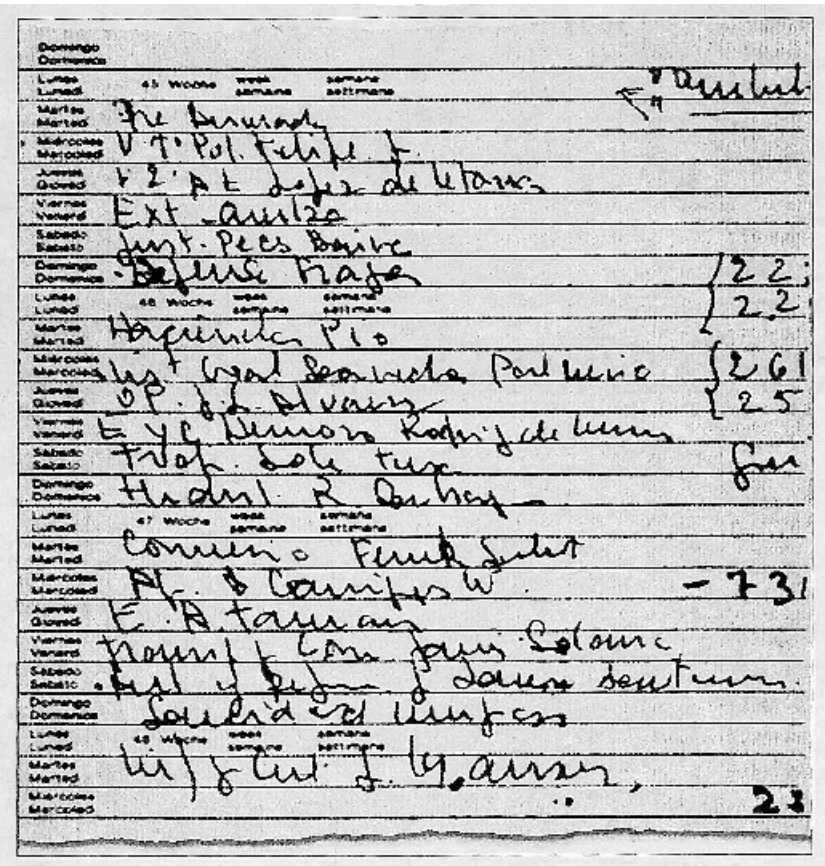


Relaciòn de posibles asistentes a reuniòn 18,enero,1981,
en General Cabrera 15,domicilio del teniente coronel Mas
Oliver:
Procesados: Teniente general Milans del Bosch y Ussia
General Torres Rojas
Tte.Col.Mas Oliver
Tte Col.Tejero Molina
Paisano Juan Garcia Carrès.
No Procesados: Teniente general De Santiago y Diaz de Mendivil
Teniente general Campano Lòpez
Teniente general Iniesta Cano
Teniente general (Aviaciòn) Francisco Vives
Contralmirante de la Armada Riera Alvarez
Capitan de Navio Saliquet
Coronel Valencia Remòn,Joaquin.(ascendido a general)
Coronel Castillejos,duque de Montealegre
Coronel Escandell
Teniente coronel Carlos De Meer de Ribera (ascendido a coronel).
Jose Antonio Giròn de Velasco
Josè Maria de Oriol y Urquijo
Julio Iranzo (juridico,en lareserva)
Conde de Toreno.

De Meer de Ribera ,muy vinculado,por amistad con el general Marinas.
Iranzo,muy vinculado,por amistad con Cortina Prieto y Armada Comyn.
Saliquet aparece tambien como asistente a reuniones,antes y despuès
del 23-F, en lafinca de Azuqueca de Henares,propiedad del teniente
general Vives.En el mismo pueblo tiene residencia el capitan de na
vio Camilo Menendez Vives.

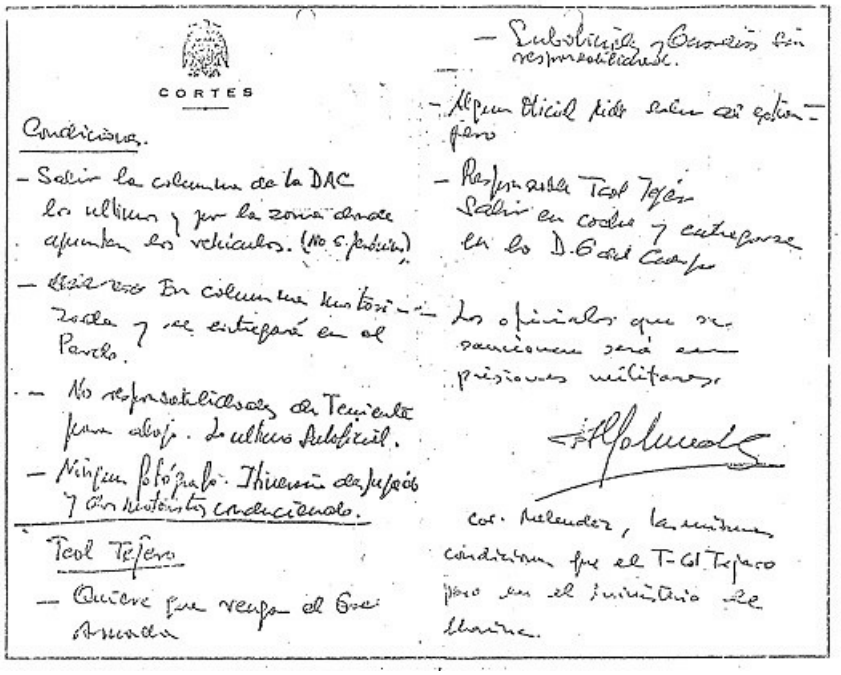
En su día, en 1981, tras confrontar diversas informaciones de fuentes fidedignas, la autora obtuvo esta relación de los supuestos asistentes a la reunión del 18 de enero en el n.º 15 de la calle General Cabrera, de Madrid. En total, cinco tenientes generales: De Santiago y Díaz de Mendivil, Milans del Bosch, Campano López, Iniesta Cano y Vives Camino; un general de división: Torres Rojas; el contraalmirante De la Riera Álvarez y el capitán de navío Saliquet Laynez; tres coroneles del Ejército de Tierra: Valencia Remón, Castillejos Carvajal, duque de Montealegre, y Escandell Cortés; tres tenientes coroneles: Mas Oliver, Tejero Molina y De Meer de Rivera; un comandante jurídico, vinculado a Alianza Popular: Julio Iranzo. Entre los asistentes civiles, el falangista Juan García Carrés; el empresario y financiero José María de Oriol y Urquijo; el ex ministro de Franco, José Antonio Girón, y el aristócrata Francisco Queipo de Llano, conde de Toreno.

Aunque no tenía más valor que el informativo, la autora entregó una copia de la lista a Sabino Fernández Campo para Su Majestad el Rey; otra al presidente del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, y una tercera al líder de la oposición, Felipe González, a través del diputado Luis Solana.



En la medianoche del 23-F, mientras Armada discutía con Tejero su propósito de autopostularse como presidente de Gobierno, la doctora Carmen Echave captó fortuitamente la conversación y tomó nota del listado de ministros que Armada le leyó a Tejero. Después, cotejó sus apuntes con uno de los capitanes sublevados de la Guardia Civil. La relación dejaba tan al descubierto una trama de complot con personajes civiles que el ministro Rosón le aconsejó no presentarla al juez instructor.

En el Gobierno Armada figuraban, entre otros, Felipe González, Enrique Múgica, Gregorio Peces-Barba, Ramón Tamames, Jordi Solé Tura, Javier Solana, Manuel Fraga, José María de Areilza, Luis María Anson, Carlos Ferrer Salat, Antonio Garrigues Walker y hasta prohombres de UCD como José Luis Álvarez, Miguel Herrero de Miñón, Pío Cabanillas o Agustín Rodríguez Sahagún…, los mismos que intentaron derribar a Suárez con una moción de censura constructiva.



CORTES

Condiciones.

- Salir la columna de la DAC los ultimos y por la zona donde aparcan los vehículos. (No se publica)
- Hacerse En columna hasta Torrelodones y se entregará en el Pardo.
- No responsabilidades de Teniente para abajo. Los ultimos Suboficial.
- Ningún político. Diputados y Ministros condicionado.

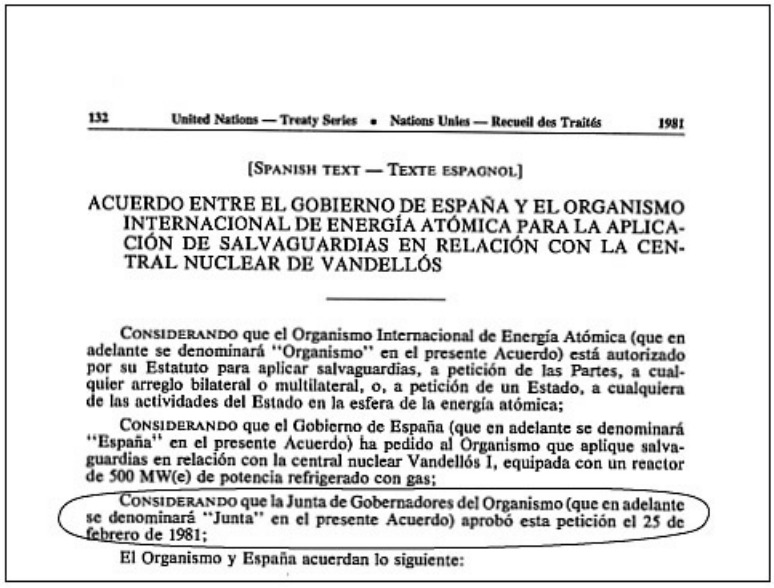
Teol Tejero

- Quiere que vengan el Gral Armada

- Subsistirán y Cuerpos sin responsabilidades.
- Ningún Oficial pida salir de Gobierno
- Responsable Teol Tejero Salir en coche y entregarse en los D.G del Cuerpo
- Los oficiales que no sancionen será en prisiones militares.

Cor. Meléndez, la misma condición que el T-Gl Tejero pero en el Juzgado de Marina.

El 24-F el general Armada, apoyado en el capó de un Land Rover militar, suscribió las condiciones de entrega que impusieron los jefes sublevados, Tejero, Pardo Zancada y Meléndez, para que los diputados y el Gobierno quedasen en libertad tras dieciocho horas de secuestro. Entre las exigencias, que el Rey y el mando de la JUJEM aceptaron, figuró la exoneración de guardias civiles y suboficiales de la Guardia Civil y del Ejército de Tierra. De hecho, suponía una amnistía anticonstitucional, o una «libertad de fuga».



132 United Nations — Treaty Series • Nations Unies — Recueil des Traités 1981

[SPANISH TEXT — TEXTE ESPAGNOL]

ACUERDO ENTRE EL GOBIERNO DE ESPAÑA Y EL ORGANISMO INTERNACIONAL DE ENERGÍA ATÓMICA PARA LA APLICACIÓN DE SALVAGUARDIAS EN RELACIÓN CON LA CENTRAL NUCLEAR DE VANDELLÓS

CONSIDERANDO que el Organismo Internacional de Energía Atómica (que en adelante se denominará "Organismo" en el presente Acuerdo) está autorizado por su Estatuto para aplicar salvaguardias, a petición de las Partes, a cualquier arreglo bilateral o multilateral, o, a petición de un Estado, a cualquiera de las actividades del Estado en la esfera de la energía atómica;

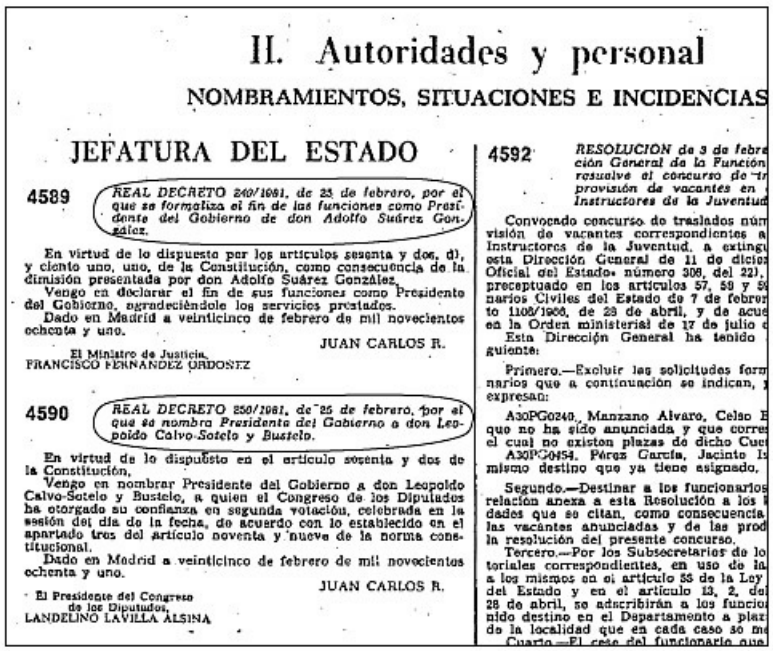
CONSIDERANDO que el Gobierno de España (que en adelante se denominará "España" en el presente Acuerdo) ha pedido al Organismo que aplique salvaguardias en relación con la central nuclear Vandellós I, equipada con un reactor de 500 MW(e) de potencia refrigerado con gas;

CONSIDERANDO que la Junta de Gobernadores del Organismo (que en adelante se denominará "Junta" en el presente Acuerdo) aprobó esta petición el 25 de febrero de 1981;

El Organismo y España acuerdan lo siguiente:

Otro de los «mandatos» que Calvo-Sotelo aceptó para asumir la Presidencia, además de la entrada en la OTAN, fue que el Gobierno español renunciase a su fuerza atómica disuasiva. Sin

poder imaginar que un intento golpista retrasaría la investidura de Calvo-Sotelo, la carta llegó a Viena días antes del 23 de febrero. La Junta de Gobernadores de la OIEA aprobó nuestro ingreso, pero lo congeló, y lo hizo público el 25 de febrero, antes de que el nombramiento de Calvo-Sotelo como presidente del Gobierno apareciese en el BOE. La prisa americana no supo siquiera respetar las formas.



II. Autoridades y personal

NOMBRAMIENTOS, SITUACIONES E INCIDENCIAS

JEFATURA DEL ESTADO

4589 *REAL DECRETO 240/1981, de 25 de febrero, por el que se formaliza el fin de las funciones como Presidente del Gobierno de don Adolfo Suárez González.*

En virtud de lo dispuesto por los artículos sesenta y dos, d), y ciento uno, uno, de la Constitución, como consecuencia de la dimisión presentada por don Adolfo Suárez González,

Vengo en declarar el fin de sus funciones como Presidente del Gobierno, agradeciéndole los servicios prestados.

Dado en Madrid a veinticinco de febrero de mil novecientos ochenta y uno.

JUAN CARLOS R.

El Ministro de Justicia,
FRANCISCO FERNANDEZ ORDOÑEZ

4590 *REAL DECRETO 250/1981, de 25 de febrero, por el que se nombra Presidente del Gobierno a don Leopoldo Calvo-Sotelo y Bustelo.*

En virtud de lo dispuesto en el artículo sesenta y dos de la Constitución,

Vengo en nombrar Presidente del Gobierno a don Leopoldo Calvo-Sotelo y Bustelo, a quien el Congreso de los Diputados ha otorgado su confianza en segunda votación, celebrada en la sesión del día de la fecha, de acuerdo con lo establecido en el apartado tres del artículo noventa y nueve de la norma constitucional.

Dado en Madrid a veinticinco de febrero de mil novecientos ochenta y uno.

JUAN CARLOS R.

El Presidente del Congreso
de los Diputados,
LANDELINO LAVILLA ALSINA

4592 *RESOLUCION de 3 de febre*
ción General de la Función
resuelve el concurso de tr
provisión de vacantes en
Instructores de la Juventud

Convocado concurso de traslados núm
visión de vacantes correspondientes a
Instructores de la Juventud, a extingu
esta Dirección General de 11 de dicie
Oficial del Estado» número 308, del 22),
preceptuado en los artículos 57, 59 y 5
narios Civiles del Estado de 7 de febre
to 1108/1968, de 23 de abril, y de acue
en la Orden ministerial de 17 de julio
Esta Dirección General ha tenido
guiente:

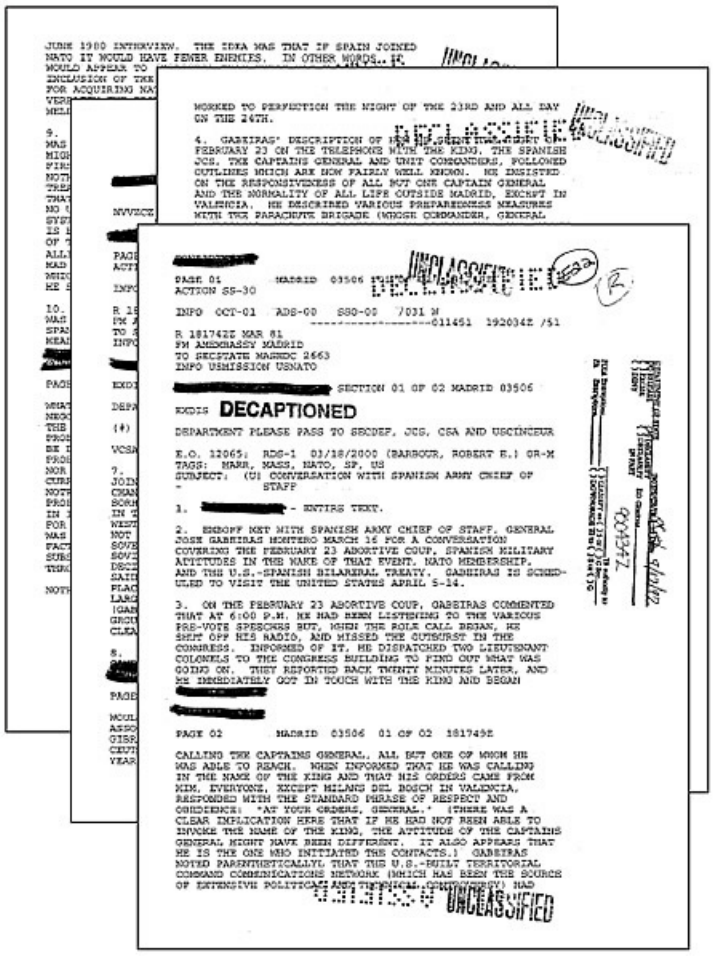
Primero.—Excluir las solicitudes form
narios que a continuación se indican,
expresan:

A30PG0240. Manzano Alvaro, Celso E
que no ha sido anunciada y que corres
el cual no existen plazas de dicho Cue
A30PG0454. Pérez García, Jacinto Is
mismo destino que ya tiene asignado.

Segundo.—Destinar a los funcionarios
relación anexa a esta Resolución a los
dades que se citan, como consecuencia
las vacantes anunciadas y de las prod
la resolución del presente concurso.

Tercero.—Por los Subsecretarios de lo
toriales correspondientes, en uso de la
a los mismos en el artículo 35 de la Ley
del Estado y en el artículo 13, 2, de
28 de abril, se adscribirán a los funcio
nido destino en el Departamento a plaz
de la localidad que en cada caso se m
Cuarto.—El cese del funcionario que

El BOE del 26 de febrero de 1981 publicó los reales decretos por los que el día anterior Adolfo Suárez cesaba en sus funciones como presidente del Gobierno y Leopoldo Calvo-Sotelo recibía el nombramiento para ese mismo cargo.



PAGE 01 MADRID 03506
ACTION SS-30

INFO OCT-01 ADS-00 SS0-00 /031 M

R 181742Z MAR 81
FM AMEMBASSY MADRID
TO SECSTATE WASHDC 2663
INFO USMISSION USNATO

SECTION 01 OF 02 MADRID 03506

EXDIS **DECAPTIONED**

DEPARTMENT PLEASE PASS TO SECDEF, JCS, CSA AND USCINCEUR

E.O. 12065: RDS-1 03/18/2000 (BARBOUR, ROBERT E.) OR-M
TAGS: MARR, MASS, NATO, SP, US
SUBJECT: (U) CONVERSATION WITH SPANISH ARMY CHIEF OF STAFF

1. - ENTIRE TEXT.

2. EMBOFF MET WITH SPANISH ARMY CHIEF OF STAFF, GENERAL JOSE GABEIRAS HONTERO MARCH 16 FOR A CONVERSATION COVERING THE FEBRUARY 23 ABORTIVE COUP, SPANISH MILITARY ATTITUDES IN THE WAKE OF THAT EVENT, NATO MEMBERSHIP, AND THE U.S.-SPANISH BILATERAL TREATY. GABEIRAS IS SCHEDULED TO VISIT THE UNITED STATES APRIL 5-14.

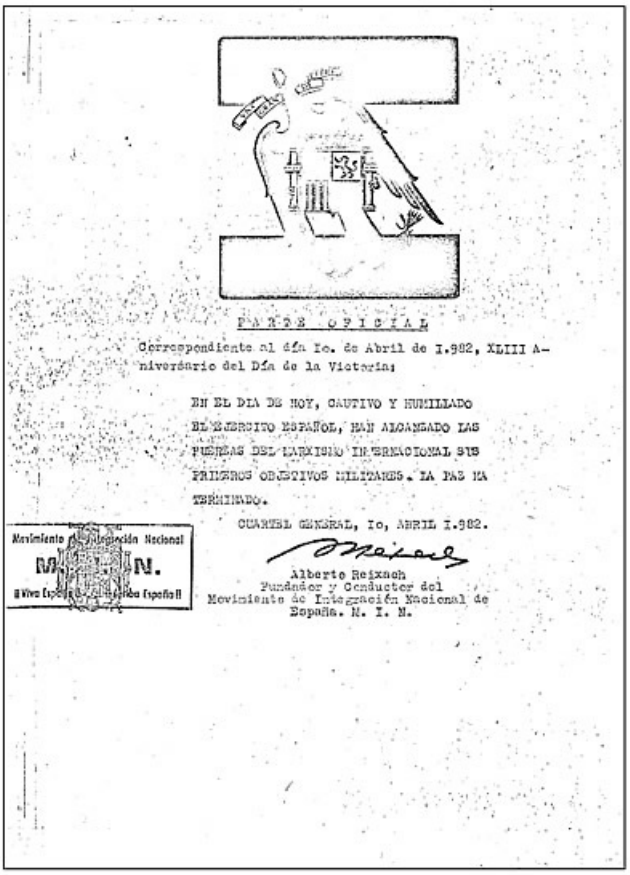
3. ON THE FEBRUARY 23 ABORTIVE COUP, GABEIRAS COMMENTED THAT AT 6:00 P.M. HE HAD BEEN LISTENING TO THE VARIOUS PRE-VOTE SPEECHES BUT, WHEN THE ROLL CALL BEGAN, HE SHUT OFF HIS RADIO, AND MISSED THE OUTBURST IN THE CONGRESS. INFORMED OF IT, HE DISPATCHED TWO LIEUTENANT COLONELS TO THE CONGRESS BUILDING TO FIND OUT WHAT WAS GOING ON. THEY REPORTED BACK TWENTY MINUTES LATER, AND HE IMMEDIATELY GOT IN TOUCH WITH THE KING AND BEGAN

PAGE 02 MADRID 03506 01 OF 02 181745Z

CALLING THE CAPTAINS GENERAL. ALL BUT ONE OF WHOM HE WAS ABLE TO REACH. WHEN INFORMED THAT HE WAS CALLING IN THE NAME OF THE KING AND THAT HIS ORDERS CAME FROM HIM, EVERYONE, EXCEPT MILANS DEL BOSCH IN VALENCIA, RESPONDED WITH THE STANDARD PHRASE OF RESPECT AND OBEDIENCE: 'AT YOUR ORDERS, GENERAL.' (THERE WAS A CLEAR IMPLICATION HERE THAT IF HE HAD NOT BEEN ABLE TO INVOKE THE NAME OF THE KING, THE ATTITUDE OF THE CAPTAINS GENERAL MIGHT HAVE BEEN DIFFERENT. IT ALSO APPEARS THAT HE IS THE ONE WHO INITIATED THE CONTACTS.) GABEIRAS NOTED PARENTHETICALLY THAT THE U.S.-BUILT TERRITORIAL COMMAND COMMUNICATIONS NETWORK (WHICH HAS BEEN THE SOURCE OF EXTENSIVE POLITICAL AND TECHNICAL CONTROVERSY) HAD

UNCLASSIFIED

Tras la intentona militar, Estados Unidos quiso verificar si España mantenía la decisión de ingresar en la OTAN anunciada por Calvo-Sotelo antes del 23-F. A tal fin, el teniente general Gabeiras se sometió a un interrogatorio nada sutil del agregado militar estadounidense, Robert E. Barbour, que entre otras cosas le preguntó por «la autoridad de hecho» que el Rey tenía sobre las Fuerzas Armadas. El memorando —cuatro folios—, de 18 de marzo de 1981, fue remitido al secretario de Defensa de Washington, y mantenido como secreto de Estado hasta el 17 de septiembre de 1997.



PARTE OFICIAL

Correspondiente al día 1o. de Abril de I.982, XLIII Aniversario del Día de la Victoria:

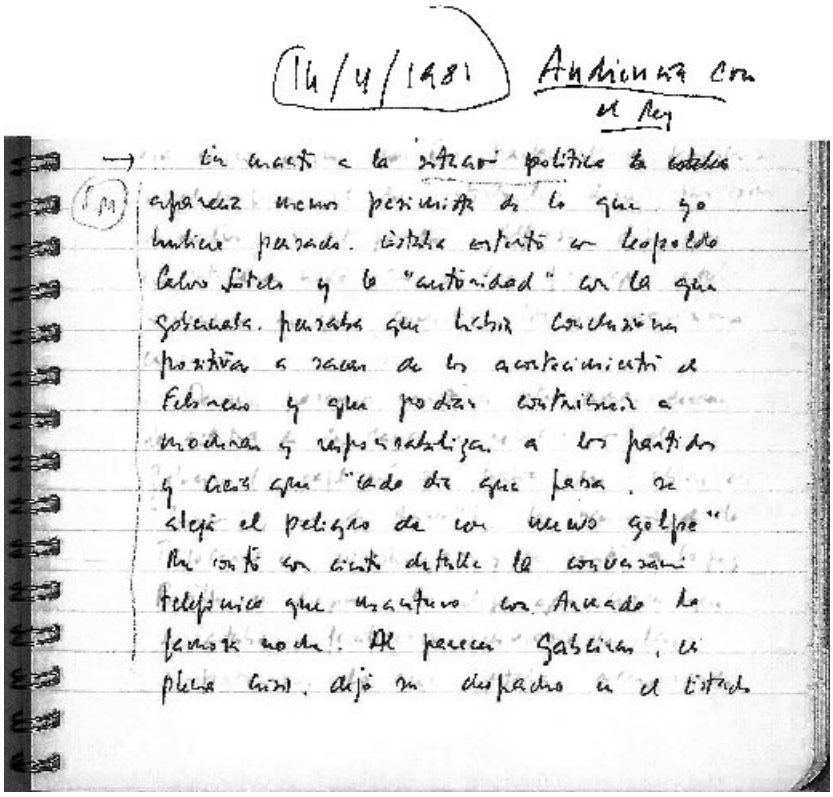
EN EL DIA DE HOY, CAUTIVO Y HUMILLADO
EL EJERCITO ESPAÑOL, HAN ALCANZADO LAS
FUERZAS DEL MARXISMO INTERNACIONAL SUS
PRIMEROS OBJETIVOS MILITARES. LA PAZ HA
TERMINADO.

CUARTEL GENERAL, 1o, ABRIL I.982.

Alberto Reixach
Fundador y Conductor del
Movimiento de Integración Nacional de
España. M. I. N.

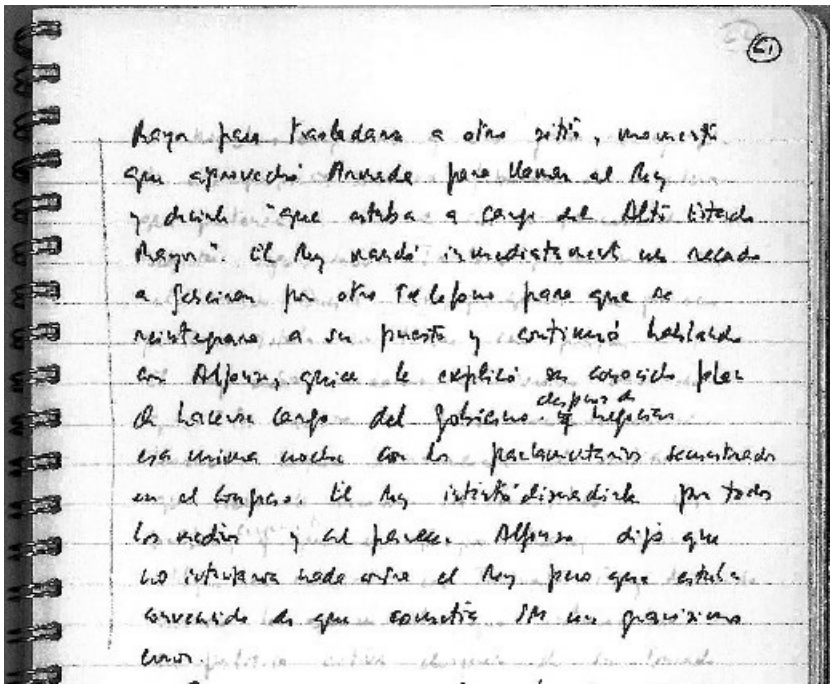
Movimiento de Integración Nacional
M. I. N.
¡¡Viva España!!

Panfletos de este estilo fueron repartidos por los domicilios de militares y de falangistas tras las sentencias condenatorias por el golpe del 23-F. En este documento, cuyo membrete es el águila de San Juan del escudo de Franco en escorzo de fuga, se parafrasea el último parte de la guerra civil española: «Parte Oficial. XLIII Aniversario del día de la Victoria. "En el día de hoy, cautivo y humillado el Ejército Español, han alcanzado las fuerzas del marxismo internacional sus primeros objetivos militares. La Paz ha terminado».


14/4/1981 Audiencia con el Rey

En cuanto a la situación política la estaba apareciz menos pesimista de lo que yo hubiese pensado. Había estado antes en Leopoldo Calvo Sotelo y le "autoridad" en la que gobernaba, pensaba que había conclusiones positivas a sacar de los acontecimientos de Febrero y que podían contribuir a moderar y responsabilizar a los partidos y creía que "todo lo que pasa, se alejó el peligro de un nuevo golpe"
Me contó con cierto detalle la conversación telefónica que mantuvo con Armada la famosa noche. Al parecer Gabeiras, en plena crisis, dejó su despacho en el Estado

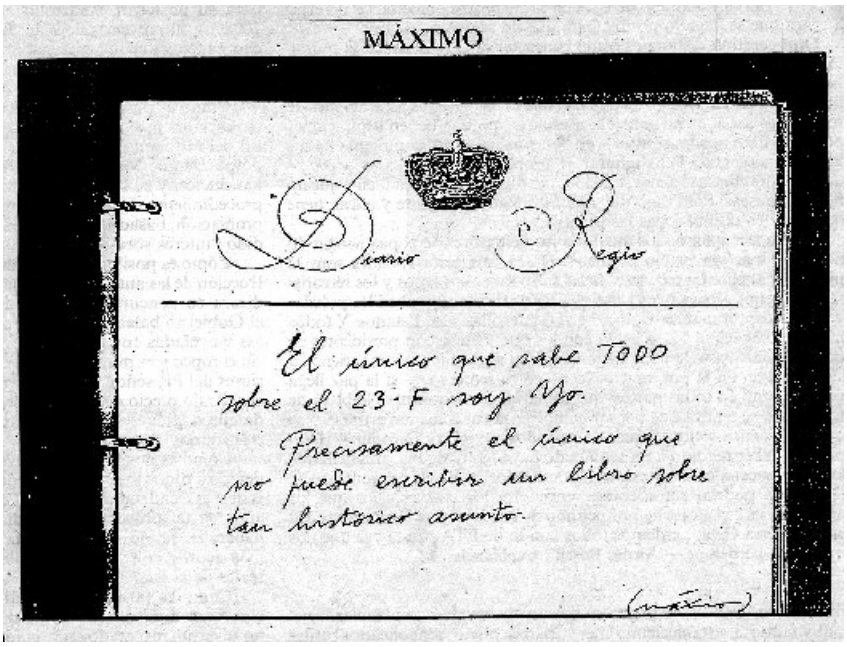
El 14 de abril de 1981, después de una audiencia con el Rey, Jaime Carvajal y Urquijo apunta en su diario: «Me contó con cierto detalle la conversación telefónica que mantuvo con Armada la famosa noche. Al parecer, Gabeiras, en plena crisis, dejó su despacho en el Estado Mayor para trasladarse a otro sitio, momento que aprovechó Armada para llamar al Rey y decirle "que estaba a cargo del Alto Estado Mayor". El Rey mandó inmediatamente un recado a Gabeiras por otro teléfono para que se reintegrara en su puesto y continuó hablando con Alfonso, quien le explicó su conocido plan de hacerse cargo del Gobierno después de negociar esa misma noche con los parlamentarios secuestrados en el Congreso. El Rey intentó disuadirle por todos los medios y, al parecer, Alfonso dijo que no intentaría nada contra el Rey pero que estaba convencido de que cometía SM un gravísimo error».



Haya pasa trasladarse a otro sitio, momento que aprovechó Armada para llevar al Rey y decirle que estaba a cargo del Alto Estado Mayor. El Rey mandó inmediatamente un recado a Sabino para que se reintegrara a su puesto y continuó hablando con Alfonso, que le explicó su concepto sobre la forma de hacerse cargo del gobierno después de la sesión esa misma noche con los parlamentarios secuestrados en el Congreso. El Rey estuvo dicharachero por todos los medios y al parecer Alfonso dijo que no estuvo nada serio el Rey pero que estaba convencido de que cometió [illegible] un gravísimo error

Zarzuela tuvo gran interés por que no figurase en las actas del consejo de guerra que el Rey habló con Armada en la tarde-noche del 23-F. Aunque en sus primeras declaraciones ante el juez instructor lo afirmaron Armada, Gabeiras y Sabino Fernández Campo, estos dos últimos rectificaron sus declaraciones ante el tribunal en la vista pública, como si el Rey no hubiese mantenido contacto alguno con Armada el día de autos. Armada se mantuvo firme. También el Rey, años más tarde, lo reconoció en sus conversaciones con Vilallonga. Apenas mes y medio después del golpe, Don Juan Carlos lo comentó por vez primera tal como ocurrió en realidad con su amigo Carvajal, que lo plasmó en este fragmento de su diario.

Los jueces militares suprimieron en su sentencia toda actuación del Rey durante el 23-F, salvo las que por su carácter «físico-mecánico» eran indelebles: los télex a la JUJEM y a Milans del Bosch y el mensaje en TVE.



El agudo humor de Máximo San Juan reflejaba en su viñeta Diario Regio de 23 de febrero de 2006 lo que, transcurridos veinticinco años del golpe, la calle seguía barruntando: «El único que sabe TODO sobre el 23-F soy Yo. Precisamente el único que no puede escribir un libro sobre tan histórico asunto».



De izquierda a derecha y de arriba abajo: Arias Navarro. Franco. Fraga y los 7 magníficos «conglomerados» en el Valle de los Caídos. Ruiz-Jiménez y Gil-Robles. Torcuato Fernández-Miranda con Suárez en brazos. El Rey en su trono. Suárez en la columna del poder. Felipe González. Fraga. Pío Cabanillas. El cardenal Tarancón. Tierno Galván. Martín Villa y Santiago Carrillo.



Don Juan Carlos inició su reinado manteniendo al frente del Gobierno a Arias Navarro, que se negó a dimitir: «Estoy amarrado a este sillón por cinco años», aseguraba. Pretendía continuar el franquismo, y del Rey decía: «Es un niñato con quien no puedo tener una conversación de más de cinco minutos». Por su parte, el Rey no se atrevía a cesarlo; temía que provocara una rebelión de los hombres del régimen contra la frágil Corona.



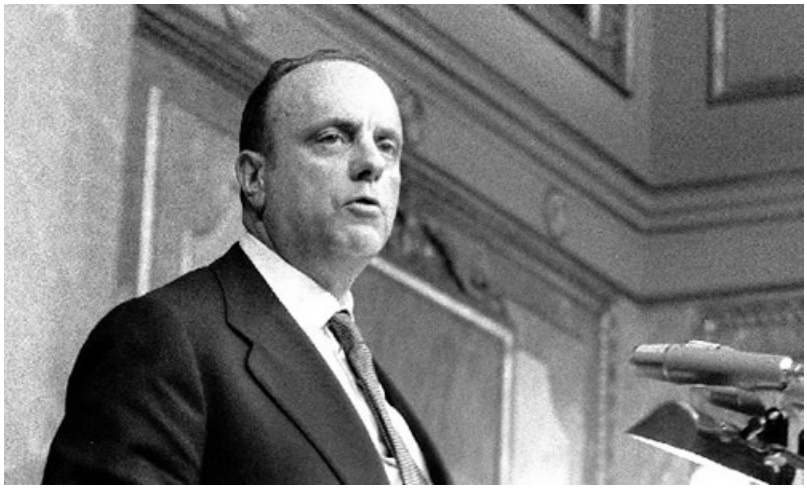
En su primer viaje como Rey, en febrero de 1976, Juan Carlos expuso el valor de la identidad de Cataluña y sus aportaciones al carácter español y a la historia de España. En el Tinell pronunció medio discurso en castellano y el resto en catalán con muy buena entonación. Tuvo gran impacto y quedó claro que con él empezaba una «nueva era».



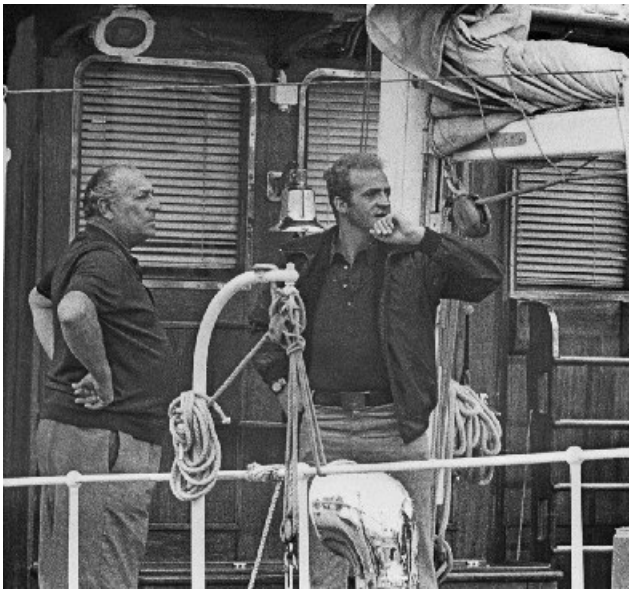
Miguel Primo de Rivera, amigo del Rey y sobrino del fundador de Falange, era uno de los pocos hombres del régimen anterior partidario de la Monarquía parlamentaria. Entendió la necesidad de cambiar a Arias por «una persona que sepa gobernar, conecte con las nuevas tendencias políticas y gane las elecciones». De izquierda a derecha, Adolfo Suárez, Miguel Primo de Rivera y Torcuato Fernández Miranda, recibidos por el Rey.



Abril de 1976. Antes de presidir un Consejo de Ministros en Sevilla, el Rey saluda a Calvo-Sotelo. Areilza (entre los dos en la foto) tenía muchas bazas para suceder a Arias, pero se permitió tratar al Rey desde un plano de superioridad, y eso jugó en su contra. En cuanto a Suárez, el Rey le había comentado a Torcuato: «Lo encuentro muy verde… y sabes que le quiero mucho».



Regresado del exilio, Salvador de Madariaga dijo al Rey: «Temo que Estados Unidos, con su tosco egoísmo, ahora que ha muerto Franco, prefiera tener en Madrid otro dictador sumiso a sus estrategias militares. Pensarán que Fraga les servirá bien y, en último término, apoyarán al búnker porque les inspira más confianza que la democracia». Pese a su enorme inteligencia, Fraga se inhabilitó para tripular la democracia por su autoritarismo innato.



Al llegar al trono, el Rey carecía de la legitimidad dinástica, que pertenecía a Don Juan, pero éste condicionó la renuncia a que su hijo se comprometiera a instaurar la democracia. Don Juan y Don Juan Carlos comparten su pasión por el mar.



El Rey impone a su padre el fajín de almirante honorario de la Armada en presencia del almirante Arévalo Pelluz. A la izquierda, Sabino Fernández Campo observa la escena.



Junio de 1976. Los Reyes de España, en su primera visita oficial a Estados Unidos, con el matrimonio Gerald R. Ford y Elizabeth Bloomer Warren, en la Casa Blanca. Don Juan Carlos aprovechó la caja de resonancia del Capitolio para anunciar públicamente su determinación de establecer una democracia plena.



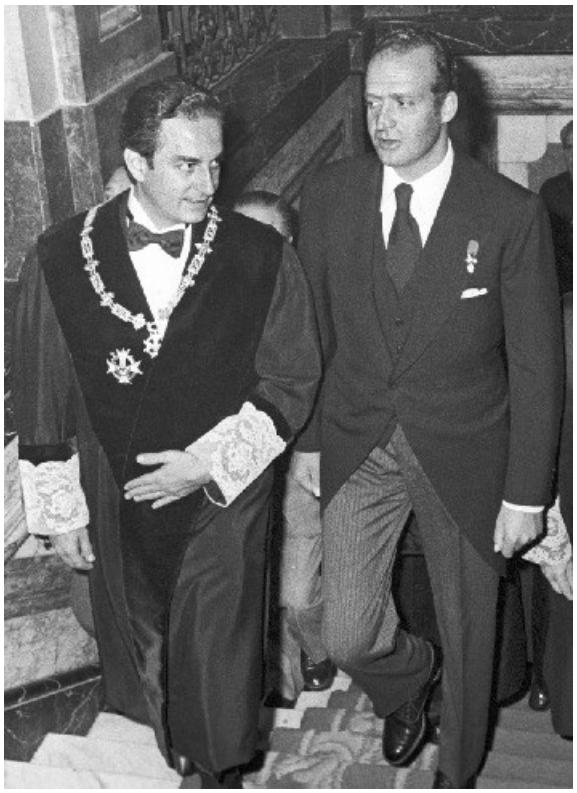
El Rey amarró con Torcuato Fernández-Miranda la estrategia de que la dimisión del presidente Arias fuese por sorpresa, para evitar maniobras de obstrucción. El Consejo del Reino elaboró una terna de candidatos, entre los cuales figuraba Adolfo Suárez. Era, como dijo Torcuato, «lo que el Rey me ha pedido».



De izquierda a derecha, Martín Villa, Suárez y Rosón, con camisa azul, escuchan el discurso del ministro Herrero Tejedor. Pese a su adscripción al Movimiento Nacional, no eran falangistas. Los tres fueron herramientas importantes para liquidar el aparato institucional del franquismo desde dentro.



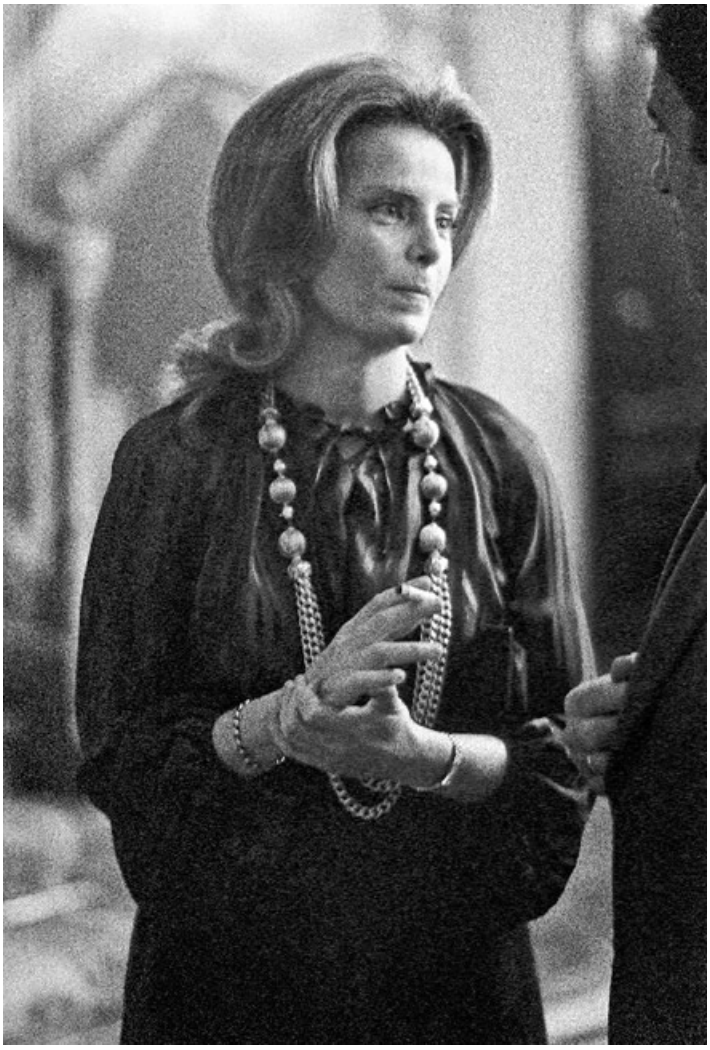
Jaime de Carvajal y Urquijo había compartido juegos, pupitre y habitación con Don Juan Carlos desde los estudios de bachillerato. Tras la designación de Suárez como presidente del Gobierno, Jaime le expuso sin rodeos su decepción: «Majestad, temo que al elegir a un hombre del antiguo régimen os hayáis cargado la Monarquía».



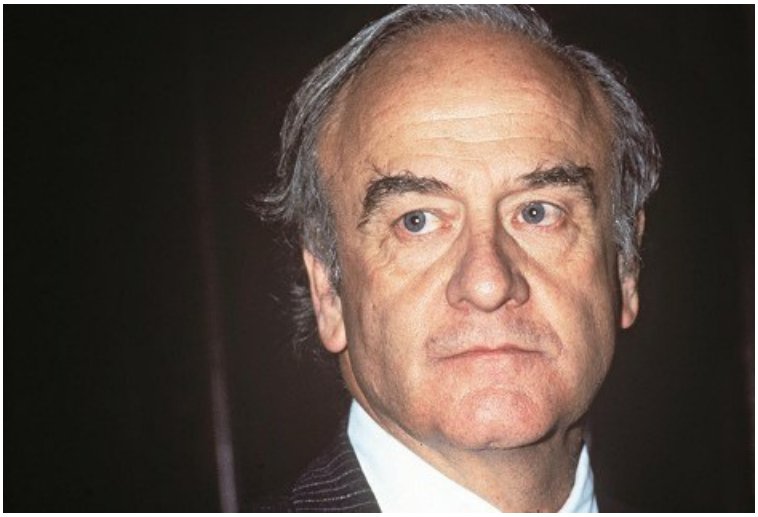
El Rey —intuitivo para conocer a las personas— pidió al ministro Francisco Lozano: «Tantea a Landelino Lavilla. Pregúntale qué piensa de la Monarquía, de Adolfo Suárez…, y, como cosa tuya, mira a ver si le gustaría ser ministro de Justicia en un Gobierno presidido por Adolfo».



El primer gabinete de Adolfo Suárez fue calificado como «un Gobierno de penenes», en alusión despectiva a los «profesores no numerarios»; sin embargo, la suma de currículos académicos y experiencia de gestión de aquellos ministros era apabullante.



La hija de los marqueses de Llanzol, Carmen Díez de Rivera, descubrió a los dieciocho años que su padre biológico no era Francisco de Paula Díez de Rivera, sino Ramón Serrano Suñer, el Cuñadísimo de Franco. Eso afectó duramente a su vida sentimental, pues iba a casarse con un hijo de Serrano Suñer, sin saber ninguno que eran hermanastros. Políglota y culta, trabajó como jefa de gabinete de Adolfo Suárez y mantuvo una relación de gran confianza con el Rey.



Abogado y periodista, José Mario Armero fue un eficacísimo hombre puente que, teniendo la confianza de Don Juan y del Rey, estableció líneas de entendimiento entre el Gobierno y la oposición, y entre el poder financiero estadounidense y el empresariado español. Su actuación más importante fue organizar el encuentro secreto Suárez-Carrillo en su chalé de Pozuelo, y negociar con Carrillo las cesiones que hubo de hacer el Partido Comunista para ser legalizado.



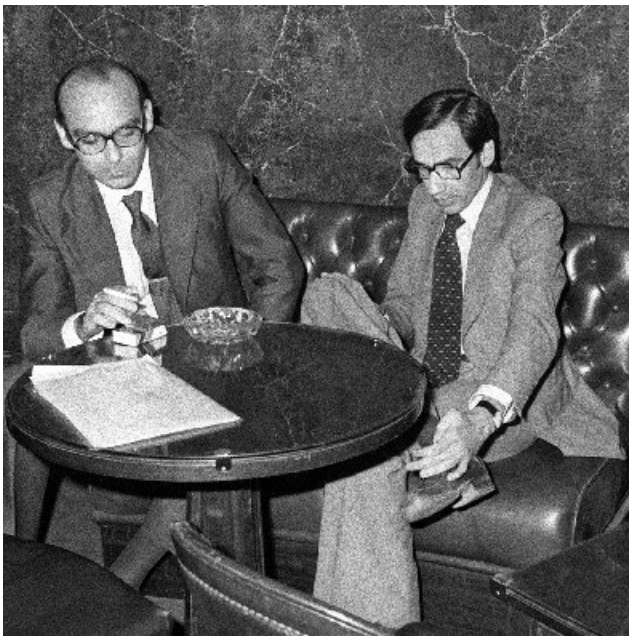
Carrillo vive en España clandestinamente desde el 7 de febrero de 1976: entra y sale por la frontera con pasaporte falso, sin que el Gobierno quiera darse por enterado de su presencia. Con una rueda de prensa en Madrid ante cincuenta periodistas españoles y extranjeros, culmina su burla a la ineptitud de la policía y fuerza al Gobierno a tomar una decisión: o detenerlo o legalizarlo.



Eduardo Navarro, Ignacio García López, Adolfo Suárez y Alfonso Osorio —de izquierda a derecha en la foto—, con Rodolfo Martín Villa y Landelino Lavilla, elaboraron en secreto la Ley para la Reforma Política, a partir de un folio que les dio Torcuato: «Este papel que no tiene padre». No podía contener más en menos espacio.



No hubo buena química entre Suárez y Giscard d'Estaing. Para el presidente francés era muy fácil descolgar el teléfono e implicar a Don Juan Carlos en asuntos de política exterior, hasta que Suárez cortó por lo sano esa desviación. Desde el primer momento, Suárez había dicho: «Paradójicamente, mi mayor servicio a la Monarquía será quitarle al Rey todos sus poderes y librarle de responsabilidades que no le conciernen».



Abril Martorell contó que, para obtener el sí de los procuradores más resistentes, «se hizo de todo, como prometer apoyos en listas electorales futuras, incluso cargos y favores que nunca se cumplieron». Lo corroboró Martín Villa: «Menos acostarnos con ellos, lo hicimos todo». Más adelante, cuando la Constitución encallaba por discrepancias ideológicas, Abril volvió a ejercer la política como «arte de lo imposible». Entre él y Alfonso Guerra, a reloj quitado, consensuaron de una tacada veinticinco artículos.



Fernández Miranda había sido mentor, consejero y confidente de Juan Carlos príncipe y de Juan Carlos rey. Pero, como la antigua Castilla, los reyes de España facent a sus homes e los gastan. El Rey le dijo a Suárez: «Voy a darle a Torcuato un ducado y el toisón. Quiero que se quede muy satisfecho; pero que sea su despedida definitiva de la política activa, que se vaya a su

casa, muy honrado y sin crear problemas».



El Rey recordaba la monumental esfera de oro macizo circundada por un aro de rubíes o esmeraldas que había visto en su palacio de Teherán, y sabía que diez millones de dólares serían para Reza Pahlevi como una propina. También dio un elegante «sablazo» al príncipe Fahd de Arabia Saudí, como ayuda al partido de Suárez. Entonces los donativos no eran ilegales. El PSOE, por ejemplo, recibía dinero de la Fundación Friedrich Ebert.



El 15-J de 1977, primeras elecciones generales de la democracia, el pueblo tuvo la palabra, de verdad. Suárez no hizo más mitin que el spot televisivo final: «Puedo prometer y prometo…» UCD y PSOE se llevaron el gato al agua, mientras los partidos extremos, PCE y AP, se hundían

estrepitosamente.



Adolfo Suárez, después de un almuerzo con periodistas en La Moncloa. Eran tiempos de idilio entre la prensa y el presidente democratizador. De derecha a izquierda, Abel Hernández, Pilar Urbano, Jaime Peñafiel, Adolfo Suárez, Pedro J. Ramírez, Pablo Sebastián, Charo Zarzalejos, Mariano González, Pilar Cernuda y Consuelo Álvarez de Toledo.



Eran tiempos de complicidad entre Felipe González y Adolfo Suárez. Sin aquel deseo mutuo de allanar caminos para llegar pronto a un Estado social de derecho no habría sido posible la Transición exprés española. Pero, a pesar de la empatía, eran adversarios políticos, y González se aplicó a un inmisericorde «acoso y derribo» para alzarse con el poder.



Los «padres de la Constitución» buscaban redacciones amplias, laxas, cuyas posteriores lecturas pudieran ahormarse a gobiernos de un signo o de otro, sin traicionar el espíritu del legislador. De izquierda a derecha: Manuel Fraga, Miquel Roca, Gregorio Peces-Barba, Gabriel Cisneros (de pie), José Pedro Pérez-Llorca, Miguel Herrero de Miñón y Jordi Solé Tura.



Según Rafael Arias-Salgado, «Felipe puso todos los obstáculos que pudo a la Transición, no sólo a los Pactos de La Moncloa». Lo mismo opinaba Carrillo: «Hubo que llevarle de una oreja a los Pactos, porque decía que la crisis económica no era asunto de la oposición sino del Gobierno». De izquierda a derecha: Enrique Tierno, Santiago Carrillo, Josep Maria Triginer, Joan Reventós, Felipe González, Juan Ajuriaguerra, Adolfo Suárez, Manuel Fraga, Miquel Roca y Leopoldo Calvo-Sotelo. Pliego



En 1978 Suárez sorprendió con su viaje a La Habana para invitar a España a Fidel Castro. Al año siguiente, dio otro campanazo recibiendo con honores de jefe de Estado a Yasser Arafat, líder de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Dos gestos que le pusieron en el visor de la Secretaría de Estado de Estados Unidos y que, junto con su empeño por mantener a España al margen de la OTAN, acabarían costándole la presidencia del Gobierno.



Un día Don Juan Carlos le planteó a Suárez: «Quiero que Armada venga a Madrid, al Estado Mayor, con Gabeiras. No es un antojo mío. Gabeiras necesita tener cerca a un general que inspire confianza». «Señor, no es la primera […] vez que digo que no me gusta tener a ese

caballero politiqueando, intrigando y moviendo el rabo por Madrid —respondió Suárez—. Armada es un enredador que vende humo de conspiraciones, sediciones y sublevaciones que sólo existen en su cacumen. ¡Y lo malo es que se las vende al propio Rey!»

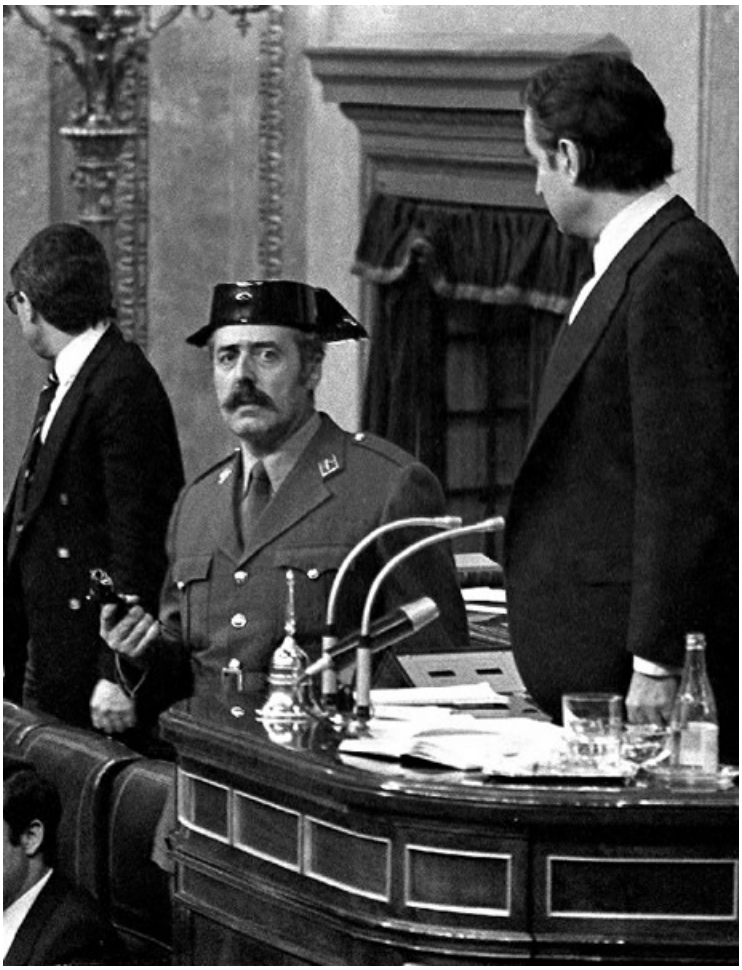


Puño en alto, los junteros de HB cantaban a voz en grito el «Eusko gudariak». Enhiesto como un mástil, al Borbón le salió un gesto de su casta, se volvió hacia los bronquistas y, poniéndose la mano detrás de la oreja derecha, les dijo: «¡Cantad más alto, hombre, que eso es bonito y no os oigo!» Después del acto, los Reyes posaron bajo el árbol de Gernika con el lehendakari Carlos Garaikoetxea y Rosario Mina, su esposa.



Suárez sugirió el nombre de Leopoldo Calvo-Sotelo para sustituirle. Era sobrino de don José, asesinado por «los rojos», y eso tranquilizaría a los militares y a los ciudadanos de derechas, y

era partidario de la OTAN y monárquico, por lo cual sería bien visto por el Rey. Pero no tenía carisma. Su falta de liderazgo y atractivo popular se refleja en esta instantánea del 23 de febrero de 1981, pocos minutos antes del asalto al Congreso: aunque en aquel momento él era el protagonista de la investidura, los objetivos de los fotógrafos enfocaban a Suárez.



El teniente coronel Antonio Tejero, con expresión de abrumado desconcierto, al verse frente a un hemiciclo con trescientos cincuenta diputados. Su papel era generar el «detonante de gran magnitud», secuestrando al Gobierno. El vacío de poder justificaría un golpe de mano militar para controlar la situación, y la autopropuesta de Armada como presidente de un Gobierno de concentración muñido al margen del Parlamento.



«El Rey sabía que la situación militar en aquellos momentos podía cambiar y producirse un vuelco —recordaba Sabino—. Lo que dijese a medianoche podía quedar obsoleto en una hora. Tenía que condenar los hechos y decir a la ciudadanía, y sobre todo a los militares sublevados o tentados a la rebelión, que la Corona apostaba por la democracia; que él no toleraría atropellos a la Constitución, y que no había vacío de poder. No podía decir más, pero tampoco menos».



23-F. La bancada del partido del Gobierno reacciona con estupor ante la entrada de Tejero y sus guardias en el hemiciclo.



Con autorización del Rey, esta vez sí, el general Armada —con guantes y vuelto a la cámara—, acompañado por el gobernador civil de Madrid, Mariano Nicolás, va hacia el Congreso el 24-F, para acordar con Tejero y Pardo Zancada la rendición de los militares sublevados.



El 24-F, Suárez convocó a la Junta de Defensa Nacional. Al ver que se intentaba reducir el golpe de Estado a «un acto aislado de Tejero y sus hombres», Suárez señaló las responsabilidades y negligencias de aquellos altos mandos, y apuntó incluso al binomio Rey-Armada: «Los golpistas manejaban el nombre del Rey como un salvoconducto —dijo Suárez—. Esto no significa que el Rey les autorizara a usarlo». Hubo un momento de alta tensión en que el Rey se tapó la cara con las manos, sacó un pañuelo y se secó las lágrimas. A la derecha del Rey, Suárez, Rodríguez Sahagún, Alfaro Arregui, Arévalo Pelluz; a la izquierda del monarca, Gutiérrez Mellado, Rosón, Laína y Gabeiras. De pie, al fondo, Sabino Fernández Campo. Pliego



Un último gesto de cortesía política: Suárez y Gutiérrez Mellado aplauden al nuevo presidente, Calvo-Sotelo.



«Al afrontar los juicios —recordaba Sabino—, el Rey habló mucho con Calvo-Sotelo y con Oliart de modo que el banquillo de acusados militares se redujera al mínimo y quedasen fuera los diputados que apoyaron la Operación Armada. Pero… ¡esa trama existía! Y algunos ya habían aceptado carteras ofrecidas por Armada. Entre otros, Felipe González, Peces-Barba, Javier Solana, Anson, Fraga, Areilza, Rodríguez Sahagún, Ferrer Salat, Garrigues Walker, etc». En la foto, los periodistas acreditados conocen la Sala del Consejo de Guerra.



La levedad de las penas impuestas por el tribunal militar encontró el rechazo de la opinión pública, expreso en el «Yo disiento» de Adolfo Suárez. Después, el Tribunal Supremo las agravó. De izquierda a derecha y de arriba abajo: teniente general Milans del Bosch y general de división Armada Comyn, treinta años; general de división Torres Rojas, doce años; coronel San Martín López, diez años; teniente coronel Tejero Molina, treinta años; García Carrés, único civil condenado, dos años.



Dos hombres caminan juntos hacia el fondo de la Historia. Suárez, caballero del Toisón del Olvido, se adormeció en la niebla de la desmemoria, el refugio manso de quien no debe recordar porque sabe demasiado y puede resultar un testigo de cargo peligroso. Esa gran desmemoria es la que le permite vivir una inocencia feliz, y al Rey le asegura dormir sin insomnios y seguir siendo Rey…



PILAR URBANO. Nació en Valencia, en 1940. Actualmente publica sus colaboraciones en el diario El Mundo. También es miembro numeraria del Opus Dei.

Tras estudiar Filosofía y Letras pronto encauzó su carrera profesional hacia el mundo del periodismo, consiguiendo el número uno de su promoción en la Escuela Oficial de Periodismo.

Ha trabajado, como comentarista política en los Diarios ABC (hasta 1985), donde inicia su columna periódica Hilo directo, Ya (1985-1989) y actualmente en El Mundo, así como en la revista Época.

Especializada en la publicación de libros sobre temas de actualidad, entre los asuntos sobre los que ha escrito se encuentra la trama criminal de los atentados del 11 de septiembre de 2001 o el intento de golpe de estado del 23-F en España, del que fue testigo directo por encontrarse en ese momento en la tribuna de periodistas del Congreso de los Diputados. Además ha publicado sendas biografías "autorizadas" de la Reina Sofía y el juez Baltasar Garzón.

El 23-F, estaba en el Congreso de los Diputados en calidad de periodista. Fue una de las personas que permaneció de pie. Con ocasión de aquella experiencia, declaró: «Tuve una metralleta a un palmo de mi cintura. No me tiré al suelo. Aquella tarde y aquella noche supe de un modo definitivo que la libertad vale más que la vida».

En octubre de 2008, la presentación de su libro La Reina muy de cerca, publicado por Editorial Planeta, desató una fuerte polémica en España al aparecer supuestas declaraciones de la Reina Sofía en contra de la eutanasia, del aborto y del matrimonio homosexual. Ello dio lugar a un comunicado oficial de la Casa Real en el que se decía que Pilar Urbano, «tras mantener una conversación privada con Su Majestad la Reina, pone en boca de su majestad unas supuestas afirmaciones que hoy reproducen algunos medios de comunicación», las cuales «no

corresponden con exactitud a las opiniones vertidas por Su Majestad la Reina, como oportunamente se le ha hecho saber a la autora».

Ante dicho comunicado, la periodista negó que las declaraciones fueran de carácter privado. «Yo he hecho un libro con la Reina, sabiéndolo la Reina, no en el ámbito privado, sino en la Zarzuela», y añadió que «lo que ha dicho la reina es lo que aparece en mi libro» y que la Casa Real leyó y dio «luz verde» al libro.

Notas

Notas capítulo 1

[1] Véase José María de Areilza, *Diario de un ministro de la Monarquía*, Planeta, Barcelona, 1978. Anotación del 1 de julio de 1976; relato de Jaime Carvajal y Urquijo a la autora; exposición de Carlos Arias Navarro en el Consejo de Ministros del 1 de julio de 1976. <<

[2] Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado, artículo 10: «Para derogar [las Leyes Fundamentales de la nación] o modificarlas será necesario, además del acuerdo de las Cortes, el referéndum de la nación»; artículo 15: «Para la validez de los acuerdos de las Cortes a que esta ley se refiere, será preciso el voto favorable de los dos tercios de los procuradores presentes, que habrá de equivaler, por lo menos, a la mayoría absoluta del total de procuradores», en <http://ficus.pntic.mec.es/jals0026/documentos/textos/leydesucesion.pdf>, consultada en julio de 2013. <<

[3] Relatado a la autora por José Joaquín Puig de la Bellacasa, que acompañó a los Reyes en esa visita a la viuda de Franco. Véase Pilar Urbano, *El precio del trono*, Planeta, Barcelona, 2011, p. 822; José Luis de Vilallonga, *El Rey*, Plaza & Janés, Barcelona, 2011, p. 227; Pilar Cernuda, *Treinta días de noviembre*, Planeta, Barcelona, 2000, pp. 149, 165. <<

[4] Las dos concesiones de titularidad nobiliaria se publicaron en el *Boletín Oficial del Estado (BOE)* de 26 de noviembre de 1975. El nombramiento póstumo y perpetuo de Franco como Generalísimo se promulgó por decreto ley el 5 de diciembre de 1975. Con la misma fecha, el Gobierno pasó a las Cortes la tramitación urgente de la pensión excepcional de viudedad, que Carmen Polo y Martínez-Valdés percibió hasta su muerte en 1988. <<

[5] Véase Pilar Fernández-Miranda Lozana y Alfonso Fernández-Miranda, *Lo que el Rey me ha pedido*, Plaza & Janés, Barcelona, 1995, pp. 201-203. <<

[6] Alejandro Fernández Sordo refiere íntegramente el episodio en Elías Andrés, «La Transición», RTVE, capítulo 7, 1995. <http://www.rtve.es/archivo/la-transicion-serie>. <<

[7] *ABC*, 4 de diciembre de 1975, p. 19. <<

[8] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 207. <<

[9] Ibídem, pp. 208-209. <<

[10] Areilza, *Diario*…, ob. cit., p.13. <<

[11] Pablo Castellano a la autora, conversación del 26 de septiembre de 2007, Madrid. <<

[12] Nota personal de Jaime Carvajal y Urquijo al Rey Juan Carlos, entre noviembre y diciembre de 1975. Leída por Carvajal a la autora el 15 de octubre de 2012, en la sede de Advent International, Serrano 57, Madrid. <<

[13] José Luis de Vilallonga, *El Rey*…, ob. cit., p. 7. <<

[14] El Rey habló de esas conversaciones telefónicas al embajador estadounidense Wells Stabler, y éste a José María de Areilza. Véase Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del 13 de diciembre de 1975, pp. 14-15. <<

[15] Ésta fue la composición del primer Gobierno de la Monarquía: presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro; vicepresidente para Asuntos de la Defensa y ministro sin cartera, teniente general Fernando de Santiago y Díaz de Mendívil; vicepresidente segundo para Asuntos del Interior y ministro de la Gobernación, Manuel Fraga Iribarne; vicepresidente tercero para Asuntos Económicos y ministro de Hacienda, Juan Miguel Villar Mir; ministro de Asuntos Exteriores, José María de Areilza y Martínez de Rodas; ministro de Justicia, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate; ministro del Ejército, teniente general Félix Álvarez-Arenas y Pacheco; ministro de Marina, almirante Gabriel Pita da Veiga y Sanz; ministro del Aire, teniente general Carlos Franco Iribarnegaray; ministro de Industria, Carlos Pérez de Bricio; ministro de Comercio, Leopoldo Calvo-Sotelo y Bustelo; ministro de Agricultura, Virgilio Oñate Gil; ministro de Trabajo, José Solís Ruiz; ministro de Educación, Carlos Robles Piquer; ministro de Obras Públicas, Antonio Valdés González-Roldán; ministro de Relaciones Sindicales, Rodolfo Martín Villa; ministro secretario general del Movimiento, Adolfo Suárez González; ministro de Información y Turismo, Adolfo Martín-Gamero; ministro de la Vivienda, Francisco Lozano Vicente; ministro de la Presidencia, Alfonso Osorio García. <<

[16] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del día 9 de diciembre de 1975. <<

[17] Asamblea creada por España en 1967, como órgano de representación de los saharauis. <<

[18] Areilza y Martínez de Rodas había sido embajador en Argentina, Estados Unidos y Francia; Garrigues Díaz-Cañabate, en Estados Unidos; Fraga Iribarne, en Reino Unido. <<

[19] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del 9 de diciembre de 1975, pp. 13-14. <<

[20] Manuel Gutiérrez Mellado, *(1939) Expediente de depuración: relación jurada de méritos y servicios*, 16 de noviembre de 1939, en <http://e-spacio. uned.es/fez/view.php?pid=bibliuned:IUGM-DocGGM-19391116>, consultado en julio de 2013. <<

[21] Manuel Gutiérrez Mellado, «Proyecto de potenciación de las Fuerzas Armadas», conferencia en el CESEDEN, 15 de diciembre de 1971 y 15 de marzo de 1974, en <http://e-spacio.uned.es/fez/view.php?pid=bibliuned:IUGM-DocGGM-19391116>, consultado en julio de 2013. <<

[22] «La Transición», capítulo 7, ob. cit., testimonio de Michael Vermehren, ZDF. <<

[23] Conversaciones de Rodolfo Martín Villa con la autora en 1988, 2012 y 2013. <<

[24] Véanse notas de Torcuato Fernández-Miranda y de Adolfo Suárez a Eduardo Navarro, y de éste a la autora. Véase también Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 199. <<

[25] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del 13 de diciembre de 1975, p. 21. <<

[26] Ibídem, anotación del 9 de diciembre de 1975, p. 13. <<

[27] Notas autógrafas de Torcuato Fernández-Miranda sobre la reforma política, escritas en el fin de semana del 13 y 14 de diciembre de 1975. Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., pp. 39 y 318. <<

[28] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del 13 de enero de 1976, pp. 51-52. <<

[29] Ronald Fraser, «Spain on the Brink», *New Left Review*, n.º 96, marzo-abril de 1976, pp. 3-33; Charles Powell, «El primer gobierno de la Monarquía y la reforma Suárez», *Revista de Occidente*, n.º 54, noviembre de 1985, pp. 5-23. <<

[30] El 24 de febrero de 1974, el obispo de Bilbao, monseñor Antonio Añoveros Ataún, publicó una carta diocesana pidiendo que se reconociera la identidad cultural y lingüística del pueblo vasco. El presidente Arias le acusó de subvertir la unidad nacional y le arrestó en su domicilio junto con su vicario, monseñor José Ángel Ubieta López. Luego dio un paso más grave: le expulsó de España. El obispo se negó: «Sólo puedo abandonar mi sede si me lo manda quien me la encomendó, el papa». Deponer a un obispo de su sede violaba el Concordato y si el gobernante que lo ordenaba era católico, incurría en pena de excomunión. El acta de excomunión de Arias Navarro estuvo lista para su firma sobre la mesa del cardenal Tarancón. Hubo tensas y urgentes reuniones, en las que intervino Franco en persona para evitar la ruptura con la Iglesia, que era lo que estaba en juego. Arias no había medido el alcance de sus furias y tuvo que envainarse sus amenazas. <<

[31] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del 27 de diciembre de 1975. <<

[32] Antonio Fontán a la autora; véase Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del día 13 de diciembre de 1975, p. 21. <<

[33] Areilza, *Diario*…, ob. cit., se hace eco de estos mensajes y los anota el día 2 de enero de 1975, pp. 43-44, después de hablar «con un amigo que traía noticias de Estoril». No da el nombre, pero presumiblemente era Antonio Fontán y quizá también Joaquín Muñoz Peirats. Don Juan hacía tiempo que no mantenía relación con Areilza. <<

[34] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del día 7 de enero de 1976, p. 45. Alfonso Osorio, *Trayectoria política de un ministro de la Corona*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 53. <<

[35] La Unión Militar Democrática (UMD) estaba constituida por un pequeño grupo de oficiales españoles que se organizó clandestinamente con idea de democratizar el Ejército y acabar pacíficamente con la dictadura franquista, como el Movimento das Forças Armadas lo había conseguido en Portugal. Como escribió uno de sus miembros: «En vez de un pronunciamiento activo, ensayaremos un pronunciamiento pasivo: mojar la pólvora de aquel Ejército azul». Tuvieron contactos con políticos como Joan Reventós, Joaquín Ruiz-Giménez, Felipe González o Santiago Carrillo, y también con Don Juan de Borbón y con el duque de Arión, enviado por Don Juan Carlos, entonces Príncipe de España. <<

[36] Areilza informaba al Rey de su conversación con el secretario de Estado Henry Kissinger, en París, el 16 de diciembre de 1975. El 24 de enero volverían a verse en Madrid, para la firma del tratado. Véase Areilza, *Diario*…, ob. cit., p. 26; *Memorandum of Conversation, Foreign Minister José María de Areilza of Spain*, 16 de diciembre de 1975, RDS, Office of the Counselor, 1955-1977, Box 3, RG 59. Telegrama del Departamento de Estado a Madrid, *Secretary's Meeting with Spanish Foreign Minister José María de Areilza*, 16 de diciembre de 1975 en París, 18 de diciembre de 1975, en <http://aad.archives. gov7add/createdpdf?rid=2173384&dtdl=1345>; Charles Powell, *El amigo americano: España y Estados Unidos, de la dictadura a la democracia*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011, p. 307, n. 10. <<

[37] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación de 24 de enero de 1976, pp. 61, 65-66. <<

[38] Manuel Fraga Iribane, *En busca del tiempo servido*, Planeta, Barcelona, 1987, p. 32; Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación de 25 de enero de 1976, p. 67; *Discussion of Spanish Political Issues with Foreign Minister Areilza*, 25 de enero de 1976, RDS, Office of Counselor, 1955-1977, Box 3, RG 59, NARA. <<

[39] Relato de Eduardo Navarro Álvarez a la autora. <<

[40] Ana Romero, *Historia de Carmen: memorias de Carmen Díez de Rivera*, Planeta, Barcelona, 2002, anotación del 25 de enero de 1976, p. 82. <<

[41] Areilza, *Diario*…, ob. cit., p. 101. <<

[42] Relato de Pablo Castellano a la autora. Conversaciones del 10 de julio y el 26 de septiembre de 2007. <<

[43] La legislatura en curso, la décima de las Cortes españolas, ya había sido prorrogada por Franco el 31 de julio de 1975 hasta el 15 de marzo de 1976. Pero en enero de 1976, al comenzar su mandato, el primer Gobierno de la Monarquía volvió a solicitar —esta vez al Rey, como nuevo jefe del Estado— que ampliara la prórroga por un año, alegando su voluntad de acometer importantes reformas políticas que precisarían un amplio margen de tiempo. <<

[44] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del 11 de febrero de 1976. <<

[45] Salvador Sánchez-Terán relató a la autora los pormenores que aquí se cuentan sobre la preparación y la gira de los Reyes por Cataluña en febrero de 1976, siendo él entonces gobernador civil de Barcelona. Conversación del 22 de octubre de 2004, en su domicilio de Menéndez Pidal 20, Madrid. Véanse también Salvador Sánchez-Terán, *De Franco a la Generalitat*, Planeta, Barcelona, 1988, pp. 49-55; Carlos Sentís, *Seis generaciones de Borbones y un cronista*, Destino, Barcelona, 2004, pp. 155-156; editoriales y crónicas de los días 16 a 22 de febrero de 1976 en los periódicos *La Vanguardia*, *El Noticiero Universal*, *El Correo Catalán*, *Diario de Barcelona*, *Mundo Diario*, *ABC*, *Informaciones*, *Ya* y *Pueblo*. <<

[46] Carlos Sentís, *La Vanguardia*, 21 de abril 1990; ídem, *Seis generaciones*…, ob. cit., pp. 155-156. <<

[47] Pilar Sánchez-Arjona, esposa del gobernador Sánchez-Terán, y anfitriona aquella noche, escuchó las palabras del presidente Arias. <<

[48] Para un estudio del reflejo en prensa catalana (cinco periódicos) y madrileña (otros cinco) de la visita de los Reyes a Cataluña, véase Carlos Barrera y Ricardo Zugasti, «Imagen pública de Cataluña y de Juan Carlos I en su primer viaje como rey en febrero de 1976», *Anàlisi*, 30, 2003, pp. 59-77. <<

[49] Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., p. 338. <<

[50] *ABC*, 3 de marzo de 1976, texto íntegro del discurso de Su Majestad el Rey ante el Consejo del Reino, pp. 1, 17 y 96; Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., pp. 170-172; Rodrigo Fernández-Carvajal, *La Constitución española*, Editora Nacional, 1969, p. 74; Josep Melià, «Nuevo papel del Consejo del Reino», en *Informaciones*, 6 de marzo de 1976; Juan Pablo de Villanueva, «Un reino democrático», en *ABC*, 6 de marzo de 1976; Joaquín Bardavío, *Los silencios del Rey*, Strips, Madrid, 1979, p. 172. <<

[51] Secundaron la huelga a lo largo de enero y febrero de 1976 la mayoría de los trabajadores de las empresas Mevosa, Gabilondo, Aranzábal, Engranajes y Bombas Ugo, Apellániz, Cablenor, Orbegozo Fittings (de Salvatierra), Areitio, Industrias Gálycas, Muebles Apellániz, Muebles Vitoria, Olazábal y Huarte, Lip Alliquant (de Llodio), Astoa, Echezarreta, Agrator, Talleres Velasco, Calderería Gama, Cremalleras del Norte, la sección primera de Telefónica y Seteco. <<

[52] Octava legislatura, acuerdo del pleno (08/11.08.00.0019), «Sobre los hechos ocurridos en Vitoria-Gasteiz el 3 de marzo de 1976», en *Boletín Oficial del Parlamento Vasco*, 164 zk., 4 de julio de 2008, pp. 28245-28254. Véanse también los enlaces: «Descripción de lo sucedido según la Asociación de Víctimas y Familiares de Víctimas del 3 de marzo» (en <http://www.martxoak3.org/es_ES/loshechos/>, consultada en julio de 2013) y «Masacre del 3 de marzo en Vitoria-Gasteiz (1976)», Biblioteca y Centro de Documentación del Artium, Vitoria (<catalogo.artium.org>, consultada también en julio de 2013). Incluyen transcripción de las conversaciones entre las patrullas actuantes en la carga contra los trabajadores recluidos en la iglesia, según las grabaciones que se conservan de la banda de radio de la Policía. Véase también vídeo *Matanza de Vitoria 3-03-1976. Huelga Greba*, en <http://www.youtube.com/ watch?v=8FMDqc3ZYEI>. <<

[53] Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., p. 337 (n. 50) y p. 338. <<

[54] Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, Washington, «Reaction to the Minister for Defense Affairs Remarks on the Armed Forces in Politics», 2 de marzo de 1976, memorando del embajador Wells Stabler, Embajada de Estados Unidos en madrid, a secretario de Estado, Dr. Henry Kissinger, Departamento de Estado, Washington. <<

[55] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotaciones de 9 y 10 de marzo de 1976, pp. 106-107. <<

[56] Ibídem, anotación del 11 de marzo. <<

[57] Ibíd., anotación del 18 de marzo de 1976, p. 113. <<

[58] Ibíd., anotación del 23 de marzo de 1976, p. 117. <<

[59] La Junta Democrática se había constituido en París en 1974 en torno al PCE y al sindicato CC.OO., integrada además por el Partido Socialista Popular (PSP), el Partido del Trabajo (PT), el Partido Carlista y algunas personalidades independientes. Santiago Carrillo hizo saber a Don Juan de Borbón que los comunistas estaban «dispuestos a sostener su regencia durante un período transitorio», *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1993, p. 580. En julio de 1975, el PSOE crea una Plataforma de Convergencia Democrática en la que se integran Izquierda Democrática (ID), Unió Democràtica de Catalunya (UDC), Partido Nacionalista Vasco (PNV), Unión Socialdemócrata Española (USE), Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), Movimiento Comunista de España (MCE), el sindicato Unión General de Trabajadores (UGT), y algunos otros grupos. <<

[60] Areilza, *Diario*…, ob. cit., pp. 119-120. <<

[61] Ibídem, anotación de 28 de marzo de 1976, p. 120. <<

[62] Ibíd., p. 122. <<

[63] García-Trevijano, de la Asociación Independiente, Solana del PSOE, Morodo del PSP, Camacho de CC.OO., Álvarez Dorronsoro del MCE y Nazario Aguado del PT. <<

[64] Relato de Adolfo Suárez a Eduardo Navarro, y de éste a la autora. Véase también Areilza, *Diario*…, ob. cit., p. 124. <<

[65] Relatado por Rafael Manzano Martos, arquitecto, que era entonces el mantenedor conservador de los Reales Alcázares, a la autora: conversación del 10 de junio de 2013. <<

[66] Areilza, *Diario*…, ob. cit., p. 125; Paul Preston, *Juan Carlos, el Rey de un pueblo*, Plaza & Janés, Barcelona, 2003, p. 381; Suárez en Toledo, Seminario Fundación Ortega y Gasset; TVE, «La Transición», capítulo 9, emitido el 17 de septiembre de 1995, entrevista a Manuel Fraga Iribarne; relatos de Rodolfo Martín Villa y de Alfonso Osorio a la autora. Esos dos cuadros de las cabezas cortadas se trasladaron años después al ayuntamiento de Sevilla, de donde procedían. <<

[67] Areilza, *Diario*…, ob. cit., p. 126. <<

[68] Ibídem, p. 132. <<

[69] Ibíd., pp. 134, 147-148. <<

[70] Ibíd., pp. 145-146, 149; Fernández-Miranda Lozana y FernándezMiranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., pp. 189-190, 195. <<

[71] Areilza, *Diario*…, ob. cit., p. 71.<<

[72] Ibídem, pp. 71, 72, 134, 138, 139, 142, 143, y anotación del 23 de junio de 1976. <<

[73] Manuel Gutiérrez Mellado, siendo jefe del Estado Mayor del Ejército, redactó el escrito circular *Informe 1/76: propósitos del mando*, que debía ser leído en reuniones de jefes, oficiales y suboficiales convocadas al efecto. Ahí, respecto a la UMD, afirmaba categórico que no era posible el reingreso de los oficiales expulsados y que no se tolerarían actividades políticas de los militares. Javier Fernández López, teniente coronel de Ingenieros y profesor de derecho constitucional, especialista en historia militar contemporánea, publicó el primer estudio completo sobre la UMD, *UMD: militares contra Franco*, Mira Editores, Zaragoza, 2002. Riguroso y exhaustivamente documentado, descarta que el general Gutiérrez Mellado tuviera relación alguna con la UMD, como le imputaban algunos compañeros de armas interesados en desprestigiarle dentro del Ejército. Para más información, véase Fidel Gómez Rosa, «Bibliografía básica de la Unión Militar Democrática», en <http://www.mili ciaydemocracia.org/?page_id=171>, consultada en julio de 2013. <<

[74] Areilza, *Diario*…, ob. cit., pp. 76-77. <<

[75] San Pablo, Epístola a los colosenses, 3:21. <<

[76] Gonzalo Fernández de la Mora, *Río arriba: memorias (evocación comprometida de tres cuartas partes del siglo XX español, vivencias y reflexiones que dan un testimonio directo y provocador)*, Planeta, Barcelona, 1995, p. 255. <<

[77] Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., p. 340, n. 56. <<

[78] *«But precious time has already been lost while the polarization of Spaniards grows more perilous»*; «Reversion in Spain», *The New York Times*, 21 de enero de 1976, p. 34; «Too Slow in Spain», en *The New York Times*, 11 de marzo de 1976, p. 36. <<

[79] Pedro Laín Entralgo tomó esa frase de Unamuno, en «Avisos breves a un joven ambicioso», en *Alférez*, 2, marzo de 1947, p. 8: «Unas palabras de Unamuno debieran estar siempre ante los ojos del joven. Decía: “Una de las cosas que a peor traer nos traen —en España, sobre todo— es la sobra de codicia, unida a la falta de ambición”». Véase Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 199. <<

[80] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 191. <<

[81] Ibídem, p. 192. <<

[82] Ibíd., p. 194. <<

[83] Ibíd., p. 195. <<

[84] Ibíd., p. 173. <<

[85] Ibíd., pp. 175-176. <<

[86] Ibíd., p. 176. <<

[87] Ibíd., p. 180. <<

[88] Ibíd., pp. 200-201. <<

[89] Torcuato Fernández-Miranda a la autora. <<

[90] En <http://www.elpais.com/articulo/sociedad/SUAREZ/_ADOLFO/ESPANA/TELEVISION_ESPANOLA_/RTVE/PRESIDENCIA_ DEL_GOBIERNO_1975-1977/Canciones/despues/crisis/elpepisoc/ 19760706elpepisoc_9/Tes>, consultada en julio de 2013. <<

[91] En el tardofranquismo y hasta los primeros años ochenta, proliferaron los grupos de violencia política, terrorismo de extrema derecha neofascista y terrorismo de Estado. Utilizaron diversos nombres, en ocasiones intercambiables, como Batallón Vasco Español (BVE), Alianza Apostólica Anticomunista (AAA o Triple A), Antiterrorismo ETA (ATE), Colectivo de Víctimas del Terrorismo del País Vasco (Covite), Acción Nacional Española (ANE), Grupos Armados Españoles (GAE), Guerrilleros de Cristo Rey; y en los años ochenta, los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL). <<

[92] Areilza, *Diario*…, ob. cit., p. 153. Fraga se refería al periodista Josep Maria Huertas Clavería, que en junio de 1975 publicó en *Tele/eXpres* un reportaje titulado «Vida erótica subterránea», donde afirmaba que «un buen número de *meublés* [casas de citas] barceloneses están regentados por viudas de militares, al parecer por la dificultad que hubo después de la guerra para obtener permisos de apertura…». La frase indignó al mando militar, y Huertas Clavería fue procesado por injurias al Ejército, juzgado en consejo de guerra sumarísimo y encarcelado durante ocho meses en la Modelo de Barcelona. Como reacción solidaria de protesta, se produjo una huelga de prensa que fue la primera en España desde el final de la guerra civil. <<

[93] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., pp. 135; véase también «Procedimiento de urgencia para la tramitación de proyectos de ley», en *Boletín Oficial de las Cortes Españolas*, 23 de abril de 1976. <<

[94] El procedimiento de urgencia y la comisión de competencia legislativa fueron dos atajos parlamentarios que Fernández-Miranda habilitó para evitar dictámenes y discusiones en las comisiones correspondientes, que habrían eternizado el proceso de reforma. Gobernando ya Adolfo Suárez, gracias a esos trámites abreviados se consiguió que en las Cortes franquistas fuesen deshuesadas una tras otra todas las Leyes Fundamentales: Fuero del Trabajo, Fuero de los Españoles, Ley Constitutiva de las Cortes, Ley de Sucesión, Ley de Referéndum, Ley Orgánica del Estado y Ley de Principios Fundamentales del Movimiento. Es decir, el esqueleto entero del viejo régimen. <<

[95] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 159. <<

[96] La expresión literal del texto de Arnaud de Borchgrave era *«Arias is an unmitigable disaster»*. <<

[97] Arnaud de Borchgrave, «Juan Carlos Looks Ahead», en *Newsweek*, 19-26 de abril de 1976; Josep Carles Clemente, *Historias de la Transición 1973-1981: el fin del apagón*, Fundamentos, Madrid, 1994, p. 56; José García Abad, *La soledad del Rey*, Planeta, Barcelona, 1981, pp. 52 y 53. <<

[98] *La Vanguardia Española*, 23 de abril de 1976, p. 5; Areilza, *Diario*…, ob. cit., p. 133; Ricardo de la Cierva, *La lucha por el poder: así cayó Arias Navarro*, Eudema, Madrid, 1996, p. 158. <<

[99] *Cambio 16*, 230, 3-9 de mayo de 1976, p. 3. <<

[100] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 156. <<

[101] Charles Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., p. 350, n. 70. <<

[102] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del 28 de abril de 1976; Ana Romero, *Historia*…, ob. cit., anotación del 28 de abril de 1976, pp. 87-88. <<

[103] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotaciones del 15 y 27 de abril de 1976; Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *Spain: Dictatorship to Democracy*, George Allen & Unwin, Londres, 1979, p. 215; Paul Preston, *Juan Carlos*…, ob. cit., p. 386. <<

[104] Areilza, *Diario*…, ob. cit., anotación del 28 de abril de 1976. <<

[105] Miquel Roca i Junyent, «Arias y la reforma», en *Cuadernos para el Diálogo*, 8 de mayo de 1976. <<

[106] Areilza, *Diario*…, anotación del 3 de mayo de 1976. <<

[107] Ibídem, anotación del 29 de abril de 1976; Ramón Pedrós, conferencia de prensa de Salvador de Madariaga, *ABC*, 28 de abril de 1976, pp. 48-49. <<

[108] Declaraciones del ministro Manuel Fraga Iribarne, publicadas en el suplemento *Europa*, 1-2 de mayo de 1976, y recogidas en *ABC*, 4 de mayo de 1976, pp. 31-32. <<

[109] Ibídem. <<

[110] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 175. <<

[111] Ibídem, pp. 181-182. <<

[112] *ABC*, p. 1: «El heredero de la Corona será Príncipe de Asturias»; *Pueblo*, p. 1: «En breve plazo, don Felipe de Borbón será Príncipe de Asturias»; *Ya*, p. 1: «El príncipe Felipe será Príncipe de Asturias»; *El Alcázar*, p. 4: «Don Juan Carlos aceptó que el infante Felipe lleve el título de Príncipe de Asturias»; *El País*, p. 1: «El rey acepta el título en Covadonga. El infante Felipe, Príncipe de Asturias»; *La Vanguardia*, p. 5: «El Rey aceptó la petición para que el infante don Felipe sea titulado Príncipe de Asturias»; todas las ediciones mencionadas corresponden al 19 de mayo de 1976. <<

[113] Por Real Decreto 54/1977 de 21 de enero, el Rey Juan Carlos dispuso que su hijo Don Felipe ostentase el título y la denominación de Príncipe de Asturias y todas las dignidades correspondientes al heredero de la Corona española, como son los principados de Asturias, Girona y Viana, el ducado de Montblanc, el condado de Cervera y el señorío de Balaguer. <<

[114] Pilar Urbano, *El precio*…, ob. cit., p. 356; José Luis de Vilallonga, *El Rey*…, ob. cit., p. 81; Luis María Anson, *Don Juan*, Plaza & Janés, Barcelona, 2003, pp. 61-62. Juan Carlos nunca usó oficialmente en España el título ni el distintivo de Príncipe de Asturias, que como heredero le correspondía, porque Franco se lo había prohibido: equivalía a reconocer la existencia de un rey vivo. <<

[115] Antonio Fontán, explicando a la autora algún pormenor de esa «maqueta del acto de renuncia», le indicó que en el archivo de Don Juan debe de conservarse ese texto con el proyecto. Véase Pedro Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra*, Planeta, Barcelona, 1981. <<

[116] Santiago Carrillo, *Memorias*, ob. cit. Para esa propuesta arbitral, se habían redactado unas declaraciones de Don Juan de Borbón que se publicarían en *Le Monde* el 28 de junio de 1974. Carrillo lo relata con pormenor e indica también que «en esa conversación con Don Juan en Estoril estaban Antonio García-Trevijano, Joaquín Díaz Aguilar, Gabriel Navarro y Rafael Calvo Serer. <<

[117] Victoria Prego, *Así se hizo la Transición*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996, pp. 443-444. <<

[118] El Tratado de Amistad y Cooperación entre Estados Unidos y España se firmó en Madrid, en el palacio de Viana, el 24 de enero de 1976, entre el secretario de Estado Henry Kissinger y el ministro de Asuntos Exteriores José María de Areilza. <<

[119] Juan Durán-Loriga, *Memorias diplomáticas*, Siddharth Mehta, Madrid, 1999. <<

[120] «Reciprocal dinner hostes by the King and Queen of Spain», en *Memorandum from William Nicholson to Richard Cheney*, 30 de abril de 1976, White House Central File Subject, Gerald R. Ford Library. Véase también Charles Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., p. 364, n. 98. <<

[121] El presidente Ford telefoneó a varios senadores del Comité de Relaciones Exteriores, entre ellos a los demócratas John Sparkman y Clifford Case, y al republicano Hugh Scott. «Recomended telephone call to Senators John Sparkman, Clifford Case and Hugh Scott», en *Memorandum from Brent Scowcroft to Max Friedersdorf*, 17 de mayo de 1976, Box 7, Presidential Hand Writing File, Gerald R. Ford Library. Véase también Powell, *El amigo americano*…, p. 362, n. 93. <<

[122] Aparte la acertada sugerencia de Stabler, Don Juan Carlos había encargado ya la redacción en inglés de su discurso, por consejo del presidente de la Cámara de Representantes, el congresista demócrata Carl Albert, que le había visitado en Madrid un mes antes, el 23 de abril. <<

[123] *Telegram from Madrid to Washington*, State Department, 25 de mayo de 1976. «King's Spain Request to Meet Privately with the Secretary», National Security Adviser, Presidential Country Files for Europe and Canada, Spain, Telegrams, Box 12, Gerald R. Ford Library. Véase también Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., p. 364, n. 83. <<

[124] *Memorandum for the President*, Executive Secretariat Briefing Books, 1958-76, E. 5037, Box 241, RG 59, NARA. <<

[125] «President Ford, Dr. Henry. Kissinger & Brent Scowcroft», en *Memorandum of Conversation*, 2 de junio de 1976, en <http://www.fordlibrarymuseum.gov/library/document/memcons/1553463.pdf>; véase Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., pp. 365-366. <<

[126] En aquellos momentos, el Gobierno Arias pretendía celebrar las elecciones generales en el otoño de 1976, según los cauces electorales franquistas de familia, municipio y sindicato. Pero no se celebraron hasta el 15 de junio de 1977, después de la reforma política. Fueron los primeros comicios generales con partidos políticos, y de ahí emergieron las Cortes constituyentes. <<

[127] *ABC*, 6 de junio de 1976, p. 17. Información de Pablo Sebastián desde Bruselas, en referencia a la nota oficial del Gobierno holandés, emitida en la noche del 4 de junio. <<

[128] «President Ford, Juan Carlos I, King of Spain, Dr. Henry A. Kissinger, José María de Areilza & Brent Scowcroft», en *Memorandum of Conversation*, 2 de junio de 1976, en <http://www.fordlibrarymuseum.gov/library/ document/memcons/1553461.pdf>. <<

[129] En diciembre de aquel mismo año, Kissinger le refirió ese comentario del presidente Ford a Manuel Prado y Colón de Carvajal, que había ido a visitarle como emisario oficioso del Rey. Fue en un contexto de análisis del Gobierno de Suárez y la reforma en ciernes. Por su parte, Kissinger no se retrajo al exponer su opinión sobre Areilza: «Pienso que el Rey quería desembarazarse de Arias, y lo hizo. Posiblemente no contaba con que le dimitieran a la vez Fraga y Areilza. Pero, la verdad, ¡menos mal que se cargó a ese ministro de Exteriores!» Véase «Meeting with Unofficial Spanish Representative of King Juan Carlos», *Memorandum of Conversation*, 2 de diciembre de 1976, DSR, Records of Henry Kissinger, 1973-1977, Box 19, RG 59, NARA. También, «Meeting with Helmut Schmidt», en *Memorandum of Conversation*, 15 de julio de 1976, p. 5, <http.// www.fordlibrarymuseum.gov/library/document/memcons/1553508.pdf>. <<

[130] Casa de Su Majestad el Rey, «Palabras de Su Majestad el Rey al Congreso de los Estados Unidos de América», Washington D.C., 2 de junio de 1976, en <http://www.casareal.es/ES/actividades/Paginas/actividades_discursos_ detalle.aspx?data=2817>. <<

[131] Véase Ana Romero, ob. cit. Entrada del día 2 de junio de 1976. <<

[132] Juan M. Hernández Puértolas, en *La Vanguardia*, 5 de junio de 1976. <<

[133] Areilza, *Diario*…, pp. 195-196. <<

[134] Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., p. 372. <<

[135] «Meeting with Unofficial Spanish Representative of King Juan Carlos», *Memorandum of Conversation*, 2 de diciembre de 1976, DSR, Records of Henry Kissinger 1973-1977, Box 19, RG 59, NARA. <<

[136] Areilza, *Diario*…, ob. cit., pp. 196-199; *ABC*, 6 de junio de 1976, pp. 5, 17 y 25. <<

[137] El número 235 de *Cambio 16*, con fecha del 7 al 13 de junio de 1976, fue el que Martín-Gamero, por orden de Arias Navarro, intentó secuestrar. <<

[138] *Telecon with Ms. Kay Graham/Secretary Kissinger at 7.50 p. m.*, 5 de junio de 1976, en <http://foia.state.gov/documents/kissinger/0000C03F.pdf>; *Telecon with Ms. Kay Graham/Secretary Kissinger at 8.52 p. m.*, 8 de junio de 1976, <http://foia.state.gov/documents/kissinger/0000C0CE.pdf>. <<

[139] Palabras de Su Majestad el Rey al Instituto Español y a la Cámara de Comercio Hispano-Norteamericana, Nueva York, 4 de junio de 1976, en <http://www.casareal.es/GL/actividades/Paginas/actividades_discursos_detalle. aspx?data=3572>. <<

[140] En pocos días se concedía a España un crédito de 2000 millones de dólares del Export-Import Bank (Eximbank), una línea de crédito blando del Fondo Monetario Internacional (FMI) por 340 millones de dólares, y otro crédito de mil millones de bancos privados, y se alcanzaban acuerdos diversos de industria y agricultura con el Banco Mundial. En septiembre, la United States Steel Corporation, que controlaba el 25 por ciento de Altos Hornos de Vizcaya, anunció que invertiría 225 millones de dólares en España. Henry Giniger, «Spain Is Seeking Credits to Spur its Lagging Economy» [«España busca créditos para relanzar su retraso económico»], en *The New York Times*, 17 de junio de 1976; «Spain Negotiating Big US Bank Loan» [«España negocia el crédito de la gran banca americana»], en *The Times*, 23 de junio de 1976; «US Steel Plans Outlay in Spain of $225 Million», [«US Steel planea una inversión de 225 millones de dólares en España»], en *The New York Times*, 24 de septiembre de 1976; «Entrevista de Villar Mir con el presidente Ford», en *ABC*, 18 de junio de 1976, p. 17; «Los créditos concedidos a España», «Villar Mir regresó de Estados Unidos», en *ABC*, 20 de junio de 1976, p. 25. <<

[141] Rodolfo Martín Villa a la autora, conversación del 29 noviembre de 2012. <<

[142] Ibídem. <<

[143] Urbano, *El precio*…, ob. cit., pp. 43, 81-82. <<

[144] Antonio Machado, del poema «El Dios ibero», perteneciente a *Campos de Castilla*. <<

[145] Fragmentos del discurso pronunciado por el ministro Adolfo Suárez en las Cortes el 9 de junio de 1976, presentando la Ley del Derecho de Asociación Política, *Diario de Sesiones*, 8 y 9 de junio de 1976. <<

[146] Pilar Urbano, «La razón no arma ruido», en Hilo Directo, *ABC*, 10 de junio de 1976, p. 15. Manuel Díez-Alegría a la autora. <<

[147] Ibídem, Nicolás Franco Pasqual del Pobil, a la autora. <<

[148] Ibíd., Rafael Díaz Llanos, a la autora. <<

[149] Ibíd., p. 15; Pilar Urbano, «Posturas enfrentadas, posturas crispadas», en Hilo Directo, *ABC*, 9 de junio de 1976, pp. 11 y 12. <<

[150] Ibíd., ambas referencias. Jesús Fueyo Álvarez, a la autora. <<

[151] Adolfo Suárez a la autora, en diversas ocasiones. <<

[152] El conde de Mayalde hizo esa reflexión en público por vez primera en los informes sobre juventud y subversión presentados al Consejo Nacional del Movimiento en marzo de 1972. Después, se sirvió de ella en diversas ocasiones, al hilo de los hechos de actualidad. Véase Archivo General de la Administración (AGA), Presidencia, *Libro de sesiones del Consejo Nacional del Movimiento*, libro 944; Pere Ysàs, «El Consejo Nacional del Movimiento en el franquismo tardío», en Miguel A. Ruiz Carnicer (ed)., *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Fernando el Católico, CSIC, Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 2013, p. 375. <<

[153] Pilar Urbano, «Por qué se retiró la reforma del Código Penal», en *ABC*, 11 de junio de 1976, la autora «carea» a un ponente, Carlos Iglesias Selgas, y a un enmendante, Rafael Díaz Llanos. <<

[154] Relato de Eduardo Navarro a la autora. Véase también Josep Melià, en conversación con José Martí Gómez, «Suárez, un pragmático vocacional», en *La Vanguardia Magazine*, 24 de noviembre 1996, p. 36. <<

[155] Relato de Eduardo Navarro Álvarez a la autora. En los archivos personales de Jorge Trias Sagnier y de Eduardo Navarro Álvarez, propiedad ahora de su sobrino Julio Álvarez, se conservan numerosos escritos de Eduardo Navarro, mecanografiados unos, manuscritos otros. Hay una colección titulada «Mis testimonios sobre Adolfo Suárez». En casi todas las conversaciones de E. Navarro con la autora, el apoyo y punto de partida de su relato eran precisamente esos papeles. <<

[156] Véase Ana Romero, ob. cit. Entrada del día 13 de junio de 1976. <<

[157] El 25 de junio, aprovechando un almuerzo de trabajo con los ministros Solís y Martín Villa, Areilza les expuso «un programa íntegro y detallado de *su* gobierno; estaba persuadido de que, en cuanto cayese Arias, el nuevo presidente sería él». Relatado por Martín Villa a la autora, el 29 de noviembre de 2012. <<

[158] Romero, *Historia*…, ob. cit., p. 90. Pedro Sainz-Rodríguez, ex ministro de Franco, exiliado muchos años en Portugal, fue miembro del consejo privado de Don Juan y uno de los «rabadanes» que más influyó en el Conde de Barcelona. <<

[159] Pilar Urbano, «Los totalitarismos en el potro», en Hilo Directo, *ABC*, 24 de junio de 1976, pp. 7 y 9. <<

[160] Romero, *Historia*…, ob. cit., anotación del 22 de junio de 1976. <<

[161] Areilza, *Diario*…, p. 209. <<

[162] Testimonio de Adolfo Suárez en el seminario *Transición Política Española* organizado por la Fundación José Ortega en Toledo, 3 de mayo de 1984. Por otra parte, el Rey le comentó al embajador de Estados Unidos en Madrid Wells Stabler que lo que exasperó al teniente general De Santiago fue la inminente reforma del Código Penal, cuyo debate en las Cortes estaba programado para el 6 de julio. La dimisión de Arias y la formación del nuevo Gobierno de Suárez alteraron esas previsiones y todo el diseño de la reforma. Véase Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., p. 378. <<

[163] Sobre la conferencia de Salvador de Madariaga en Barcelona, «Puntualización de Trias Fargas», en *ABC*, 25 de junio de 1976, p. 5. <<

[164] *Le Monde*, 24 de junio de 1976; «Se establecieron contactos entre ciertos miembros del Gobierno español y representantes del Partido Comunista», en *ABC*, 25 de junio de 1976, p. 9. <<

[165] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 203; Manuel Soriano, *Sabino Fernández Campo: la sombra del Rey*, Temas de Hoy, Barcelona, 2008, pp. 59-60. <<

[166] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., pp. 23 y 183. <<

[167] El Rey Juan Carlos a José Luis de Vilallonga, *El Rey*…, ob. cit., pp. 97-98. <<

[168] Relatos coincidentes de Alfonso Osorio y de Adolfo Suárez a la autora. <<

[169] Claudio Sánchez-Albornoz se refería a Justino de Azcárate Flórez, profesor de derecho político, que junto a José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y otros intelectuales se integró en la Agrupación al Servicio de la República para implantar ésta en España. Azcárate, elegido diputado por León en 1931, fue subsecretario de Justicia en el Gobierno de Manuel Azaña. En 1977, y como senador por designación real, intervino en la elaboración de la Constitución de 1978. <<

[170] «Suspendida la cena homenaje a Sánchez Albornoz», en *La Vanguardia Española*, 19 de mayo de 1976, p. 11, y 20 de mayo de 1976, p. 9; «Suspendida la cena homenaje a Sánchez Albornoz», en *ABC*, 19 de mayo de 1976, pp. 3 y 9. Nota de la Dirección General de Seguridad relativa a la supresión del homenaje, en *ABC*, 20 de mayo de 1976, p. 8. <<

[171] «Mi entrevista con el Rey es secreta y no diré nada sobre ella», en *La Vanguardia Española*, 3 de julio de 1976; *ABC*, edición de Andalucía, 3 de julio de 1976, p. 9; Claudio Sánchez-Albornoz, *Confidencias*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979, pp. 15-16. Véase también Aránzazu Sarría Buil, «En torno a la construcción y recuperación del exilio retornado a través de la figura de Claudio Sánchez-Albornoz», en *Ruedo Ibérico*, 3 de diciembre de 2012, <http://www.ruedoiberico.org/blog/2012/12/en-torno-a-la-construccion-y-recupera cion-del-exilio-retornado-a-traves-de-la-figura-de-claudio-sanchez-albornoz>. <<

[172] *El crepúsculo de las ideologías*, Salvat, Barcelona, 1971. <<

[173] Notas de Adolfo Suárez tomadas por Eduardo Navarro, y relato de éste a la autora. <<

[174] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 182. <<

[175] Areilza, *Diario*…, ob. cit. p. 214. <<

[176] Entrevista de Pedro J. Ramírez a Carlos Arias Navarro de 1977, reproducida por Ricardo de la Cierva, *La historia se confiesa*, Planeta, Barcelona, 1977, t. 9, pp. 229-230. <<

[177] Areilza, *Diario*…, ob. cit., pp. 216-217. <<

[178] Notas de Adolfo Suárez tomadas por Eduardo Navarro, y relato de éste a la autora. <<

[179] Rodolfo Martín Villa, a la autora. <<

[180] Areilza, *Diario*…, ob. cit., pp. 216-217. <<

[181] En esos mismos términos y agregando con una amplia sonrisa que «esta dimisión es para el bien de España», se había pronunciado Manuel Fraga apenas dos horas antes en su despacho de vicepresidente del Gobierno. Estaba siendo entrevistado por la autora, cuando el télex lanzó la noticia de la dimisión de Arias. A la vez, empezaron a llamar a Fraga por teléfono el director general de Seguridad, los gobernadores de Madrid, de Barcelona y de Bilbao, pidiendo instrucciones. Fraga, exultante, les transmitía «seguridad y serenidad». Parecía persuadido de que su turno presidencial había llegado. Véase Pilar Urbano, «Entrevista con Fraga al filo de la crisis», en *ABC*, 2 de julio de 1976, pp. 41-48. <<

[182] Rodolfo Martín Villa a la autora. <<

Notas capítulo 2

[1] Los quince miembros del Consejo del Reino que entre el 1 y el 3 de julio de 1976 emitieron el plácet a la dimisión del presidente Arias Navarro y elaboraron la terna para la elección del nuevo jefe de Gobierno eran los siguientes: el arzobispo Pedro Cantero Cuadrado, prelado de mayor jerarquía y antigüedad entre los que eran procuradores en Cortes; Ángel Salas Larrazábal, teniente general en activo y de mayor antigüedad de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire; Carlos Fernández Vallespín, teniente general, jefe del Alto Estado Mayor; Valentín Silva Melero, presidente del Tribunal Supremo de Justicia; Antonio María de Oriol y Urquijo, presidente del Consejo de Estado; y Manuel LoraTamayo, presidente del Instituto de España; José Antonio Girón de Velasco y Miguel Primo de Rivera y Urquijo, por los consejeros nacionales; Manuel Hernández Sánchez y Luis Álvarez Molina, por la Organización Sindical; Juan María Araluce Villar, por la Administración Local; Joaquín Viola Sauret y Enrique de la Mata Gorostizaga, por la representación familiar; Ángel González Álvarez, por los rectores de universidad, e Íñigo de Oriol e Ybarra, por los colegios profesionales. Los seis primeros eran «miembros natos» en razón de sus cargos; el resto eran elegidos por cooptación para representar a los distintos grupos de procuradores. Debían haber sido dieciséis consejeros, pero la baja de Miguel Ángel García-Lomas al cesar como alcalde de Madrid no había sido cubierta todavía. <<

[2] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 205. <<

[3] Ibídem. <<

[4] Explicación de Miguel Primo de Rivera, véase Victoria Prego, *Así se hizo*…, ob. cit., p. 492. <<

[5] Joaquín Bardavío, *El dilema: un pequeño caudillo o un gran rey*, Strips, Madrid, 1978, p. 151. <<

[6] La lista manuscrita, que se conserva en el archivo de Torcuato Fernández-Miranda, consta de estos nombres: Antonio María de Oriol, Gonzalo Fernández de la Mora, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, José García Hernández, José Solís Ruiz, Laureano López Rodó, Federico Silva Muñoz, Manuel Fraga, José María de Areilza, Gregorio López Bravo, Adolfo Suárez, Licinio de la Fuente, Rafael Cabello de Alba, Alfonso Osorio, Jesús Romeo Gorría, Fernando María Castiella, José María Azcárate, Virgilio Oñate, Alfonso Álvarez Miranda, Fernando de Santiago, José Antonio Galera Paniagua, Emilio Lamo de Espinosa, Carlos Pérez de Bricio, Leopoldo Calvo-Sotelo, Joaquín RuizGiménez, Juan Sánchez Cortés, Raimundo Fernández-Cuesta, Alejandro Fernández Sordo, Fernando Suárez González, Antonio Barrera de Irimo, Cruz Martínez Esteruelas y Alberto Monreal Luque. Véase Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 209. <<

[7] Gregorio Morán, *Adolfo Suárez: historia de una ambición*, Planeta, Barcelona, 1979, p. 58; explicación de Miguel Primo de Rivera, en Prego, *Así se hizo*…, ob. cit., p. 492. <<

[8] Fernández-Miranda Lozana y Fernández-Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., p. 209. Testimonio de Juan Sierra y Gil de la Cuesta a Pilar Fernández-Miranda Lozana. <<

[9] Rodolfo Martín Villa a la autora, conversación del 29 de noviembre de 2012. <<

[10] Explicación de Miguel Primo de Rivera, en Prego, *Así se hizo*…, ob. cit., pp. 492-493; José García Abad, *Adolfo Suárez: una tragedia griega*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, p. 80. <<

[11] Crónica de Pilar Urbano, que aguardaba en aquel momento con el pequeño grupo de periodistas junto a la puerta de la sala del Consejo del Reino, «Consejo del Reino: en 7 horas, un Presidente», en Hilo Directo, *ABC*, 4 de julio de 1976. <<

[12] Relato de Marcelino Oreja a la autora. <<

[13] García Abad, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., p. 80. <<

[14] Soriano, *Sabino*…, ob. cit., p. 60. <<

[15] Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, *The Succession: A Pragmatic View from the Regime Center*, 29 de octubre de 1975; y telegrama de Madrid al Departamento de Estado, *The Transition: Further Views of UDPE*, 13 de noviembre de 1975. Véase Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., pp. 289-290. <<

[16] Relatos a la autora de Adolfo Suárez González, de Adolfo Suárez Illana y de Eduardo Navarro Álvarez. Véase también Victoria Prego, *Presidentes: veinticinco años de historia narrada por los cuatro jefes de Gobierno de la democracia*, Plaza & Janés, Barcelona, 2000, p. 24; Charles Powell y Pere Bonnín, *Adolfo Suárez*, Ediciones B, Barcelona, 2004, p. 90; García Abad, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., pp. 91-92; Abel Hernández, *Suárez y el Rey*, Espasa, Madrid, 2011, pp. 79-82; Adolfo Suárez González, entrevista en RTVE, 20 de noviembre 1995. <<

[17] Gregorio Morán, *Adolfo Suárez: ambición y destino*, Debate, Barcelona, 2009, pp. 259 y ss. <<

[18] Relatos a la autora de Adolfo Suárez Illana y de Eduardo Navarro Álvarez, recibidos a su vez de Adolfo Suárez González. <<

[19] Relato de Adolfo Suárez González a la autora. Refiriéndose muy probablemente al mismo encargo del príncipe Juan Carlos o a otro estudio similar, pero coincidente en fechas, Eduardo Navarro relató tiempo después a la autora: «Entre abril y mayo de 1975, Adolfo Suárez —vicesecretario general del Movimiento, con Herrero Tejedor como ministro— fue al Consejo Nacional. Llevaba en la mano un dosier con unos textos escritos por él, y se lo dejó olvidado encima de una mesa. Era un informe sobre medidas de cambio político que convenía adoptar. Lo vio otro consejero, Fernando Cañellas. Me buscó para dármelo y me comentó muy asombrado, porque aún vivía Franco: "Eduardo, fíjate, Adolfo se ha dejado aquí este documento. Le he echado una ojeada por encima, y he visto cuatro o cinco epígrafes que son medidas de cambio político: ensanchar las bases de las asociaciones, abrir cauces amplios para el contraste de pareceres y la participación ciudadana en los asuntos públicos… O sea, que aquí se está preparando algo, aquí va a ocurrir algo"».<<

[20] Fernández de la Mora, *Río arriba*…, ob. cit., p. 260. <<

[21] Relato de Eduardo Navarro a la autora. Véase Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 65. <<

[22] Relato de Eduardo Navarro a la autora. <<

[23] Entre ellos, Ricardo de la Cierva, Ignacio Camuñas, Pío Cabanillas, Francisco Fernández Ordóñez y Antonio Garrigues Walker. Véase Ricardo Zugasti Azagra, «La prensa española ante la designación de Adolfo Suárez como presidente del Gobierno en julio de 1976», en *Doxa Comunicación*, n.º 5, pp. 59-76, accesible en red. Y del mismo autor, *Monarquía, prensa y democracia en la Transición española: una relación de complicidad (1975-1978)*, tesis doctoral, Universidad de Navarra, 2004. <<

[24] Relato de Jaime Carvajal y Urquijo a la autora el 15 de octubre de 2012. <<

[25] Notas de Luis Solana, del 14 de julio de 1976, citadas por Javier Tusell, *Juan Carlos I: la restauración de la Monarquía*, Temas de Hoy, Madrid, 1995, p. 558. <<

[26] Federico Silva Muñoz, *La Transición inacabada*, Planeta, Barcelona, 1980; García Abad, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., pp. 81-82. <<

[27] Pilar Urbano, «El presidente, al fin, tiene Gobierno», en Hilo Directo, *ABC*, 8 de julio de 1976. <<

[28] Relato de Rafael Pérez Escolar a la autora. Véase también Rafael Pérez Escolar, *Memorias*, Foca, Madrid, 2005, pp. 204-205. <<

[29] Relatos de Eduardo Navarro y de Alfonso Osorio a la autora. <<

[30] Pilar Urbano, «Jornada de alto voltaje», en *ABC*, 6 de julio de 1976, y «El presidente en busca de sus hombres», en *ABC*, 7 de julio de 1976. <<

[31] Juan Francisco Fuentes, *Adolfo Suárez*, Planeta, Barcelona, 2011, p. 152. <<

[32] Relato de Landelino Lavilla Alsina a la autora del 23 de noviembre de 2012, en el Consejo de Estado. <<

[33] Fernando Puell, *Gutiérrez Mellado, un militar del siglo XX (1912-1995)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, p. 179. <<

[34] Relato de Marcelino Oreja Aguirre a la autora. <<

[35] En el estadillo curricular del primer Gobierno de Suárez se contaban nueve licenciados o doctores en derecho, entre los cuales había tres abogados del Estado, un letrado del Consejo de Estado y censor del Tribunal de Cuentas; un catedrático de mercantil y un registrador de la propiedad. Dos licenciados en políticas y empresariales; un economista e inspector de finanzas del Estado; cuatro ingenieros: uno industrial, otro de caminos, canales y puertos, un tercero químico, y un agrónomo; un diplomático; un catedrático de ciencias químicas; tres tenientes generales y un almirante, diplomados los cuatro en Estado Mayor. Ocho de los diecinueve ministros habían ejercido como altos directivos en el mundo de la gran empresa privada o pública: Renfe, Esso, Petróleos, Papeleras, Campsa, Acerinox, Aeronáutica Industrial, Uninsa, Editorial Católica, La Unión y el Fénix, Unesid, Explosivos Río Tinto, Lácteas, o de instituciones internacionales como Cruz Roja o la Organización Mundial de la Salud. Seis provenían del ámbito financiero: Banesto, Banco Urquijo, Banco de España, Banco de Crédito Industrial, Confederación de Cajas de Ahorro y Banco Exterior de España. Tres habían cursado estudios superiores en Estados Unidos y otros cuatro en Alemania, Bélgica, Inglaterra y Holanda. Véase Pilar Urbano, «El Gobierno, al microscopio», en *ABC*, 11 de julio de 1976. <<

[36] Primer Gobierno presidido por Adolfo Suárez González: Fernando de Santiago y Díaz de Mendívil, vicepresidente primero de Asuntos de la Defensa; Alfonso Osorio García, vicepresidente segundo y Presidencia; Landelino Lavilla Alsina, Justicia; Marcelino Oreja Aguirre, Asuntos Exteriores; Eduardo Carriles Galarraga, Hacienda; Rodolfo Martín Villa, Gobernación; Félix Álvarez-Arenas, Ejército; Gabriel Pita da Veiga y Sanz, Marina; Carlos Franco Iribarnegaray, Aire; Fernando Abril Martorell, Agricultura; Carlos Pérez de Bricio Olariaga, Industria; José Lladó Fernández-Urrutia, Comercio; Aurelio Menéndez Menéndez, Educación y Ciencia; Álvaro Rengifo Calderón, Trabajo; Leopoldo Calvo-Sotelo Bustelo, Obras Públicas; Francisco Lozano Vicente, Vivienda; Enrique de la Mata Gorostizaga, Relaciones Sindicales; Andrés Reguera Guajardo, Información y Turismo; Ignacio García López, Secretaría General del Movimiento. <<

[37] Relato de Marcelino Oreja a la autora. <<

[38] Relato de Adolfo Suárez a Eduardo Navarro, y de éste a la autora. <<

[39] Abel Hernández lo recoge de Manuel Ortiz y de Adolfo Suárez, en Adolfo Suárez y Abel Hernández, *Fue posible la concordia*, Espasa, Madrid, 1996. <<

[40] Relato de Marcelino Oreja a la autora. Véase también Marcelino Oreja, *Memoria y esperanza: relatos de una vida*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011, pp. 365-368. Este viaje de trabajo a Francia se produjo los días 26 y 27 de noviembre de 1979. <<

[41] Wells Stabler fue sustituido por Terence Todman el 6 de mayo de 1978; Jean-François Deniau, por Emmanuel Jacquin Margerie el 22 de noviembre de 1977. Véase también información de Alberto Aza, asesor entonces de Suárez, que Abel Hernández reproduce en *Suárez*…, ob. cit., p. 127. <<

[42] Relato de Landelino Lavilla Alsina a la autora el 23 de noviembre de 2012, en el Consejo de Estado. <<

[43] Realmente, el Gobierno de Suárez en su declaración programática del 17 de julio de 1976 ya indicaba su intención de unificar las jurisdicciones, lo cual se plasmaría al año siguiente en el texto de la Carta Magna: el apartado 5 del artículo 117 de la Constitución española de 1978 proclamaría el principio de unidad jurisdiccional, declarando que «la ley regulará el ejercicio de la jurisdicción militar en el ámbito estrictamente castrense y en los supuestos de estado de sitio, de acuerdo con los principios de la Constitución». <<

[44] Osorio, *Trayectoria política*…, ob. cit., pp. 162-164. <<

[45] Ibídem. <<

[46] El PSOE histórico, presidido por Alfonso Fernández, tenía como figuras representativas a Manuel Murillo, Sócrates Gómez, Manuel Turrión, Juan Zarrias y José Prat. <<

[47] Relato de Rodolfo Martín Villa a la autora, en noviembre de 2012 y enero de 2013. <<

[48] Por real decreto ley del 8 de febrero de 1977 se modificó la Ley de Asociaciones del 14 de junio de 1976, convirtiéndola en Ley sobre el Derecho de Asociación Política. <<

[49] Relato de Pablo Castellano a la autora, en conversaciones del 10 de julio y el 26 de septiembre de 2007. <<

[50] El Servicio Central de Documentación (Seced) fue el servicio de inteligencia español de finales del franquismo y principios de la Transición (1972-1977). <<

[51] Manuel Campo Vidal, *Adolfo Suárez: el presidente inesperado de la Transición*, RBA, Barcelona, 2012, pp. 65-66. <<

[52] Fernando Abril Martorell a la autora, en conversaciones de 1984 y 1985. Sobre los créditos del SPD al sindicato socialista español UGT, Fermín Zelada, que estaba al frente del Banco Exterior de España en aquel tiempo, confirmó a la autora el asunto con datos y documentos, mostrándole incluso una orden firmada por el ministro de Hacienda de la Unión de Centro Democrático (UCD), Francisco Fernández Ordóñez, para que dicho banco autorizase y avalase una cuantiosa partida de créditos concedidos por el SPD a la UGT en marcos alemanes. <<

[53] Charles Powell, «La dimensión exterior de la Transición política española», en *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, n.º 18, 1994, pp. 79-116. <<

[54] El embajador alemán Georg von Lilienfeld, amigo del Rey y presente en ambas audiencias, le relató después algunos pormenores a su colega americano Wells Stabler, y éste envió su puntual informe al Departamento de Estado en Washington. Véase telegrama de Madrid al Departamento de Estado, *Brandt's Attendance at Socialist Congress*, 8 de diciembre de 1976. <<

[55] Lagunero contradice a Carrillo en sus *Memorias: la extraordinaria vida de un hombre extraordinario*, Umbriel, Barcelona, 2009: «Santiago Carrillo sostiene que Nicolás Franco no se presentó como enviado del Príncipe. Sin embargo, yo recuerdo con nitidez que dijo que venía en nombre suyo. Posteriormente, Victoria Prego ha dicho que así se lo contamos a ella los cuatro que estuvimos en la reunión». <<

[56] Relato de Santiago Carrillo a la autora en marzo de 2006; entrevista de Santiago Carrillo con David Jorge Penado el 30 de enero de 2010. <<

[57] Entrevista a Nicolás Franco Pasqual del Pobil, «Franco pensaba que tenía que cumplir una misión y se sentía militar más que político», en *El Mundo*, 27 de agosto de 2006, pp. 10-11. <<

[58] Vilallonga, *El Rey*, ob. cit., pp. 106-108. <<

[59] Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit., p. 318. <<

[60] Carrillo, *Memorias*, ob. cit., pp. 686-688. <<

[61] A través del embajador francés Jean-François Deniau, se solicitó el plácet «con carácter urgente» para el diplomático Francisco Javier Elorza y Echániz, marqués de Nerva, que estaba en Bruselas y fue destinado a París como nuevo embajador de España. Su cese en Bruselas y el nombramiento en París se hicieron con sendos reales decretos del 10 de agosto de 1976. <<

[62] En julio de 1977, Adolfo Suárez y Gutiérrez Mellado reconvirtieron los servicios de inteligencia militar de Carrero, el Seced, en el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID), y el teniente coronel Andrés Cassinello sustituyó a Juan Valverde, que venía siendo jefe de los servicios operativos desde los tiempos de Carlos Arias. El CESID incorporó todo el aparato y personal del Seced. <<

[63] Por la gentileza y la confianza inestimables de Ana María Montes, viuda de José Mario Armero, y de su hijo Mario, la autora accedió al archivo documental de Armero relativo a toda la secuencia del antes, durante y después de la legalización del PCE, incluyendo algunos contactos previos, cuando Juan Carlos todavía no era Rey. Hay documentos mecanografiados, multitud de apuntes a mano en hojas de bloc o en trozos de papel; recados de Adolfo Suárez o de Santiago Carrillo, tomados por teléfono al pie de la letra. Y están los prodigiosos diarios manuscritos de Ana María, que recogen al dictado de José Mario, su marido, día a día, y a veces hora a hora, los sucesos y conversaciones entre agosto de 1976 y junio de 1977. Una valiosa pieza inédita de nuestra historia: la historia de unos hechos convulsivos que fueron gran noticia, pero vividos en la penumbra de la sala de calderas donde unas pocas personas podían hacer que todo naufragara o todo saliera a flote. <<

[64] Fernando Bermejo y Javier Lorenzo, *Historia de la democracia: veinte años de nuestra vida*, El Mundo, Madrid, 1995, p. 208. <<

[65] Landelino Lavilla a la autora, conversación en su despacho del Consejo de Estado del 23 de noviembre de 2012. <<

[66] Son coincidentes los comentarios que, sobre esta cuestión de los senadores de designación regia, recibió la autora de diversas personas, juzgando el tema desde sus distintas perspectivas: Antonio Fontán, presidente del Senado en la legislatura constituyente; Landelino Lavilla, ministro de Justicia y ponente de la Ley para la Reforma Política, que estableció ese cupo de senadores reales; o senadores de este cupo como Torcuato Fernández-Miranda, el teniente general Manuel Díez-Alegría, el catedrático Carlos Ollero, el escritor Camilo José Cela, el político Miguel Primo de Rivera o el banquero Jaime Carvajal y Urquijo, quien a su vez sugirió nombres al monarca, como Justino Azcárate, un republicano del exilio, con esa idea de aportar pluralismo ideológico en la fábrica de la Constitución. De otra parte, el escaño de senador constituyente no era una prebenda vitalicia: se agotaba con aquella breve legislatura de apenas diecisiete meses. El listado de los senadores reales habla por sí mismo de la variedad e independencia de criterio que se pretendía convocar. Como botón de muestra expresivo, el 8 de junio de 1977, una semana antes de las elecciones a Cortes constituyentes, el Rey, a través de Suárez, pidió a Santiago Carrillo una terna, para designar de entre ellos a un senador real: «Pero que, además de ser militantes o afectos al PCE —dijo el Rey—, tengan un significado social o un valor intelectual por sí mismos». Los nombres propuestos fueron el actor Juan Diego, el jesuita Padre Llanos y el dramaturgo Antonio Buero Vallejo, que resultó elegido. <<

[67] Vilallonga, *El Rey*, ob. cit., pp. 123-125. <<

[68] Relato de Eduardo Navarro a la autora; referencia a esa evasiva de De Santiago y Díaz de Mendívil al presidente Suárez, en Francisco Medina, *Memoria oculta del Ejército*: *los militares se confiesan (1970-2004)*, Espasa, Madrid, 2004, pp. 270-271. <<

[69] Relatado por Adolfo Suárez durante una comida homenaje en el palacio de Fuensalida, Toledo, que José Bono transcribe con detalle en *Les voy a contar: diarios I*, Planeta, Barcelona, 2012, pp. 361 y ss. <<

[70] Relato a la autora del general Fernando López de Castro. López de Castro era comandante y jefe de seguridad de Adolfo Suárez como presidente del Gobierno. Madrid, febrero de 2005; Adolfo Suárez González, intervención oral en la Fundación Ortega y Gasset, Seminario en Toledo, 13 de mayo de 1984; Bono, *Les voy*…, ob. cit., p. 363. <<

[71] Existe un texto de Adolfo Suárez explicando en primera persona el desarrollo de la reunión del 8 de septiembre de 1976 con la cúpula del mando militar. Fue dirigido al palacio de La Zarzuela, para que José Luis de Vilallonga, autor del libro *El Rey*, ob. cit., rectificara su afirmación de que «por la deliberada ambigüedad de Suárez, muchos de aquellos tenientes generales se sintieron engañados y traicionados». También envió otro escrito, explicando y aclarando su intervención en la *Operación Tarradellas*. El libro de Vilallonga, al ser traducido de la edición francesa a la versión española, fue enmendado, «afeitado» y recortado en ese y en otros muchos puntos, al menos en cuarenta y cinco, por lo que resultó innecesario incluir el texto de Suárez, que no vio la luz. La autora tuvo acceso a él y, por su valor histórico y su carácter inédito, lo reproduce aquí en su integridad.

El primer Gobierno que presidí en julio de 1976 —el segundo de la >Monarquía— tenía un[os] objetivo[s] muy claro[s] que S. M. el Rey conocía y compartía: devolver la soberanía al pueblo español, instaurar los derechos y libertades ciudadanas y construir una democracia pluralista en la que los españoles pudieran convivir en paz y expresarse en libertad. Con ello se conseguiría la reconciliación de todos los españoles, divididos aún por las secuelas de la guerra civil, y el Rey —que había accedido al trono por decisión del general Franco y en virtud de las Leyes Fundamentales por él promulgadas— se convertiría en Rey de todos.

Las dificultades para lograr estos objetivos eran muy grandes. Buena parte de la clase política del régimen anterior que ocupaba las instituciones entonces vigentes se oponía a ello. La Ley para la Reforma Política en que jurídicamente se concretaba la operación tenía, además, que ser aprobada por esas instituciones y cumplir los requisitos y procedimientos que las Leyes Fundamentales —que el Rey y yo habíamos jurado— preveían para su modificación y reforma. Era menester, por tanto, llegar a la democracia respetando esas leyes y conseguir la aprobación de unas instituciones que iban a desaparecer si aprobaban lo que se les proponía. La cuestión parecía a muchos históricamente imposible.

Siempre he creído en la fuerza de la razón, en la virtud del diálogo y en el sentido común de la mayoría. Para llevar a cabo la reforma sobraban razones y urgencias, y éstas estaban al alcance de todos. Era menester hacer algo que en España parece siempre muy difícil: dialogar, convencer y hacerse entender. En definitiva, hablar con todos los sectores de la sociedad española y convencerlos de la necesidad y urgencia de la reforma política.

El Rey, como he dicho, conocía y compartía este propósito. La responsabilidad de llevarlo a cabo era algo que a mí —y a mi Gobierno— solo competía. Así lo asumí.

Algunos sectores del régimen anterior no deseaban la reforma y propendían al inmovilismo. Otros —que entonces figuraban en la oposición política y sindical— sólo parecían desear la ruptura y pretendían hacer tabla rasa de todo lo existente. El pueblo español era el que no se merecía ni la ruptura de su convivencia ni su condena a la inmovilidad perpetua. No estaba, además, dispuesto a someterse a esos dictados porque constituía una sociedad moderna, emprendedora y libre que se había hecho a sí misma bajo el régimen autoritario y quería ser

dueño de su destino.
A quienes primero había que convencer y sosegar era a los altos dirigentes de los ejércitos que —en el régimen anterior— constituían la columna vertebral del sistema y los garantes de los Principios Fundamentales que había que reformar. Sin lograr al menos su neutralidad era imposible iniciar la reforma.
Por eso convoqué una reunión de los altos mandos militares para el 8 de septiembre de 1976 en mi despacho de Castellana 3. A ella asistieron el vicepresidente primero del Gobierno, teniente general De Santiago —que me había aconsejado aplazar la reunión— los tres ministros militares, los jefes de los estados mayores, los capitanes generales de las regiones militares, el presidente del Tribunal Supremo de Justicia Militar, el director general de la Guardia Civil y el director del Ceseden. El Rey conocía la convocatoria, mi propósito de explicarles la reforma política y la necesidad de legalizar todos los partidos políticos y las centrales sindicales, como requisito fundamental para construir la democracia. La responsabilidad de la reunión era, desde luego, sólo mía.
Más allá de las palabras del ex ministro del Ejército y capitán general de Cataluña, Francisco Coloma Gallegos que inició la reunión expresando sus «dudas sobre el rumbo que parece pretender darse a la política de nuestra patria», la preocupación que latía en los altos mandos militares se centraba en que el propósito reformador del Gobierno pudiera dar al traste con la convivencia española y abriera el portillo a lo que ellos consideraban como «enemigos sempiternos» de España, entre los que se encontraba, en primer lugar, el Partido Comunista.
Ante esos temores aseguré que la reforma era el único camino para conseguir la democracia sin romper la convivencia y que nunca sería reconocido un partido en cuyos estatutos se propusieran como objetivos la subversión del orden constituido, la revolución marxista y la dependencia política de España de una potencia extranjera. Ésa era la idea que ellos tenían del Partido Comunista y eso era —en honor a la verdad— lo que el Partido Comunista preconizaba entonces. Mientras el PCE tuviera esos objetivos no podría ser reconocido. Eso es lo que afirmé.
Lo que no dije —y no tenía por qué hacerlo— era mi deseo y mi pretensión de que el PCE se transformase y se convirtiera en un partido democrático, que aceptara la Monarquía, la bandera de España y el respeto a las reglas del juego del régimen parlamentario. Eso no lo dije porque se trataba de una operación que podía salir bien o no, y en la que ni podía ni debía involucrar a la cúpula de los ejércitos. Se trataba de una operación en la que nos jugábamos mucho y de la que, en definitiva, yo solo debía aparecer como responsable.
Afirmé, sin embargo, que la democracia o se basa en la libertad de todos o no es democracia, y por tanto era necesario ir a la legalización de todos los partidos y sindicatos que aceptaran el orden democrático.
La idea del «engaño» a los militares que ahora repite el señor Vilallonga puede ser hasta «emocionante», pero hace muy poco honor a los mismos.
En el transcurso del almuerzo que siguió a la reunión, y en el que el teniente general Prada Canillas me elogió abiertamente, pude percibir con claridad que quienes escucharon con atención mis explicaciones las comprendieron y no se engañaron. La prueba está en que el propio vicepresidente primero del Gobierno, teniente general De Santiago, absolutamente contrario a la

legalización del Partido Comunista, me planteó su dimisión pocos días después, el 21 de septiembre, en una tensa conversación en la que aludió a la posibilidad de un golpe militar, a lo que tuve que responder que en España seguía vigente la pena de muerte. La legalización del Partido Comunis-ta, después del cambio de sus estatutos, tuvo lugar el 9 de abril de 1977. Ni mentí ni engañé a los militares, ni el 8 de septiembre de 1976 ni en ninguna otra ocasión. <<

[72] Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit., pp. 155-156. <<

[73] Véase texto de Adolfo Suárez en la nota 71 de este mismo capítulo. <<

[74] Ibídem. <<

[75] Ibíd. <<

[76] Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit., pp. 155-156; Medina, *Memoria oculta*…, ob. cit., pp. 271-274. <<

[77] Véase texto de Adolfo Suárez en la nota 71 de este mismo capítulo. <<

[78] Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit., pp. 156-157. <<

[79] Relato de Eduardo Navarro a la autora; Eduardo Navarro, *Mis testimonios sobre Adolfo Suárez*, manuscrito, p. 76; Fuentes, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., pp. 169-170; relatado por Adolfo Suárez durante una comida homenaje en el palacio de Fuensalida, Toledo, que José Bono transcribe con detalle en *Les voy*…, ob. cit., p. 364. <<

[80] Laureano López Rodó, *Memorias (IV): claves de la Transición*, Plaza & Janés, Barcelona, 1993, p. 276. <<

[81] Fernández de la Mora, *Río arriba*…, ob. cit., pp. 272-273. <<

[82] Fernández-Miranda advirtió a los procuradores que, siendo la Ley para la Reforma Política una Ley Fundamental, si fuese rechazada se reconsideraría la continuidad o no de las actuales Cortes, que vivían ya su segunda prórroga. Fue un importante aviso para que sus señorías supieran que podía resultarles muy caro el filibusterismo, el deporte parlamentario de la obstrucción. <<

[83] Charles Powell, *España en democracia, 1975-2000*, Plaza & Janés, Barcelona, 2001, p. 168. <<

[84] Josep Melià, entrevistado por José Martí Gómez, «Suárez es un pragmático vocacional», en *La Vanguardia Magazine*, 24 de noviembre de 1996, pp. 30-36. <<

[85] «Viajan», en La Política y la Gente, *ABC*, 21 de noviembre de 1976, p. 11. <<

[86] Antonio Lamelas Blanco, *La Transición en Abril: biografía política de Fernando Abril Martorell*, Ariel, Barcelona, 2004, p. 107. <<

[87] Charles Powell, *El piloto del cambio: el Rey, la Monarquía y Transición a la democracia*, Planeta, Barcelona, 1991, p. 200, recoge un comentario sobre este tipo de presiones de José María de Areilza, *Cuadernos de la Transición*, Planeta, Barcelona, 1983. <<

[88] Nicolás Sartorius y Alberto Sabio, *El final de la dictadura*, Temas de Hoy, Madrid, 2007, p. 745. <<

[89] Alfonso Osorio, *Trayectoria política*…, ob. cit., p. 26; y Julia Navarro, *Nosotros, la Transición*, Temas de Hoy, Madrid, 1995, p. 58. <<

[90] Véase «Jefatura del Estado», en *BOE*, n.º 4, 5 de enero de 1977, p. 170; y Ley 1/1977, de 4 de enero, para la Reforma Política. <<

[91] «Las leyes obligan, pero no atan, Alteza. Las Leyes Fundamentales, y también la Ley de Principios del Movimiento, aunque el texto diga que son permanentes e inalterables, son reformables y son derogables», le repetía Torcuato Fernández-Miranda. Véase Fernández-Miranda Lozana y Fernández Miranda, *Lo que el Rey*…, ob. cit., pp. 52-53. <<

[92] Rodolfo Martín Villa a la autora, conversación de 2013. <<

[93] Rosa Montero, artículo en *El País*, 5 de mayo de 1996, citada por Sartorius y Sabio en *El final*…, ob. cit., p. 401. <<

[94] Romero, *Historia*…, ob. cit., p. 113. <<

[95] Gutiérrez Mellado a la autora; véase también Archivo General de la Administración (AGA), Alcalá de Henares, Cultura, leg. 676, 1977, FE 40 290; Diego Carcedo, *Sáenz de Santa María: el general que cambió de bando*, Temas de Hoy, Madrid, 2003, p. 173. <<

[96] Telegrama de Madrid a Washington, Departamento de Estado, *Meeting with King Juan Carlos*, 14 de diciembre de 1976, Spain State Department Telegrams to SECSTATE, Box 12, National Security Adviser, PCF-EC, Gerald R. Ford Library. Esta conversación del Rey con Wells Stabler, a quien acompañó aquel día en La Zarzuela el consejero Arthur A. Hartman, fue muy amplia, abordó muchos temas, y es recogida parcialmente por Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., pp. 425-426, y por Sartorius y Sabio, *El final*…, ob. cit., pp. 586-587. <<

[97] Cesan el director general de Seguridad, Rodríguez Román; el inspector jefe de la Policía Armada, general Aguilar Carmona; y el director de la Guardia Civil, general Campano López. <<

[98] Bono, *Les voy*…, ob. cit., p. 363; relato de Adolfo Suárez en el palacio de Fuensalida, Toledo. <<

[99] Relatos de Santiago Carrillo, Eduardo Navarro y Rodolfo Martín Villa a la autora; véase Campo Vidal, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., pp. 68-71; también Victoria Prego, *Así se hizo*…, ob. cit., pp. 608-609. <<

[100] Javier González de Vega, *A la sombra de Adolfo Suárez*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996, p. 99. <<

[101] En la matanza de Atocha, el 24 de enero de 1977, resultaron muertos por los disparos los abogados laboralistas Enrique Valdevira Ibáñez, Luis Javier Benavides Orgaz y Francisco Javier Sauquillo Pérez del Arco, el estudiante de derecho Serafín Holgado de Antonio y el administrativo Ángel Rodríguez Leal. Fueron gravemente heridos Miguel Sarabia Gil, Alejandro RuizHuerta Carbonell, Luis Ramos Pardo y Dolores González Ruiz, casada con Javier Sauquillo. <<

[102] Martín Villa compartía las dudas de Rosón sobre los policías del «supercomisario» Conesa. Véase Jesús Duva, «Los siete días que hicieron temblar la Transición», en *El País*, 29 de enero de 2012. En pocos días, la Policía Armada detuvo a José Fernández Cerrá, Carlos García Juliá y Fernando Lerdo de Tejada como autores materiales de la matanza de Atocha, y a Francisco Albadalejo Corredera —del sindicato vertical del Transporte— como autor intelectual. Por suministrar las armas fueron detenidos también Leocadio Jiménez Caravaca y Simón Ramón Fernández Palacios, excombatientes de la División Azul. Durante el juicio se llamó a declarar a Blas Piñar y a Mariano Sánchez Covisa, dirigentes de la extrema derecha. El juez de la Audiencia Nacional encargado del caso, Rafael Gómez Chaparro, se negó a investigar más allá de los seis encausados. «Faltan las cabezas pensantes. No nos dejaron investigar —declararía años después Jaime Sartorius, abogado de la acusación particular—. Para nosotros, las investigaciones apuntaban hacia los servicios secretos, pero sólo apuntaban. Con esto no quiero decir más». Véase Aníbal Malvar, «¿Qué fue de los asesinos de Atocha?», en *El Mundo*, 20 de enero de 2002. Pese a la cuantía de las sanciones, 464 años de cárcel repartidos entre todos los condenados, uno de ellos, Francisco Albadalejo, el que conocía el entramado de la mafia del transporte, falleció en prisión; y dos de los autores materiales, Lerdo de Tejada y García Juliá, se fugaron aprovechando sendos beneficios de permiso penitenciario y de libertad condicional, otorgados por el juez Gómez Chaparro. <<

[103] Osorio, *Trayectoria política*…, ob. cit., p. 268. <<

[104] Testimonio del teniente general Gutiérrez Mellado en la serie «La Transición», RTVE, ob. cit., capítulo 12; véase también Prego, *Así se hizo*…, ob. cit., pp. 631-633. Cuatro años después, el marino Camilo Menéndez aparecerá implicado en la intentona de golpe militar del 23-F. <<

[105] El texto de la alocución, de nueve minutos, fue elaborado pocas horas antes por Rafael Anson, Manuel Ortiz, Fernando Ónega y Eduardo Navarro. <<

[106] La autora habló con el comisario Roberto Conesa durante más de seis horas, grabando la conversación, para un reportaje exclusivo y seriado que se publicó en las páginas centrales de *ABC* los días 16, 17 y 18 de febrero de 1976, con los hechos calientes, y con los miembros de los Grapo Pío Moa y Hierro Chomón «desaparecidos, escondidos… ni se sabe», dijo Conesa. La impresión, escuchando su relato, era la de una película policíaca llena de intuiciones, golpes de suerte, casualidades, pistas inexplicables, lapsus, hallazgos fortuitos… Una especie de historia reconstruida para poder contarla. Véase Pilar Urbano, «Operación Valencia: Conesa cuenta cómo se organizó el rescate de Oriol y Villaescusa», en *ABC*, 16 de febrero de 1976. <<

[107] Alfonso Guerra, *Cuando el tiempo nos alcanza: memorias (19401982)*, Espasa, Madrid, 2004, p. 186. <<

[108] Diego Carcedo, *Sáenz de Santa María*…, ob. cit., p. 173. <<

[109] Jesús Duva, «Los siete días…», art. cit. <<

[110] Osorio, *Trayectoria política*…, ob. cit., p. 277. <<

[111] Romero, *Historia*…, ob. cit., p. 153. <<

[112] Osorio, *Trayectoria política*…, ob. cit., p. 282. <<

[113] Ese adelanto en tres años de la mayoría de edad se haría por ley para que los jóvenes de dieciocho años pudieran votar ya en el referéndum de la Constitución de diciembre de 1978. <<

[114] Archivo Armero, notas de J. M. Armero y diario manuscrito de Ana María Montes de Armero. Véanse también Carrillo, *Memorias*, ob. cit., pp. 712-714; información facilitada a la autora por David Jorge Penado, a partir de una de las entrevistas que tuvo con Santiago Carrillo en el 2010 preparando su biografía (en concreto, estos datos proceden de la conversación mantenida en el domicilio de Camilo, plaza de Reyes Magos 11, Madrid, el 30 de enero de 2010); Prego, *Presidentes…*, ob. cit., p. 59; conversación de Santiago Carrillo con la autora en el vuelo Donostia-Madrid, 1 de diciembre de 2005. <<

[115] Archivo personal de Jaime Carvajal y Urquijo: notas de una conversación con Don Juan de Borbón en Valldemosa (Mallorca), en agosto de 1976. <<

[116] Comentario de Carmen Díez de Rivera anotado después del 27 de febrero y antes del 7 de marzo de 1977. Véase Romero, *Historia*…, ob. cit., p. 160. <<

[117] Fuentes, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., p. 187, citando notas de Eduardo Navarro. <<

[118] En esa cascada de medidas, una veintena, se tocaron las siete Leyes Fundamentales: Fuero del Trabajo, Fuero de los Españoles, Ley de Cortes, Ley de Sucesión, Ley de Referéndum, Ley Orgánica del Estado y Ley de Principios Fundamentales del Movimiento. <<

[119] El 5 de agosto de 1976, por decreto ley, habían sido repuestos en sus cátedras Enrique Tierno Galván, José Luis López Aranguren y Agustín García Calvo, a quienes Franco depuso y expulsó en 1965. Por decisión gubernativa, desde el 11 de septiembre de 1976, se volvió a celebrar la Diada en Cataluña, y desde el 20 de septiembre quedó autorizada la ikurriña. Un decreto ley del 8 de octubre de 1976 desmantelaba el sindicato vertical, traspasando su personal, su patrimonio y sus recursos a un ente transitorio creado sólo para eso: la Administración Institucional de Servicios Socioprofesionales (AISS). Esta solución reubicaba a las ingentes plantillas de funcionarios sindicales, evitando que vieran la reforma como su eutanasia. Meses después, el 1 de abril de 1977, se reconocía la libertad y la pluralidad sindical; quedaban legalizadas las centrales que ya venían funcionando en la ilegalidad, como CC.OO., UGT, USO y CNT; y se abría la puerta a las que quisieran crearse de nuevo cuño. Era el fin del sindicato vertical franquista. El 2 de junio desaparecían la sindicación obligatoria y la cuota sindical. También por decreto ley, el 30 de octubre de 1976 se restableció el histórico régimen foral para Gipuzkoa y Bizkaia, que Franco abolió en 1937 como castigo a ambas «provincias traidoras». El *BOE* del 4 de enero de 1977 publicaba tres importantes decretos leyes en materia de justicia: se suprimía el Tribunal de Orden Público; se creaba la Audiencia Nacional; se regulaba la objeción de conciencia por motivos religiosos; y la jurisdicción militar perdía su competencia en materia de terrorismo. Asimismo, se permitía la inscripción de nombres en cualquiera de las lenguas españolas en el Registro Civil. El decreto ley de 25 de enero de 1977 prorrogó por cinco años el programa de inversiones de las Fuerzas Armadas reforzando su monto económico. Ese mismo día, otro decreto ley suprimía la prisión subsidiaria en caso de impago de multas. Fuerte gramaje el del *BOE* del 8 de febrero de 1977: un decreto ley prohibía a los miembros de las Fuerzas Armadas la militancia, incluso la participación política y sindical, y otro creaba la JUJEM, que en adelante no dependería de ningún ministerio militar, sino del presidente del Gobierno. Se establecía así un orden en la cadena de mando que supeditaba el «poder fáctico militar» al poder político civil. El 25 de febrero fue legalizado el juego. El 4 de marzo se restablecieron las juntas generales de Gipuzkoa y Bizkaia y las diputaciones forales. Con esa misma fecha, se amplió la amnistía del 30 de julio de 1976, incluyendo ahora entre los delitos de sangre amnistiados «a los que con sus actos hubieran puesto vidas en peligro». Y se reguló el derecho a la huelga y el cierre patronal. <<

[120] José Martí Gómez, «La aristócrata y el comunista (una historia de la Transición)», en el blog *La Lamentable*, 5 de abril de 2012, <http://lamenta ble.org/?p=3761>, consultado en agosto de 2013. <<

[121] Ibídem. <<

[122] Relato de Landelino Lavilla a la autora, conversación en su despacho del Consejo de Estado el 23 de noviembre de 2012. <<

[123] Ibídem. <<

[124] Ídem, conversaciones mantenidas los días 12 de noviembre de 2012, y 29 y 31 de enero de 2013 en su despacho de Técnicas Reunidas, Madrid. <<

[125] Ibídem. <<

[126] Osorio, *Trayectoria política*…, ob. cit., p. 287. <<

[127] Relato de Rodolfo Martín Villa a la autora (véase nota 124 de este mismo capítulo). <<

[128] Adolfo Suárez a la autora, en Lanzarote, durante un viaje oficial al archipiélago canario en abril de 1978. <<

[129] Adolfo Suárez a la autora (véase nota precedente); Preston, *Juan Carlos*…, ob. cit., p. 426. <<

[130] Archivo Armero, notas manuscritas del diario de Ana María Montes dictadas por su marido, José Mario Armero, entrada del día 5 de abril de 1977. <<

[131] Los fiscales González Merino, Clemente de Diego, Ramos Catalán, González Serrano, Reol Suárez y el propio González Zapatero. Redactó la minuta el secretario general técnico de la Fiscalía, Raya Mario. <<

[132] Relato de Landelino Lavilla a la autora, conversaciones de los días 23 y 29 de noviembre de 2012. <<

[133] Relato de Rodolfo Martín Villa a la autora (véase nota 124 de este mismo capítulo). <<

[134] Archivo Armero, notas manuscritas del diario de Ana María Montes dictadas por su marido, José Mario Armero, entradas de los días 5 y 6 de abril. <<

[135] Medina, *Memoria oculta*…, ob. cit., p. 302. <<

[136] Íbidem, p. 303. <<

[137] Íbid., p. 303; relato del teniente general Gutiérrez Mellado a la autora y a otros periodistas, almorzando en Lhardy, Madrid, 1983. <<

[138] Gutiérrez Mellado en «La Transición», RTVE, ob. cit., capítulo 13. <<

[139] Prego, *Así se hizo*…, ob. cit., p. 660. <<

[140] En diversas ocasiones, alguna de ellas confirmada por Jaime García Añoveros, ministro de Hacienda con Adolfo Suárez y con Leopoldo Calvo-Sotelo, Antonio Navalón, hombre de negocios muy amigo de Adolfo Suárez desde la juventud, habló a la autora de la existencia de una serie de cartas —once al menos—, manuscritas por el rey Juan Carlos y dirigidas a Adolfo Suárez. Cartas ocasionales, que Suárez guardaba en sus desordenados archivos de documentos, y que García Añoveros y Navalón no sólo habían visto y leído, sino también custodiado en lugar seguro por encargo de Suárez.

Retenidos de memoria algunos de sus fragmentos, y repetidos a la autora —con idénticas frases y palabras, en momentos distintos y transcurrido un amplio lapso de tiempo entre una y otra mención—, esas cartas, o al menos esos párrafos, tienen bastante probabilidad de ser auténticos.

En unas, el Rey alude a aspectos concretos de la Constitución, mientras se elaboraba: la aconfesionalidad del Estado, «me dicen que se está haciendo una Constitución atea […], con esto ponéis en grave riesgo la Corona española»; o en el debate sobre el derecho a la huelga, la primacía del interés general en la economía y su posible planificación por el Estado, recoge las quejas de algunos banqueros y empresarios. En otra de esas cartas, cuando se está dilucidando el Estado de las autonomías, el Rey menciona una reciente visita del banquero Emilio Botín, y del empresario y senador real Luis Olarra, temerosos de que «se esté haciendo una Constitución contra España». También, cuando se potenciaba financieramente al sindicato UGT para que compitiera con CC.OO., el Rey le escribía a Suárez un expresivo «¡mucho cuidado con las izquierdas!».

Otras misivas, breves, sin protocolos ni florituras, eran de estímulo a actuaciones concretas de Suárez o para aliviarle por críticas recibidas. Así, por ejemplo, con ocasión de la sesión de investidura en las Cortes, en marzo de 1979, en que Suárez se negó al debate. Por cierto, esa carta le llegó a Adolfo Suárez estando con él en La Moncloa el ministro Martín Villa. Suárez se la pasó después de leerla él. Años más tarde, Martín Villa comentó a la autora: «A mí me llamó la atención que, para darle ánimos, el Rey le escribiera en lugar de descolgar el teléfono y llamarle; pero a Suárez no pareció sorprenderle, como si eso del carteo entre ellos fuera algo usual. Bueno, ésa fue mi impresión».

Entre la supuesta colección de cartas, hay una, quizá la última, del verano de 1982, cuando hacía año y medio que Suárez había dimitido de la presidencia del Gobierno, y entre el monarca y él se había creado una muralla de hielo. Al parecer, es bastante extensa, cinco holandesas y media: «Hace mucho tiempo que no te escribo una carta larga…» El Rey le reconoce a Suárez, de un modo desenfadado, «cuántas veces tú estuviste acertado […] como en aquel jodido Sábado Santo». Y refiriéndose al 23-F, el Rey habla del «ejercicio de generosidad que tú tuviste que hacer, y también yo, […] a pesar de nuestros mutuos aciertos y errores». Una carta con la cual —abonando la hipótesis de su existencia— el monarca buscaba de alguna manera quebrar el enfrentamiento, acortar la distancia y que todo quedase en amistosas tablas.

Esas cartas y otros muchos documentos de Gobierno, apuntes, correspondencia, etc., que Adolfo

Suárez conservaba, porque eran suyos, estuvieron guardados un tiempo en una caja fuerte empotrada en uno de los muros de su despacho jurídico en Antonio Maura 4, en Madrid. Luego, los hizo llevar a su casa de Ávila en un camión de mudanzas, camuflados entre muebles, libros y bultos. Y más tarde los llevó consigo a su residencia de la urbanización de La Florida. En cierta ocasión, quiso desprenderse de todos esos papeles porque le resultaban comprometedores e incómodos de custodiar, máxime cuando pasaba largas temporadas en Palma de Mallorca, por la enfermedad de Amparo, su mujer. Pero Navalón le disuadió: «Adolfo, eso es historia de España y no tienes derecho a destruirla. Si te resulta engorroso tener que estar vigilando esos documentos, no te preocupes más: desde hoy, yo me hago cargo de buscarles una custodia segura. Y el día que tú faltes, los entregaré al Archivo Histórico Nacional, que es donde deben estar». Los documentos más importantes fueron embalados y depositados en una caja de seguridad con tres llaves y tres claveros, en un despacho de abogacía de Londres.

En 2005, a raíz de publicarse el libro de García Abad, *Adolfo Suárez,* ob. cit., y ante lo que se apunta en la página 128 sobre «los papeles secretos que guardaba Suárez y que Mariam intentó clasificar, ahora quizá los tenga su hijo mayor, Adolfo», Antonio Navalón trasladó al Rey un mensaje haciéndole saber que «las cartas que Su Majestad escribió a Adolfo Suárez no las tiene Adolfo Suárez Illana, sino que están en un determinado despacho de abogados, en el lugar L. Y Antonio Navalón responde de su seguridad. Quede tranquilo Su Majestad sobre el uso de tales cartas: no se publicarán hasta que no hayan desaparecido de la escena pública el destinatario [Adolfo Suárez] y el remitente [el rey Juan Carlos], por fallecimiento o por abdicación». <<

[141] Archivo Armero, notas manuscritas del diario de Ana María Montes, dictadas por su marido, José Mario Armero, entrada del día 7 de abril de 1977. <<

[142] Marcelino Oreja, *Memoria*…, ob. cit., p. 188. <<

[143] Archivo Armero, notas manuscritas del diario de Ana María Montes, dictadas por su marido, José Mario Armero, entrada del día 9 de abril de 1977. <<

[144] En 1984, y porque necesitaba fotocopiar ese documento para un libro suyo de memorias, Martín Villa advirtió el lapsus. Fue entonces cuando firmó el famoso documento. <<

[145] Relato de Rodolfo Martín Villa a la autora (véase nota 124 de este mismo capítulo). <<

[146] Romero, *Historia*…, ob. cit., p. 168. <<

[147] Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit., pp. 157-159. <<

[148] Éste fue el relato que, por teléfono y desde su domicilio, hizo el almirante Pita da Veiga a la autora, con el ruego de que, «por no echar más leña al fuego en estos momentos», enmascarase su persona diciendo que tal información la facilitaba «una fuente de toda solvencia e inmediata proximidad al almirante, con su autorización». Fue la única vez que habló de su dimisión. Véase Pilar Urbano, «Qué y por qué de la dimisión de Pita da Veiga», en *ABC*, 14 de abril de 1977, p. 7. <<

[149] Preston, *Juan Carlos*…, ob. cit., pp. 428-429. <<

[150] Ibídem. <<

[151] Adolfo Suárez en la serie «La Transición», RTVE, ob. cit. Véase también Prego, *Presidentes*…, ob. cit., pp. 65-69. Asimismo, Adolfo Suárez, conversaciones con la autora en Galicia y Canarias, 1978. <<

[152] Archivo Armero, notas del diario de Ana María Montes correspondientes al mes de abril de 1977. <<

[153] Medina, *Memoria oculta*…, ob. cit., pp. 300-301. <<

[154] Ibídem, pp. 301-302. <<

[155] Véanse *Cambio 16*, 25 de abril de 1977-1 de mayo de 1977; Adolfo Suárez, Fundación Ortega y Gasset, Seminario en Toledo; Pilar Urbano, *Con la venia, yo indagué el 23-F*, Argos Vergara, Barcelona, 1982, pp. 14-15; Colectivo Democracia, *Los ejércitos… más allá del golpe*, Planeta, Barcelona, 1981, pp. 64-68; Prego, *Así se hizo*…, ob. cit., pp. 662-663. <<

[156] *Nota del Consejo Superior del Ejército, en repulsa de la legalización del PCE,* 14 de abril de 1977, facsímil en cuadernillo documental. <<

[157] Archivo Armero, notas manuscritas de José Mario Armero en una página de cuaderno escolar de doble raya, con fecha del 14 de abril de 1977. <<

[158] Carrillo, *Memorias*, ob. cit., pp. 721-722; Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España: 1939-1985*, Planeta, Barcelona, 1986, p. 542; Prego, *Así se hizo*…, ob. cit., pp. 665 y ss. <<

[159] Carillo, *Memorias*, ob. cit., p. 722. <<

[160] VV. AA., *Historia de la Transición: diez años que cambiaron España (1973-1983)*, vol. I, Diario 16, Madrid, 1983, p. 417. <<

[161] Archivo Armero, diario de Ana María Montes, entradas de los días 15 y 16 de abril de 1977. <<

[162] López Rodó, *Memorias*…, ob. cit., p. 327. <<

[163] El rey Juan Carlos se lo relató a su amigo el embajador francés Jean-François Deniau, que, entrevistado años después por Vilallonga, lo cuenta en *El Rey*, ob. cit., pp. 112 y 113. Asimismo, Rafael Pérez Escolar, en sus *Memorias*, ob. cit., p. 219, refiere que se lo confirmó el propio Antonio Hernández Gil en Oviedo, durante una entrega de premios Príncipe de Asturias. <<

[164] Eduardo Navarro a la autora; Morán, *Adolfo Suárez, ambición y destino*, ob. cit., p. 137, citando a Charles Powell, *Juan Carlos: un rey para la democracia*, Planeta, Barcelona, 1995, y a Carlos Abella, *Adolfo Suárez*, Espasa, Madrid, 2006, que en sus respectivas biografías ponen en boca de Adolfo Suárez las palabras de exigencia de una orden o una carta escrita, si bien la ponencia de Suárez en el Seminario sobre la Transición, organizado por la Fundación Ortega y Gasset y celebrado en Toledo en 1984, no se grabó por explícito deseo suyo. Véanse también Juan Van Halen, *Objetivo: ganar el futuro (conversaciones con Osorio)*, Plaza & Janés, Barcelona, 1986, p. 167; y Campo Vidal, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., sobre el aviso de Suárez por teléfono estando el Rey en Bonn. <<

[165] Leopoldo Calvo-Sotelo, *Memoria viva de la Transición*, Plaza & Janés y Cambio 16, Barcelona/Madrid, 1990, p. 154. <<

[166] Alfonso Osorio y Eduardo Navarro a la autora. <<

[167] Conversación de Fernando Abril Martorell con la autora en su despacho de la Unión Naval de Levante, Madrid, 1983. <<

[168] «Antes y después de su entrevista y almuerzo con Suárez en La Moncloa, el vicepresidente Mondale permaneció en una *suite* del hotel Palace, donde recibió a varios abogados españoles con los que mantiene relaciones desde antes de acceder a su actual cargo», véase Bonifacio de la Cuadra, *El País*, 18 de mayo de 1977, pp. 1 y 11. Uno de esos abogados amigos de Walter Mondale facilitó esta información a la autora. <<

[169] Anotación manuscrita de Jaime Carvajal y Urquijo en sus diarios de 1977. <<

[170] Eduardo Navarro a la autora. <<

[171] Santiago Martínez Caro, diplomático, había sido jefe de gabinete en Asuntos Exteriores con los ministros López Rodó y López Bravo. Al parecer, fue este último quien le recomendó para compensar con algún personal civil el elevado número de ayudantes y jefes militares que trabajaban en La Zarzuela. <<

[172] Diarios manuscritos de Jaime Carvajal y Urquijo, notas de agosto de 1976. <<

[173] Sainz Rodríguez, *Un reinado*…, ob. cit., pp. 266-267. <<

[174] Luis María Anson, por EFE; José Mario Armero, por Europa Press; Aquilino Morcillo, por Logos; José María García Hoz, por Multipress; Javier Godó, por Colpisa; y Alejandro Armesto, por Fiel. <<

[175] Landelino Lavilla a la autora, conversación del 23 de noviembre de 2012. <<

[176] Archivo Armero, anotación manuscrita de su puño y letra, con fecha del sábado, 14 de mayo, en una página de cuaderno rayado, plegada por la mitad y ocupando ambas mitades. <<

[177] Dirigentes, miembros de un organismo de dirección (referido especialmente al PNV). <<

[178] Relato de Marcelino Oreja Aguirre a la autora, conversaciones de junio, julio y septiembre de 2005. <<

[179] A los etarras extrañados en Noruega, Bélgica y Holanda se les dio un millón de pesetas a cada uno para su manutención, gastos reservados a cargo de Gobernación. <<

[180] Entre abril y mayo de 1977, siendo Eduardo Navarro subsecretario de Gobernación, a las órdenes del ministro Rodolfo Martín Villa, recibió un oficio del subsecretario de Exteriores que remitía la «factura de gastos de estancia de cinco vascos de ETA, alojados durante un mes en Oslo», porque «no corresponde abonarlo a este ministerio». Navarro entregó el oficio y la factura a Martín Villa, que tomó el dosier rápidamente, «Dame, dame eso…», como sabiendo de qué iba y sin ofrecer ninguna explicación al subsecretario. Navarro sobreentendió que «si se les costea la estancia, será porque están asistiendo a reuniones de negociación, o porque al Estado español le interesa tenerlos allí». No se equivocaba. Relatado por Eduardo Navarro a la autora, conversaciones de noviembre y diciembre de 2005, y enero de 2006. <<

[181] Véase «Torcuato Fernández Miranda explica su decisión», en *El País*, 1 de junio de 1977. Después del 15-J, y elegidos Fernando Álvarez de Miranda como presidente del Congreso y Antonio Fontán del Senado, hubo que improvisar sobre la marcha para cubrir esa presidencia de las Cortes bicamerales que Torcuato rechazó. El Rey llamó al catedrático y jurista extremeño Antonio Hernández Gil, de cuyos conocimientos jurídicos había tenido noticia personal, aunque este hombre nunca había estado en La Zarzuela. Incluso tuvo que preguntar cómo se iba y por dónde se entraba el día de su designación. <<

[182] Dolores Ibárruri a la autora. <<

[183] Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit., p. 100. <<

[184] Relato de su hijo mayor, Enrique Fernández-Miranda Lozana, duque de Fernández-Miranda, «Torcuato Fernández-Miranda», en *ABC*, 15 de febrero de 2013. <<

[185] Relato de Eduardo Navarro a la autora. También, anotación manuscrita de Jaime Carvajal y Urquijo en sus diarios, con fecha de marzo de 1979: «Me comenta el Rey el papel importantísimo jugado por Torcuato en el nombramiento de Adolfo. Mi reacción primera fue de duda… Sin embargo, la relación entre los dos se fue deteriorando… Preveo que Torcuato ahora tendrá que hacer otra cosa». «Búscale un acomodo adecuado fuera de la política, en el mundo de la banca, de la empresa…» <<

[186] Relato de Martín Villa a la autora.<<

[187] Relato de José Manuel Otero Novas a la autora, conversación del 2 de junio de 2005 en su despacho de Cea Bermúdez 37, Madrid. <<

[188] Esa carta la publicó íntegra, en su original francés, Asadollah Alam, que sucesivamente fue ministro de Interior y primer ministro en el régimen imperial de Persia, ministro de la corte y consejero personal del sha, en su libro de memorias *The Shah and I: The Confidential Diary of Iran's Royal Court*, I. B. Tauris, Nueva York, 1992. <<

[189] Aurelio Delgado, a la autora. Conversación del 12 de enero de 2005. <<

Notas capítulo 3

[1] Relatado por Adolfo Suárez en la cena homenaje en el palacio de Fuensalida, Toledo. Véase Bono, *Les voy*…, ob. cit., p. 364. <<

[2] José Oneto, *23-F, la historia no contada*, Ediciones B, Barcelona, 2006, pp. 37-41. <<

[3] Jorge de Esteban, «El proceso constituyente español, 1977-1978», en J. F. Tezanos, R. Cotarelo y A. de Blas (eds)., *La Transición democrática española*, Sistema, Madrid, p. 286; Rafael López Pintor, *La opinión pública española: del franquismo a la democracia*, CIS, Madrid, 1982; Carlos Flores Juberías, «La Constitución del consenso. Una visión valorativa, veinticinco años después», conferencia pronunciada en Sarajevo el 11 de diciembre de 2003. <<

[4] Miguel Herrero de Miñón, *Memorias de estío*, Temas de Hoy, Madrid, 1993. <<

[5] García Abad, *La soledad*…, ob. cit., p. 159. <<

[6] Carrillo, *Memorias*, ob. cit., pp. 736-738, debate sobre estos temas: nacionalidades, poderes del Rey, Monarquía. <<

[7] Pilar Urbano, «La noche más larga de la Constitución», en *Magazine El Mundo*, 1993, pp. 82-84; Pedro de Silva, *Las fuerzas del cambio: cuando el rey dudó, el 23-F y otros ensayos sobre la Transición*, Prensa Ibérica, Madrid, 1996, pp. 210-214; relato de Rafael Arias-Salgado a la autora. <<

[8] Esa filtración creó entre los padres constituyentes una situación de desconfianza, muy incómoda para Peces-Barba, por la vulneración del secreto. Pero, según él explicó, fue su compañero del PSOE Pablo Castellano quien entregó el borrador a *Cuadernos.* Así lo reconoció el propio Castellano. <<

[9] Fernando Abril Martorell a la autora. <<

[10] José Antonio Segurado a la autora. <<

[11] Relato del diputado Joaquín Muñoz Peyrats a la autora. <<

[12] Así figura en una de las once cartas que, según comentó Antonio Navalón a la autora, el Rey escribió a Suárez de su puño y letra. Ver nota 140 del capítulo 2. De la existencia de esas cartas supieron también el entonces ministro de Hacienda, Jaime García Añoveros, y el jefe del gabinete del presidente Suárez, Alberto Aza. Véase Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 114. <<

[13] Informaciones coincidentes de Miguel Herrero de Miñón y de Fernando Abril Martorell a la autora. <<

[14] Miguel Herrero de Miñón a la autora, conversación en 1978. <<

[15] Carrillo, *Memorias*, ob. cit., p. 736. <<

[16] Adolfo Suárez a la autora. <<

[17] Fernando Abril Martorell a la autora. <<

[18] Miguel Herrero de Miñón a la autora. <<

[19] Emilio Romero a la autora. <<

[20] Carrillo, *Memorias*, ob. cit., p. 736. <<

[21] Se reunieron para ese estudio del borrador los senadores y diputados del PNV y los miembros del Euzkadi Buru Batzar, la dirección del partido. Véase Iñaki Anasagasti, *Agur, Aznar: memorias de un vasco en Madrid*, Temas de Hoy, Madrid, 2004, pp. 28-31. <<

[22] Ibídem, pp. 30-31. <<

[23] Gregorio Peces-Barba, *La elaboración de la Constitución de 1978*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1988, p. 189. <<

[24] Flores Juberías, «La Constitución del consenso…», ob. cit. <<

[25] José Pedro Pérez-Llorca y Rafael Arias-Salgado a la autora. <<

[26] Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit., pp. 402-403. <<

[27] Ibídem, pp. 397-398; García Abad, *La soledad*…, ob. cit., pp. 9394. Extracto del voto particular republicano defendido por Luis Gómez Llorente en el Congreso de los Diputados el 11 de mayo de 1978:

Ni creemos en el origen divino del poder, ni compartimos la aceptación de carisma alguno que privilegie a este o a aquel ciudadano simplemente por razones de linaje. Para nosotros, el principio dinástico por sí solo no hace acreedor de poder a nadie sobre los demás ciudadanos. Menos aún podemos dar asentimiento y validez a los actos del dictador extinto que, secuestrando por la fuerza la voluntad del pueblo y suplantando ilegítimamente su soberanía, pretendieron perpetuar sus decisiones más allá de su poderío personal despótico, frente al cual los socialistas hemos luchado constantemente.

Vuestras señorías conocen bien las aspiraciones igualitarias que mueven a los socialistas, y con cuánto esmero nos hemos esforzado en la teoría y en la práctica por compatibilizar la libertad y la igualdad. De ahí que veamos con reparos la herencia.

¿Cómo no hemos de sentir alejamiento ante la idea de que nada menos que la jefatura del Estado sea cubierta por un mecanismo hereditario? […] Dijo Pablo Iglesias en el Parlamento, el 10 de enero de 1912: «No somos monárquicos porque no lo podemos ser; quien aspira a suprimir al rey del taller, no puede admitir otro rey». <<

[28] Carrillo, *Memorias*, ob. cit., p. 738. <<

[29] Pilar Urbano, «Crónica sin testigos», 21 de enero de 1978; «La Constitución nació con rictus», 22 de julio de 1978; «Felipe tomó su lechuga», 27 de julio de 1978; todos ellos publicados en *ABC*. Véase también *Memoria de la Transición*, El País-Aguilar, Madrid, 1995-1996, pp. 190-191. <<

[30] José García Abad, *Don Juan, náufrago de su destino*, La Esfera de los Libros, Madrid, pp. 204-205. <<

[31] Antonio Hernández Gil, *El cambio político español y la Constitución*, Planeta, Barcelona, 1982. <<

[32] Carrillo, *Memorias*, ob. cit., p. 742. <<

[33] Rafael Arias-Salgado a la autora, conversación del 25 de enero de 2005. <<

[34] Los firmantes fueron Adolfo Suárez en nombre del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo por la UCD, Felipe González por el PSOE, Santiago Carrillo por el PCE, Enrique Tierno Galván por el PSP, Josep Maria Triginer por el Partido Socialista de Cataluña, Joan Reventós por Convèrgencia Socialista de Catalunya, Juan Ajuriaguerra por el PNV, Miquel Roca por CiU y Manuel Fraga por AP. <<

[35] Prego, *Presidentes*…, ob. cit., pp. 70-73. <<

[36] Marcelino Oreja a la autora. Véanse también comentarios en términos similares de Marcelino Oreja a Charles Powell en «Un hombre puente en la política exterior española: el caso de Marcelino Oreja», en *Historia Contemporánea*, n.º 15, 1996, p. 249, nn. 16 y 17. <<

[37] Pilar Urbano, «Balas contra Fraga», 1 de febrero de 1978; «Felipe, gripe argelina», 3 de febrero de 1978, «Despliegue en Santa Cruz», 22 de febrero de 1978, y «Ovación a España», 23 de febrero de 1978, todos en la columna Hilo Directo de *ABC*. <<

[38] Relato de Marcelino Oreja a la autora. Véase también Oreja, *Memoria*…, ob. cit., pp. 220-221. <<

[39] Relato de José Manuel Otero Novas a la autora, conversación del 5 de noviembre de 2001. <<

[40] «Marcelino Oreja explica la política exterior española», en *La Vanguardia Española*, 10 de marzo de 1978. La delegación socialista estuvo en la Unión Soviética del 8 al 15 de diciembre de 1977. Felipe, Guerra y Boyer se incorporaron el día 11. A continuación, la delegación siguió viaje a Corea y Japón. Véase «El domingo, Felipe González, a Moscú», en *Pueblo*, 9 de diciembre de 1977, y «Felipe González, en la URSS», en *Pueblo*, 12 de diciembre de 1977. <<

[41] Complementando la *Operación Ballesta* aérea, desde la Península se aerotransportarían unos veinte mil hombres para apoyar a las fuerzas de guarnición asentadas de forma permanente en Ceuta y en Melilla. En cada una de esas plazas de soberanía radican dos tabores de regulares y un tercio de la Legión (el gran capitán en Ceuta y el duque de Alba en Melilla), un regimiento de Artillería, uno de Caballería y uno de Ingenieros, más fuerzas de sanidad, automovilismo y agrupaciones de destino. Estas guarniciones serían inmediatamente apoyadas por la Brigada de Infantería Aerotransportable acantonada en La Coruña: fuerza de intervención inmediata, que se desplazaría a Ceuta; y una unidad del esquema de Defensa Operativa del Territorio (DOT), denominada Brigada de Reserva, con base en el Cabo de Gata (Almería), compuesta por dos regimientos de Infantería con tres batallones en total, otro regimiento de Artillería y otro de Ingenieros. <<

[42] Hernández, *Fue posible*…, ob. cit., pp. 144-145 y n. 42 <<

[43] Oreja, *Memoria*…, ob. cit., pp. 222-223; relato de Marcelino Oreja a la autora. <<

[44] Urbano, *Con la venia*…, ob. cit., pp. 16-18. <<

[45] Francisco Medina, *Las sombras del poder: los secretos del CESID*, Espasa Calpe, Madrid, 1996, pp. 76-77; y *Memoria oculta*…, ob. cit., p. 326. <<

[46] José Manuel Otero Novas a la autora, conversación del 2 de junio de 2005. <<

[47] Pilar Urbano, «Gutiérrez Mellado: “No a la dictadura de las metralletas”», en *ABC*, 3 de noviembre de 1978; «Ministro-General», en Hilo Directo, *ABC*, 7 de noviembre de 1978. <<

[48] Urbano, «Ministro-General», art. cit. <<

[49] Pilar Urbano, «Suárez-Hamlet», en Hilo Directo, *ABC*, 17 de noviembre de 1978. <<

[50] Rafael Arias-Salgado a la autora. Conversación del 25 de enero de 2005; véase Fuentes, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., p. 255. <<

[51] Rafael Arias-Salgado a la autora, conversación del 25 de enero de 2005. <<

[52] Santiago Carrillo, *Memorias*, ob. cit., pp. 762-763. <<

[53] Ibídem, pp. 763-764. Véase también entrevista todavía inédita a Santiago Carrillo, realizada por David Jorge Penado el 30 de enero de 2010 en Madrid. Meses después, el propio Santiago Carrillo Solares lo desveló con detalles en el pleno del Congreso de los Diputados del 28 de mayo de 1980, cuando se debatía la moción de censura presentada por el PSOE contra el presidente Suárez. Matizaron y precisaron su relato el vicepresidente Fernando Abril Martorell y el presidente Adolfo Suárez: Congreso de los Diputados, *Diario de Sesiones*, año 1980, sesión plenaria n.º 93, pp. 6107-6110. <<

[54] Rafael Arias-Salgado a la autora <<

[55] Josep Melià, *Así cayó Adolfo Suárez*, Planeta, Barcelona, 1981, p. 29. <<

[56] Relato de Martín Villa a la autora; véase también Rodolfo Martín Villa, *Al servicio del Estado*, Planeta, Barcelona, 1985, pp. 111-112. <<

[57] *Memoria de la Transición*, ob. cit., p. 249. <<

[58] Tiempo después, Enrique Tierno contó a Miguel Boyer su conversación con Dieter Koniecki. Fue testigo del encuentro Tito Colodrón, socialista de confianza de Tierno. Véase Pilar Cernuda, *El presidente*, Temas de Hoy, Madrid, 1994, p. 144. <<

[59] Pilar Urbano, «El Congreso de la confrontación», 20 de mayo de 1979, pp. 1-3; «Gesto de honradez y firmeza», 22 de mayo de 1979, p. 6; «Pobre soldado John», 24 de mayo de 1979, p. 5, todos ellos en Hilo Directo, de *ABC*. <<

[60] Fuentes, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., p. 298, citando el archivo de José Luis Sanchís, E-21, «Congreso del PSOE», Madrid, 25 de mayo de 1979. <<

[61] Se da noticia de ese encuentro en Anson, *Don Juan*, ob. cit.; en García Abad, *Don Juan*…, ob. cit.; y Hernández, en *Suárez y el Rey*…, ob. cit. Al almuerzo asistieron también Beltrán Osorio, duque de Alburquerque y Pedro Sainz Rodríguez. <<

[62] Juan María Peñaranda y Algar, *Los servicios de inteligencia y la Transición española (1968-1979)*, vol. 4, tesis doctoral, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, 2010, pp. 614-615. Citado también por Juan Francisco Fuentes, *Adolfo Suárez: biografía política*, Planeta, Barcelona, 2011, p. 299. <<

[63] Alfonso Osorio, *De orilla a orilla*, Plaza & Janés, Barcelona, 2000, p. 385; Pilar Cernuda, Fernando Jáuregui y Miguel Ángel Menéndez, *23-F, la conjura de los necios*, Foca, Madrid, 2001, pp. 9, 46-47. Sobre las reuniones en casa de Mona Jiménez o de Alfonso Fierro, véase Pilar Urbano, Hilo Directo, *ABC*, colección de los años 1979-1980. <<

[64] Jaime Carvajal y Urquijo, uno de los comensales, recoge estas impresiones en su diario personal manuscrito, anotación del 17 de julio de 1979, pp. 12-13. <<

[65] Aunque se trataba de una entrevista autorizada, un producto periodístico «prefabricado en gabinete», con respuestas escritas, no espontáneas, y revisadas antes de su publicación, importa decir que en todas las preguntas de la periodista María Mérida había una tendenciosa provocación, buscando no sólo el titular con mordiente, sino que el teniente general se pronunciara contra la democracia, contra el Gobierno y a favor de una intervención militar. <<

[66] Entrevista con Milans del Bosch, «El balance de la Transición no presenta un saldo positivo», en *ABC*, 23 de septiembre de 1979; Pierre-Paul Grégorio, «Los inicios del cerco a Adolfo Suárez», en *Cahiers de Civilisation Espagnole Contemporaine*, marzo de 2008. <<

[67] «El pesimismo de un general», en *El País*, 25 de septiembre de 1979. <<

[68] Las frases entrecomilladas corresponden a la información oficiosa que algunos periódicos obtuvieron de «fuentes habitualmente solventes de La Zarzuela». Véase «Altos jefes militares recibidos el domingo por el Rey», en *ABC*, 27 de septiembre de 1979. <<

[69] Relato de Jaime Carvajal y Urquijo a la autora, con apoyo en las notas de su diario manuscrito correspondientes al día 19 de septiembre de 1979, pp. 67-68. Referido también a la autora, el 18 de enero de 2005, por Jesús Picatoste, que tuvo noticia de esos hechos cuando trabajaba en la Dirección General de Información y Comunicación de la Presidencia del Gobierno, en tiempos de Adolfo Suárez. <<

[70] Aurelio Delgado a la autora, conversación en enero 2005. <<

[71] Información facilitada a la autora por Francisco Ferrer, coronel de Aviación y ex jefe del servicio de contrainteligencia del Seced y del CESID. <<

[72] Relato del coronel José Luis Cortina Prieto, ex jefe de los servicios operativos del CESID, a la autora. <<

[73] Informaciones a la autora de José Manuel Otero Novas, entonces ministro de la Presidencia, y del comisario jefe de la Policía Nacional Manuel Ballesteros. <<

[74] Eduardo Navarro Álvarez a la autora. <<

[75] Adolfo Suárez, *Historia de la democracia*, El Mundo, capítulo 9, p. 208. <<

[76] La OAS, Organización del Ejército Secreto (Organisation de l'Armée Secrète por sus siglas en francés) fue una organización terrorista francesa de extrema derecha, creada y dirigida por el general Raoul Salan en 1961 para oponerse a la independencia de Argelia. Como grupo armado, la OAS atentó contra edificios de instituciones francesas y argelinas, y asesinó a ciudadanos europeos y árabes. Después de los Acuerdos de Evian y tras numerosos atentados en Francia, el Estado francés creó un grupo especial de inteligencia, autorizado por el general Charles de Gaulle, para «desarmar» a la OAS. En Argelia se les conocía con el sobrenombre de *barbouzes* por las barbas postizas que utilizaban. <<

[77] Relato a la autora del general Fernando López de Castro, que siendo comandante fue el jefe de la seguridad del presidente del Gobierno Adolfo Suárez, conversaciones en Madrid, enero y febrero de 2005. Véase también Oneto, *23-F*…, ob. cit., pp. 48-49. <<

[78] Relato a la autora del general Fernando López de Castro, que siendo comandante fue el jefe de la seguridad del presidente del Gobierno Adolfo Suárez; conversaciones en Madrid, enero y febrero de 2005. <<

[79] Adolfo Suárez Illana a la autora. <<

[80] Comentarios hechos por Josep Melià, quince años después de haber dejado el cargo de director de la Oficina de Comunicación de Presidencia del Gobierno, a José Martí Gómez, «Josep Melià o la lúcida memoria de los años de la Transición», en *Magazine*, *La Vanguardia*, 26 de noviembre de 1996, pp. 30-34; y por Alberto Aza a Hernández en *Suárez y el Rey*…, ob. cit., pp. 114-115. <<

[81] Relatos de los ministros Pérez-Llorca (Asuntos Exteriores), SánchezTerán (Transportes) y Lamo de Espinosa (Agricultura y Pesca) a la autora. <<

[82] Ibídem. <<

[83] Se estaban dando los primeros pasos de un proceso lento y tortuoso. Primero, hasta conseguir el reconocimiento de la Autoridad Nacional Palestina en 1994 y unos territorios de asentamiento en Cisjordania y la Franja de Gaza. El 29 de noviembre de 2012, la Asamblea General de la ONU, a través de la Resolución 67/19, pasó a considerar Palestina como un «Estado», y no una «entidad», como se venía haciendo hasta el momento. <<

[84] Jaime Carvajal y Urquijo, diario manuscrito, anotación del día 19 de septiembre de 1979, pp. 61-68. <<

[85] Rafael Arias-Salgado a la autora, conversación del 25 de enero de 2005. <<

[86] La Resolución 242 se adoptó por unanimidad en el Consejo de Seguridad el 22 de noviembre de 1967, tras la guerra de los Seis Días. «Exige la instauración de una paz justa y perdurable en Oriente Medio […], la retirada del Ejército israelí de territorios ocupados durante el reciente conflicto […], y el respeto y reconocimiento de la soberanía y la integridad territorial y la independencia política de cada Estado de la región, y su derecho a vivir en paz en el interior de fronteras reconocidas y seguras, al abrigo de amenazas y actos de fuerza». Esta resolución permanece en todas las negociaciones posteriores, sentando las bases de la paz en Oriente Medio: la evacuación de Israel de los territorios ocupados y el reconocimiento por los Estados árabes del derecho de Israel a la paz dentro de unas fronteras estables. La Resolución 338, adoptada por el Consejo de Seguridad el 22 de octubre de 1973, durante la guerra del Yom Kippur, confirma la validez de la Resolución 242 y recomienda iniciar negociaciones para «instaurar una paz justa y duradera en Oriente Medio». <<

[87] Oreja, *Memoria*…, ob. cit., pp. 374-376. <<

[88] Rafael Arias-Salgado a la autora, coincidente con el relato que en su día hizo Adolfo Suárez a Antonio Navalón, y éste a la autora. <<

[89] Acompañaron al presidente Suárez en ese viaje a Washington de ida y vuelta, en un mismo día, el ministro de Asuntos Exteriores Marcelino Oreja, los directores generales de las áreas de África y Asia, América del Norte y Europa, Pedro López Aguirrebengoa, Juan Durán-Loriga Rodrigáñez y Jorge del Pino Moreno, respectivamente, y el director del gabinete del presidente del Gobierno, Alberto Aza Arias. En la Casa Blanca se les unieron los embajadores de ambos países, José Lladó Fernández-Urrutia y Terence Todman. <<

[90] Pilar Urbano, «Suárez empieza a parecerse a Suárez», en Hilo Directo, *ABC*, 22 de enero de 1980; relato completado en su día con información de la OID, Ministerio de Asuntos Exteriores. <<

[91] Jimmy Carter, *White House' Diary*, Farrar, Strauss & Giroux, Nueva York, 2010, pp. 391-392. <<

[92] Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., p. 528, citando cartas de Jimmy Carter a Adolfo Suárez, del 9 de febrero de 1980 y del 1 de abril de 1980, «Plains File. President's Personal Foreign Affairs File», box 4, Jimmy Carter Library. <<

[93] Powell, *El amigo americano*…, ob. cit., p. 502, n. 17 y 20. <<

[94] Yuri Dubinin, *¡Embajador, embajador!*, Vilabelda, Madrid, 2004; relato completado con información sobre los dosieres suministrada a la autora por el coronel Francisco Ferrer, ex jefe del servicio de contrainteligencia del Seced y del CESID. <<

[95] Adolfo Suárez reiteró que había recibido cartas amenazantes de Brezhnev, pero esta vez lo hizo en público, en el curso de una cena coloquio en Barcelona, el 17 de marzo de ese mismo año, ante más de un centenar de destacados periodistas. Véase Pilar Urbano, «Suárez revela amenazas de Brezhnev contra el ingreso en la OTAN», «Suárez: “Somos muy vulnerables a la subversión provocada desde el exterior”», *ABC*, 18 de marzo de 1880, pp. 1, 4 y 5. <<

[96] Efectivamente, el rey Juan Carlos hizo un viaje privado a Jordania, en 1979, para estar con el rey Hussein el 14 de noviembre, día de su cumpleaños. <<

[97] Fue así realmente, según acredita la Energy Information Administration. <<

[98] Diario manuscrito de Javier Carvajal y Urquijo, anotaciones del día 20 de septiembre de 1979, pp. 70-71, y del 2 de noviembre de 1979, pp. 1-4. <<

[99] Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[100] Pilar Urbano: «Suárez: “Nadie me va a mover de mi sitio”», en *ABC*, 16 de marzo de 1980. <<

[101] «Felipe González expuso al Rey su preocupación por la crisis que atraviesas el país», en *El País*, 25 de abril de 1980. <<

[102] «Felipe González expuso al Rey sus preocupaciones por “la crisis que atraviesas el país”», en *El País*; y «Felipe González fue recibido ayer por el Rey. “No me preocupa la crisis del Gobierno, sino la crisis del país», en *ABC*, ambos del 25 de abril de 1980. <<

[103] «Fraga plantea al Rey la conveniencia de una mayoría estable», *El País*, 29 de abril de 1980; Fraga, *En busca*…, ob. cit., pp. 201-202. <<

[104] En los pasillos del Congreso, durante los días en que se debatía la moción de censura, exactamente el 21 de mayo, la autora habló con Felipe González y con Gregorio Peces-Barba sobre este punto. Según Felipe González: «Empezó a colmarse la paciencia del PSOE y se fraguó la idea de la censura hacía ya tiempo. Vamos a situarlo entre el cataclismo de Andalucía, 28 febrero, las elecciones vascas y catalanas, 9 y 20 de marzo, y la crisis del Gobierno, 2 de mayo». Peces-Barba se fijaba en otros hitos políticos, pero el arco de tiempo coincidía: «Hace veinte días, disconformes con el Estatuto de Centros Docentes, decidimos presentarla. Después, el discurso de Suárez en el debate de ayer, 20, fue el colofón». Véase Pilar Urbano «González versus Suárez», en Hilo Directo, *ABC*, 22 de mayo de 1980. Por tanto, la idea de plantear la censura se fraguaba entre el 20 de marzo y el 1 de mayo. En medio, el 24 de abril, Felipe acudió a ver al Rey. Entra en plena lógica que tratasen sobre tan seria cuestión y sus posibles consecuencias. <<

[105] «Adolfo Suárez: memoria de la Transición», RTVE, 27 de marzo de 2010. Véase también Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 146. <<

[106] Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[107] Empezó por las víctimas: muertos, 86; heridos, 81; secuestros, 33; atentados con explosivos, 724. Y siguió con una sucinta relación de la actuación policial en ese período de tiempo: desmantelamiento total de los Grapo y del MPAIAC; detenciones por facilitar información o apoyo y por hechos criminales directos, en el año de 1979, 442 personas; de enero a mayo de 1980, 596 personas; escuchas telefónicas autorizadas judicialmente, en ese lapso de tiempo, 1010 (desechadas por inútiles, 16). Y en cuanto a delincuencia común, 7500 detenciones con encarcelamiento, entre enero y mayo de este año. <<

[108] Urbano, «González versus Suárez», art. cit. <<

[109] Pilar Urbano, «Rejón de castigo», 23 de mayo de 1980; y «Mucho más que una sonrisa», 29 de julio de 1980, ambos artículos en Hilo Directo, *ABC*. <<

[110] Pilar Urbano, artículos de los días 21, 22, 23 y 27 de mayo de 1980 en Hilo Directo, *ABC*. <<

[111] En efecto, de 1902 a 1922, reinando Alfonso XIII, hubo treinta y dos jefes de Gobierno en veinte años; también bajo Alfonso XIII, la dictadura militar de Primo de Rivera y su continuación con Berenguer y Aznar fue el período gubernativo más largo: siete años, de 1923 a 1931. En seis años, entre 1931 y 1937, se turnaron cuatro presidentes de la República y quince jefes de Gobierno. En la dictadura de Franco, treinta y seis años, de 1939 a 1975, sólo hubo dos jefes de Gobierno, ya en los dos últimos años de su vida y mandato. <<

[112] Adolfo Suárez citaba literalmente unas frases de la intervención de Alfonso Guerra, portavoz del grupo parlamentario del PSOE, en la moción de censura, sesión del miércoles 28 de mayo de 1980, Congreso de los Diputados, *Diario de Sesiones*, año 1980, sesión plenaria n.º 93, p. 6093. <<

[113] Santiago Carrillo a la autora, en marzo de 2006. Véase, también, una explicación similar de Carrillo a María Antonia Iglesias, «Un resistente de la política», en *El País Semanal*, 9 de enero de 2005. <<

[114] Congreso de los Diputados, *Diario de Sesiones*, año 1980, sesión plenaria n.º 95, 30 de mayo, p. 6250. <<

[115] Adolfo Suárez, en las Cortes, a la autora. Véase Pilar Urbano, «Suárez: “No plantearé la moción de confianza”», en Hilo Directo, *ABC*, 30 de mayo de 1980. <<

[116] Congreso de los Diputados, *Diario de Sesiones*, año 1980, sesión plenaria n.º 95, 30 de mayo, p. 6288. <<

[117] Pilar Urbano, «En la bañera», en Hilo Directo, *ABC*, 22 de junio de 1980. <<

[118] Pilar Urbano, «El 20-21-M, en La Zarzuela», en Hilo Directo, *ABC*, 27 de mayo de 1980. <<

[119] Pilar Urbano, «El timonel de la reforma», en Hilo Directo, *ABC*, 20 de junio de 1980. <<

[120] Ángel Gómez Escorial, «Mis conversaciones con Torcuato Fernández-Miranda», en *Gaceta Ilustrada*, n.º 1239, 1 de julio de 1980. <<

[121] Relatos de Sabino Fernández Campo y de Agustín Rodríguez Sahagún a la autora. <<

[122] Sabino Fernández Campo a la autora, conversación en el club social del Centro Colón, 4 de mayo de 2005. <<

[123] Relato de Eduardo Navarro a la autora. <<

[124] Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., pp. 143-144. <<

[125] Pilar Urbano, «Allí, en la fiesta del Rey», en Hilo Directo, *ABC*, 26 de junio de 1980; y «Un trineo acosado», 27 de junio de 1980. <<

[126] Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., pp. 164-165. <<

[127] José Ramón Pin Arboledas, que iba en ese grupo, lo relató a la autora, años después, en septiembre de 2013. <<

[128] Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 150. <<

[129] La petición de Alberto Aza a Suárez para que Abril Martorell saliera del Gobierno se ha de situar entre los días 1 y 7 de julio, después de la moción de censura de mayo y antes de la reunión de los barones en La Casa de la Pradera. Véase Fuentes, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., p. 338. <<

[130] Agustín Rodríguez Sahagún, a la autora. <<

[131] Landelino Lavilla a la autora, conversación el 23 de noviembre de 2012. <<

[132] Reconstrucción a partir de las notas tomadas por Rafael Calvo Ortega y Rafael Arias-Salgado; y de los apuntes que Josep Melià, secretario de Estado para la Información con el Gobierno de Suárez, consideró «transcripción fidedigna» y publicó en *Así cayó*…, ob. cit., pp. 52-28. <<

[133] Abella, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., p. 385; Fuentes, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., p. 340; Morán, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., p. 241. <<

[134] Informaciones obtenidas por la autora, en julio y agosto de 1980, de fuentes de La Moncloa (Alberto Aza, Aurelio Delgado y Josep Melià), del entorno de Abril Martorell en Castellana 3 (Daniel Busturia y Federico Ysart); de los ministros Martín Villa, Calvo-Sotelo, Oliart y Gamir; y posteriormente por el relato de Abril Martorell. Véanse también Pilar Urbano, «¡Abril, *come home*!», 8 de agosto de 1980; «¿Ascos o carantoñas?», 10 de agosto de 1980; «Pasillos galaicos», 12 de agosto de 1980; «Fuentes Quintana: OK, Abril», 19 de agosto de 1980; «Abril no puede irse», 21 de agosto de 1980; «Sahagún, por Abril», 29 de agosto de 1980; todos los artículos reseñados fueron publicados en Hilo Directo, *ABC*. <<

[135] Fragmentos de una entrevista realizada por Josefina Martínez del Álamo al presidente Adolfo Suárez en Lima, el 28 de julio de 1980, y no publicada hasta el 23 de septiembre de 2007. <<

[136] Miguel Herrero R. de Miñón, «Sí, pero…», en *El País*, 19 de septiembre de 1980. <<

[137] Fraga, *Memoria del tiempo*…, apunte del 19 de junio de 1980, p. 209. <<

[138] *Memoria de la Transición*, ob. cit., entrevista a Adolfo Suárez. <<

[139] Bono, *Les voy*…, ob. cit., relatado por Suárez en la sobremesa de una comida en el palacio de Fuensalida, Toledo, el 17 de enero de 1995. <<

[140] Herrero de Miñón, *Memorias*…, ob. cit., pp. 218-219. <<

Notas capítulo 4

[1] El propio Rey se refirió con disgusto a este suceso, dos días después, charlando con su amigo Jaime Carvajal y Urquijo, quien lo registró en su diario con fecha de 5 de julio de 1980. <<

[2] Santiago Carrillo, a la autora. Dicho también por Carrillo en diversas entrevistas y declaraciones. <<

[3] Jaime Carvajal y Urquijo, en su diario personal, anotación del 5 de julio de 1980. <<

[4] Relatado a la autora por diversas fuentes: Luis Valls Taberner, presidente del Banco Popular; Pío Cabanillas Gallas, que sin ser banquero, estuvo en la reunión del «club de los siete grandes», y se instaló unos días en el Gran Hotel La Toja, cerca del Pazo Atlántica, cuando Suárez estaba allí; Aurelio Delgado, cuñado y secretario de Suárez, alojado en el Atlántica; y Antonio Navalón, que llevó el mensaje de Valls Taberner a O Grove. <<

[5] Sabino Fernández Campo a la autora. Conversación en el club social del Centro Colón, 4 de mayo de 2005. En La Zarzuela había al menos tres audiencias personales del Rey a Santiago Carrillo registradas en 1980: una el 27 de junio, otra en noviembre y otra el 22 de diciembre. <<

[6] Sabino Fernández Campo a la autora. Conversación en el club social del Centro Colón, 4 de mayo de 2005. Santiago Carrillo, en términos casi idénticos, a la autora, conversaciones en su domicilio en 2004 y 2006. Véase también la entrevista a Santiago Carrillo con ocasión de sus noventa años, por María Antonia Iglesias, «Un resistente de la política», en *El País Semanal*, domingo 9 de enero de 2005. <<

[7] Sabino Fernández Campo, a la autora. Conversación en el club social del Centro Colón, 4 de mayo de 2005. La audiencia del Rey al teniente general Milans del Bosch fue el 28 de noviembre de 1979. <<

[8] Osorio, *De orilla…*, ob. cit., p. 385. Véase también Pilar Urbano: «Cenáculo Osorio», 15 de octubre de 1980; «Osorio», 28 de noviembre de 1980; «Todos estamos conspirando», 3 de diciembre de 1980; «Operación De Gaulle», 6 de diciembre de 1980; y «Los míster P», 9 de diciembre de 1980; todos ellos en Hilo Directo, *ABC*. <<

[9] Cernuda, Jáuregui y Menéndez, *La conjura.*…, ob. cit., p. 41. <<

[10] Fraga, *En busca.*…, ob. cit., pp. 223-224. <<

[11] Pilar Urbano, «El leal opositor», 4 de octubre de 1980; «Felipe españolea», 9 de octubre de 1980; ambos en Hilo Directo, *ABC*. <<

[12] Alfonso Armada, *Al servicio de la Corona*, Planeta, Barcelona, 1983, p. 213. <<

[13] La reina Sofía a la autora. Véase Pilar Urbano, *La Reina*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996, p. 293. <<

[14] Sabino Fernández Campo confirmó a la autora la franquicia del comandante Cortina para acceder al Rey en La Zarzuela. Sobre las once visitas de Cortina al Rey en el mes de febrero de 1981, véase Jesús Palacios, *23-F, el Rey y su secreto*, Libros Libres, 2010, pp. 28-29. <<

[15] Conversaciones de José Luis Cortina Prieto, ya coronel, con la autora. Véase también Pilar Urbano, *Yo entré en el Cesid*, Plaza & Janés, Barcelona, 1997, pp. 347-352. <<

[16] No se equivocaba Suárez. El 23-F y ya en la madrugada del 24 de febrero, en plena toma del Congreso de los Diputados, con quien Tejero hablaba por teléfono —a través de Juan García Carrés, porque las líneas estaban intervenidas—, indicando que había enviado un manifiesto, una soflama, era con la Agencia EFE presidida por Luis María Anson. En concreto, con alguien que respondía desde su despacho, disponía de varios números de teléfono, tenía dispositivos de grabación magnetotelefónica y utilizaba el plural de equipo («hemos hablado», «lo están pasando a máquina»); alguien que no era de *El Alcázar* ni de ningún periódico acababa de recibir el manifiesto de Tejero para difundirlo en exclusiva… y llamaba «jefe» al golpista García Carrés. Véanse las dos conversaciones en Urbano, *Con la venia*…, ob. cit., pp. 191-193. Además, aunque Anson aseguró tiempo después que él no fue consultado, su nombre figuraba como ministro de Información en el Gobierno que Armada iba a proponer a los diputados. <<

[17] Palacios, *23-F*…, ob. cit., p. 174. <<

[18] Jaime Carvajal y Urquijo, diario manuscrito, anotación del día 5 de julio de 1980. <<

[19] Sabino Fernández Campo a la autora. Véanse también, de Francisco Medina, *Memoria oculta*…, ob. cit., p. 285; y *23-F, la verdad*, Plaza & Janés, Barcelona, p. 351; de J. Morán, entrevista al teniente general jubilado José Ramón Pardo de Santayana, en *Diario de Mallorca*, 7 de diciembre de 2009. <<

[20] «Sorprendentes declaraciones de Rojas Marcos», en *El Alcázar*, 29 de julio de 1980; véase también Urbano, *Con la venia*…, ob. cit., p. 31. <<

[21] José Luis Cortina, ya coronel, en conversaciones con la autora. <<

[22] Armada, *Al servicio*…, ob. cit., p. 230; y Soriano, *Sabino Fernández Campo.*…, ob. cit., pp. 364 y ss. <<

[23] Soriano, *Sabino Fernández Campo…*, ob. cit., pp. 364 y ss. <<

[24] Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[25] Ibídem. Véase también Palacios, *23-F*…, ob. cit., pp. 190-191. <<

[26] Abel Hernández concluye su información con estas palabras: «El propio Ollero me lo contó»; Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 148. <<

[27] Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[28] Joaquín García Romanillos se lo contó a la autora, almorzando en el restaurante Alkalde, de Madrid. <<

[29] Sabino Fernández Campo, en Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 148. <<

[30] Jordi Pujol, *Memòries: temps de construir*, 2 vols., Proa/Destino, Barcelona, 2009. Esta visita de Múgica a Pujol ya había sido narrada, quizá con menos detalle, por Josep Antich, *El virrey*, Planeta, Barcelona, 1994; y por Andreu Farràs y Pere Cullell, *El 23-F a Catalunya*, Planeta, Barcelona, 1998. <<

[31] Citado por Joaquín Prieto y José Luis Barbería, *El enigma del elefante: la conspiración del 23-F*, El País-Aguilar, Madrid, 1991. Fue confirmado también por Miquel Roca i Junyent a Gregorio Morán, que así lo indica en *Adolfo Suárez…*, ob. cit., p. 611, n. 22. <<

[32] Armada, *Al servicio*…, ob. cit., pp. 223-224; Palacios, *23-F*…, ob. cit., p. 192, recoge el testimonio escrito que Armada le entregó sobre el almuerzo en Lleida. <<

[33] Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 147 <<

[34] Urbano, *Con la venia*…, ob. cit., p. 35. <<

[35] Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 147; también, Manuel Campo Vidal, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., pp. 146-147. Al relatarlo, Leopoldo Calvo-Sotelo, *Memoria viva.*…, ob. cit., no puede evitar un despectivo «el tal Reventós dijo…». Años después, en 1996, con ocasión del décimo quinto aniversario del golpe de Estado, Calvo-Sotelo lo reiteró en público y en tono de durísima acusación: «Hubo gente importante del PSOE, como el hoy presidente del Parlamento catalán, Joan Reventós, y otro al que no cito porque está embargado en un gran dolor que comparto con él [se refería a Enrique Múgica, cuyo hermano Fernando acababa de ser asesinado por ETA], que ofrecieron la presidencia del Gobierno al todavía general Armada, que iba a ser muy pronto uno de los golpistas más ilustres de la historia de España, en un golpe que se llamaba "golpe blando" o "golpe constitucional". No les atribuyo connivencias con el "golpe duro", pero sí con el "golpe blando". Y les atribuyo coincidencias con el "golpe duro", que trataba de acabar con Adolfo Suárez a toda costa, como fuera». Véase Calvo-Sotelo, en la entrevista «Hubo gente del PSOE, como Reventós, que ofreció el Gobierno a Armada», en *El Mundo,* 24 de febrero de 1996. <<

[36] Soriano, *Sabino Fernández Campo…*, ob. cit., pp. 372 y ss. <<

[37] «Circular de Felipe González. El PSOE descarta un Gobierno de coalición con UCD», en *El País*, 12 de noviembre de 1980, pp. 1 y 13. <<

[38] Prieto y Barbería, *El enigma*…, ob. cit., p. 93. <<

[39] «Tejero tenía previsto entrar en la Zarzuela», entrevista de Antonio Rubio al abogado de Tejero, Ángel López Montero, en *El Mundo*, 20 de febrero de 2011, pp. 4-5. «El abogado de Tejero, Ángel López Montero, ha declarado que el tribunal militar que juzgó los hechos del 23-F trató de impedir que compareciera Múgica») <<

[40] En una visita de incógnito y sin escoltas que a finales de agosto o principios de septiembre hizo el Rey a la sede París del CESID, ubicada en la carretera Playa de Madrid, calle Saxifraga, el secretario general Javier Calderón y el jefe de operativos José Luis Cortina le expusieron cómo habían concebido la creación artificial de un *pressing* o psicosis de golpe, que hiciera creíble el peligro inminente de una sublevación militar y, en consecuencia, aceptable la *Operación Armada* como «contragolpe» neutralizador. Véase Palacios, *23-F*…, ob. cit., pp. 188-189. <<

[41] Declaraciones de Josep Tarradellas, en *O Tempo Português*, 13 de marzo de 1980; Palacios, *23-F*…, ob. cit., p. 188. <<

[42] En la reunión fundacional del colectivo Almendros, en San Romualdo 26, Madrid, hubo representantes de la Confederación Nacional de Combatientes, que presidía José Antonio Girón; del diario *El Alcázar,* su director, Antonio Izquierdo; el cronista parlamentario Joaquín Aguirre Bellver; el periodista y falangista Ismael Medina; y el comandante y escritor Ángel Palomino. Sucesivamente, se incorporaron como colaboradores de «pensamiento y redacción» los generales Fernando de Santiago y Díaz de Mendívil, Carlos Iniesta Cano, Luis Cano Portal, Manuel Cabeza de Calahorra; el coronel José Ignacio San Martín; el capitán de navío Camilo Menéndez Vives; los políticos civiles Gonzalo Fernández de la Mora, Federico Silva Muñoz, Luis Jáudenes, Jesús Fueyo Álvarez… Más tarde se adherirían a Almendros el coronel Armando Merchante, los tenientes coroneles Joaquín Villalba y Eduardo Fuentes Gómez de Salazar y el comandante Ricardo Pardo Zancada. Estos dos últimos dirigían la revista de pensamiento militar *Reconquista,* nacida en 1959 y transformada en 1977 por el general Armada, con orientaciones de Luis María Anson. <<

[43] Constituían la JUJEM los tenientes generales Ignacio Alfaro Arregui (presidente, o pre-JUJEM según las siglas de la denominación castrense), Emiliano Alfaro Arregui, José Gabeiras Montero y el almirante Luis Arévalo Pelluz. <<

[44] Miguel Ángel Aguilar, «Informe militar sobre el golpe turco de septiembre», en *El País*, 9 de noviembre de 1980. <<

[45] Dos años después del golpe militar, Kenan Evren se convirtió en presidente con una nueva Constitución aprobada por referéndum popular. Dirigió su país con puño de hierro hasta el 9 de noviembre de 1989, cuando dejó el cargo. Su mandato se consideró como uno de los más sangrientos y represivos. En los tres años siguientes al golpe, 650 000 personas fueron arrestadas, 210 000 juzgadas, 50 ejecutadas, 300 asesinadas —en aplicación de la ley de fugas o a consecuencia de torturas—, a 388 000 turcos se les retiró el pasaporte, a 14 000 la ciudadanía, 1,6 millones acabaron en listas negras… Los historiadores suman 1635 víctimas. A la edad de noventa y cuatro años, Evren fue juzgado por la Alta Corte Criminal en Ankara, el 4 de abril de 2012. <<

[46] Felipe González, cenando con un pequeño grupo de periodistas, entre ellos la autora. <<

[47] Fernando Morán, *Una política exterior para España*, Planeta, Barcelona, 1980. <<

[48] Pilar Urbano, «El síndrome del golpe a la turca y el descontento de algunos militares», en *El Noticiero Universal*, 18 de noviembre de 1980. <<

[49] Pilar Urbano, «Todos estamos conspirando», en Hilo Directo, *ABC,* 3 de diciembre de 1980. <<

[50] Fernando Álvarez de Miranda, *Del contubernio al consenso*, Planeta, Barcelona, 1985, p. 145. <<

[51] Abel Hernández, «Una hipótesis: ¿Calvo-Sotelo a La Moncloa?», en La Columna, *Ya*, 2 de diciembre de 1980, p. 13. <<

[52] Fraga, *En busca*…, ob. cit., pp. 225-226. <<

[53] Meses después del 23-F, Marcos Vizcaya le contó esa conversación al periodista vasco Antxon Sarasqueta, y la autora la confirmó recientemente. Véase Antxon Sarasqueta, *De Franco a Felipe,* Plaza & Janés, Barcelona, 1984, p. 137. <<

[54] Noticia de este segundo contacto informativo, en Prieto y Barbería, *El enigma…*, ob. cit. <<

[55] Esta información procede del párrafo E de un documento del SIM sobre preparativos del golpe de Estado. Es un escrito de dos folios y medio, sin epígrafe, que expone directamente un conjunto de nueve párrafos ordenados por letras, de la A a la I, con sus subdivisiones. Con estilo telegráfico, aborda diversos aspectos involucrados en el golpe que actuaron o estaba previsto que actuaran. La autora lo publicó íntegro en *Con la venia…*, ob. cit., pp. 382-383, y en todas las ediciones siguientes, con Plaza & Janés, hasta la última y vigente en el año 2001, sin que fuera desmentido en ninguno de sus puntos. El citado párrafo E concreta que esas reuniones de trabajo Múgica-Armada se sucedieron durante cinco días y que, posteriormente, Armada informó al Rey. No dice «Gobierno de concentración», sino «de coalición». En el texto se mencionan expresamente los respaldos en votos parlamentarios de «PSOE, PCE y los socialdemócratas de UCD». <<

[56] Relatado a la autora por Ignacio Gómez-Acebo, conversación de diciembre de 2005, en la sede de Gómez-Acebo & Pombo, Abogados, Castellana 216, en Madrid; confirmado por Jaime Carvajal y Urquijo el 31 de octubre de 2012, en la sede de Advent International, Serrano 57, también en Madrid, y por Jaime Lamo de Espinosa, a quien se lo refirió Gómez-Acebo. <<

[57] Suárez se refería a Marcelino Oreja, delegado del Gobierno en el País Vasco y entusiasta de esa visita de los Reyes. <<

[58] Carlos Garaikoetxea, *Euskadi: la Transición inacabada*, Planeta, Barcelona, 2002, pp. 130-131. <<

[59] Armada, *Al servicio…*, ob. cit., p. 225. <<

[60] Medina, *Memoria oculta*…, ob. cit., pp. 397-398. <<

[61] Fray Bartolomé Vicens Fiol, sacerdote dominico, confidente y amigo del Rey, a la autora. <<

[62] Palacios, *23-F*…, ob. cit., pp. 180-181 y p. 247, n. 6. <<

[63] Ibídem. <<

[64] Sabino Fernández Campo a la autora, conversación en el club social del Centro Colón, 19 de abril de 2005. <<

[65] Datos de ese vuelo Ávila-Vielha-Ávila facilitados a la autora en 1981 por el comandante Fernando López de Castro, jefe de seguridad del presidente del Gobierno. Véase Urbano, *Con la venia…*, ob. cit., p. 56. Aurelio Delgado, cuñado y secretario de Adolfo Suárez, confirmó también a la autora ese desplazamiento la tarde del 4 de enero de 1981, con regreso nocturno. <<

[66] Soriano, *Sabino Fernández Campo…*, ob. cit., p. 380. <<

[67] Sobre esa conversación en Baqueira, la autora obtuvo los relatos posteriores de Adolfo Suárez a su cuñado y secretario Aurelio Delgado, y a su amigo Antonio Navalón. También Adolfo Suárez rememoró tramos de lo hablado con el Rey el 4 de enero en Baqueira, durante su exposición en el seminario «Transición política española», que la Fundación Ortega y Gasset celebró en Toledo en mayo de 1984. Véase Powell y Bonnín, *Adolfo Suárez…*, ob. cit., p. 288. <<

[68] Rafael Arias-Salgado a la autora, 25 de enero de 2005.<<

[69] Rosa Posada a la autora en 1982. <<

[70] Apelativo coloquial, con cierto matiz despectivo, para referirse a los oficiales que fueron expulsados del Ejército por su pertenencia la UMD. Por aquellas fechas se les había amnistiado, aunque no se les devolvió su condición militar.<<

[71] Para toda esta conversación Milans-Armada, véase Urbano, *Con la venia…*, ob. cit., pp. 57-62, a partir de las actas del sumario 2/81 sobre los hechos que desembocaron en la rebelión militar del 23-F, de las cuarenta y ocho sesiones del consejo de guerra, celebrado en el Servicio Cartográfico del Ejército (Campamento, Madrid), a las que la autora asistió desde su inicio hasta su conclusión, y de la investigación practicada sobre los diversos movimientos conspirativos, civiles y militares, dadas las contradicciones y vacíos informativos que el proceso judicial militar dejó sin resolver. <<

[72] Fue después de esta conversación cuando Marcelino Oreja, como delegado general del Gobierno en el País Vasco, y Rodolfo Martín Villa, como ministro del Interior, empezaron a prepararlo todo secretamente, del 18 al 22, por encargo del Rey. <<

[73] Sobre las circunstancias de la visita del Rey en moto a La Moncloa, la fecha, la conversación en el jardín y los ademanes de «discusión fuerte, incluso a gritos», informó a la autora Aurelio Delgado, secretario y cuñado de Adolfo Suárez. En cuanto al contenido de lo que hablaron, el mismo Adolfo Suárez lo relató a Jaime Lamo de Espinosa, y éste, pasado el tiempo, a la autora. Conversaciones con Jaime Lamo de Espinosa en su despacho de Paseo de Moret 7, de Madrid, los días 9 de diciembre de 2005 y 6 de marzo de 2006. <<

Notas capítulo 5

[1] El texto de la Constitución, en el artículo 62, atribuye al Rey entre diez funciones la de «convocar y disolver las Cortes generales y convocar elecciones generales en los términos previstos en la Constitución», pero es un infinitivo preceptivo; un deber, no un derecho u opción facultativa, y por ello le remite a atenerse a «los términos previstos en la Constitución». Términos que se indican en el artículo 115, donde se dice expresamente que la propuesta de disolver el Congreso o el Senado o las Cortes generales «será adoptada» por el presidente del Gobierno «bajo su exclusiva responsabilidad» y «será decretada por el Rey», donde se emplea la locución verbal como una decisión obligante para el monarca. «Se redactó así —explicó a la autora José Pedro Pérez-Llorca, prestigioso jurista y uno de los siete padres constituyentes— precisamente para evitar un riesgo de *borboneo*. La Constitución de 1876 daba al Rey dos facultades omnímodas: la de nombrar y cesar al jefe del Gobierno, a quien quisiera y cuando quisiera; y la de disolver las Cortes, también cuando él quisiera. Por eso, y con la advertencia de la historia, al elaborar la Constitución de 1978 este asunto lo estudiamos y tasamos con mucho cuidado, con mucho rigor, precisamente para evitar veleidades del monarca de turno». <<

[2] Escena y diálogos relatados en su día por Adolfo Suárez a su cuñado Aurelio Delgado y a su amigo Antonio Navalón; y ambos, en momentos distintos, a la autora. La expresión «uno de los dos sobra en este país» o «uno de los dos está de más en este país. Y, como comprenderás, yo no pienso abdicar» también la conoció Jaime Lamo de Espinosa por el propio Adolfo Suárez. Asimismo, supo de esta discusión, y se la confirmó a la autora, Ignacio (Paddy) Gómez-Acebo. <<

[3] Adolfo Suárez a la autora. <<

[4] Pilar Urbano, «Felipe y la Corona», en Hilo Directo, *ABC,* 10 de julio de 1980. <<

[5] Ibídem. <<

[6] Relato completo del suceso por Aurelio Delgado a la autora. Relato de algunos pasajes por Agustín Rodríguez Sahagún a la autora. Véase también Luis Herrero, en *Los que le llamábamos Adolfo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008. <<

[7] Fuentes, *Adolfo Suárez…*, ob. cit., p. 376. <<

[8] José Pedro Pérez-Llorca a la autora, conversaciones del 28 de junio y del 20 de septiembre de 2005. <<

[9] Confirmado por Javier Rupérez y Rafael Arias-Salgado a la autora. <<

[10] José Pedro Pérez-Llorca a la autora. <<

[11] Entre ellos, los hermanos Landaluce; el conde de Mayalde; Pablo Garnica; Jaime Carvajal y Urquijo; Juan Herrera, marqués de la Viesca; el conde de la Maza; Hilda, duquesa de Montellanos y una de las mejores escopetas de España; además de algunos parientes del Rey que le habían invitado a él en otras ocasiones, como Miguel Corsini Freese, el príncipe Ludwig von Baden y Carlos, duque de Calabria. <<

[12] Texto de apoyo con datos de la memoria oficial de la montería, organizada por el Ministerio de Agricultura en una finca del Icona, y en nombre del Rey, para los días 23 y 24 de enero de 1981 en el monte del Estado Lugar Nuevo, del término municipal de Andújar, en la provincia de Jaén. Facilitado a la autora por el ministro de Agricultura, Jaime Lamo de Espinosa y por el director general del Icona José Lara Alén. <<

[13] Se han relatado diversas versiones de esta «encerrona regia» a Suárez, con varios altos mandos militares que se presentaron por sorpresa en La Zarzuela. Las diferencias son meramente circunstanciales: si fue el 23 o el 24 de enero; si cenando, almorzando o en una reunión informativa. La primera, muy detallada y dramática, con algún ingrediente rocambolesco, la publicó en 1982 Antonio Izquierdo, director de *El Alcázar*. Otra fue narrada por el teniente general Merry Gordon —presente en la escena: él sacó la pistola— y recogida por personas de su entorno, que la dieron a conocer través de Internet. En noviembre de 2013 aún permanecía accesible en la Red, en la *website* dedicada al teniente general Pedro Merry Gordon. La tercera versión es la que el propio Adolfo Suárez refirió al cardenal Vicente Enrique y Tarancón, en días muy próximos al suceso. Transcurridos unos años, el cardenal la relató durante una tertulia coloquio sobre la Transición, con estudiantes de la residencia Azorín que dirigía Manuel Unciti, periodista y sacerdote de las Misiones Pontificias, en un chalé de la calle Rosa Jardón de Madrid. Ésta fue la que publicó Abel Hernández en su libro *El quinto poder*, Temas de Hoy, Madrid, 1995. Recientemente, el 26 de octubre de 2013, Abel Hernández confirmó a la autora la autenticidad del relato que el cardenal Tarancón había recibido de Adolfo Suárez, en charla amistosa personal: «Y aún conservo la transcripción con pelos y señales del relato del cardenal Tarancón, que en su día me envió por fax, lo que usábamos antes del *e-mail*, el padre Manuel Unciti, director de la residencia y testigo de la tertulia del cardenal».

Por otra parte, la autora recabó información sobre el doble episodio, la montería interrumpida y la visita intempestiva de generales en La Zarzuela, buscando fuentes que lo hubiesen sabido directamente por el Rey o por Suárez. Y obtuvo el minucioso relato que Adolfo Suárez hizo a Jaime Lamo de Espinosa, responsable —como ministro de Agricultura— del Icona y del coto de Lugar Nuevo cuando ocurrieron los hechos. «Suárez me contó sin prisas y deteniéndose en el pormenor, la escena en Zarzuela con el Rey, y a solas con los generales», dijo Lamo de Espinosa a la autora. Y agregó que tenía «otras dos fuentes absolutamente incontestables» que reafirmaron el hecho. Conversaciones con Jaime Lamo de Espinosa los días 9 de diciembre de 2005 y 6 de marzo de 2006, en su despacho de Paseo de Moret 7, de Madrid.

Confirmó también el episodio, tanto en lo referente al escenario de la montería y la marcha intempestiva del Rey en helicóptero, como en lo relativo a la inesperada visita de los generales en La Zarzuela, Paddy Gómez-Acebo, que lo escuchó directamente del Rey, su amigo y concuñado. Gómez-Acebo concluía así su evocación, hablando con la autora: «El Rey introduce a Suárez en la habitación donde esperan los generales. Cierra la puerta y él se queda fuera. ¿No es eso una encerrona en toda regla? En mi opinión, Suárez sale de ahí moralmente dimitido, y no por los generales, sino por la actitud del Rey». Conversación con Ignacio Gómez-Acebo en su despacho de las Torres KIO, en diciembre de 2005.

Acerca de la montería en Lugar Nuevo, con todos sus pormenores logísticos, hasta el aviso telefónico y la partida urgente del Rey en helicóptero, informó a la autora el director general del Icona José Lara Alén, que organizó la montería y fue testigo de la llamada desde La Zarzuela y la

marcha del Rey.

Finalmente, sobre la visita inesperada de los generales a La Zarzuela, la autora habló también con Adolfo Suárez Illana. A partir de cierto momento, su padre le contó cómo fueron, de verdad, los episodios más controvertidos de su actividad política y cómo se portó cada personaje mientras él protagonizaba la vida pública española: «Tú, Pilar, has conocido a mi padre. Y sabes cómo reaccionaba él ante una presión de ese tipo… Él no se quedaba reunido con unos jefes militares a los que no había convocado, ni para escucharlos, ni para nada. "Yo hablo con el Rey —decía—; y si estos generales quieren decirme algo, que pidan audiencia, y se les dará día y hora en mi despacho de Presidencia del Gobierno"». <<

[14] Melià, *Así cayó*…, ob. cit., p. 23 <<

[15] Rafael Arias-Salgado a la autora, y Adolfo Suárez González a la autora. <<

[16] Rafael Arias-Salgado a la autora. <<

[17] Melià, *Así cayó…*, ob. cit., 1981, p. 26. <<

[18] Abella, *Adolfo Suárez…*, ob. cit., y Melià, *Así cayó*…, ob. cit., aseguran que comieron juntos; sin embargo, Leopoldo Calvo-Sotelo en su *Memoria viva…*, ob. cit., dice que no, que se disculpó, que tenía otro compromiso. No resulta muy creíble que el compromiso de Calvo-Sotelo fuese superior al de comer con el presidente del Gobierno el día en que le está anticipando su dimisión y su posible candidatura como sucesor. Posiblemente, Leopoldo no quiso poner por escrito que, cuando por la tarde fue a despachar con el Rey, ya conocía su candidatura in péctore. <<

[19] Pilar Urbano, «Suárez abre los caminos de retorno», en Hilo Directo, *ABC,* 1 de febrero de 1981. <<

[20] Melià, *Así cayó*…, ob. cit., pp. 66-72. <<

[21] Rodolfo Martín Villa, en *Al servicio…*, ob. cit., p. 116, le atribuyó la expresión «el tema militar os lo dejo resuelto»; pero varios años después, en 2013, comentó a la autora que, reflexionando a posteriori sobre esa frase, él creía recordar que Suárez dijo algo más vago: «El tema militar os lo dejo por lo menos encauzado y tranquilo». <<

[22] El Instituto Nacional de Hidrocarburos (INH) se creó el 28 de diciembre de 1981, gobernando ya Calvo-Sotelo, pasando al Ministerio de Industria y Energía la actividad pública de hidrocarburos —toda la gestión relacionada con petróleos, petroquímica y gas— que realizaba el INI. La reorganización de la industria pesada española —que era prácticamente estatal— era una medida de reacción ante la segunda crisis del petróleo. <<

[23] Rafael Arias-Salgado a la autora <<

[24] Ibídem. <<

[25] Información coincidente de diversas fuentes: Josep Melià, Aurelio Delgado, Andrés Cassinello, Pablo Castellano (PSOE), Jaime Lamo de Espinosa y Salvador Sánchez-Terán. Véanse los pormenores en Melià, *Así cayó*…, ob. cit., pp. 81-84; Pilar Urbano, «Felipe a la espera» y «El gesto ético», en Hilo Directo, *ABC*, 28 y 30 de enero de 1981 respectivamente; y explicaciones del ministro de Transportes José Luis Álvarez. <<

[26] Jaime Lamo de Espinosa a la autora. <<

[27] «José Luis Álvarez era contrario a la continuidad de Suárez. Estaba en contra de Suárez y en la *Operación Armada*», ibídem. <<

[28] «Comunicado del PSC-PSOE», en *ABC*, 31 de enero de 1981, p. 8. <<

[29] «Patronal catalana: “El continuismo debe ser rechazado”», en *ABC,* 31 de enero de 1981, p. 8. <<

[30] «Fuertes presiones influyeron en la decisión del presidente Suárez de presentar su dimisión irrevocable», en *El País*, 30 de enero de 1981. <<

[31] Relato de Sabino Fernández Campo a la autora; véanse también Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit.; Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., pp. 1-2; y Fuentes, *Adolfo Suárez*…, ob. cit., pp. 384-385. <<

[32] Algún tiempo después, el Rey comentó con su amigo Jaime de Carvajal y Urquijo ciertos detalles de la escena de la dimisión de Suárez, tal como fue en La Zarzuela. Con fecha de 21 de octubre de 1982, Carvajal anotó en su diario: «La entrevista se desarrolló de una manera bastante fría, actuando el Rey, según sus propias palabras, como “jefe de Estado, y no como amigo”, lo que al parecer molestó a Adolfo». <<

[33] Relato de Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[34] Ibídem. <<

[35] Jaime Carvajal y Urquijo, diario manuscrito, anotación del día 21 de octubre de 1982. <<

[36] Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit., pp. 374, 376-377, 380. <<

[37] Rafael Arias-Salgado a la autora. <<

[38] Jaime Lamo de Espinosa a la autora. <<

[39] Ibídem. <<

[40] Ibíd. <<

[41] Adolfo Suárez González a la autora. Esa conversación con el Rey fue poco después de que ETA lograra burlar la seguridad de La Moncloa, instalando una tanqueta lanzagranadas frente a las ventanas del despacho de Suárez, que además fue activada y lanzó su explosivo. <<

[42] Adolfo Suárez a Eduardo Navarro, y éste a la autora; también Adolfo Suárez a la autora. <<

[43] Agustín Rodríguez Sahagún a la autora. En esa misma conversación, Rodríguez Sahagún informó también de una fase anterior: cuando Suárez le preguntó si aceptaría ser presidente *ad tempus*, mientras él se retiraba con idea de volver transcurrido un plazo. Sólo a un gran amigo se le podía pedir esa disponibilidad. Agustín le dijo que sí ambas veces. Pero luego la decisión de dimitir de Suárez fue radical y sin retorno. <<

[44] Relato de Pérez-Llorca a la autora. <<

[45] Herrero de Miñón, *Memorias*…, ob. cit., pp. 233-235. <<

[46] Óscar Alzaga, Luis de Grandes, Miguel Herrero de Miñón, Antonio Fontán, Fernando Álvarez de Miranda, Ignacio Camuñas y Álvaro Alonso Castrillo. <<

[47] Relatos de Rafael Arias-Salgado, José Pedro Pérez-Llorca, Agustín Rodríguez Sahagún y Leopoldo Calvo-Sotelo a la autora. Véase también Melià, *Así cayó…*, ob. cit. <<

[48] Relato de Ignacio Gómez-Acebo a la autora. <<

[49] Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[50] Adolfo Suárez a Eduardo Navarro Álvarez, y éste a la autora. <<

[51] José Pedro Pérez-Llorca a la autora. <<

[52] José Manuel Otero Novas a la autora. <<

[53] Ibídem. <<

[54] Eduardo Navarro Álvarez a la autora. <<

[55] Confirmado a la autora por Rafael Arias-Salgado y por Sabino Fernández Campo. <<

[56] Interesante reflexión de Hans Magnus Enzensberger, «Los héroes de la retirada», en *El País*, 26 de diciembre de 1989. <<

[57] Se lee con deleite el irónico y lúcido análisis del discurso de Adolfo Suárez del 29 de enero de 1981, que Gregorio Morán hace en *Adolfo Suárez.…*, ob. cit., pp. 281-282. <<

[58] Rodolfo Martín Villa y Rafael Arias-Salgado a la autora. <<

[59] Santiago Carrillo, «Si Calvo-Sotelo sustituye a Suárez, el PCE le hará la vida imposible», en *El País*, 31 de enero de 1981. <<

[60] Felipe González, «Creo y espero que La Zarzuela no haya intervenido en esta crisis», en *El País*, 30 de enero de 1981. <<

[61] Melià, *Así cayó…*, ob. cit., pp. 151-156. <<

[62] «Felipe González se ofrece al Rey para intentar la formación de un Gobierno en torno al PSOE», en *El País*, 31 de enero de 1981. <<

[63] Ibídem. <<

[64] Información del general Carlos Alvarado. Véanse Palacios, *23-F*…, ob. cit., p. 201; y Medina, *Memoria oculta.*…, ob. cit., p. 410. <<

[65] Sabino Fernández Campo a la autora, conversaciones en el club social del Centro Colón; el mismo relato fue repetido el 4 de mayo y el 23 de junio de 2005. <<

[66] Estas frases las dijo el ex general Armada a la autora en dos largas conversaciones telefónicas, mantenidas los días 20 de junio y 13 de julio de 2005, estando él en Galicia, en su Pazo de Santa Cruz de Ribadulla. Asimismo se expresó en otras ocasiones, por ejemplo, en la entrevista que recoge Palacios en su libro *23-F*…, ob. cit, p. 285: «Conté al Rey todas las reuniones con Milans. Con todo detalle. Le hablé siempre de mis conversaciones con Milans y con todos los contactos que tuve con otros militares y políticos. […] Mi papel fue siempre como receptor. Oír para contárselo al Rey». <<

[67] Años después, de un modo fortuito, descubrió ese lugar Leopoldo Calvo-Sotelo. Viajando con su mujer, se detuvieron a comer en San Carlos de la Rápita, y el dueño del bar quiso enseñarles «un lugar histórico: mi comedor, donde se reunían Milans y Armada». Véase Prego, *Presidentes…*, ob. cit., pp. 146-147. <<

[68] Armada, *Al servicio*…, ob. cit., pp. 232-233. <<

[69] Medina, *Memoria oculta*…, ob. cit., p. 414. <<

[70] Preston, *Juan Carlos*…, ob. cit., p. 509; José Antich, *El virrey…*, ob. cit., p. 82; José Oneto, *La verdad sobre el caso Tejero: el proceso del siglo*, Planeta, Barcelona, 1982, p. XIV. <<

[71] Prieto y Barbería, *El enigma*…, ob. cit., p. 123; Preston, *Juan Carlos*…, ob. cit., p. 625, n. 35, cita a diversos autores que refieren el mismo episodio. <<

[72] Emilio Romero, «Las tertulias de Madrid», en *ABC*, 31 de enero de 1981, p. 3. <<

[73] Crónicas de Pilar Urbano, enviada especial, «El Rey en el País Vasco y el País Vasco con el Rey»; «Vivan los Reyes valientes»; «Reinar en el País Vasco», en *ABC*, 4, 5 y 6 de febrero de 1981. <<

[74] «Reventós y Benegas sugirieron al Rey la formación de un Gobierno en torno al PSOE», en *El País*, 7 de febrero de 1981. <<

[75] Armada, *Al servicio*…, ob. cit., pp. 233-234. <<

[76] Autor, «Título artículo», en *ABC*, 31 de enero de 1981, p. 8. <<

[77] Así lo relató años después Sabino Fernández Campo a la autora. Véase también Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit., pp. 367-368. <<

[78] Armada, *Al servicio*…, ob. cit., p. 234. <<

[79] Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos: estrategias globales, americanos y españoles*, Siglo XXI, Madrid, p. 197; también *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 19 de febrero de 1981, p. 1. <<

[80] Preston, *Juan Carlos*…, ob. cit., p. 511, da noticia de esa cena de Armada y Todman en Logroño, pero confunde las fechas: fue la noche del 12 y él la sitúa la del 13. <<

[81] Ibídem, p. 510, citando a varios autores, si bien fue Sabino quien mejor pudo conocer esa conversación de dos, contada por el propio Rey. <<

[82] Sabino Fernández Campo a la autora. Sabino, además de estar puntualmente al tanto de la *Operación Armada* desde sus inicios en julio de 1980, como se ha relatado en el capítulo 4 de esta obra, conoció el documento *apócrifo* que los coroneles José Ignacio San Martín y José Ramón Pardo de Santayana le hicieron llegar a La Zarzuela en vísperas del viaje de los Reyes a Euskadi; documento que, pese a la dimisión de Suárez, recomendaba al Rey volver al *proyecto Armada*. <<

[83] *El País*, 7 de enero de 1984 y 7 de enero de 1985; Preston, *Juan Carlos*…, ob. cit., p. 511. <<

[84] Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[85] Armada, *Al servicio…*, ob. cit., p. 238 <<

[86] Carcedo, *Sáenz de Santa María.…*, ob. cit., pp. 288-289. <<

[87] Luis Herrero, *Los que le llamábamos…*, ob. cit. <<

Notas capítulo 6

[1] José María Cuevas a la autora. Véase Calvo-Sotelo, *Memoria viva*…, ob. cit. <<

[2] Comandante Cortina, del CESID, a la autora. <<

[3] Información facilitada a la autora, por escrito, con fecha del 11 de enero de 2008, por el general Antonio Pérez Pérez, que el 23-F era jefe del Estado Mayor de la Brigada Acorazada XII, El Goloso. <<

[4] Ricardo Pardo Zancada, *La pieza que falta*, Plaza & Janés, Barcelona, 1998, pp. 223 y ss. <<

[5] Ibídem, p. 160. <<

[6] José Luis Cortina Prieto a la autora, conversaciones en 1996 y 2005. <<

[7] Sabino Fernández Campo a la autora. Véase también Palacios, *23-F*…, ob. cit., p. 63. <<

[8] Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[9] El general José Juste Fernández a la autora, en 1981; véase Urbano, *Con la venia…*, ob. cit., pp. 149-150. <<

[10] Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[11] Relato de Sabino Fernández Campo a la autora. Véase Armada, *Al servicio*…, ob. cit., p. 271; Soriano, *Sabino Fernández Campo*…, ob. cit., pp. 504-505. <<

[12] Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[13] José Luis de Vilallonga, *Le Roi: entretiens*, France Loisirs/Pixot, París, 1993 (trad. cast.: *El Rey*, ob. cit).. <<

[14] Ibídem. Éste es uno de los párrafos que la censura de La Zarzuela hizo suprimir en la versión española de Vilallonga. <<

[15] Adolfo Suárez a la autora. <<

[16] Un ujier del Congreso de los Diputados escuchó este diálogo, lo memorizó e inmediatamente lo anotó. Años más tarde, entregó una copia a Alfonso Guerra, éste lo leyó en el homenaje a Adolfo Suárez, ex presidente del Gobierno, celebrado en la Universidad Europea de Madrid el 27 de enero de 2012. Véase *El País*, 28 de enero de 2012. Lo reproduce también Campo Vidal en *Adolfo Suárez*…, ob. cit., pp. 162-163. <<

[17] Urbano, *Con la venia*…, ob. cit., p. 175. <<

[18] Osorio se lo dijo a la autora, que en la tarde del 25 de febrero de 1981 le telefoneó para darle la noticia de que habían arrestado a Armada, noticia que a Osorio le dejó estupefacto. Véase Urbano, *Con la venia…*, ob. cit., p. 175 <<

[19] Información recibida por Adolfo Suárez en su momento, contada por Aurelio Delgado a la autora. <<

[20] En efecto, el 23-F todavía no se había publicado oficialmente el cese de Suárez como presidente. Seguía siendo presidente del Gobierno, y de hecho aquella tarde en el Congreso ocupaba la cabecera del banco azul. En el *BOE* de 26 de febrero de 1981 se publicaron, bajo el epígrafe «Jefatura del Estado», los reales decretos 4589 y 4590 por los que se formalizaban respectivamente el cese de Adolfo Suárez en sus funciones de presidente del Gobierno y el nombramiento de Leopoldo Calvo-Sotelo. Dados ambos el día 25 de febrero y firmados por Juan Carlos, Rey. Francisco Fernández Ordóñez (todavía ministro de Justicia) respaldaba el de Suárez, y Landelino Lavilla, como presidente del Congreso de los Diputados, el de Calvo-Sotelo. <<

[21] Adolfo Suárez a la autora. Véase Urbano, *Con la venia*…, ob. cit., p. 183. <<

[22] José Fernández, «En Sevilla, nadie sabía nada», en Juan de Dios Mellado Morales *et al*., *Crónica de un sueño: memoria de la transición democrática en Sevilla (1973-1983)*, Comunicación y Turismo, Málaga, 2002. <<

[23] Así se lo explicó pocos días después del golpe el capitán general de Madrid, Quintana Lacaci, al nuevo ministro de la Defensa Alberto Oliart, para que no se llamara a engaño: él no era un demócrata constitucionalista; él era un militar leal al Rey que puso Franco. Véase Silvia Alonso-Castrillo, *La apuesta del centro: historia de la UCD,* Alianza Editorial, Madrid, 1996, p. 437. <<

[24] Entrevista a Gabeiras, por Victoria Prego y Casimiro García Abadillo, «Armada dijo al Rey que el Ejército apoyaba a Milans», en *El Mundo*, 22 de febrero de 2001. <<

[25] Notas del general Quintana Lacaci, en *El País*, 17 de febrero de 1991; Javier Fernández López, *Diecisiete horas y media: el enigma del 23-F*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 147-154; Fernando Reinlein, *Capitanes rebeldes: los militares españoles durante la Transición: de la UMD al 23-F*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002, pp. 320-333; Prieto y Barbería, *El enigma…*, ob. cit., pp. 172-175; Amadeo Martínez Inglés, *La Transición vigilada: del Sábado Santo rojo al 23-F*, Temas de Hoy, Madrid, 1994, pp. 99-111. <<

[26] Este extremo de «la deliberada ambigüedad del marqués de Mondéjar» al pedir el equipo de RTVE al coronel Valencia Remón se lo declaró así la Reina a la autora en una de las conversaciones de 1995-1996 para el libro *La Reina,* ob. cit., p. 294: «Los que estaban en el golpe militar querían un mensaje del Rey poniéndose al frente de la sublevación. No había riesgo de que interceptaran ese discurso en televisión, porque ellos pensaban que sería en apoyo al levantamiento. Y Mondéjar debió de decirle al coronel Valencia Remón o al capitán Merlo, o a quien hablara, algo muy tranquilizador. El hecho es que no pusieron ningún obstáculo». <<

[27] Fortuitamente, Francisco Laína, que llamó a La Zarzuela en ese momento, mientras esperaba a que el Rey le atendiera, fue un inesperado testigo *ex auditu,* pues desde su teléfono oyó la voz contundente de Don Juan Carlos diciéndole todo eso a Milans. Laína se lo contó a la autora pocos días después de los hechos. Véase Urbano, *Con la venia*…, ob. cit., p. 290. <<

[28] Conversaciones de la autora con Sabino Fernández Campo, en Madrid, de abril a septiembre de 2005. <<

[29] Constituían la JUJEM los jefes de Estado Mayor del Ejército de Tierra, teniente general José Gabeiras Montero; de Marina, almirante Luis Arévalo Pelluz; y de Aviación, teniente general Emiliano Alfaro Arregui; con el presidente o pre-JUJEM, teniente general Ignacio Alfaro Arregui. Vitrubio 1 albergaba en sus sótanos la central y las conexiones de todas las redes y mallas de la telefonía oficial civil y militar. Un simple giro de manivela, del *on* al *out*, y hubiesen podido dejar incomunicado al propio Rey. <<

[30] Landelino Lavilla a la autora, 23 de noviembre de 2012. <<

[31] Sabino Fernández Campo a la autora, conversaciones de 1993 y 2005. <<

[32] El 1 de septiembre de 2005, cuando los hechos estaban juzgados, y con sentencia firme desde hacía veintitrés años, Sabino Fernández Campo reveló a la autora esa conversación y ese pacto, que aquí se reproducen con la máxima literalidad posible. <<

[33] De Silva, *Las fuerzas*…, ob. cit., p. 212. <<

[34] Sabino Fernández Campo a la autora. Véase también Soriano, *Sabino Fernández Campo…*, ob. cit., pp. 339-374. <<

[35] Declaración del teniente general Gabeiras Montero en el consejo de guerra, vista oral. Entrevista a José Gabeiras, por Prego y Abadillo, «Armada dijo al Rey…», art. cit. <<

[36] José Luis Barbería y Joaquín Prieto, «Calvo-Sotelo no quiso seguir», en *El País*, 21 de febrero de 1991, p. 20. <<

[37] Alfonso Armada a Palacios, *23-F*…, ob. cit. Y muy similar, a la autora, en dos extensas conversaciones telefónicas, en junio y julio de 2005, estando Armada en su Pazo de Santa Cruz de Ribadulla. En estas últimas, agregaba una queja: «¿Y cómo me lo agradecieron? ¿Me condecoraron? No. Me condenaron a treinta años de prisión y perdí la carrera». <<

[38] Fernando Castedo, entonces director general de RTVE, a la autora. <<

[39] Jesús Picatoste y Aurelio Delgado, a la autora. <<

[40] Según una nota escrita por el teniente general Guillermo Quintana Lacaci durante el golpe del 23-F, mientras realizaba sus rondas telefónicas por las regiones militares, y publicada años después en *El País*, el 17 de febrero de 1991, la situación de las capitanías era la siguiente: Quintana Lacaci (Madrid), leal al Rey y a la Constitución; Pedro Merry Gordon (Sevilla), a la espera de acontecimientos; Jaime Milans del Bosch (Valencia), sublevado; Antonio Pascual Galmés (Barcelona), leal, pero si Zaragoza se hubiera sublevado, también lo habría hecho; Antonio Elícegui Prieto (Zaragoza), pendiente de lo que hacía Madrid; Luis Polanco Mejorada (Burgos), leal al Rey y a la Constitución; Ángel Campano López (Valladolid), a la espera de acontecimientos; Manuel Fernández Posse (A Coruña), leal al Rey, pero si Burgos se hubiera sublevado, también lo habría hecho; Antonio Delgado Álvarez (Granada), leal al Rey y a la Constitución; Manuel de la Torre Pascual (Baleares), a la espera de acontecimientos: si Milans hubiera tenido éxito, quizá se le habría unido; Jesús González del Yerro (Canarias), dudas: al enterarse del protagonismo de Milans y de que Armada sería presidente, se muestra leal al Rey y a la Constitución, pues desconfía de Armada.
Por otra parte, el mismo capitán general de Madrid, Quintana Lacaci, opinaba también que la disposición en las salas de banderas era otra, y así lo consignó por escrito: «Si las fuerzas de la I Región (Madrid) salían a la calle, casi todas las demás regiones se hubieran unido, por este orden: Baleares y Canarias de las primeras; y a continuación, las regiones V (Zaragoza), VII (Valladolid), VIII (A Coruña), IV (Barcelona), II (Sevilla), IX (Granada)», en <http://www.zaragozarebelde.org/a-ras-de-calle-lecturas-y-vivencias-del-23-f-2>. Véanse, además, documento manuscrito que se conserva en el archivo familiar de Quintana Lacaci, y Prieto y Barbería, *El enigma.*… ob. cit., p. 174. <<

[41] Jesús Picatoste a la autora. Véase también Urbano, *Con la venia*…, ob. cit., pp. 296-297. <<

[42] Sabino Fernández Campo a la autora. Coincide con el de Sabino un comentario a la autora del director de RTVE, Fernando Castedo, quien también habla de «ambigüedad calculada» de ese texto regio. <<

[43] Carcedo, *Sáenz de Santa María*…, ob. cit., p. 310 <<

[44] Según el documento manuscrito de la doctora Echave, la composición del Gobierno que Armada había concebido era la siguiente: presidente, general Alfonso Armada; vicepresidente de Asuntos Políticos, Felipe González (PSOE); vicepresidente de Asuntos Económicos, José María López de Letona (banca); ministro de Asuntos Exteriores, José María de Areilza (CD); ministro de Defensa, Manuel Fraga Iribarne (AP); ministro de Justicia, Gregorio PecesBarba (PSOE); ministro de Hacienda, Pío Cabanillas (UCD); ministro del Interior, general Manuel Saavedra Palmeiro; ministro de Obras Públicas, José Luis Álvarez (UCD); ministro de Educación y Ciencia, Miguel Herrero de Miñón (UCD); ministro de Trabajo, Jordi Solé Tura (PCE); ministro de Industria, Agustín Rodríguez Sahagún (UCD); ministro de Comercio, Carlos Ferrer Salat (presidente de la CEOE); ministro de Cultura, Antonio Garrigues Walker (empresario); ministro de Economía, Ramón Tamames (PCE); ministro de Transportes y Comunicaciones, Javier Solana (PSOE); ministro de Autonomías y Regiones, general Sáenz de Santa María; ministro de Sanidad, Enrique Múgica Herzog (PSOE); ministro de Información, Luis María Anson (presidente de la Agencia EFE). <<

[45] Se trata de un manuscrito que el general Armada elaboró, narrando los hechos relativos al 23-F en los que él intervino. Luego lo entregó a su abogado defensor, Ramón Hermosilla, quien permitió a la autora consultarlo y tomar notas. Aquí se denomina «documento punta azul», por el color de la tinta con que fue escrito. <<

[46] La autora hizo la reconstrucción de estos diálogos, a la vista de las declaraciones y testimonios deducidos durante el consejo de guerra —en sus fases de instrucción y vista en sala — a los generales Armada, Aramburu y Sáenz de Santa María; al gobernador civil de Madrid, Mariano Nicolás; a los coroneles Vázquez y Alcalá Galiano; al teniente coronel Tejero Molina; a los comandantes Ostos y Moreno; a los capitanes Bobis, Acera, Abad y Pérez de la Lastra. También tuvo dos amplias conversaciones con los letrados Ramón Hermosilla Martín y Ángel López Montero, defensores de Armada y Tejero, respectivamente; así como acceso al manuscrito de Armada, el «documento punta azul». Véase Urbano, *Con la venia*…, ob. cit., pp. 223-224 y 226-231. <<

[47] Fragmento de la conversación telefónica entre Tejero, García Carrés y Mas Oliver, según figura en el sumario de la causa 2/81, folios 6076 y ss.: «Unido en cuerda floja». Se transcribe íntegra en Urbano, *Con la venia*…, ob. cit., pp. 186-190. <<

[48] Francisco Laína, que puso la grabadora y la cinta en la Junta de Defensa Militar, el 24 de febrero, lo desveló en 2013. <<

[49] El Rey Juan Carlos a José Luis de Vilallonga, para el libro *Le Roi…*, ob. cit. <<

[50] Salvador Sánchez-Terán, presidente de Telefónica el 23-F, a la autora. <<

[51] Armada, *Al servicio*…, ob. cit., p. 243. <<

[52] Adolfo Suárez a su cuñado Aurelio Delgado, y éste a la autora. <<

[53] El portavoz del grupo parlamentario más numeroso, el de la UCD, era Miguel Herrero de Miñón. De levantarse un diputado portavoz para «acallar a los demás diciéndoles que […] hay que aceptar la propuesta que se les va a hacer», tendría que ser alguien que estuviera en la *Operación Armada* y conociera de antemano la propuesta. Herrero de Miñón, alfil de los críticos contra Suárez, fue de los que madrugaron en apoyar y buscar prosélitos, incluso con subvenciones de la CEPYME para tal operación. En la lista del Gobierno de Armada se le adjudicaba una cartera. <<

[54] Pardo Zancada, *La pieza*…, ob. cit., p. 306. <<

[55] José María García Escudero, *Mis siete vidas: de las brigadas anarquistas a juez del 23-F*, Planeta, Barcelona, 1995, p. 58. <<

[56] Sabino Fernández Campo expuso esta «conjetura» a la autora en dos conversaciones distintas. <<

[57] Contado a la autora por Ignacio Gómez-Acebo, cuyo hermano Luis, duque de Badajoz, pasó aquella noche en La Zarzuela. <<

[58] Sabino Fernández Campo a la autora. Véase De Silva, *Las fuerzas*…, capítulo 5, «Cuando el Rey dudó el 23-F», p. 208. <<

Notas capítulo 7

[1] Carrillo, *Memorias*, ob. cit., pp. 740-741. <<

[2] Relato de Aurelio Delgado a la autora. Desde La Moncloa, durante el 23-F, Aurelio Delgado estuvo en contacto con Laína, Cassinello, Castedo, Picatoste y los ayudantes de campo de Suárez. A partir de la liberación de los rehenes, siguió los movimientos de Suárez ya en La Moncloa. <<

[3] Rafael Arias-Salgado, Eduardo Navarro, Antonio Navalón y Aurelio Delgado a la autora. <<

[4] Este «cierre en negro» de su discusión final con el Rey se grabó a fuego en la conciencia de Suárez. En tres ocasiones se lo relató, sin alterar un punto ni una coma, a su amigo Antonio Navalón. La primera, entre 1986 y 1987, en su casa de la calle Ibayondo, en la urbanización de La Florida, teniendo todavía Suárez muy viva la herida. Otra vez, más sereno y distante, cuando habían transcurrido más de diez años, navegando en su barco por Mallorca, en 1991 o 1992. La tercera, en Nueva York, en 1992 o 1993, después de ir a la ópera, en el Metropolitan, cenando en Le Cirque, el restaurante de Sirio Maccioni, en 151 East 58th Street, en Midtown Manhattan. También Aurelio Delgado, el cuñado de Suárez, confirmó a la autora que «aquel día 24 de febrero hubo una bronca agria y tirante, con reproches muy serios, entre Adolfo y el Rey». Y comentó de modo lateral que «sin necesidad de gestos agresivos, sólo con que alzaran el tono de voz, bastaba para que el perro pudiera excitarse: he domado caballos y perros y sé cómo reaccionan ante un sonido gutural, si habitualmente no lo perciben». Sabino Fernández Campo, aunque no estuvo en esa conversación, comentó a la autora años más tarde: «Sí, aquella mañana después del golpe, el Rey y Suárez tuvieron una conversación a puerta cerrada… Mi impresión de después fue que debieron de tener una agarrada fuerte. Saludé a Adolfo en la puerta, cuando llegó, y noté que venía muy *caliente*, muy… bravo».<<

[5] Leopoldo Calvo-Sotelo a la autora, conversación en La Moncloa, en 1981. Rafael Arias-Salgado y Antonio Navalón confirmaron a la autora la existencia de tal mensaje de Suárez a González y la callada por respuesta. <<

[6] A Sabino Fernández Campo le informó del contenido de ese «acuerdo» el coronel José Ramón Pardo de Santayana, que estaba en el despacho del jefe de servicios del palacio de Buenavista cuando se produjo la llamada; tiempo después, Fernández Campo se la refirió a la autora. Véase también Palacios, *23-F*…, ob. cit., p. 232. <<

[7] Francisco Laína, no vinculado al secreto de oficio, pues no era miembro de la Junta de Defensa Nacional, mantuvo silencio sobre los hechos del 23-F, pero en 2013 hizo unas declaraciones a *El País*, revelando algunos pormenores de aquella importante reunión «sin actas». <<

[8] Reconstrucción a partir de las informaciones, obtenidas por la autora, de Rafael Arias-Salgado, Agustín Rodríguez Sahagún, Aurelio Delgado y Sabino Fernández Campo. Último fraseo, conversación entre Francisco Laína y la autora. <<

[9] Relato de Sabino Fernández Campo a la autora. Véase también, Carrillo, *Memorias*, ob. cit., p. 786; Morán, *Adolfo Suárez…*, ob. cit.; Fuentes, *Adolfo Suárez…*, ob. cit.; Pérez Escolar, *Memorias*, ob. cit., pp. 235-236. <<

[10] Relato de Francisco Laína, el 23 de febrero de 2009, durante un almuerzo ofrecido por el presidente del Congreso José Bono a los periodistas que estaban en el palacio del Congreso el día 23-F. Compartían la mesa con Laína, y pudieron escuchar su narración José Bono, Sabino Fernández Campo, Soledad Becerril, Víctor Márquez Reviriego, la autora y quizá alguien más. <<

[11] Intervención de Felipe González Márquez, Congreso de los Diputados, *Diario de Sesiones*, año 1981, sesión plenaria n.º 147, celebrada el 25 de febrero, pp. 9290-9292. <<

[12] Rafael Arias-Salgado, que redactó el texto inicial de méritos, a la autora. <<

[13] Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[14] Dubinin, *¡Embajador, embajador!*, ob. cit., pp. 92 y ss. <<

[15] Se pedía a la OIEA que aplicara salvaguardias en relación con la central nuclear Vandellós I, equipada con un reactor de quinientos megavatios eléctricos de potencial, refrigerado con gas; y en los apéndices que incluirían todos los yacimientos de uranio, plantas de producción, instalaciones de almacenamiento de materiales nucleares, equipos, y demás elementos que se inventaríen y comuniquen al organismo. <<

[16] Todos estos pormenores son exactos: los vio documentalmente en Viena el general Guillermo Velarde, catedrático de Mecánica Cuántica y director de los trabajos de fusión nuclear inercial en la Junta de Energía Nuclear. <<

[17] Información del general Guillermo Velarde Pinacho a la autora <<

[18] Tras la intentona militar del 23-F, Estados Unidos quiso verificar si el Ejército español mantenía la decisión pro OTAN que anunció Calvo-Sotelo antes del 23-F. A tal fin, el teniente general Gabeiras se sometió a un interrogatorio —directo y nada sutil— por parte del agregado militar de la embajada estadounidense en Madrid, Robert E. Barbour, en el palacio de Buenavista el 16 de marzo, con preguntas también acerca de «la autoridad de hecho» que el Rey tenía sobre las Fuerzas Armadas. La conversación se registró en cinta y con notas de taquigrafía. Véase documento 181749Z, de marzo de 1981, remitido al secretario de Defensa, Washington, por Robert. E. Barbour, desde la embajada de Estados Unidos en Madrid, desclasificado el 17 de septiembre de 1997, referencia 950434Z. <<

[19] Palabras del Rey a los líderes políticos, el 24 de febrero de 1981, en La Zarzuela. <<

[20] Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 187. <<

[21] José Luis Martín Prieto, *Técnica de un golpe de Estado: el juicio del 23-F*, Grijalbo, Barcelona, 1982. <<

[22] Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 131. <<

[23] El fiscal Claver Torrente a la autora. Véase Urbano, *Con la venia.…*, ob. cit., p. 242. <<

[24] Martín Prieto, «El réquiem del doctor Ollendorf», en *El Mundo,* 12 de mayo de 1997. <<

[25] Este cambio de la mañana a la tarde puede comprobarse en las actas del consejo de guerra. La llamada telefónica de Cortina también quedó certificada. Véase Grimaldos, *La CIA.*…, ob. cit., capítulo «La amenaza de José Luis Cortina». <<

[26] José Manuel Otero Novas a la autora. <<

[27] Carlos Barral, *Observaciones a la mina de plomo*, Lumen, Barcelona, 2002, pp. 308-311, recoge este artículo publicado en *La Vanguardia* el 1 de marzo de 1981. <<

[28] Relato de Sabino Fernández Campo a la autora. <<

[29] Adolfo Suárez, «Yo disiento», *El País*, 4 de junio de 1981. <<

[30] Diario manuscrito de Jaime Carvajal y Urquijo, anotación del día 14 de abril de 1981, bajo el epígrafe «Audiencia con el Rey», pp. 60-62. <<

[31] Ibídem, anotación del día 21 de octubre de 1982. <<

[32] Bono, *Les voy…*, ob. cit., entrada correspondiente al lunes, 6 de febrero de 1993. Bono cita al juez Ventura Pérez Mariño como testigo de la oferta de González a Suárez, que éste rechazó. <<

[33] Sobre las cartas del Rey a Adolfo Suárez, véase nota 140, pp. 798800, correspondiente al capítulo 2, y nota 12, p. 804, correspondiente al capítulo 3. <<

[34] Adolfo Suárez a la autora. <<

[35] Albert Camus, *Calígula*, Alianza, Madrid, 1999, acto I, escena XI. <<

[36] Campo Vidal, *Adolfo Suárez*…, ob. cit. <<

Notas epílogo

[1] Adolfo Suárez a la autora. <<

[2] Eduardo Navarro a la autora. Véase también Hernández, *Suárez y el Rey*…, ob. cit., p. 202. <<

[3] Santiago Carrillo a la autora <<

[4] Leopoldo Calvo-Sotelo respondía así, en octubre de 2007, a preguntas del periodista Juan Rubiales, de Antena 3. <<

[5] Real Decreto 726/2007, de 8 de junio, por el que se concede el Collar de la Insigne Orden del Toisón de Oro a don Adolfo Suárez González, duque de Suárez. «Queriendo dar una prueba patente de mi real aprecio a don Adolfo Suárez González, duque de Suárez, y reconocer públicamente su dedicación y entrega al servicio de España y de la Corona, oído el Consejo de Ministros, vengo en nombrarle caballero de la Insigne Orden del Toisón de Oro», dado en Madrid, el 8 de junio de 2007 por Juan Carlos, Rey. El presidente del Gobierno era José Luis Rodríguez Zapatero. <<